PLÁCIDO BRIEVA

hace toda clase de encuadernaciones, y trabaja en terciopelo y seda. Calle de Mercaderes, número 30 en Logroño.

SEMANARIO

PINTORESCO

ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

ENCICLOPEDIA POPULAR.

DIRECTOR Y REDACTOR

D. Angel Fernandez de los Rios.

1854.

MADRID:

OFICINAS Y ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACION,
Á CARGO DE D. G. ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.

MDCCCLIV.

SEMANARIO

PINTORESCO

ESPAÑOL

SEGUNDA DE LAS CANARIAS.

1854

INDICE.

—

TABLA DE ARTÍCULOS.

ESPAÑA PINTORESCA Y MONUMENTAL.

El cuartel de Medina de Rioseco, por don V. García Escobar, página 25.—El monte de Torozos, por don V. García Escobar, 37.—Ferrol, convento de San Francisco, por don Benito José Vicetto, 74.—El castillo de Toro, por don V. García Escobar, 89.—El castillo de Montemayor, 97.—Real ex-monasterio de Santa María de Bugedo, por don Remimigio Salomon, 139.—Antiquísimo monasterio de San Martin, por don Remigio Salomon, 145.—Santa Gadea de Bureba, antes término, por don Remigio Salomon, 164.—El castillo de Ampudia, por don V. García Escobar, 185.-Las casas Consistoriales de Miranda de Ebro, por don Remigio Salomon, 193.—Baños árabes, 195.—El canal de Campos, por don V. García Escobar, 202.—Crónicas históricas de Salamanca, 246, 252, 258.—Puente colgante de Santa Isabel, 271.—La Colegiata de Ampudia, por don V. García Escobar, 281.—El castillo de Cabra, 321.—Galicia monumental, por don Antonio Neira de Mosquera, 337.—Nuestra Señora de Montijo, 347.—Al señor don José Picon, en refutacion de sus crónicas históricas de los principales monumentos y edificios de Salamanca, por Fermin Fernandez Iglesias, 385.—Estatua romana de Arcemiraperez, 414.

ANTIGUEDADES.

Jeroglífico romano de Llerena, noticia inédita del señor Juan Alonso Fran, anticuario del siglo XVI, pág. 163.—Llave árabe de Valencia, 414.

BIOGRAFIAS.

Alonso de Céspedes, página 17.—Don Jorge Juan, 30.—Alfonso el Católico, por don Nicolás Castor de Caunedo, 41.—Don Pedro Virgili, por don L. M. Ramirez y de las Casas Deza, 58, 61.—Vida del Brocense, 76.—El Baron de Riperdá, por don Joaquin Maldonado y Macanaz, 83, 91, 99, 100, 106.—Juan Sebastian Baeh, 121.—La Ricahembra, por don Luis Fernandez Guerra y Orbe, 129.—Anton de Montoro, por don L. M. Ramirez y de las Casas Deza, 187.—Doctor don Pedro Sainz de Baranda, por don Luis Vidart, 188.—Retrato de Carlo-magno, 190.—Noticias históricas del Sr. Juan Alonso Franco, anticuario del siglo XVI, 194.—Vida de Cayo Solio, obispo de Aubernia, 241.—Villamediana, 297.—Don Manuel José Quintana, por A. D., 305.—Juan Remold de Patkul, 267.—Fr. Luis de Leon, 407 y 409.

ESTUDIOS HISTORICOS.

Las casas y calles de Madrid, recuerdos históricos por don R. Mesoneros Romanos, página 2, 9.—Recuerdo histórico sobre el parlamento de Barcelona, por don Florencio Yanez, 26.—Estado de España en los primeros tiempos del reinado de Felipe II, por Florencio Yanez, 35.—Memorial de don Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, 43.—Documentos inéditos relativos á Quevedo, por don Severo Catalina, 50.—Episodios históricos de España, 70.—Tratado de 1604, entre Enrique IV y el Sultan Amat, 75.—Episodios históricos de España, 78.—Episodios históricos de España, costumbres caballerescas, 81.—Las causas por qué el rey Católico tomó el nombre de rey de Navarra, 138.—Un Cronicon del siglo IX, por Caunedo, 169.—Carta original, escrita por S. M. Felipe IV á Sor María de Jesus Agreda, y la respuesta de esta, 178.—La primera mencion histórica de España, 178.—Orden que Felipe IV envió al duque del Infantado, su mayordomo mayor, 189.—Cédula de Cárlos V. 204.—Origen del condado de Barcelona, 233.—Prematica y nueva órden de los vestidos y trages, así de hombres como de mujeres, 242.—Prematica en que se prohiben aderezos de casas de brocados y telas de oro y plata, 245.—Los Bardos, por D. G. F. Coll, 371.—Noticias curiosas, por don Remigio Salomon, 398.

VIAJES.

La paz del campo, pág. 2.—Silla de San Eduardo, 23.—La aristocracia en Venecia, 31 y 38.—Una aristocracia de amor y otra de gloria, por V. B., 114.—La Caza de fieras, 115.—Mi viaje á las repúblicas del Ecuador, por don Pedro de Prado, 116, 127, 133, 139, 153 y 162.—El Invierno en Rusia, 137.—La caza para los niños, 147.—El puente del Danubio, 190.—Viaje á Manila por el itsmo de Suez, 194.—La fonda de San Nicolás en Nueva Yorck, 198.—Usos y costumbres de los mandarines chinos, 214.—Rusia, su geografía política, 227.—Viajes alrededor del mundo, 1837 y 1841, 228.—Acueducto de las aguas libres, 257.—La gran muralla de la China, por Pedro de Prado y Torres, 329.—Delicias del campo, 352.—Mansion de los embajadores en China, 332, 351 y 359.—La cisterna de cristal, 404.

ESTUDIOS LITERARIOS.

Teatros, la empresa nueva, reformas teatrales, discurso dramático político, por Figaro, página 11.—Señor don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, por don Justo de Sancha, 226.—Carta de Góngora, por Luis María Ramirez y de las Casas Deza, 335.—Estudios literarios, teatro antiguo, por Antonio de Aquino, 339, 345, 353, 361, 369, 377, 401.—La historia y la novela, por Pedro de Prado y Torres, 364.—Cartas de Góngora, 404.

ESTUDIOS GEOGRAFICOS.

Division territorial, por don Fermin Caballero, pág. 57.

NOVELAS Y CUENTOS.

Ochenta y tres escalones, por don Diego Luque, págs. 4 y 12.—Las fijas de mio Cid, por don Antonio de Trueba, 15, 18 y 29.—El Guardia del Rey, por don Alfonso García Tejero, 46, 62 y 67.—Por tí, por Ferriz Villena, 122.—¿Wig ó Tory? Ciudadano, 125.—Alina, 130.—El pobre Lázaro, 143.—Martin de Aranda, por don Pablo Gambara, 148, 157, 164 y 175.—El Minero de Sitjan, 153.—Mi tia María, por Engracia Greenvood, 173.—Nunca, por don Agustin Bonnat, 178 y 191.—Darse al Diablo, 195.—Amor sin fé, por Luis Vidart, 224, 230.—Un ángel en el mundo, por Pablo Gambara, 234.—La leyenda de Wittington y su gato, 236.—La corona de siempreviva, por D. M. P. Durán, 250 y 259.—María, por don Pablo Gambara, 268 y 276.—El Grajo adornado con plumas de pavo, 273.—Un Monmorency, 282 y 292.—La pena del Talion, por A. A. Orihuela, 298.—Lázaro, por José Campos, 299.—Una Vision, por M. del M. de S., 300.—Un matrimonio por fuerza, id.—Castel, 303.—Dos Poetas, 306.—Esperanza, por don Pablo Gambara, 307, 314, 322, 334, 342 y 350.—Los aguinaldos de Luciano, 311 y 318.—El Loco, leyenda del Siglo XIV, 313.—El vaso de madera, 326.—La eleccion de un amigo, 330.—Los Colonna y los Ursinos, 341.—Alí y Achmed, 348 y 349.—Piedra movediza no cria moho, 357.—Una tempestad en los montes de Neudon, 365 y 366.—Si yo fuera rico, 362 y 379.—El caballero Banda Azul, 374, 382 y 390.—La hermana Beatriz, leyenda, 387 y 394.—Enrique II en el molino de Mansfield, por J. C. N., 393.—Antonio Galland, 396.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

El dia del año, por don Juan Martinez Villergas, pág. 3.—La eleccion de marido, por el baron de Illescas, 32.—Las fiestas de San Jorge en Alcoy, por M. Parera, 50.—El abogado de Pobres, 59.—A cuatro bajo cero, por D. F. de Paula Seijas, 65.—Gran baile de máscaras en casa de D. Telesforo de... por el baron de Illescas, 90.—Capas, sombreros, gorros y monteras, 110.—Funerales, 119.—El Pollo montés, por Serafin Olave, 199.—Un nuevo género de distraccion, 205.—Los principios de 1789 y las modas francesas, 204.—Los Plumíferos universales, por Serafin Olabe, 211.—Monografía de las corbatas, 212.—Un estranjero en Vergara, 265.—Bocetos parisienses, por don Andrés Avelino de Orihuela, 290.—El alumbrado de Madrid, 297.—Historia de las modas, por don José Gonzalez de Tejada, 312.—El dia de estero y desestero, por el baron de Illescas, 319.—El dinero, 400.

POESIAS.

«Pasage de la Fantasmagoria,» poesía, por Bartolomé José Gallardo, pág. 7.—Al señor doctor don Francisco Estéban de Yugunza, por don José Zorrilla, id.—A la Excma. señora doña María Encarnacion de Cueto, duquesa de Rivas, letrilla, por M. Breton de los Herreros, 16.—Al Aniversario de la muerte de Napoleon, soneto, por don Gabriel de la Concepcion Valdés, id.—Lectura popular, por don José Gonzalez de Tejada, 22.—El conde de Saldaña, romance, por don Juan Nicasio Gallego, 23.—Cartas escritas á don José Cadalso, en 17 de enero de 1774, por don José Tomás Iriarte, 39.—Historia Natural, por don José Gonzalez de Tejada, 48.—El convite en el campo, por M. C., 64.—La Esperanza, soneto, por don Fernando Garrido, 64.—Virtudes Sociales, por José Gonzalez de Tejada, 71, 78, 95 y 119.—Ritja, balada, por Vicente Barrantes, 79.—Del Amor, por don Juan Valera, 104.—A Laura, por don Antonio Cánovas del Castillo, id.—El Aroma de las flores, por don Luis de Eguilaz, 112.—La muerte del sábio, por don Adolfo de Castro, 112.—La tarde en el mar, por don Antonio Arnao, 128.—La última hoja, por don Florentino Sanz, id.—Bienaventurados los que creen, por don Antonio de Trueba, 136.—Acto de Contricion, de Lope de Vega Carpio, 151.—Romance, por don José Gonzalez de Tejada, 152.—El Rey de los álamos, de Goëthe, 160.—El 17 de Mayo, por don José Gonzalez de Trueba, id.—Las siete canciones del mes de Mayo, por don Vicente Barrantes, 166.—Letrilla, por D. J. M. Villergas, 183.—Comienza el cantar de la mañana de San Juan, por D. A. Durán, 199.—Venus en el Prado, por don José Gonzalez de Tejada, 208.—Vignola corregido, romance, á un arquitecto, por don José Gonzalez de Tejada, 215.—El señor José Gonzalez, id.—Melodías hebreas (Lord Byron), 218.—Amor sin fé, 219.—A Glafira de dominó negro, por don Juan Valera, 240.—El Sepulcro, por R. M. B., 256.—Literatura española, poesía del siglo XV, 263.—Al Excmo. Sr. D. Evaristo San Miguel, por don Pablo Gambara, 272.—El Solitario del Betis, por L. E. P., 280.—La niña abandonada, por L. E. P., 287.—A Cuba, por García de Quevedo, 288.—La Felicidad, por don Pablo Gambara, 289.—El bello prado. Flora y las flores. Tu ramillete, por don José María Torres Cenicedo, 294.—La Corona de oro, por don Eugenio de Tapia, 304.—A J. Heriberto García de Quevedo, por don Gumersindo Laverde Ruiz, 320.—En el album de Matilde Diez, por D. V. Barrantes, 328.—Albores del génio, por don José Gonzalez de Tejada, 336.—A mi amiga Magdalena, poesía, por don José María Ruiz de Somario, 343.—La esperanza del poeta, por don Gumersindo

Laverde Ruiz, 330.—Romance, por don José Gonzalez de Tejada, 368.—A las Serenísima Señora Infanta doña Maria Luisa de Borbon, fundadora de la sociedad de asistencia domiciliaria, por don Pablo Gambara, 376.—A una desdeñosa, por M. C., id.—Letrilla, por M. C., 384.—En un álbum, cosas de la época, por el baron de Illescas, 392.—A una Pilar de hermosos ojos, por el Solitario, 400.—La cama de matrimonio, poesía, por don Juan Eugenio Harzenbusch, 408.—Epigramas, por V. M. Muller, 400.—Logogrifo, por D. Manuel Breton de los Herreros, 416.

VARIEDADES.

Federico II después de la batalla de Collin, pág. 4.—La Plegaria, 8.—La familia indigente, 9.—Napoleon, 12.—Sophonisbe, 23.—La Confesion, 30.—Historia de la litografía, 33.—Cabellera, 71.—Gravedad, id.—Esplicacion de la ascencion de los aeronautas, 75.—Una Aristocracia de amor y otra de gloria, 111.—La vaca de una hortelana, 173.—Un incendio célebre, 190.—Preguntas, 192.—Cuadro sinóptico, 206.—Anarquía en materia de gustos, por Miguel Agustin Príncipe, 210.—De la caza, 217.—Historia de los Amuletos, 225.—Caza de los insectos y mariposas, 252 y 238.—Establecimiento de una pajarera, 271.—Un concierto monstruoso en 1615, 382.—La mujer, por Fermin Gonzalo Moron, 389.—Enrique II en el molino de Mansfield, 393.—Congreso doméstico, por el Baron de Illecas, 415.

TABLA DE GRABADOS.

ESPAÑA PINTORESCA Y MONUMENTAL.

Puerta de Malacuera (Torrelaguna), página 13.—Iglesia de Uceda, 28.—Interior de la antigua iglesia de Uceda, 29.—Iglesia de San Juan Bautista de Buitrago, 36.—Sepulcro de la iglesia de San Juan Bautista de Buitrago, 37.—Ermita de los Milagros (Salamanca), 45.—Ferrol. Iglesia parroquial de San Julian, 49.—Ferrol. Convento de San Francisco, 65.—San Tropez 69.—El alcázar de Villagarcia, 73.—Iglesia de Torrelaguna, 81.—El castillo de Toro, 89.—Santa María de Buitrago, 92.—Vista de Torrelaguna, 117.—El castillo de Montemayor, 132.—Ex-monasterio de Santa María de Bugedo de Candepajares, 141.—El cuartel de Medina de Rioseco, 153.—Santa Gadea de Bureba, 165.—Sala de justicia en la Alhambra, 169.—Pintura del techo de la sala de justicia en la Alhambra, 172, 173.—Cláustro del ex-monasterio de Santa María de Bugedo de Candepajares, 181.—El Castillo de Ampudia, 185.—Lápida de mármol colocada en el panteon del doctor Baranda, 188.—Vista general de Portilla, de la antigua Portella ó Villavieja, 189.—Las casas consistoriales de Miranda de Ebro, 193.—Baños árabes en la Alhambra, 196, 197.—Acueducto sobre el Seguillo, 204.—Muelle del canal de Campos, 208.—Patio de los arrayanes en la Alhambra, 212.—Sala de los abencerrajes en la Alhambra, 213.—El cuartel de San Ovidio en Oporto, 217.—Interior de la catedral de Córdoba, 220.—Esterior del Generalife, 225.—Esterior de la Alhambra por la parte del Darro, 229.—Puerta de los carros en la Alhambra, 233.—Calahorra, 249.—Castillo de Villaverde en Luna, 265.—Puente colgante de Santa Isabel sobre el Gállego, 269.—Iglesia de San Juan Bautista de Talamanca, 273.—Puerta del Perdon en la Alhambra, 277.—La colegiata de Ampudia, 281.—Monte Calpe, 285.—Portada de la colegiata de Ampudia, 289.—Antigua puerta del cementerio de Santo Domingo en Santiago, 337.—Fachada principal del antiguo colegio de San Gerónimo, 345.—Embarcadero del canal imperial de Aragon, 353.—Convento de Jerusalen en Zaragoza, 361.—La roca de Castellfollit en Cataluña, 377.

ANTIGUEDADES.

Silla de San EJuardo, pág. 21.—Escultura antigua, 133.—Jeroglífico romano de Llerena, 163.—Armas árabes, 236.—Armadura de Boabdil, 237.—Detalles de Capiteles, 244.—Detalles, 245.

VISTAS

Florencia, página 25.—San Petersburgo, 53.—Milan, 57.—Teatro de la ópera de Paris, 77.—Luca, 84.—Fontainebleau, 85.—La barrera del trono, 93.—Hotel de los inválidos, 97.—Monumento de los bávaros que perecieron en Grecia, 105.—La torre del Temple en Paris, 109.—Vista de la isla de Elba, 129.—Hotel de Ville de Bruselas, 145.—Túmulo de Duarte Meneses, 208.—Interior del convento de Gerónimo, de Belen, en Lisboa, 221.—El bosque de Boulogne, en Paris, 241.—Convento de San Pedro en Portugal, 253.—Acueducto de las aguas libres, 257.—Smirna, 261.—Vista de Nápoles, 297.—Vista de Charenton, 301.—Vista de Chalons sobre el Saona, 305.—Vista de Roma, 313.—Vista de Liorna, 321.

ESCENAS DE NOVELAS Y CUENTOS.

¿Wigh ó Tory? Ciudadano, pág. 124, 125.—El minero de Sitjan, 156, 157.—El grajo adornado con plumas de pavo, 275.—Un Montmorency, 284, 293.—Los aguinaldos de Luciano, 309.—El vaso de madera, 327, 328.—La eleccion de un amigo, 331, 332.—Si yo fuera rico, 372, 373.—La hermana Beatriz, 388.—Enrique II en el molino de Mansfield, 396.—Antonio Galland, 397.

TIPOS Y ESCENAS POPULARES.

Hilandera rusa, pág. 137.—La taberna de aldea, 177.—La Abandonada, 201.—Contrabandista del Pirineo, 380.

GRABADOS VARIOS.

La paz del campo, página 1.—La Plegaria, 8.—La familia indigente, 9.—Napoleon, 13.—La alegría de noche buena en el paraiso, 17.—Sophonisbe, 24.—Historia de la litografía, 33.—Una pobre mujer abandonada, 113.—Trofeos, 144.—La caza para los niños, 148.—Problema fisonómico, 152.—San Francisco Javier, apóstol de las Indias, 161.—Pajarera, 272.—Carruaje ruso, 385.—El último abencerraje, 329.—Labanderas italianas, 369.—El lagar, 381.—El primer amigo, 393.—La pradera, 401.—La cisterna de cristal, 404.

GEROGLIFICOS.

Páginas 43, 61, 80, 120, 184, 216, 320, 336, 352, 376.

SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.—ENCICLOPEDIA POPULAR.



(La paz del campo.)

1.° DE ENERO DE 1854.

LA PAZ DEL CAMPO.

Mas de una vez hemos presentado en el SEMANARIO escenas sencillas de la vida de las campos y de las aldeas, cuadros poéticos que retratan el sosiego y la calma dichosa de que se hallan rodeadas aquellas comarcas donde no llega el hálito envenenado de las ciudades y de las grandes poblaciones. El grabado que damos al frente de este número, destinado á formar en cabeza del tomo de 1854, pertenece á la coleccion indicada: es una de esas imágenes que nos hacen envidiar la existencia de aquellos que no respiran la atmósfera de las capitales que seca el corazon y ahoga el pensamiento. El grabado á que nos referimos no necesita esplicacion; no la tiene tampoco que iguale siquiera á la impresion que produce contemplarle. Bajo un cielo puro, en un sereno dia del estío, recostada sobre una alfombra de verde yerba, y resguardada de los rayos del sol por dos corpulentos árboles, descansa una familia de campesinos de las faenas de la mañana: ¡qué espresion de dulce bienestar en todas las fisonomías! ¡qué naturalidad en todas las figuras! Los niños que aparecen en primer término rodeados á la caldera en que se cuece el almuerzo; la madre que cuida del mas tierno de ellos mientras juguetea con el leal mastin que acaricia á la criatura; la vieja que desempeña las veces de cocinera; el mancebo que apaga la sed; el anciano que parte el pan; las jóvenes que llegan conduciendo las frutas destinadas á servir de postre al desayuno, forman un grupo lleno de interés y de encanto, hasta el punto de que no se acierta á apartar la vista de él.

LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

RECUERDOS HISTÓRICOS.

RECAPITULACION.

Hemos recorrido, aunque ligeramente, y segun lo ha permitido la índole y forma de estos artículos, las diversas fases materiales de nuestra villa de Madrid desde los tiempos mas remotos hasta nuestros dias: la hemos contemplado en su humilde orígen, y creciendo después en importancia, hasta el punto de merecer el insigne honor de ser escogida para corte real y capital de la monarquía española; deteniendo mas particularmente nuestra consideracion en aquellos siglos XVI y XVII, en que bajo este concepto representó tan importante papel en Europa, como centro del poder y grandeza de los monarcas de la dinastía austriaca.—Hemos visto tambien, que á pesar de que estos quisieron enaltecerla con el pomposo título de *capital de dos mundos*, no acertaron sin embargo á darla apenas ninguna de las condiciones necesarias á un pueblo tan principal; y que los tesoros del nuevo mundo, y el inmenso poderío de los Cárlos y Felipes y sus arrogantes validos los Lermas y Calderones, Olivares y Oropesas, Nitardos y Valenzuelas, apenas dejaron mas señales de su paso por Madrid, que la inmensa multitud de iglesias y monasterios, todos medianos y nada mas, con que cubrieron la tercera parte de su suelo; y aun en este punto ni una idea grande y correspondiente á su ostentosa piedad; ni una catedral digna de la corte y que pudiera competir, si no esceder, á las de otras ciudades del reino; y en punto á otros edificios públicos y obras de necesidad y de decoro para una gran poblacion, únicamente la de la *Plaza Mayor*, la de la *Puente Segoviana* y la del sitio del *Buen Retiro*, que sin embargo estan muy lejos de competir en grandiosidad con las del Alcázar de Toledo, el templo y monasterio del Escorial y la Lonja de Sevilla, y otras muchas obras de aquella época y reinados.—Vimos en fin, que solo al empezar con el siglo XVIII la nueva dinastía de Borbon, acertó á comprenderse la importancia y la necesidad de dotar á la corte de grandiosos edificios, de establecimientos públicos, de decoroso ornato y de cómoda administracion. El nieto de Luis XIV, aquel jóven animoso, nacido y criado en la esplendente corte de Versalles, pudo y debió echar de menos su magnificencia y halagos, cuando atravesando yermas campiñas, miserables aldeas y escabrosos caminos, llegara á verse encerrado en el vetusto y desmantelado alcázar de Madrid, ó recorriese sus calles tortuosas, costaneras y sin empedrar, su mezquino caserío, sus débiles cercas y puertas, sus paseos, fuentes, y ausencia total de ornato y policía, de alumbrado y de comodidad; y no podria menos de reir al leer los hiperbólicos encomios de los Pinelos y Dávilas, Quintanas y Nuñez de Castro, y otros historiadores matritenses sobre las *grandezas* de esta villa, que entusiamaban á los unos, extasiaban á los otros, y hacian prorrumpir al último en su donoso libro titulado *Solo Madrid es corte*.

El hecho es, que considerada bajo el aspecto material, solo llegó á serlo desde el advenimiento de la augusta casa de Borbon. Felipe V, que pagó la decidida afeccion de este pueblo hácia su persona, por lo menos con otra igual, dió el grandioso impulso de su regeneracion ulterior. A su voz enérgica y poderosa se elevaron el Real Palacio, el puente de Toledo, el cuartel de Guardias, el Seminario, el Hospicio, el grandioso templo de Santo Tomás, las fuentes públicas, los teatros de la villa y otros cien edificios de utilidad y grandeza; y si bien no fué del todo segundado en sus ideas regeneradoras, por el mal gusto que reinaba á la sazon, tambien supo acometer la grandiosa empresa de reformarle de raiz con la formacion de academias y cuerpos científicos, digno plantel de los hombres distinguidos que habian de brillar despues.—Alguna cosa, aunque poco, añadió tambien al esplendor de la villa capital el piadoso monarca Fernando VI, y aun dejando hoy á la crítica histórica el apreciar el uso que hizo de sus tesoros, y si los *ochenta millones* que gastó en el monasterio de las Salesas Reales, pudieron emplearse con mas utilidad en dotar á Madrid de aguas, de caminos y de paseos, de establecimientos y edificios útiles, todavía tiene que agradecer esta villa á aquel monarca la magnífica via del puerto vecino, Guadarrama, la creacion de la Academia de Nobles Artes y la puerta de Recoletos.

Hé aquí todo lo que en punto á edificios públicos habia ganado Madrid en el trascurso de un siglo: hé aquí todo lo que habia alcanzado la capital del reino de la munificencia de sus monarcas y de la autoridad y valimiento de los Grimaldos y Riperdás, Patiños, Ursinos, Alberonis, Ensenadas y Farinelis.—Por fortuna valió mas para el arte que reserváran á otra época posterior y mas ilustrada, y á otro monarca magnánimo, la importante obra de la verdadera restauracion, ó mas bien formacion de la villa capital; porque guiados ellos por ideas apocadas, y pervertidos por el mal gusto artístico, no hubieran podido ni sabido convertir, por ejemplo, el escabroso y miserable *Prado de San Hierónimo* en uno de los mas bellos paseos de Europa; no hubieran imaginado sus bellas fuentes, sus magníficas calles y avenidas, el arco triunfal de la calle de Alcalá, el magnífico Museo, el Jardin Botánico, el observatorio Astronómico, la Real Platería y el Hospital general; no hubieran realizado la construccion de templos como San Francisco el Grande, San Cayetano, San Marcos, San Justo, Mostenses y Caballero de Gracia, ni restaurado convenientemente los de San Isidro el Real, Encarnacion, Descalzas y otros; ni abierto el canal de Manzanares, ni hecho la magnífica bajada, paseo y puerta de San Vicente y de la Florida, la casa de los ministerios, el cuartel de San Gil y las Reales Caballerizas, etc.; ni los edificios de la Aduana, Correos, Buena-Vista, Fábrica de Tabacos, Saladero, Gremios y otros muchos. Para esto era menester que á la elevacion de ideas del gran Cárlos III hubieran podido contar con la ilustrada energía de los *Arandas* y *Campomanes*, con los conocimientos y buen gusto de los *Sabatinis*, *Rodriguez* y *Villanuevas*.

El caserío siguió en aquella época el deplorable rumbo que desde un principio habia tomado, y gracias por un lado á las poderosas causas anteriormente indicadas, y al sórdido egoismo de los dueños; y merced tambien á la ignorancia ó mal gusto de los arquitectos, las calles de Madrid continuaron presentando el agrupamiento mas lastimoso de mezquinas habitaciones, ridículas fachadas, cuestas, estrechez y discordancia. Nada de desmontes ó rellenos oportunos para disimular los desniveles; nada de alineacion ni de proporciones de alturas; nada de ensanche de la via pública ni de disminucion ó remedio de sus tortuosidades; ni de conveniente formacion de anchas plazas y avenidas de elegante perspectiva; nada, en fin, de ornato esterior ni de comodidad para el público.

Si de la revista topográfica de la villa de Madrid *á mediados del siglo anterior*, pasamos ahora á la de su administracion y policía en aquella época, aun habremos de reconocer que, sean cualesquiera los errores de la actual generacion, sabe mejor que las anteriores procurar aquellas comodidades y halagos que embellecen algun tanto la existencia del hombre en sociedad, y á que tiene derecho, á cambio de las penalidades á que la civilizacion por otra parte le sujeta.

Todavía hemos alcanzado á ver en algunas de nuestras ciudades y villas, especialmente de Castilla la Vieja, Estremadura y Galicia, el espectáculo que podria ofrecer un pueblo de los tiempos primitivos, ó por lo menos de la edad media, abandonado absolutamente al instinto individual de sus moradores, desnudo de todas las condiciones materiales de comodidad y halago, y desprovisto en fin de todo cuidado y auxilio de parte de la pública administracion: á no ser así, no podríamos formar una idea siquiera aproximada del aspecto miserable de la *villa imperial y coronada de Madrid*, no solo al tiempo del establecimiento en ella á mediados del siglo XVI, sino dos centurias después, en el período de 1750 á que hoy alcanza nuestra revista retrospectiva.

Hemos observado en las líneas anteriores la incorrecta disposicion de sus calles, la discordante y mezquina disposicion de su caserío, interrumpido únicamente de vez en cuando por tal cual mediano tem-

plo, por tal cual estenso monasterio, que con las cercas de sus huertas contiguas y el privilegio de impedir levantar á las casas fronteras pisos dominantes, acababan de hacer solitario, triste y peligroso el tránsito; la escasez ó absoluta carencia de plazas y paseos interiores, de fuentes y monumentos públicos, de toda idea en fin grandiosa y de utilidad general.—Vamos ahora á ver si todas estas ausencias estaban en algun modo neutralizadas por el celo de la administracion, por el esmero del vecindario, por el órden, comodidad y aseo de una buena policía urbana.—Abramos para ello todos los libros de la época (1), y mas especialmente un precioso Manuscrito que poseemos y lleva por título *Discurso sobre la importancia y las ventajas que puede producir la ereccion del gobierno político y militar de Madrid nuevamente creado*, el cual tiene la fecha de 26 de noviembre de 1746, forma un tomo en 4.° de regulares dimensiones, y parece estar dispuesto para la imprenta, aunque nos es desconocido el autor; y muy pronto hallaremos la verdad en toda su lamentable desnudez.

Aquellas calles estrechas, tortuosas y costaneras, apenas podian decirse empedradas, si hemos de atender á los términos en que hablan de ello las ordenanzas é instrucciones de 1745 al 47; y hasta el reinado de Carlos III que adoptó y llevó á cabo en 1761 el proyecto del ingeniero Sabatini para el empedrado y limpieza de Madrid, que mal ó bien llegó á establecerse en los términos, bien mezquinos por cierto, en que aun le hemos conocido á principios del siglo actual.—La numeracion de las casas tampoco se verificó hasta 1751, y aun entonces lo fué por el mal sistema de dar vuelta á la manzana, que ha durado hasta nuestros dias, y ocasionaba tan considerable embrollo por la coincidencia muy frecuente de los mismos números en una calle.—No existian apenas sumideros ni alcantarillas subterráneas para la necesaria limpieza; las inmundicias que arrojaban de las casas por las ventanas, y las basuras amontonadas en las calles, convertian á estas en un perpetuo y sucio albañal.—No habia mas alumbrado que el de algunas luces que se encendian á las imágenes que solia haber en algunas esquinas, ó tal cual farolillo que se colgaba de los cuartos principales de las pocas casas que los tenian y cumplian con los bandos que lo mandaban.—Las fuentes públicas, pocas y escasas; los mercados reducidos á los miserables tinglados y cajones de la Plaza Mayor y algunas plazuelas, y á tiendas ambulantes en las esquinas, apellidadas *bodegones de puntapié*, desprovistos todos hasta de lo mas preciso, y sujeto el vecindario á los *abastos* y *tasas*, y á acudir á los sitios privilegiados donde se despachaba el pan, la carne y los demás alimentos en limitadas proporciones y á los precios del abasto.—Por consecuencia de todo aquel desórden y abandono, las calles, inundadas de mendigos de dia, de rateros por la noche, sin verse el transeunte protegido por la vigilancia de serenos (que aun no existian) ni ninguna otra precaucion de parte de la autoridad.—Todo aquel que por necesidad ó por recreo habia de echarse á las calles después de cerrada la noche, tenia que hacerlo bien armado, y dispuesto además con el auxilio de alguna linterna, y las señoras que iban en silla de manos á las tertulias, debian hacerlo precedidas de lacayos con hachas de viento, para apagar las cuales solia haber en las puertas y escaleras de los grandes señores cañones ó tubos de fábrica en forma de apagador, de que aun puede verse una muestra en la casa del señor marqués de Santiago, Carrera de San Gerónimo.

(Concluirá.)

R. DE MESONERO ROMANOS.

EL DIA DEL AÑO.

Es una época esta del año nuevo estraordinariamente alegre en todos los paises, como si por enterrar un año en el panteon de la historia, pensasen las humanas criaturas ser mas jóvenes, en vez de pensar que son mas viejas. Yo creo que nadie piensa en lo uno ni en lo otro; porque harto tiene que hacer el que piensa en divertirse, y sobre todo cuando el pensamiento de la diversion es lo que pudiéramos llamar vizco, puesto que vizco llamamos al que tiene torcidas miras ó torcidas miradas. Y no se me negará que la alegría general, en esta parte del año, hija mimada del interés, tiene malas miras en todas partes, porque esto equivaldria á sostener que en el órden moral es posible aquello que, en el órden físico, llamamos pedir peras al olmo. Vamos á probarlo.

Sabido es que en la China, que está como quien dice ahí, á la puerta de la calle, la celebracion de la fiesta dura cerca de un mes, en cuyo tiempo quedan los ciudadanos facultados para arreglar sus negocios como mejor les parezca: verdadera época de anarquía administrativa, que viene de perilla á los que, confiados en la fuerza de su astucia ó en la lógica de sus puños, quieren allí, como en todas partes, la práctica del socialismo bien entendido; esto es, para que los modernos reformistas vean que estoy iniciado en los misterios de su religion,

Tomar sin restituir,
dormirse sin cavilar,
prometer y no cumplir,
ó vivir sin trabajar.

En algunos pueblos de la India la época de año nuevo es todavía mas favorable á la secta cuyas doctrinas acabo de resumir en cuatro versos. Parece que dos meses antes de concluir el año andan los acreedores acechando á los deudores y ostigándolos hasta el punto de no dejarles de noche ni de dia un momento de reposo, por la sencilla razon de que, en llegando el dia de año nuevo, el acreedor que no haya sido bastante hábil para cobrar, es condenado por la ley á pagar á sus deudores doble cantidad de la que aquellos le eran en deber. Figúrense Vds., por consiguiente, cuántos escondrijos no recorrerán los que deben algo para burlar la persecucion de sus acreedores, hasta ver el sol en el suspirado dia de año nuevo! Lo cierto es que en semejante dia el *brahamismo* está en su apogeo, porque el que no bendice la ley de *Brahama* por lo que favorece la mala fé, *brama* contra la ley que protege la injusticia. Y el caso no es para menos si bien se mira; porque á trueque de no ver tan escandalosos atropellos, apuesto que hay muchos indios ricos que preferirian á su fortuna la desgracia de vivir pobres en Europa. En cambio hay muchos europeos que se harian millonarios en la India, y váyase lo uno por lo otro.

Ahora bien: siendo, como es de creer, en los mencionados paises infinitamente mayor el número de los pícaros que el de sus víctimas, claro es que la festividad de año nuevo ha de ser en ellos recibida con regocijo casi universal; lo que, si se atiende á la causa ú orígen, demuestra la verdad de mi proposicion. Pero desgraciadamente no necesitamos ir al Asia para convencernos de que la alegría de año nuevo, hija del interés, tiene tan malas mañas como su padre.

Me acuerdo perfectamente de lo que pasa en Madrid el dia de San Silvestre, en cuya noche tiene lugar la ceremonia de los *años nuevos*, que consiste en sortear cedulillas con nombres de *damas* y *galanes* y versecitos adecuados al objeto. Cualquiera pensará que este cuadro de nuestras antiguas costumbres es en el fondo, como en la forma, la sencilla espresion de esos afectos de amistad y de familia que buscan un inocente recreo en pasatiempos dignos de la infancia; pero no es así: este, como otros muchos cuadros, tiene su parte de caricatura y de brocha gorda, semejante á esas decoraciones de teatro que seducen desde lejos y quitan todas las ilusiones, vistas de cerca. Así juzga de semejante costumbre el que sabe por esperiencia los resortes que en tal noche ponen en juego las jóvenes que desean separarse de sus madres, y las madres que anhelan colocar á sus hijas, y las señoras que sin haber tenido tios buscan primos, y los galanes que enamorados de la bolsa de una dama ó de otras prendas que sería pesado referir, van tras de un dote ó tras de otras cosas que sería prolijo enumerar.

Es magnífico ver á Doña Sinforosa Carrasco y á su hija Matilde celebrar lo que se llama el ensayo general, en compañía de D. Agapito el cesante y D. Periquito el meritorio. Allí se discute y aprueba el programa de la funcion, que sobre poco mas ó menos se reduce á los artículos siguientes:

1.° Se acuerda que la señora Doña Sinforosa designará á dichos D. Periquito el meritorio y D. Agapito el cesante para estraer las cédulas de los versos, y que estos señores aceptarán con la condicion de que Doña Sinforosa y Matilde saquen las de los nombres.—Aprobado.

2.° Se conviene en que Matilde sacará y leerá los nombres de las damas, procurando no equivocarse.—Aprobado.

3.° Se decide que Doña Sinforosa, mujer de mas esperiencia y mas práctica en los juegos de manos que su hija, sacará y leerá los nombres de los caballeros, procurando sacar de la manga, con todo el disimulo posible, las cédulas que á continuacion se espresan:—D. Agapito el cesante, correspondiendo á Doña Jacoba, viuda de un comisionado de amortizacion que á los pocos meses de ejercer su destino lo abandonó para administrar sus haciendas.—D. Periquito el meritorio con Inesita Cermeño, hija de un antiguo subsecretario que está en candidatura para ministro.—Guardará para su hija al escribano D. Tomás Uñate, de mote Manos Puercas, que tiene fama de ser el primero de la nacion para dar fé de lo que nunca ha visto, y abricar testamentos falsos.—Y se reservará para sí á D. Liberio Rompe-Lanzas, comandante que fué de carabineros en el llamado *año de los alijos*.—Aprobado.

4.° y último. D. Agapito el cesante y D. Periquito el meritorio sacarán y leerán las cédulas de los versos, procurando cada uno esca-

(1) Véanse entre otros los siguientes:
1.° Solo Madrid es Corte, por Alonso Nuñez de Haro, 1698.
2.° Ordenanzas de Madrid, por D. Teodoro Ardemans, 1725.
3.° Dificultades vencidas y curso natural de las aguas, etc., por José de Arce, 1754.
4.° Tridente escéptico en España, etc., por D. Joaquin de Cassis y Xalo, 1758.

motear aquellas que mas convengan á los fines de los interesados en los momentos oportunos.—Aprobado.

Con esta intriga tan hábilmente preparada, llega la noche, y todos se solazan con la idea de recoger el fruto de sus maquinaciones; pero ocurre la desgracia de que una jóven de la reunion propone anticipada y caprichosamente á otras personas para la estraccion de las cédulas; la reunion vota por aclamacion, y nuestros cuatro intrigantes braman como los acreedores de la India en año nuevo.—No queda mas que una esperanza, y es la de que tal vez pueda hacer la casualidad lo que habia ordenado la intriga. Todo puede suceder: pero aunque así sea, la mayor parte de las cédulas contienen versos insolentes que parecen espresamente trabajados para inspirar aversion y desprecio y... ¡lástima grande que la fatalidad haya dado al traste con aquellos planes tan sábiamente combinados!

Así sucede en efecto; llegada la hora en que cada cual se solazaba con la esperanza de satisfacer sus deseos, empieza la operacion de los años nuevos, siendo otras y otros los que merecen la dicha de obtener aquellos cuatro nombres que alimentaban mas de cuatro ilusiones. No contenta con esto la mala estrella, hace que D. Agapito el cesante salga de pareja con la abuela de Matilde; D. Periquito el meritorio con la cocinera de Doña Sinforosa; Matilde con el aguador de la casa, y Doña Sinforosa con el leon del Retiro, lo que produce mucha algazara en la reunion y una merecida leccion á los que quisieron convertir las fiestas de los *años nuevos* en juegos de *loteria* ó de *bolsa*, que son los que hoy dominan con grave perjuicio de sus dignos rivales el *Monte* y el *Cané*.

Afortunadamente estos ataques á la bolsa ajena, aunque encarnados en una antigua costumbre, son poco frecuentes en Madrid, y no tienen lugar mas que dos veces al año, que son el dia de los *motes* y el de los *estrechos*, esto es, la víspera de año nuevo y la víspera de los Reyes, lo que proporciona á nuestros prójimos un descanso de 364 dias en el año bisiesto, y de 365 en el año comun. En Paris, donde escribo estas líneas, las asechanzas de la estacion son mucho mas terribles por lo mismo que se disfrazan bajo las mas seductoras apariencias; pues para que mis lectores juzguen hasta qué punto la urbanidad ó *politesse* francesa es sospechosa para mí, creo que un descendiente de José María, armado de trabuco y pidiéndome la bolsa ó la vida en un camino, no me haria tanto miedo como un parisien que venga á mi casa saludándome con la mas refinada galantería, y diciéndome que está muy enfadado *(bien faché)* de que á mí me duela la cabeza, ó que le es muy cómodo verme en buena salud *(il est bien aise de me voir en bonne santé.)*

La temporada de año nuevo, sobre todo, es fatal en este país; porque en ella la *politesse* llueve á chaparron, y esta era de cumplimientos, que en mi tierra solo es fastidiosa por lo que trasciende á etiqueta cortesana ó por los lugares comunes de que se resiente, aquí es calamitosa para el que sabe que la palabra *bonjour* cuesta lo menos cincuenta céntimos; *merci* dos francos, y *tres obligé* dos napoleones.

Parece broma, pero es cosa muy grave lo que en tales dias sucede. Figúrese el estranjero que quiera pasar en Paris la temporada de año nuevo los peligros que tiene que correr; y si no puede figurárselos, lea este folletin para que no le cojan desprevenido. Si el desventurado vive en un *hôtel*, como generalmente acontece, verá que desde por la mañana empieza á recibir memorias y felicitaciones, que son otros tantos anzuelos dirigidos al bolsillo, por este órden:

1.° *Mr. le concierge*, con una tarjetita en que dice que da las Pascuas, aunque mas bien que las da las pide.

2.° *Madame la concierge* que imita la politesse de su marido.

3.° *Maitre Jean*, el cocinero, que imita la politesse de la concierge.

4.° *El garzon*, que imita la politesse del cocinero.

5.° *El barrendero*, que imita la politesse del garçon.

6.° *El sacristan de la parroquia*, que imita la politesse del barrendero.

7.° *El carbonero*, que regala dos libras de carbon con el objeto de hacer pagar una arroba por cada libra, ó lo que es lo mismo, dos arrobas.

8.° *El epicier*, que hace el obsequio de un cuarteron de ciruelas esperando que esto le valga mas que un cajon de dátiles.

9.° 10.° 11.° 12.° 13.°..... ∞, signo con que matemáticamente se representa en el infinito.

Después de esta serie continúa otra, que es como sigue:

Infinito mas uno, $\infty + 1$, la dama del *comptoir* que remite un *petit verre d'eau de vie* (alias, una copita de aguardiente teñido).

Infinito mas dos, $\infty + 2$, el vecino ó vecina del número tantos que regala un par de guantes viejos.

Infinito mas tres, $\infty + 3$, el dueño del hotel que convida á comer *gratis* aquel dia.

Infinito mas cuatro, $\infty + 4$, el mozo del café que en tal dia despacha los dulces, los cigarros y las pipas con lazos de cintas coloradas.

$\infty + 5$, $\infty + 6$, $\infty + 7$... $\infty + \infty$... ∞... $\infty \infty$ ... etc., etc.

Por de contado que todos estos agasajos son tan desinteresados como los primeros: todos se dirigen á un fin, y son tanto mas temibles para los hombres imparciales, cuanto que tienen de comun con el sistema restrictivo de los absolutistas la circunstancia de ser contribuciones indirectas, y con el sistema económico de los socialistas, la de sustituir el impuesto progresivo al proporcional. Por consiguiente, el estranjero que se dirige á Paris en la estacion de los aguinaldos, puede decirse que toma el camino mas corto para ir á San Bernardino; y desgraciadamente esta estacion es tan larga en Francia para los estranjeros, que dura 365 dias en el año comun, y 366 en los bisiestos.

J. M. VILLERGAS.

FEDERICO II DESPUES DE LA BATALLA DE COLLIN.

Federico II es una de las figuras mas gigantescas que aparecen en la galería que los siglos han ido formando de los grandes capitanes de todos los países: nada de cuanto á él se refiere puede leerse sin interés: nada que nos le represente puede ser mirado con indiferencia; el cuadro cuya copia damos, es de los mejores, si no el mejor, que se han consagrado á este grande hombre: desnudo de figuras y de accesorios que distraigan al espectador, permite contemplar la venerable figura de Federico II; pero no en una situacion normal, sino en un momento solemne, después de haber sufrido una derrota, después de haber perdido una batalla; él, tan afortunado en ese juego de azar que se llama la guerra. Dejando aparte la correcion del dibujo, la exactitud del parecido, es de admirar la espresion de esa cabeza, no abatida por el desaliento que se apodera de las almas vulgares después de un descalabro, sino preocupada por la meditacion del genio, que reconcentrándose en sí mismo, saca de un golpe de fortuna una leccion provechosa para el porvenir.

OCHENTA Y TRES ESCALONES.

CUENTO

I.

Una casa de Madrid es un mundo abreviado: cada piso es una zona, cada cuarto una nacion con sus leyes particulares, sus costumbres que en nada se parecen á las de los demás, su fisonomía peculiar, en fin, que lo caracteriza. ¿En qué se parece el grande de España ó el opulento banquero del principal, al jefe de la oficina ó modesto propietario del segundo, ni este al humilde empleado de ocho mil abajo del tercero, ni todos ellos á la modista, al estudiante ó al menestral de la buhardilla? Como los estremos se tocan, y los dos polos de la tierra son semejantes, así el bajo suele ser igual ó muy parecido al departamento mas encumbrado. El pobre sastre de puntada larga y el humilde remendon se hallan lo mismo en el portal que en el cuarto cuarto.

No debemos pues buscar las diferencias entre los puntos mas apartados. En la casa en que vamos á penetrar solo queremos ver el principal y la buhardilla. ¿No os parece que deben hallarse en ellos contraposiciones dignas de ser notadas?

II.

CUARTO PRINCIPAL.

Eran las doce de la noche, y las calles de Madrid se hallaban completamente desiertas, merced al temporal, que deshaciéndose en viento y lluvia, habia obligado á todos sus habitantes sin esceptuar los mas trasnochadores á buscar en sus casas un abrigo. ¡Cuánta celosa casada daba gracias al cielo pidiéndole allá en lo íntimo de su corazon que enviase una tempestad semejante cada noche, en tanto que unia sus maldiciones contra el mal tiempo á las de su poco casero marido!

En una suntuosa habitacion del primer piso de una de las mas elegantes y magníficas casas que la arquitectura moderna ha regalado á la coronada villa, se hallaban reunidos en derredor de una mesa sobre la que se veian los restos de una opípara cena y un asombroso número de botellas, ocho jóvenes cuyos trajes y maneras hacian conocer que pertenecian á las mas distinguidas clases de la sociedad.

—¡Vaya si es linda! decia uno pasándose las manos por sus largas melenas rubias. No pienso hacer en mi vida una conquista semejante.

—Esta noche estás adorablemente modesto, conde; esclamó otro ofreciéndole una copa. ¿Querrás hacernos creer que esa muchacha se te resistió aun?

—Daria un año de mi vida por poder decir lo contrario, contestó el que primero habia hablado.

—Segun eso es una virtud salvaje.

—Una Lucrecia.

—Yo no creo en las Lucrecias de aguja, dijeron á la vez varios en quienes el Champagne iba haciendo su efecto.

—Y sin embargo nada hay mas cierto, amigo mio, contestó aquel á quien uno de sus compañeros habia llamado conde. Desde que leen *Los misterios de Paris*, cada una de ellas quiere pasar por una *Rigolette*.

—¿Y te das por vencido?

—En cuanto á eso...

—¿No?

—Fieras mas temibles he domado.

—Te aseguro, Julio, que á esta no la domarás. Cuando no la has rendido ya, es que la plaza cuenta con grandes recursos para defenderse.

—Plaza sitiada, plaza tomada: es axioma en la guerra desde la invencion de la artilleria.



(Federico II después de la batalla de Collin. Cuadro del museo de Leipzig.—Pág. 4.)

—¿Piensas bombardearla? preguntó uno que hasta entonces no habia hecho mas que beber.

—Tengo dinero.

—A propósito. ¿Cuántas onzas creeis que vale la virtud?

—Lo que no existe no puede valer nada.

—Yo doy un centenar de hallazgo al que presente á esa pobre criatura hace tanto tiempo perdida.

—Cuenta con que algun anticuario no la tropiece revolviendo pergaminos.

—Es verdad. Yo no dudo de la virtud de las viejas, sobre todo si son pobres.

—¿Pero y la Lucrecia de Julio?

—Apostaria doble contra sencillo á que lo derrota. La tal Juanita sigue la escuela antigua.

—¿Y si este hiciese una tarquinada con ella?

—No se atreve.

—¡Cómo que no me atrevo! dijo el conde, cuyas ideas se iban enturbiando por instantes.

—Tú no harás nunca nada de provecho. Eres un aprendiz de calavera, y pretendes plaza de D. Juan.

—Esta noche os he dado una cena sin motivo ninguno. Dentro de dos dias os convido á otra, y á una partida de campo para el dia siguiente, con objeto de celebrar mi triunfo.

Ilusiones engañosas
livianas como el placer.

Balbuceó uno, cuya cabeza no estaba muy segura.

—Ya te lo probaré dentro de poco, Federico.

—Del dicho al hecho...

—Irá poco trecho.

—¿Qué apuestas, Julio, á que dentro del término que has fijado no consigues nada? dijo el que ya conocemos por Federico.

—Lo que quieras.

—Mi caballo *Djir* contra tu yegua *Clary*.

—Sea.

—Pues no hablemos mas del asunto.

Algunos instantes después la bacanal llegó al último estremo, siendo imposible comprender una palabra entre la confusa algarabía que formaban todos hablando á la vez y el agudo *chischás* de vasos y botellas.

III.

BUHARDILLA.

Ochenta y tres escalones mas arriba, en una mezquina estancia, cuyo techo tocaba al suelo por un estremo, se hallaban dos jóvenes de la misma edad que los que hemos dejado emborrachándose en el piso primero, pobremente vestidos y ocupados al parecer de algun tristísimo pensamiento.

Nada recuerda aquí la opulencia del cuarto principal. Cuatro sillas viejas, un mezquino lecho y una mesa coja cargada de libros y papeles, sobre la que arde una vela de sebo, hé aquí todo el menaje de la casa en que acabamos de introducir á nuestros lectores.

Largo rato hacia que los dos jóvenes guardaban el mas profundo silencio. Las cabezas apoyadas en las manos en actitud de meditar; nada de lo que en derredor habia les ocupaba.

—¿Te has resuelto, Félix? preguntó el uno mirando con ansiedad á su compañero.

El interrogado no oyó, ó aparentó no oir estas palabras.

—¿Qué piensas hacer? volvió á decir el otro dándole una palmada en el hombro para sacarlo de su distraccion.

Félix levantó la cabeza, y fijó en su compañero sus grandes ojos negros preñados de lágrimas.

—¡Por qué no he nacido rico! esclamó con desesperacion.

—¡Ricos! ¿Son los ricos mas felices que nosotros?

—¡Bella teoría, Antonio! Por desgracia no es mas que una teoría. ¿Para poder casarme con Isabel qué me falta sino dinero?

Convencido Antonio de la amarga verdad que encerraban las palabras de su amigo, no supo qué contestar.

—¡Maldito becerro de oro! ¡Ese ídolo del siglo da la felicidad en la tierra!...

—¡Y es preciso resolver algo! murmuró Félix volviendo á entregarse á los pensamientos que antes le ocupaban. El tiempo vuela, y esto no puede quedar así.

Un golpecito dado tímidamente á la puerta de la buhardilla atrajo su atencion hácia aquel lado.

—¡Adelante! dijeron los dos.

Una pobre vieja modestamente vestida alzó el picaporte, y se presentó en la puerta.

—En la portería me han dejado al anochecer este billete para usted. No he podido subirlo hasta ahora.

—¡Gracias! esclamó Félix tomando la carta con ansiedad.

La portera se retiró.

—¿De quién es? preguntó Antonio.

—¡De ella!

—¿Qué te dice?

—Oye.

«Felix: Soy mas desgraciada de lo que crees. Mi tio se empeña »en que te olvide y me case con D. Vicente. Me saca mañana para »Toledo, donde nos aguarda con sus sesenta años y sus riquezas. Tal vez »no te veré mas.

»Los dos somos pobres, los dos somos infelices. Esta noche á las »dos, cuando todos duerman, estaré á la puerta de mi casa. No sé »si obro bien ó mal; pero conozco que no puedo proceder de otra manera. ¡Maldito dinero!

»Hasta las dos ó hasta el otro mundo.

Tu Isabel.»

La carta que Félix acababa de leer estaba casi borrada con lágrimas de la que la escribió.

—¿Me acompañas? dijo el jóven después de un momento de duda con una tranquilidad que asombró á su compañero.

—¿Vas á despedirte de ella?

—No sé á lo que voy. Yo no puedo perderla: no puedo dejar que la sacrifiquen.

—Acude á la justicia, depositala, y cásate con ella.

—Sí; pero para todo eso es menester dinero, dijo Félix con amarga sonrisa.

—¡Es verdad! esclamó dolorosamente Antonio ¿Qué resuelves?

—No sé. Salgamos á la calle. ¡Este aire me ahoga!

Ambos tomaron los sombreros.

—Si tuviera concluída mi carrera! esclamó Félix echando una triste ojeada á sus libros. ¡Qué felices son los que no pierden año por falta de algunos duros para pagar la matrícula!

—¿Vamos?

—Sí: debe ser cerca de la una, y vive lejos.

—¿Has pensado lo que vas á hacer?

—Tal vez una locura. Pero que no me culpen á mí de ella, dijo con tono solemne: cúlpese á los que han hecho al oro dueño del mundo.

Un momento después salian los dos de la casa, sin advertir que tras ellos bajaban la escalera una multitud de jóvenes elegantes, que reian á carcajada suelta.

¡Llanto y risa! ¿Qué mas da? Todo tiene su efecto dramático en el teatro del mundo, y

Per troppo variar natura é bella.

IV.

La tempestad arreciaba por momentos, y el sepulcral silencio de la villa solo era turbado por el ruido del agua, y por la voz de tal cual soñoliento y mal humorado sereno que cantaba la hora.

En el estremo de una estrecha y retirada calle, á la luz de un mortecino farol, se veian dos hombres envueltos en sus capas, que calados de agua y sin hacer caso de los torrentes que sobre ellos caian, miraban con ansiedad hácia la puerta de una casa de no mala apariencia, que en la acera de enfrente habia.

En la otra punta de la callejuela se columbraba apenas, envuelta en la oscuridad, una berlina tirada por poderosas yeguas normandas, parada delante de una mezquina casa cuyo portal estaba abierto aun.

El reló de Palacio dió las dos.

Los hombres de las capas se acercaron á la puerta de enfrente, que se abrió en este momento, dando paso á una mujer envuelta en una capa de pieles, y después de conversar algunos instantes con ella en voz imperceptible, se alejaron los tres de la casa.

Mientras esto sucedia, en el otro estremo de la calle se representaba una escena terrible, digna de un melodrama de Bouchardy. Dos hombres salieron con una mujer en brazos de la casa cuyo portal estaba abierto aun, siguiéndoles otros tres á corta distancia.

De repente, entre el desquicio de los elementos, se oyó un alarido sordo y sofocado, como si la boca que lo lanzaba estuviese tapada.

El sereno, que sentado en un umbral dormia profundamente soñando con los pintorescos bosques de su país, despertó sobresaltado y se lanzó chuzo en ristre hácia el lugar de donde el grito partia.

Entre tanto la mujer fué metida violentamente en el carruaje, á pesar de los desesperados esfuerzos que hizo para evitarlo; uno de aquellos hombres subió con ella, y el coche iba á partir, cuando el sereno parándose en medio de la calle gritó con voz de trueno:

—¡Alto ahí!

Cuatro hombres se precipitaron sobre él, y antes que pudiese lanzar un grito ni hacer un movimiento, se hallaba derribado en tierra, sujeto por ocho brazos de hierro, y con un pañuelo en la boca que le imposibilitaba de pedir socorro.

La berlina partió al galope.

. . . . . .

Al dia siguiente todos los periódicos decian que los vecinos de la calle de... habian encontrado al salir de sus casas el cadáver de un sereno que maniatado y con un pañuelo en la boca yacia en medio del arroyo. En todo su cuerpo se hallaba la menor herida ni contusion: el infeliz habia muerto de frio. Dos casas inmediatas se encontraron abiertas por la mañana. En cada una de ellas faltaba una jóven. Se habia verificado un doble rapto.

¿Qué Mongiabele podrá apreciar los pliegos de papel que en aquella hora comenzaron á emborronar los escribanos?

¿Escribanos dijimos? Pues cuenta que no hemos dicho nada: nosotros los juzgamos las personas mas honradas que pueden hallarse. Con perdon sea dicho del autor de *El novio pasado por agua*.

V.

PILLOS Y CALAVERAS.

Han pasado dos dias. En el mismo cuarto principal donde al principio de esta historia introdujimos á nuestros lectores, se representa ahora una escena, que no deja de tener alguna semejanza con la que entonces presenciaron.

Julio habia ofrecido una cena á sus amigos si salia triunfante en cierta apuesta; pero como por aquellos dias debia contraer matrimonio con una de las mas ricas y nobles señoritas de España, su madre habia convertido la cena en un baile con que pensaba celebrar el mútuo acuerdo de las dos familias.

El condecito no tenia padre, y en cuanto á su madre... ¡era una bendita de Dios la buena señora! Queria á su hijo hasta la ceguedad, y era la primera á celebrar sus *calaveradas*.

¡Bien es verdad que las calaveradas de Julio eran tan graciosas!

Los salones de la condesa estaban completamente llenos, y en todas partes no se hablaba de otra cosa que de una nueva gracia del condecito.

—Me ha derrotado, decia Federico á una multitud de jóvenes que le rodeaban. ¡Es lo mas atrevido eso, chico!

—La aventura es original si las hay!

—¡Já, já!

—¡Maniatar al sereno!

—Ha sido una donjuanada.

—Pero de muy buen género.

—¿Y la muchacha? preguntaron muchos á la vez.

—¿Es guapa?

—Es deliciosa.

—Y me han dicho que iba á casarse con un zapatero.

—¡Já, já!

—Pues por evitarle hacer semejante disparate la robé, dijo Julio con gravedad acercándose á sus amigos, por pura filantropia.

Todos celebraron el chiste del conde, que corriendo de boca en boca, á los cinco minutos habia llegado á oidos de todo el mundo, sin esceptuar á su madre y á su futura, que no pudieron menos de reirse á carcajada tendida.

—Vas á ser muy feliz con él, dijo la condesa. Es el muchacho de mas talento y mas gracia que hay en la corte.

—Así lo creo, contestó la niña bajando los ojos ruborizada.

La futura del conde llevaba por supuesto un vestido blanco como la nieve. ¡Qué buenas cosas dice Alphonse Kaarr sobre los vestidos blancos y el rubor de las doncellas!

—¿Y qué has hecho de ella? preguntó Federico al conde.

—¿Sé yo nunca lo que hago de las queridas que dejan de gustarme? contestó con desenfado. Pregúntalo á mi ayuda de cámara, que puede que él te dé razon.

—¡Já, já, já!

(Continuará.)

DIEGO LUQUE.

PASAGE DE LA «FANTASMAGORIA,»

EPISODIO DE

EL VERDE GABAN Ó EL REY EN BERLINA.

POEMA JOCO-SERIO CON ESTE EPÍGRAFE.

INÉDITO.

«E cosi avvien, che una servil genía,
Coi propi vizzi, e con l'altrui sciocheza,
Si sgombri ognor del dominar la via.»
VITTORIO ALFIERI.

Pero ¿qué enjendro es este informe y fosco,
de bestia y hombre mescolanza fiera?
fecundo Goya, confusion del Bosco,
préstame, si he de imaginar siquiera
la estampa á tan ridículo bamboche,
tu gorro de dormir por una noche.

Érase un aborton, griego diftongo
trabado de animal y hominicaco,
raso el tocho cacúmen como un hongo,
salvo un círculo á modo de zodiaco;
y en un medroso y áspero capuz
talada la moronda hasta el testuz.

Tiene por vientre un flatulento zaque,
la piel híspida, escuálida y cerdosa,
y la color zurrada de zumaque;
de sátiro los piés (y aun otra cosa)
dos hendidas pezuñas por zapatos,
por dedos retorcidos garabatos.

Diré al lector cuál era este animal,
porque no se devane allá el cerebro,
revolviendo la historia natural
de nuestro Animalista Valdecebro,
de Plinio, de Aldovandro, ni Buffon:
era un solicitante en confesion.

A sus inmundos piés yace de hinojos
una devota jóven penitente,
fijos en tierra con rubor los ojos,
confesando de amor la llama ardiente
en que mas su albo pecho se encendia,
cuanto mas con cilicios se oprimia.

Toda de gracia y de inocencia llena,
su mirar de divina compostura,
blanca como la cándida azucena,
respirando de rosa el aura pura,
son sus cabellos de oro hebras sutiles,
y su edad no cumplidos quince abriles.

Como á boca de lóbrega caverna
está de acecha hambriento lobo fijo,
esperando á cebar la rabia interna
con que el hambre le roe el entresijo;
y se relame ya y aguza el diente,
al ver al ojo la ovejuela enfrente:

No de otra suerte el monstruo á la rejilla,
ojo á la presa, y afilando de uña,
estaba si la pilla ó no la pilla.
Ya se enflauta, ya arrastra la pezuña,
de erótico furor el alma llena,
y... á este tiempo Zaullon mudó la escena.

Y hé aquí el confesonario (¡raro encanto!)
hecho un altar, y en este altar un nicho,
y en este nicho colocado un Santo;
y este Santo del nicho érase el bicho
que ya en vez de la bella pecadora,
tiene á sus piés un pueblo que le adora!!!

BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO.

AL SEÑOR DOCTOR D. FRANCISCO ESTEBAN DE INGUNZA.

El destino es invariable.

Pártе: yo no te doy mi despedida.
La tierra es un inmenso laberinto
Cuyo centro es la tumba; cada vida
Por diferente senda su recinto
Cruza, mas todas en la tumba acaban,
Y en su lóbrego umbral depositamos
El fardo del dolor con que nos gravan
Los designios de Dios, y descansamos.

No te aflijas, doctor: parte, y no llores
Si al otro lado de la mar no encuentras
A tu buen padre ya; no llores si entras
En su hogar solitario, si las flores
Del jardin que él cuidó marchitas hallas,
Y desquiciada la mohosa puerta,
Y ruinosos sus muros y sus vallas
Y la paterna cámara desierta.

Partió ante ti: la senda de la vida
Recorrió hasta su fin, y entró su alma,
De esta cárcel de penas desprendida,
En las regiones de la eterna calma.
Tú por la vida que te dió quisiste
La flor de tus trabajos ofrecerle,
Y la mitad del mundo recorriste
Pensando en su vejez entretenerle
Con el cuento gentil de lo que viste;

Mas ¡oh inútil afan! ya no has de verle
Sobre la tierra mas, y sus miradas
No podrán recorriendo tus escritos
El insomnio apreciar de tus veladas,
Ni de tus aventuras ya pasadas
Recompensar los riesgos inauditos.

Mas no te desesperes; no le llores;
En mas feliz y luminosa esfera,
Libre ya de amarguras nos espera,
Y en los jardines del eden benditos
Duerme en un fresco pabellon de flores.

Parte, caro doctor: no me despido;
Pronto, pájaro errante, alzando el vuelo,
Dejando á Europa y el paterno nido,
Me lanzaré en los aires, y en el suelo
De América pasando, en tus hogares
Ensayaré el poder de mis cantares.

Parte, doctor, y cumple tu destino:
Fuerza es que llene cada cual el suyo;
Si no nos lanza por igual camino,
Llevas mi corazon; guárdame el tuyo.

José ZORRILLA.



(La plegaria.)

LA PLEGARIA.

¿Por quién dirige sus preces al cielo esa bella aldeana, tan absorta en su oracion, que parece la figura de un ángel fijando sus miradas en la region de los elegidos? ¿Ruega por el descanso de su madre? ¿pide á Dios amparo para su hermano? ¿O implora la proteccion del cielo para que permita llegar sin contratiempo el bien amado de su corazon, á quien espera á través de los mares, tras largos años de ausencia, para presentarle el ramo de flores que la dió al estrecharla en sus brazos y darla en la frente el beso de despedida? Nadie sabe el misterio que se encierra en la plegaria de la pobre niña; pero todo el mundo descubre la pureza de su rostro y la fé que revelan sus ojos, penetrando á través del espacio en otra mansion mas dichosa.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario é Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra.



LA FAMILIA INDIGENTE.

¿Quién, en los crueles dias del corazon del invierno, no tiene un recuerdo para los infelices sumidos en la miseria y en la desgracia? ¿Quién no oye aquí ó allá la triste historia de una familia indigente, llena de privaciones, sin alimento, sin vestido, sin salud, encerrada en el triste recinto de un oscuro desvan azotado por vientos, calado por la lluvia, sin algunos carbones que templen la crudeza de aquella mansion de la desgracia y del dolor? Uno de estos desconsoladores cuadros es el que representa la lámina que va á la cabeza de los presentes renglones. El padre, postrado en la cama, no puede siquiera hacer diligencias para proporcionar pan á su familia; la madre, casi desnuda, busca en el seno de su esposo un lugar para depositar su dolor y sus lágrimas, y sostiene al menor de los niños, que consuela á su padre con infantiles caricias; otros tres hijos se agrupan para prestarse recíprocamente calor; uno de ellos recuesta la cabeza en la cama; la niña mayor acoge á su hermano y procura resguardarle del frio: ¡qué tinte de tristeza en todas las fisonomías! Pero tambien ¡qué resignacion en todos los semblantes! Y estas escenas tienen lugar en las grandes ciudades, tal vez en las casas opulentas, sobre la habitacion del magnate, que nadando en la abundancia, apenas halla medio de gastar sus rentas, ni se acuerda de que los restos de la comida de sus criados bastarian para alimentar á una familia entera, que sin que él lo sepa siquiera, muere de miseria veinte varas mas arriba de donde él vive en la abundancia. No hay indigencia mas horrible que la que se halla al lado de la opulencia; no hay soledad mas completa para el pobre que la de las ciudades populosas: la caridad de las aldeas con sus mezquinas ofrendas, con sus mínimos auxilios, es mil veces preferible á la filantropía de los pueblos grandes con sus pomposos establecimientos de beneficencia: allí donde hay mas, hay mas harapos; allí donde hay mas estruendo, mas alegría, hay mas abandono, hay mas lágrimas!

LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

RECUERDOS HISTÓRICOS.

RECAPITULACION.

(Conclusion.)

Pero nada nos hará formar una idea mas cabal del estado lamentable de la policía urbana de Madrid en aquella época que el escuchar al anónimo autor del manuscrito ya citado, el cual con fecha 19 de

noviembre de 1746 (el mismo en que entró á reinar Fernando VI) la reseñaba completamente en su estenso informe al gobernador, y de que estractamos los siguientes párrafos:

«Dicen los que han viajado por las cortes estranjeras que en algunas »nunca hay noche, porque jamás oscurece; tanto es el cuidado de suplir »con luz artificial la falta de la del sol. El pensamiento es muy ra»cional y muy cristiano, porque la noche es capa de facinerosos... »Esta providencia, que en todas las cortes es muy justa, en la nuestra »es sumamente necesaria, porque en esta, mas que en otra alguna, »son frecuentes los robos y los insultos, y la lobreguez ayuda mucho »para ellos: tambien favorece á la lascivia, y nuestra corte está en »este vicio lastimoso. En atencion á esto se tomaron algunos años há »distintas disposiciones; mas todas fuéron inútiles; se echaron varios »bandos; mas siempre sin efecto, porque se burló de las disposiciones »la inobediencia, ó fué un remedio insuficiente. *Mandóse poner faro»les en los balcones* de los cuartos principales, y solia haber tanto »claro entre uno y otro farol, que en poco se remediaba la oscuridad. »Los pobres que no pueden costear esta luz estan por su pobreza »exentos de la ley; y sea por esto ó por aquello, ó que se procedia »con descuido, no tenia Madrid mas luz que la del dia, y por la noche »apenas se distinguia de una aldea. Para ocurrir á una fealdad tan »perniciosa á las costumbres y seguridad de la república, pudiera imi»tarse la práctica de Paris, donde cuelgan los faroles en distancias »proporcionadas, y queda la villa, no solamente lucida, sino segura. »Esto puede verificarse por asiento, etc.

»La limpieza de la corte se ha hallado hasta aquí como imposible, »porque aunque se han presentado varios proyectos para su logro, »no han tenido efecto alguno, y por esto no solamente es Madrid la »corte mas sucia que se conoce en Europa, sino la villa mas desaten»dida en este punto de cuantas tiene nuestro rey en sus dominios, y »es hasta vergüenza que por descuido nuestro habite el soberano el »pueblo menos limpio de los suyos.»—(Aquí se estiende el autor en consideraciones sobre las malas consecuencias de tal desaseo para la salubridad pública, y otros perjuicios, entre los cuales enumera el de que el aire inficionado toma y tiñe la plata de las vajillas, los galones y los bordados de los trajes, diciendo con mucha candidez:) «Un »vestido de tisú que en otro pueblo pasará siempre de padres á hijos, »en Madrid debe arrimarse antes del año y hacerse otro, porque con »la mayor brevedad deja de ser tisú y es un tizon.

»Hace sucio á Madrid *lo que se vierte por las ventanas* (continúa »nuestro discreto y anónimo escritor de 1746); y dícese que es muy »difícil remediarlo; pero no confundamos lo difícil con lo imposi»ble, y tengamos presente que si se quiere de veras se puede reme»diar: la prueba evidente es que en otros pueblos no hay esta sucie»dad. Sin embargo, haciéndome cargo de lo árduo de esta empresa, »diré que aunque ninguno hay que no desee la limpieza de Madrid y »vitupere su piso y empedrado, estos mismos si se les incomoda con »el gasto ó con la obra, serán los mayores impugnadores de su reme»dio. Muchas cosas sin embargo se pierden, no porque no las poda»mos alcanzar, sino porque no las osamos emprender; y todo lo puede »vencer el espíritu y la perseverancia de un ministro sostenido por la »voluntad de su rey; y á la verdad, el que consiguiese el fin, seria »digno de inmortal alabanza, porque seria hacer corte á Madrid... »Comprendiendo esta importancia, Sevilla, Toledo, Valencia y otras »ciudades han tomado tales providencias, *que solo por noticias de »Madrid conocen* la inmundicia; ¿pues por qué no imitaremos su »buen gusto teniendo tan cerca de nosotros mismos el ejemplo?»—El autor se estiende luego en tratar de este ramo de policía de las ciudades, recordando y describiendo las cloacas máximas de Roma, los comunes públicos y sumideros de Sevilla, las alcantarillas de Toledo y las grandes obras subterráneas de Valencia; y propone en su vista los remedios convenientes para imitar respectivamente á los diversos sitios en Madrid obras análogas, con lo que podria prohibirse en adelante verter á las calles, y sí solo por los comunes y pozos de las casas, poniéndose en comunicacion con aquellas; concluyendo sus juiciosas observaciones con estas palabras: «Bien conozco que para »todo esto es menester mucho; pero lo que no se emprende no se logra; »lo que no se empieza no se acaba.»

Trata después de los caminos del término y de los paseos estramuros de Madrid, y de todas sus indicaciones se deduce la absoluta carencia que habia de ellos, y que el acceso á la capital del reino por todos lados era obra verdaderamente de ánimos heróicos. Las escarpadas cuestas sobre que asienta el Real Palacio, la de la Vega, las de las Vistillas y del puente de Toledo, estaban á lo que se infiere del autor poco menos que inaccesibles á seres humanos; no existia ninguna de las cómodas bajadas, caminos y paseos que hoy las facilitan y trasforman. Tampoco las que dan vuelta á Madrid por toda la Ronda; á la salida de la puerta de Atocha no habia tampoco el paseo llamado de las Delicias, y solo sí el asqueroso arroyo ó manantial que venia descubierto por todo el Prado viejo; y además se queja el autor de que á dicha salida hácia los hospitales se arrojaban ó depositaban los escombros de las obras, formando tales alturas que estrechaban y reducian á un callejon el camino real. Tampoco existia el canal de Manzanares, ni habia sobre el rio mas que los dos puentes de Segovia y de Toledo.—Desde el Retiro á la montaña del Príncipe Pio no habia tampoco paseo alguno ni mas camino que el de Alcalá y el de Francia. Tampoco la bajada al rio por la cuesta de Areneros, ni los paseos de la Florida, Nuestra Señora del Puerto y bajada de San Vicente. Por todo recreo y desahogo quedaba á los tristes habitantes de Madrid el paseo del *Prado viejo* en los términos en que ya le hemos descrito refiriéndonos al siglo anterior, y los jardines del Buen Retiro, aunque estos mas que paseos públicos tenian entonces el carácter de parques y dependencias del Real Sitio, en que casi constantemente residió durante su reinado Fernando VI.

Siguiendo luego nuestro autor su apreciable revista, trata del empedrado diciendo: «Tambien el empedrado de la corte está tenido »por una de las grandes dificultades; pocas ó ninguna habrá que ten»gan para ello situado tan crecido, y sin que nada la baste *está una »mitad mal empedrada y la otra sin empedrar.* Pónense las piedras »con las puntas hácia arriba porque suponen que se quebrantarían las »piedras si las pusieran en otra forma; pero siendo esta forma tan »ofensiva á los cascos de las bestias, vienen á causar su estrago. Aun »esto se pudiera tolerar si no padeciese tambien la gente de á pié; »pero se lamentan á todas horas de tener los piés mortificados por »caminar por suelos puntiagudos, de que se originan molestias que »si no matan atormentan. Lo peor es que ni aun á este coste se logra »el intento, porque siempre tiene el suelo muchos claros. De todo »esto tiene la culpa la mala piedra que se gasta y el abuso que he »observado algunas veces de componer las calles con las piedras que »se encuentran, sin traer otra alguna y supliendo con tierra la falta »de ellas; pero si en esto se imitase la moda de Paris, nos fuera mas »útil y acomodado que imitarla en la moda del vestido. Úsanse allí y »en algunas calzadas, caminos de Francia, una piedra de figura cua»drada, del tamaño de un pié, y las colocan tan perfectamente uni»das que parecen solo una, pero con una aspereza tan apropósito en »su superficie, que siendo muy suave para la gente de á pié, es bas»tante detencion para que los caballos no puedan resbalar. No sucede »con aquellas piedras lo que con las que usamos en España. Con es»tas se ve que en quitándose una de su lugar se lleva otras muchas »tras sí por falta de trabazon: con aquellas sucede que en quebrán»dose una se pone otra sin que padezcan las compañeras; y tiene »otra utilidad mas en este modo de empedrado, y es que gastada una »piedra por un lado se pone por el otro, y vuelve á servir de nuevo; »de forma que en la conveniencia y en la duracion lleva muchas ven»tajas al nuestro este modo de empedrar. Si esto pareciese de escesivo »coste para Madrid, háganse á lo menos los empedrados por cajones, »con piedras mas grandes que las que hoy se usan, las puntas hácia »abajo y los anchos arriba, bien unidas y de la aspereza que se ha »dicho, y puestas así en buena forma las calles, dése en arriendo la »contribucion (1) de ellas, etc.»

Tras de todos estos radicales defectos de que adolecian las calles de Madrid en el pasado siglo, y como si ellos no bastasen para hacerla indigna morada de los monarcas, corte y gobierno de sus dilatados reinos, todavía describe el autor otros abusos escandalosos que acababan por darla el aspecto de una aldea miserable, ó mas bien de una burgada del interior del Africa. Sirva de muestra el siguiente, que escogemos entre otros por no cansar la atencion del lector:

«Para que sea una corte embarazosa le basta su numerosa gente, »sus carrozas, sillas de mano y coches, y este es un embarazo tolera»ble; pero Madrid tiene otros muchos que por ningun caso toleraría »la policía de otros pueblos.—Los *cerdos* que llaman *de San Anton* »se han hecho famosos por la atencion que han merecido, no sola»mente á la corte, sino aun á la Real Cámara por via de patronato. »*Ellos se pasean en crecidísimo número por el lugar*, sin límite co»nocido de la jurisdiccion, y sin que sus dueños (que son los padres »de San Antonio Abad) tengan para ello mas que un privilegio mal »entendido, segun dice la sala de Alcaldes, porque solo se estiende »su facultad á pastar en las dehesas de Madrid. Los inconvenientes de »este abuso son tan abultados que no es menester decirlos; porque »todos vemos que con ellos no hay empedrado seguro; porque revol»cándose en la hediondez hacen todavía peor el olor de Madrid; por»que acosados y huyendo de los perros hacen caer á muchos; porque »introducidos entre las mulas de los coches hacen muchas veces que »aquellas se disparen; y en fin, otras perjudiciales resultas que sería

(1) Otro siglo entero ha trascurrido desde que el autor que trascribimos hacia estas preciosas observaciones respecto al empedrado de Madrid, para que sus autoridades se convenciesen de la necesidad de seguirle al pié de la letra, adoptando el empedrado de adoquines de berroqueña, ó por lo menos de pedernal recortado y sentado sobre lecho apisonado. Mas á pesar de las preocupaciones y vulgaridades de los críticos de todo lo bueno, Madrid disfruta hoy en su mayor parte de esta comodidad.

»razon evitar. Los tales cerdos privilegiados acuerdan (acarrean) los »*chirriones* que sin duda se conservan por esta razon: estos, destro»zando los empedrados, producen un ruido insoportable, y parece »estan reducidos á trasportar solo hasta 30 arrobas, acaso por lo »mucho que pesa el carro. ¿Pues para qué se ha de conservar esta »antigualla, y no se ha de examimar, oyendo á los peritos, cómo se »podrá remediar esto y sustituir en su lugar lo que sea mas útil?... »Buena prueba son los carros catalanes que pocos años há se intro»dujeron en la corte y hoy los usan todos; porque con sus tres mulas »puestas una detrás de otra, y con el auxilio que facilita su construc»cion, traen de 80 á 100 arrobas cada uno de Barcelona á Madrid, etc.»

Entrando al fin el autor en mas ámplias y trascendentales reformas, discurre luego sobre la que cree posible, la traida de las aguas del Jarama á los altos de Santa Bárbara; sobre la apertura del canal de navegacion desde Madrid á Aranjuez; sobre la ereccion de algunos edificios públicos de absoluta necesidad en una corte; sobre el levantamiento (por cierto bien escusado) de una cerca ó muralla bastante fuerte; sobre el del puente que atravesando la calle de Segovia una los barrios de Palacio y de San Francisco; sobre la rotura de los paseos alrededor de la villa, y otras obras; y en punto á buena policía propone, entre otras cosas, la prohibicion de la capa y chambergo que entonces parece era de uso casi general; la de llevar mas de dos mulas en cada coche ó carroza; el planteamiento del servicio de *fiacres* ó coches de plaza como ya existia en París; la reforma del ramo de abastos de comestibles como la entendian en su tiempo; la ampliacion y conclusion del pósito y alhóndiga, y la formacion de otros depósitos de aceite y carbon; y para atender á todo ello acude á las sisas de la villa de Madrid. Propone además la reforma completa del ramo de hospitales, hospicios y demás casas de beneficencia; y por cierto con muy preciosas observaciones, que han quedado sin aplicacion hasta estos últimos tiempos; y termina con ellos la luminosa *memoria* ó discurso que nos ha guiado principalmente en la rápida reseña que dejamos hecha de la villa de Madrid á mediados del siglo último.

Tal era (segun el testimonio fehaciente de un testigo presencial y sin duda autorizado) el estado material de la capital de dos mundos, de la que además de sus poderosos dominios peninsulares, daba reyes á Nápoles y á Sicilia, vireyes á Méjico y á Lima, gobernadores y leyes á otros muchos pueblos en las cuatro partes de mundo conocido. Solo remontando nuestra consideracion al lamentable atraso é imperfecta cultura de la época que nos ocupa, á sus escasas y mal propuestas necesidades, á la ignorancia ú olvido de los principios de una buena administracion, puede concebirse semejante abandono, tan miserable existencia en un pueblo principal en tiempos normales y abundantes, en que estaban apuntaladas las henchidas tesorerías, en que la paz interior y esterior no fué interrumpida por medio siglo.

Por fortuna de Madrid, al arribar á sus puertas el dia 9 de noviembre de 1759 el gran Carlos III para sentarse en el trono español, hubo sin duda de llamar su ilustrada y soberana atencion el ignominioso cuadro de una corte tan descuidada y poco conveniente; y á la mágica voz con que en su anterior reino de Nápoles supo imprimir su nombre y su grandeza á aquella hermosa capital, supo elevar á Caserta y desenterrar á Herculano, hizo como á este salir á Madrid, si no de sus ruinas, por lo menos de su letargo; y no solo le engrandeció materialmente con casi todos los edificios públicos de importancia, sino que creó sus establecimientos importantes de pública instruccion, correccion y beneficencia; estableció academias y museos, colegios y cátedras públicas, fundó las diputaciones de los barrios y sus escuelas, y puede decirse que tambien los pósitos, los hospitales generales y hospicios, y protegió en fin de todos modos las artes, las ciencias y la laboriosidad.

R. DE MESONERO ROMANOS.

TEATROS.

LA EMPRESA NUEVA.—REFORMAS TEATRALES.

DISCURSO DRAMÁTICO-POLÍTICO.

La nueva empresa, compuesta de actores de cuya idoneidad para dirigir no tenemos todavía motivos para dudar, parece no ser en su sistema mera continuadora de la cesante. No será desde luego la rutina el mal que la detenga en las mejoras que de sus luces tiene derecho á esperar el público de la capital: seguramente que va á seguir otro camino, y que para ella estaba reservada esta peligrosa aventura de enderezar los muchos entuertos que tanto tiempo há reclaman en el teatro un caballero andante. Deseosa de innovacion y de poner en planta novedades, ha comenzado las reformas en el arte dando entrada indistintamente en las tres tertulias á los dos sexos. Por aquí se puede deducir que no será ciertamente el apego á los rancios usos el que la detenga en la atrevida senda del progreso; y esta profunda combinacion que tanta parte va á tener en la suerte de las comedias, y en la resurreccion del gusto amortiguado por el teatro, nos es una escelente garantía de que no será en lo sucesivo la separacion de los sexos de las altas regiones del teatro, un obstáculo, como lo ha sido hasta ahora, al desarrollo de las facultades de los escelentes actores que pisan las tablas en el dia. Ha presidido además á esta importante innovacion el gran pensamiento que en política nos está llevando hace poco tiempo á la felicidad; habiendo comenzado las reformas por la parte mas elevada del teatro, cualquiera puede conocer que así en teatro como en política nos vienen las reformas de arriba abajo, y no de abajo arriba. Luminosa concepcion que preside á nuestra época y que aleja la posibilidad de todo esceso revolucionario. La revolucion se anuncia así en la escena como en la península poco menos que llovida, y baja cual benéfico rocío desde el trono hasta el pueblo, desde las bambalinas hasta las lunetas.

En el interin que van saliendo las demás reformas que el teatro exige, no nos cansaremos de alabar este que por el presente podemos considerar como el bautista y precursor de los demás. Confusion de poderes y de atribuciones en el sistema político, confusion de géneros en un mismo teatro, confusion de primeras partes y de coristas en la ópera, confusion de sexos en la tertulia! Admirable armonía que rige en nuestra regeneracion social! Perdónennos nuestros lectores, si redactores cual somos del *Español*, no nos es posible prescindir del tono y del colorido general de redaccion, que en esta perfectibilidad nos fuerza á adoptar el progreso; y no vayan á creer que criticamos la medida de la admision de los dos sexos en la tertulia: buena nos parece hablando en conciencia, y en este artículo solo la consideramos relativamente á las demás reformas teatrales á que abre la marcha.

La empresa nueva, al entrar en el poder, y al encontrar el arte en un estado muy semejante al que presentaba la España en setiembre, no ha querido sin embargo dar su programa, apartándose en esto del uso adoptado en los países mas cultos, dejando á un lado el ejemplo vivo de la Inglaterra y la Francia, países que no nos cansaremos nunca de imitar y citar por lo mucho que se parecen al nuestro, y barrenando la práctica de toda tierra constitucional, ha asido con mano fuerte el gobernalle, ó sea timon del teatro, y ha comenzado por desarraigar abusos, cogiendo osadamente y lanzando con brazo vigoroso las bandas de los hombres entre las filas apiñadas del sexo hermoso, llevando de esta suerte á cabo la única fusion posible en el estado actual de las cosas, y la única que el pueblo conservará eternamente grabada en su corazon con caractéres de fuego, ó de cualquiera otro elemento que sirve para escribir. Ha comenzado por obrar, dejando el hablar para luego: no ha dado su programa; no ha querido prometernos que en habiendo un poco de órden y tranquilidad daria fin del teatro en seis meses, como el gobierno de la faccion, acaso porque quiere hacerlo sin decirlo, así como otros lo dicen sin hacerlo.

Pero la empresa, conociendo cuán arriesgado es desterrar abusos envejecidos, ha respetado tambien derechos adquiridos, intereses sociales anteriores á su existencia: en este sentido ha sido respetada y conservada la pintura de los coliseos, vieja, es verdad, emanacion de otra época, pero útil todavía por no haber otra que sustituirle. No basta derribar; es preciso saber qué se pone en lugar de lo que se derriba: borrada la pintura del teatro, ¿qué otra se le sustituye? Apagada la actual araña, ¿qué otra mezquina que dé menos luz se pudiera poner de pronto? Es fuerza, señores, meditar mucho estas consideraciones antes de llegar con mano imprudente á las arañas de los coliseos. ¿A qué nos conduciria, por otra parte, el aumentar las luces en el teatro? ¿A ver mas claro el teatro, á vernos mas claros nosotros mismos? ¡Bueno está el teatro, señores, buenos estamos nosotros para vistos!

Con respecto al personal de las compañías, la oposicion con su virulenta costumbre hace á la empresa multitud de cargos, acaso no bastante meditados. Y seguramente que entrara de lleno en la cuestion, si la urgencia de las circunstancias me lo permitiera. Verdad es que las compañías estan tan lejos de completarse como el ministerio. Pero, señores, olvidamos que cuando la empresa entró en el poder, sus mas tiernos amigos la abandonaron; su tierna amiga la señora Diez se fué á Barcelona; su tierna primera dama la señora Rodriguez se negó á formar parte de la compañia so pretesto de jubilarse; el mismo tiernísimo director de escena, invitado á tomar la presidencia, se negó á partir con la empresa la responsabilidad que tomara sobre sus hombros!!! ¿Quién habia de querer, señores, entrar en unos cargos de que es imposible salir con lucimiento? La empresa de los teatros se vió pues en la imposibilidad de completar las compañías. No se arredró por eso sin embargo, y echó mano de un corista para tenor, lo digo señores con las lágrimas en los ojos, y de una segunda dama para pri-

mera, y de todo lo que encuentro en fin para todo lo que necesitaba.

Se dice que la empresa sigue los pasos de la empresa anterior, y trata de llenarnos las funciones con piececillas de Scribe, y se dice bien: pero ¡qué injusticia al mismo tiempo! se cita lo malo y se calla lo bueno: mas de una semana lleva ya la empresa de existencia; ¿y qué beneficios puede echarle en cara el público, como á la empresa anterior que nos procuraba uno cada dia, cuando no nos daba uno en cada teatro cada dia? Téngase presente pues la ausencia de todo beneficio para el público que presenta la actual empresa; y téngase en consideracion sobre todo el estado del país, la ninguna cooperacion que en el público encuentra la empresa de los teatros, la escasez de recursos: téngase presente que las piezas que se echan son de Scribe, así como las campanas de que se hizo cargo el ministerio eran de los conventos, y que al disponer de ellas la empresa está tan en sus facultades como el otro cuando disponia de las citadas campanas: y séase indulgente sobre todo con la empresa: considérese que la empresa es otro de los hombres de bien que tanto abundan en nuestra época, y que si no mejora, no es seguramente por mala fé, sino por no alcanzársele mas. Ella, como el ministerio, compromete su fortuna propia en la causa del teatro; y si una y otra se arruinan al arruinarse el teatro y el país, mal se les puede acusar de mala fé, ni de no ser el uno bastante patriota, la otra bastante dramática!! Agréguese á esto que cuando el público encuentra, amen del teatro de la guerra, otro teatro mas barato á que concurrir, cual es el Estamento, de mucha mejor compañía, donde se oye mucho menos el apuntador, y muy mas rico de luces que las del Príncipe y de la Cruz, y donde está viendo representarse hace unos dias la funcion nueva que tanto llama la atencion de la capital, titulada *Los amigos íntimos*, es imposible que la empresa de los teatros trate de hacer esfuerzos inútiles para luchar con tan poderoso rival, esfuerzos que solo servirian para poner en claro su impotencia.

La empresa ha empezado su administracion dramática con *La Reina de quince años*, con *Las gracias de la vejez*, con *Luis XI*.

Nótese bien, señores; la empresa se apoyaba en la bizarra jóven la señora Perez, que le acaba de llegar de las provincias, y que debia de estrenarse en esas piezas, jóven precedida de una reputacion brillante, jóven ajustada para hacer papeles de jóven vieja, jóven, en una palabra, y perteneciente á la nueva generacion. ¿Qué mas podia hacer la empresa? ¿Podia ella adivinar... podia... La empresa, señores, no ha tratado de emplear á ningun amigo, á ningun pariente suyo: la empresa cifraba toda su ventura en poseer el corazon del público; la empresa ha puesto los medios; y si los resultados no corresponden á sus deseos, á su desprendimiento, á su generosidad, ¿suya será tambien la culpa?

¿Y qué tiene en fin, señores, *La reina de quince años?* ¿Qué tiene *Luis XI?* ¿Tambien son malas *Las gracias en la vejez?* ¿Qué le falta á la señora Perez? Examinemos esos tres cargos; pero ya veo los periódicos, señores; ya leo... y confieso que me hace derramar lágrimas, y enternecido tal cual estoy suplico solo á mis tiernos lectores que me dispensen si no puedo continuar, y si me veo forzado á dejar para mañana el exámen de esas tres dramáticas novedades.

FIGARO.

NAPOLEON.

En el número anterior consagramos una lámina al gran Federico de Prusia; en el presente dedicamos otra á Napoleon: hay no pocos puntos de analogía entre estos dos hombres privilegiados. Federico II, sin embargo, todavia necesita una biografía; la tradicion no trasmite hasta el vulgo mas que su nombre; pero ¿la necesita Napoleon para que todo el mundo sepa su historia?

OCHENTA Y TRES ESCALONES.

CUENTO.

(*Conclusion.*)

En esto se presentó en la puerta del salon principal una anciana pobremente vestida, cuyas facciones desencajadas revelaban un dolor profundo, luchando con dos criados que querian detenerla.

—Necesito ver al punto á la excelentísima señora condesa. Me va en ello mas que la vida, gritó logrando desasirse de ellos y corriendo hácia la señora de la casa.

La condesa, que era bondadosa en sumo grado, no se enfadó como debiera al ver semejante atrevimiento; pero todos sus convidados miraron con estrañeza aquella mujer, que tan bruscamente se introducia en las reuniones de una clase que tan distante estaba de la suya.

—¡Señora condesa! ¡señora condesa! dijo la anciana cayendo de rodillas delante de ella. ¡Salve V. E. á mi hijo Félix! sálvelo V. E.!

—¿Qué es esto, Luisa? esclamó la madre de Julio reconociendo en la mujer que estaba á sus plantas la esposa de uno de sus arrendatarios.

—Que la justicia lo anda persiguiendo, dijo la pobre madre con angustia.

—¡Jesús! ¿Qué ha hecho?

—Ha sacado de su casa una jóven de quien estaba enamorado, y á quien su tutor queria casar contra su gusto.

—¡Dios mio! ¡qué infamia! esclamó la buena señora indignada. ¡Un rapto!

—Un rapto. ¡Jesús! ¡Jesús!

—¡Un rapto! esclamaron todos indignados.

—¡Yo no puedo apadrinar semejante infamia! continuó la condesa. ¡Pobres padres! en qué situacion se hallarán sin su hija!

Y la concurrencia entera, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, solteros y casados, repitió condolida y horrorizada:

—¡Qué pillo! ¡Qué pillo! ¡Pobres padres!

Luisa, muerta de vergüenza y desesperacion, no acertaba á hablar.

—¡Por Dios, señora! esclamó al fin, ¡salve V. E. á mi hijo, á mi hijo! Somos pobres, no podemos nada... Solo en V. E. esperamos.

La condesa, sin contestar, hizo una seña á un criado, é indicándole con el dedo á la angustiada madre, le dijo con frialdad:

—Acompaña á esta buena mujer.

La desventurada Luisa, presa del mas horrible dolor, salió de la estancia sin desplegar los labios.

—¡Qué pícaro mas redomado ha salido ese Félix! esclamó la condesa cuando la vió desaparecer, mientras en un grupo de jóvenes decia Federico recordando la aventura de su amigo:

—¡Qué calavera tan gracioso es este Julio!

VI.

JUSTICIA DE LOS HOMBRES.

La primera parte de la promesa de Julio estaba cumplida. Restábale ofrecer á sus amigos la campestre diversion que les habia prometido.

Las almas sensibles y tiernas, los corazones cándidos y puros, gustan de los sencillos placeres que brinda la naturaleza, del suave murmullo de las fuentes, de la sombra de los árboles, del blando aroma de las flores, de los cantos de los pájaros. Por eso Julio habia reunido en su quinta todas estas cosas, y se complacia en contemplarlas con sus amigos, jóvenes llenos de nobleza y de pensamientos elevados.

Nada mas suntuoso ni de mejor gusto que aquella casa de recreo y los jardines que la cercaban. A la izquierda de estos se veia un pequeño trozo de tierra de pan llevar. Allí ganaba el suyo y el de su familia, regándolo con el sudor de su frente, el honrado padre de Félix, el mas pobre de los arrendadores de la condesa, que vivia con su mujer y sus hijos en una casilla que en medio del campo se elevaba, y allí veia pasar los dias, privándose hasta de lo mas necesario para proporcionar á su hijo una mezquina pension con que atender en la corte á los gastos de su carrera.

¿Cuál seria la desesperacion del pobre viejo al ver entrar en su casa á Félix é Isabel, y al saber de su boca que la justicia les perseguia de cerca? . . . . . .

Desde el amanecer habian llegado á la quinta el conde y sus amigos, y la orgía comenzada entonces, estaba en su punto culminante al sonar las tres de la tarde en el reló de la inmediata aldea.

Julio era el héroe de la fiesta. Todos los brindis se dirigian á él; todos celebraban sus chistes, y hasta uno de entre sus compañeros que se picaba de poeta, le ofreció poner en octavas reales la historia de sus amores con Juanita.

—¡Sabes que es una lástima haber dejado tan pronto á esa chica! dijo Federico. La ví por vez primera en casa de una modista, que le habia encargado la *construccion* de algunas camisas, y á no saber que era cosa de Julio, os aseguro que hubiera emprendido su conquista al dia siguiente.

—Que necios sois! ¿Creeis que se puede querer á una misma dos dias seguidos? Eso es exigir á la naturaleza humana mas de lo que puede dar; es pedir peras al olmo, y nieve á este vaso de Jerez, dijo gravemente el conde bebiéndoselo de un solo trago.

—¿Pero qué has hecho de ella?

—¿Dónde la has metido?

—La dejé en libertad de tomar el camino que mejor le pareciera. ¿Quién os ha dicho que trato de tiranizar á nadie?

—¿Es decir qué habrá vuelto á su casa?

—¿Sabes lo que noto, Federico?
—¿Qué?
—Que te ocupas demasiado de Juanita.
—¡Pura filantropía! dijo otro de los comensales de Julio. A la salud de Juanita!
—¡A la de su novio el zapatero! gritaron todos los demás en coro.
—¡Callad! esclamó el conde consiguiendo dominar la vocería de sus amigos. ¿No veis que se nos va á escapar Federico del interrogatorio comenzado?
—¡Que se le interrogue!
—¡Que se le acuse!
—¡Que se defienda!
Los chillidos cesaron por un instante.
—Vamos á ver, Federico. ¿Por qué deseas tanto saber el paradero de esa muchacha?
Aquel á quien iba dirigida esta pregunta solo contestó echándose al coleto un vaso de Madera.
—Te comprendo. ¿Quiéres que te presente á ella? dijo el conde



(Napoleon.)

riendo á carcajadas. Siempre te recibirá mejor si vas recomendado por un amigo.
—Como quieras, contestó Federico encogiéndose de hombros.
—Sed testigos de su desagradecimiento y de mi generosidad. Te regalo á Juanita.
Los aplausos y los bravos con que fuéron acogidas estas palabras atronaron por un momento la quinta.
—Mañana te llevaré á su casa si lo deseas.
—Bueno.

En este instante aparecia en la puerta de la estancia un celador y algunos agentes de policía.
—¿Qué buscais aquí? dijo el conde tranquilamente sin levantarse de su asiento. ¿Cómo os han dejado pasar esos imbéciles criados?
—Ellos no tienen la culpa; han tenido que obedecer á la fuerza contestó el celador.
—¿Y qué quereis?
—Vengo encargado de la prision de un criminal que debe estar oculto por aquí, y necesito registrar la casa.

—Aquí no hay nadie oculto.

—¿No es esta la quinta del conde de...

—Esta es mi quinta en efecto.

—Perdone V. E. si no le he hablado con todo el respeto que se merece, dijo el celador descubriéndose con humildad.

—Su ignorancia lo disculpa. ¿Y quién es ese criminal?

—El hijo de un arrendatario de V. E. que ha robado una muchacha de casa de su tutor.

—¡Ah! Félix. Buena pieza es! Venid acá todos, añadió acercándose á una ventana que daba al campo. ¿Veis aquella casita que se descubre allá abajo?

—Sí, señor excelentísimo.

—Allí debe estar. Es la casa de su padre.

—Voy volando allá.

—¿Para qué? Haga Vd. que vayan cuatro ó cinco de esos muchachos, y quédese aquí hasta que lo traigan bebiendo un vaso de vino.

—Agradezco mucho la atencion de V. E. ¿Pero y si se escapa?

—¿Qué ha de escaparse? esclamó Julio casi beodo. Con cuatro lacayos menos fuertes que esos chicos sujeté instantáneamente al sereno la noche que robé á Juanita.

—¿Fué V. E.?

—Sí. El lance fué de lo mas chistoso que puede darse.

—¡Mucho! ¡Mucho! dijo el celador aplaudiendo con toda su alma.

—¡Amanecer helado el pobre diablo! esclamó uno.

—Abandonar á la muchacha á los dos dias de sacarla por fuerza de su casa!

—Vamos, vamos, señores. Dispénseme V. E.; pero no quiero detenerme hasta prender á ese tunante de Félix. ¡Cuánto siento perder la ocasion de oir contar al mismo señor conde ese chistosísimo lance!

Y después de saludar humildemente, salió con sus polizontes en direccion de la casa del pobre estudiante.

—¿Por qué has hablado con tanta afabilidad con ese *policiaco*? dijo Federico.

—Porque tuve cierto miedo cuando entró.

—¿Miedo? ¿de qué?

—De que me buscáran por el lance de Juanita y el sereno.

—¡Bah! ¡bah! ¿Qué tiene eso de malo?

—¡Una modistilla!

—¡Un tio cualquiera!

—¿Por qué no cerró mejor su habitacion y no hubieras penetrado en ella?

—¿Por qué no iba provisto de un brasero para no helarse, si por acaso alguno lo arrojaba atado de piés y manos en el arroyo?. . . . .

. . . . . .

Un cuarto de hora después, Félix pasó maniatado por delante de las ventanas del comedor, rodeado de agentes de policía, y seguido á lo lejos de sus padres y hermanos que regaban la tierra con lágrimas.

En cuanto á Isabel, habia conseguido ocultarse.

El conde y sus amigos no pudieron ver á Félix. La borrachera habia llegado al último período, y los que no estaban debajo de la mesa, yacian sin conocimiento en las butacas que la rodeaban.

¡Hurra por las costumbres inglesas!

VII.

AL DIA SIGUIENTE.

Al dia siguiente Federico y Julio llamaban á la puerta del cuarto de Juanita.

—¿A quién buscan Vds., caballeros? preguntó la vecina de la buhardilla de enfrente.

—A Juanita la modista.

—Se la han llevado ayer al hospital.

—¿Está enferma?

—Se ha vuelto loca.

—¿Está Vd. cierta?

Así me lo ha dicho el zapatero de la buhardilla del núm. 5, que vino á despedirse porque ha sentado plaza.

—Gracias, señora.

—Vayan Vds. con Dios, caballeros.

Los dos amigos comenzaron á bajar la escalera.

—¡Vaya un lance! No merecia la pena de haber subido noventa y siete escalones.

—¡Es particular! murmuró Federico preocupado. Yo creia que estas locuras repentinas eran invencion de los dramaturgos modernos. ¿Vienes á comer conmigo?

—No: tengo que hacer una visita á mi futura. ¿No es verdad que es muy linda y muy bien educada?

—Todos lo creen así.

—Dentro de ocho dias me caso. Voy á ser el hombre mas feliz de la tierra. A propósito: de hoy en un mes es mi cumpleaños, y quiero que tengamos una sonada. Espero que no faltarás con la Clara si te dura para entonces: yo no he pensado todavia si llevaré á Pepita ó á Adela. . . . . .

. . . . . .

Entre tanto Félix estaba en la cárcel. Isabel, sus padres y sus hermanos lloraban sin consuelo.

VIII.

JUSTICIA DE DIOS.

La estancia está oscura; el sacerdote acaba de retirarse, terminados los deberes de su ministerio; el moribundo está tranquilo y resignado; espera en Dios. Su tierna esposa, sus hijos y sus hermanos menores lloran hincados de rodillas en derredor de la cama cubriendo de besos sus heladas manos.

¡Cuadro terrible y desconsolador!

Han pasado algunos años. Ese anciano de blancos cabellos que bendice á sus hijos antes de volar á la presencia del Eterno, es Félix.

Va á morir; y aguarda sonriendo la muerte: va á separarse de sus hijos; pero sabe que hay un cielo donde se reunirán todos los justos.

Su conciencia está tranquila.

Isabel y sus hijos esperan tambien. Lloran solo porque van á pasar algunos dias separados del que tanto quieren.

El moribundo hizo una señal á los que lo rodeaban, y todos ahogaron los sollozos para escuchar sus últimas palabras.

—Muero... pero tranquilo... He trabajado mucho, y vuestra suerte está asegurada... Sed honrados... y... Adios... Isabel... hijos mios... ¡Qué feliz soy!

Y su vida se estinguió blanda y dulcemente, sin dolores, sin convulsiones.

Era una luz que se apagaba.

¡Qué feliz!

. . . . . .

Casi al mismo tiempo, en una magnífica alcoba, donde parecian haberse agotado todos los inventos del mas afinado lujo, otro anciano, en cuyo rostro lívido se descubrian las señales del vicio y de la intemperancia, moria presa de los mas horribles tormentos, asistido por multitud de criados de rica librea, que le presentaban los medicamentos en vasos de oro, primorosamente cincelados.

Este anciano era el conde Julio.

Ni una mano que estrechase su mano, ni una boca que pidiese á Dios su misericordia, ni unos ojos que vertiesen lágrimas por él.

Solo! y solo en medio de su casa, en medio de sus riquezas, en medio de su familia!

Su esposa, aquella cándida vírgen que conocimos en el baile de la condesa, debia muchas visitas y no podia prescindir de pagarlas. Volvió cansada de la calle, y no se encontró con fuerzas para cuidar á un enfermo. Por otra parte, ¿ella no era suficientemente rica para comprar cuidados? Segura estaba de que sus sirvientes no dejarian de cumplir una de las órdenes del médico.

Es una dicha ser rico. Dinero! dinero! dinero!

Julio tenia tambien una hija, un ángel de humanidad y de candidez, el vivo retrato de su madre cuando jóven; pero desgraciadamente padecia de los nervios, y estaba tan *impresionable*, que no se atrevia á entrar en la alcoba de su papá por temor de ponerse mala.

Tenia además dos hijos. ¡Gallardos mancebos! ¡Retratos de su padre cuando jóven! Calaveras como él; pero mas graciosos, al decir de su mamá. Se habian recogido á las seis de la mañana, y dormian profundamente.

Si no, ¿cómo dejarian morir, solo y abandonado, al que les dió el ser, la educacion, y un digno modelo que imitar?

Una horrible convulsion se apoderó del moribundo, que miraba á todas partes con ojos desesperados, ansioso de ver unos ojos que llorasen, un rostro que espresase algun sentimiento por su muerte.

En vano.

Y sin embargo todo lo puede el dinero.

Todo, sí, menos dar la felicidad.

Julio preguntó por su mujer y sus hijos; dijo que queria verlos y despedirse de ellos en su última hora.

Un criado le hizo observar que la señora estaba cansada, la señorita *impresionable*, y los señoritos dormidos, siendo sus órdenes por lo tanto imposible de cumplir.

Entonces la rabia y la cólera se apoderaron de él, y haciendo un esfuerzo para levantarse, espiró en medio de los mas atroces martirios murmurando una blasfemia horrible y repugnante.

Qué desdichado!

CUADRO DRAMÁTICO.

UN CRIADO. El señor conde ha muerto.

LA VIUDA Y LOS HIJOS. *(aparte, enjugando una lágrima que no piensa salir.)* ¿Dónde andará el testamento?

LA HIJA. *(aparte con candidez.)* A Eduardo le gusta lo negro. Voy á parecerle muy bien de luto.

CONCLUSION.

Así terminaron su vida Félix y Julio. La distancia que entre ellos medió al principio fueron *ochenta y tres escalones*. ¡Cuánto se aumentó al fin!

DIEGO LUQUE.

LAS FIJAS DE MIO CID. (1)

I.

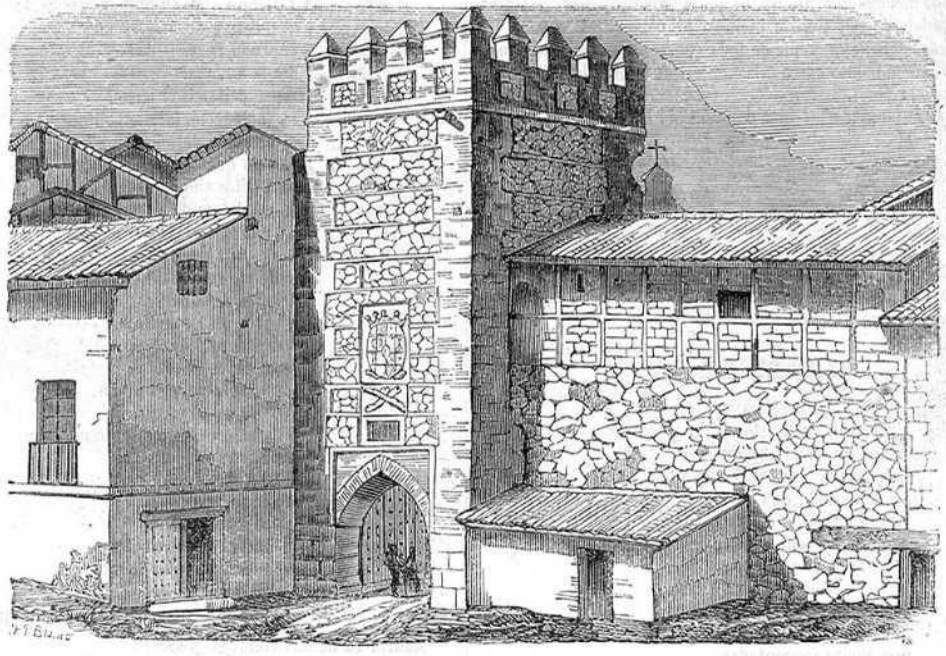
Mio Cid el quen buen hora násco, conquirió á Valencia e las tierras que y son e priso grandes ganancias de oro e de plata e de pielles e de mantos, á tal que non habie cuenta. Esora fuese conseiar con Minaya Alvar Fanez, un caballero de prestar quel mucho querie, e fablole desta guisa:

—Grado á Dios, Minaya, ondra e haberes hemos ganado en Valencia la casa! Enviar vos quiero a Castiella la gentil con nuevas desta ricad, ca mi mugier e mis fijas habran sabor deste mensaie. Airome el rey Alfonso e echome de la tierra a grant fonta e por conseio de mios enemigos malos; mas non he rencura por ende, quel es mi señor natural. Liebelde en don cien caballos corredores e fuertes, todos con siellas e frenos e sennas espadas colgando de los arzones, e la mano le besad por mi, ca so buen vasallo e non precio un figo los haberes sin la ondra. Decilde que la mi mugier Doña Ximena e las mis fijas Doña Sol é Don' Elvira quiera soltarme, ca lorando de los sos oios fincan luengos annos en Sant Pero de Cardena e non es ley que mugier é fijas me tuelle con la facienda e la ondra. E si oviese merced de soltarmelas, aduxildas convusco e trataldas como a duenas de pró. Vedes aqui de oro e de plata una bolsa lena: en sancta María de Burgos quitedes mill misas e lo que remaneciere dalgelo al Abbat Don Sancho porque ruegue por mi las noches e los dias.

—Esto faré yo de buena voluntad, respondió Minaya sonrisando fermoso, ca habie grant placer de servir al que en buen hora cinxó espada.

Adelinó Minaya pora Castiella liebando en su compana cien homes que Mio Cid le dio, e en legando á Burgos, demando por Alfonso do le podrie fallar, e dixeronle quel rey era en Sanctfagunt.

De misa era exido el buen rey e esora legaba Minaya Alvar Fanez



Puerta de Malacuera (Torrelaguna).

e fincando á sos pies los hinoios ante tod' el pueblo, besabale la mano e fabló cuemo oldredes:

—Merced, señor Alfonso, por amor del Criador! Mio Cid vos besa las manos e los pies mager le echastes de la tierra e ondra e haberes le quitastes! Ganado ha, sabet, a Xerica, e a Almenar, e a Peña-Cadiella, e a Murviedro e a Valencia la maior, e arrancó cinco lides campales e fizo grandes ganancias. Verdad vos digo, rey Alfonso, é afebos aqui las señas: cien caballos gruesos son con siellas e frenos todos bien guarnidos. Prendeldos vos e habet por vasallo a Mio Cid el lidiador famoso, quel vos los endona.

Esora alzó el rey la mano diestra sanctiguandose de tan fieras ganancias cuemo ficiera el Campeador e dixo al bueno de Minaya:

—Así me vala Sant Esidro, plazme de corazon esta presentaia, e aun mas las buenas faciendas quel Campeador face en la tierra de moros. Prendo estos caballos quem' embia de don, e amor e heredades le daré cuando torne a Castiella.

¡Dios que alegre fué Minaya en oyendo fablar desta guisa al buen rey!

—Por merced vos pide el Cid, dixo, que le soltedes la su mugier Doña Ximena e sus fijas amas quen el monesterio de Cardena dexó, porque vayan á Valencia do las espera.

—Eso faré yo de grado, dixo el rey, e las mandaré dar conducho mientras que por mis tierras fuesen, e catad cuemo las sirvades. Oidme, escuellas e toda la mi cort. Non quiero que nada pierda Mio Cid el de

(1) Creemos no desagradará á los lectores del SEMANARIO el escrito que hoy les ofrecemos. Viene á ser un estracto de la parte mas interesante del *Poema del Cid*, en el que no hay una voz ni una locucion que no esten justificadas en el original. Para llevar á cabo este, cuando menos curioso trabajo, hemos tenido que aprender, digámoslo así, el lenguaje del *Poema del Cid*, es decir, el idioma del siglo XI, la lengua castellana en sus primeros albores. Ciertamente bien merece tareas de esta especie el *Poema del Cid*, ese venerable decano de nuestra literatura, donde, como dice uno de sus comentadores, aparecen el Cid y los personajes mas famosos de su época en toda su sencillez, con sus férreas armaduras, sin ricas cimeras ni costosas sobrevestas, con la cabeza erguida á fuer de valientes hasta en la adversidad, con la confianza en el cielo siempre viva, con la fé y el amor en el corazon, siempre generosos, caballeros siempre, y dispuestos á morir por su Dios, por su rey y por su dama.» El autor del *Poema del Cid*, ese poeta cuyo nombre se ha perdido al atravesar las tinieblas de los siglos que entre él y nosotros median, el poeta que acaso dobló la rodilla ante el glorioso caudillo castellano, viéndole partir al destierro, no cubierto de ignominia, sino coronado de gloria; ese poeta, rudo si, como los hombres de su tiempo, pero ingenuo y entusiasta y buen cristiano como los héroes de la *bellida barba* y la *fardida lanza*, bien merece ser leido y estudiado con detencion, porque nadie como él nos da á conocer las costumbres, el carácter y el idioma de la edad de hierro en que le cupo vivir. Quizá el trabajo que hoy publicamos, en el que aparece el doloroso episodio de las hijas del Cid despojado de las redundancias y la inconexion que hacen poco menos que imposible la lectura seguida del citado poema, contribuya á despertar la aficion al estudio de la rústica pero venerable Iliada castellana. De todos modos, le ofrecemos sin ningun género de pretensiones literarias, conociendo que en él hemos ejercitado la paciencia mas bien que la inteligencia.

Bibar nin los que son con él. Sueltoles todo lo que les quité, e a mas, libroles los cuerpos e de mi seran quitos todos los que quieran ir a servirle.

E el rey sonrisaba tan belidamientre fablando, e otro si el bueno de Minaya e muchos fijosdalgo que y eran.

Esora fablaron en poridad los infantes de Carrion Diego e Ferrando que eran en la compana del buen rey, e catad cuemo dexian:

—Mucho crecen las faciendas de Mio Cid. Bien casariamos con sus fijas e él nen osarie nos las negar si por nos le ruega Don Alfonso, ca de natura somos de los condes de Carrion.

Minaya Alvar Fanez espidios' del buen rey e los infantes dandole iban compana fata sant Pero de Cardena, e amos le dexian:

—Saludalnos á Mio Cid, ca nos somos en so pró cuanto lo podemos far.

Quien podrie contar el gozo que ovieron las duenas cuando vieron asomar al bueno de Minaya e cuemo le demandaban nuevas del Campeador!

—Omillome á vos Doña Ximena e a vuestras fijas belidas, dixo el buen Minaya. Saludavos Mio Cid alla en Valencia do bueno le dexé. Sabet que Don Alfonso soltado vos ha por merced e el Campeador membia por liebaros a Valencia do mucho querie tornar a veros.

Grandes gozos facien Dona Ximena e las sus fijas amas cuando ovieron tan buenas nuevas.

Quinientos marcos de plata dio Minaya al abbat Don Sancho e fuese pora Burgos e quito mill misas en Sancta Maria, e aduxo palafrés e mulas con los meiores guarnimientos que y habie.

Hyas' espiden de san Pero e piensan de cabalgar Minaya e las duenas. Veriedes caballeros venir de todas partes por darles compana e cuemo mugieres e homes exien á las finiestras e lorando de los oios dexian una razon:

—Hyas' van la mugier e las fijas de Mio Cid! Dios e los sos sanctos las curien de mal!

(Continuará.)

ANTONIO DE TRUEBA.

A la Excma. señora Doña Maria Encarnacion de Cueto, Duquesa de Rivas, en la amena tertulia literaria del señor Duque, su esposo.

LETRILLA.

¡Tú, tan ingénua y tan franca,
Entre tales embusteros!
Antes tomando una tranca
Debieras vengar los fueros
De la verdad, que suspira
Atada codo con codo
Aquí donde todo, todo,
Todo es mentira.

Yo sé, Duquesa, y tú sabes
Que estas mentiras rimadas,
Menos que pecados graves
Son lindas inocentadas.
Miente mas el que conspira
Contra el mismo á quien halaga;
Bien que este no le va en zaga...
¡Todo es mentira!

Que en el mundo de la prosa
¡Hay tanto Bellido Dolfo!...
Mas en la mar borrascosa
De ese mundo no me engolfo.
De ella el tédio me retira,
¡Y dicha fuera al dejarla
Poder decir: todo es charla!
Todo es mentira!

Torno á tus lares indemnes
Mientras averigua Vargas
Tantas mentiras solemnes;
Tantas verdades amargas;
Pero, aunque lance la vira
Contra el gremio á que me afilio,
Ello es que en este concilio
Todo es mentira.

Y gracias que los poetas
No son, como antes, paganos:
Mienten sus trovas discretas,
Pero son buenos cristianos.
Hércules y Deyanira,
Lo decimos ya á una voz,
Vénus, Jove, Marte atroz;
Todo es mentira.

Mas Belardo, que á su huerto
Dedica tan bella estrofa,
En distinguir no está cierto
De una col una alcachofa;
Esotro brama... sin ira;
Aquel, que de amor se inflama,
Forja en su mente la dama:
¡Todo es mentira!

¿Y dónde la trompa está,
La flauta de los idilios,
El arpa, ¡búscala ya!
Y los demás utensilios?
¿Qué es del plectro y de la lira,
O si quier gaita y zambomba,
Y el cimbalo que rimbomba...
¡Todo es mentira!

¿Y cómo á los que oro y perlas
Derraman en sus vocablos
No les ocurre venderlas
Y salir de pobres diablos?
¿Y aquel que viaja á Palmira
Y á Menfis... en su butaca?
¡Ya quisiera á Carratraca!
Todo es mentira!

De la ambrosía celeste
¿Dónde dejásteis el jarro?
La habeis reemplazado ¡oh peste!
Con el humo del cigarro.
¿No veis que una dama aspira
Esos hálitos siniestros?
Solo ese humo de los vuestros
¡Ay! no es mentira.

Mas ¡alto! que aunque embusteros,
Por lo que teneis de vates,
Blasonais de caballeros,
Y á porfía en los quilates.
Bondad es solo de *Amira*
Lo que parece desman.
La ama y respeta el Divan.
¡Oh! no es mentira.

Ella imprevista os sorprende
En el torpe chupeteo;
Mas el humo no la ofende;
Que, como el astro febeo,
Purifica cuanto mira
Y lo ilustra y lo embelesa;
Porque es ¡toda una duquesa!
Y no es mentira.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Madrid 12 de noviembre de 1853.

AL ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE NAPOLEON I.

SONETO.

El águila caudal dejando el Sena
Bate sus alas al rayar el dia,
Y de los aires la region vacía
Mide veloz con majestad serena:
Baja y tiende la garra en Santa Elena
Con que la Europa un tiempo estremecia,
Pugnando por alzar la losa fria
Que yerta cubre al vencedor de Jena.
Suspende al fin el mármol atrevida
Mirando absorta con turbada frente
¡Tanta grandeza en polvo convertida!
Y aunque el estrago de sus triunfos siente,
De BONAPARTE el nombre al sol levanta,
su muerte llora y sus victorias canta.

GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDÉS.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



LA ALEGRIA DE NOCHE-BUENA EN EL PARAISO.

No creemos que nuestros lectores hayan olvidado todavía las bellas copias de esculturas de Thorwaldsen, que les hemos presentado en diversas ocasiones. El bajo relieve que hoy reproducimos, es una de sus mas brillantes creaciones, una de sus alegorías mas poéticas y mas encantadoras.

ALONSO DE CÉSPEDES.

No tema el lector al ver que le traemos á la memoria el nombre de un soldado español, que vivió en el siglo XVI, que nos empeñemos en una larga disertacion acerca de aquel siglo, porque en él campearon en todo su esplendor y su brillo el nombre, las armas y las letras españolas. Si tal fuera nuestro objeto, hablaríamos mas bien de un D. Juan de Austria, de un D. Alvaro Bazan, de un D. Diego de Mendoza, y de otros que se presentaron en primer término, en el cuadro político de aquella época, como guerreros ó como estadistas.

Nuestro objeto es hablar en esta especie de biografía con mas particularidad de los hombres que de las cosas; manías del tiempo antiguo; y dejar á una parte las cosas; manía del tiempo nuevo. Y si, para la moderna escuela, cada hombre es *una idea*, bástanos, ya que nosotros somos viejos, que el lector considere en cada hombre que le presentemos *un hombre;* y que *la idea* vaya á buscarla en los libros de Kant, si de ellos gustare.

Conocido es Diego García de Paredes como hombre que alcanzó fuerzas grandísimas; y no hay pueblo en la tierra que pueda presentar un Milon de Crotona, ó un Hércules si se quiere: razon por la cual nos atrevemos á rogar al lector preste toda la fé histórica posible á los hechos del capitan Alfonso de Céspedes. ¿Y por qué no? Todos saben que allá en el Helesponto, donde el Asia se divide de Europa por las mismas aguas del mar, hubo á las riberas de este dos lugares (Sesto y Abido) uno en Asia y otro en Europa; que vivia en uno de ellos una muchacha llamada Hero, y en el otro un mozo llamado Leandro; y que ambos se querian muchísimo. El jóven, que era el asiático, pasaba á nado el mar que le dividia de su amada europea, cuando las noches oscuras prestaban un velo misterioso á su ardentísimo amor. La historia es muy sabida: nuestro poeta Boscan gastó mas de tres mil versos, que el lector seguramente no habrá aprendido de memoria en contárnosla; el poeta griego Museo formó antes del español el mismo empeño, y otros mil hicieron lo mismo. Leandro conservó su buen adquirido renombre de tierno amante y esforzado nadador, hasta que los señores filósofos del siglo XVIII nos dijeron que no podia ser, que un hombre no podia nadar desde Asia á Europa, y vice-versa, un par de leguas todas las noches, y mucho menos por abrazar á una mujer: que ellos (los filósofos) no sabian nadar, y que no sabiéndolo hacer ellos, que todo lo sabian, era clara y manifiesta mentira la historia de Leandro; y que así lo declaraban y afirmaban, porque Voltaire y Le Mercier, y qué sé yo quién mas que no sabian

nadar, merecian mas fé que un simple nadador en estas materias.

No contento con esta decision, otro famoso nadador é inmortal poeta de nuestros tiempos llamado *Jorge Gorotol Noel Byron*, pasó nadando el famoso estrecho, teatro un tiempo de los amores trágicos del infeliz y calumniado Leandro; y el 3 de mayo de 1810 probó á los señores filósofos del siglo pasado que la historia que ellos negaban era muy posible y digna de crédito.

Este incidente demostrará á lo menos, que antes de negar los hechos que no somos capaces de hacer, debemos pesar mucho las costumbres, circunstancias y tiempos de los que los ejecutaron. Pero ya es hora de presentar nuestro héroe, con perdon de los filósofos del siglo XVIII y de sus discípulos y administradores, que tan bellas producciones nos han dado en los doce años primeros de esta era felicísima.

Nació Alonso de Céspedes en la villa de Orcajo en 1518. Fuéron sus padres Gabriel de Céspedes y Doña María Florez de Quirós. Favoreciólo la naturaleza dotándole con fuerzas increibles. La primera accion en que las mostró, siendo aun niño de seis años, fué en arrancar con sus manos la cabeza á un ganso que daba miedo á dos niñas hermanas suyas.

Pasó los primeros dias de su juventud aprendiendo y ejercitando cuanto formaba en aquellos tiempos un cumplido caballero; y la educacion, unida á la buena conformacion de su cuerpo, aumentó y arreció en él su prodigiosa fuerza. Muertos sus padres, y viéndose en edad competente de lucir en la guerra sus brios, dejó la patria, y acompañó al que llamaba Felipe II *gloria de la nacion española*, á D. Fernando Alvarez de Toledo, tercer duque de Alba, en su ida á Italia, para sosegar allí las provincias sujetas al dominio de España. Consiguió Céspedes en esta ocasion nombre de valiente soldado; llegaron sus hechos á noticia del emperador y rey de España, quien los premió con una ginela.

Sabida es la guerra de la liga empezada en Alemania en 1546, y que el principal designio de los protestantes fué entonces el cortar el paso al ejército español que de Italia iba á Alemania, mandado por el citado y célebre duque de Alba. Recordar puede tambien con orgullo todo español el 30 de agosto de aquel año, en el que resplandeció con gloria bien adquirida la constancia española: mas dejando semejantes acontecimientos, que no hacen á nuestro propósito, solo diremos: Que el año siguiente de 1547, en el mes de abril, volvieron á juntarse los dos ejércitos en las espaciosas márgenes del Albis, que á los dos dividia: ocupando los protestantes el sitio mas fortificado y superior, con tan buena artillería se comenzó de una y otra parte la pelea. Los enemigos estaban cubiertos, los católicos sin reparo; y aunque los arcabuceros españoles despejaban la ribera para dar lugar á que los caballos buscasen el vado, no lo pudieron conseguir enteramente, porque la oscuridad de la noche, lo profundo de las aguas y lo tormentoso del tiempo, estorbaban la valerosa diligencia de nuestros soldados. Entonces presentóse al emperador el capitan Alfonso de Céspedes, «pidiéndole licencia para buscar con nueve españoles que habia elegido el modo de conducir al ejército á la otra parte del Albis. Que él se ofrecia á traer las barcas que tenia el enemigo, ó morir en su empresa; perdiéndose poco en diez vidas, donde sobraban tantas y tan valientes.» Concedióle el emperador la licencia que pedia; buscó luego él sus nueve compañeros, y desnudándose todos con gran osadía, se arrojaron á la corriente rápida del Albis, llevando en las bocas las espadas desnudas. Al llegar de la otra parte del rio, donde tenia el enemigo unas barcas para de ella, fabricar puentes á pesar suyo y de infinita resistencia las trajeron, en las cuales se condujo nuestro ejército. Esta fué la principal causa de ganarse la memorable y célebre victoria del 24 de abril de 1547, en la que cayó prisionero el capitan de los enemigos, el duque de Sajonia. Hallóse después Céspedes en la espugnacion y toma de Mamfiet, plaza fuerte de la baja Sajonia; siendo él quien colocó primero en sus almenas los victoriosos estandartes de España.

Volvió después el capitan Céspedes á su patria, y estando acaso en Aranjuez, cerca del Tajo, delante de Felipe II, hizo parar la primer rueda de una aceña contra toda la corriente. Mas la malicia del molinero, sobornada de algunos envidiosos del capitan, soltó toda el agua que servia para las demás ruedas, y esto fué causa que nuestro Hércules echase sangre por los oidos y coyunturas de las manos. Sabido el engaño, buscó los agresores, y cogiendo algunos, los arrojó en la mitad del rio.

Hallándose Céspedes en la villa de Ocaña, en casa de D. Bernardino de Cárdenas, deudo suyo, en compañía de otros caballeros, una noche de invierno, le pidieron hiciese alguna demostracion de sus fuerzas: no se negó el capitan; y tomando un bufete grande y macizo de nogal con algunos vasos llenos de agua, le levantó por una esquina con la mano derecha sin que se derramasen.

El dia siguiente, teniendo D. Bernardino de Cárdenas un caballo á quien llamaban el Mulo por la disformidad de su grandeza, subió Céspedes en él, y llegando á un portal de la plazuela llamada del Duque, lo levantó en el aire con lo robusto de sus piernas, asido de una fuertísima baranda.

Un napolitano, gran ginete, caballerizo del referido Cárdenas, queriendo correr el mismo caballo, al tiempo de partir se puso Céspedes delante, y con la mano derecha detuvo su carrera. Estando aun en Ocaña, al venir de paseo vió que se despeñaba un carro de dos mulas cargado; púsose delante el capitan, y le detuvo con increible esfuerzo.

Hacia una singularísima fuerza, que era tomar una pica de 25 palmos con la mano derecha por el remate, y asiéndose de ella algunos hombres forcejando para mover á Céspedes del lugar en que estaba, no solo no lo conseguian, sino que él los mudaba de la otra parte con facilidad.

Estando en Madrid un dia delante del príncipe D. Cárlos, le preguntó si tendria ánimo para esperar un tigre: dió por respuesta que se le soltasen, y al punto le embistió la fiera dando un brinco; mas recibiéndole certero con la espada, tendió en el suelo al feroz animal. Dijole el príncipe *en qué se habia fiado si errara el golpe;* respondió *que en los brazos.*

Estando en una iglesia de Barcelona en un dia de gran festividad, por el mucho concurso de la gente no pudo cierta dama llegar á tomar el agua bendita. Céspedes, haciendo sus acostumbradas fuerzas, arrancó la pila de la pared, y sirvió á la dama con ella.

Siendo gobernador y capitan general por el rey D. Felipe II en Oran, Mazalquivir y reino de Tremecen D. Martin Alonso de Córdoba y Velasco, primer conde de Alcaudete, le acompañó el valeroso Céspedes, y con una compañía que condujo á su costa hizo prodigios de valor en la guerra infeliz que allí hubo en 1558, en la que murió el constante conde de Alcaudete.

Diez años después, en 1568, sucedió la rebelion de los moriscos, cuando á la sazon estaba Céspedes en su casa de Ciudad-Real. Con la velocidad del rayo juntó una noche 200 hombres; dióles una esplendidísima cena, inflamóles en deseos de ir á la guerra, y presentóse con ellos en el ejército real, y en la primavera de 1569 en las montañas que antiguamente llamaron del Sol y después *Alpujarras*, del moro Abrahem Alpujar, su primer alcaide, situadas en las vertientes de Sierra-Nevada. Miran estas montañas por la parte de Mediodía al Mediterráneo; tienen al Oriente la ciudad de Almería, al Poniente la villa de Motril, y al Norte la deliciosa Granada, dilatándose 17 leguas á lo largo y 11 á lo ancho.

Está el fuerte peñon de Frigiliana entre el mar y el lugar de Cómpeta; tiene á Levante el rio de Chillar, cuyas corrientes se despeñan por las difíciles quebradas de unas sierras; á Poniente el rio Laurin, que siguiendo el mismo curso, lo acaba en el Mediterráneo: al Septentrion la sierra de Ventomiz, de cuya falda empieza á subir este encumbrado escollo: al Mediodía vuelve á bajar por otra fragosa aspereza, partida en dos lomas; la una entre el Oriente y el Sur, llega á Frigiliana; y la otra al Occidente remata en Nerja, quedando el peñon mas alto, sin sitio que le señoree: sus entradas son de intrincados riscos y tajadas peñas, que con poca gente puesta arriba, pueden defenderse de cualquier ejército numeroso: riégale una copiosa acequia, de cuyas aguas se provee el pueblo.

A esta eminencia se recogieron 4,000 moriscos. Algunos soldados de D. Pedro de Padilla se adelantaron subiéndose animosamente por el cerro; mas emboscados los enemigos en sus reparos con multitud de saetas y piedras, mataron en breve tiempo la mayor parte de ellos. Y queriendo darlos D. Luis de Zúñiga y Requesens, comendador mayor de Castilla, un asalto, se trabó de entrambas partes una reñida pelea. La victoria quedó por el rey, siendo Céspedes uno de los primeros que enarbolaron las respetadas banderas españolas en lo mas sublime de aquel fuerte sitio. Al querer dar cuenta del suceso nuestro capitan á D. Juan de Austria, fué detenido por algunos envidiosos que se le adelantaron; mas viéndole aquel ilustre príncipe, dijo: —*Dejad llegar á Céspedes, que ha hecho y no ha hablado. Yo informaré á S. M. de su celo, su vigilancia, su valor y su prudencia.*

Hacian los moriscos notable daño en el valle de Locrin, que forma la quebrada de una sierra, tres leguas á Poniente de Granada. Para estorbar sus pasos mandó D. Juan de Austria á D. Antonio de Luna, que con las compañías que estaban alojadas en la vega de Granada, tomando de camino alguna gente del presidio de Tablate, situado en este valle, fuese á dar una alborada á Pinillos. Viendo Luna malogrado este designio, por haberse subido los moriscos con sus mujeres é hijos á lo mas alto de las sierras, dió vuelta hácia los lugares de las Albuñuelas y Solares, ordenando al capitan Céspedes fuese por el camino que sube á Restabal con sus 200 arcabuceros. Llegó Céspedes á lo mas eminente de un cerro que se levanta entre Restabal y las Albuñuelas: allí descubrió un gran trozo del ejército contrario, acaudillado por el famoso Rendati. La mayor parte de los soldados de Céspedes, vista la superioridad del enemigo, abandona-

ron cobardemente á su capitan. Quedó este con solo 20 valientes, á quienes dijo estas palabras: —*La muerte es vida, cuando se pierde por Dios, por la honra y por la pátria: seguidme, seguidme.* Y se entró por los enemigos, haciendo en ellos grande estrago con aquella célebre espada valenciana, compañera de sus fortunas, de tres dedos de ancho, y que pesaba 14 libras. Cercado de multitud innumerable, murió allí este atleta, luchando, no solo contra un ejército, sino contra las desventajas y dificultades del terreno.

Tuvo Céspedes una hermana, de fuerzas no inferiores á las suyas, y que le venció alguna vez en la lucha. Por abreviar no hemos referido otra porcion de pruebas de su fuerza que se hallan afirmadas por muchos que escriben fuéron de ellas testigos de vista. Pero tal vez no desagradará al lector que aun le recordemos dos.

En el rigurosísimo invierno de 1559 encontróse una noche en Toledo con un alguacil que rondaba la ciudad, el cual, ignorando quien fuese, con palabras descomedidas le pidió la espada: escusóse primero cortésmente el capitan; mas porfiando todavía el ministril, le cogió Céspedes y le arrojó á un tejado, donde estuvo hasta que al romper el alba le bajaron con una escalera.

Hallándose en la misma ciudad de Toledo el marqués de Villena con otros señores, pidió á Céspedes probase sus fuerzas con las increibles de un turco cautivo; convino en ello, y saliendo entrambos al campo delante de mucha gente que curiosa habia concurrido, concertaron fuese la lucha haciendo un hoyo en tierra que llegase hasta los hombros, donde metido el uno, el otro le sacase con una ó dos manos sin llegar al cuerpo. Metióse primero Céspedes, y el turco, con entrambos brazos le sacó á costa de mucha fatiga. Entró el turco, y el capitan, con un brazo, no solo le sacó, mas con gran facilidad le arrojó por encima de la cabeza, dejándole casi muerto del golpe. Asombrado el marqués de Villena, repitió lo que la reina Sabá dijo cuando vió á Salomon: *mucho mas es de lo que pregona la fama.*

Alabaron á nuestro Céspedes los poetas contemporáneos en sus cantos, y aun posteriormenente los del siglo XVII, entre los que se señalaron dos de un mérito poco comun, D. Agustin Moreto y Cabaña y D. Juan Matos Fragoso. Y nos parece una circunstancia de peso que los predilectos de las musas recordasen las acciones de nuestro héroe un siglo *después*, ya que no hacemos, sea dicho en paz, el mayor caso de los elogios ó detracciones de bardos ó artistas contemporáneos. Hemos visto los pinceles inmortales de Velazquez emplearse en un conde-duque de Olivares; la sublime voz de Calderon alabar á quienes nada merecen ahora mas que nuestra compasion. Hoy mismo vemos y leemos que

el apuesto *cumplido* garzon

se envanece y se escuda con las adulaciones del rubio cantor de la palomita de Filis... Vaya V. luego á hacer caso de poetas y artistas contemporáneos! Mas de los que un siglo después de la muerte de su héroe toman la lira, el cincel ó los pinceles para inmortalizarle, bien se puede y debe hacer caso. Céspedes mereció ese honor, tanto mas apreciable, cuanto fué mas tardío.

LAS FIJAS DE MIO CID.

II.

Apres eran de Valencia el bueno de Minaya e las duenas e a Mio Cid liebaronle el mandado. Alegre fue el caboso con tales nuevas! Vistios' el sobregone le cabalgo en Babieca sonrisando fermoso e prendiendo la barba belida, e con docientos caballeros de pro que iban en su compana recibir salie las duenas.

Exie el sol e cantaban las avecicas. Dios que gentil era la manana!

En cabo del coso descabalgo Mio Cid e adelino pora su mugier e sus fijas. Cuando le vio Doña Ximena, el corazon querie saltarle del pecho, e Mio Cid a la madre e a las fijas abrazaba e todos loraban de los sos oios del gozo que habien, e las mesnadas eran en grant delent.

Oyd lo que dixo el quen buen ora nasco:

—Vos, querida e ondrada mugier e amas mis fijas, mi corazon e mi alma, entrad conmigo en Valencia, en esta heredat que vos he yo ganado.

E le besaban las manos la madre e las fijas, e las escuellas armas tenien e quebraban tablados por ondrarlas.

Adelino con ellos Mio Cid al alcazar y las subie en el mas alto logar catando oios belidos a todas partes. La cibdad miran como yace del otra part e a oio han el mar; miran la huerta que es grande e espesa e alzan las manos pora rogar á Dios, ca grandes ganancias les ha dado.

Otro dia, mensaie de D. Alfonso legaba á Mio Cid. Conseiabale el rey que diera sus fijas á los infantes de Carrion Don Diego e Don Ferrando, e aun se lo rogaba de alma e de corazon. Cuando le oyó Mio Cid, pensó e comidio una grant ora e fabló cuemo oldredes a la su mugier Doña Ximena:

—Esto gradesco a Christus! Echado fui de la tierra e tollida la ondra e las heredades, e el rey pideme mis fijas pora los infantes. Deste casamiento non he sabor, ca ellos son mucho bullidores e orgullosos e en la cort han port; mas el rey lo conseia, e eso quel quisiere faré yo a guisa de vasallo.

Esora Doña Ximena enclinó la front bellida e ploraba a gran duelo, mager la aconortaba Mio Cid. E el lidiador famoso escribie cartas á D. Alfonso e dexiale que habrien vistas sobre Taio, un agua cabdal, do él iria sin falla.

Pora las vistas se adoban della part e della. ¡Quien vio tanta mula e tanto palafré e tanto pendon e tantos escudos boclados de plata e de oro, e tantos mantos e pielles! Con el rey van infantes de Carrion Diego e Ferrando e danles conducho mesnadas leonesas é galicianas.

Cuando mio Cid cató al buen rey, fincó los inoios plorando, tanto avie el gozo, e asi sabia dar omildanza á so señor!

—Lebantad en pie, Cid, e besad las manos, ca los piés non m' beseis. Aqui vos perdono e dobos mi amor, dexiale Don Alfonso.

—¡Merced, rey! dixo Mio Cid. Gradescolo a Dios del cielo, e despues á vos e a estas mesnadas!

Otro dia manana asi cuemo el sol exie claro e fermoso, cantó la misa el obispo D. Hieronymo e oyeronla todos asi cuemo Christus lo manda, e al salir de la misa do eran todos iuntados, conpezó de fablar Don Alfonso:

—Oidme, las escuellas, condes e infanzones. Plazme cometer un ruego a Mio Cid el de Bibar. Pidoos, Cid, vuestras fijas amas Doña Sol e Don' Elvira que las dedes por mugieres á los infantes de Carrion.

—Non han grant hedat, repuso el Campeador, e pequenas son de dias; mas afellas en vuestra mano e daldas a quiyos quisieredes.

Esora se levantaron los infantes e fueron besar la mano al quen buen hora nasco. E tomolos D. Alfonso e metiolos en poder de Mio Cid diziendo:

—Vedes aqui vuestros fijos; oy de mas, sabet que fer dellos.

—Gradescolo, rey, fablo el castellano leal. Vos casais mis fijas, sabet que non yo. Vos las tomades de mi e vos las dareis con vuestra mano, ca non ge los daré yo con la mia nin den se alabaran.

—Prendellas vos, Alvar Fañez, dixo el rey, e a los infantes ge las dad.

E el bueno de Minaya fizo el mandado de D. Alfonso, e otro dia cuando quebraban albores espidieronse e tornaban el buen rey á Castiella la gentil e Mio Cid a Valencia liebando en su compana los infantes Diego e Ferrando.

Afelos en Valencia. Esora piensan adelinar pora el alcazar que es adobado de pórpola e paños a tal que habredes sabor de y ser é yantar.

Todos estan parando mientes en Mio Cid e esora se lebanta el Campeador del su precioso escaño e fabló cuemo oldredes:

—Venit aca, Alvar Fanez, el que yo amo. Afe amas mis fijas; en vuestra mano las meto, ca asi lo ha mandado el rey, e sabedes que non lo quiero falir por nada. Dadlas á los infantes en la eclegia do prendan bendiciones.

Estonce dixo Minaya:

—Esto faré yo de grado.

Cuando esto ovieron fecho, todos salien del alcazar e adelinaban pora Saneta Maria do los esperaba el obispo D. Hieronymo. Dioles bendiciones, e dicha la misa, cabalgan privado pora la glera do piensan dar salto. ¡Dios que bien tobieron armas Ruy Diaz e los sos!

Otro dia fizo Mio Cid fincar siete tablados e todos los quebrantaban antes que entrasen á yantar. Ricas fueron las bodas á tal que duraron quince dias complidos, e non ovo vasallo que non prendiese don de haberes monedados e de mantos e pellizones e de palafres e mulas e todo lo al.

Contarvos he mala sobrevienta que otro dia cuntió. Dormie Mio Cid en un escaño e un leon fiero e grant desatos' e salios' de la red. En grant miedo se vieron muchas yentes e los de Ruy Diaz embrazan los mantos e cercan el escaño e fincan sobre so señor. Ferran Gonzalez non vio ali camara abierta dos' alzase e metios sol' escaño, tan fiero pavor habie, e Diego salio por la puerta diziendo de la boca: «non tornaré ver Carrion!» e metios tras una viga lagar. En esto desperto el quen buen hora násco e viendo cercado de sus buenos varones el escaño, demando:

—¿Qué es esto, mesnadas?

—Hya, señor ondrado, el leon nos dio rebata.

Mio Cid fincó el codo, alzos' en pie e adelino pora el leon, e el leon premio la cabeza envergonzado, e el Campeador al cuello le tomó e liebole adestrando a la red a maravilla de cuantos y eran.

Mio Cid demandó por los sos yernos e non los podian fallar mager los estaban lamando, mas fallaronlos e venien sin color e sucios los

mantos e los briales á tal que non vistes tal guego cuemo por la cort iba mager lo vedaba el Campeador, e los infantes tobieronse por embaidos e les pesaba esto fiera cosa.

III.

En Valencia seie el Cid con todos los sos e esora vinol cerca el rey Bucar con tal veste de moros que nunqua tal vieron cristianos. Mandolos ferir el quen buen hora cinxó espada, e veriedes caer tanto brazo con origa e tantas cabezas con yelmo e tantos caballos sin dueño salir á todas partes.

—Acá torna, Bucar, dixo Ruy Diaz. Verte has con el Cid el de la luenga barba e saludarnos hemos amos.

—Confonda Dios tal amistad, repuso Bucar. El espada tienes desnuda e en mi quieres la ensaiar, mas si el caballo non estropieza o non caye, non te yuntaras comigo.

Mio Cid aguijó a Babieca, e alcanzo a Bucar, e alzó a Colada un espada taidora, e diol' un grant colpe e tollol' las carboncias del yelmo e todo lo al, e fata la cintura legole la espada, e esora tomele Tizon que mill marcos de oro valia.

Afevos al obispo D. Hieronymo que toma espolonada e las aces de recio va ferir. A los primeros colpes dos moros mata con la lanza, mas, sabet, el astil quiebra e al espada mete mano. ¡Dios que bien lidia! Cinco moros mata con el espada e Mio Cid á delicio estabalo catando.

Siete millas dura el segudar e sobeianas ganancias facen las yentes christianas. Esora legaban infantes de Carrion e cuemo eran folones, de haber bien lidiado ge alababan. Pagos' el Campeador, mas sonrisaban los sos vasallos, e mas aun ese que dicen Pero Mudo, e daquestos guegos á los infantes pesa.

Farto de lidiar en el campo, Mio Cid la barba se prendia e dixo a los sos que todos prisiesen so derecho. A seiscientos marcos de plata caye la racion e los caballos e las buenas pielles e los mantos non habien recabdo.

Esora fablaron en poridad Diego é Ferrando:

—Vayamos pora Carrion, ca los haberes que tenemos grandes son e sobeianos, a tal que mientra que visquieremos non los podremos despender. Pidamos nuestras mugieres al Campeador e las escarniremos e podremos casar con fijas de reyes.

Estonce dixo Ferran Gonzalez:

—Así nos vala el Criador, Cid, dadnos nuestras mugieres. Liebarlas hemos a tierras de Carrion e meterlas hemos en las villas que las diemos por arras e por honores, e los fijos que ovieremos particion habran.

E dixo el Cid, que nos' curiaba de así ser afontado:

—Darvos he mis fijas e otro si de axuar tres mill marcos de plata e mulas e palafres e caballos pora diestro e vestiduras é dos espadas que Colada e Tizon dicen e a guisa de varon las gané. Mis fijos sodes amos e cuando vos do mis fijas, alá me levades las tellas del corazon!

Grandes son las nuevas por Valencia, ques' escurren yernos e fijas del lidiador famoso. Hya quieren cabalgar e en espedimiento son amas hermanas Doña Sol e Don' Elvira. Fincaron los hinoios e al padre e a la madre las manos les besaban e amos las bendixieron e dixoles la madre:

—Andad fijas d'aqui e el Criador vos vala e todos los sos santos, ca de mi e de vuestro padre amas la gracia habedes.

Veriedes los duelos de padres e de fijas e de cuantos y eran al partirse cuemo la uña de la carne!

El quen buen ora nasco tovo aueros que estos casamientos non serien sin tacha, e dixo a Telez Munoz:

—Tu Telez mio sobrino, primo eres de mis fijas; mandot' que vayas con ellas fata dentro en Carrion. Veras las heredades que y tienen e con aquestas nuevas vernás.

—Plazme de corazon e de alma, dixo Telez Munoz.

Aguijan cuanto pueden los infantes e en Sancta Maria d' Albarracin facien la posada. Felos en Molina e otro dia manana iban trocir Arbuxuelo e posar do dicen el Ansarera. Hya movieron de lá e acoiendose a andar de dia e de noch, a siniestro dexan Atineza una peña muy fuerte, pasan sierra de Miedes e entrados son al robledo de Corpes.

Los montes son muy altos e las ramas puian a los nues e a derredor andan las bestias fieras. Infantes de Carrion fallaron un vergel con una fuent limpia e mandan fincar la tienda e con sus mugieres en brazos y iacen esa noche. Cuando salie el sol mandaron cargar las acemilas e que vayan adelant todos los de la criazon e que non fincas' ninguno varon nin mugier sinon Doña Sol e Don' Elvira, ca deportarse quieren á so sabor con ellas.

Ali las tuellen los mantos e paranlas en cuerpos e en camisas. Espuelas tienen calzadas los malos traydores e en manos prenden las cinchas. Cuando esto vieron las duenas, fablaba Doña Sol:

—Dos espadas tenedes fuertes e taiadoras, por Dios vos rogamos nos cortedes las cabezas.

Lo que ruegan las duenas non lo precian un dinero malo, e esora les compiezan á dar con las cinchas corredizas e con las espuelas agudas e maianlas á so sabor, a tal que rompien las camisas e las carnes e limpia salie la sangre de las feridas. ¡Cual ventura serie esta si ploguiese al Criador que asomase esora Ruy Diaz!

Ensaiados amos cual darie meiores colpes, cansados son de ferir. Hya non pueden fablar Doña Sol e Don' Elvira e por muertas las dexan e lebanles los mantos e las pielles arminas.

Por los montes do iban fablaban infantes de Carrion.

—La desondra del Leon asis' ira vengando.

Aquel Telez Muñoz aparte se salio de todos los otros e se metio en un monte espeso fata que viese venir sus primas. Los infantes legaban e oyo una razon e y finco fata que pasaron, ca sabet mal le fuera contado si ellos le viesen. Por el rastro torn' lamando: Primas! Primas! e fallolas amortecidas amas e tanto son traspuestas que non pueden decir nada. Partiangele las tellas del corazon e a grant duelo dexia:

—Despertades, primas, ante que entre la noche e nos coman los ganados fieros!

Don' Elvira e Dona Sol abrieron los oios e vieron a Telez Muñoz e agua le demandaron. Diogela el con un sombrero nuevo e fresco que de Valencial' sacó e valas conortando e en corazon metiendo. Privado las cabalga e con el so manto a amas las cubre, e prendiendo por la rienda el caballo, curian de salir de los robredos de Corpes.

Entre noch e dia salieron de los montes e en la torre de Don' Urraca á las duenas deja Telez Munoz e a Santesteban vino prender bestias e vestidos. Los de Santesteban siempre mesurados son: pesoles de corazon e de alma e a las fijas de Mio Cid salien recibir e ondrar. Ali s'ovieron ellas fata que sañas eran, e esora liebaronlas a Valencia e veriedes varones de Santesteban e aun de Castiella e de Leon darles conducho e cuemo las duenas gelo gradecian.

IV.

Mio Cid fabló con los sos e demandó:

—O eres Muno Gustios, mio vasallo ondrado? Liebes el mandado a Castiella e al rey Alfonso besal' la mano e le faz sabidor de esta desondra que me han fecho los infantes mios yernos traydores. El casó mis fijas ca non gelas di yo, e si desondra y cabe, la poca e la grant toda es de mio señor Don Alfonso. Adugame Infantes a vistas o a cortes cuemo haya derecho, ca grant rencura he dentro en mi corazon.

Muno Gustios privado cavalga con dos caballeros e escuderos quel den compana e le sirvan, e al rey en Santfagun falló. Delant el rey finco los ynoios e besabal' los pies é la mala biltanza le contaba.

Pesabanle á Don Alfonso aquestas nuevas, e dixo:

—Verdad fablas en esto, Muno Gustios, yo case fijas de Mio Cid, e fizelo por so bien; mas derecho habra Ruiz Diaz sin' salve Dios. Mios porteros andaran por todo mio regno e pregonaran cortes pora dentro en Tolledo. Mandare que alla me vayan condes e infanzones e otro si infantes de Carrion. Decilde al Campeador ques' adobe con sos vasallos e venga a Tolledo cabo de siete semanas, ca por su amor esta corte yo fago.

Espidios Muno Gustios e Don Alfonso sus cartas enbia pora Sanctiaguo, a los portogaleses e a los galicianos e a los de Carrion e a los de Castiella que cort facie en Tolledo do fuesen iuntados á cabo de siete semanas.

Hya les va pesando a los infantes de Carrion, ca miedo han que y verná Mio Cid, e ruegan al rey que desta cort los quite, e dixo el rey:

—Non lo faré sin salve Dios. De vos ha rencura Mio Cid e darle he derecho. Qui lo fer non quisiese, quite mio regno, ca dél non he sabor.

El plozo legaba e con el buen rey iban á Tolledo el conde Don Remond e el conde Don Anrrich e el conde Don Vella e el conde Don Beltran e otros muchos sabidores de Castiella. Aduxen infantes de Carrion el conde Don Garcia so pariente que a Mio Cid siempre l' busco mal, e Asur Gonzalez e Gonzalo Asurez e gran vando que a la cort aduxieron. Otro si, venido es Mio Cid con cien de los sos e con el son el obispo D. Hyeronimo, e Pero Mudo e Minaya Alvar Fanez, e Muno Gustios e Martin Antolinez el burgales de pro, e Alvar Alvarez, e Alvar Salvadores e Martin Munoz, e Telez Munoz, e el sabidor Malanda e Galin Garciez el aragones ondrado, todos con velmeces desuso las lorigas e sobre las lorigas arminos e pelizones pora que non parescan las armas, e so los mantos las espadas taiadoras.

Esa noch Mio Cid Taio non quiso pasar e en San Servan posaba, e en el altar mandaba poner candelas, e en aquel santo logar ovo vigilia rogando al Criador.

Otro dia manana dicha la misa, pora Tolledos' van. Dios que bien adobado es el que en buen hora násco! Calzas de buen paño lieba e sobre ellas zapatos labrados a gran huebra e viste camisa de ranza!

blanca como el sol, e las presas son de oro e de plata. Sobrella leba un brial obrado con oro e sobre esto una piel bermeia que siempre la viste Mio Cid e las bandas tiene de oro. Una cofia de escarin obrada de oro finca sobre los pelos fecha por razon que non gelos cortasen e con un cordon prisa habie la barba luenga e bellida.

Cuerdamientre entró en el palacio Mio Cid con los sos que van aderredor, e cuando le vieron entrar alzos' en pie el buen rey e todos los otros; mas, sabet, non se alzaron los del bando de Carrion. El rey dixo:

—Venid aca, Campeador. Aqueste escaño vos endono, ca mager que algunos pesa, meior sodes que nos. Cuemo rey posad en este escaño.

Esora dixo muchas mercedes el que gano a Valencia e en un escaño tornino posaba e aderredor posan los ciento quel' guardan.

Catandol' estan todos, mas infantes no'l pueden catar de verguenza.

Esora se levó en pie Don Alfonso e fablo cuemo oldredes:

—Oyd mesnadas! Hyo de que fuí rey no fiz mas que dos cortes, la una fué en Burgos e la otra en Carrion. Esta tercera á Tolledo la vinfer por el amor de Mio Cid que de infantes de Carrion reciba derecho. Grant tuerto le han tenido. Alcaldes sean desto el conde Don Remond e el conde Don Anrrich e estos otros condes. Todos meted y mientes, ca sodes conoscedores, por escoger el derecho, ca non mando yo tuerto. Agora demande Mio Cid e sabremos que responden infantes.

Mio Cid gelo gredecio al buen rey e la manol' va besar. Esora dixo:

—Por mis fijas quem' dexaron infantes, non he desonor, ca vos las casastes, rey, mas quando las sacaron de Valencia hyo bien los querie e diles dos espadas que dicen Colada e Tizon e a aguisa de varon las gane, pora ques' ondrasen con ellas e a vos sirviesen. Cuando dexaron mis fijas en el robredo de Corpes, comigo non quisieron aver nada. Denme mis espadas, ca hya mios yernos non son.

Atorgan los alcaldes e dixo el conde Don Garcia:

—A esto nos fablemos.

Esora salien a part infantes e tod' el su bando e fablaron:

—Aun gran amor nos face el Cid cuando desondra de sus fijas non nos demanda. Demosle sus espadas e cuando las toviere, irse ha, e hya non habra derecho, ca partirse ha la cort e bien nos avendremos con el rey.

Con aquesta fabla tornaron dentro.

—Merced ya, rey Alfonso! Non lo podemos negar, dionos dos espadas e cuando las demanda, dellas ha sabor. Dargelas queremos.

Sacaron los espadas e pusieronlas en mano del rey. Prisolas Mio Cid e alegros' le tod' el cuerpo e prendiendo la barba e sonrisando, tendio el brazo e la espada Tizon dio á Pero Bermuez que dicen Pero Mudo, ca la lengua gel detiene.

—Prendella sobrino, dixo, ca meior señor habra.

Esora diol' a Martin Antolinez la espada Colada que gano del conde D. Remon Berengel e fablole:

—Prendella Martin Antolinez el mio vasallo de pro, e si vos acaeciese, con ella ganaredes gran prez.

Luego se levanto e dixo:

—Hya pagado so de mis espadas, mas, sabet, otra rencura he de infantes de Carrion. Quando sacaron de Valencia mis fijas, en oro e en plata tres mill marcos les di. Denme mis haberes, ca non son mis yernos.

Aquí veriedes quexarse infantes! Dixo el conde D. Remond.

—A lo que demanda el Cid, ¿que respondedes?

—Demosl' sus espadas por que al non nos demandase.

El buen rey non gelo otorgaba e esora salien a part infantes e fablan en conseio:

—Mucho nos afinca el que Valencia ganó! Grandes son los haberes e espensos los hemos; mas pagarle hemos en heredades en tierras de Carrion.

Dixieron los Alcaldes cuando fablado han:

—Si eso plogiere al Cid, non gelo vedamos; mas en nuestro juicio mandamos que aquí dentro en la cort lo enterguedes.

Esora fablo el rey:

—Destos tres mill marcos tengo yo los docientos, ca me los dieron los infantes. Tornargelos quiero e enterguen a Mio Cid todo lo al.

—El oro e la plata espendistes, dixo el conde D. Remond; mas pagades en apreciadura e prendalo el Cid. Por juicio lo damos antel rey D. Alfonso.

Hya vieron que es a fer los infantes. Veriedes aducir tanto caballo corredor e tanta gruesa mula e tanta buena espada! Recibiolo Mio Cid cuemo apreciaron en la cort sobre los docientos marcos que tenie el buen rey e pagado fue de los infantes. Cuando esto ovo pasado pensó luego d' al e dixo:

—Oydme toda la cort e pésevos de mio mal. Los infantes de Carrion quem' desondraron, a menos de riebtos non los dexaré. Decid, infantes, ¿que vos mereci en guego o en vero? A la salida de Valencia mis fijas vos di con muy grant ondra é haberes a nombre. Cuando non las queriedes hya, canes malos, porque las feriestes a cinchas e espolones e solas las dejastes en el robredo de Corpes a los ganados fieros?

El conde D. Garcia en pie se levantaba.

—Merced, rey, dixo. Mio Cid allas cortes pregonadas vino é luenga trae la barba, ca dexola crecer por espantar a los unos e a los otros meter miedo...

—¿Que habedes vos, conde, por retraer la mi barba? dixo Mio Cid alzandos' airado del so escaño. Non me priso a ella fijo de mugier nim' la mesó christiano ni moro cuemo yo a vos en el castiello de Cabra.

Ferran Gonzalez en pie se levanto e fablo a altas voces:

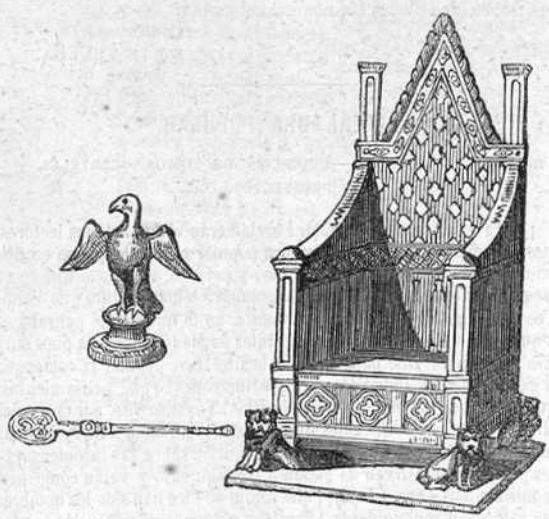
—Dexasedes vos, Cid, de aquesta razon, ca pagado sodes de todos vosos haberes. De natura somos de condes de Carrion e debiemos casar con fijas de reyes, ca non pertenecian fijas de infanzones.

Mio Cid cata a Pero Bermuez e dixele:

—Fabla, Pero Mudo, varon que tanto callas, ca tu non entraras en armas si yo respondiere.

Pero Bermuez compezo de fablar. Detienesle la lengua, mas cuando compieza, sabet, nol' da vagar.

—Direvos, Cid, siempre en las cortes Pero Mudo me lamades, ca delibrar non puedo, mas lo que yo ovier a fer por mi non mancará. Mientes, Ferrando, de cuanto has dicho. Las tus mañas yo te las contaré. Miembrat' cuando lidiamos cerca Valencia. Pedist' las feridas primeras al Campeador, vist' un moro, fustel' ensaiar e fugiste antes



(Silla de San Eduardo.—Pág. 23.)

que a el te legases. Si yo non te acorriera, mal te jugara el moro. Por ti con el me ove de auntar, de los primeros colpes le venci e dits' el caballo e toveldo en poridad fata este dia, mager delant Mio Cid e todos ovist' de alabar que mataras el moro. Riebtot' el cuerpo por malo e por trayador e lidiare por mias primas Dona Sol e Don' Elvira que en todas guisas mas valen que vos.

Oldredes lo que dixo Diego Gonzalez:

—Porque dexamos fijas de Mio Cid aun non nos repentimos, que lo que les ficimos ondra nos valdrá.

—Cala, alevoso, boca sin verdad, dixo Martin Antolinez. Non te vien en mientes lo del leon cuando Mio Cid dormie en el so escaño? Saliste por la puerta e en el corral metist' e fuste tras la viga. Eres traydor e mentiste e comigo lidiaras.

Esora por el palacio entraba Asur Gonzalez. Manto armino trae e el brial arrastrando, e almorzado es ca viene vermeio e poco recabdó ha en lo que fabla.

—Quien nos darie nuevas de Mio Cid? Fues' a Rio douirna picar los molinos e prender maquilas cuemo lo suele fer. Quil' darie casar con los de Carrion!

Esora alzos' Muno Gustios e dixo:

—Cala, malo e alevoso! Antes almuerzas que vayas a oracion; non dices verdad a amigo ni a nadi, e en tu amistad racion non quiero haber...

—Cale hya esta razon, dixo el rey. Los que han rebtado lidiaran sin' salve Dios. Cras sea la lid cuando el sol saliere.

Luego fablaron infantes:

—Dandos, rey, plazo, ca cras ser non puede. Armas e caballos tienen los de Mio Cid e nos antes habremos ir a tierras de Carrion.

—Sea esta lid o vos mandaredes, fablo el rey a Ruy Diaz.

Esora dixo el lidiador famoso:

—Mas quiero a Valencia que a Carrion.

—Dadme privado vuestros caballeros, dixo el buen rey e yo su curiador seré. A cabo de tres semanas en vegas de Carrion fecha sera esta lid.

Mio Cid al rey las manos le besaba e dixo:

—En vuestras manos meto estos mios tres caballeros. Ondrados me los enbiad a Valencia.

Esora se tollio el capielo e la cofia de ranzal, e soltaba la barba e sacabala del cordon.

El rey alzó la mano e dixo sanctiguandose:

—Hyo lo juro por sanct Esidro, que en todas nuestras tierras varon tan complido non ha!

E esora Mio Cid cabalgaba en Babieca e pora Valencia tornaba con los sos.

V.

Complido era el plazo e felos a los de Mio Cid en vegas de Carrion. Querien quebrar albores e cantaban las aves a maravilla, e muchas yentes venien ver la lid.

Dos dias atendieron a infantes de Carrion, mas, sabet, hya vienen mucho adobados de caballos e armas e todos sos parientes con ellos.

Hyas metian en armas los de Mio Cid e en otro logar se arman los infantes e sedielos conseiando el conde Don Garcia, e dixeron al rey Alfonso que non fuesen en la batalla las espadas taiadores Colada e Tizon, mas, sabet, que el buen rey non gelo otorgaba.

(Continuará.)

ANTONIO DE TRUEBA.

LITERATURA POPULAR.

MUESTRAS DE TIENDAS.—CANCIONES DE CIEGOS.—CARTELES.—PROSPECTOS.

¡Vaya una literatura popular! esclamarán al ver esto los lectores. Pues sí, señores, digo yo; literatura popular es todo lo que se escribe esclusivamente para solaz del pueblo, y por eso no todo lo que se ve y se oye por las calles es literatura popular. A buen seguro que Verdi, al escribir aquello de *la donna é mobile*, en lo que menos pensaba es en que lo habian de cantar los chiquillos de Madrid. Resulta pues muy claro, si no para Vds. para mí, que la literatura popular la componen los géneros arriba indicados. Y ¡qué imágenes! ¡qué pensamientos! ¡qué lozanía de ingenio hay en todos ellos! Váyanse Vds. por cualquier calle, y lean las inscripciones que en letras gordas ó flacas, doradas ó de colores, góticas ó romanas, se ostentan sobre las incomensurables portadas que sirven de gaban á las esquinas, y verán cómo ni á los mismísimos *Lepe* y *Lepijo*, que segun se dice han sido los hombres mas sabios del mundo desde Adan hasta el emperador Nicolás, se les pudieran ocurrir mayores bellezas. Y no solo en las tiendas modestas; no, señores; tambien en las letras doradas hay estupendas necedades. Paso por alto los tablones que en caractéres de á vara contienen solo un apellido, como Sanchez, Perez, ó Lopez, ó el apellido y un número repetido, diciendo: 19 PEREZ 19; con lo cual, si la tienda está cerrada, nos quedamos muy enterados de lo que se vende en ella; mucho mas si sucede lo que á cierto individuo, que por llamarse Juan Nieves puso en su muestra COMERCIO DE NIEVES ¡y era una carbonería!

Dejo tambien los letreros en inglés y francés, porque de ellos hablará un amigo mio que está escribiendo otro artículo sobre la literatura popular de Europa, sin haber salido nunca de Madrid.

Pero lo que no puedo pasar en silencio, son las tiendas que tienen título. ¡Qué hermosa idea es llamar á una *comercio del turco*, á otra *ropería de la estrella*, y otra *despacho de géneros ultramarinos*, vendiéndose en ella garbanzos, aceite y aceitunas! ¡Pues qué diré de las que llevan el nombre de un santo! Ya el *comercio de ropas hechas* (que de ropas sin hacer nunca los he visto) *de San Pablo;* ya la confitería de *San Pascual*, ó el horno de bollos de *San Anton*, ya la posada de *San Mateo*, nos hacen esperar ver un santo por dueño de estas casas, del mismo modo que las tiendas del Dragon ó del Elefante nos ponen en curiosidad de ver si son propiedad de estos animales.

Quédame la última clase de muestras, las mas de moda, las mas á la francesa, las que llevan un título caprichoso precedido de un ininteligible Á Ó AL. ¡Qué géneros tan elegantes nos promete aquello de *al guante de oro; á la camisa de nácar, ó á la bota de cristal!* Vayan Vds. á comprar allí, seguros de encontrar mas caro ó mas barato lo mismo que en otra parte, pero pudiendo decir que tal ó cual cosa es de *á la estrella de brillantes*, ó de *á la hermosura de Madrid.*

Y como ya va oscureciendo y no se ven bien los letreros, daremos una vuelta por las calles, para oir las canciones de los ciegos, que por lo regular tienen ojos útiles. ¡Ay lectores, cuánta poesía va á entrar en nuestros oidos! Vean Vds. acurrucado en aquella esquina un infeliz, que al dulce son de una guitarra con dos ó tres cuerdas nada mas, lamenta en tono de *gori gori*, leyendas milagrosas anónimas, de esas que se venden impresas en papel de estraza con los renglones en columna cerrada á manera de versos. Ganas da de morirse, siquiera por ir al purgatorio, al verle escitar á los devotos de las ánimas, que no parece sino que las eleva á la categoría de los santos! ¡Pues y los ahorcados! ¡no es cosa lo que los ensalza! ¡poquito celebra sus virtudes y lamenta su muerte, exhortándonos á encomendarnos á ellos ni mas ni menos que si fueran mártires! ¡Bienaventurado el poeta que tiene tales inspiraciones y busca tales intérpretes! ¡Lo que puede el hambre aplicada al ingenio humano! Pocos pasos mas allá un corro de gente ocupa con la mayor modestia toda la acera. Allí se oye una voz aguardentosa, acompañada de una bandurria que entrega á las auras de la noche multitud de jotas y seguidillas. De cuando en cuando todos los oyentes sueltan la carcajada, y hasta los postes fronteros se ponen colorados de vergüenza; no les sucede así á dos ó tres salvaguardias, que formando parte del auditorio, celebran como cada hijo de vecino los verdes chistes del trovador nocturno. Y esto no solo es por la noche, no; de dia tambien se encuentran iguales espectáculos por todas partes, sin contar con las baladas impresas que se venden en cien esquinas, y con las *nueve mil setecientas* mujeres, que por dos cuartos regala un ciego, pregonando con gran gusto de criadas y chiquillos los vicios y faltas peculiares de las Juanas, Teresas y Manuelas. Mucho mas pudiera decir acerca de este género; pero lo dejo para una estensa obra que estoy escribiendo sobre el mismo asunto, *ilustrada* con trozos selectos de poesías callejeras y de cajillas de fósforos; y paso á tratar de los carteles.

¡Cuán estremado lujo se va desplegando en ellos de algun tiempo á esta parte! Hace años que ninguna esquina se queja de sabañones: tan arropadas estan ellas llevando faldas, siempre faldas, á imitacion de las mujeres y de las alcachofas. ¡Pobres de nuestros abuelos que no conocieron mas que unos cartelitos de á cuartilla, y de ellos tanto se ufanaban llamándolos cartelones! ¡Qué dirian si mirasen hoy esas sábanas de tres ó cuatro pedazos, con letras como adoquines, rebosando ilustracion y economía! Apenas se harian cruces al ver los progresos de la litografía y del grabado en madera ostentarse pegados con engrudo en todas las esquinas! Pues no digo nada si toparan con un gallego llevando un estandarte de lienzo con el anuncio de cierta novela de 407 entregas á peseta, y una escena terrorífica pintada en medio con colores pompeyanos; y mucho mas si el gallego conducia en vez del estandarte un farol de papel ó lienzo, alumbrado interiormente por un par de velas de sebo ó media docena de candilejas, puestas en grato celumpio al compás del paso del portador.

¡Qué no darian por leer lo que dicen aquellas letras amarillas, verdes ó negras, estampadas sobre papeles de variados colores, que vienen á ser otras tantas trompetas de la fama!

Pero tú, lector, no las leas, y atiende á aquel chiquillo que con un mazo de papeles bajo el brazo va repartiéndolos generosamente. Toma uno y míralo: ¿qué es? ¿algun molino de chocolate á real libra, hecho al estilo de Pekin? ¿algun prestamista que da dinero sin interés, llevando solo para gastos de oficina el noventa por ciento? ¿alguna tienda que cede los géneros por la mitad de lo que han costado, y además un billete de la lotería? ¿alguna empresa literaria que por dos reales al mes regala á los suscritores diariamente un tomo en folio, un periódico con láminas, y un almuerzo en casa de Lhardy? No señor; no es nada de eso: es el anuncio de la pérdida de una perrita inglesa, vieja, tuerta del ojo izquierdo, y un poquito coja; atiende al nombre de Clorinda, y se darán dos onzas de hallazgo al que la lleve á casa de sus inconsolables dueños.

No faltarán personas que al ver un corro de aguadores y mozos de cordel leyendo cualquier periódico creerán que estos forman tambien parte de la literatura popular. Pues se engañan. Estos no han sido escritos esclusivamente para leerse en la calle y en los portales; por consiguiente no pertenecen á la citada literatura, la cual, en mi entender, no se compone de mas géneros que los indicados, pudiendo solo añadir á ellos, ya los carros de anuncios, ya los papelillos que cercan el buzon de correos, ofreciendo niñeras, casas para dormir solos ó con compañía, y escribientes que entienden de cuentas en todos idiomas y suplican que no los *rasguen* ó los *boren;* ó ya los letreros de tiendas, que sirven de suplemento á las muestras y avisan que allí se *asan asados*, ó se vende *pan de máquina*, ó *aceite*, *jabon*, *licores* y *demás comestibles.*

Así la literatura popular sin regla ni traba crece lozana, y nos proporciona alegres ratos con sus felices creaciones. Imponerla una censura seria quitarla su esplendor sin añadirla mérito; porque como

ya saben Vds., aunque la mona se vista de seda, etc., y entre los disparates del sabio ó los del ignorante creo que es preferible sufrir los de este, porque á lo menos son disparates sin pretensiones de bellezas.

José GONZALEZ DE TEJADA.

SOPHONISBE.

Hé aquí una copia exacta del precioso cuadro que el pintor Francisco Stephen acaba de esponer en Berlin. Representa á Sophonisbe, mujer de Masinissa, rey de Numidia, en el acto de tomar veneno para no caer en manos de los romanos, que acababan de penetrar en la ciudad. Nuestro grabado da á conocer, en cuanto es posible, con qué justicia escita esta obra la admiracion de todas las personas inteligentes.

SILLA DE SAN EDUARDO.

En la coronacion de los reyes de Inglaterra se usa de varios objetos, que cada uno de por sí tiene su significacion. Se usan dos coronas, de las cuales una se llama corona imperial ó real, y es la que se coloca en la cabeza del soberano; la otra es la del estado, que es la que se lleva en las procesiones. Tambien se presentan cuatro espadas, una la del estado, otra de la misericordia, otra de la justicia espiritual ó divina, cuya punta es obtusa, y otra de la justicia temporal.

Entre estos diversos objetos no hay ninguno que tenga mas interés histórico que el sillon donde deben sentarse los reyes para ceñir la corona, llamado silla de San Eduardo, porque en ella se sentó este soberano cuando su coronacion. Su asiento es la célebre piedra del destino, que puede decirse es una especie de *memorandum* de la conquista de Escocia. Primeramente era el asiento real de los reyes de Irlanda, y la llamaban *Liafail* ó la piedra del destino, y en honor suyo dieron al país el nombre de *Inniofail* ó isla del destino. Las leyendas monásticas de aquella época dicen que es enteramente igual á la piedra en que se hallaba Jacob cuando tuvo la milagrosa aparicion de Bethel. Fué traida por Gathol, rey de los escoceses, á una ciudad de Galicia, y desde aquí fué trasladada á Irlanda por Simon Brech, caudillo de un cuerpo de los de aquella nacion, unos 900 años antes de Jesucristo. Fergus, uno de los descendientes de Simon Brech, viéndose obligado á abandonar la Irlanda, á la cabeza de una banda de emigrados se trasladó á Argyleshire, y habiéndose llevado la piedra del destino, la depositó en Dunstaffnage, unos 300 años antes de Jesucristo: todos sus descendientes eran instalados en la piedra, y se creia generalmente que cuando el que se sentaba en ella tomaba posesion legítimamente, exhalaba armoniosos sonidos.

Segun las antiguas tradiciones de Irlanda, habia sido primero altar, luego ídolo, y por último trono de sus reyes, por lo cual era mirada con estraordinaria reverencia. Habia una profecía muy notable, segun la cual los reyes de Escocia estaban identificados con aquella célebre piedra.

Ni fallat fatum,
Scoti, quocumque locatum
Invenient lapidem
Tenentur regnare ibidem.

Se ha dado siempre tanta importancia á esta profecía, que cuando Kennet se trasladó desde Dunstaffane á Scone, llevó la piedra y permaneció allí por espacio de 400 años sirviendo de trono á los reyes en las coronaciones. Trasladada á Inglaterra, se consideró por el pueblo escocés como una grave humillacion; y así es que en el tratado de Northampton de 1328 se estipuló su devolucion. Posteriormente se mandó por Eduardo III dar una especie de manifiesto espresando las causas que habian impedido ejecutar esta traslacion.

Cuando subió al trono Jaime I se dió suma importancia á la profecía, y fué tal la impresion que hizo en el ánimo de los escoceses, que en el reinado de la reina Ana intentaron de nuevo el llevársela.

EL CONDE DE SALDAÑA.

ROMANCE.

¿Quién es aquel caballero
que en las márgenes del Esla
el potro ardiente fatiga,
la dura lanza maneja?
Coraza y almete adornan
roja banda, plumas negras
bruñido pavés embraza,
y osada divisa ostenta:
Un corazon es alado
que se remonta á la esfera,
y encima un rótulo dice:
no subas mas, que te quemas.
Ninguno en el ancho circo
se le opone, que ya deja
en doce altivos encuentros
doce contrarios en tierra.
¡Viva de Saldaña el conde!
de boca en boca resuena;
todos vencedor le aclaman,
y admirados le contemplan.
Desde la alta galería
ornada de ricas telas
el rey su valor aplaude,
y á darle el premio se apresta.
Él de un salto se derriba
desde el arzon á la arena,
y del monarca las plantas
bizarro y modesto besa.
Dáme, gallardo mancebo,
dijo el rey, la fuerte diestra;
que es justo apriete la mia
mano que tan bien pelea.
Con esta luciente espada,
que fué del rey Don Früela,
en premio de tu victoria
honre al valor la belleza,
y del toledano adarve
á las torres de Antequera
de los turbantes moriscos
estrago y asombro sea.
Dijo; y sonrojado el conde
bajó humilde la cabeza,
que al querer darle las gracias
trabó el respeto su lengua.
¡Oh cuántos pechos enciende!
¡con qué afan las damas bellas
los blancos velos agitan
y al cielo su triunfo elevan!
Entre todas sobresale
la infanta Doña Gimena,
que á la voz del rey su hermano
ceñirle la espada intenta.
¿No veis cómo sus mejillas,
antes de carmin cubiertas,
palidecen, y en sus manos
cinturon y espada tiemblan?
¿No advertís, que el caballero
de hinojos en su presencia,
estátua inmóvil parece
en triste lucillo puesta?
No es mucho que así se turben
cuando Alfonso los observa,
cien cortesanos los miran,
mil curiosos los acechan.
Dias há que en viva llama
amor con veloz saeta,
atropellando respetos,
inflamó sus almas tiernas.
Fé de esposos se juraron
entre las doradas rejas
de un jardin, sin mas testigos
que una esclava y las estrellas.
Mas ¡ay! que en excelso alcázar
mal un secreto se alberga,
y á par de los régios tronos
el suyo la envidia sienta.
Ya el palacio lo murmura:
¡ay de entrambos si es que llegan
al alma de Alfonso el Casto
tan mal celadas sospechas!
Del rey, cuyo indócil cuello
de amor el yugo desdeña,
y como atroces delitos
sus dulces yerros condena.
Mas ya la callada noche
cubre el mundo de tinieblas,
y vencedor y vencidos
toman de Leon la vuelta.

Sañudo en tanto va jurando al cielo
su desdoro vengar Nuño de Arlanza,
que al primer bote de la ardiente lanza
vencido por el conde, cayó al suelo.
Estaba solo el Rey, de lid sangrienta
el plan trazando contra el moro un dia,
cuando con alma llena de falsía
Nuño en el régio alcázar se presenta.
Secreta audiencia pide, y admitido
en la estancia dó mora el rey potente,
así comienza á hablar el fementido
con triste faz y labio balbuciente.
Hay quien osa, Señor, con vil mancilla
profanar de este alcázar el decoro,
mientras vos, esgrimiendo la cuchilla,
triunfais con gloria del soberbio moro.
¿Y quién es el traidor, Alfonso esclama,
que á tal se atreve? Di: pronto castigo,
como del rayo asoladora llama,
acabará á tan pérfido enemigo.
Jamás, dice el hipócrita, este arcano
de mi pecho saldría, si no fuera
el honor de tan digno soberano
quien al remiso labio aliento diera.
Tal vez será imprudencia: infausta suerte
me amenaza tal vez; pero en buen hora
caiga el mal sobre mí, venga la muerte,
con tal que vos sepais quién os desdora.
El conde de Saldaña hasta la altura
del régio sólio se remonta ufano
en alas del amor, y su locura
escandaliza al pueblo castellano.
Vuestra hermana, Señor...—¡cómo! ¿la infanta
amar al conde? ¡Nuño, vive el cielo!...
clama el sañudo rey, y en su garganta
la voz se anuda convertida en hielo.
Mas luego se reporta, y mesurado,
si es cierto, añade, el crímen, pena dura
castigará tan pérfido atentado;
mas ¡ay, Nuño, de tí! si es impostura.



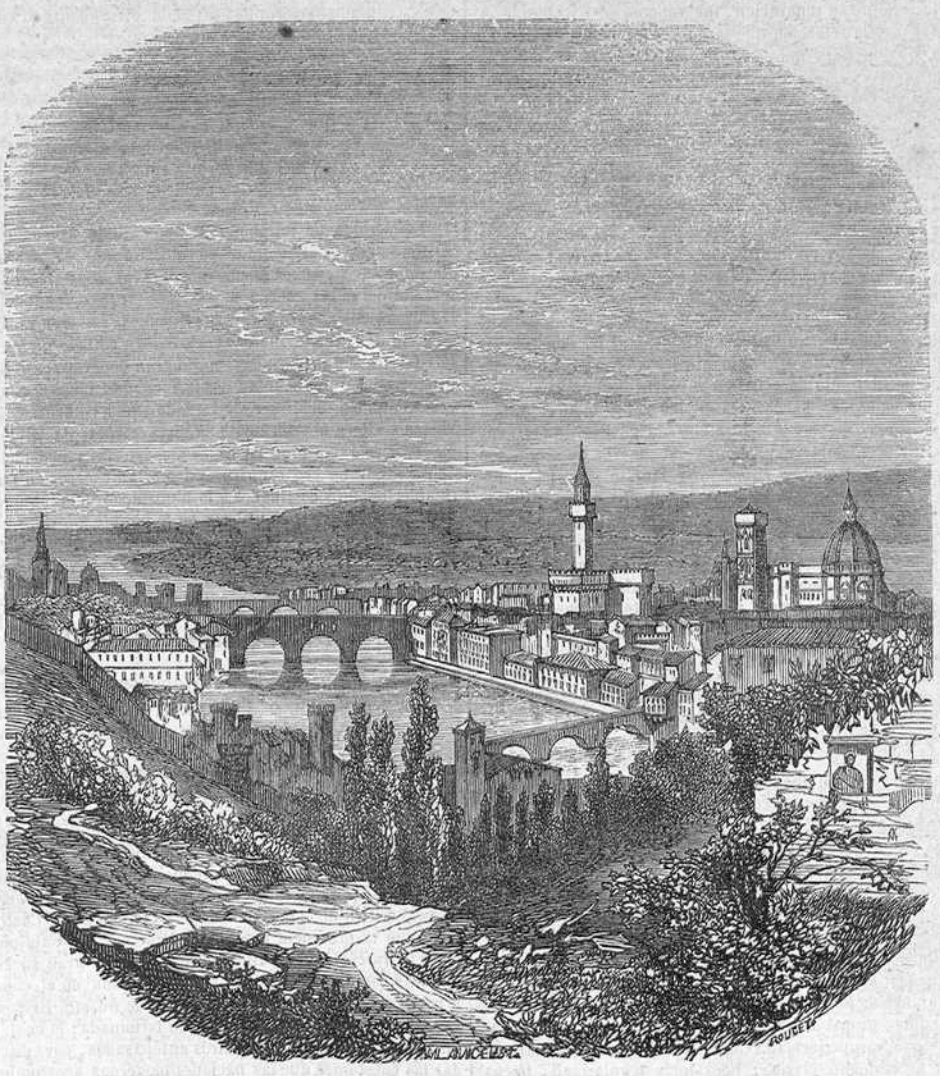
(Sophonisbe.)

¿Impostura, señor? Si tal agravio
cualquiera otro que vos... Haced empero
pesquisa cual monarca justiciero,
y hallareis que verdad os dice el labio.
Ejecutólo Alfonso, y convencido
de que Nuño de Arlanza no le engaña,
su enojo reprimiendo, comedido
así habla cierto dia al de Saldaña:
De Navarra al monarca en propia mano
quiero que entregues, conde, aqueste pliego,
y del fuerte de Luna al castellano
esotro al paso deja: parte luego.
Apenas brilla la rosada aurora,
y ya el conde se apresta á la partida;
mientras Jimena solitaria llora
sin abrazarle en tierna despedida.
Al castillo de Luna prontamente
llega el desventurado caballero,
y la carta entregando, de repente
cae el rastrillo y queda prisionero.
¡Traidor! ¿qué intentas? irritado dice
echando mano de su acero el conde;
y el alcaide escusándose, ¡infelice!
preso estás por Alfonso, le responde.
Quitanle al punto la luciente espada
que terror de los moros era un dia,
y una mano le arranca despiadada
los ojos do la infanta se veia.
Ella entre tanto en la mansion oscura
gime de un claustro y por su esposo clama;
mas ¡ay! que en perdurable desventura
no verá mas al infeliz que llama.

JUAN NICASIO GALLEGO.

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



FLORENCIA.

EL CUARTEL DE MEDINA DE RIOSECO.

Destino singular es el de los investigadores de la antigüedad artística y monumental. Viviendo con los idos mas que con los presentes, respiran el ambiente de otros tiempos, y se hacen intérpretes del pensamiento de las edades pasadas. Siempre interrogando á las ruinas, y arrancando sus arcanos á la noche de los sepulcros, logran evocar del polvo centenario la sombra de lo que fué, y vagan con ella en un horizonte ideal y misterioso. Muchos goces morales ofrecen estas tareas al espíritu apasionado, y que son desconocidos para el vulgo de las almas. Por eso para ser artista se exige una organizacion privilegiada y sentimental. Pero tambien hay impresiones muy desapacibles para el hombre apasionado por las artes. Continuamente está rodeado de objetos que inspiran ideas melancólicas. Un alcázar derruido; una fortaleza con las murallas hendidas y las torres desmoronadas; un obelisco hecho miserables fragmentos, preocupan la mente con imágenes tristes, y afectan gravemente el sentimiento. Porque como las ruinas tienen un eco tan elocuente para las almas poéticas y entusiastas, el anticuario que divaga por entre los restos esparcidos sobre el polvo, que penetra bajo solitarias bóvedas ó reposa en los desmantelados almenares, oye aquella voz misteriosa, y medita lo que son las cosas de la tierra y los sueños de la fortuna. Pero aun hay algo peor que esas tristezas. Es sensible ciertamente que las obras monumentales perezcan á manos del tiempo, ó bajo el peso de la calamidad, porque todas las cosas tienen su natural término. Mas lo que causa indignacion y bochorno, lo que subleva todos los instintos del ánimo, es que los monumentos caigan con fin violento y prematuro, en vandálica y torpe destruccion. El asedio desola un castillo; los años concluyen con un templo. Todo esto se comprende, porque está en la naturaleza de las cosas. Lo que no se esplica, ni tiene perdon, es que sin ruina, incendio, ni tribulacion alguna, desaparezca de la faz del mundo un edificio magnífico, fabricado ayer, y con grandes condiciones de vida y utilidad pública. Esto es lo que atormenta al artista, y escandaliza al sentido comun, y hace velar de horror al genio de las artes.

Esa es en efecto la deplorable suerte del monumento que hoy nos proponemos describir; esa la amarga impresion que produce el aspecto funeral de sus malparados vestigios. Cada vez que salimos por el gótico baluarte de *Ajujar*, y en vez de aquella soberbia fachada con su dilatado pórtico y sus gallardos torreones encontramos un erial tristísimo, donde no hay piedra sobre piedra, nos abruman el enojo y la compasion, y huimos presurosos de aquel vergonzoso espectáculo, que lastima el corazon y la inteligencia.

¡Tan breve como infausta ha sido la existencia del ostentoso cuartel! Medina de Rioseco le alzó á sus espensas, terminando la construccion en el año de 1751. Y conforme á una cuenta de gastos rendida por el tesorero en 31 de julio de 1758, invirtió la ciudad la suma de 266,752 rs. 8 maravedises. Aunque los materiales procedian en su mayor parte de la antigua fortaleza, valor tan exiguo en comparacion de la obra, nos hace creer que, aparte de eso, debieron em-

plearse otros fondos incomparablemente mas cuantiosos. Pues tratándose en este siglo de su reparacion, fué valuada en 640,000 rs. Y mal podia costar mas la refaccion que la fábrica de nueva planta. El edificio estaba situado estra-muros de la poblacion, al E. entre la antigua fortificacion y el rio, á la derecha de la puerta de *Ajujar*, después llamada del cuartel. Su plan general era un trapezóide, con tres alas de edificio en los frentes oriental, occidental y septentrional, que formaban en su centro un espacioso patio. Las dos primeras constaban de dos cuerpos, en su alzado, y sus erginas estaban embellecidas con torres cuadradas, que dominaban la masa del edificio. En lo interior estaban divididas longitudinalmente en tres zonas paralelas, ventiladas por ámplios y numerosos ventanajes. La del centro servia de pasadizo, y las laterales de habitaciones para las tropas; estando destinados los pabellones angulares para el alojamiento de las clases superiores. En la banda restante al O., construida junto al muro, habia departamentos para el servicio interior. La decoracion del edificio era sencilla y elegante. Su fachada principal al N. constaba de una galería de arcos escarzanos, sobre pilastras romanas; que formaba á lo largo de su frente un soberbio y vastísimo pórtico, digno del palacio de un monarca. Tanto esta arcada como todo el primer cuerpo del edificio eran de blanca y bien cortada sillería de las canteras del país. El segundo tramo, de ladrillo, estaba decorado con un órden de medias pilastras, en cuyos intervalos se rasgaba el estenso ventanaje, guarnecido de estuco, y terminaba en un cornisamento. En el centro de esta perspectiva volaba un balconaje, en cuyos flancos se ostentaron los escudos nacionales. La cortina oriental, montada sobre una barbacana, para resistir las aguas del Sequillo, y establecer la nivelacion del plano, guardaba relacion con la precedente, esceptuando el pórtico y cuerpo volante sostenido por él, presentando un frente liso y arrogante, á quien daba pintoresco atavío la corriente que baña su base, y en cuya trasparencia retrataba la elegante mole.

Por la parte interior, el segundo cuerpo del edificio estaba hermoseado con una galería de arcos rebajados sobre pilastras de ladrillo, que sobre prestarle conveniencia, le daban ostentosa perspectiva y gallardas proporciones. Este cuartel era sin duda de lo mejor en su clase. Nada hemos visto al menos que le hiciera ventajas. Capaz para mil caballos con el personal correspondiente desde el jefe hasta el último operario, nada faltaba á la salubridad y condiciones del servicio. Inmensas piezas para todos los menesteres, salones de lujo para las solemnidades oficiales, patio interior para los alardes militares, grandes corredores por alto y bajo, para paseos y formaciones en mal tiempo, todo, en suma, cuanto conduce á la comodidad y al decoro de las tropas. Cuadrado en su planta, libremente iluminado, y ventilado por todos los frentes, en lo interior y esterior, independiente de la poblacion, con una placeta ante su pórtico, con un rio á su pié, con campos y alamedas ante sus miradores, no es posible hallar cosa mas bien entendida, ni que hasta tal punto satisfaga las exigencias de utilidad, belleza y superioridad. Cierto que el gusto de su arquitectura no era enteramente clásico: pero tenia regularidad, buena traza y bien comprendidas combinaciones. De modo que aquel defecto de detalle se oscurecia entre la hermosa fisonomía general de la obra, la perspectiva de grandeza y bizarría y el lujo de la fábrica. El vasto intercolumnio del pórtico, las galerías luminosas, los torreones arrogantes, le daban un aspecto majestuoso y opulento, que esmaltado por el reflejo de las ondas cristalinas, y embellecido por las arboledas de argentinos álamos, que al son del viento se mecen sobre las vecinas praderas, ofrecia un cuadro de pintorescas márgenes y amenas decoraciones. ¡Cuántas veces ha recreado nuestra niñez! ¡Cuántos dias desde las inmediatas colinas le hemos contemplado á la roja luz del sol poniente en óptica visualidad! ¡Y cuántas horas los diáfanos arcos de sus desmantelados crujías nos han preocupado en solitarias y melancólicas inspiraciones!... Vicisitud perenne de las cosas humanas! En ese gran patio resonaban un tiempo los rumores de la guerra y brillaba el poderío de las armas; ahí tambien se ha oido el eco de la fiesta popular y los aplausos del circo español; y en esa arena, por fin, hemos renovado en alegre y juvenil remedo los alardes caballerescos de nuestros mayores. Ahora habitan ese solar frio la tristeza y la soledad. ¡Oh fábula del tiempo!

Esta obra estuvo en servicio hasta por los años de 1804 en que salió de ella el regimiento de dragones del rey, última tropa que allí tuvo alojamiento. Después ¡vergonzoso es decirlo! empezó su despojo y aniquilamiento. No hubo bastante celo ni energía para el primer atrevido que puso en el edificio la depredadora mano. El ejemplo fué fatal. La impunidad alentó á otros. Aquello se convirtió en un botin, donde los avaros y desatentados tomaban lo que bien les venia sin consideracion ninguna. Y cuando la ciudad quiso volver los ojos á su hermosa pertenencia, no halló mas que escombros y desperdicios. Arrojamos la pluma por no escribir una *catilinaria* justísima. Harto dicen esos sillares esparcidos sobre el polvo solitario! ¡Asaz dolorosa y vehemente es la acusacion que surge de ese arrasado y tristísimo erial! ¡Sobrado encierra de escándalo y vergüenza la comparacion de la grandeza perdida con la nada presente!!!...

Las ondas cristalinas
El bizarro perfil ya no reflejan
De aquellas torres al zenit vecinas;
Y en murmullo tristísimo se quejan,
Y de estas yermas ruinas
Con fugitivo pié tristes se alejan!

La pérdida de tan bello monumento es de lamentar constantemente, si no por el objeto de su construccion, por otros de conveniencia pública. No somos aficionados á obras ni establecimientos militares. Porque ni las guerras ni los ejércitos permanentes ni el poder de las armas entran en nuestros principios. La civilizacion para nada necesita de la fuerza material. Pero este edificio pudo convertirse en una fábrica, en un hospital, en un gran departamento de instruccion, beneficencia y prosperidad local. Y cuando menos, como cuestion de ornato público, debió ser conservado aquel edificio, cuya falta desfavorece y altera notablemente la vista oriental de la ciudad. Nuestros mayores solo pensaron en hacer monasterios y ciudadelas, porque su época respiraba ese espíritu. Así son tan escasos en nuestro país los establecimientos destinados á la humanidad, á la inteligencia y al trabajo. Deber nuestro es utilizar en lo posible aquellas prodigalidades, y hacerlas servir á las necesidades y adelantos de la sociedad moderna.

V. GARCIA ESCOBAR.

RECUERDO HISTORICO

SOBRE EL PARLAMENTO DE BARCELONA QUE PRECEDIÓ AL CÉLEBRE COMPROMISO DE CASPE, PARA DAR SOBERANO Á LOS REINOS DE LA CORONA DE ARAGON EN 1410.

POR D. FLORENCIO JANER.

El dia 24 del presente mes de enero es el último dia del término señalado por la Real Academia de la Historia para admitir memorias que concurran á disputar el premio ofrecido á la que mejor examine los sucesos y circunstancias que motivaron el *compromiso de Caspe*, y juicio crítico de este acontecimiento en Aragon y Castilla.

Como la provincia ó antiguo principado de Cataluña *fué la que tomó la iniciativa y principal parte* en tan gran suceso, queremos publicar (aunque no tomamos parte alguna en el concurso á dicho premio) el siguiente trozo que sacamos de nuestra HISTORIA DE CATALUÑA, inédita por no estar del todo terminada; el cual probará cuán virtuosos y cuerdos eran nuestros antepasados, para discutir y dilucidar las cuestiones que las naciones modernas acostumbran discutir y dilucidar con las armas en la mano.

«Celebrábanse con gran pompa y aparato las honras fúnebres en la iglesia de Poblet (Cataluña) para descanso del alma del difunto monarca de Aragon, y al propio tiempo, no olvidando el inminente riesgo á que se veian espuestos los pueblos con la falta de cabeza que ostentara una corona de tanta importancia, convocaba Enguerau Alamany de Cervelló, caballero gobernador del principado, á toda Cataluña, para que se reuniesen sus prohombres en parlamento general. El punto designado fué Montblanch, lugar vecino á Poblet, donde debieron concurrir los tres brazos, eclesiástico, militar y real, con los síndicos y procuradores de todas las ciudades; y aunque segun las leyes de Cataluña no podia celebrarse parlamento sin el debido permiso del rey, muerto este tan desgraciadamente como hemos visto (1), sirvió para dicho efecto el poder de gobierno que antes de cerrarse las últimas Cortes habia recibido una comision compuesta del gobernador, los concelleres de Barcelona y otros doce individuos. La convocatoria se espidió en Barcelona á 22 de julio de 1410, y efectivamente, en su virtud se reunió el parlamento en Montblanch el dia señalado, 31 de agosto del propio año. Declarábase en ella el peligroso estado en que quedára reducido el reino con el fallecimiento de D. Martin, la conveniencia de tratar de su sucesion, que habia el difunto rey encargado fuese dada á quien perteneciese por justicia (2); y por último, la necesidad de reunirse en corto número, presentándose en su porte y maneras con sencillez, union fraternal, templanza y cordura. Por último,

(1) Murió el rey de Aragon D. Martin *el Humano* el año de 1410, sin señalar sucesor á sus reinos, respondiendo solo *si (hoc)* á las reiteradas preguntas de si queria que le sucediese el que tuviese mejor derecho.

(2) .....la qual sucasio lo dit senyor rey en Marti en la sua fi volch é ordonà esser dada á aquell qui per justicia pertanguès. (Convocatoria al parlamento de Barcelona. Colec. de Cortes. Tom. 21, fol. 2,027. Arch. de Aragon.)

se aconsejaba no desperdiciar el tiempo, y que se recordasen los grandes hechos de la nacion catalana, que en todos tiempos habian conservado y acrecentado aquella corona real. Pocos fuéron los que concurrieron al llamamiento del gobernador, bien sea por el estado de zozobra y desgobierno en que comenzaba á hallarse, y en que era muy natural se hallase el principado, bien sea por la enfermedad contagiosa que se habia desarrollado en Montblanch. No bastaba aun para probar el carácter noble de aquellos catalanes, el conflicto en que se veian envueltos, sin sucesor señalado á la corona; no bastaba el quedar espuestos á la poderosa ambicion de varios de los pretendientes, deseosos de remitir á las armas sus derechos; ni bastaba tampoco la turbacion de ánimos que dominaba, con el temor de una guerra intestina y universal, trastorno en haciendas é intereses: era aun preciso agravar situacion tan crítica con los terribles efectos de una mortífera peste. Decretóse pues la mudanza del parlamento de Montblanch á Barcelona, y reunidos en una de las salas del palacio real de esta ciudad el gobernador general del principado, y solos trece individuos del parlamento, sin contarse alguno del brazo militar, el dia 25 de setiembre de 1410, se dió principio al parlamento en Barcelona, prorogándose hasta 30 del propio mes para comenzar á reunirse definitivamente, y tratar tambien sin levantar mano del gran negocio que no habia tenido ejemplo en los tiempos pasados ni debia tener imitacion en los venideros.

Reunido el parlamento dicho dia 30 de setiembre, con grande concurrencia, recibió, si puede decirse así, el primer acto de homenaje de los pretendientes al sólio vacante, pues se presentó requiriendo audiencia un embajador de D. Alfonso, duque de Gandía, y conde de Rivagorza y de Denia, para esponer y probar los derechos de este á la herencia de D. Martin. Nada tanto como la espontánea remision al parlamento de los derechos de cada uno de los pretensores, prueba el gran respeto, confianza y aprecio que se mereció de estos la nacion catalana con su proceder noble, desinteresado y justiciero. Legitimábase así todavía mas su escelente pensamiento de sensatez y templanza, y legitimábanse así todos sus actos, cuando los mismos que podian esperar ser señores de aquellas gentes, iban poniéndose poco á poco bajo su salvaguardia, reconociendo en el parlamento poder y cordura para ser árbitro en cuestion de tamaña importancia.—El gobernador, en la sesion del dia 30, representó el estado infeliz del principado de Cataluña y de las demás tierras y reinos de la corona real de Aragon: su desventura notoria, con la falta de sucesor designado, é inconvenientes grandes en la eleccion. Que la determinacion del rey difunto para que le sucediese el que tuviese mayor derecho, debia llevarse á cabo con union y concordia acrisoladas, dejando aparte parcialidades y rencores particulares; que el gran renombre de la nacion catalana, llevado en alas de la fama por todo el orbe *(per tot lo universal mon)* no debia perecer, ni tan siquiera empañarse; muy al contrario, merecia mantenerse y guardarse en toda su pureza: por último, que les rogaba discurriesen y propusiesen los medios para la quietud y conclusion de dar rey á los reinos, participándoles á todos los que tuviesen por mas á propósito, y coadyuvando siempre al mayor enaltecimiento de la gloria de Dios y bienestar de los pueblos (1).—Respondieron por el estado eclesiástico el arzobispo de Tarragona, por el militar el conde de Cardona, y por el real, que le formaban las villas y ciudades, el conceller en cap de Barcelona, diciendo que el deseo de todos era enaltecer el servicio de Dios y acrecentar el bien de Cataluña y reinos de la corona, asegurando la quietud pública.—Así parecia encaminarse todo á un arreglo amistoso con tan buenos comienzos; pero en las primeras sesiones del parlamento de Barcelona, suscitáronse varios altercados sobre la conveniencia ó perjuicios de celebrarse aquel en esta ciuudad, ciudad que con su poder y sus preeminencias, mayores que las de las demás poblaciones de Cataluña, podia ejercer algun imperio, tiranizar quizá el libre albedrío de las personas concurrentes (2). Mas como dice Zurita en sus Anales *(tom. III. fol. 9.)*, cuando se trataba del bien público, sabian deponer los catalanes sus disensiones y diferencias particulares; y en los Anales de Aragon, por el P. Abarca *(tom. II. fol. 166)*, se lee que *en tanta avenida de peligros, no podemos negar á la nacion catalana la mayor alabanza, porque se opuso á ellos la primera, supo nadar sobre las pasiones de sus parcialidades, y dió con su ejemplo y autoridad la mano á los aragoneses y valencianos que se anegaban.* «Ejemplo digno de imitarle (esclama un cronista poco apreciado por los que no le conocen, pero de gran valía para el autor de la presente historia), nos han dejado en esta ocasion nuestros mayores, que como hombres se hallaron sujetos á sus particulares afectos, y favorecidos de Dios, supieron dominarles y sujetarles al bien público para que no diese al través la fábrica fuerte y hermosa de la monarquía que habian fabricado: atentos al beneficio de la patria y sus dependencias, cedieron los grandes y nobles al beneficio universal sus empeños, y se inclinaron al sentir comun de proseguir el parlamento en Barcelona, por su buen celo, y por la autoridad de Roger de Moncada, que les persuadió á olvidar debates y disputas, y atender á la conclusion del bien universal de la corona, que pendia de su acierto y vigilante celo.»

La buena opinion de que gozaban los gobernantes del principado, su celo por la paz y utilidad pública, no menos que el órden y gobierno que supieron imprimir á la marcha de los negocios de la nacion, dieron gran fuerza y validez á todos sus actos, arraigaron su mando, y su gobierno fué obedecido y respetado. Acudieron desde luego al parlamento de Barcelona naturales y forasteros, en demanda de auxilios unos, otros en demanda de desagravios: quién pedia al parlamento sus asistencias, como lo hubiera pedido al rey un año antes; quién ofrecia sus armas y sus tesoros para asegurar el bienestar al pueblo: los mismos pretendientes á la corona, algunos de ellos reyes, acudieron todos al gran consistorio catalan, proponiendo sus derechos: acudieron tambien al parlamento de Barcelona, como á cabeza y centro de la monarquía, Sicilia y Cerdeña para su defensa; el rey de Navarra para la libertad de la reina de Sicilia, su hija; Aragon, Valencia y Mallorca en busca de paz y manera de llevar á cabo el gran pensamiento.

En efecto, sublime y jamás imitado pensamiento fué el de reunirse los vasallos para darse señor, congregarse los pueblos para determinar quién habia de ser su rey, arrostrando las codiciosas miradas de ambiciosos pretendientes, poderosos casi todos, ninguno de ellos falto de mas ó menos derecho. Tan heróico y sublime pensamiento dió resultados de una importancia suma; pues cuando menos apagó los nacientes ódios, evitó el derramamiento de sangre, el holocausto de millares de inocentes víctimas, neutralizó en fin la guerra cruel y fratricida, que amenazaba devastar en breve espacio de tiempo al reino entero. Los medios de sabiduría, prudencia y tino con que nuestros antepasados supieron lograr el dificilísimo fin propuesto de colocar la corona de Aragon en las sienes de quien la mereciese, fuéron medios planteados desde luego, pero con calma, con prevision; medios pacíficos y defensivos meramente, que no podian agriar en lo mas mínimo los deseos de los pretendientes. Así aparecerá al fin de la presente historia de Cataluña, historia que hemos escrito con gran conocimiento de los sitios donde tuvieron lugar los sucesos, del carácter de los personajes que terciaron en ellos, y con datos y documentos interesantes al par que desconocidos.

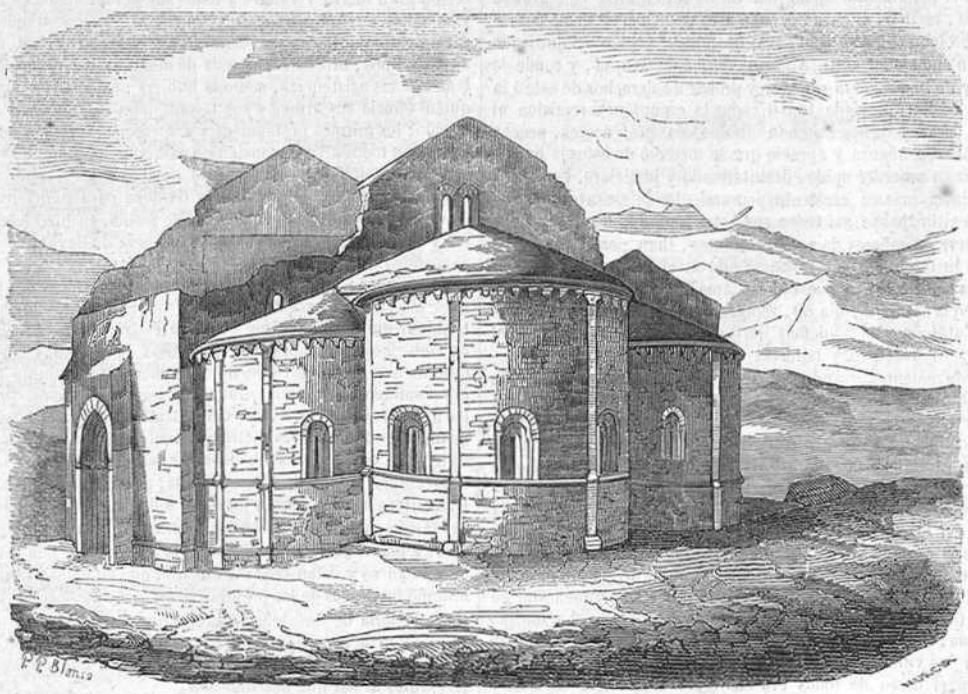
Ya desde las primeras ocasiones mandaron los prohombres que formaban el parlamento fortificar las fronteras, sobre todo los fuertes

(1) Colec. de Cortes. Tom. 14, fol. 160. Arch. de la C. de Aragon.

(2) Suscitóse reñida competencia (dice un cronista antiguo) entre el Estamento militar y las universidades de Cataluña, queriendo estas se prosiguiese el parlamento en Barcelona, y la nobleza que se volviese á convocar para Montblanch: declaróse por todo el Estamento Bernardo Roger de Pallás, protestando de nulidad de la mudanza del Parlamento á Barcelona: seguian este empeño el vizconde de Illa, Berenguer Arnaldo de Cervelló, Guillen Hugo de Rocaberti, Pecho de Cervelló, Acart y Luis de Mur, Ramon de Paguera, Francés Caramany, Ramon Icart por él y por el conde de Prades, Guillen de Queralt por sí y por el conde de Pallás, Guillen de Tagamanent por sí y por el conde de Módica, Jofre Gilaberto de Centellas y los demás: dió todo el Estamento poder para protestar y continuar el disentimiento hasta conseguir trasladar el Parlamento de Barcelona á Montblanch, á Ramon de Senmenat, Guerao de Sanahuja, Gregorio Burgués y Berenguer de Millá. Hallábanse empeñados los nobles, y constantes las Universidades en la oposicion: el estado eclesiástico, que habia consentido en la mudanza del Parlamento á Barcelona, y debia ser el iris de paz, no quiso declararse ni por uno ni por otro partido, declarando seguiria el mas útil al bien público. Pudo esta competencia dar motivo á la division, y ser estorbo de proseguir en la empresa de tener rey y cabeza que gobernase los reinos, y ser muy contra el bien público; pero favoreció Dios á la nacion, pues no obstante esta division, no la hubo en atender á cuanto conducia á la defensa de los reinos y á la justicia y gobierno del principado.—Solo el conde de Cardona y Pedro de Moncada, con los caballeros de su séquito (que no era pequeño), seguian á las Universidades y defendian la estancia del Parlamento en Barcelona, por la comodidad del lugar y ser el espíritu y corazon de la provincia: déducian en contrario los del bando de Roger Bernardo de Pallás, que Barcelona era lugar sobradamente poderoso, y apartado de los reinos; que el Parlamento debia ser en lugar libre, y cerca de los reinos de Aragon y Valencia para participarles sus deliberaciones y tener prontas las quelas embiasen aquellos: añadian que Barcelona era muy privilegiada, y siempre opuesta á las executiones de la nobleza, y que su autoridad y poder igualaba, si no escedia, al resto del Principado; y que si se empeñaba en contradecir, seria de estorbo en proseguir las justas deliberaciones del Parlamento, y que todos tenian esperiencia de la intolerable preeminencia, autoridad y superioridad de los Concelleres de Barcelona en todos los parlamentos de la provincia; y ¿cuánto mayor se podia juzgar, celebrándose en Barcelona, donde tenian privilegios de hacer decretos, formar estatutos y promulgar pregones á su alvedrío, y quanto escederian en este tiempo, que se hallaban sin rey y pretendia la ciudad ser el árbitro, cabeza y fundamento de todos los reinos?—Advirtiendo el daño que podia acarrear esta division al estado eclesiástico, el arzobispo en su nombre propuso se nombrasen árbitros por uno y otro partido, y siguiesen todos lo que resolviesen los electos: ni esto tuvo efecto, porque todos se juzgaban empeñados á uno ú otro sentir, y presiguieron todos en sus protestas sin poder dar un paso en materia tan importante.—Oponianse á este sentir los Diputados de Cataluña, Concelleres de Barcelona y los síndicos de todas las Universidades, escepto Tortosa, que ya habia puesto en disentimiento en Montblanch: eran diputados entonces Guerao de Palacols y Ramon Desplá, y Concelleres Juan Desplá, Francisco Burgues, Luis de Gualbes, Jaime de Valterra y Francisco de Camos. Consta en la ciudad libro de este año, engañándose Zurita en su relacion, y estos eligieron síndico á Berenguer Oliver, el cual en nombre de la ciudad y de todas las Universidades de Cataluña hizo sus protestas y contradiccion á las proposiciones de los nobles.—No obstante estos altercados, se procedia con toda quietud por el genio de la nacion inclinada, y muy atenta al beneficio público.»

de la parte de Puigcerdan y Valle de Aran, como mas cercanos á Francia, sin omitir diligencia alguna para avisar la aparicion ó proximidad de fuerzas estranjeras ó de hombres armados. Ningun caballo ni otra clase de caballería buena para la guerra debia permitirse salir del Principado, como tampoco armas de ningun género; escribiendo á Aragon, Valencia y Rosellon para que prohibiesen otro tanto. Debian hallarse prontos para cualquier evento dentro de Cataluña tres mil hombres armados, es á saber *mill bacinets é mil pillarts é mil ballesters a cavall* (1). Finalmente, que se intimase á los competidores de los reinos de la corona de Aragon, que pues en Cataluña se seguia el camino de la equidad y de la justicia, no pusiesen en él estorbo de ninguna clase; protestando que los pueblos no respetarian los derechos del que directa ó indirectamente obrase en contra de la pública tranquilidad. Estos eran los medios que se ponian en planta dentro del Principado para asegurar la paz; otros medios todavía mayores debian tener lugar en los países ó vecinos ó confederados para apagar la llama de la discordia y cortar el vuelo de aquella ave de rapiña, sedienta de sangre humana, que llamamos guerra, y que cobija eternamente en sus alas la destruccion y la muerte.

Hallábanse en verdad en malísimo estado los negocios políticos en Aragon, Valencia, Sicilia y otras partes. Cuando mas era precisa la tranquilidad, la cordura y la templanza, exasperábanse entonces las pasiones, y encontrados los ánimos, llegaban los hombres á las manos siempre con funestos resultados. La falta de rey era falta de tristes y muy graves consecuencias en aquellos reinos en donde no supieron ponerse bajo la salvaguardia de la sabiduría y de las leyes. Aragon presentaba el lastimoso espectáculo de un estado sin forma alguna de gobierno. El conde de Urjel pretendia mandar como gobernador general nombrado por el difunto rey D. Martin: empeñábase el gobernador de aquel reino en impedirle la posesion y ejercicio de semejante cargo por órden secreta, segun se asegura, de aquel mismo rey. Ocurrian así disturbios de consideracion, pues se cree fué este medio inventado por D. Martin para embarazar el paso del de Urjel á la corona. Los bandos encarnizados de los Lunas y de los Urreas, que seguian estos al gobernador y aquellos al conde solo por pertenecer á partidos contrarios, agravaban la situacion en gran manera. Las calles y plazas de las principales ciudades de Aragon veíanse convertidas á cada momento en campos de batalla donde corria la sangre en arroyos, y donde sucumbian esforzados guerreros dignos de mostrar su valor con mejor suerte. Hasta el prelado de Zaragoza fué víctima de aquellos bandos, como veremos mas adelante; pero nunca bastaron para contener tales desórdenes, ni sus ruegos ni sus amonestaciones. —Lastimoso era tambien el espectáculo que ofrecia á la vista el reino de Valencia dividido en dos bandos tan implacables como los anteriores. Los Centellas y los Vilaregudes dividieron en sangrientas parcialidades á los pueblos, á la nobleza, en fin, á todo el reino, cual si el mismo reino ansiara procurarse su total ruina. Declaráronse los Vilaregudes á favor del conde de Urjel, y aun el mismo gobernador de Valencia, Arnaldo Guillen de Bellera, inclinó el gobierno de la ciudad al afecto de aquel, con lo cual crecia la discordia al par de la preeminencia del bando contrario al de los Centellas. Del centro del reino partia la fiebre de los partidos á dañar sus mas apartados miembros; pues de los pueblos distantes, quien seguia el ejemplo de la metrópoli, quien osaba levantar en su contra el grito de guerra. Tan crítica situacion era aumentada con los estragos de una cruda peste que ya afligia las poblaciones de Levante, ya las de Poniente del propio reino, sumiendo en luto y lágrimas muchas familias. Padres, madres, hijos y hermanos, deudos y amigos, lloraban la pérdida de sus mas caras prendas de amor ó de amistad. Ejemplo hubo de esposa que perdiendo al padre y al hijo mayor entre las garras de las disidencias civiles, vió perecer víctima de la peste el resto de su familia. Mallorca, si bien al principio aguantó el peso de algunos disturbios, fué al cabo mas feliz y previsora, pues determinaron los ciudadanos de sus tres islas mantenerse neutrales á vista del gran negocio de la sucesion, acatando luego la resolucion del parlamento de Cataluña. Ofrecieron gobernar en paz sus tierras, orillar rencores é intereses mezquinos, no dar oidos tampoco á las lisonjas ó exigencias de los pretendientes al cetro aragonés, uniéndose en todo á la nacion catalana, ascendiente suya. ¡Admirable caso de virtud y prudencia que no habria tenido entonces ningun modelo, ni habrá tenido después muchas copias! —Mas desgraciadas que Mallorca eran Cerdeña y Sicilia en sus movimientos políticos. En aquella levantó la bandera de la insurreccion el vizconde de Narbona: permanecian casi todos los pueblos adictos á la corona de Aragon; pero las molestias y daños consiguientes á las guerras intestinas, dieron bastante que temer á nuestros mayores. En esta, en Sicilia, la division entre los magnates, los pueblos, y aun entre los mismos próceres, era grande. Seguian unos á Bernardo de Cabrera, conde de Módica, que codiciaba la corona, aspirando al dominio general de la isla: eran los menos los partidarios de la reina Doña Blanca, viuda del rey D. Martin, padre del de Sicilia, quien por voluntad de aquel gobernaba y procuraba conservar el reino. Sus manos empero no sostenian las riendas del poder con toda la firmeza necesaria: manos débiles al fin, como de señora mas á propósito para gobernar en paz sus pueblos, que para hacer frente á conmociones populares, preludios siempre de largas y sangrientas guerras.



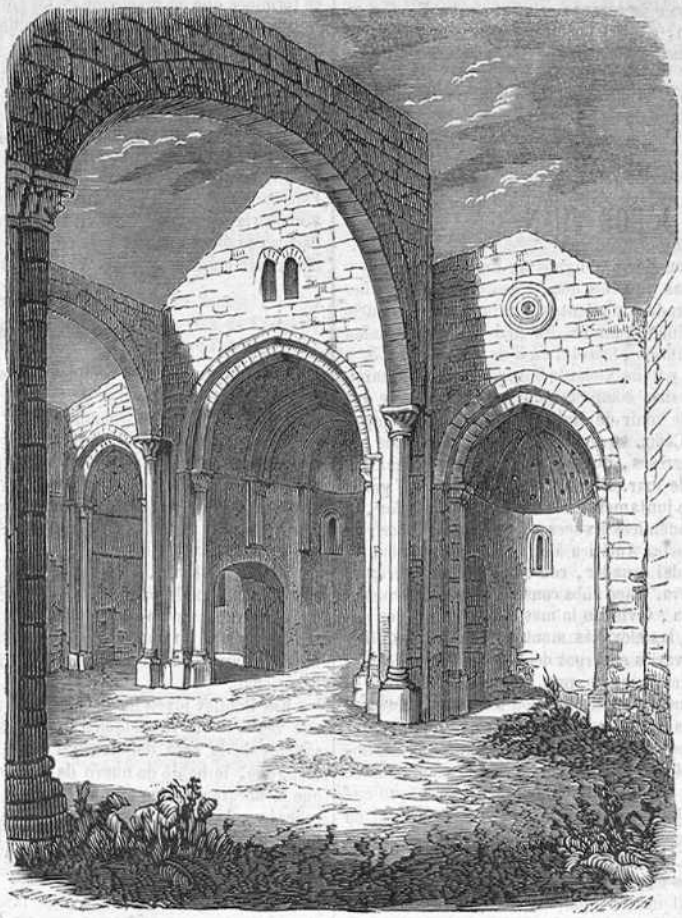
(Iglesia de Uceda.)

(1) Colec. de Cortes. Tom. 43, fol. 370. Arch. de la C. de Aragon.

La sabiduría y prevision del parlamento de Barcelona, su entereza y actividad, hallaron remedio para estos males, paliando unos, neutralizando otros, cortando de raiz los mas graves. El norte que siguió aquella corporacion para oponerse á tantos daños y disturbios, fué mantenerse siempre adictos á la corona real de Aragon tan distintos países. Comenzaron pues los catalanes por mirar con igual justicia é imparcialidad á cada uno de los pretendientes, no contando al conde de Urjel con mayor ó menor derecho á la corona que habian sustentado los Ramiros y Berengueres.»

Hasta aquí hemos entresacado de los manuscritos de nuestra HISTORIA DE CATALUÑA.—Ahora solo añadiremos que es sabido el feliz resultado que tuvo el acuerdo de los catalanes; que cada pretendiente á la corona de Aragon presentó sus abogados y procuradores, quienes delante de una junta ó jurado compuesto de nueve sujetos de conocida ciencia é imparcialidad espusieron los derechos de aquellos; finalmente, que después de tres meses de sesiones en el castillo de Caspe, declaró San Vicente Ferrer, uno de los nueve compromisarios en nombre de todos estos, que la corona pertenecia al infante D. Fernando *de Antequera*. Inútil es recordar que todos se sometieron á esta eleccion; que solo se opuso el conde de Urjel; que D. Fernando le sitió en Balaguer, y otros muchos curiosos é importantes sucesos que sin duda la memoria que merezca el premio ofrecido por la Real Academia de la Historia (caso que se presenten memorias) habrá descrito con elegancia, exactitud y abundancia de datos.

FLORENCIO JANER.



(Interior de la antigua iglesia de Uceda.)

LAS FIJAS DE MIO CID.

(Conclusion.)

Della part e della, sanctiguaron las siellas e cabalgaron con los escudos a los cuellos e en mano los fierros taiadores. El rey diole Fieles por decir el derecho e que non barajen los de Carrion. Los Fieles e el rey enseñaron los moiones e bien gelo demostraron a todos seis que serie venzudo qui de y saliese, e mandaron que las yentes non legasen al moion de seis astas de lanzas. Sorteabanles el campo e el sol les partien e los Fieles salien de medio de ellos.

Abrazan los escudos delant los corazones, e abaxan las lanzas, sobre los arzones enclinan las caras e con los espolones baten los caballos. Tembrar quiere la tierra do movedores eran!

Pero Bermuez el que antes rebtó, con Ferran Gonzalez se iunta e feriense en los escudos. Ferran Gonzalez el de Pero Bermuez pasa, mas, sabet, prisol' en vacio e carne nol' toma. Firme estido Pero Bernuez mager en dos logares el astil le quiebra, e firiendo quebranto la bloca del escudo de Ferran Gonzalez e pasogelo todo e metiol' la lanza por los pechos e el belmez con la camisa de dentro de la carne le entró una mano e por la boca afuera la sangrel' salia. Quebraronle las cinchas e por la copla del caballo le echó en tierra e asi le tenian las yentes por mal ferido de muert. Pero Bernuez al espada metio mano e cuando Ferrando conocio Tizon, dixo antes que el colpe esperase:

—Venzudo so!

Otorgarongelo los Fieles e le dexo Pero Bermuez.

Ferianse Martin Antolinez e Diego Gonzalez e tales eran los colpes que les quebraron lanzas. Martin Antolinez mano metio al espada e relumbraba tod' el campo, tanto era clara e limpia. Diol' un colpe de travieso e el casco de somogelo echó e le cortó las moncluras del yelmo. Raxol' los pelos de la cabeza, e cuando deste colpe Colada le firió, vio Diego Gonzalez que con alma non escaparia, e compezó dar grandes voces.

—Valme, Dios glorioso, e curiam' de esta espada, señor!

E volviendo la rienda al caballo, sacol' del moion e Martin Antolinez finco en el campo.

Direvos de Muno Gustios cuemo se adobó con Asur Gonzalez. Los dos han arrancado; fierense en los escudos unos tan grandes colpes, que la tierra querie tembrar. Asur Gonzalez furzudo e de valor, firio

en el escudo a Muno Gustios; mas, sabet, en vacio fue la lanza. Este colpe fecho, otro le daba Muno e con el pendon metiól' por la carne adrentro la lanza e por la otra part una braza gela sacó. En tierra le echo al tirar de la lanza, e bermeio salie el astil e todos cuedan que ferido es de muert.

Esora dixo el rey:

—Por cuanto habedes fecho, venzudo habedes esta batalla.

E los fieles lo otorgaban e el buen rey mandaba librar el campo.

Grandes son los pesares por tierras de Carrion e por ondrados toman pora Valencia los de Mio Cid.

Non han recabdo los gozos quen Valencia la maior facen tales nuevas; mas afevos caballeros que y entran. Al uno dicen Oiarra e al otro Yenego Simenez, el uno infante de Navarra é infante de Aragon el otro, e sus fijas piden al lidiador famoso pora ser reinas de Aragon e de Navarra. D'alma e de corazon gelas otorgaba Mio Cid ca plogol' tambien á D. Alfonso, e vedes cuemo las casa a maior ondra que lo que primero fue e cuemo los reyes d' España sos parientes son hoy.

Aquis' acaba esta razon. Prisol' de un libro e la escribio en era de mill DCCCLIII annos ese que dicen

ANTONIO DE TRUEBA.

DON JORGE JUAN.

Los hombres grandes son siempre dignos de nuestra memoria y veneracion; pero mucho mas aquellos que, como el Excmo. señor D. Jorge Juan, han consagrado sus talentos y estudios en beneficio de su patria y de todo el género humano. Nació este ilustre español en la villa de Novelda, próxima á Alicante, en 5 de enero de 1713; y sus padres, D. Bernardo Juan y Doña Violante Santacilia, le procuraron dar desde su tierna edad la mas completa educacion; de suerte que habiendo entrado (después de venir de Malta) en 1729 en la compañía de Guardias Marinas de Cádiz, se distinguió en ella, no menos por su talento, aplicacion y progresos, que por su espíritu y serenidad, en las primeras campañas de mar. El alto concepto que supo grangearse le hizo acreedor á que juntamente con D. Antonio de Ulloa, se le eligiese para ir con los académicos franceses, Godin, Bouguer y la Condamine á ejecutar en nuestra América Meridional la medicion de os grados terrestres debajo del ecuador, con el objeto de averiguar la verdadera figura de la tierra. Once años consumió en el desempeño de una confianza tan honrosa, viviendo lo mas del tiempo en los páramos y en las cumbres de las elevadas montañas de Guayaquil y Quito, atendiendo además á varios encargos del virey sobre la defensa de aquellas plazas y disciplina de sus tropas, siendo por tal causa el amparo y confianza de los pueblos, que le dieron solemnes demostraciones de gratitud en sus mas críticos apuros. Vuelto á Europa, conferenció en París sus tareas con aquellos sábios, que lo miraron con honorífico aprecio; y vencidos los obstáculos que tanto lo aburrieron de dar á conocer su comision y desempeño al nuevo ministerio que encontraba, repartió el trabajo con su compañero, y dieron á luz en 1748, así la relacion histórica del viaje, como las *Observaciones astronómicas y físicas* de que hizo tan útiles aplicaciones á la magnitud y figura de la tierra, á la navegacion y á otros objetos de general utilidad; disponiendo casi al mismo tiempo una *Disertacion histórico-geográfica sobre el meridiano de demarcacion entre los dominios de España y Portugal.* Finalizados estos trabajos, pasó á Londres con una comision importante, cuyo buen desempeño le produjo una serie no interrumpida de otras muchas durante su vida activa y laboriosa. Esceden de veinticuatro los viajes que emprendió de órden de la corte de un estremo á otro de España, y en ellos proyectó y dirigió los célebres arsenales de Cartagena y Ferrol, sus diques, las bombas de fuego, las gradas para construir navíos y botarlos al agua sin lesion, el método de construirlos igualmente que todas las demás clases de buques, las útiles mejoras en las minas de Almaden, con provecho de la salud de los trabajadores y considerable aumento del erario: siendo consiguiente á esto la confianza con que todo se le consultaba, ya de obras civiles é hidráulicas, beneficio de minas, liga y afinacion de monedas, direccion de canales y riegos, ya sobre otras materias científicas y de su peculiar profesion. Nombrado capitan de la compañía de Guardias marinas en 1751, mejoró los estudios, buscó escelentes maestros, supo dotarlos y apreciarlos dignamente, estableció el famoso Observatorio astronómico de Cádiz, y dedicado él mismo á la enseñanza, dió en su *Compendio de navegacion*, impreso en 1757, no solo un digno ejemplo á los otros maestros, sino un resúmen claro y elegante de cuanto habia adelantado la navegacion hasta aquella época. Aun fué mas rápida y pública la reforma y mejora que recibió el Seminario de nobles después de nombrado D. Jorge Juan por su director: la Academia de San Fernando, que ha tributado públicos testimonios de su gratitud al celo y laboriosidad de este hábil consiliario suyo, reconocerá siempre como fruto de su consejo y direccion el haber publicado tan útiles y completas obras matemáticas, y el haber arreglado y fomentado estos estudios con particular aplicacion al progreso de las nobles artes; y finalmente, para demostrar que su talento no era limitado á las ciencias y literatura, dió pruebas de su tino, prudencia y celo en los estudios políticos que manejó con tanto acierto en su embajada estraordinaria á la corte de Marruecos. En medio de tantas y tales ocupaciones iba trabajando catorce años hacia su grande obra, que con el título de *Exámen marítimo* dió á luz en 1771: obra no menos original que sublime, y no menos profunda en su teórica, que atinada y precisa en sus vastas y útiles aplicaciones, con particularidad á la construccion y manejo de las naves. A tanta laboriosidad sacrificó su salud en términos que la repeticion de los cólicos biliosos convulsivos acabó con su vida en Madrid á 21 de junio de 1773. Enterrósele con solemnidad en la parroquia de San Martin, donde cubre sus cenizas y honorífico epitafio; su virtud, su modestia, su caridad, su patriotismo compitieron con su saber. Toda la Europa le conocia, llamándole por antonomásia *el sabio español.* Los ingleses le dieron en vida y personalmente las mismas públicas demostraciones de aprecio que después han dado á su *Exámen marítimo*, y que han repetido numerosas ediciones. Los franceses lo han traducido y comentado tambien, y en España ha emprendido la misma ilustracion con mucha profundidad y maestría un oficial de marina y compatriota del mismo D. Jorge, deseoso de dar á conocer todo el tesoro que en sí encierra una de las obras mas clásicas del siglo XVIII en las ciencias físico-matemáticas.

LA CONFESION.

Mi licencia y próroga estaban ya para concluirse A la mañana siguiente debia ir á reunirme con mi regimiento, destinado á embarcarse en Plimouth, para emprender el viaje de las Indias. Muchos de mis antiguos compañeros se juntaron para obsequiarme en casa del marqués de Grauby, adonde pasamos parte de la última noche que me era dado permanecer en mi país nativo. Mis asociados eran todos jóvenes, alegres y animosos; nuestra viva conversacion engendraba con frecuencia la sed, y las libaciones con que la apagábamos, engendraban las querellas.

Yo era, tal vez, el mas sóbrio de mis camaradas, é hice por lo tanto cuanto pude para cortar sus contiendas. El Champagne y el Burdeos eran empero mas poderosos que mis persuasiones; y tanto exasperaron al fin una fútil diferencia acerca de cierta cancion, que Dick Winlaw y Jeni Bradley empezaron á batirse, y hubo de concluir la sociedad.

Era Bradley jóven de hermosa figura, osado y elegante; mas de una vez le habia yo instado á que entrase en mi regimiento. Cuando salimos de la casa del marqués se me juntó por acaso, y deseando distraerle, le hablé de nuevo de la carrera militar, persuadiéndole á que la abrazase; pero aun herbia su sangre; no queria escuchar razones, y solo hablaba entre juramentos de la venganza que intentaba tomar de Winlaw. Yo quise por mi parte templar un poco su ánimo, porque no él, sino Winlaw, tenia razon en la disputa. Nuestras palabras se fuéron complicando; ambos nos enfurecimos; él me dió un puñetazo en la mejilla que casi me hizo caer á tierra; yo le atravesé el corazon de una estocada.

Al instante mismo se resfrió mi cólera. Le ví muerto á mis piés. Oí pasos cerca, y huia hácia la casa de mi padre. Para que yo pudiese entrar habian dejado descorrido el cerrojo de la puerta. Me introduje en mi cuarto sin hacer el menor ruido; me desnudé, y ocupé mi catre; pero no me fué posible cerrar los ojos. Estaba absorto, estupefacto; una consternacion espantosa se habia apoderado de mí; una especie de precipitacion inesplicable agitaba mi cerebro; mi ánimo ardia en horrorosa fiebre. No podia creer que hubiese dado muerte á Bradley. Pensaba que una triste pesadilla me emponzoñase el sueño. La lengua se me puso seca como un carbon encendido: si con ardientes cenizas me hubiesen ahogado, no pudiera mi garganta haber sufrido mas horrible sed. Sentia que al respirar me sofocaba un polvo seco, semejante á aquel en que se convierten los muertos.

Al cabo de algun rato se disipó tan horrible agonía; los ojos se me llenaron de lágrimas, y al fin cedió la fiereza de mi temperamento. Me acordé de Bradley cuando ambos éramos niños, y de los felices dias de verano que juntos habíamos pasado. Jamás me tuvo el menor rencor; la ebriedad ocasionó su golpe; nunca se hospedó la misericordia en corazon mas libre y generoso que el suyo. Yo me acordé de Bradley, y empecé á llorar como una doncella.

En esto comenzó la alborada. Me levanté apresuradamente, mas que por deliberacion por instinto, y me dirigí á la puerta. Oyó mi padre el movimiento desde su alcoba, y me preguntó si tan tempran

partia; contestéle que no se incomodase; pero con voz turbada. Mi padre me exhortó bondadosamente á que evitara las malas compañías. No pude responderle. Apenas oí las otras cosas que me dijo. Un blanco espantoso se estendió desde el momento en que me bendijo, hasta aquel en que me ví atravesando el lugar cerca del sitio de las ejecuciones públicas.

Pero al través de este frenesí y horror, no me confesaba yo á mi mismo que habia cometido un crimen. Mi accion fué veloz como un relámpago. Conocia que me hubiera sido imposible á sangre fria dañar un solo cabello de la cabeza de Bradley. Me consideraba desgraciado, pero no criminal; y esta persuasion grata apaciguó mi pecho de tal modo, que cuando llegué á Portsmouth, pensaba casi tan poco en lo que habia hecho, como en las contorsiones del valiente dragon francés á quien en la guerra di muerte junto á los muros de Salamanca.

Pero en diversos períodos, durante el largo viaje de las Indias, solian invadir mi alma tristes pensamientos. En semejantes trances imaginaba ver mi pintoresco pueblo, y en él jugando á los muchachos al salir de la escuela; reuníanse después en grupos, y contaban la historia del asesinato; y marchando en silencio al cementerio, rodeaban la losa consagrada al pobre Bradley. Sin embargo, se resistia mi espíritu á someterse á la idea del crimen; y de dia en dia pasaba el tiempo, sin que revelase ningun cambio esterno lo que en mí pasaba, á la observacion ó sospechas de mis compañeros. Cuando marchó mi brigada contra los burmeses, tal era el valor de estos enemigos, y tales los trabajos y riesgos de nuestras aventuras, que teniendo poquísimo tiempo para reflexionar, empecé casi á olvidarme de aquella fatal noche.

Un dia me hallaba yo esperando al coronel en una antesala de su casa, entreteniéndome mientras salia en leer los papeles de Londres. Lo primero que en uno de ellos se presentó á mi vista, fué un relato descriptivo del proceso y ejecucion de Dick Winlaw, castigado de muerte por el asesinato de Bradley. Al pasar la vista por tan horrible historia parecia que se me quemaban los ojos. La leia como si cada palabra fuese un globo de fuego. Contenia el papel todo el proceso. Declaraban los testigos que, para obsequiarme á mi partida se reunieron en casa de Grauby. De mí se hablaba con bondad y recomendacion. La querella entre Bradley y Winlaw estaba de tal modo descrita, que parecia pintada en un cuadro; y mis esfuerzos para apaciguarla fuéron señalados por el juez, cuando se dirigió á los jurados, como un bello ejemplo de la buena correspondencia entre compañeros. Se habia encontrado á Winlaw cerca del cadáver, y las presunciones del crimen fuéron tantas y tan vehementes, que sin retirarse el jurado pronunció el fatal veredicto, ó declaracion de *criminal*. Winlaw padeció en la plaza del pueblo, y su cuerpo fué suspendido en cadenas de hierro. Entonces conocí por la primera vez que era asesino. Entonces el azufre derretido de los remordimientos se derramó en mi pecho, precipitándose, estendiéndose y devorándole todo; mas no cambió el bronce con que la fatiga y la intemperie habian enmascarado mis mejillas, ni el acero en que continuos peligros habian tornado mis nervios.

Obedecí las órdenes del coronel con la misma serenidad y sangre fria que si nada hubiese sucedido. Llené todos mis deberes con la precision que acostumbraba: ni estaba trémula mi mano, ni débiles mis miembros; pero no podia mi lengua pronunciar una palabra. Al venir hácia mí mis camaradas se paraban repentinamente y cambiaban de direccion; los desconocidos me miraban con asombro, como si en mí vieran alguna temerosa señal. Fuí, por decirlo así, arrancado de mí mismo. Estaba ya en otra existencia, estaba ya en el infierno.

A la mañana siguiente tuvimos una escaramuza en que recibí esta herida en la rodilla. Poco después me mandaron volver á Inglaterra con otros heridos. Desembarcamos en Portsmouth, y me dirigí sin detenerme á mi pueblo nativo; pero en ello ni tuve voluntad ni eleccion; una invisible cadena me rodeaba, arrastrándome irresistiblemente. Hice alto á menudo, deseando cambiar de ruta; pero el destino parecia oprimirme obligándome á continuar, y atraíame tambien el encanto de antiguas y queridas memorias, y el deseo de visitar aquellos lugares que ya habian para mí perdido toda su santidad y su inocencia.

Habia sido el dia bochornoso: el sol bajó al ocaso con turbio lustre, y era el aire de la noche húmedo, caliente y opresivo. Pesaba con gravedad sobre el alma y el cuerpo al mismo tiempo. Yo venia cojo de mi herida; la jornada habia sido ya demasiado larga para lo que yo podia resistir; sin embargo, perseveré en mi intento, porque deseaba verme en la casa de mi padre. Yo creia que si pudiese llegar á ella sentiria templarse el ardor que abrasaba mis entrañas.

Durante mi ausencia en las Indias se habia abierto el camino nuevo que atraviesa el pueblo. Llegué á él cuando ya habia cerrado la noche; una noche bochornosa, muda, sin brisas, sin estrellas, mal sana y tenebrosa. Los objetos, que aun retenian sus formas, en planos mas negros que la oscuridad general, parecian al pasar yo por junto á sus bultos que los animasen inteligencias misteriosas, con las cuales habria comunicado mi espíritu á no impedirlo el terror.

Mientras quedé helado bajo la influencia de esta temerosa fantasía, descubrí una luz pálida, triste y que no alumbraba á corta distancia de mis ojos. No era de fuego, lámpara ni antorcha, ni era llama tampoco, aunque lo figuraba. Me pareció al principio el reflejo de alguna oculta luz, y marché hácia ella con la esperanza de hallar alguna choza ó venta en donde descansar. Avancé pues, y vi estenderse la forma de la luz, pero sin que adquiriesen mas brillantez sus rayos; y el horror que sentí al descubrirla, y que se habia ya mitigado, se apoderó de mí con redoblada violencia. Me lancé al frente con intrepidez, mas pronto hice alto. La luz estaba suspendida en el aire, y al acercarme empezó á tomar la apariencia de un espectro.—Pude discernir en ella el perfil de una cabeza y las líneas espantosas de una informe anatomía. Quedé clavado al punto donde me hallaba, porque pensé descubrir detrás de la vision un vasto y tenebroso cuerpo que la tenia en la mano. En aquel instante dijo una voz: «Ese es el espectro de Windaw el asesino. Sus huesos relumbran así con frecuencia en las noches húmedas del verano. De este modo se supone que hará la confesion de su crímen, pues murió inconfeso y protestando su inocencia.»—La persona que me dirigió estas palabras fué, señor juez, vuestro guarda-bosque, y el suceso que os he referido, la causa de suplicarle que me guiase á vuestra presencia.

LA ARISTOCRACIA EN VENECIA.

Somos otros tantos reyes. (*Divisa del* Consejo de los Diez.)—Recibid de mi mano este anillo en señal del imperio de la mar; vos y vuestros sucesores desposaos con ella todos los años, para que en cualquier tiempo se entienda que debe estar sumisa á vuestra república, como la esposa á su esposo. (*Palabras del* Papa Alejandro III *al* Dux Sebastiani.)

I.

Al principio del siglo XVI, siendo dux Agustin Barbarigo, Venecia, la *dominante* y la *bella*, la *ciudad de oro* de Petrarca, Venecia creyó ver su fin repentino: el terremoto la conmovió de una manera terrible, y la sacudió por largo espacio sobre sus arenas. Furioso el Adriático invadió la laguna, precipitóse la mar por los canales, el fuego del cielo y la pólvora estallaron. Aquí la tempestad, allí el incendio; en todas partes, subterráneas convulsiones. Buques cargados de plata fuéron á pique; se voló el arsenal en medio de mil llamas; los archivos se disiparon en cenizas; los templos, los palacios, se desplomaban; vacilaban las calles, las plazas y los puentes; la señoría, el senado, el pueblo huyendo de los escombros, flotaban sobre las endebles góndolas; apareció la república suspendida sobre la cima de las olas en el seno de su náufraga ciudad. Entonces fué, en medio de su gloria, en aquel magnífico desastre, cuando Venecia debió perecer! Ya que ahora se consume miserablemente, supuesto que el mejor dia veremos abismarse y desaparecer con ignominia aquella soberbia Palmira de las aguas, que va hundiéndose en las arenas, y vuelve poco á poco al seno de la mar; sombra fatal que no se proyectará mucho tiempo sobre el golfo; triste ruina que ni aun tendrá la duracion de las ruinas; aniquilacion curiosa y pintoresca que con fervor se disputan los poetas, los novelistas y los anticuarios!...

Si es esta una de las enseñanzas de la historia, una profunda y merecida catástrofe, ¿qué habia pues hecho Venecia para caer desde tan alto? ¿Cuál fué el genio y cuál el crímen de aquella única aristocracia para pasar por tantas vicisitudes y violentos ejemplares, solo por haber llenado con su nombre la Europa y el Oriente, por haber agotado durante 700 años todos los géneros de esplendor y grandeza, la política, la guerra, el comercio, las artes? ¡No ser ya nada mas que, para los unos objeto de desprecio y lástima, para los otros peregrino espectáculo de potencia gastada y cubierta de ignominia, espléndidos harapos salpicados de manchas, hermosos restos deshonrados que sus dueños conservan y enseñan á los curiosos por vanidad ó por especulacion! Abracemos pues el conjunto de aquella gloriosa y lamentable historia; agrupemos aquellos maravillosos contrastes, y comprenderemos mejor la legítima causa y razon de los hechos. Lo pasado en un pueblo, es en resúmen la sancion mas augusta y el mas terminante anatema de sus leyes. Son las constituciones responsables de todo cuanto acaece á los Estados que por ellas se rigen; la historia pronuncia su sentencia.

La comun condicion de las cosas grandes, y lo que mas honor las hace, es el haber tenido pequeños principios; porque se las ve nacer de sí mismas. En este caso está Venecia.

En el ángulo occidental del golfo Adriático se forma la *Laguna*, estendiéndose por un espacio de treinta millas de latitud. Aquello no es ni mar ni tierra, sino un dudoso elemento; un inmenso vacío erizado y movible, un archipiélago de fangos y arenales. Es el golfo cegado insensiblemente en aquella parte por los depósitos de veinte rios hinchados con las lluvias; por el légamo y las piedras rodadizas que en él se precipitan á un tiempo, y allí hace siglos que amontonan sus capas negras y borrascosas. En efecto, aquella parte del golfo de Oriente á Poniente, desde Friul á la Polesina, sirve de embocadura al Lizongo, al Tagliamento, al Piáva, al Muzon, al Brenta, al Bacchiglione, al Adige, al Pó, y como aquellas corrientes de Oeste á Norte chocan con las opuestas, y con el viento de Mediodía, el cieno y cuantos destrozos arrastran en su curso, refluyen á la playa, formando bancos que de trecho en trecho se levantan en alta mar. De aquí los pantanos de la costa; mas lejos aquellas mirriadas de islotes que se entrelazan en forma de laberintos, y mas lejos todavía aquel hanco oval donde una cadena de largas islas, Malamoco y Palestrino, Chioza y Grado que casi tocan con sus estremidades al continente, contornan la cuenca de la Laguna y la sirven de dique natural.

Este continente marítimo, esta playa de arena y agua salada, sin vegetacion ni cultura, sin materiales ni cimientos, donde vive y se agita sobre ligeros barcos una reducida poblacion de pescadores y de pilotos mercantes, de costeños y corredores de la Lombardía y de la Romagna, de la Istria y de la Dalmacia, era en otro tiempo la *Venetia secunda* de los romanos, dependencia de Pádua, ciudad dominante de la *Venetia prima*, ó Venecia de tierra firme. ¿Distinguís en el centro de la laguna un grupo de sesenta islotes, y entre ellos á Rialto, que es el mas elevado de todos? Pues allí, después de la invasion de Alarico, el año 421, el Senado de Pádua decreta la fundacion de una ciudad, sombra de ciudad gobernada por cónsules, y que algun dia servirá de refugio á la madre pátria contra el hierro y el fuego de los bárbaros! ¡Prevision acertada! Treinta años después Atila pasaba por encima de Venecia, y los senadores de Pádua, los patricios y los adinerados de tierra firme, no tenian otros hermanos mas que los humildes habitantes de la laguna, ni otro abrigo sino el de aquellas miserables chozas de la mar esparcidas por su superficie y agrupadas á Rialto. La desgracia, el interés, la necesidad, formaron en un principio el mas puro contrato social en aquella nueva Venecia, que sobrevivia ó reemplazaba á la primera.

Estableciéronse la concordia y la igualdad entre los grandes y los pequeños reunidos sobre las mismas arenas. Una jóven democracia marítima nacida de aquellas islas juntas entre sí, y confederadas bajo la direccion de sus tribunos. El heredero del imperio romano, el poderoso Theodorico, las necesitaba, y por eso las atendia; su ministro Casiodoro, para lograr la conduccion de aceite y de vino á Rávena, las escribe en estos términos lisonjeros: «Entre vosotros el pobre es igual al rico. Vuestras casas son uniformes; no existe diferencia de condiciones; no hay rivalidad entre vuestros ciudadanos. Vuestras salinas os sirven de campos; de la sal no puede prescindirse, como en un caso se prescinde del oro... A manera de las acuáticas aves, habeis dispersado vuestras habitaciones por la superficie del mar... El mar es vuestra patria... Cuando vuestras barcas se presentan á lo lejos, parece que van deslizándose por entre las praderas...»

Rialto, aldea mezquina que algun dia será Venecia, imperceptible islote perdido en la laguna, vejetó mucho tiempo en medio de aquella Venecia marítima en que brillaban Grado, Concordia, Griodo, Eraclea y Malamoco. Poca parte tiene en los primeros hechos memorables de la laguna, bien sea en la guerra con los piratas esclavones, é interdiccion de la mar á las antiguas metrópolis de tierra firme, ó ya en la revolucion interior que sustituyó el poder único de un dux al gobierno de los doce tribunos, ni en las relaciones de comercio entabladas en la Grecia con el Asia y con el Egipto, ni últimamente en la proteccion conocida al exarcado y á la dignidad pontificia amenazada por los lombardos. En la época de aquella tercera invasion que cayó sobre la Italia, Grado fué la que obtuvo la silla del patriarca ortodoxo de Aquilea; el delegado del emperador de Oriente y el jefe de la iglesia encuentran un asilo en Heraclea: esta y Malamoso hicieron suyo el honor de ser la residencia del ducado y el centro de la república. Rialto no hace mas que acoger por segunda vez á los fugitivos de Pádua.

Pero cuando Pipino, hijo de Carlo Magno y rey de Italia, consiguió destruir á Heraclea, tomó á Chiozza y Palestrina, sitió á Malamoco y amenazó á toda la Venecia con una completa destruccion ó servidumbre, Rialto fué el atrincheramiento postrero é inespugnable de la república: se hizo cabeza y asiento de ella, y trató con Carlo Magno. Desde este momento ya no hay islas rivales; no hay confederacion ni Venecia: solo existe una soberanía y una ciudad en la laguna: esta es Rialto, que se apropia el nombre del estado entero y se llama Venecia. Engrandecióse y mudó de forma con aquella nueva fortuna que le cupo hácia los años de 809: un mismo recinto encierra, y numerosos puentes unen los 60 islotes en cuyo centro está colocada, delinéase una gran plaza; un palacio ducal, y una iglesia mayor se levanta; Rialto se ha trasformado en un puente; la ciudad es Venecia, y su fundador Angel Participazio, ciudadano de Heracléa y XVII dux.

(Continuará.)

LA ELECCION DE MARIDO.

¡Ojo alerta, muchachas! Voy á hablaros
De un asunto que á todas interesa
En esta era de *pollos* y de *gallos*
En que hallar un marido es cuestion seria.
Os recomiendo la siguiente historia,
Que aunque de ingenio y de valer carezca,
Servir podrá de aviso á mas de cuatro
De esas que en bodas, por su mal, comercian...
Hubo allá en un lugar cierta hermosura
Que tuvo los amantes á docenas,
Y por tanto pensar sobre su boda
Estuvo á pique de morir soltera.
Apenas los tres lustros contaria,
Que empuñando la fama su trompeta,
Publicó por los pueblos inmediatos
Las gracias de esta ingrata *Dulcinea*.
Ardiendo en amorosas pretensiones
Todo hidalgo su mano la presenta;
Y de enlace tan noble y ventajoso
Se ocupa el pueblo y la provincia entera.
Llegan á los oidos de la niña
De amante apasionado tristes quejas,
Y á pesar que su pecho no es de mármol,
Un «no ha lugar» á cada amor decreta.
Consúltala su padre sobre el caso,
Háblala de cuestion tan grave y seria;
Y ella al *sentir de amor la eterna llama*
Busca que responder en la aritmética...
Fórmase un gran consejo de familia
Que discuta el asunto en sesion plena;
Y en bandos se divide este congreso
Como todos los que hay sobre la tierra...
Quien aboga en favor de un Don Segundo,
Que puede competir en su nobleza
Con los mas distinguidos alemanes
Aunque hermano segundo solo sea...
Otros votan en pró de un Don Alejo,
El bárbaro mayor que vió su aldea,
Mayorazgo tan rico como estúpido
Que consume y malrota sus haciendas.
La madre que hasta entonces ha callado,
Pide al fin la palabra, y muy resuelta
Propone para esposo de la niña
Un *pollo* de sesenta primaveras
Que, segun los informes que ha tomado,
Reune cualidades estupendas
Adornadas *de añejas peluconas*...
(Que onzas de oro podrá llamar cualquiera.)
«¡Cómo! gritó su padre, no en mis dias
»Habrá de dar su mano, mi hija Elena,
»A esposo de tan negra catadura
»Por mas que en oro su persona envuelva.
»Casaráse primero con Juanillo,
»El mas pobre colono de mis tierras,
»Que tolere yo que una de mi raza
»A cambio de oro su corazon venda...»
Síguense mil disputas y camorras
Que la paz del lugar toda la alteran,
Y después de reñidas discusiones
Memoriales sin cuento se desechan.
Vence al fin el mas fuerte, y elegido
¿Quién se cree que fué? ¡Oh suerte adversa!
El mas malo de todos; porque al cabo
Muger que mucho elige, mucho yerra,
Y mas si dice al corazon que calle
Para escuchar tan solo á la cabeza...

El Baron de ILLESCAS.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario é Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra.



HISTORIA DE LA LITOGRAFIA.

INVENCION DE LA LITOGRAFÍA.—EL ASTROLABIO EN 1580.—EL ABATE SCHMIDT Y ALOYS SENEFELDER.—LA LITOGRAFÍA APLICADA AL ARTE POR EL PROFESOR MITTERER.—SU INTRODUCCION EN FRANCIA.

En el pueblo de Solenhofen, cerca de Munich, hay una cantera de piedra caliza, cuyo grano de color amarillento es fino y poco poroso como el del mármol, siendo muy susceptible de reducirlo á pedazos planos, circunstancia que la hace mas recomendable aun. Esta mina se esplota en el pais desde tiempo inmemorial, y el pavimento de muchas casas y mezquitas del Oriente es de esta preciosa piedra.

Su naturaleza química, que es un compuesto de carbonato de cal, de silice, de alumbre y de óxido de hierro, la hace igualmente penetrable á los cuerpos grasientos, al agua y á aquellos ácidos que unidos como el ácido cítrico y ácido hidro-cloro, la atacan vivamente y la descomponen; pero estos agentes no surten el mismo efecto con los cuerpos grasientos, porque se cubre de grasa una parte de la piedra, y la protege contra la accion corrosiva. Conocidas ya estas propiedades en el siglo XVI, dieron la idea de esta útil medida para ejecutar los dibujos, haciéndola picar con agua fuerte, á la manera de nuestros grabados.

En Munich hay muchas piedras trabajadas en diversas épocas por este procedimiento, contándose tambien un astrolabio que data de 1580, espuesto en el Museo de la escuela gratuita de dibujo.

En los últimos años del siglo XVIII, el abate Schmidt, profesor de la escuela de *segundones*, empezó á hacer por este medio varias pruebas en presencia de sus discípulos. Es fácil conocer que estas planchas

no se diferencian de los grabados sobre boj mas que en la materia y en los procedimientos de ejecucion. De este modo es como se comprende hoy la litografía.

Por la misma época vegetaba en el teatro un pobre cantor, que sintiendo en su cerebro los destellos de fuego poético, resolvió aprovechar los beneficios de autor dramático con los pequeños ahorros que le habia proporcionado el canto. Para ello compuso varias piezas que no alcanzaron un éxito muy feliz. Como todos los autores que presencian el mal resultado de sus producciones, protestó del mal gusto de sus contemporáneos, y dijo que la posteridad le haria justicia. Ningun editor quiso admitir las obras del pobre Aloys Senefelder, y él mismo tuvo que suplir la mala voluntad de los libreros, convirtiéndose en editor de sus producciones del mismo modo que lo hizo Franklin. Pero aun así tuvo que luchar con grandes y nuevas dificultades: Senefelder no era tipógrafo como el autor del *Buen Ricardo*, ni tenia caractéres, ni prensa, ni dinero con que comprarlo. Para suplir al primer y principal objeto, pensó en grabar las letras en una lámina de boj. Si Senefelder hubiese sabido grabar, habria vuelto á hacer mas ensayos en este mismo método como Guttemberg y Fuster: su ignorancia le preservó de dar esta segunda edicion del orígen de la imprenta; pero debió producirla bajo una nueva forma.

Después de mil proyectos y mil ensayos inútiles, volvió á comprar con sus primeros fondos una plancha de cobre, sobre la que hizo grabar, por medio del agua fuerte, muchas páginas de su obra, que tiró en una prensa improvisada, páginas que levantaba y borraba luego para dar lugar á otras nuevas. Este procedimiento tan sumamente sencillo era del todo nuevo; pero la dificultad estaba en que Senefelder, tan estraño al arte de escribir al revés y de hacer picar una plancha con el punzon de acero, se vió obligado á dar principio á su aprendizaje. Los numerosos ensayos que tuvo que hacer redujeron necesariamente el grueso de la plancha, y él se desesperaba viendo que no podia reemplazarla, porque tenia que dedicar largo tiempo á escribir. La indigencia del editor conspiraba siempre contra la gloria del autor.

Estos tormentos de la miseria, que ordinariamente matan la imaginacion, fueron causa de que por el cerebro de Senefelder cruzara una idea luminosa. La piedra de las canteras de Solenhofen, que él pisaba todos los dias, cuyo grano era tan fino y cuya superficie tan tersa, ¿no podrá reemplazar al cobre para sus ensayos? Se puso á trabajar con ahinco sobre una baldosa delgada, y vió que su ocupacion no era costosa. Abandonó la plancha de cobre, y la sustituyó con una modesta piedra de Solenhofen, preparando así una especie de revolucion.

Nadie podia presagiar entonces el porvenir artístico é industrial que se iba á obrar. Senefelder hacia diariamente ensayos de escritura al revés, sirviéndose para ello de una pluma de acero, en lugar de la punta del buril del grabador, y cubriendo para economía su piedra con una tinta grasienta jabonosa en lugar del barniz. Pero un dia esta piedra muy pulimentada llegó á ponerse blanca: era uno de esos dias que el libro del destino señala de color encarnado, y aunque menos poético, era de felices consecuencias para Senefelder. No teniendo un pedazo de papel blanco á su disposicion para escribir lo que de repente se le ocurria, pudo adquirir un *Krentzer* para comprar una hoja.

Falto de medios, escribe la nota con su tinta grasienta sobre el estremo de su piedra para copiarla mas tarde.

Apenas concluye de hacerlo, cuando guiado por una súbita inspiracion, se pregunta si por casualidad el ácido de que él se servia para hacer picar el cobre, y que debe respetar su tinta grasienta tan bien como el barniz para grabar, no tendrá sobre la sustancia de la piedra desnuda bastante accion para dar á los caractéres trazados por la pluma un relieve suficiente que permita tirar las pruebas de impresion. No se habia hecho ilusiones. Las partes desnudas de la piedra, descompuestas por el ácido, se hallaban demasiado gastadas para dejar á las partes protegidas por la tinta mas espacio que el grueso de una carta de juego. No pretendia mas que hallar el medio de dar tinta sin pringar los caractéres. Un sombrerillo plano sustituido después de una multitud de ensayos infructuosos por las almohadillas que usaban los impresores tipógrafos, llenó completamente sus deseos.

Tenemos ya á Senefelder que llega después de muchísimo trabajo y paciencia á dar los primeros pasos en la litografía; es decir, que va un poco mas adelante de cuando él proyectaba hacer con una regla las líneas preparadas, de modo que formaran palabras compuestas. Pero este medio estaba ya para conseguirle, y por esto no pidió á su ingenio nada demás. Si el punto de partida se halla igual para las dos artes, las dos rutas que emprenden las conducen á dos objetos bien diferentes.

Senefelder estaba en completo acuerdo con el abate Schmidt; pero el procedimiento inventado por este profesor permanecia demasiado inerte en sus manos. Senefelder, dotado de un espíritu activo y emprendedor, aguijoneado por el deseo de su gloria de autor y por las necesidades de la indigencia, apresuró los medios de su feliz descubrimiento, cuyo provecho, segun ordinariamente sucede, no debia servir de recompensa al inventor.

Los detalles de todos los trabajos que Senefelder ensayó frecuentemente para sacar de su invencion todo el partido que se prometia y la impresion económica de sus obras, ofrecen poco interés para nuestros lectores. No importa mucho mas saber cuántas formas de sombrerillos fuéron sucesivamente inventados y desechados, cuántas modificaciones se hicieron en las combinaciones de prensas para imprimir, usando el grabado en dulce y la tipografía; pues los accidentes y las causas de desaliento, agravadas casi siempre por la angustia, se multiplicaban y se sucedian sin cansar nunca la perseverancia de Senefelder. Esto sucedia en 1798, en que el procedimiento de la *impresion química sobre piedra* (primer nombre que se dió á la litografía) empezó á tomar tan buen aspecto, que mereció fijar la atencion pública, dando lugar á que se creara un establecimiento que empezó á sentir bien pronto las revoluciones de la fortuna. En 1799, Senefelder se asoció á un músico compositor llamado Gleisner, alcanzando del rey un privilegio por diez años para usarle en toda la Baviera.

En 1800 formó una segunda sociedad en Offenbach con los tres hermanos Andrés, y todos cuatro se propusieron estender por París, Londres, Viena y Berlin el conocimiento de este nuevo arte; pero obtuvieron mal resultado en las dos primeras ciudades, y en París los hermanos Pleyel hicieron tambien algunos ensayos desgraciados.

Dos años mas tarde volvió á ensayar una nueva tentativa Andrés de Offenbach en París con el mismo resultado que los anteriores; hasta que Andrés vendió el secreto del procedimiento á Choron, célebre fundador de la escuela de música sagrada, y á Mr. Baltard, tan hábil grabador como arquitecto distinguido; pero ni uno ni otro supieron sacar el partido que se debia.

En 1804 un discípulo infiel de Senefelder publicó lo poco que sabia del secreto de la invencion; pero fué bastante para que lo esplotara muy útilmente la escuela de dibujo de Munich, siendo necesario que dicha escuela apelara á los hermanos de Senefelder para que completáran las imperfectas nociones dadas por el tránsfuga.

Un profesor lleno de celo entrevió desde luego, aunque confusamente, el partido que se podia sacar para la enseñanza del dibujo del nuevo descubrimiento atrasado por las preocupaciones de su autor, acerca de la impresion de la escritura y de la música. El laboratorio de química de la escuela proporcionó al innovador los medios de multiplicar los esperimentos por medio de la composicion de su lápiz y la preparacion de las piedras; saliendo de aquí los primeros modelos para el dibujo á lápiz ejecutado por el lápiz mismo. Esta vez la *impresion química* ha sido conquistada por el arte; la litografía es realmente inventada, y el nombre del profesor Mitterer debe en buena justicia hallarse escrito por el reconocimiento público al lado del de Senefelder.

Es demasiado notable que las dos fases principales de la litografía han tenido lugar en la misma ciudad, en Munich. Si Senefelder hubiera concebido su primera idea lejos de la abundante cantera de Solenhofen, donde toda la piedra reunia las cualidades químicas mas superiores que exige la litografía, es casi seguro que la invencion no hubiera logrado por entonces resultado alguno, aunque la imprenta tipográfica pudo ser inventada lo mismo en Alemania que en cualquiera otro país de Europa.

En la escuela de dibujo de Munich se hicieron dos modelos al lápiz, y en un establecimiento formado en 1806 por el baron de Cotta, se sacó del grabado en dulce el primer tratado que ha aparecido sobre la litografía, que fué sumamente útil para la propagacion del nuevo arte.

Durante este tiempo Senefelder se ensayaba en aplicar la litografía á la impresion de las telas; pero no sacó resultado alguno por los acontecimientos políticos que tuvieron lugar en aquella época. Viendo que en todas partes se le hacian usurpaciones y que su privilegio era un dique impotente contra los competidores, se resolvió á formar sociedad con el baron Aletin.

Sucedióle poco tiempo después M. Mannlich, director del museo, y bajo sus auspicios apareció la primera obra verdaderamente artística que la litografía ha dado á luz; esta obra es una coleccion de *fac-símiles* de dibujos de Rafael, Miguel Angel, Alberto Durer, y otros grandes maestros, que forman parte del gabinete del rey de Baviera. Estos *fac-símile*, obra de dos artistas bávaros, MM. Strixner y Pilotti, han sido ejecutados como los originales.

El nuevo arte se estendió por Italia é Inglaterra, recibiendo el nombre de *polyantografía*; pero en Francia no mereció aceptacion alguna. Denon, director del Museo Imperial, y el general Lejeune, habian aprovechado la ocasion de la célebre campaña de 1807 para adquirir todos los conocimientos sobre la litografía. Un artista llamado Lomet fué mas lejos aun, pues trasportó á París una plancha ejecutada por él mismo en Munich. La prueba no pudo ser mas concluyente;

pero nada pudo vencer las prevenciones de un gobierno receloso, que temiendo la influencia que conocia iba á ejercer la litografia, veia el medio que proporcionaba este arte para establecer y aumentar las imprentas clandestinas. Mannlich solicitó la autorizacion en 1810; pero como Andrés Offenbach, luchó con mil inconvenientes sin resultado alguno.

A fines de 1814, G. Engelmann introdujo definitivamente la litografia en Francia por la fundacion de su establecimiento Mulkonse, de donde salieron producciones tan notables, que lograron fijar la atencion de la Sociedad de Fomento.

En 1816 y 1817 creció tanto su crédito en Paris, que no bastando el establecimiento de Mulkouse, se formó otro fundado por uno de los hombres mas respetables de aquel tiempo, el conde de Lasteyrie, que habia estudiado la litografia en Alemania el año de 1812.

ESTADO DE ESPAÑA

EN LOS PRIMEROS AÑOS DEL REINADO DE FELIPE II,

SEGUN VARIOS HISTORIADORES Y ECONOMISTAS ANTIGUOS,

POR D. FLORENCIO JANER.

Como pasatiempo histórico vamos á describir el estado de España en los primeros años del reinado de Felipe II, sin que por esto suscribamos nosotros á la opinion algun tanto exagerada de los economistas é historiadores antiguos, de quienes tomamos los siguientes curiosos datos.

Como una de las causas principales de la decadencia de nuestra España, debe figurar en primera línea la falta del don de consejo, segun los economistas del siglo XVII; pues si le poseyera, con los dones que ha prodigado la naturaleza sobre su suelo, se bastára á sí misma para sobresalir en labranza, en industria y en comercio, y se bastára tambien para, con estas dotes riquísimas, señorear con inmenso poderío las demás naciones del orbe. Aparte de la posicion geográfica de la península, que ha merecido ser llamada por los escritores antiguos *principio y cabeza de todas las regiones del mundo*, parece que la naturaleza se complació en cubrirla de un clima suave, y hermanar en su seno los productos tanto de la zona templada, como de la mas ardiente. Nada hay tan halagüeño como el hermoso, sereno y despejado cielo, y la variedad climatérica de este país, pues encierra elevadísimas montañas cubiertas la mayor parte del año de heladas nieves, fértiles campiñas y terrenos estériles, ardientes costas marítimas, llanuras templadas, tierras áridas y secas casi siempre, y otras cubiertas de verdor constantemente y regadas por un sin fin de rios y riachuelos. Diversas y escarpadas cordilleras de montañas recorren la España en diferentes direcciones, formando entre sus ramificaciones, y entre sus caprichosas vertientes, cuencas fertilísimas mas ó menos dilatadas, angostos desfiladeros, estrechos y profundos valles, entre los cuales unas veces casi ocultos por la vejetacion, y otras veces descubiertos, corren un considerable número de vivificadores arroyos. Seis rios principales van diseminando en distintas direcciones sus cristalinas aguas, hasta que se ocultan en el mar; y las ensenadas, bahías y puertos de las costas, bravas y peñascosas en algunos lugares, ofrecen ansiado y seguro asilo á los navegantes. Todo género de granos y ganados, cuyas lanas son de las mas estimadas del mundo, las mejores frutas y legumbres, y los vinos mas esquisitos se cogen en la peninsula. Abunda igualmente de arroz, aceite, almendra, azúcar, miel, azafran, cáñamo, lino, seda, algodon, sosa, barrilla, corcho y multitud de plantas medicinales; y sus montes suministran maderas de construccion y mucha caza, y sus dilatadas riberas sabrosa y abundante pesca. Minas de toda clase de metales, como oro, plata, mercurio, cobalto, cobre, plomo, estaño, hierro, piedras preciosas, carbon de piedra y otros minerales, completan los productos de un suelo cuya riqueza y fertilidad han escitado siempre la envidia y la codicia de los estranjeros.

A tan natural y espontánea prosperidad uníase á mediados del siglo XVI la preponderancia que daba á la nacion española el gran poderío, y la respetable estension de sus dominios. Al heredar Felipe II en 1556 el trono de su padre el emperador Carlos V, pudo contemplarse soberano el mas poderoso de toda la cristiandad, y aun idear con una monarquía pujante, indivisa y briosa, el logro de la tan decantada monarquía universal. Castilla, Aragon y Navarra en la península, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Milan, el Rosellon, los Paises Bajos y el Franco-Condado, las provincias de Túnez y de Oran, y las islas de Fernando Pó, de Anobon y de Santa Elena, en las costas occidentales del Africa, le constituian ya de por sí el rey preponderante; cuando no los reinos de Méjico y del Perú, las islas de Cuba, de Santo Domingo, Martinica, Guadalupe y Jamaica, las provincias de Tierra-Firme, Nueva-Granada y Chile, Paraguay y Buenos Aires, y aun después las islas Filipinas, le enriquecian con continuos raudales de oro y de plata, y le aseguraban su corona con un manantial perenne de preciosidades.

Sus escuadras, ya poderosas de por sí desde el reinado de los Reyes Católicos, engrosáronse sobremanera con su enlace con María Tudor, quien le puso á su disposicion ejércitos y armadas inglesas, y tanto con ellas como con la pericia consumada de antiguos capitanes, conservaba fácilmente todos sus dominios, sin tener que recurrir al pavoroso medio de las armas. Estas, puestas al mando de hombres esclarecidos, como Filiberto Manuel, el jóven D. Juan de Austria, el duque de Alba, el príncipe de Parma, y otros, descollaban en todas partes por su invencible valor, heredado al par de sus banderas desde el inolvidable tiempo del Gran Capitan; y la proverbial gallardía de las tropas campeaba y merecia siempre buen lugar entre tantas naciones de idiomas, usos y costumbres diferentes. No menos debia Felipe II un afianzamiento de su corona tan envidiable al poderoso brio de sus ejércitos y de sus armadas, que al cabal desempeño de la política de los vireyes de Nápoles, de Sicilia, de Cerdeña, de Méjico y del Perú, y de los gobernadores del Milanés, del Franco-Condado y de los Paises Bajos; pues personas todas escogidas y de su entera confianza le mantenian adictos aquellos estados, ya fuese por medios hidalgos, sin desafuero alguno, ya recurriendo á lo que marcara la ley, cuando se cometia algun desacato.

Al par del poderío de los ejércitos de Felipe, que cubrian de armas españolas y asalariadas á la Península, las mejores regiones del orbe, y al par de sus soberbias escuadras, que enseñoreaban ambos mares, sin contar con las divisiones de naves de guerra que amparaban y vigilaban las costas de Galicia y de Guipúzcoa, de Nápoles, Sicilia, estrechos de Gibraltar y de Calais y aguas de los Paises Bajos, corrian parejas la prosperidad interior de España, su agricultura, su industria y su comercio.

Cual si descansara la España en lozano y rico florecimiento despues de un reinado de los mas famosos, y cual si se preparara á comenzar el de Felipe II, que debia ser no menos famoso, así hablan algunos historiadores de aquellos años, presentando la Península en un estado el mas venturoso y placentero. La honrosa labranza hallábase en todas partes apreciada cual nunca se habia visto. Afanábanse en ella multitud de robustos brazos, y presentaba el suelo la fertilidad y opulencia mas amenas. Las Asturias y las Provincias Vascongadas verdeaban contínuamente con vistosas praderas, donde apacentaban libremente numerosos rebaños. Aragon y ambas Castillas presentaban doradas y riquísimas mieses, y por la industriosa Cataluña y las Andalucías, siguiendo por las costas de Almería, Málaga y hasta Tarifa, brindaban los mas incomparables dones de la naturaleza. Las márgenes del Guadalquivir, del Duero y del Ebro son las que aprontaban casi espontáneamente los sustentos mas sabrosos y delicados. Nada se echaba de menos: el vino y el aceite se cogian en abundancia, lo mismo que toda clase de frutas, miel y cera, lino, cáñamo, algodon, avena y demás cereales. La esportacion de tan variados productos se hacia por medio de los numerosos puertos que rodean la Península, y algunos rios franqueaban el rumbo á barquichuelos mercantes hasta el interior de las provincias. Entre todas descollaba la vega de Granada, perpétuo verjel, cuajado de estanques y atarjeas, que repartian el agua por todas partes, merced á la actividad de la raza arábiga, cimentada en muy crecido número por aquellas campiñas, y cuya rara habilidad agrícola cultivaba hasta las cumbres de los cerros mas tajados y mas escabrosos de las Alpujarras. Allá en la cresta mas empinada de los montes aparecia la vid y el olivo, y lo mismo sucedia en muchos puntos de Cataluña y de Valencia; pues si era preciso para aprovechar un palmo de terreno, ayudábanse de garfios y de cuerdas para subir á labrar el sitio vedado de pisar al mas ligero gamo, y luego en concluyendo dejábanse caer en brazos de sus compañeros. Peregrino tambien era el sistema de riego de la huerta de Valencia, planteado por la morisma, pues un sin número de acequias y canalejas la regaban con simetría y en todas sus partes. Bastábase en fin á sí misma la España, y aun sobrabán holgadamente sus productos naturales para ser enviados á mil diversos y remotos paises.

Otro tanto sucedia con la industria y con el comercio. Asaz nombradía gozaban los cueros, paños y sederías de Toledo, Cuenca, Ciudad-Real, Segovia, Granada, Córdoba, Sevilla y Baeza. Avila y Medina del Campo competian igualmente con las fábricas de paños, de cuyo artículo abastecian casi toda la Europa. Barcelona enviaba sus tejidos á Nápoles, Sicila, y hasta á Egipto, surtiendo por medio de sus atrevidas naves mercantes de trigo, sal, vino, especias, madera, y aun hierro, acero y plomo, á un sin número de paises estranjeros, sobre todo hácia las comarcas de Levante. Los paños de Cuenca, Huete, Segovia, Villacastin y otras ciudades, los arneses y tafiletes dorados de Córdoba, las sedas crudas y labradas de Granada, las hojas toledanas, los cueros y los bordados de seda, oro y plata de Toledo, las especias de Valencia, Ocaña y Lisboa, en fin, todas las manufac-

turas y productos de España, eran objeto de un animado tráfico en las nombradas ferias de Burgos, de Valladolid, de Medina del Campo y de Medina de Rioseco. Sobre todo, en la de Medina del Campo atravesábanse intereses muy crecidos por medio de monedas, barras de plata y oro, y gran número de letras de cambio. Hubo feria en que se asegura haber importado los negocios del comercio cincuenta y tres mil millones de maravedises, que son tanto como unos veinticinco mil millones de reales. Eran aquellas grandiosas ferias el emporio de la industria y del comercio, no solo de España, sino de otros paises, pues tampoco faltaban entre variados artículos, túnicas, alfombras y ricos tejidos de Siria y de Berbería, cera, papel y mercerías de Francia y de Flandes. Hablando de la de Medina del Campo, dice un escritor de aquellos tiempos (1): «En esta villa se hacen en cada un año dos ferias de las principales de España, donde concurren muy gran número de gentes, así de España como de fuera de ella. Es ver en este tiempo las casas, calles y plazas de esta villa, cosa muy de notar, con tantas gentes, tratos y mercaderías. Para aquí se hacen las libranzas de pagas, y se hacen los pagamentos de señores y mercaderes en muy grandes sumas. En tanta manera que el trato de Medina alcanza á todas partes de España, y aun á muchos de fuera de ella. Hay á la contina en esta villa muy grandes mercaderes que tienen tiendas muy ricas y abastadas de todas maneras y suertes de mercaderías... De sedas, paños, lienzos y otras cosas de trato, no se puede decir lo que en ella hay... Es tanta la fertilidad de esta villa, que siempre se halla próspera y rica.»

Completaba el cuadro tan halagüeño de la prosperidad española en aquellos años el carácter siempre emprendedor de los habitantes de sus provincias, bañadas por el mar; pues bullian por las costas infinidad de naves mercantes, que desde los puntos de Cataluña y de Valencia, de Málaga, Sevilla y Cádiz, traginaban á Italia, al Africa y hasta á las Indias Orientales los productos de la península. La marina mercante española sobrepujaba á todas las del resto del continente, prosperando nuestros comerciantes en todos los mercados, desde Méjico, Perú, Lisboa y Berbería, hasta Venecia, Génova, Florencia, Nápoles y Milan, y aun en la misma Roma. Entre todas se alzaba Sevilla, cuya casa de moneda era famosisima. Ocupábanse en ella continuamente ciento y ochenta hombres batiendo moneda, y salian á todas horas recuas cargadas de oro y de plata amonedada, como si fuese cualquiera otra mercadería comun. «Son tantas las mercaderías que en esta ciudad entran y salen, dice Pedro de Medina, que renta la aduana donde se pagan los derechos del rey, con otros partidos, cuarenta cuentos cada año. Y otra aduana donde se pagan los derechos de solo lo de las Indias, renta cada año quince cuentos. Cárganse en esta ciudad, para solamente las Indias, mas de cien naos cada



(Iglesia de San Juan Bautista de Buitrago.)

año, de todas mercaderías, y la mayor parte de estas naos vuelven á ella cargadas de oro y plata y otras cosas.»

No solo era España la señora del mundo por su nombradía y riquezas y por sus poderosos ejércitos y armadas, sino que lo era tambien por la escelencia de sus artes sublimes y de su literatura, tanto amena y dramática, como histórica, filosófica y científica ó sábia. Tocó á la península en aquel entonces, así como habia tocado á Italia años antes, el señalar el rumbo á artes y ciencias, encumbrándose al par de las armas á lo sumo de la fama y de la brillantez, y compitieron tanto la conquista de Granada y el descubrimiento de un nuevo mundo durante el reinado de los Reyes Católicos, como las gigantescas empresas de Carlos V para abrir nueva senda y dar vuelo inmenso al númen nacional. Las victorias de los pendones castellanos facilitaron el trato de las gentes en tal manera, que los artistas, apocados dentro de la península, se lanzaron, una vez sabedores de las riquezas de Italia, á estudiar los portentos que guarda aquel país clásico de las bellas artes. Multitud de pintores, escultores y arquitectos trasmigraron en busca de perfeccion en sus diferentes talleres; pero vueltos á su patria, en vez de contentarse con el remedo frio de los modelos, condújoles su fantasía y el génio ardiente de la península á crear por sí solos, á remontarse originalmente, y en suma á intentar un renacimiento. En cuanto á la pintura, de las cuatro escuelas principales, sobresalieron luego la escuela Madrileña y la Sevillana, y la escultura y arquitectura se perfeccionaron de tal modo, que nos quedan verdaderos primores de aquella temporada por manos de Alfonso Becerril, Navarrete, Juan Bautista de Toledo y Herrera. Desempeñó este último con gran maestría la perfectísima y grandiosa obra del monasterio de San Lorenzo del Escorial, y es tanta la admiracion que causó á nacionales y á estranjeros, que aun hoy dia pasa por la octava maravilla del mundo. En cuanto á las letras, baste decir que florecieron por aquellos años muchos escritores, ya poetas, ya prosistas eminentes en toda clase de ciencias, entre los cuales merecen gran nota Hurtado de Mendoza, Oviedo, Las Casas, Lope de Rueda, Virnés, Fray Luis de Leon, Melchor Cano, Arias Montano, Antonio Agustin, y otros.

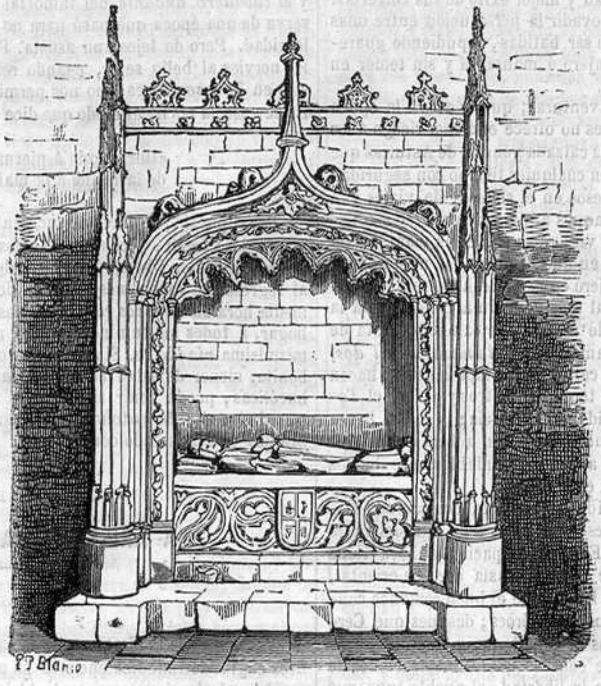
Mas difícil de bosquejar es el régimen político interior que siguió Felipe II luego de su advenimiento al trono, que no el estado de España en aquella época en agricultura y comercio, en armas, ciencias y artes; porque la nacion estaba dividida no tan solo bajo el concepto político, sino tambien bajo el religioso. Cada provincia debia considerarse como un pueblo diferente: discordaban en legislacion, en usos, trajes y costumbres, y sobre todo en el lenguaje que

(1) *Grandezas de España*, por Pedro Medina.

estrecha las relaciones por el afecto de la patria. Así es que uno de los mayores conatos de aquel monarca fué aunar la legislacion y las creencias en toda España, para cuya última empresa sirvióle muchísimo el tribunal de la Inquisicion. Castilla era la provincia donde estaba en mas vigor la potestad Real de todos los demás estados que formaban la monarquía española, y aun la presentaban hartos tropiezos los *procuradores en Cortes*, los *cabildos* y los *ayuntamientos*. La concentracion de todos los negocios de la península en diferentes consejos puso la administracion en manos del rey, que por lo regular providenciaba por medio de sus cédulas. Aragon, Cataluña, Navarra y las provincias Vascongadas presentaban mas obstáculo al Real albedrío con sus añejas regalías é instituciones democráticas; pues Valencia debia considerarse como aneja al reino de Aragon. Esta variedad de reinos, no menos que el inmenso número de judíos y moriscos que cuajaban las provincias meridionales de España, hacian desear una unidad política á Felipe II que, como su padre, ambicionaba redondear el vasallaje de la península entera, y abarcar cuanto le fuese posible de países estranjeros. Quiso que la herencia de sus padres fuese el centro de sus dominios, y el mas fuerte cimiento de todo el poderío que veia ya retratado allá en su mente: pero queria que fuese un centro y un cimiento grandiosos, desde donde pudiese como desde un sólio imperecedero mandar sus ejércitos y sus armadas á mil lejanos y diversos países, é intentar el señorío de todo el antiguo y nuevo continente. Sin embargo, no lo logró mas que en el nombre, cuando Portugal se unió á su corona; pues si bien es cierto que pareció imposible formáran toda una nacionalidad aquellos territorios tan divididos, y tan trabajados con las guerras y los desmanes políticos en los siglos XIII y XIV, tambien es verdad que los habitantes de tantos pueblos diferentes en el habla y en el carácter, y aun en los trajes y costumbres, no se avinieron, ni aun lo estan hoy dia en sus respectivos intereses provinciales.

EL MONTE DE TOROZOS.

Acaso se sobresalte alguno de nuestros lectores con tan fatídico epígrafe. Porque todos hemos oido en la niñez resonar en nuestros oidos el nombre terrible de *Torozos*, en ecos de pavorosa y siniestra significacion. Y no habrá quien no recuerde haber escuchado á sus abuelos medrosas aventuras, que le dieron una fama tan funesta como imponente. Verdad es que *Torozos* llegó á ser la pesadilla de los cuadrilleros y ministriles, el *timebunt gentes* de los viandantes, la Troya de todo repleto y transeunte bolson. Ya era un abad bendito,



(Sepulcro en la Iglesia de San Juan Bautista de Buitrago.)

caballero en poderosa mula, y precedido de zanquilargo espolista, quien al volver de un matorral, se hallaba con un jaque en facha, que le hacia desbalijar los ahorros de diez años de contemplacion y penitencia; ya es el intendente de rentas quien ve asomar por las portezuelas de su coche de colleras los trabucos de cuatro guapos, que buscan lo que no se les ha perdido; ya, en fin, un destacamento de tropas ligeras anda á cintarazos con una bandada de inocentes, que se salen á distraer en el camino real. Con estas y semejantes andanzas el susodicho monte llegó á ser mirado como el teatro de las mas horripilantes averías, hasta el punto de hacerse su nombre proverbial y antonomástico. Si se queria encarecer la abundancia de *gente non sancta* en cortes y cortijos, luego venia el consabido *¡esto es peor que Torozos!* Cuando algun mesonero se equivocaba á su favor en la cuenta del gasto, *¡ya puede irse á Torozos!...* se decian las víctimas á *sotto voce*. Para espresar cualquier galanteador de contrabando los disgustos que le costara el paso de cierta escalera secreta, ocasionada á tropezones y encuentros de mal género con el amable tutor ó el favorecido cónyuge, al punto salia con la obligada cantinela de *¡aquello es mas temible que Torozos!... Torozos*, en suma, ha sido el lugar privilegiado de las fechorías superbas, el campo de prueba para los descendientes de Caco y de Ginés de Pasamonte, el solar nativo de las celebridades *de la vida airada*, que loaban los cogleros de callejuela en *nuevos y curiosos romances*. Lo que para las brujas *el Nanrajal de Sevilla* y *la cueva de Barahona*, lo que para los mágicos la *gruta de Merlin*, y para los *ternes el perchel de Málaga* y *el barrio de Triana*, eso mismo llegó á ser *Torozos* para los que toman lo ajeno, á pesar de Dios y el rey. Caminante habia, que al divisar los matorrales á lo lejos, esperimentaba mas calosfrios que el muchacho en manos del cejijunto dómine para una rubicunda verberacion. A unos se les antojaban los carrascos montones de heridos y maltrechos transeuntes; otros convertian las atalayas en ciclópeos y amenazadores ginetes; y quien se imaginaba robado, aporreado, y muerto y resucitado, á pesar de llegar á la posada con ganas de comer. Y contaba después muy formal y al amor de la lumbre en las noches de invierno el estupendo caso, mientras su consorte moqueaba con disimulo, las comadres se hacian cruces de cuerpo entero, y el sacristan, el fiel de fechos y el herrador le oian con un palmo de boca, al son de los ronquidos del señor cura, que sucumbió á la elocuencia del historiador.

Con tan trágica pintura y pavorosas habillas se imaginaba, y aun imagina todo el que no conoce el lugar del drama, que *Torozos* es un paraje horrible, lleno de espesuras y barrancos, fragosidades y precipicios. Y no hay quien deje de forjarse una decoracion de grande espectáculo, con cuantos detalles y adminículos sea del caso para el

efecto teatral. Pues nada hay de eso, amado público. La realidad desmiente la ilusion. *Torozos* es una hermosa dehesa de robles, plana como la superficie de un lago, verde como un idilio de Gesner, y apacible como un paisaje de Arcadia. Figuraos una inmensa pradera de vistoso césped, donde triscan alegremente innumerables rebaños, cuyos vellones resaltan agradablemente en la pintada alfombra. Sobre el fondo alegre y vivo del otero hace enérgico contraste el matiz oscuro del robledal vastísimo, que salpica los contornos con melancólicos y misteriosos bosques, cruzando de E. á O. el inmenso páramo situado entre Medina de Rioseco y Valladolid. Su forma es un paralelógramo desigual, que forma parte de la cordillera de montes que arranca del Pirineo, y va á terminar en Portugal. Esta dilatada faja de montuosidad se corta en algunos puntos, marchando dividida en *trozos*, y dando orígen con esta circunstancia y la degeneracion de aquel vocablo al nombre de *Torozos*, que lleva el pedazo correspondiente á la ciudad en cuyo término radica, y que le hace entre los naturales titular tambien *monte de Medina*, en la estension de una legua de longitud, y media de anchura. Toca por el E. con otra fraccion de la zona, que lleva el nombre de *Nava-buena*, y se enlazan al O. con la nominada *las suertes de Peñaflor*; se prolonga al monte de la *Espina*, sigue á los de *Urueña*, continua por el *del Rey*, y dilatado hasta los de *Mirenula*, toma el nombre de *la Cubilla*, y en derechura á Braganza penetra en el territorio portugués. Esta circunstancia y la copia de su arbolado han sido causa de abrigarse en *Torozos* los bandoleros de esta comarca, seguros de la impunidad y mejor éxito de sus correrías. Nada mas fácil para el crímen que evadir la persecucion entre unas espesuras que en parajes no permiten ser batidas, y pudiendo guarecerse por cada cabo en un país estranjero á mansalva y sin temor en tan dilatada estension de bosques.

Pero ya pasó el tiempo de tales aventuras; que es ahora la época de los *héroes de camino*. Torozos pues no ofrece el menor riesgo á los viandantes mas inermes. Así es que la calzada general de Asturias que le atraviesa, se pasa á todas horas y en cualquier tiempo con seguridad y desahogo. Verdad es que los progresos en el sistema de viajes van haciendo cada vez mas raros los ataques á mano armada. La construccion de caminos, las postas y la vigilancia sobre las vias, hacen ir desapareciendo aquellos tiempos en que el aterrador apóstrofe de *la bolsa ó la vida* sorprendia al pasajero en cada desfiladero y tras de cada matorral. Y los ferro-carriles, al fin, vendrán á concluir con la torva profesion. Por eso ha variado de medios, de campo y hasta de nomenclatura. Los bandoleros se llaman ahora *tomadores del dos;* no se roba en los páramos, sino en las calles; las campañas no se hacen en los bosques y sierras, y sí en los templos, teatros y cafés, el *Torozos moderno*. La astucia ha sucedido á la violencia; la fuerza bruta cede el campo á la refinacion del talento. El ladron actual es un tipo enteramente diverso del ladron de antaño. Indudablemente hemos perdido en la trasformacion. Hay otra cosa además.

Hubo un tiempo en que el bandido español era considerado á la luz de ciertas exageraciones romancescas, y tenia á los ojos del vulgo un colorido bizarro y sentimental. Esta preocupacion plebeya tiene su esplicacion. Nuestro pueblo tiene en su fantasía algo de oriental, y gusta de lo ideal y estraordinario. Luego que el buen romance concluyó con las últimas hazañas de nuestros héroes; despues que Cervantes mató de un plumazo los libros de caballería; y cuando el despotismo civil y fanático dió al traste con las nobles inspiraciones de la literatura, apagando el fuego de la libertad, el pueblo tuvo que buscar nuevo pasto para su imaginacion. Y como en el marasmo intelectual se vicia el gusto, se corrompe el criterio y se ofusca el buen sentido, halló ante su mirada la fabulosa y trágica existencia del bandido, cuyos riesgos, fazañas y aventuras deslumbraron su atencion. Y á falta de otros objetos bastantes á alimentar la necesidad de impresiones maravillosas, se fijó en ese, sin tener en cuenta las conveniencias morales, y fascinado por ciertos rasgos arrogantes. Notaba efectivamente en aquella personificacion sendos arranques de bizarría y gran temple, algo de fantástico y superior á la condicion ordinaria de su esfera. Se cuentan aun muchas anécdotas y dramáticos lances de famosos merodeadores. Ya uno que salvó el honor de acuitadas matronas contra la brutal violencia de sus camaradas; ya otro que robó á un mayorazgo y regaló á un pordiosero el fruto del despojo; ya en suma se refieren azares que daban al bandolero cierto aspecto teatral, haciéndole una especie de aventurero andante *sui generis*. Esos accidentes se esplican por la índole del carácter español y del espíritu local. Nuestro pueblo por su naturaleza, historia y temperamento tiene mucho de romántico y estraordinario: este es el país de las aventuras y bizarrías; entre nosotros el valor y la aficion á empresas descomunales obran en grande sobre los corazones: aquí reinó el genio novelesco de los tiempos heróicos: España es la atmósfera de la imaginacion. Estos matices genéricos de nuestra psicología, inseparables del individuo, se revelan en cada personalidad segun sus circunstancias. Ese fondo esencial del carácter no puede borrarse, como todo lo que es connatural é intrínseco. Así pues, subsiste aun bajo la presion de situaciones incompatibles, y se deja vislumbrar al través de la corteza esterior en degeneradas entidades. Brilla como una chispa en la oscuridad, trasciende como el aroma de una flor en vaso de barro sepultada. El bandido, á pesar de la degeneracion inherente á su estado, no pudó desprenderse de los instintos característicos del país, y estos se traducian de vez en cuando en actos generosos y hasta poéticos. Y el pueblo, que no analiza, entendia que eran efecto de su condicion escepcional, en lugar de mirarles como vestigios desfigurados de influencia fisiológica de íntima universalidad. Y creó un tipo donde no habia mas que una degradacion. Y nació en su fantasía aquella figura contradictoria y facticia que dió materia á *las coplas y romances* plebeyos, que fué popularizada en *polos y jácaras*, y que alcanzó cierta nacional celebridad, especialmente bajo el traje pintoresco de Jerez y el puerto de Santa María. Pero ese tipo ha pasado ya, aunque en vano se afanan por resucitarle en las desdichadas comedias andaluzas. Si allá en otros dias, por una aberracion del buen sentido, pudo ocurrir el absurdo de poetizar á *José María* y demás *personajes* de su laya, presentándoles á los ojos del vulgo con ciertos matices engañadores y prestándoles algo de novelesco, há ya tiempo que un gran poeta y magistrado insigne (1) levantó su acento contra tan falaz y peligrosa paradoja. Y no será hoy cuando las cosas tornen á mirarse á tan falsa y antojadiza luz. El bandido romancero ha muerto como *El manolo del Avapiés*, *El abate de Cruz* y *el caballero andante* del inmortal Miguel. Torozos pues no conserva de una época que pasó para no volver, mas que su terrible celebridad. Pero de lejos aun asusta. Por eso hemos visto afectarse de los nervios al bello sexo, cuando referíamos nuestras alegres cacerías en *Torozos;* y casi no nos permitia decir que en su rústico caserío se pasa la noche al modo que dice el poeta:

«Durmiendo á pierna tendida
de la noche á la mañana.

Por supuesto, después de suculenta cena, en torno del chispeante y espacioso fogon, y pensando en los discípulos de *Gerías* así como por los cerros de Ubeda. Y cuando íbamos á la Pinciana universidad al regreso de vacaciones en dias de *nieve y fortuna*, preferiamos media hora en *Torozos* refocilándonos con sendos tacos en la vera del hogar, á todos los caminos reales y no reales de la cristiandad y á la mismísima *vía láctea*. Si alguna de vosotras, amables lectoras, siendo bonita, menor de edad *et aliquid amplius*, gusta de las soledades bucólicas, puede venir sin cuidado á *Torozos*, en la seguridad de que si algo se roba entonces, serán sus ojos los ladrones de un quebradizo y asendereado corazon.

V. GARCIA ESCOBAR.

LA ARISTOCRACIA EN VENECIA.

(Conclusion.)

Venecia es de madera; acaba de nacer; pero ¡qué rápidos y magníficos engrandecimientos encierra su porvenir! Aparece su *Palladium*, que ha robado piadosamente de Alejandría; llega el *Bienaventurado* de su leyenda popular, el celestial *navegante del mar de Aquiléa*, y entra triunfador en el puerto. ¿Es el cuerpo de San Marcos, que toma posesion de su ciudad bendita? Dichosa ciudad, que guarda en su seno aquellas fecundas reliquias! Venecia y San Marcos se han encontrado y estan mudos! San Marcos es el patron, el génio, el héroe predestinado de la ciudad! San Marcos es toda su existencia! Entonces empieza Venecia; lanza su grito nacional: *Marco! Marco!* y su leon despliega las alas.

Por espacio de 600 años Venecia desenvuelve su genio bajo todas las fases imaginables, corre tras su fortuna, continua su movimiento de ascension.

Engrandeciéndose entre los dilatados imperios, el de Occidente que reside en Alemania, y el de Oriente que está en Constantinopla, en un principio maneja sus relaciones con prudencia, los contenta y entretiene con insignificantes homenajes; al primero le envia todos los años en tributo un manto tejido de oro; otorga á la vanidad del segundo un ilusorio título de soberanía y de honorífico patronato.

Entre tanto adquiere en medio de ellos un rico dominio propio é incontestable. Bajo el gobierno de sus duxes, reyes electivos y populares, entre los cuales se cuentan Pedro Urselo II, y Ordelafo Faliero, se enseñorea de la costa oriental del Golfo, destruye en ella á Narenta y á los piratas que la amenazaban: soberana y protectora de la Istria,

(1) Melendez Valdés.

duquesa de Dalmacia, reina del Adriático, conocida y solicitada por los príncipes de la Europa, representada por sus embajadores cerca de los Soldanes de Egipto y de Siria, gozando privilegios y atenciones en la persona de su *Baile*, ó ministro en Constantinopla, ha adquirido título de nacion y jefe de estado.

Su territorio, su jurisdiccion, su conquista, es el golfo, es el Adriático, cuya investidura y pleno dominio va á recibir de mano del jefe de la cristiandad, para que nadie navegue por aquellas aguas sin su permiso. Es poco todavía: apenas se ve puesta en posesion del Adriático, cuando llega á Levante convoyando la cruzada ó haciéndola por su cuenta.

En Siria estipula á favor suyo un cuartel, en Ptolemaida la tercera parte del Tiro y de Ascalon, una calle en cada ciudad, privilegios y franquicias en todos los puertos. En su poder se halla el camino de la tierra Santa; con sus galeras construye un puente para los cruzados. ¡Qué inmensos beneficios, cuánta gloria le proporciona la cuarta cruzada! Enrique Dándolo su dux, centenario y ciego, es quien la manda; y recobrando á Zara, mas querida de Venecia que el santo sepulcro, marcha á lanzar del trono de Constantinopla á los Conmenos, no tanto por castigo de que le hubieran hecho quemar los ojos, como por ganar para su patria los tesoros, los mares, las tierras del Oriente, la cuarta parte de Constantinopla, las ciudades del Ponto-Euxino y de la Propóntide, del Asia menor y de la Tracia, el Peloponeso, el Archipiélago y aquella maravillosa cadena de puertos y de islas que se estienden desde el Bósforo al Golfo Adriático: 500,000 marcos de plata y los mas brillantes despojos cupieron en suerte á Venecia en la division del imperio griego. Ciudad de 200,000 almas, tiene muchos millones de súbditos, refugiados miserables de las lagunas; sus ciudadanos se elevan con la espada y con su valor á duques de Gallipoli, grandes duques de Lemos, príncipes de Naxos y de Paros, nobles vasallos y feudatarios de la república; su dux, por último, desde simple duque de Dalmacia, llega á adquirir el derecho de vestir el imperial brocado, de calzar purpúreos borceguíes, y de intitularse *señor de cuarta y media parte* del imperio romano.

«DOMINUS QUARTAE PARTIS ET DIMIDIAE IMPERII ROMANI.»

En medio de estos progresos gigantescos la constitucion varía, ó mas bien su natural declive, su índole particular la fijan, la dan consistencia, y la hacen tomar una forma original en Venecia. La señoría absorbe poco á poco al poder monárquico de los duques. La aristocracia se establece poderosamente, y llega á constituir por sí sola todo el estado. Su responsabilidad comienza. Estamos á fines del siglo XVIII.

Hubo un momento en que se creyó que iba á decaer Venecia, pero fué para elevarse mas todavía. Teniendo que disputar sus recientes conquistas, el Levante, el Archipiélago, el mar Negro y el Bósforo contra los griegos, los bizantinos y los genoveses, es vencida por estos últimos. Pierde la Siria, la Dalmacia, hasta el mismo Adriático que defendia celosa como una propiedad suya. Vese sitiada, reducida tan solo á la isla de Malamoco, sin comunicacion con sus colonias; y Génova, su vencedora rival, tremola su bandera en Chiozza, domina las lagunas, y convoca á la Hungría y Tierra Firme para destruir con golpe seguro á su comun enemigo. Victor Pisani, Cárlos Zeno y el patriotismo de algunos ciudadanos oscuros la salvaron de tan inminente peligro. Un siglo (el IV) fué bastante para que triplicase su dominacion.

En el Adriático, en Levante, es el torreon de la Italia. Por aquella parte la política y la guerra le proporcionan la adquisicion de Tierra Firme, el Friul, el Trevisano, el Paduano, el Vicentino, el Veronesado, la Polesina de Rovigo, Brescia, Bérgamo, Crema y Ravena. Cuenta con 2,000 leguas cuadradas de territorio, sin incluir el Oriente: posee todo el litoral que se estiende desde la embocadura del Pó hasta la estremidad oriental del Mediterráneo: la Grecia y la Italia son sus *arrabales*, como dice el historiador Sabelliens. *(Década 4, lib. 3.)*

Nacida del mar, y sosteniéndose en él, Venecia debió sus fuerzas, sus tesoros, su imperio, únicamente á la marina, que mercantil y guerrera á un tiempo, la conquistó el comercio general del mundo. ¡Qué mecanismo tan fuerte y poderoso el de Venecia! Su cuerpo es la laguna con mil artérias; mil canales en que circula el mar como la sangre: sus miembros, los inumerables navíos que llevan á todas partes su pensamiento y su accion, su aliento y el aire que respira, todas las brisas y todos los vientos; su espacio y sus conductos de comunicacion, al Norte la múltiple embocadura de los rios, al Sud los cinco *canales* que le abren paso para todas las costas; su alimento en fin, su sustancia y el manantial de su vida es aquel *arsenal*, ciudadela, puerto, almacen, inmenso astillero, aparato monstruoso que se compone de cinco salas de armas fabricadas de hierro y acero, de cinco fundiciones donde el metal hierve á todas horas, de tres conchas que absorben el mar hácia su fondeadero, de la *Rana* donde máquinas desconocidas tuercen cables de 500 piés: laboratorio misterioso y profundo que distribuye el trabajo en cien subterráneos á 16,000 brazos que trabajan á la luz de las antorchas, que manipula todos los elementos, absorbe y consume bosques, metales, cosechas de cáñamo, y los metamorfosea, los convierte en galeras y en escuadras equipadas, dispuestas y botadas al agua con tal celeridad, que no llega á dos horas el tiempo empleado por cada galera.

Fuéle pues fácil á Venecia llegar á ser en su tiempo la primera potencia marítima y comercial. Ella era la única que tenia 36,000 marineros y 11,000 soldados de marina, 4,000 navíos mercantes, escuadras en Siria, en Egipto y en el mar Negro, 50 galeras de guerra, entre pesadas y ligeras, con velas ó con remos, con puentes de abordaje ó con torres de sitio. Ya en el siglo IX tenia navíos de tres palos, y para suplir los cañones y la artillería estaban armadas sus galeras de *bombas* que vomitaban el fuego griego por la popa y la proa. A todas partes llevaba ó imponia su comercio; no habia puerto que no fuese visitado por ella, desde Cádiz á la laguna Meótides; en el siglo XIII su viajero Marco-Polo hacia investigaciones en el Asia; sus *bugerías* servian de moneda en Calicut, antes de Gama; sus botones de pasta y sus perlecillas de Muranos adornaban á los mandarines chinos y tártaros, antes de Colon. Los productos de su comercio ascendian á 29 millones de ducados solo en la Lombardía; beneficiaba 400,000 en sus relaciones con Florencia.

Fácil es establecer la proporcion de estos productos con los demás, considerando que ella recababa por todos medios industrias preciosas y envidiadas de todas las naciones, adquiria de los infieles ó de los cristianos por tratados ó por guerras, por compra ó por tributo, privilegios y franquicias para su comercio, arrendaba las aduanas de los demás estados, arruinaba toda concurrencia, y creaba de este modo para sus mercaderes enormes é infalibles ganancias. De este modo obtuvo por espacio de algunos siglos el monopolio del comercio, y las riquezas del mundo. Consérvase un emblema de lo que era entonces; aquella *dogana di mare* (aduana del mar), edificio que se levanta sobre una punta de tierra, casi enfrente de San Marcos; encima de la columnata de mármol descansa una torre coronada de un gran globo de oro; por lo alto del cuerpo se lanza en medio de los aires la estátua de la fortuna.

Al llegar á este encumbrado punto de esplendor y poderío, encorvada bajo el peso de la gloria y de los tesoros de que la habian colmado el comercio y la política, la navegacion y la guerra, Venecia se hallaba revestida de un aparato conveniente á su gloria y al rango que ocupaba en el universo. La ciudad de madera, triste y miserable, no era ya la del tiempo de Angel Participazio, sino que aparecia ya á los ojos de sus contemporáneos como «la ciudad mas triunfante que habian visto los siglos.» Estaba construida de mármol, de mosáico y de oro. Tres generaciones de eminentes artistas la habian edificado, esculpido y pintado: todos los países y todos los siglos la habian embellecido á competencia: árabe, bizantina, griega é italiana á un tiempo, brillaba con toda la variedad de estilos. Su maravillosa *basílica de San Marcos* fué obra de ocho siglos; el genio de Calendario principió el *palacio ducal*, que perfeccionó Sansovino: obras maestras de Bartolomeo y Niccolo Pisani, de Palladio y de Scamozzi, son todas aquellas basílicas que cubren la Laguna, y tantos palacios como descuellan á lo largo del Brenta y del canal *Grande;* y toda aquella admirable arquitectura la adornaron los mas encantadores lienzos de Bellini, de Bassano, de Tintoretto, de Ticiano, del Veroneso. Entonces, y desde lo alto del *Campanile* de San Marcos, era cuando se podia ver á Venecia, como la vió Canaletti, y sus estátuas, sus cúpulas, sus columnatas, sus inmensos muelles, sus 300 puentes, su mar y cielo azulados, sus estandartes, sus banderas jaspeadas y flotantes, y sus inmensas líneas de perspectiva aérea, que aun hoy la revisten con las formas de una ciudad encantada.

CARTA ESCRITA A DON JOSÉ CADALSO,

EN 17 DE ENERO DE 1774,

POR DON TOMAS IRIARTE.

Alá te guarde, ya que por nacido
en Jaudala ser moro te imaginas;
ó bien ya que te has ido
á habitar las escuelas Salmantinas,
de las ciencias espanto (1),
do el latin de breviario abunda tanto
con un *Dominus tecum* te saludo;
y si este es cumplimiento de estornudo,

(1) Se dice que Salamanca es *espanto de las escuelas*, no porque *espanta* con ellas, sino porque de tal suerte las ha *espantado* de sí, que no han vuelto mas.

te diré en estilo de mi abuelo
santos y buenos dias os dé el cielo.
A mí no me los da buenos ni santos,
pues acaba de darme mil quebrantos
como un dolor de muelas, *verbi gratia*,
tan descortés é ingrato,
que ha tenido la osada pertinacia
de no dejarme un rato
para escribirte carta larga ó corta;
pero vamos, amigo, á lo que importa.
Llena está de pesares y de tedio
esta gran villa al ver que en un instante
se han muerto sin consuelo ni remedio
el hermano José y el Elefante.
De la naturaleza mónstruo el uno,
el otro de virtud mónstruo igualmente,
fuéron pasmo y delicia de esta gente
ya por mucho comer, ya por ayuno.
Oye la historia que con hechos ciertos
te contaré de los ilustres muertos.
Vino á Madrid, señor, el Elefante,
y escoltado del pueblo y de la tropa
paseaba las calles arrogante.
El suceso mas grave de la Europa
en Madrid no causára tanto ruido
como atencion un bruto ha merecido.
Por esto con la musa ya caliente
dijo un amigo entonces lo siguiente:
«Si fuera yo el famoso rey prusiano,
»que á todos los guerreros sometiera,
»ó el inmortal Virgilio y escribiera
»de la Eneida el poema soberano;
»si fuera yo Platon, ó Quintiliano,
»si Dalembert, Lineo ó Neuton fuera,
»Leibnitz, ó Boerhabe de esta era,
»un Locatelli, un Garrik, ó un TIciano;
»te juro por quien soy que renunciara
»toda fama y aplausos al instante,
»y que por humildad me contentara
»con que de mi persona en adelante
»esta gran corte la mitad hablára
»de lo que da que hablar el Elefante.»
Sacáronle tonadas y cuartetas;
en delantales, cófias, manteletas
elefantes pintados se veian,
y en las mesas por modas se servian
elefantes de carne, dulce, y masa;
elefantes sin tasa
tuvimos que sufrir por varios modos
en la conversacion, en los apodos,
en cartas, en escritos publicados,
en sermones, sainetes, y plagados
nos vimos al segundo ó tercer dia
de enfermedad llamada *Elefancia*.
Cuadrúpedo tan célebre y estraño
á principios deste año
falleció en Aranjuez; y se asegura
que ya en Madrid con todo afan procura
cierta cuadrilla de poetas záfios
componerle una carga de epitáfios.
Feliz tú, ¡oh director del gabinete
de Historia Natural! ¡Ah! con qué gusto
habrás pillado ya (pues te compete)
la piel y el esqueleto de la bestia,
y aquel tronco de carne tan robusto,
cuyos elogios callo por modestia!
Mas si fué golpe duro é inhumano
el que esta adversidad causó á la plebe,
no ha sido, no, muy leve
el de la muerte del devoto hermano,
descalzo carmelita, y santo lego,
que miró las riquezas con despego,
como que á su convento cada dia
ocho duros ó diez llevar solia,
que corriendo en Madrid ocho cuarteles
sacaba de limosna de los fieles,
hechas á frailes que llorando duelos
con su vida ermitaña,
poseen todo el reino de los cielos
y dos terceras partes del de España.
Hubiera de llenar un gran volúmen
solo con emprender aquí el resúmen
de la vida ejemplar de aquel bendito.
Pero solo te cito
la rara fé de una virtuosa dama
que siempre al levantarse de la cama
se lavaba con agua en que el hermano
antes soltado habia
el churre de su rostro sobrehumano;
cuyo licor compraba la señora
con plata que el prior hoy atesora.
Del beato indagó la gente pia
que atravesando calles enlodadas,
llevó las alpargatas siempre aseadas.
Y desta ligereza no me digas
que es ilusion de viejas santurronas;
pues sin doblar las débiles espigas
corren por una mies las amazonas,
que así en la gatomaquia el docto Vega
por cosa bien sabida nos la alega.
El venerable (honor de Carmelitas)
llevaba á prevencion bajo el sobaco
entre mugre, sudor, vello y tabaco,
unas pasas, anises ó almendritas
que á las hembras devotas,
y á machos que mas que hembras son idiotas,
él daba por fragmentos milagrosos
y ellos se los zampaban fervorosos.
Este socorro espiritual y santo
ha faltado á este pueblo que al momento
corrió bañado en llanto
del hermano al solemne enterramiento.
¡Oh! quién te diera ver allí la furia
con que el vulgo animado de confianza
al cadáver haciendo honrosa injuria,
se atropa y se abalanza
á destrozar el hábito sagrado
y arrancar del difunto medio lado!
Ya del escapulario uno hace presa,
otro da ya por suya la capilla,
aquel los pelos del frailuco mesa,
este una oreja por fortuna pilla.
En cueros me hais dejado al pobrecito:
pónenle segundo hábito y tercero;
mas de la plebe el bárbaro apetito
reliquias los volvió como el primero.
Predícansele exequias... ¡Qué concurso!
¡qué lloros en el templo! ¡qué alboroto!
Déjame suspender aquí el discurso,
pues solo con palabras mal denoto
lo que apenas aun viéndolo creyeras...
Esto escribia cuando las parleras
voces que en este público inconstante
cada hora derrama
la engañadora fama
pregonan que no ha muerto el Elefante.
Vuélvome atrás; no hay nada de lo dicho,
y perdone el muy bicho
que no soy yo el autor del testimonio.
Quédate en paz, Madrid, dia de Antonio
el que enseñó á criar puercos cebones:
él te libre de malas tentaciones,
y tan solo te dé la de escribirme,
pues Iriarte es tu amigo siempre firme.

Mas debe apreciarse un hombre sabio que se esplique mal, que un ignorante que hable bien.

Todo hombre puede engañarse; pero solo es propio del necio perseverar en el error.

El hombre grande confiesa gustoso que ignora muchas cosas, y que siempre tiene necesidad de aprender para instruirse.

Decia un antiguo filósofo: No sé mas que una cosa, y es que no sé nada.

Preguntaron á Diógenes cual era la cosa mas pesada que hay sobre la tierra, y contestó que un hombre ignorante.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario é Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra.



(Alfonso I, el Católico.)

ALFONSO EL CATOLICO.

«Con el auxilio de la gracia divina obtuvo el cetro, y logró humillar muchas veces la soberbia de los árabes. Lo que sigue probará de cuánta gracia y virtud estaba adornado.»

(CRÓNICA DE SEBASTIAN, *Obispo de Salamanca, escrita en el siglo IX.*)

Hé aquí uno de los nombres mas gloriosos que se escribieron en las páginas de nuestra historia, y que debemos por lo mismo recordar en las de un periódico que há tanto tiempo se envanece justamente con el noble dictado de *Español*. En efecto, al par que la figura colosal de Pelayo, se dibuja la de Alfonso el Católico, y con razon; pues si el primero alcanzó la gloria de fundar sobre una victoria, siempre memorable, uno de los mas esclarecidos tronos de la tierra, el segundo tuvo la no menos grande de afianzar su poderío, dilatando el reino cristiano de Asturias á una triple estension, y plantando con robusta mano, cual monumento de civilizacion, de independencia y libertad, la noble enseña que de Pelayo heredara, *la cruz de la victoria*.

Envueltos en tinieblas se nos muestran aquellos siglos de hierro y sangre, mas ricos de hazañas que de ciencia, y cuyos anales podemos tan solo encontrar bárbaramente, aunque no sin poesía, trazados en un breve Cronicon por la devota pluma de un monje, ó en los toscos chapiteles bizantinos de alguna iglesia olvidada. Así pues, para formar la biografía del primer rey español que llevó un nombre, al que parece quiso el Cielo vincular todas las grandes dotes que deben poseer aquellos á quienes confia el peso terrible de una corona (1), tenemos datos harto escasos. Una sola consideracion puede de algun modo consolarnos de esta falta que lamentamos, y es, que las noticias que de Alfonso hemos logrado reunir, no aparecen escritas por la mano de la fábula, pues que nos las trasmiten, no solo los cronistas cristianos, á quien pudiera acusarse de parciales, sino tambien los árabes, que tan orgullosos á la sazon con sus conquistas en Asia, Africa y Europa, confiesan unánimes el terror y espanto que les infundia la espada terrible del animoso *Caudillo de los Asturíches*, del *Rey montañés de los Infieles de Adefuns el temido*.

Cuando la desastrosa batalla de Guadalete arruinó el trono de Ataulfo, vivia un caudillo español llamado *Pedro*, que con el título de *Duque de Cantabria*, y aunque dependiente de los Reyes Godos, ejercia cierta especie de soberanía sobre los valerosos montañeses que

(1) Una rápida mirada á la historia de España bastará á convencernos de esta asercion, pues en la larga série de *Alfonsos* que figuran en los anales de Asturias, Leon, Castilla, Aragon y Portugal, apenas encontraremos uno que no deba calificarse de gran monarca. Mendez-Silva, en su Catalogo real de España, dice que *Alfonso* en lengua goda significa *fiel, amado y favorecido*.

moraban en aquella parte de la cordillera de los Pirineos, donde nace el Ebro (1). Este Pedro, que contaba entre sus ascendientes á los reyes Recaredo y Leovigildo (2), fué padre de dos hijos, llamados, el uno *Froila* y el otro *Alfonso*, que es aquel cuyos sucesos vamos á recordar. Algunos fijan su nacimiento en 682; pero su patria es aun desconocida. Nosotros opinamos pudo ser la antiquísima ciudad de *Tricio*, que estaba situada en el lugar que hoy lleva el mismo nombre en las cercanías de Nájera; y nos fundamos en que era la capital de la Cantabria, y donde en aquella época solian residir los duques de este país (3). Sin duda Alfonso mostró desde sus primeros años las sobresalientes prendas que después le conquistaron tan grande celebridad, puesto que muy jóven le confiaron los reyes Egica y Witiza el mando de sus ejércitos (4). Dícese que combatió como esforzado en Guadalete, y que con Pelayo, su pariente, se retiró á Cantabria, donde y en Asturias se señaló por su valor en los combates que precedieron y sucedieron al gran triunfo de Covadonga, conquistando varios pueblos de que se apoderáran los moros, entre los que nombran los historiadores asturianos á Tineo, que formaba parte del patrimonio particular de Pelayo (5). Prendado este heróico príncipe del esforzado ánimo de Alfonso, le recompensó dignamente, concediéndole la mano de su hija Ermisenda (6). Segun las tradiciones asturianas, fijaron entonces ambos esposos su residencia en una modesta casa de campo en las riberas del Sella, muy cercana á Cangas de Onís, donde Pelayo tenia su corte. Allí permanecieron durante el reinado de este monarca y el muy breve de su hijo Fabila, que terminó desastrosamente con su vida entre las garras de un oso, en un monte que se alza á pocos pasos de la morada de Alfonso y Ermisenda. Corria el año 739 cuando ocurrió este lastimoso suceso, y los próceres y obispos que vivian en Asturias, sin tomar en cuenta á los hijos del muerto rey, que se supone serian muy niños, pusieron aquella corona, que aunque tan pobre simbolizaba tantas glorias, en las sienes de Alfonso, ornadas ya con el laurel de la victoria.—El reino de los cristianos de Asturias, llamado tambien Reino *montañés*, comprendia entonces solamente el escaso territorio que limitan los montes *Herbaseos* ó de *Arbas*, el mar, el rio *Eo* y los montes de Vizcaya. Habian pasado veinte años desde la batalla de Covadonga, que los árabes, ocupados en discordias intestinas y en estender sus conquistas por las Galias, no cuidaran de vengar, y en los vasallos de Alfonso ardia cada vez mas viva la llama del amor pátrio, al par que el deseo de la venganza contra los aborrecidos estranjeros que les arrebatáran religion, patria y libertad. No se ocultaron á los perspicaces ojos del nuevo rey tan felices disposiciones, y llamando á su alrededor á todos los cristianos capaces de llevar las armas, improvisó un ejército, compuesto de *Astures*, *Cantabros*, *Euskaros*, *Galaicos* y algunos *Godos*, refugiados del interior de España. El arreo de estos guerreros era cual su época, grosero y bárbaro, como nos le muestran los restos de esculturas contemporáneas que aun se conservan, y la descripcion que de ellos hacen las historias árabes.—Una de estas, escrita por *el Lughi*, dice de los soldados de Alfonso el Católico: «Vienen estrañísimamente vestidos, con la cabellera larga y tendida, con una birreta ó morrion tosquísimo, labrado de un enrejado de hierro, y afianzado al cuello con una correa. Sus armas son, además de la honda, que manejaban con singular destreza, la saeta de tres piés de largo, que arrojaban de muy lejos, la hoz con el filo al interior, al contrario del alfanje oriental, el rejon, para las peleas de cuerpo á cuerpo, el agudo chuzo y la ancha segur de los leñadores. Usan tambien del *bidente*, que es un garrote de cuatro piés de largo, armado de una gran media luna de hierro, y cuyas puntas distan mas de dos piés. Esta es una arma terrible contra la caballería.»—Otros escritores musulmanes nos dicen tambien que los montañeses Euskaros y Vascones (vizcainos y navarros) iban por aquel tiempo vestidos de pieles de osos, y usaban por únicas armas chuzos y guadañas.

Rompió Alfonso con su formidable hueste por la Galicia, y en 742 se apoderó de la antigua y fortísima ciudad de Lugo, que era la mas principal de aquella tierra.—Reedificó la catedral de Santa María, é hizo buscar al obispo *Odoario*, «que hacia veinte y cuatro años abandonara su silla huyendo de los sarracenos, y permaneciendo durante este luengo espacio en lugares salvajes y desiertos.» Al mismo Odoario confió el rey el cuidado «de repoblar la ciudad y plantar en sus alrededores viñas y frutales (1).» Tambien envió algunos de sus capitanes á las aldeas cercanas, á la sazon derruidas, para que las restaurasen, concediéndoles el dominio de las mismas, y de las que tomaron aquellos el nombre, que después distinguió á sus descendientes. A la conquista de Lugo sucedieron las de Orense, Tuy y demás poblaciones de Galicia. Penetró después el esforzado rey en la Lusitania, y se hizo dueño de Oporto, Braga, Viseo, Chaves, Agara y otros pueblos, y regresó á su corte cargado de ricos despojos y llevando tras sí multitud de esclavos musulmanes. En otra campaña conquistó á Leon, talando su comarca y pasando á filo de espada á sus defensores, sin duda por la porfiada resistencia que le opondrian. Aquí parece acuñó monedas, tal vez en memoria de tan señalada conquista, pues se conserva una que los numismáticos de mas nombradía le atribuyen (2). Vése en ella la cruz con el *alpha* y *omega*, perpétua insignia de los monarcas asturianos, el anagrama del nombre de Cristo, y esta leyenda:

ANFUS REX LEO CIVITAS.

No se detuvo aquí el animoso caudillo de los cristianos en la gloriosa carrera de sus triunfos, pues avasalló tambien á Ledesma, Salamanca, Zamora, Astorga, Saldaña, Amaya, Simancas, Oca, Miranda, Briones, Cenicero, Alesanco, Clumia, Osma, Arganza, Sepúlveda, Avila, Segovia y otra multitud de pueblos, fortalezas y caseríos (3), de los territorios de Cantabria y Alava hasta el Vidasoa y confines de Aragon, haciendo flotar su vencedora bandera desde el Océano Occidental hasta los Pirineos, y desde el mar Cantábrico hasta los altivos montes de Guadarrama y últimos confines de los Campos-Góticos (hoy tierra de Campos), que despobló y arrasó (4). Quedó pues por lindero del reino asturiano el caudaloso Duero. Es de lamentar aquí lo descarnado y conciso de las crónicas coetáneas, que solo refieren en conjunto esta serie de victorias y conquistas, sin relatarnos el órden con que fuéron llevadas á cabo, ni los poderosos obstáculos con que sin duda hubo de luchar en esta memorable cruzada el valeroso Alfonso, que segun algunos venció á los sarracenos en treinta y cuatro batallas campales. Despréndese sin embargo que su sistema de guerra era el mismo que el de los *Almogabares* de la edad media y de los guerrilleros de nuestros dias; esto es, esquivar en lo posible las grandes batallas, fatigar á los enemigos antes de combatirlos, y con movimientos rápidos y atrevidos caer sobre ellos cuando menos lo esperaban, dejando por huellas la muerte, el incendio y la devastacion. Pasaba á cuchillo á los musulmanes que le oponian resistencia, y reducia á la esclavitud á cuantos podia haber á las manos, como tambien á sus hijos y mujeres, y se llevaba tambien tras sí á los cristianos que moraban con los infieles, ya para engrosar el ejército, ya para repoblar algunos territorios de los mas cercanos á Asturias y menos espuestos á las correrías de los árabes, como las montañas de Liébana y Transmiera en Santillana, las villas de Primorias, Sopuerta y Carranza, las comarcas de Logroño, Najer y otros pueblos de Rioja, y la parte marítima de Galicia y del país de Burgos (5). Las ciudades ó fortalezas que no podian conservarse,

(1) La Cantabria confinaba por el Norte con el mar que aun lleva su nombre, y comprendia toda la costa, desde el *cabo de Peñas*, que era de los Astures, hasta el rio *Nervion*, donde llegaban los *Antrigones*. Por el Mediodía no estan bien determinados sus linderos, aunque consta que las montañas de Reinosa y la region de los antiguos *Berones*, hoy Rioja, formaban parte del Ducado de Cantabria.

(2) *.....Filius Petri Ducis ex semine Leovigildi et Reccaredi Regum progenitus*, dice hablando de Alfonso el Católico el Cronicon de Sebastian, obispo de Salamanca. En una escritura sobre la poblacion de la ciudad de Lugo, dice el Obispo Odoario, refiriéndose al mismo Rey, su contemporáneo: *...Ipse erat de stirpe Regis Reccaredi*. En un privilegio de Alfonso el Casto á la Iglesia de la misma ciudad de Lugo se lee tambien: *Ildephonsus Rex, Petri Ducis filius, qui Reccaredi Regis Gotorum stirpe descendit*. Por lo demás, la ascendencia paterna del Duque Pedro es muy controvertida. Trelles, erudito historiador de Asturias, presenta la siguiente genealogía, que aunque bastante curiosa, no la creemos del todo demostrada.—Lupo ó Lupano, Duque de Cantabria, en tiempo de Jesucristo.—Lucio-Lupo.—Audilo.—Macrino-Lupo.—Nestor.—Cenon I.—Karalio (nieto del anterior).—Cenon II.—Lupo II.—Ceferino.—Lupo III.—Celino.—Aroardo.—Lupo IV.—Ethonio.—Cenon III.—Lupo V.—Celio.—Leoncio.—Argoto.—Veliudo.—Lupo VI.—Amadio.—Antemio.—Cenon IV.—Ellocio.—Pallancio.—Lupo VII.—Pedro.—Alfonso el Católico.—Añado el mismo Trelles que Pedro era tio de Pelayo, como hermano de su abuelo Veremundo. Mendez-Silva, en su Catálogo Real, presenta así el linaje de Alfonso el Católico. Leovigildo.—Recaredo I.—Liuva II.—Pedro.—Recaredo.—Pedro.—Alfonso el Católico.—El nombre y estirpe de la madre de este permanecen ignorados. Abarca, en los Anales de Aragon, dice era hermana del rey Rodrigo.

(3) Aun se ven en Tricio, villa un octavo de legua de Nájera, y situada sobre una eminencia, algunos vestigios de acueductos y fuentes de fábrica romana.—El P. Risco, refiriéndose al arzobispo D. Rodrigo y al obispo Sampiro, afirma era aquí donde vivian los duques de Cantabria. (*España Sagrada.*)

(4) *Tempore Regum* Egicani *et* Witizani, *Princeps militiæ fuit.* (Cronicon de Sebastian, obispo de Salamanca.)

(5) Trelles, *Asturias ilustrada.*—Carballo, *Antigüedades de Asturias.*

(6) La Crónica de Albelda, casi contemporánea, espresa se hizo el matrimonio de Alfonso y Ermisenda por espresa disposicion de Pelayo.

(1) Véase la donacion de Odoario á la iglesia de Lugo, año 744, que inserta *Florez* en la *España Sagrada.*

(2) Véase á *D. Antonio Agustin* en sus *Diálogos sobre las medallas de España*, y á *Masdeu*, *Historia crítica de España.*

(3) ...«Simul namque cum fratre suo Froilane, multa adversus Sarracenos prælia gessit, atque plurimas civitates ab eis olim oppressas cepit, id est, Lucum, Tudem, Portucalem, Bracarcum-Metropolitanam, Viseum, Flavias, Agatam, Letesmaram, Salmanticam, Zamoram, Abelam, Secobiam, Astoricam, Legionem, Saldaniam, Mabe, Amaiam, Septemancam, Aucam, Velegiam, Alabensan, Mirandam, Rebendecum, Carbonariam, Abeicam, Brunes, Camisariam, Alesanco, Osmam, Cluniam, Argantiam, Septempublicam, exceptis Castris cum Villis et Viculis suis.» (*Crónica de Sebastian, Obispo de Salamanca.*)

(4) Urbes quoque Legionem, atque Asturicam, ab inimicis possessas Victor invasit. Campos quos dicunt Gothicos usque ad flumem Dorium eremavit, et Christianorum Regnum extendit.» (*Crónica de Albelda.*)

(5) Eo tempore populantur Primorias, Lebana, Transmera, Supporta, Carranza, Bardulia, quæ nunc appellatur Castella, et pars maritima Galleciæ, Burgi-Alava namque Vizcaya, Alcione a Urdinia a suis incolis reperiuntur semper esse possessæ, sicut Pampilonia, Degius est atque Berroza. (*Crónica de Sebastian, Obispo de Salamanca.*)

quedaban del todo arrasadas. De la repoblacion de Lara, villa situada no lejos de Burgos, permanece un recuerdo en la siguiente inscripcion que allí se encontró:

✠

EN NOMBRE DEL SEÑOR, GUNDISALVO Y FEDERICO, EDIFICARON ESTA CIUDAD, SIENDO REY DON ALFONSO EN LA ERA 800.

Antiguamente se llamaba Municipio-Ausina, y hoy se nombra Lara (1).

El testimonio de las hazañas y conquistas de Alfonso, como ya dijimos, le encontramos en las historias arábigas. En la que antes hemos citado de *el Laghi* se lee refiriéndose al año 122 de la Ejira: «Entonces tomó el mando de los Austuriches Anfús el temido, el matador de hombres, el hijo de la espada (Ebn-el-Saif). Se apoderó de ciudades y fortalezas, y nadie osó hacerle frente. Por él padecieron mil y mil Musimes el martirio de la espada. Incendiaba las casas y los campos, y nadie podia fiarse de él.»—De todos los triunfos de Alfonso el Católico participó su hermano Fruela, tronco de la noble familia que aun hoy ocupa el trono español, y que fué tan fecunda en héroes. Después de guerrear valerosamente, parece quedó encargado del gobierno de las tierras de la frontera del Duero (2), en las que alzó para su defensa multitud de fortalezas y castillos, *Castella*, de donde tomó el nombre aquel estenso territorio, que fué después el mas principal de los reinos de España. Cual digno campeon de la religion, restablecia Alfonso las iglesias y monasterios que las guerras destruyeran, contándose entre estos los muy renombrados de *Sahagun* y *San Martin de Liébana*. Tambien fundó algunos otros, como el de *San Pedro de Villanueva*, en la misma casa que habitaba antes de ser rey (3), y el de *Santa María de Covadonga* por cumplir el voto de Pelayo.—La escritura ó acta de fundacion de este último, que se refiere al año 740, es un instrumento curiosísimo. Dice en ella el rey que en union de su esposa Ermisenda habia construido la iglesia de Santa María de *Covadefonga* en Asturias, y que allí trasladaron la efigie de Nuestra Señora de Monte Sacro. Que la misma iglesia fué consagrada por doce obispos y otros santos abades, con asistencia de los señores del Palacio y de los optimates del reino, todo lo que se verificó segun lo dispuesto por su suegro el rey Pelayo, que en aquella cueva venciera con el favor divino 50,000 moros el 1.° de agosto de 718.—Añade luego que estableció en aquel lugar un colegio de doce monjes con su abad llamado Adulfo, para que viviesen segun la regla de San Benito, y que en la basílica se erigieron tres altares, uno dedicado á la Virgen María bajo el título de su Natividad, y los otros dos á San Juan Bautista y San Andrés Apóstol. Concluye el piadoso Alfonso haciendo al nuevo monasterio una donacion de dos campanas de hierro, dos cruces, una de plata y otra de oro purísimo, tres cálices de plata, tres casullas de sarga, tres pallias (4), quince capas, tres candelabros, cuatro incensarios, tres patenas, doce tapices adornados de flecos, veinte caballos, otras tantas yeguas, cuatro asnos, cien carneros, cuarenta ovejas, treinta cerdos, y todas las tierras que estaban cercanas al monasterio. Firman además del rey y la reina, los obispos *Pedro*, *Alfonso* y *Pena*, el conde *Anceto*, los abades *Belasico* y *Bitremiro*, el potestad *Suriano* y el presbítero *Avilo*, que sirvió de Notario.—En otra donacion cuya copia se conserva, y que data de 741, ofrecen Alfonso y su esposa al mismo monasterio de Covadonga las iglesias de Santa María de *Ponteferrato*, Santa María de..... San Andrés de *Benevente*, San Martin de *Ponte-Regina*, San Pantaleon de *Onis*, el monasterio de San Miguel de..... y todas las iglesias que hay desde el monasterio hasta Eijon y *Sausonem* (tal vez Gausonem ó Gauson) hasta el mar Cantábrico. Los que suscriben además de los reyes son los obispos *Alfonso* y *Penapo*, el abad *Adulfo*, al que se le nombra *señor gloriosísimo* y *tio del Rey*, y el notario llamado tambien *Adulfo* (1). Los prelados y monjes que figuraban en la corte de Alfonso, queriendo mostrarle su gratitud por su fervoroso celo en estender la religion y combatir á los muslines, le dieron el título de *Católico* que habia ya llevado su antepasado Recaredo, y que siete siglos mas adelante habia de aplicarse á uno de sus sucesores para seguir siendo el dictado de honor que distingue á los reyes de España. Algunos cronistas denominaron á Alfonso I *el magno* y *el mayor;* pero prevaleció el apelativo de Católico con que le reconoce la historia. En su época se dice tuvieron origen los nombres de *Pecheros* é *Hidalgos*. Eran aquellos los siervos dedicados al cultivo de las tierras, que satisfacian por ellas ciertos tributos ó *pechos* como el de la *fonsadera*, que cree un historiador asturiano (2) se denominó así por haberlo establecido el rey *Fonso* ó *Alfonso*. Otro impuesto que habia en aquel tiempo tenia el nombre de *Anuada*, que consistia en cierta cantidad de trigo que se satisfacia en la época de la coleccion. La *Devisa* era el que se pagaba por las *Dehesas* ó *Devisas*, y el *Montazgo* por engordar con bellotas el ganado de cerda. Los *Hidalgos* ó *Fidalgos* eran los guerreros, en su mayor parte de linaje noble, que seguian de continuo al rey y que estaban por lo mismo exentos de toda especie de tributo. En cuanto al gobierno que entonces regia á la monarquía asturiana, no puede dudarse seguiria formas análogas al que en Toledo establecieran los godos, y que las leyes del celebrado *Fuero-juzgo* continuaron observándose. Los altos funcionarios, denominados *Condes*, *Duques*, *Potestades*, *Dominantes* ó *Señores*, y los obispos formaban un cuerpo que tomaba el nombre de *Curia* ó *Corte*, *Concilio* ó *Consejo* del rey, donde brillaban los varones mas insignes en saber, jerarquía y dignidad, que siempre en derredor del trono participaban de la soberanía, confirmando con el monarca todos los privilegios, concesiones y fueros de los pueblos, costumbre que subsistió hasta los tiempos de Isabel la Católica.—De la reina Ermisenda tuvo Alfonso tres hijos llamados Froila, Vimarano y Adosirda, de los que el primero y la última, como esposa de D. Silo, ocuparon el trono de Asturias. Después de viudo, tuvo de *Sisalda*, bellísima esclava ó criada suya, á quien unos hacen mora y otros asturiana del concejo de Caso (3) un hijo bastardo llamado *Mauregato*, que tambien logró ceñir la corona, y cuyo nacimiento debió ser anterior al año 755.—La muerte del rey tuvo lugar en su corte de Cangas de Onís en 757, cuando contaba 74 años de edad y 18 de reinado.—En la crónica de Sebastian, obispo de Salamanca, y en otras cercanas á aquel tiempo, se lee que en tanto los *diligentes palatinos* velaban el real cadáver en las altas horas de la noche, se oyeron voces de ángeles que repetian aquellas palabras de Isaías: *Es llevado el justo por apartarle de la maldad, y encontrará paz y descanso en su sepulcro.* Este estupendo y ciertísimo milagro, añade el mismo obispo cronista, sepan todos que es verdadero, y nadie pueda figurarse que es ficcion, pues que entonces no osaría escribirla.» Fué Alfonso sepultado en el monasterio de Santa María de Covadonga, donde yacia ya la reina, su esposa. En una de las paredes de la ermita construida dentro de la celebrada cueva de Pelayo, está empotrada la muy tosca tumba de piedra que contiene los venerandos restos de Ermisenda y Alfonso; pero solamente se ve la testera de aquella, donde se escribió en el siglo XVI este epitafio, que aunque muy prosáico y de mal gusto, reasume su historia:

AQUÍ YACE
EL CATHOLICO Y SANTO REY DON ALONSO EL PRIMERO
Y SU MUGER DOÑA ERMESENDA,
HERMANA DE DON FAVILA, Á QUIEN SUCEDIÓ.
GANÓ ESTE REY MUCHAS VICTORIAS Á LOS MOROS,
Y FALLECIÓ EN CANGAS,
AÑO DE 757.
NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO.

(1) «In nomine Domini. ✠ Gundisalvus et Fendericus fecerunt istam civitatem sub rege dono Adefonso. In Era DCCC. Olim M. Ausina Modo Lara.» La piedra en que se escribió esta inscripcion se encontró en la ermita de S. Julian bajo la peana del altar. Resulta pues que la antigua Ausina que los moros destruyeran, se reedificó en tiempo de Alfonso el Católico, pero tardaria algunos años á terminarse la restauracion, pues la fecha de la memoria es de 772, muy posterior á la muerte de aquel rey. Creemos sea esta la primera escritura en que aparece el dictado honorífico de *Don* ó *Dono*, abreviacion de la palabra latina Dominus.

(2) Fué pues *Conde* ó asociado en el reino, y en él tuvo origen el condado de Castilla (*Bergunza*, *Antigüedades de España*). El monje de Silos, cronista del siglo XI, fija en doce años, seis meses, veinte dias, el tiempo del gobierno de Fruela en Castilla. Tuvo por hijos á Aurelio y Bermudo el diácono que llegaron á ceñir la corona de Asturias. Del último proceden los actuales reyes de España.

(3) Alfonso erigió este monasterio el 21 de febrero de 746, á persuasion de su esposa, y para consagrar un recuerdo al desventurado Fabila, que murió muy cerca de aquel sitio. En la portada de la iglesia y en los chapiteles de las columnas del interior de la misma, se ve esculpida la hecha de aquel rey con el oso. (*Sandoval*, *Morales*, *Yepes*, *Carballo*, *Florez*, *Risco* y otros.)

(4) Llamanse así las cubiertas del cáliz.

MEMORIAL
DE DON RODRIGO CALDERON,
MARQUÉS DE SIETE IGLESIAS.

SEÑOR:

De parte del Marqués de Siete Iglesias se suplica á V. M. se sirva de pasar los ojos por este memorial en que no pide á V. M. justicia, pues de esa le asegura le suma rectitud de V. M., sino pretende que

(1) El erudito Risco duda de la autenticidad de estas escrituras, por mas que las copias que de ellas existen sean antiquísimas, y el latin en que estan redactadas tan bárbaro y desconcertado, cual el que se usaba en el siglo VIII.

(2) El jesuita Carballo.

(3) La crónica de Sebastian de Salamanca la llama *Sierva;* otras antiguas *Ancilla*. El obispo D. Lucas de Tuy espresa era de *Caso* y en estremo hermosa. Morales la supone mora. En el concejo de Daso dicen que nació en una antigua torre, que aunque se ve en el pueblo llamado Campo-de-Caso, les pertenece hoy á los condes de Nava.

tenga parte en su causa la gran piedad y clemencia de V. M., que es la que da estabilidad y firmeza á los reales tronos y la virtud mas digna de un tan gran Rey, de la qual siempre se ha prometido el Marques que se ha compadecido el magnánimo y real pecho de V. M. de sus desgracias y de su caida, que tambien enterneció la miserable caida y pecado de Adan el corazon de Dios su criador con ser el ofendido, y la encarecen los santos con decir que viendo la miserable caida de Adan la lloró el Criador, y le acompañaron los ángeles en el llanto y todas las virtudes celestiales, los cielos y la tierra y todas las criaturas.

Y porque es conveniente que se use de la piedad y clemencia con causas justificadas, se suplica á V. M. considere que no solamente el empeño de estas virtudes es compadecerse y perdonar las penas que los delincuentes merecen por sus culpas, sino tambien compadecerse de los inocentes y falsamente acusados y á quien su propia desgracia ha traido á estado miserable, y no solamente socorre la clemencia á la inocencia, sino tambien á la virtud; porque es tan poderosa la mudanza de los tiempos, que con ella sucede que lo que primero fué alabado y tenido por bueno despues se juzgue por malo y digno de pena, y en todas estas materias hallará empleo la gran piedad y clemencia de V. M. en la causa del Marques, pues junto con algunas culpas y descuido que avrá tenido, hallará V. M. que en las causas principales de que ha sido acusado y de que dieron ocasion á su prision y á su desgracia tiene el Marques mucha inocencia y está calumniado con algunas apariencias falsas que han puesto en peligro la honra y reputacion del Marques y su casa. Y tambien hallará V. M. otras acciones que cuando se hicieron se tuvieron por servicios y dignas de alabanza y la mudanza de los tiempos las hace aparecer delitos, y en unas y en otras tendrá justísimo empleo la gran clemencia de V. M., particularmente si considera las razones siguientes:

Lo primero que las acusaciones y visitas que se le han hecho al Marques ha nacido de conocidísima pasion y embidia de tantos y tan poderosos émulos como la inventaron, y en prosecucion de ella se han visto tan monstruosos efectos como suele causar una desenfrenada pasion, pues han usado de la prosecucion de esta causa sus émulos de algunos iniquísimos medios hasta fingir apariciones de difuntos y hasta presentar por testigos que dijesen lo que habian oido á unos endemoniados, y otros que deponen de indicios manifiestamente falsos y hablan mas fundados en la temeridad de sus juicios que en la verdad y temor de Dios, y en tales deposiciones se deja entender quanto avran escedido testigos presentados con tan gran pasion y quan sospechoso es lo que se ha opuesto al Marqués aunque estuviese probado.

Item, que su descargo no ha podido ser igual á las diligencias que se habian hecho para sus cargos, así por la poca comunicacion que ha tenido como porque apenas ha habido testigo que quiera decir por temor de tan poderosos émulos como ha tenido, y porque muchos de sus descargos dependian de la confidencia con que vivió y sirvió á los pies de S. M., que tiene el cielo, y debaxo de la mano del Cardenal Duque, de la cual confidencia nació el no haberse prevenido el Marques de muchas cosas que importaban para su seguridad, por la fée con que vivió de la grandeza de S. M., y aunque despues recurrió á sus pies suplicándole declarase algunas cosas tocantes á su justicia, S. M. no lo hizo tan cumplidamente como convenia á la justicia del Marques, parte por no aver avido quien le pudiese traer á la memoria algunas cosas que verdaderamente pasaron, y parte por averles atajado la muerte y la desgracia del Marques y tambien el Cardenal Duque por algunos justos respectos, se han abstenido de declarar mucho de lo que á la justicia del Marques tocaba, con lo cual no ha podido quedar tan clara como convenia.

Destos dos principios se colige que si la causa del Marques se mirase con todo rigor á lo alegado y provado por los contrarios con los pocos descargos que el Marques ha podido hazer se caeria en manifiesto peligro grave de castigar en él las culpas en que está inocente y cuando se ofrece tan manifiesto peligro, mejor y mas seguro es dexar de castigar la culpa que esponerse al peligro, de castigar al inocente, y el mismo aura en el esceso del castigo, que es la razon mas fuerte que puede inclinar la gran piedad y clemencia de V. M. y aun obligarle á que muestre su grandeza templando el rigor que los jueces atados á las leyes suelen usar por no tener libertad de dispensar en los rigores, sino de ejecutar en lo alegado y provado. Y aunque algunos de los cargos que se le hacen al Marques tocan en materias de estado muy graves que las resolvió el consejo de Estado, ó S. M. mismo con consejo de algunos de los mas graves ministros, los cuales si les imputasen la culpa del Marques aunque las hubiese fomentado y solicitado seria condenar por delito lo que entonces fué estimacion, pues de enderezar lo que S. M. y sus consejos resuelven antes merece premios que pena, y para la no padecer sin culpas es justo que intervenga la gran piedad de V. M.

Item, es justo considere la grandeza de V. M. que las culpas que al Marques se le atribuyen se cometieron entre muchos servicios hechos con grande amor y fidelidad, y no es justo se pesen los unos sin los otros; porque si un servicio de importancia echo al príncipe despues de algun delito es bastante conforme á las leyes para absolver á cualquiera delincuente de la pena aunque sea capital, no deben ser de peor condicion los servicios que se han hecho antes de los delitos, ni menos los que se juntan con ellos para merecer que la gran piedad de V. M. temple y modere la pena que la culpa merece.

Item, suplica á V. M. que considere el gran rigor y estraordinario estilo que se ha usado con el Marques, aun hasta el modo de mandarle sentenciar; pues siendo costumbre asentada y justificada con razon fortísima de justicia que ningun juez que haga la visita la sentencie, ni aun tenga voto en ella, y ejecutándolo esto tan inviolablemente, que aunque el juez sea gravísima persona y constituida en grandísima dignidad, no le da lugar á que sentencie la visita que ha hecho, como son ejemplares, el arzobispo de Santiago, que es hoy, que habiendo hecho la visita al reino de Nápoles, siendo arzobispo de Salerno y despues obispo de Badajoz, y habiendo venido á esta corte á dar cuenta de la visita y mandádole presidir en el consejo de Italia, en el ínterin que venia el conde de Lemos, y habiéndole dado el arzobispado de Santiago, no solamente no le remitieron la visita para que la sentenciase, sino antes le señalaron jueces á quienes diese cuenta de ella, y ni aun voto le concedieron en las sentencias, y lo mismo se hizo con D. Juan Zapata, del consejo de la general Inquisicion y Obispo de Zamora, en la visita que hizo de la Chancillería de Granada, y lo mismo con todos cuantos han hecho visitas hasta el dia de hoy, lo cual tiene dos razones fundamentales, fortísimas, que son; la primera, la general presuncion que ay contra los que hazen la visita y forman el proceso de que se inclinan siempre al rigor y se aficionan tanto á la causa que han echo, que muchas veces les parece que está provado lo que no hay indicios bastantes para preguntar al reo; y la segunda, porque el juicio de la visita es sin apelacion, ni le queda otro recurso al sentenciado, sino que es fuerza se execute la sentencia primera que se diere, y si no se fia al que ha hecho el proceso el darla, porque no quede damnificado irreparablemente el visitado, por sospecha de que se excedió y no se hizo justicia, y todas estas razones se han atropellado con el Marques, no se sirviendo V. M. de darle jueces, sino mandando que los mismos que hicieron la visita la sentencien, y siendo este un juicio sin apelacion, y estando la sospecha, la costumbre y la ley contra los jueces que hicieron la visita, si la gran piedad de V. M. y su gran clemencia no entrase templando el rigor que se puede temer de los jueces en caso semejante, seria irreparable el daño que el Marques padeceria, y dudosa la justificacion de la sentencia.

Tambien suplica á V. M. considere que el Marques no ha tenido ministerio alguno por el cual debiera ser visitado, porque en el que tuvo de los papeles de la Cámara, es ocupacion nunca jamás sujeta á visita, y así ninguno de sus antecesores ha sido visitado; y siendo la visita un juicio tan irregular y tan riguroso, mandarle hazer á quien no esté sujeto á él por razon de su ministerio, es rigor que si la gran clemencia y piedad de V. M. no se templase en la sentencia, se podria tener por grandísimo, por haberle faltado al Marques, que en otro género de juicio pudiera aver tenido, y caso que aquel ministerio se pretendiera estar sujeto á visita, está ya cumplido con ella, pues S. M. que esté en el cielo mandó á D. Fernando Carrillo el año de 1607, que visitase al Marques, y juzgaron la visita al Conde de Miranda, D. Juan Idiaquez, y el padre confesor que entonces era juntamente con D. Fernando Carrillo, y dieron por libre al Marques, y en consecuencia de esto dió S. M. una cédula en favor del Marques, y habiéndole mandado hazer segunda visita sobre los mismos artículos de que entonces fué dado por libre, es muy digno de la clemencia de S. M. apiadarse de tan gran miseria y templar la sentencia, porque es muy digno de los reales ánimos no segundar el golpe que una vez se hizo.

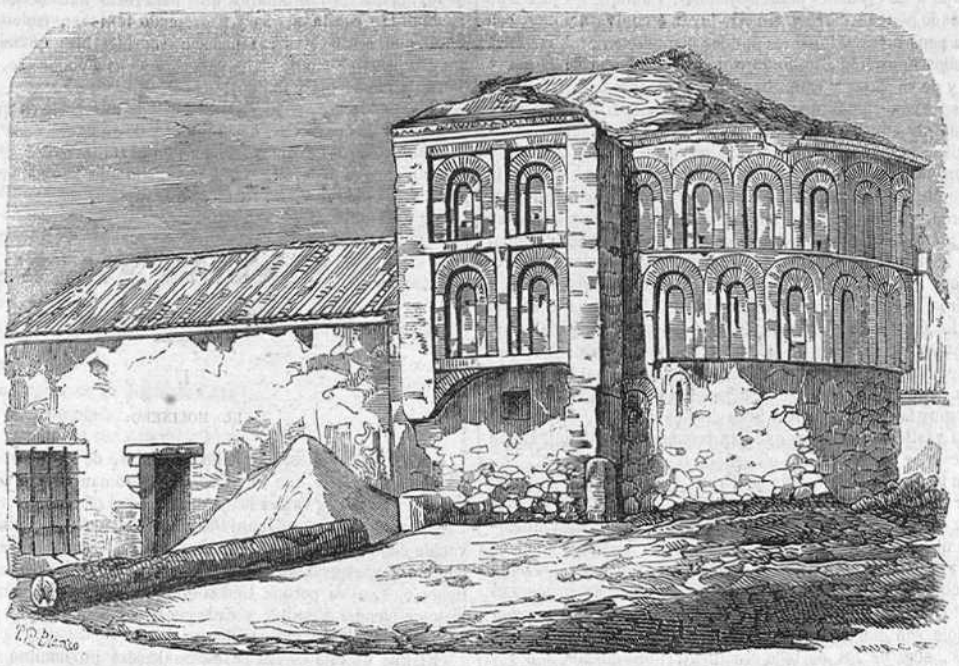
Item, siendo la culpa de aver recibido algunas dádivas y presentes notoria á S. M. que esté en el cielo, y aun habiendo sido la noticia no solo de lo que verdaderamente el Marques recibió, sino aun de mucho mas, que por relaciones falsas, S. M. avia entendido; con todo eso, S. M. se sirvió de condonarle y perdonarle estas culpas y asegurarle que no seria visitado, ni agravado por ellas como consta por sus Reales Cédulas y papeles en esto, pues en todas, por virtud de estas se hizo verdaderamente del Marques lo que antes pudiera pretender el Fisco, pues por la condonacion y perdon de S. M. parece que quitó el derecho que el fisco en nombre suyo pudiera pretender, lo cual es muy considerable, y mucho mas el ser tan sagrada la fé, que los Reyes deven á sus palabras y á sus Reales Cédulas, que en ambos fueros no puede tener falencia ni escusa que baste, y mucho menos en el interior ni conforme al presumirse fraude considerable en las cédulas en que S. M. hizo esta condonacion y gracia, pues tuvo noticia de las culpas y penas que perdonaba y las quiso voluntariamente perdonar, sin querer dar lugar á que por ellas fuese el Marques molestado.

Tuvo S. M., que tiene el cielo, muy fuertes motivos para esto

como él lo muestra en las mismas cédulas, diciendo que es su voluntad concederlas por los servicios del Marques y por otros justos respetos y causas, las quales siempre se han de entender fueron bastantísimas, y que en quantas cosas podia S. M. dispensar que las dispensó todas. Y cuando no hubiera otra causa mas que una sola, que todos la tocamos en la mano, era bastantísima para que S. M. hiciera toda la dispensacion que podia, que es los muchos y muy poderosos enemigos que el Marques tenia, que siempre estaban calumniando sus acciones y amenazándole de muerte, llenos de envidia y pasion contra él, por lo qual era justísimo el temor que el Marques tenia de que sus enemigos le avian de destruir, aunque fuese con calumnias y falsos testimonios. Y representada esta razon á S. M. y conociendo quan grande era el peligro del Marques y quan verdadero y sin ficcion, tuvo bastantísima causa para dar las cédulas que dió, y remitir las culpas y penas que perdonó por cerrar la puerta á que no le opusiesen y provasen los émulos las culpas que no habia cometido, y teniendo por mejor perdonarle las que avia hecho, que dejarle en manifiesto peligro de que fuese acusado y padeciese en la honra y en la vida por las culpas que nunca avia cometido, y esta razon se ha descubierto mas y mostrado la fuerza que tenia con la experiencia de esta causa de que consta evidentemente quan falsamente ha sido el Marques acusado de algunas cosas gravísimas, y quan iniquos medios se han inventado para provárselas.

Y no fué esta dispensacion y remision de penas contra la pública utilidad, antes muy en favor de ella, pues ninguna cosa ay que tanto contradiga al bien público como abrir las puertas á la venganza, á la emulacion y á la envidia y á la mala voluntad, y á las calumnias y malas voluntades y falsas acusaciones, ni cosa mas en favor del bien comun y propia utilidad que cerrar las puertas á todo lo sobredicho y á los falsos y calumniosos acusadores, porque no havria honra segura si esto no se hiciese así, y toca á la grandeza del Príncipe, particularmente quando los enemigos y émulos son los mas poderosos del reino, escusar del peligro de sus calumnias y enemistades á cualquiera vasallo, quanto mas al que aviendo servido á sus piés y crecido á su sombra era tenido por criatura propiamente suya; y así movió fortísimamente esta razon el ánimo de S. M. por muy justo título, y fué muy en favor del bien comun la dispensacion hecha, y pudo muy lícitamente hazerla.

Y oy toca á la rectitud y á la grandeza y reputacion propia de V. M. y al bien público el mandar guardar estas Cédulas Reales á la rectitud, porque es justicia guardarlas, siendo como son verdaderas y dadas con tan gran consideracion y tan gran fundamento de ra-



(Ermita de los Milagros.—Talamanca.)

zon, y toca á la grandeza y reputacion por la veneracion que debe V. M. á las acciones, palabras y Cédulas Reales de su gran padre y señor nuestro, y seria estimarlas en menos si V. M. no las hiziese observar puntualmente; y si la fée en guardar palabras entre todo género de naciones es tenida por cosa sagrada y entre todo género de hombres por tan de estima que todos hacen reputacion de guardarla, y no ay quien no tenga por bajeza el quebrarla, quanto mas es justo que esto tenga fuerza en la grandeza de V. M., haziendo guardar las palabras y Cédulas Reales que dió un tan gran Rey, y á quien debe V. M. tan gran veneracion por ser su padre. Y esto tambien toca al bien público, porque si las palabras y Cédulas Reales se violasen ó desacreditasen, el pueblo se retiraria teniendo por cosa sin valor y sin crédito las promesas de los Reyes y los asientos echos con ellos, cosa de que nacerian grandes inconvenientes para el bien público y aun para el particular de los Reyes, y si V. M. consiente perder el respeto á las Cédulas y palabras reales de su padre, que esté en el cielo, que no son contra el patrimonio real ni contra el bien público, abriria la puerta y daria ejemplar á muchos inconvenientes que no estan bien á su grandeza.

Y no baste decir que S. M., que esté en el cielo, permitió siendo vivo quebrantar estas Cédulas Reales, y dió lugar á que el Marques fuese visitado y consiguientemente á que fuese con rigor juzgado, porque á esto se responde que S. M., que esté en el cielo, le persuadieron las voces de los émulos del Marques, que era agresor de tan inormes y atroces delitos, y consiguientemente que no era digno de que se le guardasen cédulas ni palabras reales, á quien avia cometido crímenes *læsæ majestatis* tan graves y tan atroces; y dejándose llevar de este dictámen S. M. dejó correr las cosas con toda libertad, sin reparar en las Cédulas y palabras reales; pero aora, señor, ya que consta no ser el Marques agresor de tales crímenes y tales delitos, *læsæ majestatis*, qué razon hay para justificar el no guardar las cédulas y palabras reales? Y sin duda se esperaba de la grandeza de S. M. que ajustándose esta verdad, que el Marques no era agresor de los crímenes que se le oponian, usara de su gran piedad y clemencia tan conforme á su grandeza; y á la de V. M. toca aora hacer lo mismo en la ocasion presente.

Y lo segundo se responde que aunque fuera verdad el aver cometido el Marques los crímenes *læsæ majestatis* que le oponian, no habia cosa que le obligase á quebrantar las cédulas y palabras reales, ni aunque lo justificase, porque si eran verdaderos los crímenes sin quebrantar la cédula ni palabra real, sino antes conservando la grandeza que en guardarlas consiste, tenia perdida el Marques la vida, la honra y la hacienda con que se acababa con todas sus cosas. Luégo quando hubiera cometido estos delitos no avia necesidad de quebrantarle las palabras reales, y mucho menos no los habiendo cometido, pues no lo habia desmerecido. Y así toca á la grandeza de V. M. el mandar

guardar al Marques sus cédulas, ó por lo menos tener atencion á ellas.

Templar el rigor que los jueces sin atender muchas veces á estas razones de equidad y de la grandeza de V. M. intentan sus sentencias, para lo cual hallará V. M. razon de la pública utilidad, pues lo es y digno de la grandeza de V. M. compadecerse de un hombre desgraciado, perseguido de sus enemigos y afligido por tantos caminos, y no consentir que logren la venganza que intentaron sus émulos.

Y caso que diga, la utilidad pública consiste en dar escarmiento á los demás, suplica á V. M. considere aquel escarmiento que se ha dado con el rigor que él ha hecho en las personas del Marques, es tan grande, que el que no escarmentase con él, no avra rigor ninguno con que escarmiente. Y después de tanto rigor y tanto escarmiento, antes toca á la pública utilidad que sepan que sabe V. M. usar de piedad y clemencia, que es el medio con que se suelen hazer amar los Reyes, porque si todo fuese temor nacerian de ello muchisimos inconvenientes.

Item, la principal pretension de los émulos del Marques ha sido fomentar la voz de que era agresor de crimenes *læsæ majestatis*, y en esto se han empeñado, de manera que quando ven que no ha podido su malicia llegar á alcanzarlo, pretenden que no quede del todo libre de esta mancha y infamia, y así estan á la mira y hazen diligencias para que al Marques se le aplique penas por otras culpas, la cual ellos pueden prohijar á los crimenes *læsæ majestatis*. Y aunque los jueces en sus sentencias lo pongan claro y sin dar lugar á equivocaciones, con todo eso si la pena fuese tal que los émulos la pudiesen prohijar á las culpas que ellos opusieron, lo harán con gran perjuicio de la honra del Marques y de su casa, y como han sido poderosos para infamarle tan gravemente con culpas que no cometió, tambien lo serán para tener perseverante aquella infamia con aplicar la pena á las culpas que ellos opusieron, aunque en ellas esté por sentencia declarado por inocente, porque como la sentencia la verán pocos y solo suena en la voz del vulgo la pena, tendrán ellos libertad y potencia para publicar lo que quisieren, y así toca á la grandeza de V. M. mirar por la honra del Marques y aun por la reputacion comun de estos reynos, la qual ha padecido hasta ahora, y padecerá si se prohijasen á los crimenes graves la pena que se diese al Marques, y deste peligro suplican á V. M. se sirva librarle, no permitiendo que se le dé pena que sea de calidad que los émulos la puedan prohijar á las culpas infamatorias, pues no las ha cometido, pues no solo toca á la grandeza de V. M. el curar por medio de la justicia al vasallo enfermo, sino tambien el cuidar que la herida que se le haze no deje señal afrentosa en el honor, lo qual seria muy fácil templando la gran clemencia de V. M. el rigor de que suelen vestirse los jueces que han criado causas de la calidad que ha sido esta, y en que se han empeñado tanto.

Y aunque la piedad y clemencia del Príncipe cuando toma la mano son aguardar á la satisfaccion del reo, justifica la gracia que le haze recibiendo en descargo de las penas debidas su propia bondad y liberalidad. Y esto mismo espera el Marques de la gracia, piedad y clemencia de V. M.; pero ahora de las satisfacciones arriba dichas representa á V. M. muchas y muy considerables que ya ha dado; la primera es averle opuesto al Marques delitos tan atroces y tan infamatorios y por ellos prendídole con tan gran ruido y tan gran escándalo, no solo de estos reynos, sino de los de todo el mundo, presumiendo todos y teniendo por evidente el ser el Marques agresor de todos los delitos atroces, que sonaban con tan grande infamia de su persona que desde oriente á poniente no ha quedado Señor, Príncipe ni vasallo en cuya opinion no haya estado gravísimamente lesa la fidelidad y reputacion del Marques con la mayor infamia que podia oponer en el mundo, y siendo esta pena de la infamia tan grave, y mas en tales materias, y habiéndola padecido el Marques tan inocentemente, como consta de los procesos, suplica á V. M. la tome en desquento de otros descuidos y culpas; pues pena tan grave basta á purgar quantos delitos se hubieran cometido, como no hubieran sido *læsæ majestatis*, quanto mas culpas inferiores como son las que el Marques puede haber cometido; y aun parece que para resarcille el daño que por tan grande infamia ha padecido, era menester muchos favores y demostraciones que soldaran tan grande quiebra, y pedir que se tome esto en desquento de algunas culpas inferiores no parece esceso, sino cosa justificada.

Item, lo que el Marques ha padecido en casi dos años y medio de prision, mudándole de tres cárceles, y esta última tan rigurosa y con tan grandes descomodidades y sin un criado suyo que le sirviese, estando él de hordinario con tan poca salud y aviendo padecido en este tiempo tantas enfermedades y aviendo estado siempre sin luz, si no es de velas, y lo mas del tiempo á puerta cerrada, y tratándole con tan gran rigor en razon de no darle misa y confesion, cosa que aun á los mas graves delinquentes no se les suele negar, y en hombre que ha tenido tan grandes puestos como el Marques es mas considerable.

Item, la gravedad del tormento tan riguroso que el Marques padeció ocasionándole mas las vozes de sus émulos y el aver pregonado ellos que si se le daban confesaria el Marques los delitos que se le oponian, que no lo estava provado contra él, ni de los indicios que de lo procesado resultaban, y siendo la pena del tormento tan grave en persona que ha tenido los puestos que el Marques, y con que se purgan aun los delitos reales y verdaderos, quando no estan suficientemente provados, y constando ya, como consta, de que tales delitos no ha avido ni el Marques los ha cometido, y habiéndose desvanecido los indicios remotos, que de la temeridad de lo que algunos decian resultaban, justo es que se le tome el tormento en descargo de otras culpas, si constare averlas cometido, pues le padeció por las culpas que falsamente le impusieron sus émulos; y mucha mas fuerza tiene esto no aviéndose procedido con él para el dicho tormento con el estilo que el derecho y las leyes disponen en semejantes ocasiones, para que pudiera defenderse.

Item, los grandes daños que el Marques ha padecido en su hacienda con tan notables y escesivos gastos como ha sido forzoso hazer en tan largas prisiones y con tantas guardas y diligencias como se han hecho, los quales parece justo tomar en desquento de las penas que se le hubieren de imponer en materia de hacienda y tomar á quenta todos los daños que en ella ha padecido.

Y así mismo las descomodidades y trabajos, tribulaciones y peligros en que se ha visto su padre del Marques, y la Marquesa su mujer y sus hijos inocentes, y los deudos que les han asistido en semejante ocasion y los gastos estraordinarios que para esto han hecho, caminando siempre tan cuesta arriba y padeciendo tanto en enderezar esta defensa que todas estas razones son considerables quando los delitos porque principalmente se ha padecido viene á conocerse ser manifiestamente impuestos y finjidos.

Compadézcase señor V. M. del estado miserable en que se halla el Marques y de la afliccion de su mujer y de su padre y sus hijos inocentes. Y si todas las razones referidas no bastan, supla la gran bondad y la gran piedad de V. M. lo que falta, con que se reducirá á igualdad todo. A los pies de V. M. rendido se lo suplica.

EL GUARDIA DEL REY.

NOVELA HISTORICA.

I.

EL MOLINERO.

—Muy instruido estás, amigo Santiago, de lo que al rey atañe y á su familia: cierto que tu aficion á los romances y leyendas te dan luces... y ¡vaya! ¡vaya! has equivocado el oficio.

—¡Qué cosas tienes, Juan! Basta un mediano conocimiento y observacion de lo que es el mundo, para sobresalir de la generalidad de los hombres, y especialmente de los de nuestra clase, que ven porque tienen ojos, oyen porque tienen oidos, y son poco menos... pero no trato de ofender á nadie, y cada cual viva á su antojo, y aproveche como le cumpla sus mejores disposiciones.

El que de esta suerte se espresaba era un hombre de cuarenta años, robusto y de buen humor, mas despejado que todos los que con la boca abierta le escuchaban, y de sanos y puros sentimientos.

Llámase Santiago, jefe ó dueño de un molino á corta distancia de Toledo.

Tres ó cuatro parroquianos hacianle compañía á las primeras horas de una noche lóbrega y lluviosa, de aquellas en que el fuego del hogar se hace mas consolador y apetecible.

Discurrian acerca de la época, últimos del reinado de D. Alfonso *el Sabio*, y el molinero exageraba sus talentos, que positivamente fuéron estraordinarios, atendida la oscuridad de su tiempo, así como no lo fuéron menos las crueles contrariedades de su vida.

—El rey, decia Santiago, el nieto ilustrado de Doña Berenguela, el hijo de Fernando, conquistador de Sevilla, en cuyo sitio se halló el mismo Don Alfonso, esclarecido en las armas y en las letras, se le calumnia... y se le llamó hereje!!... ¿Y por qué? ¡Pardiez que es injusticia!... Porque ha mandado venir á cinco ó seis astrónomos para que observen los movimientos de las estrellas... ¿Y es esto brujeria?

Los astros nos indican las mudanzas de los tiempos; y el hombre, atento á su curso, dispónese á conservar su salud, á regularizar su vida, y al cultivo de los campos, y todo lo que sea descubrir los misterios de la naturaleza, es para mayor honra y gloria del Hacedor supremo, cuya sabiduría se trasluce en las cosas mas insignificantes del cielo y de la tierra. El rey, al propio tiempo que se asocia á esos que llamais *brujos*, y yo hombres de ciencia, combate á los infieles, crea obispados, prohibe el lujo, y da muestras de verdadera y cristiana pie-

dad. Dígase que no tiene suerte, y que hasta los hijos de sus enemigos... y si no, hay teneis á D. Sancho... ¡qué iniquidad! Hoy se apresta á imitar la conducta de los rebeldes Laras... de esa ilustre familia, que ha envuelto el reino en ódios y turbulencias.

—Como que dicen que se lo han pronosticado esos *fisicos*... Yo les daria con un hacha en la cabeza... son mas hechiceros!... Ellos tienen la culpa de lo que al rey le está pasando.

—¡Calla, Juan!... son cosas que no entiendes.

Santiago quedó como si aplicase el oido hácia un ventanillo que daba al Tajo, y observado que fué por uno de los compañeros, le preguntó sonriéndose:

—¿Qué escuchas? Paréceme, Santiago, que te das en demasía á las cosas de duendes, *sinos* y misterios... ¿Y tú crees en los relumbrones de las estrellas? ¡Para el necio que se fiase de sus pronósticos!...

—Soy de opinion, dijo el molinero, de que nos retiremos á descansar; la noche arrecia, y es á propósito para dormir aunque solo sean dos horas.

Levantáronse, le siguieron, y cada uno fué á su retiro, ínterin les tocaba el turno de su tarea.

Santiago, después que hubieron de alejarse, esclamó para sí: ¡pese á mi ánima, si no he oido la voz de un hombre... y algunos lamentos!... ¡Nuestra Señora del Valle le favorezca!... Algun desventurado es víctima quizás de injustos perseguidores... Nos hallamos en unos tiempos... que... A la sazon entreabria la ventana, y dijo, cerrándola de repente: ¡Oh! no me engañé... llevan un farolillo.. y á estas horas, y por entre esos peñascos... no adivino qué diantres pueden buscar... ¡Dios sobre todo! Y se retiró.

Veamos lo que ocurria á las márgenes del Tajo.

Bajaron á un sitio escabroso dos hombres, conduciendo á otro, sujeto por un cordel, que llevaba el último, y alumbrando la senda un farol que debajo de la capa traia el primero.

—Ya hemos llegado: reza una salve: fia tu salvacion á la Virgen, y disponte á caer á lo profundo del rio: debieras bajar muerto; pero por mi parte no tengo valor para herir á sangre fria á otro hombre, y mucho menos si no me ha ofendido.

—¡Soy inocente! esclamaba con voz apasionada y melancólica el infeliz que aparecia como reo.

—No te exigimos esplicaciones: no somos jueces ni confesores: cuando el rey lo manda...

—¡Imposible!!!

—¡Tú eres un espía de D. Juan de Lara!

—¡Es una vil calumnia!...

—Nosotros cumplimos con arrojarte al rio.

—¡Qué impiedad!... Yo solo traje una carta, y...

—¡Silencio!

Acordándose aquel desdichado de que muchas veces el interés suele ser el móvil de las acciones humanas, habia deslizado unas cuantas monedas en la mano del que le traia sujeto de la garganta con un cordel, y tuvo la suerte de despertar la compasion en el pecho de un hombre capaz de cualquier infamia.

—Soy de parecer, dijo á su compañero, de que abandonemos á este pobre diablo, y nuestra conciencia se salva con manifestar que se ha cumplido la órden. Yo tambien, como tú, soy opuesto á ofender á nadie sin motivo.

—¿Y D. Gonzalo?

—Creerá lo que se le cuente.

—No me atrevo.

—Pues yo respondo: ¡ea! buen hombre, libre estais: pero una condicion: no volvais á reaparecer por estos sitios, y lo menos por un año debeis estar ausente de Sevilla. ¡Dios te ampare!

Y desaparecieron, dejando enajenado de temor y de sorpresa al triste, que tuvo ante sus ojos una muerte cierta y espantosa.

La noche era tan fria y oscura, que no acertó en mucho tiempo á colocarse en la senda en direccion al molino, cuya luz percibia con el júbilo que en alta mar y en medio de la borrasca descubre el piloto el brillante faro del puerto.

Después de mil afanes y del miedo de verse otra vez en manos de sus desconocidos agresores, ó de sepultarse por la oscuridad en el Tajo, y no sin haber sufrido fuertes golpes contra las piedras, de cuyas resultas llevaba ensangrentado el rostro, dió con la suspirada senda, y por último con la puertecilla del molino.

Escuchó un momento, y resolvióse á llamar.

Estaba el buen Santiago sumergido en hondas ilusiones acerca del suceso del rio, cuando dieron tres golpes á la puerta; levantóse prontamente, y dió hospitalidad á un jóven bañado en sangre, á quien después de ofrecerle algunos auxilios, le hizo sentar junto á la lumbre.

—¿Qué causa os trajo á tales horas por estos sitios? le preguntó el curioso aunque compasivo molinero.

—Perdonad, si no revelo mi amarga situacion, ni los motivos que la han ocasionado: algun dia recogereis el premio de vuestro proceder benéfico: contentaros por ahora con saber que os viviré profundamente reconocido, llevando grabado en el alma el eminente servicio que me dispensais.

Santiago, que era hombre de ilusiones, fijóse una en estremo lisonjera: imaginóse que hablaba con algun emisario secreto del rey, que habia sufrido aquella desventura, y la casualidad de ampararle era ya un seguro indicio de un porvenir dichoso. Dióse toda la importancia que requeria el caso, y no atreviéndose á turbar el sosiego de su ilustre huésped, se retiró á su cuarto, después de haberle rogado, aunque inútilmente, que aceptase una humilde cama.

El misterioso acorrido revelaba una clase decente, por ejemplo la de paje de una noble familia: era muy jóven y de agradable presencia, circunstancia que interesó doblemente al molinero.

Este habia dado parte á su mujer, y se prometia un resultado feliz. Por de pronto, cuando despertó, desvanecióronse las risueñas esperanzas del crédulo Santiago. Su protegido huyó sin despedirse, lo que sintió en el alma, no tanto por la accion, cuanto porque su mujer y sus parroquianos le hicieron larga burla, calificándole poco menos que de loco.

II.

LA TRAICION.

Existia en la corte de Alfonso un jóven caballero, D. Diego Manrique, de bella y simpática figura, de conocida bravura y elevadas prendas morales, dotes que le hubieron de granjear la estimacion de todos, y muy particularmente la del rey.

Unia á tan recomendables circunstancias la de haber sido compañero desde su niñez del infante D. Fernando, cuya muerte sintió tanto como el monarca su padre; y fué de sentir, porque el tal príncipe era de un genial afabilísimo y galante, un tipo de bondad y sumision, enteramente opuesto al de D. Sancho, cuyo carácter nos legó la historia como turbulento, descontentadizo y pérfido.

Manrique profesa un ardiente y puro amor á Doña Isabel Castro de Lara, dama jóven, hechicera, orgullo de su familia y encanto de los que la admiraban. Su estraordinaria hermosura no era superior á su índole candorosa, ni á la lucidez de su entendimiento.

Habitaba en Sevilla con su madre, viuda de un pariente y campeon del partido de D. Juan de Lara, y después un hijo suyo del de D. Sancho, y por consiguiente enemiga incompatible de D. Alfonso.

Esta contrariedad constituia á los amantes en una cruel y amarga desventura; y como si el destino tratase de acrecer su enojo contra dos almas castas y dignas, les presentó un rival temible en D. Gonzalo, palaciego intrigante y envidioso.

Este daba sus pasos, y mas de una vez fué desairado en sus pretensiones por la bella Doña Isabel de Lara.

De la anómala situacion en que se hallaba el reino, surgian graves complicaciones, motivo por el cual Manrique habia salido de Toledo con una mision importante cerca del rey de Aragon, D. Jaime el Conquistador, amigo íntimo y cariñoso, consejero noble y desinteresado del monarca castellano.

D. Gonzalo, en su viaje á Sevilla, redobló sus amorosas instancias... pero sin fruto. Isabel sentia un vehemente cariño por Manrique, y perseveraba en su pasion como la vírgen fervorosa en su constante y dulce ternura hácia el Eterno.

Indignado el rival, espió sus menores confidencias, y tomó á Toledo con el alma llena de ira, sediento de vengarse.

Cuando Isabel juzgó como cierto el regreso de su amante, mandóle un paje en quien fiaba mucho por ser respetuoso y leal administrador del preclaro nombre de su prometido.

Silvio, que así se llamaba, no desconociendo los riesgos de su mision, afrontó de voluntad todas las eventualidades por complacer á su señora, y fué portador de un billete amoroso y de una *banda* hábilmente bordada con el mas esquisito gusto.

Enviósela como un grato recuerdo de su acendrada fé, con el fin de que Manrique, si salia á las batallas ó á los torneos, se adornase con ella, y le inspirase firmeza, amor y denuedo.

La cinta era negra, de raso, y en el fondo una primorosa flor, una rosa de oro, que sirvió como de emblema á fuer de un galardon que la hermosura le remitia, espresando en lo negro el sueño y esperanzado amor:

Si es tu fé pura y cumplida,
la causa no está perdida.

El inesperto paje, si bien precavido y receloso, anduvo no obstante imprudentemente por la ciudad en busca de D. Diego; y habiendo tenido aviso D. Gonzalo Carvajal por una doncella de Doña Isabel, á quien sedujo con generosas dádivas, sorprendió á Silvio en

ocasion de marcharse desconfiado ya de ver á quien afanosamente buscó por espacio de cinco dias.

Quitáronle el billete y la banda y lo sepultaron en una habitacion tenebrosa, desde la cual fué conducido á recibir una inmerecida muerte á la márgen del caudaloso Tajo.

Salvóse del modo que ya saben nuestros lectores; pues Silvio fué el hombre infortunado que debió proteccion al compasivo molinero.

Nada pudo traslucir de sus misteriosos enemigos, y solo después de mucho tiempo recordó haber oido el nombre de D. Gonzalo.

Este falso caballero, en venganza de los desaires de Doña Isabel, supo urdir una inícua trama de la que pretendió hacer víctima al valeroso mancebo y su rival Manrique.

Hallábase el rey gravemente preocupado en los asuntos de gobierno, circuido, digámoslo así, de temores y conflictos, leyendo en las páginas de un cercado y sombrío porvenir la ingratitud y perfidia de muchos de sus antiguos vasallos.

Se dió al olvido con venganza de su fama la pacificacion de Portugal, los tratados ventajosos con el rey moro de Granada, su guerra y convenio con el aragonés, la sumision de Vizcaya, el adelanto de las ciencias y el arreglo de la legislacion, la toma de Jerez, Sidonia y otras plazas, la sumision de Vizcaya, y los triunfos en fin en la florida vega del Darro, serie de hechos gloriosos que debieran inmortalizar su nombre y mantener vivo el respeto de sus ingratos súbditos.

Creyéndose con derecho á la corona imperial germánica, y realmente los tenia, vióse desairado; mas no tanto sintió la repulsa, porque al fin procedia de estranjeros, cuanto las fratricidas guerras que los nobles hicieron estallasen en todo el reino.

Así se vió en la necesidad de sufrir mas duros golpes: su hijo D. Fernando terminó sus dias, y aquella pérdida le fué profundamente desgarradora. Su genial franco y bondadoso constituia las delicias de su embelesado padre. La suerte adversa le arrebató un ángel de dulzura, dejándole en su lugar un mónstruo de fiereza.

D. Sancho, á quien aseguró la sucesion del trono, á quien fió sus tesoros y el mando del ejército, colocóse al frente de los descontentos, y cometió el crímen de acusar á su mismo padre.

Hiciéronle á D. Alfonso los cargos de haber rendido homenaje á Portugal; sus escesivos dispendios, querer entregar á Jaen á uno de los Ordas, y el rescate de la emperatriz de Alemania.

Las Cortes de Valladolid, convocadas por el bastardo interés de sus mas sañudos enemigos, decretaron esta sentencia:

Que D. Alfonso de allí adelante no administrase justicia y le fuesen quitadas las plazas de Castilla, que no se le acudiese con las rentas de sus reinos, que ni fuese acogido ni en villas ni en fortalezas.

(Continuará.)

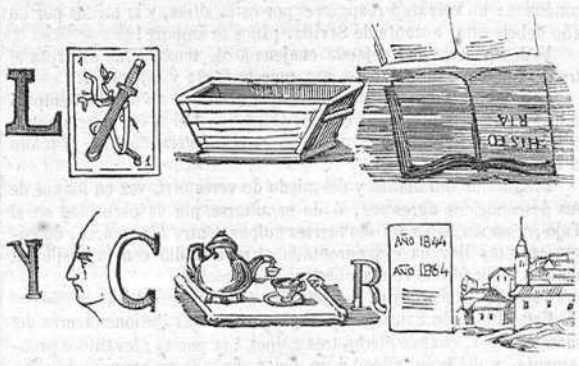
ALFONSO GARCIA TEJER).

HISTORIA NATURAL.

Yo soy Júpiter potente,
papá de los animales;
atencion pues, hijos mios,
y todo el mundo se calle.
¿No veis los brutos que pueblan
el agua, la tierra, el aire?
Yo he creado todos esos
ó aquellos; no hay que enojarse.
Por mí viven los *leones*
muy pesados y muy graves,
con un bosque en los carrillos,
con melenas y con guantes.
Hícelos á uso del siglo,
vigorosos, ideales,
globos llenos que no suben
y cerillas de Cascante.
Siempre estan entre las damas
para hacer habilidades,
y quisieran ser falderos
porque en brazos los llevasen.
Muchos *asnos* hice luego;
(en Madrid los hay muy grandes),
y les di coche tirado
por sus pobres semejantes.
Les tapé orejas y cola
y parecen racionales:
mientras callan no va malo;
Dios nos libre de que hablen.
Después dije: allá van *osos*,
(hoy estan muy abundantes)
centinelas sin consigna,
postes vivos y de carne:
aunque sirven de atalayas
no hay gobierno que los pague;
si los cazan como fieras,
¿dónde habrá jaulas bastantes?
Los monos se subdividen
en *sapientes* é ignorantes:
de aquellos se encuentran pocos,
de estos hay en todas partes.
Lleno tengo el universo
de *camellos* y *elefantes*,
que siempre sacan la oreja,
aun por mucho que se tapen.
Para azote de los hombres
se pasean por las calles
mucho *lobo* y mucho *zorro*
que nunca pierden el hambre;
muerden la mano que estrechan
al que llega á descuidarse,
y comen casas, ladrillos,
alhajas y matorrales.
Hay *lagartos* y culebras
mas astutos que una cárcel,
y que sin ser la de Adan
á muchos hacen adanes.
No faltan muy buenos *peces*
con escamas formidables,
y *ranas* que no son ranas
para saber lo que hacen.
¡Qué bien provisto está el mundo
en la clase de las aves,
escribanos en las plumas,
poetas en remontarse!
Porque hay *buitres* carniceros,
y unas *águilas* rapaces,
que en agarrando un caudal
se hacen águilas caudales.
Hay tortolitas viudas
civiles y militares,
palomas de cuarto bajo,
cotorras y gavilanes.
No quiero deciros mas,
que enojan los animales,
y en este pícaro mundo
no hay cosa que no nos canse.
Acuda si queda alguno,
y quiere que le retraten,
á un muchacho amigo mio
que podrá hacerle un romance.

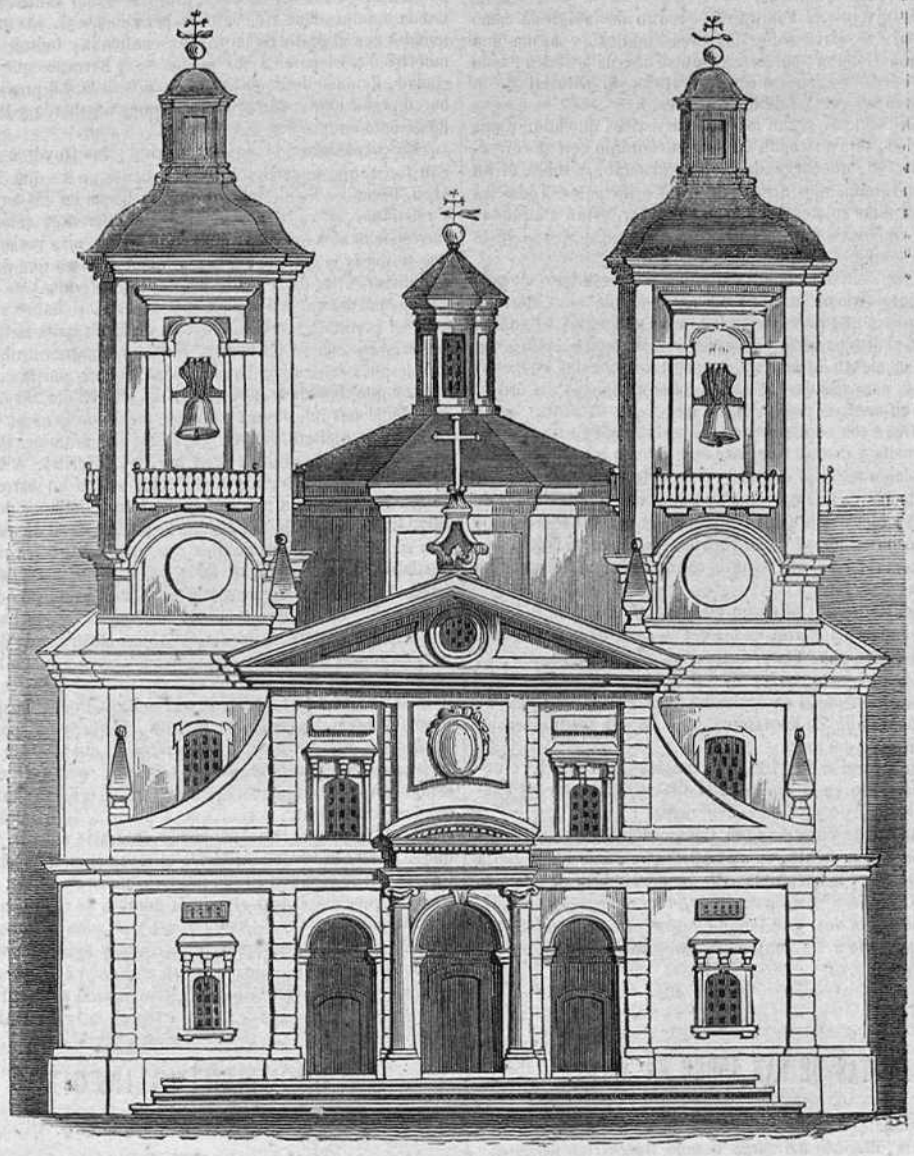
JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



FERROL.—IGLESIA PARROQUIAL DE SAN JULIAN.

La iglesia de San Julian del Ferrol está situada en el centro de la nueva poblacion, entre esta y sus magníficos arsenales.

Es de un efecto tan pintoresco, que no solo por esto, sino tambien por su arquitectura, merecia este monumento un lugar en la esposicion artístico-literaria, que desde el año de 1836 refleja en sus columnas todos los monumentos notables de la nacion; esta esposicion que se llama el SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

A su frente tiene la iglesia parroquial de San Julian un átrio sumamente espacioso. Su elegante cerca, con asientos de sillería por la parte interior del muro, tiene tres entradas; una enfrentando el edificio, y las otras dos colaterales. Su pavimento está perfectamente enlosado; y sobre él y á pocas varas del pórtico de la iglesia, se eleva una gradería que termina en una meseta bastante ancha, y que se prolonga de estremo á estremo de la planta baja de su fachada.

Constituye la entrada de este edificio un magnífico vestíbulo de tres arcos de sillería, que corresponde á otras tantas puertas del interior.

Nada mas vistoso y de buen gusto que su arco céntrico con columnas entregadas y con frontispicio escarzano. Sobre él se admira un medallon con dos grandes ventanas, una á cada lado, para dar luz al coro: estas dos ventanas corresponden á los otros dos arcos estremos del vestíbulo. En ambos lados de este arco céntrico hay una pieza accesoria, cuyas esquinas, almohadilladas de la altura del frontispicio, dan al todo un armonioso conjunto. Estas piezas tienen una ventana que mira al frente, y sirven como de estribos y adornos, por medio de una gran escocia, á las esquinas altas y muy bien almohadilladas de la fachada, la cual termina en un frontispicio agudo, con una claraboya en su tímpano y una cruz de hierro dorado. Esta cruz tiene los remates piramidales en las esquinas altas de la fachada, y en las bajas de las piedras accesorias.

Esta fachada, tan primorosamente ideada como bien concluida, levanta en sus ángulos dos grandes torres de sillería que no pertenecen á ningun órden de arquitectura conocido. Estas dos torres gemelas se destacan en el espacio, vigorosamente esculpidas á ambos lados de la portada. De su planta paralelográmica se eleva un gran cuerpo hasta el nivel de la cornisa principal del edificio, y allí toma como una planta ochavada para elevar sobre ella un cuerpo en forma de sotabanco. Sobre este cuerpo, y siguiendo el mismo contorno, eleva otro cuerpo muy alto, que tiene puertas rasgadas con balcones de hierro, terminando en una bóveda trasdosada y por otro cuerpo menor encima, del mismo gusto que el anterior, sobre el cual está el remate de cruz y veleta.

12 DE FEBRERO DE 1854.

La planta de este edificio es cuadrada. Sobre su área se eleva un crucero con cuatro capillas, cubiertas con bóvedas baidas, y las naves del crucero con bóvedas cilíndricas.

La media naranja que se admira en el centro de la iglesia como una gran lucerna, se eleva sobre los arcos torales, y forma una grande y admirable linterna, cubierta con una bóveda esférica; todo ello pertenecia al órden compuesto con fases áticas sin pedestal, y con zócalo y festones en las volutas de los capiteles.

El interior del edificio, segun los datos artísticos que adquirimos para su descripcion, está adornado en todo su contorno con su correspondiente arquitrave, que sirve de cornisa general, y sobre él un sotabanco del cual rompen los arcos y bóvedas principales. Todas las entradas de las capillas colaterales á la nave mayor, estan adornadas con los arcos é impostas que corresponden al órden que rige en la construccion del templo.

El altar mayor se halla cimentado sobre un presbiterio elevado con gradería frontal, y con una reja de hierro dorado alrededor. Su planta es un trapecio que presenta su lado mas prolongado al cuerpo de la iglesia, y el otro paralelo y mas corto á la espalda. Sobre sus cuatro ángulos se elevan otros tantos pedestales con las columnas correspondientes, pero aisladas, y los capiteles completos del órden. Corona el todo un arco de medio punto que tiene su centro en la altura del arquitrave con cestones y rosetones bien imaginados, compartidos por la vuelta y escocia que hace este arco en relacion al friso, y terminando todo en un átrio elevado y frontispicio agudo.

En el vano de las cuatro columnas y á la altura de la cornisa de los pedestales, se eleva sobre planta ochavada un tabernáculo de buen gusto con ocho columnas y cuatro frontispicios escarzados, sobre los cuales toma forma un remate caprichoso que termina en una cruz.

El interior de este templo es de un efecto sumamente agradable; la iglesia de S. Julian del Ferrol es tal vez la mas bella y elegante que se encuentra en España. Tanto esterior como interiormente, su arquitectura de buen gusto realza de tal modo este edificio, que pocos podrán rivalizar con él en esplendor y magnificencia; pero no en esa magnificencia hija de los tesoros, sino en esa magnificencia, hija de la grandiosidad del arte.

Empezó su construccion en 1765, y se concluyó en 1772. La erección de este monumento en el centro de la dilatada alameda del Ferrol, es una de las curiosidades monumentales de España, que hacen honor á su arquitectura. Visto desde el Campo del General, una altura que se prolonga á su frente, es un edificio que desde luego escita la atencion del viajero, y le hace conservar después la idea de su perspectiva entre los mas lisonjeros recuerdos arquitectónicos de su vida. Sencillo y grandioso á la vez, este templo impresiona agradablemente el ánimo y le predispone á las contemplaciones dulces y suaves de la religion que profesamos.

BENITO JOSÉ VICETTO.

LAS FIESTAS DE SAN JORGE EN ALCOY.

Existe en los anales de nuestra historia un hecho altamente glorioso, que todavía, después del largo tiempo trascurrido desde que acaeció, escita la mas profunda admiracion. Tal es la reconquista, la espulsion de los árabes. Solos y divididos entre sí por intestinas querellas, increible parece que pudieran nuestros mayores llevar á cabo la gloriosa lucha que con ellos sostuvieron por espacio de ochocientos años. Una empresa semejante es sin duda digna del pincel del artista y de la lira del poeta. En ella tuvieron lugar los actos mas celebrados del heroismo español, y en la victoria que fué su consecuencia, apenas hubo un pueblo que dejase de tener su parte.

Pocos habrá que no hayan oido hablar de las fiestas que celebra la ciudad de Alcoy á su patron San Jorge; pero no todos sabrán que esas fiestas tienen su interés histórico, pues son una especie de simulacro de la batalla que allí se dió entre moros y alcoyanos. Nosotros vamos á consagrar algunas líneas á su reseña y al hecho que les dió lugar.

En tiempo de la guerra que con los moros de Valencia sostuvo el rey D. Jaime de Aragon, llamado el Conquistador, Alcoy no era, propiamente hablando, mas que una aldea pobre y miserable, lo mismo que otros pueblos de sus cercanías, y como ellos se vió espuesto frecuentemente á sufrir el yugo de los dos bandos competidores. Por último, Azadrach ó Alazarch, famoso caudillo árabe, atacóle en abril de 1276 con 250 caballos, siendo muerto en el asalto, y dispersa su gente por los de Alcoy, que con la ayuda de 40 que en su socorro les enviara el rey, se defendieron bizarramente. Cuenta la tradicion que durante la refriega se vió pelear en compañía de los cristianos un guerrero que montado en un soberbio alazan producia con sus dardos terrible mortandad entre los moros, y el cual añade era San Jorge. Mas á ser cierto esto, preciso es confesar que disfrutaron por poco tiempo los de Alcoy de la proteccion del santo, pues que cometiendo la imprudencia de salir en persecucion de los moros, envalentonados con el éxito de la primera contienda, fuéron la mayor parte muertos ó prisioneros á sus manos en el barranco que hay al S. de la ciudad, llamado desde entonces *de la batalla*. La providencia sin embargo permitió que Alcoy fuese después repoblado y llegase al estado floreciente en que hoy le vemos.

En conmemoracion de esos sucesos, instituyéronse las fiestas de San Jorge, que se celebran todos los años en los dias 22, 23 y 24 de abril. Divididos los individuos que las hacen en dos bandos, en moros y cristianos, y cada uno de estos en diferentes comparsas con sus correspondientes músicas, ofrecen el cuadro mas variado y pintoresco que se pueda imaginar. La Diana, ó sea el paseo que dan al amanecer por varias calles de la poblacion cuatro individuos de cada comparsa con sus músicas, la entrada después de los cristianos y toma de posesion del castillo construido al efecto en la plaza de la Constitucion; la de los moros con su gravedad, verdaderamente musulmana; el paseo que después dan ambos bandos, y las retretas por las noches, son los objetos que llaman la atencion el dia 22. El dia 23 está consagrado á las funciones religiosas, habiendo procesion general por mañana y tarde, y se repiten la diana y retretas del anterior. Pero el dia de la verdadera fiesta, el de la gran batalla, es el 24. A las nueve de la mañana de dicho dia, los moros reunidos en un estremo de la calle de S. Nicolás envian una embajada á los cristianos dueños del castillo, intimándoles la rendicion. Esta embajada se retira sin conseguir su objeto, pues es acogida con gritos de guerra por parte de los cristianos. Entonces bajan estos del castillo y avanzan disparando ordenadamente sus atronadores arcabuces hasta mitad de la calle de S. Nicolás, en donde los moros les esperan y les hacen retroceder hasta la plaza. Allí, en medio de lo mas encarnizado de la pelea, los jefes de ambos bandos desenvainan sus aceros y suben luchando hasta las almenas del castillo, en cuyo punto, vencidos los cristianos, se tremola el estandarte de la media-luna.—Por la tarde se repite la misma funcion trocando los papeles, y quedando por consiguiente dueños del castillo los cristianos; con lo cual, y con las salvas que en seguida hacen ante el santo *els festers*, concluyen esas fiestas, en las que no se sabe qué admirar mas, si la originalidad y ostentacion que las caracterizan, ó si el que á pesar de la trifulca que en ellas reina, no haya que lamentar jamás desgracia alguna. No negaremos que se falta á la verdad histórica al representar el hecho que las motiva, ni que se cometen en ella impropiedades de á fólio; pero en cuanto á lo primero, discúlpalo el mismo nombre de fiestas con las que mal se avendria ningun recuerdo fúnebre; y en cuanto á lo segundo, el ser hijo del sencillo entusiasmo popular. Así y todo, esas fiestas agradan á todo el que las ve, como nos han agradado á nosotros, porque recuerdan una época grata para nuestro orgullo nacional (1).

M. PARERA.

DOCUMENTOS INEDITOS

RELATIVOS A QUEVEDO.

Señor D. Angel Fernandez de los Rios.

Muy señor mio y estimado amigo: Como el SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, que Vd. tan acertadamente dirige, es el periódico literario que mas ha correspondido á este título desde su aparicion, habiendo contribuido en gran manera á fomentar el gusto y aficion al estudio de nuestros clásicos, aun á través de épocas poco ventajosas para conseguirlo, he creido un deber de que no podia prescindir como entusiasta por la literatura nacional y como apasionado y admirador del gran satírico español del siglo XVII, del inimitable QUEVEDO, remitir á Vd. para que en las columnas del mencionado periódico puedan hallar cabida, los documentos siguientes, cuya copia exacta, fiel y minuciosa de los respectivos originales he debido á la entrañable amistad del señor D. Crisanto Escudero, párroco de San Clemente de la Mancha, persona de aventajado talento y de esquisito gusto literario, que en una espedicion de pocos dias y á distinto objeto, verificada en setiembre último á Villanueva de los Infantes, pudo á pesar de todo dedicarse á recoger estos datos, cuya publicacion de seguro han de agradecer los amantes de las letras y de los ingenios que en ellas tanto han florecido como el autor del *Sueño de las Calaveras*.

(1) Los que deseen mas pormenores acerca de estas fiestas y del estado de Alcoy al tiempo de la reconquista, pueden leer unos *Apuntes históricos* sobre las mismas que van á ver muy pronto la luz pública, obrita curiosa segun se nos ha asegurado, debida á la pluma de D. Antonio Llobet y Val-losera, socio de la Academia de Buenas Letras é Historia de la ciudad de Barcelona.

En la referida villa de Infantes otorgó Quevedo dos testamentos con sus codicilos: el primer testamento y codicilo en 25 de abril de 1645; y el segundo en 26 del mismo mes: este último, cuyas adiciones respecto del primero parecen ser pocas y de escasa importancia, no existe en aquella villa, conservándose en ella el primero, que es como sigue:

«En el nombre de Dios nuestro Señor Amen. Sepan cuantos esta carta de testamento última y postrimera voluntad vieren, como yo Don Francisco de Quevedo y Villegas, Cavallero de la horden de Santiago estante en esta Villa nueva de los Infantes, estando enfermo pero en mi buen juicio memoria y entendimiento natural tal cual Dios nuestro Señor fué servido de me dar, creyendo como fiel y verdaderamente creo en el misterio de la Santísima Trinidad Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero y en todo aquello que tiene, cree y confiesa la Santa madre Iglesia romana, escogiendo por mi abogada é intercesora á la bienaventurada siempre Virgen Maria madre de Dios y Señora nuestra; ella ques madre de misericordia quiera rogar á su precioso hijo me perdone mis pecados y lleve mi ánima á su Santa gloria, y con esta divina creencia é invocacion digo que hago mi testamento é última voluntad en la manera siguiente.

Primeramente encomiendo mi ánima á Dios nuestro Señor que la crió y redimió con su preciosa sangre y pasion.

Iten mando que mi cuerpo sea sepultado por via de depósito en la capilla mayor del Convento de Santo Domingo desta villa en la sepultura en que está depositada Doña Pretolina de Velasco viuda de Don Jerónimo de Medinilla para que de alli se lleve mi cuerpo á la Iglesia de Santo Domingo el real de Madrid á la sepoltura donde está enterrada mi hermana.

Iten mando acompañen mi cuerpo en su entierro las cofradías que obiere en esta villa y los conventos de frailes della y el Cabildo eclesiástico, y todo se pague de mis bienes. Y mando que el dia de mi entierro si fuese ora y sino otro siguiente se diga por mi ánima una misa de requiem cantada con sus diaconos y vigilia como es costumbre y se pague de mis bienes.

Y mando que se digan por mi ánima y de mis difuntos y personas á quienes tuviere algun cargo, ochocientas misas rezadas.

Y quiero y es mi voluntad questas ochocientas misas, la quarta parte dellas se digan en la iglesia del Señor San Andrés, parroquial desta villa y las demás se digan en los conventos desta villa cada uno doscientas rezadas.

Iten mando á las mandas forzosas lo que es costumbre.

Iten quiero y es mi voluntad se le de á Juan de Gayoso mi criado un vestido de terciopelo negro con un erreruelo de paño fino, medias de seda, jubon y demás necesario y un luto, y se le pague lo que se le debiere del tiempo que me ha servido.

Iten quiero y es mi voluntad de fundar y por el presente fundo un mayorazgo de todos los bienes muebles y raices y semovientes que tengo mios propios en la villa de la Torre de Juan abad que es del partido del campo de Montiel de que tengo la jurisdicion de la dicha villa por los reditos del censo que con facultad Real tengo contra el concejo della, el qual y los dichos sus reditos que constaran para dicho censo y que ha de ser capital del dicho mayorazgo, y los demas bienes muebles y semovientes y raices y lo que se ajustare dellos, se a de imponer en censos ó juros ó lo que mas pareciese convenir, para que esté todo junto y no dividido: todo lo qual a de quedar y queda vinculado para el dicho mayorazgo sin que se pueda vender ni enagenar trocar ni cambiar, y la venta ó enagenacion que en otra manera se hiciese, sea en si ninguna y de ningun valor ni efeto, y nombro por el primero sucesor y patron del dicho mayorazgo á Don Pedro de Alderete mi sobrino vecino de la Ciudad de Granada para que lo posea, y despues de sus dias su hijo mayor varon y á falta del suceda en los demas sus hijos prefiriendo el mayor al menor y el varon á la hembra, y á falta de los dichos sus hijos y sus descendientes por linea reta, acabada su casta suceda en su hermano mayor del dicho Don Pedro Alderete y sus hijos y descendientes, prefiriendo como dicho es el mayor a el menor y el varon á la hembra; y á falta de todos suceda el dicho mayorazgo y sus bienes en el pariente mio mas cercano y descendientes que se hallaren en la misma forma guardándose en todo la que he dado y con las cláusulas que se fundan los demas mayorazgos despaña que desde luego quiero se esté y pase por ellas en esta fundacion como las que fueran espresadas para que tengan cumplido efeto, por ser como es esta mi ultima determinacion y voluntad.

Iten dejo y nombro por mis albaceas y testamentarios á los escelentisimos señores Duques de Medinaceli y Alcalá y Duque de Guesca y a el señor Don Florencio de Vera y Chacon del avito de Santiago, vicario general del Partido; y á Don Francisco de Oviedo vecino de la villa de Madrid á los cuales y á cada uno dellos in solidum doy poder cumplido para que entren en lo mejor y mas bien parado de mis bienes y cumplan y paguen este mi testamento y mandas en el contenidas y dispongan se ajusten los vienes que dejo asi para la fundacion de mayorazgo que instituyo para que se pongan en capital, como lo demas tocante á el remanente para que lo lleve a quien toca conforme mi disposicion y les encargo la conciencia.

Y del remanente que quedare y fincare de todos mis bienes muebles y raices y semovientes derechos y acciones que tengo y me pertenecen y puedan pertenecer en qualquiera manera dejo y nombro por mi legítima y universal heredera de todos ellos á Soror Felipa de Jesus mi hermana monja profesa descalza en el convento de Carmelitas descalzas de la villa de madrid para que los aya y erede y disponga dellos como de cosa suya propia porque así es mi voluntad y revoco y anulo y doy por ninguno de ningun valor ni efeto todo otro cualquier testamento ó testamentos codicillo ó codicillos poderes para testar, manda ó mandas por escrito ó de palabra que quiero que no valgan ni hagan fee en juicio ni fuera del salvo este que a el presente hago ante el presente escrivano que quiero que valga por mi testamento y codicillo y por última y postrimera voluntad en aquella via que mas y mejor aya lugar en el derecho en testimonio de lo cual lo otorgué en la manera que dicha es ante el presente escrivano y testigos en Villanueva de los Infantes en veinte y cinco de abrill de mill y seiscientos y cuarenta y cinco años: testigos Juan Rubio Morcillo, Fernando Navarro y garate, N. *(abreviatura ininteligible)* de Santa Cruz Vecinos desta villa y lo firmó él en la cama á quien yo el Escribano doy fé conozco (*Véase el facsímile al final de esta carta)*. Ante mí Alonso Perez.

Con igual fecha y ante el mismo escribano del testamento aparece un codicilo con las mandas siguientes:

1.ª á el hospital de nuestra Señora de los Remedios una cama de ropa que se entiende tres colchones, dos sábanas y una frazada y un cobertor y dos almohadas.

Iten á Juan Ramirez vecino desta villa maestro del oficio de platero se le dé una escopeta con una llave de rabo de alacran con sus herramientas que se entienden martillejo curjaca y bolsa y frasco.

Iten quiere y es su voluntad y manda se remita al Exm. Sr. Duque de Alcalá una pieza entera de damasquillo de la china que tiene en su baul con los cabos de oro y un poco de hilo de leon que hay en la dicha pieza y encarga á cualquiera de sus albaceas se lo remitan luego porque esta es su voluntad.

Iten manda se remita á Don Francisco de Oviedo vecino de Madrid un arcabuz de leonardo que tiene de presente.

Iten manda se le dé al Sr. Don Florencio de Vera y Chacon del ávito de Santiago vicario del partido una cerradura que tiene las armas del rey Don Pedro el justiciero.

Iten declara que tiene una cuenta con el licenciado Juan Gallego, Presvítero de esta villa; quiere y es su voluntad se esté y pase por lo que dijere.

Y con esto deja su testamento en su fuerza y vigor, etc., etc.

Los biógrafos del insigne Quevedo, entre ellos el abad D. Pablo Antonio de Tarsia, á quien sigue el distinguido colector de las obras de aquel, D. Aureliano Fernandez Guerra, afirman que el fallecimiento de nuestro poeta ocurrió el dia 8 de setiembre de 1645, como asegura tambien D. Pedro Aldrete Quevedo y Villegas en el prólogo á *Las tres musas últimas castellanas*. Por mas respetables que estas autoridades sean, especialmente la última, debemos dar mas crédito á la partida de defuncion que en los libros parroquiales de Villanueva de los Infantes existe, y que copiada al pié de la letra dice así:

«Don Francisco Quevedo del abito de Santiago murió en nueve dias del mes de setiembre de mil y seiscientos y cuarenta y cinco años; hizo testamento ante Alonso Perez, y se mandó enterrar en Santo Domingo, si los patrones le daban licencia, en la bóveda; no la dieron y ansi se enterró en S. Andrés con vigilia y missa cantada y maudó que digan todos los sacerdotes misa de cuerpo presente, y mas otras ochocientas missas por su ánima por quartas partes en San Andres y tres conventos de frayles desta villa, y dejó por sus albaceas a el Sr. don Florencio de Vera y Chacon del abito de Santiago y vicario deste partido y á D. Juan Morante, Gobernador desta villa.»

Resulta pues del precedente documento que, no el dia 8, sino el 9 de setiembre, fué el en que dejó de existir aquel ingenio español.

Aunque en su testamento dispuso ser sepultado por via de depósito en la capilla mayor de la iglesia de Santo Domingo, y que después fuese trasladado su cadáver á Santo Domingo el Real de Madrid á la bóveda de su hermana Doña Margarita, el vicario Vera, único albacea que se hallaba en el pueblo, no dió cumplimiento á esta disposicion, antes bien lo hizo enterrar en su parroquia en la capilla de los Bustos (dedicada al presente á Santa Cruz y en aquel tiempo á San Juan Bautista): así lo afirma D. Manuel Francisco Gallego, capellan del convento de religiosas franciscas de Infantes, en su libro manuscrito de antigüedades de esta villa y campo de Montiel. «A los diez años de sepultado, añade este autor, ofreciéndose abrir la bóveda para otro sepelio, fué hallado entero y sin corrupcion: pasados 151 años vino la capilla y bóveda á posesion del cabildo eclesiástico, por

lo que dispuso este ordenarla en forma mas acomodada al entierro de sus individuos. Por carecer los comisionados é interventores de la obra de estas noticias, el sepulturero estrajo cuantos huesos en ella habia, y reunió los de Quevedo con los restos de los demás difuntos. Yo que era sabedor de ser aquella bóveda el depósito de nuestro Quevedo, procuré informarme de él acerca de la disposicion en que los habia hallado, á lo que me contestó haber encontrado en un ataud un esqueleto, y que disuelto á los primeros toques, lo mezeló con los de los otros difuntos.»

Después de leer estas noticias, solo puede el que de corazon ama las glorias de su pais, quejarse hondamente del abandono con que en el nuestro se han mirado tantos y tantos monumentos, envidia de las naciones estranjeras.

He querido trascribir á Vd. los precedentes documentos, para que, como al principio le dije, los inserte si gusta en las columnas del SEMANARIO, siquiera porque se trata del escritor fecundo que tan felizmente recorrió el campo de la política como el de la moral, y que así hizo brotar de su pluma los chistes y agudezas que llenan sus obras festivas, como los sólidos principios y sabios consejos que resaltan en sus escritos filosóficos y ascéticos.

Sabe Vd. que soy suyo afectísimo amigo Q. B. S. M.

SEVERO CATALINA.

Madrid 9 de febrero de 1854.

EL GUARDIA DEL REY.

NOVELA HISTORICA

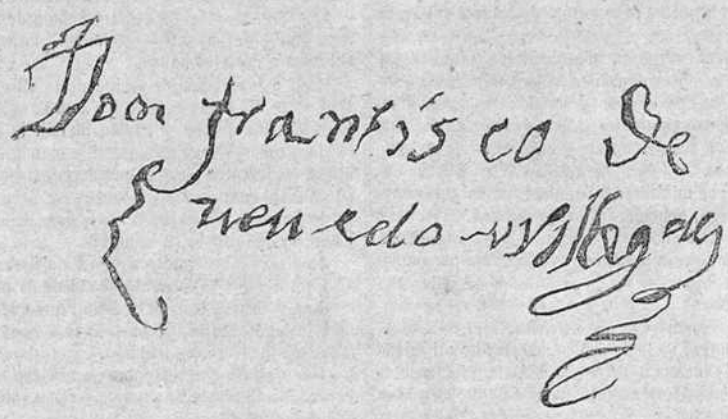
(Continuacion.)

Síntoma fatal de este indigno acuerdo fué la conducta de D. Sancho en el sitio de Algeciras. Habiendo su padre juntado una fuerte armanada, notable en aquellos tiempos, acudió á poner sitio á dicha ciudad, fiando todo á la direccion de su hijo; mas la codicia de este y sus nefandos fines arrebataron los caudales y fracasó la empresa, cuyo objero era privar de recursos al moro granadino, impidiéndole los socorros que continuamente le prodigaban de Africa.

Esto por lo que concierne á la política y á las armas; en cuanto á sus desvelos por la civilizacion, no recibió menos desaires el ínclito nieto de Doña Berenguela.

Así las cosas, D. Alfonso tenia que hacer frente á la ingratitud de los hombres, y al rumbo tortuoso que le trazaba el pálido destello que ya despedia el astro de su decadente fortuna.

Mas dejemos á los historiadores y cronistas el juicio y cabal aprecio de las eminentes cualidades que como rey ó como hombre de letras poseia Alfonso X, y prosigamos la narracion de las intenciones poco hidalgas de D. Gonzalo.



—¿Qué traes? díjole el rey con afable, aunque melancólico acento.

—Señor, una nueva que me temo aumente vuestros ya escesivos é injustos pesares.

—El cáliz del infortunio es rebosado, y no es posible falte otro nuevo disgusto que aparecer. Habla, Gonzalo.

—Señor, he descubierto una conjuracion... que es preciso castigar de un modo enérgico.

—Esplícate.

—Manrique... el jóven...

—¿De quién hablais? Y el rey se incorporó en su sillon, saliendo de sus profundas meditaciones, cual herido de una chispa eléctrica, ó como si le hubiese tocado el corazon en la punta acerada de una adaga.

—No se estrañe V. A.: en el dia no hay de quien fiarse.

—¿Pero qué es ello?

—Manrique es un traidor.

—Increible!!

—Aquí estan las pruebas; esta carta es de la hija de D. Ramiro, y esta cinta es su mote; da luz suficiente para una fundada sospecha... D. Diego ama á Isabel, y por su amor es capaz...

—Es un valiente; es el único recuerdo que me resta de mi Fernando, y su conducta ha sido siempre la de mi honrado y cariñoso hijo. No cabe traicion en su esforzado pecho; abriga otros sentimientos mas nobles, de los cuales tengo esclarecidas pruebas. Dí á quien te informa, que se ha engañado ó se rie de tu credulidad.

Carbajal perdia el color, y tuvo que hacer un esfuerzo para no turbarse completamente, viendo el tono de segura confianza que el rey manifestaba en pro de su dichoso y favorecido adversario.

—Señor, hay otras pruebas; el paje que ha sucumbido al furor de vuestros leales vasallos, reveló en su agonía que V. A. está rodeado de traidores. Tal vez no aludiese á Manrique... Sabed que D. Sancho dispone sus huestes, y un... pero no es mi pensamiento despedazar vuestro corazon magnánimo.

Levantóse el rey, humedecidos sus ojos, y cayó en los brazos de D. Gonzalo.

Recobrado su espíritu, lanzó terribles amenazas, como queriendo que renaciese en su alma su pasada bravura y gentileza. Siempre que se le nombraba á D. Sancho sufria fuertes convulsiones, y Carbajal supo aprovecharse de la aflictiva y lamentable situacion del infortunado rey.

—No me sorprende, esclamó, que me abandonen mis compañeros de armas, cuando me son desleales y me declaran la guerra hasta mis propios hijos!! Instruido de cuanto cumplia á los intereses del intrigante palaciego, dió la órden de reducir á prision al jóven Manrique, próximo á regresar; pero muy distante de sospechar que iba á ser víctima de una traicion villana.

D. Gonzalo quedó satisfecho de su perfidia, é imaginóse que al fin se realizarian sus deseos, fiado en su maldad y refinada astucia.

III.

EL DESCONSUELO.

Sevilla, la ciudad leal á D. Alfonso, hallábase alborotada de júbilo al saber la próxima llegada del hijo de su glorioso libertador.

Vivamente conmovidos sus habitantes por los reveses que tan mal parado traian al anciano monarca, sintieron una dulce satisfaccion a considerarle dentro de sus torreones, y todos se disponian á prestarle socorros en contra del mal aconsejado é indómito D. Sancho.

Una persona encontrábase en medio del popular contento, anhelosa tambien del arribo de D. Alfonso, cual si en él cifrase el alivio de sus rigores, el consuelo de sus profundas penas; Isabe, lozana como una flor á los primeros albores de un dia de mayo; la encantadora Isabel gemia en la mas fiera incertidumbre, sin haber recibido nueva alguna en mucho tiempo, ni de Manrique ni del paje portador de la rosa de oro. Este marchó con pretesto de ver á su familia en un pueblo de la provincia de Córdoba, y el plazo habia espirado, y su tardanza inspiraba sérios temores. Los que sufria Isabel eran horribles.

Esperaba una tarde de invierno: la hermosa jóven, reclinada en

un sitial forrado de damasco y con fleco de oro, tenia fija su atencion en los corpulentos árboles del jardin, tan triste y árido como su alma, rendida del padecimiento, y seca por el abundante llanto que de contínuo derramaban sus negros y seductores ojos.

Sumergida en hondas y siniestras conjeturas, con una palidez que realzaba la dulzura de su blanco y lindo semblante, no habia oido el estrépito que por do quier se percibia, hasta que su doncella Laura entró en el gabinete diciendo: «El rey ha llegado.»

Alzóse la jóven, á la manera que un ramo de lilas, abatido por un pasajero y abrasador torbellino, se levanta y renace al benéfico soplo de una brisa húmeda y templada, y preguntó rápidamente:

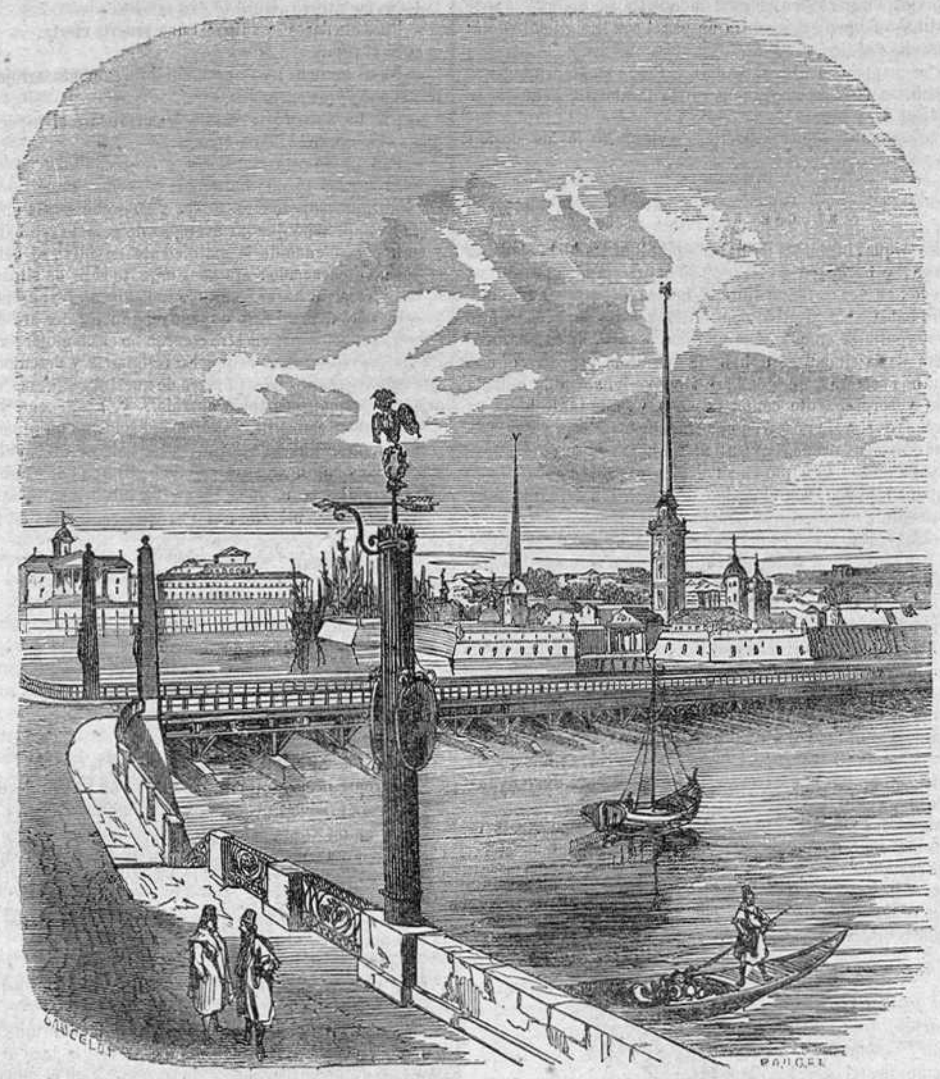
—¿Ha venido Manrique?

Un fingido ¡ay! escapado al falso pecho de la doncella, manifestó á Isabel la ausencia, y quizás la muerte de su amante.

Tornó á reclinar su airoso cuerpo en el sillon, padeciendo por unos instantes un cruel accidente.

Laura estaba á la devocion de D. Gonzalo: seducida por sus generosos y espléndidos obsequios, recibió las instrucciones competentes para realizar su descabellado proyecto.

—Señora de mi alma, es preciso recobrar el espíritu y disponerse á sufrir nuevos disgustos. La suerte os vuelve el rostro, y no hay mas remedio que resignarse á sobrellevar los rigores que nos envie el cielo.



(San Petersburgo.)

—¿Y qué sabes de Silvio? ¿Qué has escuchado de Manrique? Habla!... por Dios!... la duda me hiere todavía mas, y mas me indigna que si me comunicases la seguridad de su espantoso fallecimiento.

—¡Ojalá y fuese así!!!

—¿Qué dices? No comprendo... esplícate... no me atormentes!!

—Vive; pero os ha olvidado.

—¡Dios mio!

—Habeis servido de juguete á sus caprichosos amores, y la *banda* fué escarnecida... no hay dama de Toledo á quien no se haya manifestado como objeto de burla y de desprecio. Yo acabo de verla: Silvio... ha muerto por vos... sí, por vuestra culpa... como espía de D. Sancho.

Y la hipócrita doncella, al pronunciar la última frase, vertió algunas lágrimas.

—¡Me partes el corazon! prorumpió la afligida jóven: suspende... interrumpe esa fatal noticia, que como un veneno roe mis entrañas y me produce una impía muerte!!!

A la sazon oyóse dentro de un salon inmediato un grito de su madre, ocasionado por la repentina llegada de Ricardo, su hermano, el cual traia á la ciudad una mision secreta, conferida por su jefe el infante D. Sancho.

Aborrecia á Isabel, conociendo su amor hácia Manrique, y pocas veces la dirigia un saludo.

La madre, Doña Inés, era una mujer despótica, de esas que borran los sentimientos mas dulces del corazon, sacrificándolos al orgullo, sin otro móvil mas que su egoismo y lo que puede lisonjear su vanidad indigna.

Con tal carácter, es llano que su ódio á Isabel era cierto y furibundo.

La situacion no podia ser mas aciaga para la hermosa sin ventura, habiendo venido á completar su infortunio la falsa nueva de la deslealtad de su amante.

Salió la doncella, que ya estaba de acuerdo con su madre, inclinando su ánimo hácia Carbajal, y la candorosa hija bajó al jardin desesperada, sin sentido... oprimida por una emocion difícil de esplicar.

El único ser que le restaba en el mundo era Manrique: su amor, el único dulce consuelo de su alma... Súbitamente pensó en la muerte... después en huir de la casa paterna... mas la faltó el valor, y tenia por otra parte, como á Dios, un respeto religioso á sus mayores, á pesar de las injustas persecuciones que sufria.

Retiróse á un cenador donde muchas tardes apacibles solía dedicarse á la lectura: la luz iba espirando, debiendo tornar de allí á breves instantes á su gabinete. Recuerda que la tarde anterior habíase dejado por olvido un libro, en el cual endulzaba sus rigores: ábrele como por instinto su deseo, y ecuentra un papel con la siguiente nota:

«Laura nos ha vendido.»

Brilló en su mente una idea salvadora... Creyó en Manrique, y se disiparon sombrías fascinaciones, empezando tambien á calmarse su acervo y amargo desconsuelo.

¿Manrique comunicó aquel misterioso aviso? No le fué posible adivinarlo.

IV.

EL CARCELERO.

Cuando Manrique, orgulloso de haber cumplimentado las órdenes de su soberano, y hecho en servicio de su causa grandes prosélitos, volvió á Toledo, en vez de hallar libre la puerta del alcázar real, en donde siempre habia sido acogido con distincion y júbilo, encontró abierta, para sepultarse en ella, una mansion oscura, un calabozo.

Preso fuera de la ciudad, sin haberle permitido espresar ni una sola queja, ni una sola frase que tendiese á la averiguacion de aquella estraordinaria y sorprendente conducta del rey, que tanto heria su lealtad acrisolada y sincera, cayó en un estupor espantoso, y una fiebre devoró su mente las primeras veinticuatro horas de su prision.

—¡Venga una lanza! esclamó en su delirio.—¿Quién es el villano que me calumnia? ¡Señor! soy el amigo de vuestro inolvidable hijo. ¡Soy un fiel vasallo!... ¡oidme, oidme!

Estas y otras esclamaciones, lanzadas de lo íntimo de su alma, eran una evidente prueba de su inculpabilidad, y del vivo sentimiento que desgarraba su corazon.

Permitianle algunas veces conversar un instante con su criado Ruiz, hombre aguerrido y animoso, que le hubiera salvado con otros camaradas, á no impedírselo el mismo D. Diego, á quien la órden de su rey le merecia un respeto profundo.

Habia oscurecido: una macilenta y sucia lámpara despedia su débil reflejo por el calabozo, cuando repentinamente dijo á Ruiz:

—Permaneceria aquí toda la vida interin el rey no decretase mi libertad, convencido de mi inocencia; mas el tiempo corre; mis quejas no se escuchan, y observo que el carcelero entra en hora muy avanzada de la noche, y sus visitas...

—Señor, abrigo los mismos temores... os van á envenenar... si es que no recibis otra muerte alevosa.

—Estoy prevenido.

—¿Y qué podreis hacer en vuestra defensa?

—Conservo tu puñal.

—¿Me permitis que os de un consejo?

—Habla.

—Huid.

—¿De qué manera?

—Muy sencilla.

—¿Y el huir?

—No se compromete.

—¿Y el rey?

—Si os oye, os hará justicia. Si los reyes vieran como Dios el corazon de sus súbditos, no dudeis que harian continuamente mil beneficios. Por otra parte, D. Alfonso está abatido... sin recursos... abandonado... con un hijo que le desafia, y tal vez le usurpe el trono.

—Tienes razon: ¡huyamos! Combatiré, y con mi sangre tendrá mi protector y rey una prueba mas de mi fiel cariño.

—Otra causa os obliga á salir pronto de esta mansion, de este sepulcro.

—¿Y cuál?

—El estado de Doña Isabel.

—¿Qué sabes?

—Ha desaparecido: teneis un rival, y...

—¡Sí, marchemos!... pero... si arriesgo mi existencia, es por el rey: antes que amor el honor: interin no me justifique no me ocuparé de la que ha sido siempre la señora de mis pensamientos. Mas ¿de qué manera realizaremos la fuga?

—Escuchad: ahora entra el carcelero: digo, se queda á la entrada mientras yo salgo, pues con los dos no se atreve á penetrar hasta aquí: fingiré que marcho: llego á su encuentro, le doy un golpe, se le amarra con esas cadenas, y después... puñal en mano abriremos calle.

—Es una temeridad.

—Apenas han quedado seis esbirros que puedan interceptarnos el paso. El rey llevóse casi toda la gente de armas y... dos amigos nos esperan á corta distancia, los que en cualquier evento pondránse de nuestra parte. Fuera del muro está Lope con los caballos... lo demás dejadlo á la misericordia divina.

—¿Y qué dirán si escapo de esta manera?

—Que habeis procedido cuerdamente.

—Me calificarán de cobarde.

—Vuestro valor es bien conocido.

—No me atrevo, Ruiz.

—Pues quedaros, y sufrireis una muerte cierta.

—Si el rey...

—No os escucha: yo mismo fuí bruscamente arrojado del alcázar; teneis poderosos enemigos.

—¡Yo les buscaré la cara y les arrancaré el hipócrita antifaz con que se encubren!

—Pero no en esta mazmorra.

—Sí, tienes razon; huiremos.

Manrique empezó á pasearse, y su pecho sentia una agitacion violenta: comprendió que las avenidas de palacio estaban interceptadas, y su honor, blanco de la maldiciente envidia, se debió presentar al rey como oscarnecido: era pues urgente salir de situacion tan angustiosa, y resolvió hacer cuanto le indicaba su leal escudero.

—Si vieras, le dijo, lo que me repugnan estos ardides!...

—Ya sabemos que vuestro corazon no es de mujer para que le gusten los fingimientos: mas es preciso resignarse y desempeñar los papeles que sean necesarios para el logro de nuestra empresa. Volved á vuestro asiento: permaneced como abatido... y... ¡silencio! ya oigo la llave.

Sonó efectivamente, y después el ruido de un grueso cerrojo, apareciendo en el dintel de la puerta un hombre de baja estatura, de un aspecto mas odioso aun que su oficio, al que daba formas todavia mas estraordinarias la luz de su infernal y fatídica linterna.

—¡Ruiz! esclamó con una voz que retumbara en las bóvedas del calabozo.

—¿Qué mandais?

—Ya es hora.

—Un instante.

—No es posible.

—Si vos quereis...

—No puedo.

—Decid no quiero.

—¿Te burlas?

—Os hago justicia.

—Fuera de bromas: ¿sales, ó te sacan?

Manrique permanecia recostado en un banquillo de piedra, en el centro de la prision, del cual pendian fuertes cadenas. Ruiz á su lado, en actitud de consolarle, y el carcelero clavado en la puerta, sin atreverse á dar un paso, como de costumbre. Temiendo Ruiz que pidiera auxilio, se levantó y dirigióse á la puerta, esclamando en tono triste y en apariencia de súplica:

—Quisiera quedarme .. pero conozco vuestro deber... y salgo con el corazon hecho pedazos.

—¿Qué ocurre?

—El capitan está gravemente enfermo, y espira esta noche.

—¿De verdad?

Y penetró en el calabozo y fuése á ver á Manrique... mas no llegó al banco, porque Ruiz asiéndole del cuello, le hizo arrojar el farol y despedir un grito de rabia y de sorpresa. Con el puñal le impuso silencio.

Levantóse D. Diego y dijo á su criado:

—¡No le hieras! suéltale... y que nos acompañe.

—Mi capitan, repuso el escudero, arrastrando hácia el banco al mozo de la cárcel, este ocupará con mas razon el sitio que vos ocupábais pocos momentos hace, y no puede resentirse ni tener miedo, porque al fin queda en su propia casa. ¡Ven, miserable! y si Manrique no detiene su brazo, le descarga un recio golpe con el mango del puñal, que tal vez le hubiera dejado sin sentido.

—¡Gracias, caballero!... no haceis otra cosa que pagarme... pues me debeis la vida.

—¿Vienes ahora con patrañas?

—¡Deten, Ruiz!...

—Vuestra suerte, interrumpió el carcelero, está en mis manos: un agradable y para vos misterioso recuerdo me obligó á salvaros la vida... mas antes oid lo que os interesa tanto como la existencia, el lustre de vuestro honor.

Contemplaba con una impasibilidad á Manrique, y mostrábase tan sereno, que escitó su interés hasta el punto de retirar á su criado y ponerse á escucharle con detenimiento.

—Hablad.

—Teneis un enemigo intrigante y muy astuto: quiere á vuestra dama, y desea vuestra posicion cerca del rey: vos le estorbais en palacio: ha hecho creer al infante que erais... un rival temible...

A este tiempo habíase alzado del banquillo de piedra, y puéstose junto al capitan, á quien al parecer miraba con cierta complacencia. Ruiz tenia la mano en el mango de su cuchillo... con desconfianza. A Manrique íbale interesando el comienzo de sus revelaciones; pero una duda le obligó á interrumpirle, y esclamó:

—¿Y en qué sentido puedo ser yo temible rival de D. Sancho?

—Algun dia lo sabreis. Le atribuyen al sabio D. Alfonso un proyecto... irrealizable: Si verdad, como le juzgan *loco*... le atribuirán cualquier diablura.

—Comprendo.

—No es fácil que lo comprendais.

—La intriga es bien patente, muy clara. A D. Sancho me representan como un gran enemigo... para el rey soy un traidor infame.

—Aunque no del todo, lo habeis perfectamente comprendido.

—¿Y quién es mi calumniador?

—D. Gonzalo Carbajal.

—¡Cielo santo! ¡No le juzgára capaz de tamaña alevosía!!

—Decidme, capitan, dijo el carcelero dirigiéndole una mirada de interés, viva, escudriñadora, decidme: ¿recordais haberme visto alguna vez?

—¡Quién lo diria!!! Y bajó los ojos y se cruzó de brazos. Vuestro padre y yo fuimos... pues.. soldados... juntos: él hizo suerte, y mis bárbaros instintos... porque á mí me llamaban el *verdugo de los moros*, y me temian desde las mismas torres de la Alhambra. Mas dando al olvido cosas que pasaron, sabed que yo velaba por vuestra existencia, porque desde luego conocí lo injusto de vuestros rigores, y ciertas noticias.. confirmaron que erais el hijo... sí, el hijo, no me engaño, del valeroso *Guardia del rey*.

A pesar de su espresion tardía y de su natural rudeza, sintió Manrique notable interés por el carcelero. Este prosiguió:

—¿Me habreis sentido de noche?... No venia á daros muerte como sospechábais. No está decretada todavía. Carbajal espera las órdenes de D. Sancho: mas no vendrán... porque la carta se ha interceptado

—¡Por Dios! buen hombre... decidlo claramente... y nada temais.

—Vos sois el que no debeis temer. Ya estariais en la calle, si un aviso que esperaba... hubiera llegado; pero una vez que son fundadas mis sospechas, y esta vida, aunque vida oscura, vil, digna de horror, la debo á vuestro padre, justo es que yo salve la vuestra. No quise amarraros con los hierros... yo he permitido entrar á Ruiz contra las órdenes mas terminantes y rigorosas, ¿lo entendeis? Ahora esperad y no os inquieteis.

Dió un silbido con un pito que colgaba de su cinturon, y oyóse cerrar la puerta del calabozo y abrirse al mismo tiempo una pequeña disimulada en el muro, apareciendo instantáneamente cuatro hombres armados, á quienes con imperiosa voz les dijo:

—Tened, no corre peligro; venid por esta puerta: y mandamos que la abriesen los que al esterior se hallaban: los hizo marchar por aquella parte después de encendido el farol, maniobras de un momento, que hicieron se imaginase Ruiz una infame trama.

Se retiraron los vigilantes y esclamó:

—Capitan, ¿estais satisfecho? toma esta luz, Ruiz; descender por esa escalerilla, y siguiendo el subterráneo de la izquierda, no pareis hasta el estremo, que allí habrá un hombre y os indicará la salida.

Ruiz cogió el farol, y dijo á su amo:

—Yo iré delante.

Atónito Manrique, no acertaba á darle gracias: no obstante, hubo de decirle:

—Agradezco vuestros servicios: admitid este corto agasajo en prenda de mi satisfaccion: si otra recompensa quereis, seguidme: interesaré al rey en vuestro favor.

Rehusó porfiadamente el carcelero, y repuso con cierto aire de seguridad:

—Tengo suficientes merecimientos... mas un alma torpe y oscura y algunas hazañas... me alejaron para siempre del mundo: el rey me conoce... y debo á su corazon grandes mercedes. Marchad.

Cuando el capitan puso el pié en la escalera, díjole aquel hombre misterioso alargándole su negra y áspera mano.

—Es inútil que hableis en mi favor; mas si os empeñais, no se os olvide que soy *el verdugo de los moros*.

Descendieron á un húmedo y frio subterráneo, á cuya estremidad hallaron á un hombre que les abrió la puerta, y viéronse en un patio, desde el que por otra respiraron al fin el libre y puro ambiente de la calle.

Fuera de la ciudad montaron dos briosos alazanes, y partieron para Sevilla.

Durante el viaje, á pesar de las bufonadas de Ruiz, Manrique solo pensaba en el carcelero.

CAPÍTULO V.

EL SOBRESALTO.

Teníase como cierta la muerte de Silvio, y tanto se divulgó, que lo supo su infeliz familia, habiendo practicado las mas escrupulosas diligencias para encontrarle, pero inútilmente.

La madre de Isabel culpó á su hija de aquel infortunio, acreciendo su ódio contra Manrique. El hermano juró tomar venganza, y todo apareció funesto para la hermosa jóven.

Laura, á quien ya habia visto D. Gonzalo, apenas llegó á Sevilla, comunicó la prision del capitan, atribuyéndola á graves faltas respecto á los deberes para con el rey, para rebajarle en el concepto público, y particularmente á los ojos de la orgullosa familia Castro de Lara.

La desleal doncella hubo de sentir algun tanto la desaparicion del paje á quien profesaba un íntimo afecto, razon mas para que se hiciese adversario de Manrique, y aun del mismo rey D. Alfonso.

La casa de sus ricos señores hallábase en la mas completa anarquía. Isabel desapareció: su madre y su hermano salieron á los reales de D. Sancho temiendo la persecucion de sus enemigos, y solo quedó Laura con el portero, una vieja, ama de llaves, y otro pobre criado, que por sus achaques no pudo seguir á su aristocrática señora.

Las nueve habian dado: las puertas, completamente cerradas, y una quietud profunda por todas partes era el aspecto que presentaba aquella mansion, en otros tiempos de magnificencia, placeres y alegría.

El portero rezó y quedóse dormido en una habitacion del piso bajo: en el de arriba estaban la doncella y ama de llaves, cada cual en su respectivo dormitorio.

Dos horas hacia que se hallaban en el mas dulce sosiego, cuando un hombre, recatado el rostro, escaló la tapia del jardin, que daba á una callejuela, y después de haber atravesado, á tientas pero con tino, por entre los árboles y la empalizada, cuya salida encontró, fué á dar con una puertecilla, en la que habia una escalera que conducia á uno de los salones del piso principal. De allí pasó á otro: tomó una lámpara que habia en uno de los ángulos, ocultóla debajo de la capa, y escurrióse hasta el dormitorio de Laura.

Dormia esta con tranquilidad, exhalando de tiempo en tiempo un suave suspiro.

El incógnito descubrió la luz, contemplóla un instante, cubrió aquella otra vez, y poniendo la mano sobre la frente de la doncella, dijo, disimulando cuanto le fué posible la voz:

—¡Laura! ¡Laura! despierta!...

(Continuará.)

ALFONSO GARCIA TEJERO.

A CARTAGENA.

Estos, Fabio ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fuéron un tiempo Italica famosa.
RIOJA.

De la soberbia cumbre
Del áspera montaña, y eminente,
Que ilumina del sol la roja lumbre
Sepultándose en fúlgido occidente,
Contemplo de mi patria las almenas
Del tiempo carcomidas,
Y las del mar azul ondas serenas,
Que yacen adormidas
En calma inalterable,
Besando el alto monte inespugnable.

—

Salud, ruinosos muros,
Cuya severa frente suspendida
Encima nuestros hálitos impuros,
Es un recuerdo de ambicion perdida,
Página triste de la horrenda historia
De las miserias de la humana gloria.

—

Del tiempo vil estrago
Fuéron tus muros y tus hijos fuéron.
¿Do está tu pompa que envidió Cartago,
Ni el esplendor potente que te dieron
Romanos que te honraron y vencieron?

Ellos tambien ¡escándalo del mundo!
Yacen como tus muros poderosos,
Escarnio de vencidos rencorosos,
Ejemplo de miseria sin segundo.

—

Venid ¡oh poderosos de la tierra!
Que haceis de la miseria los cimientos
Para alzar vuestros vanos monumentos,
Y mirad este escombro do se encierra
De treinta siglos de poder sedientos
La ambicion desmedida,
A miserable polvo reducida.

—

Los que haceis de la sangre del hermano
El sobado escabel de vuestro trono,
El estrago mirad y el abandono
Del que se alzaba ayer de gloria ufano.

—

Venid, vereis desierto
El muro do la yerba se levanta
Sin temor que la humille humana planta:
Venid, vereis el solitario puerto
A cuyas verdes olas
Dieron sombra las naves españolas.

—

¿Qué resta ya de su opulencia altiva?
Una escondida historia
De virtudes y crímenes preñada...
Trocado en llanto de infeliz cautiva,
El cántico marcial de la victoria,
Y del mundo olvidada
La que ayer se juzgaba eterna gloria.

—

¡Oh soledad! ruinas silenciosas,
Montes agrestes, plácida colina
A cuya sombra se meció mi cuna,
Do las horas gozando presurosas
Se llevaron mi infancia y mi fortuna:
Vuelvo á vosotras cuando el sol declina
Tambien como vosotras destrozado,
El yerto cuerpo de vivir cansado,
La frente que al sepulcro ya se inclina.

—

¡El hado lo dispuso
A vuestros piés cayendo
Como una piedra en el monton confuso,
Nuevo polvo añadiendo
A la ruina silenciosa, oscura,
Sucumbirá de Dios la criatura.

—

Así, bellas ciudades,
Como ambiciones ávidas perecen,
Y mústias soledades
Y silencio y ruina nos ofrecen
Las de ayer opulentas sociedades.

—

Cual débil caña que arrastró el torrente
Cayó con Babilonia
La ambicion de Semiramis valiente.
Del brazo Omnipotente
De Alejandro inmortal de Macedonia,
Recuerdo apenas conservó el Oriente.

—

¿Qué Faraon no halla
Las ondas de algun mar alborotado?
¿De qué Palmira el tiempo despiadado
La cerviz no avasalla?

—

Si mi voz poderosa
Fuera á llegar á vuestro seno ardiente,
Babeles de esta edad presuntuosa,
De Cartago la imágen lastimosa
Os hiciera presente.
Apague la ambicion en vuestro pecho
De heridas ambiciones el estrago;
Y Lóndres y Berlin, París, Viena
Contemplen de Babel al fin deshecho
El titánico muro, y de Cartago
Las torres sepultadas en la arena.

FERNANDO GARRIDO.

LA AMBICION.

—

LETRILLA.

Mi querida Juana
solo sabe amar
á los forasteros
y á los del lugar.

—

Dicen que los nietos
del abuelo Adan,
penas á este mundo
vienen á llorar.

—

Pero yo respondo
que eso no es verdad,
que á gozar vinimos,
pese á Satanás.

—

Por lo cual mi moza
solo sabe amar
á los forasteros
y á los del lugar.

—

Cuando va á paseo,
cuando baila vals,
cuando va á la fuente,
cuando á misa va:

—

¡Cómo mira á Antonio!
¡cómo mira á Blas!
¡cómo mira á Pedro!
¡cómo mira á Juan!
Y es que la inocente
solo sabe amar...
á los forasteros
y á los del lugar.

—

Si al balcon se pone
centinelas hay;
si á la calle sale
va un tropel detrás.
Y contentos todos,
porque Juana es tal,
que entre ciento á ciento
sabe contentar.

—

Y es que la bendita
solo puede amar
á los forasteros
y á los del lugar.

—

Muchos desengaños
ha llevado ya,
pero los olvida
con facilidad.

—

Y aunque la murmuren
con siniestro afan,
y mas que la llamen
loca... y algo mas,

—

Mi querida Juana
solo sabe amar
á los forasteros
y á los del lugar.

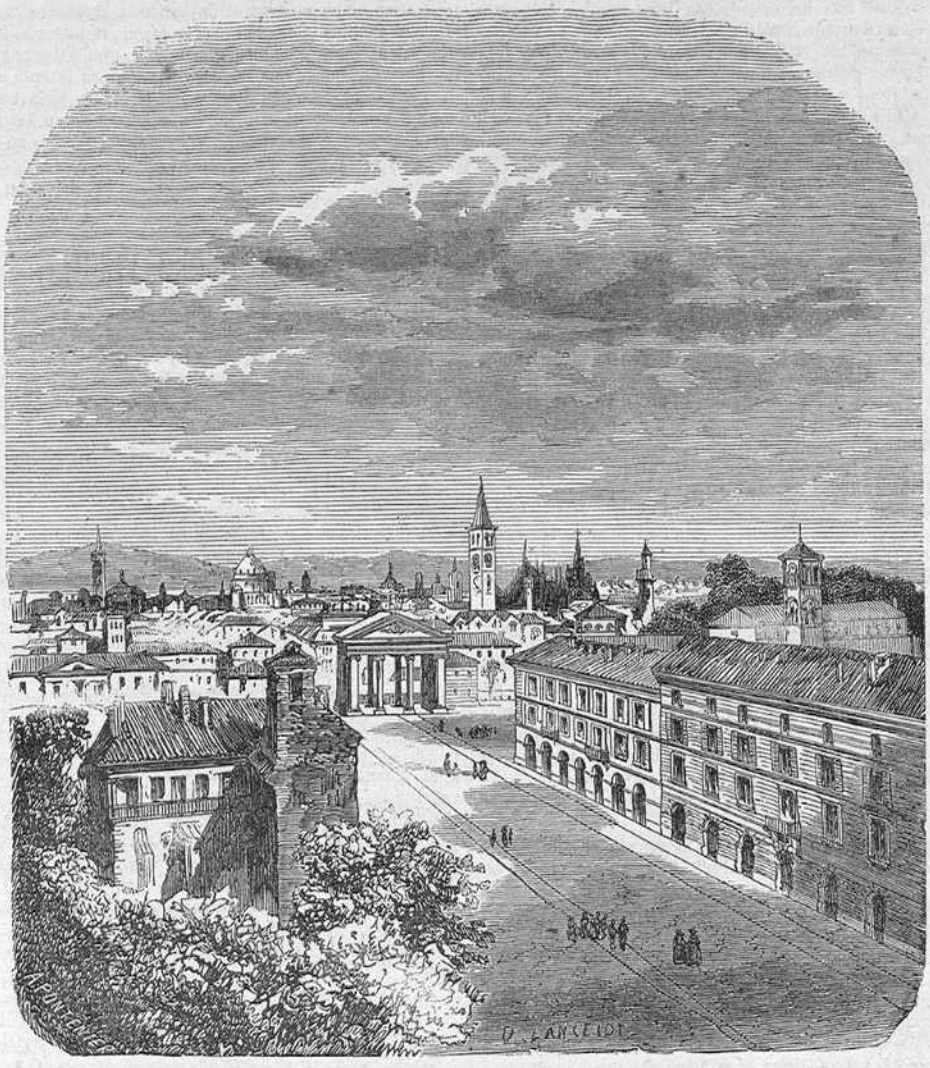
J. M. VILLERGAS.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

Las artes son el reflejo de la historia y carácter de cada pueblo.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario é Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra.



MILAN.

DIVISION TERRITORIAL (1).

De algunos años á esta parte se ha repetido varias veces en los círculos políticos y en los periódicos, que se pensaba en reformar nuestras divisiones administrativas, aminorándolas; y aun se ha asegurado recientemente que se suprimian hasta trece provincias. Ignoro el fundamento de estas noticias, y aun me inclino á pensar que han de ser inexactas ó exageradas; pero al ver que un dia y otro dia se reproducen, y que cuestion tan grave no se discute y dilucida, he de escribir sobre ella algunos renglones, por si logro al menos que personas competentes la traten con el interés que se merece.

Las divisiones territoriales de los estados, para su mejor administracion, siguen siempre una marcha análoga á la condicion social de los pueblos. Así en el régimen absoluto como en el republicano, lo mismo en el sistema federal que en el de centralizacion, el número de divisiones gubernativas corre paralelo con el desarrollo de la inteligencia y de la riqueza. Es opinion muy respetable, y para mí un axioma, que la escala de las comarcas administrativas de un país ofrece uno de los mejores barómetros de su civilizacion y prosperidad. La lógica y los hechos justifican este aserto.

A medida que las naciones prosperan, que la poblacion crece, las industrias se multiplican, que el comercio se ensancha, que las obras y los establecimientos públicos se aumentan, que los goces se estienden, y que el movimiento y las necesidades todas se agrandan, la autoridad tiene mas deberes que cumplir, y el pueblo mayor derecho á que se recompensen sus sacrificios y se utilicen sus tributos. El territorio que en un siglo estuvo bien administrado por un funcionario no muy activo, en otro há menester los cuidados incesantes de muchas autoridades. Ochenta años há hacia descansadamente la recaudacion de una gran comarca un simple subdelegado: hoy apenas basta un hombre celoso é inteligente para desempeñar la secretaría de un ayuntamiento de aldea.

Esto mismo nos dice la historia de las reparticiones administrativas de todos los países. El estenso imperio turco, que ha ido á retaguardia de la cultura europea, no llega á cincuenta bajalatos; y eso que en sus recientes adelantos ha subdividido los antiguos. Rusia, con abarcar casi la vigésima parte del globo, como su civilizacion data de poco mas de medio siglo, y su base es el sistema militar, solo cuenta sesenta y un gobiernos y provincias que han ido é irán creciendo y subdividiéndose, segun mejore la condicion de sus pueblos. El reino unido de la Gran Bretaña, con menos superficie y poca mas poblacion que el nuestro, está repartido en ciento diez y siete condados, que tanto facilitan el conocimiento del suelo y de los habitantes. Y Francia, que medio siglo há contaba unos veinte millones de almas en treinta y dos gobiernos, se dividió en 1790 en ochenta y seis departamentos con mas territorio que España. Ni la restauracion ni poder alguno de cuantos han turnado ha disminuido este número; y el dia que varíe, será para multiplicarse, como se agrandan las ideas y los intereses sociales.

19 DE FEBRERO DE 1854.

(1) El señor D. Fermin Caballero, cuyo nombre no figura por desgracia en la prensa periódica hace años, ha tenido la bondad de favorecernos con el presente interesantísimo artículo, en el cual inicia, con el acierto que acostumbra, una cuestion de la mayor importancia, que quisiéramos ver debatida en los periódicos.

Dentro de casa tenemos ejemplos de que el mejor gobierno económico administrativo está hermanado con las pequeñas divisiones del suelo. El sistema tan encomiado de nuestras provincias Vascongadas, ¿habria sido posible, ó al menos tan sencillo y espedito, si la estension de aquellas provincias hubiera igualado á las antiguas intendencias de Cataluña y Galicia? A pesar de la crecida poblacion de la provincia de Cádiz, ¿qué gobernador desconocerá que es mas fácil administrarla que á la provincia de Leon, desparramada en quinientas diez leguas superficiales con mil y trescientas poblaciones?

En la série misma de nuestros repartimientos territoriales está trazada la escala de nuestros adelantos progresivos. A las treinta y tres intendencias de fines del último siglo se fuéron añadiendo divisiones. Cádiz se emancipó de la estensa intendencia de Sevilla; Málaga se separó de Granada, y Santander de Burgos. El mesurado Consejo de Castilla, que autorizó este aumento, tenia preparada la subdivision de Galicia, Valencia, Aragon y Cataluña. Vino el gobierno intruso, y dividió á España en cuarenta prefecturas y ciento once subprefecturas. Las Cortes de 1822 elevaron el número de divisiones á cincuenta y dos provincias; y el gobierno de Fernando VII, que anuló en masa los actos de las Cortes, hizo al fin en 1833 la division actual de cuarenta y nueve provincias, único número retrógrado de nuestras particiones territoriales. En el ministerio de la Gobernacion existe un proyecto que trabajé para rectificar y uniformar las divisiones administrativas en todos los ramos del servicio público, y en él se proponen cincuenta y cuatro provincias, tratándose esta cuestion en los fundamentos de la ley. No citaria este trabajo si no me constara que hombres entendidos lo han juzgado aceptable, y que lo han leido con indulgencia personas muy respetables de la comunion moderada.

Para la administracion eclesiástica de la Península hemos tenido sesenta y dos diócesis, sin los muchos territorios exentos. Por el novísimo concordato quedan cincuenta y cinco diócesis y un coto redondo de las órdenes, ó sea siete provincias eclesiásticas mas que las civiles: y no es en verdad mas difícil el constante y acompasado servicio de las iglesias y de los fieles, que el manejo de los crecientes intereses de la hacienda pública, del gobierno civil de los pueblos, de la administracion de justicia y de las mejoras materiales, cada dia mas desenvueltas. ¿Qué razon hay para disminuir los medios de obrar cuando las necesidades se aumentan?

Las economías de que tanto se suele hablar sin el competente exámen; las economías, mas vociferadas que emprendidas con aplicacion discreta, no pueden justificar la reduccion del número de provincias. Economizarse debe cuanto es supérfluo ó de escasa y problemática utilidad; pero los gastos reproductivos, los que representan un capital anticipado para obtener ventajosas ganancias y réditos estimables, no deben cercenarse para los juiciosos economistas. ¿Qué vale el coste de media docena de oficinas provinciales comparado con el mejor servicio público, que proporciona una division conveniente? Si alejando á la autoridad de sus administrados dificultamos la accion inspectora y protectriz; si obligamos á los ciudadanos á viajes mas largos, á mayores gastos para obtener justicia y reparacion de sus quejas; si por recargar de negocios á los magistrados, sus funciones se retardan y enervan, no haremos una economía verdadera. A beneficio del aumento de intendencias, en nuestros dias se han podido suprimir mas de cien subdelegaciones de rentas que habia en las provincias antiguas, y reunir el mando económico y político. Efecto de la multiplicacion de los puntos de la guardia civil, es que haya en los caminos mayor seguridad, que los paisanos no tengan la molestia y responsabilidades de la conduccion de presos y otras muchas ventajas. Al aumento de distritos mineros y de carreteras es debido el mejor servicio de los ingenieros civiles. ¿Fuera economía cercenar los gastos de tan provechosas medidas?

No hay quien desconozca que la poblacion de España se ha aumentado en este medio siglo; que el comercio, la minería y las artes han tenido notable desarrollo; que las obras de carreteras, ferro-carriles, caminos vecinales, canalizacion, líneas telegráficas, puertos, faros y tantas otras, si no han llegado donde deseamos, se multiplican sin cesar: luego debe ser mayor, mas incesante y circunscrito el cuidado que tantas atenciones exigen: luego hay necesidad de mayor número de encargados y de agentes, y debe ser provechoso el aumentar las demarcaciones reduciendo su área. Querer volver atrás en punto á divisiones territoriales, es negar los progresos de la civilizacion; es ponerse en desacuerdo con la marcha de todos los ramos; es en fin contradecir las mejoras y adelantos que por otro lado se pregonan.

La reduccion de los distritos á menores espacios en que la autoridad pueda conocer bien la topografía, los habitantes y sus necesidades, es uno de los mas poderosos medios de gobierno; medio benéfico y paternal, preferible á otros muchos medios. Sin él, ni llegaremos jamás á tener buenos datos estadísticos, ni un catastro arreglado, ni un censo exacto; elementos sin los cuales es dificilísima la administracion de los estados, é imposible la resolucion acertada de gravísimos asuntos. Cuando la recta razon, la historia, la comparacion con las naciones mas adelantadas y la propia esperiencia nos dicen lo contrario, juzgo que no debe haber quien intente cercenar nuestras comarcas administrativas. Por lo menos seria bueno que á tal medida precediese la discusion, que se espusieran las razones que la justificasen, si es que razones valederas existen: yo no las alcanzo.

Barajas de Melo, 14 febrero 1854.

FERMIN CABALLERO.

DON PEDRO VIRGILI.

Don Pedro Virgili, ilustre restaurador de la cirujía española, nació en Palma de Mallorca, y no en Villalonga, como algunos han creido, en 27 de marzo de 1709, y fué hijo de Onofre y de Margarita Sampol. Su familia, aunque no gozaba de nobleza, habia conservado algun lustre desde tiempos antiguos en Mallorca, pues ya en 1311 Simon Virgili fué individuo del estamento de mercaderes, y Jorge Virgili en 1319 fué gran conseller de aquel reino.

Empezó sus estudios de cirujía en Palma su patria con el profesor D. Sebastian Nadal, y no teniendo facultades su familia, que se hallaba reducida á mucha pobreza, para pasar á la península á continuar sus estudios, su madre tuvo que vender una cadenita de oro, única alhaja sin duda que poseia, para costearle el viaje. En efecto, pasó á Tarragona, donde se distinguió en la asistencia de los enfermos, y la aplicacion de los medicamentos que disponian los profesores, á quienes oia sin perder una palabra para retener cuidadosamente los preceptos del arte. Concluidos sus estudios con estraordinario aprovechamiento, volvió á su patria, donde unido á los sabios marqués de la Bastida, D. Antonio Despuig, D. José Pueyo, D. Juan Salas y Don Antonio Desbrull, formaron una asociacion científica y literaria que fué honor de los mallorquines. Virgili dió desde luego pruebas del singular talento que tenia para adelantar en la facultad que habia elegido, y deseando perfeccionarse mas y mas en ella, pasó á Francia, asistió á los hospitales de Mompeller y París, y admitido en sus anfiteatros hizo grandes progresos en la anatomía. Volvió luego á España y al hospital de Tarragona, pasó al de Valencia, estuvo durante la campaña de Gibraltar en Algeciras, llegó á Cádiz, y siguió á la toma de Oran en 17... Volvió después á la península, y salió de ella como profesor de marina en varias escuadras, y pasó á América, distinguiéndose en todas ocasiones, así en las batallas como en las epidemias, y en la ejecucion de operaciones sumamente difíciles y arriesgadas.

Sabedor de su mérito el rey D. Fernando VI, le concedió hidalguía, y lo llevó á su palacio. Virgili, celoso del bien público, aprovechó el favor del monarca para hacer grandes servicios al estado. Antes del año 1748 se habia formado un cuerpo de corto número de cirujanos para el servicio de la armada, á cuyo frente se hallaba en calidad de cirujano mayor D. Juan la Comba, y á este cuerpo informe pertenecia Virgili, el cual concibió el proyecto de establecer un seminario para la enseñanza de la cirujía, que yacia en España abatida y menospreciada, porque comunmente la ejercian hombres ordinarios, sin estudios, sin arte y sin aplicacion, y Virgili concibió por aquel medio el proyecto de restaurarla. Con la proteccion del ministro marqués de la Ensenada obtuvo del rey en 11 de noviembre de 1748 la Real cédula de ereccion del colegio de Cádiz, donde se habia de enseñar la cirujía con todos los medios necesarios para formar profesores instruidos en utilidad del reino. El monarca suministró generosamente recursos para llevar á cabo esta empresa, y aprobó los estatutos formados por el mismo Virgili.

En el momento pasa á Cádiz, levanta el edificio del colegio, convida con premios á los mas sábios profesores para que en él se dediquen á la enseñanza; envia jóvenes á paises estranjeros para que vayan como él á adquirir los mejores conocimientos; manda construir con nueva perfeccion instrumentos como los que habia observado en paises estranjeros, y logra ver establecido un monumento que honra al gobierno que lo erigió, é inmortaliza el nombre de Virgili. De este colegio salieron profesores para los colegios de Barcelona y Madrid, aquel fundado por el mismo D. Pedro Virgili en 1764, y este después de su muerte en 1780.

Suscitóse una noble emulacion entre el colegio de Andalucía y Cataluña: los discípulos de Cádiz prestan luego sus servicios á la marina, y los de Barcelona al ejército de tierra.

Los colegios de estas dos ciudades han erigido bustos á su memoria que se ven colocados en las piezas mas autorizadas del edificio, y Virgili es considerado como uno de los padres de la cirujía española y como su restaurador en los tiempos modernos, y su memoria será

eterna, así por esta causa, como por los importantes descubrimientos con que enriqueció la cirujía.

Virgili, lleno de gloria por sus talentos, y satisfecho por los eminentes servicios que habia hecho á su patria, falleció en 11 de octubre de 1776.

Sus escritos son: *Memoria sobre la broncotomía*, que se insertó entre las de la Real Academia de Paris, y un *Compendio de arte obstetricia*, compuesto para el uso de los colegios de cirujía, el cual se publicó en Barcelona en 1765.

L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

EL ABOGADO DE POBRES.

FRAGMENTO ÉPICO (1).

¡No! La raza de los héroes no se ha estinguido en la tierra!

Al fuerte Aquiles y al piadoso Eneas podemos oponer una infinidad de sub-tenientes de todas armas, á quienes solo falta para competir con aquellos héroes un Homero ó un Virgilio!

La antigüedad se enorgullece con la gigantesca figura de Hércules limpiando los establos de Augias; pero la sombra del hijo de Júpiter y Alemena tiene que prosternarse ante nuestro moderno Sabatini, que ha sobrepujado al semi-dios gentílico... en materias de policía urbana!

El rey Artus y los caballeros de la mesa redonda han desaparecido en las sombras del no ser!

En la actualidad las mesas redondas se cuentan á millares, y los antiguos defensores de las viudas y los huérfanos han trocado su título de caballeros andantes por el mas modesto de abogados de pobres.

Puesta la toga, calado el birrete y enristrada la acerada pluma, combaten desinteresadamente en favor de los oprimidos, y consiguen laureles inmarcesibles, derrotando con frecuencia á la raza incorregible de nigrománticos, que se presentan en liza bajo el engañoso nombre de promotores y fiscales!

Oh nunca bien ponderados jóvenes! yo os levantaré un monumento eterno en papel del sello cuarto!

Yo cantaré vuestras hazañas, y nada tendreis ya que envidiar á los doce pares, cuyas proezas Eco repite en las esquinas, al son armonioso de la cítara moderna!

Y tú, digno émulo de Minos y Radamanto, Vicario de Themis, Gran maestre de la andante órden, ilustre... acoge benévolo mis elevados cantos, y premia desde tu trono de cerda y de caoba mis heróicos esfuerzos con una promotoría fiscal de entrada!

CANTO PRIMERO.

Hecha la invocacion en el tono encrespado, usado generalmente en la epopeya por los vates antiguos y modernos, la lira se me escapa de las manos, con lo cual se deja conocer á tiro de ballesta que me hallo en la imposibilidad de proseguir mi obra en el tono épico con que la comencé, toda vez que segun el testimonio unánime de los poetas que han cultivado este género, que empieza en la Iliada y termina á no dudarlo en el Pelayo, los poemas heróicos se componen y se cantan indefectiblemente con acompañamiento de cítara, arpa ó lira, y alguno que otro obligado de trompa.

A falta de estos instrumentos, y con el deseo de conservar cierto colorido á mi composicion, he contratado un individuo que toca el figle y se acompaña con chinescos y platillos.

Con su auxilio espero todavía eclipsar al autor de la Henriada.

Doy principio á mi obra.

En todos los tiempos, en todos los países se ha reconocido y acatado el elevado principio de que nadie debe ser juzgado sin ser oido.

Con arreglo á este axioma los jueces debieran oir siempre á las partes.

Pero como todos los axiomas sufren modificaciones en la práctica, bien pronto se echó de ver que este era, en toda su estension, inaplicable.

(Lo que yo echo de ver es que he bajado espantosamente de tono, y para inflamar mi espíritu grito al hombre orquesta: música!

Contestacion: rrun!! chin! cataplin!)

Prosigo.

Los litigantes sordo-mudos, los acatarrados, y en general todos los que padecian estincion de voz, no podian ser juzgados, por la sencilla razon de que no podian ser oidos.

Otros que poseian un órgano privilegiado abusaban de él, y atronaban los oidos de sus jueces dejándolos sordos, y en la consiguiente imposibilidad de oirlos y juzgarlos.

Y la mayor parte de ellos se dejaban llevar de sus iras, se lanzaban interjecciones que ruborizaban á los adeptos de Themis, y amenazaban devorarse á la puerta del tribunal.

Para evitar esta catástrofe se inventaron los abogados, cuya mision es hablar en estrados, modulando la voz de manera que no turbe, antes bien favorezca el blando reposo de los jueces.

(Observando que continúa mi *declinacion* épica, y que hablo ya de manera que todo el mundo me entienda, para entrar en calor y cobrar brios, arrimo un puntillon á mi orquesta, la cual se estremece y pone en actividad dejándose oir las siguientes armonías:

¡Prum! ¡Rum! ¡chin! ¡plan! ¡chin! ¡cataplin!!!)

Y prosigo:

El ministerio del abogado consiste en ocuparse esclusivamente de los negocios de sus conciudadanos, por lo que en una escelente obra se le define de esta manera:

El abogado es un ente racional que se mete en camisa de once varas, mediante cierta cantidad.

Su regla de conducta es defender los pleitos como propios, y sentir su pérdida como ajenos.

En el mismo libro se define la justicia diciendo:

Justicia... es
lo que en sala de cinco
deciden tres.

(No bien he estampado estos renglones esclamo: mi ruina se consumó: he descendido á la seguidilla: adios epopeya!)

Inmediatamente alargo un napoleon á mi colaborador, el cual se quita el figle de la boca, los chinescos de la cabeza, los platillos de los tobillos, se echa sus instrumentos á la espalda, baja la escalera y obsequia á la portera con un concierto improvisado que le atrae las maldiciones de la vecindad, y espeluzna de gozo á los innumerables gatos que asoman sus cabezas desde el alero de los tejados.

Por mi parte renuncio á mi poema, íntimamente persuadido de que en esta época se ha hecho imposible la epopeya, sin duda porque, al paso que pululan los instrumentos de cobre, no se encuentra una cítara por un ojo de la cara.

Continúa pues siendo el Pelayo el último de los poemas épicos, envidiable calificacion que no le niega ninguno de los que le han ojeado.

CAPÍTULO II.

Vuelvo á mi asunto.

Después de revelada la verdadera mision del abogado corresponde manifestar los antecedentes del que consagra su talento á la defensa de los pobres.

De cien jóvenes que concluyen en cada año de cursar jurisprudencia, puede calcularse que treinta ó cuarenta han consagrado sus desvelos á Cupido perfeccionándose en el estilo epistolar amatorio;

Que diez ó doce han dedicado sus vigilias á sobresalir en el arte difícil del billar ó del ecarté;

Que tres ó cuatro se han arrojado en los brazos de las musas cultivando con igual esmero y desgracia el epígrama y la elegía, la comedia y el drama;

Que otros tres ó cuatro se han abismado en el vorágine de la política, absorbiendo todo su tiempo la redaccion de las gacetillas de un periódico político;

Que seis ó siete han cedido á los inefables encantos de la música, con gran detrimento del sistema auricular de sus convecinos;

Que otros tantos han empleado agradablemente las horas del dia en medir el asfalto de la Puerta del Sol, matando el tiempo en los paseos y el café;

Que algunos mas se hallan dominados de la idea de sobrepujar á Massot y Petit-pas en la polka y la redowa haciendo progresos tangibles en todos los bailes que dan aquellas personas que se hallan enemistadas con sus alfombras, y que desean pagar muy caro un mal rato;

Y que solo unos pocos han tomado por lo serio su carrera.

Estos son los que, apenas recibida la investidura, solicitan la alta honra de ser abogados de pobres, y fácilmente la obtienen.

Si el novel defensor tiene un conocido gacetillista, se hincha de gozo al leer al dia siguiente en el periódico un suelto en estos ó parecidos términos:

Incorporacion. Ayer quedó admitido en nuestro Ilustre Colegio el aventajado jóven D. Pascasio Perez. Por no ofender su modestia solo diremos que su talento, sus conocimientos y su elocuencia lo ponen desde ahora á nivel de los Cambroneros y Argumosas.

(1) El autor de este artículo, al darle á la estampa, espera que ninguno de sus lectores desconocerá que pertenece á ese género de crítica burlona, festiva, pero inocente: nada mas distante de su ánimo, nada mas ajeno de su objeto que desprestigiar una profesion que él ejerce, y en la que son tan frecuentes como poco conocidos y recompensadas las pruebas de inteligencia, abnegacion y talento, cuyas cualidades tanto realzan la magistratura y el foro de nuestro país.

VELISLA.

A los ocho dias sale otra gacetilla concebida de este modo:

Filantropía. El ilustrado orador D. Pascasio Perez ha determinado por este año consagrarse á la defensa de los pobres. Rasgos de generosidad semejantes no deben permanecer ocultos, y nuestras columnas estarán siempre abiertas para consignarlos.

CAPÍTULO III.

A los quince dias recibe nuestro héroe su primera causa.

Profundamente conmovido se precipita á leer en la carpeta la clase de delito de que se acusa á su defendido, y encuentra que se trata de castigarle por riña con una mujer.

Se entusiasma, y sin desatar los autos escribe, apelando á recuerdos universitarios y académicos, un exordio, en el que se trata de los griegos, los egipcios y los caldeos, y se cita á Osiris, el buey Apis, Venus y Domiciano.

Fíjase después en el nombre de su defendido, que ¡oh dolor! resulta llamarse Policarpo Pelote.

Este nombre funesto apaga el entusiasmo del orador, al que solo le queda por consuelo la idea de que jamás hubiera conseguido el mismo Ciceron pronunciar una arenga, siquiera mediana, *pro Policarpo ó pro Pelote.*

Con el objeto de predisponer favorablemente el ánimo judicial, trata de averiguar los antecedentes del procesado, y encuentra los siguientes:

Que Pelote juega con toda perfeccion al cané;

Que de veinticuatro horas que tiene el dia está ébrio veintiseis;

Que ha pasado varias temporadas en el Saladero.

Para desvanecer el mal efecto de estos antecedentes, el abogado apunta:

Que el jugar al cané supone desde luego inteligencia, y que á otros juegos peores se entregan personas de mucho tono.

Que el beber vino, en rigor, solo supone sed.

Que el ir al Saladero nada implica, porque la justicia humana está sujeta á errores; además de que los magistrados frecuentan ese edificio, con la diferencia de que estos van generalmente en coche y Pelote á pié.

Pasa en seguida á examinar el hecho de la disputa, que resulta probado por catorce testigos presenciales.

A esto dice el abogado:

Que no se ha probado en autos que estos testigos no sean ciegos;

Que dos de ellos bizcan conocidamente;

Que tampoco está probado que no estuvieran de espaldas;

Que admitida esta hipótesis, es indudable que nada debieron ver.

Concede después que sea cierto el hecho criminal, reducido á que el inconstante Pelote, sin sospechar que plagiaba á D. Rodrigo, estaba folgando á las orillas del Manzanares con una hermosa habitante de la Cava-baja, desgraciadamente con testigos, pues que su antigua novia, que á cierta distancia presenciaba el coloquio amoroso, disparó iracunda al rostro de su infiel amante unos calzoncillos que estaba lavando, á lo que replicó Policarpo con una lluvia de palos.

El abogado alega:

Que los calzoncillos estaban empapados en agua fria;

Que pasada la primera impresion de frio, debió producirse una reaccion en sentido contrario;

Que en el paroxismo de esa reaccion debió sin duda Policarpo aplicar á su interlocutora la paliza que forma la base del procedimiento, paliza á todas luces y bajo todos conceptos improcedente y contraria á lo dispuesto en todos nuestros códigos, desde el Fuero Juzgo hasta el dia;

Que Pelote es hombre de honor y no le gusta que le den con nada en el rostro, y mucho menos con unos calzoncillos húmedos.

Y por consiguiente que la lluvia de palos tuvo por causa determinante el estado morboso del procesado y los estímulos de su honra mancillada.

Examina después cuidadosamente la declaracion indagatoria del preso para ver si trata de atenuar su delito, y se encuentra con la novedad de que Pelote, no solo confiesa haber dado un jabon á la lavandera, sino que ha asegurado que en saliendo de la cárcel duplicaria la dosis y aun algo reservaría para el juez y el escribano.

Este nuevo contratiempo desalienta al abogado, que apenas tiene ánimo para apuntar:

Que si Pelote no está loco, nada se opone á que andando el tiempo llegue á estarlo;

Que cuando prestó esa declaracion se hallaba sin duda embriagado; pues si bien desde que estaba detenido solo bebia agua, este líquido debia subírsele á la cabeza por falta de costumbre.

En el dia de la vista el abogado hace cuantos esfuerzos son imaginables para salvar á su defendido; pero este, que continúa bajo la perniciosa y anormal influencia del agua clara, desbarata con un tino admirable toda la defensa, permitiéndose hacer una mueca al tribunal.

El defensor pide apresuradamente la palabra diciendo:

Que el lenguaje de los gestos, aunque universal, no está sujeto á reglas fijas é invariables;

Que en China la mayor señal de afecto consiste en restregarse las narices con las de la persona á quien se quiere honrar;

Que en las Molucas se considera como ademan respetuoso la aplicacion de la estremidad de la boca al hueso sacro de la persona favorecida con esta señal de aprecio;

Que en Taiti...

Pero el presidente le interrumpe, y el tribunal confirma la sentencia del inferior, por la que se condena á Pelote á unos meses de arresto, durante los cuales puede entregarse, si gusta, á profundos estudios sobre la mímica.

CAPÍTULO IV.

Después de esta causa recibe el abogado de pobres tres, cuatro, seis de la misma importancia.

Trátase en la una del robo de un tenedor que se ha encontrado en el bolsillo del ladron, no quedándole al abogado otro medio de defensa que el alegar la circunstancia atenuante de faltarle una pua á la prenda robada.

Persíguese en otra á una naranjera por haber injuriado á otra del oficio con palabras que no pueden estamparse aquí, pero con las cuales se tropieza en cada página *del Quijote* y de otros libros publicados en una época en que, segun dicen, habia mas pudor, mas recato, mas delicadeza que ahora.

A veces invade el modesto despacho del abogado de pobres algun individuo que viene á reclamar sus auxilios. En estas ocasiones, como el cliente es siempre de humilde condicion, suelen representarse escenas cómicas, entre las que merece ocupar un lugar distinguido la siguiente:

Llaman á la puerta.

EL ABOGADO DE POBRES. Adelante.

Una mujer con mantilla de franja y vestido corto.—Señor abogao, usía...

EL ABOGADO DE POBRES (como quien abdica). Deje Vd. el usía.

LA MUJER (poniendo la mano en el hombro al abogado). Cabayero, tengo un puesto en la plazuela de la Cebaa, y vendo ajos, cebollas...

EL ABOGADO. (Tapándose las narices.) En efecto... se conoce... Adelante.

LA MUJER. (Rascándose la cabeza con la peineta.) Tengo siete hijas.

EL. Sea enhorabuena.

ELLA. Toiticas solteras.

EL. Retiro la enhorabuena.

ELLA. ¿Qué ice su mercé?

EL. Nada: siga Vd.

ELLA. Enfrentico é mi puesto tiene otro la Colasa; Vd. la debe conocer; una roja con un lunar en el pescuezo, muy puerca *(vuelve al ejercicio de la peineta)* con los ojos ribeteaos...

EL. Adelante, adelante...

ELLA. Pues como iba diciendo, la Colasa me ha tomao tema porque un dia la... la (aquí hace un grito espresivo.)

EL. Entiendo... entiendo.

ELLA. Pues como iba diciendo, me ha tomao tema, y para hacerme de rabiar ha dicho á un novio que tiene que compone... compone.

EL. Cualquier cosa... zapatos.

ELLA. No señor; coplas; y la ha compuesto una copla contra mí, y la arrastráa la canta todito el dia.

EL ABOGADO. ¿A ver la copla?

ELLA. (A voz en grito.)

Infeliz de quien tiene
siete solteras,
que en setecientos años
no sale de ellas.

EL ABOGADO. (Riéndose.) La seguidilla me gusta.

LA MUJER. (Preparándose al combate.) Por vida del... si á usted le gusta, á mis hijas no; sobre todo Sinforosa que dice que no quiere aguardar setecientos años... porque... porque...

EL. Bien: ¿y qué mas?

ELLA. Es que el tio Pacho dice que los abogaos saben de todo.

EL. (Con entusiasmo.) En efecto, nuestra ciencia es universal á la par que digna y elevada; la jurisprudencia, el derecho, la legislacion!... hé ahí la síntesis de la inteligencia! Con verdad dice Ulpiano

que nuestra mision constituye el sacerdocio mas sublime... mas...

ELLA. (Sacando tres pesetas del bolsillo.) Güeno, güeno; puesto qne Vd. sabe de todo, ahí van esas tres pesetas, para que me componga Vd. unas coplas que hagan de rabiar á Colasa...

EL. (Con asombro é indignacion.) ¡Señora! (levantándose) es posible que así se profane la... la... lo.., lo...

ELLA. (Recogiendo sus tres pesetas.) No se incomode Vd., señor abogao; que si Vd. no sabe hacer coplas ya me las sacará el barbero del portal.

(El abogado se vuelve á sentar y queda estático. La consultante toma la puerta llamándole chaval entre dientes, y tarareando una copla cuya maligna intencion no comprende del todo. Al llegar al último tramo suelta su voz, y el alumno de Temis se recrea oyendo lo siguiente:

Todos los abogados
van al infierno,
y el camino que llevan
es... el derecho...

CAPITULO V.

Suena al cabo la hora dichosa en que el orador novel tiene que luchar, no cuerpo á cuerpo, pero sí lengua á lengua, con un adversario de inmensa reputacion, por lo cual se prepara para el combate con particular cuidado.

La causa se ha seguido en un tribunal de guerra por la razon de que el procesado es amigo íntimo de un cabo de infantería, siendo por tanto evidente que le corresponde el fuero privilegiado.

Llegado el momento de la vista, el célebre criminalista que lleva la defensa del acusador privado empieza su oracion en estos términos:

Jamás se ha presentado un caso como el que me obliga á molestar la atencion de tribunal con mas ó menos elocuencia, porque esto al tribunal, no á mí, le toca decidirlo. ¡Jamás ha estado mas claro el delito, ni ha sido mas urgente la necesidad de imponer un terrible castigo al delincuente para contener los desmanes de seres corrompidos, que amenazan destruir el edificio social por sus cimientos, y no reconocen en su audacia ni límites ni freno!

(El célebre criminalista ejecuta numerosas variaciones sobre este tema por espacio de un cuarto de hora, y prosigue.)

Doña Clara de Vargas Bermudez y Bermudez nació en una aldea del principado de Asturias. Pasaron rápidos para ella los años de la niñez, y atravesó con heróico esfuerzo la época azarosa de su dentición. A los diez y siete años contrajo matrimonio con D. Jaime Andrés y Antonio, y trascurrieron para los esposos seis lustros felices, tanto mas felices, cuanto que no tuvieron sucesion.

(Pausa. Un magistrado que tiene trece hijos se enternece: el orador prosigue:)

La terrible guadaña de la muerte segó la existencia de D. Jaime Andrés y Antonio, y tras esta desgracia, otras y otras se acumularon sobre su desgraciada viuda.

Tres veces volvió á encenderse para ella la antorcha de Himeneo, y otras tantas se apagó: ó lo que es lo mismo, á la edad de sesenta años Doña Clara de Vargas Bermudez y Bermudez quedó viuda de su cuarto marido y desesperanzada de encontrar el quinto!

Sola se halló entonces sobre la tierra sin mas consuelo que dos millones de fortuna!

Tenia y tiene Doña Clara de Vargas Bermudez y Bermudez treinta ó cuarenta parientes sumidos en la miseria, y además habitaba en su casa una perrita de lanas llamada Artemisa.

Doña Clara Vargas Bermudez y Bermudez, conociendo toda la estension de sus deberes sociales, dedicó 240 rs. al año para hacer la felicidad de sus ingratos parientes, y concentró su cariño en Artemisa, á quien alimentaba con dulces y con bizcocho!

Correspondia la perra á tantas caricias, y salvo algun que otro inocente mordisco, nada turbaba la dicha de esos seres inocentes tan dignos el uno del otro!

Pero nada es duradero en esta deleznable vida, y un suceso horrible vino á destruir el plácido sosiego de que el ama y la perra disfrutaban!

El dia cinco de julio del año próximo pasado á las nueve de su mañana cruzaba Doña Clara de Vargas Bermudez y Bermudez la Puerta del Sol, llevando á Artemisa con un largo cordon de seda verde, que partiendo de la mano de mi patrocinada, terminaba en el collar de grana del cándido animal.

Confiada Artemisa en el celo de los que velan por la pública seguridad y en la superior ilustracion y alta sabiduría de V. E., trotaba alegremente detrás de su ama, cuando... (el célebre criminalista se conmueve) cuando un mónstruo vomitado del Averno, aprovechando la confusion que reina en aquellos parajes, se precipita sobre la inerme perra; corta diestramente el collar, y huye llevando en sus brazos á su triste víctima.

Vuelve á poco la vista Doña Clara de Vargas Bermudez y Bermudez, y cuál seria su asombro al considerar que el verde cordon de seda, en vez de servir de conductor á la rizada y nítida Artemisa, solo arrastraba por el fango una insensible y repugnante escoba!

A los agudos lamentos de mi patrocinada acude la gente; penetra en el corro un honrado salvaguardia, el cual, enterado de la catástrofe, pone sus piernas en movimiento, con tan feliz éxito, que logra rescatar á Artemisa, á tiempo ya de que el raptor penetraba en sus inmundas guaridas de la Plaza de la Cebada.

(Al oir estas palabras un magistrado que habita en dicha plazuela, frunce el ceño, lo nota el célebre criminalista, y sin cambiar de tono dice:)

En esa plaza! En ese régio Coso, en cuyas nobilísimas casas tantas egregias cunas se mecieron, y en donde hoy habitan esclarecidos ingenios!

Prosigue en este tono su discurso, tratando de probar que el rapto de Artemisa se hizo á instigacion de los ingratos parientes de su patrocinada, y concluye pidiendo severísimas penas contra el acusado.

Suspéndese la vista, y á la salida recibe el célebre criminalista un estrecho é inevitable abrazo de Doña Clara de Vargas Bermudez y Bermudez, que con las lágrimas en los ojos le apellida su salvador, y



(D. Pedro Virgili.—Pág. 58.)

solo se queja de que le haya faltado energía para pedir la pena de muerte contra el raptor de Artemisa.

Al dia siguiente el abogado de pobres empieza su defensa con un exordio basado sobre el axioma sostenido por Buffon y todos los naturalistas de que el perro es el amigo del hombre, sacando de estas premisas la consecuencia de que no es una accion punible la que tiende á proporcionar un amigo.

Manifiesta después que él no tomará las cosas de tan arriba, n hablará de la época remota de la dentición de Doña Clara, ni entrará en la enumeracion de los maridos que haya podido tener esta señora, cuestion que ofrece escaso interés.

Sostiene después que el hecho, aun suponiéndole criminal, no está probado; pues si bien á su defendido Dimas le capturaron con un perrito de lanas en los brazos, y ese animalito era ladrador, sucio y goloso, esas señas convienen con las de los once ó doce mil individuos de la misma raza que se pasean á pié y en coche por Madrid, lo cual es un obstáculo insuperable para comprobar la identidad:

Que aun admitiendo la hipótesis de que Dimas sea el robador de Artemisa, habiendo sustituido á esta, como se reconoce de contrario, con un utensilio casero, solo puede censurársele por haber aplicado, con alguna exageracion tal vez, las doctrinas predicadas por Ricardo Cobden y su apostolado, acerca del libre cambio:

Y en último resultado, que Doña Clara de Vargas Bermudez y Bermudez no debe darse por agraviada de la accion de Dimas, ni despre-

ciar el artefacto que sustituyó á Artemisa, porque es bien sabido de todo el mundo que en las casas en que hay perritos de lana la escoba es de uso diario.

Al dia siguiente se publica el fallo, imponiendo una leve pena á Dimas.

Al saber ese resultado Doña Clara de Vargas Bermudez y Bermudez, se pone frenética, se arranca la peluca, y acusa á los jueces de haberse vendido á sus parientes, los cuales se hallan en su mayor parte en San Bernardino ó en el hospital.

El procurador, para calmarla, la asegura que la indulgencia del tribunal, que no ha condenado al tormento á Dimas, proviene de que el presidente aborrece los perritos de lanas.

CAPÍTULO SESTO Y ÚLTIMO.

Después de trabajar asiduamente, después de haber hecho infinitas defensas, con el celo y el entusiasmo propio de una edad llena de ilusiones generosas, el abogado de pobres abre su libro de asientos á fin de año, y forma el balance de sus ganancias, el cual le da el resultado siguiente:

HONORARIOS.

Devengados.	10,007 rs.
Cobrados.	7

EL GUARDIA DEL REY.

NOVELA HISTORICA

(Continuacion.)

Es inesplicable el sobresalto que la doncella esperimentó al sentir la mano de un hombre y la fria hoja de su puñal... dió un grito de sorpresa... é incorporándose pedia socorro al cielo, en la idea de que la amenazaba un asesino.

—No grites, le interrumpió. Nadie te oye: soy dueño de tí: responde la verdad, cual si estuvieras á los piés de un confesor en la última hora.

Teniala fuertemente cogido un brazo, y notaba un estremecimiento convulsivo, por lo que aceleró su interrogatorio del modo siguiente:

—¿Eres Laura?

—Sí.

—¿No tenias un amante?

—Sí.

—¡De corazon!

—Le correspondia.

—¿Dónde está?

—Dicen que ha muerto.

—¿Quién ha sido la causa?

—Lo ignoro.

—¡Tú vendiste su cabeza, horrible mujer!!

—¡Perdon!

—¿Quién reveló á D. Gonzalo el viaje de Silvio?

—¡Piedad!

—¡Pérfida!

—Yo lo hice por servir...

—A tu interés bastardo... por el cual hiciste traicion á Doña Isabel, comprometiste el honor y la vida de un caballero, y por último has puesto á precio la cabeza de tu amante!

—¡Compasion! Me despedazais el brazo!... ¡Dios mio! compadecedme!!

Saca la luz, descubre el rostro, y esclama la jóven, cayendo sobre su almohada:

—¡Silvio! ¡Silvio!... no me hieras!!

—¿Te arrepientes?

—Dispon de mi vida.

Era el paje, que á duras penas llegó á Sevilla, y con grandes temores permaneció oculto, habiendo padecido tambien por espacio de algunos dias una fiebre abrasadora, que le puso al borde de la tumba.

—He comprendido tu traicion, y juré vengarme. Por tí me condujeron al Tajo, y milagrosamente salvé de los asesinos! ¿Dónde está nuestra angelical señora? La que te llamaba su *fiel amiga*... Debes morir de vergüenza!...

—Por Dios, Silvio, no me descubras y te diré su paradero.

—¡Que no te descubra!... vendrás conmigo... repararás tan funesto agravio... y si te resistes... sepultaré mi puñal en tus entrañas!!...

—Su hermano D. Ricardo la condujo á casa de Doña Beatriz; nadie lo sabe.

—Vístete al momento.

—Exige lo que quieras... pero déjame en esta casa: tuyo es m amor, tuya mi voluntad, tuya mi vida.

—Levanta y sígueme al instante, ó si no... mueres!...

Mientras Laura se vestia, Silvio pasó á la antesala, y después que aquella trajo la luz halló sobre una mesa la *rosa de oro*, con visibles muestras de haber sufrido un escandaloso ultraje.

—¿Qué significa esto? preguntó enseñando la banda.

—La sangre es de Doña Isabel, á quien su hermano dió con ella en el rostro.

—¡Qué crueldad! y se la guardó el paje, á quién siguió Laura, conmovida y llorosa, y ambos abandonaron la casa de sus antiguos señores.

Al siguiente dia quedó enteramente desalojada; pues la desaparicion de la doncella y el estado de desórden en que dejara su dormitorio, hicieron creer á sus sencillos y asustadizos moradores que la habian sustraido los duendes ó los diablos, creencia universal en aquella época de ignorancia y de fanatismo.

Cuando lo supo D. Gonzalo bramó de cólera, y no acertaba á quién atribuir tan sorprendente suceso.

VI.

LA RECLUSION.

Un carácter impetuoso y repulsivo, segun hemos indicado, distinguia á la madre de Isabel, cuyos amores no le fué posible tolerar, creyendo algunas personas de su clase que los rechazaba por contrarios é inconvenientes, como depresivos á su dignidad y á su categoría.

Sin embargo, otras, tal vez *dos* únicamente, cuando lo supieron atribuyéronlo acertadamente á razones mas graves, que obraban con poderío y de secreto en el corazon de Doña Inés.

Esta circunstancia, y la de ser de opuestos bandos, motivaron el enojo contra su hija, á quien llamó delante de su hermano jóven audaz é imprudente, y hablóla en estos términos:

—Tu amor, Isabel, produce mi desventura y la mengua de nuestros blasones. Manrique no pertenece á tu clase. Cierto es que es un bello mozo, mas su hidalguía... su procedencia es muy oscura. Su padre, D. Ramiro, fué como él un simple guardia del rey, ascendiendo y titulándose *noble* por sus hechos de armas... y aun aseguran... en fin, no es este asunto de que deba instruirte, y solo te llamo para comunicarte la prohibicion espresa de que te acuerdes de ese pobre soldado, causa de nuestra inquietud y de nuestra deshonra.

Isabel, conmovida ante el severo continente de su madre y el necio orgullo de su hermano, lloró cual una Magdalena, y cayendo de rodillas hizo una franca y candorosa declaracion en favor de Manrique, la que produjo un frenesí en Doña Inés, y tal ira en Ricardo, que cogiéndola de los cabellos la tiró por el salon, hiriendo su rostro con el bordado de la *banda*.

—¡Recibe, la dijo, el premio de tu desobediencia... toma *la rosa de oro*, que has bordado en largas vigilias faltando á tus deberes! Llévasela, y dile á ese mal caballero que pagará con su vida la ofensa y el desacato de aspirar á lo que es indigno de conseguir!!

Retiróse del salon, y Doña Inés manifestó á su desconsolada hija la necesidad de que expiase sus graves faltas, á cuyo efecto la imponia un año de reclusion, si antes no accedia á las decorosas instancias de D. Gonzalo, caballero de alta alcurnia, y merecedor de su cumplido aprecio.

La resolucion fué irrevocable: se la condujo sigilosamente á casa de una vieja estúpida y devota, irascible y egoista, en cuyo palacio sirvió desde su juventud, habiéndose retirado por hacer con mas libertad y sosiego su nueva vida contemplativa ó semi-monástica.

Tal era Beatriz, á cuyas órdenes ó tutela hubo de ir á parar la hermosa Doña Isabel.

De su retiro conocia Laura portadora siempre de los mensajes de D. Gonzalo.

Los primeros dias sufrió la jóven pesares acervos con las malignas amonestaciones de la devota.

Siendo insuficientes los medios que empleaban, propuso á Don Gonzalo se presentase á visitarla porque... así, decia, será mas fácil que dé al olvido pasados estravíos, y se impresione con el fuego de vuestra elocuencia, de vuestra pasion, ya que desatiende mis cristianas pláticas, mis dulces predicaciones.

Isabel temia la presencia de Carvajal como el reo infeliz la vista del verdugo.

Faltábanla fuerzas para sobrellevar un suceso tan repugnante á su corazon, y del cual recelaba las mas fatales consecuencias.

Laura no la inspiró confianza desde el aviso del jardin, y su anterior cariño hácia ella tornábase en odio, por desdicha suya, justo y fundado.

Su situacion pues era estremadamente violenta y amarga, y los celos por una parte y los temores por otra, la inspiraban valor para un proceder heróico, tanto mas estraño, cuanto que lo realizó desorientada, sin saber lo que se hacia y sin proteccion de nadie.

—María ¿adónde voy? esclama. ¿Buscaré á Manrique? ¿Volveré los ojos á mi injusta madre? ¿Permaneceré en esta casa en donde me espian las mas leves acciones, martirizando bárbaramente mi atribulado espíritu?

Solo recordaba el tierno afecto de la familia del paje; pero ¿cómo implorar su auxilio habiendo sido la causa de su llorada muerte?

Venció por último la desesperacion al miedo, y la fortuna que aquella vez salió favorable á sus ardientes deseos.

VII.

LA TABERNA DEL RENEGADO.

—Señores, la alteracion que ha hecho el rey en la moneda perjudica mucho á su fama.

—Su hijo tiene cada dia mas partidarios, y el pueblo empieza á murmurar... y cuando el pueblo manifiesta su actitud de disgusto... es que cambia de opinion, y la que ya tiene de D. Alfonso es poco favorable.

—Doblemos esa hoja y nos tendrá mas cuenta: yo no puedo consentir que se mancille el nombre del rey tan esclarecido... y mientras tenga una espada...

—Nadie trata de amenguar el crédito de nuestro soberano, aunque tampoco es justo deprimir el de su hijo, cuya bravura y altivas prendas no pueden dudarse.

—¡Gonzalo! ¿de cuándo acá eres adicto al rebelde infante, á ese nuevo rey á quien proclama la nobleza tumultuosa, ambiciosa y descontentadiza?

—Yo no soy partidario de D. Sancho... pero debo hacer justicia á sus recomendables cualidades.

—¡Mas vino! ¡Daniel! ¡Hola! pronto!... despacha! Señores, guardemos ese ardor, ese coraje para lancear moros; no se diga que el vino hace su efecto... y que alardeamos de valor cuando no hay enemigos á quien combatir.

—Tienes razon, Guillen: bebamos y olvidemos las rencillas de los partidos que desgraciadamente permanecen en guerra: una guerra escandalosa... de padre á hijos, de hermanos con hermanos, teniendo al frente adversarios temibles y poderosos enemigos de nuestra patria y de nuestro verdadero Dios.

—La culpa es del rey.

—La culpa es del infante D. Sancho.

—D. Alfonso es aliado del de Marruecos.

—Su hijo es auxiliado por el rey moro de Córdoba.

—¡Qué dirá la cristiandad! ¡Pobre España!

—Aquí está el vino, señores.

—¡Bebamos! No se hable mas de negocios del estado!... ¡guerra á los descendientes del Profeta!!!

—Dí, Gonzalo, ¿y tus amores? Nos aseguran que estás de enhorabuena... Parece que tienes depositada á la hermosura... ¿es verdad? ¿ó es cuento de ociosos y de viejas?

—Señores, confio en realizar una escelente boda; para entonces cumpliré como amigo y caballero.

—¡A la salud de Isabel!

—¡A la salud de Manrique!!! contestó una voz firme y sonora en un rincon de la estancia. Mas justo es decir á nuestros queridos lectores el lugar á que nos hemos trasladado, y la clase de gentes allí reunidas.

Daniel, moro que habia abjurado los errores, no sabemos si por *fé* ó por objeto de especulacion, estableció su despacho de vinos, en donde particularmente los hombres de armas y las turbas de aventureros invertian largas horas narrando lances, esperando citas, y no pocas veces disponiendo sangrientos desafios.

La noche á que hacemos referencia hallábase D. Gonzalo con algunos amigos, varios de ellos poco adictos á la causa del anciano rey, autor de las Partidas, muy gozoso y satisfecho de la situacion de Isabel, y confiado en los esfuerzos de la devota y astuta Beatriz.

Solazábase con sus dos compañeros en uno de los rincones de la ennegrecida y mal alumbrada taberna del moro, muy ajeno á lo que ocurria entre dos hombres que bebian en otra mesa misteriosamente embozados; y todavia se imaginaba mucho menos que otro, un poco mas distante, prestaba atento oido á la bulliciosa broma que calculadamente habia él promovido.

El brindis por Manrique le pronunció el que bebia solo, y los dos que estaban retirados volvieron la cabeza y quedaron enteramente sorprendidos hablando con animacion, pero en voz baja, de aquella ocurrencia.

En el círculo de D. Gonzalo produjo tambien notable efecto; mas fuese por el estado de sus cabezas volcanizadas por los licores, fuese porque aquel tratara de disimular su agitacion, pasó como desapercibido y prosiguió el báquico bullicio.

—¿Has oido, Gonzalo?

—¡Tristes memorias!

—Señores, todavía ignora la causa de la prision de tan bizarro mozo.

—Un guardia menos.

—Sí, pero un soldado que vale por ciento.

—En mucha estimacion le teneis, D. Guillen.

—Es digno de ella.

—Pues la perdió toda.

—¡Mentís! ¡villano!

Así esclamó la voz que antes pronunciara el brindis, la cual causó viva sensacion entre los circunstantes, particularmente en Don Gonzalo que alzóse de su asiento conmovido, iracundo y trémulo de rabia.

Los dos que tanto se recataban echaron una fuerte carcajada, que ocasionó un completo desórden, y desde aquel instante pusiéronse de pié todos los que estaban en la taberna.

—¿Podemos saber, preguntó D. Gonzalo afectando desprecio y arrogancia, si quereis decir quién es el que se atreve á desmentirme tan insolentemente?

—Un difunto.

—¿Os burlais?

—¿Luego es un alma en pena?

—Que os lo diga D. Gonzalo.

—¡Miserable! interrumpió este acercándose al desconocido, á cuyo tiempo adelantaron tambien los otros dos, ignorando quién era, aunque en actitud de defenderle si le acometian.

—¿No mandásteis asesinar á un hombre?

—¡Menguado! ¡te arrancaré la lengua!

—Como arrancásteis á Silvio la banda con la rosa de oro y el billete de Doña Isabel de Lara.

—¿Quién eres? ¡Responde! ¡ó teme por tu existencia!

—El alma de Silvio, que viene á pedir justicia!!!

A esta declaracion se conmovió visiblemente Carvajal y quedaron atónitos sus compañeros: pasado el primer momento de sorpresa, tiraron todos de las espadas, y por honor tuvieron que salir á su defensa. Cuando trataron de acometer al hombre que permanecia inmóvil en su sitio, se interpusieron los otros dos, y el uno dijo en voz alta y llena de dignidad:

—¡Señores! ¡alto! D. Gonzalo Carvajal faltó á los deberes de caballero; el que le ampare se cubre de vergüenza. D. Gonzalo es valiente con la intriga; pero cobarde con la espada: sepultó en una prision á su rival por no atreverse á mirarle al rostro.

—¡Vive el cielo!... No lo diria delante de mí.

—¡Acaba de decirlo! ¡Miradle si os atreveis!

Descubrióse D. Diego, y todos esclamaron: ¡Manrique! El del brindis á su salud apenas tuvo tiempo para abrazarle; era Silvio: Ruiz quedó admirado, pues le creia positivamente muerto.

Cruzáronse las espadas, y súbito estalló un sangriento combate.

Los mas eran del bando de D. Gonzalo; pero la bizarría de Manrique, el arrojo de Ruiz y la agilidad del paje con el auxilio de Don Guillen, y el de otros á quien no conocieron, suplia el número, y no era dudosa la victoria.

Daniel, cruzados los brazos á la entrada de su habitacion, les pedia con voz lastimera que suspendieran el duelo, no por compasion á la sangre que se derramaba, y sí por la pérdida de sus intereses que eran su propia sangre.

La lucha empezó de muerte: uno de los del partido de Manrique yacia en tierra, y Silvio y su escudero se hallaban ya ligeramente heridos en la cabeza.

D. Gonzalo no paró bien los golpes del pujante brazo de su rival, y derramaba sangre por dos heridas de consideracion; mas su rabia le infundia nuevos brios, y luchaba como un desesperado.

Uno de sus defensores midió el suelo de una á fondo que le dirigió Ruiz.

En lo mas recio de la pelea viéronse interrumpidos por quien menos podian imaginarse.

—¡Alto! ¡La justicia! ¡Paz, señores! D. Gonzalo, preso de órden del Rey!

Promovióse un fuerte altercado: hubo resistencia; pero Carvajal, gravemente herido, rogó á sus camaradas no insistiesen, viendo la fuerza respetable que servia de escolta á la autoridad.

Su prision produjo mil juicios á cual mas estraños, incluso á Manrique, porque desconocian las graves causas que lo motivaban.

Dos cadáveres y el suelo salpicado de manchas rojas, fuéron los despojos de aquella lid, de la cual resultó que se cerrase la sombría taberna del Renegado.

Daniel su dueño pasó en un calabozo por espía de D. Sancho y del rey de Córdoba.

VIII.

EL ENCUENTRO.

—Gracias á vuestros leales y caballerescos esfuerzos.

—Yo estaba seguro de la prision de D. Gonzalo, en cuya casa practicaron esta tarde un escrupuloso registro, y se le han cogido cartas de D. Juan de Lara y del Infante. Cuando yo ví al rey antes de las revelaciones de Laura, otra persona, ignoro cuál sea, habia hecho descubrimientos aun mas graves.

—¿Qué decis?

—Cierto: y aun aseguraron en palacio que fué un hombre de oscuros antecedentes, aunque esto no es creible, porque D. Alfonso no habia de asociarse á los consejos de un hombre de baja esfera.

—¡Y me acusaba de traidor!

—Há un año, segun los papeles, que Carvajal lo es á su soberano como lo ha sido á su ilustre compañero de armas.

—¿Sabeis á quién he visto?... Puede ser que me engañe... pero juraria que era él y no otro alguno de los que combatian á nuestro lado. ¡Por el ánima del rey D. Rodrigo! ¡qué mandobles y reveses descargaba!... ó era él ó estoy soñando.

—¿Mas quién? Sepamos.

—El carcelero.

—No desatines. ¿Qué habia de hacer en Sevilla?

Así conversaban Manrique, Silvio y Ruiz, pocos momentos después de la lucha, quedando instruidos por el paje de todo lo concerniente á Doña Isabel y su despótica madre.

—Conviene, dijo D. Diego, arrebatarla hoy mismo de aquella mansion, porque su vida corre peligro. Antes quiero ver al rey para justificarme.

—Laura debe de estar á su lado en este momento, y de su entrevista saldrá el resultado que apeteceis.

—Antes de una hora soy con vosotros; y desapareció en direccion del alcázar.

Entre tanto el paje y el escudero marcharon á un humilde albergue, en uno de los sitios mas escéntricos de la ciudad, confiados en que Laura contribuiría á la salvacion de la desventurada Doña Isabel.

Veamos su resolucion heróica, y el medio que escogió para libertarse del yugo de la astuta Beatriz.

Tenia esta costumbre de rezar en el templo al oscurecer; mas aquel dia no salió de casa, esperando á D. Gonzalo, que hubiera acudido á no ocurrir el combate de la taberna.

Isabel pasaba las mas vivas angustias cada momento que trascurria, temiendo la presencia de un hombre á quien odiaba de corazon.

Retiróse á su dormitorio con pretesto de un leve accidente ó baido, y de allí á breve rato empezó á gritar cual si la maltratasen de muerte. La beata sufrió un gran susto, y con el rosario en una mano y la luz en la otra dirigióse á la habitacion, implorando el auxilio de toda la corte celestial; empero la jóven, oculta tras la puerta, echóla de repente un manto, la vieja cayó de asombro, y la estancia quedó en tinieblas.

Doña Isabel, dejando cerrada la puerta del dormitorio, salió á la calle, cubriéndose con un largo velo, y á los dos pasos detúvose asaltada por una violenta congoja.

Sin guia, sin amparo, ni sin objeto... no acertaba á moverse; sus piés pesaban cual si fuesen de plomo, y su imaginacion oprimida por mil recelos la presentaba en cada sombra un asesino.

(Continuará.)

ALFONSO GARCIA TEJERO.

EL CONVITE EN EL CAMPO.

ODA.

Ven, mi pastora, ven: aquí te espera
De racimos cercado
Y pámpanos que el aura refrigera,
Tu zagalejo amado.
Llega á mis brazos, llega, amada mia,
Llega á calmar mis penas:
Llega á gozar del campo y su alegría
Y sus noches serenas.
Aquí las ánsias de mi amante pecho
Te diré, y mis quebrantos,
Reclinados los dos en blando lecho
De rosas y amarantos.
¿Por qué tardas, mi bien? Que tu presencia
Es de mí tan ansiada,
Cual de marchitas flores la influencia
De fresca rociada.
En placeres sin fin puedes gozarte
Aquí, bella pastora;
Puedes del tierno amor asegurarte
Del zagal que te adora.
A tu vista los simples corderillos
Triscarán de contento;
Al oirte, los dulces pajarillos
Darán su voz al viento.
Y mas que todos tu zagal querido
De gozo enajenado,
Rebosará en contento si ha podido
Merecer tu cuidado.
Ven ya, dulce pastora, que mis brazos
Te esperan codiciosos:
Formaremos de amor sabrosos lazos,
Y seremos dichosos.

M. C.

1855.

LA ESPERANZA.

SONETO.

Ven, esperanza, del dolor consuelo,
Bálsamo dulce de la triste vida;
Ven, esperanza, y de mi alma herida
La duda arranca que engendró mi duelo.
Muestra á mis ojos el amor y el cielo,
Y de la humana raza envilecida,
El bien innato y la razon cumplida
Que han de trocar en paraiso el suelo.
Seráme entonces la existencia amable,
Y leve el mal de la traidora mente
Que hoy hace mi existencia insoportable.
Y á Dios y al mundo resignado y fuerte,
Perdonando esta vida miserable,
Tranquilo y libre esperaré la muerte.

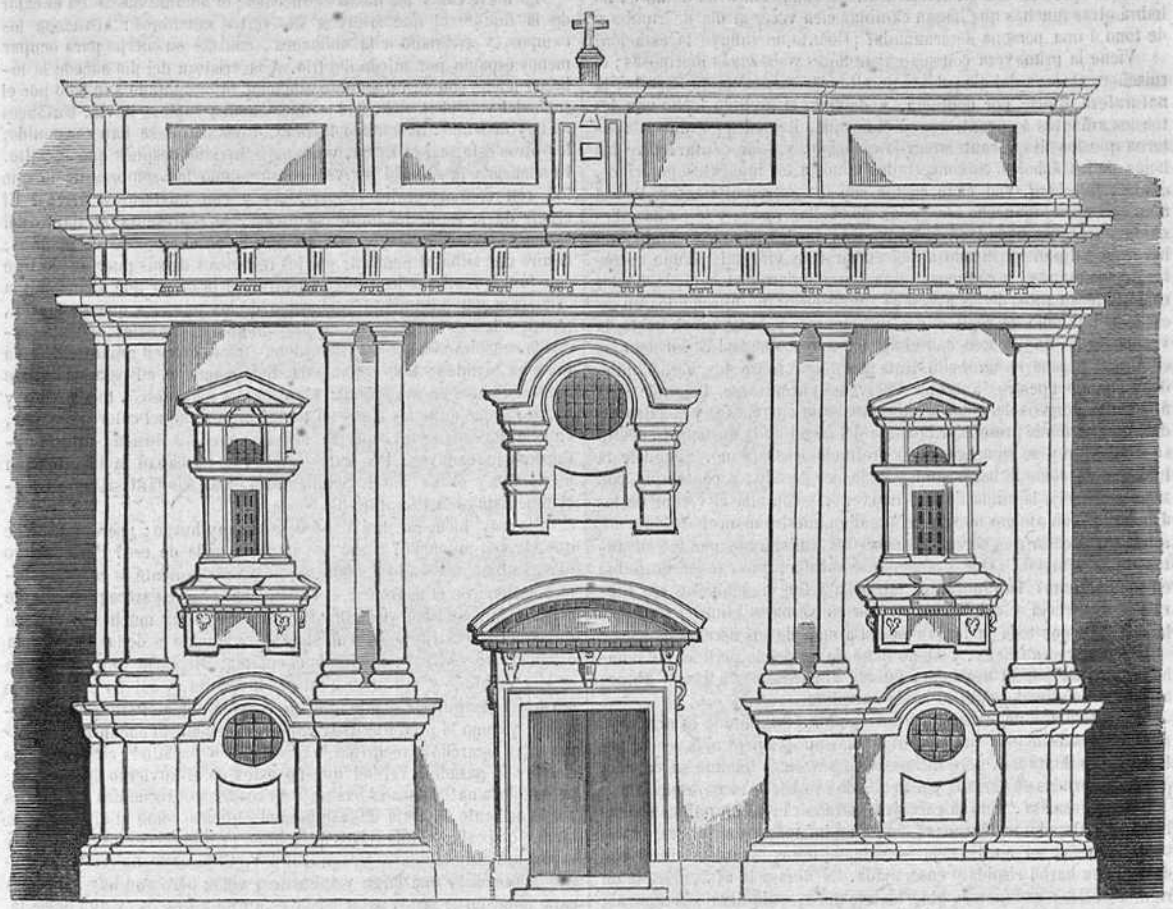
FERNANDO GARRIDO.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



FERROL.—CONVENTO DE SAN FRANCISCO.

A CUATRO BAJO CERO.

CARTA A MI AMIGO D. PEDRO E...

Amigo mio: el hombre siempre es el hombre; pero no siempre es el mismo hombre, como no siempre se viste del mismo modo, ni vive de la misma manera. Su estado depende del que tiene su estómago, conforme al sentir de Alejandro Dumas, gran conocedor y profundo maestro; pero no con arreglo al mio. Podrá ser una circunstancia, una concausa; pero no la única, la esclusiva; y en mi tengo ahora la prueba de hecho de lo contrario; mis fuerzas digestivas no han sufrido alteracion mucho tiempo hace, ni hé menester en este momento repararlas, y sin embargo de empeñarme en que la risa asome á mis labios, en que los chistes salten á borbotones por este papel, la risa no se asoma, los chistes no quieren abandonar el angosto chirivitil que ocupan en mi cerebro. Y la desdicha no me abruma, ni nubla mi frente el mas negro presentimiento, y estoy al lado de mis amigos, y veo próximo el dia en que se realice la dulce esperanza de tenerle á V. cerca y departir en santa paz sobre la política y la moda, el comercio y el amor, las ciencias y la gastronomía, las muchachas y los vencejos: pero nada, el esplin me ha acometido, y aunque recuerde su carta de V. y mi antecedente, no puedo dar en el resorte de la alegría. ¿En qué consistirá si el estómago no es el único móvil de nuestro buen humor? ¿Quiere V. que le fastidie con un largo discurso *fisiológico* sobre la *investigacion* de tal fenómeno? Allá vá, con su beneplácito ó sin él. La bilis me rebosa, y tengo que darle desahogo, probándole á V. que ni la predisposicion del ánimo depende del estómago como afirma Dumas, ni el estilo es el hombre como asienta Buffon, deduciendo la razon porque no puedo escribir á V. con tono festivo y maleante.

Si la humanidad no tuviera mas que un tipo, bello, correcto, inmejorable, el *Apolo de Belvedere* por ejemplo, ¿sería mas hermosa, mas perfecta? No. Su igualdad la abrumaria, su belleza dejaria de serlo, se acababan las comparaciones y el análisis; y no solo serian inútiles para el hombre las percepciones de sus sentidos, sino los juicios de la razon. En el fondo, el ser humano es el mismo esencial; pero en la forma es tan vario, que casi no puede abarcar nuestra imaginacion sus diversidades. Y los accidentes de su conformacion cambian por necesidad la índole de sus pensamientos; y así como el ciego y el sordo sentirán de otro modo que yo, si es que las tienen, las ideas del color y del sonido, así tambien el linfático medita y juzga de distinta manera que el bilioso, este de un modo diferente que el sanguíneo. La complexion atlética del escita, la vigorosa y ágil del hijo del desierto, la raquítica y miserable del lapon, no pueden dar los mismos resultados ni físicos ni morales, de la manera que los cañones de un órgano, sin dejar de pertenecer á un mismo género, no producen todos el mismo sonido. Es pues evidente que una gran parte de nuestra inclinacion á pensar ú obrar de este ó aquel modo proviene de nuestra raza, de nuestra contestura, de nuestra fisonomía y de nuestras buenas ó malas cualidades. Los arenales ardientes de la Arabia, el calor contínuo de la Occeanía, las brumas perennes del Septentrion, la naturaleza salvaje y la cultivada, la gigante palmera y la añosa encina, ¿cómo han de herir lo mismo nuestro ánimo? Luego el clima y las condiciones de suelo en que vivimos nos dan elementos distintos que hacen producir indefectiblemente distintas consecuencias. La vista constante de un ahumado pueblo y de sus astrosos vecinos, la sempiterna conversacion sobre chismes de familia, y las abundantes ó escasas cosechas, no pueden preparar el ánimo de modo que el bullicioso teatro de una corte siempre animada, siempre grande, siempre diabólica; como la pérdida de la última oveja de su aprisco no lleva al pastor el desesperado trance de concluir con su existencia, y lo haria el jugador que perdiese al levantar una carta la mitad de su cuantiosa fortuna, ó el disoluto *dandy* abandonado por una impura cortesana. ¿Y ha de compararse la irritacion cerebral, resultado de una vida crapulosa, con la sana paz y admirable calma del que arregla al mismo tiempo sus costumbres y su reloj?

Pues si todas estas cosas, que no son indudablemente el estómago

ni tienen que ver con él, diversifican las condiciones del hombre, no habrá otras muchas que hagan cambiar cien veces al dia de rumbo y de tono á una persona determinada? ¡Cuánto no influye la estacion!

Viene la primavera con sus gayas flores y sus vivas mariposas; el ruiseñor, atalaya del dia, desde un alto ciprés anuncia su llegada; la naturaleza sonrie por doquiera, y dejando el mullido lecho van los tiernos amantes á encontrarse en el bosque, llamados por una voz interna que los cita á contemplar la creacion, y á oir cantar entre las hojas de los árboles en concertados trinos á los inocentes pajarillos, *amor* y *felicidad*. Ved cuán castos son sus entretenimientos. Ved el afan con que el mancebo escoge las mas bellas rosas, y teje una guirnalda para su amada! ¡Ved cómo esta le devuelve en cambio un hermoso tulipan vivificado antes en su seno virginal ¡Cómo entrelazan sus manos, y comienzan una sencilla danza al compás de los espontáneos cantos de las avecillas, y en pasos no aprendidos en las escuelas! ¡Cómo se repiten sus juramentos, y se despiden hasta la vecina tarde, enviándose con el aura amorosos besos! El sol dora las cumbres y esparce un bello tinte purpúreo sobre los verdes prados, cuando nuestros amantes vuelven á encontrarse. Dejan de oirse á poco los gorgeos del colorin; todo se halla en reposo, y el astro del dia, no queriendo presenciar la caida del ángel de la inocencia, oculta su semblante y se sumerge en lo profundo del Occéano. Sucédele la luna pálida como la hermosura sellada del pecado; y contempla con secreto regocijo la huida de la primavera, y con ella el verdor de los árboles. ¿Cuán ameno no será lo que diga nuestro mancebo? Cómo nos retratará el calor que corre por sus venas, dulcificado por los encantos de la estacion! ¿Qué gracia, qué soltura, qué candor no habrá en sus palabras? Tan inocente, tan bella y tan juguetona es esa literatura de Grecia y del Lacio, nacida en vernales climas, con toda la lozanía y con toda la fragancia del aroma de sus flores.

Pero el verano llega, y Apolo lleno de ira por la perfidia del hombre protegida por su hermana, vuelve amarillas las hojas, y abrasa al mundo tendiendo en él su rubia cabellera.

El semblante de nuestro héroe cambia. Su mirada es mas fija, pero menos animada; sus contornos mas puros, pero mas secos; sus labios mas dilatados, pero menos hermosos; mas tendido su cabello, mas membrudos sus brazos y mas pálido su rostro. Ya no asoma en él la infantil sonrisa, sino la carcajada sardónica; ya no baña su semblante en abundosas lágrimas, sino que humedece en sangre su ardiente pupila; ya no acaricia su delgado bozo, sino deja crecer con desaliño su barba rispida y ensortijada. Le abrasa la atmósfera de un riguroso estío; sus poros, abiertos siempre, aniquilan sus fuerzas; el aire caliente de la noche le destierra el sueño; su imaginacion se arde, su cuerpo se revuelve sin descanso, la sed le quema, y oye desesperado la monótona campana del reloj, anunciándole que no siempre corre el tiempo tan veloz como se quiere. Ya no halla encantos en la hermosura, triste como él y pronta á agostarse como las espigas de la campiña cercana, que esperan la segur del labrador y la clausura de los graneros. Cuando tome la pluma el hombre que así sufre, ¿qué gracia no fluirá por sus renglones? Si rie, semejará su risa á la producida por el titilante contacto de ajena mano; si canta, sus versos, llenos de fuego en su primera espresion, acabarán desmayados y duros en sus retostados labios; su llanto se secará antes de brotar; su voz ponderosa caerá sin vida á impulsos del hacha del rendimiento, manejada por la hercúlea fuerza del calor. Su vida se convierte en un delirio, su amor en un desordenado apetito, sus palabras son un enigma envuelto en grandilocuentes frases, que con el aire que despiden parece quieren refrescar los contornos. Por eso la literatura del Oriente es enigmática y profética, por eso seca y sin empaste, por eso grande y estensa como sus desiertos.

Ya estan atrojados unos frutos y prontos los lagares para la vendimia: ya se llenan las ánforas de delicioso néctar: ya se aprovechan las primeras aguas para una nueva sementera. El hombre sale de su letargo y hace los preparativos para la cruda temporada que le espera; pero en cambio si antes le cansaron los interminables dias del verano, ahora le acongojan los cortos que han de venir. Su vida presente es bueua, porque el tiempo es templado y está cogiendo los frutos de su trabajo, pero no le sonrie la esperanza; le entristece el próximo invierno; y entonces, recordando el martirio anterior y el cercano tormento contrastados por la dicha del dia, su mirada se anima algunos instantes, alegre pero inquieta; su cuerpo ha perdido su fuerza; las impresiones de su alma han languidecido con la naturaleza; las aves de paso le anuncian abundante nieve; su cabello ha caido al mismo impulso que las hojas; los dias van acortándose, y con ellos la vida. Entonces es burlon y cínico, chancero y maldiciente, satírico y chistoso; pero no puede ser divino porque no tiene esperanza; no es sublime y magnífico porque la naturaleza muere y no le presenta en sus cuadros sino esterilidad y cansancio. Hé aquí el retrato de todas las decadencias; Luciano, Juvenal y Quevedo, son las personificaciones del otoño de los pueblos.

La nieve cae y los hielos se suceden; el hombre busca en el calor de la lumbre el que falta en sus yertos miembros: abandona los campos, y arrimado á la chimenea, contrae su cuerpo para ocupar menos espacio por miedo del frio. A la tristeza del dia sucede la lóbrega noche con su imponente silencio, interrumpido tan solo por el soplo del vendabal y el triste compás de una copiosa lluvia. Entonces no hay mas allá: ha sonado la hora. Unos frutos se han consumido; los otros estan en la tierra, y no nacerán sino después que él falte. El silencio y la soledad reviven en su ánimo las sombras de lo que fué con sobrenaturales proporciones y con misteriosos arreos. El crugir de la verde leña que se quema, le representa el llanto del tierno pequeñuelo, arrebatado al mundo en el albor de su mañana; el aire que silba al penetrar por los resquicios de sus puertas, le trae con fúnebre atavío los tristes suspiros de la mujer que abandonó; la oscilacion del pavimento y el ruido de los muebles que se chocan, ¡cuántos lances bulliciosos, cuántas impuras bacanales, cuánta fraguada conspiracion, cuánto desórden, cuánto crimen espantoso! Nada tiene ya realidad; todo es fantasía, todo memoria, cuyos arsenales se abren entonces de par en par; pero todo es gigantesco, todo oscuro y vago. Porque aquellas flores no tienen aroma, aquel calor no quema, aquella doncella es un espectro, aquellos gemidos ilusion, aquella naturaleza un cadáver. Por estos campos se paseaban la imaginacion de Goëthe y el ingénio de Schiller para crear sus fantásticas concepciones. Esta es la literatura del Norte.

Sí, muy bien, me dirá V.: todo está muy bueno; ¿pero qué tiene que ver con mi carta? ¿qué me importa nada de eso? Pues, amigo mio, se ha equivocado V., porque ahora precisamente es cuando estamos de lleno en el asunto. Y si no, digame: ¿No le parece probado que es falso lo que dice Alejandro Dumas, y que hay muchas cosas que influyen en nuestro bueno ó mal talante, y que no es de las menores la estacion? Pues vea V. descifrado el enigma. Mi carta anterior estaba escrita en otoño y era alegre; esta es inverniza, y así no estrañe que sea fria y atrabiliaria. Amigo, el frio tiene la culpa. Porque voy á escribir; y como lo presente nada vale y lo porvenir lo encubren las nieves y las escarchas, recurro á lo pasado. ¡Lo pasado! ¡cuán triste es siempre lo pasado! Verdad que no estoy en el invierno de mi vida: pero el de la naturaleza es bastante á evocar estos recuerdos acalorados por la ardiente fantasía de la juventud, que es como si dijéramos la lumbre que calienta mis yertos miembros. ¿Y qué recuerdos puede tener la juventud que le entristezcan? dirá V. Cierto que no serán los que pueda aumentar una larga y angustiosa vida; pero aun hay bastantes para llorar en la cruda estacion, y estan muy frescos, y aun duele la herida al levantar el apósito. ¿Pero de qué, si la vida empieza, puede haber tristes memorias? ¡Ah! Pues qué, los dos móviles de la adolescencia, la ambicion y el amor, no pueden ya haber trazado en la frente una temprana arruga, y en las órbitas de los ojos el círculo morado del dolor? Desgraciadamente sí. ¡La ambicion! no sé si es peor tenerla ó despreciarla. Porque el que la tiene, vive con ella, con ella se alimenta, mantiene su esperanza, y siquiera sea desgraciado en sus empresas, el deseo sustenta la ilusion, que es la vida, y al fin vive. Pero el que la desprecia no tiene esperanza, se encierra en un estrecho ámbito; se anonada y perece. No crea V. que la desprecie por instinto, no: y esto es lo peor. La odia porque ha asistido desde el primer dia á la comedia del mundo entre los bastidores; ha visto á los histriones en el vestuario; sabe qué son aquellos juguetes ópticos de las decoraciones y de las luces de gas; conoce la tela de los vestidos y la falsedad de las joyas; no ha tenido la dicha de ver la representacion lejos del escenario hasta que ha conocido su mecanismo, y no ha nacido en él la poesía y el entusiasmo que producen las bellas situaciones dramáticas de la farsa social. Esta es la memoria de mi ambicion.

El amor! lo mismo sucede con el amor. ¡Cuántos encantos no tiene el primero y casto cariño de un jóven! ¡De qué poesía no se reviste cuanto le rodea! La esperanza de otro dia le mantiene vivo en el presente; aspira el aroma de la flor apenas abre su capullo, y su pasion virginal encuentra un eco que le repita sus acentos melodiosos. Si algun dia la esperanza se frustra, la flor se marchita ú otro la arranca, ¿quién quita al menos la grata memoria de su primer delirio? Pero el que antes que naciera la pasion vió satisfecho el apetito; el que solo ha respirado el hálito enfermo de la ajada rosa, secas sus hojas, tronchado su tallo, ¿dónde vió jamás la poesía y los encantos del cariño? El que empleara por su funesto destino sus primeras caricias en la inmunda prostituta, ¿como podrá nunca comprender la belleza y la inocencia de la primer palabra ardiente de la doncella pudorosa? Su aliento ha de empañar su frescura; sus palabras envenenarán su pensamiento; su contacto matará su pureza. Pues estos y otros peores de que no hablo por no cansarle, son los recuerdos que me regala el frio. ¿Cree V. que son capaces de escitar mi hilaridad ni la suya? Vea pues escusado mi mal genio y el estilo de mi epístola.

Ruéguele á Dios ó al demonio que venga pronto la primavera, y

V. con ella, que sus tranquilos dias darán paz á mi alma, consuelo á mi cuerpo, gracia á mis labios y vena á mi pluma, y estará V. contento y yo no menos.

Suyo, etc.

F. DE PAULA SEIJAS.

Madrid 8 de diciembre de 1855.

EL GUARDIA DEL REY.

NOVELA HISTORICA

(Conclusion.)

Acertó á cruzar por allí una mujer, y corrí á su encuentro, cual si tuviera la conviccion de que abrazaba á una leal y cariñosa amiga.

—¡Socorro! favor!... Compadeceos de mí!...

—Doña Isabel, ¿sois vos?

—¡Laura! ¡Laura! ¡algun ángel te condujo por este sitio!!!

Abrazó á su antigua doncella, olvidando en aquel momento las sospechas del misterioso aviso del jardin comunicado por el paje.

Tal era su afliccion, que hasta su mismo hermano le hubiera parecido un libertador enviado por el Eterno.

—Nada sospecheis de mí... perdonadme... señora, he sido culpable! Venid conmigo y abrazareis á Manrique!

Detúvose á reflexionar, y apenas podia creer lo que aseguraba su arrepentida doncella. No obstante, fuéron tantos los ruegos y seguridades, que consintió en seguirla.

Silvio y Ruiz no esperaban á Doña Isabel en aquella noche, y meditaban un castigo para la vieja devota cuando llegáran las dos; su alegría fué estremada, impacientándose por la tardanza de Manrique.

Pasemos á Palacio, donde se encuentra el gallardo mancebo envanecido por las caricias de su venerable rey.

IX.

UN MISTERIO.

D. Alfonso veíase en una de esas transiciones de la vida profundas y desgarradoras, en las que el dolor enluta el sentimiento, y los corazones mas bien templados ceden á impulsos de una larga y ardiente pena.

Sonreia el sexagenario monarca en medio de sus vivos pesares, á la manera que un enfermo lanza una sonrisa de resignacion dulce y tranquila en medio de su aflictivo estado, teniendo ante sus ojos la implacable y sañuda muerte.

Yo, decia el desconsolado rey, yo que he tenido por tributarios á seis reyes, de quien han sido vasallos otros tantos soberanos; yo que á fuerza de vigilias y de penosos estudios he podido merecer un honroso concepto, en el dia me veo desatendido, vilipendiado, y sin poder contar ni aun con el respeto de mis propios hijos!!!

Yo que *armé caballeros*, quedando sujetos á mi obediencia segun las leyes á Rodolfo, emperador de Austria, á los reyes Eduardo de Inglaterra, Dionisio de Portugal, Aboaldile de Granada, al de Murcia, á los duques de Borgoña y de Lorena, al conde de Barcelona, y á multitud de soberanos, príncipes y guerreros, hoy me juzgo el mas infeliz de todos los hombres, el mas humilde de sus súbditos!

No hallo quien me preste un miserable auxilio... tan solo mis leales sevillanos, y algunos aguerridos campeones sostienen mi vacilante trono! ¡Desdicha humana! ¡Dios sublime, Hacedor del mundo, permíteme esta desventura para abatir la vanidad de los soberbios y poderosos señores de la tierra!

¡Loado seais mi Dios! Después de vuestra altísima sabiduría y vuestra misericordia solo me socorren y dan aliento los sosegados latidos de mi corazon! A cualquier parte que dirijo mis tristes ojos, únicamente veo enemistad, venganza, ingratitud y perfidia!!!

Positivamente la posicion de D. Alfonso era penosa: el vulgo, sugerido por la nobleza, criticaba su aficion á la astronomía, deduciendo las mas estrañas y estúpidas aseveraciones, tal como la de suponer «que tenia vendida el alma al demonio, que consultaba á los espíritus infernales, por lo cual, y en expiacion de sus herejías, armaba Dios el brazo de su hijo para vengar tamaños é impíos ultrajes.»

Veia de frente numerosos adversarios, capitaneados por un hijo audaz, resuelto y emprendedor, que le declaraba la guerra, y sin un recurso ni persona de valimiento á quien volver los ojos.

Un recuerdo parece que instantáneamente reanimó su espíritu, y empezó á abrigar mas dulces y halagüeñas esperanzas.

Por desavenencias con el mismo rey hallábase en Fez D. Alonso Perez de Guzman, y confiando en sus nobles sentimientos le reveló su estado lamentable, dirigiéndole una carta y su *corona*, para que la entregase al rey africano Aben Juzaf, en prueba de algunos socorros pecuniarios.

¡Contraste fatal! ¡Un rey, abandonado de sus hijos, verse en la dura é imperiosa necesidad de recurrir á un enemigo en demanda de proteccion y de consuelo!

La carta es un documento histórico notabilísimo, por el cual nos hacemos el deber de trascribirla, no dudando que interesará la atencion de nuestros lectores.

Decia así:

«Primo D. Alonso Perez de Guzman: la mia cuita es tan grande que como cayó de alto lugar se vera de lueñe: é como cayo en mi, que era amigo de todo el mundo, en todo el sabran la mi desdicha, é defincamiento, que en el mio fijo a sin razon me face tener una ayuda de los mios amigos y de los mios perlados, los cuales en lugar de meter paz, no a escuro, ni a encubiertas, sino claros metieron asaz mal. Non fallo en la mia tierra abrigo, ni fallo amparador, nin valedor, non melo mereciendo allos, sino todo bien que yo fice: y pues que en la mia tierra me fallece quien me habia de servir e ayudar, forzoso me es que en la agena busque quien se duela de mi: pues los de Castilla me fallecieron nadie me tema en mal que yo busque los de Benamarin. Si los mios fijos son mis enemigos, non sera ende mal que yo tome a los mis enemigos por fijos, enemigos en la ley, mas non por ende en la voluntad, que es el del buen Rey Aben Juraf, que yo le amo é precio mucho por que el non me despreciara ni faluciera, ca es mi atreguado é mi apazguado: yo se cuanto sodes suyo, y cuanto vos ama, con quanta razon e quanto por vuestros consejos fará: non miredes á cosas pasadas sino a presentes. Catá quien sodes é del linaje donde venides e que en algun tiempo vos fare bien, é si lo vos no ficiere, vuestro bien facer vos lo gardonaras: que el que face bien nunca lo pierde. Por tanto el mio primo Alonso Perez de Guzman faced á tanto con el vuestro Señor y amigo mio que sobre la mia corona mas acerada que yo he, y piedras ricas que ende tal me preste lo que el por bien tubiere: é si la suya ayuda pudieredes allegar no me la estorvedes como yo ando que no faredes: antes tengo que toda la buena amistanza que del vuestro Señor á mi viniere sera por vuestra mano: y la de Dios sea con vusco. fecha en la mia sola ciudad de Sevilla á los 30 años de mi reinado y el 1.° de mis cuitas.»—*El Rey.*

Apenas concluyó de escribirla, anunciaron á Manrique, y tuvo una satisfaccion el íntimo compañero de su malogrado hijo D. Fernando.

—Nunca mas á propósito que hoy, le dijo, pudieras presentarte: necesito del consuelo de los pocos amigos que me restan: olvida antes sin embargo los rigores que te hice sufrir contra los presentimientos de mi carácter, que pocas veces me engaña. Violenté mi espíritu para convencerme de que podias ser desleal á tu soberano: corre un velo á los recientes disgustos, pues ocasion te presentará muy presto mi desventura para probar tu fidelidad y bizarría peleando contra los enemigos de mi trono y la gloria de Castilla.

—Señor, la benevolencia de vuestro corazon magnánimo hace olvidar pasados disgustos y reveses en los que V. A. no tuvo parte alguna. Estoy suficientemente indemnizado con la acogida lisonjera que os debo, y dispénseme V. A. la honra de admitir nuevamente los mas seguros testimonios de mi lealtad, y el ardiente anhelo por derramar mi sangre en vuestra defensa.

—¡Bien, Manrique! Acepto gustoso tus sentimientos, aunque no tenia necesidad de nuevas protestas... Mira... y le enseñó la *carta*. —En cuanto reciba auxilio saldremos á campaña, y probaré al mundo que de nuestra parte se halla la razon, el honor, el respeto á Dios y la observancia de las leyes. Me basta un reducido número de bravos y aguerridos caballeros para contrarestar y vencer á esas imponentes fuerzas de mi rebelde hijo.—Saldremos, sí, al combate, pues el recuerdo de pasadas victorias hace renacer la energía en mi contristado pecho!

Hizo una breve pausa, y cual si saliese de un letargo, preguntó á Manrique, limpiándose el sudor de su venerable rostro:

—Ahora recuerdo. ¿Cómo es que nada me has dicho ni confiado de tus amores?

—Señor...

—Respeto cual se merece tu cariño y tu eleccion; es dama en verdad muy digna del pensamiento mas elevado y puro... Mas ¡infeliz! hallarás grandes obstáculos que vencer, y mucho temo no se realicen tus laudables designios mientras aliente su vengativa y orgullosa madre. Te aborrece desde la cuna; eres inculpable: naciste sin embargo con esa desventurada estrella. Medítalo bien; ya á nada procedas interin otra persona de mi órden no te comunique el resultado de ciertas indagaciones que ahora practica.

—Señor, si tuviéseis la dignacion...

—Manrique, es un misterio.

No se atrevió á insistir por respeto, y quedó pensativo hasta que el rey, para tranquilizarle, dióle esta esperanza.

—Así como te elevé de simple soldado á la consideracion que hoy ostentas merecidamente, un dia no lejano contribuiré quizá al logro de tus deseos.—La mujer traidora que te sepultó en un calabozo ha urdido el diabólico plan de hacer creer á mi hijo que voy á proclamarte sucesor AL TRONO... Pluguiese á Dios que así como posees mi cariño pudieras ser tambien mi legítimo heredero... Esa mujer infernal, asociada al ambicioso D. Gonzalo, tiene jurado tu infortunio!... Los papeles cogidos á Carbajal son una prueba irrecusable de su triste realidad.

—¿Y no mereceré, señor, que me aclareis, si es posible, el origen de esa negra trama?

—Tu salvacion exige mi reserva. Es un misterio.

El rey cambió repentinamente de asunto, y conversó un rato acerca de la campaña que disponia ó á que se aprestaba su hijo.

Manrique, agradecido á la generosidad del viejo carcelero, se creyó en el deber de hablar en su favor á D. Alfonso, y al efecto se insinuó de este modo:

—Antes que permitais me retire, perdonadme, señor, si me atrevo á recurrir á vuestra notoria piedad en obsequio de un hombre al que he debido cuando vos estábais decretándola mi ansiada libertad.

—Ese hombre, repuso el monarca, nada quiere; está contento. No sorprendeos: sé por quién hablas: por el carcelero: hace pocas horas que le he visto.

Entonces se convenció Manrique de lo manifestado por Ruiz, quien aseguraba haberle visto en la taberna combatiendo por él con bizarria, sin cuyo auxilio quizá no hubieran conseguido la victoria.

Esta circunstancia aumentó mas y mas su incertidumbre.

Después de saludar á D. Alfonso con las espresiones mas vivas y tiernas de gratitud, retiróse en busca del paje y de su criado sin poder lanzar de su mente aquella frase enigmática del rey. «Es un misterio.»

X.

EL CARTEL DE DESAFIO.

Cuatro ginetes caminaban silenciosamente en direccion á un pueblo distante una jornada de Sevilla al amanecer del siguiente dia en que D. Diego tuvo la conferencia con D. Alfonso.

Iban dos de vanguardia á unos cuarenta pasos, pero en absoluto silencio, como quien teme ser asaltado por cautelosos y formidables enemigos.

El sol radiaba con toda magnificencia la purísima y consoladora luz, y nuestros viajeros, mas seguros tal vez por el sitio ó por la hora, dieron comienzo á narrar de esta manera, aunque sin perder la distancia que tomaron desde los muros de la ciudad.

—La esquisita delicadeza de mi amo es causa de ese viaje: con tal proceder tendrá la hermosa jóven una prueba mas de la sinceridad de sus intenciones.

—Merece mi asentimiento su caballeresca y noble conducta: de esta suerte nada tendrá que criticar su familia, cuyo orgullo no tiene límites.

—Hablando de otra cosa, ¿observais á un hombre que hará media hora atravesó el camino?

—Sí.

—Parece que nos miró.

—Puede; mas no reparé.

—He callado por no asustar á la señora; pero aquí para entre los dos, ese hombre es un espía: ¿te ries?

—Nadie nos ha visto.

—Tambien me negásteis lo que aseguraba del carcelero.

—No es lo mismo.

—Ello dirá.

Un rostro encantador de mujer se traslució á los primeros albores de la mañana; el gallardo corcel que dirigia era sin duda conocedor de la preciosa joya que llevaba, segun lo airoso de su continente, lo acompasado del juego de sus manos y lo erguido de su cabeza. No era menos bello y altivo el gentil caballero que á su izquierda caminaba.

—No vaciles, hermosa niña, esclamó el mancebo, tu honor lo exige: mi amor tiene derecho á demandarte este penoso sacrificio; mi abandono me seria la muerte. La fé que alienta mi corazon es tan pura como la espléndida luz que empieza á iluminarnos. Tu madre te rechaza; mi amor es tu único amparo. Cuando reciba la órden que espero, un lazo sagrado, las bendiciones de un sacerdote acallarán el escrúpulo de tu alma y las infundadas quejas de una familia insultante, de una familia que te arroja de su seno, de una madre cuya vanidad es nuestro verdugo.

—Yo seré dichosa en el mas humilde retiro con tu amparo y con la ternura de tu pasion: desde allí bendeciré á mi familia, cuyos ultrajes perdono y cuya crueldad olvido.

—En ese proceder revelas que eres mas hidalga que los que te han tiranizado. No obstante, quizá llegue un dia en que templen su injusto encono y nos admitan como hijos idolatrados. Yo, por no ofenderte, no me atrevo á odiarlos. Siento únicamente las ofensas que te han inferido: por mi parte les concedo tambien un perdon, aunque yo les deba un rencor inestinguible.

—¡Qué ventura si algun dia nos acoge mi querellosa madre y olvida sus imprudentes enojos! ¡Qué felicidad la nuestra!

—El cielo escuchará tus cándidas plegarias, y tal vez nos conceda ese porvenir risueño en que ahora deleitas tu virginal fantasía! pero... no llores: bastante has atribulado un corazon que solo debió sentir ternezas y placeres.

—¡Son lágrimas de alegría!!!

—¡Qué inocente! murmuró el caballero. Nos imaginamos que habrán conocido nuestros apreciables lectores á la angelical Doña Isabel, á Manrique, y en la pareja de vanguardia á Ruiz y á Silvio; mas ¿adónde caminan y qué objeto es el de su silencioso viaje?

D. Diego temia por la seguridad de su hermosa dama, é impulsado por un sentimiento de fina galantería, la rogó vivamente acelerase el término de sus esperanzas, y después de las mas ardientes súplicas, persuadióse la bella Isabel de que no habia otro medio de salir honrosamente de una situacion tan crítica y peligrosa que postrarse ante las sacrosantas aras.

Próximo al pueblo á que se dirigian habitaba un compañero de Manrique una pequeña fortaleza, en cuya capilla discurrió morir religiosamente con su hermosa, luego que el rey le comunicase sus órdenes, y hasta tanto vivir separado de ella en la confianza de que estaba con honra, segura y complacida.

A este fin dispuso la marcha que hemos descrito, y á las pocas horas encontráronse en el castillejo de su escelente amigo don Guillen de Vargas, uno de los que salieron á su defensa en la taberna del Renegado.

Su acogida fué estraordinariamente placentera, y tanto don Guillen como su familia se esmeraron en prodigarles los mas finos y agasajadores obsequios.

Quince dias trascurrieron desde su llegada al castillo: Manrique saludaba á Isabel á cada momento. El rey en la misma reserva.

Las ventanas de la capilla, en cuyos vidrios de colores reflejaban los últimos rayos del sol, contemplaban Silvio y Ruiz desde las troneras de un torreon, cuando sintieron á las puertas del castillo las espuelas de un caballero que preguntó con inquietud por Manrique.

Bajó en seguida Ruiz, y sin alzarse la visera le entregó un pliego para su amo.

El desconocido salió precipitadamente: cuantos le vieron se imaginaron fuese la suspirada órden del rey.

Instantáneamente cundió la nueva, y el júbilo rebosaba en todos los habitantes del castillo.

El leal escudero sin embargo sintió una triste corazonada, y antes de poner el billete en manos de D. Diego, le dijo á Silvio:

—Hiciste mal en despedir á Laura... pese á mi vida si este recado no tiene alguna relacion con ella!!

—Mi honradez, repuso el paje, no podia tolerar que viniese con nosotros la que habia sido causa de tantas desventuras. Puede dar gracias al cielo de no haber sufrido el castigo que merecia. Por lo demás, ignoro vuestro paradero, y á estas horas se hallará entre su familia.

Con reserva llamó Ruiz á Manrique, y entrególe el pliego. Pasa la vista, y observa el criado que se le inmuta el semblante... mas no de temor y sí de terrible enojo... ¡luz del infierno! en lugar de la órden del rey, es un reto ó un cartel de desafío!!!

—¿Quién, señor? atrevióse á preguntarle Ruiz.

—El hermano de Isabel!

—¡Voto al diablo! prorumpió el escudero.

Disimula cuanto sea posible... ocultemos el mensaje hasta al mismo D. Guillen; cundamos la novedad de que me llama urgentemente el Soberano.

—Soy de parecer...

—El mio es de acudir á la cita.

—Yo le despreciaba.

—Yo voy á probarle que no le temo.

—Señor, si vuesa merced quisiera que yo fuese... y...

—Cumple á mi dignidad el advertirle el próximo enlace con su hermana, el decoro que la rodea, y quizás el insensato... Pero si no, vengaré con la lanza tan incesantes como injustos desafueros. Oye el cartel que me envia.

«Diego Manrique: si eres lo que blasonas, acude solo á caballo y con lanza al cerro ó retamar, á cuyo sitio dentro de media hora te

reta á duelo á muerte, quien si no asistes publicará tu deshonra y villana cobardía.

RICARCO CASTRO DE LARA.»

Hizo un violento esfuerzo al dar parte á D. Guillen, y acompañado de su escudero partió á galope al sitio donde le aguardaba el alevoso é imprudente hermano de su prometida esposa.

Sonreia esta con los obsequios de sus ilustres patronos, y con el aparente objeto de su repentino viaje quedó tranquila y alborozada.

D. Diego corrió enardecido de ira, y Ruiz lleno de horribles sospechas, cuando disponia los caballos le preguntó Silvio:

—¿Qué trajo el mensajero?

—Asuntos del rey.

La contestacion fué tan fría y melancólica, que el paje, á pesar de las lisonjeras noticias que se propalaban en el castillo, sospechó un resultado funesto.

XI.

EL PORTERO DE UNAS MONJAS.

Diez años después de estos sucesos llegó á cierto lugarcillo de Castilla una cabalgata de elegantes damas y caballeros, de paso á Toledo, en ocasion de celebrarse una fiesta fúnebre en un monasterio de religiosas.

El lúgubre y acompasado plañido de las campanas, las sonoras voces de los sacerdotes y el cántico de las vírgenes del Señor escitaron



(San Tropez.)

poderosamente la curiosidad de los viajeros, quienes se apearon y fueron con digna compostura á enterarse de la funcion dentro de la misma iglesia.

Hallábase profusamente iluminada: ricas colgaduras cubrian sus paredes, y olorosas nubes de incienso vagaban en el sagrado recinto, despidiendo tambien suaves perfumes las bellas flores que brillaban en los altares.

Llamó todavía mas su atencion una capilla de órden gótico, con puerta de hierro, rica de luz y de aromas, que ostentaba á la izquierda de su único altar un sarcófago de piedra de mármol, esculpido en su parte superior el cuerpo de un hombre de armas, y cuyo nombre, sin otros pormenores, leíase al pié de aquel grande sepulcro.

Esta era la inscripcion

DIEGO DE ROJAS
GUARDIA DEL REY D. ALFONSO X.

Oraron los viajeros, encantados de la dulce armonía de las vírgenes, y salieron de la iglesia; mas deseosos de saber el objeto de aquella funcion, dirigiéronse á la portería, en donde descansaba un hermano lego, de luenga barba canosa y de un aspecto grave y altivo.

Levantóse para salir á su encuentro, y les brindó á tomar asiento.

—Lo que únicamente deseamos, advirtió el mas distinguido por su traje y sus maneras, es que os sirvais decirnos á qué se refiere la fú-

nebre ceremonia, y si por ventura es el aniversario del que reposa en la capilla, y del cual he oido narrar cuentos estraños y soberbios lances.

El hombre, un tanto conmovido, espúsoles nuestra misma historia; mas Vds., carísimos lectores, que ignoran su desenlace ó conclusion, tengan la indulgencia de escucharla tal y segun la refirió el anciano portero de las religiosas.

«El criado quedó oculto tras un montecillo, y D. Diego partió solo al sitio señalado para el combate.

Con fiero orgullo esperaba allí el de Lara.

Habian trascurrido breves minutos, cuando Manrique, tan bizarro y victorioso en la vega de Granada y en mil lances y desafios, tiró un golpe á su adversario, hiriéndole en el costado derecho; mas se hizo fuerte y se mantuvo á caballo, en la confianza de ser traidoramente socorrido.

En efecto, salen con prontitud del bosque tres hombres, y arrojándose cual fieras sanguinarias sobre el valeroso D. Diego, que á pesar de la desventaja siguió batiéndose como un jigante, y dando la muerte á uno de sus asesinos.

Perdió el caballo: su escudero, al ver tamaña alevosía, corrió á su defensa, y aun llegó á tiempo de vengar la vida de su querido amo.

Llega, y sacudiendo tajos y reveses derribó á otro de los infames agresores, huyendo en seguida por la espesura D. Ricardo y el último de sus villanos compañeros.

A este tiempo asomó un hombre á rienda suelta, y pasó en la ocasion en que el criado levantaba el cuerpo de Manrique.

Bájase y le colma de lágrimas y caricias; era el sombrío carcelero; Ruiz le deja en cuidado sorprendido de aquella aparicion, y escapa tras el hermano de Doña Isabel.

Seria media noche, cuando desangrado y próximo á espirar hallábase el infeliz Manrique en el miserable lecho de un labrador, á su cabecera el carcelero que le referia esta breve historia.

Diego de Rojas y yo salimos de Valladolid, y nos unimos al rey D. Alfonso, cuando todavía el Infante fué de órden de su padre al sitio de Murcia.

Diego se manifestó al momento uno de los mas bravos campeones de la cristiandad: su arrojo era increible; le confiaron comisiones muy arriesgadas, y las desempeñó con celo y valentía. Su presencia era hermosa y sus modales dulces y risueños; su fama cundió por las ciudades.

Habia en Sevilla dos bellas hermanas, Doña Leonor y Doña Inés de Castro: ambas se enamoraron de Rojas; por la primera sintió el valiente soldado, después guardia del rey, ora en el palacio, ora en las tiendas de campaña, una ardiente pasion. Su hermana, celosa é iracunda, lo reveló á sus padres. La bella jóven desaparecia para siempre de su casa. Un año después nació un *niño*: su padre moria combatiendo contra seis árabes en la vega de Granada casi á la misma hora.

Fué bautizado secretamente, y se le puso Diego, y por segundo apellido el de un bizarro capitan, D. Ramiro Manrique, protector y jefe de Rojas.

Hé aquí tu orígen: debes la existencia á uno de los hombres del pueblo, á un simple soldado, pero á uno de los mas valerosos que han existido después del Cid.

Doña Leonor hizo testamento, y te reconoció por su legítimo hijo, legándote bienes inmensos que Doña Inés tenia asegurados para Ricardo.

Hé aquí el orígen de la persecucion de tan diabólica mujer; tu padre me salvó la vida; yo he procurado salvar la tuya... mas no lo he conseguido!!!

—¡Maldicion á mi estrella! esclamó con voz trémula el moribundo D. Diego. En el mismo instante se presenta Ruiz, y dice; «ved aquí la cabeza de vuestro asesino!» y arrojó por la estancia la de Ricardo!!!

D. Diego tenia una mano entre las del carcelero, y alargando la otra á Ruiz, esclamó: ¡Dios premie tu lealtad! ¡Saluda en mi nombre al rey!... No abandones á Isabel. . . . . .

. . . . . .

Al concluir exhaló el último aliento.

Doña Isabel, estrañando la tardanza de su amante, no pudo reprimir su pena, y padeció un accidente de muchas horas. Largo tiempo estuvo la infeliz sumida en una especie de demencia, que solo el escudero podia afrontar por compasion, y en memoria de su inolvidable señor.

¿Y qué se hizo de la hermosa jóven? preguntó el mas autorizado de los viajeros.

Acabais de verla.

¿En dónde?

En el coro bajo, al frente de las religiosas: tiene unos treinta años, su estatura gentil y apuesta, el semblante pálido y divino como es celestial su alma; hoy es la gloria de la comunidad, por su dulzura, talentos y virtudes. Muerta su madre, distribuyó cuantiosos intereses entre los pobres, y lo demás lo donó al monasterio, gastándose tambien muchísimo en consagrar una capilla á las cenizas de su amante, del que habeis visto el sepulcro, y cuyo décimo aniversario es el que hoy se celebra; el testamento de su madre autorizaba para ponerle su verdadero y primer apellido Diego de Rojas.

¿Y el paje?

Se ignora su estado; salió para Toledo á satisfacer una deuda de gratitud al compasivo molinero, á Santiago, y no se sabe cuál ha sido su suerte.

¿Murió D. Gonzalo?

Descubierta su infamia, fué despedido por D. Sancho: se restableció, y vive sin honor en un pueblo de Portugal. La deshonra es peor que la muerte.

Pero el leal y valiente Ruiz sobrevivió á la catástrofe. No abandonó á Doña Isabel: cumplió el último encargo de D. Diego. Vedle aquí; es el que tiene el honor de hablaros.

Ciertamente Ruiz, el bravo Ruiz, era el portero de las religiosas del Cármen.

Alfonso GARCIA TEJERO.

EPISODIOS HISTÓRICOS DE ESPAÑA.

FIESTAS CABALLERESCAS.

EL FAQUIN.

En los primeros años del siglo XVII, cuando se hacia notar de una manera visible la decadencia de las justas y los torneos en diferentes pueblos de Europa, y sobre todo en España é Italia, celebrábase un espectáculo que presentando las formas y el aparato de las antiguas fiestas guerreras, estaba despojado de aquel carácter de fiereza que distinguia á cuantas se practicaron en los siglos medios; alteracion debida entre otras causas al espíritu de cultura que influyó tan poderosa y ostensiblemente en el cambio y mejoramiento de las costumbres. El espectáculo de que hablamos tenia por nombre el *faquin* ó el *estafermo*, á cuya invencion seria ridículo empeño querer señalarle una data precisa, cuando se sabe que estas cosas, de oscuros é insignificantes principios, van tomando cuerpo y vistiéndose de formas determinadas y regulares. Tal sucede con el que al presente nos ocupa, que después de introducido en España, pasó desapercibido para los autores de historias y de crónicas; y si alguna vez se ha hecho de él una ligera mencion, jamás hubo designio de historiarlo. Creemos pues que se contentarán nuestros indulgentes lectores con que les ofrezcamos una descripcion fiel de esta fiesta militar, para cuyo objeto tomaremos en cuenta y pintaremos la celebrada en Valladolid el 18 de julio de 1604, debiendo esponer como motivos para su eleccion el haber ocurrido en aquella ciudad que tocaba ya el término de su consideracion y su grandeza, el haberse celebrado por honor y en presencia de los reyes, y el no verla mencionada en historias que andan en manos de todos, debiendo nosotros el que se haya conservado su memoria á relaciones manuscritas de la época, relaciones inéditas que ofrecen copia de curiosísimos detalles, y en que domina el carácter de sencillez y verdad, que son el mejor testimonio que buscarse puede en descripciones de este género.

El príncipe del Piamonte, Felipe Manuel, fué quien hizo y mantuvo esta fiesta en obsequio del rey D. Felipe III y de su esposa, habiendo precedido, como costumbre corriente del tiempo, la publicacion del cartel, que se hizo en la forma siguiente: Una de las noches anteriores al espectáculo, se dispuso un régio y magnífico sarao en una sala construida al propósito en las huertas del duque de Lerma, personaje, como nadie ignora, que gozó del mas alto valimiento durante casi todo el reinado de aquel monarca. Hallábanse SS. MM. y la nobleza toda de la corte en esta sala, cuya infinidad de luces la hacia resplandecer con apacible y estraordinario adorno, cuando vióse venir por la orilla del Pisuerga multitud de hachas, cuyo brillo se acrecentaba reverberando en las aguas del rio, y habiendo pasado el puente con el mayor órden y concierto, precedida de sus atabales y trompetas, entró una lucida mascarada de veinticuatro caballeros criados de los príncipes, con hachas blancas en las manos, y vestidos de encarnado y blanco. Detrás de la mascarada llegó con el cartel un enano muy pequeño, armado con tonelete, y los gireles del caballo de los mismos colores, y leido por órden de S. M. y fijado, dispúsose que la fiesta se celebraria el domingo próximo en la plaza de palacio, sitio el mas oportuno por su razonable estension; ni muy reducido que privase al pueblo del apetecido espectáculo, ni muy holgado que pareciese desairada la fiesta, estando todo dispuesto con tal arte y traza, que de cualquier punto podian los lances verse y disfrutarse cómoda y gustosamente.

Llegados el dia y hora señalados, un numeroso gentío invadió y ocupó los estensos tablados de la plaza, ocupando asimismo sus sitios convenientes los consejos, los grandes, y señores y caballeros. SS. MM. estaban en las ventanas que caian sobre la puerta principal de palacio, y la señora Infanta y las damas y meninas en otras diferentes del mismo edificio. Debajo del balcon de los reyes estaba el tablado de los embajadores, y á su mano derecha el de los jueces de la fiesta, que en esta ocasion lo fuéron el duque del Infantado, del Consejo de Estado de S. M. y gentil-hombre de su Cámara, el duque de Medinaceli y el marqués de Mondéjar, y á su lado Juan Ortiz de Zárate, rey de armas de S. M., que hacia el oficio de secretario. Habia detrás de los jueces un hermoso aparador con muchas fuentes que contenian piezas de plata y oro, joyas de diamantes, y perlas y rubíes de alto precio, destinadas á servir de premios á los caballeros que mas señaladas cosas hiciesen en la fiesta. La tela estaba dispuesta en la plaza, y al un cabo de ella veíase una tienda de campaña, azul, blanca y leonada, y á dos tercias de la carrera un caballo de madera sobre el que debia colocarse el *faquin*, figura de un hombre armado y con su escudo en que debian encontrar con sus lanzas en la carrera los caballeros que en la fiesta tomaban parte.

Luego que SS. MM. se dejaron ver en su ventana, sobre la cual habia un dosel bordado de gran valor, el señor marqués de Camarasa, capitan de la guardia española, y el capitan Calderon con la guarda tudesca y la de arqueros despejaron la plaza para que hiciese su entrada el príncipe mantenedor, lo cual pasó de esta manera.

ENTRADA DEL PRÍNCIPE DEL PIAMONTE, MANTENEDOR.

Iban delante dos maeses de campo, que eran el conde de Puñoenrostro y D. Diego Pimentel, del Consejo de guerra de S. M., á cuyo cargo estuvo en este dia lo tocante al campo. Seguian cuatro atabaleros con ropas rozagantes de tafetan leonado, cuajadas de flores y lazos de plata, con las cubiertas de los caballos de lo mismo. Iba luego el faquin armado, metido en un castillo, encima de un elefante, y tres esclavos, dos á los lados y uno delante que le guiaba, con ropas de tafetan leonado, y cadenas plateadas de la cintura á los piés, y tras ellos seis trompetas, vestidos como los atabaleros.

Seguian luego doce pajes armados á lo antiguo, con petos y morriones con sus penachos, con unos mascarones en los hombros, de de donde colgaba una manga de velo de plata y leonado, y las mangas justas de velillo de plata y blanco, botillas de cuero argentado con sus mascarones, espadas plateadas y lanzas en las manos: los gireles de los caballos de tela de plata, con flores leonadas, con unos golpes por donde salia el velillo leonado y plata: los caballos con unas guarniciones blancas de que pendian muchas chias á lo antiguo, que casi los cubrian. Venian después seis chirimías, vestidos ellos y los caballos como los trompetas, seguidos de una hidra que vomitaba fuego por las siete bocas, montado sobre ella un Hércules con su clava, y tras la hidra un enano vestido de velillo leonado con pasamanos de plata, con un girel de lo propio, y en la mano derecha una lanza en que iba puesto el cartel del desafío, concebido en estos términos:

(Continuará.)

GRAVEDAD.

Apolonio de Thyanes, cuyas acciones son tan célebres en el pagamismo, abrazó la secta de Pitágoras, y se sujetó voluntariamente á silencio por cinco años, cuyo silencio le pareció la cosa mas dura y penosa de su vida; pero suplia el defecto de la lengua con sus acciones, sus miradas y sus gestos espresivos, en términos que aplacó una sedicion. Aspendo, una de las mayores ciudades de la Pamphilia, padecia una hambre cruel por la avaricia de los ricos, que habian encerrado el trigo en sus graneros para venderlo á precio muy subido. El pueblo acometió á la casa del magistrado, el cual, temiendo el peligro, se fue á refugiar á una estátua del emperador; pero cuando el pueblo irritado iba á quemarle vivo al pié de la estátua misma, se presentó Apolonio; llegándose al magistrado le preguntó por señas la causa del tumulto, á lo que le contestó que él no era culpado; pero que el pueblo no queria escuchar sus razones. El filósofo mudo se volvió hácia los amotinados, y con un movimiento de cabeza les pidió le escuchasen, y así lo hicieron. Entonces el magistrado, cobrando ánimo, nombró los autores de la miseria pública, los cuales se hallaban en sus casas de campo, donde tenian los almacenes. Los amotinados quisieron ir allá; pero Apolonio les dió á entender seria mejor hacer venir á los culpados. A su vista se renovaron los clamores del pueblo, y poco faltó para que este grave filósofo, movido de los lamentos de los ancianos, de las mujeres y niños, no violase la ley que se habia impuesto de no hablar, y haciendo traer sus tabletas escribió lo siguiente: «Apolonio á los monopolistas del trigo de Aspendo. La tierra es justa y madre comun de todos los hombres; pero vosotros, bárbaros é inhumanos, quereis aprovecharos de sus beneficios. Si no mudais de conducta os echaré de ella.» Los culpados atemorizados con esta amenaza, proveyeron los mercados de trigo, y cesó el hambre.

Asistiendo Caton á los juegos floreales, el pueblo tuvo vergüenza de cometer en su presencia algunas libertades comunes en estos juegos, lo que notado por este rígido censor, se retiró al instante para no turbar la alegría. Todo el concurso le aplaudió con grandes voces, y continuaron los juegos segun costumbre. El contenerse un numeroso pueblo á vista de un ciudadano, es el mas glorioso y verdadero homenaje que puede rendirse á la virtud.

CABELLERA.

Clodomiro, hijo de Clodoveo, habiendo sido muerto en una batalla contra los burguiñones, conocieron á este príncipe sus enemigos por su *larga cabellera*. Acostumbraban los reyes de Francia dejarse crecer el pelo desde la niñez sin cortarlo jamás, lo dividian igualmente por los dos lados hácia la frente, y lo dejaban caer por las espaldas, y esta especie de *cabellera* era tenida como una prerogativa de la familia real.

Los francos no podian llevar los *cabellos* sueltos; se los cortaban alrededor de la cabeza, conservando los de la parte mas elevada, que ataban formando un cupé, cuya punta caia sobre la frente en forma de penacho.

Los galos llevaban los cabellos cortos, los siervos la cabeza rapada, y los eclesiásticos para demostrar su servidumbre espiritual, se cortaban todo el pelo, dejando solo un círculo de cabellos.

Antiguamente se juraba por sus cabellos como en el dia por su honor: aquel á quien se los cortaban quedaba degradado y envilecido.

A los que habian tenido parte en una misma conspiracion, se les obligaba á cortárselos unos á otros.

Fredegunda cortó los cabellos á una dama de su yerno, y los hizo clavar á la puerta de la habitacion del Príncipe, accion que á todos horrorizó.

La mayor atencion que entonces se podia hacer á una persona al saludarla era *arrancarse un cabello* y presentárselo.

Clodoveo se arrancó un *cabello* y se lo presentó á S. Germier, en prueba de lo mucho que le honraba. Al instante todos los cortesanos se fuéron arrancando cada uno un *cabello* y presentándoselo, con lo cual aquel virtuoso prelado se volvió á su diócesis muy contento de la atencion que con él habian tenido en la corte.

VIRTUDES SOCIALES.

(EN SIETE LECCIONES.)

PROSPECTO.

Calla, público, y escucha,
si me quieres escuchar,
y pues tragas tanto malo,
traga esto poquito mas.
De aplausos llena mi oido,
mis bolsillos de metal,
y las puertas de la fama
ábreme de par en par.
Yo soy aquel literato
cuyo nombre anduvo ya
luciéndose en los carteles
con otros de autoridad.
Yo el que hace poco blandiendo
de Melpomene el puñal,
calcé el coturno á los pavos
con trágica dignidad.
Hoy con númen filantrópico
quiero á tu vista mostrar
las mas selectas virtudes
que adornan la sociedad.
Hijo de estudios profundos,
y de luengo cavilar,
voy á darte en pocas hojas
un catecismo social.

Padres, que mirais fecundo
vuestro tálamo nupcial,
y á la virtud pretendeis
vuestros retoños guiar,—
venid, compradles mi libro;
que en sus hojas hallarán,
al destrozarlo y leerlo,
tranquilo y grato solaz.
En él va la quinta esencia
de la mas sana moral:
¿qué mejor feria en setiembre
ni aguinaldo en Navidad?
Vosotros que á la futura
generacion en agraz,
al compás de las palmétas
empezais á iluminar,
dejad las viejas cartillas
y los catones dejad,
sirva mi libro de testo,
y llegue á ser popular.
Así lograrán los niños
de ciencia rico caudal,
y sabrán filosofía
al saber deletrear.
Y aprenderán poco á poco
desde la primera edad
el modo mas conveniente
de crecer y prosperar.
Y fácilmente con esto
podrá saber cada cual
lo muchísimo que vale
ser elegante y audaz;
que si no tiene paciencia
debe al suicidio llamar,
á balazos ó en las aguas
encontrarle del canal.
Sabrá que á fuerza de duelos
el mundo le temerá,
y que ser espadachin
es una necesidad.
Sabrá ser mozo de goznes,
sin que se olvide jamás
del gesto que está de moda
al reir y al saludar.
Sabrá si limosnas diere,
que no es el dar lo esencial,
sino el hacer que lo cante
todita la cristiandad.
Sabrá que llevar del brazo,
dar la mano y tutear,
son pruebas indispensables
de la mas pura amistad.
Sabrá que ya la modestia
solo en alabarse está,
y que todo el que la tiene
lo debe de publicar.
Y sabrán mil otras cosas
que en el testo se dirán,
y podeis ver fácilmente
si lo llegais á comprar.
Al que lo hiciere, en el acto
le pondré en lista al final;
y así que suelte el dinero
tendrá opcion á un ejemplar.

LECCION PRIMERA.

La amistad.

Cojo el papel y la pluma,
y sin saber lo que escribo
á la amistad, en romance,
empiezo á entonar un himno.
A la amistad, mas no á aquella
de los tiempos primitivos,
de los Pílades y Orestes,
de los Damones y Pitios.
No á la que vió el de *Ultratumba*
á principios de este siglo
en los pechos nada cultos
de los tiznados negrillos.
No es esa, no: la presente
no hace tantos desatinos;
es mucho mas filantrópica
y de menos compromisos.
Bueno era que yo anduviese
siempre con otro juntitos,
y que si él iba al infierno
quisiera yo hacer lo mismo.
Bueno si estaba en la cárcel
que me fuese yo á su sitio,
y me pusiera en la horca
por quitar de ella al amigo.
No señor, esto no es justo,
ni prueba amor ni cariño,
si al fin uno ha de pagarla,
que la pague el que la hizo.
La amistad no nos impone
tan horribles sacrificios:
pueden hacerse favores
conservando el individuo.
Si uno se muere, paciencia;
se le regala un suspiro,
con muchos «quien lo pensara!»
y «qué lástima de chico!»
Se reparte entre los otros
la amistad que le tuvimos,
y á vivir y á divertirse,
que para eso hemos nacido.
Así de amigos el número
se aumenta hasta lo infinito,
dando tal nombre á cualquiera
á las tres veces de visto.
Que es grato llevar del brazo
cada hora uno distinto,
y dar con los cinco dedos
apretones á otros cinco.
Es grato ver á las bellas,
á manera de mordiscos,
plantarse haciendo melindres
sus fraternales besitos.
Y es grato cambiar á todos
dones, tratamientos, títulos,
á los tres ó cuatro dias,
por el *tu* franco y sencillo.
¡Hermosas presentaciones,
medio fácil y utilísimo
de meterse en todas partes
y de ser muy conocido:
vosotras sois de esta época
retrato al daguerreotipo,
y debiera poseeros
con privilegio esclusivo!
Sois consuelo del amante
desdichado y perseguido,
que halla recurso en vosotras
para hablar con su angelito.
¿Qué mejor prueba de afecto
que unir uno á sus amigos
con un vínculo que dura
lo que el baile en que ha nacido?—
La santa amistad es esta
del gran siglo en que vivimos!
que hace á menudo favores,
no milagros y prodigios.
Tal vez seria la misma
aquella de los antiguos,
y los poetas soñando
la calumnian en los libros.

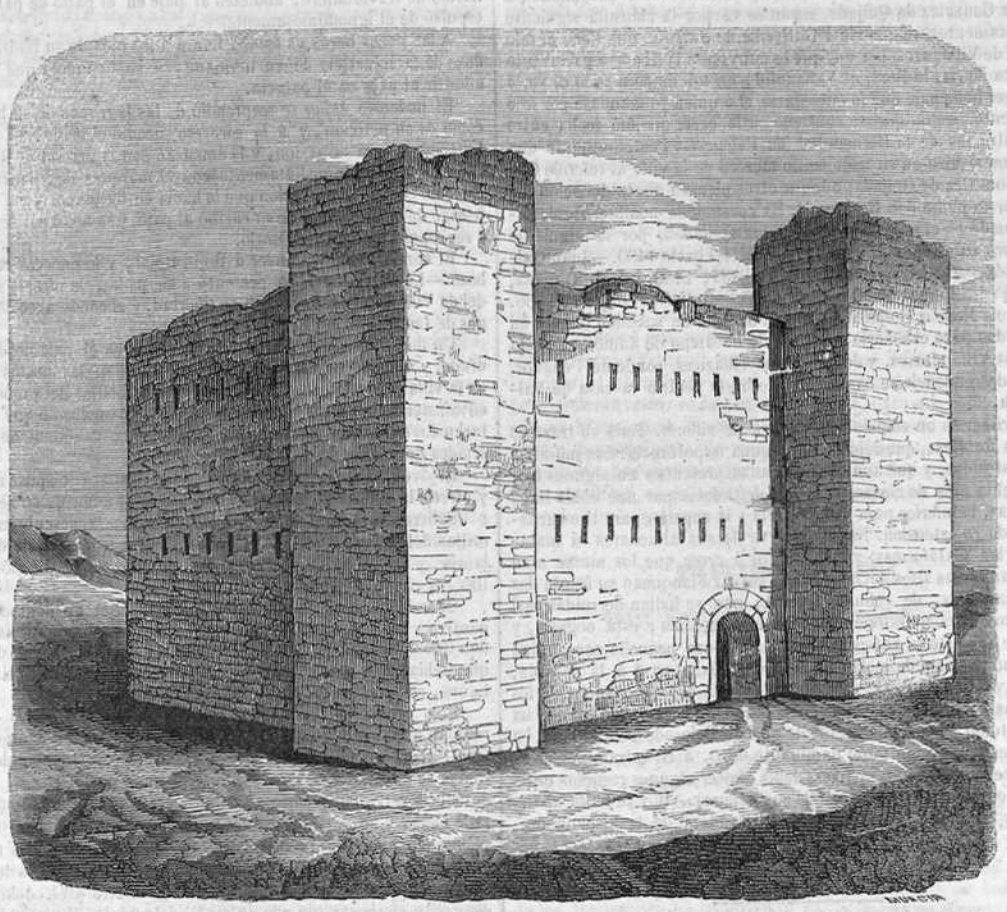
JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

Moratin atacó lo pedante hasta el colmo de los escritores de su época.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



EL ALCAZAR DE VILLAGARCIA.

Cuando el ruido de nuestras victorias llenaba entrambos mundos, y la monarquía española se hallaba en el apogeo de la grandeza y del poder, se criaba de esos toscos murallones un jóven de misterioso orígen y notables circunstancias colocado bajo la guarda y direccion del ilustre castellano de la fortaleza; recibió una educacion régia, y era tratado con el cariño de hijo y con el respeto de príncipe. No dejaba esto de mortificar alguna vez el ánimo de la noble esposa del alcaide, y acaso pasó por sus mientes la sospecha de alguna debilidad en su velado, á pesar de todos sus respetos y merecimientos. Y aun cuentan que algun dia le dió á entender los femeniles recelos, que amenazaban turbar el doméstico reposo del bienhadado y grave matrimonio. Pero el magnate guardó impasible su secreto, si bien tranquilizando á la querellosa dama con afabilidad y buena fortuna. Las cosas no obstante hubieron de tomar mayor incremento por un suceso inesperado. Cierta noche dormian sosegadamente los moradores del alcázar. En las altas horas estalla con violencia un incendio. Despierta el prócer al estrépito del alarma. Las llamas amenazan devorar el edificio, y tienen cercados los aposentos contiguos. En uno reposa el tierno infante, objeto de su afan mejor. En el otro se halla la cuitada consorte, sola y sin amparo. El peligro es mortal y apremiante para los dos. La alternativa cruel; terrible la situacion. El castellano empero no vacila. Echa una mirada de dolor á la estancia de su desvalida esposa, y ahogando un gemido, se lanza en la cámara del niño, se pierde entre los vapores del incendio, y á poco torna á parecer con él en sus brazos, conduciéndole raudo y animoso á punto de salvacion. Y sin tomar aliento, ni pensar en sí, vuela el intrépido caballero al gabinete de su acongojada señora, y con tanto riesgo y no menor denuedo la arranca de aquel sitio terrible, y roba al fuego una víctima mas. Este imponente suceso avivó en la imaginacion de la matrona el retiento de los celos por aquel misterioso infante. Punzóla en lo mas hondo la conducta de su esposo en el trance comun, y reiteró mas sentida y cargada de razon sus conyugales quejas. Mas no obtuvo otras satisfacciones que las anteriores, dadas por un caballero bajo la fé de su nombre y el honor de sus abuelos. Llegó el dia al cabo de descorrer el velo á tan grave arcano, y presentándose un dia el castellano á su noble esposa, «Reconoced, la dijo, en mi pupilo al señor don Juan de Austria, hijo natural del católico y cesáreo emperador Carlos V, y hermano de nuestro augusto rey don Felipe, que guarde Dios.»

Este episodio veraz constituye la mejor página de los recuerdos históricos del *Alcázar de Villagarcía*. Pero le basta como título indestructible de digna y perdurable celebridad. El lugar donde moran los hombres inmortales queda consagrado para la posteridad. Esas rotas murallas y silenciosos solares inspiran veneracion y entusiasmo. Ahí dentro se solazó en infantiles juegos el héroe de Lepanto; en ese apartado recinto pasó sus primeros años el hombre insigne, cuya fama no habia de caber en el ámbito del mundo; bajo esos torreones severos ocultó su régia prosapia el príncipe invicto, que logró ser mas grande que su mismo rey!... Conducido desde Flandes á este feudal retiro, en 1549, á los cuatro años de edad, por el noble don Luis Quijada, señor de Villagarcia, á quien el emperador confió el secreto de su nacimiento, y encargó la custodia de tan precioso depósito, con autoridad de ayo y segundo padre, el ilustre bastardo nada sabia de su nacimiento y porvenir. Allí permaneció ignorado, recibiendo del noble guardador la educacion mas esmerada y provechosa, hasta formarse un cumplido y bizarro caballero, capaz de honrar á la nobleza española. El emperador falleció en este intervalo, y en 1560 resolvió Felipe II reconocer por hijo del primer don Carlos á don Juan públicamente. Este gran suceso puso término al retiro del príncipe, que salió de Villagarcia para la corte de Valladolid; verificándose así, en el monte de Torozos, la escena del reconocimiento entre los dos augustos hermanos á presencia de numerosas comitivas.

La mas antigua noticia de Villagarcía y su alcázar no se remonta mas que al siglo XIV, en el testamento de Doña María, mujer de don Alfonso el onceno. Perteneció á la Corona; pero es de creer fué antes del patrimonio particular de dicha reina, hija de don Alfonso VI de

Portugal. Esta señora entregó el castillo en tenencia ó encomienda á Gutierrez Gonzalez de Quijada, segun se ve por la cláusula siguiente de su testamento: «E mando á Gutierrez de Quijada, que tiene el mio »alcazar de Villagarcía por mí, que lo entregue á la Abadesa y convento »de Santa María, la Real, de Valladolid, en tal manera se lo di yo, é »me fizo el homenaje que lo entregaría el á quien yo mandase por mio »testamento, segun que se contiene en la carta que fué fecha entre »mí y entre los de la Hermandad de Palencia.» Posteriormente don Juan primero hizo en su testamento merced de la villa al referido Gutierrez Gonzalez de Quijada; aunque otros piensan que la donacion fué hecha por su padre don Enrique II. Es cuestion de nombre. Desde entonces quedó en el señorío secular de los Quijadas, por la siguiente cronológica sucesion.—El espresado Gutierrez hasta 1400.—Juan Quijada, 1444.—Gutierrez Gonzalez de Quijada, 1480.—Juan Quijada, 1485.—Pedro Fernandez Quijada, 1503.—Gutierrez Quijada, 1536.—Don Luis Mendez Quijada, 1570.—Por falta de sucesion directa en los Quijadas pasó el señorío á la casa de Docampo de Zamora, de esta á la de los Villamizares, y despues á los Villazices, conde de Peñaflor, en cuya descendencia se ha perpetuado hasta venir á la casa de Valdecalzana.

El alcázar es un edificio cuadrilongo de sillería. Toda su traza es la de una fortaleza, que debió tener alguna importancia. Sus murallas bien construidas, y que aun desmoronadas presentan en algunos trozos cuarenta piés de elevacion, estan defendidas por una doble línea de troneras, la inferior para mosquetería y la superior para tiros gruesos en toda su estension. Nada conserva de sus almenares ni matacanes de las plataformas; y esto induce á creer que los muros eran aun bastante mas altos de lo que hoy se ve. Flanquean su frente dos torres cuadradas, de robusto aspecto: pero se hallan derruidas casi hasta el nivel del murallaje. La fosa que le ceñia, está cegada, y apenas se advierte su antigua existencia por una pequeña concavidad del terreno cubierto de melancólico verdor. Daba paso á la entrada, sita en la cortina de S. O. un puente levadizo cuyo uso anuncian los orificios para las cadenas, colocados sobre el arco del porton, y que ha sido sustituido por un puentecillo de piedra. Colocado este castillo en un sitio despejado y un tanto dominante de O. á N. estramuros de la villa, y cerrado por todas partes, debia ofrecer algunos recursos militares en los turbulentos tiempos de sus señores.—Hoy se halla abandonado, y ha decaido al compás que la grandeza de la hispana monarquía.

V. GARCIA ESCOBAR.

FERROL.—CONVENTO DE SAN FRANCISCO.

Antes de consignar algunos detalles artísticos de este monumento, cuya vista hemos dado en el número anterior, conviene que refiramos a tradicion que esplica su ereccion, y la de algunos otros monasterios mas de las orillas del Eume y del Mandeo.

Allá por los años de 1214, el conde de Andrade, señor de las villas de Ares, la Graña y Puentedeume, era uno de los señores mas poderosos de Galicia, y tenia su solar en este último pueblo, cuyo palacio, arruinado en parte, es una de las curiosidades mas notables de él. Al conde D. Fernando le habia dado el cielo dos hijos, Fernan y Laura, que eran el encanto de su existencia. Laura en particular era considerada como un ángel, tanto por su esterior rafaelesco como por su alma bellísima. La fama de su hermosura impulsó al jóven marqués de Villafranca, D. Enrique Osorio, á hacerla una visita á su palacio, y á solicitar su mano con vehemencia. El conde no rehusó su peticion, y le concedió á su adorada Laura; pero Laura se negó resueltamente á ser esposa del jóven caballero.

La causa de esta negativa sorprendió al poderoso conde de Andrade.

—¿Por qué, le dijo á su hija, te niegas á ser esposa de uno de los señores mas opulentos del país? ¿No es un jóven hermoso? ¿No tiene unos sentimientos elevados?

—Sí... sí... repuso la niña; pero yo os quiero mucho, padre mio, y no quiero vivir sino para vos.

—Mañana puedo faltarte, Laura.

—Aquel dia, señor, contestó la niña enjugándose una lágrima, aquel dia iré á buscar á un claustro otro padre, Dios!

El conde insistió; Laura continuó inflexible, y el jóven marqués de Villafranca tuvo que retirarse á sus estados, con un pesar profundo por la negativa de la dama.

El conde solia lamentarse con su hijo Fernan de la repulsa de Laura, hasta que un dia le dijo este que su repulsa era hija del amor que Laura profesaba á uno de sus pajes, Rojin Rojal. El poderoso señor no creyó aquella revelacion, y no volvió á pensar mas en ella; su hijo quiso probarle que decia verdad, y para ello, bajo un pretesto frívolo de servidumbre, abofeteó al paje en el patio de palacio, y lo espulsó de él ignominiosamente.

A las pocas horas ya estaba Laura á los piés de su padre, quejándose de la injusticia de su hermano, y suplicándole que volviese á admitir al paje en el palacio.

El poderoso señor se sorprendió de las lágrimas de su hija, tanto como de su peticion, y á la sorpresa sucedió el enojo, el bochorno. Le echó en cara su pasion, y la amenazó con la prision de Rojin Rojal, si no se casaba inmediatamente con el marqués de Villafranca. Ella protestó contra la acusacion que le hacía su hermano; puso á Dios por testigo de la sinceridad de su cariño al paje, y se negó por segunda vez á ser esposa de Enrique Osorio.

El conde mandó prender á Rojin Rojal, y lo encerró en un calabozo.—Laura entonces se presentó á su padre, le ofreció ser esposa del de Villafranca si lo ponian en libertad, y el conde accedió á los ruegos de Laura.

Un mes después se celebraron las bodas en el palacio de los Andrade; y á los pocos dias, cuando aun duraban las fiestas nupciales en la villa, apareció un enorme jabalí en las orillas del Eume que puso en consternacion á sus habitantes. No pasaba un dia sin que se lamentaran dos ó tres víctimas de su ferocidad, y en este número entraron dos criados del conde.

El jóven marqués de Villafranca, gran montero, dispuso una batida y ofreció la muerte de la fiera en holocausto al amor de su señora.

Salieron cazadores á inquirir su guarida; la descubrieron en las orillas del Bajoy, y mandaron un aviso al marqués. Este dispuso su jauría, y en compañía de Laura y de su hermano se dirigió á las orillas del rio.

Cuando llegaron al alto del Baltara, vieron al montruoso jabalí pasar por las malezas de Verman. El marqués mandó formar un cordon que obligára á la fiera á dirigirse á un pequeño puente de madera que habia en la confluencia del rio y el Occéano; y allí se situó él con Laura, colocándola en un paraje que creia muy seguro.

Bien pronto los ecos de la bocina y los gritos de los cazadores resonaron en los flancos de las montañas del Verman; y un espantoso jabalí cruzó el valle, derribó tres cazadores, y tronchando cuantas ramas se oponian á su paso, se dirigió como una flecha al claro que descubria cerca del puente. Allí le esperaba el marqués con su aguzado chuzo y su cuchillo de monte, inmóvil y clavado en medio del puente como una figura de piedra. La fiera lo descubrió á su frente, rugió espantosamente, y se lanzó recta á él con una furia terrible.

El marqués la esperó con el chuzo en ristre y el cuchillo en los dientes; y al chocar con ella en medio del puente, el marqués clavó el chuzo con violencia, se arrojó rápidamente al rio, y el animal herido, se paró un momento en aquel sitio, como buscando una víctima para saciar aquella ferocidad que le despertara el chuzazo del marqués.

Entonces un grito de Laura le reveló esa víctima. Lanzóse el jabalí furiosamente sobre ella, y Laura fué destrozada.

Aquel dia de luto no se pudo borrar de la memoria de nadie. El conde de Andrade, su hijo y el marqués de Villafranca, inconsolables por aquella desgracia horrorosa, no anhelaban mas que la muerte de la fiera. Dieron mil batidas, y todas infructuosas, todas desgraciadas; pues siempre el jabalí encontraba nuevas víctimas á su ferocidad. Entonces, aquellos poderosos señores ofrecieron muchos millones de maravedís al que diera muerte á la fiera; y por mas que se reunieron los mejores cazadores de aquellas montañas, el jabalí continuó haciendo nuevos estragos, y desafiando cuantas batidas le daban.

Por fin, Dios se compadeció del país; pues una mañana se encontró el jabalí atravesado á chuzazos, en el mismo sitio donde habia muerto á la desventurada Laura. La alegría fué tan general que no hubo quien no participara de ella. Tratóse de buscar al vengador de Laura; pero nadie se presentó ganoso de la inmensa recompensa prometida. Tan solo un dia se encontró en el puente un cuchillo de monte ensangrentado, y clavado en el suelo en forma de cruz. Tenia en el puño dos RR. groseramente grabadas.

Viendo el conde de Andrade que no se presentara el que habia dado muerte al jabalí, determinó fundar cuatro conventos con los millones de maravedís que habia prometido al vengador de su Laura; y como el dia en que muriera esta tan desastrosamente estuviera consagrado á San Francisco, y el en que asesináran al mónstruo á San Bernardo, fundó dos de monjes Bernardos, uno en Monfero y otro en Montefaro; y otros dos franciscanos, uno en Betanzos y otro frente á la la villa de la Graña, en un pequeño promontorio á cuyos pies habia algunas chozas de pescadores, chozas que mas adelante el poderoso genio del marqués de la Ensenada convirtió en los primeros arsenales del mundo.—Aun hoy existen estos cuatro conventos, y todos tienen un jabalí de piedra en los claustros, y aun en mas sitios, como el de Montefaro, que lo tiene en un remate de la fachada.

El puente donde murió Laura y donde apareció muerto el jabalí, se llama desde entonces *Ponte do Porco*; y en memoria de aquel desgraciado suceso se colocó tambien un jabalí de piedra en uno de sus andenes.—Este puente se halla en la carretera del Ferrol á Betanzos.

La fachada, que hemos dado en el número anterior, pertenece al último de esos cuatro conventos. Esta fachada está adornada con pilastras del órden dórico con pedestales. llegando la altura del cornisamento á formar la misma altura del edificio en aquella parte. A los dos lados de la fachada hay dos torres, en cuyos cuerpos estan los pedestales, y las pilastras con una ventana rasgada y una gran claraboya en cada una, para dar luz á la iglesia. Estas torres estan por concluir; y en medio de ellas está la puerta principal del convento, con molduras en sus jambas y dintel, y un frontispicio escarzano, encima del cual otra gran claraboya circular para dar luz al coro. La planta de la iglesia es paralelográmica, sobre cuya figura se eleva un crucero con cuatro capillas á cada lado del brazo mas largo, cubiertas con bóvedas por arista lo mismo que el crucero; y sobre los cuatro arcos torales hay una media naranja con linterna. Su interior está adornado con pilastras sin pedestal del órden toscano, con una cornisa general. Los arcos que dan entrada á la capilla son circulares, y sobre ellos hay tribunas con arcos rebajados y balcones corridos de madera, que estan á la misma altura del coro, el cual se halla apoyado en un gran arco escarzano con su bóveda correspondiente. El altar mayor tiene por planta un paralelógramo, sobre el cual se elevan cuatro pedestales con columnas aisladas del órden compuesto, coronadas con cornisas, y un ático encima que sirve de remate.

Hoy este convento es iglesia castrense de marina.

BENITO JOSE VICETTO.

Esplicacion de la ascension de los aeronautas.

El principio de Arquimedes es aplicable á los fluidos aeriformes; así es que *un sólido sumergido en un gas, pierde de su peso tanto, como lo que pesa el volúmen del gas que desaloja.* Una vez admitido este principio, y conocida la parte del aire, la construccion de un globo susceptible de elevarse en la atmósfera era, en teoría, un problema fácil de resolverse: no así en la práctica, que ofreció bastantes dificultades para que trascurriese un siglo entre la especulacion geométrica de Lana, y el ingenioso descubrimiento de Montgolfier.

La solucion de Lana basaba sobre esta proposicion incontestable. *En los sólidos de figuras semejantes, las superficies crecen como el cuadrado, y los volúmenes como el cubo de los lados homólogos.* Si el diámetro pues, de cuatro esferas, huecas y vacías de aire, estan entre sí en la razon de 1, 10, 100 y 1000, sus superficies, y por consiguiente sus pesos, serán como el cuadrado de estos números; es decir, como 1, 100, 10000 y 1.000,000. Suponiendo que la primera pesa 500 gramas, el peso de las otras tres será 50 quilógramos, 5,000 quilógramos, y 500,000 quilógramos: por consecuencia de su inmersion en el aire, perderán estas esferas de su peso una cantidad proporcionada al volúmen de cada una. Supongamos que la primera pierde en dicha immersion una grama; no pesará por lo mismo mas que 499; la segunda, cuyo volúmen es mil veces mayor, perdererá un quilógramo; su peso pues quedará en el aire reducido á 49 quilógramos. Aplicando igual razonamiento á la tercera y á la cuarta, cuyos volúmenes son un millon y mil millones de veces mayores que el de la primera, se deducirá que la pérdida de la una es de 1,000 quilógramos, y la de la otra de 1.000,000 de quilógramos. Segun esto, para impedir la caida de la tercera esfera, es preciso oponerle una fuerza de 4,000 quilógramos, dirigida verticalmente de abajo arriba; es decir, que es preciso sostener las cuatro quintas partes de su peso; en cuanto á la cuarta, siendo su fuerza ascensional doble de su peso, se elevará sobre la superficie de la tierra, si otra fuerza de 500 quilógramos no la retiene. La enorme cantidad de metal que seria necesario emplear para construir una proyeccion esférica que pueda satisfacer las condiciones indicadas y la imposibilidad de impedir que la presion atmosférica no la rompa, son dos obstáculos que deben alejar siempre de cualquier entendimiento sábio la idea de pretender realizar el pensamiento de Lana.

El aire caliente encerrado en una envoltura flexible, la mantiene distendida, y hace por consiguiente equilibrio á la presion atmosférica, aunque su peso sea inferior al del volúmen de aire esterior que desaloja. Tal es el principio sobre el cual descansa el descubrimiento de Montgolfier. En 1793 hizo ver que una envoltura esférica de papel unido con tela, plegada sobre sí misma, y en su parte inferior, con un apéndice ó tubo del largo solamente de algunos decímetros, se inflaba gradualmente, así que se quemaban debajo de la abertura de dicho apéndice materias de fácil combustion. A medida que la esfera se desenvolvia, crecia progresivamente en ella la tendencia á elevarse; de manera que para retenerla era preciso emplear un esfuerzo tanto mayor, cuanto mas considerables eran sus dimensiones.

Charles, sustituyendo con el gas hidrógeno el aire dilatado, hizo desaparecer los dos principales inconvenientes que ofrecia el aparato de Montgolfier: por una parte, para conservar la rarefaccion del aire interior, era preciso alimentar sin interrupcion el fuego en la abertura de la máquina, lo que la esponia á incendiarse: por otra, su volúmen debia ser siempre mas grande que el del globo de gas hidrógeno, porque la densidad de este fluido, aun suponiéndole preparado con imperfeccion, es solamente un octavo de la del aire atmosférico, mientras que este no podria calentarse lo suficiente para doblar su volúmen y reducir á una mitad su densidad, estando encerrado en una envoltura tan fácilmente combustible. Por lo mismo, en circunstancias iguales, el volúmen de una montgolfiera y el de un globo de hidrógeno deberán estar en la relacion de 5 á 1, para que colocados uno y otro en la superficie terrestre, se equilibren con el peso del volúmen de aire que desalojan. En conclusion, la fuerza ascensional de un globo tiene por medida el esceso de peso del aire desalojado, mas el de la envoltura, el del gas que encierra y el de los demás accesorios.

TRATADO DE 1604,

entre Enrique IV y el sultan Amat.

Yo que soy por las infinitas gracias del Justo, Grande y Todopoderoso Criador y por la abundancia de los milagros del Jefe de los Profetas, Emperador de los victoriosos emperadores, Distribuidor de las coronas á los mas grandes príncipes de la tierra, servidor de las dos sacratísimas y augustas ciudades de la Meca y Medina, Procurador y Gobernador de la Santa Jerusalem, Señor de la Europa, Asia y Africa, conquistadas con nuestra victoriosa espada y nuestra terrible lanza: A saber de los paises y reinos de la Grecia, de Themistvar, de Botssut, de Sequetvar, de los paises y reinos del Asia, de la Natolia, de Caramania, de Imadia, de Egipto y de todo el pais de los Partos, de los Georgianos, de la Puerta de Hierro, de Tiflis, de Sirvan y de los Paises del Príncipe de los tártaros llamado Cerim, de Chipre, etc. etc. y de otros muchos paises, ciudades y señoríos conquistados con mucho poder imperial, señor de los mares blanco y negro y de la inespugnable fortaleza de Tigria y de otros tantos de diversos paises, islas, estrechos, pasajes, pueblos, familias, generaciones y de tantos millares de guerreros victoriosos que reposan bajo la obediencia y la justicia de mi, que soy el emperador Amat, hijo del emperador Mehemet, del emperador Amurates, del emperador Selim, del emperador Soliman, del emperador Selim, del emperador Bayaceto, del emperador Amurates etc. por la gracia de Dios recurso de los grandes príncipes del mundo y refugio de los emperadores.

Al mas glorioso, magnánimo y gran señor de la creencia de Jesús elegido entre los príncipes de la nacion del Mesias, mediador de las diferencias que sobrevienen entre el pueblo cristiano, Señor de grandeza, majestad y riqueza, glorioso guia de los mas grandes, Enrique IV emperador de los franceses. Que el fin de sus dias sea feliz.

En el nombre de Dios el altísimo, porque es bueno, justo y conveniente invocar primeramente su nombre para despues recibir su gracia. Con la asistencia del soberano rey de los reyes, el Altísimo señor y autor de todos los dones y movimientos, incomparable, sin igual, invisible é incomprensible á ningun espíritu terrestre, señor de infinito poder, liberal en perdonar, sin disminucion de la infinidad de sus dones y gracias y la proteccion del sello de la belleza de los profetas, y señor y patron de la fortaleza de las virtudes, señor de la sociedad de los profetas, elegido por toda la asamblea de los inmaculados, bien querido de Dios, salvador de las naciones en el dia del juicio final, Mahoma Mustafá, en el que reposan las oraciones y la paz de Dios, con las soberanas y abundantes bendiciones de los que estan en su compañia y patronos de las leyes y otros santos profetas, con quien sea el honor de Dios y la alianza de que los santos, que son el premio de los honores y los bienaventurados una soberanía de la santidad, estan ligados á Dios, debe ser santificada y sus santas almas gozar siempre de la gloria divina.

(Aquí está la firma del sultan que está dentro de un nudo de oro, que tiene estas palabras *sultan Achmet Can* siempre feliz.)

Yo que soy el rey de los reyes, príncipes y emperadores, distribuidor de las coronas de los reyes del antiguo imperio de la tierra y de las fortalezas, administrador de los bienes de todos los paises y castillos; el gran Dios protege con su sombra los paises y habitantes de aquellos, bajo el gobierno y señorío de mi majestad y conserva á mi majestad en el mundo, á mí que estoy en lugar del Profeta y soy señor de las ciudades, reinos, imperios y sus plazas adyacentes, conservador de las dos grandes cortes y juez de la bendita Jerusalem y emperador de la alta real puerta del señorío de Constantinopla, que quiera Dios guardar de todo mal, y de Andrinópolis etc., de Valaquia y del resto de los reinos de la cristiandad que por la asistencia de Dios que es un rey victorioso de fuerza real y por la considerable probidad de nuestros reyes se han librado del poder de los enemigos, yo que soy rey de todos los reinos, ciudades y fortalezas que han sido conquistados por la mano de los invencibles y de las victorias, yo que soy un rey coronado de estirpe real, rey de los mares blanco y negro y rey de otras muchas islas y reinos y puertos de mar, monarca de muchos pueblos y naciones y emperador de muchos ejércitos invencibles, emperador legítimo, luz, antorcha y devocion del mundo, conde de la ley de Mahoma, sultan Achmet, hijo del sultan Mahometchan, hijo del sultan Murat Chan, del sultan Selim Chan, del sultan Bayaceto Chan, del sultan Mahoma Chan, cuyas almas deben reposar en la misericordia y gloria de Dios que nos ha concedido, á nosotros, que somos los defensores del Alcoran, el someter á nuestro poder las cuatro partes del mundo, el gran Dios quiera conceder á mi majestad una larga vida, á mi que soy el auxilio de los reyes y de las naciones y la escelencia de los príncipes. A nuestra alta y sublime corte imperial, que es nuestra feliz puerta por la gracia de Dios que es dispensador de gracias y rey de todos los pueblos, cuyo nombre sea eternamente alabado, como auxilio de los reyes y protector de todos los famosos príncipes, han enviado etc.

VIDA DEL BROCENSE.

El célebre humanista, conocido generalmente con el nombre del Brocense, se llamaba Francisco Sanchez, como se intitula él mismo en su testamento y en todas sus obras. El renombre de *Brocense*, de que siempre usaba, y con que fué y es mas conocido que por su nombre propio, lo llevaba segun dice en su testamento por declarar su patria, y así es que algunas veces se pone *de las Brozas* y *natural de las Brozas;* y tambien porque sin merecerle, dice él, lo debia á los escritores; además de que por lo que en 1582 manifiesta al fin de su primera paradoja, se ve que necesitaba de él para diferenciarse de otro de su mismo nombre y circunstancias que vivía en su tiempo en Salamanca. Su patria es sin duda la villa de Brozas, en la provincia de Cáceres y partido de Alcántara, porque sin contar que en la fachada de su Reloj español se dice natural de las Brozas, y que en su testamento declara que se llama Brocense por su patria, todavía al fin del capítulo VII libro I de su Minerva llama á Brozas su patria *(patria mea Brocæ)*, y en la dedicatoria de la misma obra á la universidad de Salamanca hace otro tanto, por estas palabras: *in patria mea Brocis.* Sus padres se ve en su testamento que lo fuéron Francisco Sanchez y María Flores Lizaúr. Nada se dice de la casa y dia de su nacimiento, y el año se colige que lo fué el de 1523, porque en la dedicatoria de su version de Epitecto, que hizo el 20 de julio de 1600, dice que tenia entonces setenta y seis años cumplidos.

Estudió letras humanas con Leon de Castro, detractor y delator de sabios y piadosos varones de su tiempo; pero de quien dice su discípulo en la dedicatoria de las Silvas de Angel Policiano en 1554, que era el apoyo de las buenas letras, y que además de poseer el latin y el griego, era escelente en filosofía y teología. Aprendió él tambien estas dos ciencias después de estar perfectamente impuesto en los dos idiomas indicados; mas como su pasion fuese por las humanidades, se entregó al cabo del todo á su estudio y enseñanza. En 1551, aprobados unánimemente sus correspondientes ejercicios, recibió en la universidad de Valladolid el grado de bachiller en artes liberales, que después incorporó con la mera exhibicion de su título en la de Salamanca, adonde habia venido el año de 1545, segun se infiere de la dedicatoria de la impresion que hizo de su Minerva en 1587. En 1554 obtuvo por oposicion, ó partido, como dice en su testamento, la cátedra de retórica de esta última universidad, y comenzó á enseñar por gusto y solo en obsequio de la juventud estudiosa allí mismo el griego. El dia 17 de diciembre de 1572 principió á poseer la cátedra de retórica, cuya propiedad habia obtenido, y á disfrutar su honorario correspondiente. Con el fin de hacerse licenciado en artes liberales, disertó conforme á los estatutos de la universidad, sobre un punto que le habia tocado en suerte, en la capilla de Santa Bárbara; y respondiendo en seguida á los argumentos que le propusieron dos doctores en medicina y otros dos en artes, á satisfaccion de los jueces, fué por todos los votos incorporado al gremio de ellos en 4 de enero de 1574, en la catedral vieja, en la capilla de Santa Catalina, hoy llamada del Canto. El mismo año, el 21 de febrero, recibió en la forma acostumbrada el grado de maestro en artes, y por fin el grado é insignias del doctorado, en la capilla de Santa María Magdalena, en la catedral nueva.

El 19 de junio de 1593 obtuvo la jubilacion de su cátedra de retórica, á los cuarenta años de haberla alcanzado por oposicion y veinte de servirla en propiedad; pero no cansado jamás de enseñar, prosiguió aun hasta los setenta y seis años de su edad, instruyendo con sus obras, con el mismo infatigable ardor que lo habia hecho en su cátedra y lecciones privadas, en las que enseñó la filosofía y la música, mientras que en la universidad esplicaba la gramática latina y la griega, la retórica y la dialéctica, como consta de la dedicatoria de su *Sphera Mundi*, de la primera edicion hecha en 1579, cuya obra tambien debia escribir entonces. Antes y después de su jubilacion escribió mucho. Cuando siquiera era bachiller en artes, en 1549, ya escribia. El solo cuenta de todo esto en su testamento diez y ocho tomillos impresos sobre varios asuntos, muchos manuscritos que conservaba en su librería, tocantes á versiones de lenguas y materias políticas, sobre que habia sido preguntado de dentro y fuera del reino, las cartas que escribió al señor obispo fray Melchor Cano, al señor cardenal Espinosa, á los grandes varones Justo Lipsio y Martin Azpilcueta, y á S. S. el Papa Pio V; el librillo que compuso en alabanza de este santo Pontífice, y las notas que habia puesto en el Plutarco que legaba al señor obispo de Salamanca. D. Gregorio Mayans, en la edicion que hizo de todas sus obras en 1766 en Génova, nota la sobrada modestia de nuestro autor, que no hace mencion mas que de los tomos impresos, y no de las obras que estos contienen, que son muchas mas de diez y ocho, ó al menos de las impresiones que ya se habian hecho de ellos; y por su parte en la edicion referida coloca todas las siguientes, donde todavía no se encuentran las cartas ni los manuscritos citados, ni las Etimologías españolas, que él dice vió en la librería del Escorial, y que igualmente existen en el colegio de Cuenca, de Salamanca, ni las Lecciones varias de Teología, y lo que es mas, ni la Minerva, que segun él mismo habia sido once veces impresa hasta 1762. *Veræ brevesque grammaticæ latinæ institutiones.—Responsio ad quædam objecta.—Arte para en breve saber latin.—De grammaticæ partibus libellus.—Grammatica græca.—De arte dicendi liber unus.—Artificiosæ memoriæ ars.—Organum dialecticum et rethoricum.—Topica Ciceronis.—De nonnullis Porphyrii et aliorum dialecticorum erroribus.—De sacrificiis in Cathedræ petitione prælectio.—Paradoxa.—De auctoribus interpretandis sive de exercitatione præcepta.—In artem poeticam Horatii annotationes.—P. Virgilii Maronis bucolica serió emendata.—In Ovidii et in ternarum Aussonii Gallii annotationes.—Auli Persii Flacci satyræ sex.—Angeli Politiani silvæ.—Pomponii Melæ de statu orbis libri tres.—Commentaria in Andr. Alciati emblemata.—Sphera mundi ex variis auctoribus concinnata.—Declaracion y uso del reloj español.—Epistolæ.—Enchiridion del estoico filósofo Epitecto.—Santii opera poetica latina et hispanica.—Obras del poeta Garcilaso de la Vega, con anotaciones y enmiendas del maestro Francisco Sanchez.—Obras del poeta Juan de Mena, corregidas y declaradas por el maestro Francisco Sanchez.*

Ya se ve que versan sobre diversas materias estas obras, y que por esto solo, además de su número, suponen en su autor una capacidad y aplicacion muy vastas, y mas si se advierte que escribia mayormente mientras en lecciones públicas y privadas enseñaba á la vez una multitud de cosas, bastante cada una á ocupar un gran talento. Escribiendo no dejó de mostrar su ciega pasion á las humanidades, y así es que consagró á ellas, como la mayor parte de sus esplicaciones, el mayor número de sus escritos. El arte, ó lo que enseña á bien producirse ó hablar, esto es, la retórica y la dialéctica, con las lenguas latina y griega, fuéron siempre el objeto predilecto de sus tareas. No le fué estraño el idioma patrio, como lo acreditan sus traducciones de Epitecto y del Reloj español, sus trabajos sobre las obras de Garcilaso y Mena, y las composiciones en verso castellano, que obligaron al célebre autor del *Quijote* á alabarle en el libro de la *Galatea*, en el canto de Caliope, así:

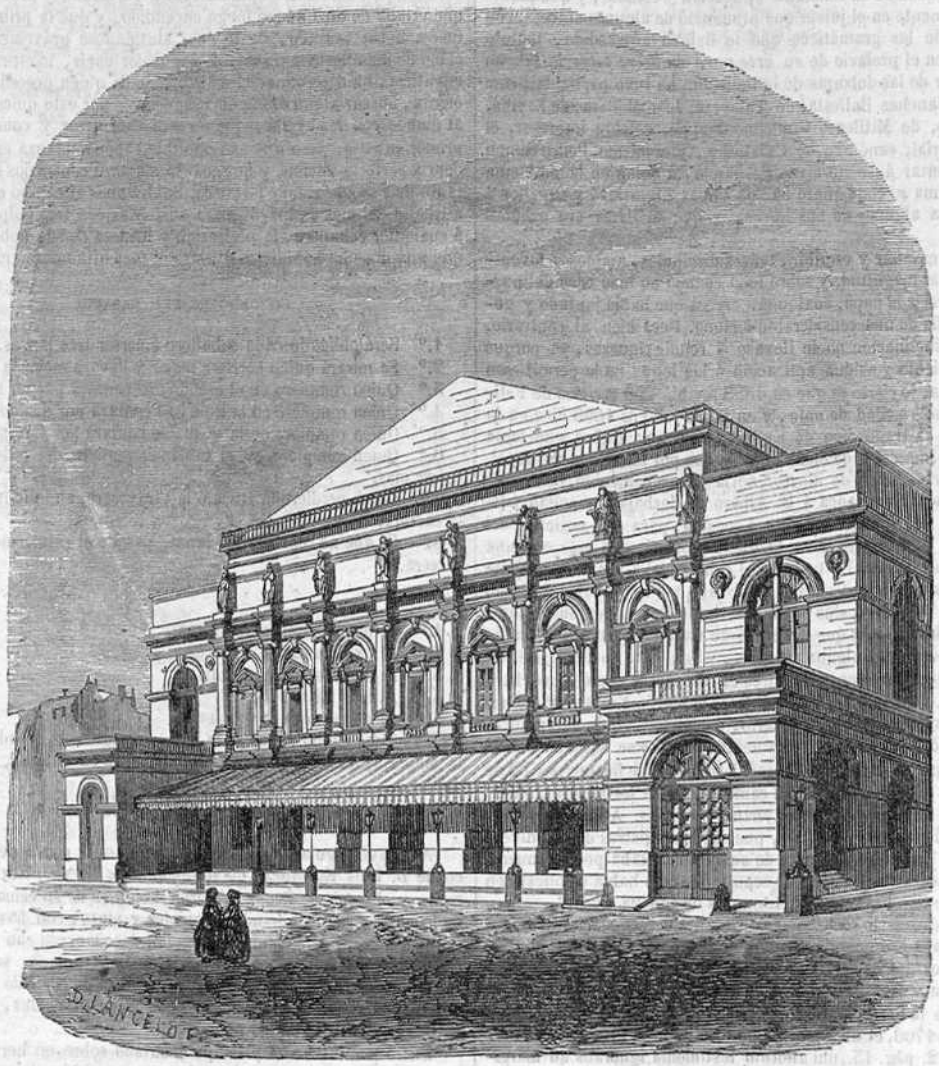
> Aunque el ingenio y la elocuencia vuestra,
> Francisco Sanchez, se me concediera,
> por torpe me juzgara y poco diestra
> si á querer alabaros me pusiera.
> Lengua del cielo única y maestra
> tiene de ser la que por la carrera
> de vuestras alabanzas se dilate;
> que hacerlo humana lengua es disparate.

Pero en el idioma latino era peritísimo: lo habia cultivado con

indecible esmero, ya por aficion particular, ya porque creyó que tocaba á él completar la obra del gran Nebrija de establecer el estudio de la pura latinidad y de las buenas letras en España. Así lo manifiesta en 1585 en la dedicatoria de su Minerva, donde refiere haber oido muchas veces á su padre que D. Antonio Nebrija, estando en Brozas en casa de su hijo D. Marcelo, caballero del órden de Alcántara, gravemente enfermo de calenturas, cuando escribia allí su Diccionario y Gramática, se lastimaba amargamente de no dejar concluidas estas dos obras que llenarian sus grandes intentos, y desde la cama esclamaba á menudo, al modo de Dido en la Eneida:

Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor
qui face Barbatos, ferroque sequare Perotos.

Su gran celebridad, debida no á su nacimiento, riquezas ni destino, sino á sus obras, prueba su raro mérito, así como el sumo aprecio que han hecho de ellas todos los sabios estranjeros y del reino, de los tiempos que lo han sucedido, y lo que es mas, del suyo propio. A frente de ellas se encuentran los elogios que debieron á algunos de estos, y en los escritos de otros muchos espresiones á cada nada, que no le favorecen menos. Fué como un oráculo consultado de dentro y fuera del reino, sobre versiones de lenguas y asuntos de política. El Ilmo. y sapientísimo fray Melchor Cano remitia á su ciencia varias cosas, al tiempo que el rey comunicaba con él materias muy árduas. El Emmo. señor D. Diego Espinosa, cardenal, obispo de Segovia, presidente del Consejo de Castilla é inquisidor general, lo propuso á S. M. D. Felipe II para maestro del príncipe D. Carlos, cuando dejó de serlo el celebérrimo Juan Honorato, y le escribió sobre ello, aunque no tuvo efecto por ser ya S. A. de edad muy crecida. S. M. el rey D. Felipe II le hizo en 1583, á su vuelta de Portugal, grande honra y piedad, y le dió doscientos escudos para que se curase de la gota. El Smo. Padre Pio V le llamó á Roma, y aunque no fué por no dejar de enseñar en España, obtuvo de S. S. rentas eclesiásticas para alguno de su linaje.



(Teatro de la Opera de Paris.)

Tan agradecido como sábio, escribió un librito con el título *De pietatis et fidei* en siete capítulos, en alabanza de este santo Pontífice: otro que no acabó, en diez y nueve capítulos. De genio régio sobre la virtud y ciencia de gobernar de D. Felipe II; y dedicó á sus favorecedores algunos otros libros.

Algunos de estos tambien los dedicó á sus hijos en general, y á algunos de ellos en particular; pues aunque habia al principio pensado permanecer célibe, y por eso estudió teología, mudó de dictámen cuando comenzó á enseñar, y contrajo matrimonio con Doña Ana Ruiz de Vargas, en la que tuvo tres hijos, Fernando que murió de cuatro años, Leonor que falleció de uno, y Mateo que vivia en enero de 1601, al testar su padre, en Brozas, casado con la señora María Robles, y de quien tenia entonces una hija; y ocupado en alguna cosa que no seria de letras, cuando su padre dice en su testamento que deja á su yerno Baltasar Céspedes sus papeles, que á su hijo Mateo que no va por esta profesion, poco le importa. Viudo después de no mucho tiempo, casó segunda vez con Doña Antonia del Peso Muñiz, de la que en 1566 tenia á sus hijos Francisco y Lorenzo,

pues así como á Mateo les dedica en este año una edicion de su obra titulada *Veræ brevesque grammaticæ latinæ institutiones*, y en 1576 á Diego, José y Cristóbal, á quienes en él le dedica la quinta edicion que hizo de estas instituciones. De la misma Doña Antonia consta en su testamento que tenia á Antonia, Isabel, Petronila y Ana del Peso Muñiz, únicos hijos de este matrimonio, además de José, de quienes allí habla, sin duda porque los otros habian muerto antes. De todos estos solo dice en dicho documento que estuviese casada Antonia, que tenia por esposo á Baltasar de Céspedes, sucesor en la enseñanza de la retórica y elocuencia de su suegro, y autor de algunas obras de humanidades, como refiere D. Nicolás Antonio.

Habiendo enseñado tantos años, tantas cosas, y con tanto crédito, no es de estrañar que contase innumerables discípulos. Entre ellos merecen particular mencion su yerno, Juan Bautista Munguia, segobiano, Luis Morales Cabrera Brocense, Juan Guzman, Sebastian de Monte, colegial de Cuenca, Gaspar Ribero y Gonzalo Correa, príncipe de la gramática latina en España, con D. Antonio Nebrija, Pedro Simon Abril y su maestro Francisco Sanchez. La acerbidad de su genio, fruto sin duda de su constante aplicacion y estudio, y que manifestó sobradamente en el juicio que pronunció de algunos autores, con especialidad de los gramáticos que le habian antecedido, incluso Quintiliano, en el prefacio de su *arte para en breve saber latin*, no le privó gustar de las dulzuras de la amistad. La tuvo particularísima con Alfonso Sanchez Ballesta, de Talavera, Juan Mellara, de Sevilla, Alfonso Nunio, de Mitilene, Guillelmo Foquel, célebre impresor, el docto Juan Grial, canónigo de Calahorra, y el mismo Pedro Simon Abril, sin contar á su hermano Fernando, á quien en la emblema veinticinco llama su compañero en sus tareas literarias, y aquellos á quienes dedica algunos de sus libros, y que él llama sus grandes amigos.

Con tanto enseñar y escribir, tantos discípulos, amigos y favorecedores y de tal magnitud, y sobre todo cuando no hizo caso del partido que le ofrecia el papa, cualquiera creerá que habia juntado y gozaba en España de una considerable fortuna. Pues bien al contrario, ya porque su inclinacion no le llevase á reunir riquezas, ya porque su embebecimiento y asidua aplicacion á las letras no le permitiesen pensar en ellas, lo cierto es que en 1583 recibió 200 escudos de Felipe II, en su enfermedad de gota, y en 20 de julio de 1600 dice en la dedicatoria de la traduccion de Epitecto «que acia 7 años que tenia comenzada la impresion de dicha obra, y que por falta bien de papel, bien de operarios, bien de dinero, no la habia concluido, hasta que Dios quiso traer á Salamanca á D. Albaro de Carbajal, capellan y limosnero de S. M. y abad de Santa Leocadia, para que noticioso del *pobre estado* de Epitecto y *su traductor* socorriese á este con una *limosna* (es su espresion) y pudiese al cabo aquella ver la luz pública.» No hay mas: en su testamento declara que nada habia gastado por malicia ni por vano, sino en libros, impresiones y en sustentar á sas hijos con decencia, y que sin embargo nada mas tenia que sus libros, sus manuscritos, alguna alhajilla, y una corta hacienda de casas y tierras que le dejaron sus padres en Brozas, y que él quedaba á su hijo Mateo, á quien nipodia completar la legítima materna. Segun Manuel Bernardo de Ribera, trinitario, doctor teólogo de Salamanca, que halló y dió al público su testamento, siempre se signaba con la figura de un mochuelo rodeado de este letrero: «Sine fortuna.» El 2 de enero de 1601 estando enfermo en cama otorgó su testamento, capaz por sí solo de acreditar sus raras virtud y ciencia. A los pocos dias resulta que falleció en Salamanca, pues de los registros de su universidad aparece que el 18 de enero de aquel año estaba por su muerte vacante la cátedra de griego. Fué sepultado como habia dispuesto en el convento de San Francisco, extramuros de aquella ciudad.

Ningun rastro cierto conocemos de su larga descendencia, y solo leo en el Sr. Mayans lo signiente, aunque no sé en qué datos se funde, ni quienes sean los descendientes de este D. Diego de la Serna: «Cur igitur non credemus sanctii esse opus? præsertim in asserente ejus pronepote Didaco de la Serna in vindiciis Catholicis Granatensibus excusis Lugduni anno 1706, et ab Inquisitione violatæ fidei proscriptis. Tertia parte cap. 2. pág. 13. ubi aliorum testimonia ignorans ad marginem ait: magnum Hispaniæ ornamentum proavus meus Brocensis sub togata larba latens (ut et aliis detexis D. Nicolaus Antonius in Francisco Sanctio Brocensi) in Pentacoritarcho cap. 2.» Se dice que en el estranjero es mas conocido que en esta patria que tanto teson puso en ilustrar: si así fuera, es mengua nuestra que debemos borrar completamente luego. Su virtud, su saber, su celo por la ilustracion de España tan fino y desinteresado que se contenta con lo poco que en ella gana y rehusa grandes conveniencias afuera por no privarla de la luz de su enseñanza, merecen á la verdad que procurásemos conocer mas sus escritos y todas sus cosas, por gratitud siquiera, y por nuestra honra y utilidad propias.

(Continuará.)

EPISODIOS HISTÓRICOS DE ESPAÑA.

FIESTAS CABALLERESCAS.

(Continuacion.)

DESAFÍO DEL CABALLERO CONSTANTE.

«Verdad es manifiesta que ningun bien, paz ó contento hay en esta vida que no tenga ningun intervalo, dificultad ó impedimento, por traer los hombres de su principio cierta pasion que llaman envidia, la cual se apodera tanto de sus corazones, que sustentándose de ajenos gustos, se consume en ellos. Creia pues el caballero constante que de cuantos viven en estos tiempos ninguno habia que le igualase en gozar todo el bien que puede dar naturaleza y adquirir valor humano, por tener empleado su pensamiento en tan alto sugeto que no recibe competencia. Pero cuando entendió tener mayor seguridad, en medio de sus glorias, no faltó quien movido deste cruel veneno, procuró sembrar una falsa opinion contra su verdad y firmeza, diciendo que estaba de otro nuevo fuego encendido, y que la primera llama su fuerza habia perdido, de lo cual sintiéndose gravemente ofendido como de manifiesto agravio, ó por mejor decir, mentira indigna de admitirse, ha determinado, no sabiendo de quién proceda tan injusta ofensa, buscar algun modo de vengarla. Y por esto quiere manifestar al mundo con las armas, que no solo está firme y constante en su primer intento, pero que es imposible caber mudanza en una verdadera y perfecta aficion, y que cuanto mayores contrarios se le oponen, tanto mas se adelanta y fortalece. Saldrá pues al campo este caballero á treinta del mes de mayo, para sustentar con tres golpes de lanza, á cualquier caballero, la perfeccion y firmeza de sus nobles deseos, y que ningunos ha habido mas firmes ni mas altamente empleados.

CONDICIONES DEL DESAFIO.

1.° Será obligado cada caballero á correr tres lanzas.
2.° Se mirará quien corriere mejor y llevare mejor la lanza.
3.° Quien rompiere en el escudo, se contará por un golpe.
4.° Quien rompiere en la gola, se contará por dos golpes.
5.° Quien rompiere en la vista, se contará por tres golpes.
6.° Quien rompiere en el tablado, perderá del todo y no podrá correr mas.
7.° Quien perdiere la lanza ó la atravesare, aunque rompa, pierde la carrera.
8.° El que no recobrare la lanza, pasado el estafermo, perderá la carrera.

PRECIOS.

1.° Al mejor hombre de armas.
2.° Al de la lanza de las damas.
3.° Al de la lanza de la folla.
4.° Al mas galan.
5.° Al de la mejor invencion.»

El mismo enano traia en su mano izquierda un escudo en que iba la empresa, que era un fuego muy ardiente en el agua, y cuya letra decia:

Á MAYOR RESISTENCIA MAYOR FUERZA.

Al enano seguian los padrinos que eran el conde de Niebla y el conde D. Luis Enriquez, mayordomo de S. M. y D. Enrique de Guzman, y el conde de Orgaz, gentiles-hombres de su cámara, vestidos de leonado y blanco, bandas leonadas y plata, con bastones de los mismos colores. A los padrinos seguian doce lacayos con peto, espaldar y morrion, con mascarones á lo antiguo romano, sus gireles de tafetan leonado y plata, mangas y cañones de color de carne, botillas plateadas con sus mascarones, espadas plateadas, y unas alabardas á lo antiguo en las manos.

Entró por último el príncipe montado sobre un hermoso caballo castaño, del reino, haciendo corbetas, con gireles de velillo leonado y plata, bordados de perlas, con sus mascarones de trecho á trecho, y relieves de lazos que hacian una vista agradable. Iba S. A. con peto y espaldar plateados, el morrion que figuraba la cabeza de un leon, con un gran penacho leonado y blanco, bordado de perlas; mangas y cañones de color de carne, botillas plateadas con sus mascarones, y un largo y ancho manto de velillo leonado y plata, prensado, que cubria todas las ancas del caballo: en la mano un baston argentado á guisa de emperador romano que era lo que representaba en su vestido y su armadura. Habiendo llegado delante del balcon de SS. MM. y de la señora infanta, hizo su cortesía, y después de saludar á los jueces y á los consejos, entróse en su tienda para aguardar á los aventureros.

En este punto mandaron los maeses de campo colocar en su puesto el faquir, acompañado de las trompetas, y con ellas tambien fué el enano á presentar el cartel á los jueces.

CUADRILLA DE LOS DOS PRÍNCIPES VICTORIO Y FILIBERTO.

Entraron después en la plaza dos atabaleros y seis trompetas, con ropas rozagantes de tafetan de flores de plata, los caballos aderezados de lo propio. Seguian doce pajes armados con sus petos, espaldares y morriones argentados y escamados, que representaban ser amazonas; los toneletes de tela de plata con unos mascarones de trecho á trecho, y en los campos unas flores nacaradas, con sus franjas de nácar y plata, mangas y cañones color de carne, y otras margas de punta á usanza griega, de tafetan nacarado con flores de plata, con mascarones en los hombros; sus espadas y botillas plateadas, con sendas lanzas nacaradas y plata; los caballos con medios caparazones de tela de plata y flores de nácar que hacian medias lunas.

A los pajes seguia un carro aderezado con todo gusto y riqueza, sentada en lo mas alto la diosa Belona, armada con una media hasta en la mano derecha, en la cual iba en una tarjeta la respuesta del cartel que literalmente copiada decia:

RESPUESTA AL DESAFÍO DEL CABALLERO MAS TEMERARIO QUE CONSTANTE.

«En la mas remota parte de la grande Asia, en la ribera del profundo Tremedonte, la fama que con sus ligeras alas es de todo mensajera, ha manifestado á nos Marpesia y Lampedo, reinas de las invencibles amazonas, que en la mas sublime parte de la Iberia, un atrevido caballero usurpador de nuestra propia calidad, se ha preciado mucho de constante y firme, anteponiéndose á todos cuantos aman perfectamente, lo cual aunque mas digno de risa que de venganza, nos obliga por nuestra propia inclinacion, y por lo que profesamos á castigar tan gran soberbia y jactancia. Por tanto con estas compañeras nuestras, al tiempo aplazado en este campo, venimos confiadas que con el favor de la poderosa Belona, y con la fuerza de estas flechas y lanzas, haremos de manera que este caballero antes que el sol sus rayos encubra, lleve el pago que merece su ciega temeridad y loco desvarío.»

En la mano izquierda traia la diosa un escudo y pintada en él la empresa de las amazonas, que consistia en un fénix ardiendo entre llamas, con los rayos del sol en la parte superior, y una letra que decia:

(Continuará.)

RITJA. (1)

BALADA.

Como el águila del Líbano
se vuelve Ritja á su *Kan*.
Sangrienta fué la pelea:
su dueño sangre chorrea...
Allá van,
allá van,
raudos como el huracan,

Suelta el árabe su cántico,
ronco y ahogado en dolor:
«—Corre, Ritja, corre, vuela,
»que el tigre está en centinela,
»y aun veo yo,
»aun veo yo
»las palmas de Jericó.»

En su garganta de ébano
sepúltase un yatagan.
Cayó el beduino bramando:
Pára, Ritja, y relinchando
¡qué animal!
¡qué animal!
lame la herida fatal.

II.

Allá en la escueta *duna*
se queja el prisionero
á la luna:
«Casta madre, ya que muero,
»que á Ritja vuelvan á ver
»mis hijos y mi mujer.
»Que los vientos
»de mi patria
»con sus crines
»jugueteen.
»Que repitan
»sus confines
»el relincho
»que ella dé.

»Queda sin mí viuda mi mujer:
»sin Ritja, ¿de mis hijos qué va á ser?
»¡Es un águila sin plumas
»el árabe sin corcel!»

—

En la cresta de la duna
dos negros ojos brillaron,
á la luna;
hondos quejidos sonaron,
y un relincho que debió
escucharse en Jericó.
Y el herido
sin ventura
murmuraba
en triste voz:
«Ritja mia,
»¿cuándo esclava
»he creido
»verte yo?

»Vida perder no siento y libertad,
»que perdiéndote á tí, pierdo yo mas.
»Antes de morir, me falta
»de alma y vida la mitad!»

III.

Arrastrando va el herido
entre la arena abrasada,
cual ave enferma á su nido,
que ver á su yegua amada
la vez postrera ha querido.

Verla por última vez
á la luna del desierto,
llorar su triste viudez,
inspirarle de su muerto
heroismo, la altivez.

—

«Ritja, Ritja, amada mia,
»asombro de Alejandria,
»sol de mis montañas verdes,
»¿no te dice mi agonía,
»¡ay! que te pierdo y me pierdes?

»Mi amor... y mis penas, ya
»que estas manos no te ensillen
»por nuestro mal, quiere Alá;
»que te ultrajen y te humillen
»los caballos de un pachá.

»En sus patios confundida,
»fama perderás y brios,
»ya que no pierdas la vida...
»¿dónde serás tan querida
»como te quieren los mios?

»No te darán las doncellas
»ya la leche de camellas

(1) La presente composicion pertenece á la coleccion que, con el título de *Baladas Españolas*, acaba de publicar el autor: los lectores del SEMANARIO conocen varias de estas bellísimas leyendas que les hemos ofrecido en las páginas del periódico: no necesitamos por lo tanto recordarles el libro del señor Barrantes, que es de aquellos que no pueden soltarse de la mano desde que se emprende su lectura; hasta tal punto es sabrosa y agradable.

»con su mano torneada,
»ni mis hijuelos con ellas
»el puñado de cebada.

»Ya los vientos del desierto
»tu blanca cola de espumas
»no hincharán como las plumas
»del águila que entre brumas
»se cierne sobre el Mar Muerto.

»Tus callos no arrancarán
»de las egipcias arenas
»chispas como de un volcan,
»ni en las corrientes serenas
»te bañarás del Jordan.

»Tú, tan heróica y valiente,
»que al rugido del leon
»piafas tranquilamente;
»tú, que de un salto el torrente
»atraviesas del Cedron;

»En el *Djerid* la primera,
»sin igual en la carrera,
»de raudo y gracioso giro,
»la yegua mas hechicera
»que hay desde Salem á Tiro;

»¡Ritja, tú ajena! ¡tú esclava!
»¡el huracan encadenas!
»No, por Alá, Ritja brava.»
(Y con esto, á duras penas
rompió el árabe la traba.)

«Vuelve el desierto á cruzar:
»ve á mi tienda, y di á mis hijos
»en tu lengua singular,
»que en mí tengan sin cesar
»alma y pensamiento fijos.»

IV.

El herido
sin sentido
cayó.
¡Pobre Ritja!
le miró...
le lamió...
—De sus ojos
en lo oscuro,
¿quién el fuego comprende que brilló?

—

Cuando el alba
sonreia
por Salem,
por dó un dia
riyó el alba del mundo tambien,
la cristiana
carabana
parábase en el desierto,
de asombro muda y terror,
mientra el dragoman esperto
así dice en su interior:

«¿Adónde va aquel caballo?
»La tierra que apenas toca,
»retiembla bajo su callo.
»¡Y lleva un hombre en la boca!

»Nunca el desierto, corcel
»cruzó mas á la ligera.
»Ni la corza de Betel
»le aventaja en la carrera.

»Pacto tendrá con Alá
»el hombre que le posea.
»Ni se ha visto ni verá
»corcel mejor en Judea.»

V.

Allá van,
allá van
Ritja y el árabe al Kan.
Tres infantes
ved allí:
parecen tiernos pámpanos
de las viñas de Engaddi.

Abrazan al herido
que en tierra pone Ritja sin sentido.

El olmo y la yedra se abrazan así.

Tambien sobre el arenal
cae la yegua leal.

¡Ay Ritja! ¡pobre de tí!

—

Toda la tribu llora;
el árabe está loco;
¡Ritja murió!
Con leche de camellas
brindáronle doncellas:
no la bebió.
Su mano halagadora
tendióle sin demora
el árabe... tampoco...
la lamió,
¡y murió!

—

La lira del poeta
cantó la noble hazaña
de Ritja fiel.
«Alá en su Eden preciado
»la recibió á su lado:
»vive con él.»

Cuando en la duna escueta
al *beduino* inquieta
el turco, á Ritja invoca:
«¡No hay corcel
como aquel!»

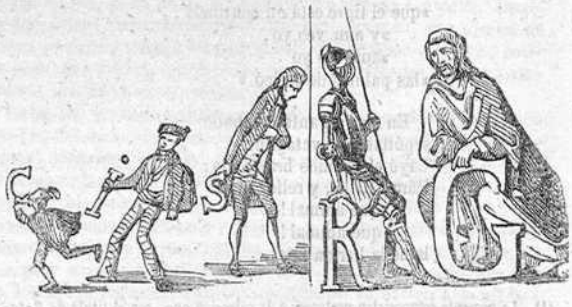
VICENTE BARRANTES.

La palabra dada aun al mismo enemigo, debe ser observada fielmente.

El grande arte de la guerra es observar la imprudencia y temeridad del enemigo, y saber aprovecharse de ellas para vencerle.

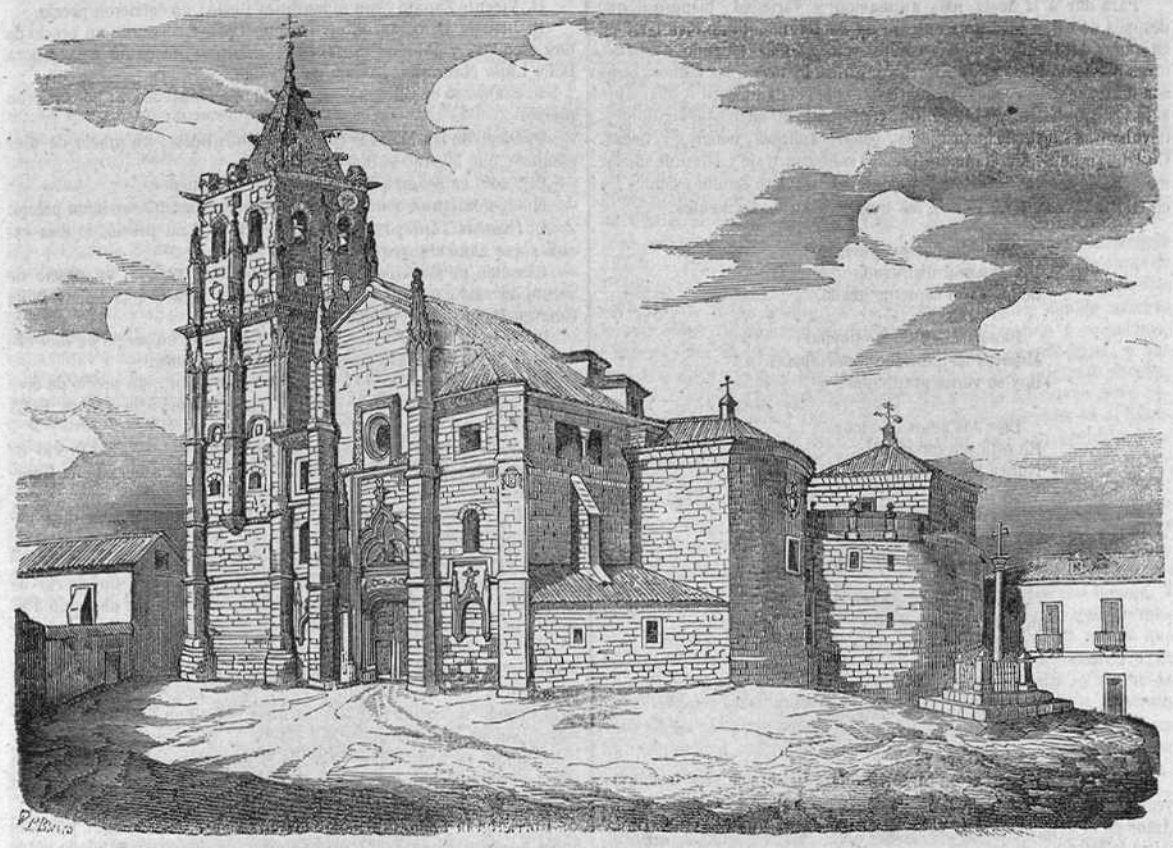
El verdadero y seguro medio de formar los hombres virtuosos, es empezar á practicar por sí mismo lo que se quiere hacer observar á otros.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



IGLESIA DE TORRELAGUNA.

EPISODIOS HISTÓRICOS DE ESPAÑA.

FIESTAS CABALLERESCAS.

(Conclusion.)

ABRASADAS PRIMERO QUE RENDIDAS.

A los piés de Belona veíase el *Furor* encadenado, y dos arpías colocadas en los encuentros del carro, el cual era arrastrado por doce lindísimos caballos bayos, que en vez de riendas llevaban cordones de seda, y los tirantes plateados. Entraron luego los cuatro padrinos de los doce aventureros, que venian representando doce amazonas: eran estos los príncipes Victorio y Filiberto; el comendador mayor de Montesa, el marqués Deste, D. Gerónimo Muñoz, de la Cámara de sus Altezas, D. Vicente Zapata, D. Juan de Heredia, D. Francisco de Córdoba, tambien de la Cámara, D. Diego de las Mariñas, mayordomo, D. Pedro de Lezamo, de la boca, y los caballerizos Frey Mucio Pozalagua y D. Juan de Tamayo. Todos estos señores vestian petos y espaldares recamados, con los pechos desnudos y cortado el derecho para el mejor uso del arco; grandes penachos en forma de crestas de gallo en los morriones; los toneletes como medias sayas de velillo, nácar y plata, bordados de perlas; mangas justas color de carne, con medias mangas de velillo blanco y plata; los mantos largos, y su hechura diferente del que vestia el mantenedor; alfanjes plateados al lado, y arcos en las manos con flechas. Iban los caballos con caparazones grandes de tela de plata, con sus mascarones de trecho á trecho, y relieves de lazos con sus franjas de nácar y plata. Entraron con los aventureros doce lacayos vestidos á correspondencia, y dando la vuelta á la plaza, los maeses de campo llevaron el carro á los jueces, á quienes Belona dió el cartel impreso.

CUADRILLA DEL CONDE DE MAYALDE, GENTIL-HOMBRE DE LA CÁMARA DE SU MAJESTAD.

Abrian la marcha cuatro atabales y doce trompetas con ropas y ubiertas de caballos, de leonado y blanco, yendo detrás D. Antonio, el enano de S. M., vestido á la veneciana de azul y plata, con una gorra chata de los colores de la cuadrilla, en un caballo con una lanza, y en ella una tarjeta que dió á los jueces, cuya empresa era un Hércules con una gran peña en los hombros y una maza á sus piés, y cuya letra decia:

Bien se pierde quien se atreve,
Que de tan alta porfia
Es el premio la osadía.

Entraron después veinticuatro lacayos vestidos de los mismos colores, y seis padrinos, que eran el conde de Saldaña, comendador mayor de la órden de Calatrava y gentil-hombre de la Cámara de S. M., el marqués de la Bañeza, D. Pedro de Guzman, D. Pedro de Castro, gentil-hombre de la Cámara, D. Francisco de Silva y D. Francisco de Ibarra, meninos de la reina, cerrando la cuadrilla el conde de Mayalde, D. Juan de Tarsis, con otros cuatro caballeros vestidos de casacas de raso leonado, bordadas con unos troncos embutidos de velo de plata, mantos de velillo de plata, prensado, guarnecidos de raso leonado, sembrado de argentería. Eran los tocados de plumas blancas en forma de celadas, y los remates de martinetes y los gireles y cubiertas de los caballos sembrados como las casacas.

ENTRADA DE DON LUIS SIFOSA, CABALLERIZO DE S. M.

Seguido de un paje que vestia azul, plata y leonado, penetró en la plaza un castillo, dentro del cual venia una maga, que dejándose ver por una ventana, daba á entender su empresa que venia á estorbar la fiesta; mas para que se comprendiese que es superior el poder del príncipe, que presenciándola estaba, de improviso se deshizo el castillo, saliendo de él un enorme dragon, dentro del cual estaba, sobre un gran caballo saltador, Juan Luis Sifosa, vestido de azul, plata, leonado y pajizo, como armado, y una caperuza de cuarterones en la cabeza, el cual, saliendo del dragon, pasó la carrera de la tela, redoblando y haciendo corbetas, que mereció los aplausos del con-

curso. La letra que este aventurero traia, significaba haber venido á deshacer el mal intento de la maga.

Para dar á la fiesta mas animacion y variedad, dispúsose que después de estas cuadrillas entrase un doctoramiento de cien dueñas, en mulas de alquiler, de las cuales venian unas tocando atabales, otras haciendo visajes con rosarios y otros objetos en las manos; otras con herreruelos, espadas y sombreros, como solian asistir á semejante acto los caballeros, y otras en fin, representando diferentes facultades, llevaban las ordinarias insignias, como capirotes, bonetes y becas. Un truhan de S. M., llamado Rabelo, salió con traje y borla de doctor médico, en medio de las dueñas, quienes llevaban sendos escudos, y en ellos letras alusivas, entre las que se leian las siguientes:

A las dueñas justamente
Por el AMOR disfrazado
Se les da el supremo grado.

—

Las pasiones de las dueñas
Muertas no, aunque amortajadas,
Hoy se verán graduadas.

—

Para los actos de amor
En esta universidad
Nunca faltó facultad.

—

Maestras somos en artes,
Las primeras en licencias,
Doctoras de impertinencias.

—

Receptamos lamedores,
Purgamos melancolías
Y aconsejamos sangrías.

—

Vivimos de informaciones,
Del golfo hacemos estrecho,
Y arrimámosle el derecho.

Cerraba esta comitiva un carro triunfal, tirado por seis hermosas yeguas pias, con dos dueñas por cocheros, en el cual se dejaba ver el *Amor* en el acto de conferir el grado á una dueña que á sus piés traia. Decia la letra:

Solian ser bachilleras;
Pero ya no hay dueña agora
Que no quiera ser doctora.

Acto contínuo se dejaron ver en la plaza doce atabales, veinticuatro trompetas y doce chirimías, vestidos con ropas largas de azul y blanco, con los sombreros de lo mismo, seguidos de treinta lacayos de iguales colores, trayendo caballos de respeto. Era esta como la vanguardia de cuatro aventureros, que eran el duque de Alba, gentil-hombre de la Cámara de S. M.; el conde de Lemos, presidente del Consejo de Indias, gentil-hombre de la Cámara; el conde de Salinas, y el de Gelves. Vestian vaqueros de raso azul, con mangas largas, los gireles de los caballos del mismo color, cuajado lo uno y lo otro de chapería de plata que representaba despojos de guerra: los mantos de velillo de plata prensado, con franjas de plata á la redonda: los tocados de plumas azules y blancas que llevaban entretejidas unas coronas de plata y aljófar. La empresa del duque de Alba era un mal me quieres, y la letra

Estimo tanto un desprecio
Que no pretendo otro precio.

La empresa del conde de Salinas era un fénix que se abrasaba y regeneraba entre llamas, y por letra

Lo mismo mi amor hace,
Pues de las causas del morir renace.

De este modo se dió fin á las entradas, y cuando fué del agrado de S. M., sonaron los timbales, chirimías y trompetas, y entre la música de estos instrumentos y el aplauso estrepitoso de la muchedumbre, los caballeros corrieron las lanzas al faquin, en el órden siguiente:

Corrieron el príncipe Victorio y el príncipe Mantenedor un precio de diez escudos. Diéronlos los jueces por buenos.

Corrió el príncipe Filiberto con el príncipe Mantenedor: no corrieron precio.

El marqués Deste corrió con el príncipe Mantenedor: no corrieron precio, y quedó el marqués por su ayudante.

El comendador mayor de Montesa corrió con el marqués Deste: no corrieron precio.

D. Gerónimo Muñoz con el príncipe Mantenedor: no corrieron precio.

D. Vicente Zapata con el marqués Deste: no corrieron precio.

D. Juan de Heredia con el marqués Deste: corrieron un precio de diez escudos, y habiéndole ganado el marqués, le envió á la señora Doña Luisa Manriquez, dama de la reina.

D. Francisco de Córdoba con el príncipe Mantenedor: no corrieron precio.

D. Diego de las Marinas con el marqués Deste, un precio de diez escudos, que lo ganó el marqués.

D. Pedro de Lezama con el príncipe Mantenedor.

Mucio Posalagua con el príncipe Mantenedor: no corrieron precio.

D. Juan de Tamayo con el marqués Deste, un precio de diez escudos que ganó el marqués.

El conde de Mayalde con el príncipe Mantenedor, un precio de veinte escudos, que ganó el príncipe, y le regaló á la señora Doña Catalina de la Cerda, dama de la reina.

D. Juan de Tarsis con el príncipe Filiberto, un precio de diez escudos, que ganó D. Juan y envió á la misma señora.

D. Carlos de Borja con el príncipe Mantenedor, un precio de diez escudos, que ganados por el príncipe, se le mandó á la señora Doña Luisa Manrique.

D. Francisco de Velasco con el príncipe Victorio, un precio de veinte escudos, que D. Francisco ganó y dió á la señora Doña Gerónima de Ijar.

D. Diego de Ibarra con el marqués Deste, un precio de diez escudos, que ganó el marqués.

D. Vicente Zapata con Juan Luis Cifosa: no corrieron precio.

El conde de Gelves con el príncipe Mantenedor, un precio de veinticinco escudos, que ganó el conde, y con el que obsequió á la señora Doña Victoria Colonas, dama de la reina.

El conde de Lemos con el príncipe Mantenedor, un precio de veinticinco escudos, que ganó el conde y envió á la señora Doña Catalina de la Cerda.

El conde de Salinas con el marqués Deste, un precio de diez escudos, que ganó el marqués.

El duque de Alba con el príncipe Mantenedor, un precio de veinte escudos: ganóle el duque y regaló á la señora Doña Catalina de la Cerda.

Corrieron la folla el príncipe Mantenedor y los príncipes y demás aventureros, y rompieron muchas lanzas, habiéndose mandado notar como buenas por los jueces las del príncipe Filiberto, conde de Gelves, D. Francisco de Córdoba y D. Diego de Ibarra.

Llegó en esto la noche, y aun cuando para el pueblo acabó la fiesta, no fué así para los señores de la corte, que á las once concurrieron á la gran sala del duque de Lerma, dónde con toda majestad y grandeza debia celebrarse el sarao de costumbre, y en él la distribucion de los premios.

Danzaron en primer lugar el duque de Cea y Doña Catalina de la Cerda, y luego, precedidas de una música de violines y de doce pajes de los príncipes, fuéron entrando las parejas de una muy brillante mascarada, con variedad de trajes, pero en las que el oro y la plata lucian á competencia, y después de haber ejecutado diferentes bailes, los jueces de la fiesta y el rey de armas penetraron en la sala, y habiendo llegado adonde SS. MM. estaban, y hechas sus reverencias, el rey de armas dió los cinco premios del cartel en la forma siguiente:

Al príncipe Victorio, por mejor hombre de armas, una espadilla de oro con una celadilla de diamantes por remate, y acompañado del duque del Infantado, la dió S. A. á la señora Doña Luisa Manrique.

Al príncipe Filiberto el precio de la lanza de las damas, que consistia en unos brazaletes de diamantes, que S. A., acompañado del duque de Medinaceli, dió á la señora Doña Mariana Riedre, dama de la reina.

El precio de la lanza de la folla al conde de Gelves: era una sortija cuajada en derredor de diamantes, y en medio una macetilla de diamantes, que regaló á Doña Luisa Manrique.

Al conde de Mayalde el precio de mas galan, que era una poma de oro embutida de ámbar, con muchos rubíes y diamantes, la cual regaló el conde á Doña Catalina de la Cerda.

Al duque de Alba el precio de la mejor invencion, que era unas arracadas de rubíes, diamantes y perlas, con que fué obsequiada la misma Doña Catalina.

Terminada la distribucion de los premios, los jueces volvieron con el rey de armas hasta la puerta de la sala, y habiendo danzado el rey y la reina con su acostumbrado primor y gallardía, dióse fin al sarao, y se disolvió aquella tan noble y lucida concurrencia, llevando amargo pesar en su corazon los no favorecidos por los jueces y la fortuna, y cumplida satisfaccion los que habian tenido la dicha de ofrecer los premios de su destreza á las mas hermosas damas de la corte.

G. A.

VIDA DEL BROCENSE.

TESTAMENTO DEL MAESTRO FRANCISCO SANCHEZ DE LAS BROZAS.

In dei nomine. Amen. Sepan cuantos esta carta de testamento y última voluntad vieren como yo el maestro Francisco Sanchez, llamado el Brocense por mi patria, renombre que sin merecerlo he debido á los escritores catedráticos de retórica y griego por partido de esta universidad estando enfermo en la cama de la enfermedad que Dios Nuestro Sr. fué servido de me dar, y sano de mi juicio y entendimiento natural, creyendo como firmemente creo en la Santísima Trinidad Padre, Hijo y Espíritu Santo, y en todo aquello que tiene y cree la santa Madre Iglesia de Roma, y con esto protesto vivir y morir, y tomando por mi señora y abogada á la Virgen Maria y al Angel de mi guarda queriendo estar aparejado para cuando la voluntad de Dios Nuestro Señor fuere de llevarme á su gloria, hago y ordeno este mi testamento en la forma y manera siguiente —Primeramente encomiendo mi alma á Dios Nuestro Señor que la compró y redimió por su preciosa sangre, y mando el cuerpo á la tierra para donde fué formado.—Item. Mando que cuando la voluntad de Dios fuere de llevarme de esta vida, mi cuerpo sea enterrado en el conbento del Sr. San Francisco intramuros de esta ciudad, en la parte y lugar que pareciere á mis testamentarios, y se pague lo acostunbrado.—Item. Quiero que de lo mejor de mis bienes se benda para decirme 500 misas, donde las quisieren repartir mis testamentarios, dejando lo que toca á la parroquia.—Item. Mando á las mandas pias y acostumbradas 8 mrs., con que las aparto de mis bienes.—Item. Declaro que cuando casé de primer matrimonio con Ana Ruiz de Vargas, de quien tube por hijos á Fernando que murió de 4 años, á Leonor que murió de uno, y á Mateo que vive en Brozas, me dieron en dote 415,000 mrs. y algunas alajas de casa que no se lo que baldrian, y de todo esto, si no es el Crucifijo de mi cama y una salbilla, no me ha quedado cosa conocida, porque se gastó en libros é impresiones y en sustentarlos con decencia, y bien sabe Dios que de malicia ni por vano yo no he gastado nada; y ruego á mi hijo Mateo que no ponga pleito por esta lejitima de su madre, fuera de que sabe le largué lo mas de la hacienda de casas y tierras que me dejaron en Brozas mis señores padres Francisco Sanchez y Maria Flores Lizaur, que aunque corta cumplí con darle lo que tenia, y debe estimarla por la nobleza y bien que he visto de sus ascendientes, y asi le vuelbo á rogar no tenga pleito con doña Antonia del Peso Muñiz, mi segunda muger, ni con Antonia del Peso Muñiz mi hija y de la susodicha, casada con el señor Baltasar de Cespedes, ni con los demas sus hermanos, porque aunque hay nada, y lo que hay lo gastaran en pleitos, y les quedará solo la pena de no haber seguido mi consejo; y si viniese antes Mateo yo se lo diré, y sino lealo aqui, y persuadanselo mis testamentarios porque mucho lo deseo.—Item. Digo que fuera de 18 tomillos sobre varios asuntos, que andan inpresos, tengo en mi libreria muchos manuscritos de casos que me preguntaban ansi en las ciudades del reino como de los estrangeros, tocantes á versiones de lenguas y cosas politicas, particularmente las que escribi al señor obispo fray Melchor Cano, con quien S. M. comunicaba cosas grabes, y otras al señor Cardenal Espinosa, que todas estan separadas en la mesa de nogal de mi estudio, atadas con un orillo; y en el mismo estan algunas cartas, y sus respuestas sobre cosas eruditas á los grandes varones Justo Lipsio y Martin Azpilcueta á Roma. Item. En este legajo abajo está la carta que me mandó enviar el Papa Pio V, de gloriosa memoria, exortandome á que me fuese á Roma, y ni yo por esta ni otras ocasiones quise dejar mi instituto de enseñar; pero siempre veneré y serbi á S. S. en todo aquello que me mandaron de su orden, y me honró en dar rentas eclesiásticas á alguno de mi linaje: Dies se lo pague, que si habrá hecho.—Item. Se hallará haber hecho un librillo en su alabanza con siete capítulos, que intitulaba Pietatis et fidei, y yo le dejé por parecer anbicion y introducion alabar sin necesidad sus virtudes. Allí se halla en el mismo cajon. Estos papeles mando se entreguen á mi yerno el señor Baltasar, que á mi hijo Mateo que no va por esta profesion poco le importa: y en caso que lo repugne, le hago donacion de ellos.—Tambien digo que entre otros manuscritos hay uno de varia erudicion sagrada y profana y algunas leyes que dan luz á lugares difíciles de la escritura y jurisprudencia, y aunque he procurado imprimirlo, no ha sido posible porque ha menester láminas y medallas, y no las saben hacer acá. Y aun si tubiese medios mi yerno, lo puede imprimir. Tambien hay otros diez y nueve capítulos de otro librillo no acabado. De Génio régio, sobre la virtud y ciencia de gobernar del señor don Felipe II, porque á S. M. le debí mucho de honor y piedad, pues me dió 200 escudos, cuando la vuelta del reino de Portugal, estando yo malo de la gota. Item. Digo que si mi yerno quisiere la mi librería, que vale mui bien, fuera de los manuscritos que le llebo legados, haya de ser tasándola por libreros nombrados por mi hijo Mateo si hubiere venido de Brozas, y sino avisenselo para que lo encomiende, y la mitad del precio entréguela mi yerno.— Item. Mando á Antonia, mi nieta, hija de Mateo y de la señora Maria de Robles, niña de pecho, el mi lignum crucis con su cristalico y las seis esmeraldas de que está cerrado, que me dió el señor Obispo fray Melchor Cano, y guárdesele su madre para que cuando sea grande tenga memoria de mí.—Item. Mando á Jose Sanchez, mi hijo, y de dicha doña Antonia, la mi salvilla con sus cuatro basillos.—Item. Mando á la dicha doña Antonia, mi mujer, los paños de la pared y la cama colgada, fuera de la que le toque de su dote.—Item. A las demas mis hijas les darán mis testamentarios alguna alajilla á cada una para que tengan memoria de mí.—Item. Mando á Sebastian Sanchez mi sobrino, vecino de Brozas, el mi crucifijo de la cabecera que es muy debotó, por las muchas atenciones que le he debido, y que me encomiende á Dios.— Item. Mando al señor Obispo de esta ciudad las mis obras de Plutarco con sus notas manuscritos y papeles pegados por haberlas apreciado S. Ilma. mucho por honrarme, y haberle debido muchas buenas obras, y dichome muchas veces que ha venido á consolarme desde que caí en cama, que quedaba por padre de mis hijos, y que me haria decir misas, y que pagaria, si las tubiese, algunas deudas, Dios se lo pague, que lo digo para que sea notoria á todos su gran caridad.—Encargo sobre todo á mis hijos que se conserben en el Santo temor de Dios, que fuera del galardon divino, es único antídoto para vivir quietos, sean corteses. Amen.—Y hagan bien á todos por agradar á Dios, y no por ambicion, que casi nada se logra. Vivan contentos en su estado sin penarse de no ser mas ricos, que quien todo lo ha de dejar, mas desembarazado está con no tener mucho. Y habiendo nacidos hijos de la dibina providencia, no seria justo que cuando con ella vivan contentas las hormigas, hayan de estar descontentos los racionales, y mucho antes nos pensó la naturaleza que nos hiciese. Y si les conbiene Dios lo dará. Y aunque no les dejo bienes quedan muchos amigos y patronos, y cumpliendo con su obligacion espero que ha de premiarles el rei nuestro señor, pues serví como vasallo y por natural inclinacion á don Felipe II mi señor y mi padre, y merecí la honra que por haber querido escusarse por algunos motivos Honorato Juan de ser maestro del señor príncipe don Carlos, pusiese los ojos en mi incapacidad, sobre lo que tambien hallarán una carta del señor cardenal Espinosa en mis papeles, y no tubo efecto por estar ya S. A. en edad mui crecida. Y fuera deso he servido á S. M. en enseñar por mui largos años en esta Universidad. Y cuando no sea, no está en ser dichosos nuestra fortuna, sino en ser buenos. Y esto les ruego y encargo como padre y amigo. Y si ansi lo hicieren, Dios les echará su bendicion y yo la mia, y si no harta pena tendrán en la Divina justicia.—Y para cumplir este mi testamento, mandas y legados en el contenidos, nombro por mis testamentarios al señor don Roque de Bargas, arcediano de Monleon, canónigo doctoral y catedrático de cánones, y á los dichos Baltasar de Céspedes, mi yerno, y á Mateo Sanchez mi hijo, y á doña Antonia del Peso mi mujer, para que hagan cumplir dicho mi testamento en las misas y mandas que toque al bien de mi ánima. Y lo mismo suplico al señor Obispo, como S. Ilma. me tiene indicado.—Y pagado y cumplido este mi testamento, mandas y legados, en el remanente de mis bienes y derechos dejo y nombro por mis universales herederos á los dichos Mateo Sanchez, y Antonia, Isabel, Petronila y Ana del Peso Muñiz, mis hijas, y de dicha doña Antonia del Peso. Y si el dicho Mateo pusiere pleito por la legítima de su madre Ana Ruiz, mejoro en todo lo que pueda en derecho á los otros mis hijos; pero lo hará como le tengo pedido sin reñir.—Y por este mi testamento que al presente hago y otorgo, reboco y anulo otros cualesquiera testamentos ó codicilos que por escrito ó de palabra haya hecho y otorgado, y solo quiero que valga este por mi única y deliberada voluntad. Y ansi lo otorgo ante el presente escribano párroco y testigos que fué hecho y otorgado en esta ciudad de Salamanca á 2 de enero de 1601 años, siendo testigos para ello llamados y rogados el señor don Juan de Pereira, catedrático de decretos, y don Bartolomé Sanchez opositor á cátedras de humanidad, el licenciado Francisco Ponte catedrático de cirujía, todos vecinos de esta ciudad, estantes en ella, y el dicho señor otorgante, á quien yo el escribano doi fé conozco, lo firmo.—Maestro Francisco Sanchez el Brocense.—Pasó ante mí. —Cosme Aldrete.—No recibí derechos.—Aldrete.

EL BARON DE RIPERDA. (1)

Después de la caida de Alberoni y de la accesion de la España á la Cuádruple Alianza, parecia que nada se oponia á la tranquilidad general. En efecto, la guerra habia terminado; pero la paz no estaba he-

(1) Esta biografía forma parte de unas Memorias para la historia de los reinados de Felipe V y Fernando VI, y es como una continuacion de la de Alberoni, ya publicada.

cha, y quedaban aun por arreglar muchos artículos entre el emperador, el rey Católico y el duque de Saboya, para lo cual se convino en que se celebrase un congreso en Cambray. A pesar de la mediacion eficaz de la Francia y de la Inglaterra, las negociaciones se seguian con suma lentitud por el amor propio y ridícula etiqueta de las cortes de Madrid y Viena. A decir verdad, no eran solo tan despreciables motivos los que impedian una sincera reconciliacion entre ambos gabinetes: dominaba al de Madrid con autoridad despótica y arbitraria la reina Isabel Farnesio; la desgracia de Alberoni habia vuelto á encumbrar á Grimaldo, quien en union con Daubenton sostenia el peso del gobierno; su fatal administracion arruinaba los pueblos y exasperaba á los vasallos: mas no era en esto en lo que fijaba su atencion el ministerio español. El tratado de la Cuádruple Alianza concedia al infante D. Carlos, hijo mayor del segundo matrimonio de Felipe V, las investiduras de los ducados de Parma y Toscana: habia logrado por fin Isabel una corona para uno de sus hijos, y era preciso defenderla á toda costa: ofrecia esta empresa no pequeñas dificultades. Temia Carlos VI que la vecindad de un infante español pusiese en inminente peligro sus estados de Nápoles y Milan. Por otra parte, el Papa, el duque de Parma y el de Toscana se oponian á que se diesen dichas investiduras. A su vez sostenia el emperador otra negociacion no menos espinosa: acababa de crear la compañía de Ostende, y de concederla privilegio esclusivo por treinta años para hacer su comercio hasta las Indias Orientales y en las costas de Africa. Esta



(Luca)

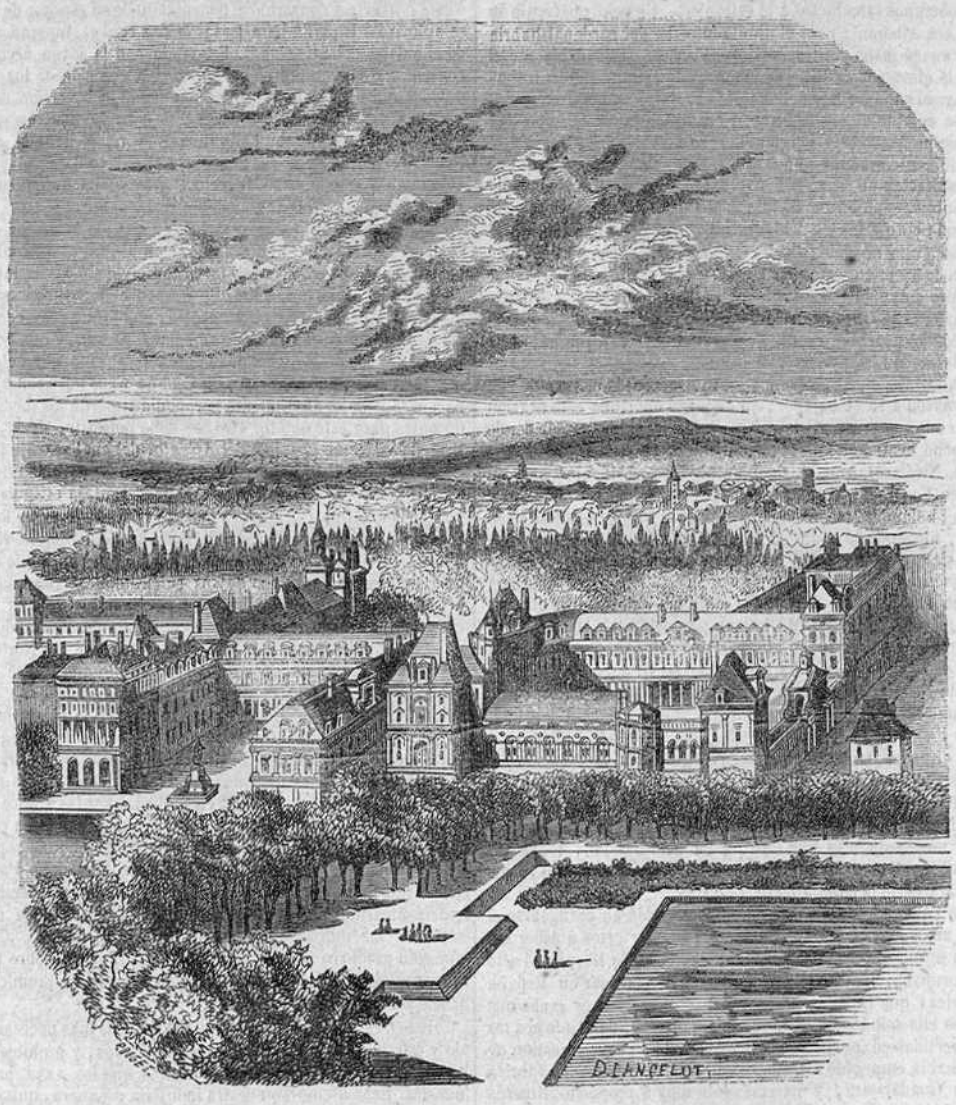
novedad le habia indispuesto con las potencias marítimas, y particularmente con la Holanda, que sostenia que la ereccion de semejante compañía era opuesta al tratado de Munster, cuyo quinto artículo prohibia á los españoles estender su comercio mas allá de las Islas Filipinas, y habiendo sido renovadas entre el emperador y los estados todas las estipulaciones de aquel tratado, en el de la Barrera incurria ahora Carlos VI en una falta manifiesta.

Entre tanto se ajustaban los matrimonios, contratados por Daubenton, entre el príncipe de Asturias y la duquesa de Montpensier, y el rey Luis XV y la infanta Mariana Victoria. El duque de Orleans, á quien estos matrimonios afirmaban en el poder, se interesó algun tanto en favor de la España, y logró por último que en el mes de abril de 1724 se abriesen las conferencias en el Congreso de Cambray. Dió á luz por este tiempo el emperador su célebre Pragmática-sancion, y presentándola al Congreso exigió que todas las potencias contratantes se la garantizasen, pretension que fué rechazada como merecia.

Ocurrian durante el trascurso de estas negociaciones sucesos gravísimos, aun no bien aclarados por la historia. Renunciaba Felipe la corona en su hijo el príncipe de Asturias y se retiraba á San Ildefonso; tomaba apenas el jóven monarca las riendas del gobierno, cuando la muerte le arrebataba á la España y devolvia el trono á su padre y á Isabel Farnesio, cuya perjudicial influencia se iba á dejar sentir mas que nunca. Moria en Francia casi al mismo tiempo el duque de Orleans, y le sucedia en el gobierno el de Borbon, quien considerando el perjuicio que se seguia á aquella nacion de que su rey tuviese por esposa una niña, incapaz de darle sucesion en mucho tiempo, se

resolvió á enviar á España á la infanta Mariana Victoria, cuyo proyecto puso en obra con toda celeridad. Escribió Luis XV á su tio dos respetuosas cartas, en las cuales le esponia los motivos que le obligaban á dar semejante paso; pero ni Felipe ni Isabel quisieron recibir ninguna de ellas, y mandaron á Macanaz que trajese á la infanta á la frontera.

Apareció entonces en el teatro político un hombre á quien el mundo creyó por algun tiempo el sucesor de Alberoni; pero convencióse luego de que no era mas que su sombra. Juan Guillermo, baron de Riperdá, descendia de una noble familia holandesa, de las que mas se habian distinguido en las guerras con España: habia nacido en el señorío de Groninga, hácia el año 1680, y su juventud habia sido muy borrascosa. Sirvió á los Estados Generales en la guerra de sucesion, y era ya coronel cuando terminó esta. Nació en la religion católica y en ella fué criado; mas luego que por su enlace con una rica heredera se vió en posicion de aspirar á los mayores empleos de la república, comprendió cuánto le perjudicaba aquella circunstancia, y se declaró protestante, empezando desde entonces á tomar parte en el gobierno. Viviendo en una nacion mercantil por esencia, le fué necesario perfeccionarse en la teoría del comercio y en la economía política, en cuya ciencia adquirió conocimientos no vulgares. Elegido diputado por la provincia de Groninga, fué admitido en el colegio de



(Fontainebleau.)

los Estados Generales, donde supo conquistarse alguna consideracion entre sus compañeros, y lograr la amistad del embajador francés, marqués de Chateauneuf (1).

Sucedia esto en tiempo en que la Europa firmaba la paz general de Utrech. La Holanda, interesada en reanudar sus relaciones comerciales con la España, trataba de enviar á Madrid un representante, y codiciaban este cargo muchos principales varones de aquel país. Era entonces nuestra nacion el paraiso de los aventureros de toda Europa, los cuales hallaban acogida favorable en nuestros monarcas, deseosos de ilustrar á su pueblo, atrayendo á su corte los hombres de mérito de todas las otras; pero como estas sabian retenerlos, sucedia que solo los hombres mercenarios ó poco escrupulosos en los medios de hacer fortuna, cambiaban por la nuestra su natal tierra. Veíase la España plagada de italianos, franceses y flamencos, que ocupaban los principales puestos del gobierno, y que ignorantes de nuestros usos y leyes atendian solo á su provecho, sacrificando su decoro y dando graves motivos de queja á los españoles, que acababan de verter su sangre y deslabrar su patrimonio en defensa de Felipe V. Sea que la penetracion de Riperdá le diese á entender cuánto le convenia el venir á España, sea que otras causas le impeliesen, solicitó el cargo de embajador de su nacion cerca de la corte de Madrid, y lo consiguió mediante algun esfuerzo.

Las negociaciones comerciales que tuvo que seguir con la España le proporcionaron bien pronto la amistad del caballero Methwen, embajador de la Inglaterra, cuyos intereses favoreció, y la del cardenal Giudice y el abate Alberoni, que gozaban entonces el favor de los sobe-

(1) Vida del duque de Riperdá, por Mr. Le-Marque, traducida del francés al castellano por D. Salvador Maner.

ranos españoles. Aconteció poco después la caida del primero de estos dos favoritos, y el diestro Riperdá se valió de ella para estrechar mas sus relaciones con el abate: su carácter flexible, su genio fecundo é inventivo, y su conocimiento de los idiomas, le granjearon la confianza de Alberoni, quien se valió de él en los negocios mas delicados, y particularmente en el tratado del *Asiento*, en cuya ocasion dió Riperdá una muestra de su vil codicia, poniendo el precio de 14,000 doblones á su intervencion en dicho tratado. Al mismo tiempo lograba, por medio del príncipe Eugenio, que el emperador le señalase una pension anual, á condicion de servirle en lo que posible fuese.

Examinando de cerca la situacion de la España y el carácter de su corte, conoció bien pronto el astuto holandés cuán fácil le seria apoderarse del gobierno de un pais tan escaso en hombres de estado, y con unos soberanos tan afectos á lo estranjero. Un solo obstáculo se le oponia, y era Alberoni; pero el ilimitado poder del cardenal habria de sucumbir en su lucha contra la Europa, y su caida debia ser el principio de la elevacion de Riperdá. Esperando este momento trabajaba en allanar el camino. El pueblo español, religioso por escelencia, odiaba el solo nombre de protestante, y era absolutamente imposible que nadie que profesase esta religion llegase á gobernarle. Riperdá, á quien era indiferente profesar una ú otra religion, empezó desde luego á admitir jesuitas en su casa, y á frecuentar el trato y sociedad del padre Daubenton, confesor de S. M., y del padre Marin, jesuita de merecida fama; eran estos los primeros pasos que daba para su vuelta al catolicismo, que no debia tardar en verificarse. No perdia entre tanto ocasion de hacer su corte á los reyes, y aprovechóse en particular del nacimiento del infante D. Carlos y de la conquista de Cerdeña, en cuyas ocasiones dió fiestas magníficas, que los soberanos le pagaron, concediéndole las tierras de Bayonilla y la casa que habitaba junto á los Recoletos.

Los Estados Generales, terminado su tratado de comercio con España, llamaron á su embajador, quien juzgó oportuna esta ocasion para arreglar sus negocios en Holanda, y partió para el Haya, de donde no tardó mucho tiempo en volver, acompañado de sus dos hijos don Luis y Doña Nicolasa. Aun se oponian algunos obstáculos para su instalacion en España: Alberoni, que conocia el genio ambicioso y turbulento del holandés, aconsejaba á los reyes que no le admitiesen á su servicio, alegando su cualidad de protestante. Pero era este obstáculo demasiado pequeño para un hombre como Riperdá. Después de haber convencido al padre Marin de que su conciencia le aconsejaba volver al seno de la Iglesia apostólica, halló ocasion de manifestar al rey que las virtudes de S. M. habian producido tal efecto en su corazon, que habia determinado abrazar una religion que aseguraba la salvacion de su alma y le daba medios de servir á S. M., para lo cual no habia titubeado en sacrificar su porvenir; aunque esperaba que su incomparable bondad sabria indemnizarle de esta pérdida. Agradaron á Felipe estas palabras, y después de haber encargado á su confesor, el padre Daubenton, que se asegurase de la vocacion del neófito, dió su consentimiento para que en 25 de marzo de 1718 oyese el baron de Riperdá su primera misa en la casa profesa de la Compañia, y recibiese la primera comunion. Jamás, dice un autor contemporáneo, se menearon mas rosarios que en esta ocasion: todas las religiones, en particular los jesuitas, concurrieron á casa del recien convertido para darle la enhorabuena.

Dado este paso, no tardó mucho tiempo Riperdá en grangearse el favor de sus amos, en un grado suficiente para dar celos á Alberoni, quien le veia seguir el mismo camino que á él le habia llevado al alto puesto que ocupaba. Tratábase por entonces de plantear en España algunas fábricas que trabajasen las muchas y escelentes lanas que abundando en ella solo tenian salida para Inglaterra, de donde nos las volvian convertidas en paños y triplicado su valor: por sugestion de Alberoni se habia empezado á trabajar en la fundacion de una fábrica de paños en Guadalajara, y pareciéndole muy á propósito Riperdá para dirigirla, le confió su gobierno con un crecido sueldo.

Revestido con este nuevo empleo, continúo el baron haciendo su corte á los reyes, cuya atencion hácia él aumentaba de dia en dia, gracias á sus modales corteses y á algunas ideas bastante acertadas que solia emitir sobre la marcha de la administracion en España. No tardó Riperdá en conocer cuán rápidamente se nublaba la estrella de Alberoni, y como hábil cortesano fué apartándose poco á poco de su intimidad, lo cual motivó el que el cardenal le quitase la superintendencia de la fábrica; pero Riperdá disimuló su resentimiento, se unió secretamente con el marqués de Grimaldo y Daubenton, y contribuyó con estos á la caida del célebre ministro.

Caido Alberoni dióse á Riperdá la superintendencia de todas las fábricas de España, y continnó ejerciendo su influjo, especialmente con la reina, cuyo confesor se declaró el mas acérrimo parcial y panegirista del baron. Pocos pasos tenia este que dar para llegar al ministerio; pero se lo impidieron Grimaldo y Daubenton, quienes alentaban la repugnancia del rey á entregar el gobierno á un estranjero mal convertido al catolicismo. Asestó entonces Riperdá todos sus tiros contra Grimaldo, cuya administracion no le costó mucho trabajo desacreditar: la muerte de Daubenton favoreció sus proyectos, y ya estaba á punto de triunfar de la oposicion de Grimaldo, cuando la abdicacion de Felipe destruyó sus esperanzas.

Durante el retiro momentáneo del rey continuó Riperdá estrechando sus relaciones con Isabel, cuyo genio ambicioso acogia con placer los planes gigantescos del aventurero. La lentitud con que se seguian las negociaciones de Cambray, hicieron pensar á Riperdá y á la reina en un medio mas rápido de conseguir un establecimiento para el infante D. Carlos. Aconsejaba el baron á Isabel que casase á su hijo con una archiduquesa, y se ofrecia él mismo á llevar á cabo esta negociacion, ponderando su valimiento para con la corte imperial. Asintió la reina á este proyecto y consiguió el beneplácito de su esposo: de consiguiente se autorizó á Riperdá para tratar la paz con el emperador, negociando el enlace del príncipe D. Fernando con la jóven archiduquesa, si consentia el emperador en asegurarles la posesion de los Países Bajos y de los ducados italianos, y consiguendo la reversion de la Toscana y Parma al infante D. Carlos. Estas eran las instrucciones dadas á Riperdá con acuerdo de Felipe; mas la reina habíale dado en particular las suyas para que negociase el enlace de la mayor de las archiduquesas con D. Carlos, cuya proyectada union con la cuarta hija del duque de Orleans no debia verificarse.

Bien conoció Riperdá que del feliz éxito de la mision que se le encomendaba dependia su futura elevacion al puesto que Alberoni dejara vacante; mas previendo que tal vez el olvido ó la ingratitud podrian atajarle su camino, procuró diestramente hacerse necesario, proponiendo á Isabel un plan gigantesco de gobierno, muy conforme con el genio atrevido y ambicioso de aquella princesa, y que solamente por él pudiese ser desempeñado. Dando por sentado que solo arruinando el comercio de la Inglaterra con España y sus posesiones, podria esta nacion salir de su abatimiento, proponia Riperdá los medios mas conducentes para este objeto. «No se debe permitir, decia, que la Gran Bretaña continue gozando del *Asiento*, del cual se vale para sostener el mas activo contrabando con nuestras posesiones de ultramar: si no es posible privarla abiertamente de esta ventaja estipulada en su favor por los últimos tratados, moléstese á su comercio lo que posible sea, bajo pretesto de inspeccion, y sobre todo ordénese rigorosamente á nuestros vireyes y gobernadores que no permitan de modo alguno que las tropas ni ninguno de sus subordinados consuman objetos fabricados en el estranjero. Privese á la compañia del Sur de toda gracia que no se halle espresamente concedida en el tratado de Utrecht; no se la permita tener depósitos sino en el mar del Norte, ni vender mas que en las ferias: por último, el criollo que preste su nombre á los ingleses sufra pena de muerte. Solo la España tiene el derecho de comerciar con sus colonias, y no debe tolerar la piratería que en ellas existe: aprésense cuantos buques ingleses atraviesen aquellos mares, pero guárdense algunas consideraciones con los de Holanda, para impedir que estas dos naciones se unan en contra nuestra. Establézcanse escuadras de á ocho navíos, diez fragatas y doce galeras cada una, y sitúense de modo que puedan recorrer toda la costa del mar del Sur. Auméntese aquel ejército con 10,000 hombres para espulsar á los ingleses de aquellos puntos que han invadido. Para cubrir los gastos que ocasionarán estas medidas, puede imponerse á cada provincia un tributo particular por via de rescate de la obligacion de servir en las milicias, que ya ha caido en desuso, añadiendo á lo que esto produzca el importe de cinco por ciento sobre todas la pensiones y beneficios en América, y por último, el producto de los espolios y vacantes.

Deben establecerse en España las fábricas mas necesarias, llamando y estimulando á los fabricantes estranjeros, y prohibiendo los efectos de la industria estranjera, á medida que los vaya produciendo la nuestra. Debe alentarse nuestra industria pesquera, quitándosela á los ingleses: se establecerá una factoría en el Ferrol para traficar con los países del Norte, y se mejorará este puerto, donde debe construirse un astillero y arsenal, para que puedan abrigarse y reforzarse las escuadras destinadas á cruzar aquel mar durante el estío, para proteger las flotas de América. A cada flota que se dé á la vela desde el puerto de Cádiz para América deben acompañar doce navíos del rey y doce galeones, los cuales pueden ir cargados de géneros y caldos de España, cuyo flete será suficiente para cubrir los gastos de este armamento: en Cádiz y Buenos-Aires debe haber siempre dos galeones preparados para el viaje siguiente. Estos buques no han de volver vacíos, sino cargados de aquellas mercancías de América que mas fácil despacho tengan en España. Examinando los libros de la compañia holandesa de la India Oriental, he hallado notas en que estan apuntados los regalos hechos á los ministros españoles para conseguir el permiso de comerciar con las Filipinas: esto prueba la importancia de este comercio, y por tanto opino que debe formarse una compañia española, cuyos navíos darán la vela desde Cádiz para el mar del Sur,

dejarán parte de su cargamento en Chile, en cambio de plata, y trasportarán este metal á las Filipinas, donde tiene mucho valor: tomando con su importe especias y otros productos de aquellos países, regresarán á España por Chile, donde cambiarán su cargamento por plata. Con los fondos del tesoro de beneficencia, llamado de San Justo, debe formarse en Madrid un banco, que abonará el cinco por ciento de interés de todos los capitales que en él se depositen, y dará mayor fuerza y desarrollo al sistema de comercio que propongo. De este modo se efectuará tal revolucion en nuestra industria, poblacion y riqueza, que podrá S. M. mantener un ejército de 130,000 hombres y una escuadra de cien navíos, quedándole aun sobrantes en arcas mas de 2.000,000 de escudos (1).

No carecia de algun mérito este proyecto: algunas de las medidas propuestas por Riperdá, tales como la creacion de la compañía de Filipinas, la de ordenar que los navios que escoltaban la flota fuesen y volviesen cargados, y la de establecer un arsenal en el Ferrol, fuéron ideas adoptadas mas tarde por Tinajero Patino y Ensenada. Mas el plan en su conjunto era disparatado é irrealizable: se necesitaba estar loco para creer que la Inglaterra, tan celosa por su comercio, tan susceptible, tan arrogante, sufriria con paciencia que la España le diese el golpe de muerte. ¡Cuando solo por él mantuvo continua lucha durante el siglo XVIII contra toda Europa! En suma, este proyecto es uno de tantos como en el novelesco reinado de Felipe V, y aun en el de su sucesor, hicieron circular los arbitristas, que á la sombra del carácter arrebatado de Isabel Farnesio, pululaban en España.

Consiguió Riperdá su objeto, pues agradó este proyecto á la reina, quien dió al baron las mayores seguridades de que al regresar de la mision que le habia sido confiada se le nombraria primer ministro. Confiando en esta promesa partió Riperdá de Madrid y llegó á Viena en el mes de noviembre de 1724. Tenia Riperdá en sus manos un medio seguro de dar la paz á la Europa; pero manejada por él esta negociacion, sirvió solo para promover nuevas querellas. Deseaba el emperador la paz aun mas que nuestros reyes; cifraba todo su conato en que le fuese garantida su pragmática-sancion, y estaba resentido de las potencias que en Cambray habian desechado sus pretensiones: por estas razones no le hubiera sido muy difícil á Riperdá el conseguir una paz ventajosa. Mas para esto era preciso que desechase todo misterio y se dirigiese directamente al emperador, que deseaba con eficacia esta paz: nadie podia negar á la España el derecho de manejar por sí sola sus propios asuntos, y las potencias de Europa nada hubieran podido alegar en contra de una reconciliacion, por la que tanto habian trabajado, si esta se limitase á establecer una alianza amistosa, fundada en el olvido de todo lo pasado. Pero las ambiciosas miras de Isabel Farnesio, y la mala política de Riperdá, convirtieron en contra de la España el mejor medio de labrar su prosperidad. Alojóse Riperdá con todo misterio en uno de los arrabales de la ciudad, y tomó el nombre de baron de Plaffenburgo, para burlar la vigilancia de los ministros estranjeros; ocultábase durante el dia, y solo por la noche salia para conferenciar con el canciller conde de Sitzendorf, y algunas veces con el mariscal Staremberg y el príncipe Eugenio. Era el conde de Sitzendorf el ministro mas hábil de la corte de Carlos VI, y uno de los mejores diplomáticos de aquel tiempo: por lo tanto comprendió desde luego que ocultándose la España de las miradas de la Europa, y renunciando á las ventajas de su posicion, se entregaba en sus manos; y como en política cuanto mas embarazosa sea la posicion de una de las partes tanto mas favorable y desahogada es la de la otra, resolvió seguir estas negociaciones con la posible lentitud, hasta que algun suceso, nacido de las mismas ó del genio arrebatado de Isabel Farnesio, viniese á complicar la situacion de la España. Por otra parte, un obstáculo imprevisto suscitó nuevas dilaciones á la conclusion de este tratado: la jóven archiduquesa María Teresa, cuyo enlace con el príncipe D. Carlos estaba ya casi decidido, profesaba un vivo amor al duque de Lorena, por lo cual se opuso con todas sus fuerzas á este proyecto, y consiguió la cooperacion de la emperatriz su madre. Contra estos terribles obstáculos valióse Riperdá de un agente aun mas poderoso; el oro de España, prodigado en esta época por nuestra corte como si no fuese la sangre de sus vasallos, fué poco á poco haciendo desaparecer toda dificultad: jamás se vió ejemplo de una corte tan venal como la de Carlos VI; nadie, ni aun el mismo emperador, supo vencer esta pasion tudesca, y ya se aproximaban las negociaciones á su desenlace, cuando un acaecimiento inesperado vino á apresurar su conclusion.

(Continuará.)

JOAQUIN MALDONADO Y MACANAZ.

(1) Coxe, *Historia de los Borbones en España*, tomo II, pág. 265.

VIRTUDES SOCIALES.

(EN SIETE LECCIONES.)

(Continuacion.)

LECCION SEGUNDA.

El duelo y el suicidio.

Entróse cierta mañana
en el cuarto de la muerte
un galeno de los muchos
que tiene por confidentes.
Y con voz de cementerios,
oliendo á tumbas y *requiem*,
dijo:—«Dos embajadores
veros, señora, pretenden.
—Que pasen.» Salió el portero;
y la vieja, muy solemne
agarró la podadera
de segar humanas mieses;
y al sentarse en una tumba
haciendo huesosos dengues,
entraban dos viejecitos
muy afables y corteses.
Iba en mangas de camisa
el uno, robusto y fuerte,
con dos pistolas al cinto
y en cada mano un florete.
El otro, pálido y triste,
entró con aire doliente
comiendo arsénico y fósforos,
como si fueran merengues.
Saludaron á la diosa,
que contestó gravemente,
y el primero en altas voces
comenzó á hablar de esta suerte:
«El cuarto somos y el quinto,
señora, entre los poderes,
ó el quinto y sesto, que en esto
los gustos son diferentes.
Por el duelo, que soy yo,
por el suicidio, que es este,
se hacen notables algunos
en el siglo diez y nueve.
Yo soy el punto final
en discusiones pendientes;
por mí acaban casi todas
á manera de sainetes.
Yo hago que aprendan los hombres
á agujerearse las pieles,
y soy delito en el Código,
virtud entre ciertas gentes.
Yo mato á la faz del mundo
sin que me alcancen las leyes,
y permito al homicida
llevar erguida la frente.
El espadachin, fiado
en mí, de todo se ofende,
y cruza sus doctas armas
¡oh gloria! con las del débil.
Un pisotan, un codazo,
una mirada inocente
piden que yo dé al instante
razon á quien no la tiene.
Si uno á los piés de su cónyuge
se encuentra con un suplente,
no á trancazos las costillas
como era justo le muele;
no señor; le desafia,
y tras de *aquello*, consiente
que corra en lenguas su historia,
y estar herido tres meses.
En fin, á estocadas cobra
su honor cualquier mequetrefe;
á navajazos el pueblo,
los chiquillos á cachetes:
que de dos siglos oscuros
de mandobles y reveses

copiar quiere las hazañas
el fosfórico presente;
Y, ó soy parodia ridícula
y prólogo de un banquete,
ó en ilustrada pelea
por mí la sangre se vierte.
Y hay quien en prueba de afecto
las armas y el campo arregle,
é impasible á sus amigos
asesinarse contemple.
Estas, señora, del duelo
son las glorias y mercedes.
Escuchad las del suicidio,
no menores casi siempre.
Dice un chico ó una chica
con tono de miserere,
que la tierra es un desierto
y que nadie los comprende.
Que no hay amores, ni amigos,
ni cariño, ni parientes,
y que ellos son de otra pasta,
y el vivir no les conviene.
De la fruta de Cascante
tragan seis cajas ó siete,
y con plácida agonía
en difuntos se convierten.
Vé un infeliz que su esposa
cada año se muestra fértil;
que va creciendo la prole
y que el bolsillo no crece.
¿Qué ha de hacer? ¿tener paciencia?
no: que eso no es de valientes;
y colgado del pescuezo
una mañana aparece.
¿Qué harán sus hijos sin padre?
—que le sigan si se atreven,
y si no, en San Bernardino
tendrán comida y albergue.
Otro con pólvora y balas
se abre un *tunnel* por las sienes,
ó el limpio acero empuñando
se afeita el pescuezo á cércen;
Ó en el canal se zambulle
á dar un beso á los peces,
y como vivió en el cieno
tambien en el cieno muere.
En fin, el duelo y suicidio
por todas partes se meten,
y del sótano al tejado
imperio y dominio tienen.
Y pues no hay en ciertos casos
quien de los dos no se acuerde,
es justo que de algun modo
vuestra grandeza nos premie.»
«—Angeles mios os nombro
desde hoy, repuso la muerte;
grandes de mi casa y reino,
con título de marqueses.
Virtudes sociales sois:
que la tierra os reverencie.
Venid á ayudarme en ella
á dar caza á los vivientes.»

LECCION TERCERA.

La modestia.

No fuera gala del campo
la fresca y lozana rosa,
á no ocultar sus hechizos
bajo el manto de las hojas.
Ni es el sol menos hermoso,
ni menos sus rayos doran
cuando de cándidas nubes
se improvisa un tapaboca.
Así el ingenio del hombre
brilla por mas que se esconda,
y hasta las nubes se eleva
si la modestia le adorna.
¡Muy bien! divino! sublime!
lector, métete en tu concha,
y llenen resmas y resmas
los productos de tu cholla.
Ya irá á buscarte la fama
templando su luenga trompa:
espérala y sé modesto;
si mueres de hambre, ¿qué importa?
Hoy la modestia se encuentra
por todas partes de sobra,
y todos diz que la tienen
sin que nadie la conozca.
Por eso nada se anuncia
nada se ensalza y se elogia,
y en sus cariñosos brazos
nos plantamos en la gloria.
Esos telones carteles,
con unas letras tan gordas,
son los mantos de inocencia
de tan púdica señora.
Con sus pomposos renglones
se cobija vergonzosa,
volviendo por no tocarlas
al público las lisonjas.
Esos mazos de prospectos
de mil colores y formas,
que por tomar algo gratis
únicamente, se toman;
esos los ojos ofenden
de la modestia su autora,
y los suelta como el árbol
suelta en otoño las hojas.
Con dotes tan eminentes,
¡qué poeta no te adora,
dulce modestia que inspiras
tanto verso y tanta prosa!
Tuyas son del orador
las palabras con que exordia,
y arrastrándose por tierra
su gran talento pregona.
Tuyos los miles de versos
en otras miles de odas,
con lo de «mi débil musa»
ó «mi lira torpe y ronca.»
Tuyas son de muchas niñas
las miradas candorosas:
tuyo el imprimir los nombres
de todo el que hace limosnas.
Tuyo el abundante incienso
de gacetillas anónimas,
y hasta el que pueblen las calles
tantas nocturnas palomas.
Tuyo que anuncie el Diario
doncellas que nada ignoran,
y amas de cria *solteras*,
robustas y *virtuosas*.
Tuyas las cintas que el pecho,
no el alma tal vez decoran,
tuyos los viajes de incógnito
de conocidas personas.
Tuyo en fin es todo, todo,
porque eres virtud de moda,
y disfrazada de audacia
no hay pueblo que no recorras.
Tuyo es que al pié de un romance
tan malo mi firma ponga,
y tuyo el llamarlo malo
creyendo de él otra cosa.

(Continuará.)

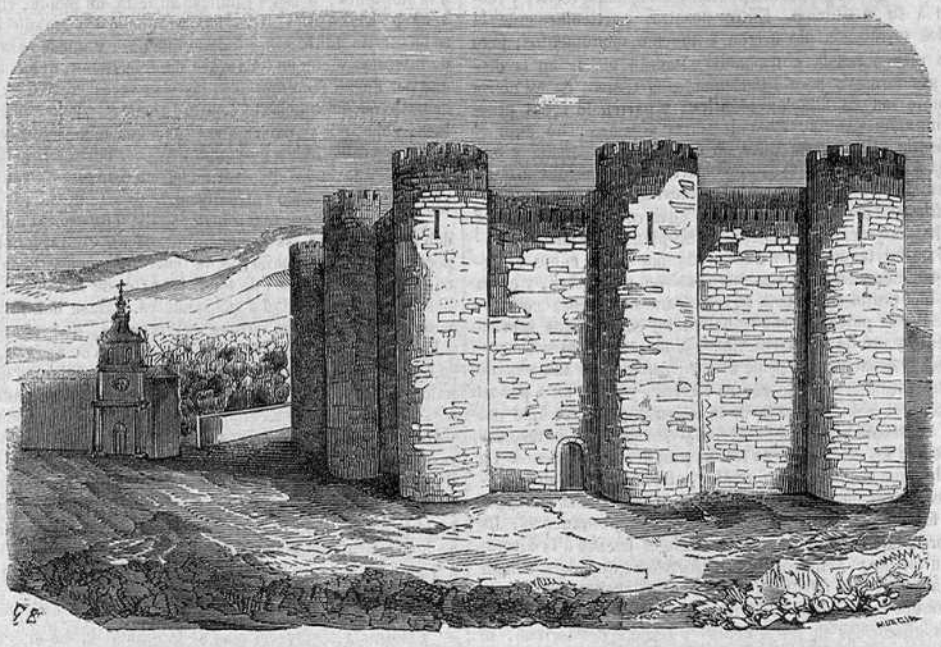
José CONZALEZ de TEJADA.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

Conforme crecen los hombres, varian de carácter, de inclinacion y de aspecto.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario é Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra.



EL CASTILLO DE TORO.

El arte de la fortificacion es tan antiguo como los pueblos. Desde la mas remota y oscura fecha se hallan vestigios de obras destinadas á la defensa y conservacion de los estados. Pues como la guerra surgió entre los hombres, luego que las pasiones viciaron el corazon humano, fué necesario proveer cada cual á su seguridad, y buscar medios de domeñar á su adversario. Hay quien atribuye á Cain la invencion de las murallas, lo cual significa, á ser cierto, una profunda analogía. La guerra no pudo tener otro padre mas que aquel fratricida. La destruccion del género humano debe proceder efectivamente del primer hombre que vertió la sangre de su semejante. ¡El invento es digno del inventor!... Sea de ello lo que quiera, y sin entrar en indagaciones sobre su procedencia, es lo cierto que, llevadas las cosas al terreno de la fuerza, el débil hubo de buscar contra el fuerte reparos, por un instinto de la naturaleza. Los matorrales, las quebraduras del terreno, los árboles de las selvas, todo cuanto naturalmente pudiera presentar un obstáculo entre el agresor y el acometido, formó los primeros medios de reparacion. Está esto tan en el órden preciso de los sucesos, que no necesita esplicacion. Hasta los animales en sus luchas presentan esa observacion misma. El que se siente inferior, busca modos de igualar el combate con el auxilio de la posicion material, ya guareciéndose en punto seguro, ya colocándose en sitio inabordable, ya utilizando cualquier otro recurso propio de la ocasion. Y por eso tambien, aun entre los pueblos mas salvajes, se nota el uso de las fortificaciones. Rudas, imperfectas, es verdad, pero siempre con el mismo orígen y para igual fin. La humanidad es una; la ley de conservacion absoluta y universal, y la naturaleza el mas hábil y poderoso maestro. El isleño inculto se defiende tras de los setos; el montañés agreste aguarda las fieras en el antemural de los breñales; donde quiera, en fin, la necesidad siendo el rudimento del arte. Merced al apremiante desarrollo del espíritu de destruccion, hizo rápidos y aprovechados progresos. Ya en las primeras civilizaciones hallamos á Nínive, á Memfis, á Babilonia, de altos y soberbios muros circundadas. La Biblia nos habla de las murallas de Jericó y de los baluartes de Jerusalen. Y Homero nos muestra en los tiempos heróicos los bastiones cenicientos de Ilion, á cuyo alrededor arrastró Aquiles el sangriento cadáver del mejor hijo de Príamo.

La fortificacion siguió los pasos del genio de la guerra. Y al tenor que se multiplicaban los medios de ataque, se adelantaban los de defensa. El asalto fué la primitiva y natural espugnacion. Contra ella bastaba un muro elevado. El parapeto es el primer elemento de la construccion. La escalada se reemplaza luego por la brecha; el ataque por alto queda sustituido con la espugnacion por bajo. Entonces fué preciso evitar el acceso del sitiador al pié de la muralla. Y se ideó cortar la comunicacion con el campo por medio de zanjas paralelas á la obra. El foso nació con esta ocasion. Y luego vinieron las palizadas, las escarpas, barbacanas y demás perfeccionamientos. La cava seca hizo brotar el pensamiento del foso hidráulico, para aumentar con las aguas la dificultad de su paso. Hubo pues que batir los muros desde la orilla esterior, y fuera del alcance material del brazo. El ingenio suplió á la naturaleza. El agente mecánico hizo el oficio de agente animado. *El ariete* vino á satisfacer esta exigencia. *La catapulta y la torre de ataque* tuvieron igual objeto. Contra estos medios terribles opuso el arte nuevas resistencias. Los muros rasos y rectilíneos fuéron guarnecidos con torres de doble elevacion que ellos. Así conseguian dominar las de ataque, batiéndolas verticalmente, y lograban flanquear al enemigo, que una vez colocado al pié de la muralla, quedaba á cubierto de los tiros superiores. De aquí nació el ángulo entrante y el fuego de flanco, que hicieron dar un paso decisivo á la fortificacion, y crearon un nuevo sistema. La esperiencia hizo perfeccionar el uso de las torres, que empezaron por ser cuadradas, se convirtieron en redondas, y vinieron á producir últimamente el baluarte angular. Pero esto no fué hasta mucho después. Así se mantuvieron por bastantes siglos con modificaciones accidentales. Y en este espacio se construyeron las fortalezas de la edad media. La única innovacion importante fué el uso de los canes para los tiros verticales, consumando el ejercicio del proyectil en todas direcciones. El descubrimiento de la pólvora sobrevino mas tarde, y causó una revolucion profunda en la construccion de plazas y reparos. La artillería, las minas y demás recursos del fuego, hicieron inútiles las antiguas obras. Las murallas de roca fuéron precisas para resistir al ímpetu del cañon. Las obras angulares fuéron indispensables, para presentar menos puntos vulnerables al sitiador. Las baterías ocuparon el punto de los antiguos almenares. La guerra en esta parte cambió de faz. *Vauban* llegó por último á establecer el arte moderno, tan ingenioso y aventajado como se necesita para contrastar al rayo de la destruccion. Sin embargo, ya ha pasado la época de las fortificaciones.

Antes del uso de los mistos era muy fácil la defensa de un país. Por eso abundan tanto las fortalezas feudales. Un cerro, una garganta de peñascos, un pantano, cualquier accidente topográfico ofrecia punto de cómoda y ventajosa resistencia. Y allí se elevaban al punto cuatro paredones rudos con sendas torres y barbacanas, donde desafiar impunemente el furor del asedio. Y no hubo merindad, señorío ni concejo que dejase de mantener alcaides y castellanos á la sombra de su pendon. Hasta los monasterios tomaron cierto aspecto marcial. Y mas de una abadía era un verdadero alcázar feudal. El estado de aquella sociedad hacia de la fuerza un elemento activo y ordinario, y este espíritu se revelaba en todas sus obras. Así es que llevan un sello inequívoco y generador. El magnate fortificaba sus estados contra el rey; el merino muraba su villa contra el prócer; el preboste real se reparaba en su jurisdiccion contra propios y estraños. Y como los

sitios eran débiles, las tropas irregulares, y las campañas breves y azarosas, esos seguros eran inespugnables las mas veces, y respondian bien á su institucion. Entre nosotros particularmente la guerra con los sarracenos dió origen á muchos monumentos, pero todos de una misma índole y fisonomía. Podrán variar en la disposicion de sus formas: pero los elementos artísticos de su constitucion siempre son de filiacion idéntica, y parten de igual principio. Las murallas planas, los cubos, las almenas; hé aquí el tema fundamental que se reproduce en mas ó menos escala y accidental variacion, segun el talento del artífice, y las circunstancias especiales de su origen y objeto. En todas se observa así. Ahí teneis *el castillo de Toro*. No ofrece mas. Y tuvo codiciada importancia. Y sufrió largas y azarosas vicisitudes. Su plano hace un cuadrilátero, rodeado de fuertes muros, y flanqueado por ocho cubos almenados en sus ángulos y frentes. Las murallas son espaciosas, y en su interior corre una crujía cubierta á bóveda para su defensa con armas menores. Por la parte interna se hallan los edificios que servian para alojamiento y uso de la guarnicion, dejando en el centro del perímetro cómoda y espaciosa plaza de armas. Aunque de tan sencillo artefacto, este castillo era fuerte por su fábrica, y sobre todo por su situacion. Colocado sobre el borde de la estensa planicie, que por aquella parte cae sobre el Duero en ágrias y elevadas vertientes, domina todo el curso del rio y la vega de sus pintorescas márgenes. La línea avanzada, que era la mas vulnerable, ofrecia grandes dificultades para su espugnacion. El Duero la guarece tras de sus caudales, cual inmenso foso, bañando el pié de la enriscada prominencia. La vereda que por la falda de esta conduce desde el puente á la altura, es aun hoy tan tortuosa, pendiente y desagradable, que deja colegir fácilmente cuánto tendria de difícil y costoso su acceso en aquella ruda y belicosa época. Con algunas cortaduras y estacadas, con unos pocos soldados guarecidos en las quiebras y recodos del terreno, se cerraba el paso al enemigo con incontrastables ventajas. Los demás puntos de la fortificacion estaban dentro del rádio de la plaza, y protegidos por ella en todas dimensiones. La topografía militar del castillo estaba bien elegida y ofrecia grandes conveniencias.

Aparte de esto, era un punto de deliciosas perspectivas. La justamente célebre campiña de Toro se estiende bajo la planta de este monumento secular. Nada se dá mas pintoresco y risueño en la imaginacion de los poetas. En la bella estacion primaveral, en aquellas tardes tibias y apacibles, cuando el aire es puro, perfumado el ambiente y espléndido el horizonte, se goza allí un cuadro magnífico y encantador. Los viñedos estensísimos que ciernen el oloroso rácimo entre sus trasparentes hojas, los frutales sin número cubiertos de vária y delicada flor, las blancas alquerías, perdidas por aquella alfombra de verdor, al modo que las gabiotas en las algas del Occéano, las praderas vistosas, el bosque melancólico, las colinas de ondulante y lozana mies tocadas, y el rio con sus brillantes reflejos y azuladas ondas se disputan la avidez de la mirada y seducen la fantasía. Y esa bellísima decoracion, animada con el murmullo del viento en las arboledas y el rumor de las cascadas, con el balido del ganado y el cantar de los labriegos; esa alegre actividad de las faenas rústicas y el festivo bullicio de los campestres solaces, forma un conjunto digno del cincel del Pussino y de la lira bucólica de Virgilio y de Melendez.

Cual monumento histórico, *el castillo de Toro* tiene tantos y tan notables recuerdos como la ciudad. Acaso fué, y esta es su mas particular circunstancia, la última fortaleza que se rindió á los reyes católicos en su contienda con D. Alonso de Portugal sobre la sucesion de Enrique IV. Seria difuso enumerar los sucesos referentes á la historia local. Basta para nuestro objeto decir que la antigüedad de las fortificaciones de Toro se alza hasta los tiempos mas remotos de la nacion. Así lo acreditan las vetustas murallas de tierra, los hechos de armas que llevó á cabo en los siglos mas altos de nuestra historia, la importancia que obtuvo en la dominacion romana, y la que conservó hasta el grado de ser elegida por el rey D. Fernado el Grande para capital de su hija Doña Elvira.

¡Cuántos misterios terribles podrian revelar esas sombrías murallas! ¡Qué de acontecimientos han pasado sobre ese centenario alcázar! La antigua *Arbucale*, sin embargo, vejeta hoy en el confin de un páramo campesino, cual vetusto y olvidado cronicon.

V. GARCIA ESCOBAR.

GRAN BAILE DE MÁSCARAS

EN CASA DEL SEÑOR DON TELESFORO DE...

Querer decir algo nuevo ocurrido ó que pueda ocurrir en un baile de máscaras, seria tan difícil como aquello de poner una pica en Flandes. Desde que todo español, conforme á un artículo de la ley fundamental del Estado, tiene derecho, segun nos asegura la tal ley, á dar á la imprenta, ó sea á publicar en letra de molde, cuantas ideas le vengan á sus mientes, salvo siempre aquello de «con sujecion á las leyes,» se ha escrito tanto sobre todo lo que pasa y puede pasar en los bailes de máscaras y aun en toda clase de diversiones, que cualquier escritor que por gusto, ó compromiso las mas veces, se vea en el duro trance de ocuparse en semejante asunto, tiene que poner su ingenio en tortura, y después de dar cien vueltas á una misma cosa venir á concluir por donde debió haber empezado, esto es, por referirla del mismo modo que sus antecesores, que si le llevan en esto alguna ventaja, es debida quizás á haber nacido antes que él.

Todo hombre que mal ó bien escribe ó ha escrito para la imprenta, debe contar entre las espinas que rodean su profesion, que no son pocas ni de mal tamaño, la de tener que convertirse en cantor, ya en prosa, ya en verso, de todos los actos de la vida de sus amigos, y hasta de dar publicidad á sus sandeces. Cásase don fulanito con doña menganita, verdadéro chisme de vecindad, que solo puede importar á los novios, sus familias, y media docena de amigos, convidados á la boda, para que hablen tal vez de la esplendidez del novio en los regalos, y sepan á cuanto asciende la dote de la desposada; y si los novios, sus familias ó sus amigos, conocen algun periodista, este desdichado mortal no puede evadirse del compromiso, á no provocar un *casus belli*, de dedicar por lo menos una gacetilla al venturoso enlace de los susódichos don fulanito y doña menganita, personas que nadie conoce, y que en el caso de que sus nombres tengan alguna celebridad, maldito lo que importa á los demás que se casen ó se queden solteros. Se le ocurre al conde de la Berengena marcharse por una temporada á viajar á Ciempozuelos ó á Canillejas, y el escritor su amigo ha de decir al público tan importante noticia, sopena de que se dé por muy ofendido el señor conde.

Estornuda tres veces mas de lo regular al dia el general tal, ó el senador cual, y en seguida es preciso que salga un gacetillazo anunciando al mundo entero que S. E está gravemente constipado. Piensa la marquesa de... ó la condesa... ó la embajadora... ó el capitalista... ó se supone que lo piensa, dar un *rauts*, un *soirée*, un *chocolate* ó un *té*, segun ahora se dice, y el periodista, amigo de la casa, tiene que anunciarlo al público á son de trompa y clarin, seis meses antes lo menos, como si se tratara de un acontecimiento de gran influencia en el porvenir de la humanidad... Se asegura por la chismográfia cortesana que está en estado interesante la duquesita tal, y un revistero cualquiera se encarga de referírselo á sus lectores, y hasta de llevar la cuenta para que el país sepa la época del alumbramiento de tan distinguida señora. Se abre un molino de chocolate, una zapatería, una casa de préstamos, un almacen de muebles, ó una habitacion por el doctor *Kerelikouski* para la cura de enfermedades *secretas*, y después de haberse esto anunciado *secretamente* en carteles de seis piés en cuadro, adornados con láminas, que con todo el *secreto* posible no dejen duda al público de la habilidad del doctor, es preciso que un escritor se encargue de *hilbanar* su correspondiente parrafito, en que diga mil maravillas, y como si hablara por esperiencia propia, del tal doctor, del chocolate, de las botas... etc.

Pues bien, lector querido, héme aquí en uno de esos apuros periodísticos, á mí que hace ya muchos meses que dejé la pluma, y puedo asegurarte que no la tomaba ni aun para escribir la cuenta de la lavandera, por ser esto negocio que há tiempo está bajo la jurisdiccion de mi mujer; pero tales son los compromisos de la amistad, que no hay fuerzas humanas que los resistan.

Yo no sé si alguno de los lectores del SEMANARIO se acordará de mi amigo D. Telesforo de... no porque el tal D. Telesforo sea una notabilidad política, literaria ni aun mercantil siquiera, sino porque en union de su señora me acompañó, yendo yo con la mia, á un baile de máscaras al Teatro Real en el año de 1851, cuya descripcion publiqué en LAS NOVEDADES de aquella fecha. Pues bien, lectores, D. Telesforo, que á causa de una *polka íntima* que vió bailar á su esposa con un pollito de perfumada cresta, decidió no volver á poner mas los piés en ningun baile público, deseoso ahora de complacer á su cara mitad, se propuso este año dar un baile de máscaras á sus amigos, pero con la espresa condicion de que todos los concurrentes habian de asistir á esta fiesta disfrazados de mamarrachos, sin escusa ni pretesto alguno, todo en uso de la soberanía que de puertas adentro ejerce en su casa el señor D. Telesforo. Cuando mi mujer me anunció tan absoluta determinacion, estuve á punto de pronunciarla un discurso sobre el estúpido capricho de D. Telesforo de tomar una medida tan absoluta contra la cual se rebelaban mi peluca, mis achaques, y otras causas que no son para dichas; pero conocí que todo esto seria predicar en desierto, y mucho mas cuando ví que mi esposa apoyaba de una manera decidida la resolucion de D. Telesforo. No era esto lo peor; sino que sabiendo mi amigo, y principalmente su señora, que en achaques de vanidad, casi siempre son estas quienes rayan mas alto, mis relaciones periodísticas, me exigieron la terrible palabra

de ser el cronista de su fiesta, palabra que mal que me pese me veo ya en la dura necesidad de cumplirla. El apuro en que ahora me encuentro es harto grave; pero para salir de él no hallo otro medio que tomar una de las muchas revistas que de los bailes se hacen actualmente, y ajustando mi narracion al patron de las crónicas, que para dar noticia de las fiestas de esta especie se publican todos los dias, comenzar de la siguiente manera:

En la noche del 28 del pasado mes, y martes de Carnaval, abriéronse (entre siete y ocho) los magníficos salones (esto es mentira, no hay mas que una sala que se la puede alfombrar con un número de LAS NOVEDADES) del señor D. Telesforo de... y una inmensa y bulliciosa concurrencia poblaba la *espaciosa* escalera iluminada *á giorno* (con una prosáica candileja que lloraba á lágrima viva el aceite que no podia consumir) del suntuoso palacio de la calle de... Los ecos de la orquesta (un mal *manucordio*) retumbaban en las bóvedas de aquella encantadora mansion, donde se agrupaba un inmenso número de beldades de las mas conocidas en nuestra corte (en sus casas, por supuesto), que vestidas con un gusto y un lujo que escede á toda ponderacion, daban á la inolvidable fiesta del señor D. Telesforo un aspecto casi régio. El gusto con que estaban adornados los susodichos salones es digno de sus dueños, y el vivísimo alumbrado que en ellos habia (cuatro quinqués y media docena de bugías de la estrella), hacia percibir hasta la mas furtiva mirada de los amantes. El fabuloso número de brillantes y piedras preciosas (léase culos de vaso) con que adornaba sus alabastrinos brazos y nacaradas gargantas la mayor parte de las convidadas, nos hacian creer que todas y cada una de ellas habian estado en la isla de Monte-Cristo, por una parte del tesoro tan cacareado por el abate Fária. No podemos resistir al deseo de estampar aquí los nombres que recordamos de algunas (todos por supuesto) de las concurrentes á tan inolvidable *rauts*.

La señorita A... vestia un riquísimo y nunca visto traje de turca (de los mejores que suelen hallarse en los almacenes de la calle del Estudio). Las interesantísimas señoritas B... vestian de pasiegas. La siempre hermosa señora de C... un rico traje de gitana. La preciosísima, lindísima y amabilísima señora de D... vestia de polaca. La graciosísima, discretísima é interesantísima señora B de I (esta es mi esposa; pero no quiero ofender su modestia poniendo su nombre con todas las letras) nos ha dado una prueba mas de su buen gusto, yendo de maragata: su esposo vestia de bolero, y (gracias á algunas libras de algodon con que reparé el deterioro de mis formas) estaba hecho un dije. Las señoritas de F..., de G..., de H..., de J..., de K..., de L... y de M... llevaban el traje poco comun de vestal. Las señoras de N..., de Ñ..., de O..., de P... y de Q... vestian de valencianas, moras y beatas. Las de R..., de S..., de T..., de U..., de V.., de X..., de Y... y de Z... iban de *capricho*. El señor Tal... (se me ha acabado el alfabeto) vestia de papagayo... El señor Cual... estaba admirable, vaporoso, con un lindísimo traje de Cupido...

Sentimos no recordar los nombres de una porcion de *notabilidades* de uno y otro sexo de las que concurrieron á este brillante *soirée*, pero no dejaremos de nombrar al señor D. Telesforo, que vestia un riquísimo traje de la época del rey D. Felipe IV, que segun hemos averiguado, se le habia prestado para aquella noche solamente y sin ejemplar, un distinguido artista (cómico de la legua) amigo suyo. El señor D. Telesforo, á pesar de su modestia tan natural, nos permitirá que elogiemos su buena eleccion de traje (estaba hecho una sota de bastos) y le demos el mas sincero parabien por el efecto que causó en la concurrencia. Vestia la señora de la casa un elegantísimo traje de montar (cuanto cabe para baile) de la época de Isabel la Católica, que la hacia digna rival de su esposo.

A la una de la mañana se abrieron las puertas de las habitaciones donde estaba preparado un magnífico *buffet*, que nos recordára las espléndidas cenas de Baltasar (grandes bandejas con vasos con agua y azucarillos: el aguador llevó seis cubas mas ese dia) y los estómagos de los concurrentes fuéron reforzados con los mas suculentos manjares, haciendo por último, con su acostumbrado tino los honores de esta fiesta de tan gratos recuerdos para cuantos tuvimos la dicha de asistir á ella, los señores de la casa, cuyo magnífico, suntuoso y nunca visto baile, ha dado márgen á las anteriores líneas.

El señor D. Telesforo de... su señora, y cuantos asistieron á tan brillante reunion que no sabemos cómo calificar (si de *rauts*, *soirées*, *chocolate*, *té ó café con leche y tostadas*) nos dispensarán que hayamos sido *tan parcos* en los elogios, pues nos reservamos tratarlos en alguna otra revista como se merecen, aun á pique de que se ofenda su proverbial modestia...

. . . . . .

Creo que he cumplido bien y fielmente *mi oficio* de cronista del baile de mi amigo D. Telesforo de... Lo único que temo es, que por algunos se califique mi narracion de plagio; pero de esto no me da cuidado; me contento con solo que queden como de mi cosecha los paréntesis que hay en ella... EL BARON DE ILLESCAS.

EL BARON DE RIPERDA.

(Continuacion.)

Habia sucedido al duque de Orleans en el gobierno de la Francia, como dijimos al principiar esta biografía, el duque de Borbon, quien opuesto por motivos personales y políticos á la familia de Orleans, procuraba impedir que Luis de Orleans, hijo del regente, sucediese en la corona á Luis XV, cuya débil constitucion no prometia larga vida. Ningun medio le pareció mas á propósito para conseguir su objeto que el de casar al rey con una princesa que pudiese darle sucesion, rompiendo por consiguiente el proyectado enlace con la infanta Mariana Victoria, que aun no habia cumplido siete años. Fijó su atencion primeramente el duque en su hermana Mlle. de Sens, á la que el rey mostraba alguna inclinacion; mas luego se decidió por María Leczinski, hija de Estanislao, rey destronado de Polonia, y consiguiente la aprobacion de Luis XV, se resolvió á despedir á la infanta. El abate Livry fué el encargado de presentar á los reyes las cartas en que Luis XV y su ministro se disculpaban de este paso; pero ni Felipe ni Isabel quisieron admitirlas, y despidieron con desprecio al desgraciado embajador.

Tal afrenta no podia menos de irritar á los monarcos españoles, aun cuando estos fuesen de carácter menos altivo: su indignacion se comunicó á toda la nacion, y se mandó á nuestros plenipotenciarios en Cambray que rechazasen la mediacion de la Francia. Al mismo tiempo partia un correo para Viena comunicando á Riperdá la órden de firmar el tratado de paz con el emperador, tal cual aquella corte le propusiese. Aprovechándose el ministerio austriaco de las favorables circunstancias, dictó un tratado que fué firmado por Riperdá, y poco tiempo despues de la despedida de la infanta supo la Europa con asombro que acababa de efectuarse una alianza entre dos naciones que hasta entonces se habian mostrado mas enemigas la una de la otra. Confirmaba este tratado todos los artículos del de la Cuádruple Alianza: la renuncia de Felipe V á las provincias de Italia y á los Países-Bajos, y la del emperador á los reinos de España é Indias eran renovadas. Se renovaba igualmente la investidura de los ducados italianos á favor del infante D. Cárlos; Felipe V dejaba al emperador la posesion de todos los estados que tenia en Italia, y renunciaba al derecho de reversion sobre la Sicilia, reservándosele sobre la Cerdeña. Las dos partes contratantes debian usar durante su vida los títulos de que se habian servido hasta entonces; pero á su muerte no tomarian sus sucesores sino los de aquellas provincias que poseyesen.

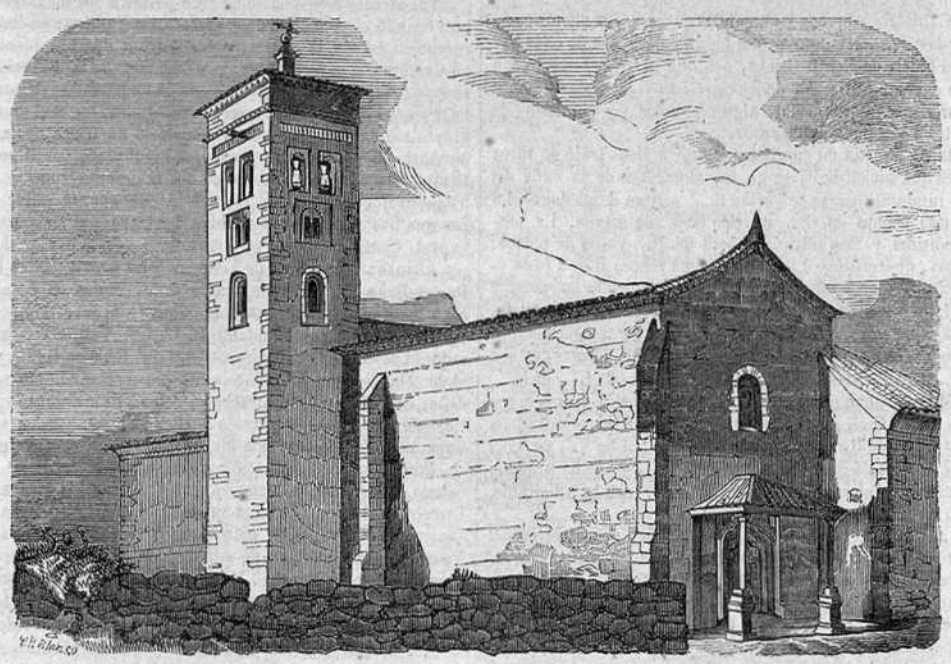
Por último, el emperador garantizaba el órden de sucesion á la corona de España, tal como se habia establecido en los tratados de Utrecht, y Felipe á su vez se declaraba garante de la Pragmática sancion austriaca. Este artículo agradó sobremanera á la corte de Viena. Pero lo que hace de este tratado uno de los documentos mas vergonzosos para España, lo que arroja un feo borron sobre Felipe V y sus ministros, es el artículo noveno, que nuestros lectores nos permitirán trasladar literalmente. «Habrá un eterno olvido y amnistía, dice, y perdon general para todo lo que los súbditos de una y otra parte hayan hecho y cometido en público ó secreto, directa ó indirectamente, por palabra ó por escrito, y todos y cada uno de los súbditos de una y otra parte, de cualquiera estado, dignidad, condicion ó sexo que sean, así eclesiásticos como militares, políticos y civiles, que durante la última guerra han seguido el partido del uno ó del otro príncipe, los cuales gozarán de esta amnistía y perdon general, en virtud del cual *les será permitido volver y entrar á la posesion y goce de sus bienes, derechos, privilegios, títulos, dignidades y libertades*; y del mismo modo *usar y gozar libremente lo que ellos han gozado al principio de la guerra, ó en el tiempo en que han elegido el uno ó el otro partido; no obstante todas las confiscaciones, prisiones y sentencias que han sido hechas ó dadas durante la guerra, las cuales deberán ser tenidas por nulas y como no dadas; en virtud de la cual amnistía todos y cada uno de los súbditos que han seguido el uno ó el otro partido, tendrán la permision de volver á su patria para usar y gozar plenamente de sus bienes, como si no hubiese habido guerra; dándoseles toda libertad de administrar sus bienes, por sí ó por sus apoderados, para venderlos ó disponer de ellos segun su voluntad, como lo podian hacer antes de la guerra.*» Justa hubiera sido esta cláusula si se hubiera limitado á conceder perdon y amnistía general, devolviendo títulos y honores, juntamente con aquellos bienes confiscados *que no hubiesen servido para pago de deudas y servicios, para indemnizacion de daños causados por los rebeldes, ó para premio de los fieles vasallos que habian perdido su sangre ó la de sus padres ó esposos en defensa de Felipe V.* ¡Pero cuán digna es de censura y desprecio, habiendo servido solo de medio de despojo y usurpacion contra aquellos mismos que tan heróicamente habian

combatido por la casa de Borbon, y en pro de los enemigos mas rebeldes y tenaces de esta misma causa! Pueblos enteros se vieron perdidos por este solo artículo: las casas que ellos habian levantado de entre las ruinas; los terrenos que incultos por la guerra habian deshrozado y mejorado, todo pasó á manos de aquellos que rebeldes y tenaces habian peleado contra su rey y patria. La ciudad de San Felipe, recien construida sobre las ruinas de la antigua Játiva, mas rica, mas floreciente que lo habia sido nunca su antecesora, vió á sus moradores precisados á abandonar sus bienes, y á mendigar á la puerta de los mismos que antes pedian á la suya. ¡Así pagaba Felipe V los increibles sacrificios que por colocarle en el trono hicieran sus vasallos; ó por mejor decir, tal era el efecto de la desordenada ambicion de su esposa!

A este tratado siguieron otros dos, firmados ambos en primero de mayo, en uno de los cuales aprobaba la confederacion germánica las investiduras de los ducados de Parma y Toscana, dadas al infante D. Carlos, y en el otro concedia S. M. C. á la compañía de Ostende los mismos privilegios y franquicias de que gozaban los súbditos de las demás naciones. Estos tratados, que hicieron suceder á una enemistad de veinticinco años una perfecta inteligencia entre las cortes de Madrid y Viena, causaron grave inquietud á las demás de Europa. Luego que vieron que el tratado de Viena era aun mas perjudicial para la España que el de Utrecht, necesariamente hubieron de sospechar que existia oculto algun otro, y aun que se trataba de casar á la heredera de Austria con un infante español.

Habíase firmado en efecto otro tratado, al que se dió el nombre de *defensa*, el cual venia á ser la obra maestra de Riperdá. Ambas partes contratantes renovaban la garantía de sus respectivas posesiones, y se obligaban á reponer en el trono de Inglaterra al Pretendiente: el emperador prometia su apoyo á España para que recobrase á Gibraltar y Menorca, y Felipe á su vez se obligaba á pagar á los electores de Baviera y Colonia los subsidios necesarios para levantar y sostener un cuerpo de 38,000 hombres. El matrimonio de la archiduquesa con el príncipe D. Carlos no fué objeto de artículo alguno escrito; pero el emperador prometió solemnemente de palabra que consentiria en este enlace (1).

Entre tanto recibia Riperdá el premio de sus servicios: fué creado duque y grande de España de primera clase, con lo que su carácter, naturalmente petulante y jactancioso, llegó á ser intolerable. La primera prueba que dió de su altivez, fué el oponerse al duque de Richelieu, que iba á celebrar su entrada en Viena, pretendiendo que le cediese el paso, y aun llegando á amenazar que le atravesaria el



(Santa María de Buitrago.)

cuerpo con su espada si no accedia á esta pretension; Richelieu se vió pues precisado á diferir su entrada hasta el dia mismo en que Riperdá salió de aquella corte. La imprudencia del nuevo magnate igualaba á su arrogancia: bien pronto empezó á descubrir el secreto de que debiera ser el mas fiel guardador, y á pronunciar bravatas contra la Inglaterra, hasta tal punto, que se vió el emperador precisado á amonestarle. Llamado en fin á Madrid, donde le esperaba un gran triunfo, inmediato á una lastimosa derrota, partió de Viena, dejando á su hijo Luis, que apenas contaba diez y nueve años, encargado de los negocios de España en aquella corte. Detúvose algun tiempo en Génova, donde fué magníficamente recibido, y desembarcó en Barcelona, llegando por último á Madrid en la tarde del 11 de diciembre, después de haber cometido en su viaje mil imprudencias, dignas de un niño hablador, contando los secretos de gabinete á todo el que queria oirlos, y profiriendo mil baladronadas contra la Inglaterra y sus aliados. Sin embargo, fué recibido como en triunfo, y su charlataneria logró alucinar por un momento á la corte: hubo magníficas fiestas en celebridad de la paz, y se prodigaron á su autor los honores y distinciones.

Formábase en tanto en el horizonte la nube que habia de venir á convertir en lastimoso luto tantas alegrías: la Inglaterra, recelosa con razon de la alianza de Viena, se unió con el duque de Borbon, quien temia las consecuencias del resentimiento de la España, y ambas potencias, juntamente con la Prusia, firmaron en Herrenhausen, cerca de Hannover, una liga capaz de contrabalancear la de Viena: las partes contratantes se garantizaban la mútua posesion de sus estados, y definian los socorros que habrian de prestarse en caso de guerra. La Holanda seguia una negociacion con el emperador para hacerle revocar el decreto de creacion de la compañía de Ostende; mas viendo que eran infructuosos sus esfuerzos, accedió á la alianza de Hannover en 9 de agosto de 1726, dejando burlado á Riperdá, que públicamente habia prometido atraer á esta potencia á sus intereses. La Suecia y la Dinamarca tomaron el mismo partido que la Holanda; mas el gabinete austriaco neutralizó estos triunfos, consiguiendo que tomase parte en su alianza la emperatriz Catalina I, y aun algo mas tarde el mismo rey de Prusia, que habia firmado la de Hannover. Muchos estados católicos del imperio siguieron al Austria, y parecia inevitable una guerra general. Crecia durante este tiempo en fortuna y poderío el duque de Riperdá: jamás se vió tan pronto engrandecimiento; en muy poco tiempo se vió elevado al rango de primer ministro, y acabaron de afirmar su autoridad dos estraordinarios decretos, que apenas tienen ejemplo en la historia de ningun favorito. Mandábase en el primero de estos documentos á todos los tribunales, chancillerías,

(1) Koch, tomo II, pág. 21. Coxe, tomo III. Macanaz, *Memorias*.

justicias y demás autoridades civiles y militares, que acelerasen la decision de los pleitos y espedientes que obraban en su poder, dando libertad á todo vasallo para que en caso de creerse perjudicado acudiese al rey, fuente de toda justicia, por conducto de su ministro y secretario de Estado el duque de Riperdá. Ordenaba el segundo que todos los consejos, tribunales y ministros, de dentro y fuera de la corte, diesen cuenta á S. M. de todos los pleitos que se hallasen pendientes, y pasasen al fin de cada mes una nota del estado en que se hallaban, y de los que hubiesen concluido; entendiéndose que todo esto se habia de dirigir al Consejo y Cámara de Castilla, para que informase como mas justo le pareciese. De este modo se erigia Riperdá en árbitro absoluto de todo litigio, sometiendo á su autoridad el poder administrativo y el judicial; pero bien pronto empezó á esperimentar los malos efectos de su loca ambicion. Cargó sobre su gabinete tal multitud de espedientes de todas clases, que hubiera sido necesario el trabajo de muchos hombres solamente para examinarlos: despachábanse muy pocos, y aumentábanse de dia en dia los quejosos. Ponia Riperdá por su parte cuanto le era posible para enajenarse la voluntad general: la petulancia que siempre se habia advertido en él, se elevó á un grado fabuloso; afectaba el genio y las maneras de un hombre llamado á regenerar la España, mostrando al mismo tiempo un desprecio sin igual para con sus inferiores y aun con sus iguales.



(La Barrera del Trono.)

Hablaba continuamente de su mérito, y se jactaba de tener asustada á la Europa, importándole poco revelar los secretos de gabinete: su genio inquieto y turbulento era incapaz de fijarse por mucho tiempo en una idea, y variaba de opinion á cada momento en cualquier negocio; cosa que chocaba mucho con la gravedad y firmeza española. A la menor contradiccion se le subia la sangre á la cabeza, y prorumpia en desaforadas voces y espresiones nada propias: sus costumbres no eran tampoco tan moderadas como debieran, y se le notaba una aficion decidida á las mujeres; cosa, segun la espresion de su historiador Mañer, no muy comun en un holandés. El pueblo, que rara vez se equivoca en el juicio que forma de sus gobernantes, habíase ya declarado contra Riperdá: su cualidad de estranjero, su volubilidad en materia de religion, su conversion sospechosa al catolicismo, su arrogancia, y otra multitud de circunstancias, fuéron objeto de mil dichos y coplas, que espresaban la opinion general. El rey, que desde la muerte de María Luisa no habia mostrado confianza á nadie mas que á su confesor, se mostraba frio y reservado con su nuevo ministro: sospechaba de su capacidad, y quiso someter sus planes á algunas personas, á quienes solia pedir dictámen. Apoyaba Isabel con el mayor calor á su favorito; pero habíase este engañado completamente creyendo que podria llegar á adquirir alguna preponderancia sobre una mujer tan altanera é impetuosa como aquella princesa: su impaciencia por ver realizados sus ambiciosos planes ponia en el mayor apuro á Riperdá, que habia prometido lo que no podia cumplir; sus observa-

ciones eran mal acogidas, y pronto empezó á conocer que su situacion no era tan favorable como él la creyera.

La avaricia de la corte de Viena era insaciable: todo el oro que contenia el erario español habia pasado á sus manos, y aun exigia mayores sacrificios, sin dar paso alguno en favor de su aliada. Descuidábanse todos los ramos de la administracion para atender con preferencia á este solo objeto: el ejército carecia de vestuario y armamento, la servidumbre del rey no estaba pagada, el comercio y la industria se hallaban paralizados, gemia el pueblo bajo el peso de enormes tributos, y el crédito público estaba completísimamente arruinado. Tales eran los elementos con que contaba Riperdá para sostener una lucha contra las naciones mas poderosas de Europa, y satisfacer al mismo tiempo la insaciable codicia alemana. Complicóse su situacion con la llegada del conde de Kõningsek, embajador del Austria, quien echó muy pronto de ver que ni los recursos ni los preparativos de la España eran tan considerables como habia prometido Riperdá; apremiaba á este ministro con nuevas peticiones para que pagase los subsidios prometidos á los electores y al emperador, y escusábase aquel con la penuria del tesoro, reconviniendo á su vez al Austria por la lentitud de sus operaciones. Produjeron estas mútuas quejas una enemistad manifiesta entre los dos ministros; pero el interés que ambos tenian en contemporizar con la reina impidió por entonces un rompimiento. Discurria Riperdá todos los medios posibles para alimentar la avaricia de la corte imperial; suprimió destinos, pensiones y pagos, apeló al recurso inmoral y gastado de imponer contribuciones á los empleados que habian desempeñado destinos lucrativos, so pretesto de dilapidacion, y elevó el valor de la moneda de oro y plata. Estas medidas escitaron un clamor inmenso contra su autor, cuyas cualidades de estranjero y cristiano nuevo se recordaban mas que nunca.

Asustaban á Riperdá tan malos presagios; mas queriendo alejar todo lo posible el momento de su desgracia, trató de suplir la fuerza que le faltaba con baladronadas y amenazas. Hizo que el rey escribiese á los Estados Generales una carta, manifestándoles que haria causa comun con S. M. I., declarando la guerra á cuantos le provocasen, y considerando á sus enemigos como si lo fuesen propios; procuró asustar á la Inglaterra, comunicando á su embajador algunos artículos del tratado secreto de Viena, y ponderando las fuerzas de la España y sus aliados: en fin, aparentó una espedicion en favor del Pretendiente, y aun llegó á reunir en las costas de Galicia algunos buques y doce mil hombres. A fin de proporcionarse recursos propuso apoderarse de los fondos del banco de beneficencia de San Justo, que ascendian á muchos millones; pero no atreviéndose el rey á tocar á este depósito sin consentimiento del Consejo de Castilla, trató, auxiliado por el confesor de la reina, de ganar al obispo de Sigüenza, que era su presidente. Estaba el Consejo gravemente ofendido de Riperdá, por haberse este atrevido á declarar nulos, por su sola autoridad, muchos de sus actos; por cuya razon, y por no parecerle justo, se opuso el presidente á aquella medida, lo cual escitó en alto grado la cólera de la reina, cuyos efectos hubo de sentir el buen obispo. Todo iba de mal en peor para el desgraciado ministro: la Francia, en donde el obispo de Frejus acababa de suceder al duque de Borbon, se unió mas íntimamente con la Inglaterra, y ambas potencias publicaron una declaracion, manifestando cuán íntima y firme era su alianza. Este último golpe desconcertó y aterró á Riperdá, quien apenas trató de ocultar su pesar: ya no hablaba de restablecer al Pretendiente en el trono de Inglaterra, ni de castigar al duque de Borbon, y buscaba la amistad de Stanhope, como si presintiese que no se haria esperar mucho su caida.

Es destino y suerte comun de todo favorito verse precisado á tocar el polvo con su frente, tal vez cuando se creyera en el apogeo de su gloria: álzase á influjo, mas que de su propio mérito, de la habilidad con que sabe halagar las pasiones de sus amos, y cuando no halla ya medio de satisfacerlas, pierde gracia y fortuna, y es apartado como rueda inútil que entorpece el movimiento de la máquina. Dueño absoluto Riperdá del gobierno de España, tenia en sus manos la suerte de tantos hombres, que un momento después no la hubieran trocado por la suya: acaso preveia el ministro que tal prosperidad no habia de durar mucho tiempo. Cerca de él, y en el mismo seno de la corte, agitábanse multitud de enemigos suyos, hábiles unos, poderosos otros, y ofendidos todos por su arrogancia, ó despojados por él de sus empleos. A la cabeza de estos descontentos figuraba el marqués de Grimaldo, ministro antiguo encanecido en los negocios; habia servido á Felipe en los mejores dias de su reinado, y tenia para este rey el mérito de traerle á la memoria recuerdos de una época mas feliz y gloriosa: despojado por Riperdá de la secretaría de Estado, como en otro tiempo lo fuera por Alberoni, y ofendido por su petulancia, aguardaba para volverse á encumbrar el momento de la caida del favorito, pues conocedor esperimentado de los peligros de la corte, veia claramente que no se haria esperar este suceso, y aguardándole procuraba acelerar su llegada. Con mas ardor y no menos feliz éxito habian emprendido la misma tarea que Grimaldo dos hermanos, poderosos ambos y temibles por su talento: eran estos el marqués de Castelar y D. José Patiño: nombrados por Riperdá para las embajadas de Venecia y Bruselas, con el fin de apartarlos de la corte, habian hallado medio de permanecer en ella, y trabajaban eficazmente en contra del ministro, cuya plaza habia sido destinada para el mayor de ellos, quien privado de ella iba en breve á recobrarla y á darse á conocer como uno de los mas diestros gobernantes que España ha tenido. Seguian á estos tres caudillos otra multitud de ministros, exonerados por Riperdá, entre los que se contaban Arriaza, gobernador del Consejo, Sopeña, secretario de Marina é Indias, Martinez y otros varios. Mas el núcleo de todos estos elementos, y el arma que debia servir para descargar el golpe era el confesor de la reina, arzobispo de Armida: amigo declarado y decidido protector de Riperdá en un principio, habíase después entibiado su amistad por la petulancia del favorito. Sumiso á los menores caprichos de su ama, habia sabido el arzobispo captarse su voluntad por medio de la adulacion: su ignorancia en los negocios, y el deseo de conservar su influjo, le precisaron á unirse con los Patiños, cuyo talento conocia, y con los canónigos sicilianos Platania y Caraccioli, con quienes el rey solia comunicar algunos asuntos de importancia. Por este conducto llegaban á oidos de la reina algunas observaciones, que poco á poco iban destruyendo el crédito de su ministro. La ligereza é imprudencia de este favorito contribuian á desvanecer la buena opinion que Isabel formara de sus talentos; sin embargo, no era tan fácil hacer desistir á esta princesa de los proyectos que una vez adoptara, y acaso hubieran sido inútiles todos los esfuerzos de los cortesanos, el descontento de la grandeza y los clamores del pueblo, si otro enemigo mas poderoso no hubiera decidido la lucha en contra de Riperdá. El embajador austriaco Kõningsek reclamaba á cada momento las exorbitantes sumas que por el tratado de Viena se habia la España obligado á pagar: respondiale Riperdá manifestando la pobreza del tesoro, y se separaban acusándose mútuamente de avaricia ó de impotencia. La corte de Viena, informada por su embajador, dió á este libertad para que dirigiese sus tiros contra el ministro, y en su consecuencia presentó Kõningsek á los reyes una queja formal contra Riperdá, alegando que habia revelado al embajador inglés los artículos del tratado de Viena, y exagerando las consecuencias de esta imprudencia. El éxito de este ataque fué decisivo; la misma reina se unió á Kõningsek en contra del ministro, recomendando al rey los Patiños, quienes se obligaban á pagar los subsidios y cumplir las promesas hechas á la corte de Viena. Decidióse desde aquel momento la caida de Riperdá; mas ni Felipe ni su esposa trataron de hacerla humillante para quien habia gozado de su confianza; antes bien quisieron paliarla de modo que le fuese menos sensible. Corrian los primeros dias del mes de mayo de 1727, y reinaba en palacio esa actividad que presagia siempre algun ruidoso suceso: el favorito, abatido y desanimado, no afectaba ya aquella arrogancia que tantos enemigos le produjera; sin embargo, continuaba despachando como de ordinario, lo que atormentaba á los cortesanos, ansiosos de gozarse en su desgracia. Llegó al fin este momento. Despachaba el rey una mañana con Riperdá, cuando al irse á retirar este ministro manifestóle Felipe que se veia precisado á apartarle del ministerio; pero que estando agradecido á sus servicios queria que conservase todos sus demás empleos y honores, y aun que pidiese algun otro si le parecia conveniente. Respondió Riperdá que determinaba hacer dimision de todos ellos, pues conocia le seria imposible conservarlos teniendo tantos y tan poderosos enemigos; pero que si S. M. se dignaba emplearle en alguna embajada seria el mayor favor que pudiera recibir.—Bien está, contestó Felipe, tendrás la de Francia en cuanto cambie la situacion presente. Retiróse el duque á su casa, y pocas horas después recibió el decreto de su destitucion, que el marqués de la Paz le remitia. Decia así este papel: «Habiendo venido el Rey nuestro Señor en admitir á V. E. la representacion que ayer le hizo para retirarse de los empleos que S. M. tenia conferidos á V. E. y señalarle la pension de 3,000 doblones al año, entre tanto que S. M. en adelante y como mas conveniente le pareciere emplear á V. E. en su real servicio. Participólo á V. E. de órden de S. M. para que se halle en inteligencia de una y otra real deliberacion. Dios guarde á V. E. etc. Palacio 14 de mayo de 1727.—Juan Bautista de Orendain.»

Aunque debió de ser muy sensible esta caida para un hombre tan vano como Riperdá, bien pudo sin embargo hacerla menos penosa la manera con que se habia efectuado. Al dia siguiente se trasladó el ministro caido con su esposa á la casa que tenia frente á la Vicaría, y encerrándose en su gabinete pasó allí la mañana, mientras la duquesa recibia las visitas de los cortesanos que acudian á darla el pésame de una desgracia que admiraban no hubiese sido mas decisiva. Esparcióse por Madrid la noticia, y acudió mucha gente á la calle en que estaba situada la casa del ministro; los coches de los grandes señores y palaciegos la obstruian casi toda: hubo algun tu-

multo, y percibiéronse algunas voces que gritaban contra el desgraciado favorito. Apoderóse el temor de la gente del duque, y se comunicó á la duquesa y al mismo Riperdá que siempre habia temido que su cualidad de estranjero y mal convertido protestante le acarrease algun desastre. Llegó en estos momentos el embajador de Holanda Mr. Vandermeer, quien le aconsejó, tal vez con siniestra intencion, que buscase algun asilo donde ponerse en salvo: suplicóle Riperdá que le acogiese en su propia casa: pero el embajador alegó varios pretestos para no acceder: discurrió entonces refugiarse en la Nunciatura ó en el convento de Teatinos; mas Vandermeer le disuadió de este proyecto, y le aconsejó que eligiese la embajada de Inglaterra; admitió el duque la propuesta, y quedaron de acuerdo en que aquella noche volveria el embajador y le conduciria en su coche á casa del de Inglaterra. Avisó Vandermeer á Stanhop, que se hallaba en Aranjuez, del suceso, y pasado el resto del dia, condujo á Riperdá á la embajada de Inglaterra. Este paso impolítico que causó la ruina del duque, se cree que fué meditado entre Stanhop y Vandermeer, quienes previendo su caida discurrieron de antemano este medio de apartarle para siempre del gobierno, pues temian algun tanto que emplease sus conocimientos en pró del comercio y fábricas de España. A la mañana siguiente pasó Stanhop á ver al rey, á quien hizo presente se hallaba el ministro en su casa. S. M. no manifestó enojo ninguno y despidió al embajador sin darle contestacion definitiva; sin embargo, aquel mismo dia recibió del marqués de la Paz una comunicacion, participándole que para prevenir un nuevo esceso del duque, habia mandado S. M. que se apostasen soldados en las avenidas de la embajada. Comunicó Stanhop esta carta á Riperdá, quien se determinó á escribir á S. M. en defensa de su conducta. Alegaba, para disculparse de haber tomado asilo en la casa del embajador de una potencia con la que no estábamos muy en armonía, el furor del pueblo de Madrid; recordaba después sus servicios, y terminaba con estas imprudentes frases: «¿No soy yo quien he celebrado en favor de VV. MM. el tratado de Viena y los enlaces de D. Carlos y D. Felipe con dos archiduquesas?» Esta carta fué la que decidió la suerte del imprudente ministro: el rey y su esposa vieron en ella un insulto y provocacion directa, y así hicieron que inmediatamente contestase Orendain al embajador manifestándole, que pues el único motivo que habia tenido Riperdá para tomar aquel asilo era el temor á los insultos del pueblo de Madrid, hiciese cesar aquel escándalo entregando la persona del duque, que seria guardada con toda seguridad. » Crecian con estas funestas noticias los temores y angustias del desgraciado Riperdá: un inmenso gentío rodeaba la embajada, y aunque pacífico y silencioso, tenia en continuo susto al ministro, pues conocia que basta una pequeña chispa para exaltar el ánimo del pueblo y conducirle á los mayores escesos. Habia puesto en salvo sus mas preciosas alhajas, y recibia de tiempo en tiempo las visitas de su esposa, que aumentaba sus temores con la narracion de lo que habia visto y oido al atravesar por medio del pueblo que rodeaba la embajada. Pasaron así algunos dias, en los cuales mediaron repetidas y vivas contestaciones entre Stanhop y el marqués de la Paz, persistiendo este en que le fuese entregada la persona del duque, y negándose aquel mientras el refugiado no prestase su consentimiento. Al fin determinó el rey consultar al Consejo de Castilla sobre este asunto, y como era de esperar, decidió este tribunal en contra de Riperdá contestando á S. M.: «Que el duque era reo de lesa majestad por haber insultado la autoridad del rey, y que como tal no debia valerle la inmunidad de la embajada, pues esto solo podia servir para delitos leves; y que por consiguiente debia procederse á la estraccion del reo. » En vista de este dictámen decidióse el rey á poner en ejecucion lo resuelto por el Consejo: al amanecer del dia 5 de junio rodeó la embajada inglesa un destacamento de las guardias de Corps mandado por el mariscal de campo D. Francisco Valauza, quien entregó á Stanhop un billete de Orendain en el que se participaba al embajador la resolucion de S. M. No pudo Stanhop resistir á la fuerza y abandonó á su suerte al desgraciado Riperdá, quien fué conducido al alcázar de Segovia. Así vió trocada su prosperidad en amarguras este aborto de la fortuna que, sin méritos para desempeñar un puesto algo elevado en el gobierno de una monarquía, habia dispuesto de los destinos de la de España, y conducidola, ayudado por la reina, por un camino de perdicion y ruina para sus pueblos. Al examinar tan ligeramente como se merece la administracion de este favorito, no nos atrevemos, como el historiador inglés que escribió la historia de los Borbones en España, á compararla con la de Alberoni, pues no hallamos punto de semejanza alguna entre ambos, si se esceptúa la circunstancia de ser ambos ministros estranjeros: no se puede negar á Alberoni el genio, la firmeza y la mas fina política realzada por el mas inviolable secreto, mientras que á duras penas puede verse en Riperdá otra cosa mas que un aventurero, sin religion, sin escrupulosidad, imprudente y charlatan hasta lo sumo, y digno á lo mas de desempeñar la superintendencia de las fábricas de una nacion que, como la España, no tenia ninguna. Sus ideas respecto al comercio eran las que comunmente se profesaban en Holanda, y hubiera sido preciso que Riperdá fuese el hombre mas rudo del mundo para que nacido en un país comerciante por esencia, desconociese la importancia de la industria fabril y la necesidad de unos buenos reglamentos de comercio.

(Continuará.)

JOAQUIN MALDONADO Y MACAÑAZ.

VIRTUDES SOCIALES.

(EN SIETE LECCIONES.)

(Continuacion.)

LECCION CUARTA.

La Elegancia.

Tú no sabrás, lector mio,
que en este siglo de trampas
una virtud y muy gorda
es la espléndida elegancia.
Si no lo sabes, escucha,
y en el fondo de tu alma
con profundas letras góticas
mis sabios consejos graba.
Vete al Prado cada dia
siendo una copia en tus galas
del figurin recibido
aquella misma semana.
Rice Pelaez tus pelos
trazando la blanca raya,
y Aimable y Baltar y Utrilla
den mayor lustre á tu estampa.
Un dia en muelle carroza
fumas tendido con gracia,
otro en *char-á-banc* endeble
inmensas yeguas te arrastran.
Ten entrada en los salones
de toda la aristocracia,
y el mejor palco de abono
y una querida en las tablas.
Habla mal de todo el mundo,
cuenta amorosas hazañas,
y enumera entre tus víctimas
á cuantas veas con faldas.
Acuéstate hácia las cuatro,
deja á las doce la cama,
di que París es la gloria,
y que tu tierra es el Africa.
Come *beafstek* y *rosbif;*
nada de garbanzos, nada;
y toma té, mucho té;
que así las tripas se lavan;
y que me emplumen si entonces
la humanidad no te ensalza,
y eres modelo de trajes,
de costumbres y de cara.
Y te ves con mas amigos
que granos una granada,
y estrechar manos ilustres
es tu tarea ordinaria.
¡Que honor será, qué fortuna
el colgarse de tus mangas!
¡cuánto de hacer cortesías
y aquello de «*bien; gracias.*»
Disputarán tus favores
las mas eminentes damas,
y serás vice-marido
de las seis mas recatadas.
¡Cuál te mostrarán en público
con tu puro amor ufanas!
Despréciales tú, y á otra
dirige tiernas miradas.
¿Y el marido? De órden tuya
lleva por calles y plazas
en pesetera berlina
una modista muy guapa.
¿A quién sino á las virtudes

se tributan honras tantas?
¡Y sostendrán todavia
que no es virtud la elegancia!
Ponte un sombrero abollado,
la ropa llena de calvas,
zapatos que abran la boca,
de mil colores la capa,
y aunque sepas mas que Lepe,
mas que Lepijo y su casta,
y seas un catecismo
de moral teórico-práctica,
¿á que nadie se te acerca,
nadie á tu brazo se agarra,
ni por lucirse contigo
donde quiera te acompaña?
Si saludas, solo ciegos
hallarás por donde vayas;
y solo graves respuestas
y ceño adusto si hablas.
Ya ves pues, lector amigo,
que la virtud de la cáscara
vale mucho en este mundo
aunque en el otro no valga.
Conque si quieres ser algo,
gasta diez horas diarias,
lector, en pensar la forma
de tu ropa y de tus barbas.
Tú me dirás: ¿y el dinero?
Dinero no te hace falta
con otra virtud social
que suele llamarse audacia.

LECCION QUINTA.

La Filantropía.

A tí, invencion de los hombres
en este siglo nacida,
á tí en mi romance canto,
hermosa filantropía.
Miseros tiempos aquellos
en que no te conocian,
y la caridad humilde
era virtud favorita.
Pero murió: las virtudes
tambien se vuelven ceniza,
y la gran *beneficencia*
se quedó á sustituirla.
Virtud era ya mas culta
esta, y del siglo mas digna,
y estuvo en moda algun tiempo,
pero al verte huyó de envidia.
Dulce es tender una mano
al que gime en la desdicha;
pero mas dulce es aun
que se publique y se imprima.
Filantropía, eso es tuyo;
tú, de las luces amiga,
quieres publicar virtudes
ya que todo se publica.
¡Oh! cuántos dieran alegres
hasta la última camisa
por ver circular impreso
su nombre en las gacetillas.
¡Cuántas y cuántas personas
se hicieran caritativas,
si publicasen los pobres
de bienhechores las listas!
Y ¡ay si el hambriento debiera
esperar virtudes ínclitas
bajo secreto y á oscuras
en ignorada guardilla!
Mas tú, virtud siempre hermosa,
eres en ingenio rica,
y con miles de invenciones
la suerte del pobre alivias.
Que tuyas son, y muy tuyas,
las suscriciones, las rifas,
los beneficios teatrales
y las funciones taurinas.
¡Qué hermoso es ver á tu influjo
unirse dos mil familias,
y ser colaboradoras
de limosna, en comandita!
¡Qué hermoso es ver cómo acuden
los mortales cual hormigas
con duros, telas, garbanzos,
pan, vestidos, trapos, hilas!
Por tí ¡qué gusto! un torero
espone gratis su vida,
y un actor trabaja gratis
y gratis la orquesta chifla.
Y no se encuentran billetes
un mes antes de aquel dia,
con su precio y sobreprecio
y algo de limosna encima.
Y alza á las nubes la prensa
de Madrid y las provincias,
llamándolos filantrópicos,
al público y los artistas.
Y en el Diario después
oficialmente se avisa
que don Tal llevó tres palcos
y don Cual seis galerías.
¡Pues las rifas bienhechoras!
¡Oh que placer, qué delicia
ver cuál acude solícito
tanto benéfico quidan!
Beneficiando á los otros,
él en su suerte confia,
y juega como pudiera
jugar al monte ó la brisca.
¡Cuánto jóven las iglesias
el Jueves Santo visita,
y echa á las damas que piden
napoleones y risas!
¡Qué filantrópicos! ¡mucho!
En perfumada esquelita,
como multa le impusieron
esas monedas que tira.
Así la elegante dama
su caridad ejercita,
y socorre la miseria
con fruto de socaliñas.
Y ella se luce pidiendo
donde la ven y la admiran,
y él dando en público aquello
que en secreto no daria.
Dichoso mil y mil veces
el hombre que necesita
para socorrer al prójimo
que circule la noticia.
Caridad habrá sin esto;
pero es cosa muy sabida
que si no hay publicidad
no existe filantropía.

(Continuará.)

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

La buena fé es el fundamento de toda sociedad humana.

Ser muy desconfiado con los demás, es ponerles en ocasion de que deseen engañar.

Es propiedad de necios admirar en los libros lo que menos comprenden.

La suerte de muchos libros es de no agradar hasta después de la muerte de sus autores; la envidia persigue muchas veces á los vivos.

La verdad es el fundamento de la historia.

Es necesario perdonar, dice Polibio, al historiador que se engaña; pero el impostor no debe esperar indulgencia.

Ya no se conocen aquellos hermosos tiempos de que un antiguo decia: los talentos se recompensaban segun su mérito.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



HOTEL DE LOS INVALIDOS.

ADVERTENCIA.

El entorpecimiento que sufren en la censura muchos materiales destinados al SEMANARIO, ha sido causa de que en los últimos números hayamos tenido que prescindir de varios artículos amenos que teníamos preparados, á fin de no faltar á nuestros suscritores; esperamos vencer esta dificultad sin tardar mucho.

EL CASTILLO DE MONTEMAYOR.

Alonso Fernandez de Córdoba, señor de Cañete y adelantado de la frontera, que falleció en 1325, dejó á su hijo segundo, Martin Alfonso de Córdoba, el castillo de Dos-Hermanas, situado á unas seis leguas al Mediodía de Córdoba; y como esta fortaleza estuviese en paraje poco proporcionado para su defensa, determinó demolerla y edificar otro en un monte cercado de mayor elevacion, en 1340, en cuyo año el rey D. Alonso XI le concedió privilegio para que fundase allí poblacion como en heredad suya, que era por lo que se nombró Montemayor, y á su fundador y descendientes se les solia apellidar con el nombre de la villa.

Algunos han creido que á esta poblacion se podia reducir la topografía de la célebre ciudad de Olia, que ha sido muy controvertida, especialmente por los escritores del país. Los que estan por la afirmativa hubieran tenido mas argumentos en que fundar su dictámen, si hubiesen vivido en estos tiempos y tenido noticia de los descubrimientos que casualmente se han hecho en ellos. Los presidiarios que en 1840 trabajaban á la salida de Montemayor en el camino de Córdoba á Málaga, descubrieron en 25 de marzo un sepulcro que desgraciadamente destruyeron. Una fuerte bóveda de rosca de ladrillo cubria una gran caja de plomo, de tanto peso, que vendida á pedazos, les produjo lo bastante para un rancho de carne. Encerraba un esqueleto bien conservado, que se pulverizó al momento, y segun dijeron, parecia haber estado sujeto á la caja con unas cadenillas doradas, que rompieron para certificarse si eran oro, de las cuales se conservaban algunos pedazos en la villa. Hallaron asimismo en la caja dos poteros, que por ser de metal dorado rompieron con igual motivo que las cadenas, y muchos vasos lacrimatorios y otras fiolas é instrumentos parecidos á leznas. Otros sepulcros se hallaron en aquel mismo paraje. En 1847, camino de Espejo, y á corta distancia de Montemayor, se halló un pavimento de mosáico con primorosos dibujos, y en el mismo año se descubrieron vestigios de poblacion á unos cuatrocientos pasos al Oriente de la villa. Pero los testimonios decisivos que son las inscripciones que mencionan á Ulia y se hallan en Montemayor, no pueden resolver la duda, pórque consta de las deposiciones de los testigos que declaran en un pleito promovido sobre el estado de esta villa,

que aquellas piedras habian sido llevadas al tiempo de la fundacion del castillo, y el doctor Sanchez de Feria cree con fundamento, segun manifiesta en una carta que dirigió á D. Pedro Leonardo de Villaceballos, sobre la antigüedad de Montilla, que fuéron trasladadas del lugar arruinado de Abencaez, que estuvo situado á media legua de Fernan-Nuñez.

Son las inscripciones que se hallaban ó se hallan en Montemayor, dos que habia en las columnas del primer patio del castillo, las cuales han sido picadas espresamente, no sabemos con qué motivo.

Otra inscripcion estaba en la iglesia en una basa de estatua que el licenciado Franco copió diminuta, y que Morales trae entera en el capítulo 41 del libro 9 de la crónica, y es como sigue:

IMP. CAES.
DIVI. SEPTIMII. SEVERI.
PII. PERTINACIS. AVG.
ARABICI. ADIABENICI
PARTHICI. MAX
FILIO. M. AVRELIO
DIVI M. ANTONINI. PII
GERMANICI. SARMATICI. NEPOTI
DIVI. ADRIANI. ADNEPOTI

ANTONINO. AVG. TRIB. POT. VIII. COS. VI
ESPLENDIDISSIMVS. ORD. REIP. VLIENSIVM
STATVAM. FACIENDAM. DICANDAM QVE CENSVIT
DEDICANTE. MARCO. MANNIO. CORNELIANO
CVRATORE. ANNONAE. CIVILIS
DIVI ADTONINI

Es dedicacion á M. Aurelio Antonino el filósofo, que imperó desde 161 á 180.

El mismo licenciado Juan Fernandez Franco nos ha conservado otra inscripcion que estaba en la puerta del castillo, y decia así:

P. AELIO. P. F. FABIANO
PATRI. AEDILI. II VIR
PRAEF. C. CAESARIS
PRAEF. ITERVM. PONT
SACRORUM. FLAMINI
DIVI. AUGVSTI

En el llano que hay delante del castillo se ven las que llaman *piedras cárdenas*, por ser dejaspe de este color: la una es de vara y tres cuartas de largo, una tercia de ancho y media de grueso, en la que por un lado se lee:

V. P. AGRIPPAE. M. F.

La otra tiene una vara y tres cuartas de largo, una y tercia de ancho y media de grueso, con resto de una inscripcion que dice:

.....CLAUDIO.....
.....ERONI. PATRO.....

En la misma puerta de la fortaleza se hallaba otra que es como sigue:

CALPVRNIO. GAL
DANOVINO
II VIR
MVNICIPES
ET. INCOLAE

Otras piedras con inscripcion se han invertido en la construccion de edificios.

En la Rosa, posesion á corta distancia de la villa, hace algunos años se encontró un cuadrúpedo pequeño, de mármol blanco, sin cabeza, que ni se puede tener por caballo ni bien por toro, recostado en el tronco de un árbol, de cerca de media vara de alto, que fué llevado al palacio de Fernan Nuñez, donde existe.

El castillo es de sillares pequeños de piedra caliza, y tiene tres torres, una llamada de las palomas, que es la mas alta y mejor conservada: otra la de las armas, y otra la mocha, nombre impuesto en tiempo moderno por haberle quitado las almenas. Estan situadas en forma de triángulo, y se unen por medio de un muro que va de una á otra. En la de las palomas hay un algibe que ocupa el centro, de que se saca agua en el piso mas alto. Los muros de estas torres son muy fuertes, pues tienen nueve piés de espesor. En tiempos modernos se han hecho algunas obras en el esterior de este castillo, y habitaciones en el interior que lo han alterado de como estuvo en los pasados siglos; pero se conserva bien, fortuna que no han tenido otros edificios de esta clase, aun teniendo mérito mas considerable que el de Montemayor, que se hallaban en la provincia de Córdoba.

L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

MEMORIA

DE LAS ALHAJAS QUE SE DIERON EN BURGOS Á LA PRINCESA DOÑA MARGARITA, HIJA DE LOS REYES CATÓLICOS, CUANDO CASÓ CON EL PRÍNCIPE DON JUAN.

Una cama muy rica de tres panos de brocado carmesí de pelo y en el medio de cada pano un scudo de las armas reales. Las apannaduras dellos chapadas de argentería de plata dorada y blanca de unas letras grandes con las divisas. Lleva el cielo desta cama quatro goteras chapadas de la misma obra forrado todo en lienzo de bocazan.

Mas una sobre cama de brocado rico carmesí pelo, de quatro piernas, la qual lleva dos piezas de apannaduras chapadas de la misma obra de argentería y letrás, y divisas en la una tres escudos grandes y en la otra dos.

Lleva mas para esta cama dos corredizas de tafetan de quatro piernas cada una.

Mas tres panos verdes y pardos de brocado rico en que hay en cada pano quatro piernas de cinco varas de alto, y entre una pierna y otra unas tiras de terciopelo carmesí chapadas de argentería de plata dorada y blanca de anchura de un palmo, lleva ciertas divisas de frechas y scudos con las armas reales vordado de filo de oro.

Hay mas dos piezas de goteras de la misma obra y del mismo brocado.

Hay mas cinco piernas de brocado de pelo verde y pardo en que hay veinte y cinco varas menos tercia, las quince varas de verde y las nueve varas y dos tercias de pardo.

Hay mas otras dos piernas de brocado.

Un dosser de brocado raso blanco de tres piernas cada una de cinco varas y quarta de alto, las apannaduras de terciopelo carmesí con sus goteras, todo chapado y guarnecido de argentería de plata dorada y blanca con sus flocaduras de oro y grana forado en vocaza verde.

Otro dosser de brocado pelo carmesí y verde de quatro piernas las flocaduras oro y carmesí verde y pardo.

Un sitial de brocado carmesí de pelo rico de dos piernas y las apannaduras de pelo villo villotado.

Ocho almoadas de brocado, las unas fazes de brocado de pelo carmesí rico y las otras de brocado raso carmesí con sus voltas de oro y carmesí.

Quatro panos de la ystoria de santa Elena tiene noventa y una anas cada una.

Dos panos ricos con mucho oro de la ystoria de Alexandre, tiene sesenta y tres anas y media cada uno.

Dos panos de la ystoria de las santas mujeres, tienen quarenta y ocho anas.

Un pano de la ystoria de Alexandre, tiene quarenta y ocho anas.

Un pano de la ystoria de Josue, tiene setenta y ocho anas.

Tres panos del Credo, con oro tienen ochenta y dos anas cada uno.

Un pano del Sacramento, con oro tiene quarenta y dos anas.

Otro pano de Sacramento, con oro tiene treinta y seis anas.

Nueve colchones y dos sabanas y una frazada y una colcha y quatro almoadas.

Seis alhombras grandes.

Un oratorio, un doser de brocado raso carmesí de dos piernas con flocaduras de oro y verdes y blancas.

Un frontal de dos piernas del mismo brocado y flocaduras.

Unas tablas de nuestra señora.

Dos panos de terciopelo verde y damasco blanco de siete piernas cada uno.

Una mesa labrada de hueso con su caxon de lo mismo con dos scudos de las armas reales y ocho divisas de frechas.

Dos candeleritos de plata blancos, retortijados, que pesan 3 marcos y 2 onzas.

Dos candeleros de plata grandes de las achas, que pesan 41 marcos y 2 onzas y 6 ochavas.

Seis candeleros de plata blancos para mesa pesan 23 marcos, 2 onzas y 4 ochavas.

Una vacia de plata grande blanca que pesa 38 marcos 1 onza y 3 ochavas.

Un cantero de plata blanca que pesa 20 marcos 3 onzas.

Un brasero de plata blanco grande dorado que pesa 23 marcos.
Otro brasero de plata blanco que pesa 20 marcos.
Un calentador de plata que pesa 11 marcos.
Un barril pequeño de plata blanco y dorado de dos senos que pesa 4 marcos 2 onzas y 3 ochavas.
Dos barriles grandes de plata dorada con sus cadenas que estan asidos los tapaderos, pesan el uno 26 marcos 1 onza y 2 ochavas; el otro 28 marcos y 3 onzas.
Dos cazoletas de plata blancas que pesan 2 marcos.

JOYAS.

Un collar que le dió el rey nuestro Señor de oro smaltado que lieva 22 pelras finas muy gruesas redondas y otras 22 piedras grandes, las 10 diamantes y 8 robines y 4 smeraldas.
Un joyel que le dió la reina Nuestra Señora que el bracelete que se dice de las frechas de oro tiene una pirita muy grande de diamante é un roby muy grande con tres pelras muy gruesas redondas en sus molinetes, entre las piedras lieva mas por piniantes otras cinco pelras muy mayores de faiton de perilas asidas en las puntas de las frechas.
Un collar que le dió el señor principe, de oro que se dice de los cordones que lieva 20 balaxes grandes y 108 pelras, las 60 muy gruesas entre las piedras y las 48 menores por piniantes sobre unas rosas de oro.
Un joyel de oro que le dió el señor principe que se dice de la rueda que es fecho de una fioresta smaltada de verde lieva un balax muy grande de siete pelras gruesas.

EL BARON DE RIPERDA.

(Continuacion.)

Desde este punto bosquejaremos ligeramente los novelescos sucesos de la vida de Riperdá, pues no teniendo relacion alguna con nuestra historia, decae su interés y sirven solo para dar una idea mas exacta del carácter de aquel célebre aventurero. Preso el desgraciado ministro en el alcázar de Segovia, vejetaba allí tristemente, atormentado por los recuerdos de su privanza y molestado por la gota, enemigo tenaz que hacia mucho tiempo era inseparable de su desordenada vida. Negósele la gracia de admitir á su esposa en su compañía, al mismo tiempo que la muerte le privaba del apoyo del almirante Castañeda y de otros amigos y protectores. Murió tambien el alcaide de aquella torre, y le sucedió D. Lorenzo Serantes, casado con sobrina del marqués de la Paz, quien se mostró mucho menos condescendiente con su prisionero que su antecesor. Así de dia en dia se presentaba mas negro el porvenir al favorito, cuando un auxilio inesperado vino á sacarle de su triste situacion. Servia de doncella á la alcaidesa una jóven natural de Tordesillas, graciosa de rostro y adornada de un talento mas cultivado que lo que su condicion prometia; llamábase Josefa Ramos, y habia servido algun tiempo en Valladolid. Sea que la infeliz situacion del duque moviese su corazon á piedad, sea que calculase hábilmente este medio de hacer rápida fortuna, lo cierto fué que resolvió terminar el cautiverio de Riperdá preparando su fuga. Supo vencer con maña todos los obstáculos que se oponian á sus planes, y logró introducirse en la habitacion del duque y concertar con él los medios de evadirse: sobornó á algunos soldados, y aprovechándose de la confusion que en la noche del dia 30 de agosto reinaba en la ciudad por ser víspera de las funciones de toros, hizo salir al duque por una puerta falsa que daba al parque, y á favor del gentío que ocupaba las calles logró ponerle en salvo.

Tomó Riperdá, acompañado de un fiel caballerizo, el camino de Portugal, tardando poco en reunírsele la Doña Josefa, que para no escitar sospechas, salió aquella mañana de Segovia. Ocupaba entre tanto en el alcázar el lugar del duque su ayuda de cámara Antonio Dupré, quien vestido con la bata y ropa de su amo, representó por algunos dias el papel de este, mientras el verdadero duque tocaba la raya de Portugal. Descubierto al fin el engaño, tomáronse aceleradamente algunas medidas para perseguir á los fugitivos; mas fuéron en vano, pues estos se habian ya embarcado en Oporto y dado la vela para la Gran Bretaña. El fiel ayuda de cámara fué condenado á seis años de presidio; pero indultósele pronto de esta pena, y fué á reunirse con su amo.

Refugióse Riperdá en Londres, en cuya corte fué muy bien recibido; prodigáronle los reyes sus favores, y se estableció magníficamente, adoptando desde entonces la divisa *dextra Domini liberavit me*: vivia maritalmente con Doña Josefa y tuvo de ella un hijo. La corte de España, la mas rencorosa de toda la Europa en aquel tiempo, reclamaba eficazmente la persona de su ministro; mas no se la daba oidos. Sin embargo, no tardó mucho Riperdá en perder el favor y proteccion que se le concedia: la altaneria y la ambicion volvieron á dominar en su pecho; afectó modales de hombre influyente, y trató de mezclarse en los negocios de aquella corte.

Desde entonces no se le volvió á hacer caso y le fué preciso retirarse á una magnífica casa de campo que habia comprado en las cercanías de Londres, en donde pasaba el tiempo cuidando flores. Ni aun aquí le fué dado permanecer largo tiempo: habíase hecho desagradable á aquella corte, cuyo ministro, lord Harrington, concluyó por insinuarle que haría bien en salir cuanto antes de Inglaterra. Vióse Riperdá precisado á pasar á Holanda, su pátria, en donde pronto encontró nuevas amarguras: el gabinete de Madrid continuaba persiguiéndole y halló algun apoyo en el gobierno holandés; entonces pensó Riperdá en la Rusia, cuyos intereses habia favorecido cuando gobernaba la España, y se dirigió á la emperatriz por medio de su canciller Osterman; pero recibió una respuesta equívoca, y bien pudo conocer que su peticion no era agradable á aquella corte. Hallábase entonces en el Haya el almirante Perez, renegado español, que servia al rey de Marruecos; habia cobrado alguna inclinacion á Riperdá, y creyendo que un hombre como este podria ser muy útil á su amo, trató de insinuarse con él valiéndose de Doña Josefa, quien como querida de Riperdá, temia que este se acordara algun dia de su legítima mujer, y no desaprobaba aquel proyecto. No accedió sin embargo Riperdá, y se dirigió á la corte de Francia pidiéndola su proteccion; fué rechazado, y lo mismo le sucedió con la España, á cuyo rey escribió una humilde carta que no mereció contestacion. Entonces empezaron á parecerle mas admisibles las proposiciones del almirante turco, é insistiendo este, acabó Riperdá por decidirse, y partió con Doña Josefa para el Africa, dejando sus hijos en Holanda.

Reinaba entonces en Marruecos Muley Abdalá, jóven imberbe, á quien dirigia su madre la sultana, inglesa de nacion: de ambos fué muy bien recibido Riperdá, á quien se concedieron muchos y ricos dones, y se le permitió ejercer libremente su religion, que á decir verdad, no se sabia fijamente cuál era. Ocurrió por este tiempo la célebre toma de Orán por el conde de Montemar, y con este motivo se suscitaron algunas sospechas entre el pueblo marroquí contra Riperdá; pero pasaron en breve, y el ministro se afianzó mas que nunca en el favor de la sultana, que mostraba para con él una especial predileccion. Comenzóse á murmurar de estas relaciones, y para matar habillas se trasladó Riperdá á Tanger, donde poco después enfermó gravemente Doña Josefa, á la que fué preciso trasladar á Holanda, en donde murió.

Por este tiempo volvió la corte de Madrrd á ocuparse de su antiguo ministro: habiendo sorprendido en Ceuta á un criado de Riperdá, se creyó que este intentaba un golpe de mano contra la plaza, y en su consecuencia espidióse un real decreto anulando la gracia de duque y grande que le fuera concedida: decia así este papel: «Habiendo entendido que el baron de Riperdá, después de su primer error, que dió motivo á que mandase ponerle en el alcázar de Segovia, de donde se huyó á Inglaterra, ha cometido el enorme delito de pasarse á los moros de Mequinez, en cuyos dominios se halla, he resuelto que la merced de Duque y Grande de primera clase que tuve á bien concederle, se borre, anule y cancele, para que degradado de ella sea ejemplo y escarmiento, ahora y en lo futuro, y no quede memoria de tan alta dignidad en la persona ni en la posteridad de hombre que ejecutó crímen tan feo, etc.»

De Tánger pasó Riperdá á Tetuan, en cuyas cercanías hizo labrar multitud de tierras que yacian incultas; mezclóse tambien en una intriga de corte, dirigida por la sultana madre contra la esposa de su hijo Abdalá; mas no tuvo buen éxito. Por una estraña coincidencia tuvo Riperdá ocasion de tratar en sus últimos años con el hombre mas digno por todos estilos de ser comparado con él. Hallábase en Tetuan, cuando cierto dia se le presentó un aleman, llamado Teodoro, á cuyo nombre añadia él el título de baron de Neuhoff; habia nacido en Westfalia, desde donde pasó á España, y habiendo gastado el dinero que el gobierno de esta nacion le habia dado para levantar un regimiento, huyó á Francia y anduvo vagando mucho tiempo por Europa fingiéndose inglés en Liorna, español en Londres y sueco en Génova, y llamándose indistintamente Napoer Niffer ó Neuhoff. En Génova se le ocurrió la idea de auxiliar á los corsos en su sublevacion contra aquella metrópoli, y en efecto pasó á Córcega y logró distinguirse; mas viendo los pocos medios de defensa de los sublevados, se dirigió á Tánger con ánimo de implorar el auxilio del emperador marroquí. Halló en Tetuan á Riperdá, á quien habia conocido en España, y le manifestó su situacion y sus proyectos: volvióse á encender en el pecho del holandés la llama de la ambicion al oir á Teodoro, y concibió el estravagante proyecto de desembarcar en Córcega y hacerse proclamar rey de aquel país; mas habiéndose opuesto la sultana, le fué preciso nombrar su lugarteniente á Teodoro, y dándole armas y dinero le pusó en situacion de llevar un considerable socorro á los insurrectos. Desembarcó el aleman en Córcega, y olvidándose de lo

prometido á Riperdá se hizo coronar á sí mismo rey de aquella isla, cuyos pueblos todos le prestaron obediencia, escepto algunas plazas guarnecidas de genoveses; pero pasó en breve el entusiasmo de los corsos por su rey; los genoveses desembarcaron nuevas tropas, y el infeliz Teodoro se vió precisado á emprender segunda vez su peregrinacion por Europa. El ambicioso Riperdá recibió un golpe mortal con la traicion de Neuhoff, desvaneciéronse sus dorados sueños, y hubo de renunciar á la púrpura y la corona. En sus últimos años parece que manifestó mayor devocion á la religion católica: queriendo pasar en cierta ocasion de Túnez á Tetuan, alborotó la mar una furiosa tempestad, que amagaba á cada momento sumergir la nave en que iba Riperdá con su ayuda de cámara; entonces, cuando veia cercana su muerte, se encomendó á Dios de todo corazon y prometió, si salia del peligro, pasar á Italia y caminar á pié desde el punto de desembarco hasta Roma; su ayuda de cámara, Dupré, prometió visitar á Santa Genoveva en París, de la que era muy devoto. Parece que tuvo intencion Riperdá de cumplir su promesa, pues escribió al cardenal Cienfuegos solicitando permiso para pasar á la capital del mundo católico; pero la muerte le impidió llevar á cabo tan cristiano proyecto. Sorprendióle en Tetuan en 5 de noviembre de 1737, á los cincuenta y ocho años de edad: murió santamente, y dejó en su testamento varias mandas á la congregacion de *Propaganda fide*. Tuvo en sus dos mujeres y en Doña Josefa seis hijos, algunos de los cuales se establecieron en España. Fué Riperdá un aventurero audaz, imprudente y



jactancioso, aunque dotado de algun talento y natural elocuencia: ¡lástima que el principal teatro de sus aventuras haya sido nuestra nacion, tan prudente y generosa como digna de mejor suerte!

Con el objeto de ilustrar la vida de Riperdá publicamos á continuacion el siguiente chistoso diálogo entre cierto secretario y confidente de aquel ministro, llamado Bruto, y el mismo Duque. La originalidad con que este personaje está retratado en este manuscrito, y la verdad con que se refiere el orígen y progreso de la liga de Hannover, son dignos de estimacion. Sin embargo, es preciso advertir que contiene muchas fábulas, á las que nuestros lectores no deben dar crédito, y que pueden descubrir fácilmente cotejando este diálogo con la biografía que le precede.

CONVERSACION CURIOSA

ENTRE EL DUQUE DE RIPERDÁ Y DON JUAN FRANCISCO BRUTO, SU CONFIDENTE, EN MADRID, MAYO DE 172...

BRUTO.—Buenas noches, Sr. Excmo.

RIPERDÁ.—Servitore, signore Giovani; ¿cómo lo pasa?

B.—Aseguro á V. E. que esta gota me trae á mal traer, y que algunos dias son crueles.

R.—Yo me he aliviado mucho; pero á veces son insufribles los dolores que padezco.

B.—Bien se conoce; y V. E. no lo disimula, porque estos dias se ha dejado llevar de su genio. Señor mio, poco de duquesa, nada de vino ni de cerveza, y paciencia.

R.—Eso no puede ser; porque Frazquita es el diablo, el agua me gasta el estómago, el vino y la cerveza me lo fortifican, y paciencia no la puedo hallar.

B.—Pues preciso será que V. E. mire por sí; ¿mas nos oye Frazquita?

R.—Bien podemos hablar sin recelo, que la muchacha no volverá esta noche. Escelente médico nos perdemos en V.

B.—Bueno solamente porque no oculta la verdad; pero V. E. está desocupado?

R.—Mil embrollos tengo ¡ay! que se saldrá ó no de ellos.

B.—¿Y el despacho?

R.—Ahora no subo por estar con la gota: la cartera está arriba, y de eso no me cuido mucho; ¿pero qué hay de nuestros espías?

B.—Mucho malo, amigo mio; se ha descubierto ya la plaza; y aunque nadie esperaba cosa buena de V. E., y todos le aborrecen y abominan de él, ahora se quejan con mas fuerza de que se pierde la monarquía.

R.—¿Y en qué lo fundan?

B.—Yo no puedo decirlo, porque soy honrado amigo de mis amigos; V. E. ha de creer que lo pongo de mi cabeza y no quiero perder su gracia: por lo que importa, siento los avisos que nos dan nuestros confidentes, y bien sabe V. E. con cuánta eficacia le he aconsejado que se vaya con tiento en todo.

R.—Eso no es del caso: amigos somos, y es preciso hablar claro.



B.—No puedo negar que siendo yo un pobre hombre á quien unos tienen por milanés y otros por vizcaino de Durango, me sacó V. E. de Avila donde tenia mis factorías de lanas, y me hizo venir á Madrid y tomar parte en diversos negociados, cuando V. E. cuidaba de las fábricas de Guadalajara...

R.—¿A qué viene eso, señor Bruto?

B.—Quiero decir que estoy reconocido á la confianza que V. E. ha depositado en mí, dándome algunos encargos que me han hecho ganar algunos reales; que agradezco á V. E. el haberme hecho oficial de su cobachuela, superintendente del tabaco y otros empleos que he resistido mucho; lo primero porque no son cosas que yo entienda, y después porque era hacerme odioso á todos, ponerme en una esclavitud muy grande, y mi salud no está para ello. Libertad quiero, y con ella serviré mas á V. E. con algunas negociaciones y con contarle fielmente todo cuanto pasa.

R.—Ya dije que no es del caso nada de eso; vamos á la sustancia del cuento.

B.—Pues diré la verdad. Ya se habla con notable desahogo de V. E., de las circunstancias de su vida y milagros, y no estrañaré verla impresa, como V. E. hizo con el cardenal Alberoni, pues cogiéndole las circunstancias de su nacimiento, padres y principios de su vida, porque él las referia sin embarazo, y mucho mas á V. E., en quien tenia puesta su confianza, formó aquel escandaloso papel de su vida, en francés, en medio pliego, y le envió á Amsterdan al im-

presor Hubert, confidente de V. E., quien llenó con él la Europa, y yo repartí algunos de los que V. E. me dió. Pues amigo, quien á hierro mata á hierro muere, como se dice en español.

R.—Es verdad, y logré el fin, porque después con aquellos principios de mi papel escribieron muchos su vida; ¿pero qué dicen de la mia, amigo querido?

B.—Dicen que V. E. es rebelde y traidor al rey, porque desciende de los rebeldes herejes mas pertinaces que hubo en Holanda: que las historias de aquellos tiempos citan con mucha frecuencia el apellido Riperdá; pero siempre contra la religion católica y contra su señor natural: que la madre de V. E. es de estraccion judía, y que siendo V. E. mozo, y católico por la educacion que le dió su padre, estuvo algunos años en Argel viviendo en la religion mahometana: que después pasó V. E. á Holanda, donde abrazó con mucha ánsia y ternura de su corazon la religion de Calvino: que ha servido V. E. á sus amos con las tropas imperiales contra el mismo monarca que hoy le honra tanto: que...

R.—Vamos poco á poco, amigo, que has tocado algunos puntos, que aunque los he callado no obstante nuestra amistad, es preciso decirte la verdad: no puedo negar que mis abuelos fuéron los que plantaron en Holanda á costa de su sangre la religion que profesaban, pues el capitan Riperdá, señor del castillo de Riperdá, en la baronía de Groeningue, cerca del Deffzel, fué el mas acérrimo defensor de la doctrina de Calvino, y nuestro martirologio le venera por santo; pero esto no es ya del caso, porque yo soy católico y nadie puede negarme mi nobleza. Es cierto que mi madre fué hija única del famoso y opulento judío Isac Ismael, que compró los señoríos de Jensema, Eugelembourg, Soelgust y otros de poca utilidad y nombre, de los que me titulo: enamoróse de ella mi padre, el señor Juan de Riperdá, quien vivia por el capricho de ser católico en suma pobreza, llamándose juez hereditario de Hemsterland y Campen, sin ocupacion en la república; instó á madama mi madre á que se hiciese de su religion, y lo único que pudo conseguir, á pesar de sus esfuerzos, fué que dejase la ley de Moisés y abrazase la religion de Calvino. Por último, yo me crié en la de mi padre, y habiéndome dedicado al comercio, me fletó una embarcacion con doce cañones y algunas mercancías para que fuese á nuestro comercio de la India Oriental. Tenia yo entonces poco mas de veinticinco años; pilláronme los argelinos, me vendieron por esclavo, y aquí fué preciso valerme de toda la habilidad de mi ingenio.

B.—Váyase V. E. poco á poco, que hay muchos cabos que atar, y no nos entenderemos después. Todos esos señoríos que dice V. E. los trocaria, si pudiese, por el de Chamartin ó Mandes en España; si fueran de consecuencia, no los dejára V. E. para mendigar en tierra ajena y venir á ella á ser mercachifle. Conozco algunos principales estranjeros que no pasaban en sus tierras de caballeros pobres, con escasos medios para mantenerse, y en España con nada se han contentado. Es este un admirable país; en él caben cuantas sabandijas se arrojan de otros reinos, y aun esto es mérito suficiente para darles el manejo de la monarquía. Me alegro de que V. E. tenga su cuarto de judío, que no lo desmienten la contestura y hechos, con su ribete de mahometano al canto para saber de todo; aunque debo quejarme de que V. E. me haya ocultado esta memorable época de su vida. Pero sepamos cómo escapó V. E. de los moros.

R.—Amigo, viendo que no podia tener libertad sino con la industria, procuré granjearme el afecto de mi dueño, que lo era Muley Hamet, persona de las principales de Argel y tratante en el comercio de varios géneros. Era dueña de su albedrío una de sus concubinas llamada Albeja, quien sobre ser en estremo codiciosa era una fiera de condicion: yo me quedaba siempre en casa dedicado al despacho de mercancías, arreglándome á una tarifa que se me dió, y viendo que daba buena cuenta, tenia toda la confianza así de Muley Hamet como de Albeja. Acaeció por este tiempo la muerte de mi amo, y su viuda, que ya me habia cobrado alguna aficion, me instó para que adoptase la ley de Mahoma para hacerme dueño de su mano y señor de todos sus caudales: acepté al instante; y como es preciso para pasar desde una religion á la mora hacerse cristiano primero, pasaron algunas contestaciones con el Mufti, porque algunos renegados holandeses dijeron, unos que yo estaba circuncidado por mi abuelo Ismael, y otros que era calvinista; y ninguno aseguraba que fuese yo cristiano. Vencidas estas dificultades, é instruido en el catecismo mahometano, me declararon con raras ceremonias musulman y me pusieron el nombre de Otman por gusto de mi enamorada Albeja. Dueño de esta suerte de los bienes de mi difunto amo, continué mi comercio y me iba muy bien. Tendria Albeja poco mas de cuarenta años; por lo cual la propuse, á pesar de su duro génio y condicion, que para tener sucesor á quien dejar nuestras riquezas, era preciso me dejase tomar algunas esclavas, las cuales serian criadas suyas. Diome esta licencia con mucha dificultad y repugnancia, y con su aprobacion tomé tres mozas labradoras de las cercanías de Argel y una griega que vivia en la ciudad, no con muy buena reputacion, la cual tendria diez y ocho á veinte años, y era de muy buena cara y gallarda presencia. Tuve tres hijos en dos de las moras; la griega no me dió sucesion y te aseguro, amigo, que ni Mahoma que inventó los serrallos tuvo mejor vida que yo.

B.—¿Y qué cosa son las morillas?

R.—No he conocido gente mas á propósito para la satisfaccion del hombre que las moras: tienen aquella disposicion de espíritu tan escelente, acompañada de cuanto la industria puede inventar: las españolas no todas se asemejan á las africanas, de quienes tienen mucho sin embargo.

B.—¿Lo dice V. E. por mi señora la duquesa?

R.—Oh! Frazquita tiene por mi industria y su dócil ingenio una perfecta inteligencia de todas las naciones, y nos entendemos á pesar de la gota.

B.—Cuidado no se suba desde las piernas al corazon, que contra ese tósigo no ha de hallar V. E. contraveneno. Pero acabemos la historia moruna, señor Otman de Riperdá.

R.—Habia empezado á traficar con embarcaciones propias por el Mediterráneo hasta el Archipiélago y por el Océano, y habiendo obtenido feliz éxito en mis navegaciones, armé una embarcacion de 20 cañones y la cargué de los principales géneros, con pretesto de pasar á Tánger á ver á un grande amigo que allí tenia; embarqué á la griega, á quien tenia mucho cariño, y á Albeja, pretestando ser la ausencia dilatada. Puse en la tripulacion diez holandeses, tres suecos, dos sardos, un catalan, y dos mallorquines, todos renegados, y después de haber pasado el estrecho pusimos la proa al mar de Holanda: hice asegurar á los demás moros marineros, y con diez y siete dias de navegacion entramos en Amsterdan, pasados siete años desde mi arribo á Africa.

B.—¿Y qué hizo V. E. después de todo su equipaje?

R.—Los holandeses, suecos, sardos, mallorquines y catalan me dieron muchas gracias por su libertad; los moros quedaron esclavos; los vendí, y tuve eficaces impulsos de concluir con Albeja; pero esta es la única vez que me he conocido piadoso: la casé con uno de los renegados de la tripulacion, y abrazó la religion luterana; llamóse Isabel; pasaron á vivir á Leiden, y creo que ha muerto. Establecido otra vez en mi casa, y con algunas comodidades, reconociendo que no podia ejercer empleo alguno en la república siendo católico, hice en el Haya pública abjuracion del catolicismo, abrazando la religion de mis pasados. Caséme, y empecé á servir en las tropas de mis amos los Estados Generales; diéronme el grado de coronel, y llegué á ser diputado para satisfacer los sueldos de los que estaban en el ejército aliado: tuve después otras ocupaciones, y por último pude conseguir, después de la paz de Utrecht, que me nombrasen embajador de Holanda en Madrid en el año de 1715.

B.—Desde ese tiempo ya sé poco mas ó menos la vida y milagros de V. E., y que habiendo dado mala cuenta de los encargos que le hicieron los Estados, por las secretas inteligencias que tuvo contra sus intereses con el cardenal Alberoni, vencido de su codicia y ambicion, receloso V. E. de que le llamasen y castigasen como era justo por su felonía, propuso V. E. al rey, por medio del padre Daubenton, que su celo por la religion católica le movia á quedarse en España por súbdito de S. M.

R.—Cierto es eso; pero á pesar de mi astucia nunca pude engañar á aquel viejo marrullero, porque siempre creyó que mi conversion era supuesta y que tenia otros fines muy ajenos del que debia ser el verdadero y principal. Fuese por esto, fuese porque supiese mi variedad de religion y mi pasada vida, me remitió al padre Marin, gran teólogo, pero de una inocencia tal, que le hice creer como quise mi vocacion. Mas su influjo y mis instancias no eran aun bastantes para mover á Daubenton: por último, yo oí la santa misa en la casa profesa el dia 25 de marzo de 1718, y recibí por su mano la comunion.

B.—Creo que es la única que V. E. ha recibido hasta ahora. Ya supe que V. E. propuso á Alberoni traer de Holanda una caterva de herejes, fabricantes de paños, que hasta ahora han costado á S. M. mas de un millon de pesos: puso V. E. á esta gente en las barcas de Azeca, y pasólas después á Guadalajara; gastóse prodigiosamente el dinero y se queda continuando; pero los paños no valen nada, ni aun á trueque ni en pago de deudas hay quien los quiera. Con el dominio de esta corta república, el del sitio y tierra de Velilla, junto á Aranjuez, y de la casa del Almirante en el Prado viejo, que el rey, engañado y por solo efecto de su benignidad dió á V. E., se hizo V. E. señor libre de su sensualidad..... títulos que con mas propiedad se podian haber puesto en sus plenipotencias para la paz.

R.—Es verdad todo eso; pero yo no puedo con mi génio, y por esto y otras cosas, la dama griega á quien he amado siempre en estremo y traje conmigo á España, instó fuertemente para que la dejase volver á Holanda. Habia tomado en lo mas íntimo de su pecho la religion de Calvino, y en ella crió á mis hijos, que la guardaron en su corazon, especialmente el baroncillo que está en Viena.

B.—No pase V. E. adelante, que quiero hacer aquí una reflexion admirable, para que V. E. considere lo que puede el poder. Con este muchacho no pudo V. E. conseguir que aprendiese la gramática: la vecindad de la lonja de los Agustinos del Prado viejo le ocasionó su ruina; acompañado siempre de gatuelos y gente ruin, bien conocido en las tabernas y puestos de cerveza de todo Madrid, especialmente en los bodegones de las Tabernillas de la calle de Alcalá, con estos méritos le llevó V. E. á Viena, y ahora está en aquella corte con el empleo de embajador estraordinario del rey de España, como si en esta monarquía no hubiese sugetos dignos de aquel ministerio.

R.—Es verdad que el muchacho salió así al principio. Estados mudan costumbres: y en diez y nueve años de edad que tiene se puede esperar mucho; pero vamos á mi historia. Viendo la tenacidad de la griega en dejarme, pasé á Holanda á llevarla y á dar disposicion en mis cosas, con la seguridad de ser ya súbdito de otro príncipe. Volví á España solo, y por sujecion del padre Pilo, que asistia en el Hospicio y tenia honores de mi confesor, me casé con Frazquita, que estaba muy pobre y retirada en el convento de Santa Isabel con otra hermana suya.

B.—V. E. siguió los pasos de Alberoni, que del propio convento sacó otra muchacha con el pretesto de costurera para la reina. V. E. ha sido muy dichoso, pues los dos apellidos de su mujer, Jarava y Santian, son muy hidalgos y cristianos viejos; pero creo que ha faltado á V. E. en esa breve relacion de su vida el decirme qué se hizo de su anterior mujer.

R.—Murió de una ardiente fiebre, que la llevó á ver á su apasionado Juan Calvino.

B.—Desgraciado es V. E. en sus matrimonios. Mas ahora me corresponde el hacer presente á V. E. lo que me han comunicado nuestros espias. Dícese en toda España que de un hombre que ha sido traidor á su Dios y á su señor natural tantas veces, que no tiene hacienda ni raiz alguna en esta nacion que le pueda mover á su mayor gloria, ¿cómo se puede esperar que mire por su honra y sus aumentos? Aseguran que V. E. es en lo mas íntimo de su corazon tan fiel calvinista como lo era antes, y lo afianzan con muchas cosas que han observado en V. E., especialmente cuando estuvo á la muerte en Guadalajara, y el cura de la parroquia y un fraile no pudieron reducir á V. E. á que se confesase, y habiendo mandado los médicos una tarde que le diesen á V. E. el viático, lo resistió mucho, y á otro dia al amanecer se puso V. E. en una calesa, cayéndose muerto, y con Juan, su criado, valiente calvinista, se vino á Madrid, donde quiso Dios que mejorase.

R.—Es cierto que Juan me asistió con gran celo, y en premio le casé con una criada holandesa de su propia religion, y los hice volver á su patria, para ponerlos á cubierto de la Inquisicion.

B.—Pues señor, vamos á lo principal de las cosas presentes, que el tiempo se nos pasa.

R.—¿Qué dice de mi esa canalla?

B.—Dicen que hasta ahora se habia dudado de las operaciones y del juicio de V. E.; pero que manifestadas ya al público, se ha visto que V. E. no entiende nada de las cosas de España; que las hace sin reflexion y sin considerar el fin que han de tener; que ha cargado V. E. con lo que no tiene estómago para digerir; que miente á las mil maravillas, contando proezas suyas y confianzas que ha tenido, siendo todo falso; que en la conferencia de un negocio mudará V. E. en una hora veinte veces de dictámen; que se conoce la debilidad de su cabeza en la movilidad é inquietud que tiene y se la ha observado quien ha tenido precision de hablarle; y por último, dicen que si hay honra en España se le debe poner á V. E. en una horca, si antes, como desesperado, no toma uno de esos venenillos que tiene reservados.

R.—¡Eso dicen! Por vida de Calvino, que me he de hacer temblar de todo el mundo.

B.—Dicen tambien que V. E., como fino holandés, no ha podido disimular su infernal odio contra la compañía de Jesús; que ha intentado V. E. quitar la autoridad al supremo Consejo de Castilla, que es en España desde muchos años á esta parte el brazo derecho de la justicia, y ha tenido contra él unas ideas muy vastas; que esos decretones puestos en las Gacetas han sido un almacen de disparates, sin método ni aun en la aplicacion, para desautorizar al rey y manifestar V. E. que le tiene sujeto á su disposicion; que estos decretos que estan voceando piedad, justicia, y alivio de los vasallos, se contradicen con lo que V. E. ejecuta de licencia, crueldad, desagrado y en mayores vejaciones, y es preciso que el rey destine algun ministro ó tribunal que entienda de los agravios y estorsiones que ejecuta V. E. con sus súbditos.

R.—¿Y en qué lo fundan?

B.—Dicen que V. E. es un tirano en la forma que ha tenido para la deposicion de algunos sugetos, sin mas fundadas averiguaciones que las que le sugieren una caterva de embusteros, de que se halla rodeado, salva sea mi parte. Que esto nace de la cruel impiedad que se ha apoderado del corazon de V. E.; que á todos los que le hablan en sus pretensiones les oye con desagrado y los trata mal de palabra y obra; que no se oyen en su boca otras voces que las de ladrones, pícaros, borrachos, y otras semejantes; que con la subida del oro y de la plata, bajo el especioso pretesto de evitar la estraccion, arruina V. E. á esta monarquía, porque los estranjeros han subido á proporcion los géneros que se necesitan, llevan en ellos la utilidad que pierden en la moneda, y los vasallos se arruinan, porque sin lo que les hace falta no pueden vivir, y si esto les cuesta mas caro es preciso que se empobrezcan.

R.—Ese es mi fin y el alma del negocio.

B.—Bien lo han conocido, y tambien que es un medio para facilitar la estraccion y destruir esta desgraciada monarquía. Dicen del mismo modo que con la moneda menuda que V. E. ha hecho fabricar se funde otra nueva, tambien menuda, de mas inferior ley que la de las pesetas, en que desde luego son conocidas las ventajas que logran los estranjeros; la una en la ganancia de introducir pesetas de la misma ley con un veinte por ciento de beneficio; creciendo esto en la moneda menuda por su inferior ley, sacarán la moneda gruesa y la menuda vieja, y dejarán sola la plata de inferior ley; la segunda, porque logran no solo este mayor beneficio, sino el de la subida de los géneros. Esto es tan cierto que no tiene disputa; pues bien sabe V. E. que en Génova, Ginebra y otras partes hay fábricas de moneda menuda de España, y en Francia, Venecia y otros parajes las hay de pesetas; con lo que resultará que con el tiempo no se verá en España un doblon de oro ni un real de vellon en una pieza, y toda la moneda será de plata de muy baja ley: dicen que este punto es sumamente delicado, señor duque, y no para la débil cabeza de V. E. ni para tomarse con la ligereza que se ha tomado, sin consejo ni dictamen de hombres prácticos: que cuando la monarquía española esté tan llena de fábricas que no necesite ningun género estranjero, será bien pensar en esta alteracion de la moneda: que cuando los derechos de puertos no produzcan á S. M. sino una limitada cantidad correspondiente á la estraccion de los frutos, entonces estará la nacion mas rica: que se asegure V. E. que aunque suba el oro y plata doble hasta las nubes, lo han de sacar los estranjeros, porque el comercio de las Indias se surte de ellos; en Francia, Holanda, Liorna, Génova y otras partes se capitula la paga de ellos en oro, y mas particularmente en plata doble, y si uno y otro sube, subirán los géneros en proporcion: *que el dinero forzosamente ha de buscar á su dueño* (1) sin que V. E. lo pueda evitar; que tambien resulta de esta subida que el comercio de América se pierde por completo, porque los ingleses, bajo el pretesto del *Asiento*, y ahora la compañía de Ostende, llevarán los géneros mas baratos y acabarán de arruinar á los comerciantes españoles, como sin esta novedad va sucediendo; y no se descuidarán los armadores de San Maló y de otros puertos de Francia y algunos de Holanda en ir al mar del Sud: y por último, amigo carísimo, dicen que los reinos y repúblicas bien gobernadas han dejado el oro y la plata en su valor intrínseco para evitar mayores riesgos é inconvenientes.

R.—¡Admirable tarabilla de cosas has relatado, hombre del diablo!

B.—Refieren tambien las provisiones que V. E. ha hecho.

R.—¿Y qué dicen de mi buen Pedro Moreno?

B.—Dicen que dos mil doblones fueron agentes por medio del marqués de San Felipe para que V. E. le acomodase en España.

R.—Buena intendencia de marina le encajé.

B.—¿Pero ignoraba V. E. su vida y costumbres? Sobre ser insolente en sus espresiones contra la sagrada persona del rey nuestro señor, por lo cual se asegura que la república de Génova le mandó moderar, ó que de lo contrario se retirase de sus estados, tiene el ribete de haberse hecho protestante en Barcelona para ser sargento mayor de un regimiento, compuesto de soldados de diversas naciones, todos herejes, que estaban á sueldo de la reina Ana.

R.—Por esa sola circunstancia le dí la intendencia.

B.—Pues ha quedado airoso. Descubierta su vida, precisado á vivir fugitivo de su patria, siendo tahur fullero, que es el oficio en que ha permanecido (2). Pero el partido español aleman, que con esta

(1) Admirable frase si se considera que se escribió en 1730.

(2) La casualidad ha puesto en nuestras manos una carta autógrafa de este don Pedro Moreno á un amigo íntimo ó pariente suyo, en la cual refiere el modo con que le reconoció Riperdá. La pondremos aquí como una prueba de la volubilidad de aquel célebre aventurero. «Amigo querido: No obstante que te tengo informado de todo lo que no has visto, viendo que se ofrece hablar con esos señores sobre mi conducta con Riperdá, te quiero decir que yo no le conocia hasta que pasó por aquí de vuelta de Viena, y al otro dia que llegó á esta le hice aquella visita que debia á un hombre de su carácter, á la que correspondió con aquella amabilidad que á todos los que le visitaron; aquel mismo dia le convidó á comer el marqués de San Felipe, de quien tuve recado fuese al convite, como lo hice. Antes de ponernos á la mesa se movió la conversacion de la falta de comercio que habia en España, de la cual se habia seguido su ruina, y habiendo tocado varios puntos sobre esto, yo respondí lo que se me ofreció; pero con tanto acierto en su idea, que me dijo: «Vuestra merced habla sabiamente,» y con este motivo el marqués de San Felipe, el duque de Tursis, D. Bartolomé Maricone, y otros que estaban presentes, le dijeron que yo era el mayor hombre que se conocia en estas materias, y que mi parecer tenia

provision habia tomado mucho vuelo, ha desmayado notablemente.

R.—No importa, que yo he de poner á los que han sido traidores en los primeros puestos.

B.—No creo que V. E. lo consiga, porque el rey es muy celoso de su honor, y no podrá olvidar nunca las ofensas que su persona y augustísima casa han recibido de sus enemigos, y mas de los españoles sus vasallos que le han sido rebeldes.

R.—Eso es quimera; porque aquí estoy yo que he sido su mayor enemigo y estoy mandando la monarquía á taco tendido, como si tal príncipe hubiese en ella.

B.—Eso durará lo que Dios fuere servido, porque allá en nuestra asamblea del Buen-Suceso, donde nos juntamos los amigos y compinches de V. E., ya conocemos que las cosas no se pueden mantener en el estado en que se hallan, y que se han de descubrir las patrañas de V. E.

(Continuará.)

JOAQUIN MALDONADO Y MACANAZ.

DEL AMOR.

El amor, hijo del cielo,
vida latente del mundo,
gérmen de luz, y fecundo
manantial de consuelo,
tiende muy alto su vuelo,
y sobre los astros mora,
en region encantadora
de la tierra tan lejana,
que á veces la mente humana
donde vive amor ignora.

—

Mas hay otro amor, terreno
que de amor usurpa el nombre,
y ofrece traidor al hombre
en vez de néctar, veneno:
amor de malicia lleno,
en cuyo engañoso altar
va el corazon á inmolar
por un sueño su ventura:
rico sueño mientras dura,
horroroso al despertar.

—

Para vencer de este amor
enemigo la influencia,
no se conoce otra ciencia
que ir en busca del mejor:
y como en tan superior
esfera culto recibe,
solo al alma, que concibe
la perfeccion de su ser,
alas le pueden nacer
para volar donde vive.

—

Un alcázar peregrino
tiene en el mundo ideal,
fundado sobre el raudal
del pensamiento divino:
en fulgente torbellino
de los seres tipos bellos
le circundan, y destellos
lanzan tan vivos, que ansiosa
cual amante mariposa,
el alma se abrasa en ellos.

—

Los santos y los cantores,
de la tierra ejemplo y pasmo,
bebieron el entusiasmo
en sus puros esplendores.
Este amor, de mis amores
orígen era tambien.
ay! yo soñaba un eden
de mi voluntad sustento;
hoy niega el entendimiento
aquel soberano bien.

—

Del bien supremo el olvido
mató la esperanza mia;
pero en mi pecho existia
un afan desconocido;
quien este afan no ha sentido,
lo que es padecer ignora,
y cuanto el alma atesora
de dolor, y angustia muda,
si la inteligencia duda
y la voluntad adora.

JUAN VALERA.

A LAURA.

SONETO.

No pretendo que paguen el desvelo
Que tu infausta belleza en mí provoca,
Ni con besos dulcísimos tu boca,
Ni tus miradas con su luz de cielo;

—

Ni cansarte en ausencias, desconsuelo,
Ni que sueñes conmigo en ansia loca,
Ni que te muestres á los otros roca,
Como eres, Laura, para mí, de hielo.

—

Pero á la luz del moribundo dia,
Cuando lenta, á bañar, viene la tarde
Los rizos de tu negra cabellera;
¿Por qué no has de ofrecer, ingrata mia,
Al loco amor que en mis sentidos arde,
Un recuerdo benévolo siquiera?

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

el primer lugar. A esto dijo Riperdá que estrañaba que estuviese yo en Génova, cuando en España se hallaban tan pocos ó ninguno que entendiesen la marina y el comercio: dijéronle que el motivo era por haber seguido el partido del emperador, á que respondió que eso ya estaba olvidado y que era menester ir á España. Después de la comida salimos juntos y me dijo que me dejase ver, como lo hice; y tanto le toqué en el genio, que no me dejó una hora aquellos ocho dias que estuvo en Génova, y siempre hablando del modo de introducir el comercio y la marina en España, y le dí un escrito sobre esto, como aquel que te dí á tí, aunque en borrador. Hízome grandes instancias para que me fuese con él, y ofrecióme muchas cosas; pero le dije que yo iria después que habria regulado mis negocios, que no eran tan cortos que se pudiesen abandonar de repente. Luego que oí su fortuna aceleré mi partenza de aquí el 24 de enero de este año, y llegué á aquella como sabes. Viendo Riperdá que yo tardaba y que no tenia carta mia, me escribió la carta siguiente, que la recibió mi mujer, pues yo habia ya partido: «Señor mio: En la conformidad de mi palabra y buena fe puede venir V. S., y conviene que sea cuanto antes.» Esta carta me la refirió él luego que yo llegué, conociendo que no podia haberla recibido, por haber recibido él una mia de 1.º de febrero. En Madrid, ó sea el Pardo, hablamos algunas veces de los empleos que yo habia tenido en servicio del señor emperador, de la misma forma que en Génova; y luego ver trocado aquel hombre tomando este motivo, no lo puedo atribuir á otra cosa que á habérsele subido la sangre á la cabeza, que le sucedia de ordinario; de forma que daba en furia. Lo demás ya lo sabes, y así no tengo que referir. La dicha carta es de mano de Riperdá hasta el subrescrito. Ponme á los piés de mi señora la marquesa de la Paz con todo rendimiento, etc.

Génova 27 de Julio de 1726.

Tuyo de corazon,

MORENO

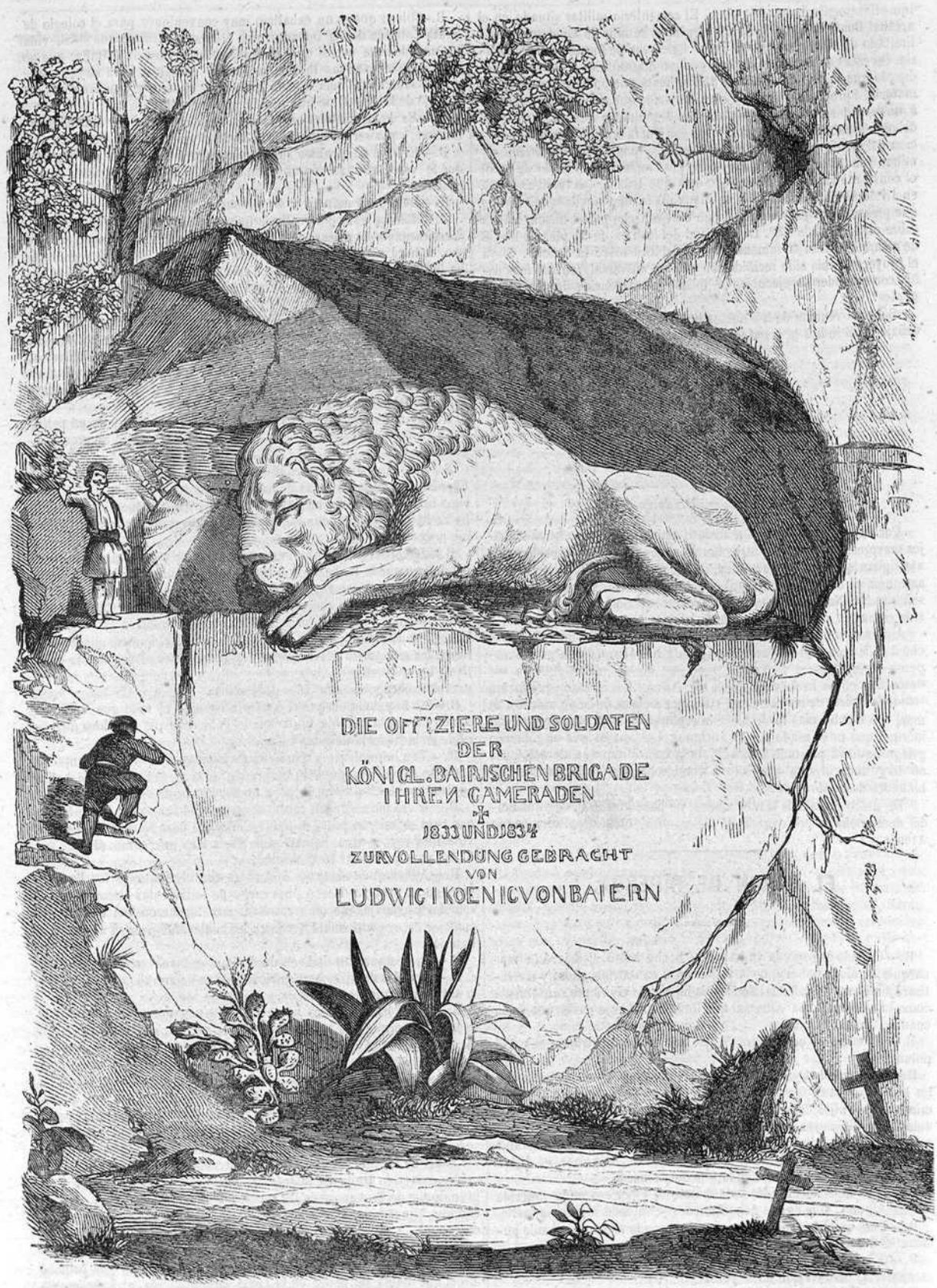
EL VIZCONDE DE BRAGELONNE.

Hace mas de un año que la BIBLIOTECA UNIVERSAL ha consagrado una de sus séries á publicar las obras escogidas del gran nove lista de la época, de Alejandro Dumas, espléndidamente ilustradas con magníficos y numerosos dibujos, por los mas hábiles artistas: estos grabados, que han p esto en accion las escenas con una verdad admirable, que han dado forma á los personajes con una exactitud estraordinaria, no son solo un adorno, sino una interpretacion interesantísima de las obras, que añaden un nuevo y poderoso encanto en estas ediciones. La BIBLIOTECA UNIVERSAL ha publicado ya *El conde de Monte-Cristo* y la continuacion *Francisco Picaud*, un magnífico tomo con mas de 400 grandes láminas, intercaladas en el testo ó tiradas aparte: *Luis XIV y su siglo*, con 180 grabados: *Los tres Mosqueteros* con 181 láminas, tiradas aparte ó en el testo; está terminando *Veinte años después*, que tendrá otras 180 láminas, y ha repartido la 1.ª entrega de *El Vizconde de Bragelonne*, que contendrá 113, de un mérito superior aun al de la ilustracion de las otras obras.

Estas cuatro obras contendrán por sí solas mas de 1,000 láminas: de las correspondientes al *Vizconde de Bragelonne* puede juzgarse por las que estampamos en las páginas del centro del presente número.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



MONUMENTO DE LOS BAVAROS QUE PERECIERON EN GRECIA.

Después de haber dado el rey Luis de Baviera su consentimiento al proyecto formado por el escultor Cristiano Siegel, de Hamburgo, para un monumento destinado á la memoria de los soldados del ejército auxiliar bávaro que perecieron en Grecia, se confirió á este artista el honorífico encargo de ejecutarlo.

Llegado en la víspera de la Nochebuena al suelo helénico, puso

inmediatamente manos á la obra. El cementerio militar situado en el arrabal Bonia delante de Nauplias y en el camino de Epidaurus, está limitado de altas y poderosas rocas calcáreas de formacion secundaria. De estas canteras tenian que sacarse 36,000 piés cúbicos de piedra, lo que se hizo en el año de 1839, hasta que pudiese encontrar el material á propósito para esta obra del arte, que habia de representar á un leon dormido. Entre las muchas dificultades que para el logro del objeto habian de vencerse, la mayor y mas sensible era la destruccion del molde y de una parte del trabajo, por medio de barrenos y minas que los mal intencionados griegos emplearon. A pesar de todo, el constante valor de Siegel pudo mas que todas estas intrigas, y ya en 15 de noviembre de 1841 se inauguró la obra acabada. El diseño que presentamos está tomado de un dibujo hecho por el mismo artista sobre un ángulo de 25°. La longitud del leon es de 31 pies; á los 38 de altura descansa la inmensa cabeza del leon sobre la tumba. Si ya el proyecto habia sido recibido con aplauso universal, ¿cuánto mas debia corresponder su ejecucion á todas las exigencias de los inteligentes?

Sobre la reunion de los huesos humanos yace el animal colosal, y debajo de él indica la inscripcion siguiente su objeto.

LOS OFICIALES Y SOLDADOS
DE LA
BRIGADA REAL BÁVARA
Á SUS COMPAÑEROS
†
EN 1833 Y 1834.
LLEVADO Á CABO
POR
LUIS I, REY DE BAVIERA.

Por falta de recursos no fué dado al artista emprender otros trabajos mayores: sin embargo, otras muchas obras de menos consideracion atestiguan su capacidad artística, v. g. el candelero del observatorio astronómico construido á espensas del banquero Siria, un busto de la señorita de Nordenpflicht, ejecutado en mármol, cuya dama habia sido camarera mayor de la reina Amalia, etc.

Un mérito especial ha contraido Siegel por el reconocimiento hecho de las capas del silicato de magnesia hidrático (vulgarmente espuma de mar) cerca de Tebas; pero aun mucho mas significan sus descubrimientos hechos en la isla de Paros. Es el caso que habia tenido la suerte de encontrar un sitio que á causa de su proximidad al mar, era mucho mas favorable á la esplotacion y al cargamento del mármol que no el usado por los antiguos. Lástima es que el gobierno griego no haya prestado á este objeto la atencion que se merece, pues no hay duda alguna que este mármol sobrepuja al de Carrara en blancura deslumbradora.

En único premio de tantos afanes, no hace mucho tiempo que Seidel desempeña el profesorado de física en la escuela politécnica de Atenas.

EL BARON DE RIPERDA.

(Conclusion.)

R.—Cuando eso suceda ya habré yo hecho bolsillo; dejaré la monarquía de modo que no pueda volver en sí en muchos años, y me retiraré á mi casa de Holanda, donde mis hijos y yo viviremos santamente como lo hace en Roma Alberoni que llevó los mismos pasos que yo en cuanto á chupar la mosca.

B.—¿Y cómo se compondrá V. E. con sus compatriotas sus Allí potencias?

R.—No soy bobo; ya me he convenido con ellos y me recibirán con los brazos abiertos. Volveré á la religion calvinista, pues ya sé el camino, y mis hijos de la primera mujer no tienen que hacer en esto, aunque lo disimulan, que buena madre tuvieron y el baroncito que está en Viena es finísimo calvinista. Tú, amigo, después de estafar lo que pudieres á los bobos que te hacen la corte, te volverás á Milan tu patria, y allí tendrás una vida á pedir de boca.

B.—Bien he conocido toda esta tramoya, y por eso no he querido empleo alguno, sino es mis negociaciones y entenderme con ellas.

R.—Pues amigo, ingeniarse, que cada cornudo saldrá por donde pudiere: el único embarazo que tengo es el de Frazquita.

B.—O dejarla ó llevarla; y tal vez puede servir de pretesto para la escapatoria; pero en esto no se embarace V. E.

R.—Ya dirá el tiempo. ¿Pero qué dicen del nuevo intendente de marina? (1)

(1) Sin duda el que sucedió al desgraciado Pedro Moreno, á quien el rey hizo despedir, se llamaba Narbona.

B.—Dicen que es un caballero muy conveniente para el colegio de Santa Catalina de los Donados: que él mismo confiesa que en su vida ha surcado mas mares que el Mediterráneo para ir á Italia: que no sabe adonde caen las Indias, ni de qué necesitan para su comercio: que no cree haya mas mundo que este y el otro, y aun las cosas del consejo de Hacienda no han podido entrar en él.

R.—Es de los grandes bonetes que tiene el rey; y por esas circunstancias, y por ser mi amigo, le he dado el empleo.

B.—El hará admirables progresos: sacará los veinte mil ducados que le vale, sin las rentas y comisiones, y se harán famosas entruchadas.

R.—De alguna manera se ha de hacer dinero.

B.—Conque esto quiere decir que vendrán á Cádiz navíos holandeses cargados de mercancías; pasarán sin registro, se estraerá plata y oro, se hará alguna negociacion para Indias, se pillará el regalo que ha hecho á V. E. la ciudad de Cádiz para que mantenga allí el comercio y contratacion, y se llevará á Holanda á que aguarde la persona de V. E.

R.—*Tu dixisti;* pero vamos adelante.

B.—Todos aseguran que estas cosas no pueden ocultarse á la gran comprension del rey; pero que las ha tolerado por complacer á la reina, á la que ha engañado V. E. con sus quiméricas esperanzas, y que en descubriéndose la falsedad de V. E. ha de caer con ignominia, no obstante su grandeza de primera clase.

R.—Para entonces estaré ya tan gordo, que no cabré en mi pellejo, y tendré mi dinero en salvo. Pero ¿dicen lo que he prometido á la reina?

B.—Sí señor; dicen, entre otras cosas, que unidas las coronas de España y el Imperio se ha de hacer guerra á Francia: que el serenísimo infante D. Carlos ha de casar con una Archiduquesa, y que se le ha de hacer rey de romanos. Ya que estamos despacio refiriera V. E. ese proyecto.

R.—Reconocí en la reina una princesa tenaz y deseosa de vengarse del desaire que la ha hecho la Francia devolviéndola la infanta destinada para esposa del rey Cristianísimo; con un confesor necio é ignorante, casi caduco, y que debiendo ser quien pusiese coto á las tropelías de su ama era quien mas la adulaba incitándola á la venganza. El rey, sumamente justo y temeroso, muy reducido á complacer á la reina; los secretarios del despacho desunidos entre sí por causas políticas; los tribunales y ministros muy sujetos con una sumision incomparable á obedecer las órdenes de la reina.

B.—No hay duda en que el confesor ha sido el todo que V. E. ha tenido para esta notable mutacion del gobierno, que será bien memorable en la historia de estos tiempos.

R.—Tan imprudente y tan falto de juicio es, que públicamente ha dicho en elogio mio que Dios en premio de la virtud del rey le habia enviado un hombre como yo para mayor gloria de esta monarquía.

B.—A eso me aseguran contestó un español celoso del bien público que todo el infierno junto se habia conjurado para ejercitar la insigne virtud del rey, y que desataron la furia mas infernal de él, que fué V. E., para perturbar todo el reino.

R.—A bien que todas esas son voces que el viento se las lleva, y yo hago mi negocio. Hecho pues cargo de todas estas circunstancias, solo dos personajes me embarazaban para lograr mi fin, que eran el confesor del rey y Grimaldo, contra los cuales fué preciso asestar mis baterías.

B.—Parece que han dado en duro segun se manifiesta.

R.—Grandes desaires han sufrido; pero es mayor su amor al rey y la satisfacion que tiene de ellos.

B.—Bien lo merecen, y no lo podemos negar aunque seamos sus enemigos, porque son la honra de la nacion, y los ministros que con mayor cristiandad y celo miran por los intereses del rey y de su corona.

R.—Es verdad, y así lo considero; pero no he podido hacer otra cosa; continuo. Considerando estas cosas, para introducirme en el agrado de la reina, la escribí que el comercio estaba perdido en España, que de las Indias se podian sacar diez ó doce millones de pesos todos los años: que se mantendrian 150,000 hombres, una armada de sesenta navíos, y se pondrian las cosas en estado de sacar á Gibraltar del poder de los ingleses, asistir al emperador con subsidios considerables, poner en Italia al infante D. Carlos, y declarado sucesor del gran duque de Toscana y de los estados de Plasencia y Parma, casarle con una hija del emperador y pedirle en dote el ducado de Milan, y haciendo á S. A. un príncipe tan poderoso en Italia, obligar después a mismo emperador, con los socorros y dinero de España, á que juntamente con el imperio le declarase rey de romanos. Y por último, ofrecí que habia de poner en el trono de Inglaterra al caballero de san Jorge.

B.—¿No mas que eso ofreció V. E.?

R.—Prometí tambien que con la guerra civil que habia de introducir en Francia contra el duque de Borbon se veria aquella monarquía

en la mayor ruina, y que al duque le habia de traer prisionero á España para ejecutar con él un ejemplar castigo.

B.—¿Estaba V. E. con la gota y deliraba, ó se habia embriagado?

R.—Nunca me hubiera visto en el puesto en que me hallo sino ofreciendo á la reina unos medios tan violentos como imposibles, para que su furia y sed de venganza se pudiesen satisfacer, en la confianza de que se lograrian; porque la venganza en las mujeres es una pasion muy vehemente, y mas en personas tan elevadas.

B.—¿Y al rey, cómo pudo V. E. reducirle á creer tales cosas?

R.—No quiero engañarme suponiendo que S. M. las haya creido, pues su penetracion es grande y mayor su juicio; pero por dar gusto á la reina ha convenido en entregarme el manejo de la Hacienda, Comercio, Guerra y todo el gobierno para que pueda poner en práctica cuanto he prometido.

B.—Muy débiles piernas tiene V. E. para sostener tanto peso, y me temo que ha de dar en tierra. ¿Pero de Viena no hubo alguna recomendacion?

R.—Mucho de eso, porque el oro de España ha dado gran aliento á los tudescos: aquel ministerio ha escrito pasmos de mí á los reyes, y el emperador igualmente, y aun han asegurado que cuantas pretensiones tengan SS. MM. solo por mi direccion y medio se podrán conseguir, por la gran reputacion y crédito que tengo en aquella corte.

B.—Vamos claros, que buen dinero ha costado esta paz y buenos coscorrones ha de costar; así abominan todos de ella.

R.—¿Pues qué murmuran?

B.—Dicen que paz tan indigna y contra el propio decoro y majestad no la ha hecho príncipe alguno; pues sin fundarse en ella el incontrastable derecho del rey á esta monarquía, por lo que tantas provincias y tantos millares de hombres se han sacrificado, se conviene en que el emperador se titule rey de España, dando á entender en el tratado que renuncia esta corona como si fuese suya, y que al rey le deja de limosna lo que le pertenece: que además de esto se le ha pagado la paz, enviando el medio millon de pesos que anticiparon los gremios de Madrid: esto es lo que se sabe, pues se asegura que han sido mayores cantidades; y aun las gacetas públicas dicen llegan ya á tres millones de pesos los recibidos.

R.—No es tanto; pero poco le falta.

B.—Los españoles-tudescos que han venido de Viena dicen públicamente que el rey ha quedado con los dominios de España y de las Indias como virey puesto por el emperador y sugeto en todo á sus órdenes, que se han de comunicar por su embajador el conde de Konisek y después por V. E.

R.—Cierto que si no lo es lo parece, porque no se pueden hacer las cosas con tanto secreto que no se trasluzcan.

B.—Dicen tambien, y esto con mucha razon, que la mayor indecencia que tienen estas paces es el haberse permitido al emperador que en el escudo de sus armas ponga las de España al lado derecho, representando la mayoría, y que esto se vea públicamente en la corte del rey nuestro señor, quien por sus incontrastables derechos á la corona de España representa el primer varon de ella.

R.—Eso por de fuera le cae, y son quimeras de la fantasía que no importan nada.

B.—No es materia tan despreciable como V. E. la hace, porque yo no sé que el decoro y autoridad de los príncipes consista en otra cosa. Los portugueses se levantaron con el reino de Portugal á fines del año 1640, aclamaron al duque de Braganza por rey, y en la paz que hicieron con España el año de 1668, fué uno de los artículos secretos que esta corona no habia de poner en su escudo de armas el de Portugal, como se ha ejecutado; y es aquel rey en competencia con el de España, como dijo Alberoni al embajador Vasconcelos, lo que el duque de Parma en competencia con el emperador. Vea V. E. si otro algun príncipe permitiera semejante cosa: lo cierto es que á los honrados españoles que miran con el celo debido por los intereses y decoro del rey, les ha causado esto una notable vergüenza; yo he oido murmurarlo mucho, y que si no fuera por el disgusto que darian á S. M., ya hubieran ensuciado á Konisek las armas el dia que las puso.

R.—Todo eso es chilindrina; ¿pero no dicen mas de las paces?

B.—Dicen tambien que si el rey tenia tantos deseos de hacerse amigo del emperador, por medio de una paz que da la ley á S. M., sin tanta costa de dinero la hubieran ajustado las potencias mediadoras y garantes en el congreso de Cambray, sin haber perdido cuatro años en disputas inútiles.

R.—Claro es que siempre que el rey hubiera querido la paz en la forma que lo ha hecho, se hubiera conseguido en Cambray sin dificultad alguna; pero no era este el fin principal: el tratado de comercio que el emperador queria hacer con la España era el que embarazaba la paz.

B.—Y con razon, porque la compañía de Ostende, si ahora no se arruina, con el tiempo ha de quitar la mayor parte del comercio á los ingleses y holandeses, y este es punto muy grave para sus intereses.

R.—Todo príncipe está obligado á mejorar los suyos en la forma que le parezca conveniente.

B.—Es cierto; pero debe ser sin perjuicio de las otras potencias y de los tratados celebrados entre sí; cuando la Flandes con el puerto de Ostende era de España, no podian aquellos armadores ni comerciantes pasar á las Indias, que eran del propio monarca; y ahora que la Flandes con Ostende es del emperador, se permite que vayan allá sus navíos, cosa que no se ha concedido á otra nacion alguna. Esto es sin duda contra todo lo establecido en los tratados de paz y de comercio hechos hasta ahora con España.

R.—¿Pero qué tiene que ver eso con el tratado de alianza y confederacion que después han hecho las tres potencias de Francia, Inglaterra y Prusia?

B.—Eso es meternos en muchas honduras, y ni V. E. ni yo tenemos cabeza para discursos de tanto fondo.

R.—No obstante, hombre del diablo, pues eres mi consejero de Estado, hablemos un poco en la materia.

B.—¿De cuándo acá se detiene V. E. en consideraciones? ¿V. E. no ha ejecutado cuantos disparates se le han puesto en la cabeza, sin atender al fin que podian tener? ¿No ha salido de los mas de ellos con el rabo entre piernas, vergonzosa é indignamente? ¡Y ahora quiere V. E. meterse en discursos políticos, que ni uno ni otro entendemos, y en los cuales es preciso que digamos mil disparates!

R.—Es un desatino gastar el tiempo en discursos; pues cuando se piensa que conviene una cosa es preciso ponerla por obra, salga como saliere; que para todo hay remedio sino es para la gota y la muerte. Mas á pesar de que conocemos nuestra mútua flaqueza de juicio, hablemos un poco en esta materia.

B.—V. E. me perdone, que yo no la entiendo.

R.—Yo tampoco; pero saldremos como se pudiere.

B.—Sea pues. El tratado de Haunover, á mi entender, tiene por objeto principal precaverse del crecido poder del emperador, porque desde que se desunieron los dos imperios de Oriente y Occidente, no ha habido emperador de mayores fuerzas que el presente; y aunque no tiene sucesor en quien recaigan unidos tantos dominios, conocida está la ide que tiene, en caso de que Dios no le dé hijo varon, de casar al príncipe heredero de Lorena con su hija mayor, y hacerle rey de romanos, uniendo aquel pequeño estado á tantos dominios.

R.—No sé yo cómo podrá ser eso, porque el elector de Baviera y el príncipe electoral de Sajonia que estan casados con hijas del emperador José, serán pretendientes acérrimos á la dignidad de rey de romanos, y entrarán en disputa sobre la sucesion de los estados hereditarios de Austria.

B.—Por esta razon ha arreglado el emperador la sucesion de los estados de su casa por una pragmática-sancion para descubrir desde luego las ideas que podrá ocasionar faltando su sucesion masculina, y este es el principal fundamento á que mira el tratado de Hannover.

R.—¿Pero qué interesa esto á la Francia, á la Inglaterra y á la Prusia?

B.—En la Francia considero yo unos fines muy vastos: conviene á esta corona que el imperio recaiga en una persona afecta suya; que no se unan en dicha persona los estados hereditarios de la casa de Austria, porque recayendo todos en príncipes de cortas fuerzas, harán bastante en sostenerlos cada uno, y no siendo tan fuerte el emperador podrá este incomodar menos á la Francia por su vecindad, y ella engrandecerse mas, conforme lo pida el tiempo. Esto es por lo que mira á los intereses presentes; que una vez encendida en Europa una guerra de intereses tan encontrados, podrá la Francia resucitar sus antiguas pretensiones á la mayor parte de ella.

R.—¿Cuáles son sus pretensiones?

B.—Pretende todas las tierras que componen el antiguo reino de Austria; la dignidad de emperador, fundada en su union con la Francia en Carlo Magno con consentimiento del pueblo romano; la soberanía de toda la Flandes, cuyos condes rindieron homenaje á su corona, y aun Carlos V lo hizo en persona á Francisco I; el reino de Navarra, que en el año de 1512 quitó el rey católico á Juan de Labrit á instancia del papa Julio II; los reinos de Leon, Castilla y Aragon, por los derechos de Carlo Magno; el de Portugal por el derecho de los hijos de Matilde de Boloña; el de Inglaterra por Luis el Jóven, á quien los ingleses llamaron y coronaron por rey; las islas de Mallorca y Menorca, por las cuales el rey D. Jaime de Aragon rindió homenaje al obispo de Montpellier, cuyo derecho tienen los reyes de Francia desde el año de 1285; la isla de Cerdeña que tuvo Carlos, hijo de Felipe el Animoso, por la destitucion de Pedro, rey de Aragon; los reinos de Nápoles y Sicilia por Carlos d' Anjou, hermano de San Luis, que fué llamado á Italia por el papa Urbano IV para conquistar estos estados; la república de Génova que se sujetó voluntariamente el año de 1316 á los reyes Carlos VI y Carlos VII, quienes establecieron en ella á Juan d'Anjou el año de 1438; los duques de Milan se apoderaron de los estados de esta república y los tuvieron hasta el año 1499

que Luis XII los recobró y los reunió á la corona de Francia; el ducado de Milan que pertenecia á Luis de Orleans, hermano de Carlos VI, y el emperador Maximiliano le dió en feudo á Luis XII. En el año de 1505 el rey Francisco I le tuvo por el tratado de Noyon, y Carlos V, cuando pasó por Francia ofreció devolvérsele. El Piamonte, por haber pertenecido á la Provenza en la persona de Juana, reina de Nápoles, á quien se lo quitó Amadeo VII, duque de Saboya, el año de 1375. El condado de Avignon tambien por parte de la Provenza, y su antiguo feudo el principado de Orange. Luis XI compró esta soberanía año de 1475, de Luis, príncipe de Chalons Orange por 400,000 florines de oro, y lo reunió al Delfinado. Después los reyes de Francia se han apoderado de ellos siempre que los príncipes de Orange han incurrido en felonía. Además de estas antiguas pretensiones puede tener la Francia la legítima herencia de toda la monarquía de España por la infanta Doña María Teresa, haciendo inválida la renuncia del Delfin y del duque de Borgoña, padre y abuelo del actual rey cristianísimo, para que entrase en ella el rey nuestro señor, segundo-génito del Delfin, á quien pertenecia por su madre la Infanta, y cuando no tenga esta pretension puede hacerla de la parte de los estados de esta corona con legítimos derechos, solicitando la reparticion de ella por los Paises Bajos y los reinos de Nápoles, Sicilia, Cerdeña y el Estado de Milan, y tambien á parte de los estados que la casa de Austria llama Hereditarios por los reinos de Hungría y Bohemia, que pertenecen á la corona de España en la persona del rey Felipe III, no obstante la renuncia que este príncipe hizo de ellos al emperador Fernando II, y la aceptacion que este emperador, bajo ciertos pactos por el instrumento ó escritura hecha en Praga en marzo del año de 1617, que rectificó en Viena el emperador Fernando III el año de 1631.

Por lo que mira al rey de Inglaterra, como elector duque de Hannover, y al rey de Prusia, su yerno, como elector duque de Brandemburgo, tienen intereses comunes y particulares; el interés comun es la religion protestante, por lo que quieren recaiga el imperio en príncipe que no herede los estados de la casa de Austria, y si pueden conseguir, lo que dudo, en príncipe de su comunion. Los intereses particulares, por lo que mira al elector de Hannover, son las pretensiones que tiene á la mayor parte del obispado de Ildesheim, que los duques de Brunsvick poseyeron hasta el año 1629, una gran parte del país de Eiesfeld, como perteneciente al ducado de Sajonia Limbourg, la fortaleza de Penne y el ducado de Sajonia Limburgo, de que desposeyó á Pedro de Leon, duque de Brunsvick. Estas son pretensiones algo remotas; pero la principal pretension é interés mira á que la corona de la Gran Bretaña subsista en la línea protestante de Hannover, segun el acta del parlamento de Inglaterra de 1701. Por lo que toca al elector marqués de Brandemburgo, rey de Prusia, los intereses comunes son los mismos que los del elector de Hannover, su suegro, y los intereses y pretensiones particulares son grandes. La Prusia Real que pertenece á la república de Polonia, conviene al elector reunirla á la Prusia ducal, aunque sea por medio de la usurpacion, como obtuvieron esta sus abuelos, y aunque fuese con el propio homenaje á los polacos; que después se libertaria de él como lo ha hecho por la Prusia ducal. En la mayor parte de la Prusia Real está introducida la religion de Lutero y Calvino. En esta Prusia está la ciudad de Thom, donde sucedió en nuestros dias aquel caso ruidoso de arruinar á los luteranos su iglesia, sobre cuyo suceso todos los príncipes de la religion protestante estan con las armas en la mano aguardando la satisfaccion que los dé el rey y república de Polonia. El elector de Brandemburgo es un príncipe muy poderoso y aplicado á la guerra, y asistido de los protestantes puede hacer mucho daño á la Polonia y adelantar sus dominios, y á este interés tan útil que se le puede seguir al rey de Prusia en las ventajas de la guerra de Alemania y que el imperio recaiga en príncipe que no sea tan poderoso como el actual emperador, puede añadir la pretension que tiene á toda la Pomerania, que fué cedida al elector de Brandemburgo en la paz de Munster el año de 1648, de la cual posee hoy solamente la Pomerania ulterior; pretende el ducado de Jaegeudorff en Silesia, que se dió el año de 1524 como en recompensa á Jorge Margrave de Brandemburgo, y hoy le posee el príncipe de Liethenstein, no obstante las repetidas y nuevas protestas del elector de Brandemburgo á quien pertenece, y el Burgraviado de Nuremberg; estos me parece que son los principales fines que han tenido estos tres monarcas para el tratado hecho en Hannover.

R.—Raras noticias tienes, hombre del diablo; ve adelante, que me tienes embobado.

B.—El parlamento de Inglaterra ha convenido en el tratado de Hannover por deshacer la compañía de Ostende; este es el fin que tiene en la cesion resuelta, y mantener la sucesion de aquella corona en la línea protestante de su príncipe, de quien es muy amante, y así le ha concedido todo lo que ha querido, con la mayor admiracion de toda la Europa, y como no se ha visto con otro monarca. Los holandeses no podian menos de seguir los mismos pasos que los ingleses; y no sé con qué fundamentos se persuadio V. E. á que no accederian al tratado de Hannover, asegurándolo el rey y publicándolo como cosa hecha, siendo V. E. holandés, y teniendo obligacion de conocer los intereses de aquella república: esta es una prueba evidente de que V. E. no tiene un adarme de talento, y que en esa cabeza no hay sustancia, pues se persuadió de que el miedo, la codicia, la division y cuatro simplones que á V. E. lisonjean, le escriben y chupan muy buenas pensiones á la corona de España, serian capaces de trastornar todo el seso de aquellos hombres sabios que con tanto pulso y consideracion miran por el interés de aquella república; esto es engañarnos nosotros mismos y llevarnos al precipicio. La Suecia es preciso que suscriba el tratado de Hannover por el interés de su religion, y por conseguir aquella reina, enamorada de su príncipe de Hesse-Cassel, que el nuevo rey de romanos que se eligiere dé la dignidad electoral á su casa. Considera esta princesa que faltando ella, como no tiene sucesion, la Moscovia ha de emplear todas sus fuerzas para que el duque de Holstein Gotorp, su sobrino, casado con la hija mayor del Czar Pedro, entre en la herencia de la Suecia, como hijo de su hermana mayor á quien pertenecia la corona, si viviese, y que en este caso queda su marido con el título fantástico de rey, por cuya razon pretende con esta alianza sacarle la dignidad electoral: además de esta pretension puede tener tambien la de que se restituya á aquella corona lo que la Moscovia la ha quitado en estas guerras últimas, y resucitar las antiguas pretensiones sobre la Pomerania ulterior, los ducados de Juliers y Cleves, el condado de Valdens, el de Delmenshorst, el país de Tradeven y los diversos derechos de peaje contra los duques de Meclemburgo. La Czarina se halla con intereses encontrados para la resolucion que ha de tomar; su marido, pocas horas antes de morir, la dejó encargado con la mayor premura tomase satisfaccion de los polacos por el suceso de Thorn; el nieto del Czar Pedro, príncipe heredero de aquel imperio, es hijo de una hermana de la emperatriz actual Isabel Cristina de Wofenhutell, y el único varon que ha quedado para matener la gloriosa memoria del Czar; se ve obligada á mantener lo que su marido quitó á la Suecia; tiene pretension al ducado de la Lituania por el derecho de conquista; pretende de la Suecia la Carelia y la Ingria; y asimismo de la Polonia toda la Livonia por el antiguo feudo de la Rusia, con otras pretensiones menores. Estos intereses, y principalmente el de la religion, tienen á la Czarina indecisa, pero precisamente ha de acceder al tratado de Hannover, porque es lo que conviene á sus intereses.

R.—No puede ser eso, que ahora envio yo allá á Lambilly que la hará entrar en el tratado de Viena.

B.—De buen embustero se fia V. E.: este es el mismo que solicitó por sugestion de Alberoni que la Bretaña se sublevase, y él y otros caballeros bretones á quienes engañó se vieron precisados (descubierta la conspiracion) á retirarse á España: allá ajusticiaron en estátua á Mr. Lambilly, y le confiscaron sus bienes. ¿Qué puede ejecutar un hombre que ha sido traidor á su legítimo príncipe, y qué juicio quiere V. E. que formen la Czarina y sus ministros de que el rey Católico, hijo de la casa real de Francia, envie por su embajador á un francés rebelde?

R.—No se enfade V., señor consejero de Estado: Lambilly es hombre de bien, y me ha ofrecido en caso de guerra introducir la civil en Francia por la Bretaña, y que al duque me le ha de traer preso á la cárcel de Madrid.

B.—Siendo V. E. el primer ministro de esta monarquía, no es estraño seamos consejeros el administrador del Buen Suceso, Agüero, Avila, Palacio, Lope-García, Verdes-Montenegro y yo; y que de nosotros lo sean, entre algunos pícaros, otras personas de mayor estatura, como Felipon, Duro, Ocio, Narbona, Montemolin y otros perillanes de admirables cabezas; pero así va ello, que quiere el diablo que con nada acertemos.

R.—Eso es quimera, pues todo va admirablemente; pero dejemos esto, que es tarde; y dime, amigo íntimo mio, si la Dinamarca entrará en nuestra alianza.

B.—Los reyes de Suecia y Dinamarca y el Czar de Moscovia tienen pretensiones y derechos encontrados para la resolucion que han de tomar, si el interés de su religion no los une. La Dinamarca pretende la antigua Vandalia, cuyos títulos y armas hace mas de trescientos años que usa de ellos: por derecho de sucesion pretende la isla de Rugen; por el derecho de conquista pretende todo el reino de Suecia; por el acta solemne que Margarita, reina de Dinamarca, Suecia y Noruega, hizo con los Estados Generales de estos tres reinos el año de 1397, por el cual se estableció para siempre que solo habria un rey en estos tres reinos, sobre cuya validez ha habido crueles y sangrientas guerras entre los reyes de Dinamarca y Suecia. Pretende tambien las islas de Gotland, Schonen, Halland y Blekingen, que le han sido cedidas por diversos tratados entre estas dos coronas, especialmente por el de Brösembro el año de 1645: pretende asimismo la soberanía

del ducado de Slesvich contra los duques de Holstein Gotorp, la de Lubec con sus dependencias, y algunos derechos de peaje sobre el rio Weser, en perjuicio de la ciudad de Bremen; y últimamente pretende la jurisdiccion sobre el mar Báltico, de que dice que está en posesion hace mas de diez siglos, y para cuya conservacion ha hecho grandes espediciones contra los rusos, los livonios y otros pueblos que habitan sus costas, y á los que ha hecho sus tributarios, y por estas razones estoy indeciso en el partido que tomará este príncipe, bien que no dudo le conviene entrar en la alianza de Hannover.

R.—¿Y qué juicio haces de los demás potentados de Alemania?

B.—Que los mas protestantes se unirán, y que los católicos harán un cuerpo entre sí para que la dignidad de rey de romanos recaiga en alguno de ellos.

R.—¿Y por lo que toca á Italia?

B.—Considero que el duque de Saboya no puede menos de firmar el tratado de Hannover; está ofendido de los españoles porque le quitaron el reino de Sicilia para regalársele al emperador, de quien tambien está ofendido. La Francia, sin dar nada suyo al duque, le puede dar mucho, porque puede darle el ducado de Mántua, que confina con el Monferrato, para estender sus dominios por la Lombardía; puede ceder el duque de Saboya la Cerdeña porque se le dé el estado de Milan, cuya pretension tiene, por decir se le ofreció cuando el matrimonio de la infanta de España Doña Catalina, hija del rey D. Felipe II, en el cual se convino que el primer hijo varon de este matrimonio tendria el Milanesado, que se uniría á la Saboya, porque llevase el título de rey de Lombardía; pero que esta capitulacion secreta no se cumplió



(La torre del Temple en París.)

aunque la infanta duquesa tuvo muchos hijos. Tiene el duque otras muchas pretensiones, y sobre todo es su grande interés la guerra, para adelantarse como lo ha conseguido siempre. Y el emperador no le puede dar nada sino es quitándoselo á sí propio. Los venecianos y el gran duque de Toscana, que son después los mas poderosos de Italia, permanecerán neutrales aunque el poder del emperador les es insoportable, y siempre contribuirán á arrojarle de ella en lo oculto, y á no engrandecer mucho al duque de Saboya.

R.—Y del sistema de las cosas presentes qué concepto formas, carísimo amigo?

B.—El juicio que hago en general es, que los intereses de todos los príncipes son muy contrarios unos á otros, por lo que no puede subsistir mucho tiempo ni la alianza de Hannover, ni la del tratado de Viena; tardará algun tiempo en declararse la guerra; pero después será la mas sangrienta que se haya visto, en la cual tendrá mayor poder y fuerza la negociacion que las armas; España se desengañará de socorrer al emperador con dinero, y conocerá que de este príncipe no puede recibir ningun auxilio, no habiendo fuerzas marítimas que le trasporten, y teniendo tres enemigos tan poderosos en el mar como Francia, Inglaterra y Holanda. La Francia cargará todas sus fuerzas en la Alsacia y en Flandes, con algun pequeño cuerpo que unido á las tropas inglesas y holandesas, hará mucho daño al em-

perador. Este príncipe tiene sus dominios muy separados para acudir á todo; en Lombardía necesita de un cuerpo de mas de 30,000 hombres; en Hungría para guardar las provincias conquistadas al turco necesita de otro cuerpo de igual número; en Nápoles y Sicilia es preciso que deje tropas; en Alemania ha de cargar toda su fuerza para resistir á la Francia, y no debe descuidarse en Flandes porque le birlarán los Países Bajos: vea V. E. cómo este príncipe nos ha de socorrer, tan distante de nosotros y tan apretado de sus enemigos; esto sin considerar que la guerra se estenderá en el Norte contra la Polonia y contra los aliados del emperador. Por lo que toca á España, no creo que la Francia la declare la guerra, á menos que los españoles se entremetan á deshacer el agravio que se hiciera al emperador intentando hacer alguna diversion á la Francia por la frontera. Si esto sucede será la ruina de esta corona, porque se encenderá una guerra cruel en Cataluña, donde se necesitan todas nuestras fuerzas, pues los catalanes estan ya en la última desesperacion, sin recurso alguno para la restitucion de sus fueros, y se entregarán á los moros como se les ofrezcan y les quiten el catastro. La Francia con 10 ó 12,000 hombres por aquella frontera, y con 30 ó 40,000 fusiles encenderá un fuego que ha de costar mucha sangre apagarlo. Entre tanto las fuerzas marítimas de los enemigos quemarán y apresarán los navíos y flotas de España aun en los propios astilleros; si esto sucede, querido duque mio, veremos en nuestros dias aquellos tiempos del rey D. Juan el II, en que las reinas de Castilla se ponian en dias de fiesta un corpiño de terciopelo, y las reñian sus confesores por la profanidad. Y pues V. E. quiere oirme sobre esto, ¿qué será del emperador y del imperio si el turco desocupado de la guerra de Persia, y con el poder de aquel grande dominio en el Asia, piensa en recuperar las provincias que le ha quitado el emperador en Europa? De esto se puede seguir grave perjuicio á la cristiandad. ¡En qué estado se pone esta desgraciada monarquía de España! Llena de príncipes, sin darlos de comer, sin dominios, y reducida á un continente pobre y desolado! Yo creo que la gran capacidad del rey ha de considerar todas estas cosas para mirar por su Real familia y sus pobres vasallos, para atender lo que conviene la union con la corona de Francia, que tanta sangre ha derramado por mantenerle en el trono, y para considerar que el emperador es aquel príncipe tan acérrimo enemigo suyo y de toda la casa Real de Francia; que su amistad será la última ruina de esta monarquía; que lo que conviene á S. M. es vivir algunos años en paz, especialmente con Inglaterra, porque dice un antiguo refran español, *con todo el mundo guerra y paz con Inglaterra;* mantenerse S. M. con reputacion con las tropas que tiene, restablecer la marina, la fé pública que V. E. le ha quitado, su comercio interior y esterior, fiarse de sus propios vasallos que tan amantes y fieles le han sido: de esta suerte se hará príncipe temido de sus enemigos y respetado de todos; se podrá pensar en recuperar lo perdido; todas las potencias desearán su alianza, porque no se pueden mantener unidos mucho tiempo príncipes tan poderosos y de tan contrarios intereses. El casamiento del infante D. Carlos con la hija del emperador es una fantasía, y engaño querer persuadirnos á que se ejecute: el emperador conserva un ódio interior irreconciliable contra la augusta casa de Borbon; esta se halla hoy dominando las monarquías de España y Francia; ¿Cómo pues puede ser que con su misma sangre quiera establecer el emperador otra tercera línea de esta augusta casa en Italia, para que con el tiempo se vea en ella el imperio romano, y que los Borbones, que siempre han sido émulos de los austriacos, y estos sus mayores enemigos, tengan los tres dominios mas poderosos de toda Europa? No puede ser; y aunque el emperador quisiera, se habian de oponer todos los príncipes de Alemania. Mas dijera; pero parece que Frasquita ha venido y V. E. se duerme.

R.—Hombre, has hablado como un Tito Livio; yo no me cuido de nada de eso; lo que me importa es tirar la mecha todo lo que pueda, hacer bolsillo, y marchar cuando no pueda mas á Holanda.

B.—Cuanto antes ha de ser mejor, porque recelo han de apedrear á V. E. por esas calles. Grandísima insolencia ha sido venirse V. E. á hacer teatro de sus atrevimientos (1) el propio sagrado de palacio, á vista, ciencia y paciencia de los reyes, príncipes, infantes y de toda la sociedad de una corte tan grande.

R.—Esto y mucho mas se puede hacer de los españoles.

B.—Bastante prueba es del respeto que tienen á su príncipe, pues en otra corte ya le hubieran pegado fuego á V. E.

R.—No me dejarán en otra parte ser tan insolente.

B.—Pues cuidado con el fin que tiene esta comedia.

R.—Adios, adios, buenas noches.

B.—Adios, señor D. Juan, Guillermo, Jacob, Otman de Riperdá, duque grande de primera clase.

JOAQUIN MALDONADO Y MACANAZ.

(1) Sustituimos esta y otras muchas frases á las del original, porque su escesiva claridad las hace peligrosas para los oidos delicados.

CAPAS, SOMBREROS, GORROS Y MONTERAS.

Se ha creido generalmente que Squilache habia sido el primero que se declaró enemigo de las capas largas, y el primero tambien á quien horripilaron los chambergos. Pero segun parece era ya manía antigua la de hacer la guerra á las capas y declararse contra los chambergos, y aun se estendió tambien á las monteras y gorros; y á juzgar por las severas penas que se imponian á los embozados, puede decirse que cada capa encubria un conspirador.

En 1716 mandó Felipe V que cualquiera persona que fuera embozada y llevara montera, gorro calado ú otro cualquier género de embozo que ocultase el rostro, fuera presa inmediatamente y se le diera cuenta para tomar la resolucion conveniente. Debió olvidarse á menudo esta prohibicion, pues vemos que se repitió en 1719, 725, 729, 737 y 740. En 1741 se mandó que bajasen todas las tardes dos alcaldes de corte al Prado, para que no paseáran los embozados; pero cuando hubo mas rigor contra ellos fué en 1745. Entonces se mandó que si los contraventores eran de distincion, consultase la sala al Consejo acerca de la pena, y esperara la Real resolucion; y si eran de menos distincion fueran condenados á cuatro años de presidio y doscientos ducados de multa, y siendo de la clase ínfima á las armas, y en caso que no fueran útiles á ocho años de presidio. Se prohibió la capa larga, montera, sombrero ó gorro calado en paseos, teatros, procesiones y festejos populares, siendo comprendidos tambien los que fueran en coche, que así como los que iban á pié tenian precision de llevar la cara descubierta.

No se mostró Fernando VI mas complaciente con los que usaban capas largas, pues en 1757 renovó las disposiciones anteriores y se formó una institucion respecto al paseo del Prado cuyas principales disposiciones eran las siguientes:

La prohibicion de capas en el paseo del Prado viejo comprende todo el distrito que se riega y se estiende desde la esquina de la casa del duque de Medinaceli hasta la puerta de Recoletos por ambos lados.

No se permite en este sitio estar, transitar ni quedarse á pasear con capa, persona alguna de cualquier estado, clase y condicion que sea.

Esta prohibicion no se entiende con los tragineros y caminantes de á pié, á caballo, calesa ó coche, siempre que fueren desembozados via recta y sin detenerse; pero si estuviese ya formado el paseo y en carrera los coches, de forma que sin cortarla no se pudiese pasar, en tal caso se precisará á todos los de esta especie busquen el rodeo que les convenga para tomar su camino, sin tomar el recinto del paseo.

El resguardo que debe tener el espresado recinto debe ser tomando principio en la puerta de Recoletos á mano derecha, y en la primera boca calle que baja por el convento nuevo de las Salesas; poniendo dos soldados y otros dos en la siguiente, por la casa que habita la marquesa de Astorga; en el estremo de la calle de Alcalá para salir al Prado cuatro soldados, un alguacil de corte en traje de golilla con vara alta, y otros cuatro soldados en la carrera de San Gerónimo, entre las dos esquinas de las casas de la duquesa de Asís y duque de Medinaceli, y desde este sitio atravesando el camino hácia la torrecilla, se apostasen otros cuatro soldados con un alguacil, para que estos y los inmediatos de la carrera de San Gerónimo guarden las avenidas del Prado de Orejon y del Retiro hasta la puerta verde: y por la acera contraria que es del Pósito Real, estuviesen en la puertecilla otros cuatro soldados con un cabo, un alguacil de corte con vara alta y un oficial de la sala, para resguardar todos el sitio que baja desde la puerta de Alcalá y barrio de Villanueva: y siguiendo adelante toda la acera del Pósito hasta el átrio de la iglesia de Copacabana, se repartiesen cuatro soldados; y últimamente otros dos en la puerta de Recoletos, con advertencia de que los dos porteros del señor alcalde de corte, y un oficial de sala debian estar á su órden, como las demás personas señaladas para el resguardo, sin hacerse novedad en el piquete que ssiempre se pone en el Prado.

Que cuando llegase alguna persona con capa para entrar en el paseo, el alguacil ó soldado mas próximo la detuviese con templanza, advirtiéndola la prohibicion de que con semejante traje se entre en el paseo; y si insistiese en esto ó en que se le ha de manifestar la órden, se la condujese ante el señor alcalde, sin llevarle asegurado, ni con tropelía, sino en medio de dos soldados donde hubiese cuatro, y con uno donde hubiese dos.

Que la pena de cualquiera desobediencia ó desacato fuese al arbitrio de la sala, segun la cualidad del esceso, dándose cuenta de ella diariamente con testimonio para que incluyéndose en el pliego diario que se remite á S. M., se hiciese mas respetable esta providencia.

Que esta no solo tuviese lugar en la gente de á pié ó á caballo, sino tambien en todos los que fuesen con capa en coches; y mucho mas con aquellos que cometieren el fraude de llevarla escondida dentro

del coche ó de otro modo, y después de introducidos en el paseo se la pusiesen; y no debiendo disimular el engaño de este desahogo, con buen modo se les haga salir del paseo, y en caso de resistirse, providenciar que el cochero se salga, y si no obedeciese se le asegure y ponga en la cárcel.

Para evitar tropiezos con los clérigos ó eclesiásticos, se solicitaba que en el espresado sitio asistiese un notario eclesiástico para auxiliar las providencias.

Esta prohibicion se habia de observar igualmente en los dias de otros paseos públicos, fuera del prado de San Gerónimo, como son el de San Blas, del Angel, San Pedro, San Juan y otro cualquier: y lo mismo por todo el tiempo de la octava de la Asumpcion de Nuestra Señora en el convento de Atocha.

Se mandó tambien que se cuidara mucho de la observancia de los bandos que prohibian en los paseos públicos limeras, ramilleteras y otras mujeres perjudiciales, ni pobre alguno.

Los coches tenian que tomar la vuelta en la puerta de Recoletos y en la torrecilla, que componian el principio y fin del paseo.

Tales eran las prohibiciones que pesaban sobre los paseantes del Prado de San Gerónimo, antes que el famoso Squilache tropezara con el motin que produjera las capas y los sombreros.

UNA ARISTOCRACIA DE AMOR Y OTRA DE GLORIA.

I.

Lo que voy á contar es una anécdota histórica que recogí en un pueblo, francés en el dia pero nuestro en otro tiempo, pueblo muy vecino á nuestra frontera de ahora, donde aun se habla nuestro idioma, y donde las leyes pueden ser francesas, pero los corazones son aun catalanes.

En este pueblo, situado á la falda de los Pirineos, vivia una pobre familia, cuando aun la hidra revolucionaria alzaba en Francia todas sus monstruosas cabezas, cuando el Hércules de los tiempos modernos no habia aun aparecido.

El hijo mayor de esta familia se llamaba Pablo, y era un jóven cumplido en toda la estension de la palabra. No tenia dinero, es verdad; era de pobre y oscura cuna, es cierto; su educacion era descuidada como la de un miembro de una familia montañesa; pero en cambio era el mozo mas intrépido y arrogante que se conocia en muchas leguas á la redonda. Manejaba el palo como antiguamente Roldan su hacha de armas; jugaba la honda como el florete San Jorge, y ahogaba el lobo entre sus brazos con la misma facilidad que lo hubiera hecho con un maniquí de viento. Sus bellas cualidades le hicieron amar de todos.

Las jóvenes del pueblo eran las primeras que le miraban con ojos llenos de ternura; pero entre todas ellas Pablo no vió mas que una. Teresa fué la que se conquistó el amor de su jóven y noble corazon; Teresa, buena y graciosa, hija de un labrador de los mas acomodados del pueblo.

No fué ciertamente por su riqueza por lo que el jóven pastor fijó en ella sus miradas: fué por su hermosura y su virtud. Era Teresa en efecto el modelo de las jóvenes. Ninguna se hubiera atrevido á decir que valia mas que Teresa, ni siquiera hubiera osado compararse con ella; de tal modo su superioridad era confesada y admirada por todo el mundo. Caritativa, dulce, amable, modesta, sabia atraerse la estimacion de los pobres y de los ricos, que cada dia tenian ocasion de descubrir en ella una cualidad nueva, y nunca un defecto.

Los dos jóvenes parecian nacidos el uno para el otro, y no tardaron en amarse con ese amor puro, afectuoso y sincero, que no tiene los arranques violentos de una pasion irresistible, pero que en cambio posee los goces secretos y sencillos de una intimidad constante y á toda prueba.

Teresa tenia dos años menos que Pablo; edad y gustos, todo era en ellos comun; pero no así la fortuna, ese dique cruel é implacable donde van á estrellarse á menudo pasiones y conciencias.

Pablo no poseia mas que un corazon de oro y un porvenir henchido de ternura y adhesion. Esto, que es ya un verdadero tesoro, un tesoro inapreciable para una jóven, es por lo comun una circunstancia muy mediana y muy insignificante para un padre, cuando no lo puede acompañar con una riqueza mas positiva. Así es que el padre de Teresa, viendo que Pablo no tenia nada, puesto que no tenia dinero, que lo es todo, no quiso admitirle por yerno ni recibirle en su casa.

Grande debia ser y grande fué en verdad el dolor de los dos amantes. Tuvieron que limitarse á hacer lo que tantos otros en su lugar: se juraron un amor eterno, se juraron fidelidad hasta la muerte.

Ay! en este mundo, cuántos juramentos de esta clase, y de otras tambien, se ha llevado el viento!...

Mientras aguardaban dias mejores; mientras esperaban que les sonriera el sol de la felicidad, los dos jóvenes prosiguieron amándose, envolviendo cuerdamente su cariño en el misterio necesario para que no lo sorprendiera la mirada escrutadora del rebelde padre. Su mútuo cariño pasó por el tamiz de esas encantadoras peripecias y á través de todos esos peregrinos episodios que siembran de dichas inefables la vida de un amante. Comenzó para ellos esa vida de signos por medio de los cuales se dicen cosas que el corazon puede comprender, pero que la lengua es impotente para traducir; esa série de entrevistas rápidas y como si dijéramos de soslayo, en las que se es quizá mas dichoso por lo mismo que la dicha dura poco; esa larga historia, en fin, de misteriosas citas donde es tanta la felicidad que la boca no sabe cómo espresarse.

Esto hubiera durado hasta quién sabe cuando, si la república no hubiese acudido en auxilio del pobre padre. La nacion reclamó á Pablo como un hijo que necesitaba, y á pesar de las lágrimas de su familia, á pesar de las de Teresa y á pesar de las suyas tambien, el jóven conscrito se vió obligado á partir para ir á servir á su nueva y celosa madre, cuando contaba él pasar toda su vida sirviendo solo á su amiga.

II.

Lo primero que el jóven soldado hizo así que se unió á su cuerpo, fué escribir á sus padres y á la novia de su corazon; pero la carta que á esta iba dirigida no llegó á su destino. Una mano profana la interceptó.

Teresa tenia un primo que desde mucho tiempo hacia la amaba perdidamente. Con el amor sucede lo que con la cólera: uno y otro van adquiriendo mayor fuerza y mayor violencia á medida que van envejeciendo sin poderse esplayar. Júzguese pues cuan enérgica debió ser la manifestacion de los sentimientos de un amante favorecido por la ausencia del rival preferido.

Así es que, desde la partida del jóven Pablo, el primito nada descuidó para hacer que Teresa le olvidara. Hasta llegó á brindar á la hermosa con su mano y con su corazon, pero no fué escuchado. El escollo de Scyla era menos implacable para los navegantes de lo que lo fué el corazon de Teresa para aquel airado náufrago del amor.

Nada pudo conseguir el primo, y tuvo que contentarse con la venganza ruin y la satisfaccion vulgar de interceptar la correspondencia. Era uno de los mas ricos jóvenes del pueblo, y en vano hizo brillar á los ojos de la bella esa dorada circunstancia. Teresa prosiguió siendo inflexible. Para una mujer de corazon, el oro es un metal tan vil como cualquier otro; lo que con respecto á ella no puede conseguir el amor, no lo consigue el oro.

Sin embargo, se decia el primito, no desespero aun. Todo lo consigue el tiempo y la constancia. Proseguiré tomando las precauciones necesarias para que entre ellos cesen de hoy en adelante las relaciones, y esperaré.

Así lo hizo. Pablo prosiguió escribiendo; pero todas sus cartas sufrieron igual suerte: todas las recibió el primo en vez de la prima. La pobre Teresa no podia comprender que su Pablo se negara á manifestarle su amor por escrito. Por su parte, la familia del soldado de la república se guardó bien de hacer saber á Teresa el verdadero estado de cosas. Las pretensiones de Pablo habian hallado tantos obstáculos y habian causado á su familia tantos disgustos é incomodidades, que habíase negado redondamente á apoyar su amor. Pudo pues la familia dar noticias del soldado á todo el mundo, menos á la persona mas interesada en recibirlas.

¡Cuánto lloró la pobre niña! Ella que amaba tanto y que creia ser tan amada, ¿era posible que sufriese con resignacion la crueldad y la ingratitud de aquel silencio inesplicable? Oh! deben ser momentos terribles, desgarradores, infames, los que pasa el corazon de la mujer, cuando ve por una circunstancia inaudita tronchadas sus ilusiones, destruido su porvenir, roto el encanto de sus sueños de oro!

En cuanto á Pablo, no sabia lo que le pasaba. Varias veces habia escrito, y nunca la menor respuesta, nunca la menor promesa habia ido á consolarle llenando su corazon de dicha y de ventura. El pobre muchacho padecia tambien horriblemente. Es que el amor que unia aquellos dos corazones no era un amor vulgar, sino que pertenecia á la epopeya de esos amores sublimes y grandes que engendran héroes y mártires.

Un dia por fin creyó encontrar descifrado el enigma en el párrafo de una carta de sus padres. Decianle estos que el primo de Teresa parecia querer suplantarle en el cariño de esta y que comenzaba ya á lograrlo.

¿Era cierta ó no esta última circunstancia?... Es de presumir que el padre y la madre del jóven Pablo á quienes este habia escrito lo rápidamente que iba avanzando en el ejército, creyeron hallar en ello

un medio para apartarle de la hija de un labrador, indigna ya, á su parecer, de obtener la mano de un oficial.

Pablo pudo apenas resistir al golpe. Larga y terrible fué la lucha que con su corazon sostuvo. Por fin, la vergüenza de haber sido engañado dominó en él todos los demás sentimientos, y le dictó estas líneas, en las que habla tal vez mas la desesperacion que el orgullo:

«Servios decir á Teresa que no se acuerde ya mas de mí. La relevo de todos sus juramentos. Que sea feliz con otro: lo consiento, y hasta se lo pido así. Locura sería por su parte que contara mas conmigo, ya que de un dia á otro puede una bala tenderme en el campo de batalla. Todo está roto entre nosotros.»

—Todo está roto entre nosotros! repitió Teresa cuando le enviaron la carta de su amante.

Y sintió un dolor tan horrible, como si una mano de hierro se le hubiese introducido en el corazon, arrancándole violentamente sus entrañas.

—Todo está roto! murmuró segunda vez.

Y cayó desplomada. La levantaron y llevaron á su lecho, donde la tuvo postrada largo tiempo la calentura.

En cuanto á Pablo, desde aquel dia no volvió á hablar en sus cartas de Teresa.

Nuestro próximo artículo contará el desenlace de la historia de estos dos amantes. Perdon si no lo cuento hoy para darle el mérito de ser esperado.

La historia no vale la pena, dirán quizá algunos puntillosos críticos. Por el contrario, y apelo si no á las señoras todas, vale como historia de amor, vale como historia de dos tiernos corazones. ¿No es verdad, señoras mias? La historia de dos amantes interesa siempre. Claro está que sí. . Pero ¡ay! perdon, señoras mias, perdon, ya que, ¡insensato de mí! me arriesgo á presentaros como jueces cuando aun no sé si tengo el honor de contaros por lectoras.

III.

Doce años habian trascurrido desde la partida de Pablo, y no se habian tenido noticias suyas hacia lo menos dos años. Era, sin embargo, tan exacto en escribir, que se creyó por lo mismo que habia muerto. Su silencio parecia indicarlo así. Pasó su familia largas horas entregada al desconsuelo; pero acabó por hallar un bálsamo cicatrizador en la religion...

Una sola criatura, superior en riqueza de corazon á las demás, se condenó á conservar eternamente su recuerdo, y á no olvidar nunca al hombre que habia conseguido impresionarla: era Teresa.

Es que ya os he dicho, señoras mias, las que leais esta verídica historia, que el amor de Teresa no era un amor vulgar y vano, sino una pasion firme y constante, hija de ese mismo fuego sacro, si así puede llamarse, que habia abrasado el alma de Julieta.

(Continuará.)

EL AROMA DE LAS FLORES.

De un jardin por la enramada
solitaria y misteriosa,
asidas las blancas manos
iban dos niñas hermosas,
alegre y viva la una,
triste y pausada la otra.

Contando á la niña alegre
va la niña melancólica
de rejas y serenatas
no sé qué reciente historia,
en que la palabla *amor*
brotó de su dulce boca.

Sorprendida la inocente:
«¿Qué es amor?» dijo curiosa.
«Esto,» repuso mostrándole
la triste dos blancas rosas
que al blando impulso del céfiro
confundian sus aromas.

LUIS DE EGUILAZ.

EN UN ALBUM.

Corazon sin amores
es alma mia,
arroyo sin corriente,
planta sombría.
Que se consume
sin dar fruto ni sombra,
flor ni perfume.

JOSÉ SELGAS.

EN UN ALBUM.

Te ví en un baile, me miré al espejo;
¡ay que rabia me dió de verme viejo!...

J. E. HARTZENBUSCH.

LA MUERTE DEL SABIO.

ELEGIA

Á LA MEMORIA DEL DOCTOR EN CIENCIA MÉDICA,

Don José García de Arboleya.

Un cadáver hay mas; pero la muerte
no en polvo ora convierte
restos de un hombre inútil para el hombre.
El olvido no es dueño de su nombre.
La tierra con honor le abre sus senos:
un cadáver hay mas, un sabio menos.

La voz, con que enseñaba, no enmudece.
Del sabio que perece,
jamás calla la voz: calla la tumba.
Cual lleva el austro el eco que retumba
de torrente en torrente y palma en palma,
la repiten los siglos de alma en alma.

La humanidad feliz al sabio olvida
que trueca muerte en vida
¡ay! en ciudades para el bien desiertas:
tan solo herida llamará á sus puertas.
Así veneran el saber profundo
Sombras de seres, nada para el mundo.

En hombres ¡ay! que para el bien murieron
al punto que nacieron,
nunca la muerte, nunca tanto aterra:
no hace mas que entregar tierra á la tierra;
mas si en los sabios su furor asombra
laureles nacen que les prestan sombra.

Las cenizas del sabio hallan reposo
junto al mar espumoso
de Cádiz en la arena. ¿En dónde? ¿en dónde?
Dó la muerte sus víctimas esconde,
sepulcro el mar de naves y marinos,
y las playas de tristes peregrinos.

Solo sus ciertos límites comprende
quien sus espacios hiende.
Del mar descubre como fin que encierra,
la vista cielo, el navegante tierra:
De la tumba de aquel que honra la historia
la vista tierra, el universo gloria.

ADOLFO DE CASTRO.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



UNA POBRE MUJER ABANDONADA.

(Cuadro del pintor de cámara Diez, en Meiningen.)

Este cuadro es el fruto de un arte trasplantado al suelo aleman, al que dieron existencia los pintores Maës y Riedel en Roma, y que tiene por objeto representar mas bien la disposicion del alma y de los sentimientos, que no la accion combinada de grupos llenos de figuras. Con respecto á este objeto han prevalecido al mismo tiempo un modo nuevo y especial de claro oscuro y un toque completo del colorido mas fino y de mas efecto. Diez, conocido en las cortes de Europa como un eminente retratista, se ha afanado, al seguir el modelo de Maës y de Riedel, por apropiarse con igual habilidad tambien las ventajas de los modernos pintores belgas, como lo manifiesta el cuadro que tenemos á la vista.

Cuanto mas se le mira, tanto mas atrae. Ningun efecto forzado estorba la impresion que causa esta obra maestra. Los medios se hallan empleados con tanta sencillez y ligereza, que notamos en la verdad universal la vida individual, y en la ingénua naturalidad el sublime valimiento de un concepto moral. El cuadro es tan vivo como la misma vida; nos representa la realidad al través del espejo encantador de la poesía.

Una pobre y abandonada mujer en una capilla delante de la imágen de la Vírgen, delante del símbolo del amor maternal probado en los dolores mas acerbos. Está arrodillada en las gradas de piedra del altar; el pié derecho descansa estendido sobre su punta, y el zapato da testimonio del largo viaje que ha hecho. En sus manos apoyadas sobre sus rodillas duerme un niño de pecho; no cruza las manos en actitud de orar, sino que las deja caer abismada en su dolor; de un corazoncito de ámbar, quizás una memoria del esposo que la ha abandonado, pende el rosario. El segundo niño la agarra por el brazo caido; el ojo de esta cabecita llena de rizos vaga rápida y distraidamente sobre los objetos que le rodean. La pequeña niña aun no comprende el dolor de la madre, y solo tiene de ello un presentimiento indefinido. Cansada del camino y de estar en pié, descansa sobre el derecho y toca al suelo ligeramente con la punta del otro; la delgada saya no la alcanza sino hasta la rodilla; debajo de este pobre traje apercíbense las desnudas piernecitas, en las cuales se reconoce, como en casi todos los niños, una ligera curvatura que no deja de tener cierta gracia. De detrás del altar viene la luz por una ventana, y vemos cómo sus oblícuos rayos tocan las espaldas y el cabello del grupo. Sin que se note que el pintor haya querido á todo trance producir un efecto, ha aprovechado no obstante la luz con tanta felicidad, que vemos al grupo libre y suelto delante del altar.—La madre lleva un pañuelo atado á la cabeza; su pelo solo indica ligeramente el abandono de la miseria; su rostro no hace alarde de sus padecimientos; su traje no quiere implorar la voz de la compasion. Es jóven, no del todo hermosa, pero bien formada. En otro tiempo era feliz á pesar de su pobreza. Pero ah! ahora es una pobre mujer abandonada, que con los restos de su felicidad, con sus hijos, espone su indigencia á la Madre Dolorosa. No hay nada de estraordinario en su rostro; lo único que se nota en él es la glorificacion del dolor. Una niebla producida por las lágrimas vertidas anubla su vista; las largas noches de la pesadumbre, el insomnio, el cuidado de los niños y el amor hácia el traidor, que

ahuyenta de su cara cada huella de amargura, han agotado la fuente de las lágrimas, pues ya no la es dado llorar, y el único surco en las esquinas de la boca dice claramente que el dolor ha luchado convulsivamente en su corazon. ¡Qué feliz, qué contenta hubiera podido ser! Esta es la primera, pero tambien la mas cruel pena que ha tenido y que ha arrugado su rostro. Pues la madre de Dios lee en sus facciones cuán poco necesitaba para ser feliz y cuán pronto ha huido la poca felicidad de que ha gozado. Su dolor es resignado, sencillo y natural como su amor, y tan profundo, verdadero y emanado de la fuente mas escondida del sentimiento como aquel. Ora al amor maternal, le presenta el niño dormido y sin pena, que en su tierna inocencia es aun ajeno de toda culpa. Ruega al amor maternal, y así que se levante para emprender su peregrinacion por la vida, este amor la consolará y guiará. Toda una vida humana hay en el momento que abrazá el cuadro; enternece por el profundo dolor del alma, profetiza una larga serie de luchas diarias, pero pronostica tambien la victoria del amor de madre, la victoria de corazon de mujer que sabrá sostenerse contra el rigor de la miseria. Por esta razon enternece y enaltece este cuadro; por esta razon no titubeamos ni un momento en adjudicarle el premio; por esta razon nos detenemos tanto tiempo delante de él, porque encadena y encanta á todo el mundo.

UNA ARISTOCRACIA DE AMOR Y OTRA DE GLORIA.

(Conclusion.)

Teresa no lloraba ya. Tantas lágrimas habia derramado, que secas estaban las fuentes de sus ojos: tanto habia sufrido, que el esceso de su padecer la habia hecho insensible. Nada era bastante á hacer brillar un rayo en sus ojos amortiguados; nada era capaz de devolver el color á sus pálidas mejillas. Era la imágen del dolor. Todo para ella habia acabado. Se la veia sola siempre, y siempre vestida de negro; siendo tanto mas triste su luto, cuanto que lo llevaba por aquel de quien ni aun habia tenido el consuelo de ser la esposa. Esta conducta, poco comun á la verdad, fué esplicada de un modo diverso en el país, y cada uno la interpretó á su modo. La calumnia, esa envenenada víbora que lo mismo habita bajo el techo pajizo de una pobre choza que bajo el rico artesonado de un suntuoso palacio, la calumnia encontró donde morder en el comportamiento de Teresa. ¡Oh! es que, triste es decirlo, la calumnia no respeta ni el dolor ni las lágrimas.

La pobre jóven fué solo mirada por algunos pocos como un modelo de amor; pero los mas la señalaron con el dedo como una loca. Así va el mundo.

Ahora bien: Pablo no habia muerto. Si hacia tiempo que no habia dado noticias suyas á su familia, es que verdaderamente no tuviera lugar para ello. El soldado francés entonces debia limitarse á escribir con la punta de la bayoneta ó del sable; la pólvora y no la tinta era la que tenia el privilegio de ennegrecer sus dedos, á menos que, como muy frecuentemente sucedia, no fuese la sangre á disputarle este privilegio.

Pablo entró por fin en Francia de un modo bien distinto de como de ella saliera. El hijo del pueblo que habia marchado con el fusil al hombro, regresaba con la charretera de coronel y la cruz de honor en su pecho. Una y otra habia merecido, puesto que entre los soldados se distinguiera primero como el mas decidido, y luego entre los oficiales como el mas bravo. Nadie podia rivalizar con Pablo en lealtad, en conocimientos y en intrepidez. Napoleon le habia distinguido entre todos, y Napoleon no se equivocaba jamás en elegir á sus hombres.

La reputacion del jóven coronel le habia precedido en la ciudad donde su regimiento pasó de guarnicion. La llegada de Pablo fué un verdadero triunfo. Se sabia lo que habia hecho, y se pensaba lo que aun podria hacer; de tal modo era su juventud para todos una garantía segura del mas brillante porvenir.

El coronel vivia entre fiestas y placeres. Siendo jóven, arrogante y galan, no podia faltarle otro género de conquistas, si no tan gloriosas, mas dulces al menos que las de los campos de batalla: así fué. Una de las mas ricas y mas nobles herederas de la ciudad no creyó entonces rebajarse admitiendo gozosa, con aprobacion de su padre que era gran dignatario en la corte imperial, los homenajes de un antiguo aldeano. Es que la gloria, que no es sino una nueva clase de nobleza, sabe salvar las distancias y llenar los abismos que separan á los hombres. El coronel no se hubiera atrevido nunca á aspirar á tan brillante alianza. Se consideró pues sobremanera feliz al ver que su proposicion fué aceptada y su amor perfectamente recibido. Verdad es tambien que el mismo emperador pidió á su favorito que otorgara la mano de su hija al valiente oficial.

Pablo acompañaba por todas partes á su novia; era su caballero en bailes, en paseos, en teatros. La seguia como su sombra. Y sin embargo, cuando estrechaba aquella mano pequeña, delicada y resplandeciente de diamantes; cuando rodeando con sus brazos el flexible talle de silfide de su prometida, la arrastraba por entre el torbellino del vals columpiándola por la sala, sin embargo, digo, no habia ni gozo en sus ojos, ni ardor en su frente, ni entusiasmo en su corazon. Es que siempre en estos casos le acudia á la memoria una jóven montañesa, y se acordaba de sus primeros amores, de la danza animada de su país, á la que cien veces se habria entregado con otra hermosura, sin diamantes ni coquetería, es cierto, pero rica de amor y de ingenuidad.

Oh! sí, preciso es decirlo, muy á menudo se acordaba de su primera desposada; muy á menudo tambien al dulce nombre de Teresa, una de esas gruesas lágrimas, como saben solo derramarlas los valientes, corria á lo largo de sus mejillas hasta ir á morir entre su bigote rubio. Pronto sin embargo rechazaba esos pensamientos, quimeras misteriosas de una época pasada, sueños dorados de la juventud á quienes envolvia ya el sudario del olvido.

Teresa habia faltado, segun él creia, á sus juramentos. ¿Qué mucho pues que á los doce años dispusiera él de su mano para otra, ya que no de su corazon?

Antes de terminar su enlace, Pablo pidió solo un poco de tiempo para ir á su pueblo con el doble objeto de participar su regreso y la noticia de su boda á su familia, á la cual tenia vivos deseos de ver, y á la que solo habia descuidado advertir su entrada en Francia para hacer su dicha mayor con su sorpresa.

IV.

El pueblo recobró por fin al hijo que durante tanto tiempo habia perdido de vista. Si él no se hubiese apresurado á nombrarse, nadie hubiera reconocido bajo el elegante y bordado traje de aquel oficial superior, al jóven pastor de otro tiempo de todos tan amado y tan querido.

El es sin embargo, él mismo. Su madre no ha necesitado mas que verle para echarse en sus brazos, loca de amor y de ternura. Su padre le ha estrechado convulsivamente contra su seno, y no nota ya que le ha faltado, puesto que le ha sido devuelto. Pero sus hermanas, á quienes dejó tan pequeñas, y que encuentra tan grandes, tan lindas, tan bellas de timidez y de frescura, sus hermanas, á pesar de la dicha que sienten recobrando á su hermano único del que aun se acuerdan, permanecen confusas ante su traje lleno de bordados, y no se atreven á abandonar su cortedad hasta que Pablo una tras otra las ha apretado contra su corazon rozando su casta frente con sus labios.

A pocos pasos de allí una mujer habia caido al suelo desvanecida, porque ella tambien habia querido ver al jóven y arrogante coronel. Pablo el primero notó su presencia, corrió, la levantó... Cielos! es ella! la infeliz!... respirando apenas.

Es que la alegría mata como el dolor.

Cuando, no sin dificultad, la hubieron vuelto á la vida, la pobre jóven miró á Pablo y quiso hablar; pero las lágrimas que abundantes manaron de sus ojos ahogaron su voz.

—Teresa, Teresa, vuelve en tí, le decia cariñosa la voz de su antiguo amante; ya estoy de vuelta, ya estoy á tu lado!

—Pablo, Pablo! pudo tan solo murmurar Teresa, diciendo este nombre tan amado con toda la efusion de su alma.

Cuando se hubo tranquilizado un poco, los dos antiguos amantes empezaron á mirarse sin atreverse á hablar. Cualquiera que en aquel momento les hubiese observado, hubiera notado en sus rostros la alegría, pero tambien la espresion de los mas vivos temores. Temblaban de interrogarse el uno al otro.

Por fin, el coronel, deseoso acaso de clavarse el puñal hasta el pomo acabando con aquella agonía, fué el primero que rompió el silencio y preguntó á Teresa noticias de su familia. Su traje negro y sus adornos de luto le habian hecho presumir que habia quizá perecido su padre. Pero cuando supo que aun vivia:

—¿Pues entonces, le dijo, á qué es ese traje?

Teresa se calló y bajó la frente, que se enrojeció como una ascua.

—¿Sois viuda, señora? preguntó el coronel.

—Sí, respondió ella, soy viuda sin haberme casado. Llevo luto por mi amor que perdi hace doce años.

Todo quedó esplicado.

—¡Oh! dijo Pablo lleno de un reconocido orgullo, abandona pues el luto y viste por el contrario tu traje de boda. Yo soy libre, y espero que ahora tu padre me querrá por yerno.

Al dia siguiente el coronel escribia su historia al emperador, y le pedia permiso de rehusar la mano de la hija del senador para casarse con Teresa. Su peticion le fué otorgada por conducto del ministro de la Guerra con estas palabras al márgen, escritas por el emperador mismo:

«La conducta de Teresa es admirable; la hago baronesa.»

Tres semanas después Teresa y Pablo estaban unidos y partian para París.

V. B.

LA CAZA DE FIERAS.

La siguiente relacion formará parte de un libro que publicará dentro de poco Mr. Julio Gerard, el célebre cazador de Argelia.

La pantera se halla en las tres provincias de la Africa francesa, entre el litoral y las llanuras, pero mas cerca del litoral. Hay dos clases, semejantes en el pelo, pero diferentes en la talla.

La mas grande es igual á una leona de dos años; su hermana es la tercera parte mas pequeña. Este animal cazador tiene toda la astucia del gato; su carácter y sus hábitos se diferencian esencialmente de los del leon, al que se parece á primera vista.

Mientras que el leon vive á costa de las poblaciones, la pantera se alimenta con el producto de su caza. El leon baja atrevidamente á la llanura, y coge á vista de los árabes un buey ó un caballo: la pantera teme abandonar los bosques, aun de noche, y si no ha podido coger un chacal, se contenta con una perdiz ó un conejo. La voz del leon parece á un trueno; la de la pantera se asemeja á la de una mula.

Voy á referir un episodio de caza, durante el que pude observar á mi placer el grito de este animal, y buscar su analogía con el de las demás bestias.

Era el 16 de julio de 1845; yo habia sido llamado por los habitantes de la Mahouna (Ghelma) para librarlos de una familia de leones que habia fijado allí su cuartel, y abusaba de los derechos de hospitalidad.

A mi llegada al país me dieron todas las noticias que podia apetecer acerca de los hábitos de estos huéspedes importunos, y supe que venian todas las noches á bañarse al Oued-Cherf.

Me trasladé inmediatamente á la orilla del rio, y no solo encontré la pista de estos señores, sino tambien su entrada y salida habituales. La familia era numerosa; se componia del padre y la madre y tres hijos ya mayores.

Me hallaba cerca del rio, en medio de unos doce árabes que me habian acompañado, y á pocos pasos de distancia de la entrada de los leones. Segun los indígenas, la guarida de ellos debia estar en un fuerte impenetrable, que estaba á nuestra derecha.

El anciano Taïeb, cheik de este país, se acercó á mí, me cogió por la mano, y señalando las numerosas huellas que habia en la arena, me dijo:

—Son muchos. Vámonos.

Insistió en que me volviera al aduar, y después quiso dejar algunos hombres, que demostraban en su rostro la repugnancia que tenian á quedarse allí.

Rehusé estas dos proposiciones, y le rogué que se retirase con toda su gente, porque se acercaba la noche y podian venir de un momento á otro.

Este buen hombre accedió, bien á su pesar, á mi invitacion, y antes de separarnos me pidió permiso para hacer con los suyos la oracion de la tarde *(sallat el maghreb)*, á fin, segun decia, de que Dios velase sobre mi aquella noche, en que nadie cerraria los ojos en la montaña, y grandes y pequeños esperarian con la mayor ansiedad que mi fusil les hablase.

Acabada la oracion se acercó á mí el cheik, y me dijo:

—Si quiere Dios escuchar nuestras oraciones, y si tú quieres tranquilizar á los que te aman, después que hayas muerto alguno, enciende una hoguera con el ramaje que van á reunir mis hombres, á fin de que cuando nuestros oidos perciban la señal del combate puedan nuestros ojos ver la de la victoria, y te prometo que te contestaremos.

En tanto que las gentes del cheik hacian sus preparativos con un ardor poco comun en los árabes, que son la pereza por esencia, se quedó aquel á mi lado, y me dijo:

—Si yo supiera que no te habias de burlar de mí, te daria un consejo.

—La palabra de un anciano, le contesté, es siempre respetada.

—Pues bien, escucha, hijo mio; si vienen los leones esta noche, el señor de la gran cabeza (así llaman los árabes al leon padre) irá el primero; no te dé cuidado por los demás; los hijos son ya grandes para que la madre cuide de ellos, y van con el padre. Así es que te recomiendo el señor de la gran cabeza. Si ha llegado tu hora, él será el que te mate; los demás te comerán.

Algunos minutos después el cheik desapareció en el bosque, y me encontré solo en presencia de las huellas de los leones, de los preparativos de la hoguera, y de aquella guarida misteriosa, sobre la que las sombras de la noche echaban un velo impenetrable, que se complacia mi imaginacion en desgarrar, contando las garras del señor de la gran cabeza, y de la familia que protegia.

Entre tanto pasaba el tiempo, y la luna, que yo no esperaba ver, por lo reducido que era mi horizonte, comenzaba á dar á mi alrededor una claridad que miraba con gratitud.

Serian ya las once, y empezaba á estrañarme que hubiera tenido que esperar tanto tiempo, cuando percibí algun ruido en el bosque.

Poco á poco se oyó este ruido mas distintamente. Bien pronto vi bajo los árboles muchos puntos luminosos, de una claridad rojiza y móvil, que avanzaban hácia mí.

Esta vez reconocí sin trabajo la familia de los leones, que llegaban por el sendero hácia el punto que yo ocupaba, uno tras otro.

En vez de cinco no conté mas que tres, y cuando se detuvieron á quince pasos de mí, me pareció que el que marchaba primero, aunque de una talla y una fisonomía mas que respetables, no era el señor de la gran cabeza.

Se pararon los tres, y me miraban asombrados: segun mi plan de ataque, apunté al primero é hice fuego. Un rugido doloroso y terrible contestó al tiro, y luego que el humo me permitió ver, distinguí dos leones que entraban en el bosque á paso lento, y el tercero, que con las espaldillas rotas se adelantaba arrastrando hácia mí. Comprendí en seguida que el padre y la madre no eran de la partida.

Por un esfuerzo que le hizo dar un rugido de dolor llegó á tres pasos de mí, y me enseñó todos los dientes; una segunda bala le hizo rodar como la primera; pero volvió á levantarse por tres veces, y no cayó del todo hasta que le dí un balazo en la cabeza.

He dicho que al primer tiro dió un rugido espantoso: pues bien; en el mismo momento, y como si hubiera visto lo que habia pasado, se puso una pantera á gritar con todas sus fuerzas en la orilla izquierda del rio. Al segundo tiro dió otro grito, que fué contestado por otro mas lejano.

En una palabra, mientras la duracion de este drama, cuatro panteras, que no creia yo se refugiáran en aquellos sitios, donde jamás las he vuelto á ver, hicieron una bacanal diabólica, regocijándose por la muerte de un enemigo á quien temen.

El leon que acababa de matar tendria unos tres años, muy gordo y tan bien armado como si fuera viejo.

Después de haberme asegurado que valia la pena de la pólvora que habia gastado, y que al verle los árabes le saludarian con satisfaccion y respeto, encendí la hoguera, que no tardó en iluminar las dos vertientes de la montaña.

El eco me trajo el sonido de una detonacion lejana; era la señal de la victoria dada por el cheik á todos los aduares de la Mahouna, que contestaron á su vez.

Al amanecer, mas de doscientos árabes, hombres, mujeres y niños, llegaban de todas partes para contemplar é insultar á su placer al enemigo comun. El cheik vino de los primeros á anunciarme que en tanto que mataba este leon, el señor de la gran cabeza, acompañado de su mitad, le habia llevado un buey.

Desde esta época hasta el 13 de agosto del año siguiente, un habitante de la Mahouna, llamado Lakdar, habia perdido por causa de este leon cuarenta y cinco carneros, una yegua y veintinueve bueyes. A instancias suyas, fuí á su casa el 13 de agosto por la noche, y pasé algunas noches en las inmediaciones sin encontrar el animal. El 26 por la noche me dijo Lakdar:

—El toro negro falta en el hato, de manera que ha venido el leon; mañana iré á buscar sus restos.

Al dia siguiente, apenas salió el sol, estaba de vuelta. Al despertarme me le encontré delante de mí inmóvil, y sus perros estaban echados á sus piés y llenos de agua, porque la noche habia sido muy tempestuosa.

—Buenos dias, hermano, me dijo; le he encontrado.

Sin decirle una palabra tomé mi fusil, y le seguí. Después de atravesar un gran bosque de olivos silvestres, descendimos á un barranco, donde nos encontramos con el toro. Le habia devorado el pecho y la barriga, y después le habia puesto de modo que parecia que estaba echado. Dije á Lakdar:

—Tráeme una galleta y agua, y que no venga nadie hasta mañana.

Cuando me hubo traido mi comida, me instalé al pié de un olivo salvaje, á tres piés del toro. Corté algunas ramas para defenderme la espalda, y esperé.

Esperé mucho tiempo; á eso de las ocho de la noche los débiles rayos de la luna nueva que se ocultaba en el horizonte alumbraban apenas en el punto donde me hallaba situado. Apoyado contra el tronco del árbol, y no pudiendo distinguir mas que los objetos que estaban á mi alrededor, trataba de escuchar. Oigo por fin romper á lo lejos una rama, me levanto, cojo mi fusil, y espero con el dedo puesto en el gatillo, pero sin oir mas.

Por fin se oye á treinta pasos de mí un rugido sordo, que se va acercando lentamente; al rugido sucede un movimiento ó ruido gutural, que es señal de que el leon está hambriento.

Se calla luego el animal, y no le veo hasta que distingo su mons-

truosa cabeza sobre la espalda del toro Empezaba á comer, mirándome, cuando una barrita de hierro le atraviesa el ojo izquierdo.

Ruge y se levanta sobre las patas traseras, y aprovecho la ocasion para atravesarle el pecho con otra barra, y cae rodando y agitando sus enormes patas.

Después de haber vuelto á cargar, y creyéndole casi muerto, me aproximo á él y trato de darle una puñalada en el corazon; pero por un movimiento involuntario para el golpe y se rompe en su antebrazo.

Doy un salto hácia atrás, y al tiempo que levantaba su enorme cabeza le doy otros dos tiros, que acabaron con él. Así concluyó el señor de la gran cabeza.

Volvamos ahora á la pantera:

Me han contado que cuando mata la pantera un carnero, lleva sus restos sobre un árbol muy alto para librarlos de las uñas de los chacales, de las hienas y otros carnívoros.

La pantera habita en las rocas, en las fragosidades y barrancos que por su escabrosidad son inaccesibles al leon, su mas temido enemigo.

Hace una guerra encarnizada al puerco-espin; y es tal la destreza y la paciencia de la pantera, que espera noches enteras á que el puerco-espin salga, y en cuanto le ve sacar la cabeza, da un salto y con la velocidad del rayo se la arranca; de manera que muere antes que haya podido ver á su enemigo.

En la época en que empecé á cazar animales dañinos no conocia sus hábitos, y procedia para cazar la pantera del mismo modo que con el leon. No tardé en conocer que me habia equivocado, y que si el leon esperaba ó acometia al hombre por la noche, la pantera huia de él.

Entre otros ejemplos citaré el siguiente:

Durante el estío de 1844 supe por los indígenas que habitan las cercanías de Nech-Meias, que uno de estos animales de la clase mayor se habia fijado en unas rocas, conocidas en el país con el nombre de Ayar-Mounchar. Como mi destacamento estaba á unas dos leguas del punto designado, partí inmediatamente.

Serian las cinco de la tarde. Acompañado de uno del país que se ofreció á servirme de guía, llegué al pié de la roca en el momento en que la pantera entraba en su morada, llevando un animalito que me pareció un topo.

Hubiera podido tirarla fácilmente; pero preferí dejarla retirarse tranquilamente para esperarla mas cerca á su salida. Después de haber dicho al árabe que al amanecer me trajese el caballo que habia dejado en el aduar, le despedí y me acerqué con el mayor cuidado á la caverna donde habia desaparecido.

La entrada era tan estrecha que no me esplicaba cómo podia entrar por allí esta pantera, de igual talla que una leona.

Un lentisco que se encontraba á unos diez pasos, me pareció un puesto cómodo, y le escogí para pasar la noche.

A cosa de las diez oí muchos estornudos bastante fuertes del otro lado del lentisco. Temiendo alguna sorpresa no pude resistir á la tentacion de ver lo que pasaba detrás de mí.

Al movimiento que hice para volverme, mi fusil rompió una rama, y oí una especie de bufido como el de un gato. Después el ruido de un animal que huia, y cuando me levanté á toda prisa, ví un animal que entraba en la caverna.

Esperé hasta que fué de dia, sin resultado, y habiéndome traido el caballo, me volví al destacamento, prometiendo volver por la noche.

La segunda noche fué como la primera, sin resultado, pues habiendo sacado la pantera unas diez ó doce veces la cabeza fuera de la cueva, y viendo que habia peligro, se volvió á entrar.

Pasé así diez noches consecutivas, sin haber tenido ocasion de tirarla, y al undécimo me dijo un pastor que bajaba al mediodía á beber á un manantial situado cerca de la roca, y donde solia ir á la hora en que el escesivo calor hace recogerse á los aduares á los árabes y á sus rebaños.

Le reconocí, y estaba cubierto por un espeso ramaje, en el que podia colocarme sin ser visto, y tirarle á boca de jarro.

A cosa del mediodía llegaron dos perdices rojas á bañarse en el manantial, y de pronto empezó á llamar el macho y desaparecieron en el bosque.

En el mismo instante oí un ligero frotamiento en las ramas, y se apareció la pantera, con el cuello estendido y la pata en el aire, en la postura de un perro de espera.

Estaba á unos cinco pasos de mí, y se presentaba de costado. Apunto, sin que me viese, entre el oido y el ojo, doy al gatillo, y cae como herida de un rayo, sin dar un chillido.

Desde este lance he creido que la pantera es un animal diestro, astuto, de paciencia, pero tímido.

Como tiene buenos dientes, y está dotado de una fuerza muscular bien grande para luchar con ventaja contra el hombre, no se puede atribuir su cobardía mas que á un vicio de organizacion inherente á su especie.

Respecto á este punto tienen los árabes una tradicion muy curiosa, que referiré aquí, valga por lo que valiere.

Era en la época en que los animales hablaban, lo que ya es bien añejo.

Una banda de veinte leones, que venia del Sud, llegó al término de un bosque, habitado por un gran número de panteras, que despacharon uno de sus representantes para parlamentar con los reyes melenudos.

Después de haber mediado muchas contestaciones, el emisario volvió á dar cuenta de su mision, reducida á manifestar que los leones encontraban muy agradable aquel sitio, y que iban á tomar posesion, dejando en libertad á aquellas señoras para defenderse ó evacuar sobre la marcha. Indignadas estas, decidieron batirse.

La tradicion añade que un solo rugido dado por los veinte leones á la vez, bastó para derrotar á aquellas señoras, y desde esta época la pantera trepa á los árboles como un gato, ó se esconde como el raton para evitar el encuentro del enemigo, á quien no se atreve á provocar, y cuya cólera teme.

Los árabes y los kabilas tienen poco que sufrir de la vecindad de la pantera; y así es raro que la cacen, y cuando lo hacen es en batida.

Cuando van en esta forma, á no ser que se refugie en una caverna, muere de seguro. Sin embargo, cuando está gravemente herida, hay que resguardarse, porque hace uso de los dientes y de las garras, como todos los de su especie.

Los indígenas tienen un medio muy ingenioso para matarla sin trabajo ni riesgo.

Ponen los restos de una oveja en el camino por donde ha de pasar, y luego que la acostumbran á venir á comer todos los dias, colocan un pedazo de carne, que tiene muchos hilos que van á parar á la llave de varios fusiles, ocultos en la maleza. Hecha esta operacion esperan á la puerta de su tienda á oir la detonacion.

(Continuará.)

MI VIAJE

A LA REPUBLICA DEL ECUADOR.

Prólogo.

> Amigo Lucilio: no te afanes por viajar, porque solo te servirá para deleitarte y contar los rios y los montes que viste; pero procura hablar con hombres sabios, que te será muy útil.
>
> SÉNECA.

Fué hombre Séneca de grande autoridad literaria, pero como hombre, falible, y espuesto á aferrarse alguna vez en ideas y en opiniones erróneas. Un punto es incuestionable: lo de ser útil la conversacion de los hombres doctos; pero es por otra parte cuestionable el pretender que no sea de utilidad el viajar mas que para deleitarse: yo lo tengo, al contrario, por utilísimo (y no soy solo). Téngase presente que ver es saber. El mundo se compara á un gran libro: á cada paso que se anda por aquel, descúbrese una nueva página de este: ¿quien solo da uno, qué puede saber? Quien cuasi nada ve, cuasi nada sabe, esceptuando alguno que otro privilegiado ingenio. Las naciones mas civilizadas en el dia como Inglaterra, Francia, Alemania, España, etc., convencidas estan de la verdad de este aserto, porque las familias bien acomodadas, al salir sus hijos de las universidades, suelen enviarlos á viajar por un par de años por via de complemento de una buena educacion: varias son las ventajas que el viajar acarrea á un jóven de claro entendimiento y de corazon entusiasta.

1.ª Hojea, y hojea muchas páginas del gran libro de la naturaleza.

2.ª Adquiere esperiencia, que es de la ciencia madre.

3.ª Logra el conocimiento de idiomas, cuyo estudio á quien no sale de su país natal le es muy costoso y difícil.

Dicen que un hombre vale tantos como lenguas habla; y finalmente, Séneca al encarecer la frecuentacion de varones doctos, debió tener en cuenta que mayor número de ellos podrán visitarse en el dilatado ámbito de muchas naciones que en el reducido de una sola; pero prescindiendo de todo eso, aun cuando sirviera solo de deleite, como dice el mismo Séneca, no seria pequeño hallazgo el de dar con un modo de vivir alegre en este mundo, donde son muchos los dias que han de señalarse con piedra negra, y con mayor motivo conciliando, como en este caso, lo útil con lo agradable; y, sin que esto sea tener la menor pretension de enmendarle la plana al gran Séneca, en su lugar hubiese escrito al amigo Lucilio:

Afánate en hora buena para viajar, que te servirá de instruccion y deleite, y procura hablar con varones doctos, que te será tambien muy útil.

Concluida mi defensa contra los que se opongan á los viajes, voy á probar de emprender la para mí difícil tarea de narrar uno que yo hice al Ecuador en el año (1842) en compañía del embajador español cerca la corte de Quito, llamado D. L* de P*, marido de mi madre en segundas nupcias. Pretendo escribir un débil ensayo, porque mis letras, además de ser muy gordas, son muy pocas; y estas, aunque estoy seguro de no trazarlas con pluma de cisne, me temo mucho no le imite en el canto, y recuerde por un momento el lector la voz de dicha ave, que involuntariamente se llevará las manos á la cabeza en ademan de taparse los oidos. Ocurre otro y no pequeño inconveniente, cual es el de habérseme estraviado mi cartera conteniendo el pasaporte y todas las apuntaciones inscritas para mí con exactitud de fechas, y bajo las impresiones del momento; estas han quedado grabadas en mi imaginacion; pero las fechas hánse borrado del mal ordenado archivo de mi memoria.

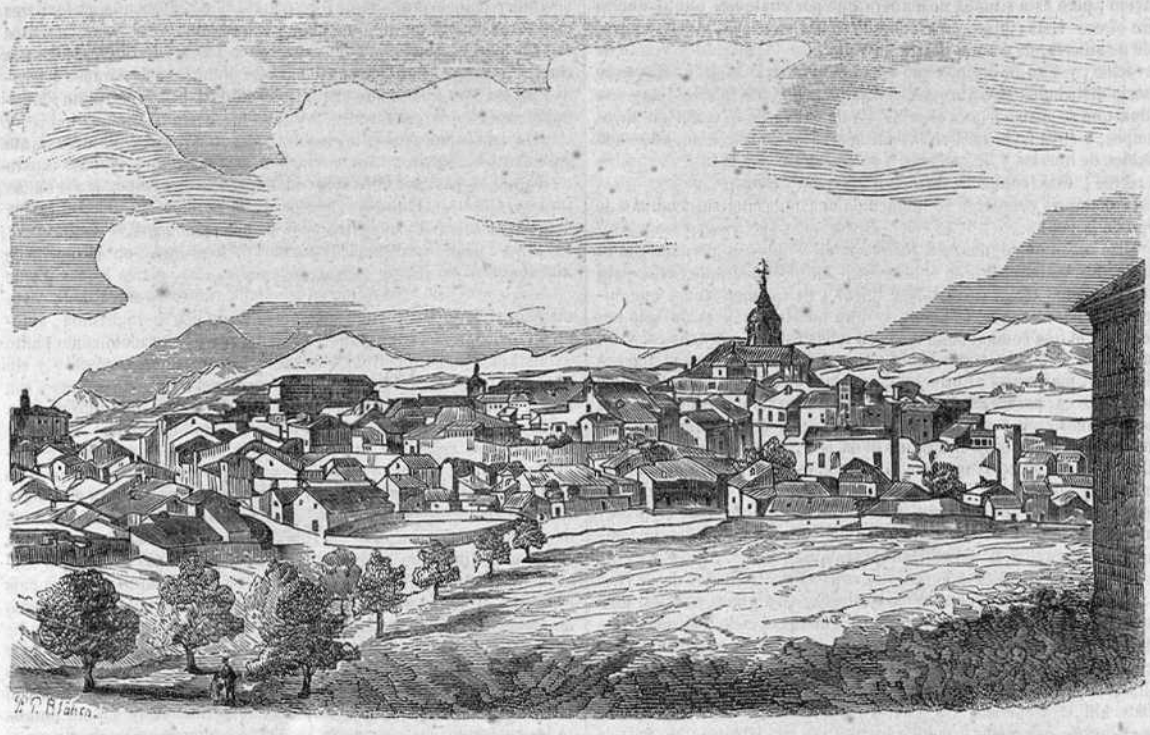
Cómo ha de ser! yo he de escribir un libro, sea como sea; es menester empezar, es preciso vencer las primeras dificultades; no sé qué autor francés dice que en todas las cosas lo mas difícil es el primer paso: démosle osados, que diz que no hay libro tan malo que no tenga algo bueno, y yo quedaré contento con tal que en medio de este fango se pueda entresacar alguna que otra margarita.

CAPÍTULO PRIMERO.

CORUÑA.—SANTANDER.—CUBA.—JAMAICA.

Marzo, 1842.

En la Coruña, capital de Galicia, y si no me engaño, en marzo del año 1842, hallábame á la sazon de regreso de mi primer viáje á América, de donde no hacia aun medio año que faltaba, cuando recibí una carta de mi madre, que desde Madrid me escribia, brindándome á que tuviéra la galantería de acompañarla en la peligrosa cuanto larga y amenísima navegacion que iba á emprender á Guayaquil, por la via de Panamá, haciendo su primera escala en Santiago de Cuba, donde le aguardaba su esposo, á fin de que reunidos desde allí prosiguiésemos juntos hasta el término del viaje, que era Quito. Fué mi júbilo tan grande al leer dicha misiva, que creí por un momento haber



(Vista de Torrelaguna.)

comprendido mal: así es que volvíla á leer de nuevo, y de nuevo palpitó con inusitada velocidad de placer mi corazon. Iba á emprender otro viaje, el mas largo, el mas hermoso: además iba á abrazar á mi madre tras larga ausencia; íbamos á cruzar juntos un espacio de 3,000 leguas; iba á hollar con atrevida planta esos gigantescos montes denominados los Andes, é internarme en la espesura de sus bosques, cunas del mundo: la carta de mi madre me señalaba por nuestro punto de reunion á Santander, desde donde nos embarcaríamos para Cuba. Desde mi mas remota infancia ha sido mi destino el viajar, teniendo para ello mucha inclinacion, que degeneró mas tarde en una pasion decidida; añádase á esto el que yo nací para viajar, siendo dotado por el cielo de una salud y robustez á toda prueba para arrostrar impunemente los climas mas mortíferos. Ni los alimentos inusitados me perjudican, ni me arredran las fatigas, ni me desalientan los peligros; estos hasta me seducen mas bien, y encuentro atractivos en los viajes que me estropean; por cierto que la corta travesía que efectué desde la Coruña á Santander, en una balandra, me estropeó asaz.

Embarquéme sobre las diez de la noche después de algunas crueles despedidas que son siempre sensibles para corazones amantes. El patron pensaba poderse dar á la vela sobre las once que solia saltar la brisa que necesitaba para salir del puerto. El mar por entonces estaba en perfecta calma, cual un espejo la bahía, rielaba la luna sus rayos trémulos de plata sobre aquella trasparente superficie en el firmamento, cual se miraba duplicando el inmensísimo número de sus brillantes estrellas. El viento se hizo esperar hasta media noche; yo, en vez de bajarme á la cámara, guarida de cucarachas y ratones, cámara paradioda en donde juntas no cabian tres personas sentadas, y ninguna derecha, me estuve con preferencia encima de cubierta, contemplando el bello cuadro de la naturaleza, de que tan admirador soy: por un lado un bosque espeso de mástiles de la mercantil Coruña; por otro sus risueñas colinas con sus molinos de viento. Antes de abandonar sus playas diré algo de dicho puerto, de los mas conocidos, por lo mismo de ser de los mas importantes de España. Ocupa su posicion geográfica al N. E. de la península; su bahía se halla resguardada por una colina; sus fortificaciones son notables; datan del tiempo de Enrique III. El castillo de San Anton que antes fué ermita, es tan pintoresco como inespugnable, construido sobre unas rocas que se agrupan á sus plantas; en medio de la bahía se dibuja soberbio y vistoso, sobre su azulado fondo. San Anton, en fin, es el centinela de la ciudad y la llave de la ria; las calles de la Coruña son notables por su buen pavimento, y cuenta unas 19,420 almas.

Con esto, tengo daguerreotipada la Coruña, y pasando en silencio las tres noches que tardamos en llegar á Santander, navegacion molesta con recio temporal, donde no ocurrió cosa notable sino es que

los ratones se comieron la felpa de mi sombrero, anclamos en el puerto de San Andrés ó de Santander.

Salté al malecon lo mas pronto posible, y fuíme á indagar el paradero de mi madre, cuyas señas me dieron luego en la administracion de las diligencias, y supe que solo se hallaba desde el dia anterior en aquella ciudad; volé pues en su busca, y me recibió con un abrazo tan estrecho cuanto habia sido deseado, deseo alimentado por algunos años de separacion. Desde muy pequeño he tenido que separarme con frecuencia de ella; de modo que mi corazon con frecuencia tambien se ha sentido destrozado con crueles despedidas; pero por otro lado es cierto que nunca hubiera saboreado las delicias del tornarse á ver, así como en amor sin las querellas, sin aquellas pequeñas tempestades que suelen agitarse entre amantes, esos desconocerian las dulzuras de la reconciliacion. Y como es muy cierto que nada hay en este mundo que perfecto sea, la demasiada felicidad seria monótona; la misma luz del dia ¿qué mérito tendria para nosotros, á no compararla con las tinieblas de la noche?

Quince dias permanecimos en la ciudad de San Andrés, que es la etimología de la palabra Santander; á lo que se cree hubo allí un monasterio en tiempos antiguos; la ciudad fué una vez destruida, y despues vuelta á fundar por Alonso VIII. No es bonito el casco de la poblacion; pero está situada de manera que por cualquier punto que se mire ofrece vistas pintorescas. Desde la ria se ve un muelle nuevo, todo de sillería, de dos mil ciento noventa pies de longitud y veinte de elevacion, y á su frente otro no concluido; al través de un hermoso caserío distribuido en manzanas se dejan ver algunos huertos; hay una colina que se estiende á la espalda de la poblacion, verde en todos tiempos, y cuya falda toca en las últimas casas de la ciudad, adornada tambien de huertos y de caseríos, y su cresta por donde hay un camino de recreo, está coronada de dos hileras de arbolitos jóvenes que á cierta distancia presentan la imágen de una nubecilla suspendida á lo largo de la colina.

Hizo mal tiempo durante los pocos dias que allí permanecimos; por fin, nos embarcamos en el bergantin *Jóven Felisa*, que partió para Cuba, y como tengo ya prisa por llegar á tierra americana y que durante los cuarenta y siete dias que duró nuestra navegacion solo nos aconteció lo que comunmente suele en todas estas navegaciones, y es, tener buen tiempo y mal tiempo alternativamente, calmas, temporales, etc., marearnos al principio, curarnos despues y engordar como unos tudescos, pasaré en silencio insignificantes minuciosidades y diré que anclamos en la famosa bahía y tan deseada de Santiago de Cuba, que es la tercera ciudad mercantil de la isla, y está situada á cuatro millas al N. de su costa meridional sobre el estremo N. E. de su bahía. En antigüedad es Cuba la segunda ciudad de la isla; fué fundada por Diego Velazquez, año mil quinientos catorce, y se cree que el primer trabajo que se hizo para su edificacion fué en la víspera ó dia de Santiago, por lo cual se la dió esta advocacion.

Su puerto es escelente porque tiene hasta cuatro millas desde N. á S.; su anchura es irregular, y muy estrecho en algunos parajes, pero resguardado de todos los vientos. Son hermosos el cielo y el suelo: lástima que reine allí en algunas épocas del año ese azote terrible de nadie desconocido, y al que llaman vulgarmente *vómito negro*, y los facultativos denominan *tifo intertropical*. Tan solo tres dias permanecimos allí, trascurridos los cuales embarcámonos de nuevo en un vapor inglés que debia conducirnos á la isla de Jamáica; no va sola conmigo mi madre, puesto que nos juntamos con el señor D. L.ª de P.ª, marido de mi madre, de quien mas arriba dije que iba como embajador al Ecuador, y además un hijo suyo de su primera mujer, jóven de quien, sin temor de faltar á la modestia (por no existir entre nosotros consanguinidad) puedo hablar haciéndole la justicia de tributarle merecidísimos elogios; hoy tiene veintiun años, y está en vísperas de ir á Filadelfia, su país natal; yo lo quiero cual se puede querer á un hermano muy amado; es de gallarda presencia, noble, generoso, instruido, de bueno y natural talento, valeroso, cortés, escelente amigo.

De su padre ha heredado todas estas cualidades.

De su madre, que murió siendo él muy niño, ha heredado tambien sentimientos delicados y un patrimonio regular; se llama Luis como su padre; ahora bien, pagado este pequeño tributo á la amistad, volvamos á emprender el viaje.

Mi madre, padre, é hijo, yo, y un ayuda de cámara y una doncella, componiamos una caravana de seis personas; el viaje se iba á hacer mas divertido, y no embarazoso porque hubiese una señora: debo decir dos palabras de mi madre, y las diré sin adular, sin que mi lenguaje sea el de un hijo parcial, sino el que he oido á varias personas; hablaré por tradicion. Es pues una mujer muy femenina (si se me permite la espresion), y por otro lado una amazona para sufrir con valor, y arrostrar hasta con alegría los contratiempos que ocurren en un viaje; es además admiradora grande de la naturaleza; es poetisa, música, artista en fin, hasta el fondo del alma; monta á caballo con ligereza, soltura y firmeza, desafiando á los buenos ginetes á dar carreras por terrenos quebradizos y peligrosas asperezas, y posee ese valor y esa fuerza que emanan á veces de la misma flaqueza; evita los peligros en cuanto puede, los desprecia si es preciso meterse en medio de ellos, y los arrostra, con acerado pecho y frente serena se vuelve una heroína.

Dicen tambien que su hemosura ha sido estremada, y lo que yo veo es, que hoy dia que cuenta nueve lustros, no digamos que conserve restos, sino una verdadera belleza, admirando yo sobre todo su voz al cantar, en la que no se nota alteracion de cuando tenia 15 años menos. Conoció en Londres á la Malibran García, quien se envanecia de llamarse su maestra, pues lo fué durante algunos años; y cito á la Malibran porque se vea que no me atengo aquí á mi opinion, sino á la del primer voto en el arte, aquel ruiseñor que murió jóven y al que nadie ha reemplazado aun. Todos estos detalles que algunos tacharán quizá de pueriles, sirven para demostrar que una mujer como mi madre necesariamente debia disfrutar mucho en un viaje de esta naturaleza, á mas de ser una compañera muy amena.

El vapor inglés en que á la sazon nos embarcamos, llamado el *Tweed*, merece particular mencion, y forma gran contraste con la balandra en que fuí de la Coruña á Santander. Figúrese el lector un magnífico palacio ambulante; de popa á proa doscientos pasos; tres puentes; ochenta en lo que cabe anchos camarotes como cuartitos con sus puertas; máquina de vapor de la fuerza de 500 caballos; la cámara principal llena de caprichosas columnitas, de dorados artesonados; el techo pintado de azul salpicado de estrellas de plata; muebles de caoba, terciopelo, seda y tafilete; hasta alfombras habia, y encima de una elegante chimenea francesa veíase colocado un estante de libros, obras escogidas en cinco ó seis diferentes idiomas, para recreo de los pasajeros. Acabábase de perder otro vapor igual en las islas turcas, y calculaban el valor de la pérdida en 400,000 pesos, despues de salvarse las gentes y los efectos principales.

Duró nuestra navegacion 24 horas, fondeando en el muelle de Kignston, capital de la antilla inglesa Jamaica, á tres leguas E. de Spanishtown; está construida en forma de anfiteatro cerca de la costa meridional de la isla, en el suave declive de una hermosísima, amena y muy pintoresca montaña, presentando un agradabilísimo punto de vista. Las calles de Kingston son rectas, cortadas á cordel, y sin empedrar; sus casas de un solo piso no son muy sólidas, pero son muy bonitas é iguales, de modo que todo presenta un punto de vista uniforme; cuenta dicha poblacion unos trece mil habitantes El puerto es malo pero espacioso, nada menos que de tres leguas de largo sobre tres cuartos de ancho; puede contener mil embarcaciones, pero no al abrigo de las tempestades; los buques de guerra fondean en Puerto Real, el cual habiendo sido destruido por un temblor de tierra, fundaron después á Kingston en 1693. Nosotros nos instalamos en una casita muy linda con su jardin y baños. Esto de pasar como por ensalmo con tanta rapidez dentro de un palacio ambulante desde un país español á otro esencialmente inglés, me hizo una notable impresion, despertó en mi alma recuerdos dormidos hacia algun tiempo; como he pasado mis primeros años en Inglaterra, tuve reminiscencias de los dichosos de mi infancia; me hallaba yo tan bien en Kingston, y no solo yo, sino todos nos encontrábamos tan felices, que dejamos con pesar aquel suelo despues de doce dias de permanencia en él, durante los cuales yo me complacia en pasar la mayor parte del dia en el jardin muellemente tendido á la sombra de deliciosos naranjos y jazmines, medio embriagado por el perfume que exhalaban aquellas flores; de ese modo leia bellas páginas, y á veces dormitaba sobre ellas, y en esta disposicion de somnolencia que sin ser un legítimo sueño es mucho mas grato, figurábaseme que leia otras páginas mas bellas aun que las interrumpidas; un mundo de cosas pasaba entonces por mi mente, que volaba por los espacios imaginarios, y despertaba con sentimiento.

Llegaba la noche: entonces íbame con mi amigo Luis á pasear, ora por la ciudad, ora por el campo, hasta asaz avanzada la noche, permaneciendo absortos y encantados entrambos, con admirar aquellas hermosísimas noches americanas de que no pueden dar una idea las mas hermosas de Europa.

Tuvimos que marchar, ya signifiqué antes que con pesar, porque ello es cierto que todos nos encontrábamos felices allí; mas yo estaba muy lejos de sospechar una cosa, y es: que aquellos no eran sino los preludios de las impresiones que un poco mas tarde debian hacer vibrar con sus mas armoniosos sonidos las sensibles cuerdas de mi corazon. Ocúrreseme aquello de que un bien nunca viene solo; este es un adagio no infalible, pero que suele realizarse genéricamente. ¿Un dia de tristeza no estiende sobre muchos otros su sombra fúnebre? Pues bien: la felicidad esparce tambien sobre otros muchos dias de nuestra vida un suave perfume, así como la madreselva embalsama la atmósfera que la rodea, y el viento que la columpia al pasar.

(Continuará.)—PEDRO DE PRADO.

FUNERALES.

Los sianeses dan culto religioso á muchas suertes de ídolos, y entre ellos á los cuatro elementos; y dejan encargado cuando mueren que se les consigne al elemento á quien han tenido mas devocion: por ejemplo, los que han adorado la tierra se hacen enterrar, los que al fuego se hacen quemar, y los que al aire se hacen colgar para que los coman los pájaros. En esta nacion se queman las mujeres con el cadáver del marido, y cuando el rey muere, no solo se queman con él sus mujeres, sino muchos señores se echan voluntariamente en la hoguera.

Los pueblos de la Abassia, en la Georgia, no entierran ni queman sus muertos; los meten en los troncos de los árboles huecos, ó los cuelgan de las ramas mas altas, atados con sarmientos, y lo mismo sus armas y vestidos, y para que el difunto pueda tener su caballo en el otro mundo, lo hacen correr á toda brida alrededor del árbol hasta que caiga reventado.

Los gauros, pueblos del Asia, atan sus muertos de pié derecho á unos pilares de siete á ocho piés de alto, con la cara vuelta al oriente, y se ponen á rezar hasta que vienen los cuervos: si alguno de los cuervos se tira al ojo derecho del difunto, creen que se ha salvado; pero si al ojo izquierdo, lo tienen por mal presagio.

Herodoto, Estrabon y Melo nos cuentan que muchos pueblos del Asia creerian cometer el mayor delito de impiedad, si dejasen podrir los cadáveres en un sepulcro, y que fuesen pasto de los gusanos: cuando muere alguno le parten en pedazos, y mezclándole con las demás viandas ordinarias, se lo comen con gran devocion, y esto es un motivo de regocijo en la parentela; y así se convidan á esta especie de banquetes con gran ceremonia, suplicando á los convidados tengan la bondad de ir á comer el cuerpo de N., del mismo modo que entre nosotros se suplica se sirvan asistir al entierro de algun pariente ó amigo que acaba de morir.

VIRTUDES SOCIALES.

(EN SIETE LECCIONES.)

(Conclusion.)

LECCION SESTA.

Los cumplimientos.

El hombre, sin duda alguna,
de todos los animales
es el único risible,
y tambien el mas sociable.
Esto le impone deberes
y obligaciones muy graves,
para estar en armonía
con todos sus semejantes.
Nace cualquier parvulito,
y desde el punto en que nace
ha de estender la noticia
con la lengua de su padre.
¡Ay si á algun íntimo amigo
se quedan sin anunciarle
de una manera oficial
la llegada del infante!
No irá á verle, de seguro,
viviendo en la misma calle,
y hará pomposos elogios
del suceso en todas partes.
Crece, y sufre, pobre niño,
que á tu risueño semblante
se acerquen labios peludos
y caras de orangutanes.
No llores ni te retires,
que pudieran enfadarse,
porque tan jóven te opones
á las fórmulas sociales.
Ya irás viendo, ya irás viendo
conforme los años pasen,
que á fuerza de ceremonias
logras ciertas amistades.
¡Oh virtud de los saludos,
quién aprecia lo que vales!
Tú das y quitas amigos
en brevísimos instantes;
Que debe saber un hombre
como cosa indispensable
en tal ó cual cortesía
los grados que ha de inclinarse.
Cómo ha de llevar los dedos
al sombrero por la calle,
y al dar la mano á cualquiera
la cara que ha de mostrarle.
Si escribe esquelas ó cartas,
ha de poner, que es muy fácil,
cierto número de eses
y otras muchas iniciales.
Del uno llámese amigo,
de otro servidor se llame,
y vea si debe el sobre
llevar obleas ó lacre.
Desde el título hasta el forro
apréndete el almanaque,
y sabe todos los nombres
de vírgenes y de mártires.
Hoy son dias de un amigo:
ve á dárselos y no faltes;
y has de ir á cierta hora
y has de llevar cierto traje.
Si vas temprano interrumpes
los quehaceres matinales,
y los goces *culinarios*
del banquete si vas tarde.
Con una targeta cumples:
mándasela, que es bastante,
y quedarán tan contentos
porque ven que te acordaste.
En su lecho de dolores
enfermo un amigo yace:
iré á verle; *no reciben*,
ó lo hacen de mal talante.
Basta mandar un criado
cada mañana á sentarme
en la *lista*, si la hubiere,
ó á preguntar de mi parte.
A la mansion de los muertos
piensan llevar el cadáver:
no voy; mi coche y mis yeguas
serán mis representantes.
Ya la visita de duelo
me obliga á oir tristes ayes,
y á ponerme compungido
cual todos los circunstantes.
Oigo prodigar consuelos
que parecen necedades,
con lo de «¡quién lo creyera,
ahora que estaba tan ágil!»
Y lo que hablaba el enfermo
muy pocos momentos antes,
y el anticuado y terrible
«salud para encomendarle.»
¿Te casas, Juan? No te olvides
á tantos dias cabales,
de ofrecer tu habitacion
participando tu enlace.
Augurarán á tu cráneo,
si no es la esquela elegante,
y ensalzarán á la novia
si te olvidaste de alguien.
¿Dulces me envias? ¡Ah Juan!
ya entiendo bien esa imágen,
esa fórmula social
de pedir que te regale.
Lo haré, Juan, porque no ignoro
que no hay hombre que se pase,
si ha de tener un amigo,
sin tales solemnidades.
No hay tierra sin cumplimientos
de una clase ó de otra clase,
y tendrás que hacerlos siempre
aunque vivas entre cafres.
Y pues es corta la vida,
goza el mundo cual le hallaste;
no para tan poco tiempo
te canses en reformarle.

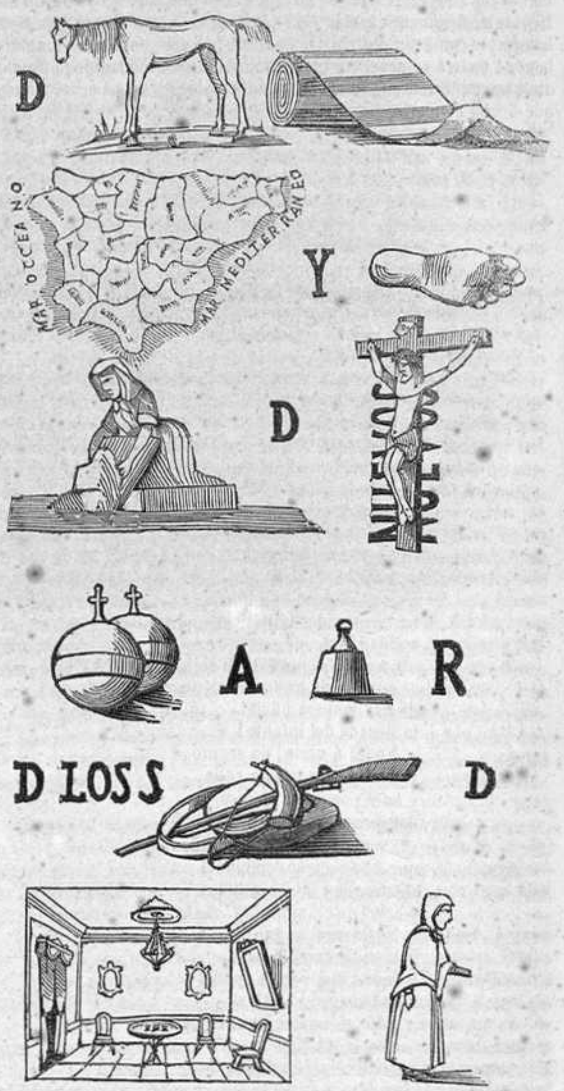
LECCION SÉTIMA.

La paciencia.

¡Gran virtud es la paciencia,
y en el mundo gran consuelo
desde el dia en que salimos
del depósito materno!
Dígalo el mísero infante
con sus débiles lamentos,
viva imágen de las momias
entre pañales envuelto.
¡Qué paciencia necesita
al sufrir tanto meneo,
tanto insoportable grito
y tanto asqueroso beso!
Qué paciencia cuando aguanta
en la escuela á los maestros,
que quieren tal vez que aprenda
lo que ellos nunca supieron.
Paciencia, niño; mas cuida
de irla gastando con tiento,
no se te acabe el acopio
antes de llegar á viejo.
No hay nada tan necesario,
como ya irás conociendo;
sin ella nadie en el mundo
puede vivir ni un momento.
Paciencia si una mañana
vas por la calle corriendo,
y se cuelga de tu brazo
un amigo majadero;
y te da noticias frescas
de la atmósfera y del tiempo,
de si hace el oso á fulana,
ó se muda el ministerio.
Paciencia si pasas años
con un miserable sueldo,
y ves á cien mil petates
subir á encumbrados puestos.
Paciencia si cuando estudias
interrumpen el silencio
los coches, los vendedores
y los trinos de los ciegos.
Y te aturden por el patio
las criadas con sus ecos,
volviéndote un par de coces
si las regañas por eso.
Paciencia si por la acera
van cuatro sepultureros
que te dan en los hocicos
con el estuche de un muerto.
Paciencia si de visita
se meten en tu aposento
un amigo con su esposa,
la criada y tres chicuelos;
y has de alabar sus tontunas,
de los papás embeleso,
y decir que estan robustos,
y besar á todos ellos.
Paciencia si el mas remono
vierte en la alfombra un tintero,
y el otro llora y patea
porque rueda de su asiento.
O hacen tu baston caballo
y le parten por en medio;
ó dan honores de silla
y de *clac* á tu sombrero.
Paciencia si eres amigo
de seguir al bello sexo,
y ellas te llevan al trote,
y encuentras cien mil tropiezos.
Paciencia si eres hermosa,
y pasas el dia entero
escuchando las simplezas
de elegantes rapazuelos:
y te siguen á los bailes,
al teatro, á los conciertos;
y algun dia en los garbanzos
hallarás dos ó tres necios.
Paciencia si hablar pensabas
á tu amor en el paseo,
y la ves ¡oh desventura!
asida al brazo paterno.
Paciencia si das en cama
porque te sientes enfermo,
y te cura unas viruelas
como tercianas el médico.
Paciencia si te preparan
el camino de los cielos,
y derechito te metes
en las tinas del infierno.
Paciencia si mis virtudes
leiste verso tras verso,
y al acabarlas conoces
que no dicen nada nuevo.
Y paciencia yo, y no poca,
si oigo ponerlas defectos
á quien habla en lengua humana
por bondad del Ser Supremo.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



JUAN SEBASTIAN BACH.

(Segun el retrato al óleo de Hausmann, que se halla en la sala de música de la escuela de Tomás, en Leipzig.)

Oriundo de una familia ya de antiguo conocida por su disposicion filarmónica, nació Sebastian el 31 de marzo en Eisenach (Alemania), donde su padre Ambrosio fué músico de cámara. A la edad de diez años perdió á su padre, y entonces se le llevó su hermano mayor, que era organista. Este le instruyó en los conocimientos del arte musical, hasta que á los cuatro años murió tambien este hermano, y nuestro Bach tuvo que buscarse en otra parte su vida, lo que halló en el coro del gimnasio de San Miguel, en Lüneburgo, desde donde halló medio de pasar á Hamburgo para oir al célebre organista Reincke. Desde este tiempo al año de 1708 desempeñó varias plazas de violonista y organista, hasta que recibió una invitacion para Weimar, como organista de cámara del duque, pues su creciente fama se habia esparcido ya en toda la Alemania, y de todas partes le llegaban proposiciones. La amenidad de su actual posicion estimulaba de nuevo su celo, y aquí es donde adquirió la gran maestría en el órgano, en la cual ninguno de sus contemporáneos ni sucesores en el mismo arte han podido alcanzarle ni menos sobrepujarle. Un nuevo estímulo le proporcionó su nombramiento de maestro de capilla del duque, verificado en 1714, con la obligacion de componer y ejecutar piezas de música sagrada. Alternativamente empleado de organista en varias capitales, fué por último nombrado director de música en Leipzig en el año de 1722, hasta que en el 28 de junio de 1750 le arrebató la muerte después de haber quedado ciego á consecuencia de sus muchos trabajos.

Si echamos una ojeada sobre la personalidad de Bach, hallaremos en él igualmente distinguido al hombre y al artista. Sus maneras agradables y su modestia, como tambien su honrado y franco carácter, le granjearon en sumo grado la amistad y benevolencia de sus contemporáneos, é igualmente con los demás artistas vivia en perfecta armonía. Como organista no halló rival, segun hemos dicho ya, y á

él se le debe el uso independiente del pedal, y en el arte de manejar los registros producia efectos increibles. Además tocaba otros instrumentos de cuerda, como el violin, la viola; pero en lo que mas sobresalia era en la composicion, habiendo compuesto un número fabuloso de piezas de música, de las cuales citaremos solo las mas célebres: en una visita á Berlin compuso su célebre fuga, llamada *el sacrificio musical*, para el cual le dió el tema el mismo rey de Prusia Federico II; cantatas y piezas de música sagrada para todos los domingos y dias de fiesta durante cinco años, esto es, mas de 300 números; luego 3 oratorios, unas 20 cantatas de ocasion, un gran número de motetes, 10 misas, 5 grandes composiciones de la pasion, piezas de piano y órgano, entre las cuales es la mas célebre la llamada *el piano bien templado*, que contiene 48 preludios y fugas, y por último 6 sonatas para piano y violin.

POR TI.

NOVELA ORIGINAL.

(Aprobada por el censor.)

CAPÍTULO PRIMERO.

UNA CONVERSACION COMM'IL FAUT, Y LO DEMÁS QUE VERÁ EL CURIOSO LECTOR.

—¡*Diabolo*! ¡*diabolo*! para subir á tu habitacion se necesita mas valor que para apoderarse de una batería. ¿Cómo te se ha ocurrido irte á vivir junto á los dioses del Olimpo?

—Qué quieres, Arturo! no todos somos capitalistas como tú, y podemos obrar siempre segun nos acomoda.

—¡Oh *mio caro*! esas son escusas y no mas; porque si atribuyes á falta de dinero el habitar esta miserable buhardilla, ya sabes que mi bolsa es siempre de mis amigos, y creo que tú te puedes contar entre estos.

—Ya lo sé, y te agradezco tus intenciones; pero ya sabes que los poetas buenos y malos tenemos orgullo en la pobreza, y no habrás olvidado mis pretensiones literarias.

—No por cierto. Y á propósito, ¿qué es lo que escribes? ¿no has publicado nada? Haces mal; yo en tu caso haria mi *debut* en el mundo literario con un drama romántico de grande espectáculo en seis actos y veinte cuadros, con variedad de metros, y...

—Basta, basta, amigo; en materias de corridas de caballos, de bailes y bailarinas, puedes hablar con conocimiento de causa; en literatura... vas á hacer *fiasco*, y no lo puedo permitir.

—Yo, que tuteo á Zorrilla y á García Gutierrez; que conozco á todas las modernas lumbreras de las letras españolas; que hablo en el taller de Esquivel y de Madrazo de diafanidad de tintas, de composicion y colorido; que en el teatro del Circo doy la mano al empresario, y el brazo á la Fuoco y á la Guy, ¿no he de estar enterado de literatura y bellas artes? Desengáñate, *mon cher ami*, el negar mi voto en estas materias es lo mismo que negar que los astrólogos adivinan el porvenir.

—Siempre tienes un humor original, y es una fortuna para tí y para los que estan á tu lado.

—*El mundo comedia es*, y lo mejor que puede uno hacer es reir y no pensar. Pero veo muchos papeles sobre esa mesa, y abusando de tu amistad, voy á enterarme de su contenido.

Arturo se puso á hojear todos los escritos; poco después, volviéndose á su amigo, esclamó riéndose:

—¡Ah! ¡ah! tú estás enamorado. No lo estraño; eres poeta, *voila* loco. ¿A que has encontrado una celestial criatura, un ángel de belleza, que

es una perla escondida
entre las algas del mar,

á quien adoras con todo tu corazon, y de quien eres correspondido con igual ternura?

—Que hayas hallado algunas palabras de amor entre mis papeles, nada prueba; serán capítulos sueltos de alguna novela ú otro escrito de este género.

—Mucho podria contestarte, Salvador, á lo que has dicho; pero quiero apelar á tu franqueza: y cuenta que el no decir la verdad es indigno de un *gentlement* castellano, que presume poseer las virtudes de los paladines de la *moyen age*.

—Y bien, nada tendria de particular que fueran ciertas tus suposiciones.

—Eso lo acabo de decir yo. ¿No quieres confesar tus amores? Cállalos en buen hora. Muy feliz serás cuando ocultas en el fondo de tu pecho la pasion que te consume; pero recuerda bien estas palabras: conservar el cariño de una mujer es tan difícil como aprisionar entre los dedos el agua de un impetuoso torrente.

—Muy desesperadas son tus ideas.

—Son hijas del desengaño; para mí en el mundo moral nada hay cierto; amistad y ódio, sabiduría é ignorancia, son palabras sinónimas que nada dicen ni significan. Siento haber venido á este terreno, porque temo que el *spleen* se apodere de mi espíritu; así pues te dejo; voy á dar el pésame á una señora por la muerte de su marido, acontecimiento que estoy seguro que mas la sirve de satisfaccion que de sentimiento, y después á charlar un poco con mis amigos de la brillante *soirée* de la condesa de X***. Adios, Salvador, te deseo felicidad en tus amorosas empresas.

—Adios, Arturo, y cuando vuelvas á verme no hables de la manera que hoy lo has hecho, porque tus palabras marchitarán mis ilusiones; soy poeta, ó pretendo serlo, y un poeta sin ilusiones es una flor inodora, es un cristal sin trasparencia.

Tenia lugar la conversacion que dejamos transcrita en una pequeña habitacion de la calle del Clavel, de la muy heróica y coronada villa de Madrid. La descripcion del cuarto merece párrafo aparte y la competente licencia de la bella lectora ó amable lector que á este punto de nuestra narracion llegare.

Era una sala rectangular de diez y seis piés de longitud por catorce de latitud; en una de sus paredes mas largas habia dos puertas, la una que servia de entrada, y la otra que daba paso á una alcoba modestamente alhajada. En el centro del lienzo de pared frontero al que hemos mencionado habia un balcon en el cual se veian varios tiestos y macetas de hermosas y exóticas flores. Tanto este balcon como las puertas estaban adornadas de colgaduras y pabellones de damasco verde, que en sus primeros tiempos, por su riqueza y buen gusto, podian haber figurado en una morada régia, pero que en la actualidad daban claras muestras de que todo envejece en este pícaro mundo. Dos estantes llenos de libros de literatura, novelas y poesías, un sillon en medio con una mesa de estudio delante, sobre la cual se veian confundidos multitud de periódicos, manuscritos y cartas, ocupaban uno de los costados de la habitacion; en el otro varias sillas de nogal con asiento de terciopelo negro, compañeras en antigüedad de las colgaduras y pabellones, llenaban la parte inferior, y en el centro habia colgada una panoplia en la cual estaban simétricamente arreglados varios floretes, sables y pistolas.

Entre las dos puertas de que dejamos hecha mencion, habia un singular cuadro en que felizmente para Salvador no reparó su descreido amigo Arturo. Una gasa blanca como el ampo de la nieve impedia el exámen de aquella misteriosa pintura. Nosotros, á fuer de minuciosos historiadores, atravesaremos con el pensamiento este levísimo estorbo, y diremos lo que detrás de él se ocultaba. Era un pequeño paisaje que representaba unas gigantescas montañas, un ave de especie desconocida atravesaba el espacio salvando las mas elevadas cumbres y volando con rapidez hácia un confuso y lejano horizonte que en lontananza se distinguia; por bajo habia escrito con caractéres dorados estas sencillas palabras: Por tí. ¿Qué queria decir esta breve inscripcion? Tal vez encerraba un mundo de recuerdos, tal vez era solo un capricho de poeta.

CAPÍTULO II.

LAS CALLES DE MADRID, LA IGESIA DE SAN LUIS Y CIERTOS ENSUEÑOS DE LA PRIMAVERA DE LA VIDA.

Madrid, á las seis de la tarde de un hermoso dia de junio del año de 184... era un cuadro que suministraria largas páginas á la observadora pluma del Curioso Parlante, y que inspiraria no pocos sarcásticos pensamientos al malogrado autor de *El Doncel de don Enrique el Doliente*.

Todo es animacion y bullicio. Los tenderos quitan las cortinas que durante la mañana les han librado de los ardorosos rayos del astro del dia, y riegan la parte de acera que ocupan sus puertas, no sin grave daño de los elegantes vestidos de las señoras que á los paseos se dirigen. Multitud de coches de varias formas y magnitudes se cruzan en todos sentidos y direcciones. Mirad aquel ligero tilburí, ocupado por un jóven cuyos grandes y espresivos ojos destellan orgullo y dignidad; preguntadle cómo ha cambiado el roto frac de pretendiente por ese lujo fastuoso, y le vereis palidecer y callar. ¡Misterios de la corte!

Mas allá se ve una aristocrática carretela: dos arrogantes yeguas de Mecklemburgo forman el tiro; los lacayos visten librea azul celeste, y en sus blasonados cuellos se distinguen las armas de los duques de R... La encantadora Enriqueta ocupa el interior del carruaje acompañada de su mamá y de su futuro esposo el fátuo hijo del marqués de Florverde. A estos carruajes sigue el modesto landó del médico, el charolado *tres por ciento* del bolsista, el antiquísimo y proverbial si-

mon, y por último el popular coche de colleras, cuyos sonoros cascabeles y campanillas parece que nos gritan: ¡á los toros! ¡á los toros!

Multitud de amazonas y ginetes, montados los unos segun el airoso figurin de los hijos de Albion, y los otros siguiendo la atrasada escuela que usaron nuestros abuelos, caracolean y lucen su habilidad hípica, causando no pocos sustos á alguna vieja contemporánea de Godoy.

Se abren las persianas de los balcones, y aparece algun pacífico ciudadano que se frota los ojos en señal de que acaba de dormir la siesta, ó alguna muchacha de pocos años, pero de muchos encantos, que dirige sus miradas á cierta esquina á ver si su amartelado Adonis está ya en espera, hacerse después el encontradizo cuando salga con su familia, y de este modo, entre los pintorescos paseos del Buen-Retiro ó en el confuso gentío del Salon del Prado entablar una de esas conversaciones que forman nuestra dicha cuando tenemos diez y ocho años, nuestro entretenimiento á los veintiseis, y que á los treinta y cuatro nos hastian.

Y sin embargo de que tan mundanos pensamientos ocupaban la mente de los habitantes de Madrid, no faltaba, no, quien mas religioso ó acaso mas desgraciado, penetraba en uno de los templos del Altísimo y consagraba un recuerdo al autor de la creacion

. . . . . .

La iglesia de San Luis estaba abierta. Un jóven atraviesa el cancel y penetra en su interior. A la incierta luz de una lámpara podemos reconocer á nuestro Salvador de Lazan. Detiénese enfrente de una capilla, apóyase en la verja, y dirige sus miradas por todo el ámbito del templo. Alguna que otra persona oraba puesta de rodillas con religioso fervor; ni el mas leve ruido llegaba á los oidos de nuestro héroe. Aquel silencio, aquella soledad, tenian algo de misterioso, algo de sublime. Salvador se conmovió hondamente con una de esas sensaciones internas que á manera del magnetismo estremecen nuestra naturaleza hasta sus últimas ocultas fibras. Entonces elevó sus ojos al cielo y formuló en su corazon una de esas oraciones que no bastarian largas páginas para espresar, y que sin embargo quedan dichas con una sola palabra que pronuncien nuestros labios. Esta palabra encierra nuestras esperanzas y nuestros deseos, nuestras creencias y nuestros desengaños. . . . . .

. . . . . .

Pocos momentos después se hallaba en la calle. Atravesó con ligero paso la Puerta del Sol, tomó la Carrera de San Gerónimo, y después de cruzar tres ó cuatro calles mas, dió fondo en un piso segundo de cierta casa cuyas señas callamos por razones que sería prolijo enumerar.

Sentada lánguidamente en un mullido sofá, se ve una jóven de quince á diez y seis años. Rubio y sedoso el cabello, cae formando bucles que adornan el ovalado contorno de su bellísima fisonomía. Sus claros y serenos ojos azules destellan miradas tiernas y melancólicas como el recuerdo del placer perdido; en su pequeña boca, ligeramente plegada, se nota un sello de bondadosa dulzura imposible de desconocer. Su níveo cutis, su menudo pié, su esbelto talle, su torneada y aristocrática mano completan sus encantos. Pura, fantástica, hechicera, parece una vírgen del Norte, una vagorosa evocacion de la hada de los lagos; falta un Walter-Scott que la describa dignamente.

Dos ó tres veces ha vuelto la cabeza con muestras de infantil desagrado. Por último se abre la puerta de la sala y aparece un criado anunciando al señor don Salvador de Lazan.

—Te esperaba con impaciencia, dice la jóven tendiendo la mano á Lazan; temia que hoy que estoy sola tuvieses alguna ocupacion que te impidiese venir.

—¿Y á qué debo el placer de poderte hablar con libertad?

—Mi mamá ha salido á dos ó tres visitas, y he logrado escusarme de acompañarla diciendo que estoy indispuesta. Tu amor me hace ser mentirosa.

—Y á mí el tuyo, Fanny, me hace el mas feliz de los mortales.

—¡Engañoso, qué bien finges un cariño que no me tienes!

—¡Que no te quiero, bien mio! Mira: por tí paso las noches en vela sobre un antiguo y carcomido volúmen; por tí trabajo y escribo; tu retrato está repetido en todas mis novelas, en todas mis obras, y cuando la fatiga y el cansancio cierran mis párpados, fijo mi vista en un pequeño cuadro que hay en mi gabinete, y representa un ave que atraviesa el espacio en direccion de un lejano horizonte; debajo hay escritas estas sencillas frases: *Por tí.* Aquella inscripcion me da nuevo vigor, y emprendo mi suspendida ocupacion.

—Te creo, Salvador mio; sé muy bien que me amas; si llegase á pensar lo contrario seria muy desgraciada.

Y al decir esto una lágrima brilló en la mejilla de la linda niña: Lazan tomó una de sus manos, é imprimiendo en ella un ardiente beso esclamó con creciente entusiasmo:

—Sí, sí, Fanny, te adoro, te idolatro; mi amor es infinito, puro, como inspirado por un ángel, por un ángel de belleza. ¡Ah! ¡pluguiese al cielo que pudieras ver hasta el fondo de mi alma, y contemplar hasta dónde llega mi pasion: entonces me amarias, porque es imposible que permanecieses indiferente á la inmensa ternura que por tí siento. Si me pidieses el sacrificio de mi vida, te lo concederia gustoso, porque á tí nada puedo negarte.

La jóven escuchaba con placentera sonrisa las apasionadas frases de Salvador; por último contestó con acento tierno y vibrante:

—Amigo mio, ya sabes los obstáculos que se oponen á nuestra union; la mayor prueba que puedes darme de cariño es vencerlos pronto, pues en tu mano está.

—Sí, amada mia, redobláré mis esfuerzos, te lo juro. Laura inspiró al Petrarca sus fáciles y armoniosos versos. Torcuato Tasso escribió su Jerusalen pensando en la bella Leonor de Este; pues bien, yo pensaré en la encantadora Fanny, y si no acierto á espresar tan sublimes conceptos como aquellos celebrados ingenios, por lo menos todo lo bello que en mis composiciones se advierta, será debido á tí; los defectos serán mios.

—Mira, Salvador, cuán dulce es el porvenir que nos espera. Unidos cruzaremos este mundo falaz y engañador; tus penas serán mias, mis alegrias tuyas; jamás la mas ligera nube oscurecerá el cielo de nuestra felicidad; tú serás siempre el hombre de corazon noble y franco, que mil veces soñé en mis ilusorios desvarios; yo la débil mujer destinada á sostener la cabeza del poeta, agobiada bajo el peso de mil dolorosos desengaños.

—¡Ah! no me embriagues con doradas ilusiones, que por desgracia estan lejos de la realidad. ¿Mas qué digo? ¿Por qué desconfiar? Tal vez no esté lejano el dia en que pueda llamarte mia. Y al decir esto Salvador estrechó con efusion las manos de su amada. . . .

. . . . . .

¿Mas qué mucho? Era esa hora media entre la noche y el dia, hora poética y misteriosa, vaga y melancólica. Los balcones de la habitacion estaban abiertos, y varias flores que en ellos se veian embalsamaban el ambiente con sus gratos suavísimos perfumes.

Después de mil y mil protestas y juramentos se separaron nuestros dos felices amantes. ¡Afortunados seres cuyos vírgenes pensamientos les presenta el amor como el término de la dicha humana. ¡Quiera el cielo que no se rompa jamás el brillante prisma de vuestros fantásticos ensueños!

CAPÍTULO III.

EN QUE SE HABLA UN POCO DE AMOR Y DE LITERATURA.

¿Sabeis lo que se llama amor en el siglo XIX? Pues bien, vamos á esplicarlo. Suponed un jóven barbiraso, fátuo en grado heróico y eminente, y vestido segun el último figurin venido de la ciudad que baña el Támesis ó el Sena; nuestro héroe asiste á un baile dado por la condesa de M... ó la baronesa de H... ve á una de esas niñas que tanto abundan en la sociedad madrileña, que á los quince años han escuchado cincuenta declaraciones, y que á los veinte... pero detengamos nuestra pluma, pues marchamos por un terreno asaz resbaladizo. Bailan juntos una redowa la candorosa doncella y el emprendedor mancebo; bien pronto se entabla una de esas conversaciones que por antonomasia se llaman interesantes; el uno habla por pasar el tiempo, la otra escucha por especulacion, coquetismo ú otras causas que callamos. Estas relaciones duran una semana, un mes, acaso mas; después, unas veces sin causa, otras el mas leve disgusto, viene á marchitar y dar muerte á las tempranas flores que comenzaban á brotar en el pensil de los amores.

Así pues, si dijésemos que Salvador de Lazan estaba locamente enamorado de Fanny, no faltaria algun lector que viese en nuestras palabras uno de esos amores sociales que hemos intentado describir. Para evitar este error daremos algunos antecedentes acerca de los dos personajes que figuran en primer término en esta verídica historia.

Fanny de Mendoza era huérfana de padre; este al morir habia dejado algunos bienes, lo cual unido á la viudedad que correspondia á su mujer por varios destinos diplomáticos que habia desempeñado, permitian cierta holgura á la familia de la linda jóven. Salvador de Lazan habia conocido ó la habia amado con ese frenesí que solo se siente una vez, con ese cariño que diviniza al objeto amado y le rinde mas que adoracion idolatría.

Una esperiencia sobrado dolorosa nos ha convencido de una amarga verdad, que vamos á consignar, siquiera se nos tache de pesados y difusos narradores. Parece que Dios ha colocado una cantidad dada de ternura en dos corazones que se aman; de este modo cuando encierra el uno mil tesoros de pura y ardorosa pasion, hállase el otro frio é indiferente á sus amorosos trasportes. Fanny y Salvador eran una escepcion de lo que acabamos de decir; adorábanse con ese amor que ha hecho esclamar al autor de Sancho Saldaña:

¡Oh llama santa! ¡celestial consuelo,
Sentimiento purísimo! memoria
Acaso triste de un perdido cielo!
¡Quizá esperanza de futura gloria!

Sin embargo, grandes obstáculos se oponian á la union de los jóvenes amantes. Salvador no tenia ninguna carrera ni bienes de fortuna. Empero no por esto se abatió su espíritu; tenia fé y entusiasmo, y con estas palabras creíase capaz de conmover el mundo entero. Dedicóse á la literatura. Bien pronto apareció su nombre en todos los periódicos de mayor valer de aquellos dias; mas esto no le proporcionaba sino un medio de subsistir estrechamente é innumerables felicitaciones. En las altas horas de la noche velaba en su habitacion nuestro héroe: su pluma corria sobre el papel, ora con asombrosa rapidez, ora tarda y perezosamente. ¡Cuántas ideas asaltaban á su imaginacion en aquellas vigilias dulces al par que melancólicas! Llegaba á sus oidos el estrepitoso rodar del coche del ministro, que se dirigia á palacio ó á reunirse con sus compañeros para deliberar acerca de la votacion perdida aquella mañana en el Congreso, ó sobre las últimas noticias venidas de Inglaterra ó de Francia, de Rusia ó de Turquía. Después todo quedaba en silencio; venia á interrumpirle el agorero aullido del perro que columbraba el odiado farolillo del trapero, y el sonoro grito del sereno que cantaba acompasadamente: las



(¿Wihg ó Tory? Ciudadano.)

tres y nublado! ¡Qué varias sensaciones esperimentaba el alma de Salvador! Asistia á las discusiones de los consejeros de la corona; creia ver el romántico puñal de la edad media amenazando el pecho del noble paladin que atravesaba la campiña confiado en la proteccion de su Dios, de su dama y de su brazo; y después descendiendo á pensamientos mas verdaderos y exactos, consideraba que en esas horas se fraguan las jugadas de bolsa sobre seguro, los nombramientos sin méritos del agraciado, las contratas sin subasta, y otros cien manejos que prueban hasta la evidencia la acendrada moralidad del siglo en que vivimos

Tal vez cansado un momento cesaba en su trabajo, pero bien pronto lo emprendia de nuevo. ¡Es tan dulce dedicar nuestras acciones á un objeto amado! Salvador consagraba su pensamiento á Fanny, porque en Fanny encontraba el bello ideal de la mujer que todo poeta forma en esos deliciosos ensueños en que el espíritu triunfa de la materia, en que el corazon manda y la cabeza obedece, en que el cielo permite que una chispa sagrada alumbre en nuestra débil y menguada razon. Sí, Fanny reunia la amabilidad de un ángel y el candor de una vírgen, un corazon puro, tierno y ardiente y un talento claro y despejado, dotado de ese instinto de lo bello y de lo justo tan poco comun como mal apreciado. Si copiar los encantos de su rostro seria harto difícil al pincel de Murillo ó Rafael, el manifestar todas las perfecciones de su alma fuera tarea de todo punto imposible aun á mejor cortada pluma que la que escribe estos renglones.

El tiempo pasaba velozmente. Los primeros deseados laureles comenzaban á ceñir la frente de Salvador. Aconsejáronle sus amigos que se dedicase al ingrato afan de la política como medio de llegar a la cumbre de la cortesana fortuna: empero Salvador tenia un ánimo sobrado noble y altivo para vender su pluma á ningun gobierno ni ambiciosa bandería. Escribió, sí; mas sus artículos francos é independientes atrajéronle la animadversion de todos los partidos; y no pocas veces tuvo que mantener espada en mano sus asertos y sus creencias. ¡Inconvenientes de decir la verdad en el siglo de la libertad de imprenta!

Sin embargo, la fama literaria de Lazan habia llegado á ese punto en que los autores y editores le regalan un ejemplar de sus obras, en que el empresario de teatros envia un billete del drama nuevo próximo á representarse, y el novel bardo, futuro competidor de Rioja ó de Ercilla, pide como inestimable favor cuatro líneas de prólogo para colocar al frente de sus primeras poesías. Su reconocido valor, notoria independencia y vida un tanto escéntrica, dábanle un distinguido lugar en la sociedad madrileña, de suyo novelera y un tanto chismosa.

Arrullado por el aura de los sonoros aplausos, amante correspondido de una celestial criatura, ¡cuán dulce y prontamente corrian los dias de nuestro héroe! En las plácidas tranquilas noches del verano, sentado junto á Fanny se deslizaban las horas con esa maravillosa rapidez que mas de una vez nos ha hecho creer que,

siglos dura el sufrimiento
y minutos el placer.

¡Ah! porque no podremos describir segun se nos presenta aquellas tiernas y apasionadas escenas en que el poeta reclinaba su cabeza entre las marfileas manos de la vírgen que embebecida en esas palabras que pronuncian los lábios sin formular la cabeza, esos proyectos de amor sin celos, de confianzas sin recriminaciones, de... ¿Pero por qué recargar nuestro relato? Aquel que haya amado y sentido comprenderá nuestras ideas; el que no, vanamente leerá nuestras frases, que ni acertará á esplicar ni á entender.

CAPITULO IV.

EN QUE SE HACE VER LOS INCONVENIENTES DE PRONUNCIAR NOMBRES PROPIOS EN LOS CAFÉS Y DELANTE DE DESCONOCIDOS.

En la renombrada calle de Alcalá, esquina á la de Peligros, hay una casa de moderna y elegante construccion, cuya planta inferior ocupa un establecimiento que tiene sobre sus puertas la siguiente inscripcion, que copiamos literalmente: CAFÉ SUIZO DE MATOSSI, FANCONI Y COMPAÑIA. Aquí conduciremos al lector á las ocho de la noche de un lluvioso dia de diciembre, y dirigiendo una mirada á nuestro alrededor, veremos un local adornado con lujo y gusto, y una concurrencia habladora como una dueña de Quevedo, y afrancesada como una traduccion barcelonesa. No tardaremos en distinguir al lado de una mesa á nuestros antiguos conocidos Arturo de Ulloa y Salvador de Lazan. En aquel momento decia el primero con cierta sarcástica sonrisa estas palabras de amistosa reconvencion:

—¿Conque al fin te casas, te hundes? Tú, el poeta escéntrico, el novelista caballeresco, querido de *jeunes filles* y mirado con envidia de los *leonis y dandys*.

—Si tú amaras como yo, y estuvieses en mi caso, harias lo que yo.

—No á fé: ¿sabes el porvenir *charmante* del matrimonio? Perder la libertad de asistir á los *eclatantes raouts* sin cuidado ninguno, tener en su casa un batallon de nodrizas y de *petits enfants*, y tal vez, y sin tal vez, sufrir las malignas murmuraciones de las personas de buen tono. Esto si tu mujer no es amiga de bailes, costosos trajes y galanteos; porque si tal sucediese, valiérate mas no haber nacido. Y cuenta que la inmensa mayoría de las hijas de Eva adolecen de los defectos que dejo indicados, y de otros que callo porque no digo.

—Y di, contestó Salvador con sin igual entusiasmo, ¿comprendes los inefables goces de vivir siempre al lado de una persona amada, de aspirar su embalsamado aliento, de beber en sus purpúreos lábios el primer virginal beso, de sentir, pensar y obrar como ella siente, piensa y obra?

—Mira, déjate de delirios. *Per troppo variar natura è bella*, por lo cual para seguir esta máxima, voy á emprender un viaje; vente conmigo: visitaremos el bullicioso París y admiraremos el *esprit* francés; atravesaremos la Inglaterra, y oiremos cantar el *God save the king*;

tal vez lleguemos á la vieja Alemania, cuyos *chateaux* de campo encierran tantas leyendas del género *schwarmerisch;* recorreremos despues la patria de Ariosto y Miguel Angel, y cuando volvamos la echaremos de *diletantes*, y hablaremos *sotto voce* de spartitos y *tessitura*, prodigando *bravos* á diestro y siniestro.

A este punto llegaban de su conversacion Salvador y su poliglota amigo, cuando fueron interrumpidos por dos caballeros jóvenes, que tomando sillas fueron á sentarse sin mas ceremonia alrededor de la mesa.

—Querido Arturo, esclamó el uno, vengo arruinado; acabo de perder en el *ecartée* diez y ocho onzas en menos de dos horas.

—*Disgraciato in juoco, felice in amore*, respondió Arturo.

—Es cierto, añadió el otro recien venido, nuestro buen Federico me venia contando su última conquista, y á fé que tiene motivo de estar satisfecho.

—Exageras, Rafael: una niña de diez y siete primaveras es muy fácil de enloquecer, y su mérito no es gran cosa. Si fuera la inocente Emilia, que despues de veinte años de galanteos vino á caer en mis manos; de la seductora Concha de Vallehumbrio, cuyo marido pretende tener ojos de Argos, y sin embargo...

—No prosigas, dijo Arturo con jovialidad, porque vas á quitar el honor á todo el bello sexo madrileño; dime quien es la *joli* muchacha que ha indicado Rafael.

No es historia larga. La vi por primera vez en el *matinée* musical de la señora de Santorcaz: su peinado en *bandeaux* y la elegancia de su traje de fantasía, gro-moore canela, me arrebataron un momento; me declaré; fuí bien contestado; al segundo dia obtuve una cita de dia, y al tercero fué de noche.

Una carcajada de Arturo y Rafael vino á terminar las frases de Federico. Este continuó:

—Tal es, señores, el fiel relato de mis relaciones con la encantadora Fanny de Mendoza.

(Continuará.)

FERRIZ VILLEDA.

¿WIGH Ó TORY? CIUDADANO.

La derrota de Culloden, la fuga del pretendiente, y la inaccion en que permanecia este desde su regreso á Francia, eran para los partidarios de los Estuardos otros tantos motivos de pesar, pero no de desesperacion. Doce años trascurridos sin tentativas de ninguna especie, y en cuyo tiempo la casa de Brunswick se habia afirmado mas y mas en el trono, no habian bastado aun para destruir enteramente sus ilusiones. Solamente que en las baterías asestadas contra la raza usurpadora, á falta de cañones, hacian uso de la intriga: á pesar de no ser mortífera esta manera de combatir, no dejaba de producir malos resultados, y mas de una vez habia entorpecido gravemente la marcha del gobierno. Jorge, á quien no se le proporcionaba la ocasion de una batalla campal para concluir de una vez con la agresion de sus enemigos, trató de vencerlos separadamente, y para conseguirlo recurrió á las armas de la seduccion.

Pero lo mismo que todos los partidos, el de los Estuardos se componia de algunos jefes honrados y fieles á sus principios, y de una gran porcion de ambiciosos oscuros, de intrigantes subalternos, de hombres perdidos y llenos de deudas, de descontentos de todas clases, de hombres, en fin, que no teniendo nada que perder, podian ganar mucho en un cambio de situacion. Los primeros no eran hombres que sacrificaban sus convicciones por recompensa de ninguna especie: todas las caricias y halagos que se les hacian eran perdidos é infructuosos. En cuanto á los últimos, prontos siempre á entregarse al que mas diera, hubiera bastado hacerles muchas promesas y cumplir algunas para atraerlos á cualquier partido; pero su número era harto considerable, y su valor individual demasiado ínfimo para que este medio fuera puesto en práctica por un gobierno celoso por su honor.

Sir Eduardo Melvil era uno de los jefes mas jóvenes y caballerescos del partido de los Estuardos. Su importancia, justificada por cualidades brillantes, habia llamado frecuentemente la atencion de los hombres que empuñaban las riendas del estado; pero todos los manejos seductores de la coquetería gubernamental se habian estrellado ante la firmeza y lealtad de su carácter. No se le podia acusar de ser un conspirador oculto y tenebroso; sus conferencias eran partidas de caza; sus luchas carreras de caballos; sus indicaciones políticas brindis mas ó menos simbólicos; cifraba su orgullo por ejemplo en matar la mejor res en una cacería, en sostener la apuesta mas enorme, en dar el banquete mas espléndido; los periódicos *torys* estaban llenos de noticias que referian la certera puntería de sus tiros, las cantidades que habia perdido ó ganado, la calidad fastuosa de los manjares y vinos prodigados en sus fiestas gastronómicas. Esta manera de manejar la política tenia muchos atractivos, y le habia valido una corte numerosa, compuesta de *gentlemen* arruinados, á quienes sus liberalidades consolaban de los rigores del juego ó de la devoradora avidez de las mujeres; habia tambien en ella algunos poetas oscuros, furiosos por el poco éxito y celebridad de sus obras, y quienes hallaban mucho mas natural atribuir la indiferencia del público á su propia ignorancia que al *poco mérito* de sus versos.

Eduardo se paseaba un dia á caballo en los alrededores de Londres con uno de sus inseparables. El tiempo era magnífico; la atmósfera se hallaba completamente despejada de niebla; el cielo estaba puro y sereno, y los rayos del sol aumentaban el brillo y la hermosura de aquellas praderas que son el orgullo del cultivador inglés. Imposible hubiera sido al hombre mas melancólico sustraerse á la influencia benéfica de aquella fisonomía risueña y animada que tenia la naturaleza. Una idea loca cruzó la imaginacion de Eduardo.

—Jaime, le dijo á su compañero, te propongo una *carrera de campanario*.

—Acepto.



(¿Wigh ó Tory? Ciudadano.)

—Apuesto cien libras.

—La sostengo. ¿Cuál ha de ser el término?

Eduardo estendió el brazo derecho y señaló la veleta de una torre que se destacaba en el horizonte en el color azul del cielo, detrás de una espesura de árboles.

—¡Diablo! dijo Jaime, la torre que me enseñas nos anuncia algun castillo cuyo dueño podrá tener tal vez la osadía de decirte que no estás aquí en tus posesiones.

—No aceptas, cobarde?

—Nunca lo soy: acepto.

Y los dos ginetes, asegurándose en las sillas, se abandonaron al ardor de los caballos, cuya emulacion contenida hasta entonces, no necesitaba estímulo de ningun género.

Jaime aceptó pues; pero esto no era suficiente para ganar la apuesta: era menester que no se parase en el camino. Pero un malhadado barranco se cruzó en su carrera, y habiendo tenido á bien su caballo desembarazarse de su peso al saltarle, tuvo que hacer un alto forzoso en la alfombra de yerba mas suave y blanda que puede imaginarse.

El fogoso bruto, á quien esta primera escapada habia agradado sobremanera, empezó entonces á dar coces y saltos por la pradera de una manera muy graciosa y divertida, tanto que Jaime, después de haberse asegurado de no haber recibido lesion alguna, quiso cogerle; pero fué en balde, y durante un cuarto de hora caballo y ginete parecieron jugar á las cuatro esquinas.

Mientras esto pasaba, Eduardo, que no habia reparado en la aventura de su competidor, seguia victoriosamente su carrera, y saltaba con la mayor gracia y soltura los barrancos, barreras y demás obstáculos que se le oponian en los accidentes del terreno. Se aproximaba rápidamente al término que habian fijado, y se desarrollaba majestuosamente la fachada del castillo á la distancia de media milla.

Dos hombres, el amo y un criado, montaban á caballo en aquel momento delante de la puerta principal; sus miradas se fijaron con sorpresa sobre aquel desconocido que parecia no tener ni la mas mínima idea del respeto debido á la propiedad ajena. Pero si la primera impresion fué de cólera, la segunda fué de admiracion. Habia efectivamente en el aire del caballo y en la sangre fria del ginete motivos suficientes para escitar el entusiasmo de un inteligente.

Eduardo llegó sin obstáculo al término, y volviéndose para medir con la vista la distancia que habia atravesado y la que le separaba de su competidor, vió al infortunado Jaime entregándose al ejercicio saludable y recreativo que hemos descrito arriba. Este espectáculo promovió en el vencedor un acceso de hilaridad tan franco y contagioso, que los dos ginetes correspondieron con una carcajada no menos ruidosa y prolongada. Eduardo vió entonces que no estaba solo, y aproximándose al dueño del castillo le saludó con la mayor cortesanía, y le rogó que le dispensara su proceder imprudente.

—Yo soy, caballero, contestó este, quien os debe dar las gracias por el placer que me habeis proporcionado. No habia visto aun reunidos en un ginete tanto atrevimiento y sangre fria, y si no temiera cometer una indiscrecion, manifestaria el deseo que tengo de saber el nombre del apuesto caballero que ha sabido grangearse en un momento todas mis simpatías.

—Me llamo Melvil, dijo Eduardo inclinándose.

Hubo entonces un momento de silencio: el nombre de Melvil parecia haber hecho mucha impresion en el dueño del castillo; pero pronto sucedió que su fisonomía tomó un aspecto mas franco y abierto, y que á la ceremoniosa política se unió la afabilidad propia de un hombre que quiere ganar un partidario ó un amigo.

Después de varios cumplimientos dichos por ambas partes con tanta finura como buen gusto, el dueño del castillo propuso un paseo, que fué aceptado por Eduardo con el mayor placer, y convinieron en que entre tanto iria el criado á prestar ayuda al pobre Jaime, que apuraba, sin ningun resultado, todos los recursos de la sábia teoría de las marchas y contramarchas, para capturar á su jovial y burlona montura.

El dueño del castillo tenia próximamente la edad de Eduardo, y contaba aun al parecer dos ó tres años menos; pero habia en su conversacion una delicadeza esquisita; nada ofensivo en lo concerniente á la política; un espíritu dominante de conciliacion cuando no estaba de acuerdo con su interlocutor; ni una palabra que pudiera ser desfavorablemente interpretada; y un deseo evidente de complacer. Eduardo estaba contentísimo, y á pocas palabras que hubiera adelantado su amable *Cicerone*, hubiera cambiado con él de muy buena gana un juramento inviolable de amistad.

—Por muy incansable que seais, dijo al fin este, supongo, sir Melvil, que una proposicion de mi parte no os pareceria completamente desprovista del mérito de la oportunidad, siempre que tuviera por objeto el proporcionaros, al abrigo del sol, un asiento mas blando que la silla de vuestro caballo; aceptad hasta la tarde la hospitalidad que os ofrezco cordialmente.

—Confieso francamente, contestó Eduardo, que esa proposicion no merece una acogida desdeñosa: sin embargo, aprovecharé gustoso esta ocasion para averiguar el nombre del que me dirige un convite tan amable.

—Me llamo Jorge, príncipe de Gales.

Eduardo paró su caballo al momento; su fisonomía, de franca y risueña que era, se tornó grave, y su ademan cortado manifestaba bien á las claras la embarazosa situacion en que se hallaba.

—Sir Melvil, prosiguió el príncipe con la sonrisa en los lábios, en el terreno de la política somos enemigos; pero aquí solo hay dos caballeros amigos de placeres, que disfrutan juntos algunos momentos de distraccion, y que conservan la libertad, despues de separarse, de ser enemigos irreconciliables.

—Señor, tanta bondad y finura me confunden; pero me debo todo á mi partido; aceptando el convite que V. A. se ha dignado hacerme, me desacreditaba en el concepto de los mios; permítame pues V. A. que no acepte, pues en mi lugar hariais lo mismo.

—Sir Melvil, vuestros escrúpulos me parecen algo exagerados; sin embargo, toman su origen en un principio muy noble, y temeria yo ser importuno insistiendo en mi proposicion. Admitid la sincera espresion del sentimiento que me causa el que no podais aceptarla, y de la verdadera estimacion que tributo á vuestro carácter noble y caballeresco.

El príncipe le saludó afectuosamente y se alejó.

Entonces llegó Jaime; habia conseguido por fin apoderarse de su rebelde bucéfalo, gracias al auxilio eficaz que le prestara el criado del príncipe.

—¿Con quién hablabas? le preguntó á Eduardo.

—Con el propietario de ese castillo.

—Se puede alabar de tener una posesion que pudiera muy bien llamarse real.

—Y lo es, Jaime; si nuestra carrera al través de campos y vallados no nos hubiera desorientado un poco, hubiéramos evitado la torpeza de no conocer el dominio del que lleva el título de heredero de la corona de Inglaterra.

—¿Es posible?... Ese jóven...

—Era el príncipe de Gales.

—¿Y te ha dirigido la palabra?

—Ha hecho mas aun; me ha convidado á comer.

—¿Sabiendo quién eres?

—Sabiendo quien soy.

—¿Y has aceptado?

—He rehusado.

—Bien, Melvil, muy bien; ese rasgo de delicadeca hará honor á nuestro partido; es menester que todo Londres le sepa esta noche, y yo me encargo de darle publicidad.

MI VIAJE

A LA REPUBLICA DEL ECUADOR.

(*Continuacion.*)

II.

RIO CHAGRES.

Mayo de 1842.

Tras nueve dias de navegacion en una goleta vieja, pequeña, pesada, sucia y magüer inglesa no nada confortable, anclamos frente á un mísero y enfermizo pueblecillo llamado Chagres, situado sobre un ribazo en la confluencia del mar de las Antillas y del rio llamado de los Lagartos, y tambien Chagres.

Aldea es aquella metida en un hoyo lleno de charcos, y bañada siempre por el rio, circuida además de elevadísimas montañas, y tan sumamente enfermiza, que pocas horas han sido suficientes para dar en el hoyo con muchos viajeros acometidos de fiebres malignas, habiendo empleado infructuosamente los febrífugos reputados por los mas eficaces: dicho punto es conocido por los viandantes con el nombre que se ha hecho proverbial, de Sepultura de europeos: así que, estos, y hasta los mismos americanos lo miran con pánico terror, como los antiguos á los dos escollos de Escila y Caribdis, en Mesina, antes que hubiese un faro en dicho estrecho.

Conténtanse generalmente las gentes que allí van contemplando á Chagres desde bordo, porque hay la proporcion de meterse desde luego si se quiere á emprender la navegacion rio arriba, y con solo desviarse de aquel punto á unas seis millas varia enteramente la temperatura, de mortífera que era, en muy sana. Con todo, en este caso sucedió de otro modo; el pánico terror no alcanzó al señor de P*, ni á Luis su hijo, y hablaron de ir á tierra á escoger y fletar la canoa que mejor les cuadrase: dicho y hecho; aunque con alguna repugnancia por parte de mi madre, que temia por nosotros, saltamos á una piragua pequeñísima y á tierra nos fuimos; he dicho nosotros, porque mas fácil hubiese sido que pasara un caiman por el ojo de una aguja, que dejar yo de satisfacer mi curiosidad entrando en el reino de Chagres y visitar sus edificios!...

Pero tocante á estos, solo vieron mis ojos una vivienda que tuviese fachada de casa; única que gozaba el privilegio de poseer un tejado construido de tejas; todo lo demás eran chozas habitadas por gentes negras, amarillas, cobrizas; respecto á rubias, solo ví, y no habia mas que un aleman, amo de la casa en cuestion, que era una especie de fondin y depósito de comestibles, en donde los viajeros que iban en direccion á Panamá podian surtirse de ellos para la navegacion del rio, pero donde los que venian en direccion á las Antillas tenian que hospedarse por fuerza hasta que asomara por allí de vez en cuando algun buque que fuese á cargar pieles y zapar cuanto antes, porque con solo una semana de estar allí fondeados, habia que enterrar media

tripulacion, por las razones arriba espuestas (hoy dia no son necesarias esas detenciones, porque hay vapores que van allí periódicamente, sueltan y admiten los pasajeros, y se salvan de ese modo muchas vidas).

Nosotros nos felicitamos de nuestra ocurrencia de ir á visitar á aquel aleman humanitario que sin duda miraba con filosófica indiferencia lo de vivir veinte años mas ó menos, cuando tuvo valor de instalarse allí para siempre; digo que nos felicitamos, porque como tantos otros viajeros habiamos allí llegado, sin tener en cuenta, que si no comprábamos víveres, no comeríamos casi nada en cinco dias que iba á durar nuestra navegacion en el rio, por dos razones: por ser contra una furiosa corriente, y porque durante las noches la navegacion era impracticable, habiendo de pasarlas amarrando al tronco de un árbol la canoa; tanto por este aviso que nos dió el bueno del aleman, cuanto porque nos hizo tomar en consideracion que en toda la orilla del rio no se encontraba ni una sola fonda, sino algunas miseras cabañas indianas y muchos caimanes, lagartos de cinco y diez piés de largo, le dimos algun dinerillo á ganar comprándole todo aquello que él quiso recomendarnos, como pan, galleta, jamon, queso, escabeche, sardinas de Nantes en latas, salchichon, tamarindos y jarabes para los aficionados á refrescar... que tocante á mí, solia atenerme á un vinillo de Madera, que no era de leña; con todo aquello nos metimos dentro de una gran canoa conducida por seis vigorosos indios de formas académicas, pero aun mas sencillamente vestidos que nuestro padre Adam (cuando espulsado del paraiso recurrió á las hojas de parra y otras), de modo que como aquello pasaba de raya; y tanto porque venian mujeres, cuanto porque nosotros mismos no teniamos gran curiosidad que digamos por mirar formas, galantemente le compramos á cada uno un pantalon de lienzo azul listado; nos dieron las mas espresivas gracias, y doblándolos con cuidado, juraron hacer uso de ellos en alguna grande ocasion; á duras penas les hicimos comprender que esta habia llegado; pusiéronselos por mandato del patron que no era nada Adam, porque usaba sembrero, jipijapa, camisa, pantalon y zapatos! se titulaba á sí mismo piloto, sin añadir de agua dulce.

Atracó nuestro nuevo vehículo al costado de la goleta, donde mi madre nos aguardaba impaciente, y la recibimos dentro de nuestro remedo de veneciana góndola; después á nuestras demás gentes y nuestros equipajes; acto continuo nos internamos rio arriba, perdiendo de vista el mar de las Antillas, para ir en busca de otro Occéano llamado el Pacífico, mas allá del istmo llamado de Darien ó de Panamá.

Jamás debí de pasar en silencio el nombre de otro compañero de viaje; pero no es tarde, y voy á remediar esta falta ahora mismo, hablando del secretario de P*, llamado D. Juan Pio Montúfar, hoy marqués de Selva-Alegre, jóven apreciable, bello sujeto en toda la acepcion del término: en cuanto nos encontramos en el rio le acometió una gran sed (esta aventura, aunque pueril, la refiero por ser la primera que aconteció en el rio), tuvo sed, repito, y por consiguiente era cosa de beberse un vaso de agua con jarabe del que compramos en Chagres; se apoderó pues de una botella, y al ir á destaparla con suma confianza, porque al fin no era ninguna botella de cerveza ni champagne, mas sin duda fermentaría con todo, porque como un pistoletazo sonó el tapon, que fué á darle en mitad de las narices, llenándole dulcemente todo el rostro de almíbar, haciéndonos reventar de risa á todos, y á él el primero.

Nuestros indios, por entonces, dejando los remos daban impulso á nuestro vehículo con largas palancas: reinaba un silencio profundo; como por ensalmo vímonos trasportados á otro mundo nuevo, desconocido, poético en sumo grado; ya no vimos nada de lo que teníamos delante, nada de lo que dejado habíamos á nuestras espaldas, nada del firmamento, ni mar, ni buque, ni pueblo, ni monte, porque nos circundaban por do quiera árboles, formando sobre nuestras cabezas una bóveda de espesisimo follaje, sin dejar ni aun penetrar la luz del sol; espesura umbría, fresca, misteriosa, encantadora!...

Cada uno de nosotros recibia sus impresiones á su modo, pero mudos, estasiados, no solo viendo y esperando ver algo mas asombroso aun al concluir aquella arcada natural, sino además oyendo atentos el concierto armonioso producido por los dulces trinos de todas las aves de la creacion que allí moran, de vistosísimos plumajes, de gayos colores, y muchos de nombres vulgarmente desconocidos; y no solo el concierto de las aves se insinuaba en nuestras almas, si que además el producido por la naturaleza entera, por el armónico ruido de los mismos copudos árboles al atravesar por entre su follaje la blanda brisa, por el murmullo del mismo rio en su corriente, de ese camino que anda, de esa inmensa serpiente de azul y plata, larga de 24 leguas, y en fin porque allí materialmente cada yerba tiene una nota particular. Oigo á veces los tonos graves del órgano; á poco son otros sonidos mas ligeros que van errantes por esas bóvedas verduzcas. Todo aquel conjunto de sonidos produce ciertamente una formidable orquesta que llena las selvas, orquesta que para mayor efecto interrúmpese á cortos intervalos de silencio, y en ambas orillas, porque en ese punto es muy estrecho el rio, se perciben muchos pájaros exóticos que van á posarse sobre una piedra, cual sobre una rama, y pelicanos blancos de patas encarnadas, los que mirándose cual en un espejo dentro del agua, aumentan su número; otra vez y otras mil la música aérea comienza á resonar, y continúa, ora formidable, amenazadora, ora con dulces quejas, y unos murmullos compuestos de otros murmullos mas suaves; todo, todo, en fin, es raudal de armonía.

Estático, reconcentrado permanecí dentro de mi mismo; meditaba!... ¡Oh! meditaciones hermosas! .. Secretos é inefables encantos de un alma que goza de sí misma; allí, en los inmensos desiertos de América, es en donde se aprende lo que valeis, esclamaba interiormente, acordándome de un vate ilustre que ya no existe! Ahora mismo, con las reminiscencias gratas de aquel país, de aquel rio, de sus temibles márgenes, de la asombrosa vejetacion de las selvas vírgenes que descubrimos al terminar la bóveda de hojas, y á la vista de aquellas gigantescas montañas, que cual si fuesen los peldaños de la escalinata del cielo, terminaba en el cielo mismo, nó puede menos mi imaginacion que de inflamarse, ni mi espíritu que de volar nuevamente á aquellas regiones, y palpitar mi corazon con no acostumbrada velocidad.

El primer dia se pasó en estas meditaciones, y los restantes, de que pronto volveré á hablar, fueron señalados cada uno por algun suceso notable, para nosotros al menos, que á cada paso presenciábamos cosas que jamás habíamos visto, y que reunian á la novedad el atractivo de la sorpresa.

¡Cuánta razon tuvo quien dijo que viajar es aprender á conocer los hombres y la naturaleza, y que es el único modo de adquirir la ciencia del conjunto de las cosas! Sí, los viajes son á la vez el faro que guia á los sabios, y el encanto que atrae á los que desean instruirse. Al fin y al cabo viajeros somos todos en el mundo, y ninguno sabe el dia de mañana á qué país se verá precisado á pedir el pan para su familia. Yo ya he significado haber viajado mucho por destino; pero si mi fortuna me permitiese viajar por placer, no estaría contento hasta dar lo menos tres veces la vuelta al mundo; así como así un sabio geógrafo ha calculado que «un hombre que comenzara su peregrinacion »á los diez y ocho años y la acabara á los sesenta, con solo andar »cuatro leguas diarias en su vida, daria siete veces la vuelta á nues»tro reducido planeta.» Mas yo á los diez y nueve años ya regresaba de mis viajes: desde entonces no he salido de España: pero volvamos á los diez y ocho, y á colocarnos en el rio Chagres, en la república de Nueva-Granada, hermoso país de la meridional América, de treinta leguas de largo sobre treinta de ancho, territorio que en el año 1823 aun pertenecia á la corona de España, como el Perú, etc., que fué perdido en la batalla de Ayacucho, ganada contra los españoles por el general colombiano llamado Sucre.

Nueva-Granada posee minas de oro, de cobre, de plata, muchos caballos silvestres y mulas; hay buenos pastos, muchos granos y frutos: la capital es Santa Fé de Bogotá. Después del rio Chagres se encuentra la aldeilla de Cruces, y empieza la espedicion de Darien ó de Panamá, istmo que une las dos Américas (de todo hablaré en particular.)—El istmo tiene en su punto mas ancho cuarenta leguas; pero por donde lo pasaremos nosotros, que será el mas estrecho, siete. Sigue después Panamá, célebre por las hermosas perlas que se cogen en sus playas. ¿Y llegados allí, pregunto yo, nos daremos por satisfechos?—No!—¿Pues dónde bueno?—¿Dónde?—No estará satisfecha nuestra ambicion hasta tanto que mal grado de San Agustin y de otros sabios antiguos, no nos hallemos precisamente debajo de esa equinoccial línea, de ese círculo mayor que la tierra describe, de esa línea que atraviesa por todos los países, en donde son iguales con los dias las noches: el ECUADOR! en fin.

Cuando el sabio San Agustin escribió, y que otros sabios lo creyeron como artículo de fé, sin hacerse cargo que como hombre era falible; cuando escribió, repito, que no podia haber habitantes en el Ecuador, sin duda pensaria que solo era una la causa física de los climas, á saber: la accion del sol en la atmósfera, sin tener en cuenta que son muchas mas, largas de enumerar, y que después de la citada pueden reducirse á otras ocho principales.

1.ª La temperatura particular del globo.
2.ª La elevacion del terreno sobre el nivel del Occéano.
3.ª El vertiente general del terreno y sus variaciones locales.
4.ª La posicion de sus montañas relativamente á los puntos cardinales.
5.ª La cercanía de los grandes mares y su situacion relativa.
6.ª La naturaleza geológica del suelo.
7.ª El cultivo de un país y su poblacion.
8.ª Los vientos que en él reinan.

La zona tórrida no tiene mas que dos estaciones, la seca y la lluviosa; la primera el verano, la segunda el invierno de esos climas, si

bien estan en oposicion directa con el verano é invierno celestes, porque la lluvia sigue al sol. La zona ecuatorial propiamente dicha es templada, á pesar otra vez de San Agustin y otros antiguos cuyo razonamiento era el siguiente, á saber: que yendo en aumento el calor desde el trópico al Ecuador, el centro de la zona tórrida era inhabitable; mas de entonces acá la esperiencia ha demostrado que son muchas las circunstancias que contribuyen á darla una temperatura soportable; sin las ya enumeradas hay las nubes, las grandes lluvias, las noches naturalmente frescas y de duracion igual á la de los dias, una fuerte evaporacion, la vasta estension de los mares, la proximidad de unas montañas altísimas cubiertas de nieves eternas, v. g. la cordillera de los Andes, que son causa de que en el valle de Quito reine una eterna primavera.

Nada iguala la belleza del verano en la zona tórrida; el sol levántase horizontalmente, atraviesa en un instante las nubes ardientes de Levante, é inunda la bóveda del cielo con una luz vivísima cuyo resplandor no interrumpe sombra alguna.

La luna asimismo brilla con resplandor menos pálido; los rayos de Venus son mas vivos y mas puros; la via láctea de una claridad centellante, y á esa pompa de los cielos debe añadirse por complemento lo sereno del aire, la calma de las olas, el lujo de la vejetacion, las formas gigantescas de las plantas y de los animales, toda la naturaleza, en fin, mas grande, mas animada, y sin embargo menos inconstante y menos móvil.

Háseme deslizado la pluma en una digresion geográfica que no habia prometido; bueno será interrumpirla á fin de volver á tomar el hilo de la primeramente interrumpida narracion del rio de los Lagartos.

Amarrada la canoa al tronco de un robusto cedro, pasóse perfectamente la noche primera: choza inmediata á aquella orilla no habia; espacioso y capaz por otra parte nuestro barco, tenia á popa una carroza ó toldo á guisa de tartana, construida de cañas, un encerado, y hojas de palmera y de plátano; debajo de ella dormimos, y encima de nuestros colchones los indios haciendo entre si por turnos centinela, vigilaban y guardaban nuestro sueño, que no obstante de ser sin sábanas y con vestidos, fué regalado.

Los misteriosos ruidos de la noche, junto con el murmullo de las ondas, y ayudadas de las vespertinas brisas, mecian suavemente nuestra góndola, y nos proporcionó un sueño mas grato que el mejor lecho.

Tambien fué magnífico y sorprendente el despertar: apenas rayó el alba, que fué saludada la aurora con el estruendoso canto de todas las aves de la creacion; nuestros pulmones respiraron ávidos las auras matutinas; nuestros ojos deleitáronse de nuevo con bellos espectáculos, y nuestros corazones nuevamente se estremecieron de gozo.

(Continuará.)

PEDRO DE PRADO.

LA TARDE EN EL MAR.

BARCAROLA.

Ya el sol desciende
tras de los montes,
y en fuego enciende
los horizontes:
boga, barquero,
corta lijero
las claras ondas del ancho mar:
La fresca brisa
que en torno vuela
con blanda risa
llene tu vela:
boga, que el alma
que está sin calma
quiere en los mares libre gozar.
Al son del agua
que agita el viento
quimera fragua
mi pensamiento,
y en la alegria
mi fantasía
se eleva en alas de la ilusion;
Y en esas nubes
de azul y rosa
con los querubes
sueña gozosa;
y el mar que gime
con voz sublime
calma las penas del corazon.
Tienda su velo
la noche triste
que el ancho cielo
de luto viste;
y en sus estrellas
con luces bellas
soñemos ambos lo porvenir:
Nuestros dolores
adormiremos,
y en sus fulgores
gozar creeremos
la dicha inmensa
que el alma piensa
y el labio apenas puede decir.

ANTONIO ARNAO.

Madrid, junio, 1853.

LA ULTIMA HOJA.

EN UN ALBUM.

Hoja, de tantas en pos,
dad á un triste que os escoja;
y comprenderán por vos
que es triste como un adios
la última hoja.

—

¡Ay! Cuando al chopo aterido
rudo el aquilon despoja
con monótono ruido,
siempre le arranca un gemido
la última hoja.

—

Pobre de gala y encanto,
tal vez un libro se arroja;
tal vez interesa tanto,
que se humedece de llanto
la última hoja.

. . . . . .

Si hojas de fecunda palma
son en placer y en congoja
las ilusiones del alma,
guarda en tempestad y calma,
la última hoja.

E. FLORENTINO SANZ.

A J...

EN UN ALBUM.

Entre los rumores vanos
del mas oscuro café,
donde jóvenes sin fé
cuentan amores livianos,
nada te escribo, que aquí,
aunque es mucha tu belleza,
la mas galante fineza
es no acordarme de ti.

ADELARDO L. DE AYALA.

«Quien calla no dice nada,»
dijo un sabio en amor ducho;
pero es su máxima errada,
porque un alma enamorada
cuando calla, dice mucho!...

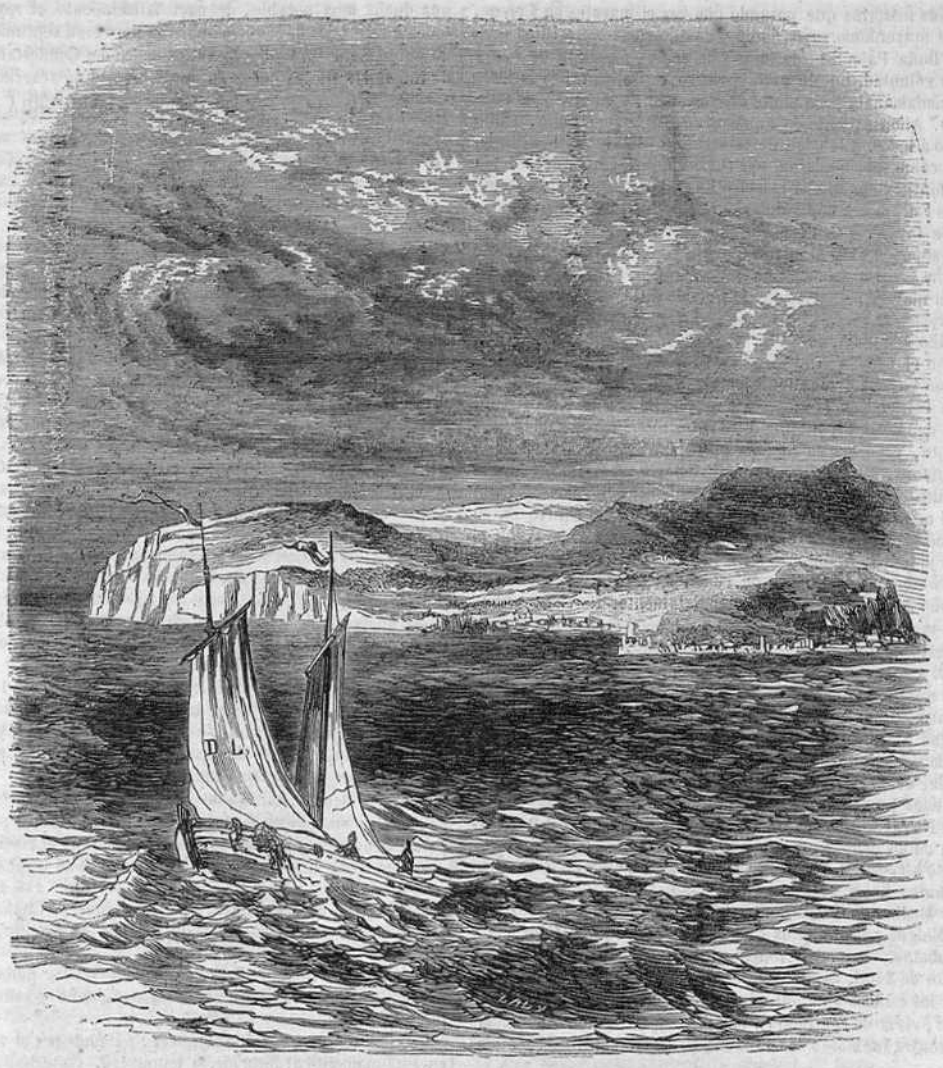
FERNANDO OSSORIO.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

Deja Colon á España, y planta la bandera de Cristo sobre nuevos mundos, á pesar de los sábios de Salamanca.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



VISTA DE LA ISLA DE ELBA.

LA RICAHEMBRA.

Representándose actualmente en el teatro del Príncipe un drama con este título, escrito por mi amigo D. Manuel Tamayo y por un hermano mio, me parece que no desagradarán á nuestros lectores algunas noticias acerca de Doña Juana de Mendoza, conocida con el sobrenombre que encabeza este artículo. (1)

Fué hija de Pedro Gonzalez de Mendoza, señor de Hita y Buitrago, mayordomo mayor del rey, aquel famoso caballero que en la batalla de Aljubarrota dió á D. Juan el I su caballo para que se salvase, *y entróse á morir lidiando*. Nació Doña Juana en Guadalajara por los años de 1332, y en su madre Doña Aldonza de Ayala pudo copiar grandes y peregrinas virtudes. Prefiriéronla sus padres á todos, con tener doce hijos, aventajándola y enriqueciéndola de tal modo, que fué llamada la Ricahembra. En diciembre de 1381 casó con Diego Gomez Manrique, adelantado mayor de Castilla, y en la Biblioteca Nacional se conserva copia de la carta de dote, otorgada en Avila ante el escribano Alonso Fernandez de Sevilla, documento curiosísimo y digno de que viese la luz pública (1). El señor de Hita y Buitrago dotó á su hija con mucha plata, paramentos de armas, ajuar, aljófar, alcoras y guirlandas de oro, con mil cabezas de ganado lanar, que dijo valian 7,500 maravedis, y ciento de ganado vacuno, valuadas en otro tanto. Dióle asimismo los lugares de Villaharta-Quintana (donde estaba la casa solariega de Pedro Gonzalez), los del Valle de San Vicente y sus despoblados, los de Eterna, Anguta, Avellanosa, Quintanilla del Monte, Foncea, Loranco, Ochánduri y Erramélluri; y varias heredades de pan y vino y ruedas en Grañon y algunos puntos comarcanos: todo con la justicia civil y criminal, alta y baja, con sus términos, poblaciones y divisas, prados, pastos y dehesas, montes y aguas. Poco tiempo estuvo casada con Gomez Manrique esta señora, perdiendo á su esposo y padre en la desastrosa jornada contra los portugueses, el lunes 9 de setiembre de 1385.

La fama de su riqueza, de su honestidad y hermosura, empeñó á muchos grandes señores en pretender su mano; pero en especial, quien se propuso hacerla suya á todo trance fué D. Alfonso Enriquez, hijo ilegítimo del maestre de Santiago D. Fadrique Enriquez, hermano bastardo de D. Pedro el Justiciero.

(1) Véanse en comprobacion de lo que vamos á referir, el *Centon epistolario del Bachiller de Cibdareal*, con las *Adiciones* del doctor Lorenzo Galindez de Carvajal; las *Generaciones y semblanzas de Fernan-Perez de Guzman*; la *Crónica de Don Juan el primero*, y la de *D. Juan el segundo*; las *Obras del sabio varon Gracia Dei* (M. S.); la *Noticia de algunas casas de los señores grandes de España* (M. S. de 1547); el *Origen de las dignidades seglares de Castilla y Leon* por Salazar de Mendoza; la *Historia de las vidas de los excelentísimos señores duques del Infantado*, por el P. Hernando Pecha (M. S. de 1633) y la de la *Casa de Lara*, por Salazar de Castro.

(1) Con error dice Salazar de Castro que este matrimonio se capituló en el año de 1372, cuando lo fué en la era 1419.

El mismo genealogista añade que se hizo la capitulacion entre el padre de la novia y el arzobispo de Toledo D. Gomez Manrique, tio del novio, quien en contemplacion de esta alianza, ofreció dar á su sobrino otros 240,000 maravedis, como los que llevaba en dote la Ricahembra, y los paños de oro, damasco, seda y lana, cendales y brochaduras, y una silla con sus arzones de plata y freno con chapas del propio metal, como cumplia al honor de la desposada.

Cuentan las historias que posando una vez el maestre en Lerena, en casa de un mayordomo suyo, judío y casado con hermosísima mujer, llamada Doña Palomba, de la misma secta, prendóse de ella y rindióla á su voluntad, no sin grande riesgo y trabajo. Era la judía natural de Guadalcanal, y de gente de conversos, y en el mismo pueblo se crió D. Alfonso, fruto de aquellos amores, como judío, oculto y desconocido á todos. A la edad de veinte años (1374) fué bautizado, y reconocido como sobrino carnal por D. Enrique II, que merced á la traicion de Montiel, empuñaba el cetro de Castilla. D. Alfonso tomó el apellido de Enriquez á contemplacion del rey su tio, que en mucho le estimó y le favoreció siempre. Algunos genealogistas y escritores apasionados suponen (sin el menor fundamento) hijo á D. Alfonso de la desgraciada y virtuosísima reina Doña Blanca. Otros lo atribuyen á la mujer del mayordomo referido, afirmando que este y aquella eran cristianos viejos y de la estirpe de los godos, y que dieron á criar y guardar el niño á la judía.

Sucedió en el trono á D. Enrique el Lozano su hijo D. Juan el I, quien amó con ternura á su primo hermano D. Alfonso Enriquez, y le protegió con estremo en la empresa de enlazarlo con la Ricahembra Doña Juana de Mendoza. Al propósito, escribió el rey á esta señora apretadamente, y porque se lograse mejor la carta quiso llevarla el mismo D. Alfonso, disfrazado como paje del monarca. Pero como se resistiese la ilustre viuda á contestar favorablemente el mensaje, y la estrechase el mensajero, tanto se irritó la dama que no estuvo en su poder contenerse, y dejar de decir que no le convenia casarse con el hijo de una judía. D. Alfonso, que se turbaba á menudo con saña y era muy arrebatado en ella, ciego de cólera levantó la mano y dió un bofeton á Doña Juana, retirándose inmediatamente. Corrida y afrentada llamó á sus criados la Ricahembra, y sabiendo el verdadero nombre del supuesto paje, le hizo venir y juntamente á un sacerdote que los casó en el acto, para que en ningun tiempo se pudiera decir que otro hombre que su marido habia puesto en su rostro la mano.

Doña Juana, á pesar de tan desfavorables principios, amó con el mayor estremo á su segundo marido, de quien tuvo doce hijos (habiendo nacido de un solo parto los tres primeros): generacion famosa y privilegiada, de que descienden las casas mas ilustres de España y los mas grandes príncipes de Europa. Nietas de estos señores fuéron una reina de Navarra y una infanta de Aragon, y biznieto el Rey Católico, gloria de los príncipes castellanos.

D. Alfonso alcanzó la dignidad de almirante mayor de Castilla en 1409; pero antes habia fundado, juntamente con su mujer, los mayorazgos de Medina de Rioseco (punto de su habitual residencia), el condado de Melgar y los señoríos y estados de Mansilla, Palenzuela y Torre de Lobaton, con otros muchos lugares en tierra de Campos, hácia los años de 1405. Siempre estuvo á cargo de la Ricahembra el gobierno de los estados y familia del Almirante, el cual, por razon de su empleo, vivia de continuo en la mar, capitaneando las galeras de Castilla contra los moros de Granada, de quienes alcanzó repetidas victorias.

Dos anécdotas nos ha trasmitido un cronista, del tiempo en que Doña Juana vivia en Medina de Rioseco, rigiendo sus estados por ausencia de D. Alfonso. Refiérese la primera á su prevencion y prudencia. Tenia por costumbre no abrir de noche á persona alguna las puertas de la fortaleza; y como llegase una vez á deshora su marido, prefirió dejarle fuera de la villa á quebrantar una disposicion, en aquellos tiempos de la mayor importancia. La segunda da á conocer la firmeza de carácter, el amor á la honra y la severidad de principios de la Ricahembra. Un secretario suyo atrevióse á escribirle un papel de amores, poniéndolo en la cartera del despacho, entre otras cartas y documentos; á cuyo billete contestó la dama haciendo prender y ahorcar aquella misma noche al secretario enfrente á los balcones del alcázar.

Doña Juana fué madrina en el bautizo de Enrique IV por enero de 1425; y el bachiller de Cibdareal cuenta alguno que otro suceso de esta señora, calificándola de *ardiosa y cariacontecida*.

A la edad de setenta años adoleció gravemente D. Alfonso, y aparejándose para morir, renunció en su hijo D. Fadrique el oficio de Almirante, y sus estados, dignidades y títulos; pero habiendo sanado milagrosamente, se retiró al convento de Guadalupe, donde falleció cinco años después, en el de 1429, como penitente religioso. Su cuerpo fué depositado en el monasterio de Santa Clara de Palencia, en un suntuoso enterramiento, sobre el cual se alzaba de rodillas su estatua de mármol, representándole armado de todas armas.

Separados los dos esposos, la Ricahembra se vino á Guadalajara, y allí murió á 24 de enero de 1431. Yace en San Francisco en la bóveda de sus mayores (1). «Fué (dice la crónica de D. Juan el II) una dueña muy notable, de cuyo fallecimiento el rey é la reina é todos los grandes de la corte hubieron muy gran sentimiento, é por eso no hubo lugar de se hacer en las bodas del Condestable (D. Alvaro de Luna) las fiestas que se hicieran, si esto no acaeciera.»

LUIS FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

(1) Salazar de Mendoza dice, fól. 70, que D. Alfonso y Doña Juana estan enterrados en Santa Clara de Palencia, que ellos fundaron. Lo mismo asegura Salazar de Castro (y parece que así lo da á entender la *Crónica de D. Juan el II*), añadiendo que las religiosas, tal vez en el siglo XVII, hicieron quitar los magníficos sepulcros de alabastro para mayor desahogo de la iglesia.

ALIMA.

HISTORIA DEL SIGLO XII.

Era en el mes de agosto: la velada habia comenzado; se acercaba la noche, y habia sonado la oracion en el castillo y la villa de Montaigu.

Sentada cerca de una ventana de piedra la noble dama de Chabannes contemplaba en dulce éxtasis la naturaleza, próxima á entregarse al descanso. El silencio lleno de melancolía que la rodeaba, traia á su memoria el recuerdo de su juventud. Niña, habia sido dichosa; jóven, habia sido bella y feliz; casada y madre, habia continuado siendo bella y feliz: el amor de su marido, la nobleza de su rango y las caricias de sus hijos, llenaban su existencia de dicha y de felicidad. El porvenir se la mostraba tan brillante como los negros ojos de su hijo, de edad de doce años; y se la sonreia con toda la gracia de su querida Alina, ángel de nueve años. Gaston, niño robusto, de color sonrosado y tez morena, estaba sentado cerca de su madre, y enredaba con un libro; Alina, morena y con ojos azules, procuraba leer en un misal adornado de láminas primorosas, que tenia sobre las rodillas. En un rincon hilaba la vieja Marta, que habia estado al cuidado de estos dos niños.

El dia habia sido muy caluroso, y los vapores de la tierra abrasada, en vez de refrescar el aire de la tarde, aumentaban la calma que tan penosa hacia la respiracion. Ya se habia puesto el sol, y era completamente de noche, cuando de repente ilumina el horizonte un relámpago, seguido de un trueno, que repitieron los ecos de las nubes y de las montañas. Berthe, sacada de improviso de su éxtasis, hizo la señal de la cruz; su hijo se arrimó mas á ella, no tanto por temor como para defenderla, y Alina, asustada, se abrazó al cuello de su madre.

—Recemos, hijos mios; la tempestad está encima; pidamos á Nuestra Señora del Buen Socorro que se digne amparar y librar de todo peligro á vuestro padre, el noble señor de Chabannes, que en este momento está en camino, de vuelta á su castillo, y debe llegar mañana.

—Mi padre, esclama Gaston con alegría, mi padre va á volver!

—Señora Nuestra, proteged á nuestro dueño y señor, murmuraba la anciana.

—Sí, Marta, contestó la duquesa, pidamos por el viajero espuesto en este momento al furor de la tempestad. Escuchad, ¿veis con qué furia se declara? La lluvia cae á torrentes, el trueno no cesa de sonar, y los relámpagos iluminan la estancia.

—Qué hermosos son! esclama el niño, cuyo entusiasmo era mayor que el miedo.

—Buena ama, replica Berthe, enciende el cirio bendito de la Candelaria, y ponle delante de la imágen que me ha dado mi tio el obispo de Sousons.

En seguida cogió las manecitas de su hija, y las cruzó para orar. Gaston, apoyado en una silla blasonada, seguia contemplando los progresos de la tempestad, y la buena Marta unia sus rezos á los de la familia.

De repente se abre con violencia la puerta de la estancia, y aparece pálido y temblando el viejo Gerard, mayordomo del castillo. Sus vestidos estaban en el mas completo desórden, el terror pintado en sus ojos, y las piernas se le doblaban bajo el peso de su emocion.

—Señora, estan allí! dijo señalando con la mano la entrada principal del castillo.

—¿El amo y sus amigos?

—No, noble señora, ¡sus enemigos!

—Es preciso defendernos, esclama el jóven Gaston.

—Ay señora! moriremos todos por salvarla, pero es imposible librarnos. Mi señor ha llevado con él casi toda su gente de armas, y no hay bastante para defender el castillo.

—Tratad de defenderos hasta mañana, respondió Berthe repuesta de su emocion; el duque de Chabannes no puede tardar en llegar.

—Sí señora, nos defenderemos hasta morir.

Pero todo fué inútil: atacados de improviso, oprimidos por el número, á pesar de su valor y resistencia, sucumbieron todos y fueron degollados sin piedad. Los enemigos, furiosos, no perdonaron á nadie; Gaston, á pesar de defenderse, cayó con su madre bajo sus golpes; solo Alina se salvó por un milagro de amor maternal: herida de

muerte la dama de Montaigu, estrechó á su hija contra su seno, y dejándose caer en tierra con ella la libró de una muerte cierta. Todo se lo llevaron, muebles, vajilla de oro y plata, telas preciosas y alhajas: en una hora no quedó en el castillo mas que las murallas y los cadáveres desnudos. Al despojar el de la señora Chabannes, uno de los escuderos encontró á la niña viva aun; conmovido por sus lágrimas y por su hermosura, la tomó en sus brazos forrados de hierro y se la ofreció á su capitan, el conde de Malcourant, que satisfecho de su venganza contra su enemigo el conde de Chabannes, no tuvo el odioso resentimiento de asesinar á aquella pobre criatura. La unió á su botin, y volvió á tomar el camino de su castillo, situado en el mediodía de la Borgoña.

Mientras que esto sucedia, el señor de Chabannes se volvia de París, satisfecho de su viaje, y mas dichoso con la esperanza de la felicidad que le esperaba á su vuelta. Amar á una mujer jóven y bella, que participa de vuestro cariño, es una dicha muy rara, es un tesoro difícil de adquirir y precioso de conservar: volver á ver á una esposa, cuya mirada busca con confianza las vuestras y que está rebosando amor; recibir las inocentes y graciosas caricias de sus hijos; recoger de sus criados mil felicitaciones por su vuelta; volver á su antigua casa y hogar, testigos de sus dulces pasatiempos, eran los pensamientos que ocupaban al señor de Chabannes cuando se iba acercando al castillo. Pero se quedó en estremo sorprendido al encontrar echado el puente, levantado el rastrillo, y abiertas las puertas principales. ¡Quién podria pintar el dolor, la consternacion y el abatimiento de aquel esposo, de aquel padre, al ver los cadáveres de su mujer y de su hijo! Su dolor fué mudo, como todos los grandes dolores; una lágrima candente corria por sus ojos inyectados de sangre, y únicamente salió de su boca el nombre de su enemigo, como el rugido de una leona á quien han quitado los hijos.

Estos dos señores estaban hacia mucho tiempo en guerra, pues en tiempo de los reinados de Carlos VI y Carlos VII era muy comun ver á los nobles señores vengar sus querellas con el asesinato, y hacerse justicia con sus propias manos. El señor de Chabannes se habia apoderado de un castillo del conde de Malcourant, y este, por via de represalias, habia atacado de noche el castillo de Montaigu, mientras estaba ausente su dueño.

Ocho años han pasado desde este suceso, durante los cuales el señor de Chabannes hizo al conde una guerra encarnizada; pero este se defendió con toda la animosidad de su aborrecimiento. Viendo el señor de Chabannes que no podia conseguir su objeto, resolvió acudir á la justicia, y se quejó al duque de Borbon su soberano; y el conde Malcourant se puso á su vez bajo la proteccion del duque de Borgoña, de quien era vasallo. Conociendo la fuerza, el crédito y la superioridad del duque de Borgoña sobre los demás príncipes, el señor de Chabannes quiso recusar su intervencion. Fuéron muy largos los debates que esto produjo, que no hicieron mas que aumentar la irritacion y el odio de las dos partes. El duque de Borgoña, que desde un principio habia estado con cuidado viendo que sus diferencias no se acababan nunca, las tomó por su cuenta é intervino en ellas de oficio. Condenó por su propia autoridad al conde de Malcourant á restituir el castillo y á poner en libertad á la única que se salvó del degüello. Pero como el duque Chabannes habia sido el primer agresor, autorizó al conde para retener los muebles y las alhajas cogidas en el castillo. Contentos ó no los dos enemigos, se vieron en la precision de aceptar esta intervencion y de pasar por ella.

Durante los ocho años del destierro, Alina habia crecido y se habia hecho una hermosa jóven de diez y siete años, edad de la inocencia y del pudor, en la que las jóvenes aun no se conocen. ¡Qué hermosa estaba aquella niña, víctima de la desgracia y del despotismo, sentada á su ventana, agitados sus hermosos cabellos por el viento de la tarde, con su tersa frente, su pálida fisonomía, tendiendo su vista por el espacio y buscando el horizonte del cielo de su pátria, la mansion de su padre! El recuerdo, de sus parientes y de sus primeros años hacia correr gruesas lágrimas de sus hermosos ojos azules, y quedaba abismada en este recuerdo, que concluia siempre por una oracion por su padre, ausente, por rogar á Dios por su madre que velaba por ella desde el cielo. Pasaba los dias entre la oracion, los recuerdos y la limosna, que es el mayor goce de los nobles corazones; lo mismo era para ella un dia que otro.

Entre los escuderos del conde Malcourant habia un paje jóven que le habia confiado el duque de Borgoña para instruirle en el noble ejercicio de la guerra. De ilustre y antigua familia, Enrique de Mortagne se hacia notable por su noble continente, sus veinticinco años, su valor, y sobre todo por sus modales nobles y cumplidos; cualidades raras en aquella época. Su espresiva fisonomía estaba adornada de una frente ancha y espaciosa, y de unos ojos en que estaban pintados el valor y la serenidad. Tenia la gracia y agilidad de la juventud; pero rico de todas estas cosas, era pobre de bienes, y necesitaba buscar la fortuna por el camino de la gloria.

La belleza de Alina, á quien habia visto muchas veces, habia cautivado su corazon; su tristeza, su soledad, su cautiverio habian puesto en movimiento todos los sentimientos generosos y propios del espíritu caballeresco que inspiró á la nobleza francesa esta antigua y bella divisa: *Dios, una dama y mi rey*. Jóven, la amaba sin saberlo con un amor tierno y apasionado.

En un torneo que el conde de Malcourant dió de vuelta de una campaña feliz, Enrique de Mortang tuvo ocasion de hacerse notable. Estaban concluyendo, cuando tropezando su caballo le hizo hacer un movimiento hácia adelante: movimiento que quiso aprovechar su contrario, tirándole un lanzazo á la visera. A vista del peligro, salió un grito de la tribuna de honor, y un pañuelo cayó en la arena. Librarse del lanzazo, echándose á un lado, volver el caballo, recoger el pañuelo sin detenerse, y cargar á su adversario, fué para Enrique obra de un momento. Sorprendido por una acometida tan brusca y tan inesperada, el contrario no pudo resistirla, y perdió los estribos. Una aclamacion general se hizo oir por todas partes, y Enrique fué proclamado vencedor del torneo, y cuando Alina llena de emocion y de orgullo quiso con timidez reclamar su pañuelo al que habia arriesgado su vida por declararse su caballero; este le respondió muy bajo, pero ardiendo en amor: ¡oh! no, no le reclameis, solo con mi vida abandonaré este pañuelo! Y desde entonces Enrique no vivia mas que para Alina, y Alina volvia algunas veces á ver á Enrique. ¡Eran tan dichosos los dos!

Arregladas por el duque de Borgoña las diferencias de los dos señores enemigos, Alina volvió á habitar otra vez el castillo de Montaigu. Su alegría fué grande, pero no dejó de ir acompañada de tristeza; amaba sin saberlo, ó mas bien no queria confesárselo. Las maneras graciosas y nobles, el valor y sangre fria de Enrique habian conquistado su corazon, y el cariño y el amor se llevan poco. Por supuesto que Alina habia ocultado á todos, y en particular á su padre, el secreto de su amor. Cuándo y cómo volveria á ver á Enrique, no lo sabia... pero su corazon la decia que esperase.

Enrique por su parte, después de la partida de Alina del castillo de Malcourant para ir á habitar el de Montaigu, angustiado de verse separado de ella, se retiró de la corte del duque de Borgoña, para buscar en los combates y las justas el medio de distraer su amor, y al mismo tiempo adquirir un nombre que le permitiese presentarse á su padre á pedirle su mano.

Pero al poco tiempo el padre de Alina pensó en darla un esposo digno de ella, y sobre todo de él. En las cercanías habitaba, ó mas bien cuidaba en un castillo ruinoso un caballero compañero de armas, y amigo del duque de Chabannes, cuya nobleza era tan grande como escasa su fortuna. Gran cazador, de un genio fuerte, de cuarenta y cinco años, brusco y pendenciero, no podia convenir á la dulzura de Alina; comprendia muy poco los sentimientos de aficion y de delicadeza; era uno de aquellos caballeros que se hubieran avergonzado de saber escribir, y que firmaba con el pomo de la espada; por lo demás, habia dado pruebas de ser un hombre de bien.

Mucho sufrió Alina cuando supo la eleccion de su padre: trató de convencerle que preferiria mas retirarse á un monasterio; pero el duque se opuso abiertamente. Entonces ella pidió un año de término para obedecer las órdenes de su noble padre.

Se pasó el año sin que hubiera ningun cambio. El baron de Vaudemont iba con frecuencia á presentar sus homenajes á su futura, y á cazar con el señor de Chabannes, y muchas veces Alina se retiraba con el corazon oprimido y los ojos llenos de lágrimas. Esperaba que su frialdad é indiferencia, de que le daba repetidas pruebas, le obligarian á romper su próximo matrimonio, á devolverla una libertad que ella no le habia dado; pero siempre eran defraudadas sus esperanzas.

Una mañana el duque de Chabannes entró en la habitacion de su hija y la dijo que habia orado, y que venia á reclamarla el cumplimiento de su promesa; que en consecuencia, para celebrar de un modo digno su matrimonio, habia hecho publicar para el mes próximo un magnífico torneo que el duque y la duquesa de Borgoña se habian dignado presidir.

Alina, que ya no tenia mas esperanza que en Dios, se puso en sus manos, y respondió á su padre que le obedeceria, pero que le suplicaba que la permitiese dar su persona y su mano al vencedor del torneo. Un secreto presentimiento motivó esta súplica.

El duque de Chabannes, que conocia el valor, la destreza y la fuerza de su amigo el baron de Vaudemont, concluyó por acceder á lo que calificó él un capricho de su hija. Por otra parte, no le disgustaba la esperanza de poder encontrar un yerno tan noble y mas rico que el baron, aunque este fuese amigo mas antiguo. Hizo dar la mayor publicidad á las condiciones del torneo.

Fué muy grande la affluencia de caballeros al castillo Montaigu. La presencia del duque de Borgoña y de la corte, la esperanza de hacerse notable y de obtener el premio tan bello del torneo, habian atraido á este combate á todos los nobles caballeros de las cercanías y

de veinte leguas en contorno. Pero entre todos se distinguian el baron de Vaudemont, por su hermosa estatura, su aire marcial y por su lenguaje fanfarron; el conde de Malcourant por su rica armadura, su orgullo y su arrogancia. Los dos tenian un interés particular en ser el vencedor en el torneo. El espíritu de venganza del uno y la avaricia del otro estimulaban su ardor y su mal carácter.

Alina, por su parte, esperaba ver á Enrique entre los combatientes, y dirigia fervientes súplicas al cielo para que fuese el vencedor; pero hasta el presente aun no habia parecido, y la inquietud de Alina era mortal.

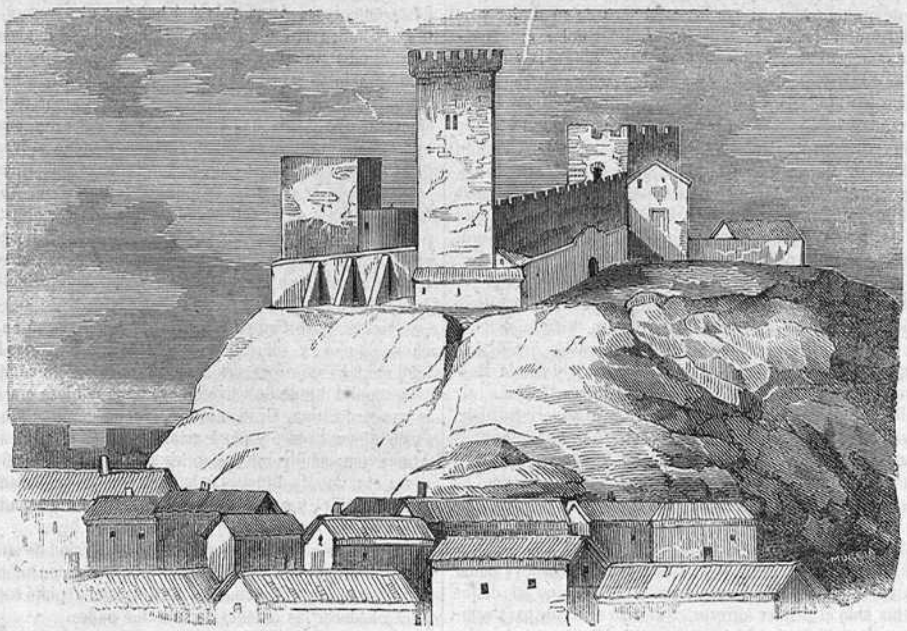
En fin llegó el dia del torneo. La jornada se anunciaba bella, el sitio consagrado al combate estaba rodeado de una vasta galeria, en que se colocarou las damas de los caballeros que no tomaban parte en el combate; una gran tienda adornada de ricas telas y con las armas de los duques de Borgoña y Chabannes se reservó para la duquesa de Borgoña y su corte: Alina se colocó á la derecha de la duquesa, que habia sido nombrada reina del torneo.

Los clarines anunciaron la llegada de los mantenedores del torneo, que eran el conde Malcourant y el baron de Vaudemont con dos amigos suyos: debian hacer frente á todos los que habiendo tocado sus escudos, que estaban colgados á la entrada de la lid, quisiesen disputarles el premio de la conquista.

Hubo diferentes choques, y no faltó valor á los esforzados caballeros que combatian á vista de sus damas y del duque de Borgoña, que con el de Chabannes habia sido nombrado juez del combate; los cuatro sostenedores parecian incansables, y Malcourant sobre todo se hacia notar por la fuerza de su brazo y la destreza en manejar su corcel; al sesto encuentro los dos compañeros del duque y del baron fueron desmontados y puestos fuera de combate; al octavo no quedaba mas que un combatiente contra los dos sostenedores del combate, y ya se iba á sortear con quién habia de luchar primero, cuando un clarin anunció la llegada de un nuevo caballero.

Este, después de haber tocado tres veces el escudo de Malcourant y de Vaudemont, se adelantó hácia la tribuna á saludar á la duquesa; contra lo ordinario no llevaba cimera en el casco; su armadura era de color oscuro; al saludar no se levantó la visera, y su escudo, que llevaba á la altura del pecho, no tenia ningun blason; los mantenedores, al ver un desconocido que ocultaba su calidad, querian escluirle del combate; pero el duque de Borgoña, sin que le hubiera conocido ó que creyese poderlo hacer, aceptó al nuevo combatiente tal como se presentaba.

Los cuatro caballeros puestos uno enfrente del otro se atacaron vivamente, el desconocido contra el baron, y su compañero contra Malcourant. Al primer choque el que tomó partido por el desconocido, tocado por la terrible lanza de Malcourant, rodó por la arena, y pidió gracia; el desconocido hirió con tal fuerza al baron de Vaudemont,



El castillo de Montemayor.—(Véase la pág. 97.)

que obligó al caballo á caer de espalda, y de esta caida el baron salió con una pierna contusa. Alina, sin pensar en ello, y como único recurso, vió con interés la caida del baron.

El conde de Malcourant, viéndose solo para luchar con el desconocido, le injuriaba para obligarle á que se descubriera.

—Pronto lo sabrás, le respondió este, y al mismo tiempo sacó de debajo de su escudo una banda con las armas del duque de Chabannes, á la cual estaba unido el pañuelo blanco que Alina habia abandonado á Enrique en el torneo de Malcourant; esta le costó mucho trabajo dominar su alegria, pero el temor de una desgracia la contuvo.

Al ver estas armas el conde de Malcourant dió un rugido, y dirigiendo una mirada de odio al duque de Chabannes, le dijo al desconocido: *Yo pongo toda mi gloria en humillar al defensor de una casa enemiga.*

—*Y yo*, respondió el desconocido, *cifro toda la mia en anular el tratado segun el cual se ataca á las mujeres y á los hijos.*

En este momento Enrique recibe un golpe de lanza del conde, que evita, y pronunciando el nombre de Alina se lanza lleno de ardor contra su adversario, le toca en el pecho, y le hace perder los estribos. Este, furioso, se rehace y grita venganza. Pide armas, proponiendo la espada á pié contra la lanza á caballo. En este nuevo combate el ataque fué vivo, y la defensa llena de habilidad. Cada uno, segun su opinion, aprobaba ó no los golpes de los combatientes; la espera fué larga y penosa, la sangre corria de los dos lados, y se deducia que iba en ello la vida de uno de los dos. Enrique, herido en el brazo izquierdo, respondia con valor en esta lucha desigual, en que toda la ventaja era del conde, que listo y pronto le atacaba por todos lados, y él lo evitaba con facilidad. Alina, desesperada, cerraba los ojos de horror y de temor, y no podia, sin embargo, dejar de mirar. De repente el conde se aprovecha de un movimiento del caballo, y tira á Enrique una estocada, que mas pronto que el relámpago hace encabritar á su caballo, y levantando su terrible lanza á toda la altura de este, le da un golpe en el costado, en el momento que el conde levantaba el brazo para herirle segunda vez; en seguida abandona su corcel, coge á su adversario, le echa por tierra, y poniéndole el pié en el pecho, le presenta la espada á la garganta.

El conde de Malcourant tuvo la debilidad de gritar: ¡perdon! Enrique no consintió en concederle la vida sino con la condicion de que habia de dar una vuelta descalzo alrededor del castillo de Montaigu, con una cuerda al cuello, y que iria delante del duque de Chabannes á pedirle perdon de los ultrajes que habia hecho á su casa. Esta promesa fué jurada y registrada. El jóven desconocido fué declarado vencedor del torneo, y presentado á la duquesa de Borgoña, que le dijo entregándole la corona:

—«Galante caballero, hé aquí un bello homenaje que debeis depositar á los piés de la mas bella dama del torneo.»

—«Seria á vuestros piés, señora, respondió Enrique de Mortagne; »pero el honor es la mas bella garantía de un caballero, y tengo em»peñado el mio en dársela á otra.»

Y fué radiante de orgullo y de alegría á depositar su corona y el pañuelo blanco á los piés de Alina.

—«El ultraje de la casa de Chabannes está vengado, dice; ¿la »mano de la señorita Alina pertenecerá al vencedor?»

—«Con la mayor alegría respondió el duque de Chabannes: os »pertenece, quien quiera que seais.»

—«Y vos, señorita, dijo entonces Enrique, ¿confirmais sin disgusto »las promesas de vuestro noble padre?»

Alina, por toda respuesta, le miró con amor, volviendo á entregarle su pañuelo.

MI VIAJE

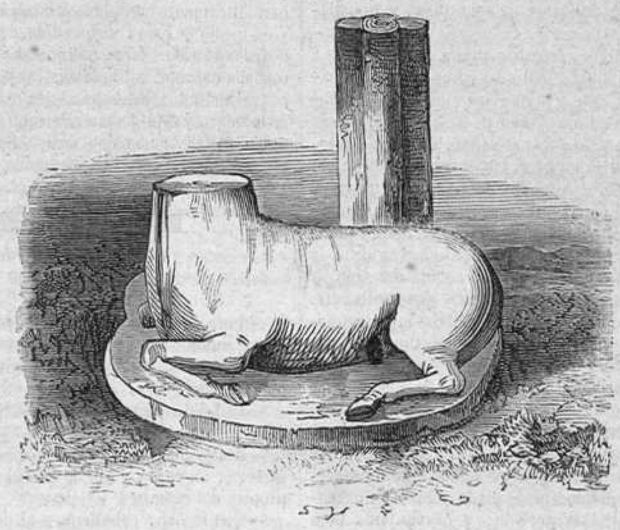
A LA REPUBLICA DEL ECUADOR.

(*Continuacion.*)

Los indios desviaron con sus palancas nuestra canoa de la orilla, y empezamos el segundo dia de navegacion; mas tarde abandonaron las palancas por los remos, trabajando vigorosamente sin descanso durante una hora que para reposar hicimos un pequeño alto, saltamos todos en la orilla, donde despues de subir por una pequeña colina vimos una cabaña indiana.

P** mandó á los criados pusiesen órden en nuestra ambulante habitacion, y trajeron luego lo necesario para que pudiésemos hacer nuestra toilette y almorzar después, todo al aire libre á la sombra de gigantescos troncos de copudos árboles y encima de la verde alfombra.—¿Y por qué no dentro de aquella cabaña?—Describámosla, que será la mejor contestacion.—Figúrese el lector (que no haya estado por allá, y recuerde el que haya estado) cuatro vigas clavadas en tierra, coronadas por un techo ahuecado, y reducidísimo, á 16 pies de elevacion ó menos, adonde solo de noche se recogia la familia indiana subiéndose á esa guarida por medio de una especie de asta-bandera que retiraban después, y de este modo dormian fuera del alcance de las fieras, que hay muchas, y particularmente tigres, que durante la noche van á caza de gallinas, perros, cerdos, vacas, toros y mulas, que acostumbran tener en derredor de dichas chozas para su uso los indios, por lo que siempre hay uno que vigila con su escopeta y su machete mientras que duermen los demás. Del techo abajo no hay paredes; pero siempre protege dichas cabañas la sombra de grandes árboles: abajo tienen aquellos útiles de que se sirven durante el dia; abajo guisan, y tienen clavadas en tierra estacas con cabezas de tigres muertos por ellos, y hermosas pieles, algunas de las cuales compramos á ínfimo precio.

Tambien acostumbran vender titíes y periquitos. Pero víveres solo rara vez y por gran favor, puesto que les hacen mucha mas falta



(Escultura antigua.)

que el dinero; lo desprecian aquellos semisalvajes, cuyas costumbres estan morigeradas por la sublime doctrina del Evangelio; son tan sóbrios contentándose con lo necesario, y tan de buena fé religiosos, que andan á veces tres y cuatro leguas los domingos y fiestas de guardar por oir misa; sus costumbres son patriarcales, y no han llegado á corromperse con el libertinaje que reina en las ciudades populosas y que llaman civilizadas.

Además de la lengua inca hablan español con acento andaluz; ignoran toda espresion fea, al menos jamás profieren palabras malsonantes, y redúcense sus mas fuertes interjecciones á invocar los dulces nombres de Jesús y de María; nunca se ha oido decir que se haya efectuado un robo entre ellos, que á veces se ven en medio del rio conduciendo á un solo pasajero cargado de oro.

Pasó aquel segundo dia como el primero, y la noche asimismo; sucediéndose en la misma forma los demás, viendo constantemente muchos caimanes; el sesto dia sobre todo fuéron tantos y tan grandes, que causaban horror; recuerdo que sobre las doce Luis y yo apercibimos un cuerpo que fluctuando sobre los aguas, venia hácia nuestra proa, impelido por la corriente, y además unos pajarracos navegando sobre aquel objeto; cuando estuvo cerca pudimos distinguir el cuerpo acéfalo de un enorme caiman á quien algunos indios habrian cortado la cabeza después de matarlo de un balazo tambien en la cabeza, porque la coraza que cubre sus lomos es invulnerable; después le estraerian de su cuerpo gran cantidad de grasa de que hacen uso, y lo abandonarian luego en la corriente, donde muchos gallinazos, que son enormes cuervos almizclados, con repugnantes graznidos disputábanse á la sazon como grajos viles los restos magullados del formidable reptil.

Todavía no he dicho por qué no se puede navegar de noche y solo sí durante el dia, y no sin riesgo; como quiera que allí hay una vejetacion asombrosa, y que los bosques así como las generaciones de los hombres tienen su infancia, su juventud, su vejez y su decrepitud, aquel rio está muy sucio á causa de los troncos seculares que caen á impulso de los huracanes y mil ramas que se desgajan, todo lo cual va á parar al rio, y si no se navega con precaucion, á veces se aglomeran tantos estorbos y en sitios tan estrechos, que es espuesto á zozobrar, lo cual no convendria en ninguna forma aun sabiendo nadar bien, porque aquellas aguas están pobladas de caimanes que son anfibios, y tienen la peculiar gracia de acometer con preferencia dentro de aquel elemento; tan cierto es esto, que yendo en la canoa no se es dueño ni aun de sacar una mano para juguetear con el agua, sin peligro de dejarla allí para siempre, aunque cuando menos bañarse. Las culebras, de que diré algo al fin de este capítulo, abundan de todas especies en aquellas orillas, y hay tantísimos monos de todas clases, que meten un ruido estraordinario. Un refran dice: «el último mono se ahoga,» de una maniobra que se presencia allí: era un punto en

que el rio momentáneamente se estrechaba hasta quedar reducido á unos quince piés quizá de estrechura; en la misma orilla derecha habia unos árboles muy elevados, delgados y flexibles; subieron á uno de ellos diez ó doce monos, los cuales agarrándose cada cual por la cola del que le precedia se mecieron en la copa del dicho árbol, hasta que tanto se balanceó con las acompasadas y repetidas sacudidas, que se acercaron mucho á las copas de otros árboles que en la opuesta orilla se inclinaban hácia el centro del rio; entonces el primer mono de pronto se desprendió de su árbol aferrándose vigorosamente á uno de los otros; los otros monos, sin soltarse las colas, se dejaron ir y se encontraron trasportados asimismo como el primero; pero tocante al último desgraciado, sufrió un vaiven tan rudo, que no pudiéndolo resistir, soltó las manos y se *ahogó* lanzando un doloroso grito argentino.

El penúltimo dia llovió (llovió todos los dias), pero mas aquel que ninguno; serian las ocho de la mañana, y vimos hácia la proa tambien que arrastrado por la corriente navegaba un enorme tronco de árbol con sus inmensas ramas, poco grandes, pero no en su número, y llenas de hojas verdes, las que formaban un raro contraste con el tronco que aparecia roto, viejo y carcomido; nuestro patron se preparaba para manejar convenientemente el timon, y los indios las palancas para defendernos contra aquel enemigo que venia derecho á envolvernos: aun estaba á distancia: Luis y yo no quitábamos ojo á aquello y nos preguntábamos: ¿cómo un tronco que perece y se desploma de puro viejo podia tener unas ramas de tan verde y lozano follaje? Los indios se sonreian de nuestra inocencia: acércase á esto mas el árbol, y ¡oh sorpresa! vimos que de repente desnúdanse las ramas de su aparente y verde follaje, y bajo la forma de una nube de esmeraldas desapareció por los aires; era una bandada de mas de mil loritos no mayores que polluelos de ocho dias, y que llaman en el pais periquitos.

Llegó la noche, y como siempre, la canoa sujeta por un cable á un tronco; habia una colina con mucho matorral y una choza; no hacia luna; el cielo estaba encapotado, y serian las nueve de la noche cuando se habló de cenar; encendimos como de costumbre, y solo para este acto, una bujía, y allí se sacaron vasos, fiambres, botellas, etc. etc.: ocurrió pues que á lo mejor el viento nos apagó la luz; por tres veces se encendió y volvió á apagar sucesivamente: conque nos resignamos por aquella vez á cenar á oscuras: empezamos á mascar á dos carrillos, sin importarnos mucho por la luz, y aunque nadie se llevara equivocadamente un bocado á una oreja en vez de á la boca, sin embargo, al preguntar quien tenia la botella del vino de madera, esta nunca pareció, y solo si el ron, el jerez, manzanila, etc. Yo, que antes de apagar la luz reparé en que no quedaba mas que media botella de dicho vino y que aquella no era hora oportuna para sacar mas del repuesto, me la habia apropiado de antemano para mi solo, siendo egoista por la vez primera en mi vida, y en medio de las tinieblas después de echar un gran trago, esclamé: Es fuerte cosa que no *hayamos* de beber madera esta noche!... Y no mentia, porque no bebió otro que *yo*... Con esto nadie sospechó, y mi corazon se sintió alegre; fué lo suficiente para contentarme una dosis que repartida entre muchos, á ninguno hubiera aprovechado. Como habia comido mucho, aquello me facilitó la coccion, y pasada una hora hube de saltar en tierra, no recuerdo á qué.

Un indio encendió una tea y me condujo á tierra. Luis quiso venir: pretendí desviarme momentáneamente de mis dos acompañantes, pero el indio se opuso.

—¿Qué, pregunté yo, hay caimanes?

—Peor que eso, señor.

—Peor!... repuso Luis algo alarmado.

—Han de saber sus mercedes que este es un sitio señalado por la abundancia de culebras, y nunca las he visto tan alborotadas como esta noche.

Al oir esto yo fuí quien esperimenté muy serios temores; fijé mi consideracion en nuestro guia, hermoso hombre de color de cobre y formas apolónicas; en la siniestra mano empuñaba la encendida tea, y un nudoso palo en su diestra, á mas con una correa ceñia un machete á su poderosa cintura.

—Pues qué, dijo Luis, por ventura ó mas bien por desventura nos acometerán?

—No señor, á menos que inadvertidamente pisásemos alguna que esté oculta entre estas matas, en cuyo caso estamos perdidos.

—Todavía es tiempo de volver atrás, observé yo, cogiendo á Luis de la mano y volviendo la espalda al guia.

—No tenga su merced miedo, replicó el indio, que yo gritaré para espantarlas y que se hagan á un lado.

—Luis me dijo tambien que era innoble retroceder, é indigno de mosqueteros; yo, que no sabia que fuésemos mosqueteros, al aprenderlo nada tuve que replicar y no pensé mas en abandonar el campo.

El indio empezó á aullar (porque aquello pasaba de gritos); parecia un energúmeno, y á las vibraciones de su voz contestaba un eco salvaje en aquellos bosques, y aquel hombre de pronto alzando la tea y agitándola para que su llama rojiza diese mas luz, soltó el palo y con el machete comenzó á dar mandobles contra aquellas matas y abrojos, y nos dijo: ¡Señores!... miren sus mercedes cómo huyen estas culebras!... y nosotros vimos al siniestro resplandor de aquella fúnebre llama una legion de serpientes, víboras y culebras de varias especies huyendo y silbando y crugiendo cual látigos infernales: yo no sé á qué comparar aquella hoguera de reptiles que allí bullia, amenazándonos de paso con saetas envenenadas y ojos centelleantes de cólera fascinadora; figúrese el lector la cabellera de Medusa, pero veinte veces mas larga. Saliendo de nuestro estupor Luis y yo seducidos por el valor de nuestro guia, le secundamos en la lucha que emprendiera para conjurar aquella falanje del averno.

III.

CRUCES.—ISTMO DE DARIEN.—PANAMÁ.

Junio, 1842.

Retirábase el sol á su ocaso; un ambiente suave precedia el vespertino crepúsculo; los trinos de las aves íbanse haciendo menos frecuentes, y mas escasos todos los demás ruidos, cuando nuestra canoa se detuvo en la derecha márgen del rio; era el quinto dia de navegacion y último.

Teníamos al frente y en alto á una aldehuela de pocas casas, pero sin calles, porque era en medio del campo, do vivian todos interpolados, los animales con las gentes. El único edificio notable fuera la casa del cura, á no ser por una iglesia derruida y corta de talle, que asemejaba mas bien á un palomar, y á través de cuyas agrietadas paredes podríase penetrar perfectamente aunque estuviesen las puertas herméticamente cerradas: allí mismo estaba lo que apellidaban plaza, y en medio de esta, suspendida de un madero atravesado sobre otros dos clavados en tierra, una parodia vil de campana, una semi-caldera ó pocila enorme, sobre la cual, repicando con dos piedras, el sacristan convocaba á los fieles todas las mañanas para asistir al oficio santo de la misa, y solo después de subir á aquella plaza por una muy delezнable colina, podia uno decir: Estoy en Cruzes, el ínclito Cruzes, el nunca bastantemente ponderado Cruzes!

POR TI.

(Conclusion.)

(Aprobada por el censor.)

Al oir este nombre Salvador, palideció y no supo qué decir, hasta que una mirada de Arturo en que se leia esta idea; cree en el amor de las mujeres, que ya recibirás desengaños! vino á sacarle de este penoso estado.

—Está Vd. seguro de lo que ha referido? esclamó dirigiéndose á Federico.

—Esa es buena! Si á Vd. le cabe alguna duda, no tiene mas que pasarse por mi casa, y allí le enseñaré cartas, pelo y demás zarandajas propias del caso.

—Miente Vd., caballero; y al decir esto estampó Lazan un fuerte bofeton en la mejilla del intrépido Lovelace.

—Caballero, Vd. me dará una satisfaccion de este insulto.

—Si por Dios! y á muerte.

Arturo, Rafael y otras personas cercanas se interpusieron entre los contendientes. Estos abandonaron en seguida el café. Poco despues toda la concurrencia hacia comentario sobre el dramático suceso que acababa de acontecer.

Pretenden ciertos modernos escritores en sus delirios filosóficos arreglar el mundo de modo que se convierta en un nuevo paraiso terrenal. La paz universal, el comunismo y la hermandad de todas las naciones, hé aquí las brillantes utopias de Fourrier y Prudhon, de Cabet y Luis Blanc. Algunos novelistas de esta escuela han dado en la mas estraña manía que imaginarse puede; culpable es el rico de la embriaguez del jornalero y del robo del pobre, de la prostitucion de la hija del pueblo y de la vagancia del mendigo; para estas gentes, dice Paul Feval, el pobre es un cordero, el rico es un tigre, y cada vez que uno de estos desgraciados tiene la flaqueza de estrangular á un transeunte en medio de la calle, se deberia guillotinar un marqués. Segun estos humanitarios filósofos, el duelo es un crímen horrible digno de los bárbaros y atrasados tiempos en que la promesa era sagrada; en que Luis XIV en Francia y Felipe IV en España elevaban las letras y las artes al mas alto grado de esplendorosa grandeza; en que el amor, la amistad y la gloria inflamaban mas de un pecho de noble y generoso entusiasmo. Si aquello ya pasó, en cambio la moderna civilizacion nos da caminos de hierro, sociedades anónimas, parlamentos que hablan, pueblos que obran, apóstoles de la comunidad de bienes que se enriquecen, frenólogos, magnetizadores y empíricos y charlatanes de

todas clases y condiciones. ¿Pero adónde vamos? ¿Qué es lo que escribimos? Nos dejamos llevar de nuestro humor atrabiliario, y formamos largo capitulo de cargos contra la edad presente, sin considerar que se pudieran hacer á los pasados siglos. Nuestra intencion era disculpar el desafio en determinados casos; anudemos pues el roto hilo de nuestro discurso.

El duelo es un suplemento obligado á las leyes que no conocen las ofensas hechas al honor; esto ha dicho el eminente cantor de Atala y de René, el religioso autor del Génio del Cristianismo, y estas palabras formulan nuestra opinion acerca de tan debatida materia. Y no se nos diga que el honor es una preocupacion mundana ó una frase vacía de sentido; porque si se tratára de destruir todas las preocupaciones, y esplicar el significado de las voces que usamos, tal vez no se encontrará nada cierto en el mundo moral á escepcion de las verdades que la fé nos enseña.

Semejantes á las ideas que dejamos espresadas, eran las que abrigaba Salvador de Lazan. Así pues, su conciencia estaba tranquila acerca del lance de honor que con Federico tenia pendiente; empero su ánimo se hallaba agitado por terribles cruelísimas desconfianzas. ¿Serán ciertas las palabras de Federico? Ningun motivo habia para dudar de ellas. Estos pensamientos desgarraban el corazon de nuestro héroe, tanto mas, cuanto que nunca la mas ligera sospecha habia empañado el claro horizonte de sus amores con la poética Fanny. Sin embargo, su imaginacion se negaba á comprender aquella horrible traicion de una mujer cuyos lábios habian pronunciado tantos juramentos, tantas gratas y consoladoras promesas.

CAPITULO V.

UN DUELO Y SUS CONSECUENCIAS.

Serian las seis de la mañana cuando en un mismo carruaje se dirigieron á la venta del Espíritu Santo Salvador y Federico y sus respectivos padrinos Arturo y Rafael. La conversacion durante el camino fué viva y animada. Se trató de política, de literatura, de bailes y de teatros. La Fuoco y Guy, la Vargas y la Nena, la Matilde Diez, Romea y Valero, salieron á plaza en compañía de Zorrilla y Narvaez, Sartorius y Rubí. Arturo hizo gala de sus conocimientos en las lenguas estranjeras, pues habiéndose nombrado las carreras de caballos habló de *jokey-club*, *spartimen*, *grooms*, *steeple-chase*, y *gentlemen-rides*. Federico felicitó á Salvador por sus novelas y demás obras, y dijo que sentia haberle conocido de una manera tan poco satisfactoria.

Por último, llegaron á la venta del Espíritu Santo; allí se buscó un sitio que estuviese resguardado de las miradas de los curiosos, y encontrado este, se probó el temple de los floretes, pues esta era el arma con que se habia de verificar el duelo. Los padrinos por fórmula trataron de que se reconciliaran los adversarios; y decimos por fórmula, porque bien convencidos estaban de que aquel lance no se terminaria como otros con un almuerzo en el *restaurant* de Lardy, ó con algunas botellas menos en la tienda de los Andaluces.

Concluidos estos preliminares, Salvador y Federico tomaron los floretes y se colocaron en guardia; pocos momentos después las estocadas y las paradas se sucedian con una rapidez calculada, tan necesaria para la defensa como para el ataque. Carbonell y Orange hubiesen visto con gusto aquellas sábias combinaciones del arte de la esgrima, que tal auge y estima merece en nuestros dias.

Ambos competidores mostraban su destreza; pero Salvador tenia en contra suya una idea fija, que le acosaba y le hacia perder gran parte de su serenidad. Hubo un momento en que recordó que el hombre que tenia delante de sí, tal vez habia merecido los favores de aquel ángel cuyo nombre tenia grabado en el pecho: este pensamiento le enardeció de tal modo, que arrojándose sobre su adversario con sin igual ímpetu, estuvo á pique de obtener una completa victoria, y aun logró herirle levemente en un brazo. Pero Federico, aprovechándose hábilmente de esta precipitacion, y tendiéndose á fondo en un momento oportuno, atravesó con una estocada en quinta el costado de Salvador. Este cayó al suelo sin pronunciar un ay. Arturo y Rafael se acercaron para prestarle los primeros perentorios socorros. Algunas vendas traidas de antemano y un poco de emplasto aglutinante sirvió para contener la sangre.

Esta es una *petit* herida que se cura muy pronto con auxilio del *docteur*, dijo Arturo, y trasladando á su amigo al interior del carruaje que habia servido á nuestros personajes para llegar hasta allí, se dirigió lentamente camino de Madrid.

. . . . . .

Seis dias habian pasado desde que acontecieran los últimos sucesos que dejamos referidos. Todos los recursos de las ciencias médicas habian sido inútiles; la herida de Lazan era mortal. Fanny, al saber el estado de su amante, atropellando los humanos respetos, habia corrido hasta el borde de su lecho de muerte. Allí, en aquella alcoba que pronto habia de encerrar un cadáver, medió una escena asaz dura y viva de celos y amorosas reconvenciones. Empero bien pronto se convenció Salvador de la inocencia de su amada. Las palabras de Federico no habian sido mas que uno de esos alardes de libertinaje y cinismo que con tanta frecuencia hace nuestra ilustrada juventud. Después de esta esplicacion, nuestros dos infortunados amantes se entregaron á todo el fuego de su ardiente intensísima pasion. En su amoroso delirio convinieron en unir sus manos ante el Altísimo, antes que el aliento vital faltase á Salvador.

Sí, pensaba Fanny, quiero llamarme su esposa antes que muera; quiero vestir de luto mi cuerpo además de mi alma; quiero llevar su apellido, y poder manifestar á todo el mundo mi profundo dolor y sentimiento. Un anciano sacerdote bendijo la union de los dos jóvenes, y al ver tan acendrado cariño, tan puros y generosos instintos, una lágrima brilló en su cárdena mejilla, y sus labios se movieron pidiendo al Todopoderoso mayor ventura para tan nobles corazones.

La tarde del dia en que se verificó tan triste desposorio, se hallaban sentados al lado del lecho del desgraciado poeta Fanny y Arturo. Todo inspiraba melancólicos pensamientos en aquel sitio. La luz penetraba escasamente por una ventana que daba á un patio; el silencio, interrumpido solo por la trabajosa respiracion del enfermo, y el ruido de un fuerte aguacero que en aquellos momentos caia; por último, las blancas paredes de la estancia, en la cual no habia mas adornos que un pequeño reclinatorio, sobre el cual se veia el Evangelio en triunfo de Olavide, y una imágen del Redentor del mundo y tres ó cuatro sillas de Vitoria; nada distraia el ánimo, nada halagaba la imaginacion. ¡Ah! la muerte trae consigo un aparato aterrador y siniestro; ante su vista tiembla el vil escéptico y cesa la alegría del atolondrado libertino, y hasta aquel desventurado mortal que considera el fin de esta vida como el término de los mil pesares que nos cercan, no puede menos de estremecerse al considerar el mas allá que encierra la tumba.

Los labios de Lazan se entreabrieron, y haciendo una seña para que se le prestase atencion, comenzó con entrecortadas frases á decir de esta suerte:

—Conozco, amigos mios, que mi existencia se acaba... Si muero en un desafío, este fué por defender la honra de una mujer idolatrada... Si hubiese vivido á tu lado, Fanny, hubiera sido demasiado feliz... Se han de cumplir las palabras divinas... este mundo es un valle de lágrimas... Arturo, te exijo que no procures vengar mi muerte... Adios, amigos queridos, una vida eterna nos espera... Allí volveremos á reunirnos.

Los sollozos de Fanny, reprimidos hasta entonces, no dejaron oir las postreras palabras del moribundo poeta; Arturo la sacó de aquel sitio, y en seguida volvió al lado de su amigo.

EPÍLOGO.

Aquella misma noche falleció Salvador. Al otro dia todos los periódicos anunciaban con *profundo dolor* este acontecimiento que privaba á la república de las letras de un aventajado ingenio, y á los escritores de un compañero querido é ilustrado. Mas á pesar de estos *dolores periodísticos*, tal vez solo dos personas sentian verdaderamente la muerte de nuestro héroe: Arturo, que reconocia en su amigo altas prendas de capacidad y nobleza de alma, y Fanny que sabia hasta qué grado habia sido amada de aquel hombre que la habia hecho hasta el sacrificio de su vida. ¡Feliz mortal, el que encuentra dos seres que le comprendan!

La bella niña, para valernos de la frase de un poeta moderno, tenia esa tristeza que puso Dios en los corazones predestinados á sufrir el martirio del desengaño. Aquella melancolía habitual se aumentó de una manera increible; y no fué su dolor uno de esos alardes de sentimentalismo de que hacen gala las jóvenes del gran mundo, uno de esos alardes en que cuatro falsos sollozos y algunas *crispaciones* de nervios dan lugar á que en la crónica social se hable de su impresionable espíritu; no: los meses pasaron, y jamás la alegría volvió á reaparecer en el semblante de Fanny: mil galanes se arrojaron á sus plantas pidiendo un deseado sí; una sonrisa dulcemente triste fué su única contestacion. Cuando se la veia en los paseos ó en los saraos, parecia preocupada y distraida; vestia con notable sencillez; mas de una vez una furtiva lágrima empañaba el brillo de sus azules ojos; cualquiera al verla tan resignada la hubiese creido el ángel de la melancolía y del dolor.

. . . . . .

Algunos años después decia Arturo sentando sus favoritas ideas: Mi regla es general *d'après nature*, el amor de la mujer es tan constante como el vuelo de la mariposa. *Cependant*, Fanny de Mendoza es una escepcion, pero una escepcion *rien* dice, *rien* significa.

Segovia 20 de febrero de 1851.

FERRIZ VILLEDA.

BIENAVENTURADOS LOS QUE CREEN.

Aunque engañado viva
poco me importa,
que tambien el engaño
tiene su gloria.

I.

«Duerme, niño del alma,
no tengas miedo,
por mas que el viento silbe
y aullen los perros;
duerme, que al niño,
mientras duerme le guardan
los angelitos.»
Así cantó una noche
mi dulce madre
procurando dormirme
con sus cantares,
y fuí quedando
poco á poco dormido
con aquel canto.
Hasta que empezó á verse
la luz del dia,
dicen que el viento estuvo
silba que silba;
y aun aseguran,
que estuvieron los perros
aulla que aulla.
Mas yo pasé en un sueño
toda la noche,
junto á mi cuna oyendo
dulces canciones,
junto á mí viendo
un ángel que velaba
mi dulce sueño.
Y desde aquella noche
durmió tranquilo
bajo el ala del ángel
el pobre niño...
¡Santa creencia!
La madre que la infunde
¡bendita sea!

II.

«Tal vez encuentres ¡hijo
de mis entrañas!
mas espinas que flores
en tu jornada;
pero, hijo mio,
piensa que estan las palmas
tras el martirio.»
Así me dijo un dia
mi dulce madre,
convertidos sus ojos
en dos raudales;
así me dijo
cuando dejé la tierra
por qué suspiro!
¡Ay mis montañas verdes!
¡Ay mis cantares!
¡Ay mi casita blanca!
¡Ay mis nogales!
¡Ay mis castaños,
en donde yo jugaba
con mis hermanos!—
Hallo tantas espinas
en mi jornada,
que el corazon me duele,
me duele el alma!
Si alguien lo duda,
en mi frente está escrito
con una arruga.
Mas si Dios me da penas,
yo las bendigo,
porque crecen las palmas
tras el martirio.
¡Santa creencia!
La madre que la infunde
¡bendita sea!

III.

«Si el amor, hijo mio,
llama á tu pecho,
no olvides que su orígen
está en los cielos;
y ten presente,
que la mujer es débil
y el hombre es fuerte.»
Así me escribió un dia
mi dulce madre...
¡Coronada de gloria
por ello se halle,
que desde entonces,
por el amor del ángel
troqué el del hombre!
En el amor contemplo
la pura esencia
de lo bueno y lo santo
que el alma encierra;
y el amor pago
con lo que encierra el alma
de bueno y santo.
La mujer á mis ojos
es débil planta
de eternos huracanes
amenazada;
y así procuro
su generoso apoyo
ser en el mundo.
Esta dulce creencia
me proporciona
mil goces inefables
que el vulgo ignora.
¡Santa creencia!
La madre que la infunde,
¡bendita sea!

IV.

«Hijo mio, no llores
cuando yo espire,
que si mueren los cuerpos,
las almas viven,
y al fin y al cabo
la pérdida es un poco
de polvo vano.»
Así me escribió un dia
mi dulce madre,
de su existencia el término
viendo acercarse...
Mi madre es muerta;
pero yo á todas horas
hablo con ella.
Exhalan cada dia
su último aliento
seres por quienes late
mi amante pecho;
mas no me importa,
que les hablo y me escuchan
á todas horas.
Cuando un ramo de flores
pongo en su tumba
ó su nombre defiendo
de la impostura...
un tierno voto
de gratitud me envian
llenos de gozo.
¡Santa creencia! Nunca
de mí se aparte,
que á los seres amados
hace inmortales!
¡Santa creencia!
La madre que la infunde
¡bendita sea!

ANTONIO DE TRUEBA.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra



(Hilandera rusa.)

EL INVIERNO EN RUSIA

La temporada del placer y de las diversiones es para la Rusia principalmente la de mas frio en el año. En este país tienen lugar durante el continuado, largo y rigoroso invierno, las diversiones de todas clases, tanto en las ciudades como en el campo. La gente jóven rebosa de salud y fuerza. Sobre todo las encarnadas (1) doncellas merecen ser llamadas así en el invierno. Recordamos la cancion de Alejandro Semionowitsch Schischkow, que hace sesenta años cantaba así:

En el frio del invierno
Todo es juventud,
Todo el mundo hace broma y está alegre,
En las largas noches,
A rededor de la chimenea,
Reúnense todos.
Viejos, jóvenes,
Disponen bailes
Y se rien.
Pero cuando llega
El Carnaval,
Entonces hay alegría,
Juegos y placeres.

Ya desde muy antiguo se dedicó en Rusia la temporada de invierno á las diversiones mas variadas, en las cuales tomaba la juventud la mayor parte. Hasta el tiempo de Pedro el Grande se tenian tertulias en las casas de los Boyardos y de los nobles, á las cuales se convidaba á las señoritas que se distinguian por su riqueza, hermosura y juventud, como tambien á las solteras de iguales condiciones. Reuníanse huéspedes, pasaban algunos dias en juegos y conversacion con sus honrados y hospitalarios patrones, y durante este tiempo hallaban los galanes lo que buscaban, y las madres escogian esposos para sus hijas.

En las clases inferiores de la sociedad, en los pueblos, se han conservado aun estas tertulias. En el invierno, cuando los habitantes de las ciudades se entretienen, segun su clase y fortuna, con bailes, bailes de máscara y otras fiestas, reúnense, después de acabados los trabajos del campo ó domésticos, las jóvenes y las mujeres en la casa de una de sus compañeras, ó en chozas conocidas y arregladas al efecto, para estar en tertulia, como hay tambien la costumbre en ciertas provincias de la España. Aquí se cose, se hace media, se hila, se charla, se cambian amorosas miradas con los jóvenes que acuden igualmente, y se canta.

Las hilanderas suelen cantar las estrofas siguientes:

Hila, hilandera mia,
Hila y no seas perezosa.
Bien quisiera yo hilar,
Pero estoy convidada
A casa del vecino, para charlar,
Para comer, para el festin,
Para beber cerveza
Y verde vino (1)...

Los labradores acomodados suelen en estas ocasiones presentar algun refrigerio á sus huéspedes, y de esta manera se pasa el tiempo

(1) Encarnado y hermoso son dos palabras sinónimas en lengua rusa.

(1) Un aguardiente de yerbas.

hasta la cena, trabajando y alegremente; después de cenar ya no dura mucho el trabajo; á poco rato tiran las muchachas sus útiles á un lado y comienzan á jugar diferentes juegos. Reúnense á ellas los mozos con sus instrumentos filarmónicos; principian los bailes y los cánticos, y la diversion se alarga hasta el tiempo destinado para retirarse. En estas reuniones es donde los jóvenes de ambos sexos llegan á conocerse mas de cerca, y la consecuencia natural de ello son las bodas.

LAS CAUSAS

por qué el rey Católico tomó título de rey de Navarra.

A continuacion insertamos una especie de manifiesto circulado por el rey Católico.

A todos es notorio, que después de Dios N. S., el Católico rey fizo reyes de Navarra al rey y á la reyna, que heran de Navarra, y los puso en el reyno, teniendo la mayor parte del contrario, porque pretendian que aquel reyno y señoríos pertenecian á Mosen de Fox, padre del que murió en la batalla de Rávena, y no á ellos, y el rey de Francia favorecia al dicho Mosen de Fox, y trabajaba con su potencia de ponerle en posesion de aquel reyno y señoríos, y entonces el dicho rey de Francia envió al Católico rey diversas embajadas, con grandes ofrecimientos de cosas que por S. A. queria facer, porque diese lugar á ello, lo cual no tan solamente quiso facer S. A., mas con su favor y gente, quiso obedecer y coronar en el dicho reyno á los dichos rey y reyna, y declaró S. M. públicamente que habia de poner su real persona y estado por la defension de ellos, y después, estando el rey en amistad y seyendo como es casado S. A. con la católica reyna, viviendo Mosen de Fox su hermano, el dicho rey de Francia procuró con S. A. muy aindacamente á que diese lugar, á que con su ayuda el dicho Mosen de Fox tomase la posesion de dicho reyno y señoríos, diciendo que todos los letrados del reyno habian visto los títulos de su derecho, y que de justicia claramente le pertenecia el dicho reyno y señoríos y que S. A. debia dar lugar á ello ansí por no le impedir su justicia como porque siendo hermanó de la dicha católica reyna, estaria siempre junto con S. A., y que en caso que él falleciese sin hijos, la dicha católica reyna hera su heredera, y sucederia en su estado diciendo que en facer su estado S. A. por el facia por sí y no embargante todo esto. S. A. por el amor que tenia á los dichos rey y reyna que heran de Navarra, no solamente no lo quiso consentir, mas nunca dió lugar á que su derecho se pusiese en disputa, antes siempre estuvo determinado de poner su real persona y estado para defenderlos en el suio contra todo el mundo, sin esceptar hermano ni otra persona alguna, y es notorio en España y en Francia, que sino porque el rey de Francia vió determinado á S. A. á defender las personas y estado de los dichos rey y reyna mas todas las otras cosas que fuéron necesarias, para que tuviesen como tenia en paz y obediencia al dicho reyno de Navarra, que habia grandes tiempos que siempre estaba en guerra. En pago de todo esto, cuando vieron los dichos rey y reyna, que el dicho rey de Francia se puso públicamente en ofender á la Iglesia en lo espiritual y temporal, tomándole y ocupándole de fecho coronar mas su patrimonio, y debidiendola con cisma la unidad de ella, y vieron que S. A. se declaró en favor y defension de la Iglesia. Luego comenzaron á tener estrechas pláticas é inteligencias con el dicho rey de Francia, y á fablar asaz cosas en favor de lo que facia y en disfavor de la causa de las iglesias y de la persona de nuestro muy Santo Padre, ni mas ni menos que se fablaba en las cortes del rey de Francia, y aunque aquello parecia muy mal á S. A. y lo reprendia, creia que el rey que era de Navarra, por ser natural francés fablaba aquellas cosas para favorecer el partido de los franceses, y no por impedir lo que se hacia en favor de la Iglesia; y luego que Mosen de Fox fué muerto, viendo el rey de Francia la union que se facia en toda la cristiandad con nuestro muy Santo Padre y con la iglesia romana, saviendo que el católico rey y el serenísimo rey de Ingalaterra estaban determinados de inviar á guiaina sus egercitos en favor y ayuda de la causa de la Iglesia, y que la entrada de guiaina por tierra, por esta parte de España es muy angosta, que tiene en la frontera la ciudad de Bayona, que es fortísima y está armada á las faldas de la tierra de Navarra y de Bearne, conocido que por la disposicion de la tierra, juntados el rey y la reyna que eran de Navarra, y su estado con el dicho rey de Francia, seria imposible que los dos egercitos de españoles é ingleses pudiesen tomar á Bayona ni tener cerco sobre ella sin evidentísimo peligro, y que no pudieran ser proveidos de mantenimientos dejando las espaldas contrarias: concertáronse con el rey de Francia contra S. A. y con el rey de Ingalaterra, no solamente para impedir la dicha empresa, mas para facer en España por Navarra todo daño que pudiesen, y luego que lo supo S. A. envió á decir á los dichos rey y reyna, que pues veian que el dicho rey de Francia era notorio enemigo y ofensor de la Iglesia, y S. A. y el dicho serenísimo rey de Inglaterra tomaban esta empresa en favor y ayuda de la causa de la Iglesia para divertir la potencia que tenia en Italia, y esto era para remedio de la Iglesia y de toda la cristiandad, y particularmente por remedio de los dichos rey y reyna porque salia del peligro en que continuo estaba, con las amenazas que Francia les facia que les rogaba, no quisiesen dejar el partido de la santísima liga, y juntarse con el partido de los *scismaticos*, y pediase una de tres cosas ó que estuviesen neutrales y diesen á Su Alteza una obligada seguridad para que de Navarra y Bearne no daban ayuda al rey de Francia, ni farian daño á los egercitos de España é Ingalaterra, ó que se querian ayudar al rey de Francia con lo de Bearne, que está de la otra parte de los montes Pirineos, ayudase á S. A. con lo de Navarra, que está de esta otra parte de España; que si queria del todo declararse por una de las partes que se declarasen por una de las partes de la iglesia y de S. A., y que faciéndolo les daria S. A. las villas de los Arcos y la Guardia, que solian ser de Navarra, y ellos las deseaban mucho, porque por un beneficio tan universal como placiendo á Dios Nuestro Señor se esperaba para la Iglesia, y para toda la república cristiana de lo que se facia en aquella empresa, S. A. habia por bien empleado de les dar dichas villas y demás de esto: S. A. y el serenísimo rey de Ingalaterra, su fijo, se obligaban á defender siempre su estado, y que mirasen quánto mas les valia tomar esto sirviendo á Dios y á la Iglesia, y respondiendo á S. A. con el agradecimiento que le dieren por los beneficios que de su católica Magestad habian recibido, y quedando juntos con todos los príncipes que defendian la Iglesia, que no por el préstamo é intereses que les daba el rey de Francia posponer y vender lo que deben á Dios y á su Iglesia, la obligacion que tiene, de no estorvar lo que se faze en favor della y universal remedio de toda la república cristiana, y que mirasen que no se juntando ellos con el rey de Francia contra la Iglesia, contra los que favorecen la causa del rey de Francia, mediante N. S. podria ser brevemente traido á tales términos, que dejase todas las cosas que tiene agenas, y que para todo lo demas no tubiese otro remedio sino ir á pedir benia á los pies de Su Santidad, con lo cual la Iglesia y la cristiandad quedarian remediados, y cesarian las guerras entre cristianos, y la Sanctissima liga podria emplearse en la guerra contra los infieles, enemigos de nuestra fé, y aun que los embajadores del dicho rey y reyna que eran de Navarra que decian á S. A. que tenian por cierto que todo esto sucederia assi si los dichos rey y reyna se juntasen con la Iglesia y con S. A., y aunque S. M. lo procuró instantisimamente con los dichos rey y reyna, desde mucho antes que viniesen los ingleses, y después esperando esto detuvo S. A. la entrada de ambos los dichos egercitos españoles é ingleses al sitio de Bayona, con grandísimo gasto de los ingleses y de S. A., y con no pequeño descontentamiento, porque desde 8 de Junio en que desembarcaron los ingleses, habian estado los dichos dos egercitos gastando y esperando la conclusion de esta negociacion, y nunca Su Alteza pudo acabar con los dichos rey ó reyna que eran de Navarra, que fuesen de la parte de la Iglesia ni que quisiesen ser neutrales, y siempre han llevado á S. A. en palabras dándole esperanza que farianle uno ó lo otro, y por otra parte dando á su tierra la gente y otras cosas necesarias para la fortificacion y defensa de Bayona, y para que los dichos franceses tuviesen lugar de juntar toda su potencia, fasta que S. A. supo y le constó de los dichos rey é reyna habian asentado liga con el rey de Francia contra los que favorecen la causa de la Iglesia, no solamente para impedir la dicha empresa, á mas para facer en España todo el daño que pudiesen. Vista esta ingratitud que los dichos rey é reyna cometieron contra N. S., y para con S. A no contentandose de dejar á la Iglesia, y á quien despues de Dios les fizo y defendió, mas faciendose contrarios y enemigos della y de S. A., y para seguiros por prisionero al ofensor y enemigo de la Iglesia, avido sobre ello maduro consejo con los perlados y grandes, y con los de su consejo y con otras personas de ciencia y conciencia, de estos dos reynos, considerando el daño grande que se pudiera seguir á la Iglesia y á toda la cristiandad, si por dejar S. A. la dicha impresa, el rey de Francia viendose libre por la parte de acá inviase toda su potencia á Italia, contra la Iglesia, y que para el remedio della y de toda la cristiandad es necesario y conveniente facer toda la dicha empresa paresció que pues los dichos rey é reyna de Navarra impedian la dicha impressa, y que siendo ellos contrarios, los egercitos de españoles é ingleses no podrian entrar por Bayona que debia S. A. mandar que su egercito entrasse por Navarra á Guiaina, rogando y requiriendo á los dichos rey y reyna que heran de Navarra, que les diesen pastos y vituallas por sus dineros y seguridad para la dicha Santa impressa, ofreciendoles paz y seguridad si lo ficiesen, y que si negasse el dicho passo al dicho egercito de S. A., podria justamente trabajar de tomarle y retenerlo, y que de esto ay un ejemplo en la sagrada escriptura. Y siguiendo el dicho consejo mediante N. S, S. A. mandó que su egercito entrase por Navarra, y negandose lo susodicho traba-

jasen á tomar la dicha seguridad; y porque el serenísimo rey de Ingalaterra no sabiendo entonces esto ni aun quereiendo que podria suceder, no dió comision á su capitan general para que entrase por Navarra, quando el dicho egercito de los ingleses en campo de guiaina, el rey y la reyna que eran de Navarra ficieron qüenta que pues por la dicha liga está junta la potencia de Francia con la suya, el egercito de S. A. solo no seria bastante para tomar la dicha seguridad, y en esta opinion los confirmó Mosen de Orbal, tio del rey de Navarra, que pocos dias antes habia estado con ellos por embajador del Rey de Francia para los persuadir y traer como los huvo á la voluntad del rey de Francia.

Despues de lo cual, el duque de Alba, capitan general del egercito de los españoles, siguiendo lo acordado y mandado por S. C. M. entró en el reino de Navarra con el dicho egercito, miercoles 21 de julio, y envió á facer á los dichos reyes que eran de Navarra el susodicho requerimiento, para que le diesen passo y vituallas por su dinero y seguridad, y como no lo quisieron facer, pasó adelante con el egercito, la via de las ciudades de Pamplona, que es la cabeza de aquel reino, y aunque el dicho rey estaba en ella con asaz gente, que de las montañas habia fecho venir allí y habia puesto defensa de gente en una villa que está en el camino en un puesto fuerte; pero todo lo paseó el egercito sin fecho de armas, y el dicho rey, como es natural francés, les amparó á los navarros y fuesse á Lumbierre para pasar á la otra parte de Francia, y ansí, la ciudad de Pamplona se rindió al egercito de S. A., y todas las villas y lugares de aquella comarca, y rendiase todo el reino, y el ejército de los franceses no ossó pasar á socorrer al dicho rey que era de Navarra, como tenia prometido, y assentado porque uvieron miedo de perderse, porque la villa de Lumbierre, donde el dicho rey esperaba el socorro, está un passo por donde podrian entrar muy bien los franceses en España, por la parte de Bearne y Roncesvalles, acordó el dicho capitan general ir á poner su campo sobre aquella villa y tomar aquel passo. Sabido esto por el dicho rey que era de Navarra, y viendo que el socorro de los franceses no ossaba pasar, ¡nvió sus embajadores con poder suyo bastante al dicho capitan general, para que assentasen con él lo quel quissiese, faciendo qüenta que pues no podia retener el reino, queria mostrar que lo dejaba á su voluntad, y ansí, los dichos sus embajadores assentaron por virtud el dicho su poder con el capitan general una capitulacion que en substancia, ansi contenia que toda la empresa causa en ejercicio, que el dicho capitan proseguia contra ellos y aquel reyno los dichos rey é reyna que eran de Navarra, corremitian enteramente á la voluntad y disposicion de la catolica magestad para que se le pudiese disponer y ordenar segun le pareciese, y aquello se cumpliria y terminaria por los dichos rey é reyna sin contravenimiento alguno, y S. A., por virtud de la facultad que para ello le fué dada por la dicha capitulacion, fizo una declaracion de su voluntad, con la qual la copia con la presente, con la qual fué el obispo de Çamora, como embajador enviado en nombre de S. A. por el dicho capitan general á los dichos rey é reyna que eran de Navarra, que estaban en Bearne, á facerles saber la dicha declaracion, y que aunque aquella se habia fecho, y su alteza, al presente, queria retener la dicha entrada en aquel reyno para seguridad de la dicha impressa; pero que fecha aquella, ó á lo menos ganada Bayona, S. A. les restituiria el reyno de buena voluntad, y que si le inviasse el príncipe su fijo lo casaria con una de sus nietas y faria por ellos otras cosas, solo porque non ayudassen al rey de Francia contra esta empresa que se face en favor de la causa de la Iglesia, á la cual embajada, la respuesta que dieron los dichos rey é reyna que heran de Navarra, fué que prendieron al dicho obispo de Zamora y lo entregaron á los franceses; ansimismo prendieron á los suyos y entregaron al rey de Francia todo el señorío de Bearne, que es al confin de Navarra y rompieron la guerra á S. A. por el condado de Serdania y no dieron otra respuesta alguna á la dicha embajada que llevó el dicho obispo, ni cumplieron lo que el dicho rey capituló; concedió al duque de Alba por continuar en la liga que tenia fechas con el rey de Francia, y perseberar de ayudar por su parte contra la parte de la Iglesia, visto lo cual, y visto que en la capitulacion fecha por nuestro muy Santo Padre, y los otros principes de la liga, dice: que si acaeciere que alguno de los confederados tomare algo fuera de Italia de los que se opusiesen contra la liga, aquello pueda retener y que por esta causa S. A. puede justamente restablecer dicho reyno, mayormente que se junta con esto la bula de nuestro muy Santo Padre, contra todos los que ayudasen al rey de Francia é impidiesen la ejecucion de la empresa que S. A. y el señor rey de Ingalaterra facen en favor de la Iglesia, aunque reyes, la cual, bien y particularmente dirigida á los de Navarra y á los vascos, por qual S. S. pone graves censuras y publica los bienes de los que contravienen, la cual bulla se publicó donde S. S. por ella lo manda, y en el reyno de Navarra, y despues de la publicacion pasaron los términos en ella asignados, y los dichos reyes no han querido cumplir los mandamientos y moniciones apostólicas en la dicha villa contenidas y por la dicha su contumacia y rebelion, y pues es notorio y inescudable que no tiene defension en contrario que los dichos reyes que eran de Navarra, han seguido y siguen al principal fautor de los scismaticos y no se han apartado de lo facer por la publicacion de la dicha bula; antes procuran todavia armas y fuerza contra los que siguen la unidad de la Iglesia y á S. S, por lo cual, el dicho reyno es confiscado, y así S. A. justamente lo á tomado con autoridad de la Iglesia y permision de derecho como debia, y por los dichos titulos le pertenece jure propio en especial, pues S. S. declaró por capitulacion de la santissima liga ser esto vello justo y los gastos que S. A. fecho en tal empresa, son tantos y tan escesivos y valen tanto como el dicho reyno de Granada, y presuponiendo que por los dichos titulos el dicho reyno pertenece á S. A. y que sino tomara el titulo y corona del, no pudiera prover que la justicia y gobernacion del, segun Dios, y como se debe por las dichas causas y para le poder sostener en paz y sosiego de S. A. ha tomado el titulo del dicho reino de Navarra.

REAL EX-MONASTERIO DE SANTA MARIA DE BUGEDO

DE CANDEPAJARES.

Doña Sancha Diaz de Frias, señora de la antigua ciudad de este nombre y de Bugedo, donó al de San Cristóbal de Iveas, en 1168, un magnífico palacio, antes posesion real, que tenia en aquella villa, con diversas pertenencias, desde Pancorbo hasta Miranda de Ebro, para que se fundase, segun se verificó, un monasterio de premostratenses, religion de canónigos regulares de San Agustin, que instituyó San Norberto, arzobispo de Mandelurg, el año 1120, y que entró en España en 1131, ó 1143 segun los ilustrísimos Noriega é Illana.

Hasta el año 1584 habitaron los religiosos de Bugedo en el palacio de la Doña Sancha; pero aumentándose su número, por habérseles incorporado los del de Salcedo, y creciendo sus rentas, construyeron en el propio sitio el monasterio que ha subsistido hasta la última esclaustracion, del cual damos una vista exacta á nuestros lectores, y tambien otra del elegante y espacioso claustro, que por una fatalidad tan comun en obras de esta clase, no llegó á concluirse.

Aquel se conserva todavía en muy buen estado, gracias á cuatro ó seis familias pobres que viven en él, quienes sin saberlo ni presumirlo impiden las depredaciones y robos de materiales, que de fijo y de positivo se ejecutarian, y la consiguiente ruina de tan suntuoso monumento artístico, propio y adecuado en estremo para un establecimiento industrial, puesto que á su espaciosidad suma reune las circunstancias y condiciones recomendables de tener dentro de la huerta una fuente abundante de cristalinas aguas, de bañarle el rio Oroncillo ó Matapan, de hallarse situado á dos kilómetros de la carretera de Francia, no lejos de la de Bilbao, en medio de un pais sano, fértil y barato, y á la falda ó raiz de la sierra Picuezo, desde donde se descubre un horizonte dilatado, toda la ribera alavesa, y en lontananza las empinadas montañas de Guipúzcoa y Vizcaya.

De la parte antigua del palacio solo existe intacto un torreon que se aprovechó para torre de la iglesia, y que por su solidez parece desafiar á los siglos.

La obra del actual ex-monasterio se ejecutó, como llevamos dicho, en 1584, por Baltasar y Matias de Castañeda, vecinos el primero de Burgos, y el segundo de Oña, siendo abad el ilustre y muy reverendo padre fray Gabriel Bernaldo.

Costó muchos miles de ducados, y eso que entonces valian poco los materiales y jornales.

El precioso retablo mayor de la iglesia, en la que todavía se admira, aunque lleno de mutilaciones y de destrozos, el sepulcro de la fundadora, se hizo el año 1576 por el escultor Diego Marquina, vecino de Miranda de Ebro; pero se arrojó al suelo y rasparon sus adornos en 1842, para estraer la capa de oro de que se hallaban revestidos.

La librería de Bugedo era notable por el número y clase de obras de que se componia.

Dependian de esta casa las Granjas de Candepájares y Arcemiraperez y el lugar de Salcedo, y sus rentas consistian en mil doscientas fanegas de trigo, seiscientas veinte de cebada, cincuenta y seis de centeno, y dos mil seiscientos reales de un censo.

REMIGIO SALOMON.

MI VIAJE

A LA REPUBLICA DEL ECUADOR.

(Continuacion.)

Por un fertilísimo valle debiamos emprender la jornada del istmo de Darien ó Panamá, justas siete leguas y un tercio, que era su punto

mas estrecho; el mas ancho, como ya se ha dicho, tiene cuarenta, y su largo, que no se ha dicho, tiene 116 leguas.

En una casucha de tablas, por cuyas paredes entraba tranquilamente el aire y la luz, nos alojaron; aquello era la aduana nada menos de Cruzes, de cuyas notabilidades, como eran el cura, el administrador, el maestro de escuela, etc., etc., fuimos visitados; pero nada dijeron que digno sea de la posteridad. Pasaremos su conversacion en silencio; ellos charlaron hasta por los codos, mientras que nosotros cenamos opíparamente (porque hay que notar que aunque éramos una familia muy sentimental, esto no impedia para que estuviésemos gorditos, comiendo como ogros, y bebiendo como aquellos moros pecaminosos que se ocultan para faltar á uno de los preceptos de su religion, teniendo casi siempre sed, pero casi nunca de agua!)

Al siguiente dia, en vez de emprender nuestra marcha, acordamos descansar, disponiendo con calma los preparativos para la espedicion del istmo. Al efecto se alquilaron doce mulas para montar y llevar los equipajes, caballerías buenas, y las únicas que podian transitar por aquel escarpado terreno por ser del país mismo. Para mi madre se mandó construir una especie de silla, á fin de que pudiese ir cómodamente á caballo; todo se arregló convenientemente, y al siguiente dia á las cuatro de su mañana comenzamos la caravanesca marcha; los indios peones mal de trajes, y bien de armas.

M... que montaba la mula mas inquieta, capitaneaba la comitiva, que marchaba en el órden siguiente: Luis detrás del secretario, después seguia mi humilde persona; P... el último, y mi madre alegre y animosa entre aquel y yo. Después venia el convoy de equipajes, y los criados cubrian la retaguardia.

No fué necesario andar largo trecho para vernos envueltos entre árboles, perfectamente á la sombra y sin poder penetrar nuestra vista á ver lo que existia á veinte pasos delante de nosotros; el sendero (porque aquel no era camino) prometia ensancharse á veces, cuando de repente se estrechaba tanto, que apenas cabia la mula, y que duraba así á ocasiones hasta una hora.

El señor M... estuvo algun tantico espuesto á que aquel sendero y los demás se le perdieran para siempre de vista. Hé aquí la aventura: el peon indio que el secretario llevaba al estribo se ausentó un momento, y le dió por encabritarse á la mula, que ya observamos ser inquieta, y esto en sitio y ocasion en que unas delgadas y enmarañadas ramas de los dos lados del camino lo cruzaban, juntándose en medio de él justamente á la altura de la garganta de M..., quien preocupado con haber de manejar su indómita caballería no dió en ello; pero ello dió en él y en su pescuezo, de forma de que por él quedó casi colgado: el movimiento siguiente mas natural fué desamparar las riendas para amparar su cuello con ambas manos, y la mula á esto trataba de escapársele de entre las piernas, recordando aquel paso que se lee en Orlando Furioso del famoso ladron Brunelo, á quien en el cerco de Abraca Sacripante le quitó el caballo de entre las piernas; ó aquel otro de Sancho Panza cuando habiéndose internado en un bosque de Sierra-Morena con su señor, cansados y molidos de las pasadas refriegas, se durmieron, D. Quijote montado á caballo y arrimado á su lanza, y Sancho en su rucio como si fuera sobre cuatro colchones de plumas; especialmente Sancho con tan pesado sueño, que quien quiera que fué tuvo lugar de llegar y suspenderlo sobre estacas que puso á los cuatro lados de la albarda, de manera que le dejó á caballo sobre ella, sacándole de debajo el rucio sin que Sancho lo sintiese. La posicion de M... era parecida, pero menos cómica y mas trágica, porque la caballería, de su propia voluntad queria deslizarse sin miramiento alguno de su ginete, que hacia la triste figura y que la hubiera hecho mas aun á no llegar oportunamente en su ayuda el peon. Repuesto el secretario, inclinó la cabeza sobre el arzon delantero de la silla para pasar por debajo de aquel arco, al cual conforme cada uno de nosotros fuimos llegando, hicimos el mismo gracioso saludo bajo pena de horca.

La aventurilla, que así como no fué de consecuencias pudo tenerlas muy graves, dió lugar á que tanto él como nosotros diésemos rienda suelta á nuestra hilaridad, y mas al oirle lo de la botella de jarabe que era *el rigor de las desdichas*. Anduvimos aun tres horas, y apeándonos en un sitio anchuroso pusimos en tierra nuestros ponchos, sentándonos encima á la sombra de un roble, é hicimos un almuerzo campestre y dimos aguardiente á nuestros indios, que son aficionadísimos á dicha bebida, que ellos llaman chicha.

Pasados tres cuartos de hora volvimos á montar y á continuar nuestra jornada, la mitad de la cual queriamos tener vencida antes del mediodía, por ser larga, no por el número de leguas, que no eran sino siete; pero por el escabrosísimo terreno, muy peligroso en algunos parajes y transitable solo para cabras, de manera que tras de entretenernos y estropearnos mucho, como decirse suele, íbamos con el alma en un hilo.

Si... pero todo puede darse por bien empleado á trueque de poder gozar de la vista de aquella magnífica naturaleza salvaje: encuéntranse á cada paso árboles caidos, sobre los cuales levántanse nuevas generaciones de árboles. En vano se busca alguna salida si se interna uno en medio de esas soledades, porque engañado por el resplandor de una luz mas viva, después de adelantarse á través de los zarzales y de los espinos, ¿qué se encuentra? Un claro de algunos pinos derribados y quemados; en breve la selva aparece aun mas sombría; en breve la vista no apercibe mas que troncos de encina y otros nogales, que unos á otros se suceden para estrecharse conforme mas distantes estan; selvas y mas selvas presentando su ramaje todos los matices que imaginarse pueden. El viajero podrá gozar de semejantes espectáculos, pero jamás podrá describirlos, dice Chateaubriand, y temerario de mi que me meto en descripciones.

Próximos á Panamá, atravesamos unos inmensos llanos sin hallar ni una mata, ni una yerba siquiera, ni una piedra, y dicho terreno estaba todo lleno de grietas, tan anchurosas á veces, que un hombre que cayera dentro se veria como en un pozo sin poder salir: á estos llanos áridos les dan el nombre de *savanas*.

Comenzaba á oscurecer y las atravesamos con precaucion, efectuando final y felizmente nuestra entrada triunfal en Panamá, cuyo arrabal nos pareció interminable; pero no lo era, y llegamos á la plaza principal, donde una persona de las mas consideradas de la ciudad á quien P... escribiria anticipadamente, remitiéndole cartas de recomendacion, atestiguando quién él era, nos salió á recibir, alojar y obsequiar con la mayor urbanidad y finura.

Estábamos estropeados, habia mucho sueño; pero poniéndonos á meditar, dijimos: ¡comamos! Cenamos pues, y á la cama.

Retrocedamos por un momento: aquel era un caseron inmenso é inhabitado hacia mucho tiempo, y Luis descubrió que habia unas ratas enormes en abundancia, porque mientras arreglaban la cenase tendió en el suelo en el salon, dejando un candelero en él por no haber sillas, y vió, que sin el menor pudor, una señora rata fué á pegarle un bocado á la vela de sebo: indignado Luis la asesta un zapatazo y va en busca de un criado negro, prometiendo gratificarlo generosamente si le traia dos gatos metidos dentro de una sombrerera, que al efecto entregó: cumplió el hombre con el encargo, pagó Luis, para que callase, y fué á colocar la dicha sombrerera debajo de la cama de M... que tenia un cuartito para él solo; cenó y fuése á dormir sin sospechar nada. Allá á la hora despertó sobresaltado; él no conocia la casa, no habia examinado su aposento, y habia algo en él; oia ruido; eran los gatos que forcejeaban por salir de su prision. ¿Si serán ladrones? ¿qué será? De pronto un combate terrible tiene lugar encima de su catre lecho, la pareja habia conseguido salir de su prision, la gata hacia vanos esfuerzos por defenderse... y M... vió cuatro ojos centellantes que brincaban en todas direcciones, y creia que una legion de demonios se habia introducido en su aposento; á tientas cogió un palo, y reproduciendo la escena del ingenioso hidalgo, cuando en camisa empezó á repartir cuchilladas contra unos cueros de vino, creyendo que eran gigantes, M... sudaba pegando palos contra las paredes, y por debajo de la cama, rompiendo el mueble indispensable. ¡Oh fechuría!... y hasta que los gatos bufaron y maullaron, él nunca supo que fuesen tales; entonces se serenó, se sonrió, y encendió una luz, espulsando los gatos de su aposento; nosotros, en camisa tambien, fuimos allí, formando el cuadro de las tres gracias, á preguntar si habia sentido el temblor de tierra.

—¡Qué temblor ni terremoto! repuso M... amostazado, y contó la aventura; entonces nos despedimos, conviniendo en que los criados, son unos torpes.

Al siguiente dia, cuando nos juntamos todos al almuerzo, en medio de grandes risotadas de todos nosotros, contó M... su percance con mucha gracia, y dirigiéndose á mi madre, la dijo: Señora, á fin de que Vd. se acabe de convencer de que soy el rigor de las desdichas, la referiré lo que me sucedió en un vapor inglés yendo de Liverpool Nueva York. Era en una noche de recio temporal y gruesa mar; nos entreteníamos en jugar á los naipes en la cámara, sentados á una mesa cuadrilonga, y á lo mejor vino un balance terrible, que no sé cómo no zozobró el buque; pero lo que sí sé es que zozobré yo, volteando como un acróbata en el aire por encima de la mesa, encontrándome en los bancos opuestos, y llevándome un susto no pequeño.

—¿Pero y los demás? repuso mi madre.

—Los demás, señora, yo no sé cómo se las gobernaron para agarrarse; lo cierto es que nada les sucedió.

—Pues entonces, dijo mi madre y dijimos todos en coro, es usted el rigor de las desdichas.

Estamos pues ahora en el Océano Pacífico y en el puerto de mas importancia de Nueva Granada, situado á cuatro leguas del antiguo Panamá, destruido por un terremoto en 1676. Estamos en la bahía en donde residen las mas grandes y hermosas perlas y en mayor abundancia; los buzos que las pescan estan á veces quince minutos debajo del agua; con aceite en la boca, y los ojos abiertos, recogen las ostras que pueden y suben á la superficie del agua. Dicen que lo que

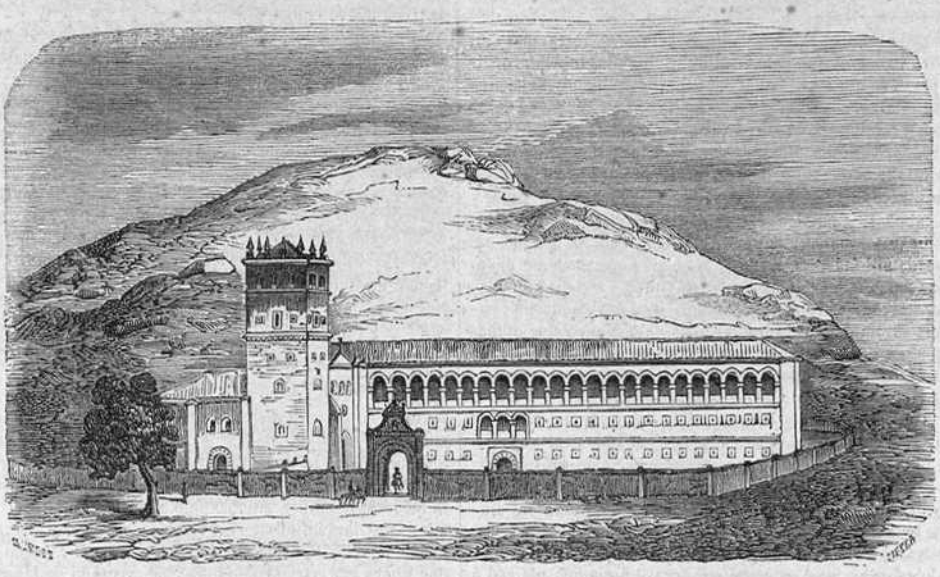
se llama perla es una enfermedad de la ostra, de modo que aquellas que no la tienen no son útiles; con todo no faltan buques ingleses que han ido á cargar solo de conchas de ostras. Lástima de país aquel lleno de oro, plata, perlas, etc., pero sin dinero, sin industria, sin comercio (entonces al menos, ahora quizá haya prosperado; yo hablo de hace nueve años).

Antes de emanciparse dicho país, el grande puerto de Panamá jamás se veia desprovisto de muchos buques, y tenia suntuosos edificios, y el gran comercio de Chile y del Perú se hacia por Panamá. Mas de quince dias nos detuvimos allí aguardando la proporcion de algun buque en que poder hacer la travesía á Guayaquil. P... guardó dos dias de cama, y nosotros estábamos algo alarmados recelando si iria á tener la fiebre amarilla, muy severa en este puerto; pero no, fuimos visitados de varias personas principales, amables, y algunas (muy contadas) instruidas; no por cierto un juez que por su categoría debia prometer algo mas, y como es un tipo particular me ocuparé un poco de una visita que nos hizo; su entendimiento estaba en armonía con su apellido, que era Mulas. Era la noche lluviosa y estábamos sentados en derredor de una mesa bebiendo té; en la antesala estaba nuestro criado Domingo por si venia gente, y la doncella nos servia.

Dos palabras sobre Domingo:

—Era un asturiano que llegó á Madrid de aguador y á quien protegió mucho P... tomándolo por criado suyo, haciéndole instruir para ayuda de cámara; pero ya cuando le hizo sustituir su chaqueta por una levita, mi hombre empezó á entontecerse, y desde que llegara á América, viendo que allí no habia sirvientes blancos, se volvió insoportable, sisaba mucho, y contestaba con impertinencia, etc. Solo pensaba en vestirse bien, y cuando salia, decia á las personas que él conocia y nosotros no, que era pariente de P...; otras veces hasta decia ser su hijo, y á fé que no tenia aire de familia con dicho señor en la menor semejanza, no, ni por su noble continente, ni por su elevada talla, ni por sus apolónicas formas hubiera podido servir como sirvió P... de modelo para una de las dos estátuas representando el grupo colosal de Daoiz y Velarde. Domingo era... vamos, el vivo retrato del criado de Larra; es decir, que Domingo tenia de mesa lo cuadrado y el estar en talla á alcance de la mano; las manos suyas se confundirian con los pies, si no fuera por los zapatos y porque anda casualmente sobre los últimos; á imitacion de la mayor parte de los hombres, tiene orejas que estan á uno y otro lado de la cabeza, como los floreros en una consola, de adorno, ó como los balcones figurados, por donde no entra ni sale nada; tambien tiene dos ojos... de besugo... en la cara; él cree ver con ellos, ¡qué chasco se lleva! y si Domingo no fuese mas que un animal... ya podria darse mil enhorabuenas.

Volvamos al juez, que se presentó en la antesala preguntando por P... y á Domingo, que le dió afectuosamente la mano, si era pariente del señor embajador: aquel contestó que no, pero que era su secretario privado, y estuvo dialogando con él hasta que P..., que oyó hablar en la antesala, salió á ver qué era, y enterado, le amonestó



(Ex-Monasterio de Santa María de Bugedo de Candepajares.)

escusándose con el señor juez por la torpeza de su criado.

El señor Mulas era alto, seco, avellanado, parecia un vampiro; sus ojos tenian la espresion de los de un carnero á medio morir, y vestia de un modo ostensible, pero sin gusto.

Mi madre, pensando que fuese otro caballero de quien P... le hablara que tenia su esposa muy enferma, le preguntó si se encontraba ya aliviada.

—¿Mi esposa dice Vd.? preguntó el juez, si yo no soy casado!... es decir... aunque soy casado... soy viudo.

—¡Ah!... repuso mi madre...

—Sí, señores, yo le diré á Vd.; esto consiste en que se me murió mi mujer.

—¡Es posible!... y sino...

—Sino, de fijo que seria casado aun.

—¡Medrados estamos! dijo mi madre mordiéndose los lábios; ¿y no tiene Vd. hijas?

—¿Cómo no? He pasado ya en la tierra los tres dias felices que dicen se pasan únicos en la vida.

—Me holgara saberlos, señor juez.

—¿Cuáles?—1.° El dia en que uno se casa.—2.° El en que tiene un hijo.—3.° El dia en que se muere la mujer... pero no... no vaya á creer que aunque esto lo dijera Pintagorras, si mal no recuerdo, que sea mi opinion en todo; porque cuando perdí á mi esposa bien triste me quedé, mi sentimiento fué casi tan terrible como si hubiese enviudado ella; que eso lo hubiera yo sentido aun mas.

—No lo dudo, señor juez; pero si su esposa de Vd. hubiese enviudado, á los pocos minutos no se hubiera Vd. acordado de nada; pero veo que tiene Vd. mejores sentimientos que ese que cree que dijo eso, y á quien Vd. llama Pintagorras. Introduciendo una *n* y una *r* demás en dicho nombre.

—Bien; es verdad, Pitágoras; es lo mismo; pierdo la memoria por el sentimiento que me causa recordar á mi mujer.

—Sobre todo, señor juez, siendo virtuosa y bella como no dudo que así seria.

—¡Oh! sí señora; tocante á hermosa, lo era mucho, mirada de perfil, sobre todo por el lado izquierdo, porque el ojo derecho lo perdió cuando tuvo las viruelas, y su dentadura, que era blanca, hubiese sido completa á no perder seis dientes de una caida de á caballo, quedando algo coja, que lo que es antes andaba con mucha gracia.

Yo me incliné al oido de Luis y le dije: ¡este hombre está condenado!... y Luis, morado de los esfuerzos que hacia por contener la risa, se salió del salon para no reventar allí mismo.

P... y M... afectaban la mayor seriedad, y mi madre le preguntó por el carácter de su mujer, y dijo:

—Era mi Basilisa una bendita, un ángel... aunque cuando se enfadaba tenia muy mal genio; pero ella misma, por no molestar á los demás, se solia arañar á sí misma.

—Hubo un momento de silencio, y Luis, volviendo á entrar, le preguntó si habia estado en Guayaquil y en Quito. Entonces todos juntos le suplicamos que nos contara aquel viaje que nosotros debiamos de hacer, para darnos luz y prevenirnos en el modo con que debiamos hacerlo.

El señor Mulas, prestándose á nuestras instancias, se sonrió con satisfaccion, tosió, y enjaretó su disparatada narracion como sigue:

—Si les han dicho á Vds. que hay peligros en el viaje de aquí á Quito no tienen razon, porque no les ha de suceder á Vds. precisamente lo mismo que á mí, que desde aquí á Guayaquil, en vez de tardar quince dias tardé un mes, y aunque no sobrevino mas que un corto temporal que duró solo dos horas, naufragamos y yo me salvé en una tabla: estos huracancillos en el Pacífico no acontecen sino en esta época del año, pero con alguna frecuencia.

—Vaya un consuelo de tripas! me dijo Luis, nosotros que mañana ó pasado nos embarcamos, eh?...

—Continuó Mulas: llegué á Guayaquil, donde hice una estancia corta; allí hay una ria; cuando crece sale de madre y se desliza sobre el malecon, que es el paseo mas bonito y mas elegante y el mas concurrido; sobre el rio se ven flotar muchas yerbas que llaman lechuguinos, y sobre algunos de ellos navegan algunas culebras, que desembarcan tranquilamente á participar del paseo general: á mí se me enroscó una en una pierna; pero yo me estuve quieto, y conociendo la dicha culebra que se habia equivocado, sin hacerme el menor daño se desarrolló y fuése, sin decirme ni una palabra.

Creo que me embarqué después para Bodegas (por este mes era, hace seis años, y como justamente es la estacion de las horribles tempestades, á pesar de que no se sale el mar... Ah! se me olvidaba una particularidad de Guayaquil; el calor es espantoso, á mediodia sobre todo. Pues señor, volviendo al rio, nada ocurrió hasta Bodegas; solo creí que me comian tantos y tan grandes caimanes como vimos nadando con la mayor desfachatez muy cerca de nuestra barca, y hubo una de truenos, rayos y centellas, que ví lo que nunca habia visto, y era, que los cabellos de nuestros indios despedian chispas eléctricas.

Bodegas me gustó mucho, porque... no tenia nada de particular, y mi corta estada allí fué divertida; en la comida por poco me envenenó con unas setas ú hongos malos, y en la cama me picó un alacran en la barriga, teniendo que estar quince dias con emplastos; parecia que tenia sarampion de tantas picadas de añifes, y dos niguas se me metieron por un talon, pero ningun jejen.—De ahí á Quito creo habrá sesenta leguas, por los peores caminos del mundo; pero son bonitos por otro lado, y hay que vestir de máscara con careta y guantes de hule; hacía mucho calor, y un frio que le hiela á uno; pero sale uno frito de la accion del sol; sin embargo, yo no hice gran caso del frio, porque no llevé mas que un pantalon blanco de hilo, y una chupa, todo blanco; verdad es que encima de todo me puse un ponchon y tenia otro pantalon de paño debajo y una chaqueta de franela; pero por lo demás muy á la ligera. Así pasé el Chimborazo, que tiene siete volcanes de aire, fuego y demonios coronados, y un dia me desmayé en un páramo; pero me auxiliaron y volví en mí, merced á un trago de ron y una lonja de jamon; en fin, breve, por no cansar á Vds., llegué á los ocho dias á Quito, asustado, molido y fuera de combate, á cobrar una herencia de un tio que resultó no dejarme nada.

La ciudad de Quito la encontrarán Vds. en medio del campo: hay casas viejas y casas nuevas; bien entendido que las casas viejas son mas antiguas que las casas nuevas, que son mas modernas que las viejas.

—¡Fuego del cielo! me dijo Luis por lo bajo, este hombre pierde los estribos.

Concluyó finalmente el elocuente Mulas con decir: hé ahí mi viaje felicísimo, comparado con las desgracias que me sucedieron al regresar, y juro por el hermoso ojo... de mi mujer que (d. h. e. s. g.) que se concluyeron los viajes para mí.

Después de los cumplimientos de estilo se retiró el señor juez.

A los pocos dias nosotros nos embarcamos para Guayaquil.

IV.

GUAYAQUIL.

Julio, 1842.

A las doce horas, y en una de esas noches americanas que el pincel del hombre no traza jamás, anclamos en la ria del puerto de Guayaquil.

Brillaba la luna en todo su esplendor, suspendida cual maravillosa lámpara de la cerúlea bóveda.

Las ondas trasparentes, cual diáfano cristal, semejaban en derredor de nuestro buque á una faja azul, sembrada de diamantes y cortada trasversalmente por toques negruzcos.

En tierra veíase una vasta pradera natural, en que formaban un campo de plata, brillantes é inmóviles, los rayos de la luna, favorecedora al par que mudo testigo de nocturnos amantes.

El malecon, el muelle y la poblacion presentaban un aspecto encantador; parecia un país de hadas, de encantamiento; esto no consistia en que fuese bonito el casco de la poblacion, que por el contrario apareció de poco mérito á la luz del dia, sino porque no existe campo, aldea ni puerto ninguno que dejen de ser hermosos, vistos á distancia y en una hermosa noche, á la claridad de la luna; ese bello astro, cuyos plateados rayos prestan á la vez nuevas y fantásticas formas á los objetos, y gigantescas sombras que producen ilusiones ópticas que se echan de menos al aspecto de la realidad.

Absorto estaba yo encima de cubierta; los demás reposaban.

Una brisa perfumada con ese olor de la tierra, tan grato para el hombre que la ve después de muchos dias de mar, llegaba hasta mí, y como á veces basta un sonido, un olor, para despertar mil recuerdos, yo tuve reminiscencias de mi mas remota infancia... pensé en mi padre, que Dios haya en su gloria, pensé en mis peregrinaciones, en mis duraderos pesares, en mis pasajeros goces, en mis amistades, en mis amores, en toda mi vida en fin, corta en verdad, puesto que entonces aun no completara cuatro lustros...

La bella aurora con sus dedos de rosa vino al fin, abriendo de par en par las orientales puertas y... ventanas, llenando nuevamente aquel mundo con raudales de luz... espectáculo que admiraba yo por la milésima vez; espectáculo que siempre presencio con nueva sorpresa, con nuevo embeleso.

Desembarcamos, fuimos alojados, y tomamos algun reposo. Diremos de aquel puerto que es el mas importante de la ecuatorial república, y capital de provincia de la audiencia de Quito; divídese en dos cuarteles, llamados Ciudad alta y baja, conteniendo unos 22,000 habitantes; hay una especie de teatro, pero sin compañía; hay una plaza de toros, edificio construido todo él de cañas bravas; hay muchas iglesias en mal estado; pero en el muelle osténtanse algunas casas elegantes y recien construidas. El comercio consiste en pescado, tabaco, ganado de asta, sombreros de jipijapa, cera, algodon, cocos, cacao, café, azúcar, etc.; pero sobre todo mucha madera de construccion de la mejor calidad: tienen allí su astillero tambien. En las playas de aquellas cercanías se encuentra tambien la cochinilla, que son unos caracolitos, de que se saca el licor para hacer los colores de grana y púrpura, y sin contar las minas de cobre, plata y oro, no esplotadas, otra riqueza poseen aun aquellas regiones, y es el árbol de la quina.

P... fué recibido en aquel país con grandes demostraciones de contento, y no le permitieron continuar su viaje sin obsequiarlo á él y á cuantos lo acompañábamos; sabian que aquel era el embajador español que iba á Quito á presentar sus credenciales al presidente Flores y á canjear tratados de paz y alianza entre la poderosa monarquía y la modesta república, alianza que hará floreciente el comercio, que á las artes dará impulso, á las ciencias fomento, y á la industria sacará de su inercia. Consideraban la llegada de P .. como el principio de una nueva era para la república; fué visitado de las autoridades y de todo el mundo.

Las señoras que deseaban visitar á mi madre, siguiendo la usanza del país, durante el dia anunciaban su deseo para la noche, por medio de un criado que llevaba una tarjeta de su señora y un regalo, que consistia en un gran plato, ó dos, ó tres de los mas esquisitos manjares; era preciso aceptar y quedar preso en casa (habia con que ir matando el tiempo!) A la noche venian las anunciadas señoras, ataviadas con lo que mejor poseian, en cintas, encajes, telas, perfumes y joyas.

Permítaseme pagar aquí un justo tributo de admiracion á la hermosura con que plugo al cielo dotar á las bellas huríes de aquel regalado suelo: las guayaquileñas son las georgianas de América; poseen además talento (natural, no cultivado); su trato es dulce y seductor; ellas son indolentes, voluptuosas, seductoras, finas y de poética imaginacion. Si para los harénes destinados al placer de los orientales sultanes buscasen beldades y odaliscas, en las playas del Guayaquil ciertamente que en nada desmerecerian de las hijas de Teflis (Georgia) ni de todas las orillas del Kur, magüer ser muy blancas estas y trigueñas las otras, con unos ojos que poseen mucho fuego y mucha luz; con trenzas que llegan al suelo cuando voluptuosamente se mecen en sus aéreas hamacas ó se columpian en sus elegantes butacas: sus fisonomías son graciosísimas, incisivas, provocadora su sonrisa, y no las encerradas en las playas de Panamá, sino las que encierran sus lábios húmedos de coral, son las mas ricas perlas.... hasta sus voces son melodiosas y argentinas... Ninguna cotilla oprime sus cinturas, ni las necesitan; harto perfectas son sus formas, que se dejan adivinar á través de sus trasparentes trajes de fina holanda, de finísimos cendales y vaporosas gasas, en las que envueltas, se asemejan á otras tantas hadas envuel-

tas entre nubes; sus pies enanos, sus cilíndricos dedos, y todo en fin es en ellas dechado de la mujer hermosa.

P... hubo de precipitar su marcha, que dando mi madre en Guayaquil conmigo para reponerse de las pasadas fatigas y prepararse para las venideras. Dos ó tres dias antes de que marchase se le dió á P... un suntuoso banquete ..

Confieso que fuimos agradablemente sorprendidos en los salones del señor Luzarraga, creyéndonos como por ensalmo trasportados á los suntuosos de Madrid, París y Londres, adornados con el mejor gusto y á la moderna: todo estaba en perfecta armonía, los dorados artesones, las arañas de cristal y oro, las lindas tapicerías, los magníficos cuadros.

No podia pedirse mejor tocante á la comida que nos dieron; en los tres servicios abundantes que todo sacaron, probamos los mejores guisos de las mas célebres cocinas conocidas: no sé cómo en aquellas regiones pudieron hallar un cocinero como aquel, que no parecia sino que el mismo Careñe (que fué el mejor cocinero que se ha conocido) se habia levantado de su tumba para dirigir aquel banquete; en él chispearon á nuestra vista, enardecieron nuestra imaginacion, abrigaron nuestros estómagos y alegraron alternativamente nuestros corazones los mejores vinos del mundo; y para no faltar ninguno, hasta bebimos aquel famoso néctar húngaro destinado á los paladares de los monarcas, el tokay, que es uno de los vinos mas caros que existen.

Los brindis que allí se propusieron, y los discursos que salieron de las bocas de aquellos americanos, que con su lenguaje florido y natural afluencia, hubo hombre que habló tres cuartos de hora seguidos, eran de ver, y de oir. . . . . .

P... que es hombre de pocas palabras y que no halla discursos mas bonitos que el *veni, vidi, vici*, de César, contestó bien á todo el mundo pero lacónicamente.... demasiado para algunos que querian sacarle sus intenciones respecto á quién de entre ellos (que ninguno fué) seria el elegido por él para cónsul español de Guayaquil; y así habia sus intriguillas, porque hombre habia que hubiera dado un dedo del pié y aun de la mano con tal de ver ondear en sus balcones el pabellon hispano... Pero alto ahí, que insensiblemente me estraviaria en una digresion política.

P... partió pues, y mi madre permaneció un mes mas en Guayaquil; yo con ella. Nos visitaban diariamente algunos españoles, la mayor parte ancianos; pero uno sobre todo, jóven aun, llamado el coronel Miranda, nos proporcionó ratos muy amenos por su amabilidad y su talento. Era literato y poeta, sabia á Quevedo de memoria, y nos hacia reir con sus chistes: nosotros tambien le hicimos reir al referirle el viaje á Quito del señor Mulas, viaje que el mismo señor Miranda hiciera mas de dos veces, y que á instancias nuestras nos narró del modo siguiente (y forma un gran contraste con el discurso del señor Mulas):

—Señora, dijo dirigiéndose á mi madre, con mucho gusto la enteraré á V. de lo que es esta América meridional, y de su itinerario de V. en este viaje hasta Quito, que será la meta, y por donde principiaré, porque el modo mas pronto de acabar es el de comenzar por el fin.

Nuestra república del Ecuador divídese en ocho provincias, y Quito es la capital de la misma y de toda la república, situada por cierto en un deliciosísimo valle, elevado unas 1480 toesas, al nivel del Canigú (pico que como V. sabe es uno de los Pirineos en Europa).

Quito posee una concurrida universidad, algunos edificios buenos, y palacios; su vecindario se compone de unas 70,000 almas; esta es la ciudad que ocupa el primer lugar entre las mas antiguas de Colombia. Era un reino de los Incas, y un español llamado D. Diego Almagro obligó al Inca llamado Manco á someterse al rey de España; si mal no recuerdo, la historia cita la fecha de este suceso el dia 6 de enero del año 1537. Es aproximadamente lo que puedo decirla á usted tocante á Quito, donde verá V. restos de suntuosos edificios y casas muy viejas; con todo, hay de poco tiempo á esta parte otras del gusto del dia.

No espere ver allí ni teatros, ni cafés, ni periódicos (la Gaceta del gobierno y se concluyó): hay muchos frailes, y los habitantes son muy afables; allí nunca se ha visto un coche; pero en cambio tanto las mujeres como los hombres montan á caballo como unos centauros.

(Continuará.)

PEDRO DE PRADO.

EL POBRE LAZARO.

Andaba Lázaro en Mósteles
á puros ayunos lánguido,
y quiso llenar su estómago
del indispensable fárrago.

Pidió la mano de Mónica
por aficion al metálico,
y donde pensó ver águilas
halló solamente pájaros.

¿Por qué de su suerte pícara
reniega el pobre gaznápiro,
si ya en la pila pusiéronle
Lázaro, Lázaro, Lázaro?

«Dame de comer, estúpida,
(decia armando un escándalo),
mira que soy de hombres célebres
vástago, vástago, vástago!

Y no pudiendo, paupérrima,
corresponder á este cántico,
la daba, con mano pródiga,
látigo, látigo, látigo.

Se retiraba colérico,
la paz firmaba en el tálamo,
y se levantaba el mísero
pálido, pálido, pálido.

Porque era su temple frígido
y helado como un carámbano,
y era de Mónica el ímpetu
cáustico, cáustico, cáustico.

Y si él decia, pacífico,
tácito, tácito, tácito,
le replicaba con ínfulas:
rápido, rápido, rápido.

Y como tras de las réplicas
venian momentos plácidos,
dábale el cielo en su cólera
zánganos, zánganos, zánganos.

Mil veces el antropófago
lloraba como un Heráclito
por no haber carne ni líquido
báquico, báquico, báquico.

Si para el domingo próximo
fundaba esperanzas, cándido,
se le frustraban el último
sábado, sábado, sábado.

Bien para lucir, gastrónomo,
quisiera ser archi-pámpano,
ó tan siquiera en lo clérigo
diácono, diácono, diácono.

Mas Mónica en lazo cónyuge
le dió un enjambre satánico,
sin dar para sus mandíbulas
rábanos, rábanos, rábanos.

Siendo cero en lo científico,
siendo en las letras un bárbaro,
sin ser en el arte bélica
táctico, táctico, táctico.

Tomó su trabuco intrépido,
y fué en los desiertos páramos
el mas atroz y carnívoro
vándalo, vándalo, vándalo.

A cuantos halló, malévolo,
dijo con aire magnánimo:
«si tienes oro, magnífico,
dámelo, dámelo, dámelo.»

Ellos lo daban con lágrimas
entre sí diciendo estáticos:
¡así te picara un pérfido
tábano, tábano, tábano!

Hasta que el anzuelo rígido
le prendió, de un juez seráfico,
que le dijo: ¿tienes débitos?
págalos, págalos, págalos.

Y en recompensa á sus crímenes
le puso el verdugo impávido,
para apretarle las vértebras,
cáñamo, cáñamo, cáñamo.

Mucho sufrió luego su ánima
que os dijera, voto á chápiro;
mas por no cansar al prójimo,
cállolo, cállolo, cállolo.

J. M. VILLERGAS.

MARIA DOLOROSA.

¿Así guardas tu fé? ¿Con tu embajada
Eso ofrecias, triste mensajero,
Cuando anunciaste el gozo al mundo entero
Y bendita por tí fuí saludada?
Tú, de Dios inmortal viva morada,
Entonces me llamaste... Mira empero
Muerta mi vida, y con agudo acero
En partes mil el alma traspasada.
Tales voces María daba al cielo
Cuando vió alrededor del leño santo
A Gabriel agitar su tardo vuelo.
Y tres veces el ángel entre tanto,
Sin poder dar á la infeliz consuelo,
Hablar queria, mas le ahogaba el llanto.

BUENAVENTURA CARLOS ARIBAU.

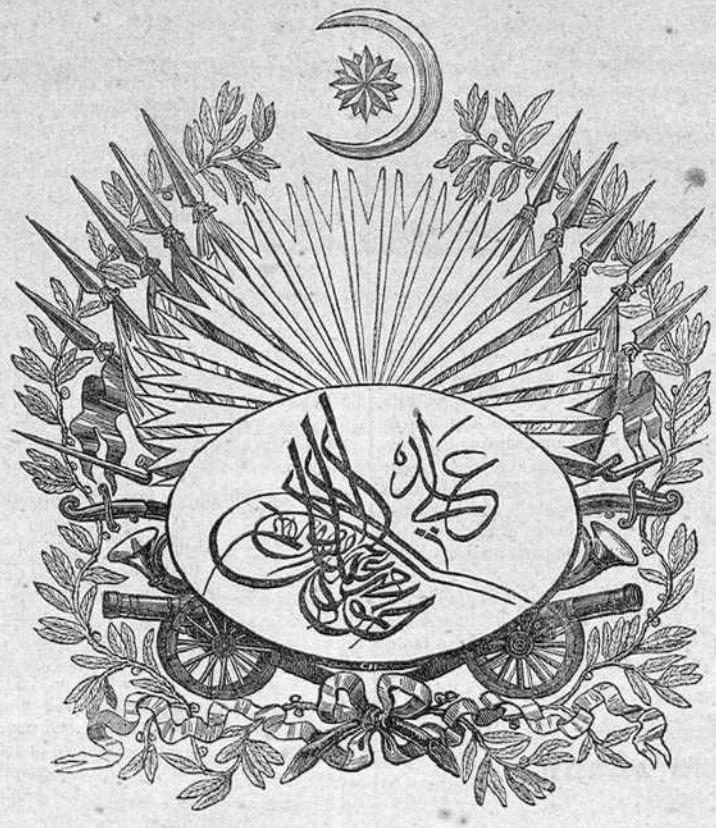
ANALES ILUSTRADOS
DE
LA GUERRA DE ORIENTE.

Con este vasto trabajo que LA ILUSTRACION ha emprendido, nos proponemos pagar un tributo á los graves acontecimientos de que va á ser teatro el imperio otomano; acontecimientos que pueden ser el punto de partida de otros que nos afecten mas de cerca, y responder cumplidamente á la ansiedad del público, al vivo deseo que le anima de saber á fondo todo lo que tiene relacion con el formidable problema planteado por la mision á Constantinopla del príncipe de Menschikof. Solo con el auxilio de un diario político de las condiciones que reunen LAS NOVEDADES y de una revista pintoresca como LA ILUSTRACION, podriamos, combinando ambas publicaciones, satisfacer la ansiedad de nuestros lectores, comunicándoles dia por dia los sucesos, esclareciendo la cuestion política, las causas que hace mas de un siglo vienen preparando la esplosion, describiendo las magníficas comarcas comprendidas en los dos imperios, completando la relacion de los acontecimientos con sus detalles de razas, de costumbres, de creencias, de religion y de instintos, que son el comentario vivo y dan la razon analítica de un antagonismo de cultos y de nacionalidad largo tiempo comprimido, pero que ha llegado al fin al último grado de efervescencia y de ódio recíproco.

Contamos con buenas fuentes para adquirir datos sobre la cuestion íntima del imperio otomano y del imperio ruso, para poder juzgar sus pasiones, sus preocupaciones, sus costumbres, y por consecuencia las diferencias que tan profundamente conmueven á la Europa. El trabajo que vamos á emprender puede dividirse en dos partes: esencialmente política la que llevan LAS NOVEDADES; esencialmente pintoresca la que está encomendada á LA ILUSTRACION: la primera será tan avanzada y completa como la que mas; la segunda dejará en pié pocas dudas, relativamente á las costumbres misteriosas, á las nuevas evoluciones, el estado singular de transformaciones del Oriente y de la Rusia, y ambas, estamos seguros de ello, serán una guia completa del curso de las cuestiones actuales.

Se trata de escribir y de dibujar, de hablar á los ojos, de apoderarse de la memoria, y de fijar las ideas por las imágenes. Para realizar este proyecto nos hallamos en una situacion enteramente especial; nadie como nosotros puede trasmitir rápidamente las novedades y hacer desfilar á la vista de los lectores, hombres, tipos, monumentos, poblaciones, escenas de costumbres, escenas militares, escenas marítimas, mapas, planos, en una palabra, toda la cuestion de Oriente, hombres y cosas, tomando forma y cuerpo con una exactitud que se acerque á la verdad.

Nada economizaremos para el lucimiento de este trabajo, que no nos toca á nosotros recomendar, y que por otra parte esperamos que se recomiende á sí mismo; pero lo que sí haremos notar es, que semejante empresa, en la cual entran un diario político y una revista ilustrada, no requiere del suscritor mas desembolso, y requiere menos en provincias que el de cualquier otro periódico político de Madrid.



Madrid.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo 26.



HOTEL DE VILLE DE BRUSELAS.

ANTIQUÍSIMO MONASTERIO DE SAN MARTIN.

La tercera casa de religiosos agustinos que hubo en el reino de Valencia fué la de San Martin, fundada por San Donato ó sus discípulos el año de 484, entre Sagunto y Cartagena, en la costa del mar, á una legua de la ciudad de Denia, en jurisdiccion de la villa de Jábea, en un áspero y fragoso desierto, llamado en tiempo de los romanos Promontorio de Ferraria, segun Estrabon, por las ricas minas de hierro que se beneficiaban en sus contornos, despues cabo de San Martin, y hoy cabo Martin.

El citado monasterio fué muy célebre: escribieron de él: Juan Vasco en la *Crónica de España*, página 677: Mariana en la *Historia* de id., libro V, capítulo XIII: el maestro Maluenda en el libro VII de *Antecristo*, capítulo XVI: Ambrosio de Morales en su *Historia de España*, libro XI, capítulo LX: Esteban de Garibai en la suya, libro VIII, capítulo XX: el licenciado Escolano en la de *Valencia*, libro VI, capítulo XIV: el Maestro Diago, libro V de los *Anales de Valencia*, capítulo VIII y IX: el maestro Marquez en el *Orígen de la órden de San Agustin*, capítulo XII, párrafo 6.°, y el maestro Herrera en el *Alfabeto Agustiniano*, fólio 103.

Sirvió de refugio á San Hermenegildo, cuando por haber abrazado la religion católica fué perseguido y buscado por los soldados arrianos de su padre el rey godo Leovigildo.

Gregorio Turonense lo refiere con estas palabras: «Entendido habemos lo que poco há aconteció á las Españas yendo el rey Leovigildo contra su hijo, y embistiendo gravemente su ejército, como suele á los lugares sagrados: habia un monasterio de San Martin entre Sagunto y Cartago la Espartaria: y viendo los monjes que habia de dar consigo este ejército cruel por haber dado albergue á San Hermenegildo, pónense en huida y escóndense en una isla de mar, dejando á su anciano y viejo abad en el monasterio: llegando los godos á él y saqueando sus bienes, que habian quedado sin guarda, se encuentran con el abad, corvado ya de viejo, pero levantado por su santidad; y uno que desenvainó la espada con ánimo de cortarle con ella la cerviz, dió consigo boca arriba en tierra y quedó muerto, y los demás, visto esto, huyeron, y llegando á oidos del rey mandó con grandes veras se le restituyese al monasterio todo lo que le habia quitado.»

Trascurrido el año de 713, los moros destruyeron y arruinaron completamente el de que tratamos, y así subsistió hasta que varios ermitaños devotos de la religion de San Gerónimo levantaron y edificaron otro por los años 1374; pero duró muy poco, porque los corsarios de Berbería le destrozaron en 1386, llevándose á los monjes cautivos, quienes fuéron rescatados por D. Alonso de Aragon, conde de Denia, duque de Gandía y señor de toda aquella costa, á cuyos religiosos, para que viviesen mas tranquilos, les labró otro monasterio, que hasta nuestros dias ha permanecido en uno de los parajes mas deliciosos de las inmediaciones de la segunda de dichas ciudades.

Nosotros, al recorrer hace tres años por mar y por tierra los

cabos Martin y de San Antonio, en compañía de varios de nuestros queridos amigos de Denia, tuvimos la satisfaccion de contemplar los vetustos paredones del monasterio que describimos, los cuales forman parte de una ermita que no tiene el menor mérito artístico, por cuyo motivo no sacamos una vista de ella.

REMIGIO SALOMON.

MI VIAJE

A LA REPUBLICA DEL ECUADOR.

(Conclusion.)

En sus cercanías se divisa la montaña Pichincha, una de las mas grandes de la cordillera de los Andes—el Cayambé—el Antisana—y el Cotopaxi. Verá V. Otávalo, industriosa ciudad que cuenta 16,000 habitantes con fama de hermosos, y Latacunga de 17.000 almas; y verá V. Riobamba de 20,000, y Ambato muy cerca del *Chimborazo*, montaña que en el nuevo mundo cuenta solo cuatro que le superen en elevacion, que son los picos nevados de Sorato é Illimani—y los dos volcanes Aconcagua y Gualatieri.—A Cuenca verá V. tambien, capital de provincia de 20,000 habitantes, y á 30 millas se distingue el famoso páramo de Asuay, el sitio mas peligroso por donde pasará V., señora (allí se desmayó el señor Mulas, á pesar de su apellido).

—Perdone V., coronel, repuso mi madre, que le interrumpa; ¿en qué consiste el peligro de ese formidable páramo?

—Ha de saber V., señora, que en la cordillera de los Andes hay nada menos que 97 volcanes en actividad!

—¡Qué asombro!

—Y junto al páramo en cuestion hay uno de aire tan terrible, que cuando mas en calma está, á ciertas horas sabidas por la mañana y únicas en que por él se atraviesa, con todo es tan recio el viento, y su zumbido tan atroz, que para hablar entre sí las personas que van untas, han de gritar con toda la fuerza de sus pulmones.

Los desgraciados que, ignorantes ó temerarios... se han aventurado á pasar por allí fuera de aquellas horas sabidas, han sido víctimas, y arrebatadas por el aire recuas enteras de caballerías, cuanto mas las personas: y no vaya V. á creer que esto sea hipérbole.—Este, aunque riguroso, corto paso, no le resisten todos sin esperimentar algun vértigo; pero no se asuste, y coma algun pedazo de fiambre, bebiendo algun licor espirituoso, aunque no lo tenga de costumbre; ese aire es muy frio; de modo que es necesario abrigarse, y los rayos del sol por otra parte queman é inflaman la piel, de modo que para evitar su contacto hay que usar guantes de hule, una corbata, y un antifaz con cristales pequeños para ver por ellos.

—Y pasado este, ¿los demás caminos qué tal son?...

—¡Caminos, señora mia!.. no los llame V. tales... es el cáos!—Aconséjola que jamás se apee de la mula, que será del pais, y que la sacará á salvo de todo peligro. Si yendo á pié no pisare V. precisamente la huella del indio ó guia que la precediese, en aquel terreno que mas igual y mas verde le pareciese, corria V. riesgo de hundirse hasta el cuello en un pantano traidor. Otras veces hallará V. pendientes muy rápidas y resbaladizas, como si fuesen de hielo, guay! Si se apea V., deje que la mula casi sentada sobre las ancas se deslice, patinando materialmente; después tendrá V. varios saltos, el del sargento, v. g., que es una elevada peña formando de repente un escalon de seis pies de altura, y las mulas, que allí son como cabras, saltan con carga y todo; vayan ellas bien aparejadas y cinchadas; V. agárrese bien y no tema, y vaya V. bien prevenida y enterada de todo lo que ocurre, á fin de que no la coja de sorpresa ni se asuste dando á las cosas mas importancia de la que debe... Además...

—¡Todavía hay mas, amigo mio!...

—Un rio que vadeará V. mas de diez veces en un solo dia, el rio Marañon; tiene su orígen del lago Guanuco, en el Perú, donde se llama el rio de las Amazonas (1); recorre un curso de 1100 leguas.

—Ya veo yo, dijo mi madre, que el Chagres es un arroyo. ¿Y el Marañon es siempre vadeable? ...

—A eso iba: una vez habrá V. de pasarlo en unas máquinas llamadas *taravitas*... figúrese una viga clavada en el suelo y bastante elevada, de cuya estremidad alta sale un cable atravesando el rio y sujeto á otra estaca, pero mas baja, fijada en la opuesta orilla; pues bien, de dicha maroma cuelga una canasta ó cosa parecida, en la cual entrará V. y será despedida del otro lado como un rayo.

(1) Este rio está en la Nueva Granada, y no hay que pasarlo para ir á Quito, en este camino.

—¿De modo que, pobre de mi, allá iré por la cuerda como un cohete á la congreve?...

—Ni mas ni menos, já já já!! pero nunca suceden desgracias.

—Bien: pues el señor Mulas me habia callado todas esas lindezas. (El señor Miranda rectificó luego esta noticia diciendo que era una broma suya, pues como digo en la anterior nota, etc.)

—Seria por no asustarla á V.

—Me gusta la aprension! siquiera V. no me anuncia temporales á cada momento, cabelleras negras brotando fuego; caimanes prometiéndole á uno comerle, ni culebras que equivocadamente le abrazan á uno y se van sin decir esta boca es mia; ni alacranes punzándole á uno el estómago; ni jejenes, ni higuas, ni qué sé yo qué otras baratijas...

—Y para que aun se consuele mas, señora, continuó Miranda, la aviso que cuanto mas se aproxime á Quito menos insectos hallará, y en Quito ninguno.

—¿En qué consistirá? ¿Y justamente debajo de la misma línea?

—Probablemente en la proximidad de los Andes, cuyas cimas estan coronadas de eternas nieves, hasta las que se hallan en las regiones de la zona tórrida; y no hay nada en el mundo tan ameno como el valle de Quito, donde reina una eterna primavera, en donde los árboles jamás se desnudan de sus verdes hojas, ni de su lozanía los campos, ni en parte alguna del orbe tienen los animales tan ricas pieles ni plumajes, ni hállanse con abundancia tanta. El caballo, el carnero, la cabra, el buey, el gato y el perro han sido aquí naturalizados, y se han multiplicado sin degenerar en toda América. En sus bosques hay muchos ciervos, llamas, guanacos, monos, hormigueros, tigres y otros mil, culebras de toda especie, y algunas de una magnitud fabulosa.

Interminable seria nombrarla á V. (ni yo podria) las muchas plantas y pájaros de este pais. Entre las aves son notables la magnífica familia de los *colibrí*. Los pájaros-moscas, cuyos resplandecientes colores rivalizan con los de las mas hermosas flores y las mas relucientes piedras preciosas. Los *tocugares*, de preciosísimo plumaje; los *guacamayos*, los *papagayos*, los *periquitos*, y otras mil especies de riquísimos colores, y cuyo canto se deja oir desde por la mañana hasta por la noche en aquellos bosques donde existen los mas corpulentos árboles y las mas exóticas plantas. Hay la *yuca*, *casabe*, *arroz*, *sagú*, *maiz*, *trigo*, *caña de azúcar*, *café*, *banano*, *cacao*, *algodon*, *vainillas*, y especias como la canela, azafran, nuez moscada, muchas drogas medicinales, y en primer lugar el árbol de la quina, que produce una fruta como una almendra; el sen, el ruibarbo, etc. Guárdese de un arbusto llamado *guáo*, cuya sombra mata. Frutas encontrará V. todas las mas sabrosas: cocos, piñas, naranjas, ananas (ó piña de Indias), plátanos, zapotes, guayaba, papayo y albaricoques grandes como pequeños melones, y cien otras no menos sustanciosas y aromáticas. Si son las mares, hállanse pobladas de los mayores peces, y en los rios hay tortugas colosales.

—¿Y este territorio de la América meridional, dijo mi madre, es muy estenso?

—De anchura tiene 1200 leguas y 1600 de largo; una superficie de leguas cuadradas de 1.954,506. Y para concluir, señora, hablando de las dos Américas en general, puede sin exageracion decirse que es la parte del mundo en donde se encuentran las mas ricas y abundantes minas de hierro, cobre, plata, platina, oro, asfalto, azogue, plomo, mármoles, azufre, zafiros, rubíes y diamantes, y á mi entender, á esta gentil América una cosa sola le falta para ser infinitamente superior á la caduca Europa, y esta llegará: ¡su civilizacion!

Calló el señor Miranda, después de manifestar que habia hecho su bosquejo: mi madre le dió las gracias, asegurándole que mas que bosquejo era un bonito cuadro ejecutado con una paleta bien provista de hermosos colores, manejados con un diestro pincel de mano maestra.

—A mi vez digo yo ahora al lector, que si le ha agradado el discurso del señor Miranda, puede darle conmigo las gracias, por cuanto que sin él no hubiera disfrutado de su lectura, pues por motivos legítimos yo no pude pasar de Guayaquil; tuve pues que regresar á España con el sentimiento de ver á mi madre marchar sin mí á Quito.

Aquí debe empezar la segunda parte de esta obra, bajo el título de *Vuelta de viaje*, la que prometo escribir con mas amplitud si á ello me animara el ver que merecia una acogida benévola, muy particularmente por las personas á quienes dedico el ensayo de esta parte primera.

PEDRO DE PRADO.

LA CAZA PARA LOS NIÑOS.

ÚTILES É INSTRUMENTOS.

Los útiles é instrumentos necesarios para preparar la caza de los pájaros, independientemente de la liga, los lazos, las redes, las batallas y demás útiles de que hablaremos mas adelante, son una podadera, un cuchillo, un cortaplumas, unas tijeras y una especie de vara de cuero para golpear las ramas de los árboles, para aguzar las varetas y preparar los cebos y lazos; una maza y muchos hierrecillos para hondar la tierra, fijar las estacas y tender las redes y lazos; bramante, hilo gordo, seda ó alambre muy delgado para hacer cien nudos, y los lazos, reclamos ó silbatos de diferentes voces para imitar el canto de diversas aves; *espantajos* ó pájaros de paja puestos en la punta de un palo, que se agita para atraer á las aves; muchos pájaros enjaulados ó atados de una pata, que estan ya instruidos en cantar, saltar y revolotear, para hacer venir á otros; en fin, una caja de carton para guardar los reclamos, las cerdas, los bramantes y demás útiles é instrumentos; una bolsa de lienzo blanco, forrada de hule para meter las varitas, y una jaula con varias separaciones para encerrar la caza.

LO QUE SE LLAMA PIPER.

Se llama *piper*, producir por medio de una hoja que se mete en la boca, un ruido que semeja el grito lastimero del mochuelo ó del buho; porque la mayor parte de las aves, que tienen una antipatía profunda á estos animales terribles que se aprovechan de su sueño para atacarlas y llevar la ruina á sus nidos, se apresuran á salir del apuro en que creen encontrarse, y á llamarse unas á otras para atacarles y tratar de vengarse.

LO QUE SE LLAMA RECLAMAR.

Se llama *reclamar* tocar con destreza, ó con la mano ó con un instrumento ó máquina, procurando producir un grito que imita el de alarma de algun ave del campo ó de los bosques para llamar á los pájaros vecinos, ó mas bien un ruido que realmente no se parece á nada, pero que escita la curiosidad de las aves de toda especie, y las obliga á acercarse para satisfacerla.

CAZA CON LIGA.

Se llama *cazar con liga* disponer en el campo, en los bosques ó en las orillas de los arroyos, unas varitas muy delgadas, mas ó menos largas, untadas con liga, puestas en el sitio por donde han de pasar las aves, para que las toquen con las patas ó con las alas; la liga que las cubre se pega á sus plumas é impide su movimiento; no pueden correr ni volar, y se las coge fácilmente.

Hay diferentes maneras de cazar con liga, ya estendiendo simplemente, como acabamos de decir, las varetas en el campo á la entrada de los bosques ó las orillas de los arroyos, ya colocándolas en un árbol, cuyas hojas se han arrancado, lo que se llama *cazar en el árbol;* ya poniéndolas en las encrucijadas y cercados de los caminos, lo que se llama *cazar envaretando las zarzas;* ya por último, colocándolas en los sitios á que generalmente vienen las aves á beber, lo que se llama *cazar envaretando los abrevaderos.*

QUITAR LA LIGA Á LAS AVES.

Para limpiar las plumas de las aves que han caido en la liga, se empolva la pluma con ceniza y salvado, pasados por tamiz, y se deja al pájaro una noche en este estado; al dia siguiente se mojan las plumas que estan manchadas con las puntas de un plumerito, y se vuelve á dejar el pájaro otro dia en este estado, y al siguiente se untan las plumas con una mezcla de manteca y tocino, y á las pocas horas se lava el pájaro con agua templada, se le seca con un paño á propósito, y se queda enteramente limpio.

CAZA DEL CUERVO.

Se puede emplear la liga de una manera muy diversa para cazar á palos los cuervos en tiempo de nieve. Se hace una porcion de cucuruchos de papel, que se dejan abiertos, y se llena de liga los bordes interiores, teniendo cuidado de meter en cada uno un pedazo de carne cruda; en seguida se colocan derechos en medio de la nieve, en los campos inmediatos á la estancia de los cuervos, ó se les sujeta muy poco á los árboles que ellos eligen generalmente para posarse. El cuervo al ir á comer el cebo que está en el fondo mete la cabeza en el cucurucho enligado, que se pega á su pluma, y como no vé se eleva de repente para tratar de quitárselo; pero todos sus esfuerzos no hacen mas que pegar mas el cucurucho en que tiene metida la cabeza, y al momento vuelve á caer en tierra para buscar otro medio de librarse. Entonces se puede correr para cogerlos con la mano ó matarlos á palos. Pero es preferible coger desde luego algunos vivos, porque entonces se les ata en el campo á una estaquita, y sirven para llamar á los demás.

Es inútil decir que este medio de cazar, aunque indicado especialmente para los cuervos, se puede emplear con buenos resultados en la caza de otras aves, teniendo cuidado de poner otra clase de cebo en los cucuruchos.

CAZA CON REDES Y LAZOS.

Para la caza con lazos y redes se emplean hilos gordos con las puntas de seda, crines, bramantes ó alambre muy delgado, con los que se hacen nudos corredizos, simples ó dobles, sueltos ó fijos en la tierra, segun la clase de aves que se quiera coger, y se tienden todas estas redes ó lazos en los parajes que ellas frecuentan, para que se prendan al pasar.

Se llama *cazar con lazos fijos*, cuando se colocan en la tierra, atándolos por las estremidades á los troncos de los árboles ó las zarzas de los cercados, ó á estaquitas que se clavan en las regueras de los caminos, ó en los surcos de los sembrados: y *cazar con lazos colgados*, cuando se suspenden los lazos en el aire entre las ramas de los árboles, en los bosques, en los setos, en las viñas, después de haber puesto en su interior cebos, como uvas, cerezas, grosella, ú otras frutas á que las aves son muy aficionadas.

CAZA CON REDES.

Hay un modo de cazar con redes, que consiste en tender en el aire, en los parajes ordinariamente frecuentados por las aves, y sobre todo en las arboledas, redes sencillas ó dobles, débilmente sostenidas por medio de palos movibles, fijos en las ramas vecinas, con frutas colgadas en medio; otras veces estas redes estan sujetas mas bajas entre las zarzas ó los árboles pequeños. El ave, al pasar con mucha ligereza para coger la fruta, toca á la red, que cae y la envuelve, y esto es lo que se llama caza.

Los otros modos de cazar son con redes de *perdices* y *codornices*, y otra porcion de útiles, que todos ellos consisten en redes de diferentes construcciones, que se tienden en los campos ó se sujetan á estacas movibles, que se caen al mas ligero choque, que se arroja sobre las aves como un esparavel sobre los peces, y que se tiende del mismo modo que las de los rios. Pero la caza con red mas importante, mas usada y menos cansada, es la caza *de chirion*, que consiste en dos grandes sábanas de redes, que se tienden en los campos por medio de estacas; en medio de estas redes se ponen moscas, aves de reclamo y toda clase de cebos, y que se recogen con ligereza sobre las aves que se acercan al cebo por medio de una cuerda larga, cuya estremidad llega hasta el sitio en que está oculto el cazador.

CAZA CON ESPEJUELO.

El espejuelo es un instrumento que todo el mundo conoce, de que se sirve el cazador para atraer las aves á la vid, y que se llama generalmente *espejuelo para alondras*, porque sirve especialmente para cazar á estas aves. Los rayos del sol, dando sobre el espejuelo, que está en continuo movimiento, y reflejándose á lo lejos, escitan la curiosidad de las alondras, que se apresuran á bajar, y vienen á contonearse delante del espejuelo, que está colocado en medio de una red, que acabamos de designar con el nombre *de chirion*, y que se cierra de pronto sobre el ave curiosa.

Hay espejuelos que se menean como una péndola, y su movimiento dura una ó dos horas; pero generalmente los de esta especie son mas propios para cazar con escopeta, porque este espejuelo sigue moviéndose aun después de haber tirado el cazador, y á pesar de la detonacion hace venir inmediatamente otras alondras, á que puede tirar de nuevo. Pero para la caza con red, cuando la alondra baja cerca de él, y está luchando con la incertidumbre y el deseo de acercarse mas, lo que es necesario, porque la red no llega tan lejos como el tiro, es importante detener el movimiento de rotacion del espejuelo, y por último pararlo del todo cuando la red está sobre la cabeza de la primera alondra, porque seria muy perjudicial atraer mas alondras para no poder cogerlas, y que se alejarian para no volver mas. Esta es la razon por qué en la caza con red es preferible hacer girar el espejuelo por medio de un doble bramante metido en una anilla atravesada por un hierro que la sostiene, y que le hace girar de lejos á voluntad del cazador.

CAZA CON LAZOS Y TRAMPAS.

La descripcion de las numerosas clases de lazos seria demasiado

larga para nuestro propósito. Indicaremos solamente los nombres de aquellos que pueden usar los niños sin inconveniente y sin peligro.

De este número son: *el lazo batiente*, *el lazo doble*, *el lazo sin fin*, *el lazo esférico*, *el lazo de mimbre*, *el de cifra*, para la caza llamada *de hoyuelo*: todos estos medios no necesitan mas que poner los instrumentos en los sitios frecuentados por las aves, é ir de cuando en cuando á ver si ha caido alguna pieza.

La *caza con brea*, *con raqueta* exige mas cuidado, una presencia mas continua, y ofrece mas dificultades en su ejecucion; pero creemos haber dado suficientes detalles de las demás clases de caza que pueden distraer á los niños, y terminaremos haciendo una reseña de la caza de noche, y de la caza general, que se llama establecer un ojeo.

CAZA DE NOCHE.

La caza de noche, que es la mas distraida y mas fácil de ejecutar, es la que se llama la caza *con red llamada rafiá y la antorcha*. Se hace por cuatro personas en las noches muy oscuras, con una red de malla de doce á quince piés de larga y diez de ancha. Dos de ellas llevan la red; se colocan, tendiéndola al través, al fin de un soto en que se cree que hay pájaros; una tercera persona con *una antorcha* encendida á veinticinco ó treinta pasos de los que tienen la red, y en la



misma direccion de la estension del soto; la cuarta, por el contrario, va á colocarse con un gran palo á la estremidad del soto, y cuando está tendida la red se adelanta lentamente á lo largo del soto golpeando de cuando en cuando las ramas con el palo: las aves que se despiertan, y que mas que todo se asustan con el ruido, se dirigen por el lado de la luz, que toman por el sol que nace, y caen en la red. Es preciso tener cuidado de no encender la antorcha hasta el momento que el cuarto comience á golpear las ramas.

CAZA CON REVERBERO.

Hay aun otro medio de atraer á las aves por la noche, pero que es aplicable con especialidad á las aves acuáticas. Es el que se llama *cazar con reverbero*. Consiste en atar por la noche á un árbol un caldero bien limpio ó cualquiera otra pieza de cobre de figura cóncava, y de poner en el suelo, á algunos pasos de distancia, por lo mas ó menos á igual distancia del árbol y del rio, una palancana llena de aceite, y en ella se encienden muchas mechas. Las aves acuáticas á la vista de una cosa nueva, que toman sin duda tambien por la salida del sol, con que tiene mucha semejanza este reflejo, se acercan á la orilla, segun su costumbre así que sale el sol, y entonces son cogidas en los lazos, las redes y demás trampas que estan colocadas á las orillas.

EL OJEO.

En general se llama disponer *un ojeo*, preparar en los bosques un sitio conveniente para hacer una caza general, en la que ponen á un tiempo en uso todos los medios que hemos indicado separadamente, los cebos, los reclamos, las hojas para imitar el chillido del mochuelo, los instrumentos para remedar el grito de alarma, los espejuelos, la liga, las trampas, los lazos y las redes.

Esta clase de caza se hace generalmente á la entrada de un bosque inmediato á una llanura, antes y después de ponerse el sol, porque entonces las aves estan continuamente entrando y saliendo, mientras que á las nueve y media estan dispersas por la llanura, á las tres se dejan ver poco por efecto del gran calor, y al anochecer se dirigen directamente á sus nidos, sin detenerse en la entrada del bosque.

Se pueden emplear otros mil medios distintos en esta clase de caza, como son: hacer surcos en la tierra para poner lazos, trazar avenidas y sotos en que tender las redes, cortar algunos árboles y arbustos para poner las varetas, y formar un sitio ó cabaña de follaje para esconderse, con pequeñas ventanas para poder estar siempre mirando los diferentes lazos y redes.



Todas estas precauciones dependen de la inteligencia ó de la mayor ó menor paciencia de los cazadores; pero es un medio que da muy buenos resultados, que está al alcance de todo el mundo, y que recomendamos sobre todo á nuestros jóvenes amigos para asegurar los resultados de la caza: pero en el ojeo, como los demás medios de la caza de aves, hay que observar siempre el mayor silencio.

MARTIN DE ARANDA.

NOVELA ORIGINAL,

DEDICADA

AL SEÑOR D. ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS,

POR

PABLO GAMBARA.

I.

RETRATO DE FAMILIA.

Acababan de sonar las diez en el relój de San Juan de Dios, y la noche, que hasta entonces habia sido oscura y fria, comenzaba á

deshacerse en agua. El invierno no habia llegado aun; pero es sabido que el clima de Madrid es mas caprichoso que el carácter de una coqueta, y las estaciones se distinguen en él frecuentemente solo porque el calendario las anuncia.

En el piso tercero de una casa situada en la calle del Niño se hallaban reunidas varias personas, guardando un silencio rara vez interrumpido. Antes de ocuparme de ellas, me permitirán mis lectores hacer la descripcion del cuarto, lo cual dará mas colorido á sus fisonomías.

Era una pieza cuadrada, con el techo de bovedillas y un poco abuhardillado, sin papel ni pintura alguna en las paredes, de las cuales pendian algunos cuadros religiosos, muy mal grabados, y en el testero principal, encima del sofá, un cuadro al óleo representando á una señora en traje de maja, que era sin duda un retrato de familia. El sofá y las sillas eran bastante antiguas; brillaban mucho sus palos, gracias al aceite con que las charolaba el ama de la casa, sin piedad de los vestidos de las personas que en ellas hubieran de sentarse. A la derecha de la habitacion se veia una mesa con adornos de metal, y sobre ella, entre dos candeleros de cobre, adornados con bujías amarillentas de puro viejas, se destacaba una urna de cristal con un San Juanito de cera; enfrente de la mesa, y haciendo juego con ella habia una cómoda de pino, tambien con adornos dorados, y sobre la cual un gran reloj de sobremesa estaba parado hacia cinco ó seis años en las cuatro menos cuarto.

El suelo estada cuidadosamente encerado y cubierto en algunos sitios con felpudos de esparto. Las puertas, que eran vidrieras, bastante desiguales por cierto, lucian cortinillas de tafetan verde. La caja de madera sin pintar que encerraba el brasero, cubierto con su fuerte y dorada alambrera, encantaba por su limpieza. Toda la habitacion respiraba esa atmósfera fresca y tranquila, ese olor de limpieza, digámoslo así, que nos sorprende en las casas de ciertos eclesiásticos.

En el momento en que comienza mi relacion, dos señoras ancianas, flaca y alta la una, y baja y rechoncha la otra, se entretenian en hacer calceta. Junto á la mesa y á la luz de un velon agonizante, una jóven como de diez y ocho á veinte años, hermosa como un ángel, pero algo ajada por el trabajo, cosia una camisa de finísima tela, y un anciano de sesenta á setenta años de edad, bajo de estatura, encorvado y sosteniéndose sobre un baston de caña con puño de marfil en forma de muleta, paseaba la habitacion. El rostro de este anciano, ovalado, seco, de nariz saliente y barba aguda, de labios fruncidos y ajados, y de ojos redondos, pero vivos, parecia en este momento agitado por la impaciencia y el enojo. Parábase de tiempo en tiempo, sacaba del bolsillo de su chaleco rayado un gran reloj de concha, le consultaba en silencio, hacia un movimiento de impaciencia, y tornando á guardarle continuaba su mudo paseo.

—No son mas que las diez, Pedro, dijo la señora alta la última vez que le vió sacar el reloj; todavía es temprano.

—¿Pero por qué no me obedece? dijo el anciano parándose. ¿No soy yo nadie? ¿Quién le ha enseñado que no debe de hacer sino su voluntad? Pues estaria bueno!

—Puede habérsele pasado la hora sin saberlo, dijo la jóven; ¿quién abe lo que habrá ocurrido?

—Pues por lo mismo que no sabe uno lo que puede suceder, debia él de estar aquí cuando se le manda, prosiguió D. Pedro parándose de nuevo; ¿si lo haré yo porque no se divierta? No, seguramente; yo sé que no es vicioso ni calavera, que se reune con buenos amigos, que es juicioso en fin; pero por lo mismo miro mas por él, y quiero que no me ponga en cuidado con su tardanza. Ya se lo he dicho; en dando las diez ha de estar en casa, ó no le abro la puerta y pasa la noche al sereno.

—No serias capaz de hacerlo, dijo Doña Paula, la anciana flaca, que era esposa de D. Pedro.

—¿Que no seria capaz? dijo el anciano arreglando la manga de su larga levita color de pasa. Tú no me conoces todavía, Paula. Que haga él la prueba. Y luego añadió: de todas estas cosas tú eres la causa principal.

—¿Yo?

—Sí, porque todo se lo consientes; le mimas demasiado, y de eso nace su poco respeto á sus padres.

—¿Yo, dijo Doña Paula, yo le enseño á no guardarte respeto? ¿Acaso me le tiene á mí? Señora, añadió volviéndose á la anciana que la acompañaba, no puede V. figurarse cómo ha mudado mi hijo. Yo no sé qué es lo que quiere ni cómo nos mira; pero lo cierto es que no podemos soportarle. Usa con nosotros una altivez, unos humos de grande de España, que no vienen á cuento. Se lo he dicho muchas veces; pero me responde con una sequedad y un desden, que ya no le reprendo por no tener que oirle.

Mientras Doña Paula hablaba, nadie paraba mientes en la jóven que cosia junto á la mesa, y que inclinaba la cabeza sobre su costura mas de lo regular, para ocultar una lágrima que se desprendia de sus ojos. Esta lágrima indica al lector mas de lo que pudiera yo decirle acerca de los sentimientos de esta jóven, á quien bautizaré con el nombre de Margarita.

D. Pedro iba á contestar á su mujer, cuando esta se puso el dedo en la boca, pidiendo silencio, y escuchó. A los pocos momentos se oyeron resonar sobre las losas de la calle, y entre el ruido de la lluvia que caia á torrentes, los pasos de una persona que marchaba con precipitacion.

—El es, dijo Doña Paula.

—Sí, dijo solamente Margarita, que le habia reconocido antes que nadie, aunque habia callado.

Un momento después crugió la cerradura de la puerta de la calle, y aun no habian pasado dos minutos, cuando sonó la campanilla del cuarto de D. Pedro.

—Voy á abrirle yo, dijo el anciano cogiendo el velon y dirigiéndose á la puerta; pero Margarita le habia precedido, y cuando él llegaba á la puerta de la sala, Martin se presentó en ella.

Era este jóven alto y delgado, de color pálido y terroso, rostro largo, nariz algo chata, pero muy fina, y frente abovedada, ceñida de cabellos negros y rizados, que caian sobre sus hombros en largas melenas, segun la moda de aquella época. Sus ojos, negros tambien, colocados á flor de la cara, estaban dotados de estraordinaria vivacidad, y animados por un fuego calenturiento. Su labio inferior, admirablemente recortado, se fruncia con cierta contraccion propia de la ira. Un fisiólogo hubiera reconocido en él las señales del temperamento nervioso, agitado por un pesar constante. Su corazon debia de asemejarse á un vaso de cristal lleno de ascuas y próximo á estallar á cada momento.

Diseñando el carácter moral de este personaje, su modo de obrar se hará mas comprensible al lector; pero es indispensable para esto escribir su biografía, con la cual está enlazada, aunque solo ligeramente, la de los demás personajes que intervienen en esta escena.

En el tiempo en que España dormia bajo el régimen de la monarquía absoluta, D. Pedro de Aranda, padre de Martin, era simple escribiente de una oficina, y sus relaciones estaban todas comprendidas en el estrecho círculo de sus cólegas, hombres encanecidos como él en aquel trabajo mecánico, porque esto pasaba en un tiempo en que un empleo del gobierno era tan seguro como una canongía, y una tertulia de vecindad, en que pasaba las primeras horas de las noches de invierno jugando á la lotería y hablando de Godoy, María Luisa y la guerra de la Independencia. La Constitucion vino á turbar su paz. El gobierno, que no queria escribientes absolutistas, le quitó el destino, dándosele á un liberal, en premio de que conocia la verdad de la nueva causa. D. Pedro de Aranda quedó cesante, y por lo tanto en la miseria, haciéndose enemigo del nuevo régimen, del cual solo conocia un efecto, la pérdida de su destino; pero oyó decir que la nueva forma de gobierno abria el camino del poder á todos los españoles, atendiendo, no á su cuna, sino á su capacidad, lo cual creyó cosa nueva; vió en el poder á personas cuyos padres habia conocido en peor situacion que la suya, y determinó hacer de su hijo un ministro. Envióle á estudiar, gastando en esto mas de lo que tenia; pero viviendo contento en medio de sus privaciones con decir, mirando á su hijo: «El será feliz.»

Por desgracia sucedia lo contrario de lo que el padre esperaba. El dia en que Martin entró en un colegio se cerraron para él las puertas de la felicidad. La primera leccion que tomó de lengua latina fué tambien la primera de dolor. Ved aquí cómo. El traje de Martin estaba hecho por su madre de unos vestidos viejos, pues como la familia habia caido en la miseria de la gente decente, la mayor de las miserias, no podia gastar dinero en un vestido nuevo. El traje pues era viejo y además algo ridículo, merced á la poca costumbre de la costurera. Los condiscípulos de Martin lo notaron y le hicieron burla diciendo: «¡Qué traje llevas!» A lo cual el niño contestó con la natural candidez de la infancia: «si no tengo otro!» Entonces las burlas crecieron, los niños acababan de descubrir que era pobre su condiscípulo, y en un colegio se aplaude al pendenciero, se aprecia al desaplicado, se perdona tal vez al *acuson*, pero nunca al pobre. Desde aquel dia todos se conjuraron contra Martin. Huian de su amistad como de la de un leproso, y solo se acercaban á él para dirigirle insultos. Todos se creian con derecho de mandarle, y él les obedecia, creyendo por este medio lograr su amistad. Locura! Recibian sus servicios como homenajes debidos, y el dia en que se negó á tributarlos, le pegaron todos. Los mismos maestros, que esperaban poco fruto de su enseñanza, desahogaban en él la ira causada por la desaplicacion ó las travesuras de los otros, que eran mas ricos ó aparentaban serlo. Martin en el colegio padecia como el pueblo judío en España, en los siglos pasados, para escarmiento de los demás. Aislóse en medio de todos, y se precipitó en el estudio como en un refugio. Con una verdadera fiebre, devoró todos los libros buenos y malos que se le presentaron. Re-

flexionó que el escribir se pagaba, y soñó en hacerse autor; pero no queria esperar para coger los frutos á que estuviesen sazonados; no sabia ó habia olvidado el proverbio tan verdadero en literatura que dice: *cuando estés deprisa, vístete despacio*, y así escribia antes de leer, y por leer obras literarias olvidaba estudiar las obras de su clase, conocimientos preparativos que un dia debia echar de menos. Construia el edificio empezando por las cúpulas de las torres, y se admiraba de que siempre estuviera en falso y se derrumbara por sí mismo. Los maestros notaron que faltaba á las lecciones, y castigaron su desaplicacion, cuando pasaba los dias enteros entregado al estudio. Sus padres oyeron las quejas de sus maestros, y le reprendieron porque no apreciaba los sacrificios que hacian por él, cuando destrozaba su vida por poner un pronto remedio á los males que aquejaban á su familia.

Terminados sus estudios de colegio, entró en la universidad. Allí fué mas cauto y procuró ocultar su pobreza. Aparentó un carácter descuidado y algo ridículo, para disculpar su traje, que le denunciaba, como la marca al forzado, y sus condiscípulos que le veian sin peinar treinta dias al mes, no estrañaron que no usase pomada; viéndole siempre con las botas sucias, no miraron si estaban rotas, y hallando en su levita todos los dias las manchas de yeso de los anteriores, no vieron si estaba raida. Algunas veces le culpaban su desidia, mas él decia: «¿Y para qué he de cuidar de mi traje? No voy á ninguna parte, ni trato de enamorar al profesor.» Y efectivamente, no salia de su casa mas que el caracol de su concha. Pasaba el dia leyendo, y así sus fuerzas se debilitaban y se marchitaba su juventud. A los veinte años era flaco y débil; su alma cargada con la lectura, era tan enfermiza como su cuerpo. Seguro de convencer á cualquiera de lo que quisiera, por absurdo que fuese, con tal de tener dos horas para pensar, no creia en nada, y se burlaba de la atencion de los que le oian, enunciando y defendiendo principios raros, que tal vez contradecia á la mañana siguiente. Cuando un hombre se ve herido por todos lados por la desgracia, y solo en la vida, en la cual todas las puertas se le han cerrado, alza los ojos al cielo y en él encuentra á Dios que le consuela, como el leproso su lucero; pero Martin se cerró las puertas del cielo, arrojando de su corazon creencias religiosas.

Por este tiempo tambien comenzó á conocer la vida prácticamente en mayor escala. Comparando sus obras con las que veia salir á luz, encontró mejores las suyas, y corrió á una redaccion á ofrecer unos versos, creyendo ya su fortuna hecha; mas no quisieron leerlos siquiera, y después de fatigas inútiles aprendió que mas vale en literatura tener amigos que talento, y que mas se ha adelantado para obtener reputacion la noche en que se ha tomado café con una *notabilidad*, que el dia en que se termina una obra de primer órden. Dedicóse á formar relaciones, tropezando siempre en el escollo de su pobreza, que como la cadena del perro le detenia cuando queria marchar. Necesitaba dinero para pagar su sitio en el café y en el Prado para usar un traje decente, comprar guantes, y en fin para todas las cosas que trae consigo el trato. Además, el mucho tiempo que pasó solo en su casa estudiando, le hizo silencioso y tímido, aumentando este último defecto su poco conocimiento del mundo. No tenia educacion ni maneras finas; lo sabia, y temblaba siempre de manifestarlo. La primera vez que comió fuera de su casa, asustado por este pensamiento, no acertó á decir una palabra, y se mostró tan aturdido, que un amigo le preguntó si estaba enfermo.

Por este tiempo tambien comenzó á tener amores. El estudio de la literatura, que predispone el alma á los desórdenes mas que otro alguno, encendió en la suya un fuego devorador, una sed estraña de goces tumultuosos que su misma posicion le impedia satisfacer. Entre el círculo de personas que trataba, solo habia una jóven y la amó, por que para él era la única mujer del mundo. Esta jóven era Margarita.

Huérfana de padre y madre, habia sido criada por caridad por Doña Ramona Machuca, pensionista del Monte Pio militar. Malas lenguas aseguraban que Doña Ramona queria demasiado á Margarita para ser una persona estraña, y encontraban cierta semejanza sospechosa entre las facciones de la protectora y la protegida; pero como no se puede creer todo lo que cuenta el vulgo maldiciente, y estas cosas son siempre difíciles de descifrar, no me detendré en conjeturas, ni avanzaré una opinion, que pudiera muy bien ser equivocada. Baste saber para mi propósito, que Martin habia conocido á Margarita, porque ella y Doña Ramona vivian en su misma casa y ayudaban á pagar el cuarto á D. Pedro, y que Margarita cosia para una tienda, vistiéndose con el producto de su trabajo, y pagando con él además á su protectora sus sacrificios. Pero hasta los dardos dorados del amor se enconaron en el corazon de Martin. Margarita correspondia á su amor y estaba seguro de su fidelidad; no le pedia nada sino su corazon; no le atormentaba con sus celos; pero era un diamante sin pulir, una flor silvestre. Su lenguaje se resentia de su cuna, y su falta de malicia la permitia hacer cosas que la hipocresía de las virtudes condena mas que permite el pudor virginal.

Una noche, Martin estaba en su casa, y algunos condiscípulos suyos vinieron á consultarle sobre un tema de la clase. A la vista de su casa, no les quedó duda de la pobreza de Martin, y este, que lo conoció, sintió cómo le arrebataban el manto de púrpura con que pretendia cubrir su desnudez, se estremeció de angustia como el náufrago que siente crugir y abrirse la barquilla que le libertaba de las iras del Océano. Aumentó su tormento la oficiosidad de su familia, que por querer mostrarse fina y de buen tono, se puso varias veces en ridículo, y por último, le dió el último golpe Margarita, diciendo dos ó tres palabras que hicieron sonreir á los condiscípulos de Martin, y que zumbaron en los oidos de este como la sentencia de muerte en los del reo, tanto mas, cuanto que por su vanidad les habia confiado sus amores. En todo el tiempo que pasaron en su casa, Martin padeció lo que padeceria si sintiera un arco tendido. Y cuando se marcharon, el recuerdo de lo que habia pasado le persiguió sin piedad. Soñaba como el celoso, ideando dramas enteros sobre una sonrisa sorprendida, sobre una mirada interceptada, y para libertarse de su pensamiento no encontró otro medio que precipitarse en la lectura.

Pero su imaginacion no obedeció á su voluntad, y le representó sus pesares, iluminado por el fuego de la calentura. Su situacion era insoportable y no podia durar. La educacion y las costumbres de sus parientes le avergonzaban y enojaban desde que habia visto, aunque desde el dintel, otro mundo y otras costumbres. Este enojo continuo le hizo duro y agrio para con su familia, que resentida al ver esto le reprendió hasta desesperarle, echándole en cara todo cuanto hacia por procurarle una posicion, es decir, el mal que le habia hecho. Su porvenir se presentaba nublado, pues para elevarse tenia la nada por apoyo. Acudir ya á un oficio era imposible. La ambicion era su alma; por todas partes, en fin, le cercaba la desgracia, y para escapar á ella solo tenia un camino: el suicidio.

Quizá en sus ideas habia demasiada exageracion; pero no por esto le atormentaban menos. Las fantasmas que vemos en un sueño cercarnos y amenazarnos con sus puñales, no son nada, y sin embargo nos asustan; y el que diga al dispertarse: «qué tonto he sido en asustarme!» dirá una necedad. Los dolores y los deseos no deben medirse cuando la razon está fria y el corazon late á compás, sino en el momento en que ardemos en su delirio; mas los dolores y los deseos no deben medirse sino por el mismo que los padece, pues ciertamente don Juan Tenorio no sentiria lo mismo que Diego Marsilla al encontrar á su amada casada con otro hombre.

Martin acarició, durante algunos momentos, la idea del suicidio, como su único refugio; mas como la esperanza no abandona nunca del todo, se fijó un tiempo, dos años, para obtener una fortuna, juránsose que, si todas sus tentativas salian vanas en este tiempo, no se concederia otra próroga.

Después se fué á una casa de juego para consultar á la suerte, que le trató bastante bien, como á todos los que estan destinados á jugadores, pues si perdieran al principio, no se aficionarian. Martin creyó no apasionarse, porque miraba la banca como un medio, no como un fin, y escondia en su casa sus ganancias como el avaro, esperando que serian los cimientos de su fortuna futura. Aun no habia perdido sus esperanzas literarias, y palpaba hacia tiempo la necesidad de conocer la sociedad, para quien iba á escribir y á quien intentaba retratar, y esperaba que las ganancias del juego le abririan sus puertas; ¿pero qué corriente no se enturbia mezclándose con otras cenagosas? Martin se aficionó al juego de dia en dia, y al cabo de un año ténia un vicio mas y una docena de amigos capaces de corromper el alma mas inocente.

Venia de negro humor, porque habia perdido en el juego hasta su último real.

Su padre le recibió diciéndole:

—Son las diez y media.

—Lo sé, respondió Martin con desabrimiento.

—Oh! ¿lo sabes? dijo D. Pedro con ira mal contenida, ¿y no sabes lo que te he mandado?

—No he podido venir antes, murmuró Martin quitándose la capa con insultante desden.

D. Pedro levantó su baston; pero su mujer y Doña Ramona le contuvieron.

—Dejadme, decia D. Pedro; ¿no ven Vds. cómo me responde? ¡Infame! á su padre, que se sacrifica por él...

—Buenos sacrificios! murmuró Martin.

Sus ideas se confundieron con aquellas compañías, sus sentimientos desflorados se envenenaron, y si alguna virtud se elevaba alguna vez en su alma como una flor entre cenagosas ruinas, era debida á su orgullo solamente, y su brillo entristecia como el destello de un astro solitario en una noche de tinieblas, como una corona de rosas colocada sobre un ataud.

Cuando Margarita le abrió la puerta le dijo, rozando con sus labios su ardiente mejilla:

—Tu padre está enojado por tu tardanza.

—Bien, dijo Martin; y con la frente anublada y el paso firme se dirigió á la sala, sin corresponder apenas á las caricias de la jóven.

—¿Pues qué mas quieres? ¿No me he arruinado por tí? ¿No te he dado una educacion, una carrera, para que algun dia pudieras brillar en el mundo? Y todo esto sujetándome á privaciones, que á mi edad...

Como he dicho antes, Martin tenia fiebre, y se encontraba en ese estado en que el alma no percibe mas sentido en las frases que el que la hiere; así es que volviéndose repentinamente á su padre, respondió:

—Si soy para V. una carga pesada, diga V. una palabra y dejaré de serlo.

—¡Infame! dijo D. Pedro arrojándole el baston, que fué á romper la urna del San Juanito.

Martin volvió á ponerse la capa, entró en su cuarto, y pocos momentos después volvió á salir, llevando en la mano un rollo de papeles escritos.

—Abur, dijo dirigiéndose á la puerta.

—¿Adónde va V., caballero? le dijo D. Pedro deteniéndole.

Martin no respondió y siguió marchando.

—Si sales de esa puerta no vuelves á entrar, le gritó su padre.

—No tenga V. miedo, respondió Martin; no quiero ser para nadie una carga gravosa.

Y saliendo cerró tras sí la puerta con estrépito, lanzándose precipitadamente por la escalera.

II.

EL PRÉSTAMO.

El estado en que Martin abandonó la casa paterna, como todas las emociones del corazon, es casi incomprensible para los que no le han esperimentado, ó que á lo menos, familiarizados por la costumbre con un estudio psicológico de su alma y de las ajenas, pueden comprender todos los sentimientos. Martin lloraba cuando salió á la calle; pero difícil seria decidir si sus lágrimas eran hijas del sentimiento ó de la ira. Lo que hay de cierto es que maldecia su suerte, que estaba pesaroso del paso que acababa de dar; pero que ninguna fuerza humana le hubiera hecho retroceder.

No sé cómo pasó la noche. Quizá en una de esas hospederías, en cuya puerta hay un farol de papel, en el cual se lee en letras gordas y desiguales: «Posada para dormir. A cuatro cuartos solo y dos con compañía.» Quizá se recogiese en una casa de prostitucion, y lo que es aun mas probable, quizá no se recogiera en ninguna parte y pasase la noche á la intemperie.

Lo cierto es que al otro dia desde muy temprano paseaba las calles de Madrid, embozado en su capa húmeda, y llevando en la mano el rollo de papeles que sacó de su casa, y que era una coleccion completa de sus ensayos literarios. Caminaba despacio y muy pensativo, meditando en los medios que podria emplear para ganarse el sustento, y contristábase no poco al considerar que habiendo gastado su juventud en el estudio y la meditacion, no sabia hacer cosa que valiese un pedazo de pan; mientras pasaban junto á él, frescos y rollizos, cien jóvenes, con el pensamiento virgen, que habiendo nacido pobres lograban sin embargo hacerse un lugar en el mundo, y florecer allí como el musgo en las junturas de la piedra.

—Qué inútil es para los filósofos la filosofía! murmuraba; es verdad que toda ella se reduce á una coleccion de frases inútiles.

Sumergido en estas ideas le encontró su amigo Lallana, que á juzgar por el aristocrático desarreglo de su traje (como diria Balzac, que llevado de esta idea no abandonó nunca su grasienta levita verde), y por el fruncimiento de sus cejas, no estaba dominado por otros pensamientos mas alegres.

Después de haberse saludado, Lallana preguntó á Martin:

—¿Adónde vas?

—A fé mia que no lo sé, respondió Martin; ando buscando en mi imaginacion el medio de resolver un problema de suma importancia.

—Nunca mucho costó poco. ¿Y qué es ello?

—El medio de encontrar dinero.

—Diablo! la piedra filosofal.

—La suerte está de uñas conmigo, y cuando juego, coloca siempre mi carta detrás de la de mi contrario; además de que ya ni aun tengo dinero para jugar. Llevo en el bolsillo una novela; pero solo de balde consienten los editores en imprimirla. Tengo un drama en el teatro; pero tú sabes lo que es eso por esperiencia, y ves que nuestro amigo García Gutierrez calienta el rancho en su cuartel con los borradores de su *Trovador*, drama que haria época en la literatura si se pusiera en escena. No puedo pues esperar ningun fruto de mis escritos: ¿Qué me aconsejas que haga?

—La cuestion, dijo Lallana, es difícil, sobre todo para mí que hace seis años me veo obligado á resolverla diariamente, y sin embargo no he dado nunca con la clave. Yo suelo abandonarme á la casualidad, cruzado de brazos, y ella me sustenta. Es verdad que algunos dias se olvida de mí; pero aun eso es útil, y si tuviera que escribir una novela, podria decir cosas admirables sobre los efectos del hambre.

—Pero no sabes un medio...

—Ninguno. Abandonado en medio de Madrid, apenas salí de la escuela, por un padre á quien, entre paréntesis, no sé en qué he ofendido, empecé por empeñar mi ropa y vender mis libros; vendí después mis convicciones, alquilé mi talento á otros que hicieron fortuna con él; pero para ellos solos renuncié á la vergüenza, pisoteé mi orgullo, adulé, intrigué, fuí vil, si puede llamarse vileza al miedo de una muerte miserable y oscura, donde la pobreza es la única deshonra, y no he logrado nada sino remordimientos y desesperacion al ver que he destruido inútilmente mi porvenir. Solo un consejo puedo darte, hijo de la esperiencia y el dolor: por muy oprimido que te encuentres, no te deshonres; no creas á los que te dicen que la intriga y la infamia son el mejor camino para subir al poder; hay en la sociedad una justicia, hija de las circunstancias, y que casi nunca deja de imponer su castigo al que la ofende. El hombre que sube es el blanco de la envidia de los que creen que les usurpa su puesto, y si en su vida anterior hay una vileza, no dejan nunca de descubrirla y escupírsela al rostro. El mundo, tan hipócrita como corrompido, le escupe tambien, y si alguna persona le defiende durante cierto tiempo, es porque le necesita, porque encuentra otro que le reemplace y esté menos infamado que él. La línea recta es en el mundo como en las matemáticas el camino mas corto, y la línea recta es la honradez hasta tanto que se tiene el poder de imponer costumbres.

El acento con que Lallana dejó escapar estas palabras, revelaba una desesperacion tan profunda, que Martin se conmovió. Oia las quejas de la ambicion aprisionada, abrumada por un mundo colocado encima de ella, como el Etna sobre Encelado; veia las lágrimas de Luzbel al mirar en la noche, perdido en la sombra como un astro apagado el resplandor del Paraiso. Lallana calló, y Martin respetó su silencio durante algunos minutos; después Lallana hizo un movimiento con la cabeza, como si quisiera arrojar sus ideas hácia atrás, y dirigiéndose á Martin le dijo:

(Continuará.)

ACTO DE CONTRICION

DE LOPE DE VEGA CARPIO (1).

Aunque en culpa y error fuí concebido,
Y fuí nacido en culpa, y en pecado,
Y desde que nací, Dios, te he ofendido,
Y he sido inobediente á tu mandado;
Aunque como traidor he delinquido
Contra tí, gran Señor, que me has criado,
Aunque es tan grande, y tal mi desvarío,
Dulcísimo Jesús, en tí confío.

Aunque me esté el castigo amenazando
De las terribles penas del infierno,
Y aunque el demonio vil me está acusando,
Prometiéndome dar tormento eterno;
Y aunque mi vida ya se va acabando,
Y veo que he vivido sin gobierno,
Y aunque he sido cruel, traidor, impío,
Dulcísimo Jesus, etc.

Aunque sé, rey inmenso, en quien espero,
Que eres en tu juicio riguroso,
Y aunque sé en el dia postrimero
Has de bajar airado y muy furioso;
Y aunque sé que eres justo y verdadero,
Y yo á tí fementido y alevoso,
Si lloro, y del pecado me desvío,
Dulcísimo, etc.

Poder tienes, Señor, para salvarme;
Poder tienes, Señor, para admitirme;
Poder tuviste, Dios, para comprarme,

(1) Creemos que nuestros lectores verán con gusto esta composicion, ya muy rara, del Fénix de nuestros ingenios. Se imprimió en hoja suelta en Valladolid, por Francisco Abarca de Angulo, el año de 1614.

Y del demonio pérfido eximirme:
Poder tienes, Señor, para librarme,
Y poderoso fuiste en redimirme;
Y pues es tanto y tal tu poderío,
Dulcísimo, etc.

Tu divina palabra me asegura
En que dices, Señor, que en toda hora
Que se volviese á tí cualquier criatura
Con fé, y con contricion que el alma adora,
Que con brazos abiertos de dulzura
Recibirás el alma pecadora.
Por esta real palabra, en la cual fio,
Dulcísimo, etc.

Porque no me perturbe el grande estruendo
De las fuertes cadenas infernales,
Que parece que ya las voy oyendo
Por mis graves delitos y mis males;
En tus manos sagradas me encomiendo,
Jesus, gran redentor de los mortales,
Porque sé que eres Dios clemente y pio,
Dulcísimo, etc.

Y vos, Vírgen de culpa no manchada,
Mas santa que los santos, y mas digna,
Del Padre Eterno hija regalada,
Y de su hijo madre, á quien se inclina
Del Espíritu Santo esposa amada;
Pues teneis tantas prendas de divina
Y tanto os ama Dios, y sois tan mia,
Rogad por mí, purísima María.

Ay Vírgen santa, nuestra gran Señora,
Que hallo en el discurso de mi vida
No haber vivido en Dios tan sola una hora,
Por donde el alma teme esta partida.
Mas Vírgen, siendo vos mi intercesora,
No teme el alma mia ser perdida;
Y pues el alma en vos espera y fia,
Rogad por mí, dulcísima María.

ROMANCE.

Muy triste la pastorcilla,
la del semblante de flores,
la envidia de las zagalas
y la gloria de los hombres;
En nieve el carmin trocado,
suelto el cabello en desórden,
entre suspiros derrama
perlas que el suelo recoge;
y llorosa se encamina
con piés turbados al bosque,
que allí se dejó su alma,
que allí perdió sus amores.
Al pié de una fuentecilla
que murmura entre los robles,
y lleva arenas de oro
bajo verdes pabellones,
en un árbol de alta copa
y de corteza deforme
apoyó la blanca espalda
para llorar sus dolores.
Y allí el céfiro que un dia
escuchó tiernas canciones,
agitando sus cabellos,
oyó lamentables voces:
que en una hermosa mañana,
dando envidia al sol sus soles,
vino por agua á la fuente...
¡feliz si muriera entonces!
¡Cuán alegre, de las aves
oyó los trinos acordes,
y hoy á sus quejas tan solo
la tortolilla responde!
¡Maldito el zagal cruel
que con mentidas razones,
cortando al ángel las alas
menospreció sus amores!
¡Maldito el zagal que luego
huyó con pasos veloces;
maldito aquel miserable
que entre las ramas se esconde!
Y ella con ojos llorosos
le vió perderse en el bosque,
llevándose su esperanza,
su paz y sus ilusiones.
Y le llama, y no contesta
aquel corazon de bronce;
y luego á su madre acude,
y su madre no la oye.
Desde aquel dia á la fuente
viene cuando el sol se pone,
y allí en silencio y amargas
sus tristes lágrimas corren;
y el seno sin corazon
se agita al pensar el nombre
del que no teniendo pecho
se llevó dos corazones.

José GONZALEZ DE TEJADA.

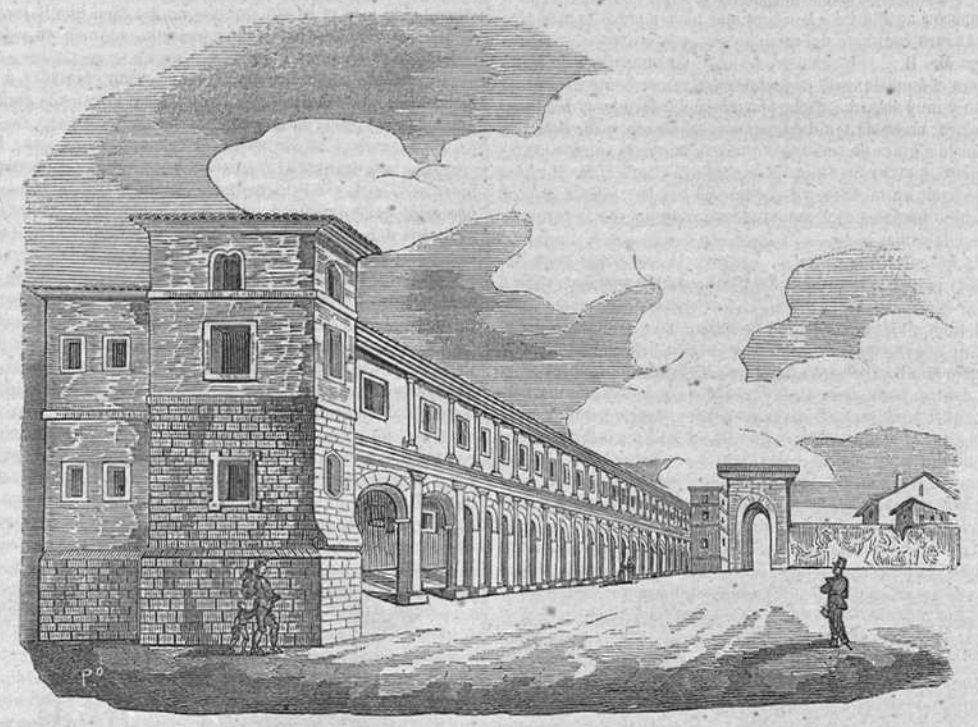
PROBLEMA FISONOMICO.



¿Qué es lo que espresan estas seis fisonomías?

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



EL CUARTEL DE MEDINA DE RIOSECO.

MI VIAJE

A LA REPUBLICA DEL ECUADOR.

SEGUNDA PARTE.

I.

TEMBLOR DE TIERRA.—REGRESO Á PANAMÁ.

Setiembre, 1842.

He tenido ya ocasion de encarecer la suma belleza de las regiones ecuatoriales; pero existe un azote temible, que tiene durante ciertas temporadas en continua zozobra á sus habitantes... No, no aludo al *vómito negro* ni á las tremendas tempestades, ni á los asoladores huracanes, ni á las inundaciones en cierta época del año de tanto gigante rio... á ninguno de estos accidentes me refiero, sino á los frecuentes *temblores*... y no pocos *terremotos*...

Cuando el conocido sábio geógrafo Mr. Humboldtt visitó la cordillera de los Andes, observó que estaban socavados estos montes, y vaticinó para lo venidero que se aumentaria el número de sus volcanes (que ascienden hoy dia á noventa y siete de aire y fuego), y que se operarian terribles cataclismos en sus titánicas cumbres.

Sus entrañas encierran portentosas riquezas en minerales, y muchas materias bituminosas é inflamables, las cuales, chocando entre sí, se incendian, y estas llamas subterráneamente comprimidas, buscan desahogaderos por mil partes á la vez á aquel formidable tártaro.

El rayo impone, las tempestades en el mar amedrentan, las fieras, acometiendo al hombre en las selvas, asustan, es muy cierto; pero estas son cosas naturales si se quiere, y el hombre con su denuedo y su industria logra, luchando contra estos peligros, vencerlos y sobreponerse á ellos.

Mas ay!... guárdate de los *terremotos!*... traspasan el círculo de lo natural; son fenómenos que no se esplican, pero cuya consideracion pasma y anonada; es la manifestacion de la ira de Dios golpeando airado con su divina planta sobre este mundo sublunar que sirve de escabel á su celeste sólio!...

¿Quién ha esplicado con puntual exactitud las verdaderas causas de los terremotos? ¡La ciencia! ¡Nombre vano: ciencia de conjeturas aun mas que la de las estrellas!... Para contrarestar los estragos de los *terremotos* son igualmente impotentes la impavidez, la destreza, la industria, el valor ó la fuga: el desquiciamiento que producen es tan ajeno á todo lo natural, y tan aterrador á la vez, que hace sucumbir los espíritus y flaquear los ánimos mas denodados.

Un tímido pajarillo, aprisionado en liviana jaula, suspendida con largo y frágil hilo en el centro de una elevada y anchurosa bóveda, y que á deshora se llegase una mano desapiadada columpiándola bárbaramente en todas direcciones hasta hacerla trizas contra las paredes, concluyendo por romperse el hilo y pulverizarse la jaula en su caida... si no moria el pobre pajarillo, ¿cuál no seria de aflictiva su posicion?... Pues parecida es la del hombre en un terremoto, y aun mayor, su tribulacion.

Yo tuve que esperimentar las sensaciones que tan desaliñadamente bosquejo, por vez primera en Guayaquil... estaba en vísperas de abandonar sus playas; dormia, serian como las dos de la madrugada, cuando desperté azorado al clamoreo de las campanas y á los gritos de todo un pueblo, que hacia resonar en las casas, en la tierra, en el mar, y por los aires, el fatídico grito de temblooor!!!... Las vigas de mi aposento crugian; los muebles y las paredes parecian estar borrachos; un vértigo se apoderó de mi espíritu (todo esto pasa en infinitamente menos tiempo de lo que se tarda en decirlo, cuanto mas escribirlo); yo traté de enseñorearme, y lo mas pronto que pude me envolví en mi bata, abrí presuroso la ventana, y me abalancé á una galería que teniamos.

Napoleon, si no me engaño, dijo que el hombre mas valiente es aquel que mejor sabe disimular el miedo,—me precio pues de haberlo disimulado (no mas) en aquella ocasion, porque pretender que no lo hubiese esperimentado fuera mentir, y no hay para qué. Un hombre podrá no temer á otro hombre, pero no podrá prescindir de temblar ante el poder de Dios.—«El principio de la sabiduría es el temor de Dios:»—luego recomienda á todas luces el mortal que lo posea.

Tenia miedo, en fin; pero no pude menos que de reirme en medio de aquella tribulacion, al distinguir en la calle dos hombres de pié en me-

dio de una porcion de mujeres indias en traje de cama... pidiendo misericordia y golpeándose los pechos: á todo esto el temblor, que solo durara pocos segundos, ya habia pasado hacia rato; pero no á ellas el susto, ni tampoco á aquellos dos hombres, que hacian la figura mas grotesca y el mas raro contraste del mundo.

El uno era Mr. B...., un caballero francés, mi compañero de posada; el otro era el fondista: este pequeño y espantosamente grueso, el otro muy alto y muy delgado; ambos en traje de dormir; el fondista, que usaba peluca, no habia tenido tiempo de ponérsela, y Mr B... llevaba un pañuelo á guisa de turbante, que se ponia para sujetar los rizos de su melena, que envolvia por las noches con papeles: Mr B... me preguntó qué hacia en mi balcon y por qué no bajaba.

—Amigo mio (le contesté) ya no hay *temblor*, y no veo la razon de no volverme á la cama.

—Alabo la frescura! A la cama!... á la playa!!

—Sí, sí, á la playa!... repitió el fondista, y ambos se preparaban á echar á andar con ese atavío.

Yo les detuve, observándoles que pensarian que se habian escapado de alguna casa de locos, y que entrasen á vestirse; el fondista se convenció, pero Mr. B... declaró que él no traspasaria el umbral de la puerta para dentro, porque resentida la casa (que no era de las mas nuevas) por aquel *temblor*, podria venir abajo si repetia (como repitió seis veces en aquella madrugada); y que así él preferia estar desnudo y vivo, que no muerto y vestido.—Me instó, y me hizo caer en la tentacion de acompañarlo; vestime por completo, y le bajé su ropa á la calle; nos fuimos al malecon á orillas de la ria, y cuál fué mi sorpresa al ver un paseo concurridísimo de damas y caballeros (mas que de trapillo ciertamente: brillaba la luna; ni una ráfaga de aire se sentia, de modo que la atmósfera era sofocante.—No fué un terremoto consumado; pero seis temblores mas se esperimentaron, que se anunciaban de antemano por un ruido sordo como de pesados carruajes que se oyeu en lontananza, y otras señales precursoras. Hasta de dia muy claro no fueron retirándose los paseantes con sus desordenadas vestimentas; nosotros regresamos á nuestra fonda.

El dia último de setiembre se botó al agua la nueva goletilla bautizada con el nombre de *Adela*, y á principios de octubre me embarqué en él de regreso á Panamá...

Desde la cubierta de aquel velero barco tributé mi postrimer adios, húmedos los párpados, á aquel suelo donde dejaba á mi madre y demás familia; abandonaba la gentil América para tornar á ver la caduca y civilizada Europa..... Adios, Guayaquil, adios!... con tus poéticos habitantes, tus hamacas y tus cabalgatas nocturnas de apuestos jóvenes, que con sombreros de jipijapa y finísimos ponchos de lana blanca, llevando algunos en el pecho la cruz roja de alguna órden caballeresca ó militante, vistos á distancia y á la luna, semejaban escuadrones de templarios.

Adios, ecuatorianos!... mi estancia entre vosotros ha sido corta; pero las gratas reminiscencias que de vuestro suelo hospitalario conservará mi corazon, serán duraderas! Amparad á los mios, que permanecen entre vosotros, á quienes tan bien habeis acogido; es la última recomendacion que os hace mi filial amor!

II.

PANAMÁ.—TEMPESTAD.—COSTUMBRE.—CHAGRES.

Octubre, 1842.

A los ocho dias de navegacion anclamos en la bahía de Panamá, donde entramos á mediodía sin velámen, rotos los cables, desmantelado el flamante buque, que á palo seco habia andado doce nudos por hora de la corredera (cuatro leguas), impulsado por un viento desencadenado y un temporal deshecho; rudo estreno fué aquel para la linda goletilla, la cual supo, á pesar de todo, como ligera alcion, salvarse del furor de las embravecidas olas.

En fin, está fondeada *Adela*. Nosotros los pasajeros saltamos en tierra luego que se aplacó el temporal, y nos hospedamos.

Al anochecer descargó otro nublado, y mas tarde una tempestad tan horrosa estalló, que semejaba la destruccion de Nínive. Los rayos caian, cometiendo estragos, y los truenos hacian temblar á la ciudad hasta en sus cimientos. Yo me habia acostado ya, porque estaba cansado y me habia de preparar para emprender á las cuatro de la mañana la molesta jornada del Istmo de Darien hasta Cruzes; pero me hube de levantar, porque además de la tempestad oí de repente unos llantos tan estrepitosos, producidos por unas mujeres en la casa de enfrente, que me alarmaron sériamente; me informé de aquella algarabía por un criado negro, quien me dijo con mucha flema:

—No es nada, mi amo; es que se ha muerto un rico en esa casa, y lloran unas negras alquiladas. En efecto, siguiendo la usanza del país, habian alquilado para *plañideras* (que es el nombre que dan á esas lloronas), á diez ó doce indias y negras para mesarse los cortos y crespos cabellos, y aullar con sonido lastimero sobre el cadáver, alborotando todo el barrio, porque no era fácil que llorasen, en vista de que nada sentian hácia aquel muerto, á quien en vida ni habian aborrecido ni amado.

De vez en cuando las plañideras se veian obligadas á reponer sus fuerzas con un traguito de caña, tomaban alientos, y continuaban su batahola cual furias del averno.

Finalmente, á media noche el cielo aplacó sus iras, brillaron las estrellas, y se tranquilizó el barrio (porque tambien duermen las plañideras). Gracias á esto, yo pude tambien descansar en mi lecho de peregrino hasta las cinco, que me levanté y monté sobre la arrogante mula que debia de llevarme en aquel dia á Cruzes: tendí mi vista á la casa mortuoria: sus ventanas permanecian todas cerradas con las celosías tambien, las cuales, insiguiendo otra costumbre del país, no habian de volverse á abrir por lo menos en cuatro meses; y no habia de presentarse á ellas, ni menos en la calle, la familia enlutada.

La jornada del Istmo la describí en la primera parte: por no repetir lo mismo diré que llegamos tarde y cansados á Cruzes, puerto de embarque para el rio Chagres. Cené lo que llevaba á prevencion, y ocupé una hamaca de estera fina, colgada de una viga en una cabaña; allí dormí un sueño reparador sin desmudarme, hallándome perfectamente dispuesto á la mañana siguiente, que entré en una canoa, donde, como íbamos á favor de la velocísima corriente, en un solo dia llegamos á Chagres: fuimos volando materialmente.

Por único buque fondeado en Chagres se veia un bergantin mercante norte-ameri cano, que habia ido á cargar pieles; no habia podido zarpar á causa de haberse muerto seis hombres de los doce que componian la tripulacion; solo el capitan y el contra-maestre habian permanecido sanos; los restantes estaban enfermos y no podian darse á la vela hasta convalecer algun tanto y cobrar suficientes fuerzas para poder maniobrar á bordo.

Mi detencion pues en aquel punto fué de cuatro dias, que pasé en compañía de aquel aleman que ya conocen mis lectores; era hombre que lo entendia, y de gran prestigio entre aquellos naturales, semi-salvajes si se quiere, por una parte, pero al mismo tiempo de índole buena y de costumbres dulces y religiosas.

Una tarde, la tercera de mi arribo, bebiamos una botella de cerveza el bueno del aleman y yo, cuando entró un negro de pocos años, todo azorado y pálido (como un negro puede ponerse), y enseñando la mano izquierda, que tenia algo hinchada, se acercó á nosotros llorando.

—¿Qué te pasa? le preguntamos.

—Que me acaba de morder una culebra.

Otras personas estaban presentes y opinaron que la picadura era mortal.

—Nada de eso, dijo el aleman sacando de un baul una cajita; pero no debemos perder un momento. Abrió la caja, y tomando de ella una cinta le hizo al negrito dos ligaduras fuertes, la una cerca de la primera articulacion del dedo herido, la otra en el puño; después pidió un vaso de vino, y sacando de la misma cajita veinticuatro granos de sal volátil de víboras, los mezcló con el vino y se lo hizo tomar al negrito, con el objeto de provocar fuertemente la traspiracion; pero al cabo de quince minutos, no habiendo conseguido su intento por completo, le administró un caldo bien caliente compuesto con yemas de huevo y nuez moscada, con el que sudó copiosamente y quedó del todo bueno.

Aquellas buenas gentes no se sorprendieron, porque hacia tiempo que tenian al aleman por un Merlin; pero yo le manifesté que me merecia la opinion de un Esculapio.

—No señor, me dijo, he leido un poco, y despues, que tengo mucha esperiencia de estos paises. Una vez cazando pisé inadvertidamente una culebra, y me picó en un pié; á los pocos momentos se me hinchó: ¿qué hacer en tal conflicto? No tenia mas que mi frasco de pólvora, y piedra y eslabon: apliquéme en la herida una poca de pólvora, le prendí fuego, y me cauterícé la herida, cortando la accion del veneno en la masa de la sangre.

—Es bueno saberlo.

—Considere V., continuó el aleman, que en este país de tigres, caimanes, jejenes, niguas, culebras, víboras y alacranes, está uno en continua esposicion, y es preciso estar preparados. Para las mordeduras y picaduras ponzoñosas hay los dos remedios que le indiqué á V.; el otro para mordeduras de fieras y de culebras es muy conocido ya, y el del hierro caliente aplicado á la herida. Tambien es muy bueno chuparla en el acto y escupir el veneno; pero esto pocos pueden hacerlo, porque causa mucho asco.

Pero volviendo al hierro caliente, el primero que puso en práctica esta prueba fué el famoso Boyle (á pesar de lo humano que dicen que era). Estando una vez discurriendo con un médico sobre los venenos, le dijo que creia bueno contra el de la víbora el remedio que he indi-

cado; el médico se burló de su proposicion, y Boyle se remitió á la esperiencia; pero no en ningun animal, como parecia natural, sino en un hombre: convínose en precio señalado con un mendigo que quiso ganar algun dinero con esposicion de su vida, el cual se dejó morder de una víbora á presencia del médico. Hinchósele luego mucho la mano; estaba de prevencion puesto al fuego un cuchillo: tomóle Boyle, y aplicóle á la herida por espacio de diez minutos; la hinchazon, que iba creciendo, paró de repente, pero sin disminuirse por entonces.

Desde que aquel mendigo, que se acreditó de bárbaro, vió que su mano no se le hinchaba mas, pidió que le diesen su dinero y volvió muy contento las espaldas. Añádese de testimonio del mismo Boyle, que aquel mendigo ganó después mucho dinero, dejándose morder de víboras, siempre que algun curioso le queria pagar bien, teniendo seguro su remedio en el hierro caliente.

—Dígame V., amigo, pregunté al aleman, ¿esas mordeduras y picaduras son siempre necesariamente mortales?

—No señor; lo son las menos veces: consiste en que muerdan con mas ó menos rábia. Toda la venenosidad de esas sabandijas está en el acto de morder, y en que aquella violenta agitacion de los espíritus, que en estos animales produce su rabiosa saña, cuando muerde es cuando hace todo el estrago Se ha visto que animales que no son venenosos emponzoñan tal vez con la mordedura como esten agitados deuna estraordinaria ira. En las memorias de Trevouse me acuerdo de haber leido dos casos de estos: uno, de un gallo que estando en choque abierto con otro, picando á un hombre le causó una hidrofóbia mortal: y otro, de un jóven que en un acceso de cólera, mordiéndose el dedo segundo de la mano, se envenenó del mismo modo que si le hubiera mordido un perro rabioso.

Al siguiente dia de esta conversacion me despedí del aleman, á quien ya me habia aficionado, y nos dimos á la vela para Kingston.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

EL MINERO DE SILJAN.

I.

A mediados del estio de 1823 una jóven de catorce á quince años salia una mañana del parque de un castillo situado á orillas del lago de Siljan en la Dalecarlia. La naturaleza estaba entonces en todo su esplendor; las nubes y los hielos del largo invierno que todos los años desola este país, habian desaparecido completamente; una porcion de islotes reverdecian en medio del lago; las praderas, sembradas de flores de todos matices, formaban á lo largo de la ribera frescos y risueños tapices rodeados por las sombrías florestas de abetos y las rocas de granito que eneadenan el valle: por todas partes la vejetacion rica y poderosa parecia que se apresuraba á aprovecharse de los cortos instantes concedidos á su desarrollo en un clima poco favorecido. Admirada de la belleza de este espectáculo, y atraida por el encanto de magníficos puntos de vista que variaban á cada paso que daba, la jóven se alejó insensiblemente del castillo, subió una colina, y llegó á orillas de un bosque, lejos de todo sitio habitado. Las flores, estendidas con profusion por algunos senderos apenas trazados, atestiguaban que los habitantes del valle se dirigian pocas veces por aquel lado de Siljan. El cansancio sacó á la bella paseante de su arrobamiento, y entonces se apercibió de la soledad en que se encontraba y del silencio que reinaba en su alrededor; sintió un movimiento de terror á la vista de las profundas sinuosidades de la floresta, cuyos árboles, cercanos los unos á los otros, se elevaban, confundiendo su follaje impenetrable á los rayos del sol. Ya se preparaba á volver atrás para dirigirse á la orilla del lago, cuando oyó un gemido. Su corazon se puso á latir con tal violencia, que se vió precisada á pararse: se dejó caer mas bien que sentarse en un pedazo de roca, y sus ojos permanecieron fijos en la parte del bosque de donde la parecia que habia salido el gemido. De repente ve, á doscientos pasos entre los árboles, una forma humana que agitaba los brazos como para hacer señas, y oyó distintamente, aunque pronunciadas con voz débil, estas palabras:

—¡Cualquiera que seais, en nombre del cielo, socorredme!

La impresion que al pronto produjo esta voz en la pobre jóven fué tal, que estaba en estado de pedir socorro para ella misma, mejor que de prestárselo al desgraciado que se lo imploraba. Inmóvil sobre la piedra que la servia de asiento, y de la que la parecia imposible levantarse, no dejaba de mirar al hombre de las señas, esperando por instantes verle lanzarse hácia ella. Pero reparando en seguida que se quedaba en el mismo sitio y continuaba agitando los brazos en señal de angustia, reflexionó que no podia ser un malhechor. Una nueva súplica hecha con acento lastimero, acabó de disipar su terror. En fin, movida á compasion, triunfó de todas sus dudas, y fué derecha al desconocido.

Este estaba sentado á la entrada de una gruta que formaba dos partes apoyada una con otra; en su estremidad superior tenia un pié envuelto en unos pedazos de lienzo y de paño que se habia arrancado de sus vestidos; su figura, pálida por el sufrimiento, era mas interesante que terrible; entonces la jóven, olvidando bien pronto su loco temor, se apresuró á acercarse á él y preguntarle.

—Soy un trabajador de minas, respondió; ayer, queriendo hacer un hoyo á algunos centenares de pasos de aquí, me caí y me he lastimado un pié. Tuve bastante fuerza para sufrir el primer dolor, y medio arrastrando llegar á esta gruta, en que mis sufrimientos, que llegaron á hacerse intolerables, me obligaron á detenerme. Esperaba que una noche de descanso bastaria para restablecerme; pero esta mañana, cuando he querido echar á andar, mi pié, que estaba muy inflamado, me dolia tanto, que me caí en el suelo sin poder hacer ningun movimiento para levantarme. ¡Juzgad de mi posicion! al verme detenido quizá por mucho tiempo en un paraje que sé que se pasan dias, meses, y aun años sin que la tierra sea hollada de persona humana, y sin haber tomado alimento y sin medios de procurarlo!... Mi única esperanza se cifraba en que la casualidad trajese aquí algun viajero perdido... la casualidad... ¡como si los desgraciados no tuviesen un cielo, un padre que vela por ellos! Y este buen padre se ha dignado enviarme uno de sus ángeles que reanimase mi valor abatido.

La jóven, completamente tranquila, contemplaba con vivo interés la noble y angustiada fisonomía de aquel hombre que parecia tener treinta años, y cuyo lenguaje revelaba una condicion mas elevada que la de un simple minero.

—Vuestra posicion, le dije, exige pronto socorro, y desgraciadamente estamos muy lejos de la casa de mi madre; pero os prometo no perder un momento; esperadme sin inquietud; volveré acompañada de algunos criados que os llevarán al castillo; mi madre es buena y compasiva y os prodigará cuanto necesiteis, y no dudo que muy pronto os encontrareis en estado de poder volver á trabajar.

—Me resignaré á morir si es necesario, señorita; pero no puedo aceptar la hospitalidad que tan generosamente me ofreceis.

—¿Por qué? le preguntó la jóven admirada.

—Porque la desgracia es contagiosa; mejor la convendria á vuestra madre quizá ver arder su casa que darme abrigo bajo su techo.

—Pero ¿quién sois? esclama retirándose un poco la jóven, que sintió renacer su temor.

—Me juzgais por el sentido de mis palabras, replicó el minero con una triste sonrisa; gracias al cielo, mi conciencia está tranquila, y lejos de tener que avergonzarme de mi infortunio, me cabe el derecho de gloriarme... Pero os lo suplico, no me pidais mas esplicaciones; el secreto que me obligais á revelaros no es mio solo; si se descubriese no seria mi vida la única comprometida; pero ¿qué digo? ¡se perderian cosas mas preciosas que la existencia! Si debo sentir los efectos de vuestra piedad, ha de ser en este mismo sitio, y tan discreta como buena, el primer consuelo que deis á mis males será prometerme no revelar á nadie el secreto de mi retiro... pero después de lo que acabo de deciros, ¿querreis, os atreverais á venir á socorrerme?

—Lo quiero y me atreveré, respondió con resolucion la jóven, fascinada por decirlo así por la mirada y encanto de la voz del minero; el mismo Dios ha escrito en vuestro semblante que vuestra alma es incapaz de abrigar malos designios, y que se puede confiar en la lealtad de vuestro corazon. Si vuestro oficio es minero, vuestras maneras y vuestro lenguaje revelan una condicion mas noble; pero yo respetaré el misterio de que os place rodearos, y os juro guardar á todos el secreto de nuestro encuentro, aun á mi misma madre, para quien nunca he tenido nada oculto. Y ahora, decidme, ¿qué he de hacer? ¿qué deseais de mí?

—Dos cosas, señorita; hoy algunos alimentos que me permitan esperar mi curacion, y mañana que rogueis á Dios que no me abandone.

—Haré mas que rogar; volveré aquí; me vereis todos los dias, hasta que esteis completamente restablecido.

Fiel á su palabra, la jóven venia todos los dias á visitar al minero: y cuantas mas veces le veia y oia, adquiria mayor convencimiento de que habia en él nobleza de sentimientos y de linaje, y entonces creia crecer sus simpatías hácia él, porque creia socorrer á una víctima y quizá á un vengador de la tiranía que pesaba sobre su desgraciado país. Porque la Suecia en aquel tiempo gemia bajo el yugo de Christian II y Carlota, este era el nombre de nuestra jóven heroina, llevaba aun el luto de su padre, el valiente Cronstedt, uno de los mártires cuya sangre habia inaugurado el advenimiento al trono de aquel príncipe execrable, denominado *el cruel*.

Una mañana que Carlota cumplia por la décima vez su caritativa peregrinacion, reparó que su protegido estaba inquieto y preocupado: aunque se apresuró á salir á recibirla como para darla las gracias por

su curacion, escuchaba con distraccion sus parabienes; sus ojos, constantemente levantados al cielo, parecian calcular y medir la marcha del sol; de repente se detuvo y esclamó:

—Ha llegado la hora: Dios nos ayude!

En el momento llevó á su boca un cuerno que tenia en la mano, y produjo un sonido tan prolongado y agudo, que debia resonar hasta en los puntos mas retirados de los valles de Siljan: á esta señal respondió un segundo sonido, después un tercero, y se oyeron hasta siete, que venian de lejos y de distintas direcciones. El minero, todo oidos, con la mirada fija, parecia contarlos con avidez; al sétimo su mirada era radiante.

—Alabado sea Dios! esclama con alegría; ¡nunca deja de ayudarnos; este es un feliz presagio para tí, mi querida patria!

Y después, volviéndose á Carlota:

—Recibid mi despedida, señorita: llamado por un deber sagrado, es preciso que abandone estos lugares, que me aleje de vos, quizá para siempre. Quisiera antes de separarnos ofreceros una prueba de mi reconocimiento; no tengo mas que este anillo, que era de mi madre; dignaos aceptarle, para que os recuerde algunas veces al pobre minero. Permitidme tambien que os pida una gracia: el recuerdo de vuestro beneficio está profundamente grabado en mi corazon para que le pueda olvidar; pero el nombre de mi bienhechora me es aun desconocido, y seria muy dichoso en poderle pronunciar muchas veces en mis oraciones.



—Soy Carlota Cronstedt, respondió la jóven.

—Cronstedt! esclama el minero, cuyos ojos chispeaban. Cronstedt! ¿seriais parienta del valiente oficial tan cruelmente asesinado por Christian?

—Soy hija suya.

—Oh! entonces, señorita, pedid al cielo que me ayude; pedidle con fervor; los manes de vuestro padre os lo agradecerán.

Carlota, en el colmo de la sorpresa, iba á suplicar al minero que se esplicase; pero ya no estaba á su lado; al volverse le vió alejarse á toda priesa é internarse en las profundidades del bosque.

Al dia siguiente Carlota empezó á comprenderlo todo; llegó al castillo de su madre, y supo que el estandarte de la revolucion se habia desplegado á la misma hora como por encanto en todos los puntos de la Dalecarlia.

II.

Seis años se habian pasado: el feroz Christian habia sido arrojado del trono: la Suecia, reunida por él á la Dinamarca, se habia separado y elegido rey al héroe á quien debia su independencia, el hijo del duque de Grispsholm, Gustavo de Wasa. La ambicion del libertador de la Suecia no era únicamente por reinar, sino por sacar á su patria de la abyeccion en que habia estado sumergida, y restablecerla en el rango que debia ocupar entre las naciones de Europa. Para conseguir este objeto era necesario ante todas cosas hacer desaparecer los numerosos abusos que tenian al reino sin fuerza y sin unidad. Era una reforma peligrosa; pero Gustavo, incapaz de retroceder delante del peligro, marchaba con paso firme por el camino de las reformas. Los pueblos, por desgracia, no comprenden al principio la intencion de los actos concebidos y ejecutados en obsequio suyo; el velo de la preocupacion les ciega, y sucede algunas veces que viendo un enemigo en su libertador, responden á sus laudables esfuerzos con los peligros de un aborrecimiento estúpido. Los dalecarlienses sobre todo, orgullosos de haber sido los primeros en levantarse contra Christian, tenian la pretension de imponer su voluntad al jefe que ellos mismos habian colocado en el trono: indignados de ver rechazadas sus exigencias en nombre del interés general del país, se sublevaron; pero sus tentativas se estrellaron contra la prudencia y firmeza de Gustavo. Ilustrados por la razon, ó sujetados por una represion pronta, la mayor parte se sometieron, y aun algunos cooperaron de buena fé á la realizacion de los proyectos del reformador, y solo le quedaron que temer un corto número de fanáticos, es verdad, pero tanto mas peligrosos, cuanto que conspiraban de oculto. Reunidos en junta secreta, resolvieron recurrir al asesinato para deshacerse de un hombre á quien no podian combatir abiertamente. La suerte, á que se remitió el designar la mano que debia herir, sacó de la urna el nombre de Carlson, valiente y hermoso jóven, metido en la conspiracion mas bien por espíritu de familia que por convencimiento. Carlson se dirigió á Stokolmo: la comision que iba á desempeñar le horrorizaba; pero obligado por un juramento, se creyó en el deber de cumplir su terrible mision. Una revista le deparó la ocasion de acercarse al rey, que estaba en medio de un corro de oficiales, algunos de los cuales llevaban uniformes mas ricos y brillantes que el suyo: Carlson no habia visto jamás á Gustavo, y se engañó; y como le tembló la mano, el oficial á que se dirigió el puñal no recibió afortunadamente mas que una ligera herida.

El crímen, por no haberse consumado no dejaba de ser capital; se arrestó á Carlson, que no pensó en huir, y se le formó un proceso.

Cuando se supo el arresto de Carlson sucedió el espanto entre los conjurados de Siljan, que se espatriaron temiendo las revelaciones. Pero el corazon que mas cruelmente fué herido fué el de Carlota. La hija de Cronstedt, entonces de veintiun años y una de las mas bellas y mas ricas herederas de la Dalecarlia, era la prometida del desgraciado Carlson.

En cuanto supo el crímen del jóven partió para Stokolmo, decidida á interponer la influencia de los amigos de su familia, y á sacrificar toda su fortuna, si necesario fuese, para llegar hasta el rey y solicitar su clemencia. Carlota, sencilla y confiada como todos los corazones rectos y buenos, no habia previsto los obstáculos que debia encontrar en la ingratitud y el egoismo. Los amigos y allegados de su padre le acogieron al pronto con grandes demostraciones de alegría; pero no bien les esplicó el objeto de su venida, cuando á sus protestas de cariño sucedieron palabras frias y reservadas. Uno solo, mostrando mas virtud ó pudor, no afeó su empresa, y consintió en emplear en su obsequio el favor que tenia en la corte. Pero con el fin de conciliar con su interés personal una intervencion que no dejaba de ser peligrosa, se redujo su cuidado á entregar en manos del rey, sin apoyarlo, un memorial firmado por la jóven.

Ocho dias pasó Carlota en una ansiedad mortal; al noveno la entregaron una carta: no era la respuesta que aguardaba con tanta impaciencia; pero al reconocer la letra de Carlson, se sintió conmovida por el presentimiento de alguna buena noticia. No fueron del todo defraudadas sus esperanzas. Carlson la escribia, que habia sabido por un conducto misterioso su llegada á Stokolmo, y que al mismo tiempo le habian prometido facilitarle aquel mismo dia una entrevista con su prometida: que en su consecuencia, si se dignaba concederle aquel momento de dicha, que se dejase guiar por una persona que iria á buscarla á media tarde.

Dichosa de volver á ver una vez á la persona de quien temia haberse separado para siempre, Carlota se sintió dispuesta á seguir al guia que le indicaban. A la hora señalada se presentó, y con gran sorpresa de la jóven la introdujo en el palacio del rey.

—El protector oculto que se interesa por nosotros, pensó ella, debe ser un personaje poderoso: debe estar con frecuencia al lado del rey, puesto que vive en su palacio; permitid, Dios mio, que se sirva de su

favor para alcanzar el perdon de Carlson, ó de su poder para salvarle.

Conducida á una sala retirada de palacio, encontró en ella á su prometido, que al verla dió un grito de alegría y cayó á sus piés; pero fué un relámpago; su vista, iluminada por la dicha, se nubló al momento, y su cabeza cayó melancólicamente sobre su pecho.

—Esperanza y valor, le dijo Carlota.

—Valor, la respondió Carlson, le tendré; pero esperanza no hay ninguna; mis jueces han pronunciado mi sentencia y me han condenado.

En este momento entró en la sala una tercera persona; á su vista no pudo contener Carlota una esclamacion de sorpresa. Era el minero á quien seis años antes habia socorrido en él valle de Siljan; llevaba absolutamente el mismo traje.

—Veo que me reconoceis, señorita, dijo á Carlota; confieso que no me hubiera servido de nada mi memoria al volveros á ver; habeis crecido, y os habeis hecho mas hermosa desde que nos separamos; pero en vuestra mano veo un recuerdo mio que me ha guiado en esta ocasion.



Carlota presentó su mano al minero, y tenia en efecto en uno de sus pequeños y sonrosados dedos el anillo que él la habia dado.

—Le habeis conservado, señorita, y os doy las gracias; yo no tenia mas recuerdo que vuestro nombre, y ya veis que le he guardado fielmente cuando vengo á veros.

—Y esta vez, dijo Carlota, no me ocultareis ni vuestro nombre ni vuestro rango, porque lo que hace seis años no era mas que una sospecha, ha llegado á ser hoy una certeza. Sí; bajo ese traje vulgar se ocultaba entonces un noble desgraciado, y hoy se oculta quizá un gran poderoso. Dejad penetrar en mi alma un rayo de esperanza diciéndome que no me engaño; ahora soy yo la desgraciada, y estoy segura de que no imploraré en vano vuestro apoyo.

—No, Carlota, teneis derecho á pedirme lo que querais y yo pueda concedéroslo: soy Gustavo de Wasa.

—¡El rey! esclamaron al mismo tiempo Carlota y su prometido.

—Vuestro deudor y nada mas en cuanto al presente, replicó Gustavo levantando á la jóven, que se habia echado á sus piés. Escucha, Carlson, continuó volviéndose al jóven; sé que eres valiente y leal, y sé tambien que tu nombre es querido en Dalecarlia; no quiero pues concederte una de esas gracias á medias, que dejan subsistir las malas pasiones, y que muchas veces las estimulan, imponiendo la precision de fingir una gratitud que no es hija del corazon. Entre los dos no hay término medio; es indispensable que seamos amigos ó enemigos; amigos, toma mi mano; enemigos, toma esa espada y dispon de mi vida, que no me pertenece ya, puesto que se la debo á tu prometida.

Al hablar así Gustavo señalaba con el dedo una espada desnuda que estaba sobre una mesa; pero ya Carlson estaba á sus pies estrechando su mano entre las suyas, bañándolas de lágrimas, y esclamó con voz entrecortada:

—Toda mi sangre, hasta la última gota por vos, señor! Y antes de un mes quiero que Dalecarlia entera participe de mi reconocimiento y admiracion.

Carlson no hizo una promesa vana; tuvo la dicha de atraer al partido de Gustavo á los disidentes de la Dalecarlia, y después, esposo de Carlota y favorito del rey, empleó todos los momentos de su vida en justificar á la una su amor con su ternura, y al otro su amistad por su desinterés.

MARTIN DE ARANDA.

NOVELA ORIGINAL,

POR PABLO GAMBARA.

(Aprobada por el censor.)

(*Continuacion.*)

—¿Tienes que hacer?

—Nada, respondió Martin.

—Pues acompáñame.

—¿Adónde?

—A pasear por las calles. A ver el rostro y el pié de las jóvenes que encontremos al paso, y que á pesar de nuestra juventud nos desdeñarán por nuestro traje, mientras que sonreirán á la vejez opulenta. A observar los escaparates de los almacenes de quincalla, y entretener nuestro tiempo como si poseyéramos una renta que nos evitase el cuidado de pensar en el porvenir.

—Pero yo no puedo hacer eso!

—¿Por qué?

—Tengo que buscar un usurero que me preste para comer y alquilar un cuarto. He reñido con mi familia, y no tengo casa.

Lallana meditó aun algunos momentos, y luego dijo:

—Lo que es un usurero, yo te le podré proporcionar.

—¿Quién?

—D. Venancio Salinas. Un viejo zorro que sabrá esprimirte y prensarte en cuanto seas su deudor, como un hueso de aceituna para sacarle jugo.

—¿Y crees que me prestará?

—Indudablemente si consientes en las condiciones que te imponga.

—En todas consiento.

—Poco á poco. Figúrate que te hará firmar un recibo, por el cual aparecerá que la cantidad prestada, mas los réditos, que son un veinte por ciento al mes, te ha sido confiada en depósito. Si no le pagas, te acusará de estafador ante los tribunales, y serás encarcelado. ¿Consientes?

—¿Qué he de hacer? Me estoy ahogando, y por salvarme me asiré de un clavo ardiendo.

—Pues vamos á casa de Salinas; pero démonos prisa, porque son las diez, y á las diez y media va á casa de su querida, que le ha marcado esta hora para recibirle. En ella encuentra la penitencia de sus pecados. Es un cáncer que le come el corazon, la salud y la fortuna, y que le domina con un cetro de hierro, como los nobles rusos á sus vasallos, empleando á su imitacion el látigo para castigar sus faltas.

Hablando así llegaron los dos amigos á casa del usurero, que los recibió con recelosa frialdad, profundizando hasta el fondo del corazon de Martin con sus miradas inquisitoriales, y oponiendo dificultades sobre dificultades para el préstamo: por fin, batido en sus últimos atrincheramientos, consintió en entregar mil reales, bajo las condiciones anunciadas por Lallana. Martin sintió que se le quitaba un peso del corazon; pero de su semblante no desaparecieron del todo las nubes que le cubrian. Habia respirado como el jugador que después de haber visto la pinta de la carta contraria á la suya, ve el número diferente, y se alegra porque no ha perdido; pero que no deja de temer, porque aun no ha ganado sino tiempo.

El primer empleo que hizo de aquel dinero fué jugarle, y tuvo la fortuna de ganar, con lo cual su suerte mejoró mucho por el momento. Vistióse elegantemente, se aposentó en una casa de huéspedes de

decente apariencia, y pagó á Salinas sus mil reales que podian costarle la libertad y la reputacion. En seguida procuró frecuentar los salones, no solo por gusto, sino por necesidad, pues la policía dió en perseguir las casas de juego, y los jugadores se vieron obligados á acogerse á los asilos en que ella no tenia entrada.

El mismo Lallana le propuso presentarle en una casa en que podria jugar sin temor á la policía, que no osaria perseguir el vicio en traje de etiqueta, y cumplió su ofrecimiento.

—Esta casa es, le dijo el dia de su presentacion, la de D. Fernando de Varela, enriquecido en nuestro tiempo, y sin que se sepa cómo: hombre que odia tanto al pueblo como á la aristocracia de título, de quien se cree igual en rango porque es recibido en algunas de sus reuniones. Su mujer es una especie de estátua de salon, en quien nadie repara; tiene una hija bella y pura como un serafin. En su casa se reune la mejor sociedad, y allí podrás conocer á los hombres notables de España, que siempre parecen menores de cerca que de lejos, y á muchas medianías que parecen menos de lejos que de cerca.

Efectivamente, esta sociedad era en un todo igual á la pintura. Don Fernando, que tendria unos cincuenta años, era alto y seco como un ciprés, sus ojos negros y penetrantes, su nariz aguileña, y su bigote entrecano. Martin, recibido con el agrado y la gravedad que ordena la buena educacion, comenzó á observarle, y en una conversacion notó estas máximas.—El que no tiene todos los vicios, no tiene todos los placeres.—Malo, es sinónimo de inútil.—Hombre de bien, es el que mejor sabe representar. ¿Era cínico D. Fernando, ó repetia solo palabras oidas en otra parte y que cambiaba como los niños las monedas sin conocer su valor?

Cristina, su hija, llamó mas la atencion de Martin. Sus bellas formas, quizá un poco gruesas, pero magníficamente delineadas, su cutis nacarado, su nariz griega, sus ojos azules y su cabellera rubia, todo era en ella perfecto y todo estaba rodeado de esa aureola mágica, de ese perfume embriagador que en una mujer como ella, con ademanes de reina, obligaba á la adoracion. En otra esfera, hija por ejemplo de una viuda de Montepío, Cristina hubiera sido devota, y la religion es para el pueblo; y ella, siguiendo la costumbre, solo adoraba la sociedad.

Entre la concurrencia sobresalia por su tontería un jóven de veinte años á quien llamaban D. Santiaguito, preciado de poeta, músico, bailarin, chistoso, desconsolado y maestro de armas, especie de ortiga de aquel ramillete, mosaico de necedades, y ente en fin de los que por desgracia nuestra hay tantos en todas partes, ansiando siempre ponerse en espectáculo para diversion y risa de los que los miran.

Los demás de la concurrencia no merecen que en ellos paremos la atencion.

La vista de aquel salon produjo en Martin una agitacion, una tormenta de ideas, que solo se puede comparar con lo que sentiria Luzbel si se asomase á las puertas del cielo. El esplendor de las bujías, reflejadas en las pedrerías, el oro y los espejos; los aromas de la encendida atmósfera, que semejaba una impalpable gasa de plata; el concierto de la música voluptuosa que se derramaba en torrentes de armonía, todo le pasmó al pronto y le arrebató de entusiasmo. Después, cuando comparó su casa con aquel salon, su vida con la de aquellos seres, cuyos ojos brillaban de amor, y cuyos labios sonreian de felicidad; cuando oyó aquellas galantes conversaciones, aquellas palabras de mágica melodía, que parecian prometer un paraiso, dirigidas á aquellos hombres, en cuyas tersas frentes no se descubria el sello del dolor ni del pensamiento fijo, el puñal de la envidia atravesó su corazon, y el ódio de la desesperacion relampagueó en sus ojos. ¿Cómo podia aspirar á aquella felicidad, él, sin nombre, sin fortuna, que tenia que hacer por sí mismo todo lo que los demás encontraban hecho al nacer? Y aun aquello no era mas que el primer paso de su ambicion. Engendrada en la soledad, y alimentada en ella durante tanto tiempo esta ambicion, era grande, incomprensible como un sueño febril. No se contentaba con brillar en una patria; necesitaba el mundo; no la bastaba llegar al trono; en una cosa queria todos los tronos á la vez, todas las famas, y en el paso mas fácil encontraba una multitud delante de él que le estorbaba sin saberlo; una multitud, para quien era la vida del placer; la familia elegida por la suerte que tenia entre las dos doradas y afiligranadas torres de su palacio el lucero de la felicidad. Meditó como acaso alguna vez medita el mendigo en las noches de invierno, sentado á las puertas del rico que se embriaga en el festin. Los pensamientos del mendigo terminan en un suspiro ó en una blasfemia, los de los hombres como Martin producen muchas veces una revolucion semejante á la de Francia en el 93. Hé aquí, decia Martin, la igualdad de las condiciones; el pobre que muere de hambre está libre de indigestiones, que asesinan al rico; el uno cae rendido de fatiga trabajando, y el otro de la fatiga del placer. Mi esfera es tan feliz como esta! Olvidaba que no tenia esfera propia, que era un ser fuera de su elemento, y por esto padecia mas que nadie.

Sumergido en sus pensamientos, habiase retirado á un rincon, desde el cual observaba el salon como Tántalo en su hambre y su sed miraba el agua y las manzanas. Cristina vino á sentarse á su lado por casualidad; y tanto por apartar de sí sus tétricas ideas como por miedo de pasar por tonto, el jóven comenzó con ella una conversacion insignificante. Cristina tenia una voz dulcísima, y ese ingenio de salon que tan bien saben manejar las mujeres, y que como una red de oro aprisiona nuestra inteligencia. Martin, oyéndola, se creyó en un bosque encantado, en que las aves desconocidas suspiraban himnos de amor; algunas veces dudó de su propio ingenio, perdiéndose en aquel artificioso juego de ideas á que no estaba acostumbrado; y aunque durante algun tiempo sostuvo la lucha, postró al fin su corazon en señal de rendimiento á los piés de su rival. Esta conoció bien pronto el poco conocimiento de mundo y el tímido candor de Martin, y por un capricho, muy frecuente en el bello sexo, quiso cuidar y abrir aquella flor en capullo. ¿Conoceis, lectores, una comedia que se llama *La primera leccion de amor?* pues Cristina representó el papel que en aquella representa Elisa, y Martin no quedó menos engañado que Federico.

Volvió á su casa loco de alegría, y soñó que Cristina le amaba, y se lo decia sonriendo, con su dulcísima voz, que le encantaba como al santo de la leyenda el cantar del ave del paraiso. En aquel momento de delirante entusiasmo, todos los dolores del pasado, todos los temores del porvenir habian desaparecido de su alma, y solo vivia en el presente; pero no en el presente real, sino en el presente de sus ilusiones. Como él mismo decia, un ángel habia pasado por su lado, iluminando su corazon con la vivífica mirada de sus ojos azules. Efectivamente, el tiempo estaba encargado de demostrarle que habia encontrado un ángel en su camino; pero este ángel no era seguramente Cristina.

III.

UNA VIRTUD SOCIAL.

Un mes después de estos sucesos, el invierno, la estacion de los ricos, estaba en toda su fuerza, y los húmedos paseos en que los secos árboles elevaban sus desnudas ramas, solo eran visitados en los escasos dias en que el cielo, del mas bello azul del año, se engalanaba con un dorado rayo de sol. Las amantes seranatas habian enmudecido; el prado se oscurecia olvidado; el bullicio y la animacion de las calles dormia en el silencio y la soledad; pero los teatros se llenaban de espectadores cubiertos de terciopelo, de oro y pedrería; las salas de la clase media se abrian á la tertulia de confianza, y los salones del gran mundo al deslumbrante baile de sociedad, con sus intrigas, sus odios, sus venganzas y sus amores efímeros, que nacen y mueren en una noche, y que semejantes á la gota de rocío que cae en el lago, alteran un momento la superficie del alma, pero no dejan huella detrás de sí. La vida se retiraba al centro de la sociedad como en el cuerpo humano el calor se acogia al corazon, y el arte, en lucha siempre con la naturaleza, como Lucifer con Dios, hacia florecer en la estacion de la sombra y la tristeza, sobre una tierra estéril y helada y bajo un cielo brumoso, las perfumadas flores de los placeres.

Los periódicos en su gacetilla publicaban diariamente el anuncio ó la descripcion de los bailes de gran tono, halagando la vanidad de las personas que los habian dado, y entusiasmando á las curiosas modistillas que leian estas descripciones con tanto placer como las picantes aventuras de las novelas de Paul de Koc. Uno de los nombres que mas se repetian era el de D. Pedro, porque sus bailes eran frecuentes y concurridísimos.

Martin seguia asistiendo á ellos, señal de que la rueda de la fortuna, en que se apoyaba su felicidad, no habia girado aun haciéndola venir á tierra, pues la miseria, como un ángel de flamígera espada, hubiese guardado entonces la puerta de su paraiso. Pero he hecho mal en dar este nombre á los salones del gran mundo, pues Martin no gozaba en ellos la felicidad, sino que como aquellos reos á quienes ahorcaban antiguamente con los piés al rape del suelo, aumentaba su tormento por los esfuerzos que hacia para llegar á él. Cristina le fatigaba con un amor incomprensible, que se le deshacia en humo al estrecharle entre los brazos para aparecer mas lejos, sonriéndole con voluptuosidad. Habia acercado á sus sedientos labios la dorada copa del amor, y la retiraba en cuanto conocia que á la vista del licor sagrado se levantaban rugientes y delirantes en su corazon todas las pasiones adormecidas ó desmayadas. Era la Wili que le sorprendia en medio de la noche, incitándole con su fantástica danza, hasta hacerle morir de cansancio y desesperacion... quizá para empujar después su cadaver con el pié y alejarse sonriendo.

Una noche Martin, sentado con Lallana á una mesa del café de***, se lamentaba de este tormento ignorado, y que hasta entonces habia encerrado en su pecho como en una tumba. Lallana le escuchaba con

interés y curiosidad, pues sospechaba que disecando aquel sentimiento encontraria una nueva fibra del corazon humano, el único estudio interesante para él.

—Esa mujer me matará, decia Martin. Es para mí un problema de cuya solucion depende mi vida, y me afano por profundizar en su alma como el jugador por ver salir la carta de que depende su fortuna. Hay veces que la creo superior á las demás mujeres y la adoro como á un ángel que ha plegado sus alas envolviéndose en su manto de oro y azul. Otras veces, por el contrario, me parece inferior á su sexo, y no sintiendo latir su corazon al poner la mano en su pecho, me retiro desdeñándola como á una griega estátua de mármol. Imposible me seria decirte las voluptuosidades con que ha acariciado mi amor su voz de sirena en sus horas de ternura, los poemas de felicidad que me ha revelado su sonrisa, el cielo de goces ignorados que he descubierto á través de sus ojos azules, húmedos de deseo, y por los cuales he creido ver la inmensidad. La he sentido palpitar bajo mi amor, caer desfallecida, doblarse como el sauce en la tempestad, y animarme con sus miradas suplicantes y apasionadas... Luego de pronto ha cambiado todo: su cuerpo se ha enderezado; el amoroso pudor, que descendiendo de la frente cubria su rostro como un rosado velo, ha desaparecido; el fuego del amor se ha estinguido en sus ojos sustituyéndole el fuego del ofendido orgullo, y me ha dicho con su voz de reina:

—¡Caballero, me falta V. al respeto! ¿Me ama esta mujer? No: porque si me amase no se gozaria en martirizarme, exacerbando mis deseos, que no ha de satisfacer. Pero si no me ama, ¿por qué esta comedia? ¿He cometido un crímen tan grande con amarla, que merezca esta expiacion? No sé; me pierdo sumergido en un piélago de dudas, y no encuentro la clave del enigma

—Eso consiste en que estás ciego de enamorado, dijo Lallana, y no lees en su corazon; que en otro caso no te ofreceria ninguna duda. Esa mujer tiene el alma corrompida como la de una ramera; pero es sivarita del vicio y no quiere romper con la sociedad. Toma de ti toda la felicidad que puedes darla, sin devolverte ninguna en cambio, y cuando ha bebido el licor arroja la botella. Así concilia la pureza y el placer. No es una escepcion en el mundo; hay muchas mujeres que se la parecen; y si no fuera por el natural rubor que embarga mi lengua desde que me he dedicado á la lectura de las novelas inglesas y alemanas del siglo pasado, en que los personajes marchan impávidos por los senderos del vicio, ensalzando la virtud; si no fuera por esto, yo te esplicaria físicamente las irregularidades de esos corazones femeninos que tanto te cuesta hoy esplicar.

—Esto de no saber si debo admirarla ó despreciarla... murmuró Martin; que sumergido en sus pensamientos apenas habia oido á su amigo.

—Despreciarla, sin duda alguna, respondió Lallana muy admirado del poco éxito de su discurso.

—¿Quién sabe? acaso teme el escándalo...

—Indudablemente.

—Y bien: en ese caso es disculpable, porque no todas las mujeres tienen valor para romper con la sociedad.

—El amor, como el vino, da osadía en su embriaguez. Poco te ama quien te sacrifica al qué dirán.

—Si la detiene la virtud...

—¿Por qué incita entonces tus deseos? ¿Por qué los acaricia en sus momentos de abandono? Es preciso elegir entre la virtud y el placer. No se puede andar por los dos caminos á la vez, y la virtud no vacila.

—Puede esforzarse por ser virtuosa, á despecho de su naturaleza que la incline al vicio, y esta vacilacion producir mi martirio.

—Puede ser.

—En ese caso es digna de admiracion.

—Y no seré yo quien la niegue la mia. Pero dime: ¿evita ella continuamente vuestros coloquios á solas?

—No; mas bien los busca. Unicamente tiene cuidado de que se verifiquen donde haya gente cerca que pueda acudir á su voz. Un dia que, cegado por la pasion, iba á olvidar todos mis deberes y á usar la fuerza para dominar su orgullo, llamó y se presentó su doncella, que estaba en la pieza inmediata.

—Pues entonces podemos ambos dispensarnos de admirarla. La virtud puede vacilar, puede caer; pero una vez advertida huye el peligro. La prudencia es su esencia. Cristina no te se niega por virtud, sino por vicio. Cristina es una mujer despreciable.

—¿Pero qué he de hacer? esclamó Martin, porque yo la amo; ¡oh! la amo con delirio.

—El remedio seria mas fácil si la amases menos. Tu asunto es cuestion de tiempo, te diria yo entonces. Hay un momento en tus conversaciones con ella en que su voluntad se anula: arrástrala entonces hasta un punto, del cual no pueda retroceder.

—Tú crees...

—Que si no se tratase sino de tu orgullo, esto seria lo mejor; pero se trata de un sentimiento mas delicado, y las consecuencias podrán ser fatales.

Martin dudó un momento, y luego dijo con resolucion:

—Probaré.

—Juegas el todo por el todo.

—Esa es la jugada que mas me gusta. No puede resultarme una cosa peor que la incertidumbre que me mata. Hoy mismo terminará.

Se levantó, llamó al mozo, le pagó, y salió con Lallana; pero al pasar por la mesa inmediata que habia estado á su espalda durante su conversacion, no pudo contener un grito de sorpresa. Margarita estaba en ella con su madre, y habia oido probablemente su secreto. Esta sorpresa turbó tanto á Martin, que volvió atras rápidamente y salió por otra puerta, arrastrando consigo á Lallana, maravillado de aquel suceso, que no acertaba á comprender.

Margarita le siguió con una mirada que valia un poema; una mirada de esas que vuelven loco de amor á un artista que las sorprende; su rostro estaba pálido como el de un cadáver, pero sus labios no exhalaron un suspiro, ni una lágrima corrió de sus ojos. Espantada de su mismo dolor desesperado, le encerraba todo entero en el sepulcro de su corazon; porque si hubiese dejado escapar un solo gemido, su alma entera se hubiese desbordado detrás.

IV.

HISTORIA SECRETA.

Una hora después Martin subia á casa de D. Fernando, que aquella noche daba un baile; pero no se dirigió á los salones, sino que dando un rodeo por las habitaciones que le eran bien conocidas, penetró hasta la cámara de Cristina.

Una religiosa emocion agitaba su alma al penetrar en aquel santuario de sus amores, como la que se apodera de nosotros al recorrer un templo solitario, cuando la fé vive en nuestro pecho. Una lámpara de mármol blanco pendiente de la bóveda bañaba los objetos de tibia y rosada luz, la luz misteriosa que convida á la voluptuosidad, y el ambiente esponjaba los sentidos con el aroma que tomaba de un lujoso ramo de flores colocado sobre una consola. Era el mismo aroma que Martin habia aspirado tantas veces al lado de Cristina cuando se embriagaba en su amor, y que él creia que formaba una parte de su ser. Toda la habitacion estaba además llena de sus recuerdos. La muelle otomana conservaba la huella de su cuerpo de ángel, y delante de ella permanecian aun sobre la alfombra las diminutas botas que habian encerrado sus piés, por los cuales hubiera dado diez zequíes un sultan asiático, gastado en las voluptuosidades de su serrallo. Sobre una silla se veia el vestido de seda que se acababa de desnudar, y sobre otra el peinador blanco en que por la mañana habia envuelto sus rosadas formas al salir del baño perfumado; los blancos guantes, el bordado pañuelo, el calado abanico de nácar y oro, detrás del cual se habian ocultado tantas sonrisas y dicho tantos secretos, estaban tambien allí sobre la consola, olvidados un momento hacia junto á las joyas de inestimable valor. Y en el fondo, á través de dos cortinas, blanca la una y la otra carmesí, sostenidas por una cornisa dorada y sujetas á los lados en pabellones, en la alcoba de Cristina se descubria su lecho virginal, sumergido en la sombra misteriosa que tanto deleita al amor.

Martin lo veia todo, y su emocion crecia á cada momento. Sus deseos se enardecian y se purificaban á la par, adquiriendo un no sé qué de solemne y religioso. La religion del amor inventada por Petrarca para complacer á Laura, se revelaba á su alma, y comprendia que para quien ama de veras, aun en el momento en que los sentidos se desencadenan, rugiendo y agitando el alma como los vientos la mar en la tempestad, queda en nosotros un sentimiento mas puro y delicado, que constituye la esencia del amor, un lucero dorado que brilla á través de las negras nubes en medio de aquella tormenta.

Oh! los que no han poseido sino mujeres vulgares; los que no se han visto levantados al cielo en alas de esos ángeles ó demonios, como querais llamarlos, que os hacen adorarlos en sus debilidades, y admirar sus pequeñeces, que divinizan la materia ó materializan el espíritu en sus goces, y que amaestradas por la ociosidad en el culto de los sentidos, realzan con un arte oculto sus gracias y sus placeres; los que no han conocido esto, ignorarán siempre lo que son los placeres del amor. La voluptuosidad propiamente dicha es una planta delicada que solo se conserva en los ricos salones del gran mundo, y que espuesta al aire y al frio se marchita, perdiendo sus aromas y colores.

Martin sintió ruido y conoció el leve pisar de Cristina, que apenas rozaba el suelo con los piés. Tambien percibió su voz, que llamaba á su doncella desde la puerta.

Martin se escondió en la alcoba, detrás de las colgaduras de la cama, y permaneció silencioso.

(Continuará.)

EL REY DE LOS ALAMOS.

BALADA.

¿Quién tan tarde cabalgando
marcha entre el viento y la lluvia?
Es el padre, lleva á su hijo,
y su caballo apresura,
porque la noche es sombría
y la negra selva cruzan.

EL PADRE.

¿Por qué á tu bello rostro, niño mio,
los pliegues de tu capa loco llevas?

EL HIJO.

Padre, el rey de los álamos, con manto
y corona se acerca.

EL PADRE.

No es nada, son las nubes del poniente
que se ven á lo lejos por la selva,
y entre las ramas de los altos olmos,
parecen aun mas negras.

EL REY.

Niño, vente conmigo á mis palacios
cubiertos de tesoros y riquezas;
ven, trenzarás con flores de mis prados
tu rubia cabellera.

EL HIJO.

Padre, padre, ¡qué cosas me promete!
¿No oyes su voz que por el aire suena?

EL PADRE.

No oigo nada, hijo mio; solo el aura
que entre las ramas juega.

EL REY.

Niño querido, ven, allí mis hijas
te mimarán, y al baile irás con ellas,
y dormirás en su regazo, oyendo
sus dulces cantilenas.

EL HIJO.

Padre, padre, ¿no ves allí las hijas
del gran rey de los álamos, qué bellas?

EL PADRE.

No es nada, son los sauces, que los rayos
de la luna reflejan.

EL REY.

Cuánto te amo! tu cara me enamora:
ven niño, ven conmigo á la pradera:
ven por tu gusto. ¿No? pues es inútil;
te llevaré por fuerza.

EL HIJO.

Padre, padre, me coge; ya me tiene
entre sus brazos; sin cesar me aprieta:
daño el rey de los álamos me ha hecho.
¡Ay padre, que me lleva!...

Tiembla el padre, y á su hijo
lleva en su seno apretado,
y por la selva sombría
apresura su caballo...
llegan á su casa... el padre
habia á su hijo ahogado.

TRADUCIDA DE GOETHE.

EL 15 DE MAYO.

Oh villa del madroño,
que llaman muy heróica;
pasó ya medio mayo
vistiéndote de rosas.
Ya el rio que pudieran
secar un par de bombas,
y es rio por lo mismo
que muchos son *personas;*
El pobre Manzanares,
el de las flacas ondas,
aumenta con dos puentes
los muchos que le agobian.
Ya se asomó del quince
á su balcon la aurora,
vestida de azucenas,
vino, escabeche y roscas.
Madrid! Madrid! levántate,
los *omnibus* te acosan,
el campo te convida:
¡sus! corre á cazar monas.
Y á San Isidro ofrece,
en ondulantes fondas,
el fondo del bolsil'o
para llenar la andorga.
O en el estéril campo
revuélcate y retoza,
que para tí no hay penas
cuando te ofrecen bromas.
Allí el comercio lleva
las artes españolas,
y desgarrando oidos
mil famas las pregonan.
El *génio* allí en soldados
el rudo plomo torna;
y el sucio barro en ángeles,
en címbalos y en ollas.
Allí el amor alquila
los ojos y las bocas,
y vé la luz lejana
de la nupcial antorcha.
Allí cándidos párvulos
graciosamente lloran,
porque el papá les compre
lo que él tiene de sobra.
Allí los tiernos tórtolos
arrullan á sus tórtolas,
y las mamás esclaman:
«lo mismo éramos todas.»
Allí uno que hace guiños
á dos niñas hermosas
tropieza, abre los brazos
y estrecha á una fregona.
Allí el que cura al prójimo
ó le hace ir á la gloria,
aspira á que lo mismo
con él hagan sus cólegas;
Y por cualquier disputa,
el que por otro aboga
consigue dar trabajo
al que la fé atesora.
Allí el tosco paleto
con el doctor se roza,
y el que anda sin zapatos
con el que huella alfombras.
Y allí juntos acaso
sin que ellos se conozcan,
el que estos versos mira
y el que los firma ahora.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



SAN FRANCISCO JAVIER, APOSTOL DE LAS INDIAS Y DEL JAPON BAUTIZANDO A LOS INFIELES Y A LOS GENTILES.

Tal es el asunto de una pintura que M. Chasseriau acaba de hacer para la iglesia de San Roque de París. San Francisco Javier, el ardiente misionero de las Indias, se halla en medio de un grupo atraido por sus palabras: en él se hace notar una figura pintoresca de buen carácter, una mujer que levanta en los brazos á su hijo para atraer sobre él la bendicion del predicador: todas las demás están dibujadas correctamente y con la mayor naturalidad. Este cuadro ha llamado con razon la atencion de los inteligentes, y ha valido á M. Chasseriau nuevos elogios sobre los que ya habia merecido por sus anteriores obras.

21 DE MAYO DE 1854.

MI VIAJE

A LA REPUBLICA DEL ECUADOR.

SEGUNDA PARTE.

(Conclusion.)

III.

Desde noviembre de 1842 hasta abril de 1843.

A los nueve dias de navegacion, sin ocurrir suceso alguno que digno sea de particular mencion, llegué á la isla de Jamáica, continuando á poco á Cuba, con deliberado intento de proseguir rápidamente hasta España; pero «el hombre propone y Dios dispone:» mi estancia en Santiago se prolongó por cinco meses.

Se me habrá de disimular el que aquí vuelva yo á tocar el capítulo de los terremotos y temblores de tierra; el órden de los sucesos, que es el que sigo en mi narracion, lo exige así.

Sobre mediados de febrero (1843) recordarán muchos que los periódicos americanos venian llenos de los horrorosos detalles del terremoto de las islas de Santo Domingo y la Guadalupe, de cuyas consecuencias esperimentaron grandes temblores en todas las demás antillas: las principales ascienden al número de veintiocho, siendo, como es sabido, las mayores y mas célebres, Jamáica, Santo Domingo y Cuba, donde en la actualidad me encontraba, y hube nuevamente de esperimentar las sensaciones que llevo descritas en el temblor de Guayaquil.

La Guadalupe es una antilla francesa que se divide en tierra alta y baja: parecia natural que el terremoto hubiese hecho en esta última sus estragos: fué al revés: á esta la salvó, segun se cree, un volcan que se formó en 1798, mientras que la Pointe-Apitre (tierra alta) la tragó el mar con mas de mil almas!

En la isla de Santo Domingo (república de negros, donde gobierna el emperador Soulouque) la ciudad de Haïti fué arrasada; ocurriendo esta catástrofe durante el dia, los fogones de las cocinas ocasionaron un general incendio, viniendo á completar este cuadro de desolacion muchos soldados negros que dieron en querer despojar y matar á los habitantes blancos que residian entre ellos, y si no me engaño, recuerdo haber leido en uno de los periódicos de entonces, que acometido un caballero inglés, que á nado sobre una tabla pugnaba por alcanzar un buque de su nacion anclado en el puerto, vió degollar á dos hijas suyas sin que pudiese salvarlas. Algunos buques, arrancados con sus áncoras, fuéron arrojados fuera del mar, dentro del pueblo, y otros á pique, y dos mil cadáveres fuéron hallados en los escombros de Haïti. ¡Dia de llanto fué aquel y de tribulaciones!...

Al mes de esta catástrofe regresé yo de nuevo á Kingston; de aquí me dirigí á Puerto-Rico, y en una pequeña escala que hicimos en el cabo Haïti, salté á tierra y por mis propios ojos ví aquella necrópolis, que me causó una singular impresion de horror! Aun entonces todavía dormian mas de 1,000 negros todas las noches al aire libre y en la playa, orillas del mar.

Cuando llegue á San Juan de Puerto-Rico hallé medio desierta la ciudad; muchísimas familias emigraban, unas al campo, otras fuera de la isla, porque por espacio de tres semanas habian estado viendo con frecuencia esas señales y ruidos subterráneos que preceden á los temblores, pero sin efectuarse sacudimiento alguno, lo cual asustaba aun mas si se quiere, temiendo de esas subterráneas revoluciones quizá algunas erupciones volcánicas, hasta en medio de la misma poblacion; sus habitantes estaban en su mayor parte poseídos de pánico terror!...

Cuando abandoné aquel suelo en los primeros dias de abril, esos siniestros amagos habian cesado, y las familias iban regresando de su emigracion.

El *Uruguay*, bergantin mercante, se daba á la vela para Cádiz: tomé pasaje en él, junto con otros sesenta pasajeros de ambos sexos, personas en la generalidad de buena sociedad. Simpaticé especialmente con el señor E... persona distinguida, de buen trato, y de una instruccion poco comun.

Cierto filósofo preguntaba en ocasion de ir embarcado, ¿qué grueso tenian las tablas del buque?—Tres dedos, le contestaron, y él repuso:

—¡Pues á tres dedos estamos de la muerte!...

Esta consideracion, y la de verse un pequeño número de personas, siquiera fuesen antes desconocidas, segregadas durante la navegacion de otro trato humano, hace que los pasajeros, en casos análogos, á los pocos dias se consideren como pertenecientes á una sola familia, ¿qué digo? á las pocas horas.

Una navegacion algo larga viene á ser para el pasajero (no para el marino) un paréntesis de su vida; á poco tambien, como el marino, se connaturaliza con las cuatro tablas del buque de quien habla, cual si fuese un ser animado. Cuando el violento embate de las embravecidas olas hace crugir lastimeramente su arboladura, esclamó con el marino: ¡como se queja el pobre! y pretenden animarlo con los epítetos de valeroso, velero y otros.

Siendo esto así, y que los pasajeros se consideran á poco cual hermanos, no hay que estrañar que me uniese yo pronto con una amistad estrecha hácia un sugeto á quien jamás habia antes conocido.

Con el señor E... tuve pues durante mi navegacion á Cádiz (donde llegué sobre el 10 de mayo) frecuentes y largas conversaciones concernientes á un problema histórico que siempre me preocupó desde que pasé á ultramar.

IV.

Conclusion.—Mayo, 1843.

¿Cómo y por dónde pasaron á los vastísimos paises de América sus primeros pobladores?

Cien veces me hice á mí mismo esta pregunta. Mi amigo y yo, en su consecuencia, nos propusimos examinar las várias opiniones de los autores que trataron de deshacer ese nudo, parecido al que envió Darío á Alejandro Magno.

Segun la Escritura, y es dogma de fé de nuestra religion, Adan y Eva fuéron padres universales del linaje humano; luego es imposible negar de que los primeros pobladores de la América hayan salido de este nuestro continente.

Hace 360 años, las Américas no se conocian aun; y cuando en 1492 las descubrió Cristóbal Colon, las halló pobladas de gentes y de animales feroces. Reasumamos.

1.° No se sabe que haya existido nunca comunicacion por tierra entre nuestro continente y la América.

2.° De animales no se salvaron del diluvio universal mas que los pocos que entraron en el arca con Noé.

3.° No se conocen las Américas sino hace 362 años.

4.° Los primeros pobladores del mundo fuéron Adan y Eva.

Pregunto otra vez: ¿cómo se esplica la poblacion de las Américas?

Los herejes ó pre-adamitas, secta así llamada porque afirman que Dios crió otros hombres en el mundo antes que formase á Adan, dicen:

Al sesto dia de la creacion crió Dios al hombre, varon y hembra, esto es (como ellos lo entienden), muchos varones y hembras, repartidos en las varias regiones del orbe, del mismo modo que no produjo una planta sola, sino muchas de cada especie en varios parajes de la tierra.

2.° Mucho después crió Dios á Adan y Eva; y que estos no son tales progenitores de todos los hombres y solo sí del pueblo Judáico, razon por la cual Moisés solo habló de Adan y Eva como primeros padres, porque escribia la historia del pueblo Judáico y no la del mundo.

Los apoyos de tan *impío* sistema se toman de algunos pasajes de la Escritura *perversamente* interpretados.

No nos detendremos á impugnar sus doctrinas ni las de otros por el estilo ya pulverizadas, y pasaremos á examinar otro sistema: el que sin herir de ningun modo los sagrados dogmas de nuestra fé católica, puede dejar satisfechos á los mas descontentadizos: es como sigue:

En el trascurso de tantos siglos como hemos atravesado, no hay que dudar, la disposicion esterior del orbe terráqueo es hoy bastantemente distinta de la que fué en otro tiempo. Asentada esta verdad, es fácil concebir que aunque hoy los dos continentes estan divididos, en los tiempos antiquísimos pudieron estar unidos ó comunicarse por tierra: por consiguiente, que por aquella parte donde habia dicha comunicacion pasasen los hombres y los brutos á la América.

Ninguna repugnancia ó inconveniente puede haber en suponer que en el sitio donde se creyó estar el estrecho de ANIAN, ó en otro alguno de los mas septentrionales de Asia ó de Europa, hubiese un istmo que sirviese como de puente para transitar de un continente á otro, y al cual después los contínuos embates del Océano fuesen rompiendo poco á poco hasta abrirle del todo y hacer piélago lo que antes era tierra firme. Ni aun era menester ese embate contínuo del mar por espacio de tantos siglos, porque un terremoto en poco momento podia hacer todo ese estrago.

Plinio, Strabon, Séneca y otros autores dan repetidos testimonios de que varios terremotos, dividiendo ó precipitando en anchísimas cavernas grandes espacios de tierra, dieron lugar á que los cubriese el Océano.

Así fueron sumergidas con sus territorios las dos ciudades de Pyrrha y Antusa, cuyas ruinas cubre hoy la laguna Meotis, y las de Elice y Bura, en el seno de Corinto. Así tambien robó el mar mas de 30,000 pasos á la isla de Cea (hoy Zia).—Recuerdo haber leido, no sé donde, que constaba por relacion de antiguos escritores que estuvo

un tiempo unida la Sicilia á Italia; y la Eubæa (hoy Negroponto) á la Boecia; la isla de Chypre á la Syria; la Leucosia al promontorio de las Sirenas. Ora sea que estos cataclismos los produjeran los terremotos ó el mar en grandes tempestades, es igual; de todos modos la misma causa que rompió aquellas tierras para dar paso al mar entre ellas, pudo, siendo mas continuada ó mas vehemente, romper la union que hubiese entre nuestro continente y la América, sustituyendo en lugar de la tierra que los enlazaba, ó un estrecho de mar, ó un anchuroso piélago.

Para mayor prueba de las grandes inmutaciones que pueden producir los terremotos en la superficie del globo terráqueo, recordemos el ocurrido en Canadá (año 1663) que arruinó mas de 400 leguas de país: chocáronse entre sí las montañas, y algunas enteramente arrancadas de su base, fueron precipitadas en el gran rio de San Lorenzo. Otras fueron sepultadas en los senos de la tierra abierta debajo de ellas.—Una cadena de rocas que ocupaba mas de 100 leguas, se hundió, dejando en su lugar una dilatada planicie. Desde aquel terremoto hay en aquella region rios y lagos en sitios donde antes habia montes inaccesibles (1).

Por lo que hace á la decantada Atlántida, no merece la pena de impugnarla siquiera; pero aun dado de bueno que no fuese fabulosa la isla Atlántida, no bastaria su existencia para resolver la dificultad... porque segun la relacion de los que creyeron que existia, dicen que entre la dicha Atlántida y el continente mediaban otras islas (quieren que sean las de Barlovento), en cuyo caso los hombres bien hubiesen podido pasar al continente americano, pero no los brutos; y si bien los hombres hubiesen trasportado animales domésticos, no cabe en cabeza de nadie que tuvieran el pésimo gusto de trasportar bestias eroces, y miles de animales nocivos que pueblan aquellos bosques.

Tierra y agua, desde que el mundo es mundo, fueron dos contendientes en continua guerra, alternando represalias y usurpaciones uno sobre otro.

En un tiempo y país robó el mar algun espacio á la tierra; en otro país y tiempo recobró la tierra su pérdida, robando algun espacio al mar.

La produccion de nuevas islas en diferentes lugares y épocas es un hecho incontrastable. En 1707 se formó una nueva isla de bastante estension en el Archipiélago, cerca de la de Santorin, y lo que es muy de admirar, en un sitio donde el mar era profundísimo.

Tampoco cabe duda que en muchos siglos el mar se ha retirado á bastante distancia de muchas playas. Rábena, por ejemplo, fué un tiempo puerto de mar, el principal que tenian los romanos sobre el Adriático; hoy dista tres millas del mar, y todo el espacio intermedio es muy fértil. (Rábena dista 55 leguas de Roma, y allá está enterrado el Dante.)

No quiero dejar de observar, porque tambien hace al caso, que sin necesidad de terremotos, ni olas, ni trascurso de siglos, se ha notado levantarse el suelo en una parte y humillarse en otra. En el año 1714 por el mes de junio cayó súbitamente la parte occidental de la montaña de Blaveret, en los Alpes, y resultó formarse en aquel sitio lagos muy profundos; como no se descubrió vestigio alguno de betun, ni de azufre, ni cal cocida, conocieron que no hubo terremoto; así parece que la montaña cayó por haber flaqueado en su base.

Otro ejemplo: en una Gaceta de Madrid se refirió que á mediados de junio del año 1733, en la provincia de Auvergne, entre Clermont y Aurillac, se aplanó una gran montaña que ocupaba dos leguas de terreno.

De todos estos antecedentes se desprende como consecuencia necesaria, que es ocioso buscar en los mapas el rumbo por donde los primeros pobladores de la América pasaron á aquellas regiones. Estaba la superficie del globo diferentísima entonces que ahora, y el paso de los animales feroces prueba que habia paso por tierra, aunque ahora no se halla.

Hé aquí pues, si no deshecho, al menos cortado del mejor modo posible ese nudo gordiano; con lo que doy fin á mi narracion, suplicando á mis lectores me disimulen la digresion, algo árida si se quiere, en cambio de lo que pueda tener de curiosa.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

(1) Reguault, tomo II, conversacion 8.

JEROGLIFICO ROMANO DE LLERENA.

NOTICIA INÉDITA DEL SEÑOR JUAN ALONSO FRANCO, ANTICUARIO DEL SIGLO XVI.

Se sabia que Juan Alonso Franco habia sido discípulo y colaborador de Ambrosio de Morales; mas sus obras no se conocian, cuando al venir yo en 1833 á la ciudad de Coria, ví un libro en folio, bastante abultado, manuscrito y compuesto todo de letra del referido Franco, escepto algunas cartas escritas por Ambrosio de Morales, Martin Perez de Oliva, el Dr. Sepúlveda, el flamenco Joaquin Hopero, y Gaspar de Castro, beneficiado de Ledesma y gran anticuario. El dueño de este libro, que antes de saber por mí lo que era no hacia caso de él, después no quiso vendérmelo, cambiármelo, dármelo, enviarlo á mi costa á la Academia de la Historia, ni nada mas que permitirme sacar una copia, que conservo de su mayor y mejor parte, que es la que trata de las antigüedades romano-hispanas. En este libro pues se contiene la memoria siguiente de un jeroglífico romano hallado cerca de Llerena, cuya noticia creo inédita: al menos no la he visto en ningun libro. Por supuesto que fuera de la carta de Gaspar de Castro, que es de letra de este, lo demás todo está de puño de Franco: dice la memoria así:

«En Santa María del Ara, dos leguas de Llerena, en una piedra grande, que tiene tres varas de largo, dos de ancho y mas de una de alto, estan estas figuras y debajo el letrero.



Lo que acá se entiende de las figuras ó jeroglíficos y letras, es esto: los ojos, Diis *(á los Dioses)*: el infierno, manibus *(manes)*: el uso, mors *(la muerte)*: el candil, vitae *(de la vida)*: las saetas, contraria et velocissima *(contraria y velocisima)*: el mundo, omnia *(todo)*: el áncora, rapit *(lo arrebata)*: el fuego, consumit *(consume)*: el cuchillo, dissolvit *(disue've)*: la suela, suppeditat *(huella)*: la abeja, meliflue *(con suavidad)*: duos se strictim ardentes et amantes *(á dos que estrechamente se abrasaban y amaban)*: el sepulcro, hic extinctos *(aquí muertos)*: el yugo, conjunxit *(los juntó)*.

Muy noble señor: Todavía tengo sospecha de que es finjido aquel epitafio de Santa María del Ara, y no caresceré della hasta que me conste de lo contrario, y si verdad es que se halla tal memoria antigua, debe ser tenida por la cosa de mas estima que en esta provincia ha quedado de los romanos. La letra que v. m. me embió, con-

forma mas con las figuras ó letras hieroglíficas del epitafio que no la que yo hube de Caceres, y con esta diversidad, y con haberla enviado el Sr. Inquisidor sin hacer mencion de las figuras, me confirmo mas en mi sospecha, de la cual pretendo salir pronto, mediante Dios. La epístola de Vespasiano, y el letrero del termino angustial embio, y si antes de la partida de v. m. nos viéremos, yo llevaré algunas otras cosas. De la ida del Sr. Antonio de Molina á Osma no tengo embidia..... Ledesma 7 de abril de 1551.—Servidor de v. m.—Gaspar de Castro.—Al muy noble señor mi señor el Br. Juan Alonso Franco en Salamanca.»

Hasta aquí la memoria referida, á que nada tengo que añadir, y que juzgo preciosa para los aficionados á jeroglíficos y á las antigüedades. F. L. G.

SANTA GADEA DE BUREBA,

antes Término.

Esta villa pertenece á la provincia de Burgos, partido de Miranda de Ebro: se halla situada en la márgen meridional del mismo rio, al Oriente de la ciudad de Frias, Sudeste de la villa de Puentelarrá, Poniente de la de Miranda, y Sur de Pancorbo.

Con el nombre de Término fué plaza de armas en los siglos medios, y sus gobernadores confirmaban los diplomas, espresando el gobierno y señorío honorario que ejercian.

D. Lope Diaz de Haro, el quinto, señor de Vizcaya y de Santa Gadea, dió á esta villa el fuero de Logroño, que, como es sabido, era de los mas privilegiados.

Por escritura de la declaracion y confirmacion de los de Nave de Albura y de repoblacion é inforacion de Miranda de Ebro en 1099, consta que Santa Gadea era pueblo capital de aquel territorio antes que se repoblase la citada villa de Miranda.

Vulgarmente se designa y conoce á la de que tratamos por Santa Gadea del Cid, y no ha dejado de suponerse que la repobló así bien aquel caudillo, honra y prez de la España y admiracion de todas las naciones; pero este es un error crasísimo en demasía, porque la Santa Gadea de que nos hablan el Arzobispo D. Rodrigo en su historia, y en la general que mandó recopilar el rey D. Alonso el X, es una parroquia de Burgos, donde el Cid se atrevió á tomar juramento, no en el cerrojo de su puerta, como refieren algunos, sino en el altar mayor, poniendo las manos sobre los Evangelios, á D. Alonso el VI, de que no habia sido causa de la muerte del rey D. Sancho, ni de que por su mandado se ejecutó la traicion de Bellido Dolfos.

Los fuertes muros de Santa Gadea ya casi han desaparecido, y lo único que existe en pie, pero sin techumbre y lleno de portillos y de ruinas, es su renombrado Castillo, el cual, con otras posesiones, incluso el derecho de cobrar un portazgo, acaba de vender por menos de mil duros su dueño, que es uno de nuestros grandes de primera clase.

¡En qué poca estima suelen tener algunos magnates las cosas que mas deleitaban y enorgullecian á sus ilustres ascendientes!

Dentro de poco el pico y la pólvora robarán al tiempo el triste privilegio de acabar con la fortaleza de Santa Gadea, y entonces las labradas piedras de la misma irán á formar parte de algunas malas casas y corrales de ganado, como está sucediendo con los sillares de las murallas.

Por las afueras de la villa pasa la carretera de Burgos á Bilbao, y no hay la menor duda de que adquirirá grandísima importancia Santa Gadea, el anhelado dia en que se lleve á efecto la construccion del ferro-carril del Norte.

REMIGIO SALOMON.

MARTIN DE ARANDA.

NOVELA ORIGINAL,

POR PABLO GAMBARA.

(Aprobada por el censor.)

(*Continuacion.*)

Cristina entró con su doncella. Se sentia indispuesta, y se queria acostar.

La doncella la ayudó á desnudarse, manteniendo una conversacion indiferente sobre trajes y modas, que por último llevó á los personajes del baile, y dijo á su señora:

—El que estaba muy galan era D. Santiaguito.

—¿Quién? ¿Esa caricatura que nos fastidia, haciéndonos oir sus versos?

—Que son muy lindos.

—No entiendo de eso; pero mas me agrada bailar que oirle, y me obliga á oirle en vez de dejarme bailar.

—¿Y no ha comprendido V. á quién los dirige?

—No.

—Pues no hay una dama que no lo diga; y cuando los lee todas con envidia señalan á Vd.

—¡A mí! ¡bueno estaria! Quisiera que fuera verdad, para reir un rato á su costa.

—Pues es verdad.

—¿Cómo lo sabes?

—Me ha dado una carta para V.

—¿Y la has tomado?

—Héla aquí. ¿No quiere V. leerla

—No...

—¿Ni por diversion?

—No me vuelvas á hablar de eso. Quiero olvidarlo, para poder seguir apreciándote en algo.

La doncella no insistió mas, y concluida su tarea salió de la habitacion.

Cristina acabó de desnudarse, y se acostó, tomando en el lecho una postura voluptuosa que realzaba sus gracias; hasta en sueños era coqueta.

Martin devoraba sus encantos, palpitando de amor y de deseo. Aquella mujer era el símbolo de la felicidad para él. En todas partes se le presentaba bella, voluptuosa, provocativa, pero nunca suya, y estaba condenado al deseo eterno é interminable agitacion de Tántalo delante del agua y las manzanas.

No faltará algun lector escrupuloso, algun hipócrita de amor, cuya práctica sea el reverso de su teoría, ó algun alma cándida que solo conozca el mundo por las novelas, que al llegar aquí pregunté con dolor: ¿Y Margarita? Como no faltará alguna hermosa lectora, que tome pié de mi narracion para culpar á todos los hombres, simbolizados para ella en Martin, de falsos é inconstantes. Yo siento todo el peso de estas censuras, y me arrepiento de todo corazon de haber tomado por protagonista de mi drama á un personaje tan poco parecido á los Werter y á los Saint Preux; pero yo no invento; retrato: y puesto que no he formado el corazon humano, no debe de culpárseme por sus imperfecciones. Mi héroe es hombre, obra como hombre, y yo me lavo las manos como Pilatos.

Pero esto no obsta para que haga una observacion á mis lectores. El amor es la encarnacion del deseo genérico en una persona á quien se profesa amistad; de consiguiente, así como se pueden tener varios amigos íntimos, por cada uno de los cuales se daria la vida, se pueden tener varios amores á la vez ó sucesivamente. Sobre todo, se puede tener un solo amor verdadero y varias pasiones distintas, que no son sino accesos del sentimiento físico, exacerbaciones de los sentidos, que ellos adornan con la aureola de su poesía.

Martin amaba á Margarita, pero estaba apasionado de Cristina, y muchas de mis lectoras si recorren la historia de su corazon recordarán sucesos de su vida, que las harán comprensible este estado del corazon de mi héroe. Amando á un hombre le faltan por otro que les hace delirar durante un dia con su amor, que pasa como un relámpago sin dejar huella detrás de sí, y cuando se ven libres de su fascinacion vuelven á amar al que amaban, preguntándose con asombro: ¿Qué ha pasado por mí? La respuesta es fácil. Una pasion.

Martin iba á salir de su escondite, pensando en los medios que emplearia para que Cristina no gritase al verle, cuando la puerta se abrió y apareció en ella D. Fernando, radiante de alegría, y diciendo:

—Cristina, Cristina, ya puedes respirar; nos hemos salvado; nuestro secreto duerme en la tumba.

Cristina al ver á su padre hizo un movimiento; se apoyó sobre el brazo derecho, recogiendo la ropa de la cama con la mano izquierda sobre su seno de nieve, y en esta postura, que la hubiese envidiado Venus en el juicio de Paris, preguntó con su voz de melodía:

—¿Qué sucede?

—D. Manuel de Arellano ha muerto, dijo D. Fernando, sentándose al lado de la cama.

—Lo esperaba, dijo tranquilamente Cristina; poseia un secreto mio, por el cual he maldito mil veces su existencia, y mis maldiciones no son nunca vanas ni estériles.

Martin atribuyó estas palabras á una vana supersticion; pero un velo de sangre cubrió sus ojos al oir á D. Fernando preguntar:

—¿Y has cuidado bien de borrar las huellas de tu venganza?

Y á Cristina responder:

—Yo no hago nunca las cosas á medias; hiero como el rayo, que nadie sabe de dónde ha salido.

La confesion de aquel crímen hecha con tanto cinismo por aquella boca de ángel, y con aquella voz dulcísima, helaba la sangre en las venas.

—¿Qué papel es ese? preguntó Cristina viendo el legajo que desenvolvia D. Fernando.

—Es, respondió este, la historia con que ese hombre nos amenazaba, y que solo hemos podido impedir que publicase pagando las deudas que contraia diariamente.

—La historia de nuestro secreto. Léela.

—¿Para qué?

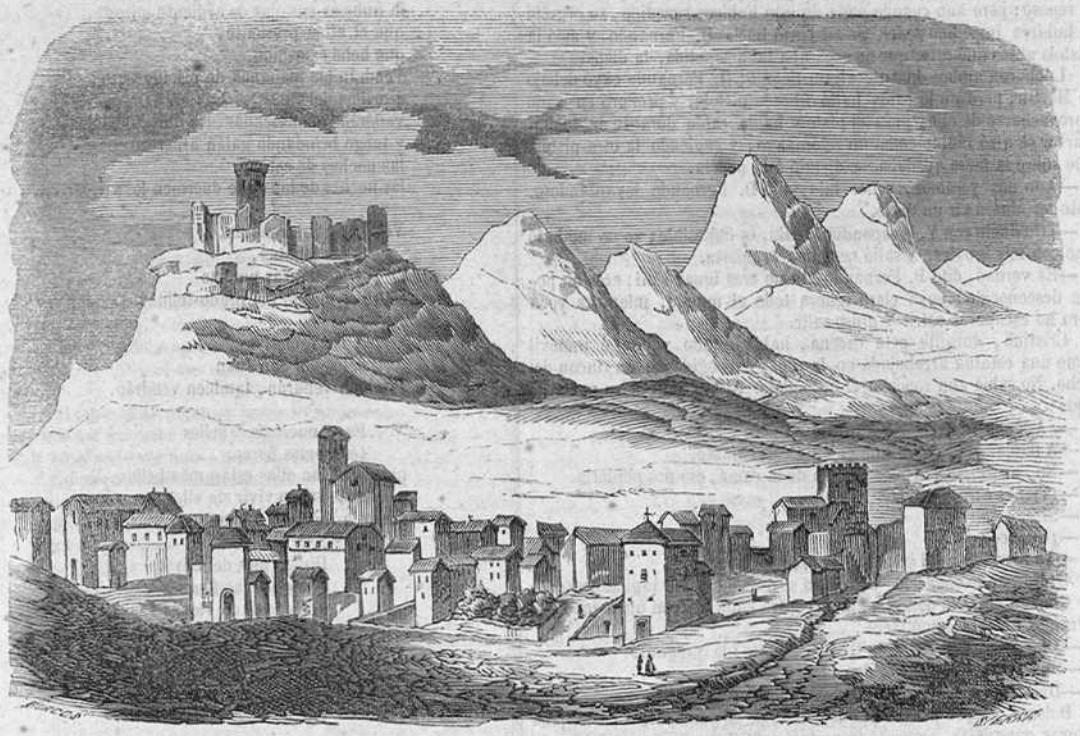
—Quiero ver hasta qué punto estaba informado.

D. Fernando leyó. Cristina escuchaba sin interrumpir. Martin sudaba.

«Por los años de 18... viviau en Galicia dos jóvenes, que habiéndose casado á disgusto de sus familias se veian reducidos á la mas espantosa miseria. Una noche llamó á su puerta un caballero, que les entregó una niña y una gruesa suma, diciéndoles que la criáran como hija suya, y que de año en año recibirian otra suma igual. El jóven matrimonio vió el cielo abierto con este inesperado socorro; se ausentó por algun tiempo del pueblo, y volvió con la niña confiada á su cuidado, presentándola como fruto de su amor.

Por espacio de dos años todo fué bien, y el dia 17 de mayo don Fernando, que así se llamaba el marido, recibia por uno ú otro medio la cantidad estipulada; pero al tercer plazo la cantidad faltó, y en diez y seis años nadie volvió á presentarse á entregarla ni á preguntar por la niña, á quien habian puesto Cristina en la pila bautismal. En este tiempo tambien la niña murió, y D. Fernando no pensaba ya en su desconocido, cuando recibió una carta en que este le anunciaba su próxima vuelta, diciéndole que alejado de España y falto de dinero por todo aquel tiempo, no habia podido atender á Cristina; pero que volvia rico, y le recompensaria largamente por su educacion. El desconocido sin embargo no vino, pues fué asaltado en el camino por una cuadrilla de malhechores, que le asesinaron, y Don Fernando, dos dias después, recibió su testamento, por el cual aparecia Cristina como su heredera universal.

La herencia ascendia á dos millones, y D. Fernando, deseoso de obtenerla, buscó á una jóven llamada Magdalena, que abandonada por un amante se habia entregado á la prostitucion. Hizo con ella un contrato, la bautizó con el nombre de Cristina, y se presentó



(Santa Gadea de Bureba.)

á recibir la herencia. Como D. Fernando habia vivido en la oscuridad, nadie conocia su historia, y se creyó de buena fé que la supuesta Cristina era la jóven espósita confiada á su cuidado. Además de que el desconocido no habia dejado en España herederos forzosos que pleiteasen. La supercheria pasó desapercibida.

Desde entonces D. Fernando mudó de vida. Vino á la corte, cuyos usos conocia bien, pues era de buena familia, así como su esposa, y presentó como hija suya á la supuesta Cristina, que cualquiera creeria una santa, y nadie adivinaria al verla que por allí habia pasado la prostitucion de las calles públicas.

D. Fernando acabó de leer.

—A esta carta acompañan, dijo, varios documentos justificativos que D. Manuel me ha dirigido, encerrados bajo un sobre desde Cádiz, donde ha muerto.

Cristina consultó los documentos, y dijo después de un instante:

—¿Cómo habria sabido esa historia D. Manuel?

—Es muy sencillo, respondió D. Fernando; te conoció, le entraste en curiosidad, y con la paciencia del hombre desocupado, alentado por la esperanza de mejorar su suerte, ha indagado los pormenores. Ahora quitemos de en medio las pruebas comprometidas.

Y acercándose á la luz fué quemando uno por uno los papeles.

—Ya estás libre, decia, mientras la llama consumia el último, y te podrás casar cuando quieras, pues una de las condiciones que nos habia impuesto D. Manuel al comprometerse á guardar silencio fué que permaneciese soltera, quizá con la esperanza de casarse contigo algun dia.

—Esa libertad me interesa poco, respondió Cristina, pues no pienso casarme.

—¿Por qué?

—Soy rica y bastante hermosa para causar envidia, y no quiero renunciar á mis triunfos por el matrimonio, que no puede darme ningun placer.

Los papeles al quemarse habian llenado de humo la habitacion.

—Abre esa ventana, dijo Cristina á D. Fernando, que salga el humo.

La ventana que señalaba Cristina estaba colocada detrás del lecho y oculta por las colgaduras.

D. Fernando fué á obedecer; pero al levantar el pabellon descubrió á Martin.

Cristina lanzó al verle un grito de espanto, y D. Fernando le asió del brazo esclamando:

—Hola! ¿quién es V.? ¿qué busca?

—Déjeme V., esclamó Martin, déjeme V. salir...

—Posee V. mi secreto, prosiguió D. Fernando reconociéndole; no dejaré á V. salir de aquí sin que me jure guardar silencio.

—Jamás.

—Entonces...

D. Fernando se acercó á una mesa y sacó un par de pistolas.

—¿Qué va V. á hacer? preguntó Martin.

—Voy á atar la lengua de V.

—Va V. á cometer un asesinato!

—Nadie me culpará. Soy el padre que encuentra un hombre en la alcoba de su hija, que ve que este hombre la quiere violar...

—Se atreverá V. á decir eso...

—Y nadie se atreverá á dudarlo. Ó jura V. guardar silencio... pero no: un juramento no es mas que una palabra. Ó escribe V. una carta en que me diga poco mas ó menos lo siguiente: «No hable V. una palabra de lo que ha sabido, ó calumniaré á V. si es necesario. Mancharé su reputacion, la de su hija y la de su esposa. Por lo que ha sabido V. de mí puede conocer que no me detiene respeto alguno.» Ó escribe V. esta carta, repito, ó le salto la tapa de los sesos.

—Es decir que V. quiere...

—Una carta que me sirva de fianza del silencio de V.

—Jamás.

D. Fernando alzó la pistola á la altura de los ojos de Martin.

Este se hallaba en un estado en que le haria un favor el que le asesinase: habia sufrido demasiados golpes aquella noche, y necesitaba el reposo; pero aun cuando nada de esto hubiera sucedido, su orgullo le hubiera impedido ceder. Se adelantó hácia D. Fernando, y asió la pistola antes que este, que no esperaba tal acometida, la disparase.

Lucharon ambos durante algun tiempo; D. Fernando cayó debajo de Martin; pero en la caida halló libre la pistola, y procuró en vano aprovecharse de ella, pues el piston habia caido durante la lucha. Martin se alzó rápido como un relámpago, y cogiendo la otra pistola que sobre la mesa quedaba, se dirigió á la puerta.

—Aun nos veremos, señor mio, dijo D. Fernando levantándose. Esto terminará en un duelo.

—¡Un duelo con V.! respondió Martin, es imposible; yo no me bato sino con mis iguales. Y salió cerrando la puerta.

—Es verdad, dijo D. Fernando, tú no eres igual á mí; eres un pobre desconocido, cuya clase ignora todo el mundo, mientras yo... pero no escaparás así... Y quiso salir.

Cristina, durante esta escena, habia estado pálida é inmóvil como una estátua arrebujada en la ropa y recogida en un rincon del lecho. No sabia aun soportar el escándalo. Al ver salir á su padre le dijo:

—¿Adónde vas?

—A llamar gente para que cojan á ese hombre.

—No, no, dijo Cristina saltando de la cama, eso nos perderia.

—¿Tienes otro medio?...

—Sí.

—¿Cuál es?

—Ya le sabrás; sal y llama á Dolores.

D. Fernando obedeció, y Cristina se puso á escribir rápidamente.

Cuando entró la doncella, la encontró cubierta con un peinador y cerrando una carta con lacre.

—¿Tienes aun la carta de D. Santiaguito? la preguntó.

—Sí señora, respondió la doncella.

—Dámela.

Dolores, gozosa porque el buen éxito de su comision la presagiaba futuras ganancias, presentó la carta, que Cristina leyó con avidez.

—Es lo que esperaba, dijo terminando la lectura.

Luego dió á Dolores la carta que acababa de escribir, diciéndola:

—Lleva al momento este papel á D. Santiaguito.

La doncella salió saltando de alegria; acababa de vencer el escollo en que se estrella el porvenir de una doncella de labor impulsada por el interés. En cuanto á la carta, solo contenia estas breves palabras:

«El amor que V. me pide es imposible mientras viva D. Martin de »Aranda: al que haga desaparecer este obstáculo, nada le podré »negar.

»CRISTINA.»

(Continuará.)

LAS SIETE CANCIONES

DEL MES DE MAYO.

BALADA.

Divino mes de mayo,
mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores,
tras de tus huellas
el corazon arrastras
de las doncellas.

Y teñida de púrpura
la casta frente,
tañendo el dulce crótalo
de ritmo ardiente,
con voz pulida
te cantan en el prado
la bien venida.

I.

Cancion de las doncellas.

¡Ya llega! ¡ya llega! lo anuncia la brisa,
lo anuncia al Oriente
la nube ayer negra, mas hoy sonrosada;
la brisa es tan solo su dulce sonrisa;
la nube es sus ojos de ardiente mirada,
que el alma presiente,
que bebe estasiada.
Vendrán las mañanas de plácido gozo;
á orillas del rio
vendrán las meriendas, los dulces festejos,
y luego brindando galan alborozo
las noches de estío,
las noches de luna que duermen los viejos...

Vendrán las serenatas,
y las fogatas,
y las danzas pulidas
sobre el musgo del prado tejidas.

Y las romerías
del señor San Juan
tambien vendrán, tambien vendrán.

Para nuestros cabellos
tendremos flores,
que ellos con ellas estan mas bellos,
y ellas no saben vivir sin ellos,
como la niña sin sus amores.

—

Divino mes de mayo,
mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores,
¡con qué divinas
canciones te reciben
las golondrinas!

II.

Cancion de las golondrinas.

¡Chis! ¡chis! nosotras venimos
de donde mayo reposa:
¡chis! ¡chis! nosotras le vimos
tender sus alas
cual mariposa
para cruzar
el aire y el cielo, la tierra y el mar.

Detrás de nosotras vino,
mas que nunca gozoso y divino;
y como viene dicha anunciando
nos envia delante cantando.

Aves hermanas de arrullo tierno,
que habeis vivido
todo el invierno
sin amor, sin placeres, sin nido;
soltad el reclamo
de vuestros gorjeos,
que ya en la enramada oireis un «te amo»
al casto murmullo de mil aleteos.
Empezad á arrancaros las plumas
que al hermoso polluelo dormido

den lecho blando
en la copa del árbol erguido;
le vereis por las brisas mecido,
como entre espumas
el barco se mece subiendo y bajando.

Los insectos voladores
que al rayo del sol
con sus alas de colores
cascadas fingen de tornasol,
ya zumban todo el dia
en rededor de los árboles
que el mayo en hojas adorna rico:
Dios que los cria
harto bien sabe
que los envia
para el pico amoroso del ave
que á sus hijos los lleva en el pico.

—

Divino mes de mayo,
mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores,
¡con qué sublimes
canciones te saludan
las almas tristes!

III.

Cancion de los tristes.

Cuando del triste corazon la calma
siquiera alumbre de la dicha un rayo,
¿á quién lo debe agradecer el alma?
al mes de mayo.

Sí, que es triste pasar horas tras horas
esclavos del dolor ojos y mente,
y en el cielo ver nubes tronadoras,
y nubes en el alma juntamente.

Ver del cierzo los árboles heridos
sembrar por tierra su esplendor deshecho,
y de la dicha ver los carcomidos
restos sembrar el lastimoso pecho.

Cuando en el prado las marchitas hojas
al hollarlas el pié, voz da á su duelo,
gimen dentro del alma las congojas
como gimen las hojas en el suelo.

Si son los tristes en la tierra hermanos,
cuando tu manto de dolor te vistes,
naturaleza plácida, ¿qué manos
enjugarán el llanto de los tristes?

¡Oh! sí, ven, mayo, ven con tus sonrisas
del cielo, del ambiente, de las flores;
ven con tus brisas, con tus frescas brisas
que aduermen y aletargan los dolores.

El arco iris que te finge el alma
para tu triunfo en la celeste altura,
présago sea de inefable calma,
ya que no puede serlo de ventura.

Y ya que el triste sin descanso llora,
no acibare natura sus dolores;
que solo llore perlas el aurora,
y néctar solo el cáliz de las flores.

Sí: ya, alma mia, que en letal desmayo
llores, llora á tus solas, alma mia,
y al soplo dulce del risueño mayo
cielo, pájaros, flores... todo ria.

—

Divino mes de mayo,
mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores,
aun por los suelos
te saludan cantando
los arroyuelos.

IV.

Cancion de los arroyos.

Murmuremos, murmuremos,
acompañando gozosos
los cánticos amorosos
que vuelan del viento en pos.
Que conviertan nuestras voces
este campo solitario
en sublime santuario
donde todo habla de Dios.

Nuestras ondas azuladas
que roban color al cielo,
de perlas borden el suelo
en su estática embriaguez.
Pronto volverán deshechas
á nuestro seno querido,
cual ave que vuelve al nido
donde pasó su niñez.

Y á su plácida frescura
el musgo verde aromoso
en ímpetu lujurioso
á la orilla brotará;
y en la noche reposada
la luciérnaga brillante
con su fulgor vacilante
nuestro curso alumbrará.

Cuando el sol á su fatiga
quede en ocaso rendido,
será nuestro manso ruido
un reclamo tentador,
que reuna á los zagales
con las zagalas sencillas...
de noche en nuestras orillas
es mas amor el amor.

Y cuando ria en Oriente
á los verjeles la aurora,
nuestra música sonora
por encanto callará.
Será el único silencio
que guarde nuestra alegría,
que el silencio y la poesía
estan donde el alba está.

Y cuando zumbe la abeja
en la férvida mañana,
y nuestras ondas de grana
empiece á teñir el sol,
den á la doncella espejo,
y si de altiva presume,
á sus cabellos perfume,
y á su mejilla arrebol.

—

Divino mes de mayo,
mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores,
á tu vislumbre
se disipan cantando
las pardas nubes.

V.

Cancion de las nubes.

Como del panal arrojan
las abejas á los zánganos,
—así nos echa del cielo
el mes de mayo.

Como el amor á una niña
roba el color sonrosado,
—así la color nos roba
el mes de mayo.

Como el huracan se lleva
el follaje de los campos,
—así nos llevan las brisas
del mes de mayo.

Viene mayo con sus flores;
viene con sus brisas mayo;
el cielo azul nos olvida...
—¡vámonos! ¡vámonos!

Divino mes de mayo,
mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores,
¡cuántos cantares
tu venida celebran
en las ciudades!

VI.

Cancion de las ciudades.

Como crisálidas bellas
que engendra el sol con su rayo,
ya galanes y doncellas
mi cielo pueblan de estrellas
al tibio soplo de mayo.

Y en el morisco balcon,
hoy ya cuajado de flores,
se asoman en confusion,
como bandada de amores
que asaltan á un corazon.

El pájaro su garganta
ensaya al tender el vuelo
que hasta las nubes levanta,
porque el que en mayo no canta
no tiene perdon del cielo.

Rápida como la abeja
que acude á libar la flor,
la niña su casa deja;
que mayo amar le aconseja,
y el alma le pide amor.

Bajo el cutis trasparente
van saltadoras sus venas
ardiendo,—que es mayo ardiente,—
como el cristal de una fuente
entre abrasadas arenas.

Y apenas asienta el pié,
tal que se ve y no se ve;
y su cintura cimbrea,
como una palmera que
del campo se enseñorea.

Y su pupila velada,
y su boca sonrosada,
exhala un blando murmullo,
como el del tierno capullo
que brota á la madrugada.

La seda de los vestidos,
la gasa de los prendidos,
los pintorescos encajes,
redes son de los sentidos
y de los ojos celajes.

¡Pues y las damas sin par
que en carrozas á porfía
del viento fingen brotar,
como Venus brotó un dia
de las espumas del mar!

—Así en el Zocodover (1),
y en el Prado (2) y en el Coso (3),
y en la Vega (4), son de ver
tanta galana mujer,
y tanto galan brioso.

Pero donde está Cristina (5)
y está la plaza de Mina (6),
se nubla del sol el rayo,
que es otro mayo aquel mayo
de aquella tierra divina.

Allí la luz es mejor,
y mas ardientes las brisas,
y mas hermosa la flor,
y el cielo todo sonrisas,
y la mujer toda amor.

—

Divino mes de mayo,
mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores.
Los que atesoran
la fé en sus corazones,
¡cómo te adoran!

Cancion de los creyentes.

Yo te adoro, Señor: cuando la cumbre
baña el rayo del sol de primavera,
alzo mis ojos á la azul esfera,
y allí otro rayo encuentro de tu lumbre.

¡Oh! solo tú, con sola una sonrisa,
su pompa vuelves al vergel desnudo,
y dó reinaba el huracan sañudo,
aroma pones y levantas brisa.

Obra digna de tí fué la que hiciste,
¡oh fuente de consuelo y de ternura!
tú redimes en mayo á la natura,
como en la cruz al hombre redimiste.

Por tí sacude el mundo su desmayo;
tú al cielo das tan plácida armonía;
si vela alguna nube el alma mia,
dale, Señor, tambien su mes de mayo.

VICENTE BARRANTES.

Solucion del problema fisionómico del número 19.

El número 1 es un señorito almibarado, con la frente lisa, la risa siempre en los lábios y el pelo perfumado, y que habla de continuo en el lenguaje de las flores; el número 2 es un charlatan, que lleva en el verdadero sentido de la palabra, muy levantada la nariz, paralela con la frente; la condecoracion que lleva es del emperador de China; el número 3 es un avaro que, á imitacion de tiburon, abre la boca para tragarse los grandes peces y los pequeños; el número 4 es un aficionado á la bebida, al que un poder influyente ha echado un ridículo velo sobre su cara; el número 5 es un libertino, con su correspondiente calva, su conocido juego de ojos y sus indispensables patillas corridas; el número 6 es un hombre del cual únicamente podemos decir que la naturaleza ha sido una madrastra para con él al hacer la reparticion de las facultades intelectuales.

(1) Paseo de Toledo.
(2) De Madrid.
(3) De Zaragoza.
(4) De Granada.
(5) De Sevilla.
(6) De Cádiz.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



SALA DE JUSTICIA EN LA ALHAMBRA.

Aunque el SEMANARIO ha consagrado ya más de una vez sus páginas á describir y consignar algunas de las maravillas de este precioso monumento, aun ofrece asuntos abundantes para nuestros grabados: nos proponemos volver nuevamente sobre la Alhambra, y sin reproducir descripciones prolijas que el lector conoce ya, continuar la serie de vistas de la joya de Granada.

El primero de los que hoy ofrecemos representa la sala de justicia: los dos siguientes son copias de las pinturas del techo de la misma sala.

UN CRONICON DEL SIGLO IX.

Al presentar á los lectores del SEMANARIO el curioso monumento de nuestra antigua historia, que á continuacion insertamos, traducido por primera vez al castellano, nos vemos embarazadísimos para darle un epígrafe que pueda convenirle, y mas aun para señalar el autor á quien le debemos. El obispo de Oviedo, D. Pelayo, que vivió en el siglo XII, Florian de Ocampo, Ambrosio de Morales y fray Prudencio de Sandoval, todos escritores eruditos, lo atribuyen á un obispo de Salamanca llamado Sebastian, que consta vivia retirado en Asturias á fines del siglo IX. En cambio, Mariana, Pellicer, Mondéjar, Pagi, Loaysa, Berganza, Ferreras y otros muchos de no menor nombradía que los primeros, dicen fué escrito el cronicon de que nos ocupamos por el último rey de Oviedo, Alfonso III, llamado el Magno, por lo que las primeras ediciones latinas que de él se han hecho fuéron con este nombre. Las razones con que los últimos sustentan su opinion son principalmente, el exordio donde habla el rey Alfonso y dirige la crónica al obispo; el párrafo referente al rey Rodrigo, donde el autor dice que repobló la ciudad de Viseo; y finalmente, la poca fé que merece el obispo D. Pelayo de Oviedo, primero que señaló por autor de este escrito al de Salamanca, Sebastian, por su arrojo y osadía en falsificar los antiguos instrumentos y el testo de respetables escritores, lo que hizo que algunos le apellidasen el *corruptor de la historia de España*. En contra oponen algunos, que es muy estraño que un rey escribiese historia y la dedicase á un obispo; que en aquel no puede suponerse la instruccion suficiente para hacerlo (1), por haber subido al trono muy niño y estar siempre ocupado en las guerras y en acallar las discordias civiles: que el referido exordio está adulterado en las copias, pues se compone de parte de una carta en que el rey avisaba haber visto el cronicon, y parte del exordio verdadero del que escribió por órden suya; y por último, que la poblacion de Viseo bien pudo llevarla á cabo el obispo Sebastian por disposicion del rey. Nuestra humilde opinion es, que esta muy curiosa crónica se debe efectivamente á la pluma de Alfonso el Magno, y que quiso dedicársela al obispo de Salamanca, en muestra de afeccion ó de agradecimiento, por la ayuda que aquel tal vez le prestaria para redactarla. Como quiera, está fuera de duda que se escribió en Asturias, en el reinado del renombrado príncipe, y por los últimos años del siglo IX; que es uno de los instrumentos mas necesarios para conocer aquel período de nuestra historia, tan interesante como oscuro, y que merece tanto crédito como el cronicon denominado *Albeldense*, que data de la misma época. Comprende la relacion de todos los sucesos mas notables acaecidos en España desde la muerte de Recesvinto, en 672, hasta la de Ordoño I en 866. Desde aquí continuó la crónica un obispo de Astorga llamado *Sampiro*, cuyo apreciable trabajo histórico, no menos interesante que los que le precedieron, publicaremos en su dia. Solo nos resta añadir que la version está hecha de la edicion del maestro Florez, la mas esmerada y completa de cuantas vieron la luz pública, y que del mismo modo que otras veces que nos hemos ocupado en trabajos semejantes, hemos conservado, en cuanto nos fué posible, la originalidad y rudo lenguaje del antiguo y poético historiador que nos legó tan notable y preciada escritura.

NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO.

Oviedo, abril de 1854.

EN NOMBRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO COMIENZA LA CRÓNICA DE LOS VISIGODOS, RECOPILADA DESDE EL TIEMPO DE WAMBANO, REY, HASTA EL TIEMPO DEL GLORIOSO GARSEANO, REY, HIJO DE ALFONSO (1).

1.—Alfonso, Rey, á nuestro Sebastiano, obispo Salmaticense, salud. Séate conocido de la historia de los godos lo que te hacemos saber por medio del presbítero *Dulcidio*, y lo que no se habia escrito por negligencia de los antiguos, que lo escondieron en el silencio. Y ya que Isidoro, obispo de la sede hispalense, escribió cumplidamente la

(1) No podemos aceptar esta asercion que hace el maestro Florez en el tomo XIII de la *España Sagrada*. Entre otros testimonios que pudiéramos mostrar de la erudicion de Alfonso el Magno, solo repetiremos las palabras que el monje de Albelda, escritor contemporáneo, escribió en el número 65 de su cronicon, hablando de este rey: «Era de alta estatura, de rostro agradable y *muy instruido en las ciencias*.»

(1) Este epígrafe fué sin duda trazado por una mano distinta que la del autor, pues el cronicon no termina en el reinado de Alfonso el Magno, como asegura, sino en el de su padre Ordoño I.

crónica de los godos, hasta los tiempos del glorioso rey Wambano (1) nosotros te enseñaremos con brevedad desde este tiempo, todo lo que conozcamos sea verdadero, tal cual lo recibimos de los antiguos y de nuestros predecesores.

WAMBA.

2.—Habiendo salido Recesvindo, rey de los godos, de la ciudad de Toleto, llegó á una villa de su propiedad, que tenia por nombre *Gerticos*, que está en el monte *Cauro*, y en ella falleció naturalmente. Apenas muerto el rey y sepultado en el mismo lugar, todos eligieron para sucederle á Wamba, en la era DCCX. Rehusó el reino; pero al fin, aunque con repugnancia, hubo de aceptarlo, porque así lo pedia el ejército, y desde luego se trasladó á Toleto, en cuya iglesia metropolitana de Santa María, fué ungido por rey. En aquella hora, todos los que estaban presentes vieron una abeja que salia de su cabeza y volaba al cielo, señal que hizo Dios para anunciar futuras victorias, como despues se comprobó con los hechos.—A los astures y vascones que de contínuo se rebelaban, les dominó y subyugó á su imperio. Los ciudadanos de la provincia de las Galias se conjuraron y se sustrajeron al reino de los godos y de los francos. Wambano, con el fin de recobrar su dominacion en estas provincias, eligió á Paulo por duque, el que con el ejército que acaudillaba, lejos de cumplir con la mision que se le habia confiado, se rebeló contra la patria y se hizo el príncipe de aquellos tiranos malvados.—Mas si quieres conocer mas cumplidamente cuántas muertes se ejecutaron, cuántas ciudades fuéron entregadas á las llamas, cuántos estragos tuvieron lugar, cuántos ejércitos galos y francos destruyó Wambano, cuántas famosas victorias alcanzó, qué de ruinas quedaron como muestras de la tiranía de Paulo, lee al beato metropolitano Juliano, que escribió con latitud la historia de estos tiempos.

3.—En aquella época llegaron á las riberas de Hispania doscientas setenta naves de los sarracenos; mas allí mismo fuéron estos muertos con el filo de la espada, y aquellas destruidas con el fuego. Y para darte una noticia exacta de la causa de la entrada de los sarracenos en Hispania, espondremos aquí el orígen del rey Ervigio.—En tiempos del rey Chindasvintho fué desterrado por el emperador un cierto hombre llamado Ardabasto, el que desde Grecia vino peregrinando á Hispania, donde recibido honoríficamente por Chindasvintho, se desposó con una prima de este, de la que nació Ervigio. Este Ervigio, educado entre las intrigas del palacio y sublimado al honor de conde, comenzó desde luego á conspirar contra el rey, hasta el punto de suministrarle una yerba, llamada *esparto*, con la que le hizo perder instantáneamente el conocimiento. Visto esto por el obispo de la ciudad y los optimantes del palacio, que permanecian fieles al rey, los que no conocian los efectos de la ponzoña, viéndole que yacia privado de sentido, movidos de piedad, y para evitar que el rey no muriese conforme á la costumbre, le vistieron en el momento el hábito de los penitentes. Recobrado el rey y viéndose de aquella manera, se retiró al monasterio de Pampliega, donde profesó la vida religiosa y murió. Reinó nueve años, un mes y catorce dias, y en el monasterio vivió siete años y tres meses, y falleció en paz y naturalmente, en la era DCCXIX.

ERVIJIO.

4.—Después de Wambano, Ervijio obtuvo el reino de que se habia apoderado con ardid: corrompió las leyes instituidas por Wambano, y promulgó otras en su nombre, y aparentando moderacion, dió en matrimonio su hija Cixilona á Ejicano, distinguido varon y pariente de Wambano. El ya dicho Ervijio murió naturalmente en Toleto, en la era DCCXXV.

EJICA.

5.—Muerto Ervijio, el ya dicho Ejica fué elegido para el reino, y se mostró en él muy sabio y sufrido. Reunió concilios con frecuencia, de los que son una muestra evidente los cánones que tenemos. Sujetó á los rebeldes que se habian levantado contra su reino, y dió tres batallas á los francos que invadieran las Galias; pero no alcanzó ningun triunfo. Asoció en el reino á su hijo Witizano, al que mandó habitar en la ciudad Tudense (2), provincia de Gallecia, y en tanto que el padre poseia el reino de los godos, el hijo tenia el de los suevos. Antes de la eleccion del hijo reinó diez años; con el hijo cinco completos. Murió naturalmente en el mismo Toleto, y allí fué sepultado.

Era DCCXXXVIII.

(1) Comete aquí el autor un notable anacronismo; pues si bien es cierto que San Isidoro, arzobispo de Sevilla, escribió la historia de los godos, no era posible llegase en ella á los tiempos de Wamba, pues murió 36 años antes que reinase este príncipe.

(2) Tuy. Conservamos los nombres propios tal cual los escribe el cronista, y con las mismas variantes que él suele usar.

WITIZA.

6.—Después de la muerte de Ejicano, Witiza fué ensalzado al sólio de su padre en Toleto. Fué de costumbres malvadas y perversas, y cual un caballo ó un mulo sin reflexion, se entregó al vicio con muchas mujeres y concubinas, menospreciando las censuras eclesiásticas. Disolvió los concilios, cayeron en inobservancia los cánones (destruyó todas las costumbres religiosas) y autorizó á los obispos, presbíteros y diáconos para que se casasen. Tales impiedades fuéron la causa de la pérdida de Hispania: porque los reyes y sacerdotes, olvidando la ley del Señor, atrajeron sobre sí el esterminio de la guerra, por medio de los sarracenos. Después de reinar diez años, murió naturalmente en Toleto, y allí fué sepultado. Era DCCXLVIII.

RUDERICO.

7.—Muerto Witizano, quedó elegido Ruderico por rey de los godos. Este llevó sobre sí los pecados y escesos de Witizano, y no solo no los estorbó con el celo de su justicia, sino que los aumentó. Los hijos de Witizano, poseidos de envidia, porque Ruderico habia ocupado el trono de su padre, enviaron astutamente emisarios al Africa, pidiendo auxilios á los sarracenos, y para proporcionarles naves, con las que los introdujeron en Hispania. Mas estos que fraguaron la ruina de su patria, fuéron justamente muertos con la espada de los sarracenos. Noticioso Ruderico de la entrada de estos, salió á combatirlos con todo el ejército de los godos. Mas la escritura dice: *En vano corre aquel á quien precede la iniquidad*: así, oprimidos por los pecados de los sacerdotes y los suyos propios, y engañados por los hijos de Witizano, huyeron todos los godos y fuéron pasados á cuchillo. No es conocida la causa de la muerte del rey Ruderico: en nuestros tiempos cuando repoblamos la ciudad de Viseo y sus cercanías, se encontró en cierta basílica un monumento en que estaba escrito un epitafio que dice:

Aquí descansa Ruderico, rey de los godos.

PELAGIO.

8.—Largos años gimió en la opresion la patria de los árabes, y estos hubieron de pagar sus tributos por medio de sus caudillos al rey de Babilonia, hasta tanto que se eligieron un rey y afirmaron su trono en Córdoba, ciudad *patricia*. Los godos sucumbieran, unos al filo de la espada y otros á los impulsos del hambre. Sin embargo, algunos de regia estirpe se salvaron, dirigiéndose á Franciam, y otros, la mayor parte, penetraron en el país de los astures, y eligieron por su príncipe á Pelagio, hijo del duque Fafilano y de sangre real. Mas tan luego tuvieron de esto noticia los sarracenos, enviaron á Asturias un ejército innumerable, bajo el mando del duque Alkamano, que invadiera á España con Tarech, y de Oppano, obispo metropolitano de la sede hispalense, hijo del rey Witizano, por cuya traicion perecieran los godos.

9.—Instruido Pelagio de su venida, se refugió en una caberna del monte Auseba, que tiene por nombre *cueva de Santa María;* en el instante vióse rodeado del ejército, y acercándosele el obispo Oppa, le habló así: «No puedes ignorar, hermano, de qué modo se constituyó toda la España bajo el dominio de los godos, y si reunido todo su ejército no alcanzó á resistir el ímpetu de los ismaelitas, ¿cómo podrás tú solo defenderte en esta cueva? Escucha mis consejos y desiste de tu empeño, para que consigas muchos bienes, y en la paz que te concedan los árabes, logres gozar de los tuyos.» A esto dijo Pelagio: «Ni tendré amistad con los árabes, ni me sujetaré á su imperio; tú no sabes que la Iglesia del Señor se compara á la luna, que aunque disminuye su forma, recobra al punto su primitiva grandeza. Tenemos confianza en la misericordia de Dios, que hará salir de este montecillo que tienes á la vista, la salud de Hispania y la restauracion del ejército de los godos, para que se cumplan en nosotros aquellas palabras del profeta: *Con la vara castigaré sus iniquidades, y con los azotes sus pecados, mas no apartaré de ellos mi misericordia.* Así, aunque por hacer méritos, acatamos de esta sentencia el sentido mas severo; esperamos en la misericordia del Señor la restauracion de su iglesia y de su pueblo y la ventura del reino; por lo que despreciamos esta muchedumbre de paganos y jamás nos mezclaremos con ellos.»

10.—Entonces, el nefando obispo, volviéndose á su ejército, dijo: «Apresuraos y pelead, porque jamás tendreis con él alianza, hasta que le castigueis con la espada.» Apréstanse entonces las máquinas de guerra, prepáranse las hondas, resplandecen las espadas, enristranse las lanzas y dispáranse saetas sin cesar; mas entonces no faltaron las grandes señales del Señor, pues como los honderos arrojasen piedras contra la casa de la Santa y siempre Vírgen María, se volvian con violencia contra ellos, y despedazaban á los caldeos, porque el Señor no cuenta el número de lanzas, y concede á quien quiere la palma de la victoria. Salieron los fieles á pelear fuera de la cueva, y en el instante huyeron los caldeos divididos en dos trozos; el obispo Oppa fué preso, y Alkaman muerto: en el mismo lugar perecieron tam-

bien 124,000 caldeos (1), los 63,000 que restaban treparon á la cumbre del monte Auseba y bajaron precipitadamente por la rápida declive del monte que comunmente se llama *Amosa*, y se dirigieron al territorio de los liebanenses. Mas no lograron escapar á la venganza del Señor, porque caminando por la cima del monte que está situado sobre la orilla del rio Deba, cerca del campo llamado Casegadia, se cumplieron evidentemente los altos juicios de Dios, pues el mismo monte, conmoviéndose en sus cimientos, arrojó al rio con grande estruendo á los 63,000 caldeos y quedaron todos sepultados: aun en el dia de hoy, cuando el mismo rio, en tiempo de invierno, llena su cauce y deshace sus riberas, se manifiestan evidentísimamente pedazos de armas y los huesos de aquellos. No juzgueis este milagro como inútil ó fabuloso, y recordad que aquel que sumergió en el mar Rojo á los egipcios que perseguian á Israel, es el mismo que sepultó bajo la inmensa mole de la montaña á los árabes que perseguian la Iglesia del Señor.

11.—Por este mismo tiempo habia en esta region de Asturias, en la ciudad de Gijon, un prepósito (2) de los caldeos, que tenia por nombre Munuza, que fué uno de los cuatro capitanes que primero invadieran las Hispanias. Tan luego llegó á saber la matanza del ejército, abandonó la ciudad y se puso en fuga, mas persiguiéndole los astures, le alcanzaron en el lugar Olaliense (3) y le acuchillaron con todo su ejército, de tal manera, que ni uno solo de los caldeos quedó aquende de los puertos del Pirineo. Entonces se reunen las huestes de los fieles, se reedifican los pueblos, se restauran las iglesias, y todos reunidos dan gracias al Altísimo, diciendo: «Sea bendito el nombre del Señor, que conforta á los que creen en él, y aniquila á los réprobos.» Pelagio, después de diez y nueve años de reinado, murió naturalmente, y fué sepultado con su esposa la reina Gaudiosa en el territorio de Canicas (4), iglesia de Santa Eulalia de Velano. Era DCCLXXV.

FAFILA.

12.—Su hijo Fafila sucedió en el reino, y con motivo del poco tiempo que lo poseyó, nada hizo digno de la historia. El año segundo de su reinado fué muerto por un oso, que indiscretamente habia provocado, y sepultado con su esposa la reina Froleba, en territorio de Canicas, en la iglesia de Santa Cruz, que él habia construido. Era DCCLXXVII.

ADEFONSO.

13.—Después de Fafilano sucedió en el reino Adefonso, varon de gran virtud, hijo del duque Pedro y de la sangre de los reyes Leovigildo y Recaredo. En tiempo de Ejica y Witiza fué príncipe de la milicia, y con el auxilio de la divina gracia recibió el cetro. Logró humillar muchas veces la soberbia de los árabes. Lo que sigue prueba de cuánta gracia y virtud estaba adornado. En union con su hermano Froila causó muchos daños á los sarracenos, y rescató multitud de ciudades que gemian bajo su yugo, como Lucum, Tudem, Portucalem, Bracaram Metropolitanam, Viseum, Flavias Agatam, Letesmam, Salamanticam, Zamoram, Abelam, Secobiam, Astoricam, Legionem, Saldaniam, Mabe, Amaiam, Septemancam, Aucam, Velegiam, Alabesem, Mirandam, Rebendecam, Carbonariam, Alesanco, Oxniam, Cluniam, Argantiam, Septempublicam (5), y las fortalezas y casas de campo, dando muerte á los árabes que las ocupaban, y restituyendo á los cristianos á su patria.

14.—Entonces se poblaron Primorias, Lebana, Transmera, Supporta, Carranza, Bardulia, que ahora llamamos Castella, y las partes marítimas de Galicia y Burgi (6), Alava y Vizcaya, Alaona y Urdunia, las poseyó siempre, hasta Pamplona y Bermeza. El ya sobredicho Adefonso fué siempre magnánimo, y nunca ofendió á Dios y su iglesia, y su vida fué llena de mérito. Construyó muchas basílicas y otras restauró. Reinó 18 años. Vivió feliz y murió en paz. Fué sepultado con su mujer la reina Ermisinda en territorio de Canicas, en el monasterio de Santa María.

15.—No podemos menos de mencionar aquí el estupendo milagro que ciertamente aconteció entonces, pues en el momento que espiró, y durante el silencio de una muy tranquila noche, estando los palaciegos con la mayor vigilancia custodiando el cadáver, se oyó de repente en los aires, por todos los circunstantes, voces de ángeles, que cantaban: *Ved aquí cómo es ensalzado el varon justo, y nadie para en ello la consideracion: y los varones justos son enaltecidos, y no se conmueven los corazones: el justo es llevado por apartarle de la iniquidad, y para encontrar paz y ventura en su sepulcro.* No dudeis que cuanto se acaba de decir es la verdad, sin mezcla de fábulas, pues de otro modo mas bien guardaría silencio que atreverme á divulgar una mentira. Era DCCXCV.

FROILA.

16.—Muerto Adefonso le sucedió en el reino su hijo Froila. Bravo fué y denodado en las armas, y alcanzó muchas victorias sobre las huestes Cordobesas. En el lugar llamado *Pontumio*, en la provincia de Gallecia, peleó con los caldeos, y quedaron muertos hasta 54,000; su caudillo, que era muy jóven, llamado *Haumar*, hijo de Abderraman-Iben-Hiscem, cautivado en aquel sitio, fué muerto con el acero. Rebeláronse contra el rey los vascones; pero fueron vencidos y avasallados. Habiéndose traido del país de aquellos una jovencilla llamada Munia, la tomó por esposa, y tuvo en ella á su hijo Adefonso. Habiéndose levantado tambien los pueblos de Gallecia, taló esta provincia. En fin, mató con sus propias manos á su hermano, llamado Vimarano, y al poco tiempo, aplicándole justamente la ley del talion, le dieron muerte los suyos. Reinó once años y tres meses, y fué sepultado con su esposa Munia en Oveto. Era de DCCCVI.

AURELIO.

17.—Después de Froilano, Aurelio, su primo en primer grado (hijo de Froilano, hermano de Adefonso), sucedió en el reino: en su tiempo los *libertinos* (1) tomaron las armas contra sus propios señores, y ejercieron la tirania: el príncipe logró con su destreza sujetarlos y reducirlos á su primera servidumbre. Ningun otro hecho notable aconteció, pues tuvo paz con los árabes. Reinó seis años, y en el sétimo murió pacíficamente, y fué sepultado en la iglesia de San Martin obispo, en el valle de Lagneyo. Era de DCCCXII.

SILON.

18.—Después que murió Aurelio sucedió Silon en el reino, el que estaba desposado con Adosinda, hija del príncipe Adefonso. Tuvo paz con los ismaelitas. Habiéndose rebelado contra él los gallecios en el monte *Ciperio*, los avasalló y sujetó á su dominio. Reinó nueve años, y al décimo acabó su vida, y fué sepultado con su esposa la reina Adosinda, en Pravia, en la iglesia de San Juan apóstol y evangelista. Era DCCCXXI.

MAURECATO.

19.—Muerto Silon, la reina Adosinda, en union con los señores del palacio, sentó en el trono paterno á Adefonso, hijo de su hermano el rey Froilano; pero Maurecato su tio, hijo de Adefonso el mayor, aunque nacido de una sierva, le arrojó del sólio con ardides, y le obligó á buscar un asilo con los parientes de su madre en Alava. Maurecato poseyó por seis años el reino que habia usurpado con engaño. Murió naturalmente y fué sepultado en la iglesia de San Juan apóstol en Pravia. Era DCCCXXVI.

VEREMUNDO.

20.—Muerto Maurecato, fué elegido para reinar Veremundo, sobrino de Adefonso el mayor é hijo de su hermano Froilano. Fué Veremundo un varon magnánimo: reinó tres años, y recordando los deberes que le imponia el órden de diácono, de que estaba revestido, renunció voluntariamente el reino (dejando muy niños á sus hijos Ranimiro y García), y nombró por sucesor á su sobrino Adefonso, que Maurecato habia espulsado del reino, en la era DCCCXXIX, y con el cual vivió muchos años con la mejor amistad. Vivió y murió en paz.

ADEFONSO EL CASTO.

21.—En el año tercero de su reinado, invadió á Asturias un ejército de árabes, mandado por un caudillo que tenia por nombre Mokehit, que en el lugar llamado Lutos, donde le salió al encuentro el rey Adefonso, fué pasado á cuchillo con cerca de setenta mil hombres. Este rey fué el primero que fijó su trono en Oveto. Construyó de admirable fábrica la Basílica que lleva el nombre de nuestro Redentor y Salvador Jesucristo (que fué consagrada por siete obispos). En ella erigió además del altar principal, otros doce á los lados con el título y reliquias de los apóstoles. Edificó tambien al Septentrion y adherente á la sobredicha, otra iglesia en honor de Santa María siempre vírgen, y en ella, á la derecha del altar principal, uno con el título y en honor de San Estéban, y á la izquierda otro con el título y en memoria de San Julian. A la parte occidental de esta casa veneranda edificó el panteon de los reyes: además una tercera basílica en memoria de San Tirso, cuya primorosa obra mas es para admirarla que para tributarla

(1) Prescindiendo del exajeradísimo guarismo á que el cronista hace subir los que murieron en esta batalla, toda la relacion del suceso está conforme con las historias árabes.

(2) Entiéndese aquí un gobernador.

(3) Sin duda, alguna de las muchas aldeas que en Asturias llevan la denominacion de Santa Eulalia.

(4) Cangas de Onis.

(5) Lugo, Tuy, Oporto, Braga, Viseo, Chaves, Ledesma, Salamanca, Zamora, Avila, Segovia, Astorga, Leon, Saldaña, Amaya, Simancas, Oca, Alava, Miranda, Alesanco, Osma, Clunia, Arganza, Sepúlveda. En cuanto a Flavias, Mabe, Velegia, Revendecam y Carbonariam no nos fué posible encontrar los pueblos á que corresponden.

(6) País de Burgos.

(1) Los siervos emancipados, los libertos.

eruditas alabanzas en los escritos. Tambien construyó otra iglesia como á un estadio de distancia del palacio, en memoria de San Julian mártir, erigiendo en ella dos altares adornados con admirable arte. Finalmente, hizo los palacios reales, los baños, los archivos, los tribunales, con toda clase de utensilios regios y de gran primor.

22.—El año treinta de su reinado, dos ejércitos de caldeos, cuyos caudillos se llamaban el uno Alhabbez y el otro Meliz (1), que pertenecian á los Alcorexis (2), se dirigieron á Gallecia. Acometieron con esforzado valor; pero fueron vencidos por otro valor superior; y á un mismo tiempo el uno pereció en el lugar llamado Naharon, y el otro en el rio Anceo. Continuando el tiempo de este reinado, llegó cierto varon que habia sido ciudadano de Mérida, llamado Mahzmuth, huyendo del airado rostro de Abdelrahman, contra el que habia sido rebelde largo tiempo, y fué recibido bajo el amparo real y habitó en Gallecia siete años. Al octavo reunió un ejército de sarracenos, con el que robó y asoló á sus convecinos, y se situó para defenderse en cierto castillo llamado de Santa Cristina. Tan luego llegó á noticia del rey tan osado proceder, marchó con su ejército y cercó y combatió el castillo que ocupaba Mahzmuth, y en el primer combate, este, que era el mas famoso de los guerreros, fué muerto, y su cabeza presentada al rey, que se apoderó del castillo, y allí fueron degollados 50,000 sarracenos que vinieran desde Hispania (3) en socorro del rebelde, con lo que Adefonso volvió felizmente á Oveto con paz y victoria: así, por espacio de cincuenta y dos años gobernó el reino y vivió casto, sóbrio, inmaculado, pio, glorioso, amable á los ojos de Dios y de los hombres, y su espíritu glorioso subió al cielo. Su cuerpo fué sepultado con suntuosas exequias en la mencionada capilla de los reyes, por él fundada, y allí reposa en paz. Era DCCCLXXX.

RANIMIRO.

23.—Después de muerto Adefonso fué elegido para reinar Ranimiro, hijo del príncipe Veremundo; pero en ocasion que se hallaba en la provincia *Barduliense* con objeto de casarse. Aconteció pues que á causa de su ausencia, Nepociano, conde del palacio, usurpó tiránicamente el trono. Tan luego llegó á noticia de Ranimiro que su primo Adefonso habia muerto, y que Nepociano invadiera el reino, se dirigió á la ciudad de Lucus, de Gallecia, y reunió un ejército. Escaso tiempo pasara cuando entró en Asturias; mas Nepociano, con una hueste formada de astures y vascones, le salió al encuentro en el rio Narcea; pero habiéndole desamparado los suyos, huyó en el instante, y fué apresado por los condes Escipion y Somnano, en el territorio de Pravia; y recibió el castigo que merecia, sacándole los ojos y encerrándole en un monasterio. Algun tiempo después, las armadas de los nordomanos, desde el Océano Septentrional, llegaron á la ciudad de Gejion, y desde allí se dirigieron al lugar nombrado Faro Brigantino (1); de lo que informado Ranimiro envió contra ellos un ejército con sus duques y condes, que dieron muerte á una multitud, y quemaron varias de sus naves: los que lograron huir acometieron á Hispalis, ciudad de Hispania, se apoderaron de ricos despojos, y dieron muerte con el fuego y el acero á un crecido número de caldeos.

24.—En tanto Ranimiro se veia envuelto en discordias civiles, pues Aldoroito, conde del palacio, conspiró contra él; pero fué mandado cegar por el mismo rey. Después de Aldoroito, otro conde de palacio, llamado Piniolo, hizo armas contra el rey; pero fué muerto, juntamente con sus siete hijos, por mandado de aquel. Sin embargo, el mismo rey edificó en honor de Santa María, á la falda del monte



MARTI

(Pintura del techo de la sala de Justicia en la Alhambra.)

Naurancio, y á 2,000 pasos de la ciudad de Oveto, una bellísima iglesia, toda de cal y canto, de admirable y perfecta arquitectura, decorada con arcos y otros muchos adornos que omitimos, y que hacen tan maravillosa su fábrica, que no es posible se encuentre otra á ella semejante entre todas las de España. Tambien edificó, muy próximos á esta iglesia, palacios y hermosos baños. Dos veces peleó con los sarracenos, y una y otra alcanzó la victoria. Después de un reinado de siete años descansó en paz en Oveto, con su esposa paterna, en la era DCCCLXXXVIII.

ORDONIO.

25.—Muerto Ranimiro le sucedió en el reino su hijo Ordonio, que fué tan grande y poderoso como modesto. Repobló las ciudades de Tudem, Astorica, Legion y Amaya Patricia, que Adefonso el mayor habia conquistado á los caldeos, y que permanecian desiertas. Al principio de su reinado peleó repetidas veces con los caldeos y triunfó. Llevó su ejército contra los rebeldes vascones, y al tornar á su patria y domicilio, después de haberlos avasallado, le vinieron nuevas que las huestes árabes enemigas salian á su encuentro, y volviendo en el instante el rey su ejército y sus armas contra ellas, las embistió repentinamente y las destruyó con su espada. Mas no debo pasar en silencio lo que sigue, que aconteció positivamente. Muza, que era de origen godo, aunque obcecado en la ley mahometana, incitado por varios de sus parciales, á quienes los caldeos denominan Benikazi, se rebeló contra el rey de Córdoba y se hizo dueño de muchas de sus ciudades, las unas por las armas y las otras por ardid. Primero tomó á Cesaragusta, luego á Tutela y Osca (2), y últimamente á Toleto, en donde puso por prefecto á su hijo Lupo. Después volvió sus armas contra los francos y galos, y les causó graves estragos, cogiéndoles copioso botin, y cautivando con astucia á los grandes duques de los francos, Sancion y Epulon, que encerró en una prision; tambien se apoderó de dos principales tiranos de los caldeos, uno del linaje de

(1) Los verdaderos nombres de estos generales, segun los cronistas árabes, eran Abd-el-Kerim y Abdala-ben-Maleki.
(2) Sin duda á alguna tribu ó familia que tenia este nombre.
(3) El nombre de Hispania lo aplica solo el cronista al país que dominaban los árabes.

(1) La Coruña.
(2) Zaragoza, Tudela y Huesca.

Alkorexi llamado Henamax, y otro muy guerrero que tenia por nombre Alporz, con su hijo Azeth; el uno lo aprisionó Muza, y el otro su hijo Lupo que guerreaba en su compañía, y engreido aquel y soberbio con tan señaladas victorias mandó á los suyos le diesen el dictado de *tercer rey de Hispania*.

26.—Contra él fué pues el rey Ordonio con todo su ejército, y se dirigió á la ciudad, que acababa de fortificar con admirable trabajo, y á la que habia impuesto el nombre de Albailda (1). Llegó el rey y la cercó con su ejército, mas acudió Muza con multitud innumerable, y plantó sus reales en el monte llamado Laturso. El rey Ordonio dividió entonces su ejército en dos trozos, uno para el cerco de la ciudad y otro para combatir á Muza; en el momento se empeñó la batalla y el ejército de Muza fué puesto en fuga. La carnicería fué tal, que sin contar los plebeyos murieron mas de diez mil magnates, juntamente con su yerno Sarceano, y el mismo Muza, herido de tres golpes de espada, huyó casi moribundo, perdiendo muchos trofeos de guerra, y tambien los presentes que le enviara Carlos, rey de los francos, y nunca mas obtuvo victoria. El verdadero rey Ordonio aproximó todo el ejército á la ciudad, y la tomó al sétimo dia. Dió muerte á todos los hombres que tenian las armas, arrasó la ciudad hasta los cimientos, y después de tan gran victoria tornó á sus estados. Lupo, hijo de Muza, que era cónsul de Toleto, tan luego llegó á saber la derrota de su padre, se humilló y sujetó al rey Ordonio, y permaneció en su obediencia en tanto vivió, y aun concurrió con él á muchas batallas contra los caldeos. El renombrado rey Ordonio conquistó guerreando otras muchas ciudades, entre ellas Cauris (1), cuyo rey, llamado Zeth, aprisionó, y Salmantica, donde quedaron tambien cautivos el rey Moneror y su esposa; dió muerte á todos los combatientes, y llevó esclavos á todos los restantes del pueblo con sus hijos y mujeres.

En aquel tiempo los piratas nodormanos llegaron á nuestras costas. De aquí se dirigieron á Hispania, invadieron en la Mauritania la ciudad de Nasor, destruyeron á sangre y fuego aquellas marinas, y pasaron á cuchillo multitud de caldeos. Por último, acometieron las islas de Majoricam, Fermentellam y Minoricam (2), y las asolaron con la espada. Después invadieron la Grecia, y al cabo de tres años se restituyeron á su patria. Finalmente el rey Ordonio, después de un reinado de diez y seis años, acometido de la enfermedad de gota, murió en Oveto, y fué sepultado con los reyes sus predecesores en la iglesia de Santa María. Fué amado del pueblo, alcanzó felicidad en el reino, y feliz descansa en el cielo, gozando en la patria celestial la alegría con los ángeles, mediante Dios Nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el padre y el Espíritu Santo en la gloria, por los siglos de los siglos. Amen.



(Pintura del techo de la sala de Justicia en la Alhambra.)

MI TIA MARIA.

El que mas y el que menos de mis lectores tendrá entre sus relaciones de parentesco alguna tia que se llame *María*: pero una tia como la mia la tienen pocos, y el que no la conoce, no sabe lo que pierde. Figúrense Vds. á una señora que frisa en la cuarentena de la edad; pero bien conservada, frescota, casi seductora y en estado de hacer honor al nombre de María, ese nombre que es el mas hermoso de todos los del Calendario. Sí, lo declaro con toda la tranquilidad de mi conciencia y no por espíritu de familia; mi susodicha tia es todavía bastante esbelta y elegante para volver los cascos á media docena de pollitos, y su buen humor es capaz de acabar con el *esplin* del gallo mas hipocondriaco y mas rebelde. La infatigable actividad de su vida ha hecho que conserve su rostro la regularidad y la espresion de una fisonomía que siempre fué graciosa, mientras que su aficion á la vida doméstica la ha preservado de que el insomnio y el cansancio estampen en su tez la huella de los fatigosos placeres de la vida del gran mundo.

El secreto de su amabilidad proverbial parece que consiste en haber amado toda su vida. Durante toda ella, con la bizarra independencia de un alma pura y elevada, mi tia, como los ángeles, ha osado amar á todos los que ha considerado dignos de tan adorable sentimiento. Jamás se atrevió aquella escelente señora á aprisionar en estrechos y reducidos límites del *amor*, á esa dulce paloma enviada á los hombres desde el seno del Criador; jamás ligó sus alas inocentes con las severas máximas de una filosofía egoista; siempre dejó en libertad al tierno pajarillo para que revolotease de corazon en corazon, de pecho en pecho, y siempre lo ha visto volver á su nido puro y contento, alegre y candoroso. No se vaya á creer por esto que es mi tia una visionaria ó una loca. Es por el contrario, una mujer cuyo corazon y cuya inteligencia estan impregnados de una poesía, que es á la vez el buen sentido en toda su sencillez y la razon en su esfera mas elevada.

Despues de esta ligera introduccion, haré que pueda juzgarla el lector por una carta que escribió para mí sola, y que me entregó la mañana del dia en que cumplí 17 años. Una observacion que con el pretencioso aplomo de una colegiala me habia permitido hacerla la víspera, sosteniéndola que solo se amaba de veras una vez en la vida, y que el primer amor era el único que podia esperimentar una mujer, la sugirió la referida epístola, cuyo estilo parecerá un tanto escéntrico y singular; pero que sin quitar ni añadir una coma, es el que usa mi tia en la conversacion y por escrito. Hé aquí la carta:

(1) *La blanca*, hoy es Albelda, no lejos de Logroño.

(1) Coria.
(2) Mallorca, Fermentera y Menorca.

«¿Conque de veras crees, querida Engracia, que solo puede amarse una vez? ¿Y cómo tan jóven todavía has podido formar esa opinion? Forzoso es creer que la hayas adquirido en las novelas y poemas amatorios, no en la esperiencia ni menos en la observacion; pero como esa manera de pensar puede ser para tí orígen de errores y de males sin cuento, estoy resuelta á descubrirte el corazon de una mujer, que es lo mismo que descubrirte y demostrarte el de todas.

»Yo he amado dos veces, querida Engracia; la primera en la alborada de mi inconstante juventud; la segunda en la calma de la edad madura. Recuerdo perfectamente al objeto de mi primer amor. Eran los rasgos de su fisonomía sombríos y severos, de una admirable belleza clásica, y parecian estar iluminados por los resplandores de un genio ardiente y ambicioso. La inteligencia brillaba en todas sus facciones; pero notábase al mismo tiempo que no habia corazon en aquel hombre; su mirada no tenia la ternura del amor, y todo revelaba en él la virilidad tranquila, orgullosa y soberana. Su estatura no era muy alta, el cuerpo parecia falto de fuerza y de vigor; pero cuando se revestia del aire altivo y despótico que le era habitual, elevábase sobre mí como un gigante, y mis débiles párpados no podian resistir el fuego de su mirada. Su voz sonora, atrevida, imperiosa, me hacia estremecer como el sonido del clarin. Se sonreia rara vez, y no comprendia que nadie pudiera reirse, porque despreciaba la sensibilidad y la dulzura de carácter. La vida era á sus ojos un negocio árduo y grave; aspiraba á las distinciones y á los honores; alimentaba su corazon de ambiciosas esperanzas, y hacia alarde de lo que él llamaba «su insensibilidad de hombre.»

»Tal era el que solicitaba, ó mas bien, el que subyugó mi corazon. Con todos los demás habia sido yo hasta entonces petulante, caprichosa, insustancial; pero en su presencia estaba sumisa y temblorosa: hasta mi orgullo, esa diadema de la mujer, solia depositarlo á sus pies, porque lo amaba con un amor profundo, ardiente, que me absorbia á mí misma, y no daba lugar á mi pecho á ningun otro género de sentimiento. La reflexion, la razon y las mas dulces afecciones de mi infancia se hallaban subyugadas y paralizadas; morian en el fuego de aquella adoracion entusiasta, como muere la mariposa en la perfumada llama de un pebetero. Así como despues de haber mirado al sol, la imágen del astro luminoso permanece mucho tiempo delante de tus ojos, del mismo modo á cualquiera parte que volviese yo mis miradas veia brillar delante de ellas la radiante imágen de mi amor. Antes hubiera confiado la Lisis de Moore sus penas al ángel que la amaba, que yo las mias al hombre que solicitaba mi mano. Todavía tiemblo al pensar en la ligereza con que me dejaba arrastrar á aquella ciega idolatría.

»Pero llegó un momento en que un vago temor, un terror que no tiene nombre se apoderó de mi alma. Me asemejaba á una persona que está soñando que pasea por el Paraiso, y que sabe sin embargo que sueña; ó á uno que anda sobre una superficie de hielo tan delgada, que siente debajo de sus plantas las ondulaciones y el movimiento de las aguas. Este presentimiento me hacia estremecer al pensar que la nueva estrella de mi existencia iba á desaparecer, y que el rocío de la mañana de mi vida iba á convertirse en una niebla que el viento habia de disipar para siempre.

»Esta era la voz del ángel de mi guarda que me hablaba al oido. Sí; porque has de saber, querida Engracia, que Carlos F... vive todavía, y que no llegamos á casarnos. Si el motivo de nuestro rompimiento hubiera sido sus vicios ó sus defectos, jamás me atreveria á revelarlos, porque el amor, como el sepulcro, cubre con cierto carácter sagrado aun aquellos objetos que despues se han hecho indignos de nosotros. Si Carlos hubiera cometido una falta, mi cariño le serviría de escudo; si la sociedad le hubiera espulsado de su seno y renegado de él, mi corazon al menos le hubiera permanecido leal hasta el fin de sus dias; pero no, la sociedad le contempla con respetuosa admiracion, y este es el objeto de todos sus deseos.

»Poco á poco conocí con dolor que el hombre á quien en mi ceguedad habia rendido un culto que solo se debe á Dios, ni me amaba ni podia amarme como yo hubiera querido ser amada. En un principio me contenté con su obsequiosa admiracion; pero en seguida comencé á suspirar por una ternura, que no estaba en su naturaleza consagrarme; á anhelar esas dulces espresiones, esas tiernas sonrisas, esos cariñosos cuidados que fueron siempre el pasto del corazon de la mujer desde que Dios la creó amorosa y sumisa al hombre. En fin, abrí los ojos, y ví en Carlos una estátua que desde el pedestal de su grandeza miraba con ojos serenos el amor entusiasta que me habia inspirado. Aquel hombre era la encarnacion altiva y fria de la inteligencia, y los sentimientos humanos que abrigaba su corazon apenas le bastaban para sí propio. Conocí entonces que el ara nupcial hubiera sido para mí el ara del sacrificio, una fúnebre hoguera en que se habria abrasado todo lo que en mi naturaleza no hubiera podido identificarse con la suya; mis goces y mis dolores, toda mi vida, toda mi individualidad iban, no á mezclarse y unirse con los suyos, sino á confundirse y desaparecer en él. Conocí que los manantiales de mi corazon se agotarian sin que él pudiera alimentarlos, y que mi alma se convertiria en un desierto, porque él no cuidaria de cultivarla. No quise pues abrazar semejante destino; renuncié á aquel matrimonio, y nos separamos.

»Cuando la muerte nos arrebata el ser que amamos, el dolor nos estravia y nos abate; pero ¿quién podrá decir lo que se sufre cuando deliberadamente arrancamos de nuestro corazon un amor que se ha adherido como una débil planta al objeto de nuestra pasion? ¿Quién puede describir el tormento que se padece al romper una á una las ramas de la yedra, que llenas todavía de vida se agarran á la robusta encina y se resisten á abandonarla?

»Corrieron algunos años y amé por segunda vez. ¡Pero cuánto distaba el objeto de mi amor del ídolo de mis primeras ilusiones! Eduardo reunia la seductora dulzura de la mujer á la severa dignidad del hombre; poseia todas las cualidades femeniles, sin ser por eso afeminado. En él la dignidad del hombre no era un manto mezquino en que envolvia su cuerpo para ocultar á los ojos del mundo los harapos que le cubrian, sino la púrpura real que un príncipe lleva sobre sus hombros con gracioso abandono, y al través de la cual se echa de ver la magnificencia y riqueza de sus vestidos. Su entendimiento no se asemejaba á una de esas llanuras cultivadas que serian yermos estériles sin el trabajo y el sudor del hombre, sino una de esas fértiles praderas del Mediodía, en que crecen las flores espontáneamente con toda la exuberancia de una poderosa vejetacion. Era alto, y no parecia elevarse sobre mí; era hermoso, y en su fisonomía se retrataba cierta espresion de alegría, si es que puede darse este nombre á la satisfaccion que se deja ver en las naturalezas apacibles y tranquilas. Era, en fin, la luz y no el fuego de la inteligencia la que iluminaba su frente.

»La bondad de su corazon le hacia querer de los pobres; la nobleza de su carácter y su vida ejemplar le habian grangeado la admiracion de los ricos; todos los hombres de bien le alababan unánimemente; de suerte que mi inefable amor no era mas que la concentracion de los sentimientos de todo el mundo; y sin embargo de esto, pasó mucho tiempo antes de amarnos. El cáliz de aquel sentimiento divino se abrió lentamente, porque su flor no debia marchitarse jamás. El amor dicen que es la rosa del corazon; pero cuántas veces hacemos del corazon una estufa, para que la rosa florezca mas aprisa. Si se abandonase el capullo al sol de la naturaleza, al rocío de la inocencia y de la verdad, al cuidado de los ángeles, ¡qué placer seria verlo crecer, seguir el desarrollo de sus pétalos, que en cada hora que trascurre recobra un perfume mas suave, unos matices mas vivos, hasta que por fin se entreabre la rosa con toda la perfeccion de su incomparable belleza!

»Nuestra vida se vió libre de lo que llaman desgracias, y sin embargo tuvimos nuestros disgustos y nuestras penas; pero no podiamos quejarnos de ellas, pues teniamos el consuelo de sufrirlas juntos. Aquella confianza completa, espontánea y recíproca que habiamos llevado al altar, y sin la cual el matrimonio es solo una mentira, no nos abandonó un momento. No vayas á creer por eso que nos adorábamos ciegamente. Conociamos nuestros recíprocos defectos hasta los mas pequeños; pero á medida que uno de nosotros los descubria en el otro, procuraba cubrirlos con el velo del olvido, arrojaba sobre él el velo argentino de la caridad, y lo encerraba en un santuario impenetrable á las miradas del mundo.

«Para concluir, querida Engracia, voy á decirte á qué comparo yo estos dos amores de mi vida. El primero era una águila prisionera y sometida á su cautiverio, pero aspirando á su antigua libertad y recordando siempre el alegre batir de sus alas indomables: el segundo era una ave mas mansa, que reposaba con gusto en el seno de su dueño, y que replegaba sus alas fatigadas con un movimiento imperceptible de placer.»

—

Así concluia la carta de mi tia María. A pesar de su elocuente sencillez no logró convencerme, porque no podia yo admitir que lo que ella llamaba su primer amor hubiera sido verdaderamente una pasion. No; ella no habia llegado bastante cerca del corazon de Carlos para amarlo; si se hubiera casado con él, la hubiera pasado lo que á la mujer de Caton, que al decir de su severo esposo, solo se atrevia á abrazarlo cuando tronaba. El sentimiento que mi tia esperimentaba era admiracion, un orgullo satisfecho, un vértigo, todo lo que se quiera, escepto esa esclavitud del alma en que el esclavo adora sus cadenas; esa locura del corazon que el loco prefiere con mucho á la razon.

Si hubiera amado con la ciega idolatría, con el sublime delirio de una mujer, ¿habria podido pesar su amor y pronunciar su separacion? Nuestra fortaleza en las cosas del corazon procede casi siempre del orgullo escitado por un desden ó una injuria, y ella ni fué injuriada ni desdeñada por Carlos. En cuanto á su segundo amor, nada quiero decirla; pero como no puedo dar el nombre de amor á su primera pasion, estoy en el derecho de permanecer en *statu quo* de mis opiniones por ahora.

ENGRACIA GREENWOOD.

LA VACA DE UNA HORTELANA.

Entre la ciudad de Salamanca y la aldea de Cabrerizos se ve al borde del camino un pequeño huerto, rodeado de unas tapias de tierra, y en uno de cuyos ángulos se eleva una pequeña casa cubierta de bálago. Esta propiedad, aislada en medio de los campos, estaba ocupada no hace mucho tiempo por el hortelano F.. , su mujer y su hijo; habia además en un establo adyacente á la habitacion una gruesa y hermosa vaca, que era hacia mucho tiempo la lechera de la pequeña colonia, y que por su condicion apacible se habia hecho la favorita de esta familia: se la designaba con el nombre de *Lista*. F... vivia pues perfectamente feliz con su esposa, cavando y recavando su puñado de tierra, y la abundancia reinaba en su casa: desgraciadamente, hácia la mitad de marzo de 18... recibió en el pecho un golpe con la pértiga de un carro, y murió algunos dias después. La viuda del hortelano, después de esta catástrofe, continuó cultivando su huerto; pero aunque trabajaba por mañana y tarde, aunque se hacia ayudar por su hijo, muy jóven aun, que desempeñaba su tarea con el mayor gusto, el huerto no producia tanto como otras veces, y las privaciones sucedieron á la abundancia. Para principios de febrero, la viuda de F... tenia que pagar una deuda de algunos cientos de reales, y no tenia un cuarto con qué satisfacerla; se vió pues obligada á echar mano de ciertos recursos, y por mucho que le costase, tuvo que resignarse á vender la hermosa vaca que tanto queria. En uno de los últimos dias de enero, un carnicero de Salamanca, que pasaba casualmente por allí, se la compró en la cantidad de 530 reales, y la pobre Lista tuvo que abandonar el establo que habia habitado después de tanto tiempo, para ir al matadero. Mientras tanto, la viuda estaba tan afligida al separarse de esta antigua amiga de su familia, que no quiso verla partir; pero como sabia que no se dejaría conducir fácilmente por un estraño, y como quisiese librarla de los malos tratamientos que su indocilidad podia proporcionarle, mandó á su hijo que la acompañase hasta las inmediaciones del *Rollo*. Lista fué pues atada detrás de un carro por su nuevo dueño, y echó á andar. Al cabo de un cuarto de hora, como la vaca se dejase conducir sin resistencia, el carnicero dijo al muchacho que se marchase, y este, después de haber hecho algunas caricias á la desgraciada Lista, se alejó, arrasados los ojos en lágrimas; pero el animal, viendo partir al niño, muge tristemente, se para al instante, se arroja en tierra y se deja arrastrar. El comprador, impaciente al ver que necesita tantas ceremonias para conducir una res al matadero, baja de su carro y le administra una vigorosa correccion. El jóven no pudo ver sin emocion maltratar de aquel modo á la que habia sido tanto tiempo la amiga de la casa; pidió al carnicero que le dejase todavía seguir su carreta, y el animal se volvió á poner en marcha; pero el pobre muchacho lloraba á lágrima viva. Mientras tanto, llegaba á lo alto del Rollo una señora jóven, seguida á alguna distancia por un criado á caballo, á la vista de la vaca, que marchaba detrás del carro de un carnicero, acompañada del pequeño jóven, que se desesperaba: preguntó á este la causa de sus lágrimas, el que, sin dejar de andar, le contó la muerte de su padre, la triste posicion de su madre, y la precision en que se habia visto de deshacerse de Lista. La señora se conmovió con las lágrimas de estas pobres gentes, y con la adhesion de la pobre vaca á sus antiguos dueños; rogó al carnicero que se detuviera, y le ofreció dos duros de beneficio si rescindia su contrato; pero nuestro hombre habia hecho un escelente negocio, y no quiso por de pronto escuchar nada; sin embargo, cuando la señora le ofreció setecientos reales, consintió en deshacerse del animal. La señora, después de haberse informado de la habitacion de la pobre viuda, se llevó al carnicero para pagarle la suma convenida, y una hora mas tarde la pobre hortelana vió á su hijo que conducia á su querida Lista á su establo, y que lleno de gozo le contaba su feliz encuentro.

Hé aquí una familia, que con un pequeño desprendimiento ha vuelto á la abundancia.

MARTIN DE ARANDA.

NOVELA ORIGINAL,

POR PABLO GAMBARA.

(Aprobada por el censor.)

V.

CONCLUSION.

A la noche siguiente Martin estaba en el teatro. Se representaba una comedia nueva, de un autor desconocido, y el salon estaba completamente lleno. Por un lado los periodistas, armados de sus lentes, hablaban con sus amigos de la poesía dramática que han asesinado, y se disponian á sacrificar á un chiste el porvenir literario del jóven autor, ó á oponerle al de otro autor afamado ya, encendiendo esos celos que esclavizan la literatura á los editores y empresarios. Cuál no hablaba, porque no habia tenido tiempo de estudiar en su casa algunas buenas espresiones, y cuál reia muy alto para que los concurrentes le mirasen y admirasen su bella figura y elegante traje. Alguno hacia señas á una jóven de un palco, disimulando, no que las hacia, sino que deseaba que todos lo notasen, y muchos se entretenian en pasar revista al salon y contar la crónica escandalosa de nuestra sociedad. En la mayor parte de lo que hablaban mentian: ¡imbéciles! ¿Qué podian discurrir mas horrible que la verdad? Solo atendian al espectáculo algunos honrados hijos del pueblo, que porque usan sombrero y levita se creen de la clase media, como porque hablan creen que piensan; gentes que van al teatro una vez al año y cuentan la funcion á sus hijos y á sus vecinos, algunos forasteros y algunos artesanos. Los demás habian ido al teatro como á un salon de baile, á pretender un destino, á comenzar ó seguir una intriga amorosa, á darse tono, á hacerse amigos, á seguir la costumbre ó á pasar el tiempo. Los que atendian eran los pollos de la sociedad.

Era aquel el tiempo del romanticismo, el destello que tras tan largo tiempo de reposo dió nuestra poesía dramática, reflejo de otra nacion, de la cual nos hemos constituido en espejo. Entonces el público aplaudia el *Angelo*, el *Hernani*, *Antony*, *Catalina Owart* y *Margarita de Borgoña*, en que se ha tachado de inverosímil lo histórico, y no se ha parado la atencion en lo que se opone á la historia. Nuestros poetas seguian el mismo camino, y estudiando las obras francesas y las inglesas y alemanas, de quienes aquellas eran hijas, y adornándolas con nuestra oriental galanura, escribian *Los amantes de Teruel*, *Doña Mencia*, *Don Alvaro*, *La corte del Buen-Retiro* y tantas otras. En aquella escuela se formaron los poetas dramáticos que hoy nos quedan. Después ha venido la crítica, que en general ha querido seguir el camino de Fígaro, sin tener su talento; ha recortado los dramas, los ha limado, ha preferido lo bonito á lo sublime, y reducido la gótica catedral á la capilla de estuco. Es desgracia nuestra, ó mas bien falta de reflexion. Con la erudicion segamos en capullo nuestra poesía lírica, la poesía de los romances; con la erudicion segamos nuestro teatro en el siglo pasado, y con la erudicion le queremos segar ahora cuando empezaba á retoñar. ¿Creen los que á esto contribuyen que será inmortal nuestra literatura cuando sea una copia exacta de la griega? No: si un dia España llega á ser solo un nombre en la historia; si el castellano pasa á ser una lengua sabia, las naciones que la sobrevivan buscarán en los griegos la literatura griega, y en los españoles la española, no la copia de los griegos. Si Murillo y Velazquez se hubieran contentado con copiar á Rafael, estarian olvidados. El *Quijote*, escrito sin modelo, será inmortal, mientras *Persiles y Sigismunda*, escrita con mas cuidado y á imitacion de *Teagenes y Caricleas*, solo se conserva por la pureza de su estilo y ser obra de Cervantes.

El drama que se representaba aquella noche se llamaba EL TROVADOR, y fué tal el interés que inspiró, que aun los mas elegantes le escucharon en silencio, aplaudiendo con entusiasmo, y pidiendo al final que se presentase el autor, honra que hasta entonces no se habia dispensado nunca, y que por lo tanto tenia un precio que hoy ha perdido como las grandes cruces. El autor debió quedar satisfecho, y de seguro tuvo un momento en que dió por bien empleados todos los tormentos que le costó el ser admitido en el teatro.

Martin aplaudió como los demás, y ya se retiraba, cuando sintió que le asian del brazo con fuerza, se volvió, y vió á D. Santiaguito que le dijo: Escuche V.

—Qué quiere V.? dijo Martin disgustado de hallarse detenido por un hombre que le fastidiaba.

—Pedir á V. cuenta de lo que dijo ayer de mí.

—Yo... juro á V. que no me acordé...

—No lo niegue V. Lo sé de buena tinta: dijo V. que yo era un necio, y vengo á pedir á V. una satisfaccion.

Ya un corro de curiosos habia cercado á los dos interlocutores, y se aplaudia al insolente y se mofaba del que tenia razon, tratándole benignamente de cobarde. Martin probó aun una vez.

—Ya he dicho á V., dijo, que le han engañado, mas...

—Se retracta V. por cobardia, gritó Santiago.

—Silencio! esclamó Martin con voz imperiosa. Ya he dicho á V. que le han engañado en decir que he llamado á V. necio; pero no le hubieran engañado si le hubieran dicho que pienso eso de V.

—Piensa V...

—Que es V. un necio y un insolente.

D. Santiaguito quiso acometer á Martin, que le esperaba sereno; pero varias gentes se interpusieron, y solo pudo gritar desde lejos:

—Nos volveremos á ver.

—Cuando V. guste, respondió Martin, y se dirigió á su casa.

Aquella misma noche vinieron á buscarle los padrinos de D. San-

tiaguito, y al dia siguiente se verificó el duelo, quedando herido Martin, que no sabia manejar las armas, pues su padre, falto de dinero para ponerle á aprenderlas, le habia consolado, convenciéndole de que el hombre que á nadie insulta nada tiene que temer.

D. Santiaguito se marchó con sus padrinos, y los suyos trasportaron á Martin á su casa.

Todo el dia le pasó en un horrible delirio. Sus pensamientos fijos se desenvolvian con mas fuerza, merced á la escitacion de sus nervios, y su lengua murmuraba raciocinios enteros, cuestiones inmensas que no eran sino recuerdos de sus pensamientos anteriores.

—Sí, decia, el oro y solo el oro. ¿Qué importa cómo se ha adquirido? Y dicen que en nuestro siglo el talento es el rey!... no; lo era cuando un conquistador respetaba una ciudad, porque un genio se la honraba, como Dios respetaba los pueblos en que florecian diez justos... El talento domina ahora como ha dominado siempre... es una fuerza que domina las fuerzas inferiores, y que la sociedad quisiera debilitar; pero no, la sociedad le respeta... ¿En qué consiste el talento? En conseguir el fin... en saber aprovechar las circunstancias: el talento en nuestro siglo consiste en saber obtener una gran fortuna. En otro tiempo, en el principio de la sociedad, todas las fortunas eran iguales. El que se apoderó de las fortunas de los otros tenia sin duda mas talento que ellos. El que engaña tiene siempre mas talento que el engañado; y cuando el que engaña tiene bastante destreza para hacerlo impunemente, la sociedad le respeta, porque la ha vencido, como respetamos á un atleta que nos derriba; ¿qué hemos de hacer contra él? Luego caia en una especie de letargo, que le servia de sueño.

Al segundo dia por la mañana sus ideas estaban mas claras, y aunque aun le abrasaba la fiebre, el delirio habia cesado, y podia conocer á los que le rodeaban. El primer rostro que vió fué el de Margarita. Cuando todos abandonaban á su amado, ella venia á sostenerle y á cubrirle con su amor... ¿Por qué nunca nos ama tanto una mujer como cuando padecemos? Funda quizá en esto su orgullo. Hay muchas mujeres que os estarán siempre unidas si las decís cuando intenten separarse de vosotros:—Me abandonas en la hora de la desgracia!

Vuelto Martin á su amada, la asió la mano con dificultad y la dijo:

—Tú aquí!

—He sabido tu desgracia, y he venido á cuidarte.

Martin procuró, aunque en vano, besarla la mano; Margarita miró á todos lados si estaban solos, y luego le besó en la frente.

—Oh, cuánto te amo ahora! dijo Martin.

—¿Por qué no ha sido así siempre? dijo Margarita enjugando una lágrima; ni tú estarias herido, ni yo...

—¿Sabes por qué me he batido?

—Lo adivino por las consecuencias.

—¿Cuáles?

—Tu adversario ostentaba ayer una carta de... esa mujer á quien tú...

—Me insultó por celos!

—La carta le ofrecia hacerle feliz si te mataba...

—Debia esperarlo; sé de ella un secreto terrible, de esos secretos que matan al que los posee. ¿Y él... habrá sido feliz?...

Margarita suspiró, miró tristemente á Martin y las lágrimas corrieron de sus ojos; después dijo:—No, la carta era falsa. Una criada, enamorada de él sin duda, la habia fingido. Cuando se presentó á pedir el premio merecido, la criada le dijo que esperase en el jardin á cierta hora de la noche y subiese cuando una mujer le hiciese señas con un pañuelo blanco desde una ventana; en la escalera, que estaba á oscuras, una mano de mujer le guió hasta una sala oscura tambien, y allí en voz muy baja y trémula le dijo: que la vergüenza no la permitia traer luz, pero que le amaba y era suya. Entraron con luces varios criados, y D. Fernando, que por casualidad pasó por allí para ir á la biblioteca. La criada lo confesó todo, y tu rival ha tenido que sufrir las burlas de sus amigos... No empaña ninguna nube la reputacion de esa mujer... aun puedes amarla...

—¡Yo! esclamó Martin; no, jamás! Pude adorar al ídolo cuando le creia descendido del cielo; pero le desprecio desde que habiéndole tocado, he visto que es de barro y cieno. ¿Crees que yo he tomado por verdad esa comedia? Cristina ha comprado el honor de su criada para remendar el suyo... Todo se compra y se vende... Engañará á todo el mundo; pero no á mí que la conozco demasiado...

—Qué quieres decir?

—Nada: hay cosas que manchan el oido de quien las oye, y la imaginacion de quien las comprende .. Desde hoy te amaré siempre y solo á tí.

Efectivamente, desde aquel dia Martin solo se dedicó al cultivo de aquella humilde violeta, que oculta entre sus hojas era desconocida á la serpiente, y no habia recibido en su cáliz el veneno.

La herida le detuvo en la cama cinco meses, y Margarita siempre á su lado, como el ángel de su guarda, compartió todos sus dolores con la ternura de una madre. Le había cedido su corazon.

Cuando empezaba á salir de casa recibió la noticia de que era heredero de un tio muy rico que tenia en América y que se murió con oportunidad. Al menos esta fué la razon que se dió al mundo de la inesperada riqueza de Martin. Algunas personas murmuraban sin embargo, que esas herencias solo en las novelas se hallan tan á tiempo, y que aquella se habia fabricado por una sociedad de petardistas, ladrones, etc., que formaban una especie de masonería con el objeto de enriquecerse. Yo no trataré de destruir estas murmuraciones; la creacion de dicha sociedad no es imposible en nuestro tiempo; pero tampoco lo es que un tio se enriquezca en Indias y se muera de indigestion. El lector puede pues opinar como mejor le pareciere.

En cuanto Martin se vió rico, es decir, cuando se vió dueño de una posicion estable y con el porvenir tan asegurado como puede estarlo el de un hombre, se casó con la hermosa Margarita, á quien no llevó nunca al mundo, temiendo que su atmósfera la corrompiese. Algunas veces veia en el teatro á Cristina y á D. Fernando, y oia decir á algunos:—Hé ahí una mujer de quien nada se dice. (Cuando uno dice: de esa mujer no se dice nada, se sobreentiende *nada malo.*) Martin se sonreia. En cambio en casa de Cristina se *decia mucho* de Margarita.

Una noche, un antiguo conocido vió á Martin y le preguntó:

—¿Conque te has casado?

—Sí, respondió Martin; estaba algo escaso, y mi mujer llevaba en dote 20,000 duros.

—Diablo! sabes vivir, dijo el amigo; si tu mujer tiene una hermana, ya sabes que estoy soltero.

Si Martin hubiera dicho que él era rico y se casaba con una pobre, se hubieran mofado de él; pero habia hecho lo contrario. La sociedad perdona una infamia mejor que una buena accion. La moral de la sociedad son las formas.

EN UN ALBUM.

¿Qué es nuestra vida? Un árido desierto
Donde un veneno por acaso brota
De sus arenas en el campo muerto,
Que antes que alivie nuestra sed, se agota.
Engañoso el placer, el pesar cierto
Solo encontramos en su senda ignota;
Y dichoso el que al fin de la jornada
Vuelve inocente á la primer morada.

GAVINO TEJADO.

No mas amor: la dicha de mi mente,
las dulces ilusiones de mi vida
murieron, como muere en un torrente
una flor de su tallo desprendida.

P. CALVO ASENSIO.

Un mal pintor de brocha gorda, queriendo adquirir fama de hábil en su arte, siempre andaba diciendo que queria mandar blanquear su sala para pintarla luego: oyéndolo uno que le conocia, le dijo:

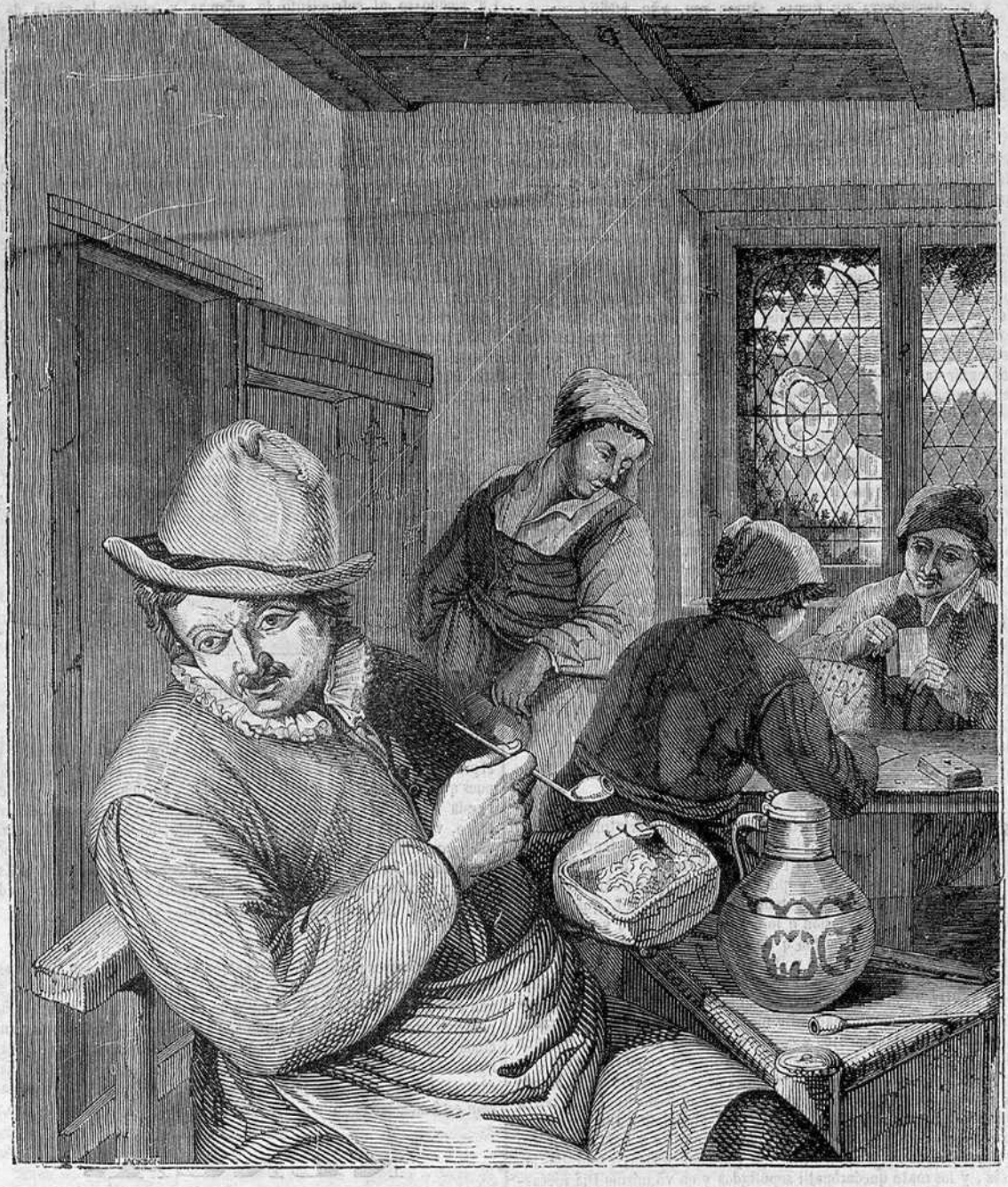
—Créame V., lo mejor será que V. pinte su sala, y la mande blanquear después.

FORMAR LOS NOMBRES DE DOS FLORES CON LAS DOCE LETRAS SIGUIENTES.

A	I	P	L	O	A
A	L	L	M	E	A

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



LA TABERNA DE ALDEA.

Después de fijar la vista en esta lámina, no es necesario decir que el lector tiene delante de sí una taberna de aldea. Aquellos dos que juegan á las cartas, estan tan embebidos en su pasatiempo, que se olvidan de que hay en torno suyo un mundo en agitacion y movimiento. Como el juego es una pasion en estremo violenta, la tabernera, á quien de seguro la abundancia de quehaceres no la incita á resolver el problema del movimiento contínuo, observa atentamente el juego, y como mujer curiosa, no se contenta con ver las cartas que los dos contrincantes dejan sobre la mesa, sino que fija su atencion en las que uno de los jugadores tiene en la mano. Todo esto es completamente indiferente para ese individuo que con el jarro delante y la pipa entre los dedos, no se cuida, ni poco ni mucho, de los cuidados del mundo, ni de las penas que afligen á los hombres: él tiene tabaco para desvanecer las suyas con el humo de su pipa, y el jarro delante para ahogarlas en vino. Es un cuadro de verdadero egoismo.

Esta pintura pertenece á la galería del Louvre; es de la escuela flamenca, que, como es sabido, se distingue de todas por consagrarse enteramente á la contemplacion de la naturaleza. Van-Ostade, su autor, nació en Lebeck el año de 1610; pasó á Harlem, donde se estableció antes que los ejércitos enemigos se aproximaran á la ciudad; vivió después en Amsterdam, y allí murió en 1685. En esta ciudad pintó sus mejores cuadros.

CARTA ORIGINAL

ESCRITA POR S. M. EL SEÑOR DON FELIPE IV, REY DE ESPAÑA, Á LA MADRE VENERABLE SOR MARÍA DE JESÚS DE AGREDA, Y LA RESPUESTA DE ESTA, AMBAS DEL AÑO 1655.

Nos parecen sumamente curiosos los dos siguientes escritos, que nos han sido remitidos por la persona que posee los originales, de los cuales se han sacado fielmente las copias que va á ver el lector. Dicen así:

I.

Con mucho gusto é recivido vra carta, y aunq tengo hartas-ocupaciones, tomo este ratillo para responderos, y agradeceros muy deueras todo loq medecis, enq reconozcoparticularmente el amor q me teneis, y el desseo de mi mayor bien, assi espiritual como temporal, pues todas sus letras, y clausulas lo muestran muy bien; gran aliento me dá (enmedio de mi flaqueza,) ver loq meayudais con vras oraciones, y doctrinas, pues aunq temo q nosé aprouecharme dellas, espero de la misericordiadiuina q mehan de ayudar mucho para loque mas me importa, para loqual procurare valerme dela virtud dela caridad (como me aconsejais) porq si yo acertase á amar á Dios como deseo, es cierto que no le offenderia, conq nada me podriasuceder mal noser contrario ningun sucesso, ayudadme Sor Maria á conseguir tanto bien, q yo solo nome atrebo, y aunq demi parte procurare cooperar; temo q melo impida mi flaqueza y misculpas; de Cataluña no ay nada de nuevo, procuramos (enmedio de la estrecheza enq está todo) assistir á aquella parte lomas q esposible. deFlandes se escribe con los mismos temores, y aun temen al gun aluoroto general enlos pueblos, q seria lavltima ruina de aquellos estados, esto me causa elgraue cuydado q podeis juzgrar, y acrecientamele elno poder asistirlos como conniera, aunque setrauaja incesantemente enello, pero solo Dioses quienlo á de remediar, comolo espero ensu misericordia, yos encargo selo supliqueis con particular feruor. deltalia no ay mas nouedad q lamuerte del Papa, encargosq hagais particular oracion para q elsucessor sea apropósito parael bien dela Iglesia, q siendo assi, es ciertolo sera para mis intereses á Dios gracias nos hallamos consalud, y estos dias ocupados en assistir alos sermones y officios dequaresma, permita su diuina Md. q sepamos aprouecharnos dellos, pedidselo assi; y q nos ayude entodo loq necesimos desuanparo, y noos oluideis de la sucession desta Monarquia q os confiesso es unade las cossas q mayor cuydado medá, pero sienpre estoy resignado en la voluntad de Nro señor. de Madrid á 3de Marzo 1655—yo ElRey.

II.

Señor

Poderosa es la voluntad encaminada por la caridad pues hace leyes mas Hefficazes que las Naturales propio es á la criatura Racional sentir suspenas y por ellas olbidar las aJenas y la experiencia me enseña se pueden sentirmas las De los proximos las De la vMd. dividen mi corazon De dolor y puedo asegurar yngenuamente fuera mas tolerable Para mi padecer todo lo q afliJe á vMd. que mirarlo con la amargura y conpassion q lo considero y pondero y comono me es possible dar a vMd. elalibio q desseo crece mi Dolor y me conpele a mas y mas clamar al Señor y Pedirle use de Misericordia con vMd. eneste valle de lagrimas son forcossos los trabaJos el fruto mas cierto deste destierro donde no se halla alibio la tierra produce yervas plantas y arboles sustenta ganados Da me tales Piedras preciosas y grande variedad de Mantenimientos y cossas necesarias para el uso humano pero descansso no se halla enella niel fruto del consuelo secoJe, ay titulos de emperadores Reyes y principes pero no descansso, el Mundo Da con grandes tristecas Algun pequeño con suelo fingida á triaca conmortal beneno engañosa dulcura con abundante amargura mez cla contento condis gustos placeres con sobresaltos y todo es vncerco de desven turas, estando los HiJos de Job comiendocayo sobrellos lacassa, y los mato quedaronalli sepultados y en vn mismo Dia fuecassa, Mesa y sepulcro, fiesta, banquete y tristeca, entan breve tienpo sehallo Job Prospero y desbalido Rico y Pobre con HiJos vibos y Muertos yestas ynpetuossas olas le aRojAron a, tan fe liz Puerto dede sengaño q dio gracias Al Altissimo y dixo dios me lo Dio y quito agase suvoluntad q Palabras tan dulces y sonoras para la aceptacion Divina allaron franca entrada enel tribunalde laBeatissima trinidad y merecieron, Para Job, titulo de Paciente y Justo dice la escritura q no ofendio á dios con sus labios, las tribulaciones hacen santos y los gustos precipitan al vicio la prosperidad, es destruydora de la vitud y grandioso triunfo luchar con ella y despreciarla, san agustin dice q la prosperidad esmas Peligrosa Paraelalma q la adberssidad Para el cuerpo porq la fortuna terrena dibierte al alma lavicia yace olbidadica de sus Postrimerias y de lo q debe á dios y La tribulacion afliJe al cuerpo con que se duele deltrabaJosecon prime y modera en sus Pasiones señor Mio carissimo si el padecer es forcoso y tan vtil y probechoro yno ay Mayor trabaJo q el mal llevado prudencia christiana es tolerar y sufrir lo queno se puede escusar, Para los trabaJos es necesario animo grande y intrepido fundado sobre la firme Piedra qes christo con q avn queelq Padece ssea a tribulado no sera bencido, a siendo se al sufrimiento lo quemas y elustra la gloria de la virtud es el padecer señor Mio soy criatura limitada quiero y no Puedo álibiar avMd, desseo su con suelo y no lo consigo y biendome ynu tilPara todo busca mi ignorancia algunas do trinas q Puedanalentar a vMd, y el affecto se adelanta perdone vMd, estas ossadias y Mire alcoracon enque cono ceravMd, mas que manifiestan mis Racones, Alegrome q enca talunca no ayanobedad ydequese prebenga segun las fuercas Alcancaren la canpaña futura que aciendode nra Parte lo Possible y no Pudiendomas nosade ayudar la divina probidencia Pues es caussa suya. el mal estado q tienen las cossas de flandes y elalboroto q seRecelan mean contristado ynoestraño sucuydado de vMd, siño que me lastimo y con padezco del, caussa grabeesesta y como tal trabaJare Porella postrareme ante el seryn mutable deDios llorare y clamare Pedire asu Magestad conconato apartede nosotros el acote q merecen nros Pecados y q Remedie daños tan orrendos como nos amenacan fielsere en obedecer y a yudar avMd, segunmi Pobreca y ynstare Denuebo la sucession y con Racones lo q mas siente vMd, que falte pues siel Altissimonoscastigase tan severamente avia Mucho q hacer Pero no es Racon dessistamos nide Jemos De pues el ser caussa tangrabe y del bien comun adealentar nras esperancas y a vibar la fe amas desto mecon pele á traba Jar Poreste fin ser perteneciente a vMd, aquien tantoamo y es timo, ame edifficado yen ternecido elcatolico y christianissimo desseo q vMd, tienedeque eltodo poderossonos de Pontiffice qualnecessita el estado de la Iglessia santa y q las conbiniencias propias las tie vMd, y asegure en este acierto obedecere á vMd, y con todas beras y affecto Pedireencamineestaeleccion al Remedio de tantos males como bemos en los siglos presentes aumentos de la christiandad y Amparo, con suelo y assistencia de vMd, en sus trabaJos q siel Pon tiffice Pussiesse el hom bro a ellos se suabicaria la carga de vMd, y a umentaria sucorona prosperela el Altissimo y megde a vMd, felices años en la concepcion descalcade agreda 13 de Marco 1655—ve sa lamano de vMd, sumenor sierba—sor Maria de Jesus.

La primera mencion histórica de España.

Las noticias históricas mas antiguas de nuestra patria nos fueron trasmitidas por los escritores griegos y romanos. De aquellos es el primero, *Escilax de Cariando*, pueblo de Carra, anterior á Herodoto, pues que vivia 522 años antes de Jesucristo, en tiempo que reinaba en Persia Darío, hijo de Histaspes. Habiendo navegado por el Mediterráneo, visitó las costas occidentales de Africa, de la Bética, de la provincia que llamaron los romanos Tarraconense, y escribió un *Periplo* ó relacion de su viaje. El muy curioso fragmento en que habla de España, y donde por la vez primera se menciona esta con el nombre de *Iberia*, es el que insertamos á continuacion.

N. C. C.

«Los primeros pueblos de Europa que se encuentran, son los *Iberos*, nacion indígena, cuyo territorio está cruzado por el rio Ebro.—Allí se ven dos islas qué tienen el nombre de Gades (1); en la una hay un pueblo á una jornada de las columnas de Hércules.—Tambien hay una ciudad griega llamada Emporio (2), poblada por una colonia de Masaliotas.—Las costas de *Iberia* componen una navegacion de siete dias con sus noches. Después de los *Iberos* estan los *Ligures*, cuya poblacion está mezclada con la primitiva, y se estienden hasta el Ródano.»

NUNCA.

HISTORIA DE UNOS AMORES.

A LUIS DE EGUILAZ Y DIEGO LUQUE,

en prueba de cariño, el autor.

(Aprobada por el censer.)

I.

INÉS.

Inés vive sola con su madre: su padre murió mandando un regimiento en la guerra de la Independencia, dejándoles su sueldo y una casa en un pueblo á corta distancia de la capital de las Españas. Inés,

(1) Es hoy Cádiz.
(2) Ampurias.

como hija mimada y sin padre, es el encanto de su madre: sus caprichos mas pequeños son leyes para Doña Manuela, que se complace en ver á su hija contenta y satisfecha.

Inés, como criada en el campo, es robusta, suelta y ágil; tiene unos ojos como dos luceros, un pelo como azabache, y un cuerpo, que aunque nunca ha estado en prensa, puede competir con el de la dama mas remilgada; su alma es sensible, y su corazon está aun virgen de amores.

Agrádala mucho correr por el campo y tener jardin donde cultivar unas cuantas flores: es franca y jovial; siempre se la halla de buen humor, y siempre dispuesta á complacer; juega como una niña, salta y corre por el jardin como si tuviera ocho años, y su madre es feliz viéndola tan sencilla y tan cándida.

Su alma está vírgen de emociones, aun de amores, la mas pura de ellas y la primera que se desarrolla. Nunca le ha preguntado al espejo si era bonita; nunca se ha mirado en el arroyo para ver si era mas guapa que alguna de sus amigas; nunca ha pensado en jóvenes de empinado bigote y airoso talle; nadie la ha dicho nunca ninguna de esas palabras que se dicen por lo bajo y con emocion.

Su vida pasa alegre y silenciosa, como se pasan las flores del campo, tan parecidas á las niñas bonitas; como se desliza el agua de un arroyo; como los pájaros que cantan en los frondosos árboles de su jardin.

Feliz la pobre Inés, que no ha sentido aun las tristes palpitaciones que se cuentan; que no ha visto aun correr por sus mejillas las lágrimas que dejan huella; que no ha pasado las largas y fatigosas noches del insomnio, en que todo lo tétrico y desconsolador se presenta á nuestros ojos.

¡Para ella, las pasiones del mundo no son nada, no las conoce! Sus alegrías consisten en ver cubrirse de flores sus rosales, ver abrirse sus jazmines y sus primaveras, y esperar las delicadas y sonrosadas flores del almendro, que han de traer en pos de sí las serenas mañanas de la primavera y los alegres dias en que el sol abre un mundo de flores y de insectos.

Conoce uno por uno todos los árboles de su jardin; podria decir cuántos capullos tiene cada planta, y no ignora dónde hace su nido cada pájaro de los que trinan entre las arboledas.

Todos los misterios sencillos de la naturaleza le son conocidos; ha visto muchas veces la gradacion de los colores de las nubes cuando empieza á amanecer, y cuando el sol se oculta en el lejano horizonte.

Sabe qué flores son las de cada estacion, en qué dias vienen las golondrinas, cuándo empiezan á trinar los ruiseñores, y en qué estacion los negros cuervos y las chillonas cornejas se reunen en bandadas y se ciernen en el espacio.

En pago ignora qué es el mundo; no sabe nada de sus pasiones ni de sus lágrimas; vive feliz; todo le sonrie; su madre la ama; ¿qué mas puede apetecer si no conoce otro amor?

II.

LO QUE BLAS VEIA DESDE UN ARBOL.

No le pasaba eso á Blas, el hijo del jardinero: este, en vez de cuidar de las flores, de los árboles y de las estaciones, pensaba en Inés, que vivia al lado de su jardin, y maldecia la tapia que los separaba, y el haber nacido él jardinero y ella señorita.

Todo el dia se le pasaba en meditaciones amorosas, que empezaban por nublar su faz, que después le entristecian, y que acababan por desesperarle, haciéndole hasta tirarse del pelo.

En una de estas meditaciones está ahora: subido sobre un árbol (creo que era un cerezo) que crecia al lado de la tapia que separaba las dos posesiones, contempla con ávidos é inquietos ojos el jardin de su vecina.

Es la hora crítica á la que suele bajar ella al jardin á hacer el exámen de sus plantas y de sus flores; por eso la espera Blas con impaciencia.

Miraba y miraba, pero nada veia.

Solo el jardin, que continuaba como siempre tranquilo y silencioso.

Blas vió una mariposa que pasó la tapia, y se fué á posar en un alelí; y deseó ser mariposa y ser alelí, y odió su humilde condicion de jardinero, que no le permitia decidida y desembarazadamente presentarse á Doña Manuela y pedir la mano de su hija... y se le humedecieron los ojos.

Y el jardin seguia silencioso.

Blas meditaba y se desesperaba, porque Inés, la bella Inés, no bajaba.

Un pájaro pasó la tapia y se fué á posar en un espino que dominaba en el jardin, y Blas formó los mismos insensatos deseos que cuando la mariposa se posó en la flor.

Y el pájaro voló á la barandilla del balcon, y Blas se estremeció: entonces hubiera dado todo por ser pájaro, hasta su chaqueta de terciopelo que se ponia los domingos para ir á misa cuando Inés, y que era la envidia de los demás aldeanos.

Una puerta de la casa se abrió: Inés salió al jardin; á Blas se le apretó el corazon; se quedó sin movimiento, y se volvió todo ojos: ella siguió como de costumbre arreglando las flores y regando las que necesitaban agua.

Blas bendijo en su interior al árbol (creo que ya he dicho que era un cerezo) que tan bien situado se hallaba, y que tan bien le permitia ver sin ser visto.

¡Y qué bonita estaba Inés!... De vez en cuando cantaba, y el amante oculto aplicaba los oidos para percibir las palabras de su cancion; pero no llegaban hasta él.

Una mariposa de esmaltados colores cruzó por delante de Inés: ella soltó la regadera que llevaba en una mano, y se puso á perseguirla; la mariposa en su vuelo incierto y caprichoso burlaba la ligereza de la niña, y aumentaba sus deseos de cogerla; pero pasó la tapia por encima del árbol en que estaba Blas; Inés la vió desaparecer, y volvió á regar las flores.

Blas se puso furioso contra la mariposa, y sintió que Inés no reparara en él.

Inés acabó su trabajo diario de jardin, y poco á poco cantando y corriendo llegó hasta la puerta de su casa; se paró un rato como pensativa... Blas, que habia empezado á bajar del árbol, se paró, la miró con ansiedad, y se desesperó porque no adivinaba lo que Inés pensaba en aquel momento.

Corto fué este, porque Inés vaciló un rato y se entró en su casa cerrando la puerta.

Blas se bajó del árbol triste y cabizbajo, y se retiró hácia su trabajo diciéndose á sí mismo: Es inútil... es una locura... ni pensarlo... nunca...

III.

UN DOMINGO.

Sonaba la campana, ó mejor dicho, el esquilon de la iglesia del pueblo, y Blas que lo habia oido se encaminaba presuroso hácia el templo; como en todos los pueblos, y mucho mas en el campo, no se celebraba en aquella iglesia mas que una misa; así es que esta era el punto de reunion de los mozos del pueblo, que acudian á ver á las aldeanas y á las señoritas con los trajes de gala y los atavíos de dias de fiesta.

Está la iglesia del pueblo á que nos referimos situada en medio de una senda cubierta á los dos lados de esos matorrales toscos y salvajes que colocan los aldeanos para imposibilitar la entrada á sus viñas y tierras: en ellos crecen las plantas mas incultas, pero que como obra de la naturaleza tienen tambien su poesía; mézclanse las enredadas y vigorosas zarzas, de flores moradas y de negra fruta, á las cambroneras que se cubren en la primavera de menudas florecillas como estrellas, y á los rosales silvestres, tan parecidos á las mujeres, puesto que además de tener espinas, son sus rosas bonitas en capullos, y luego cuando se abren no tienen mas que cuatro hojas.

Rodean á la iglesia algunos nogales de lustrosas hojas y acacias de perfumadas flores; forman el fondo del cuadro los cipreses del cementerio que se estiende detrás de ella.

Blas llegó al primer toque: así que, tuvo tiempo de esperar á su adorado tormento y de verla llegar.

Efectivamente, Inés llegó al poco tiempo, y Blas, que sintió que se le arrebataba la sangre al verla, creyó mas prudente esconderse detrás de las zarzas para no ser visto, temiendo que le vendiera su encendido color, y que ella se sospechara lo que él tenia tanta gana de que supiera.

Por muy listo que fué, y por muy disimuladamente que efectuó su retirada, no lo hizo tan bien que no notarán los demás que allí estaban su movimiento repentino; y al verle agachado como una liebre, cada uno formó distinto comentario; pero sin atinar ninguno la causa, puesto que entre ellos era hasta locura siquiera imaginar que un aldeano pudiera enamorarse de la señorita Inés.

Blas sin embargo seguía agachado, y cuando la linda jóven pasó por delante de él, sintió que las piernas le temblaban y que el corazon le latia con violencia: la siguió con la vista, y apenas la vió entrar en la iglesia, salió de su madriguera colorado como la grana, muy turbado, sin saber si entrar detrás de ella, ó esperar por los alrededores la conclusion de la misa para volver á su escondite; al fin triunfó en él la primera idea, y se encaminó á la iglesia, donde entró, colocándose el último de todos; desde allí, alargando la cabeza y el cuello cuanto podia, logró verla de rodillas oyendo misa con suma atencion; volvió á agolpársele la sangre á la cabeza, y volvió á sentir las duras y repetidas palpitaciones de su corazon que le volvian á decir:—Mírala qué bonita!... atrévete... porque la fortuna protege á los audaces.

Blas sin embargo no se atrevía; la miraba, y se contentaba con forjarse sueños de placer y ventura y en halagar su mente con ideas irrealizables.

Antes que salieran del templo, Blas echó á correr y volvió á su escondite, desde donde la vió pasar; pero como el amor no está nunca satisfecho, Blas corrió de nuevo, atravesando campos y sembrados como un loco, para poder volverla á ver antes que entrara en su casa.

Y la vió, y se le figuró que estaba mas hermosa que nunca; y la pasion que al principio fué en él una chispa, fué tomando proporciones gigantescas. ¡Con qué ansiedad la miraba! Hubiera querido en aquel momento tener los cien ojos de Argos, para no perder la mas pequeña partícula de la belleza de aquella mujer que le hacia padecer de noche tristes y tenebrosos insomnios, á él que se alababa como buen campesino de dormir doce horas de un sueño, aun cuando fuera de pié; pero como habian cambiado las cosas! ya no podia dormir, porque soñaba con ella; no podia trabajar, porque su cabeza no pensaba en lo que hacia, y solo pensaba en Inés; no acertaba ya con las flores como en otro tiempo, y se desesperaba al ver que sus plantas no valian lo que antes.

Una nube de tristeza cubrió sus ojos al ver á Inés entrar en su casa, cerrar la puerta y desaparecer á su vista: entonces, mustio y cabizbajo, se fué á sentar á la sombra de un árbol, y se entregó á sus tristes pensamientos.

IV.

MEDITACIONES.

Blas meditaba. Veia pasar ante sus ojos la risueña imágen de Inés, y sus labios se sonreian sin que él lo supiera. Triste y meditabundo, se entretenia en ver pasar las olas del arroyuelo á cuyo borde estaba sentado, y se estremecia, creyendo que el agua le iba á traer envuelto en uno de sus pliegues el rostro de la mujer á quien amaba; y miraba con suma atencion al agua, y solo de vez en cuando veia pasar alguna rama seca ó alguna flor tronchada: entonces volvia á razon, y se decia á sí mismo: «no me quiere, porque no viene.»

Sus ojos, que se quedaban fijos en el agua, iban perdiendo poco á poco la facilidad de distinguir los objetos; y como si una nube sombría los cubriera, acababa por no saber lo que miraba, ó mejor dicho, miraba sin ver; entonces su espíritu estendia las alas, y volvia á recordar el sitio donde habia visto á Inés, el traje que llevaba puesto, el color que animaba su rostro, y esa sonrisa semi-coqueta semi-burlona que adorna los labios de las muchachas.

Si yo poseyera todos esos tesoros, se decia el pobre Blas; si esa cara tan linda y tan espresiva fuera mia; si yo lograra una sola de sus miradas, ¡qué felicidad tan grande y tan envidiable, qué tranquilidad tendria mi alma! y un estremecimiento vago recorria su cuerpo.

Si esa mujer que hace palpitar mi corazon de ese modo tan estraño fuera mia; si yo la viera unida á mí para siempre, para ser la compañera de mis dias, ¿quién habia de igualarme? y sus ojos se humedecian sin que él lo notara.

Esa mujer, continuaba pensando Blas, no puede menos de ser mia; yo la amo mucho, y algun dia conocerá que el cariño no atiende á las clases, sino á las pasiones; y cuando vea que Blas ha pensado en ella dia y noche, ¿qué ha de hacer sino recompensar mi pasion con la suya?

Una rana que asomó la cabeza por entre los juncos y plantas del arroyo, empezó á graznar desaforadamente. Blas, pensativo y preocupado, creyó que era un aviso, que sus sueños eran locura, y agarrando una piedra, la arrojó al agua; la rana no tardó en saltar al oir el ruido, y Blas volvió á entregarse á sus meditaciones.

Esa mujer, esa mujer, pensaba, de quien ya nada me pudiera separar, que con la sonrisa en los labios y la tranquilidad en el corazon me recibiria siempre alegre, saldria al montecito á verme venir, y me haria señas con su pañuelo, me abrazaria á mi llegada, y juntos pasearíamos bajo las acacias en flor, respirando su perfume hasta que fuéramos á comer bajo el emparrado, entre el cántico de los pájaros y la frescura de la tarde; juntos volveríamos á dar nuestra despedida al campo, á la luz del crepúsculo, y reposaríamos hasta que el arrullo de las palomas y el canto del gallo nos anunciáran el amanecer. ¿Y por qué he de renunciar yo á estas delicias tan puras y tan completas? ¿Por qué, puesto que siento que Inés me hace falta para vivir, no he de tener yo esperanza de que será mia?.. Ha de ser ella, tan cándida y tan pura, una de esas mujeres que lo sacrifican todo al dinero!... No ha de tener en su alma otros sentimientos que la ambicion! No, no debo pensarlo; es demasiado bonita, demasiado amable, para ocultar sentimientos tan en contradiccion con su cara.

Mi padre me ha dicho muchas veces que la cara es el espejo del alma; y siendo Inés tan guapa, no puede menos de tener un corazon como el mio. A ella le gustan las flores, yo las cultivo tambien; y aunque mis manos esten ásperas de manejar los instrumentos de mi profesion, no me despreciará por eso; me querrá mas, puesto que se han endurecido cuidando las mismas plantas que ella, cultivando las flores que tanto le agradan, y que son sus únicos encantos, sus mayores alegrías.

Sí, estoy seguro que Inés me querrá en cuanto la diga lo que la amo, lo que pienso en ella noche y dia; pero ah! mi fortuna es escasa, mi porvenir no es brillante como el suyo, y ya que no ella, su madre me rechazará, no querrá que la pueda llamar mia, y seré toda mi vida desgraciado!

Y Blas comenzó á llorar tristemente, mirando al través del iris de las lágrimas, los círculos que formaban al caer en el arroyo, y que pequeños al principio, se multiplicaban y se ensanchaban hasta perderse entre las orillas cubiertas de flores y de musgo.

Así son siempre nuestras ilusiones; el mas pequeño motivo produce en nuestra alma un círculo sensible, que va produciendo otros, que poco á poco se ensanchan y se hacen gigantescos, hasta deshacerse en las tristes orillas de la realidad. Y el alma que los ha visto formarse y crecer, que conoce cuál es su orígen, y que podria prever su fin, los acoge con cariño y los ama con delirio para fomentarlos y entristecerse cuando se deshacen, siendo tan natural su muerte.

Blas enjugó sus lágrimas, al pensar que de nada le servia el llanto, y que era preciso obrar y con resolucion y presteza.

Apenas pensó y recapacitó un poco, se le ocurrió presentarse á Inés para decirla lo que la amaba; ella le correspondería; vivirían unos dias en esa inmensidad sin límites del amor correspondido, hasta que fuera á presentarse á la madre; allí se arrojaría á sus piés, ponderaría con lágrimas el amor que la profesaba, la muerte de su alma si se la arrancaban de su lado; Inés le acompañaría, afirmaría lo que él dijera, y la madre no podria menos de enternecerse; al ver dos corazones tan unidos, no se atrevería á separarlos, y allí mismo daria su consentimiento gozosa y feliz, previendo la dicha de sus últimos dias, al ver dos seres tan íntimamente unidos, tan admirablemente enlazados.

La rana volvió á sacar la cabeza, dió un graznido, y calló. Blas se levantó y se puso furioso contra aquel inocente animalito, que le recordaba á la vida real, y que le hacia verse, no el marido dichoso de Inés, sino el tosco y humilde jardinero Blas.

Entonces pensó consultar con el dómine su proyecto: el maestro de escuela, que tanto queria á su padre, le daria consejos, y él seria feliz, porque se presentaria de un modo suelto y desembarazado ante Inés y su madre; sabiendo qué habia de decirlas para convencerlas, dado caso de que á las primeras palabras no accedieran á lo que él de tan buen corazon y tan naturalmente solicitaba.

V.

EL DÓMINE.

Blas, después de haberlo meditado mucho á solas con su imaginacion, no encontró medio mas conveniente para poner fin á sus penas y tormentos, que presentarse en casa del dómine, pintarle su situacion crítica y horrible, y acabar implorando sus sanos y profundos consejos.

Y efectivamente, lo hizo tal como lo pensó.

A la mañana siguiente, antes de que los chicos entráran en la escuela, á la hora en que el dómine cortaba plumas y preparaba muestras, Blas, aprovechando una ausencia de su padre, se presentó en casa del que le habia enseñado á leer y escribir cuando era niño.

Blas tenia en esta época diez y nueve años.

Podia yo ahora muy bien hacer un retrato de alguno de los infinitos maestros de escuela que en lo que llevo de vida he conocido, y dar una idea al daguerreotipo del dignísimo dómine de la aldea á quien fué á consultar nuestro héroe; pero como no creo oportuno ni necesario á mi historia el que el dómine sea moreno ó rubio, de escasa ó elevada estatura, prefiero pasar por alto su descripcion, y dejar á tu capricho, lector sapientísimo, el que te figures al individuo en cuestion; indudablemente, puesto que lees mi historia, habrás tenido maestro de lectura y te le fraguarás á tu modo.

Hecha esta salvedad, que aunque muchos no crean necesaria, yo tal la considero, sin que me convenga dar la razon, paso á la conversacion que nuestros dos héroes tenian en la sala de la escuela.

—No le estrañe á V., D. Eusebio, verme aquí tan de mañana, decia Blas; yo sé que V. me quiere como si fuera su hijo, y no he vacilado en presentarme á V. para que me ayude á salir de la situacion en que me encuentro.

—Habla, Blas; ¿qué te ocurre? preguntó D. Eusebio con malicia burlona mezclada de curiosidad.

—Es el caso, dijo Blas con cierto rubor, que ya tengo diez y nueve años y que pronto hago los veinte.

—*Ætas aurea*, murmuró D. Eusebio.

—Y que á los diez y nueve años siente uno en el corazon otra cosa que sentia cuando era mas niño.

—Si no te esplicas *non intelligo*, dijo el dómine con tono enfático y magistral.

—Pues sí señor, como iba diciendo, á mí que me gustaba tanto correr tras de las mariposas del jardin; á mí que me encantaba buscar los nidos de los pájaros, y cuidar de las flores, todo eso me cansa ahora, y siento que mi corazon desea otrá cosa.

—Blas, Blas, dijo el maestro, tú estás enamorado.

—Puesto que V. lo ha adivinado, no quiero negarlo; yo tengo una pasion grande por una mujer que creo que no me corresponde; pienso en ella todo el dia, y mi padre me regaña porque no trabajo: pienso en ella toda la noche, y no puedo pegar los ojos; la veo, y mi corazon palpita, y haga lo que haga, no vuelvo á pensar en ello; en una palabra, no puedo trabajar porque está contínuamente delante de mi vista, y me desespero, y lloro, y soy muy desgraciado.

—Pues bien, veamos: ¿qué fines son los tuyos? es decir, ¿qué piensas de ella?

—Eso es casualmente lo que quiero que V. me diga; yo la quiero; no sé si ella me quiere, y eso me desespera. V. que sabe tanto, quizás encuentre un medio para que yo pueda decirla que me gusta, que la quiero, y que ella debe quererme; si V. le encuentra, me hace V. feliz, me ahorra V. llorar contínuamente y pasar una vida triste y aburrida.

—¿Tu padre lo sabe? preguntó D. Eusebio con su tono enfático y magistral.

—No señor, no sabe nada...

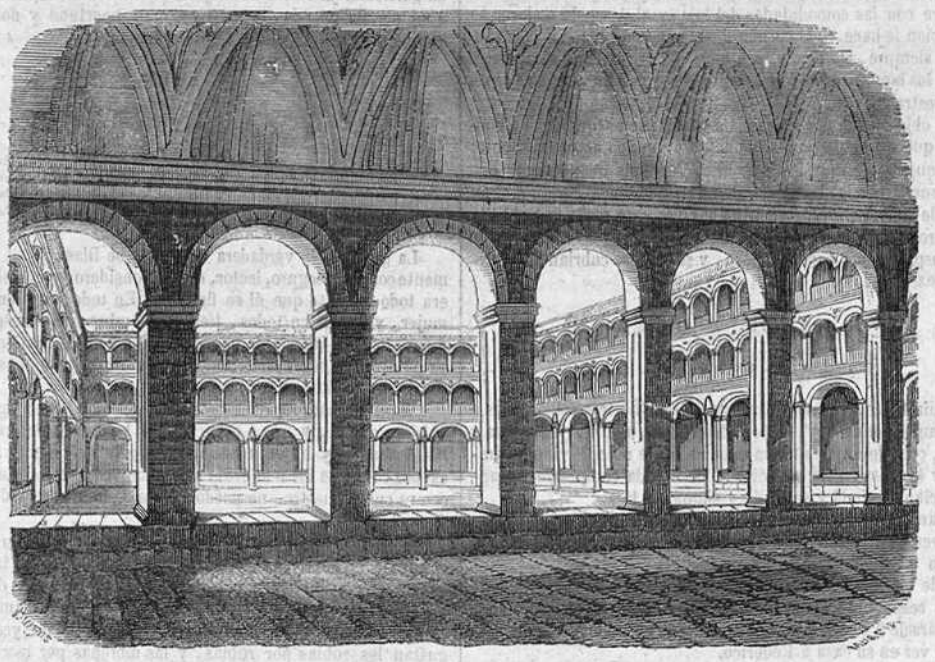
—Entonces, Blas, renuncia á ella.

—Pero, señor maestro...

—Blas, fiate en mi esperiencia; el amor no debe entrar en nuestro pecho *in pectore*, que hubiera dicho Horacio, sino después de una conviccion moral; tú no puedes tenerla á tu edad; olvídala, verás cómo vuelves á tus trabajos con gusto; los primeros dias te será duro; pero poco á poco irás olvidándola, y al fin te acostumbrarás á ello; la costumbre es una segunda naturaleza: y en fin, ¿quién es esa mujer?

—Es un secreto, dijo Blas muy decidido; no lo puedo decir.

—Entonces.... te conviene mucho menos, porque es señal de que algun motivo recóndito te impide descubrírselo á tu maestro que tanto te quiere. Conque créeme, Blas, no te conviene esa mujer que es para mí *deo ignoto;* deja de pensar en ella y medita lo menos posible; de las meditaciones de esa especie no se puede sacar nada bueno y sí mucho malo: á tí no te convienen amoríos; déjate de esas cosas; piensa en tu jardin, y evita los sueños á la sombra de los árboles *recubans sub tegmine fagi* que ha dicho Virgilio, y de los que solo se sacan malos ratos; créelo, Blas, la ciencia lleva á los pensamientos, y es mucho



(Claustro del ex-monasterio de Santa María de Bugedo de Candepajares.)

mejor no pensar; se ahorra uno muchos disgustos; por eso sois mas felices los aldeanos que nosotros los hombres de ciencias; porque el estudio y la civilizacion no han desarrollado en vuestra cabeza esos tristísimos pensamientos que son nuestra desesperacion, y que causan nuestra ruina física y moral.

Blas miraba á D. Eusebio con cara espantada, porque empezaba á no comprender ni una sola palabra de lo que decia.

Al fin, y después de haberle dado palabra de no ocuparse mas de semejante mujer, se retiró mucho mas triste que cuando habia ido, y sin haber sacado nada en limpio de toda aquella gerigonza que el culto y sapiente maestro le habia dicho.

Blas, meditando por el camino, creyó que el maestro no habia estado cuerdo, y se convenció mas eficazmente de la necesidad que existia para él de decir algo á Inés; porque sí no, iba á estar toda su vida sufriendo á pesar de la perorata brillante y de las magníficas razones que el maestro alegaba para probarle que seria mucho mas feliz no pensando en ello, porque los pensamientos enjendran los dolores del alma, y que por consiguiente es mas feliz el menos instruido.

Blas no estaba enteramente conforme con estas ideas.

VI.

BLAS TENIA RAZON.

El placer es un olvido.
Emilio Deschamps.

Indudablemente, Blas tenia razon al no estar enteramente conforme con las doctrinas y teorías de su antiguo maestro, y al verse con lágrimas en los ojos, se preguntaba á sí mismo cómo un señor que tanto sabia y que tan acostumbrado estaba á tratar con los aldeanos, podia haber dicho que no son desgraciados moralmente los que carecen de instruccion, los que se hallan en medio de la naturaleza ocupados en labores campestres, que á juicio de los que habitan las ciudades son tan distraidas que no dejan tiempo para pensar en las penas. Segun estos, no caben los padecimientos morales en las personas toscas é incultas.

Magnífica utopia, escrita en medio del fastidio que dan las comodidades sibaríticas, ó en medio de la duda y del vacío horrible que dan las ciencias.

El que se halla encerrado entre cuatro paredes con el corazon herido y el pecho ahogado en sollozos y suspiros, anhela un espacio ancho y desahogado para respirar con facilidad; en medio de sus meditaciones ve el sol brillante, oye el cántico tranquilo y sosegado de las aves libres, y suspira por el campo; se fragua en su cabeza mil sueños de oro que no se pueden realizar en la vida que lleva, y cree firmemente que el cambio de esta le hará esperimentar una sensacion de placer que desconoce, y envidia al aldeano que con la frente tostada por el sol canta al guiar á su casa sus tardos y perezosos ganados: para esos la vida feliz y risueña está en la naturaleza, está en el campo, y envidian á los campesinos, á quienes creen felices y dichosos porque no piensan.

Y sin embargo, el campesino sufre; y en medio de sus cánticos que envidia el poderoso, hay una nota de dolor y de pena; canta, pero canta como el ave prisionera un lamento á su desgracia; un lamento á su vida monótona y sombría.

La naturaleza no puede prestarle consuelo, porque la está viendo desde que ha nacido, y tiene tal costumbre de asociarla á sus padecimientos, que cuando va á pedirla un consuelo en medio de los azares tristes de su vida, no se le presta; su mundo es el pequeño horizonte que se descubre ante sus ojos. Las hojas pomposas y galanas que adornan las arboledas se marchitan con el otoño, y caen por el suelo á las primeras heladas de noviembre luego de aquel verdor y de aquella lozanía, quedan los árboles secos y desnudos como esqueletos en los que el viento se rasga y gime.

Entonces el campesino que sufre las heladas y que padece, cree feliz al que vive con las comodidades del lujo, y el deseo de mejorar su penosa situacion le hace vivir en una desgracia contínua.

Así pasa siempre, las penas, por muy vulgar que sea esta frase, son muchas, los momentos de placer son cortos, y al fin *el placer es un olvido* de nuestras penas.

Todos los objetos que nos rodean son tristes; la naturaleza es horrible para el que sufre, porque su monotonia convida al pensamiento; y el hombre que no ve nunca el presente, ó anhela un porvenir que cree feliz, ó sueña con los recuerdos de un pasado que al comparar con su situacion le hacen envidiar aquellos y creer esta mala y sombría. Por eso Blas recordaba la época feliz en que el amor no habia herido su alma, y suspiraba por aquella época, y sus ojos se cubrian de lágrimas y su corazon de luto.

VII.

UN TERCERO EN DISCORDIA.

Blas seguia triste, enamorado y meditabundo, tres situaciones á cual mas comprometidas, y su desdeñosa Inés, alegre, juguetona y sin cuidados, cuando un acontecimiento bastante notable vino á cambiar la faz de la casa, y la monotonia de la vida campestre y tranquila que hacian la viuda y su linda y simpática hija.

Una mañana, cuando aun esta se hallaba dedicada á sus cuotidianos quehaceres en el jardin, oyó pasos detrás de sí, y quedó sorprendida al ver en su presencia á su primo.

Después de los saludos de rigor, y de enterarse mútuamente de la salud de sus respectivas familias, Inés tomó de la mano á su primo para presentársele á su madre, que como ella, no pudo menos de sorprenderse al ver en su casa á Federico.

—¿Qué te trae por aquí? le preguntó Doña Manuela, después de enterarse como su hija de la salud de la familia de Federico.

—Venir á pasar unos dias con Vds.; estaba ya aburrido de la corte, harto de paseos, de bailes y de jaranas, y me acordé que aquí tenia una tia tan amable y una prima tan cariñosa y tan linda, que me recibirian con el mayor agrado, y aquí me tiene V.; pero entre paréntesis, Inés, estás hecha una buena moza, me gustas mucho. Inés contestó á esta galantería tan vulgar en el gran mundo con una sonrisa, que la hizo ponerse mucho mas linda.

Haremos gracia á nuestros lectores de la conversacion que tuvo lugar entre nuestros tres personajes, y adelantaremos mas la escena, puesto que nadie se opone á este nuestro capricho.

La venida de Federico cambió completamente el aspecto de la casa de campo, porque de genio alegre, y aun algun tanto calavera, hacia pasear á Inés por todo el campo, se burlaba de los toscos campesinos, montaba á menudo á caballo, y cazaba con estrépito y algazara.

Inés, que veia á su alrededor un nuevo género de vida, fué poco á poco cobrando aficion á su primo, y le acompañaba por todas partes, riéndose como una loca de sus gracias, y olvidando hasta sus flores, oyéndole hacer descripciones de los bailes y de los teatros de la corte.

Doña Manuela, que mas de una vez en sus sueños de madre habia visto en lontananza á Federico, cuando habia pensado colocar á su hija, veia con gusto la aficion que parecian demostrarse, y procuraba fomentar en todo lo posible, aunque no abiertamente, la buena armonía que reinaba entre los dos primos, aplaudiéndoles y acompañándoles á sus escursiones, y riéndose tambien de vez en cuando de los chistes y gracias de Federico.

Tambien le habia tocado la china, como suele decirse (y sin que yo sepa por qué) á Blas; habia visto desde su observatorio amoroso la fatal entrada del primo, y desde que le vió no le hizo mucha gracia, porque vestia con elegancia, traia empinado bigote, y lucia lustrosa y rubia cabellera. Se miró él á sí mismo, y con la rapidez del rayo se convenció al hacer la comparacion de que ya su pleito estaba perdido, y que esta llegada fatídica venia á destruir la poca y raquítica esperanza que le quedaba.

Y Blas, como le sucedia casi siempre, tenia razon; aquella mujer en quien él se habia atrevido á poner su pensamiento, no podia quererle; él no reunia ninguna de las condiciones que necesita el que ha de enamorar; si se hubiera contentado con alguna de las jardineras ó aldeanas de las casas inmediatas, hubiera visto su amor satisfecho; pero al ponerle en Inés fué atrevimiento y locura; tanto, que ella no habia sentido impresion ninguna al hablarle á él, pobre jardinero, y notaba sin embargo una cosa inusitada cuando estaba al lado de su primo.

El amor debe ser como esas plantas que brotan sin que el jardinero las haya sembrado; existe en la tierra la semilla sin que nadie pueda decir: yo la he plantado; pero que al primer calor de la primavera brota y da flores: puede tambien que yo me equivoque, porque nada tendria de particular al tratar de mujeres, y únicamente podria contar lo que á mí me ha pasado, lo cual no creo oportuno y necesario; por lo que pongo punto y hago capítulo aparte.

VIII.

¡MUJERES!!!

> Se habla mal de las mujeres por la misma razon que no se tiran piedras mas que á los árboles cargados de fruta.
> *Adolfo Ricard.*

La grande, la verdadera desgracia de Blas, si se considera friamente como te aseguro, lector, que la considero yo en este momento, no era todo lo triste que él se figuraba. En todo lance en que ande una mujer, y andan en todos, tiene el hombre que desesperarse, rabiar y padecer; es indudable que son malos bichos, y tienes un ejemplo palpable en el pobre Blas, que sufria mucho, y que hasta se hacia filósofo de resultas del trato imaginario con Inés.

Yo sin embargo puedo declararte que me hacen las mujeres muchísima gracia, y que á pesar de las teorías anteriores las quiero y las defiendo, y hay muchas razones para defenderlas: si son malas, es por causa de los hombres: y yo que veo que todo lo malo que hacen es culpa nuestra, no puedo menos de adorarlas y decir: ¡cómo ha de ser!

Sí, lector; si no eres viejo; si aun te bulle la sangre en el cuerpo; si aun te se encandilan los ojos al pasar al lado de las muchachas, comprenderás muy bien que yo que soy jóven, las defienda contra todo viento y marea; y las defiendo, pese á mi amigo Blas, pese á todos los hombres gastados y de corazon de yesca; á mí me gustan las rubias por rubias, y las morenas por morenas, las muchachas sobre todo, y aun alguna que otra jamona de esas que se conservan bien, que tienen pretensiones, y que no desprecian á los hombres.

Yo creo que si tanto se habla de ellas y tan mal, es porque somos nosotros los que escribimos; y como hemos establecido esa rutina, las pobres escritoras (á esta clase de mujeres es á la que menos quiero) no tienen otro remedio que seguir nuestra huella y decir lo que nosotros decimos.

Ellas serán todo lo que se quiera, harán muchas picardías; pero sin nosotros ¿qué han de hacer? Y puesto que las ayudamos, ¿por qué se les ha de culpar á ellas solamente?

¿Con qué ley, con qué derecho?

Los hombres gastan su juventud en placeres, en inmoderaciones; ¿y al presentarse impuros ante una mujer han de exigir de esta pureza de alma, de corazon y de cuerpo?

Las mujeres que nos educan, que nos sonrien, que nos alientan á los grandes hechos, que hacen nuestra dicha, ¿han de ser maltratadas? No sé la razon; y me alegraría que ellas se entretuvieran en decir de nosotros todo lo malo que de ellas hemos dicho.

Pero, lector, me estravío, paso los límites de la digresion, y echo sermones: disimula; tengo una disculpa; hoy es viernes y de Cuaresma; callo pues, y voy á hablarte de lo que si á tí no te interesa, á mí sí, algo mas que esto.

IX.

UNA MAÑANA.

Nihil dulcius est amore; quia amor ex Deo natus est.

S. JOAN. IV.—7.

Nada hay en el mundo mas encantador, mas delicioso, mas poético que las mañanas del mes de mayo: apenas el sol tiñe de color de oro el horizonte; apenas empiezan los objetos á distinguirse con claridad, el mundo entero cambia de aspecto. Huyen las pardas y espesas brumas que tendió la noche; ocúltanse las tímidas estrellas como pudorosas vírgenes al ver pasada la hora de la cita, y las nubes discretas y misteriosas á las que la luna prestaba su blancura opaca y cenicienta, se tiñen de púrpura y luego de oro, hasta volver por las tintas graduadas de los colores al gris claro y plateado.

Sacuden las acacias sus flotantes penachos blancos de aroma delicioso, las lilas despiden su ligero perfume al sacudir las gotas de rocío, y el poético espino, de menudas flores blancas como estrellas, esparce un aroma encantador.

Todo respira poesía: los tristes arroyos ven platearse sus aguas, y las aves que buscan los insectos aun dormidos en el cáliz de las flores, entonan el himno al que las ha librado del cautiverio de la noche, de la negra y sombría cadena del sueño.

Las plantas abren sus broches, las praderas brillan con un esmalte finísimo y delicado, y el alma que aspira esa felicidad de todos los dias, pero siempre nueva, siempre igual y nunca monótona, sueña con las vagas visiones que engendró la noche, se alegra, se recrea, se embriaga.

Feliz aquel que en estas horas de paz y de consuelo halla un corazon que repita los latidos del suyo; halla unos ojos que reflejen la felicidad que brotan sus ojos; feliz el que, el brazo apoyado en el brazo de una mujer adorada, se aparta del mundo y nada en el etéreo de la felicidad; ante esa naturaleza amante, ante ese murmullo vago pero que habla al alma, el hombre no necesita decir palabras de amor á la mujer á quien ama: un suspiro se entiende, una palpitacion se aprecia lo bastante para no dejarla pasar desapercibida; un latido del corazon, al latir sin saber por qué, estremece de amor y hace que los que se aman se miren, se embriaguen en una mirada y se comprendan.

Así pasaba con Inés y Federico; se habian comprendido cuando al pasear por el jardin del brazo en medio de esos misterios, se habian ido poco á poco apretando los brazos, habian ido suspirando con lentitud y se habian amado á un mismo tiempo.

Y Blas que los veia subido en el cerezo que le servía de observatorio, escondido entre las hojas como un pájaro nocturno, con los ojos fijos en la linda pareja, sentia que su cabeza se trastornaba, que era demasiado sufrimiento ver felices á otros cuando uno es desgraciado, ver que aquella mujer con la que él hubiera sido feliz, hacia la dicha de otro hombre; y cada vez que los dos primos se paraban simultáneamente, un estremecimiento vago, un frio seco y penetrante, se esparcia por el cuerpo de Blas; entonces se agarraba á la rama temiendo caerse, apoyaba la cabeza en el árbol y comprimia su llanto, que al fin rodaba por sus mejillas.

Un pensamiento de ódio hácia aquella mujer le dominaba un momento; pero al punto, con la indecision del que quiere, el ódio se trocaba en amor y la queria mas y mas.

Los dos primos recorrian las calles del jardin, amándose y diciéndoselo mútuamente.

Blas, en una de las infinitas luchas por que pasaba su pobre cabeza, creyó mas prudente no ser testigo de aquella escena feliz, y se dispuso á bajarse del árbol, á huir de su casa para siempre, alistarse en un regimiento, y buscar la muerte en medio de las balas enemigas; pero este recurso está ya tan gastado, que el que medita un poco no lo hace.

Así fué: Si yo me marcho, decia Blas, el recuerdo de esa mujer me va á perseguir por todas partes, y mientras yo haya ido á morir, ella amará á su primo y vivirá feliz á su lado, sin pensar un solo momento en el que ha preferido la muerte á vivir sin ella en el mundo; no, no haré tal locura: ¿de qué me serviria? Aun seria mas triste, mas horrible mi posicion, porque moriria lejos de ella sin volverla á ver: no; estoy ya decidido, me quedo.

Y los dos primos seguian amándose cada vez con mas pasion.

—¿Y por qué he de ser yo testigo de estos amores que me hacen padecer tanto? ¿No vale mas que lo impida, puesto que puedo? Y efectivamente, al acabar de decir estas palabras se puso á cantar sobre el árbol.

Inés y Federico volvieron á un tiempo la cabeza al ver que no estaban solos como creian, y se hallaron á Blas haciendo que hacia algo, cantando como un desesperado. Inés miró á su primo, y los dos partieron en una carcajada ruidosa que heló la sangre de Blas, y juntos como estaban se retiraron á la casa, mirándole, hablando de él y riéndose con estrépido.

Blas se tiraba del pelo y se dirigia los mayores y mas ofensivos improperios. Soy un necio, un bruto, decia; he dado motivo para que se ria de mí; ahora lo he perdido todo: y se bajó del árbol furioso y desesperado.

X.

DOÑA MANUELA.

No se habia ocultado nada de lo que pasaba en la casa de campo á la perspicaz y curiosa Doña Manuela, y muchas veces al asomarse al balcon y al ver á su Inés recorrer las calles del jardin, del brazo de su primo, se habia tranquilizado acerca del porvenir de su hija, y se habia sonreido, no sabemos si maliciosamente, ó si á impulsos de la alegría interior que dominaba en su corazon: lo cierto y positivo es, que Inés amaba á Federico, que la madre lo habia notado y se habia alegrado, que la familia de Federico tambien se alegraba, porque esperaba que casándose con su prima tan sencilla y tan buena, sentaría la cabeza y que nacería de aquí una gran felicidad para todos.

Por eso Doña Manuela fomentaba con ese medio indirecto que emplean las madres para colocar á sus hijas, la pasion de los dos primos; ella les animaba para que salieran á caballo, para que fueran á pasear juntos, y tenia sumo cuidado en colocarlos al lado para que pudieran hablarse, y ya que no otro, al menos naciera de esta union el afecto que da la costumbre.

Muchas veces al ver á su hija la habia creido capaz de inspirar amor á cualquiera, y entonces era mas feliz, puesto que veia que sus cálculos de madre no habian salido errados.

En algunas conversaciones que habia tenido con su hija, siempre habia procurado hablarla, aunque con mucha maña, de amores, y la habia contado como un suceso lo que á su parecer debia hacer, sin olvidársele añadir la moraleja de su cuento, que cuidaba siempre de pintar con vivos colores para que no se le olvidara nunca á su hija y pudiera sacar la consecuencia que ella deseaba: aun fué mas allá; en sus deseos de colocar á su hija con su primo, habia creido necesario que la niña se educase un poco al mundo para que no la estrañaran algunas cosas que pudiera decirle ó contarle su primo, y la habia hecho leer algunas novelas.

Siento mucho no saber cuáles fueron, pero casi puedo asegurar que algo leeria de Alfonso Kar y de Balzac.

Resultó de todo esto que Inés, que como sabemos no habia pensado nunca en pasiones, ni habia sentido su corazon palpitar, empezó á ser mas reservada en sus juegos y en sus locuras de niña, empezó á comprender que las sensaciones que sentia al lado de su primo eran amor, y empezó á meditar lo que decia, á pensar lo que hacia, y presentó á la pasion de Federico un amor puro y verdadero, un colmo de sensaciones nuevas, haciéndole probar las delicias de un amor espontáneo, de una primera pasion.

Gracias á Doña Manuela, Federico vió entonces la inmensa distancia que separaba á su prima de todas las mujeres á quienes habia tratado; conoció el amor que le profesaba al verla variar completamente de carácter y de ideas, al verla asociarse á su modo de pensar, de ver las cosas, y fué feliz; sintió crecer su pasion, y la amó de veras; en aquellos momentos olvidó todas las distracciones del torbellino de la alta sociedad, y hubiera dado todo lo que poseia por no separarse de Inés, si alguno se hubiera opuesto á sus amores.

De un plan tan bien meditado, tan bien combinado y tan hábilmente resuelto, no se podia esperar mas que un desenlace: ese era el que esperaba Doña Manuela, creyendo segura y tranquila que era imposible ni aun imaginar otra cosa.

(Continuará.)

AGUSTIN BONNAT.

LETRILLA.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

—

Tiene el buen hombre
caprichos raros
como los viejos
y los muchachos.

Gasta brasero
todo el verano,
y usa en diciembre
calzones blancos.

Porque es un genio
tan condenado,
que le enamora
todo lo estraño.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

—

Compra en la tienda
lo malo y caro,
pues nada quiere
bueno y barato.

Si le saludan,
le lleva el diablo,
y da las gracias
por un sopapo.

Piensa con hielos
tomar los baños,
aunque reviente
de un constipado.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

—

¿Ve una tragedia?
Rie el zanguango.
¿Viene el sainete?
ya está llorando.

Cuando hay un baile,
va cabizbajo
y está en la muerte
sólo pensando.

Pero le llevan
al campo-santo,
y allí, deshecho,
baila el fandango.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

—

Ya de opiniones
con él no trato,
porque de fijo
somos contrarios.

Si el despotismo
digo que es malo,
le llama al punto
gobierno santo.

Mas si á los reyes
como él alabo,
se hace un furioso
republicano.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

—

Siempre á las chicas
nos inclinamos
que á un tiempo tengan
belleza y garbo.

¿Qué hace don Rufo?
se ha enamorado
de una mas fea
que el mismo diablo.

Ancha de arriba
como de abajo;
tuerta de un ojo,
belfa de un labio.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

—

Hasta en su casa,
¡qué estrafalario!
todos los chismes
tiene trocados.

Bebe en cazuela,
come en un vaso;
en una alcuza
sorbe el tabaco;

En la cocina
tiene el piano,
y en una alcoba
cuece el guisado.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

—

Ya no le sufro,
ya no le aguanto,
que con su genio
me va cargando.

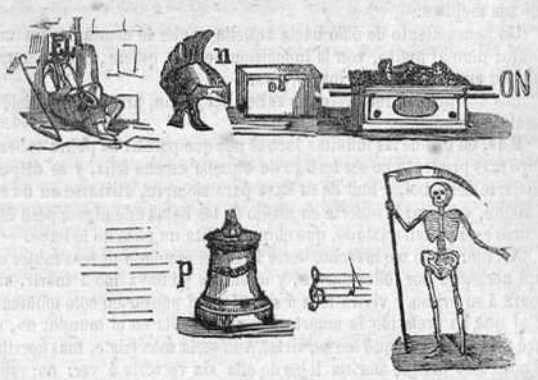
Calla si grito,
grita si callo;
me da dos coces
cuando le halago.

Si digo bueno,
dice que malo;
si digo berzas,
dice que nabos.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

J. M. VILLERGAS.

JEROGLIFICO.

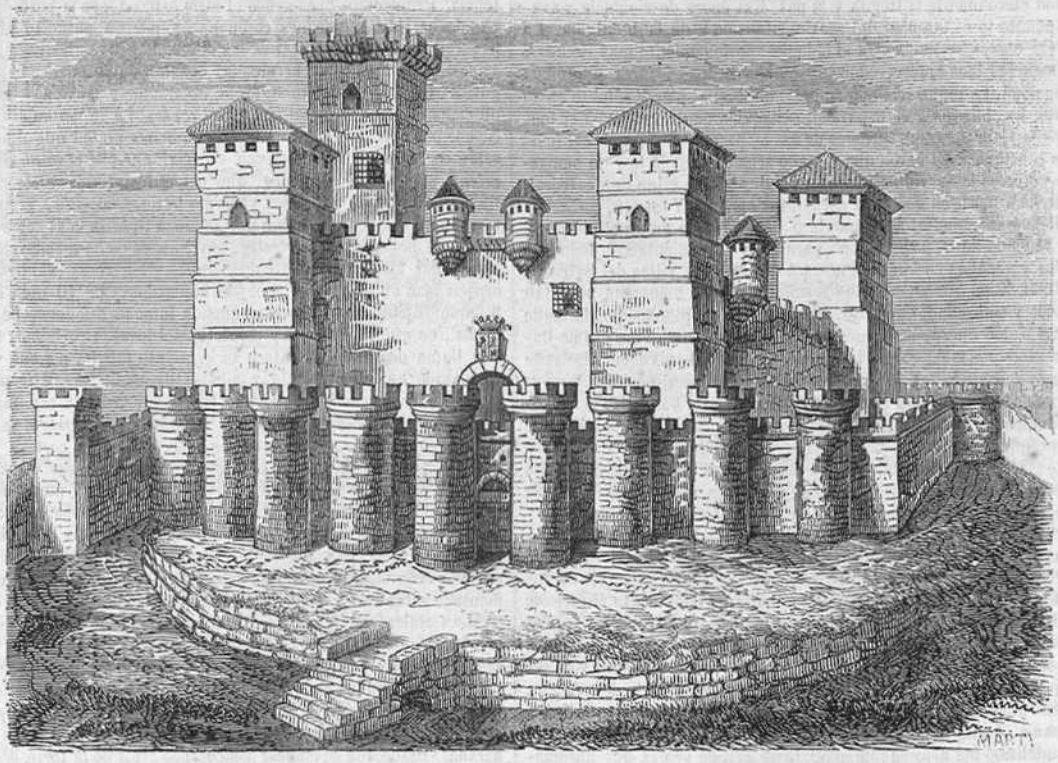


SOLUCION DEL PROBLEMA DEL NÚMERO ANTERIOR.

AMAPOLA.
ALELI.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario é Ilustracion, á cargo de D. C. Alhambra.



EL CASTILLO DE AMPUDIA.

Acaso no haya en el trascurso de los tiempos una época mas difícil de estudiar y comprender que *la edad media*. Calumniada por unos, exagerada por otros, é indefinida por todos, ya nos la pintaron como una barbarie prolongada; ya la entrevimos cual era heróica de valor y sentimiento; ya, en fin, quieren que sea un intervalo negativo entre la antigua y moderna civilizacion. Pero apenas en todo ello hay algo de concreto y definitivo. Consiste la dificultad en los diversos y heterogéneos elementos que entraban á la parte en aquel mundo, y que le dan en ciertas cosas un carácter complejo y por ventura contradictorio. Como á la disolucion del orbe romano, bajo el hacha de los bárbaros no quedó en pié ningun principio de aquella sociedad, se levantaron simultánea y poderosamente al choque de la inmensa convulsion nuevas fuerzas y aspiraciones desconocidas, para disputarse el régimen del naciente embrion social. Cernidos sucesivamente por el vaiven de los sucesos, quedaron en resúmen unos pocos con representacion y ascendiente, para obrar en el teatro del siglo y compartir las pretensiones á su dominacion. La iglesia, como fórmula oficial del cristianismo, por su victoria sobre la gentilidad, á la caida del imperio operó radicalmente sobre el mundo teutónico, que salia de entre las ruinas de Roma, y tomó desde luego un lugar que fué mayor cada dia. El feudalismo militar venia ya germinando desde las selvas escandinavas, y no hizo mas que organizarse varonilmente sobre el campo de su triunfo. La monarquía, hija del pavés y de la espada, no tardó en sacudir la tutela de los varones electorales, y quiso vivir por sí propia bajo la fórmula del heredamiento y de la voluntad de Dios. Y el principio municipal y libérrimo de los tiempos patriarcales, comprimido al estrépito del trastorno general, no se descuidó en asomar su cabeza entre aquellos dos poderes rivales, para ganar terreno á costa de sus mútuas debilidades. Cada cual de esos elementos militantes representaba una idea, y estaba á su vez representado por un sentimiento. La iglesia significaba la unidad humana, y tenia su símbolo en el espiritualismo exaltado, que hacia de la patria una religion, y de las batallas un martirio. La feudalidad era la fuerza, cuya divisa fué el mas absoluto é incondicional individualismo. La monarquía cifraba una intermediacion entre lo divino y lo humano, y se hacia entender con la imágen colectiva del Estado y de la mancomunidad de las fuerzas políticas y sociales. El concejo, por su parte, hacia el personero de la libertad, y hablaba por la lengua de la tradicion y de la dignidad de los hombres. Todo esto se percibe bien: pero no está aquí el problema. En el fondo de esas disímiles instituciones existian otras tendencias y focos de accion, que parecian opuestos á su agente radical. ¿Seria, por ventura, para dulcificar la energía del mismo elemento, ó uno de esos contrastes felices de la humanidad en el flujo y reflujo de su movimiento? No es fácil sorprender el arcano de la providencia. Cincunscribiendo pues la abstraccion, aquella antinomia ofrece mucho y muy aprovechado que discurrir. El dominio feudal, por ejemplo, se define: tiranía, materialismo, individualidad. Y bien: ¿cómo se avienen con esa feroz nomenclatura la galantería, la exaltacion caballeresca y la elevacion del sentimiento delicado? ¿Cómo se aplicaba al *señor* talando los campos apaleando á los pecheros y ejerciendo el infando monopolio de la *prelibacion*, y al *caballero* saliendo lanza en ristre al favor de las viudas y doncellas, acorriendo á los menesterosos contra injustos desaguisados, y lidiando en sangrientas justas por la debilidad y la belleza? Hay en ello tan hondas antilogías y oscurísimos enigmas, que no es bastante ninguna humana luz. ¡El hombre mismo que esquilma á los transeuntes por sus estados, que profana las primicias del tálamo ajeno, y comete á sangre fria los mas horribles desafueros, da tambien su vida en defensa de un huérfano, sale al palenque por el agravio de una mujer, y es capaz de las mas altas y generosas acciones. ¡Todo á título de su jerarquía señorial!... La caballería consagró la poetizacion de la mujer, partiendo de su emancipacion por el cristianismo, y contribuyó á sacarla del estado humillante y absurdo en que se vió relegada durante la antigüedad por leyes sin corazon y costumbres sin pudor. Pues bien: aquella edad tan bizarra y romancesca, que hizo de la galantería una profesion; que idealizaba el amor hasta el sacrificio; que cantaba y lidiaba, vivia y moria por el culto caballeresco de las damas, al reverso inmolaba sin compasion el albedrío de las vírgenes, abrumaba al sexo débil con la tiranía doméstica, social y política, y solamente veia en sus propios umbrales el honor de las hembras, como tampoco hallaba

fuera de sus cotos la propiedad, ni mas allá de sus ballestas el Estado. Se muestra pues una mezcla estraña de delicadeza y depravacion, de sentimiento y de fineza, de magnanimidad y envilecimiento que resiste á toda reflexion. Parecen cosas entre las cuales Dios ha vedado eternamente la tregua y la paz. Esa época de violencia y avasallamiento lo es tambien del sentimentalismo y de la hidalguía. La crudeza mayor se encuentra al lado del apasionamiento mas tierno. Y en medio del mas opresor egoismo reinaba la mas bizarra y pródiga abnegacion. La mujer reina en su servidumbre; el placer súbdito en su tiranía. La obligaba á vivir para sí; pero sabia morir por ella. Y si tendemos la vista por otras regiones de ese mapa, encontramos igual fuerza de contrastes. El baron que á mano armada despoja hoy un monasterio y apresa la servidumbre de su abad, mañana erige una catedral, ó marcha á morir en demanda del Santo Sepulcro. Y tal otro cuelga un dia de su rollo señorial á un montero del rey, que metió el pié en el coto redondo de la jurisdiccion, para salir el siguiente con todos sus deudos y vasallos en son de guerra á defender las villas del patrimonio Real. Bien que en esto de los señores con los monarcas no faltan curiosos y embrollados apuntes. Mucho aparato y muchísimo alarde de lealtad, como uno de los principales puntos de honra. Pero eso no impedia alzar pendones contra la corona, y ejercer el privilegio disolvente *de la desnaturalizacion*, y darla siempre que era posible, *viribus et armis*, la ley. Bastan estos ligeros rasgos para bosquejar la fisonomía anómala y problemática de los tiempos feudales, cuyo análisis es tan profundo como árdua su apreciacion. Esa índole mista y equívoca quedó afortunadamente marcada en el registro de su existencia, con las ideas y fórmulas, virtudes y vicios de aquel inmenso drama. Se revela en todos los vestigios de su poder. La teocrácia en sus instituciones y riquezas; la monarquía en sus conquistas y tradiciones; los concejos en sus behetrías é inmunidades; el señoriazgo en sus genealogías, privilegios y fortalezas. Hay entre estas particularmente ciertos monumentos disformes é híbridos, en que se halla perfectamente incarnado aquella duplicidad característica. Mitad palacios y mitad castillos, lo mismo sirven para dar un festin, que para sostener un sitio, y traducen fielmente la doble y contradictoria psicología de sus dueños y de sus tiempos. La aristocracia concentrada en el resorte absoluto de la fuerza, necesitó atrincherar sólidamente sus establecimientos contra *el fisco y el comun*, y cubrió la superficie del pais con vastísimo campamento. El feudalismo fué así una inmensurable plaza de armas que abrumaba el suelo con bosques de atalayas, baluartes y ferradas torres, cuya entrada guardaba el monstruo del privilegio, acostado bajo la argolla al pié del sangriento pilar. Cada *señor* acuartelado en sus bastiones queria vivir sin ley ni rey. De aquí las necesidades de los fuertes y rastrillos. Pero necesitaba al propio tiempo ostentar la parte dramática y deslumbradora de su complicado papel. Para esto la morada de bizarra ostentacion. *El alcázar* fué la combinacion artística de aquellas dos exigencias, el término de fuerza entre la vivienda del *magnate* y el cuartel del *guerrero*. Debida á los árabes esa novedad monumental, de la cual nos dejaron notables ejemplos en sus ciudades, por una necesidad intrínseca á sus costumbres y estado social, nuestros príncipes y magnates la adoptaron como tan ventajosa y apta para su doble consideracion militar y heráldica. Estas contrucciones merecen ser cuidadosamente observadas, porque revelan bien la condicion ambigua y mistiforme del castellano de la edad media; colocan en inmediato contraste dos faces de una misma existencia, dos modificaciones de un tipo, y son el símbolo gráfico del misterio feudal. El CASTILLO DE AMPUDIA fué una de esas fábricas bélico-palaciegas, una obra aristocrático-marcial, que lleva el sello enigmático de su azarosa época.

Veamos pues. En la base esterior del alzado la barbacana, para nivelar el plano de la obra trazado en la vertiente de las colinas. Ante su escarpa el foso, salvado por un ponton provisional de cal y canto. Sobre ella una cortina de muralla, revestida de numerosos cubos almenados, para artillería y armas menores con plataformas y parapetos. Enclavada por sus estremos en el muro de la poblacion, ciñe la parte principal de la fortaleza, como la armadura el pecho de un guerrero. Entre los dos baluartes centrales forma la entrada del castillo un arco, desprovisto ya de la loba y peynes, pero conservando los orificios para las cadenas del puente levadizo en sus muros de enjuta. La falsa mina desemboca á su derecha, y casi oculto en el ángulo esterior que forma el tambor con el murallaje, que en su espesor contiene cuerpos de guardia y otras obras de bóveda; estando provisto además de escalinatas en su frente interno para el servicio de los puestos. Ganada la línea esterior, y desembocando en la placeta, se da sobre la perspectiva general del alcázar, cuya planta hace cuadrilátero rectángulo de 106 piés de frente, y casi igual fondo, guarnecido con robustas torres en sus ángulos. El edificio comprende en su fortificacion dos departamentos, el palacio y la verdadera fortaleza. Constituyen aquel los tres lienzos primeros del cuadrángulo, y forma esta la doble cortina del fondo, con construccion independiente y de todo punto militar. El palacio es el segundo recinto castramentario de la obra, y encierra la morada de los señores y sus dependencias. La fortaleza hace por sí sola un cuadrilongo, que era la tercera línea de defensa y el último atrincheramiento de la guarnicion, que podia sostenerse allí con ventajas, aun perdidos los otros órdenes de resistencia. Penetremos pues desde el átrio esterno por la portada principal de heráldicos blasones coronada, y por un pasadizo abovedado llegaremos al patio central de las obras. Las tres alas pertenecientes al palacio (una de ellas arruinada) constan de un pórtico bajo, cuyos góticos machones sostienen arcos escarzanos; corriendo sobre esto un claustro alto, de igual traza, sobrepuesto á su vez en el tramo del N. por una tercera galería. Entre las muchas piezas que desembocan sobre cortos corredores merecen especial aprecio *el salon de recibimiento y el de la chimenea*, que ostentan interior y esteriormente lindas portadas de preciosos vaciados góticos en yeso, y buenos artesonados, que montan sobre una imposta, por la cual corre graciosa cenefa de hojas de vid silvestre, entrelazadas con escudos de armas, blasonados alternativamente de estrellas y lobeznos. El hogar es una especialidad en su género, por las dimensiones de 10 piés línea por 8 fondo. Ejemplar curioso de aquellos inmensos fogones de la edad media, en que los villanos y monteros del local, rico-home, tostaban á la llama de un roble entero el grasiento jabalí, por sus venablos traspasado en la sangrienta y alborozada montería. Y recuerda alguna de las escenas feudales que *Walter-Scott* pinta con tan palpitante interés y colorido dramático. *El salon de la armería* se halla en el piso mas elevado, y semeja á los anteriores en su corte y aspecto. Pero se halla vacío, porque le despojaron los franceses y los guerrilleros de sus abundantes y variadas colecciones. Y otros luego han consumado la odiosa depredacion de este curioso museo de la antigüedad. Las murallas que circundan el alcázar, provistas de copiosos almenares, tienen cubiertos sus terrados, y hacen cómodos tránsitos; estando defendido el centro de cada frente por un pabellon veladizo, montado sobre canes abiertos, de forma circular y remates cónicos.

La fortaleza del lienzo occidental consiste en un inmenso murallon, con 70 piés de longitud por 16 de codal, precedidos de dos cuerpos salientes á los estremos del patio, donde se hallan la entrada, y pegados á las grandes torres que terminan los cabos de esta fortísima fábrica. Sobre la cúspide hay una esplanada, que llaman *el paseo de la reina*, guarnecida en sus bordes con parapetos almenados y atronerados. Desde ella se sube á los cuerpos altos de la torre del homenaje, titulada tambien de «Malpique» (y á la azotea de la opuesta), que termina en una gola de modillones, donde apean los almenajes del glacis supremo, dominados por una linterna volante, para el puesto de vigilancia. Y cierra este puesto fuerte por lo esterior, altísimo y formidable muro de piedra, protegido con defensas verticales por las obras superiores.

La arquitectura de este monumento es por lo general gótica, de la tercera época, segun lo manifiestan las bordaduras y vaciados de los salones, y cierto arco conopial de un torreon. Pero es en sus formas dura y parca de ornatos, cual cumple á la rudeza marcial y á la severidad de su destino. Las bóvedas ojivales de piedra que cubren los pisos de las torres, se hallan guarnecidas por fuertes aristones; las elipses desnudas de filetes y vivos; todo respira en fin la fiereza de los combates y la edad de la fuerza. Desde los muros del castillo arrancaban los que circuian la villa, flanqueados de baluartes redondos de recia construccion. Porque AMPUDIA fué plaza importante en el tiempo viejo. Su orígen viene desde muy alta fecha. Perteneció al señorío de Doña Isabel de Meneses, mujer de D. Juan Alfonso de Alburquerque, y habiéndose rebelado este contra el rey D. Pedro por los amores de la Padilla, y fallecido su hijo D. Martin sin sucesion, los bienes y estados de aquella señora pasaron por merced del monarca á su bastardo hermano D. Sancho. Esto fué posterior á 1354. Luego perteneció á D. Pedro Lopez de Ayala, y ha venido por último á radicar en la casa del Infantado. En esta fortaleza puso sitio la reina Doña María la Grande al turbulento D. Juan de Lara, cuando las discordias por la minoría de D. Fernando IV. Pero el rebelde prócer no esperó la acometida, y escapándose de noche con unos cuantos caballeros se refugió en *Torre-lobaton*. Quizá de este episodio provenga el nombre histórico de la esplanada, en membranza del triunfo de S. A. En tiempo de la guerra de las Comunidades tambien figuró AMPUDIA ó PUENT-EMPUDIA, como dice la crónica de la adulacion imperial. Pertenecia entonces al conde de Salvatierra, partidario de la Liga. Viendo el condestable que era inútil con él todo esfuerzo para apartarle de su leal propósito, mandó á un D. Franco de Beamonte que tomase la villa. Así se verificó, gracias á los pocos medios de defensa. Mas los Comuneros, saliendo de Valladolid al mando de Padilla y Acuña, cayeron sobre la plaza con una fuerte banda de gente y algunos falconetes. Abierta inmediatamente la brecha, entraron á escalada, y obligaron á los realistas á abandonar la villa, dejando únicamente en la fortaleza un buen escuadron, y retirándose corridos y maltrechos á la cercana *Mormojon*. Padilla se lanzó tras ellos;

atacó esta poblacion, ganando las puertas y entrando á todo trance. Mas perdonando generosamente á los moradores, que salieron á su encuentro con la clerecía y cruces en procesion, con grandes llantos, y con los piés descalzos las mujeres y niños, demandando gracia y moviendo á compasion, el caudillo dejó puesto cerco á la enriscada fortaleza, y revolvió sobre AMPUDIA, para tomar su castillo á la vez. Embistió las fortificaciones, jurando hacer en los imperiales afrentoso escarmiento; pero se dieron luego á partido, y entregaron el puesto por capitulacion, con todos sus aprestos y menesteres, debiendo sus vidas y arreos personales á la humanidad de Padilla los 160 ginetes que componian la guarnicion.

Este monumento artístico es uno de los pocos que van quedando en pié, y que desaparecen sucesivamente, entregados al abandono y á la rapacidad. ¡Raza granítica de gigantes, que convertidos en sombras perdidas se llevan consigo los recuerdos fantásticos de una edad misteriosa, que acaso los poetas estan solamente llamados á comprender, para mortificacion de la crítica y de la historia!

V. GARCIA ESCOBAR.

ANTON DE MONTORO.

Hace años que procurando nosotros adquirir noticia de un poeta cordobés del apellido de Montoro, encontramos que no podia ser uno solo el que habia tenido este apellido, sino dos, porque las circunstancias del uno no convienen con las del otro. Al uno se le nombra Anton de Montero y Juan Anton de Montoro; al otro solamente Anton de Montoro. El uno fué hijo de una familia noble y distinguida (1) así por la línea paterna como por la materna; el otro, que era judío, fué llamado el *ropero de Córdoba*, y de él se encuentran composiciones en algunos cancioneros, especialmente en el de Pedro Guillen, segun noticia del insigne bibliógrafo D. Bartolomé José Gallardo que lo poseia. De este trovador judío, natural de Córdoba, hace mencion D. Diego Clemencin en el elogio de la reina católica, diciendo: «Las musas no habian limitado sus favores de tal modo á las clases ilustres y distinguidas de la sociedad, que escluyesen enteramente de ellos á los humildes. Al lado de los próceres de Castilla figuran Anton de Montoro, apellidado *el ropero*, Juan Poeta, Gabriel el músico, maestre Juan el trepador, los dos primeros de raza judía.» Se ve pues que el Montoro judío, aunque hubiese principiado á darse á conocer en el reinado de Enrique IV, floreció en el de los Reyes Católicos: el otro pertenece á tiempo anterior, pues nació en Córdoba por los años de 1420 ó 1421. Fuéron sus padres Pedro de Montoro y Doña Juana de Guzman, que murieron dejándole muy jóven, por lo que se encargó de su educacion el canónigo de Córdoba, Iñigo de Velasco, su tio por parte de padre, el cual procuró inclinarlo á la carrera eclesiástica, que rehusaba Montoro por su decidida inclinacion á las armas. Cumplióse al fin su deseo entrando á servir en la mesnada del célebre marqués de Santillana, D. Iñigo Lopez de Mendoza, cuando este se hallaba en la guerra de Jaen. Pronto se adquirió renombre entre sus compañeros, siendo celebrado, así por su valor y bizarría, como por sus trovas, que andaban de boca en boca. El marqués, noticioso de las proezas é ingenio de Montoro, queriendo ver si sus composiciones corrian parejas con su valor, lo llamó á su presencia y le pidió que compusiese unos versos de repente. No se embarazó el caballero cordobés; antes con suma agudeza y no menos modestia dirigió al marqués los que siguen:

Como ladron que desea
Sin quel mate, nin que mate
Furtar villa ó gente rea,
Éla mira éla rodea
Y no le falla combate;
Y despues de bien miradra,
Fállala tan torreada
Que por non ser omicida
Alza mano de la entrada
Recelando la salida;
Ansí varon que floresce
En saber é valentia
Ante quiën prevalesce
Mil vegadas me contesce
Con vuestra gran señoria
Querer mostrar ignorancia
Por ante vuestra substancia,
Y fallo que es mas saber
Por lo que puede perder.

Desde aquel momento quedó el marqués aficionado á Montoro, y lo llevó á la corte cuando fué llamado á ella por el rey D. Juan II, y allí uno y otro compusieron á este monarca varios cantares é decires; por lo que es de estrañar no hiciese Santillana mencion de él en su carta al condestable de Portugal.

Parece que Anton de Montoro murió después del marqués y de Juan de Mena, segun se averigua por composiciones; pero no se pueda fijar el año cierto de su fallecimiento, si bien es de creer fuese en Córdoba donde residia después de la muerte del marqués de Santillana.

D. Nicolás Antonio no se olvidó de Anton de Montoro en su Biblioteca; pero no da otra noticia de él, sino que existe un códice de sus poesías en la Biblioteca Colombina. Sin embargo, D. Diego Alejandro de Galvez, bibliotecario que fué de esta, creyó que él habia sido el descubridor de este MS., y afirma que no tuvo noticia de él D. Nicolás Antonio, pues procurando adquirir noticias de Montoro en carta autógrafa que tenemos á la vista, fecha en Sevilla en 30 de noviembre de 1766, y dirigida á D. Fernando Lopez de Cárdenas, cura de Montoro, dice así: «habiendo descubierto en esta Biblioteca un MS. del siglo XV que contiene varias poesías de Anton de Montoro, necesito en el dia indagar quien y de donde fué natural. No hay dificultad: es andaluz, pues sus poesías van dirigidas al corregidor de Córdoba, al de Andújar, al conde de Cabra, al alcaide de los donceles, etc., presumo fué natural de esa villa (Montoro); por lo que he de merecer á Vd. me diga si hay por allá alguna noticia de este poeta ignorado de D. Nicolás Antonio y de nuestros escritores. Asimismo si tiene noticia de otro poeta, Juan de Valladolid, á quien dirigió varias octavas, y recibió en las mismas sus respuestas.»

Por los años de 1447 ya parece estaba en Córdoba, pues el corregidor de aquella ciudad le mandó que ficiese un Albalá para Joan Habis cambiador del cabildo, que dice así:

Buen amigo Joan Habis
Fe de mi poco tesoro
Darás á Anton de Montoro
Trecientos maravedis;
Y con esta son contento
De lo que aquí se promete:
Fecha en amor verdadero
A veinte é cinco de enero
Año de cuarenta é siete.

La mayor parte de sus poesías parecen escritas en los últimos años de su vida, cuando cansado del peso de las armas, fatigado del bullicio de la corte, pasaba los años en su patria Córdoba.

De lo alegre de su carácter dan bastante muestra estas composiciones:

1.ª

Al corregidor de Córdoba porque le mandó que pegase cañas.

Que fueses buen caballero
Dias ha que non peque;
¿Y quereis saber por que?
Porque soy muy lastimero.
Todo lo tengo, y non feo
Que non me falta pedazo:
Salvo caballo y arreo
Piernas, corazon y brazo.

2.ª

Al mismo corregidor demandándole ayuda para casar á una fija.

Discreto i muy polido
Pasa el mundo i para dios
A mi fija do marido
Con sola fusia de vos.
Si vuestro buen ren ediar
Non viene con manos llenas
Habrá de ir á acompañar
A las que Dios faga buenas.

«El bibliotecario y el trovador» han publicado algunas poesías de Montoro, fuera de las cuales contiene el códice unas catorce ó quince. Los títulos de algunas de ellas son: A la muerte de Juan de Mena.—Al corregidor Dávila (1).—A Toledo, rey de armas.—Al escudero Jo-

(1) A la ilustre familia de Montoro perteneció el valiente Alfonso de Montoro, de quien canta así el trovador Mosen Jaime Febrer:

La carrasca ébon en lo camp daurat
Alfonso Montoro noble cordobes
Portaba en lo escut, cuant ell fonch baixat
Al siti de Játiva: ést per bon soldat
All castell de Alboida del rey fonch comes
Perque les defenses (que mes importaben
Pera conservarlo) fera ab dilitgencia etc.

(1) Era el muy magnífico señor Gomez Dávila, señor de San Roman, vasallo y guarda mayor del rey, corregidor de Córdoba por los años de 1457.

vera.—A la venda.—Al despensero.—El conde de Cabra.—El caballo.—La mula.—La pregunta sobre las doncellas.—El alcaide de los donceles. Escribió asimismo el «canto lírico memorando la perdicion de Urdiales cuando era dubdosa,» y entre las poesías que publicó Fernan Martinez de Burgos se encuentran diez y siete octavas «sobre la muerte de los comendadores Jorge y Fernando de Córdoba, que mataron un dia.»

LUIS MARÍA RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.



(Lápida de mármol, colocada en el panteon del doctor Baranda.)

EL DOCTOR DON PEDRO SAINZ DE BARANDA.

Largos años lleva el SEMANARIO PINTORESCO de consagrar un trecho en sus columnas á la memoria de los hijos ilustres que ha producido la España. Nadie mas digno de esta honra que el virtuoso y sabio sacerdote, cuyo nombre va á la cabeza de este artículo. Pluma mejor cortada que la nuestra podrá hacer el detenido análisis de sus obras; nosotros solo escribimos una ligera biografía, cual cumple á nuestro conocimiento, escaso en las materias en que mas sobresalió el escritor que nos ocupa.

No presenta la vida de D. Pedro Sainz de Baranda muchos ni muy variados sucesos. Hállanse inesperadas peripecias en la existencia de los aventureros políticos y de los *distinguidos* literatos de la edad presente; pero los dias del sabio que vive *ni envidiado ni envidioso*, corren tranquilos, sin que los altere el confuso rumor de las humanas pasiones.

Nació D. Pedro Sainz de Baranda en Madrid, y recibió las aguas bautismales en la parroquia de Santa Cruz. Fué su padre el honrado patricio que lleva su mismo nombre, cuyos hechos ocupan un lugar en la historia contemporánea, cuyos títulos á la gratitud del pueblo madrileño no es necesario recordar. A los siete años de edad comenzó su educacion literaria en el colegio de PP. Escolapios de San Antonio Abad, donde cursó humanidades con temprana y notable aplicacion. Pasó después á las cátedras de San Isidro el Real, donde estudió retórica y filosofía, así como tambien los primeros rudimentos del griego y del hebreo; lenguas que andando el tiempo llegó á poseer con perfeccion no vulgar.

Cumplia catorce años el jóven Sainz de Baranda, cuando deseosos sus padres de proporcionarle mayor suma de conocimientos, le enviaron á la célebre universidad de Alcalá, donde, concluidos los años escolares, recibió el grado de doctor en ambos derechos, con el lucimiento que era de esperar de su clara inteligencia y constante aplicacion. Vuelto al seno de su familia, y sintiendo decidida vocacion al sacerdocio, recibió las sagradas órdenes de mano del cardenal de Borbon, arzobispo de Toledo.

El año de 1826 le abrió sus puertas la Academia de la Historia en clase de correspondiente, por sus eruditas y sabias notas y rectificaciones al *Diccionario Geográfico* que en aquel entonces publicaba el conocido escritor D. Sebastian de Miñano. Habiendo leido un elogio histórico acerca del famoso anticuario D. Antonio Agustin, fué nombrado individuo supernumerario de dicha Academia, y luego de número por la lectura del *Cronicon de Valladolid*, anotado con diligente esmero y particular acierto.

Muerto el año de 1843 el P. Maestro Fr. José de la Canal, sabio colaborador de la *España Sagrada*, se le encargó á D. Pedro Sainz de Baranda la continuacion de dicha obra, de la cual escribió los tomos 47 y 48, y dejó preparados muchos trabajos para el 49.

Además de las obras de que dejamos hecha mencion, compuso las siguientes, impresas unas, y otras inéditas: —*Discurso sobre la necesidad y utilidad de formar un sumario de los españoles que han asistido á los concilios generales. M. S.—Exámen y juicio crítico de las crónicas del reinado de Enrique IV. M. S.—Noticia de los españoles que asistieron al concilio de Trento.—Clave de la España Sagrada.—Biografías de los colaboradores de la España Sagrada.—Breve contestacion á un artículo del abate Laval, copiado en la Gaceta de Madrid de* 11 *de junio de* 1839. Un volúmen en 8.°

Aun podian esperarse sazonados frutos de la vasta instruccion del doctor Sainz de Baranda, cuando una apoplegía fulminante puso término á sus dias el 27 de agosto de 1853. Modestos son los títulos que acompañan su nombre: bibliotecario de la Academia de la Historia y de la Universidad Central; archivero de dicha Academia; correspondiente de la Imperial de ciencias de Viena, de la de Buenas Letras de Barcelona, é individuo de otras varias corporaciones científicas y literarias.

Bajo tres distintos aspectos se puede considerar al doctor D. Pedro Sainz de Baranda; como hombre, como escritor y como sacerdote.

Hijo cariñoso; buen amigo; amparo de los pobres; protector de la juventud estudiosa; tales fuéron sus humanas virtudes.

Erudicion profunda; vastos conocimientos; recto juicio; no galano, mas sí puro y castizo lenguaje; tales son las dotes que distinguen las obras del anotador del *Cronicon de Valladolid*.

Modesto en su porte; medido en sus palabras; ejemplar en sus costumbres; tal debe ser el sacerdote cristiano; tal fué D. Pedro Sainz de Baranda.

Consagrado constantemente al estudio, retirado del bullicio del mundo, sin allegar riquezas ni ambicionar distinciones, D. Pedro Sainz de Baranda conocia que un nombre puro y honrado vale mas que las humanas grandezas; padron de infamia si son adquiridas por reprobados medios, y sello las mas veces de pobres y raquíticos pensamientos.

LUIS VIDART.

ORDEN

QUE FELIPE IV ENVIÓ AL DUQUE DEL INFANTADO,

SU MAYORDOMO MAYOR.

El empeño en que hallé las rentas de mis reynos, cuando entré en ellos, y las grandes ocasiones de gastos que se han ofrecido después aca, con averse acabado la tregua de Flandes, y aver sido necesario crecer mis armadas, por los muchos enemigos que andan en la mar, y acudir á Italia y Alemania y otras partes precisas, y la falta de hacienda que hay para tantas cosas, ha obligado á poner todos los medios posibles para tenerla, y siendo uno de ellos la reformacion de los gastos que no fuesen precisos, para poderlo disponer mejor, he tenido por conveniente empezar por mi casa, y así he resuelto que se reforme lo siguiente.

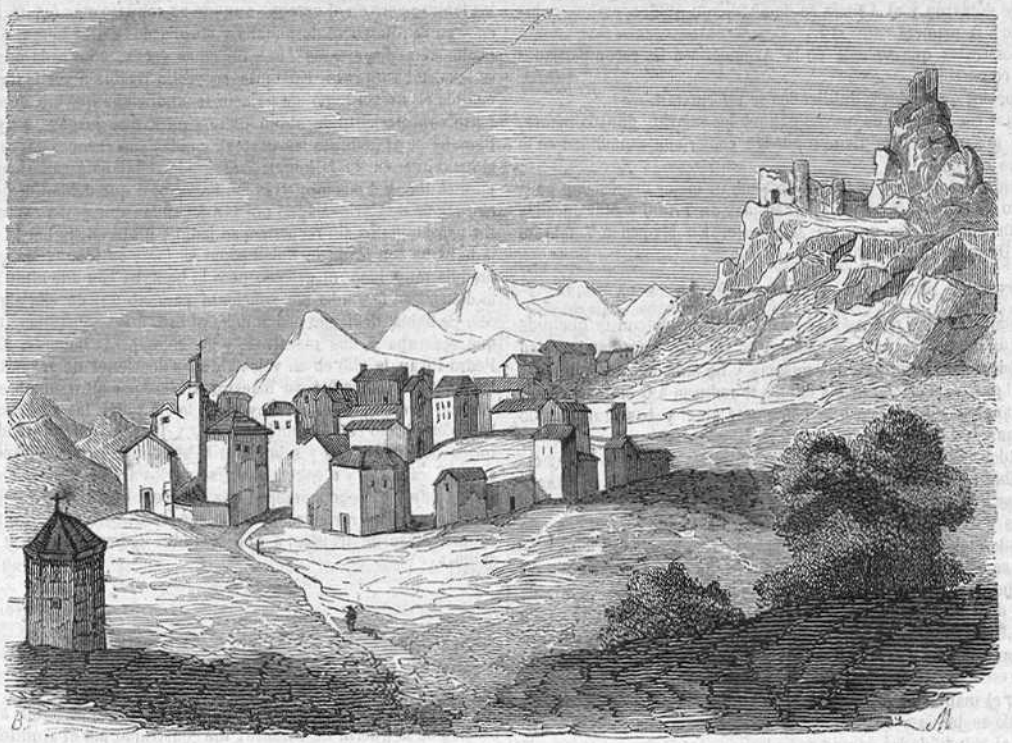
Con vuestra persona no se ha de hacer novedad ninguna: pero queda asentado que los que os sucedan en el oficio de mayordomo mayor, no ayan de tener mas de un cuento de maravedís de salario, y los emolumentos que oy gozais.

Que de aqui adelante no haya mas de cuatro mayordomos, y que de los que ay oy nombrados, queden los cuatro mas antiguos con sus gages y emolumentos y los demas por aver ya empezado á servir, lo continuen pero ha de ser sin sueldo, con sola la casa de aposento, y escúsese el plato de manjar blanco unos dias y otros de arroz, y las veinte libras de nieve que se dan á los mayordomos, que no lo han de llevar, ni los que tienen salario, ni los otros, ni tampoco se ha de dar á ningun otro oficial de los que agora le llevan.

Los Gentiles hombres de mi boca han de ser 50, y se han de ir consumiendo los que vacasen hasta quedar en este numero, y estando ausentes en ninguna manera han de llevar salario, aunque sea con licencia.

Que haya 40 Gentiles hombres de la casa y no mas. Y si agora uviese mayor número, se hayan consumiendo hasta quedar en este.

Ha de haber dos Varlet servant y no mas.



(Vista general de Portilla: de la antigua Portella, ó Villa-vieja, y de su castillo.)

Que no se añadan costillares, y estas plazas han de quedar preservadas para los que saliesen de pajes.

Que haya 24 pajes que es el número que ha habido estos dias.

Que en la Panateria aya un gefe, dos ayudas y un mozo, como solia en tiempo de mi abuelo, y lleven las mismas raciones en la calidad y cantidad que solian entonces, escusándose todo lo que escediese de esto en cualquier manera, y lo mismo se entienda respecto de los emolumentos que llevasen otras cualesquier personas de este oficio.

En la fruteria ha de aver un frutier y un mozo como en tiempo de mi abuelo, y con los mismos salarios. Todo lo demás se ha de reformar, y las 68 libras de fruta que se da cada dia á diferentes personas por nueva introduccion.

En la Cava se escusará el mozo entrenido y el aguador, y en su lugar podrá aver dos mozos que lleven á los oficios lo que fuese menester, y supli án en las jornadas con gajes de entretenidos, y se escusará el vino de los almuerzos.

El veedor de bianda no llevará de aquí adelante lo que llaman rescas.

En la cocina se escusaran dos mozos, y de aquí adelante de dar plato á nadie como no sea de camino.

En el Guarda mangel se escusara lo que llaman frescos, y las raciones de las viudas y reservados, se reduzgan á cuatro ducados, y una anega de trigo al mes: y al Guardamangel no se traerá mas ternera que la que viene de Aranjuez, y cesara lo que se hubiese añadido en las raciones.

En la Cereria se escuse un mozo, y el llevar el jefe la cera de las sobras, por ser introduccion y el sumiller de Corps no se lleve las 60 achetas que suele.

En la Botica se reduzgan el número de los oficios al tiempo de mi abuelo, y el salario del boticario á 400 ducados, y los ayudas á 200, y los mozos á 100.

En la tapicería se escuse un ayuda y un mozo que hay demás, y en vacando este oficio, se junte con el de aposentador de Palacio, como solia.

En la caballeriza sera la reformacion como lo tengo ordenado que montara mas de 20,000 ducados.

Gentiles hombres de mi camara avra 8 y á este numero se reduciran como fuesen vacando, daranseles ocho platos de comida en su estado, y á los ayudas doce reales á cada uno cada dia y quitarse el estado.

Al maestro de la Camara, le cesaran los 50 reales cada mes de ensalada y las conservas del dia de ayuno.

Al Contralosor, el fresco, la pastelería, tocino, manjar blanco y conservas, y de camino se le daran dos asados y su cocido, y para cenar dos cosas, y no tome nada de los oficios.

Al Grefier, le cese lo que llaman fresco y entenderase con Ramiro de Zabalca reservado.

Con los médicos de Camara, se escusen las colaciones de los dias de ayuno y sangradores avra solo dos con 100 ducados de salario cada uno y su racion, y seran Lozano y Fuentes.

Vgieres de Camara se reduciran á ocho como en tiempo de mi abuelo y los Porteros de Palacio y Saleta á seis.

Los dos sota ayudas de furrieria se escusaran y los 30 maravedis que se dan cada dia á todos los oficios para leña.

Los aposentadores de la casa de Borgoña, que son hoy 8 del libro y 11 de camino se reduciran á 4 del libro y 8 de camino.

A la Guarda de Archeros se le añadio el año 1589 60 ms. á cada uno con que tuviesen cavallos. El año 1600 se permitio que no los tuviesen, sin quitarles los añadidos, reduciranse á lo antiguo, sino es en las jornadas, que llevaran lo que hoy y quedo con cuidado de tener la mano en jubilaciones y á los que se jubilasen bastara dalles tres reales cada dia.

Al teniente de la Guarda Española, que tenia 200 ducados al mes, se le doblaron y al Alferez se le añadieron quince reales, reducirase esto á la primera cantidad.

Los dos reales que se dan en la Azemileria á los recompensados sera uno como solia.

Los sueldos que hubiere duplicados se reformaran.

Estarase con cuidado de que se paguen los salarios puntualmente, para que gozandolos á su tiempo puedan comer con comodidad en lo mismo que sirven.

Reducidas las cosas á este estado tendran mejor disposicion para el ejercicio de estos oficios y se ahorran mas de 77000 y 300 ducados en cada un año. Hareis que asi se ejecute. En Madrid á 7 febrero 1624. El Duque del Infantado.

AL CONDE DE BENAVENTE MAYORDOMO MAYOR DE LA REINA.

Aviendo mandado reformar mi casa, cumpliendo con lo que pide el estado de las cosas, y otras razones, he resuelto reformar tambien la de la reina porque militan las mismas y he ordenado lo siguiente:

Que el gasto del estado de las damas se reduzga á 6 platos á comer y 4 á cenar, pues de ordinario comen pocas en el y bastaran cuando fueran mas.

A las dos criadas que tiene cada dama, se les de racion 4 panecillos, 2 libras de carnero y 4 onzas de tocino. Y á las de la camara de la reyna, lo mismo que se les da á la de la Infanta mi hermana y á las unas y las otras se les baje cuando van á la enfermeria con que comera todo mejor y con mas comodidad.

A vos se os dan un quento de gajes y otro de estraordinario por el plato, y he entendido que tambien agora llevais el plato y monta de 6 á 8 mil ducados, escusareis el llevarle, pues se hizo con el conde Alva de Lista, Duque de Sesa, Marques de Lagunas, y en mi casa con el Duque del Infantado y Marqués de Velada, y con vuestros sucesores se escusara tambien el un quento estraordinario.

Cesara el manjar blanco que se da á los Mayordomos y no se hara sino quando se hubiese de servir á la mesa de la reyna, entonces se embiaran al estado de las damas dos platos.

A las damas no se daran meriendas de la confiteria y del Guardamangel se podran llevar algunas empanadas y frutas.

Los criados y criadas de la reyna que son ciento y cuatro mas de los que tenia la reyna Doña Ana, mi abuela, se reformaran á aquel numero com fueren vacando.

Al Contralo, Orgrafier y despensero mayor le cesara lo que llaman fresco.

En los oficios de boca se escusara de dar unos á otros para almuerzos lo que se ha introducido y se quitaran los mozos entretenidos.

Reducidas á este punto, las cosas tendran el estado conveniente, y mi hacienda interesa en la casa de la reyna, en cada un año mas de 8,000 ducados, y así se egecutara con mucha puntualidad. Madrid 7 Febrero 1624.

RETRATO DE CARLO-MAGNO.

FRAGMENTO

TRADUCIDO FIELMENTE DE LA CRÓNICA LATINA

que escribió su secretario Eginhardo,

EN EL SIGLO VIII.

«Vestia ordinariamente el mismo traje que los francos, á saber: camisa y calzoncillos de lienzo, túnica de seda bordada, y calzones; cubríase las piernas con vendas, y el pie con un calzado muy ajustado. A este vestido solia añadir en invierno otro de piel de nútria, y colgaba la espada de un tahalí de plata ú oro. En las principales festividades, y cuando daba audiencia á los embajadores, ceñia una espada guarnecida de piedras preciosas, pero jamás quiso usar trajes estranjeros por magníficos que fuesen; solo dos veces, á ruegos de los papas Adriano y Leon, consintió en llevar la túnica larga, clámide y calzado á la romana. En las grandes solemnidades y procesiones usaba una túnica tejida de oro, calzado cubierto de pedrería, y añadia á la capa un broche de oro, y se ponia en la cabeza una diadema en que brillaban muchos diamantes. Parco en el comer y sobrio en la bebida, miraba con horror la borrachera en todas la clases, pero sobre todo en aquellos que andaban á su alrededor. Le costaba mucho privarse de alimento, y se quejaba con frecuencia que los ayunos deterioraban su salud. No daba banquetes sino en las fiestas solemnes, en las cuales era considerable el número de convidados. Su comida ordinaria consistia en cuatro platos, á mas del asado, que le agradaba mucho y le servian en el mismo asador. Durante la mesa le complacia oir contar las hazañas de los antiguos, ó bien le leyesen en las obras de San Agustin, de que hacia mucho aprecio, en especial de la *Ciudad de Dios*. En muy raras ocasiones, en toda la comida llevaba tres veces el vaso á los labios; pero en el verano, aunque no comiese mas que frutas, bebia en seguida; luego se desnudaba y dormia dos ó tres horas; durante la noche solia dispertarse cuatro ó cinco veces, y en cada una de ellas se levantaba un rato. En tanto se vestia recibia á sus favorecidos, y cuando el mayordomo de palacio le anunciaba que era necesario tomase conocimiento de algun pleito, para que juzgase con rectitud, llamaba en el instante las partes, y oidas sus razones, fallaba como si estuviese en su tribunal; en seguida señalaba á cada uno su tarea para el dia, y á sus ministros los negocios á que debian dedicarse. La elocuencia de Carlo-Magno era tan fecunda, que podia espresar todos sus pensamientos sin recurrir á su lengua materna. Sabia la latina, y la hablaba con tanta facilidad como si fuese su idioma nativo. Comprendia muy bien el griego, pero lo hablaba con dificultad; pero en lo demas, su facundia era suficiente para abusar de ella algunas veces. Se habia dedicado con mucho ahinco á las artes liberales: así es que veneraba á sus maestros, y los colmaba de honores. El diácono Pedro Pisan le dió en su vejez algunas lecciones de gramática, y en los demás estudios fué su maestro *Albim*, por otro nombre *Alcuin*, diácono breton, hombre muy versado en todas las ciencias. Carlos habia empleado con él mucho tiempo y trabajo para aprender la retórica, la dialéctica, y sobre todo la astronomía: además se aplicó al arte del cálculo, y á seguir el curso de los astros, y se dedicó á formar la letra, teniendo siempre á la cabecera de su cama tablillas y libritos para adiestrar su mano en la escritura; pero no adelantó mucho en esta clase de trabajo, á que se habia dedicado tarde y fuera de sazon.»

EL PUENTE DEL DANUBIO.

El famoso puente del Danubio, de que tanto se habla ahora con ocasion de la guerra de Oriente, fué construido por el arquitecto Apollodoro, cuando el emperador Trajano hizo la guerra á los Partos y los Dacios. Cuando las invasiones de los bárbaros empezaron á poner susto en los romanos, Adriano mandó cortar el puente para impedirles el paso. En España tenemos obras romanas de una arquitectura muy semejante al puente del Danubio. Tales son el arco de Trajano y el puente sobre el Guadiana, en Mérida. El primero fué construido por el arquitecto á la gloria del vencedor de Decibalo, y es una obra de mas mérito aun que el puente del Danubio. Se conserva en la actualidad tal como fué construido. No así el puente del Guadiana, que está muy ruinoso por algunas partes, y las avenidas han destruido el anfiteatro que habia en medio del rio, adonde se bajaba desde el puente por dos magníficas escaleras laterales. Hoy estan convertidas en rampas, y abajo apenas se distinguen entre las ruinas el vomitorio y algo de la graderia.

UN INCENDIO CÉLEBRE.

Hasta las cosas mas naturales, hasta las catástrofes han de tener fortuna para pasar á la posteridad. A este número pertenece el incendio del palacio del príncipe Razumowski, durante el congreso de Viena en 1815. Entre las personas que contribuyeron á apagarlo como simples bomberos, se contaban el emperador de Austria, Alejandro

de Rusia, el rey de Prusia, el príncipe de Metternich, Eugenio Beauharnais, hijo político de Napoleon, y una multitud de príncipes, duques, condes, diplomáticos y forasteros de distincion, que habian acudido á Viena atraidos por las fiestas del Congreso, y por el curioso espectáculo de ver juntos á tantos y tan poderosos monarcas, repartiéndose amigablemente las vestiduras del triste prisionero de Santa Elena.

El incendio empezó entre once y doce de una de las últimas noches de diciembre de 1815. Hacia un viento bastante fuerte, de manera que las llamas tomaron tal vuelo, que parecian el Vesubio en erupcion, y sin embargo nevaba muchísimo al mismo tiempo. Dice un testigo ocular que nada ha visto mas curioso que aquel torbellino de llamas, brotando á través de la nieve. Al abrirse las paredes dejaban entrever las magníficas habitaciones del palacio, atestadas de objetos preciosos, que iban de hora en hora desapareciendo. Era inútil arrojarlos á la calle, porque las estátuas se hacian pedazos, y los cuadros se borraban enteramente con el lodo. El magnífico salon principal, que contenia, entre otras preciosidades, tres estátuas de Cánova, dos cuadros y un boceto de Rafael, dos Murillos, comprados por el príncipe al mariscal Soult, un boceto de Velazquez, de la misma procedencia, once cuadros de Lebrun, uno de Alberto Durero, un retrato del Ticiano, é innumerables lienzos de menos reputacion, fué consumido enteramente por las llamas. Al hundirse esta sala, todo el pueblo de Viena, que presenciaba el incendio, lanzó un grito de consternacion.

Este palacio era, como hemos dicho, del príncipe Razumowski, embajador de Rusia, señor tan fastuoso y tan rico, que para llegar al Prater (paseo de Viena) mas pronto, habia construido un puente sobre un brazo del Danubio. Durante el congreso de 1815 dió allí el emperador Alejandro todas las fiestas con que pagó al Austria la hospitalidad que le debia. Una de ellas fué una comida en la sala principal. Los convidados eran 700, y entre ellos el que menos era embajador.

NUNCA.

HISTORIA DE UNOS AMORES.

(Aprobada por el censor.)

Federico habló á Inés sériamente de sus proyectos, y la linda muchacha, que veia en ello el colmo de su felicidad, el desenlace de su novela, le contestó de un modo tan encantador, le habló con tanta gracia y naturalidad, que él, entusiasmado, se presentó á Doña Manuela.

Esta aceptó todo lo que su sobrino le proponia, y para arrebatarle mas le dijo que lo consultase con su madre y su padre, y que ella entonces accederia gustosa, si nadie se oponia.

Efectivamente, nadie se opuso.

XI.

¡¡POBRE BLAS!!

> El amor, por mas que se diga, es como las composiciones dramáticas, que siempre parecen mejores cuando se ponen en escena con gran lujo y magníficas decoraciones.
> *H. Margar.*—CLAUDIO Y MARIANA.

Aun cuando Inés, la sencilla Inés, hubiera conocido la pasion de su desgraciado jardinero; aun cuando esa pasion no le hubiera sido por completo indiferente, es cosa cierta y segura que al ver á su primo, tan galan, tan elegante y de maneras tan aristocráticas, que al oirle palabras de amor como se dicen en los salones, el pobre Blas hubiera perdido el pleito: así, no es estraño que la pasion de Inés por Federico hubiera ido creciendo, y que si alguna vez habia sentido en su corazon cierta inclinacion por Blas, se hubiera borrado al establecer la comparacion entre los dos.

Así habia sucedido, como hemos tenido ocasion de demostrar en los capítulos anteriores; con tanta mas razon, cuanto que los amores de Blas se habian reducido á amores á *vista de pájaro*, y que nunca la habia dicho una palabra; es un axioma ya bastante conocido, que las mujeres desprecian á los tímidos, y que cuando una mujer conoce que no es indiferente á los ojos de un hombre, este pierde cuanto mas tiempo deja pasar sin decírselo, porque el amor propio de la mujer se resiente; así que, aun cuando Inés, decíamos, hubiera conocido la pasion de Blas, y hubiera estado pronta á corresponderla, hubiera perdido todos sus buenos deseos y sus propósitos enamorados, al ver la timidez de Blas, derrotada completamente por la permitida audacia del elegante Federico.

Estas circunstancias iban á hacer la completa desgracia de Blas, porque estaba verdaderamente enamorado; cuando la pasion aun era naciente, no quiso reprimirla, por mas que se lo aconsejaba su cabeza, por mas que el respetable dómine se lo habia dicho, en la conferencia que tuvieron aquella mañana, de que hemos hablado.

Blas sentia en su alma esa inclinacion fuerte que se siente hácia la mujer que nos agrada, y fiel á sus condiciones de hombre, aun cuando hubiera podido sofocarla en un principio, no se esforzó todo lo que debiera, y la dejó ganar terreno, causándose á sí mismo su desgracia.

Esto es muy comun: cuántas veces nos podriamos ahorrar muchos malos ratos, muchos pesares, y aun muchas desgracias, si la voluntad se empeñara en no ceder; y no que nos abandonamos á la indiferencia, que poco á poco se va apoderando de nuestra alma, hasta que la domina completamente.

Y ya las lágrimas de Blas eran inútiles; ya su desesperacion estaba demas; perdia el tiempo que gastaba en sus locos lamentos, porque el mal estaba hecho; no podia enamorar á Inés; cualquiera determinacion que hubiera tomado, hubiera parecido ridícula á los ojos de la mujer por quien la tomaba, y Federico se hubiera reido tambien de su desesperacion y de sus lágrimas.

¡Pobre Blas! cada obstáculo que se oponia á sus antiguos sueños de oro hacia creer la pasion: ya no tenia fuerza para domarla; ya no podia sujetarla, y se lamentaba, y se desesperaba.

El, que hubiera querido tanto á Ines; él, que la hubiera entregado un alma vírgen, y las delicias de un primer amor, tenia que ser despreciado por un hombre acostumbrado á fingir esas pasiones de salon que nacen y mueren en una noche.

Y Blas se afligia y lloraba, y se desesperaba; no sabia qué resolucion tomar, y vagaba su alma en esa indecision, causa de tantos de nuestros males.

Demasiado comprendia que era imposible entrar á competir con Federico; por muy grandes que hubieran sido sus ilusiones, cuando Inés era la niña tímida y juguetona de sus primeros años, ahora tenia que verlas desaparecer ante el elegante primo; él no tenia otro mérito para la mujer que le amára, que su cariño sin límites, que su amor ciego, que su pasion vírgen y su sencillez de honrado campesino: no era bastante; ante el amor desnudo de sus oropeles y con el solo brillo de la pasion, y el amor engalanado con toda la pompa de la educacion y del lujo, no vacila nunca la mujer; y Blas, aunque tosco y labriego, comprendia fácilmente que Inés preferiria á Federico aun cuando no fuera mas que por la misma razon que él preferia en su jardin las flores mas ricas, mas lujosas y mas caras. Esto le habia convencido de tal manera, que su pecho sentia esa resignacion cruda y dolorosa que da al alma el desgarrador consuelo de decir «*no hay remedio*» y estas observaciones le hacian esclamar: «Es imposible que yo sea feliz; no puedo aspirar á mi dicha; ella no puede amarme, y yo sin su amor no ambiciono nada; pobres ilusiones mias, nunca os vereis realizadas, nunca.»

Cada dia que pasaba le hacia perder mas sus ilusiones, y el consuelo no bajaba con su benéfico rocío á refrescar su alma dolorida.

XII.

> Todo ama; todo lo que me rodea esperimenta los dulces y deliciosos placeres de la juventud; mi corazon está solitario y afligido.
> *Schiller.*

Hacia una mañana deliciosa; el viento se habia callado, y todo estaba tranquilo; los árboles cubiertos de verdes y lustrosas hojas parecian inmóviles; ni aun el lève soplo de la brisa agitaba las flotantes flores; las aves cantaban de vez en cuando, y la campana de la iglesia tocaba con alegre tañido, dejando perder sus vibraciones metálicas, que parecian prolongarse hasta lo infinito. El camino que conduce á la iglesia estaba animadísimo; los aldeanos y las aldeanas con sus trajes de fiesta parecian á lo lejos una pradera de flores animadas.

Un jóven solo y aislado del bullicio general parecia no tomar parte en esta fiesta que alegraba á todos los espectadores; sentado en una eminencia que dominaba al camino, estaba triste y meditabundo; sus ojos no vertian una lágrima, y los fijaba con ansiedad en el camino; los demás aldeanos no le habian visto; ninguno le acompañaba, y solo y triste le habian dejado en brazos de su dolor.

De vez en cuando levantaba los ojos al cielo, como dirigiéndole

una plegaria muda y ferviente, y volvia de nuevo á mirar al camino por el que venian grupos de hombres, mujeres y niños; ninguno de ellos le llamaba la atencion, y ni los cantares que habia oido desde su niñez lograban sacarle de su éxtasis.

De repente, un murmullo general y vago como los murmullos de las masas, animó aun mas la vida de aquellas personas: todos corriendo en diferentes direcciones vinieron á parar al camino para esperar lo que estaban esperando, para ver llegar los dos amantes, que iban á encontrar ante los altares rústicos de la iglesia de aquella aldea el premio de su fácil amor: solo el jóven permanecia en el mismo sitio mirando á lo lejos, y como si á sus oidos no hubiese llegado el murmullo general.

La pareja esperada llegó.

Inés con sus encantadores abriles, vestida de blanco y con una corona de azahar en su lustroso pelo negro, marchaba al lado de su madre; Federico la seguia lleno de felicidad, acompañado de un amigo suyo y del dómine D. Eusebio, á quien tambien conocemos.

Todos admiraron la belleza de los que iban á ser esposos; los jóvenes envidiando en sus adentros á Federico, y mirando con ojos de amor á la mujer á quien amaban y á quien habian prometido igual desenlace de su pasion; las mujeres envidiaban la posicion de Inés, que iba á casarse con el que amaba, tan hermosa y tan compuesta, y miraban á sus novios como interrogándoles acerca del porvenir con inquietud, pero calmándose instantáneamente ante una de las sonrisas que tan pronto se comprenden entre amantes.

Solo Blas permanecia en su sitio, tan inmóvil como al principio, sin haber quitado los ojos del horizonte, sin haber mirado á los novios, sin haber tomado parte en aquella escena de alegria que á todos entusiasmaba.

Todos entraron en la iglesia en pos de ellos; el camino quedó desierto, y la naturaleza volvió á quedar muda, sin otro ruido que turbara su silencio, mas que el tañido de la campana que tocaba con un sonido alegre y risueño que se perdia por los valles.

La ceremonia se acabó, y los que antes habian entrado separados, salian juntos, radiantes de placer y de alegria; todos los campesinos los acompañaron hasta su casa, cantando y bailando, porque hacia mucho tiempo que una escena tan alegre no habia tenido lugar en la honrada aldea donde pasaba.

Habo por la noche fiesta y regocijo; todos se alegraron, todos bailaron, todos pensaron en la novia y el novio; pero no hubo mas que una persona que se acordara de que Blas faltaba á la reunion y que no se le habia visto en todo el dia; este fué su padre, que después de buscarle por todas partes le halló alumbrado por las estrellas en el mismo sitio en que le vimos por la mañana, con los ojos fijos en el horizonte: mucho trabajo le costó arrancarle de allí, y apenas en su casa se descuidaban un momento, Blas desaparecia y le volvian á hallar en aquel sitio con los ojos fijos en el horizonte, murmurando con voz apagada: ¡Dios mio!... nunca!...

Desde este dia, todos en el pueblo llamaban á Blas el loco, y siempre, como si un pensamiento doloroso le dominara, iba á sentarse cerca de la iglesia, fijaba los ojos en el horizonte, y se pasaba horas y horas sin que nada pudiera arrancarle de su locura melancólica.

AGUSTIN BONNAT.

PREGUNTAS.

A uno de los siete sábios de la Grecia se le hicieron las siguientes preguntas:

1.ª ¿Qué cosa es la mas antigua?
2.ª ¿Qué cosa es la mas bella?
3.ª ¿Qué cosa es la mas grande?
4.ª ¿Qué cosa es la mas cómoda?
5.ª ¿Qué cosa es la mejor?
6.ª ¿Qué cosa es la mas veloz?
7.ª ¿Qué cosa es la mas sabia?
8.ª ¿Qué cosa es la mas poderosa?
9.ª ¿Qué cosa es la mas fácil?
10.ª ¿Qué cosa es la mas difícil?

Los discretos no necesitan que les digamos lo que contestó el sabio; á los que no lo sean, se lo diremos en el próximo número.

A UN OJO MALO.

EN UN ALBUM.

De esos dos soles, adorada mia,
que de tu cara en el hermoso cielo
lumbreras son de mi amoroso anhelo,
el uno en noche está si el otro en dia:
de una sangrienta y bárbara oftalmia
cúbrele el denso y encarnado velo,
y como por su bien nada recelo,
tanto como pesar dáme alegria.
Que si amor por los ojos tiene entrada,
y es mal agüero el del siniestro lado,
este eclipse parcial va en mi provecho:
pues si tú me diriges tu mirada,
en teniendo el izquierdo así nublado,
solo se puede entrar por el derecho.

MARIANO Z. CAZURRO.

LOS TONTOS.

Los estiman los hombres; las mujeres
los ponen en los cuernos de la luna;
es constante con ellos la fortuna;
todos les dicen:—toma;—y nadie:—¿quieres?
Son sus placeres, de verdad placeres;
su risa es un metal sin liga alguna;
ni pagan, ni *el inglés* los importuna,
y sus mujeres pagan sus deberes.
Yo no sé cómo hay tonto que se muera,
ni tonto pobre, ni que llegue á viejo,
ni sé como no hay mas, y hay ya infinitos.
Dios los tolera: el mundo los tolera...
sí, porque son los tontos un espejo
donde se ven los hombres muy bonitos.

EN UN ALBUM.

Un sentimiento puro
guardo en el alma
como guarda la perla
concha de nácar;
como en el templo
de Dios la faz envuelve
nube de incienso.

En mis horas de negra
melancolia
el consuelo me infunde,
él me reanima,
que él es el faro
donde dirijo todos,
todos mis pasos.

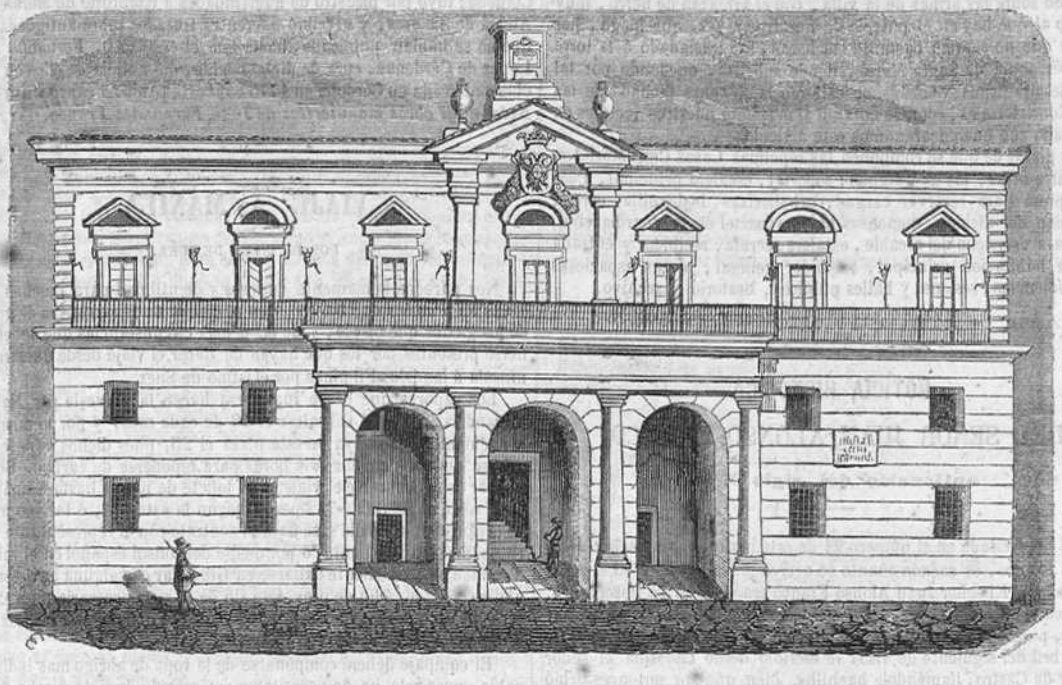
V. BARRANTES.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

El pobre y el monarca son iguales para la muerte.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



LAS CASAS CONSISTORIALES DE MIRANDA DE EBRO.

A una gran calamidad, poco frecuente por fortuna debe la villa de Miranda de Ebro el tener unas casas consistoriales tan buenas como las mejores de cualquiera de nuestras capitales de provincia, de tercera y aun de segunda clase.

Los dias 19, 20 y 21 de junio de 1763 estuvo lloviendo sin cesar, en términos que los rios salieron de madre, pero mas que todos el Ebro, de un modo que no se habia conocido ni oido nunca.

En la citada villa, las aguas, en su repentina subida, arruinaron el puente, parte de las manguardias, la torre cárcel, la casa capitular, las tapias de la huerta de las monjas agustinas y muchos edificios particulares; entraron de lleno por las calles y campos, inundaron las casas y los templos, se establecieron barcas para pasar el rio, y los carruajes iban por los puentes de Hara y de Puentelarrá.

De resultas de lo que acabamos de indicar, por D. Angel de Urruchi, apoderado de la villa, se hizo recurso á S. M. para que se tomasen las providencias correspondientes á la pronta reparacion de las casas consistoriales y cárcel, cuyo recurso, por Real órden de 11 de julio del propio año de 1775, se remitió al Consejo de Castilla, el cual ordenó al alcalde mayor que tratase el asunto con audiencia instructiva del procurador síndico general y personero; que nombrase maestro que reconociese las obras, dispusiese trazas y condiciones, levantase planos, propusiese los medios adecuados de costearlas, y evacuase el informe que se le prevenia y mandaba.

Ejecutado todo con presteza, prévia consulta del Consejo de 8 de enero de 1776, por Real resolucion á ella, fué servido S. M. conceder licencia y facultad á Miranda para imponer los arbitrios de tres maravedises en libra de carne y medio real en cántara de vino de lo que se consumiese en la villa, y para tomar á censo sobre ellos la cantidad necesaria á cubrir el importe de las obras proyectadas, con calidad de que dichos arbitrios solo habian de durar el tiempo preciso; que no se habian de invertir en otros fines que en los espuestos y en redimir el censo ó censos que se impusiesen sobre los mismos arbitrios.

En 26 de octubre de 1775 se procedió á designar sitios, y al efecto se señalaron todos los arruinados que habia en la Plaza mayor ó del rey, que ocupaban desde la casa de D. Norberto de Bustamante, vecino de Logroño, hasta la de Juan Antonio de Gamarra, con inclusion de una casita, el toril y la aula de gramática que estaban en medio.

El arquitecto D. Francisco Alejo de Aranguren levantó los planos de las obras y rindió declaracion jurada sobre su coste ante el licenciado D. José Antonio Megía y Morcillo, alcalde mayor de Miranda y su jurisdiccion, y juez comisionado por el Consejo.

Este, por Real despacho de 5 de mayo de 1780, adjudicó las repetidas obras al Aranguren y al otro arquitecto D. Santos de Ochandategui, con prevencion de que las ejecutasen con arreglo á los diseños y condiciones que presentó el primero, y adiciones del maestro mayor de Madrid, D. Ventura Rodriguez, en la cantidad de 243,600 reales en que estaban valuadas, y además 16,000 reales en que estimó el D. Ventura las mencionadas adiciones, sin que pudiese pedirse mejoras ni aumento de precio con pretesto alguno, después de desestimar el recurso hecho por un D. Pedro Durana de la baja de 30,000 reales; pero no pudo formalizarse la escritura de obligacion hasta el 30 de mayo de 1784, por falta de fondos, de resultas de que parte de los caudales y rendimiento de arbitrios se aplicaron con facultad de los señores del Consejo al pago de la contribucion estraordinaria y aumento de tercio para las urgencias de la guerra de la Gran Bretaña.

Aranguren se comprometió á empezar inmediatamente las obras, y á darlas concluidas para el dia de San Juan de 1786.

Es de advertir que se comisionó para inspeccionar aquellas y para cuidar de que los arbitrios no se distrajesen de su objeto, al alcalde mayor y junta de propios de Miranda, llamada de especiales, quienes en 3 de junio de 1780 acordaron que, en atencion á la cortedad y miseria de la villa, se hiciese nuevo recurso al consejo, á fin de que se minorasen y redujesen las obras proyectadas á la mira de que costasen menos, lo que por fortuna de la misma villa no se llevó á efecto, gracias á la entereza y estraordinario carácter del nuevo alcalde mayor, D. Benito Saenz de Villegas.

Aranguren y Ochandategui fuéron comisionados por el propio Consejo para hacer las fuentes y otras obras públicas de Pamplona; y así es que se vieron precisados á apoderar, para construir las de Miranda, al arquitecto D. Javier Ignacio de Echeverria, quien abrió los cimientos de las Casas Consistoriales en principios de 1783, siendo alcalde mayor D. Ramon Gundin Figuera y Soto Mayor.

La junta de propios y arbitrios se quejó al alcalde mayor, en 3 de agosto de 1785 de que Echeverria no ejecutaba las obras con arreglo á los planos y condiciones; por lo que después de practicar varias diligencias, Ochandategui, único obligado ya á todo, por haber fallecido su compañero Aranguren en Pamplona en setiembre de 1785, revocó el poder á Echeverria, y se le confirió al maestro arquitecto D. Domingo de Urizar, vecino de Durango, cuando todavía estaban en sus principios aquellas.

Las Casas Consistoriales se concluyeron por Urizar en primeros de agosto de 1788, siendo todavía alcalde mayor el señor Figueroa; fuéron reconocidas el 19 del propio mes y año por los arquitectos Don Francisco Echanove, vecino de Mañeria, en Vizcaya, y D. José Cortés, del Valle de Pancorbo, quienes las encontraron, no tan sólo arregladas al plano, sino con algunas mejoras.

Tambien se proyectó y llevó á cabo la colocacion de un reloj de repeticion sobre las armas de la villa, con el armazon de fierro, muy parecido al que hay en el palacio de nuestros reyes, que luego, por suponer que no sentian bastante las horas, fué trasladado á la torre de la parroquia de Santa María, donde subsiste, quedando por tal causa desairadísima y afeada en estremo la elegante fachada de las Casas Consistoriales, como lo notarán al momento nuestros lectores en el grabado con que encabezamos este artículo.

Las piezas de que se componen las repetidas Casas Consistoriales, son, entre otras, las que siguen: soportal, escalera principal, Peso Real, pieza para reservar cargas, caballerizas, bodeguilla, cárcel, habitacion del alcaide, dispensas bajas, cuartel de la guardia civil, pieza para despacho del alcalde, escalera secreta, recibidor y entrada para la habitacion principal, recibidor general, piezas espaciosas para audiencias, sesiones y bailes públicos, oratorio y archivo.

REMIGIO SALOMON.

NOTICIA HISTORICA

DEL SEÑOR JUAN ALONSO FRANCO,

anticuario del siglo XVI.

Del libro citado en el número 21 de este periódico, del señor Juan Alonso Franco, es sacado cuanto sé acerca de su vida, y en seguida aquí refiero. El señor Juan Alonso Franco era natural de Pozoblanco, provincia de Córdoba. En 1550 estaba en Salamanca, y era ya bachiller, pues en 21 de diciembre de este año, y en 26 de febrero y 7 de abril del siguiente de 1551 le escribió desde Ledesma el señor Gaspar de Castro, llamándole bachiller, bien que por entonces debió dejar aquella ciudad, segun de la última de dichas cartas se colige. En 1550 le dió el señor doctor Martin Perez de Oliva, inquisidor de Córdoba, y después abad de San Juan de la Peña en Aragon, una porcion de títulos que habia traido de Bolonia, donde estudió, y que él puso originales en citado libro. El bachiller Molero, vicario de Fuente Obejuna, le escribió tambien sobre las memorias de este pueblo. El señor arzobispo de Granada, D. Pedro Cabeza de la Baca, le envió títulos de esta ciudad. En 2 de abril de 1563 le escribió desde Alcalá de Henares el coronista D. Ambrosio de Morales, diciéndole que vió los papeles que le habia mandado, que le acomodaban las interpretaciones que de ellos hacia, le pedia mas inscripciones y la declaracion de algunas cosas, encareciendo tanto su aplicacion y saber en esta materia, que le asegura que ni su padre ni él habian entendido algunas cosas hasta que vieron su libro; y en otra ocasion le escribió en los propios términos otra carta en latin, toda de su puño, con este sobre: *Al mui magnífico Sr. mi Sr. el licenciado Franco, alcalde mayor en el Cárpio.* Trató tambien con el señor Gerónimo Zurita, historiador de Aragon. En 1570 recibió carta sobre los mismos asuntos, de propia mano del señor presidente de Flandes, Joaquin Hopero, del que debia ser padre ó tio Marcos Hopero, de quien se habla en el proemio de Estrabon. Todas las antedichas cartas estan originales en citado libro. En 1.° de diciembre de 1554 escribió desde Cañete al doctor Sepúlbeda, que convalecia de una enfermedad gravísima. Falleció su madre Isabel Rodriguez en el Cárpio á 2 de enero de 1573; su padre á 17 de mayo de 1540; su primera mujer, Juana Pedriches, en el Cárpio á 1.° de octubre de 1573; su segunda mujer, Ana Maldonado, á 13 de setiembre de 1582, y su hermano Pedro, de diez y nueve años y médio, en Granada á 31 de diciembre de 1545. El bachiller Diego Franco, que debió ser de su familia, se recibió en artes y filosofía en Osuna, en julio de 1584, cuando cumplia veinte años. Otro de su familia nació en Alcalá la Real el 16 de agosto de 1521. Varias veces habla de un libro que tenia pequeño de antigüedades, y de otro de memorias. Este que yo he visto en la ciudad de Coria era de D. Francisco Sande, quien ignoraba su procedencia, sobre la que no pude averiguar mas que D. Ramon Gomez Florez, presbítero de Baños, lo halló hace muchos años entre los libros parroquiales de la Calzada, pueblo á la entrada de Castilla, y del obispado de Coria, sin que nadie supiera decirle quién lo hubo colocado allí, y que viendo después de bastantes años de vice-rector del Seminario Conciliar de Coria, ya lo vió en poder del referido señor Sande, quien lo hubo de D. Juan Romualdo Moreno, tio de su señora, dean de aquella ciudad, y mucho tiempo gobernador de su obispado, el cual pudo en aquel puesto saber de él y adquirirlo.

El señor Cean cita en su *Sumario* una ó dos veces al señor Franco, y D. Antonio Pons en la carta VI, número 28 del tomo 16 de su *Viaje de España*, habla de un anticuario del siglo XVI, bastante parecido á este, pues dice que se llamaba Juan Fernandez Franco; habia nacido á principio de aquel siglo en Montoro, provincia de Córdoba; tuvo por maestro de humanidades á Ambrosio de Morales en Alcalá de Henares, y escribió diferentes tratados sobre antigüedades, que no se habian publicado, hasta que el erudito D. Fernando José Lopez de Cárdenas, cura de dicho pueblo, dió noticia de ellos en una obra publicada en Córdoba en 1775 bajo este título: *Franco ilustrado. Notas á las obras manuscritas de Juan Fernandez Franco.*

F. L. G.

VIAJE A MANILA

POR EL ISTMO DE SUEZ.

Nos parecen sumamente curiosos y de utilidad para muchas personas los apuntes que ha hecho un oficial de nuestra marina de guerra de los gastos que ofrece, y de las demas circunstancias que deben tenerse presentes por los que hayan de hacer el viaje desde nuestra península á las islas Filipinas por el istmo de Suez.

Los vapores que desde Inglaterra hacen la travesía por Malta y Alejandría, llegan á Gibraltar el 26 de cada mes, y por lo mismo es conveniente hallarse ya en esta plaza el 25, pues dichos vapores tan solo se detienen en ella seis horas para reponerse de carbon. En Gibraltar debe proveerse el viajero del billete de pasaje hasta Singapoor, cuyo coste es de 622 á 712 pesos, segun la estacion, ó tal vez menos de la cantidad señalada si se hace el contrato con el representante de la compañía en aquel punto, ó por medio del cónsul español en el mismo. Tambien es conveniente hallarse en Gibraltar con alguna anticipacion al dia señalado, á fin de proveerse allí de la ropa necesaria para el viaje, y el cambio mas ventajoso de la moneda española por inglesa, que es la que circula en toda la línea.

El equipaje deberá componerse de la ropa de abrigo mas indispensable, pues solo ha de necesitarse por espacio de siete ú ocho dias; y de la de verano, con el objeto de evitar los inconvenientes del lavado durante la travesía. Convendrá llevar un número proporcionado de camisas finas de algodon blanco, chalecos, pantalones ligeros y levitillas de lienzo, algodon, seda y lana; y aun si se quiere chaqueta blanca de algodon, que es tambien admitida entre los ingleses, á veces hasta para la mesa en las horas de comer.

El calzado arreglado al clima, esto es, zapatos, calcetines ó medias en número proporcionado; y gorras ligeras y á propósito para climas cálidos. Establecido ya en todas partes el uso de frac y levita de paño, conviene llevar de estas prendas, con chaleco de seda ó de otra tela proporcionada.

Colocado el equipaje en las maletas ó cofres, deberán rotularse, con letra grande y bien inteligible, con el nombre y apellido del viajero, el punto adonde se dirige, y numerar además los bultos para poder pedir solamente el que necesite cuando se hayan de abrir durante el viaje. Ademas se llevará un saco grande para colocar la ropa sucia, otro mas pequeño para la de invierno, y una maletita que contenga ropa limpia para el mismo tiempo. Tambien se llevará un saco de noche chiquito con tres mudas de ropa y los útiles necesarios para afeitarse, con objeto de tener esto disponible para la travesía del istmo. Los sacos y maleta por su poco volúmen se permite llevarlos en el camarote.

El coste de todo el viaje desde la salida de Gibraltar, incluso el billete ya citado, puede calcularse en 1,000 pesos, distribuidos en esta forma:

	Ps. Fs.
Billete de Gibraltar á Singapoor, en el que se incluye el de la travesía del istmo que se toma en Alejandría, presentando aquí las comidas, vinos, medicinas, cama, ropa de ella, tohallas, jabon, criados y demas del servicio personal.	650
Para el caso de no encontrar vapor español en Singapoor seguir con los ingleses hasta Hong-Kong (China). .	100
Para el pasaje en buque de vapor ó vela desde este último punto á Manila.	80
Para gratificaciones de criados y demás gastos menudos que pueden ocurrir.	50
De reserva para cualquier accidente imprevisto de detencion por avería de algun vapor ú otros análogos.	120
	1,000

Señalado en Gibraltar el camarote que ha de ocupar el pasajero, debe procurar este se le conduzcan á él los sacos, maletita y saco de noche; y en cuanto al resto del equipaje puede estar tranquilo, pues se

lo colocarán perfectamente en la bodega: y se tiene la costumbre de sacar dos ó mas dias de la semana y á ciertas horas los bultos que se pidan para introducir ó estraer lo que el interesado tiene por conveniente.

Emprendido ya el viaje, habrán de tenerse presentes las advertencias siguientes:

Media hora antes del almuerzo y comida tocan la corneta, tambor ó campana, la cual sirve de aviso para que el pasajero se prepare para la mesa, y siguiendo la costumbre inglesa se ocupe en afeitarse y vestirse del modo que ellos lo hacen, sin omitir el chaleco y pañuelo del cuello; y en todas las comidas se procurará ocupar siempre el sitio elegido el primer dia. Despues del almuerzo se entretienen los pasajeros en cualquiera ocupacion, ó en leer, pues está mal visto el hallarse de continuo ocioso. A las doce se vuelve á la mesa para tomar frutas, quesos, vinos y refrescos; y hasta las cuatro, que es la hora por lo general de la comida, se ocupan del mismo modo. A las siete se toma el té; y á las nueve, poco antes de recogerse, se toma agua y vino ó agua de soda, ó cualquiera otro líquido: y á las diez regularmente se recogen todos para acostarse, y se apagan las luces de las cámaras.

De Gibraltar á Malta se tarda cinco dias, horas mas ó menos. En este punto se detiene el vapor doce horas, y sigue despues para Alejandría, cuya travesía se hace en cuatro dias. Tan luego como el vapor da fondo en este último puerto, debe el pasajero bajarse á tierra, llevando consigo el saquito de noche y vestido de invierno, sin cuidarse del equipaje que deja á bordo; tomará un burro, de los que allí encontrará de alquiler, y hará se le conduzca á la casa del cónsul español, quien le proporcionará un dragoman para que le acompañe á la oficina donde se toman los billetes para pasaje por el istmo, y allí se enterará de la hora de la salida. Con la anticipacion conveniente se dirigirá al punto de embarque, bien en burro ó en carruaje de la empresa, llevando consigo el saco de noche, y escogerá sitio en los asientos del buque ó batea que le ha de conducir.

Al llegar al Nilo se trasbordan los pasajeros á otro vapor mas grande; y tan luego como arriben al Cayro, se dirigirá el viajero á la fonda de Oriente, donde tomará alojamiento. A la entrada del comedor de la fonda se fija el anuncio de las horas en que progresivamente van saliendo los carruajes que van á Suez; pero por si dicho anuncio no se pusiese, procurará el pasajero enterarse de este asunto, preguntándolo al fondista ó al vicecónsul, con el fin de poder ocupar el tiempo que tenga hasta la hora de la salida en ver las muchas curiosidades que ofrece el pais.

En la navegacion del canal, ó sea desde Alejandría al Nilo, se emplean ocho horas, diez y seis desde allí al Cayro, y veinte en el tránsito por el Desierto hasta Suez en los carruajes de diligencia. Este último pasaje se verifica en tartana tirada por cuatro caballos que marchan á la carrera; su movimiento es bastante cómodo, pero se va estrecho, y por esta razon se lleva solo el saquito de noche. Durante el tránsito hay tres paradas, en las que se come, almuerza ó cena; pero nada se paga, porque este gasto va comprendido en el billete de pasaje; no así los de las comidas en las fondas de Alejandría, Cayro y Suez, cuya permanencia en estos puntos suele ser de pocas horas.

Al llegar á Suez, si se encuentra ya esperando, como es lo regular, el vapor de la India, se embarcarán los pasajeros en otros pequeñitos que los lleven á bordo, y allí debe procurarse examinar los bultos del equipaje, que deberá estar embarcado, para cerciorarse de su estado y poderse llevar algunos al camarote por permitirlo la capacidad del alojamiento.

Desde Suez hasta Aden, en la desembocadura del mar Rojo, tardan seis dias los vapores, y allí permanecen regularmente 24 horas para reponerse de carbon, y salen para la isla de Ceylan, cuya travesía suele ser de 9 á 10, y tanto la navegacion por el mar Rojo como la del Océano indio, debe hacerse con ropa de verano por exigirlo así la temperatura.

Luego que se llega á Ceylan, como por lo comun se encuentra allí fondeado el vapor que pasa á Pulopenac, Singapoor y China, á él debe trasladarse el pasajero que siga por estos puntos, cuidando de llevar consigo todo su equipaje, para evitar estravío, y señalar en el nuevo vapor los bultos que le convenga y pueda dejar en su camarote. Si por acaso no hubiera llegado el vapor de China, procurará de todos modos el pasajero trasladarse con el equipaje á una de las fondas para esperar aquel.

De Ceylan á Pulopenac se tardan seis ú ocho dias, deteniéndose tan solo dos ó cuatro horas en este último punto, y siguiendo despues por el estrecho de Malaca á Singapoor, donde se llega á los dos dias.

Si en Singapoor no se encontrase vapor español de guerra ó mercante, que espere allí la correspondecia de España para llevarla á Filipinas, como es muy probable, se aprovecha esta oportunidad; pero si no, como el vapor inglés ha de permanecer en Singapoor dos dias para hacer carbon y descansar, y tambien si es tiempo de la monzon del N. E., conviene á los que van á Filipinas seguir en el mismo su viaje hasta Hong-Kong, donde en el espresado tiempo del N. E. hay proporcion á cada momento de buques de vela ó de vapor para Manila.

Desde Singapoor á Hong-Kong se emplean unos ocho dias; y desde este último punto á Manila tres ó cuatro si se hace la travesía en vapor, ó seis ú ocho si se verifica en buque de vela.

Se advierte para conocimieuto de los viajeros que en todos los puntos de tránsito hay cónsules españoles, representantes ó comisionados en esta forma:

En Gibraltar, cónsul general; en Malta, cónsul; en Alejandría, cónsul general; en el Cayro, cónsul ó vicecónsul; en Suez, representante; en Singapoor, cónsul; en Hong-Kong, la casa portuguesa de Cartela, representante.

Por la anterior relacion aparece que se tarda en todo el viaje:

	Dias.	Horas.
De Gibraltar á Malta	5	
Detencion en este punto		12
De Malta á Alejandría	4	
De Alejandría al Nilo		8
Del Nilo al Cayro		16
Del Cayro á Suez		20
De Suez á Aden	6	
Detencion en Aden	1	
De Aden é Ceylan	9	
De Ceylan á Pulopenac	8	
De Pulopenac á Singapoor	2	
De Singapoor á Hon-Kong	8	
De Hong-Kong á Manila	4	
	49	8

BAÑOS ARABES.

Tres grabados publicamos en este número, que representan: la gran sala de baños del palacio de la Alhambra, y dos de los baños mas notables. Pocas esplicaciones han menester las vistas que ofrecemos: sabido es que los baños forman uno de los placeres de la vida árabe, tan propensa á buscar la molicie y la comodidad: por eso estos departamentos reunen á su buena disposicion para el objeto á que estan destinados, el lujo y la ostentacion, que por otra parte reina en todo el sin par palacio de Granada.

DARSE AL DIABLO.

Era una tarde sofocante del mes de julio: el aire sobrecargado con nubes de un gris cobrizo, y tan bajas, que en su lenta marcha tocaban las cimas de los árboles, cuyo follaje se estremecia sin levantarse ni el mas ligero vientecillo. De rato en rato, un ruido sordo en lontananza seguia al relámpago.

Involuntariamente sometido á este respeto y á esta espectativa que comunica á toda la naturaleza la tempestad que va á estallar, tres hombres, encerrados en una habitacion, hablaban en voz baja. En estas convulsiones de la naturaleza, el hombre trata de hacerse pequeñito y aun invisible, así como el niño que teme la cólera del pedagogo, procura ocultarse debajo de un banco.

—Amigos mios, dijo uno de los tres, cuyas facciones fatigadas y debilitada voz podian indicar un profundo pesar y veladas prolongadas, vosotros sois mi única esperanza.

Todo lo que los demás médicos han hecho hasta ahora con mi pobre hermano, no ha servido mas que para hacerle sufrir mas, y á pesar de todo, no he economizado ni cuidados ni dinero: he vendido todo lo que tenia para pagar las medicinas y las drogas, y lo he hecho de muy buena voluntad; porque si muere mi pobre hermano, lo que creo muy cierto, mi mayor pena será verme obligado á sobrevivirle para cuidar de su mujer y del hijo de que va á ser madre. Os dejo solos, señores, con una escelente botella de Kirschenwasser. Me vuelvo al lado de mi hermano, por si necesita alguna cosa: convenid en el medio de aliviarle, señores, y os daré lo que me resta, y rogaré por vosotros en mis oraciones, en tanto que puedan moverse mis labios, cruzarse mis manos y elevarse mis ojos al cielo.

Cuando quedaron solos los dos médicos, se pusieron á conversar y á desocupar la botella de Kirschenwasser.

Pasaba esto hace unos 150 años en la casa de un pescador, á las orillas del Rhin, no lejos de las minas del castillo de Ehrenfels, en aquel sitio en que el Rhin, estrechado y encadenado por multitud de rocas, precipita sus olas con una violencia que las hace saltar y echar

espuma, en tanto que se apercibe á lo lejos, calmoso, azul, claro y paseando sus aguas entre dos orillas verdes y floridas. Cerca del castillo de Ehrenfels, dos escollos producidos por pedazos de roca que quebranta el rio sin poder llevárselas, forman un torbellino donde han perecido muchos, y que jamás pasan los bateleros sin encomendarse á Dios y á la Virgen (1).

—¿Creereis, amigo, dijo uno de los dos médicos, que me cuesta un trabajo indecible el hacer que me paguen en dinero los enfermos que solo me dan frutos de sus campos?

—Eso puede convenir algunas veces; á lo menos á mí me va muy bien con ese método.

—Sí; pero por mi desgracia, no trato mas que con esos malditos vendimiadores. Para colmo de desdicha, la cosecha del año pasado ha sido muy abundante; de manera que he recibido mas vino del que puedo beber en toda mi vida.

—Aunque, mi querido compañero, os he visto algunas veces desocupar cierto número de botellas con perfecta resignacion.

—No digo que sea mas enemigo del vino que deba serlo un buen aleman; pero la cosecha del año pasado ha sido tan abundante, que nadie quiere comprar.

—Feliz casualidad es la de haberme hablado de este apuro, querido compañero; necesito vino, y fácilmente podriamos arreglarnos haciendo un cambio. Me habeis hablado hace algun tiempo del deseo que teniais de encontrar un caballo manso y fuerte á la vez, y yo tengo deseos de deshacerme del mio bayo. Decididamente mi fortuna no me permite tener el lujo de dos caballos en la cuadra.

—Tal vez me convendria ese arreglo. ¿Qué edad tiene el caballo?

—Va á hacer siete años.

—¿Me respondeis de su mansedumbre, compañero? Ya sabeis que no soy ginete, y supongo que no querreis valeros de ese medio para adquirir mi clientela.

—Ya podeis imaginar si será tranquilo cuando dejo que le monten mi mujer y mis hijos.

—Os daré por vuestro caballo dos toneles de vino.

—Corriente, siempre que sea bueno.

—De lo mejor que se bebe. Pero con la condicion de que el caballo no esté resabiado.

—Cerremos el trato bebiendo un vaso de este delicioso Kirschenwasser.

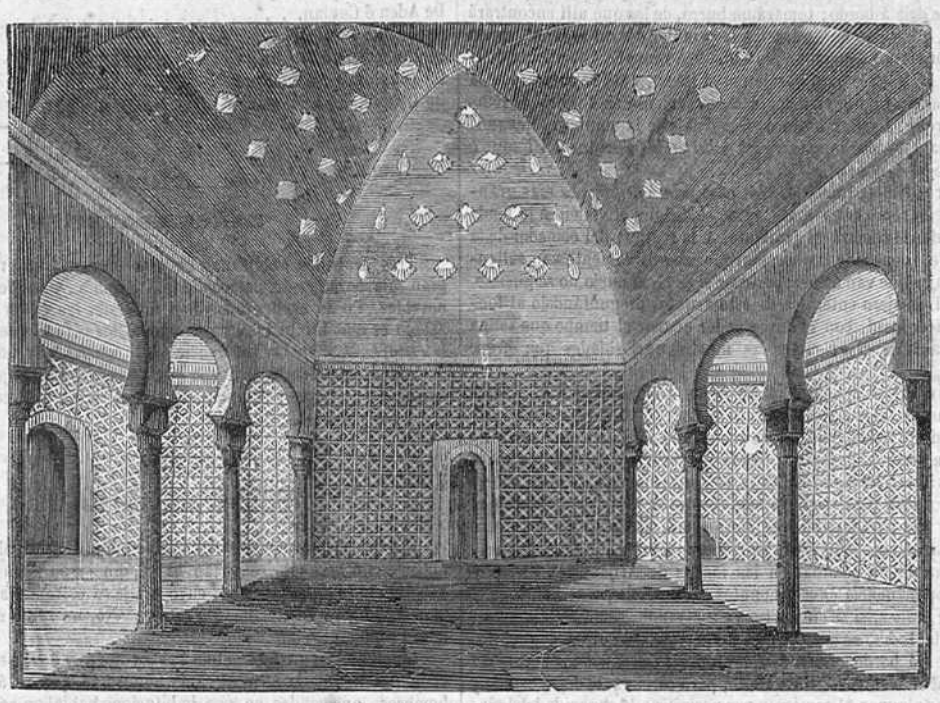
—¿Por supuesto que se incluyen los arreos?

—Nada de eso; es venta aparte; sin embargo, los jugaré á las cartas contra cinco botellas de Kirschenwasser, si acaso lo teneis que valga tanto como este.

—¡Convenido! Lo malo es que no tenemos aquí una baraja.

En este momento entró Wilhem.

Estaba mas abatido que á su salida.



(Baños árabes en la Alhambra.)

—Señores, dijo, mi pobre hermano sufre todavía mucho; decidme, por Dios, lo que habeis imaginado que podrá aliviarle.

—Señor Wilhem, dijo uno de los médicos, después de haber examinado atentamente y con las luces que pueden darnos la ciencia y la esperiencia de una larga práctica, hemos decidido que vuestro hermano debia beber una infusion de cochlearia.

—En la que, dijo el otro, pondreis tres gotas de láudano.

—Eso es, el láudano y la cochlearia.

—¿Creeis que eso le aliviará?

—Sin duda alguna.

Wilhem pagó á los médicos nómadas y se dió prisa á preparar su receta, y despues á hacérsela tomar á su hermano. No produjo ningun resultado, y Ricardo dió gritos agudos, y Wilhem, desesperado, se golpeaba la cabeza contra la pared.

—Dios mio! decia, tened piedad de mi pobre hermano; tened piedad de mí; no me arrebateis mi bueno, mi único amigo, el que ha protegido mi infancia, me ha alimentado y me ha educado como podria hacer una madre. Dios mio! tened piedad de él: dadme la mitad de sus dolores: tiene mas que puede soportar un hombre; ó si es preciso que sufra mas, pobre criatura, dadme todos sus dolores para que descanse un momento.

—¡Oh, hermano mio! mi Ricardo, ¿qué quieres? ¡Oh, si mi sangre pudiera aliviarte! No te desesperes, Ricardo, es imposible que Dios no tenga compasion de nosotros.

—Wilhem, dijo Ricardo, ¿dónde está mi mujer?

—La he obligado á que descanse un poco. La desdichada tiene los ojos abrasados con tantas veladas.

—Y tú tambien, mi pobre Wilhem, debes estar muy cansado. Y Ricardo trató de sofocar un quejido.

—¡Cómo es esto! dijo Wilhem; Dios no nos oye; los gritos de dolor de este desgraciado y los de mi corazon no llegan hasta él! Ya no puedo resistir mas, no puedo verle sufrir. ¿Qué hare, qué inventaré? He puesto velas en la iglesia, mando decir una misa todos los dias, y todos los médicos de diez leguas á la redonda han venido á visitarle en las tres semanas que hace que está en cama sin descansar un momento!

Y como Ricardo sufria siempre, Wilhem pareció herido por una idea repentina.

—Espera, Ricardo mio, dijo, espera solo una hora, y si no traigo remedio para tus males, te mataré, y á tu mujer, y luego á mí, porque esto es mucho sufrir; espera. Apretó la mano fria de Ricardo,

(1) La mano del hombre ha hecho ahora mucho menos peligroso aquel país. Sin embargo, los bateleros recomiendan siempre á los pasajeros que se encomienden á Dios.

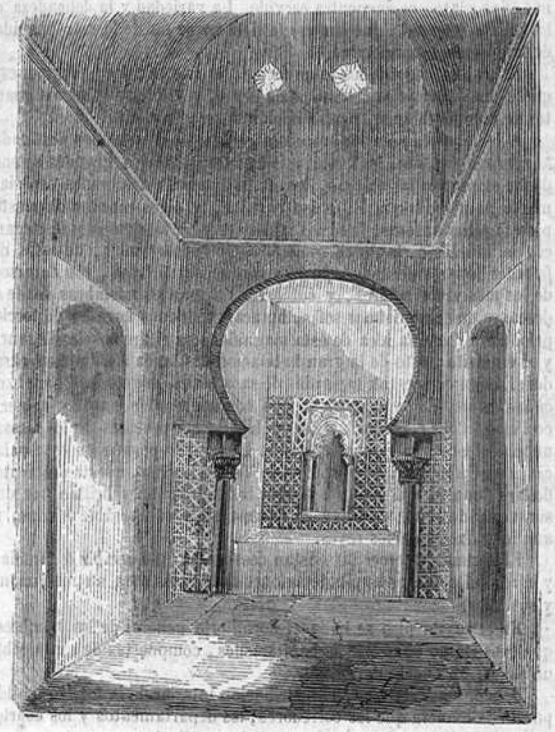
se lanzó fuera, en medio del viento y de los relámpagos que surcaban el aire á cortos intervalos.

Tomó su barquilla y se dejó llevar por la corriente. Pasando cerca del *agujero de Bingen*, aquel torbellino tan temido de que hemos hablado mas arriba, iba como de costumbre, á hacer una corta oracion, en tanto que el viento, que levantaba las olas mas que de costumbre, y que sus silbidos, la luz de los relámpagos y el brillo de los rayos que desgarraban las nubes, todo llenaba el alma de un terror místico; pero habia llegado al punto de desesperacion en que todo se desprecia, porque se cree que se ha agotado ya la desgracia. ¿Y por qué tengo de rogar á Dios, puesto que no me oye? Voy á invocar al diablo, puesto que Dios me abandona. En este momento brilló un relámpago, el rayo hizo un ruido horrible sobre su cabeza, la nube estaba muy próxima, y creyó llegado el momento en que Dios iba á castigar sus blasfemias; pero su barquilla pasó entre los escollos á pesar del viento y la oscuridad.

—Vaya! es buen favorecedor el diablo, puesto que invocándole ha pasado el *Bingerloch* donde tantos otros han perecido.

Y siguiendo la corriente del agua decia:

—Es bien sabido en el país que Enrique, que se fué á establecer en Maguncia, no fué rico sino porque se dió al diablo en la encrucijada de la selva. Yo sé que muchos son incrédulos y sostienen que aunque



(Baño árabe en la Alhambra.)

se llame al diablo cien noches seguidas en todas las encrucijadas del bosque, no oirá. Sin embargo, no es una razon no creer las cosas porque no se comprenden; pero es un crímen horrible venderse al diablo, y me estremezco á la idea de pertenecerle, y mas cuando pienso en todo lo que se dice de las penas del infierno. Pero mi hermano, mi pobre hermano, que cuando yo era niño trabajaba para alimentarme, sufre y gasta, y es preciso aliviarle á toda costa.

—¡Qué horrible tempestad! continuó; si será un aviso del cielo! ¡Bah! el cielo se ocupa poco de nosotros.

En este momento llegó, amarró su barca á las raices de un viejo sauce.

—No será malo que encuentre el sitio, á pesar de que me le han enseñado muchas veces.

A la luz de los relámpagos penetró en el bosque, y despues de muchos rodeos, llegó á un punto que partian tres caminos.—Aquí es, dijo, y se apoyó contra un árbol.

Sus cabellos se erizaron, sus músculos estaban horriblemente tirantes.

El viento que chocaba contra los árboles, los relámpagos que de rato en rato despedian una luz azulada, todo aumentaba su terror.

Trató de recordar las fórmulas que le habian indicado, y de que se habia servido, segun le dijeron, Enrique el rico.

En el momento de pronunciarlas dudó. Despues ¡vamos! un momento mas de sufrimiento para mi pobre hermano; suceda lo que quiera; y en alta voz dijo tres veces: señor diablo, os doy al presente y para siempre jamás mi mano izquierda si devolveis la salud á mi hermano.

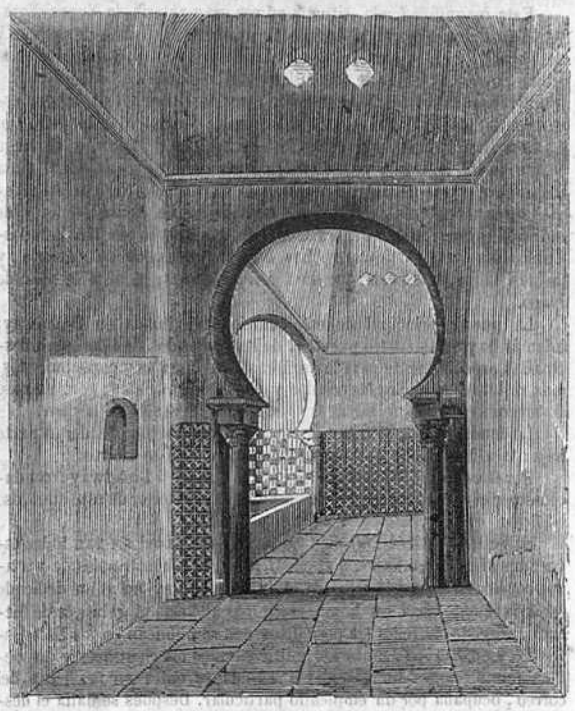
Despues con decaimiento: ¡es cosa hecha! Entonces cayó sobre el húmedo musgo y se puso á llorar.

En seguida, sin decir nada, casi sin pensar, tan aniquilado se encontraba, se volvió á su barquilla. Pasando por el *Bingeloch* se rompió contra una roca el remo que llevaba en la mano izquierda. No dudó ya que el diablo habria aceptado su oferta: se estremeció, y sin embargo se apresuró á llegar á su casa.

Encontró á Ricardo dormido.

Hé aquí lo que habia sucedido.

Wilhem en su turbacion habia dejado al salir mal cerrada la puerta; el viento la habia abierto con violencia, y el ruido que hacia, unido al viento que llegaba hasta él, se hicieron insoportables á Ricardo: llamó, pero inútilmente. Por último, trató de levantarse; pero era tal su debilidad, que al llegar á la puerta cayó pesadamente, y al mismo tiempo tuvo un vómito de sangre; el absceso, causa de su dolor, finalizaba en-



(Baño árabe en la Alhambra.)

tonces; no sintió mas que un deseo vehemente de dormir: se arrastró hasta la cama y quedó entregado á un profundo sueño.

Cuando Wilhem vió dormido á su hermano: vamos, dijo, mi hermano está ya bueno y yo me he condenado.

Pasó el resto de la noche sin dormir; por la mañana rendido por el cansancio cedió al sueño; despues se despertó asustado gritando: Dios mio, tened piedad de mí! Habia soñado que el diablo se le llevaba á las entrañas de la tierra.

Una semana despues, Ricardo habia vuelto á sus trabajos ordinarios. La felicidad habia vuelto á aparecer en la cabaña del pescador. El mismo Wilhem que durante algun tiempo habia estado sombrío y taciturno, habia vuelto á recobrar su buen humor; solo que el menor incidente que pudiera recordarle aquella noche funesta le ponia triste y silencioso durante muchos dias, y su imaginacion lastimada encontraba á cada paso pretestos para terrores invencibles. Hubiera matado mil hombres con su mano derecha é incendiado la aldea, y lo hubiera considerado como un accidente comun; pero si rompia cualquier cosa con la mano izquierda, le parecia que el diablo se servia de aquella mano, que era propiedad suya. Unido á esto que la torpeza ordinaria de la mano izquierda se habia aumentado por la repugnancia que tenia á servirse

de ella, resultaba que no cogia cosa que no rompiera ó dejara caer.

El domingo en la iglesia tenia oculta esta mano bajo la capa, y sucedia con frecuencia que arrodillado sobre la piedra lloraba amargamente y pedia perdon á Dios. Nadie comprendia tal esceso de piedad, y Wilhem no contestaba á ninguna pregunta. Una noche tempestuosa no le dejaba dormir y la pasaba haciendo oracion; no se atrevia á pasar por el agujero de Bingen por donde habia atravesado dos veces invocando al diablo.

Muchas veces Ricardo y su mujer, que ya era madre, se inquietaban por la situacion de Wilhem, y le hacian amistosas reprensiones. Estas señales de afecto calmaban su ánimo, y era feliz y estaba tranquilo hasta el momento en que un nuevo accidente le recordaba de nuevo la noche fatal en que se habia dado al diablo.

LA FONDA DE SAN NICOLAS

EN NUEVA-YORK.

La gran casa de huéspedes cuya descripcion vamos á hacer, es el modelo de las fondas pasadas y presentes. No dudamos en afirmar que la de San Nicolás es de lo mas perfecto en su género. La siguiente reseña bastará para convencer á los incrédulos de la verdad de nuestro aserto.

Esta magnífica fonda, situada en esa gran arteria de Nueva-York, llamada *Broadway*, en el ángulo formado por las calles de *Mercer* y de *Spring*, y en la parte mas concurrida de la ciudad imperial de la Union, ocupa un solar de seis mil metros cuadrados.

El arquitecto ha sabido dar á las tres fachadas del edificio un estilo majestuoso y elegante, que se aproxima mucho al órden corintio. La fachada principal que da al Broadway, tiene 275 piés de largo (cerca de 92 metros), y es de mármol blanco americano. Esta masa imponente ofrece un magnífico golpe de vista, que distrae la imaginacion de la monotonía causada por las fábricas de piedra oscura y de ladrillos rojos, con que generalmente se construyen en los Estados-Unidos las casas particulares. Las otras fachadas son de cantería, y la mas larga, que es la que da á *Mercer-Street*, tiene 275 piés de largo.

La puerta principal de este edificio está situada en Broadway; además hay otras cuatro puertas, de las cuales dos de ellas estan destinadas especialmente para las señoras, sus familias y conocimientos. Las restantes son para los criados y demás dependientes; pero en caso de incendio pueden servir de salida á los comensales de la casa.

La fonda de San Nicolás tiene cinco pisos, sin comprender la parte baja: la altura media de cada uno es de tres á cinco metros.

Penetremos en la fonda por el pórtico que da á Broadway, conducidos por el cirineo encargado de enseñarnos el interior de este suntuoso edificio.

El vestíbulo tiene 200 piés de largo; sus paredes estan todas estucadas al gusto italiano, y el suelo cubierto con mármoles de variados colores en forma de mosáico. A la derecha hay un salon dedicado esclusivamente para los hombres, y mas allá está el gabinete de lectura, provisto de todos los periódicos que se publican en los Estados-Unidos y en Europa, tanto los políticos como los científicos y las demas publicaciones literarias. En seguida se entra en la oficina del correo, ocupada por un empleado particular. Después se halla el despacho de los dueños de la fonda y el punto central donde se dan las órdenes á los viajeros que habitan en San Nicolás y se distribuyen las diferentes funciones que debe ejercer cada uno de los criados. Esta pieza está rodeada de bancos destinados á los sirvientes, quienes estan siempre dispuestos á servir al huesped que los necesite. Tambien hay un registro, en el cual inscriben sus nombres los viajeros. Este es el único pasaporte exigido por la policía municipal.

En esta oficina existe un cuadro ingenioso donde estan colocados sobre un círculo movible de cobre todos los números de los cuartos de la fonda, que se comunican por medio de un hilo de hierro con su llamador, colocado junto la chimenea de cada habitacion. Tocado este por el huesped, produce un sonido tan vibrante, que llega hasta el despacho del dueño de la fonda.

En las paredes estan colocados los carteles de teatros y los anuncios é instrucciones necesarias á todo viajero, como tambien las horas de la salida que tienen los vapores, caminos de hierro, diligencias y demás medios de trasporte.

Hay además un salon espacioso destinado esclusivamente á los huéspedes masculinos de la fonda y á sus visitas. Al lado se halla la sala de fumar, cuyas paredes están pintadas al fresco y adornadas con grandes espejos dorados de una magnificencia estraordinaria. El *Bar-Room* es una pieza donde se sirven helados, licores, y los esquisitos vinos de Jerez, Burdeos, Oporto, Champagne, Brandy, Cognac y sobre todo las célebres bebidas americanas conocidas con los nombres de *Sherry-Cobblers*, *Juleps*, *Brandy*, *Cock-tails*, *Jhot*, *Weshey*, *Punch*, y otras varias.

En uno de los ángulos del *Bar-Room* han establecido los dueños de la fonda de San Nicolás un telégrafo eléctrico que comunica con las principales ciudades de la Union por medio de las líneas generales, y con cuyo auxilio el viajero que habita en él tiene la ventaja de enviar un mensaje y recibir la respuesta en el corto tiempo de 10 minutos. Por ejemplo, un negociante de Nueva-Orleans puede en el espacio de veinte minutos dirigir á su corresponsal una órden para que le compre miles de sacas de algodon á un precio marcado. El corresponsal verifica la operacion, y veinte minutos después recibe el interesado la noticia.

Todos los aposentos del piso bajo tienen el suelo de mármol, y durante el invierno infinitos caloríferos templan el rigor de la estacion.

Una magnífica escalera conduce al primer piso, y en ella terminan los inmensos corredores que van de un estremo á otro del edificio: el mayor de estos corredores tiene 475 piés de longitud.

A la derecha se encuentran dos galerías, en cada una de las cuales pueden caber hasta trescientos convidados. La mesa se prepara con un órden admirable, y en lugar de los platos se colocan flores, frutas y preciosos candelabros. El servicio se hace á la rusa. Cada convidado tiene delante de sí una lista primorosamente impresa, y apenas elige plato, se encuentra servido. La variedad y la delicadeza de los manjares es tal, que sin ver la lista no se puede formar una idea de la profusion americana.

El traje de los criados es uniforme, sin que se pueda decir por esto que es una librea: van vestidos de negro, y cubren sus manos guantes de algodon blanco, que se mudan dos veces al dia.

A la izquierda de los corredores estan los dos salones destinados al servicio del thé. Mas allá se encuentran cuatro grandes salones donde se reunen las señoras, los departamentos destinados especialmente para recibir á los recien casados, y otros cuantos dispuestos para familias enteras. Creemos inútil describir la riqueza y la elegancia del mueblaje, tanto en general como en particular, de estos diferentes departamentos, tapizados con sedas de Lyon, con damascos de los mas vivos colores, y cubiertos de muelles alfombras donde se descansa en comodísimos sofás, butacas y sillones forrados de terciopelo. Para dar una idea de esta magnificencia citaremos la elegancia y el esquisito gusto de la gran habitacion destinada á los recien casados. Las paredes estan tapizadas de raso blanco sugeto á la pared con cañas de oro. El lecho es de concha con adornos de marfil y cubierto con magníficas colgaduras de raso. Los demás muebles de la cámara nupcial son de una riqueza fabulosa. Una noche pasada en este palacio, construido bajo los auspicios de Venus-Lucina, cuesta doscientos dollars (cuatro mil reales). Todas las habitaciones brillan por una suntuosidad régia, y no hay en Europa nada comparable á ellas, ni aun los palacios de los reyes.

El segundo y tercer piso estan destinados para recibir á familias, y cerca del comedor hay habitaciones suficientes para un matrimonio y sus hijos.

En el cuarto piso se halla el dormitorio general de los hombres, que consiste en una série de habitaciones, compuestas de una alcoba, un salon, un cuarto de tocador.

Debemos advertir que la distribucion interior de la fonda está dispuesta de manera que los corredores, los departamentos y los cuartos tienen muy buenas luces, además de la ventilacion necesaria.

El número total de los dormitorios asciende á ochocientos, pero se pueden alojar en ellos hasta mil personas.

Cada aposento tiene un baño. Además en cada piso hay un salon de baños destinado al uso general. Todas las habitaciones tienen dos arcas llenas de agua caliente y fria, á las cuales sube el líquido colocado en las cuevas por medio de tres máquinas de vapor que trabajan incesantemente.

La fonda está alumbrada con gas, que se fabrica en un sitio inmediato, dispuesto al efecto. El número total de luces de gas asciende á 3000. Durante el invierno, el agua hirviendo distribuida por medio de caloríferos, templa todas las habitaciones de la fonda.

El lavadero es una de las maravillas de la fonda de San Nicolás. Toda la ropa se lava, blanquea y plancha dentro del edificio; pero no son las mujeres las que hacen las dos primeras partes de esta importante operacion. Esta tarea se confia á una máquina de vapor. Dos hombres que estan al cuidado de esta bastan para lavar seis mil prendas al dia.

En el espacio de treinta minutos se lava, seca y plancha la ropa de un viajero. Todas estas operaciones se hacen sencillamente, sin que por ello padezca la ropa, que se deteriora menos con el vapor que con los frotes y paletazos de las lavanderas.

La cocina destinada para los almuerzos está encima del comedor, esto es, en el primer piso. La cocina principal se encuentra en el piso

bajo. Generalmente se emplea el vapor para los platos delicados que necesitan preparacion; pero para los asados y fritos se usa el carbon de encina.

Pasemos ahora á la tahona y á la pastelería. Todo el pan, pastas, pasteles y demás artículos se hacen dentro del edificio.

Aunque hemos hablado de la riqueza del mueblaje, réstanos añadir que en toda la casa, hasta en el quinto piso y en los corredores, hay magníficos muebles. La suma total empleada en todos ellos asciende á 1.500,000 francos.

Nuestros lectores se sonreirán tal vez al leer la descripcion de este suntuoso palacio americano, destinado á los viajeros, y quizás digan en su interior: todo esto es muy bueno; pero las gentes de poco dinero no podrán disfrutar de las comodidades que proporciona tanta magnificencia. Sin embargo, comete un error quien tal imagine. Para demostrarlo basta leer la siguiente cuenta:

Los departamentos completos, segun el piso y su posicion, cuestan diez, treinta y cincuenta francos diarios, comprendiendo el uso de los baños, del gas y la asistencia. El alimento de cada persona está calculado en siete francos diarios.

Si el viajero no ocupa mas que un cuarto, en cualquier piso que sea, paga diariamente por su habitacion, alimento y luz la módica suma de doce francos cincuenta céntimos.

El órden de las comidas en que puede tomar parte cada huésped es el siguiente: Desde las siete de la mañana hasta las doce está la mesa puesta para almuerzo de tenedor, cuya lista contiene una gran variedad de manjares á cual mas esquisitos. Desde las doce hasta las dos se sirve el *Lunch*. Para los que gustan comer temprano comienza la comida á las dos, y se levantan los manteles á las tres y media. A las cinco se abren de par en par las puertas del comedor, y puede uno sentarse en la mesa redonda, donde se come opiparamente.

Desde las siete hasta las nueve de la noche se sirve el té, compuesto de pasteles de todas clases, salchichon, lenguas, dulces y otros artículos. Por último, desde las nueve hasta la una de la madrugada, una cena fiambre aguarda á los huéspedes que regresan del teatro, y á los viajeros que llegan á la fonda por los caminos de hierro y los vapores.

El servicio está desempeñado por 230 criados, á quienes ayudan otros 100 durante el buen tiempo.

Los gastos diarios de la casa ascienden un dia con otro á 6,000 francos, y por término medio habitan en la fonda diariamente de quinientas á seiscientas personas. Durante el verano, el número de viajeros asciende á ochocientos.

Las caballerizas estan por el lado de *Mercer-Street*, y pueden contener ciento cincuenta caballos y cuarenta carruajes.

Terminaremos este largo artículo, manifestando que el valor del solar sobre el cual está construida la fonda de San Nicolás, asciende á la exorbitante suma de dos millones de duros.

La construccion del edificio está valuada en la misma cantidad.

EL POLLO MONTES.

Al mirar este epígrafe estoy segurísimo de que mas de una linda suscritora de las que concurren diariamente al Prado, hará un gracioso mohin y separará su vista de estos renglones diciendo: ¡Vaya un asunto! ¡El pollo montés! ¿Qué interés han de tener para mí sus insulsos cacareos? Escasos deben andar de materiales los tales redactores, cuando acuden á tan triviales asuntos. Poco á poco, señora suscritora, que no es el pollo de provincia de menos consideracion que los orangutanes, los ballenatos y las serpientes boas; y si todos estos personajes se llevan sus correspondientes artículos en los periódicos científico-literarios, no sé yo por qué razon haya de carecer de ellos este caballerito. Además, descontentadiza lectora, que nuestra humilde voz no solo resuena dentro del perímetro de la corte, ni mueren sus ecos en los ámbitos de la monarquía, sino que fuerte, vibrante y sonora traspone las fronteras y atraviesa los mares; motivo poderoso, entre otros muchos, para que nos echemos á volar algunas veces en busca de asuntos ajenos á la coronada villa.

Y dime, hermosa Matilde, seductora Amelia ó dulcísima Luisa, ¿no has reparado, en tus escursiones veraniegas, el espresivo y compungido semblante de mi héroe que, engalanado con su pantalon de mahon, chaleco verde, corbata de color lila, levita de merino morado, sombrero á la pastorela, guantes naturales, lustroso calzado y deslustrado pelo, empieza por lanzarte seis docenas de melancólicas miradas al poner tus lindos pies en el empedrado de la plaza, al descender de la diligencia? ¡Vaya si lo has notado con tu poquito de satisfaccion, y tambien despues de desnudar tu mano del oprimido guante has acariciado distraida tus desordenados rizos, no sé si para hacer resaltar la nieve de tus dedos ó el ébano de tus cabellos! Pero el caso es, que este movimiento ha cautivado ya definitivamente el tierno corazon del impresionable pollo; porque de seguro, ya no te perderá de vista hasta saber las señas de tu habitacion, y en el cuarto de hora que tardarás en llegar á la fonda ó la casa de huéspedes, estoy cierto de que volverás la cabeza mas de una vez, con tu poquito de coquetería.

No te enfades porque yo haya observado esas pequeñeces, ni tomes á mal estos apuntes; yo bien sé que no te ha conmovido su espresiva pantomima; pero sé tambien que á los dioses nunca les fué desagradable el incienso.

Ya ves que debe interesarte alguna cosa esta variedad de la especie polluna, y que harias mal en haberte enfadado conmigo por haber arrancado á ese semi-prójimo de su pacífica capital, para hacerle fragmentos en mi gabinete, mandarle á los cajistas, y despues de prensarle por unas cuantas horas, lanzarle prodigiosamente multiplicado á recorrer el orbe, entre los amorosos brazos de los repartidores, ó perfectamente empaquetado en una veloz y bien acondicionada silla.

Pero hoy estoy fatal para escribir; me distraigo á cada minuto, y todo se me vuelven digresiones; ¡ya se ve! estoy mirándote con tal ansiedad, bellísima lectora, para ver si haces caso de lo que digo, que en último resultado no digo absolutamente nada de lo que me habia propuesto.

El pollo de provincia se diferencia de su análogo de Madrid en lo que el gato montés y el doméstico, en lo que el conejo del campo y el casero: su naturaleza es la misma; pero sus inspiraciones se modifican necesariamente por la diferencia de educacion, trato, modales y manera de vivir.

El pollo de Madrid critica á la empresa del Circo, y el de provincia declama contra un tambor retirado que hace el barba en una compañía de la legua: el primero pone en las nubes á la Gazzaniga, y el segundo encuentra sensibilidad, teatro y *finura* en una modistilla cesante, que ha trocado las prosáicas tijeras del obrador por el trágico puñal de Melpómene y la poética careta de Talia; el uno polka al son de armónicos acordes, y dirige sus enamorados ojos á las mas lindas, á las mas seductoras mujeres de la tierra, á las bellezas sin par de la coronada villa; el otro se contenta con ir á misa de tropa, pasear los domingos en un reducido terraplen, pobremente adornado con un reloj de sol y dos mezquinas fuentecillas; baila los dias de Pascuas y los de S. Pedro, S. Frutos, ó como se llame el celestial abogado de su pueblo: y esto lo hace al son de los violines del cabildo, ó al de un desvencijado clavicordio, torpemente recorrido por alguna *notabilidad* femenina, que arranca una ovacion universal con la polka de los tambores, el vito y los toros del puerto. ¡Feliz mil veces nuestro héroe si logra entablar algunas prosáicas *relaciones* con la hija del alcalde ó del promotor fiscal!

Pero salvas estas y otras semejantes diferencias, el cortesano y el montés hacen lo mismo: ambos aman, suspiran, fabrican versos, hablan alto, para que ni los sordos dejen de admirarse con sus peregrinas ocurrencias; incomodan en el teatro, beben coñac, fuman puro, son indigestos, exagerados, inaguantables, y en una palabra, son pollos.

Las hembras son algo mas cándidas que vosotras, amabilísimas madrileñas, coquetean con menos gracia, y son en estremo apasionadas á los colores rabiosos, á los peinados exagerados y á los perfumes fuertes y penetrantes.

Siempre que ven aparecer alguna tierna avecilla, que emigra aterrada por el índice del centígrado, la estudian como á una personificacion de la elegancia, como al emblema del buen gusto; al momento copian, plagian, traducen; pero siempre quedan inferiores á los originales, y no pueden menos de comprender dolorosamente su derrota, al observar las continuas defecciones de sus enamorados de invierno.

Esto no reza por supuesto con las grandes capitales: en ellas hay movimiento, vida, y sobre todo muchas madrileñas.

El pollo montés suele hacer sus escursiones á Madrid, y esto le civiliza: el que ha hecho tres ó cuatro viajes, ha cambiado completamente de pluma, y al ver su ajustado pantalon, audaces picos, acaballados *quevedos* y charolada bota, no sabriais casi distinguirle de los constantes parroquianos de Matossi; pero los que no han salido nunca del rincon donde vieron la primera luz, nacen monteses, monteses se crian, y monteses lanzan su último cacareo.

SERAFIN OLABE.

COMIENZA EL CANTAR DE LA MAÑANICA DE SANT JOAN,

TROBADO

A GUISA DE COPLAS DEL TIEMPO VIEJO.

Mañanica era mañana
De señor Sant Joan:

Sus celos é amores cantan
Las aves del praderal.
Mañanica era
De señor Sant Joan.
El sol nasciente las flores
Viene las á saludar.
Mañanica era etc.
La yerba allí verdeguca
Como esmeralda oriental,
Mañanica etc.
E las gotas de rocío
Perlas se van semejar,
En la mañanica
De señor Sant Joan.
Agua que llevan arroyos
Es mas clara que cristal:
En la mañanica etc
En los remansos que dejan
Pastoras se van mirar,
En la mañanica etc.
Et los sus rostros se laban
Sus rostros labando estan,
En la mañanica etc.
Cuidan que el agua del Santo
Mas lindos los va á parar.
En la mañanica etc.
Los sus fermosos cabellos
Ponen se los á peinar:
En la mañanica etc.
Cuidan qu' el sol de aquel dia
Mayor lustre los dará,
En la mañanica etc.
Doncellas que vienen
Mochachas que van,
En la mañanica etc.
Echando estan suertes
Para adivinar,
En la mañanica etc.
Si en antes que venga
El otro Sant Joan,
En la mañanica etc.
Serán ya casadas
O non lo serán.
En la mañanica etc.
Unas cogen rosas,
Las otras azar,
En la mañanica etc.
Otras hay que riegan
Florido rosal,
En la mañanica etc.
Romero et tomillo
Cortandolo estan,
En la mañanica etc.
Por facer fogatas
E'n torno danzar,
En la mañanica etc.
Todas son alegres,
Nadie mustia está,
En la mañanica etc.
E bailan cantando
Aqueste cantar,
En la mañanica etc.
Bien venida seas
La mañana de Sant Joan,
Donde amadores de amor
Nos vienen á recuestar,
En la mañanica etc.
Mancebos acudid cedo,
Non vos querades tardar,
Que si cedo non venís
Después non habrá lugar,
Si es pasada la mañana etc.
Las rosas son sin espinas
En este dia non mas;
Venid á cogerlas frescas,
Antes de se marchitar,
Cuando pase la mañana etc.
—¿De dónde venís, mochachas?
La madre fué á preguntar,
En la mañanica etc.
—Del Rosal venimos, madre;
¡Ay del Rosale!
Allí los mancebos
Vannos namorare
Por coger las flores,
¡Ay del Rosale!
Del Rosal venimos, madre,
¡Ay del Rosale!
En la mañanica
De señor Sant Joane.
Para ser sus novias
Nos van recuestare,
Mancebos polidos,
Polidos zagales:
Del Rosal venimos, madre,
¡Ay del Rosale!
En la mañanica
De señor Sant Joane.
Non la su demanda
Vayades negare,
Que flor que non riegan
Marchita se cae:
Del Rosal venimos, madre,
¡Ay del Rosale!
En la mañanica
De señor Sant Joane.
Membradvos señora
Qu'en un dia tale
Fuistedes la rosa
Para el nuceo Padre.
Del Rosal venimos, madre,
¡Ay del Rosale!
En la mañanica
De señor Sant Joane.
Lo que Sant Joan fizo
Vos non desfagades:
Si el santo s'enoja
Verná vos grand male,
Que hoy es mañanica
De señor Sant Joane.

A. DURAN.

RESPUESTAS Á LAS PREGUNTAS DEL NÚMERO ANTERIOR.

1.ª Dios, porque siempre ha *sido*.
2.ª El mundo, porque es obra de Dios.
3.ª El espacio, porque los comprende todos.
4.ª La esperanza, porque perdidos todos los bienes queda ella.
5.ª La virtud, porque sin ella no hay cosa buena.
6.ª La mente del hombre, porque en un momento recorre el universo.
7.ª El tiempo, porque todo lo enseña.
8.ª La necesidad, porque todo lo vence.
9.ª Dar consejos.
10. Conocerse á sí mismo.

FORMAR UN REFRAN CONOCIDO CON LAS 30 LETRAS SIGUIENTES.

L	R	E	C	D	L
A	U	A	O	E	S
E	C	I	N	C	E
O	H	R	A	P	O
L	D	E	H	R	L

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario é Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra.



LA ABANDONADA, CUADRO POR CARLOS HUEBNER.

Ya desde los primeros dias que fué creada nuevamente la escuela de pintura de Dusseldorf, ciudad de los estados prusianos, hízose célebre Huebner. Su cuadro *La ondina, Rolando que liberta á la princesa*, y *La Madona*, son testimonios incontestables de sus dotes de artista eminente. Cuando en 1844 vió el público el precioso lienzo de *Los tejedores de Silesia*, cuadro característico, admiró todo el mundo cómo tan inesperadamente habia pasado á este género, tan opuesto al que antes se habia dedicado, y en cuya produccion ha sabido unir admirablemente á la sencillez de la verdad la mas vigorosa entonacion.

Carlos Huebner, nacido en 17 de junio de 1814, es hijo de un artesano de Koenigsberg, habia ya desde su tierna edad manifestado una inclinacion decidida para el arte, llenaba las cubiertas de sus libros de escuela con miles de dibujos, talento que mas tarde se desarrolló estraordinariamente bajo la direccion del aventajado maestro de dibujo Wienz. Un comerciante rico se declaró protector suyo, y dispuso hiciera sus estudios en la reorganizada escuela de pintura de Dusseldorf, en cuyo establecimiento, de antigua fama, se hizo autor muy fecundo, sobre todo en las composiciones características, en cuyo género ha sobresalido muy especialmente.

Una de las composiciones que mas han contribuido á la celebridad de Huebner es sin duda *La abandonada*, cuya copia tiene el lector á la vista, obra que ejecutó en 1847, y que compró muy luego el rey de Hannover. De años anteriores citaremos: los ya indicados *Tejedores de Silesia*, *La caza*, *Los usureros*, *El desembargo*, que se halla en el museo de pinturas de Koenigsberg, *El restablecimiento*, que llevó á cabo en 1851, produccion, y que le valió en Filadelfia el primer premio entre las de su clase; de 1852 es *La beneficencia;* de 1853 *El pretendiente desdeñado* y *La sorpresa*. Todos estos cuadros han sido muy buscados, y existen ya muchas copias de aventajados pinceles.

El que quiera hacer una visita á nuestro Huebner le hallará en la calle Verde de Dusseldorf, en la última casa. En su sala de estudio, que da á un lindísimo jardin, se ven figurines de tamaño natural, y otros objetos pintorescamente agrupados, y en derredor muebles de diferentes siglos, como mesas, sillones, armarios, armas, trajes, etc. Al presente ocupa el caballete un grande lienzo, que por la riqueza de composicion, diseño, colorido, energía en la accion, y bien calculado claro y oscuro, aventajará á cuanto se conoce hasta ahora de este artista. Representa una aldea, presa de un voraz incendio: en

ontananza se ven huir por una ancha calle, despavoridos hombres, mujeres, niños, ganados, precipitándose en angustiosa confusion. En primer término hay una casa ardiendo, á la cual sube por una escala un hombre, que con esposicion suya quiere salvar á una madre asomada á una ventana, con un niño tierno en el brazo, que por momentos va á ser víctima de las desapiadadas llamas; detiénenle á viva fuerza sus deudos y otros circunstantes; pero en su semblante se lee que no quiere desistir de su heróico propósito.

Este precioso cuadro ya está concluyéndose, y será muy digno de ocupar un lugar preferente en cualquier coleccion ó galería de pinturas.

Por lo que hace al cuadro de la *Abandonada*, apenas necesita esplicacion: basta contemplarle atentamente, para adivinar todo un drama en la escena que nos presenta el pintor.

La infeliz esposa, que con el sello del dolor en el semblante se refugia en el seno de su madre, para no ver al marido infiel que cabalga al lado del objeto de su nuevo amor, sin consagrar siquiera una mirada á su hogar tranquilo; la madre que deja la lectura con que procura distraer á su hija para fijar su vista penetrante en aquella pareja desdichada; el niño que duerme con el sueño celestial de la inocencia, mientras que bullen á su alrededor las pasiones escitadas en el mas alto grado, agitando y conmoviendo hondamente á todos estos personages, encierra una historia entera de sufrimientos y de males: ¡qué espresion en todas las figuras! ¡cómo está retratado en el semblante de la pobre esposa la agonía por que pasa, el torcedor de los celos proporcionado á la estension de su amor casto y puro! ¡qué penetrante es la mirada de la madre, y qué sed de ódio y venganza se descubre en ella! ¡qué aureola de inocencia rodea la cuna del niño, cuya frente parece que tocan con sus alas sus hermanos los ángeles! Mucho pierde un cuadro convertido en una lámina; pero esa lámina, tal como es, bastaria para dar reputacion á un pintor.

EL CANAL DE CAMPOS.

Desde que con la espulsion de los moriscos sufrió nuestra agricultura un golpe intenso, del cual no se ha restablecido aun, la decadencia de los paises cultivadores fué tan rápida como profunda. Acelerada mas y mas por las doctrinas económicas, erróneas, y tanto tiempo reinantes por el sistema fiscal, los privilegios de cabaña y mesta, y con otras instituciones y restrictivas gabelas, ajenas de este lugar, llegó al colmo del abatimiento y de la nulidad. Díganlo esas tristes soledades, privadas de la poblacion laboriosa, que antaño las fecundara con su industria y sudor; las desnudas montañas donde descollaron pintorescas aldeas y alegres alquerías; los eriales vastísimos y silenciosos, que huérfanos de sus fugitivos colonos, cubren do quiera la superficie del pais! Castilla la Vieja fué acaso la porcion del reino que sufrió en mayor escala los estragos de tal decadencia. Privada de su antiguo comercio por la contratacion de las Indias, sin medios mercantiles para el movimiento de sus productos, abrumada por su propia fertilidad, podia ser comparada al fabuloso rey, condenado á perecer de inanicion en medio de sus tesoros. Y se despoblaron sus ciudades, y emigraron sus labradores; y el suelo mas fértil del orbe fué el asilo de la pobreza y del desaliento. Las buenas ideas al cabo empezaron á bullir en la mente de los siglos, y pensadores ilustres se consagraron al remedio de tan añejo y profundo mal. Y aunque sus generosos esfuerzos se estrelláran comunmente contra preocupaciones políticas y pequeñas miras de gobierno, la opinion llegó á formarse, é hizo sentir su poderosa accion. El nuevo sistema proclamado por los economistas, basado sobre la agricultura, cooperó asimismo al cambio favorable de tan triste estado de intereses. Fijáronse pues los ojos de la ciencia y del amor nacional en las infelices provincias agrícolas, y á sacarlas de su letargo consagróse por fin patriótico é inteligente afan.

El pensamiento del *Canal de Castilla*, concebido quizá mucho tiempo antes, recibió verdadero ser con tal ocasion, y el gobierno de D. Fernando VI puso mano á tan vasta como importante obra. Seria difusa y ajena á nuestro propósito la relacion histórica de sus vicisitudes y accidentes. La índole de este artículo y los límites del SEMANARIO no permiten detallar el prolijo y enmarañado curso de tan ámplio negocio, en el intervalo de un siglo que ha tenido de duracion, y donde han debido jugar encontrados intereses, influencias y poderosas circunstancias. Todo lo cual, unido á los azares de la época y á los grandes sucesos de la nacion, afectó vivamente la realizacion del benéfico proyecto, hasta el punto de desesperarse alguna vez de su feliz y suspirado remate. Calculado y reducido á traza *el canal de Campos*, en 1753, como ramificacion *del general de Castilla*, fué desde luego juzgado con mayor importancia, y preferida su construccion á la de los ramales *del Norte* y *del Sur*. Los recursos destinados por el gobierno eran mediocres, y las obras caminaron en escala proporcional. Pero á las cinco leguas se abandonaron para principiar el ramal *del Norte*, y concluido este hacer el *del Sur*, alterando radicalmente la primitiva y mas útil concepcion. Pero Palencia y Valladolid tenian interés en esa novedad. Y Medina de Rioseco no podia entonces sostener la competencia con dos capitales de provincia en la cuestion de su respectivo canal. Unos y otros quedaron suspensos á fines del siglo, y hasta pasado el primer cuarto del presente, sin mejora propia, ni casi pública utilidad. Ya en nuestros dias se puso mano á las paralizadas obras, inaugurándose la prosecucion del *canal de Campos* (terminados los otros dos), en abril de 1842, con solemnidad y con alegria del país. A riesgo habia estado no obstante de dar al traste con el asunto la enérgica oposicion de algunos pueblos campesinos á la empresa constructora. Pero Medina de Rioseco, á cuya representacion se invocó, considerando el asunto bajo el elevado punto de vista de la utilidad general, y superior á todas las demás consideraciones, conjuró la tempestad, haciendo oir sus gestiones y las de toda la comarca (1). Y es mas que probable, que sin esa influyente actitud se hubiera quedado sin canal. Este incidente falló en definitiva el suceso de tan grande obra, y fijó el porvenir agrícola de estos países. Al fin, en 8 de noviembre de 1849 llegaron las aguas al muelle Riosecano, y se abrió la navegacion, ante un concurso inmenso y con festivas demostraciones.

Hace este canal su arranque en *Calahorra*, donde recibe las aguas del rio Carrion, que se unen á las del Pisuerga por medio del ramal del Norte, que viene á terminar en tres esclusas unidas sobre un poderoso salto de agua, que mueve una vastísima fábrica de harinas. *Calahorra* es sin duda el sitio mas ameno y delicioso del Canal, y constituye por sí solo una magnífica propiedad. Con escelente topografía, cubierta por vário y copioso arbolado, embellecida por la vistosa vega regada por los raudales del Carrion, enriquecida con plantíos de frutales, hortalizas y productos agrícolas, forma un panorama tan fecundo como pintoresco. El césped de las praderas, el voluble verdor de los sembrados, las arboledas, las aguas, las flores, la naturaleza, en fin, hermoseada por el arte, ofrecen tanto deleite á los sentidos como encanto á la imaginacion. Para el aprovechamiento de las aguas necesarias á los dos ramales del Sur y de Campos, existe una estensa pesquera, á la altura indispensable para el nivel de la navegacion, marchando á Palencia los sobrantes por encima de ella y por un desagüe de alcantarillas con pontones, y alimentando así la ribera de Santa Cruz, que cuenta cuatro molinos harineros, dos batanes, y muchas huertas inmediatas al cauce y beneficiadas por sus riegos. Descárgase el canal del esceso de sus aguas en las avenidas fuertes, por un órden de grandes compuertas ó *ladrones*, que llevan los desagües á la parte inferior del Carrion; y hay además un *derrame de nivel* para los casos de desbordacion. Luego se halla *la retencion*, esclusa de dobles puertas y portadas, con dos alcantarillas laterales, para regularizar las aguas que han de cebar los dos espresados ramales, y retener la demasía de aguas en las crecidas. Mas adelante está construida *la precaucion*, tambien con doblados portones, sin desnivel, y alcantarillas, con que se ejecuta la misma maniobra que en la anterior. En el *Serron* se dividen las aguas para los dos ramales *del Sur* y *Campos*, continuando este por los términos de *Villaumbrales*, donde hay un vasto arsenal para construir barcas y puertas de esclusa; *Becerril*, *Paredes de Nava*, que en el punto de Sahagun el viejo, cuenta ámplios almacenes; *Fuentes de D. Bermudo Abarca*, en cuya inmediacion se halla uno de los dos grandes acueductos que da paso á las aguas del rio *Valdeginate*, la esclusa 1.ª de Campos y un molino harinero; *Castromocho*, *Capillas*, con la esclusa 2.ª; *Castil de Vela*, que hace lugar á las 3.ª y 4.ª con almacenes; *Tamariz*, con las 6.ª y 7.ª, y entre ellas el otro gran acueducto sobre el *Seguillo*, *Villanueva de San Mancio*, y *Medina de Rioseco*, donde termina á las puertas de la ciudad (N), con el arsenal de construccion y reparacion de barcos, el muelle y otras obras, de que hablaremos después. Además de las construcciones espresadas adornan el trayecto de este canal, que recorre una línea de catorce leguas y cuarto, numerosas alcantarillas, acueductos, puentes y otras obras hidráulicas, cuya enumeracion seria larga, porque montan á mas de sesenta, siendo mayor aun el número de almacenes, depósitos, fábricas, molinos y edificios limítrofes para la navegacion, el comercio y servicio del canal. A lo largo de sus riberas hay plantaciones de arbolados en los terrenos convenientes, abastecidos por el copiosísimo vivero de Calahorra, que alimenta 90,000 piés, desde la acacia oriental y el castaño de Indias, al plátano de América y al negrillo del Norte.

Entre esa série vastísima de obras, son dignas particularmente de la pública atencion los acueductos sobre el Valdeginate y el Seguillo, iguales en todo, y el muelle de terminacion ó embarcadero ge-

(1) El I. Ayuntamiento de la ciudad, presidido por el diguísimo alcalde D. Antonino García Gonzalez (heredero del afan de su celoso padre en favor del canal), y siendo procurador síndico general el autor de estas líneas, colocándose al frente de la opinion y de los intereses de este país, sostuvo con firmeza ante los altos poderes del Estado este inmenso negocio de procomunal, y la fortuna coronó sus esfuerzos, mereciendo bien de los pueblos. (*N. del A.*)

neral en Medina de Rioseco, cuyas vistas damos, tomadas del natural. Presenta *el del Seguillo* un alzado en sillería gruesa, con 80 piés de línea trasversal. Su planta inferior está calada por una galería de arcos escarzanos, resaltados en sus instersticios por fortísimos pilares redondos, ceñidos por una imposta de arista viva, sobre la que monta un remate cónico. Bajo esta fortísima y vistosa arcada, de enormes dobelas y formidables aparejos, corren libre y desembarazadamente los aguas del rio Seguillo, aun en las violentas avenidas de su cenagoso caudal. Dos murallas paralelas constituyen el segundo cuerpo, y en su intermedio transita el canal con sus caminos de sirga, su masa ordinaria de aguas y sus condiciones de navegacion. Esta obra se distingue, sobre todo, por su fortaleza y severidad. Es imposible llevar mas adelante la economía de los detalles, y nada sin embargo se echa de menos. Ni un bocel, ni un basamento, ni una cornisa; nada en fin, altera su imponente uniformidad. Y es bello, y es majestuoso, y satisface á la inteligencia y á la imaginacion. Lleva el sello de la belleza varonil y espontánea de las construcciones destinadas á no ser viejas jamás. La ejecucion material es correcta y esmerada. De su robustez y resistencia dicen lo bastante su poderosa apariencia y vastas proporciones. Solamente así pudiera sufrir sobre su cauce la incomensurable gravitacion del cauce y el volúmen de las aguas corrientes, además de los barcos que surcan por ellas sin cesar, resistiendo á la vez el embate del rio, que sacude con terribles crecidas su planta inferior. El embarcadero general es una obra magnífica. Y mas que el muelle de un canal, parece el seno de un puerto de mar concurrido é importante. Hemos visto alguno que no le hace par. Forma este vastísimo receptáculo en su planta horizontal un arco gigantesco de medio punto, con 1,080 piés de longitud, 180 de anchura y 10 de profundidad, cerrando en su perímetro una superficie de 194,400 piés superficiales. Los muros de su caja son de bien granados sillares, con sendos argollones para amarrar los barcos, y baranda de fierro en el borde del hemiciclo. Sobre sus orillas corren dos estensas líneas de almacenes, y cubren su desagüe tres artefactos de fabricacion. Y en torno hay abundantes plantíos de arbolado, que embellecen aquellas riberas con pintoresca amenidad. Mas se puede hacer aun. Pero de cualquier modo, el canal termina dignamente en su facultativa consideracion. Seria de apetecer que al frente del amplísimo embarcadero se construyese un ostentoso mercado, que fuera digno de aquel, y en que se aspirase algo mas que al prosáico interés. Allí falta alguna obra monumental. Una columna, un pedestal con bajos relieves de mármol y estatua de bronce, una fuente magnífica debieran dar á este sitio lo que no tiene, el aspecto ornamentario, la perspectiva de gusto y suntuosidad artística, que debe caracterizar siempre á las grandes construcciones públicas. Eso seria mas clásico que un letrero trivial, semejante á un recorte de la Guia de forasteros, colocado en el rincon de una iglesia con donosa oportunidad. ¡Tanto valdria la inscripcion de un combate naval en una fábrica de charol!... ¡El rico mármol y los áureos caractéres merecian mas gusto artístico y literario!

Consideradas artísticamente estas obras, como todas las de la época actual, luego se ocurre una observacion. Ninguna puede sostener la competencia con las de la antigüedad, ni en belleza, ni en grandiosidad, ni en solidez. Somos menos artistas que nuestros predecesores. El espíritu mercantil del siglo ha traido las cosas á tal degradacion, y establece entre unas y otras radical diferencia. En las construcciones antiguas hay mucho dado á la ostentacion: en las modernas todo es para la utilidad. Allí hay algo para la imaginacion: aquí nada mas se habla al cálculo. Aquellas las idearon artistas: estas las realizan mercaderes. La inspiracion se aviene mal con la aritmética. La cifra es la negacion del sentimiento. Cada cosa lleva el sello de su filiacion. El lucro todo lo empequeñece, materializa y empaña. Las artes no residen tanto en la cabeza como en el corazon. Y no se quiera salir del paso con decir que una cosa son obras de lujo y otra obras de utilidad. De utilidad eran los acueductos de Tarragona y Segovia, el puente de Almaraz y otros grandes vestigios griegos y romanos, góticos y árabes. ¡Y cuánta grandeza y pompa ostentan aun! ¡Qué de genio y sublimidad revelan en sus moles colosales! ¡Cómo hablan á las almas con los magníficos rasgos de su concepcion!... En todo aquello reina la poesía del arte, el infinito de la inspiracion. Se trasluce, se siente, se goza el sello inmortal que el estro-artístico imprime á sus prodigiosas creaciones, ya se llamen *la Iliada ó la Divina Comedia*, ya *el Panteon ó el Juicio final*. Porque en este concepto, tan artista es Homero como Miguel Angel, y Apeles como Dante. El númen es siempre uno, aunque sea varia la manifestacion de su idealidad. Pero nosotros no poseemos el fuego sagrado de las artes olímpicas y cristianas de la edad heróica. Se ha perdido en el torbellino de los tiempos el soplo divinal, que levantara el Acrópolis y el Vaticano, el palacio de Azahara y la catedral de Burgos. Y tampoco sabemos del talisman misterioso que obraba las maravillas de Praxiteles y de Rafael. No hay que hacerse ilusiones, ni cansar la imaginacion. El siglo vale muy poco artísticamente, si bien lleva en otros puntos ventajas á la antigüedad. Se halla mucho mas cerca de Mercurio que de Apolo. ¡Que lo digan tantos monumentos entregados á la desolacion!... ¿Cómo ha de poseer el genio de crear quien tiene el instinto de destruir?... ¿Podrian Breno y Alarico ser Augusto y Leon X?... Achaque en verdad es ese, que corregirá la buena civilizacion, cuando la época, siendo mucho menos materialista, quiera ser algo mas espiritual.

VENTURA CARCIA ESCOBAR.

Un nuevo género de distraccion.

Mr. Guinot, en su revista, añade el siguiente rasgo á aquellos que la Bruyere nos ha contado sobre la distraccion.

«Un hecho sumamente gracioso ha tenido lugar dias pasados en una de las fondas mas afamadas del *boulevard* de los Italianos. Un caballero que entró en dicha fonda á la hora que comen los elegantes, se aproximó á una mesa que estaba libre; se quita su gaban, le cuelga, y se sienta muy tranquilamente en mangas de camisa. Fácilmente podrá juzgarse cuál seria la sorpresa de los concurrentes, entre los que se hallaban muchas damas.

»En medio de su profunda distraccion, este caballero obra como si estuviera doblemente vestido, y al quitarse su gaban cree quedarse aun con frac ó levita. La buena temperatura que reinaba no le permitia apercibirse de su error; sus ojos, que miraban sin ver, tampoco le revelaban nada; y los murmullos que salian de la concurrencia no causaban la mas pequeña impresion en su ánimo. Abrió la lista, y se puso á pensar lo que iba á comer.

»Mientras tanto, uno de los mozos de la fonda, después de haber permanecido unos instantes contemplándole en silencio, se aproxima á él con mucha política, y le dice:

»Caballero, ¿va Vd. á comer unas mangas de camisa?—Vino de Burdeos, responde el distraido, y chuletas á la...!

—»Pero, señor...

»En este momento interrumpe otro mozo al que habia tomado la palabra, y le dice al oido: ¿No ves qué está un poquillo alegre? Dejémosle que él nos dará una buena propina.

»Y los dos mozos se alejaron, dejándole con los ojos fijos sobre la lista, que al parecer examinaba con detencion.

»Ante este espectáculo, los concurrentes reian unos, y otros cuchicheaban. Levántase uno de estos últimos y se aproxima al distraido.

—»Caballero, le dice, os hago observar que vuestro traje es muy inconveniente, y os invito á que volvais á poneros vuestro gaban.

—»Ternera á la holandesa, y una pata de pollo á la Marengó, esclama el distraido, sin levantar los ojos, y creyendo que era el mozo de la fonda el que le preguntaba lo que iba á comer.

—¡Voto va! os burlais de mí, grita el interlocutor con una voz estentórea, y dando con la mano un fuerte golpe en la mesa.

»A tan ruidoso apóstrofe el distraido sale de su sueño, y mirando atentamente al caballero que le dirige la palabra, dice con mucha flema: ¿qué es lo que ocurre?

—»Que no me gusta la tontería; que vuestra diversion es estúpida, vuestro traje indecoroso, y que si pronto, muy pronto, no volveis á poneros el gaban, voy...

—»¿Mi gaban? ¿me he quitado mi gaban? responde nuestro hombre mirando sus brazos cubiertos simplemente con la camisa; es verdad, ¡vaya una singular distraccion! y no he pedido que me dispensen á las personas aquí presentes, añade sonriéndose, y sin mostrar confusion de la aventura. Vaya, que es cosa rara! dicho esto, procedió á ponerse el gaban.

»Como habia hablado con mucha dulzura, y habia ejecutado tan fácilmente lo que se le habia dicho, el caballero que le habia interpelado creyó necesario á su tonto orgullo seguir en su triunfo, y continuar por lo tanto con su descontento.

»¡Una distraccion! esclama él, podrá ser; pero advierto para gobierno de Vd. que yo no soy de aquellos que tan fácilmente se dejan engañar. Vd. ha hablado conmigo como pudiera hacerlo con el mozo de la fonda; Vd. ha...

»Interrumpiendo estas palabras pronunciadas con tono firme y algo insultante, respondió el distraido:

»Permitidme, caballero: sufro, como os he dicho, muchas distracciones, y sé á lo que me esponen; sé que muchas personas susceptibles y quisquillosas pueden formalizarse con mis defectos involuntarios; pero tambien sé que poseo los medios necesarios para salir sano y salvo de los lances que me suscita mi deplorable defecto. Ese talento especial he tenido mucho cuidado en adquirirle. Así pues, no vacilo en aseguraros que jamás me distraigo con una espada en la mano, y que si cojo una pistola nada es capaz á distrarme para colocar la

bala, sin discrepar un ápice, en el mismo punto adonde la he dirigido. Esto es tan cierto, que me hallo pronto á acreditárselo á quien quiera que haga la prueba.

—»Bien, caballero, pero desde el momento en que os habeis puesto vuestro gaban...

—»Debiais haber notado que le tenia puesto, cuando volvisteis á dirigirme la palabra.

—»Cierto, caballero, respondió humildemente: os hago justicia, y nada tengo que pediros.» Hasta mas ver.

CÉDULA DE CARLOS V.

En un libro manuscrito antiguo nos hemos hallado la copia de una cédula dada por Carlos V, que revela un hecho notable, por cuyo motivo la trasladamos á continuacion. Dice así:

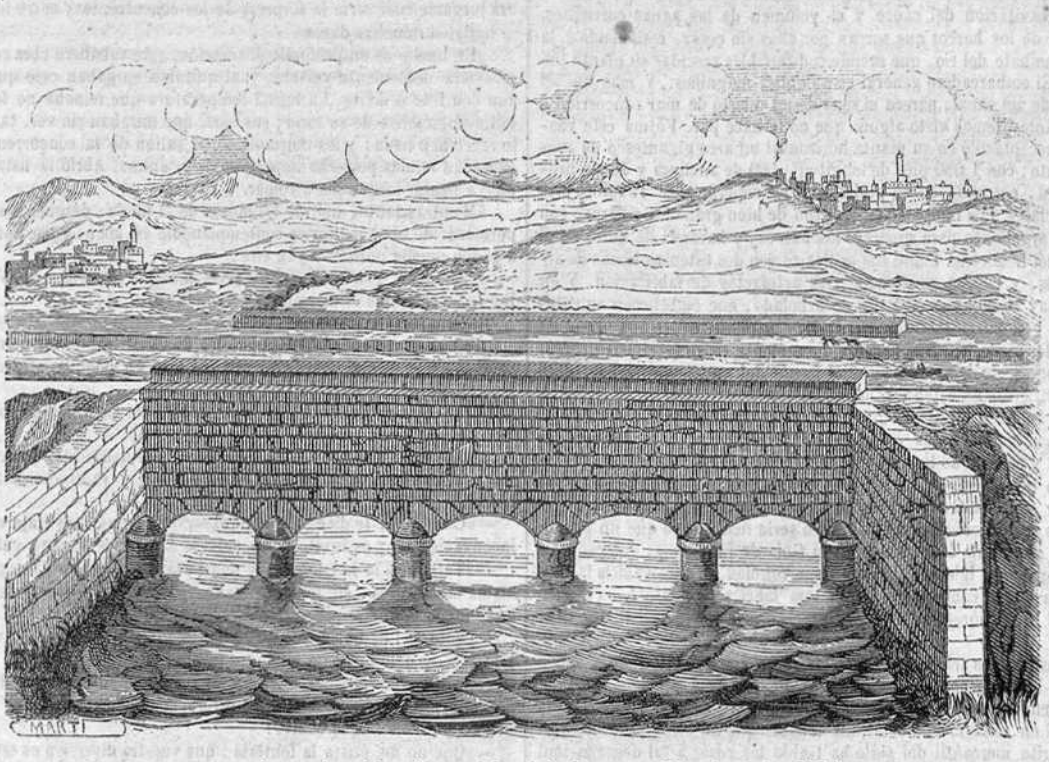
«El rey: nuestros contadores mayores: sabed que siendo informado que Juliana de los Cobos, que comunmente se a llamado Julian de los Cobos, andando en habito de hombre nos a servido mucho tiempo en la guerra, asi en Italia como en otras partes, a pie y a caballo, a su propia costa, sin recibir ninguna recompensa, ni merced, y que de las batallas y reencuentros que se an dado y se a allado a nuestro servicio queda con muchas heridas y de alguna de ellas manca de una pierna, por lo qual se quiere retraer á vivir en su hábito de mujer, es nuestra merced que se le den en cada un año por todos los de su vida doce mil maravedís, los cuales se le libren en el reino de Granada a donde ella piensa residir. Fecha en Toledo á... 1538 años.»

Al pié de esta copia se halla la siguiente nota.

«Todo el tiempo que anduvo en estas guerras fué en estado de doncella, y después se casó en Granada y agora está viuda.»

LOS PRINCIPIOS DE 1789 Y LAS MODAS FRANCESAS.

Existen hechos imperceptibles, sin significacion aparente, y que tienen no obstante una inmensa trascendencia y una elocuencia prodigiosa, pero que basta ponerlos en relieve para apreciarlos fácilmente. El *Moniteur* publicó pocos meses há grandes columnas de números amontonados unos sobre otros, como Pelion sobre Ossa; era un cuadro comparativo, redactado por la administracion de Aduanas, de las importaciones y esportaciones francesas durante los dos primeros meses del presente año. Acaso el lector me preguntará con razon: ¿qué tiene que ver semejante cuadro con los principios del año 89? Supongo que las lectoras serán las que alcen mas el grito. ¡Paciencia!



(Acueducto sobre el Seguillo en el Canal de Campos.—Véase la página 202.)

Los meses de enero y febrero del año pasado fueron meses verdaderamente idílicos: el horizonte político estaba despejado de nubes, pasando alternativamente del color azul al de rosa apagado; la bolsa subia subia como la marea, se planteaban sociedades en comandita el dia anterior, y merced á la temperatura del invernadero que formaban los acontecimientos, se recogian los frutos sembrados diariamente con una precocidad asombrosa, y la paz sonreia á los pueblos haciéndoles mil caricias. De pronto, el príncipe Mentschikoff, cual uno de esos huracanes de las Antillas que destruyen y arrasan cuanto se opone á su rabioso soplo, apareció en Oriente. Fué el primer chaparron de marzo, y el grito de ¡sálvese el que pueda! resonó entre los batallones del agiotaje, poniéndolos en completa derrota.

Desde entonces hemos visto llegar la guerra á lento paso al través de peripecias interesantes, y puede decirse sin exageracion, que si los meses de enero y febrero del año próximo pasado fueron de color azul celeste, los meses correspondientes al año actual han sido de un color pardo y oscuro.

Pues bien: hé aquí el estraño fenómeno que queremos examinar Durante los dos primeros meses del año 1853, la Europa entera estaba de fiesta: se bailaba en Paris, en Londres, en Viena, en Berlin, en San Petersburgo, en Madrid, en Lisboa, en Milan, en Dresde, en Bruselas, en Munich, en Constantinopla; finalmente se bailaba en todas partes; es cierto que era sobre un volcan, pero nadie lo sospechaba.—Todas las sociedades oficiales estaban de enhorabuena: la América enviaba sus naves á nuestros puertos y volvian á partir cargadas de fruslerías y bagatelas. Durante aquellos dos meses la Francia esportó 630 millones de francos en objetos de moda, 70,000 francos mas que durante el mismo período del año anterior.

Las personas que no examinan los efectos y las causas, esperaban naturalmente que durante los sombríos meses de enero y febrero últimos, meses cargados de miseria y de presagios de guerra, se disminuiria considerablemente el consumo esterior de las modas francesas.

¡Qué error mas craso! Cuando el mundo político, el financiero, el industrial y todos los *mundos*, en fin, estaban consternados, las mujeres comprendieron que habia llegado para ellas el momento propicio de hacer una manifestacion política. Determinaron tomar partido en la lucha que se preparaba, indicar el platillo de la balanza en que colocarian, no su espada como Breno, sino sus baratijas, sus adornos, sus cintas y sus sonrisas. Se han pronunciado decididamente en favor de Francia contra Rusia, y en vez de pedir á nuestra patria 630,000

francos de modas, como habian hecho durante los dos prósperos meses de 1853, le han pedido un millon en los primeros meses de este año.

¡Ah! en vano os presentais, gran rey, como el árbitro de los destinos del mundo; en vano quereis hacer retrogadar la civilizacion, y vuestros caballos cosacos, segun la espresion poética del *Constitucional*, *arden en deseo de apagar su sed* en los baños de las sultanas: en vano en fin os atreveis á desafiar al Occidente, pues nosotras, las mujeres mas elegantes, mas ricas, mas jóvenes y mas hermosas de todos los puntos del globo, queremos dar un testimonio de nuestra simpatía á la Francia, la reina de Occidente.

Y así lo han hecho.—Y no creais que este aumento inaudito é inesperado sea un hecho escepcional, no; se ha notado tambien un aumento análogo al de los artículos de modas en la esportacion de nuestras sederías, nuestros guantes, nuestras porcelanas y nuestras perfumerías. El contagio del ejemplo ha sido siempre peligroso; pero es irresistible cuando son mujeres las que dan el ejemplo.

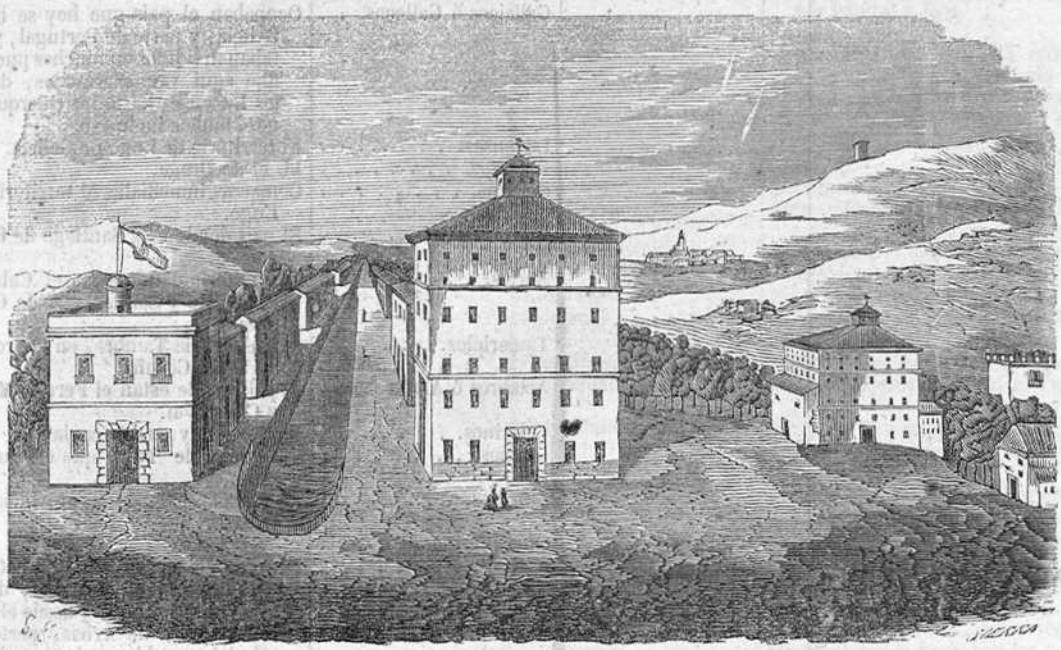
Se ha dicho, no sé por qué, hablando del bello sexo, que es tímido... ¡Necia paradoja! El sexo verdaderamente tímido es el masculino. Así lo ha dicho un poeta:

Pertenecen á las barbas
El miedo y la timidez.

Los hombres han seguido tímidamente el ejemplo de las mujeres. Recorred con vuestros ojos las siguientes sumas, y quedareis convencidos. Durante los meses de enero y febrero de 1852, la esportacion de nuestros paños y lanas asciende á 3,260 quintales métricos, y durante los dos meses correspondientes á 1853 á 3,286. El aumento es insignificante, pero normal. ¿Creeis tal vez que las mujeres, que para hacer una manifestacion política nos han comprado en enero y febrero de 1854 mas modas, mas sederías, mas guantes y adornos, van á permitir á sus maridos que se cubran la cabeza con polvos, y conserven sus antiguos trajes? No; y ha sido tan inmenso su influjo, que estos han comprado 3,882 quintales métricos de paños finos, un 20 por 100 mas que en 1853.

Me direis tal vez que no hay ninguna conexion entre estas ricas telas, estos guantes, bronsés, adornos, flores y joyas con los principios del año 89... Otro error mas lastimoso y craso que el anterior. ¿Jamás habeis visitado los paises estranjeros? ¿No habeis estado nunca lejos de vuestra patria en el seno de una familia cuando recibe una caja de objetos procedentes de París? ¡Qué regocijo! qué embriaguez! qué delirio! Allí está la Francia con todas sus ideas generosas, su sociabilidad, sus instintos liberales, sus pasiones y su entusiasmo; es una revolucion dentro de una sombrerera, como decia un ilustre tribuno.

Podeis negarlo si no habeis tenido ocasion de verlo. Enhorabuena! Esplicadme pues este hecho. El mismo cuadro de la administracion de



(Muelle del Canal de Campos.—Véase la página 202.)

Aduanas—para el que sabe ver y leer, es un poema!—el mismo cuadro, repito, atestigua lo siguiente: En los meses de enero y febrero de 1852 esportamos 1,850 quintales métricos de libros, grabados y litografías: en los mismos meses de 1853, 1,951; y en enero y febrero últimos, 2,222 quintales. Me concedereis que Francia impregna con su vida, su espíritu, sus pasiones, sus esperanzas y su poesía las páginas de sus libros: pero ¿os atrevereis á negar que nuestra literatura no está impregnada del hálito de 1789, y que nuestras novelas no son revolucionarias? Preguntádselo al *Univers*, que ha escrito espresamente un artículo sobre tan lastimoso asunto.

Hé aquí pues la actitud que toman las mujeres estranjeras y ¿quién sabe? tal vez las mismas damas rusas en la guerra que nos amenaza. El emperador Nicolás no sospecha quizás que tiene un enemigo, tanto mas poderoso é invulnerable, cuanto que todas sus armas se reducen á una sonrisa, á la cual debe forzosamente sucumbir.

¿Y dejamos á un lado la historia que nos muestra sus eternas lecciones? ¿Se ha visto jamás triunfar una causa que se enajenase el apoyo de las mujeres? Los Césares, el imperio, el circo, el martirio y las persecuciones fueron impotentes contra el santo heroismo de débiles mujeres fortificadas con la piedad y la oracion, y en la misma Francia tenemos un ejemplo en el gigantesco siglo XVI, que dió orígen á las ideas revolucionarias que agitan al mundo en nuestros dias.

¿Quién sostuvo en el esterior aquel inmenso movimiento en que se trataba de lanzar un velo entre la edad media y el renacimiento? Las mujeres hacian entonces en Inglaterra, en Alemania y en Italia lo que hacen actualmente; vestian á la francesa, pedian sus modas á París; y esta ciudad enviaba sus ideas de contrabando en las *sombrereras*. Leed los historiadores italianos de aquella época, y vereis cuál se lamentan de que después de las rápidas conquistas de Cárlos VII, se hubiera engendrado la manía general de enviar á buscar á Francia todos los objetos de lujo. Las modas y los libros forman la artillería del progreso, y esta artillería ha destrozado y destrozará mas bárbaros que los pesados cañones y los obuses.

Lord Bolingbroke se quejaba amargamente de que en la época de Colbert, las locuras y frivolidades de lujo francesas costaban á sus graves y austeros compatriotas mas de 11 millones de francos anuales. Ah milor! sin esa circunstancia, ¿hubiese existido nunca la alianza anglo-francesa?

¿Pero deseais una prueba ruidosa y célebre de esta protesta de las mujeres europeas en una circunstancia decisiva? Remontémonos á los primeros años del primer imperio.

Francia estaba en guerra contra toda la Europa; la Inglaterra se puso al frente de una coalicion universal, y se colocó de centinela delante de nuestros puertos, no dejándole esportar el objeto mas insignificante; nuestra industria estaba proscrita; los emigrados, dispersos en todas las cortes de Europa, salian al frente de las ideas revolucio-

narias para cortarles el vuelo, y Napoleon publicaba en Milan su bloqueo continental. ¿Creeis que las mujeres faltaron á su mision en tan inmenso conflicto? ¿Nada hicieron en favor de la Francia? Sí; organizaron el contrabando, y sedujeron los correos de gabinete, los embajadores, ministros y aduaneros. Ignoro cómo lo hacian; pero en todos los salones y en todas las cortes de Europa se usaban las modas francesas, y la Inglaterra se llenaba de asombro al encontrar en la India y América las telas, los sombreros y joyas, cuya salida habia evitado con tanta severidad en los puertos de Brest, Cherburgo, Havre, Burdeos, Marsella y Tolon.

¡Oh mujeres encantadoras propagandistas de la civilizacion, de la libertad y de las modas francesas! cuánta razon tienen los poetas en pulsar sus armoniosas liras en vuestras alabanzas! Si yo fuera poeta...!

Sancho Panza, el grave y famoso filósofo de Cervantes, decia en cierta ocasion que deben darse buenos consejos hasta á los mismos enemigos. Si el Czar me lo permitiera, le daria yo tambien un buen consejo concebido en estos términos: Señor, teneis contra vos á las mujeres y por consiguiente habeis perdido la partida; no os enojeis ni os canseis en calcular el éxito de la guerra que habeis provocado, y leed atentamente el cuadro de la administracion de aduanas de que acabo de hablar. Este cuadro encierra la declaracion de guerra mas formal y mas terrible. Creedme: los hombres os combatirán, pero sereis vencido por las mujeres.

CUADRO SINOPTICO

DE LAS REGIONES EN QUE SE DIVIDIA ESPAÑA EN LOS TIEMPOS ANTIGUOS, Y PUEBLOS Ó NACIONES QUE LAS HABITABAN, FORMADO EN VISTA DE LOS ESCRITOS DE PLINIO, ESTRABON Y TOLOMEO, POR DON NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO.

Regiones.	Situacion de los pueblos ó naciones que comprendia cada una.	Pueblos ó naciones.	Observaciones.
		Gallaicos ó Gallecos. . .	Ocupaban el país que hoy se llama Galicia, y parte de Portugal, y estaban divididos en muchos pueblos que aquí van espresados, desde los Lucenses hasta los Querquerinos, ambos inclusive.
		Lucenses.	El territorio de Lugo de Galicia.
		Bracaros.	Id. el de Braga.
		Celticos.	Comarcas inmediatas al territorio de Lugo.
		Presamarcos.	El país donde está Santiago de Compostela.
		Nerios.	El territorio donde estan el Cabo de Finisterre y Santa María de Ortigueira.
		Tamaricios.	Orillas del rio Tambre, en la provincia de la Coruña.
		Artabros ó Arrotrebas. .	El país donde estan el Ferrol, Muros y Corcubion.
		Celerinos.	Pontevedra y sus cercanías.
		Gravios.	Territorio de Tuy, que era su capital.
		Limicios.	La Limia, país de la provincia de Orense.
		Querquerinos.	»
España Citerior ó Tarraconense.	Al Septentrion.	Asturos.	Comprendia su país llamado *Astura*, toda la parte de Asturias, desde Navia á Villaviciosa y desde el mar á los montes de Arbas, perteneciéndoles tambien todo el territorio de Leon, hasta Astorga, que era la capital. Todos los pueblos aquí nombrados, desde los *Lucenses* á los *Augustanos*, eran subdivisiones de los Asturos.
		Lucenses.	Territorio de Lugo, de Asturias, cerca de Oviedo.
		Pesicos.	En la costa de Asturias, entre los rios Navia y Nalon.
		Zoelas.	El territorio de Avilés.
		Brigecios.	
		Bedunenses.	
		Orniacos.	El país donde está Oviedo.
		Soelinos.	
		Superacios.	
		Amacos.	El territorio de Astorga.
		Tiburos.	
		Gigurros.	
		Augustanos.	Ocupaban todo el territorio que hay desde los montes de Arbas hasta *el rio Ezla*.
		Cantabros.	Moraban desde la ria de Villaviciosa hasta el Nervion, ó rio de Bilbao, comprendiendo en su territorio parte de Asturias, Santander, Vizcaya y montañas de Reynosa.

Regiones.	Situacion de los pueblos ó naciones que comprendia cada una.	Pueblos ó naciones.	Observaciones.
España Citerior ó Tarraconense.	Al Septentrion.	Orjenomescos.	Eran una subdivision de *los Cantabros*.
		Murbojios.	Territorio de Sasamon, no lejos de Burgos.
		Turmodijes.	Al sur de los Cantabros, territorio de Burgos.
	Al pié de los Pirineos.	Antrigones.	Su país era en las cercanías de Bermeo.
		Caristos.	Provincia de Alava.
		Vardulos.	Parte de Guipúzcoa, de Vizcaya y Navarra. Confinaban con los Caristios y Vascones.
		Vascones.	Su territorio lo formaban parte de Guipúzcoa, Navarra, Rioja y Aragon, comprendiendo á San Sebastian, Tafalla, Calahorra, Tarazona, Huesca y Jaca.
		Jacetanos.	Su país, llamado Jacetania, comprendia desde la raiz del Pirineo hasta cerca de Pamplona, y tenia por capital á Jaca.
		Vescitanos.	
		Illerjetes.	Ocupaban el país que está entre los Pirineos y Huesca, bajando hasta Fraga y Lérida, que era su capital.
		Cerretanos.	Confinaban con los Illerjetes y los Indíjetas, y tenian por capital á Puigcerdá.
		Bargurios.	Cercanías de Lérida.
		Lacetanos.	Su territorio era el comprendido entre Solsona, Manresa y Cervera.
		Indijetas.	Era su país el denominado hoy Ampurdan.
		Ausetanos.	En la *ribera* del mar.
	Costa oriental.	Laletanos.	El territorio donde estan Barcelona y el rio Llobregat.
		Cosetanos.	Vivian entre Tortosa y Tarragona.
		Hercaones.	Confinaban con el Ebro, el Turia y el mar.
		Contestanos.	Parte de Murcia y Valencia, donde estan Cartajena, Elche, Játiva y Denia.
	Interior de la Península.	Vaceos.	Abrazaba su pais las provincias de Valladolid, Palencia, Segovia, y parte de las de Burgos, Leon y Zamora.
		Arevacos.	Confinaban con los Carpetanos, Pelendones y Berones, y eran suyas Osma, Coruña del Conde y Segovia.
		Carpetanos.	Su territorio lo formaban las provincias de Toledo, Madrid y parte de Guadalajara y Ciudad-Real.
		Pelendones.	Comprendia su país á Soria y otras poblaciones al pié del Moncayo.
		Berones.	Su país era al Occidente de Calahorra, entre los Caristios, Vardulos, Autrigones y Pelendones.
		Lusones.	Cercanías de Albarracin en las fuentes del Tajo.
		Celtiberos.	Gran parte de Aragon y de las provincias de Soria, Guadalajara y Cuenca. Eran subdivisones suyas los Olcades, Arevacos, Pelendones y Lusones.
		Edetanos.	Era su territorio mucha parte de Aragon y Valencia, donde estan la ciudad de este nombre, Murviedro y Liria.
		Turdetano Turbulenses.	Cercanías de Hellin y Tobarra en Murcia.
		Lobetanos.	Parte de Andalucia. Confinaban con los Bastetanos.
		Olcades.	Habitaban desde las sierras de Alcaráz hasta Albarracin y Teruel, comprediendo parte de Murcia y Cuenca.

Regiones.	Situacion de los pueblos ó naciones que comprendia cada una.	Pueblos ó naciones.	Observaciones.
España Citerior ó Tarraconense.	Interior de la península.	Oretanos.	Lindaban con los Carpetanos y Celtiberos, y ocupaba su territorio la mayor parte de la provincia de Ciudad-Real.
		Bastetanos.	Era su país desde Baza, por Segura, hasta el rio Júcar y el Mediterráneo.
	En el mar Mediterráneo.	Gimnesios.	Vivian en las islas Baleares.
España ulterior.	Al Mediodia y en la Bética, hoy Andalucía.	Bastulo-Penos.	Costa de Málaga desde el estrecho de Gibraltar al cabo de Gata.
		Turdetanos.	Desde el Guadiana al estrecho, á escepcion de un pequeño espacio que ocupaban los célticos. Su capital era Sevilla.
		Turdulos.	La parte litoral del Guadalquivir comprendiendo su territorio á Córdoba, Ecija y Gibraltar.
		Celticos.	»
	Al Occidente en Lusitania y Vetonia.	Lusitanos.	Ocupaba el Portugal, á escepcion de las Provincias de Miño y Trasdos-montes, y una gran parte de la Estremadura española.
		Cinetos ó Cunetos. . . .	»
		Tudetano-Celtas.	»
		Turdulos-Veteres. . . .	Territorio de Bailen.
		Vetones.	Comprendia su país desde la orilla del Tajo á la del Duero y confinaban con los Vascos y Carpetanos.
		Celticos.	
		Lusitanos del Guadiana.	»
		Turdulo-Bardulos. . . .	»
		Tapores.	»

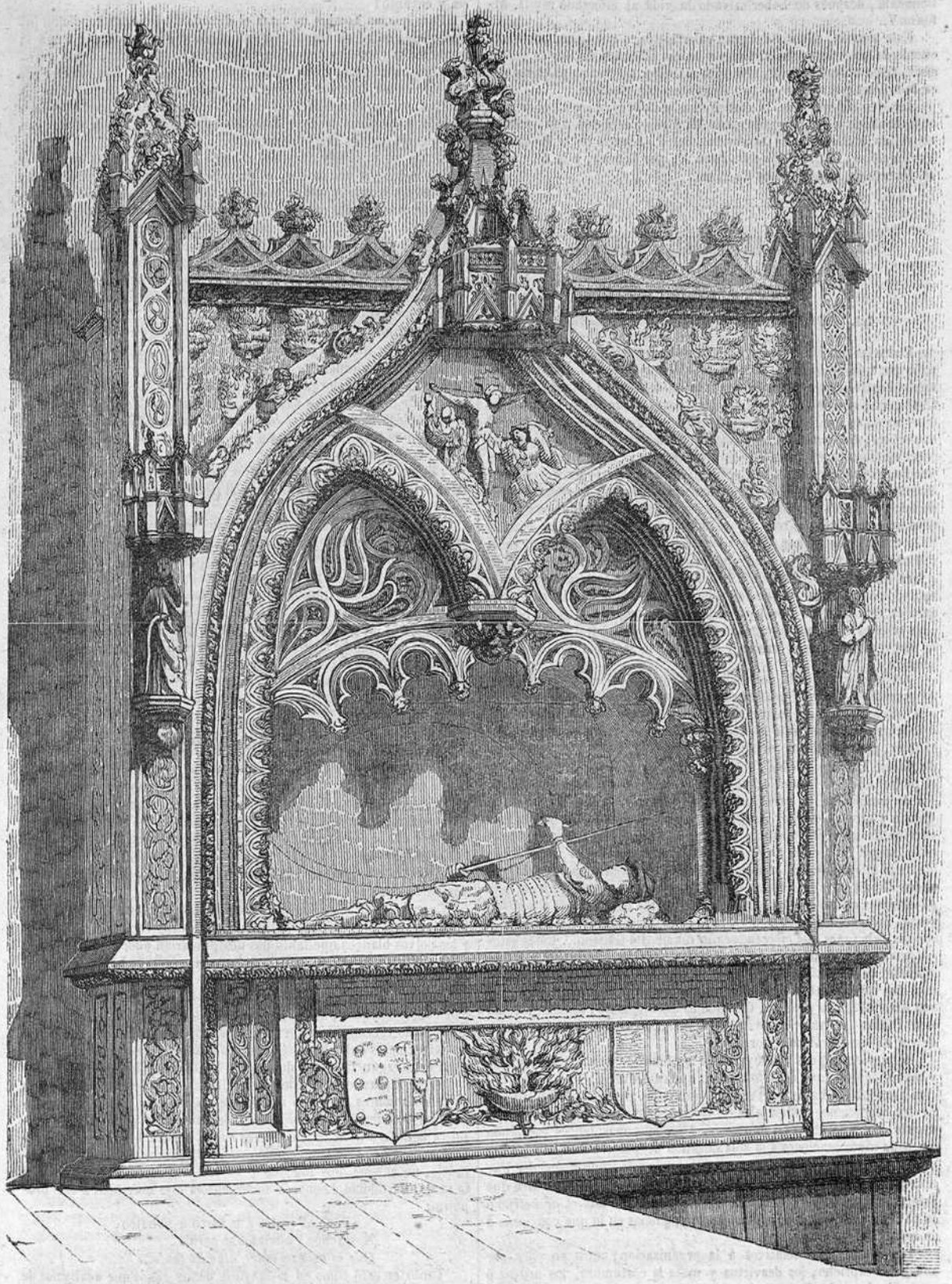
VENUS EN EL PRADO.

Risueña y apacible
salió la hermosa Venus,
á dar vueltas al Prado
para tomar el fresco.
Qué hermosa va: qué hermosa,
del brazo del herrero,
volviendo la cabeza
por no verle tan feo.
Despues de andar dos veces
del uno al otro estremo,
mirando él á las bellas,
mirando ella á los bellos,
Sentáronse en las sillas,
adornos del paseo,
que para tantas gracias
fué bien modesto asiento.
Allí los cefirillos,
al punto que la vieron,
batiendo sus alitas
llegaron en silencio.
Ya con sus rizos juegan
ya besan ¡picaruelos!
los brazos y la espalda,
y el medio oculto seno.
Graciosos amorcillos
festivos y ligeros,
al lado de la hermosa
van en tanto acudiendo.
Todos son parvulitos,
alumnos de colegio,
en la nariz los lentes,
perfumado el cabello.
Con alegre zumbido
la ensalzan lisonjeros,
torciendo lo que un dia
será bigote espeso.
Cuál coge el abanico
y mueve el manso viento,
y al abrirle y cerrarle
imita al bello sexo.
Cuál de Venus el rostro
empaña con su aliento,
dejando en sus oidos
dulcísimos secretos.
Cuál juega con Vulcano,
que rie de contento,
mientras le hace cosquillas
y le aprieta el pescuezo.
Cuál habla con la diosa,
cuál la refiere cuentos,
cuál en la blanca mano
la da un furtivo beso.
Y cual!... mas basta, basta,
dichosos todos ellos,
y mas quien ve á su esposa
por entre tanto incienso.
En esto llegó Marte,
el general intrépido,
asustando á los niños
con su terrible ceño.
¡Pobrecitos! al verle,
con diversos pretestos
uno tras otro, todos
se fueron despidiendo.
Marte agarró una silla,
y al plantarla en el suelo
separó el matrimonio
para sentarse en medio.
Al mísero marido
volvió el revés del pecho,
y empezó con la diosa
las risas y los juegos.
¡Ay! esclamó Vulcano
con dolorido acento,
¡ay! llévatele Júpiter
aunque vuelvan aquellos!

José GONZALEZ DE TEJADA.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario é Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra.



TUMULO DE DUARTE MENESES.

Este magnífico túmulo fué mandado erigir por la condesa de Viena, Doña Isabel de Castro, esposa del valiente guerrero, en el convento monumental de San Francisco de Santaren en Portugal. El túmulo de D. Duarte de Meneses no tiene inscripcion alguna, porque no con-

tienen los restos del héroe que murió en un combate en las sierras de Bonacafú, después de haber salvado la vida al esforzado rey D. Alfonso V.

Este túmulo, además del gran valor histórico que tiene, por el recuerdo de las esclarecidas virtudes y ánimo esforzado del ilustre portugués, tiene un mérito real, el mérito artístico; tal vez no se encuentre en todo Portugal un modelo tan elegante y tan gracioso.

Los que quieran leer la descripcion detallada de esta obra, así como los hechos del esforzado campeon á quien está dedicada, pueden consultar la *Historia de Santarem*, del P. Ignacio de la Piedad de Vasconcelles; la *Crónica de D. Juan V*, por Concha, y la del *Conde D. Duarte de Meneses*, Rey de Pina.

ANARQUIA EN MATERIA DE GUSTOS

SOBRE

LA APRECIACION DE LA BELLEZA.

Entre las cualidades cuya esencia se ha investigado con mas empeño por una infinidad de autores, ocupa sin duda uno de los primeros lugares el que dice relacion á lo *bello*. ¡Qué de indagaciones sin fruto, qué disparidad en los juicios, cuánta diversidad de sistemas! Nuestra alma, segun Platon, tiene en sí misma la idea de la belleza *arquetipa*, imágen de la divinidad, la cual posee esclusivamente la suprema hermosura en su esencia: y esa esencia de lo bello, segun el mismo, *consiste en el órden, conveniencia y relaciones de concordancia existentes entre las partes para formar un todo regular y simétrico*. Condiciones son esas que podrán satisfacer muchos gustos; pero un *escarabajo* las reune, y el escarabajo no es *bello*. San Agustin hace consistir la belleza en la *unidad*, y estamos en el mismo caso; mil objetos hay que son *unos*, y sin embargo son tenidos por *feos*. ¿Será que uno y otro escritor entiendan por *belleza* otra cosa que lo entendemos nosotros, ó que den á la voz mas latitud de la que tiene para la generalidad? Nosotros sospechamos que sí; y si la belleza para ellos es cuestion puramente *metafísica*, no tendremos dificultad en convenir en que la *araña* y el *sapo*, v. g., son *bellos* en ese sentido.

Aristóteles entiende por belleza *el complejo ó reunion de ideas de grandeza, órden y unidad que resaltan en los objetos;* pero aunque esto es ya dar un paso mas, nos parece, no obstante, que esta definicion ofrece tan solo la idea de lo *sublime*, y que si cuadra á la *ballena*, por ejemplo, no es tan aplicable á la *rosa* ó al *prado cubierto de flores*. La *regularidad*, el *órden* y la *proporcion*, exigidas por el padre Andrés; *la unidad en todo formado por partes variadas*, ó sea *la unidad en la variedad* de que hablan Crousas, Mendelsonh, Cousin y otros, *el mayor número de ideas y sentimientos que la impresion de un objeto contribuye á escitar en el alma*, esencia de lo *bello*, segun Sulzer; *la perfeccion observada*, condicion indispensable de lo mismo, si nos atenemos á Vofin; *la qualche maraviglia* del padre Gerdil; *las relaciones de utilidad mas ó menos patente que advertimos en los objetos*, con arreglo á lo que dice Russel; *el sentido moral interno* de Hutcheson y Smith; *la conveniencia de las partes con las funciones que ejercen*, segun manifiesta Galieno... todos estos sistemas y otros muchos que podríamos citar, ó estan sujetos á una infinidad de escepciones, ó esplican el fenómeno á medias, ó no hacen mas que esponer algunos de los rasgos que constituyen lo *bello*, sin que determinen su *esencia*, ó lo que es peor todavía, obligan, como el de Platon, á llamar entes *lindos* á muchos que en el modo comun de ver no son sino feos y horribles.

Renunciemos pues al proyecto de profundizar cuestion tan oscura, y conviniendo en que es *bello* todo lo que causa un placer, una sensacion agradable y hasta cierto punto tranquila, prescindamos de inquirir las condiciones elementales de esa sensacion, cuya anatomía, por decirlo así, aparece casi imposible. ¿Seremos mas felices limitando nuestras investigaciones á la sola cuestion del placer? Desde luego decimos que no. Un objeto que es grato á mis ojos, puede suceder que horripile á quien no lo mire cual yo; y entonces, ¿quién me dice que acierto, ó que solo mi gusto es legítimo? ¿Dónde está el *archetipo* ó la pauta á que podamos sujetar nuestros juicios en lo que concierne á lo bello?

Los placeres son relativos á la organizacion; entra en ellos por mucho el capricho, los desvirtua y mata la costumbre, los ordena ó proscribe la moda. Para distinguir en tales casos cuál placer es genuino ó no lo es, sírvanos en buen hora de regla aquello en que en todos tiempos conviene la generalidad de los hombres, y aun para eso tendremos que limitarnos muchas veces á objetos puramente morales; ¿pero qué haremos cuando pueblos y naciones enteras miran con enojo y aun con tedio lo que otras naciones y pueblos contemplan con delicia y encanto?

Para que un hombre merezca el dictado de *bello*, es condicion indispensable entre los chinos que sea gordo y grasiento, que tenga la frente ancha, los ojos pequeños y hundidos, corta nariz, orejas grandes, boca mediana, barba larga y cabellos negros. Las mujeres por su parte hacen consistir la esencia de su belleza en la pequeñez de sus plantas, siendo bien sabido el cuidado con que las nodrizas oprimen los piés á las niñas desde el momento en que nacen, para evitar con esto que les puedan crecer demasiado.

Entre los griegos y romanos era gala y lindeza en las mujeres el tener una ceja en vez de dos, es decir, el ser cejijuntas, presentando en su frente la marca que el novelista Eugenio Sué atribuye al *Judío Errante*. Anacreonte celebra en su querida tan estravagante capricho, y Teócrito, Petronio y otros poetas antiguos encomian en las suyas otro tanto. Ovidio por su parte asegura que las damas romanas de su tiempo, llevadas del afan de aparecer cejijuntas, se teñian el intermedio de las cejas: *arte supercilii confinia nuda repletis*.

La hermosura de las mujeres de Cumaná, provincia de la América del Sur, consiste en tener las mejillas descarnadas, la cara larga y los muslos estraordinariamente gruesos. Para conseguir todo esto, se las oprime, desde que nacen, la cabeza entre dos cojines, y se las ata fuertemente las piernas por encima de las rodillas.

Los abisinios se encantan á la vista de una nariz chata ó que apenas resalte del rostro; los naturales del Brasil machucaban á los niños la punta de la nariz para así contemplarlos mas bellos, y los persas se enamoran de las narices corvas ó aguileñas, porque Ciro, segun ellos dicen, las tenia dispuestas así.

¿Y qué diremos de los habitantes de las islas Marianas, los cuales estan en sus glorias cuado se tiñen el pelo de blanco y los dientes de rojo ó de negro?

Entre los árabes del desierto, las mujeres se complacen en marcar de negro el borde de sus párpados, prolongando una línea del mismo color á la parte esterna de los ojos, para que aparezcan así mas abiertos. En otros paises se pintarrajean las mujeres el rostro con una multitud de rayos azules, imitando, dicen, las venas, las cuales, en su modo de ver, contribuyen á realzar notablemente la hermosura si son escesivas en número. Por lo demás, nosotros creemos escusado entrar en pormenores acerca del pintarrajeo con que adornan su cuerpo infinidad de salvajes; siendo bien sabido el valor en que tienen sus colores y el tedio con que miran las carnes cuando la epidermis se ostenta sin ese atavío artificial que tanto parece estar en contradiccion con la naturaleza.

Entre las europeas se ha notado tambien gran placer en pintarse la tez, ya para dar á sus mejillas el sonrosado de que carecen, ya para sustituirlo con una palidez cadavérica; llegando algunas señoritas de nuestros tiempos al estremo de sangrarse repetidas veces por el solo placer de estar pálidas. Cuando en Francia eran moda los coloretes y los lunares con que el artificio tiznaba á las damas, preguntó una de estas á cierto estranjero: ¿qué opinion formaba acerca de las beldades francesas?—Señora, respondió el estranjero, yo no sé qué deciros sobre este punto, *porque en materia de pintura soy conocedor harto flaco*.

Cuando nuestra corte se hizo francesa, sabido es el influjo que en todo lo nacional ejercieron la modas de nuestros vecinos. Las pelucas y los polvos blancos que tanto nos desagradarian ahora, fuéron largo tiempo el gran tono, la condicion *sine qua non* de la belleza femenina y viril.

Pueblos hay en que es la gala teñirse las cejas de blanco, y pueblos en que la suma perfeccion consiste en llevarlas rapadas, contándose, si no estamos equivocados, nuestras españolas del tiempo de los cartagineses entre las idólatras mas fanáticas de esta última y singular estravagancia. ¿Qué diremos de las barbas, bigotes, patillas y peras que tantas metamórfosis han sufrido y estan destinadas á sufrir entre los hombres, y que si ora parecen lindísimas, mañana presentarán el carácter de espantosamente deformes? El padre Buffier considera la *deformidad* muchas veces como uno de los rasgos característicos de lo *bello*, y aun cuando este modo de ver tenga visos de paradoja, no es sino muy fundado y muy cierto en lo que concierne á la moda. Bartolomé Leonardo de Argensola dijo muy bien á este propósito:

«Pone el rostro á lo turco ó nabateo,
Mostachos y adalares se perfila,
Que es belleza tener algo de feo.»

Tanto en esto como en la mayoría de los casos que acabamos de citar, podemos decir, sin temor de equivocarnos, que la hermosura resultante de tan estrañas y diversas costumbres podrá serlo en buen hora á los preocupados ojos de los pueblos que la siguen; mas no por eso deduciremos legítimamente que ese gusto particular no esté reñido con la naturaleza. Esta, al darnos los dientes blancos, blancos los

aprueba, y no negros; cejas quiere tambien la frente, por mas que la preocupacion ó la moda las rape, así como quiere cola en los dogos, aun cuando el capricho los mutile. Siempre que el arte desfigure los seres de un modo chocante ó contrario á los fines de la naturaleza, bien puede asegurarse que el yerro se encuentra de parte de aquel. *Numquam aliud natura, aliud sapientia decit.*

Hemos dicho arriba que la generalidad de los hombres conviene en la *belleza moral* con mas facilidad que en la *física*, y esto es consecuencia sin duda del interés que tiene la sociedad en reconocer como *bellos* ó buenos ciertos principios, sin los cuales desaparecerian los lazos que unen á los hombres entre sí. Las acciones generosas y magnánimas serán siempre agradables y bellas á los ojos del mayor número, siendo muy pocas las escepciones que encuentre la regla en algunos corazones depravados. Casos hay, sin embargo, en que cuando la magnanimidad escede los límites de lo comun (y esto pertenece ya á lo *sublime*), la humanidad varía en sus juicios acerca de ciertas acciones, y mas si estas son resultado de la lucha entre la naturaleza y otros deberes, quedando aquella vencida. La muerte de los hijos de Bruto, ordenada por su mismo padre, es motivo de elogio para muchos, y de reprobacion y anatema para no pocos. Nuestro inmortal *Guzman el Bueno*, cuya patriótica conducta ha inspirado á Quintana uno de los himnos de alabanza mas bellos que el Parnaso español reconoce, ha sido á los ojos de cierta poetisa, cuyo nombre no podemos citar, objeto de animadversion y aun de encono.

....« Se llama *bueno*
Al que en Tarifa para abrir el seno
De su hijo Guzman el hierro arroja,
Y por servir á Sancho en sus intentos
A la natura y al amor sonroja.»

Estos versos retratan la mujer, cuyo corazon los ha dictado. La mujer es toda *doméstica*, y segun la observacion de un filósofo, tiene en menos que el hombre á la patria. Así, no es estraño que en la alternativa de sacrificar un sentimiento natural, ó deprimir un acto tan altamente patriótico, se haya declarado la escritora de que hablamos por el segundo de los dos estremos, borrando, como quiere Rousseau, del diccionario de las naciones modernas las palabras *patria* y *ciudadano*. El país, empero, en que hemos nacido puede ser para un alma elevada objeto de ternura y solicitud aun mas que la esposa y los hijos, y la accion de Guzman el Bueno será siempre admirable y *hermosa* á los ojos de la humanidad, como lo es el sacrificio de Codro, y como lo será para otros el hecho que se cita de Bruto. La inhumanidad aparente que resalta en esas acciones no se opone al carácter esencialmente *humanitario* de estas, porque «siendo *humanidad* entregar la vida por la patria» como dice Lista, lo es tambien el sacrificio de los seres que nos son mas caros, cuando la salud de la patria lo ordena, y cuando ese sacrificio preserva á una ciudad, á una provincia, á toda una nacion por ventura, de males y desgracias sin cuento.

Por lo que toca á la *belleza literaria y artística*, los votos de los hombres no se hallan tampoco de acuerdo en todos los países y climas, resintiéndose tambien de la moda, de la preocupacion, del capricho y de la organizacion individual. Metastasio y Laborde sostienen que no hay bello ideal *permanente* en pintura ni en música. Nuestra escala diatónica, que tan natural nos parece á nosotros los europeos, es insoportable para ciertos oidos orientales, los cuales se lastiman y asustan del efecto que les produce la colocacion de nuestros semitonos. La escuela moderna, llamada romántica, ha erigido en principios de belleza literaria elementos que hasta nuestros dias habian sido considerados por la mayoría de los hombres, llamados de gusto, como horribles deformidades. Seamos justos, sin embargo, y no atribuyamos á la tal escuela otras miras que las que realmente ha tenido. Su objeto era derrocar el yugo que pesaba sobre las letras, y al verificarlo ha pasado los límites de lo razonable, y los ha pasado á sabiendas. Las cosas han comenzado á volver á su quicio, y la exageracion no es ya tan de moda como lo era antes. Tiempo vendrá en que, transigiendo sus diferencias los sectarios de ambos *esclusivismos*, reconozcan unos y otros que el gusto literario y artístico debe ser tolerante y *variado;* y que empeñarse en no reconocer sino ciertas y determinadas formas para representar la naturaleza, es lo mismo que exigir á los hombres que vistan un mismo traje, cualesquiera que sean sus climas y su modo de gozar y existir. El gusto de que hablamos está mas relacionado de lo que parece con los placeres materiales, en cuya apreciacion se diferencian tanto los hombres, y así volveremos al tema que constituye principalmente el objeto de nuestro artículo: á la naturaleza puramente física.

Así como en los casos de mutilacion y pintarrajeo no es posible sostener que los objetos así desfigurados tienen una belleza real, y que como tal deba ser recibida por todos, de la misma manera decimos que los gustos literarios y artísticos, emanantes de la misma contradiccion con las leyes de la naturaleza, son en sí ficticios y absurdos, por mas que los autorice la moda, la preocupacion ó la costumbre en países ó naciones enteras.

La arquitectura churrigueresca ha caido como efecto de circunstancias transitorias, y así irán cayendo otros usos en otros países del globo por la misma y sencilla razon. ¿Cómo puede ser eterno en Guinea el prurito de taladrar el labio inferior á las niñas, procurando abultarlo horriblemente, deprimiéndolo después de un modo espantoso, y haciendo consistir en ello la belleza del rostro mujeril? La verdadera y legítima civilizacion, esa civilizacion que vindica los derechos de la naturaleza, en vez de proscribirlos ó ultrajarlos, penetrará tarde ó temprano en ese país, y sus mercaderes reconocerán el absurdo de semejantes prácticas. Pero las cosas tienen un término, y debemos ser razonables. Habitantes de países enteros salen de manos de la naturaleza con una configuracion que no es la nuestra, con un color esclusivamente suyo, color y configuracion, que si á nosotros nos parecen feos, para ellos deben ser, como en efecto lo son, agradables y hermosos. Las formas graciosas y suaves de una georgiana son, á nuestros ojos, objetos de encanto y admiracion; pero, ¿exigiremos el mismo placer del kalmuko, que dotado por la naturaleza de rasgos groseros y bruscamente pronunciados, se place en contemplar con preferencia los seres pertenecientes á su raza? La Venus de Médicis y el Apolo de Belvedere son hasta ahora el tipo mas bello de otra raza que nosotros nos estasiamos en admirar: pero un negro de Guinea desearia ante todo un mármol negro, y aun si fuera posible aceitoso, exigiendo además entre otras cosas dos ojos hundidos y una triste nariz achatada. ¿Proscribiremos el gusto del negro? Interrogad al diablo, dice Voltaire, y él os dirá que la belleza consiste en tener un par de cuernos, cuatro patas y un rabo ¿Qué le responderiamos nosotros? Que en lo que toca á objetos puramente físicos, si bien no merecen respeto toda clase de estravagancias, es frecuentemente muy justo el refran ó adagio que dice: *sobre gustos no hay disputa.*

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE.

LOS PLUMIFEROS UNIVERSALES.

Para revistar una escuadra se necesita por lo menos ser cabo; para hacer lo mismo con un ejército, general. Pero para revistar el mundo entero desde las testas coronadas hasta los infelices pordioseros; para examinar los teatros, las funciones de iglesia, las corridas de toros, la guerra de Oriente, las instituciones, las modas, el pasado, el presente y el porvenir, es preciso ser nada menos que todo un escritor público, un plumífero universal. ¡Que les vayan luego haciendo ascos! ¿Quién si no ellos lleva á feliz y venturoso término tan arriesgada empresa? Y no se me replique que en la imposibilidad de abarcar tantos asuntos, no los tratarán detenidamente, pues confeccionador de revistas conozco yo que es capaz de dedicar un párrafo entero y verdadero al barbero del tenor, ó la modista de la prima donna, si llega á figurarse por un rasguño ó un frunce que no han cumplido á conciencia con su obligacion.

Pero señor, estoy oyendo que dice un suscritor: estas cosas, si todos las vemos, ¿á qué necesitamos que nos las cuenten? Lo que al público le hace falta son ciertas profundidades que no estan al alcance del que no se toma mas trabajo que el de ver, y encomienda á los periodistas el de pensar.

Poco á poco, amigo mio, que todo se vuelve pólvora en salvas; y á buen seguro, que antes se escapará un precito de las cavernas de Pluton, que una comedia nueva de su correspondiente crítica; ¡pero qué crítica! ¡profundísima! Figúrese Vd. que algunas veces el mismo autor es el que examina la obra, y nadie puede hacerlo con mejores datos: esto cuando el juicio es favorable: que cuando no, tenga usted por cosa cierta que el escritor no puede ver al poeta; y como busca encarnizadamente los defectos, regularmente los halla; y digo regularmente, porque hay casos en que esto no es tan fácil; pero de todos modos criticará lo que esté bien; otros periódicos contestan rebatiéndole, y al fin y al cabo malo ha de ser que no se ilustre usted algo con la polémica.

Esto en cuanto á comedias; que en cuanto á otras producciones ya varía el caso; si son versos, no hay como no haberlos leido para escribir sobre su mérito; y no se crea que esto es pulla, porque recuerdo haber oido en las redacciones mas de una vez diálogos por este estilo:

—Hombre, escriba Vd. un suelto alabando unas composiciones poéticas que ha publicado mi amigo Nicomedes.

—¿Y por qué no le escribe Vd.?

—Porque no he podido zafarme del autor, que esta mañana me ha recitado medio tomo. Ya ve Vd. que con semejante impresion no podria decir nada bueno. A Vd. deberá costarle menos trabajo hacer el

elogio, porque no ha tenido el disgusto de oir una cosa tan detestable.

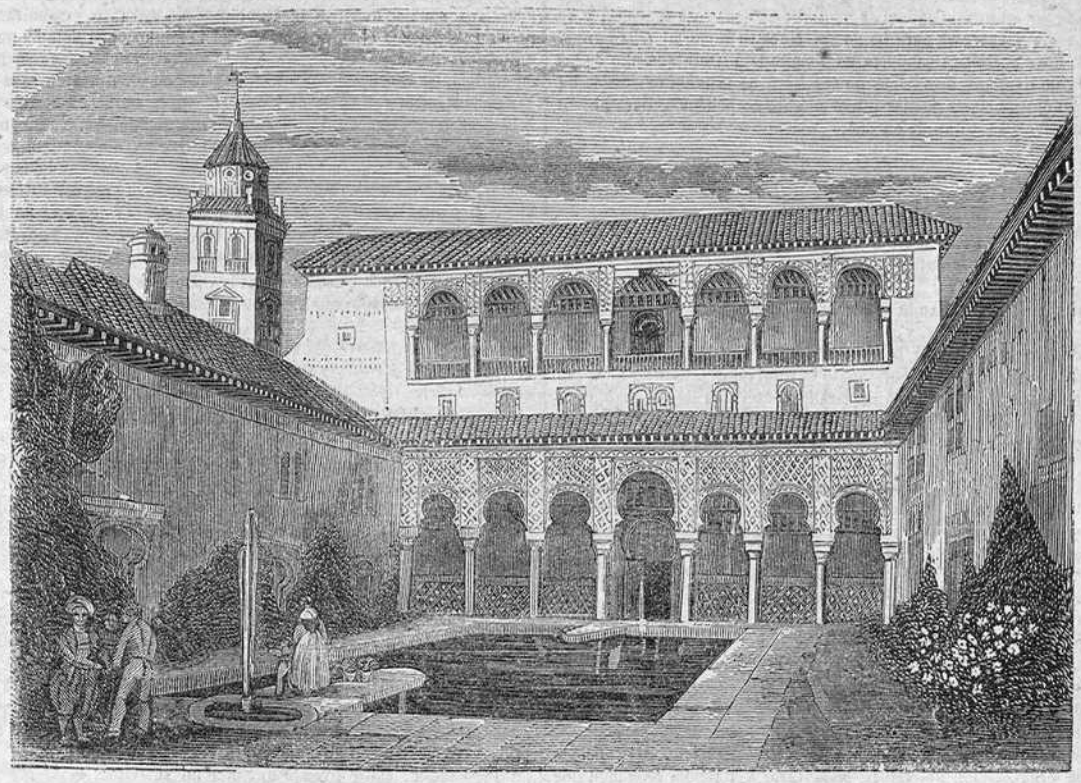
Y el oficioso redactor toma la pluma y escribe: *No podemos menos de recomendar á nuestros lectores las escogidas y sobresalientes poesías de D. Nicomedes Palomo de Gonzalez; en ellas encontrarán unidas la galanura del verso con la elevacion de los pensamientos, y un estudio concienzudo de nuestros clásicos.*

Semejantes alabanzas no comprometen, porque en la época que atravesamos ya nadie lee los ardientes delirios de los vates, como no sean los cajistas, la familia del impresor y algun amigo á quien el autor regala un ejemplar por atencion.

¿Pues y los artículos de modas? Todo un *Quijote* fué necesario para acabar con los libros de caballerías; pues una sola revista, auxiliada por una guerrilla de gacetillas, ha obligado á retirarse avergonzadas á las atrevidas moñas, que estaban enseñoreadas de las femeniles testas á principios del año de gracia que trascurre.

Es cierto que Vd. calificará estos asuntos de fútiles; pero cíteme sobre qué materia quiere que verse el articulillo, y verá en un momento los resortes ocultos de que echa mano en tales circunstancias. ¿Quiere Vd. estar al corriente de los usos y costumbres de los griegos, de los rusos ó de los turcos, ó le agradará mas el que demos un paseito por Constantinopla? Sí; esto será lo mejor, porque es pueblo que ahora está en moda. Pues señor... Aquí el articulista se rasca la punta de la nariz; fija su vista en el cielo raso; su ardiente imaginacion mira desembocar el canal del mar Negro como un rio soberbio; se acuerda de haber oido unos versos que dicen:

Asia á un lado,
Al otro Europa
Y frente á frente Stambul.



(Patio de los arayanes en la Alhambra.)

Los nombres de Scútari y Galata estan próximos á salir del cañon de su pluma: pero ¡oh felicidad! Chateaubriand ha escrito el itinerario de París á Jerusalen, y se detuvo este caballero algunos dias en Constantinopla: pues ya no se necesita mas.

Dice el viajero *L'absence presque total des femes, le manque de voitures à vones*, etc.

Escribe nuestro héroe: «Las calles de Constantinopla presentan el aspecto mas sepulcral; ni el ruido de los carruajes, ni la presencia de las musulmanas que gimen encerradas, nada, nada absolutamente que distraiga el ánimo ni alegre la fantasía. Multitud de perros sin dueño...» En fin, con este retazo sobra para muestra, que no es cosa de enjaretar una descripcion entera.

Poco importa que lo que se traduce esté escrito antes ó después del diluvio; ello trata de Constantinopla y basta.

No quiero concluir el artículo sin elogiar cumplidamente la *sagrada union* de los enciclopedistas, de esas antorchas del saber humano, cuyos fuegos, no por ser *fátuos*, dejan de esparcir su poquito de difusa claridad.

Sí; yo os consagro mi panegírico á pesar de todo, espejos de mil facetas, que reflejando rayos de tantos colores les amalgamais y les haceis penetrar en mágica y pintoresca confusion hasta la tranquila mente del erudito portero, de ese suscritor de mérito de todas las publicaciones habidas y por haber, de ese hombre, que si no fuera por vosotros, ignoraria lo que querian decir elucubraciones, síntesis riquísimas, arbitrariedades, golpes de estado, etc. y después de haberos leido, se encuentra tan á propósito para reformar la ley electoral, como para disertar sobre el magnetismo, derribar el ministerio ó esterminar la oruga.

SERAFIN OLABE.

MONOGRAFIA DE LA CORBATA.

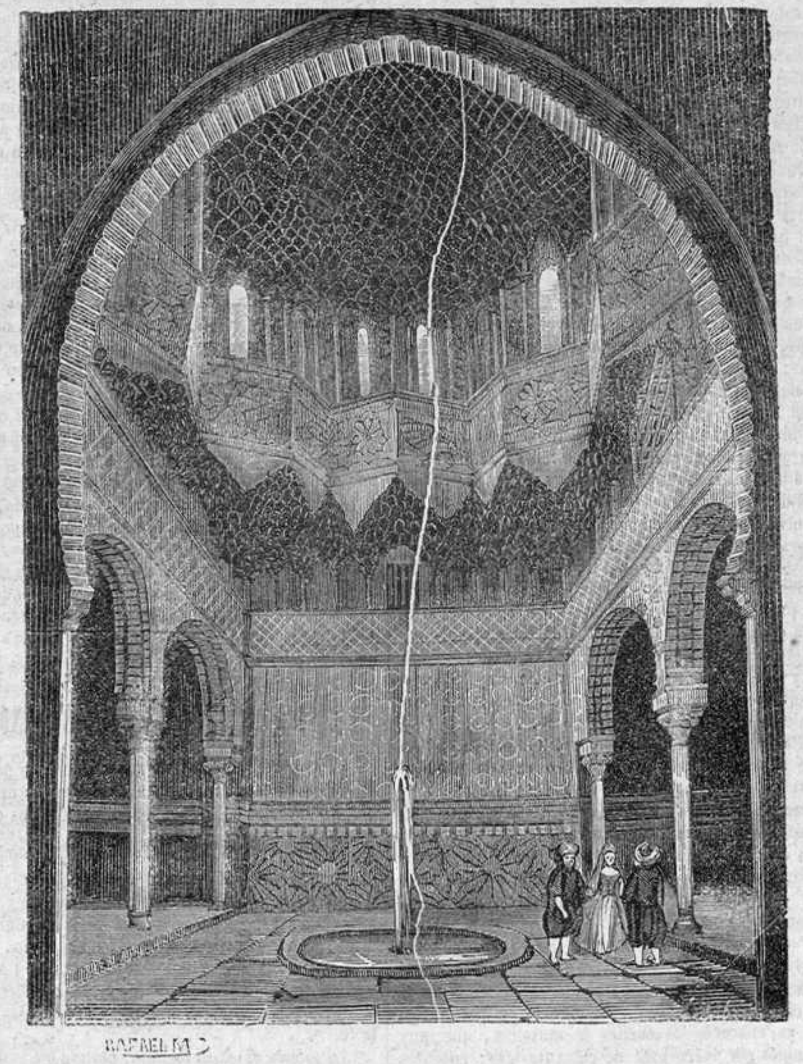
Varios escritores han pretendido demostrar que el uso de la corbata es de orígen moderno. Si bien es cierto que los antiguos no conocieron el arte de rodear elegantemente el cuello con un pañuelo ó un pedazo de tela, eslo tambien que los egipcios, para librarse de los peligrosos efectos del aire y del sereno, se cubrian la garganta con una cinta de seda ó de lana, adornada algunas veces de oro y de pedrerías. En algunos pueblos griegos se adoptó esta costumbre; pero los espartanos consideraron siempre como un punto de honor el presentarse en público con el cuello descubierto. Los romanos creyeron tambien que interesaba á la dignidad nacional el permanecer con el cuello desnudo; sin embargo, cuando hacia mal tiempo, ó el frio era mas vivo que de costumbre, se les veia aplicar su mano á la garganta y cubrírsela con el estremo de la toga. Ultimamente, se usaba en Roma una especie de corbata que se llamaba *focal*. Alejandro Severo se servia de ella cuando salia del baño para dirigirse á su palacio.

Augusto la usaba tambien con frecuencia, aunque nunca se presentaba con ella en público; y Neron, segun refiere Tácito, llevaba siempre un pañuelo al cuello para conservar la claridad de su voz.

A la caida del imperio romano, todos los bárbaros que habian venido á establecerse en el Mediodía de la Europa, llevaban sus vestidos tan escotados por el pecho y por la espalda, que su cuello permanecia siempre completamente desnudo. Los orientales, los rusos, y una parte de los habitantes de la Polonia y de la Hungría conservan la costumbre de no ponerse nada al cuello, aunque los rusos, para librarse del mucho frio que ordinariamente reina en su país, dejaban crecer su barba, que les abrigaba suficientemente parte de la cara, el cuello y lo alto del pecho.

A medida que la civilizacion añadia alguna prenda al traje de nuestros antepasados, creaba ella nuevos gustos y daba nacimiento á la moda.

Las camisas no se trajeron en Francia hasta la época de las cruzadas. Mucho tiempo se estuvieron haciendo de una especie de lana muy ordinaria, y al fin del siglo IV fué cuando empezó á hacerse uso de camisas de tela; se llevaban sin cuello; pero poco tiempo después se pensó añadir un pedazo de tela para abrigar la garganta, y de aquí nacieron las gorgueras, los cuellos elevados, las tocas bordadas y las gargantillas plegadas. Esta moda, que se introdujo bajo el reinado de Francisco I, duró hasta después de la muerte de Enrique III. Entonces cambió la moda, y el cuello que se habia añadido á la camisa se



(Sala de los abencerrajes en la Alhambra.)

echó sobre el vestido. El cuello estendido así y recortado un poco por detrás, se llamaba *valona*, reforma que vino á ser el adorno indispensable de todos aquellos que pretendian seguir con regularidad á las modas; y como el lujo iba siempre creciendo, se inventó hacer las *valonas* postizas, y de una tela fina y almidonada, guarnecida de encajes, que se unian por delante por medio de dos cintas adornadas de borlitas mas ó menos ricas.

De aquí se deriva la etimología de la palabra corbata. Menage dice que esto es una corrupcion de la antigua palabra *carabata*, que era una clase de cuello para uso de los carabineros, especie de caballería ligera del siglo XVI. Furetiere, al contrario, pretende que esta palabra viene de la costumbre que tenian los croatas de llevar alrededor del cuello un pedazo de tela, al que se habia dado aquel nombre. Lo que nos obliga á separarnos de esta opinion es que en el año de 1660 se vió llegar á Francia un regimiento de caballería estranjera, compuesto de croatas, que llamaba la atencion por la singular costumbre de llevar al cuello una especie de adorno de tela ordinaria; los soldados y los oficiales de muselina ó de seda, cuyos estremos, formando un lazo y guarnecidos de borlas, caian sobre el pecho con notable elegancia.

Inmediatamente fué imitada esta moda por los parisienses, que le dieron el nombre de *Croate*, y por corrupcion el de *Crabate*.

El regimiento que la dió á conocer primero fué llamado mas tarde *royal Cravate*, nombre singular que conservó hasta la conclusion del reinado de Luis XV: luego este regimiento vino á llenar en el ejército francés las mismas funciones que la antigua caballería ligera, carabineros y albaneses, y que los pandoros y húsares de los emperadores de Alemania. La gran boga que logró adquirir la corbata, imitacion de las que traian los soldados estranjeros, hizo que se abandonara la moda de las valonas, dejando solo su uso á los eclesiásticos y á los

togados, quienes la modificaron y la dieron nueva forma, que ha conservado hasta nuestros dias.

En la batalla de Steinkerque, ganada por el mariscal de Luxemburgo el 3 de agosto de 1692, Guillermo de Orange habia sorprendido al ejército francés cuando el calor del dia era mas vivo y mas grande; los príncipes de la sangre real de Francia, ansiosos de tomar parte en el combate, volvieron á ponerse sus largas y ricas corbatas de encaje, vieron á sus soldados en desórden, y reconocidos por ellos los llevan otra vez á combatir. Desde entonces toda la Francia queria llevar sus *Steinkerque*, y la moda duraba aun bajo la regencia, porque Regnard la cita pintando la costumbre de los elegantes de la época.

Esta moda, que no podia durar mucho tiempo, dió lugar á otra menos complicada, la de una corbata casi parecida á la nuestra, con la diferencia que los estremos no estaban guarnecidos de encajes ricamente bordados. A esta época es donde quieren hacer remontar la introduccion en los regimientos franceses del cuello militar, que no era mas que una corbata sin presilla, fija alrededor de la garganta por un broche ó hebilla, y cuya forma, lo mismo que el traje, ha variado después multitud de veces.

El uso de los cuellos pasó del ejército al mundo elegante, quien los traia de batista, de seda negra y de tafetan del mismo color; así se estilaron hasta la conclusion del reinado de Luis XVI. Durante un corto tiempo fuéron sustituidos por los lazos de cintas y los abofellados; pero fué de corta duracion la moda de estos nuevos adornos, porque la revolucion que iba tomando formas gigantescas, fué destruyendo no solo las antiguas instituciones políticas, sino tambien reformando las costumbres, cambiando los usos del pueblo, y no dejando del pasado mas que los recuerdos.

Antes de la revolucion francesa, dice el célebre cirujano Percy, se llevaban pocos cuellos, tratando de imitar á los romanos, á los griegos y á los espartanos; pero como era preciso que la garganta se hallara completamente desnuda á ejemplo de Bruto, Pericles y Leonidas, á quienes ellos habian tomado por modelos, se escotaban tanto, que se cuenta de ciertos individuos sumamente exagerados, que llevaban descubierto hasta cerca del pecho, costumbre que tenia cierta cosa de siniestro remedando á las víctimas de aquella época, y no escitando mas que la burla y el desprecio.

Por esta época volvieron á llevarse las corbatas con tal furor, que la relacion que se haga de ellas parecerá muy exagerada para el que no haya sido testigo de ellas: habia algunos que envolvian el cuello en piezas enteras de muselina; otros con tantos pañuelos, que formaban una especie de promontorio, levantándose sobre el nivel de la cabeza: el cuello de la camisa llegaba por encima de las orejas, y por delante hasta cubrir el labio inferior, de modo que con la cara rodeada de una larga barba, y con el pelo sumamente corto, presentaban el aspecto mas ridículo que se puede imaginar. El alma parecia limitada á las mismas proporciones que el rostro: ¿y cómo con semejante traje podria conservarse el libre ejercicio de las facultades intelectuales? La cabeza debia hallarse llena de sangre, y el cerebro en una compresion permanente: así es que esta moda estravagante fué causa de multitud de apoplegías fulminantes y de delirios incurables. Eran graciosas caricaturas vestidas de tal modo que no podrian mirar mas que de frente, y cuando querian ver lo que pasaba al lado suyo, tenian necesidad de volver todo el cuerpo, con el cual formaban una pieza inamovible el cuello y la cabeza, de suerte que parecian estatuas grotescas, medio bosquejadas aun.

Como en Francia el uso de las corbatas no ha tenido, como en Inglaterra, el objeto de cubrir las deformidades ó las horribles cicatrices que las escrófulas dejaban tan frecuentemente en los hijos de la soberbia Albion, se cansaron bien pronto de ellas, y en tiempo del consulado se vieron ya aparecer los cuellos de muselina, que muy pronto fuéron sustituidos por la corbata de elegante lazo: entonces nació el arte tan completo de unir con gracia los dos estremos de la corbata, de modo que indicara el nacimiento, la educacion, el tono, y lo que es mas, los diversos sentimientos que podrian agitar al que así adornaba su cuello.

Seria necesario escribir un volúmen muy abultado, si fuéramos á hacer relacion de las diversas variaciones que ha sufrido la corbata, y los diferentes nombres que se han aplicado al modo de llevarla. Citaremos los mas principales, y diremos que se han llevado corbatas *á la matemática*, *á la Marat*, *á la Americana*, *á la Italiana*, *á la Irlandesa*, *á la provincial*, *á la Oriental*, *á la militar*, *á la melancólica*, *á la Byron*, *á la Talma*, *á la Bergami*, *á la negligée*, *á la gastrónoma*, *á la Arlincourt*, *á la Colin*, *á la Rossini*, *á la Lionesa etc.*, *etc.* Todo el mundo sabe que después del paso glorioso del *Col de Teniah* en Africa se designa con este nombre á los enormes cuellos de camisa altos y muy almidonados, que llevan ciertos personajes algo atrasados en su *toilette*. Burlescamente se llaman *velas* á estos cuellos en los pueblos de puerto de mar.

Los cómicos de provincias y algunos artistas y estudiantes de París, que no tenian crédito con la planchadora ni con la lavandera, introdujeron la costumbre de los cuellos de papel; pero nadie se habia presentado con ellos en el gran mundo, hasta que de repente se vió á uno de los libreros mas ricos de Paris presentarse en los paseos y en los salones de la capital con un magnífico cuello de papel vitela, al que habia añadido un ligero adorno de pespunte, artísticamente trazado con una regla y un punzon.

Esta moda hizo furor durante muy corto tiempo, porque era económica, y porque presentaba tales inconvenientes, que al momento se caian ó se ponian inservibles por la lluvia ó el calor.

No pasamos á hablar de la corbata bajo el punto de vista higiénico, ni de los peligros que ella ofrece cuando está demasiado ajustada; tampoco nos estendemos sobre los diferentes colores que segun las circunstancias debe tener la corbata; todo el mundo sabe que el color de este adorno, lo mismo que el de todos los demás que cubren al hombre, indican con mas ó menos seguridad el gozo ó tristeza que les domina. Esto sucede tambien en el modo de llevarla, y por eso se halla uno dispuesto á calificar de loco á aquel que tiene la corbata en completo desórden, mientras que por el contrario, un lazo hecho con esmero y cuidado indica un carácter juicioso y amigo del órden.

Es verdad que todos estos indicios varian segun las circunstancias y segun las exigencias de la moda.

Los colores de la corbata no son tampoco los menos significativos para dar á conocer el carácter de cada uno, si ha habido libertad en la eleccion. Por esto las corbatas de fantasía, que se llevan en la estacion de verano, pueden, hasta cierto punto, indicar el carácter, el humor y el buen gusto del que la lleva. El hombre de genio alegre y festivo suele llevar la corbata de colores vivos y claros; el triste y ensimismado de colores oscuros; el artista, de pequeños dibujos, en los que resaltan várias flores; el original, de un color especial en su género, pero elegante; y el pretencioso lleno de vanidad, de grandes rayas de muy mal gusto.

Fuera de estos colores que solo se traen en una estacion dada y que suelen servir para el campo ó para salir de *negligée* por la mañana, los colores de la corbata realmente no suelen ser mas que de dos clases: blanco ó negro; el primero ha reinado absolutamente desde el tiempo de Luis XIV hasta la revolucion, y el segundo, traido por los militares bajo el imperio, subsistió durante las dos épocas de la restauracion y de Luis Felipe. Ultimamente era de rigor para con trajes de sociedad, y la corbata blanca solo la usaban los recien casados. Hoy dia la corbata negra es mas bien de *negligée*, habiendo sido reemplazada para vestir por la blanca con las puntas bordadas.

Los lazos han vuelto á renacer, y es para los elegantes un requisito indispensable.

USOS Y COSTUMBRES DE LOS MANDARINES CHINOS.

El abate Vinzot, misionero en China, ha publicado en un periódico estranjero los siguientes detalles sobre los usos y costumbres de los mandarines chinos, que creemos serán leidos con mucho interés.

Ssé-Tchonan 20 *de agosto de* 1853 (1).

Hace ya un año que el camino que conduce de Ssé-Tchonan á Canton se halla ocupado por los insurgentes, y esta es la razon por qué no habreis podido recibir mi carta. Aunque en la actualidad siga la guerra con encarnizamiento, el comercio, sin embargo, vuelve á respirar poco á poco; se hace ya el viaje á Canton, y nosotros podemos enviar allá nuestros cristianos, llevar nuestras comisiones y tomar el dinero y demás cosas que nos son enviadas para la propagacion de la fé.

La guerra es aquí terrible, porque los vencedores no dan cuartel á los vencidos, y si no pueden escaparse su muerte es segura. Todos los dias se cuenta que en las provincias vecinas son asesinados los mandarines, y saqueadas las ciudades, y hasta se añade que dentro de poco los insurgentes tomarán posesion de esta provincia. Esto me importaria muy poco por lo que tiene relacion conmigo: creo que ningun perjuicio se me seguiria, á no ser que quisieran hacerme comandante, porque después de la guerra con los ingleses en 1840, tienen formado un gran concepto de la capacidad militar de los europeos. Pero en realidad nada tengo que temer.

Los cristianos con quienes yo estoy se hallan sobre elevadas montañas, inaccesibles á los ejércitos. Se ven muchos sitios donde no se encuentra camino alguno, y los que hay donde nosotros estamos son muy penosos y muy difíciles de superar. Es seguro que no se pueden

(1) La Ssé-Tchonan es una provincia interior del imperio chino, que linda al Norte con el Chen-si y el Sifan de la Mongolia; al Este con las provincias de Hou-pé y de Hou-nan; al Sur con las de Khoei-tcheou y de Yun-nan; y al Oeste con el Thibet. Esta provincia es rica y fértil, y contiene multitud de fortalezas y muchas ciudades de primer órden.

transitar con pertrechos de guerra. Además de lo difíciles que estos caminos son, se han construido multitud de fortalezas sobre las alturas para guarecerse en ellas en caso de necesidad. Sin embargo, nuestros mandarines, asustados por la aproximacion de los insurgentes, procuran reunir todo el dinero posible, y lo mandan á un sitio dado, á fin de contar con recursos en caso de huida. Así es que las crueldades é injusticias que estos tiranos del pueblo ejercen todos los dias, son infinitas.

Fácilmente podrá tenerse una idea de ello si se presta atencion á los hechos siguientes: Cuando se llega á reunir una cantidad de dinero, es preciso prestársela al mandarin, y si se niega á ello es agarrotado y arrojado en una prision de donde no se pueda salir sino despues de haber dado doble cantidad de la que se le habia pedido. Se dice que las leyes son buenas en China; pero ellas son atropelladas y menospreciadas, llegando hasta el caso de prohibir á un particular que tenga la coleccion en su casa, bajo pena de unos cuantos latigazos ó la multa de algunos cientos de francos.

Cuando uno tiene mala voluntad contra sus vecinos, encuentra mil medios á cual mas seguro para vengarse; pero el mas eficaz es el de acusarles ante el pretor de los mandarines.

Estos pachás chinos se apresuran á enviar sus satélites para prender á los acusados, y no serán puestos en libertad sino despues de haber haber dado una grande suma de dinero. Si por mucha firmeza de carácter rehusan entregar cantidad alguna, al momento son conducidos ante un tribunal donde se les hace poner de rodillas, se les da veinticinco ó cincuenta palos, y despues de recibirlos se habla del crimen denunciado por el acusador. Antes de empezar el exámen de la acusacion es preciso pagar adelantado las costas del proceso, porque nunca un mandarin trabaja ni pronuncia una palabra gratuitamente. El acusador y el acusado pagan desde luego las costas por mitad, aunque tendrá que pagarlo todo este último si el primero es pobre y no tiene con qué: poco importa para esto que sea inocente y el acusador injusto.

El año último se arrojó al rio una mujer con su niño por haber tenido ciertos disgustos con su marido. Al momento se apresuraron sus parientes á presentarse ante el mandarin y le denunciaron á cincuenta familias ricas de los alrededores, acusándoles, no de haber sido causa del suicidio, sino de no haberle impedido. El mandarin tomó los nombres de los acusados, les hizo prender, agarrotar y conducir ante su tribunal. Algunos vivian á media legua del lugar de la catástrofe y no tenian ni el menor conocimiento de ella; pero no por eso lograron ponerse á cubierto de la acusacion, y por satisfacer á la justicia se vieron obligados á unirse para aprontar una suma de siescientos francos, que se repartieron entre el mandarin y los parientes de la víctima.

Si alguno muere en nuestra casa ó en sus dependencias, estais obligado á pagar todos los gastos funerales y dar de comer durante tres dias á todos aquellos que vayan á vuestra casa, teniendo ellos el derecho de maltrataros si os negais á dar lo que os piden.

Ahorcándose alguno en vuestros árboles ó ahogándose en el rio que pasa cerca de vuestra casa, es una desgracia que os traerá funestas consecuencias, y ella sola basta para reducir á la mendicidad á un propietario que tenga trescientos francos de renta, porque al momento sería acusado de este crimen, y obligado á dar sumas considerables, tanto al mandarin como á los parientes del suicida. Yo conozco á un rico chino á quien un mendigo amenazó con colgarse de uno de sus árboles, sacándole de este modo cierta cantidad por evitar el peligro que le amenazaba.

Hace ya cerca de un año que los mandarines han cesado de perseguirnos; de modo que nosotros andamos con libertad y vamos á administrar muchas veces los sacramentos hasta en medio de los paganos. Nos toman por médicos, y no parecen sospechar que ejercemos al mismo tiempo actos de religion.

Despues de un año que hace estoy por aquí, entiendo bastante bien la lengua del pais; sin embargo, aun no puedo predicar en público, porque no tengo el acento bastante formado para hacerme comprender.

EL SEÑOR JOSÉ GONZALEZ.

Era natural de Arnedo. Desde el año 1630 ya empezó á parecer con distincion en la larga carrera de la magistratura, en los negocios políticos, en comisiones del gobierno, en causas reservadas, en intrigas ocultas de corte y de palacio; Alcalde de corte, Consultor y Comisionado para ir con D. Luis de Haro, primer ministro, á ajustar la paz de los Pirineos con el Cardenal Mazarino, Consejero, Camarista, Comisario de Cruzada, Gobernador del Consejo de Indias, con facultades para transigir, y Gobernador del Consejo de Hacienda, amigo íntimo del conde-duque de Olivares, y por tanto de la confianza del rey, sucesivamente amigo de D. Luis de Haro, del P. Everardo, ya Inquisidor General, y de todos los que mandan.

Hábil jurisconsulto, elocuente político, ambicioso de gloria, astuto, reservado y codicioso, sirve al rey con actividad y acierto; y con el rey sirve mejor á sí mismo. Juntó un tesoro y fundó un mayorazgo para su hijo D. Juan, tambien del consejo. Murió en 1663.

Cuando murió su amigo D. Juan de Góngora un poco antes de él, se le dió al público este aviso.

Góngora murió, y de aquí
podeis inferir, mortales,
que tambien se ha de morir
el señor José Gonzalez.

El año de 16 que estaba en todo su auge, hizo un testamento fastuoso, de que tiene copia el que escribe estas notas y tambien de su codicilo reformado poco antes de morir. En aquel está el mayorazgo fundado con seis ú ocho grandes y presidentes de los consejos á quienes hace testamentarios, y protectores de su disposicion. Quiere que el rey le premie señaladamente el viaje que hizo á los Pirineos. La casa principal en que vive, hecha y trazada por él mismo (esquina de la calle de las Rejas, donde suelen vivir los embajadores de Inglaterra), el palacio, jardines y haciendas, hechas por él, compradas en Boadilla. El patronato de aquel convento de carmelitas que fundó, la casa del alto de Buena-Vista que compró donde hoy hace la suya el duque de Alba cerca del Prado, y otras muchas fincas y rentas, entran en la vinculacion, haciendo cuanto puede para que no vaya á parar al conde de Toreno, que hoy es el poseedor de lo que ha quedado.

En este se reformó en horas mas desengañadas. Las rentas se aplican á memorias, obras pías, y limosnas que actualmente se cumplen.

Las estátuas de mármol que trajo de Italia para adornar los jardines de Boadilla, las compró el marqués de Mirabal, cuando fué presidente del Consejo; hoy las tiene el duque del Infantado en su palacio de Chamartin. Algunas son muy buenas.

Dice el conde de Campomanes que en el archivo del Consejo estan los autos que se le hicieron por acusacion y demanda formal de peculado que le puso un fiscal del Consejo.

Que Gonzalez hizo su defensa muy elocuente y buena, la cual está impresa y acompaña al proceso. Que incomodándole mucho ser el objeto de la espectacion pública y lo mucho que de él se hablaba en Madrid, acudió á los resortes de su política para echarle encima otro objeto de mayor atencion, y que al mismo tiempo ilustrase su nombre ahogándose el otro. Como lo pensó, lo hizo y le salió. Propuso pues á Felipe IV la creacion de la junta de la Inmaculada Concepcion, con su augusta real autoridad, para los altos fines que esplicó á S. M. Se le aceptó el pensamiento; todos se aplicaron á trabajar y á escribir sobre él. Llegó á su feliz ejecucion, y se acabaron las conversaciones amargas del feo peculado.

Cuando en 1642 desterró Felipe IV al conde-duque de Olivares á Loeches, hubo ciertas cosas secretas que no se supieron en aquel tiempo, y tambien con la condesa su mujer que se quedó en Madrid y era camarera mayor.

El rey echó mano de José Gonzalez, le envió en secreto á Loeches con cartas de su puño. Se entendió el rey con los condes, y José Gonzalez con el rey y con ellos. La certeza de todo esto la tiene el que lo escribe aquí, en cinco cartas originales de letra del mismo Gonzalez escritas al rey. S. M. se las envió en los dias de sus fechas, con las respuestas al márgen de su mano y rúbricas. Todas estan bien conservadas. Esto se escribió en 1785.

VIGNOLA CORREGIDO.

ROMANCE.

A UN ARQUITECTO

—

A tí, mi querido Juan,
que eres sastre de edificios
y constructor de fachadas,
ó arquitecto, que es lo mismo;
Yo que á fuer de literato
de todo entiendo un poquito,
consejos arquite-tónicos
en un romance te endilgo.

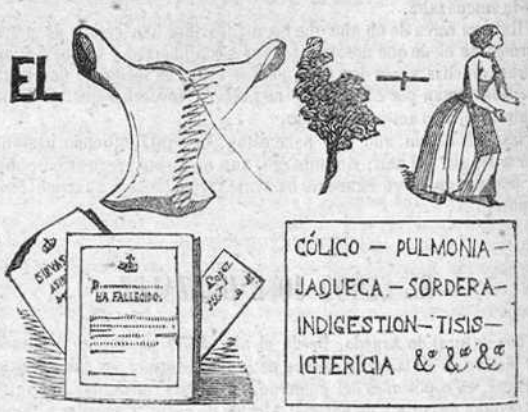
Escúchalos con cuidado,
que la musa de lo artístico
me los dictó la otra tarde
en la cúspide del Pindo.
Escúchalos, y desprecia
las rarezas de lo antiguo,
con aquellas paparruchas
de lo dórico y corintio.
¿Qué valen, dí, Grecia y Roma,
con sus moles de granito,
alzando altivas sus frentes
á través de tantos siglos?
¿Qué son, sino mazacotes
las pirámides de Egipto,
las acrópolis, los arcos,
y las termas y los circos?
¿Qué valen ya las mezquitas,
los alcázares moriscos,
las góticas catedrales
y los feudales castillos?
¡Oh Juan! no pases las horas
viendo en estudio prolijo
sus calados ajimeces
y sus matizados vidrios.
París, París el moderno,
es el modelo y el tipo,
que si anhelas fama eterna
has de estudiar con ahinco.
Mira con cual gallardía
luce, elegante y sencillo,
sus palacios de buen gusto,
tan cómodos, tan bonitos.
Mira alzarse hasta las nubes
uno sobre otro sus pisos,
lo mismo que en un estante
las tablas llenas de libros.
No busques en sus fachadas
de Paros mármoles limpios,
ni calados, ni relieves
en dura piedra esculpidos.
Busca de barro y de yeso
recargados adornitos,
y de luciente escayola
el casi marmóreo brillo;
Que es muy barato y muy bello
enlodar los frontispicios,
y que al llover se deshagan
lo mismo que azucarillos.
Sobre columnas de hierro
y cristales ¡oh prodigio!
mira manzanas enteras
elevarse hasta el Olimpo.
Así parecen las casas
estar en zancos ó en bilo,
ó bailarina andaluza
remangándose el vestido.
Pero dejemos á Francia,
y á Madrid vente conmigo,
verás al pié de la letra
todo aquello traducido.
Verás perderse en las nubes
los sotabancos altivos,
haciendo á sus habitantes
de los ángeles vecinos.
Verás pintadas las casas
de rojo, azul y amarillo;
todo un claustro de doctores
representando á lo vivo.
Verás muchas que compiten,
en adornos infinitos,
con los palacios de Herodes,
de un nacimiento de niños.
¿No te encantan esos muros
con floreos y cuadritos,
imitando estera fina
sobre fondo de ladrillo?
¿Pues y el vestir las iglesias
cual si fuesen gilguerillos,
á modo de catedrales
de Alcovendas ó de Pinto?
Mira ese largo convento
por el tiempo ennegrecido,
que está diciendo sin lengua
la *barbarie* de otros siglos.
Nosotros para ilustrarlo
de almazarron lo vestimos,
con venas de hoja de lata
á manera de pellizcos.
Caigan pues los sucios restos,
que rechazan por indignos
el ornato y la cultura
de la tierra en que vivimos.
Bien hayan las gacetillas
que claman con celo activo
para que á todos los pongan,
con fresa y natillas, limpios.
Afuera, afuera antigualla:
Madrid moderno es mas lindo
con sus balcones formados
como ejército de quintos.
De portales y escaleras
con el espléndido brillo,
que al portero y los caballos
da el lugar mas esquisito.
Con sus Babeles, que encierran
todo un pueblo en su recinto;
míseras celdas por dentro,
por fuera alcázares ricos.
Con sus casitas de campo,
vulgo despachos de vino,
tan animadas y alegres,
sobre todo los domingos.
Con sus quintas para muertos,
con sus quintas para vivos,
donde entre flores y polvo
yacen todos en retiro.
Conque Juan, si has de ser sabio
y grande, y casi divino,
haz que te ensalcen las gentes
ensalzándote á tí mismo.
Derriba, copia y desprecia,
y á tuerto ó derecho, ¡oh primo!
si quieres nombre de artista
llénate bien los bolsillos.

José GONZALEZ DE TEJADA.

SOLUCION DEL PROBLEMA PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

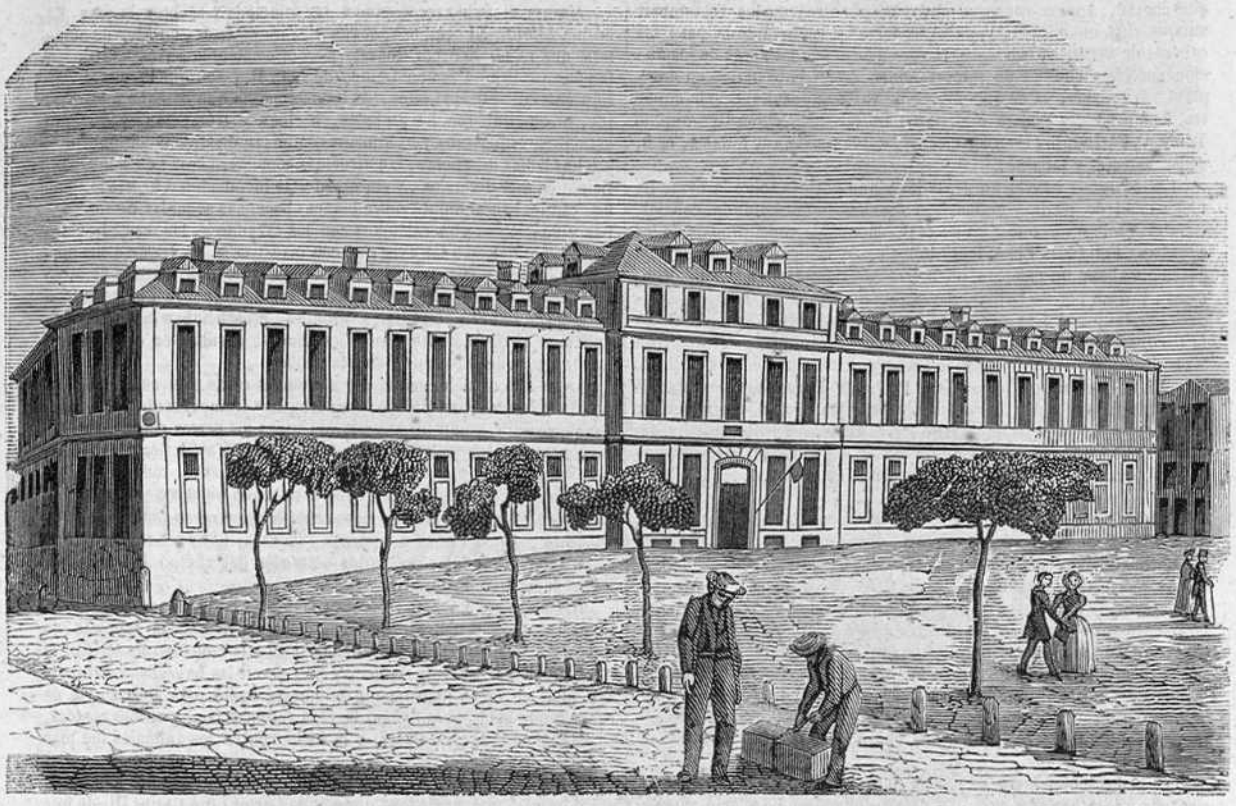
En casa del herrero cuchillo de palo.

JEROGLIFICO.



Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario é Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra.



EL CUARTEL DE SAN OVIDIO EN OPORTO.

Siendo corregidor y proveedor de la comarca y ciudad de Oporto Francisco d'Almada y Mendoza, proyectó la construccion de un edificio destinado para acuartelamiento. Escogióse para fundarle el campo de San Ovidio, confiándose el proyecto y direccion de la obra al ingeniero Oudinot, coronel francés al servicio de Portugal. Queria este, así como el maestro de obras públicas, Joaquin de Costa Lima, que el cuartel se edificase en la parte alta de aquel campo; pero como los terrenos designados pertenecieran á dos familias poderosas de la ciudad, que vieron de mal talante el sitio elegido, decidióse por contemplacion á ellas que el cuartel se levantara en medio del campo. A pesar de observar el arquitecto que perderia mucho aquel bello campo robándole una gran porcion de terreno y cubriendo con el nuevo edificio la vista de la iglesia de Lapa, persistió Francisco d'Almada en la variacion de local, y lo consiguió con su inmenso valimiento.

Comenzóse la obra por los años de 1797 ó 1798, segun los deseos del coronel Oudinot; pero cuando el edificio tocaba á su conclusion suscitáronse algunas desavenencias entre aquel y Francisco d'Almada, siendo encargada la conclusion á José Francisco de Paiva, conocido después con el nombre de *José Francisco de los cuarteles*. El motivo ostensible de esta disidencia parece que fué el remate del cuerpo central del edificio, que segun el dictámen de Oudinot debia ser coronado con un tímpano, decorado con las armas reales, y adornado con trofeos de guerra. Fácil es concebir cuánto ganaria el edificio con este coronamiento; por lo tanto debe creerse que disgustado aquel magistrado por cualquier otro motivo, buscó aquel pretesto para separar á Oudinot de la direccion de la obra, siendo el resultado que el edificio quedase sin ningun carácter arquitectónico, y el cuerpo central sin elegancia alguna. José Francisco remató este cuerpo con las armas reales, colocando entre ellas dos cornucopias, adorno estravagante, propio de un colegio público ó mercado, pero no de un cuartel.

El del campo de San Ovidio es muy vasto, forma un cuadrilongo, cuyas bases laterales y fondo constan de un solo pavimento, destinado al acuartelamiento de los soldados; puede contener cómodamente hasta 13,000. En el centro tiene una gran plaza, y en el centro de él se eleva un pequeño edificio en que se hallan situadas las cocinas.

El campo de San Ovidio, modernamente llamado Campo de la Regeneracion, es regular y muy estenso, á pesar de haberle robado el cuartel mucho terreno; está guarnecido del lado de la calzada por una fila de marmolillos y árboles. El cuartel ocupa el fondo del campo; por los lados pasan las calles de *Dezeseis de Maio* y *Nova d'Almada*; la primera de estas es la que se ve en nuestro grabado, la segunda termina en la iglesia de Nuestra Señora de Lapa, donde está depositado el corazon de D. Pedro, duque de Braganza.

DE LA CAZA.

Si nuestro objeto fuera el analizar escrupulosamente el origen de la caza, tendríamos que buscarla en la infancia del mundo, pues los hombres, ya por inclinacion, ya por necesidad, y muchas veces por propia seguridad mas que por conveniencia, han tenido en todo tiempo que ser enemigos en cierto modo de algunas clases de animales, y procurar hostilizarlos hasta la muerte, cuya persecucion es lo que se entiende por caza generalmente, sea cualquiera el motivo que la promueva.

Los egipcios respetaban los animales hasta tributarles culto y adoraciones; de suerte que si pugnaban por cazarlos, era solo con el objeto, bien de domesticarlos, bien de encerrarlos en el recinto sagrado de los templos de sus divinidades en un principio; y cuando después se introdujo el sacrificio de sangre, con el de educarlos para conducirlos como hostias sagradas á la pira á ser inmolados en obsequio de los dioses. La sencilla religion de los egipcios pasó á los griegos, y de estos á los romanos, los que la acrecentaron notablemente.

Los combates del anfiteatro daban pábulo tambien á la caza de las fieras, de suerte que el hombre se convirtió en fiera para saciar sus deseos.

Diana era la diosa protectora de los cazadores entre los griegos, á la cual solian representar en este ejercicio, persiguiendo á saetazos á un ciervo ú otro animal silvestre, y el dios Pan era el que protegia este ejercicio entre los romanos. Los primeros, en obsequio de su diosa, colgaban las cabezas y piés de los animales á los árboles. Los antiguos galos eran muy aficionados á la caza del gamo y del toro salvaje, segun Lenoir, y sus cuerpos perfectamente dorados se colo-

caban como triunfos en los sitios públicos, y sobre las puertas de sus casas, adquiriendo gloria los jóvenes á proporcion del número de toros que cogian. Aun se conserva entre nosotros esa misma costumbre, aunque algo modificada, y nuestros lectores verán á cada paso las cabezas de venados, ciervos y jabalíes adornando las casas de los aficionados. Los cuernos de toros tambien solian engastarlos en oro y plata para servir, ya de adorno, ya de vasos en los grandes banquetes. Los animales que se preferian para la caza, segun Gregoire de Tours y Fortunato, eran los ciervos, cabras salvajes, hulalos, osos, asnos salvajes y jabalíes.

Los antiguos escribieron tratados y aun poemas sobre la caza. La inmensidad de piedras grabadas en anillos representando conejos, ciervos, etc., é instrumentos de caza, los señala como propios de los cazadores antiguos. Los griegos lanzaban á la fiera ó bestia salvaje desde el caballo un palo con un hierro puntiagudo llamado por ellos maza, *pedum* por los latinos, y venablo ó jabalina por nuestros antiguos, de la que aun se sirven los árabes del desierto. *Xenophonte* en la *Ciropedia* esplica por boca del padre de *Cyclael* modo de cazar con lazos los pájaros en su tiempo, y con perros las liebres (Lib. I, cap. VI.) En el mismo libro, Cap. IV, habla *Xenophonte* tambien de la educacion que debia darse á los perros para la caza. *Spanhemio* y *Mr. Mongel* trataron de la caza de los antiguos perfectamente, como puede verse en las obras del primero y en las memorias del segundo sobre la caza de la liebre, inserta en 1812 en las obras de la Academia de bellas letras de París.

Los instrumentos que usaron principalmente los antiguos para la caza fuéron: un dardo de tres puntas, otro con larga punta de hierro, flechas bien afiladas, espadas, rejones, tridentes, dardos corvos y mazas rodeadas de plomo.

A pesar de todo esto, estos grandiosos pueblos no conocieron enteramente como diversion las incomodidades y fatigas inherentes á la caza, la cual tenian como peculiar de los salvajes, de los que es necesaria, como dijo Jovellanos; pero avanzando á la soberbia Roma, las legiones del Norte introdujerón, por do quier que dirigieron sus conquistas, sus costumbres fieras y guerreras; y la caza, á la que se entregaban durante la paz, fué desde entonces la favorita diversion de los pueblos.

Los godos tenian leyes de policía para la caza, y aun obligaban á ejercerla á los guerreros para que no se amilanasen en el ocio, cuando la guerra, que era su pasion favorita, no les ocupaba; por esta razon España admitió desde el principio de su dominacion esta costumbre, que fué la mas favorita de los caballeros de la edad media, antes de la introduccion del torneo y demás ejercicios á que después se dedicaron.

El genio reflexivo que caracteriza á los españoles les hizo buscar novedades en la caza, y de la de fieras pasaron á la de aves, que les ofrecia mayor diversion por lo mismo que necesitaban de mas artificio y mas estudio: hé aquí la division de la caza en montería y cetrería. Las aves de rapiña fijaron filosóficamente la atencion de los cazadores, y su educacion ocupa un lugar distinguido en las páginas del arte. El alcotan, alfaneque, borny, azor, neblí, sacre y gerifalte eran las aves mas apreciadas, y se las cuidó de tal suerte que en toda la Península, particularmente en Asturias, habia aztoleras ó gavilanceras donde se criaban y educaban con el mayor esmero, llegando hasta el estremo de que arrojado un halcon á cualquiera ave, la cogia y la traia á la mano del cazador. El canciller don Pedro Lopez de Ayala escribió un arte de cetrería, al que remitimos al que quiera instruirse por menor en este género de caza, y por él se ve lo generalizada que estuvo en España esta costumbre, de la que se da tambien razon en los cantos de nuestros antiguos poetas, como puede verse en el *Romancero general*, particularmente en los que tratan de los infantes de Lara, y en el que inserta Duran en el suyo, pág. 11, tomo IV, que dice así:

A cazar va el caballero,
A cazar como solia;
Los perros lleva cansados,
El falcon, perdido habia.

En la villa de Niebla, durante el reinado del rey Vamba, dice el erudito Covarrubias, se vieron unas aves de rapiña que se domesticaban con facilidad, á las cuales se les puso el nombre de Neblís, y estas aves fueron las que usaron los cazadores durante la dominacion de los godos hasta la pérdida de España.

A pesar de lo borrascoso del reinado de Pelayo, los nobles astures, en los pequeños intervalos de paz que les dejaba el agareno que pugnaba por conquistarles, se entregaban á la caza de montería, y la historia nos pone de manifiesto la desgraciada muerte del hijo de don Pelayo, muerto por un oso en los montes de Cangas. En algunos monumentos antiguos se advierte aun la aficion de aquellos guerreros á la caza, entre ellos el chapitel de una columna de la iglesia de Villanueva, en la que se halla entallado con su halcon en la mano el rey don Favila, segun lo afirman los PP. Sandoval y Florez.

Alfonso el Sabio recomendó á los príncipes y señores la caza. El mismo Alfonso XI compuso, segun dice un escritor, un libro de montería que se publicó por Gonzalo Argote de Medina, y esta diversion tan agreste llegó á ser en tiempo de Juan II y Enrique IV una diversion enteramente cortesana. Al bronco cuerno que llamaba á los perros, se sustituyeron los atabales, bocinas y trompetas, y un gran número de ballesteros y halconeros conducian diestros neblíes.

Las bellas españolas, tan atrevidas como hermosas, quisieron participar de esta diversion, y sin manifestar incomodidad ni miedo alguno, caminaban al monte sobre blancas hacaneas seguidas de sus dueñas y doncellas, y mezclándose con los cazadores, las mas atrevidas soltaban el halcon á las aves que con maestria se las traian á sus manos, ó lanzaban con gallardía el agudo venablo á la fugitiva fiera, no sin peligro de una desgracia algunas veces. Aquellas que no habian recibido de la naturaleza dotes varoniles, presenciaban la fiesta desde andamios perfectamente adornados, que se alzaban en el centro del monte, y desde ellos lanzaban sus neblíes.

La vuelta de una cacería era una de las cosas mas suntuosas que podian verse en aquel tiempo: los atabales y trompetas abrian la marcha; despues seguian los ballesteros; luego los perros con ricos collares; en seguida los halconeros conduciendo estas aves; los caballeros y las damas seguian despues, perfectamente equipados, todos á caballo, y cerraban la marcha los monteros escoltando un carro en que se llevaban las reses cubiertas con ricos reposteros, y otros conduciendo los venablos y demás armas y pertrechos de caza. Las aves se ostentaban como gala, llevándolas por banda alrededor del cuerpo los escuderos de las damas que las habian cazado.

Hasta el siglo XV estuvo en toda su fuerza la espresada costumbre; pero inventada la pólvora, é introducida en España la escopeta, la caza sufrió una completa revolucion, y en ella concluyó de ser útil el halcon y demás aves de rapiña, y perecieron las ballestas y catapultas, pues el nuevo instrumento de muerte bastó para toda suerte de caza. Desde esta época, como la caza fué mas fácil y menos costosa, se estendió á todas las clases, y la lucha contra los animales fué mas terrible.

Todos los reyes de España han sido mas ó menos aficionados á la caza; pero el mas aficionado después de Carlos I fué Carlos III, de que son buenos testigos los reglamentos que dió sobre la custodia de jabalíes, venados y demás en los montes del Pardo, y el gran número de monteros y demás empleados que tenia solo para la caza. Su hijo Carlos IV tuvo tambien mucha aficion, pero no en tanto grado.

G.

MELODIAS HEBREAS.

(LORD BYRON.)

ELLA SE ACERCA RADIANTE DE HERMOSURA.

Ella se acerca radiante de hermosura, como la noche de los climas sin nubes y los cielos estrellados: todo cuanto la sombra y la luz tienen de mas encantador se ha reunido en su semblante y en sus ojos; una dichosa alianza produce en ella esa dulce claridad que el cielo niega al esplendor del dia.

Una sombra de mas, un rayo de menos, hubieran casi alterado la gracia inefable de cada trenza de sus negros cabellos, que esparce un encanto seductor en su rostro. La serenidad de sus facciones revela la pureza de sus pensamientos.

La sonrisa y el rubor que animan aquellas mejillas, y aquella frente tan dulce, tan tranquila y tan elocuente, recuerdan dias pasados en la virtud, un alma en paz con toda la tierra, y un corazon cuyo amor es inocente.

EL ARPA DEL REY POETA.

Rotas estan las cuerdas del arpa del rey poeta, del príncipe de los hombres, y del elegido del cielo; esta arpa no es ya el arpa consagrada por las lágrimas que vertian todos aquellos que escuchaban sus acordes melodías. Dóblese el llanto; sus cuerdas estan rotas!

Ella ablandaba con su dulzura los corazones de hierro, y les comunicaba virtudes; no habia oido tan insensible, ni alma tan fria que resistiesen el poder de sus sonidos. ¡El arpa de David era mas poderosa que su trono!

Ella cantaba los triunfos de nuestro rey; celebraba la gloria de nuestro Dios; regocijaba nuestros valles, y hacia inclinarse á nuestros cedros y á nuestras montañas; sus armonías subian al cielo, y allí resuenan ahora.

Desde entonces... no se les oye en la tierra; pero la piedad y el amor arrebatan aun el alma con sones que parecen salir de los atrios celestiales, sumergiéndola dulcemente en esos sueños que la resplandeciente claridad del dia no puede interrumpir.

SI EN ESE MUNDO ELEVADO...

Si en ese mundo elevado que está mas allá del nuestro, el amor sobrevive con nosotros; si el corazon del objeto amado nos conserva allí su ternura; si sus ojos son los mismos, aunque no humedecidos por el llanto, ¡cuánta no será la felicidad de ser admitido en esas esferas desconocidas! ¡Cuán dulce no seria morir en esta misma hora, volar lejos de la tierra, y ahogar todos nuestros temores en el océano de la eternidad!

Y así será: no es por nosotros mismos por lo que temblamos en la ribera, cuando impacientes por salvar el abismo, permanecemos aun amarrados á la frágil cadena de la existencia. ¡Ah! creamos que en este porvenir encontraremos los corazones que estuvieron unidos á los nuestros, para refrescarnos con ellos en las ondas inmortales, y pertenecerles para siempre sin temer la separacion de la muerte!

LA GACELA SALVAJE.

La *gacela salvaje* puede aun triscar con alegría sobre las colinas de Judá, y templar su sed en todas las fuentes que brotan de esta tierra santa; sus aéreos pasos se detienen, y su ojo brillante no distingue en torno suyo nada que la espante.

Judá ha oido en otros tiempos sobre estas colinas pasos no menos ágiles, y ha visto ojos mas seductores; ha conocido en estos lugares, hoy desiertos, habitantes mas dignos de embellecerlos. Los cedros balancean aun su follaje sobre el monte Líbano, pero las nobles hijas de Judá no estan allí.

¡Mas dichosa es la palmera que sombrea estas llanuras, que la raza dispersa de Israel! La palmera habita en el lugar en que se ha arraigado, y es la hija graciosa del desierto; no puede abandonar el sitio de su nacimiento; no podria vivir en un suelo estraño.

Pero nosotros estamos condenados á vagar afrentados y á morir en tierras lejanas; nuestras cenizas no descansarán con las cenizas de nuestros padres; ya no resta ni una piedra de nuestro templo, y la irrision está sentada en el trono de Salem.

¡OH! LLORAD POR AQUELLOS...

¡Oh! llorad por aquellos que lloran en las orillas del rio de Babilonia; por aquellos cuyos templos estan desiertos y cuya patria es un sueño: llorad sobre el arpa despedazada de Judá; gemid... Allí, donde habitaba su Dios, habitan hoy los que no tienen Dios.

¿Adónde pues lavará Israel sus piés ensangrentados? ¿Adónde le consolarán los dulces cantos de Sion? ¿Cuándo la melodía de Judá regocijará á los corazones, que saltaban al oir sus acentos celestiales?

Tribus errantes, corazones desolados, ¿adónde huireis para hallar reposo? La paloma torcaz tiene su nido; la raposa su cueva; los pueblos su patria... ¡Israel no tiene mas que la tumba!

AMOR SIN FÉ.

NOVELA ORIGINAL.

(Aprobada por el censor.)

A FERNAN CABALLERO.

Nadie puede negar á la inspirada autora de *Clemencia*, *Lágrimas* y *La Gaviota*, las altas dotes de inteligencia que constituyen el poeta y el novelista. Vuestras obras, escritas con gala y fluidez de estilo, llenas de ternura y poesía, siempre basadas en una fábula de reconocida moralidad, os hacen muy digna del renombre literario que en poco tiempo habeis alcanzado.

Pero aun mas que vuestro talento de escritor, amo los sentimientos de vuestra alma. No os conozco; sin embargo, me parece imposible que la autora de *Sola* no tenga un corazon dulce y bueno, como las ideas que vierte su pluma. Esta creencia me ha impulsado á dedicaros *Amor sin fé*, débil ensayo, desnudo de todo mérito literario; pero en el cual he tratado que domine el mismo espíritu de vuestras novelas: volver á la sociedad la fé que consuela, la fé que salva.

Aceptad, Fernan Caballero, esta ligera muestra de la estimacion que os profesa

Luis VIDART.

Madrid 26 de abril de 1854.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL RETRATO.

¡Cuántos genios produce el siglo XIX! Era antes el saber patrimonio de pocos; ahora lo *hemos arreglado de otro modo*. Todos sabemos mucho, y no contentos con esto, tratamos de ilustrar al corto número de ignorantes, cuya miope inteligencia no ve la luz de la ciencia, tan clara y refulgente en los venturosos tiempos que alcanzamos. ¡Ilustrar! Hé aquí el deseo noble y desinteresado de todos los que pluma en ristre nos lanzamos al terreno de la prensa. Para que nuestra sana intencion se cumpla, el militar habla de moral y filosofía, el abogado de táctica, el médico de bellas artes, y de este modo nadie comete errores, porque todos tratan de aquellas materias que sus estudios hacen que conozcan con mas profundidad.

No creais por eso, bellas lectoras, que es trillado camino el que á la inmortalidad conduce. No; son mas las dificultades que se tocan al escribir, que las ilegalidades de una eleccion de diputado, y que las sonrisas dulces de una coqueta *pur sang*. Y como ejemplo, mas de una hora hace que estamos discurriendo una descripcion que presente novedad de las ferias de Madrid, y lo mas triste es que no la encontramos. Nosotros hablaríamos de las niñas que piden y de los galanes que dan; de los niños que lloran por juguetes y de los padres que lloran por el dinero que cuestan; de los pedantes que hojean libros que no entienden, y de los aficionados á pintura que buscan originales de Rubens y Murillo, de... pero basta, basta; todo esto se ha descrito por distinguidos críticos, y nosotros no haríamos mas que repetir mal lo que otros dijeron bien.

Dejemos pues la feria, y penetremos en los no muy espaciosos salones de la Academia de San Fernando. La esposicion de pinturas: primer cuadro, un retrato del general T...; segundo cuadro, un retrato del banquero H...; tercer cuadro, otro del conde de L... ¿Dónde estan lienzos históricos, filosóficos y de costumbres? ¿No hay en España quien los sepa pintar? Respondan por nosotros *Godofredo de Bullon*, de Federico Madrazo; *La Prudencia y la Hermosura*, de Carderera; los paisajes de Villaamil; *Don Rodrigo Calderon*, de Rivera, y otros mil cuadros de estos últimos años, que bien pueden figurar al lado de las concepciones célebres de Vernet, Decaisne y Delacroix.

Si esto es así, ¿por qué yace en doloroso abatimiento la pintura española? ¿Por qué los poderosos de la tierra carecen de buen gusto y de instruccion? ¿Por qué concluyó el tiempo en que Carlos V recogia el pincel á Ticiano, y Felipe IV pintaba la roja cruz de Santiago en el pecho de Velazquez? Lo que acabamos de escribir tiene algunas honrosas escepciones; pocas son, pero fuerza es confesar que existen.

¡Cómo divagamos! Desde los *genios* del siglo hemos pasado á las ferias de Madrid, y ahora nos encontramos en la esposicion de pinturas. Sin embargo, no sentimos nuestra venida á este sitio; nos hallamos delante del retrato de una bellísima jóven, hecho por un eminente artista: razon tiene Arolas:

Sin flores y sin hermosas,
¡Qué fuera de los mortales!
Bien habeis brotado, rosas,
Entre el lodo de los males.
Que para endulzar dolores
Nos dió el padre de los seres
La beldad de las mujeres
Y el perfume de las flores.

Hay á nuestro lado un jóven vestido de luto; contempla el retrato con una mirada llena de melancolía; tal vez habrá perdido hace poco alguna persona muy querida, y su tristeza se revela hasta en la espresion de sus ojos. Largo rato permanece el jóven con la vista fija sobre el cuadro, y no daba señales de abandonar aquel sitio, cuando un amigo que le acompaña le coge el brazo, diciéndole al mismo tiempo:

—Vámonos, Enrique, no te vayas á enamorar de ese retrato, como Pigmalion de su estátua. Y en verdad que estos amores me parecen poco placenteros. Y al decir esto último pliega sus labios con una sonrisa que quiere ser maligna.

—Verdaderamente que es una jóven encantadora, contesta Enrique siguiendo el curso de sus pensamientos. *Ojos claros, serenos*, rubios cabellos, rosados labios, figura aristocrática y elegante... tienes razon, estoy próximo á enamorarme. ¿Sabes quién es el original de esa copia?

—No recuerdo ahora su nombre; pero creo que he visto á esa muchacha en casa de mi amiga la marquesa del Humo. ¡Qué pronto te entusiasma la belleza! Eres lo mismo que mi amigo el conde del Chopo:

desde la princesa altiva
á la que pesca en ruin barca
no hay hembra á quien no suscriba:

su *amor* no reconoce distinciones ni categorías. ¡Qué muchacho tan elegante y de tanto talento es el conde! ¿Le conoces?

—Un poco. A mi modo de ver es uno de los muchos fátuos que se encuentran en la moderna sociedad española. Monta á la inglesa, habla en francés, canta en italiano, y se desata en diatribas contra el atraso y barbarie de España, repitiendo la conocida frase: *el Africa empieza en los Pirineos.*

—Chopo ha viajado por el estranjero; compara nuestra sociedad con la de las naciones mas adelantadas en la senda de la civilizacion, y no puede menos de lamentarse de que en España no haya ciencias, ni literatura, ni industria, ni nada mas que ignorancia, corrupcion y...

—Basta, basta. Nadie mas competente que el conde del Chopo para zaherir los vicios y desterrar la ignorancia. Estuvo en Londres y estudió profundamente el carácter del pueblo inglés, luciendo en Hyde-Park y Regent-Park sus magníficos trenes y soberbios caballos. Fué después á París, y para comprender ese espíritu de asimilacion que constituye la ciencia y literatura francesas, se entregó á una pasion desenfrenada por cierta bailarina, la cual le obligó á derrochar gran parte de sus cuantiosos bienes. Encontrándose lleno de deudas volvió á Madrid, y ciertamente que los descubrimientos que nos trajo Chopo de su *científico* viaje debieran de escribirse en marmóreas páginas y con doradas letras.

—Si Chopo no tiene una vasta instruccion, sabe al menos ser el ídolo de todas las mujeres.

—Tienes razon, Miguel; el recurso de Júpiter con Danae es eficacísimo en los tiempos que alcanzamos. No hay corazon que resista una lluvia de oro; todos se venden; el mas caro cuesta la mano de esposo, y el mas barato tres ó cuatro suspiros arrancados de lo profundo del... alma

La conversacion de nuestros jóvenes interlocutores iba tomando un tinte de tristeza demasiado fuerte, y no tratando de turbar la ale-



(Interior de la Catedral de Córdoba.)

gría de nuestros lectores, les hacemos gracia de gran número de ideas muy dignas de inspirar la pluma del lacrimoso Heráclito.

CAPÍTULO II.

UN DESAHOGO DEL CORAZON.

Todo tiene fin y acabamiento en este miserable mundo. Todo lo concluye el tiempo:

Las torres que desprecio, al aire fuéron,
A su gran pesadumbre se rindieron.

Las ferias de Madrid del año de 185... (época á que se refiere esta historia) no estaban exentas de la indeclinable ley que acabamos de citar. Los soldados de plomo habian sido sustituidos con los mazapanes de Toledo; el grito de «¡á los ricos melocotones de Aragon!» con el *canto* armónico de los pavos, y la esposicion de pinturas con los chistosos nacimientos donde halla tan grato solaz una parte del *ilustrado público* de la capital de España.

Empero si hay algo eterno en el mundo, es el dolor en los corazones de nobles y generosos sentimientos. Vimos en la esposicion de pinturas un jóven cuyo melancólico mirar y sarcásticas palabras manifestaban á las claras el hondo penar que marchitaba su existencia. Subamos la magnífica escalinata de una casa de la calle de Alcalá; penetremos en el cuarto principal, y después de atravesar áureos y deslumbradores salones, llegaremos á un espacioso gabinete donde veremos á Enrique pálido, triste, meditabundo cual ya le hemos descrito la primera vez que apareció en nuestra pobre, si verdadera narracion.

Enrique de Aguilar es jóven y rico; no se sabe sea amante desdeñado; no tiene ambicion de goces materiales; ¿cuál es el oculto dolo

que hace nacer prematuras arrugas en su blanca y despejada frente? Una carta que acaba de escribir á su amigo Carlos de Alarcon contesta á esta pregunta. Héla aquí:

«Querido Carlos: sabido es que sirve de blando lenitivo á nuestras penas el confiarlas á quien sea capaz de comprender y sentir las agitaciones de nuestra alma. No diré yo que estés dotado de una sensibilidad esquisita; pero sí que tu elevado talento te presenta claras las elucubraciones mas confusas del espíritu amado, y perceptibles los mas ignorados latidos de un corazon que combaten el desencanto de la vida y aspiraciones de célica y no hallada ventura.

Amo la verdad,

Mas que las aves el espacio abierto
Y el pez el elemento cristalino;

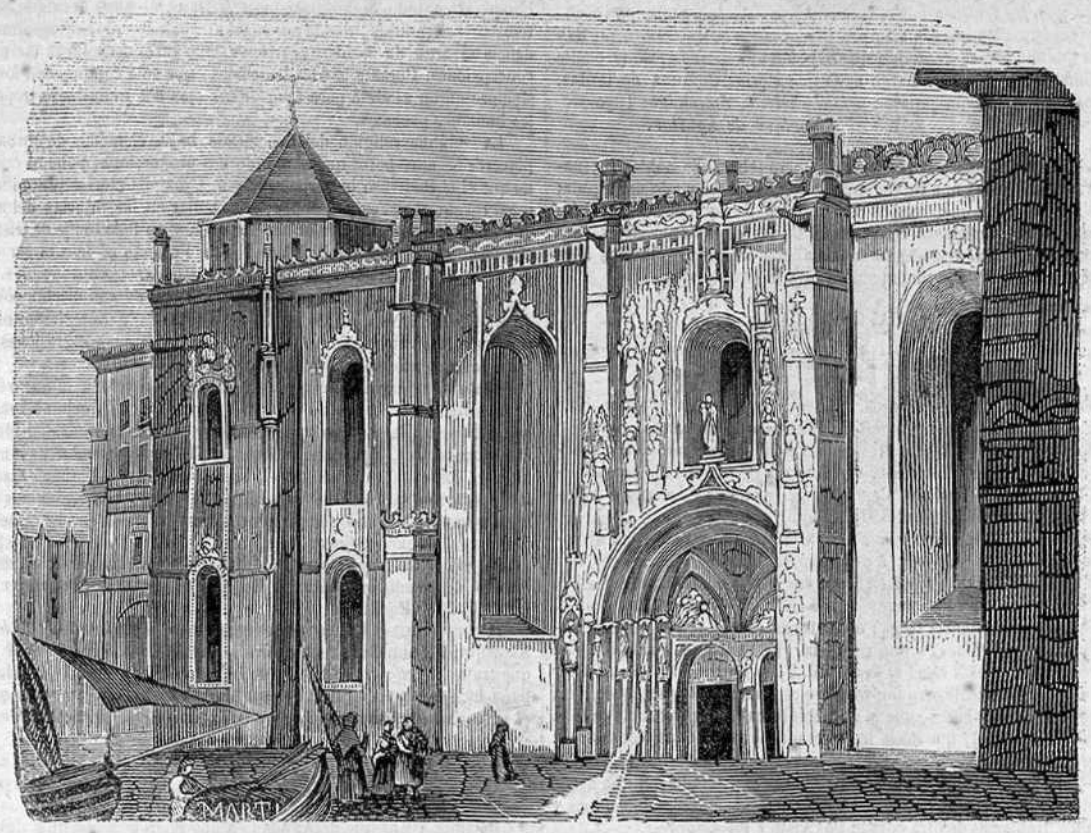
por eso no procuro disfrazar el sentimiento que hace que hoy te dirija estas mal perjeñadas líneas. La ruda franqueza, al decir de Lamartine, es base de la verdadera amistad.

Hay horas en que dudo del estado de mi razon. Efectivamente, si se llama loco al que se aparta del comun sentir, no hay duda que estoy próximo á merecer este honroso título.

Sí, loco es el que se aflige hondamente al ver pobre y avergonzada la virtud, despreciado el talento y altivo el vicio, paseando su carro triunfal á los ojos de la humanidad envilecida. Loco es el que pretende hallar amor en la mujer, lealtad en la amistad, nobleza en los corazones. Las llagas que corroen la sociedad son tan antiguas como el mundo, y concluirán cuando el mundo. Millones de hombres apartan de su cabeza estas ideas, apuran hasta las heces la copa del placer, piensan con temor en el dia de su muerte; tambien hay séres que abandonan las cristalinas aguas del rio para vivir contentos entre el légamo y el fango que cubren sus orillas.

Los pensamientos que dejo espresados tienen que morir en el corazon que siente su amargura en la cabeza que los concibe.

Hallábame la otra noche en casa de D. Pedro del Valle, anciano caballero, amigo há muchos años de mi familia, y que dice me profesa entrañable cariño. Posee el D. Pedro dos circunstancias que generalmente andan juntas, riqueza y avaricia. Buen cristiano, segun su creencia, reza el rosario, asiste á las cuarenta horas, y demanda ante un juez á un honrado artesano que tarda en pagarle el alquiler de una miserable buhardilla. Alfredo de Gonzar, periodista político, incapaz de comprender lo que es política, pero que sabe muy bien los rastreros medios por los cuales se adquiere una posicion envidiable, y el conde del Chopo, un necio como hay muchos; estas eran las dos personas que por fines particulares, fáciles de imaginar, acompañaban al rico propietario.



(Esterior del convento de Gerónimos de Belen en Lisboa.)

Honda y no agradablemente preocupado, murmuraba en mi interior aquellos versos del filosófico Garcia de Quevedo, cuando dirigiéndose á los seres humanos, esclama:

Raza de ángeles caidos
Del cielo desheredados,
Que naceis entre gemidos
Y vivis desesperados,
Y morís desprevenidos.
¿Por qué la vida adorais?
¿Por qué la muerte temeis?
¡Tanto el bien desconoceis,
que el dolor idolatrais
y la dicha aborreceis!

D. Pedro del Valle vino á sacarme de mi meditativo estado, preguntándome: ¿Qué ideas embargan su imaginacion, amigo Aguilar? Añejas y amargas verdades. que nuestra vida es una noche de dolor apenas alumbrada por relámpagos de felicidad, que hacen mas triste su oscuridad constante; que el mundo pobre y mezquino solo nos ofrece pobreza y mezquindad: que la muerte... Por Dios, amigo mio, son muy desoladas sus palabras; y no sé, porque Vd. no tiene ningun motivo de tristeza. Es jóven, la muerte de su hermano mayor le ha puesto en posesion de un pingüe patrimonio, tiene delante de sí un florido y brillante porvenir; ¡cuántos quisieran llorar con los ojos de Vd.! No te ofendas, Enrique, dijo Gonzar; la juventud moderna es frívola, y sin embargo hace gala de dolores que no siente, porque la civilizacion ha hecho imposible el hastío de la vida: ese es uno de sus muchos adelantos. Teniendo riquezas, añadió el conde del Chopo, no hay amargura posible. En Londres, en Paris, en Madrid, en todas partes he vivido gozando. El dinero es la panacea universal; solo necesita saber gastarlo. ¿Como Vd. lo hace, conde? dije sonriendo. Justamente: nadie me gana en ese difícil arte.

. . . . . .

De la conversacion que acabo de referirte, y del diverso carácter de las personas que en ella tomaron parte, deduje: que ni religiosa, ni política, ni mundanamente hablando, podia tener penas, y que debia ser feliz aunque no lo habia conocido hasta entonces.

La loca humanidad comprende tarde,

ha dicho el malogrado Iza; yo creo que no comprende nunca.

Rubor me causa darte una noticia: temo estar enamorado. ¡Enamorado como un colegial, como un necio! Sí, porque necedad es divinizar una mujer sujeta á todas las imperfecciones de la humana naturaleza. Quien tal hace, bien merece ser castigado con el rudo desengaño, consecuencia natural de falsas y mal sentadas premisas.

En las pasadas ferias entré un dia en la esposicion de pinturas con mi *amigo* Miguel de Castro. En hora menguada pisé los salones de la Academia de San Fernando; en uno de ellos habia el retrato de una jóven cuya celestial belleza solo admite comparacion con los arrebatados sueños de poética fantasía. Con melancólico éxtasis contemplaba yo aquella pintura, cuando Castro, que tiene sus puntas de tonto y muchas pretensiones de entendido, me distrajo de mis pensamientos con su insulsa y poco razonada conversacion.

Despues he sabido el nombre de la jóven cuyo retrato me llamó la atencion: se llama Aglae de Monroy; la he visto varias veces en los paseos y en los teatros; mis ojos siempre se fijan sobre ella con indefinible encanto; su imágen siempre se conserva en mi memoria. Hay veces que me parece imposible que bajo tan angelical figura se oculte un alma de mujer. Sin embargo nada mas cierto; será una de tantas.

Adios. Contéstame pronto; necesito oir una voz amiga: tuyo

Enrique de Aguilar.

Un alma despedazada por la duda, pero rebosando nobles y generosos sentimientos; una inteligencia osada como el vuelo del águila; tales son las dotes que creemos descubrir en Enrique de Aguilar, deducidas de sus amistosas confianzas á Carlos de Alarcon. Quizá nos equivoquemos. Tal vez tengamos que añadir un desengaño mas á los muchos que hemos esperimentado en esta miserable vida.

CAPITULO III.

UN BAILE EN EL TEATRO REAL.

El Carnaval hace milagros. ¡Tú que no crees en el amor de la mujer; que siempre hallas ocultos dolores en los mundanos placeres, pisas los salones del Teatro Real en un baile de máscaras, con mengua de los preceptos filosóficos, con mengua de tu afectado escepticismo! De esta suerte hablaba Castro á nuestro héroe Enrique de Aguilar, el cual sonriéndose contestó á su amigo:

—No es un baile de máscaras la ocasion mas oportuna para discusiones filosóficas; pero voy á demostrarte que mi presencia en este sitio no implica la contradiccion que tus palabras han indicado. Son tan necesarias las sensaciones á nuestra vida intelectual, como el aire á nuestra existencia física; el hastío no es mas que la falta de impresiones que conmuevan nuestra alma: las aguas del Támesis saben los resultados de esta cruel enfermedad. Todo placer es hijo de un dolor y causa producente de otro nuevo. Pero es preferible la mezcla confusa de alegrías y sinsabores, que la indiferente calma, que concluye toda elevada aspiracion, que mata hasta el último rayo de la consoladora esperanza.

—Muy bien, Enrique, muy bien; me has contestado con una arenga ciceroniana; me doy por satisfecho, y te absuelvo de tus culpas y pecados. Hablemos de otra cosa. ¿Has visto á *mi amor?*

—No sé quien es.

—Encarnacion de Sotonegro.

—Muy señora mia: no la conozco.

—¿No conoces á la hija de los marqueses de Sotonegro? Es muy raro. Siempre la nombran los periódicos cuando describen algun *soirée fashionable;* es una belleza enteramente griega. Estoy locamente enamorado; daria mi vida porque me correspondiese.

—¿Y dónde has conocido esa deidad?

—En casa de mi tia Mariana, la duquesa de Castro; mi amigo Ernesto, el conde del Chopo, tambien está muy apasionado; casi reñimos; pero después hicimos las paces, y se la he cedido.

—En eso se conoce tu generosidad.

—No, yo no tenia gran interés en sostener mi conquista; ahora me dedico á la marquesa de Nueve-Torres, que aun cuando ya cuenta cincuenta años, es sin embargo lo que se llama una buena moza. Si no me equivoco es aquella que va allí; corro á hablarla antes de que se acerque algun importuno.

Dijo, y se alejó rápidamente marcando una dulce sonrisa para sazonar su saludo á la Nueve-Torres. Tocaba en aquel momento la orquesta una polka-mazurka sobre motivos de una celebrada ópera. Enrique seguia con su imaginacion los armónicos sonidos; tranquila su alma, solo sentia ese constante vago anhelo de felicidad que nos persigue desde la cuna al sepulcro; se asemejaba á la calma del mar cuando apiñadas nubes presagian próxima tempestad.

Aquí para vivir en santa calma,
ó sobra la materia ó sobra el alma.

Esto dijo Espronceda: en nuestro sentir son ciertas sus palabras: cuando los gritos de la materia y las aspiraciones del alma combaten crudamente despedazando nuestro propio corazon, no así cuando uno de los dos principios domina esclusivamnnte al otro. Como prueba de nuestra asercion, ved á Miguel de Castro, siempre contento y rozagante, siempre meciéndose en doradas ilusiones ¿Quereis saber la causa? La inteligencia negativa le hace ver gayas flores en el agostado pensil; la vanidad de sus mezquinos pensamientos se halla satisfecha con decir que es sobrino de la duquesa de Castro, primo cuarto del baron de L... amigo del conde del Chopo y amante de la marquesa de Nueve-Torres. Los goces materiales llenan cumplidamente su existencia; su corazon no late de amor ni de entusiasmo; los menguados deseos de su menguada alma, pueden hallar fácil satisfaccion en este miserable mundo. ¡Cuántos hay como Castro!

Hay momentos en nuestra vida en que al escuchar una armonía sublime, al contemplar un majestuoso paisaje, el alma desatada de las terrenales ligaduras, tiende su vuelo al azulado espacio; respira con delicia el aura de la libertad; se extasía ante magníficas increadas concepciones. Puras é ideales fruiciones, que solo comprenden los que siempre miran al cielo para apartar sus ojos del tumultuoso tropel de las humanas pasiones.

La sublime religion del Crucificado halla el medio de tornar en placeres los sinsabores que el mundo nos proporciona. Sabe el cristiano que si el Poderoso le oprime, hay una justicia eterna que mide por igual rasero al siervo y al señor; sabe hallar en las injurias del envidioso el dulce gozo del perdon magnánimo, y en todo linaje de tristezas el remedo de la vida del Dios humanado. Por esto es feliz el ser cuya grandeza de alma atesora las cristianas virtudes.

No faltará lector, cuyo gusto literario educado con ciertas novelas de allende el Pirineo, en las cuales se suceden los acontecimientos con rapidez eléctrica, que cansado de nuestras continuas digresiones, esclame con acento enojado al par que desdeñoso:

—Este autor no sabe lo que escribe; llama novela á lo que verdaderamente es un monótono sermon, mezclado con quejumbrosas lamentaciones. ¿Por qué no trata de imitar la donosa invencion de *Los tres mosqueteros*, ó la moral *amable* de *El hombre casado?* Es innegable que los españoles no saben escribir novelas.—Y tiene razon el *sabio* lector cuyas palabras acabamos de citar; para seguir sus consejos vamos á olvidar completamente las infelices producciones de Cervantes, Quevedo, Guevara, Mendoza, Espinel y demas novelistas españoles, para entregarnos al estudio de las *verídicas* narraciones de Dumas, de las *políticas* obras de Eugenio Sûe; y de los *morales* cuentos de Paul de Kock.

¿Por qué no son tan populares como fuera justo las obras de Ariza, Escosura, Fernan Caballero y otros novelistas de nuestra época? Porque tratan de conservar el sello de la literatura nacional, cuando España ha perdido todas sus gloriosas tradiciones; cuando *solo nos queda el polvo de nuestros antepasados que hollamos con planta indiferente.*

CAPÍTULO IV.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Dejamos á Enrique de Aguilar en uno de esos momentos de vaga melancolía que preceden siempre á las horas sin luz que amargan nuestra existencia.

Enrique volvia en torno de sí sus miradas, anhelando encontrar un objeto ó un incidente que le sacase de aquel penoso estado cuyo término conocia. El cielo piadoso le concedió escuchar el dulce acento de una elegante máscara que le preguntaba con esa confianza propia de los bailes de Carnaval:

—¿Te diviertes mucho?

—Para que alguna vez se oiga la verdad en este salon, te diré que me hastío mucho mas de lo que tengo por costumbre. Pero sepamos: ¿qué interés te ha movido á dirigirme la anterior pregunta?

—Te conozco mucho.

—No es difícil que así sea; pero para convencerme hazme el gusto de decirme cual es mi nombre.

—No puedo satisfacer tu exigencia; te he visto muchas veces en el Prado, en el Retiro y en los teatros; pero ignoro absolutamente cual sea tu nombre.

Enrique fijó su atencion en la máscara, á quien dirigia la palabra:

un dominó color de plomo y una careta de seda negra velaban gran parte de sus encantos. Sin embargo, la revuelta falda del vestido dejaba ver un pequeño pié, cual el de las hijas del Betis; al través de la importuna careta brillaba una mirada llena de suave y melancólica ternura; eran rubios sus cabellos, y de blancura alabastrina su torneado cuello; todos sus movimientos tenian ese sello de elegante sencillez, indicio claro de educacion esmerada. Estaba acompañada de otra máscara cuyos juveniles modales y solicitud complaciente la daban mas aspecto de bondadosa amiga que de guardadora mamá. Observó todo esto Enrique en mucho menos tiempo del que nosotros hemos tardado en describirlo; un rayo de luz iluminó su mente; su corazon latió con violencia; esta es, dijo para sí, mi hermosa desconocida de los paseos y de los teatros, la mujer que hace nacer en mí los agitados sueños de venturosos amores. Bajo el influjo de estas ideas, siguió el comenzado diálogo, diciendo á la encantadora tapada con voz algun tanto conmovida:

—Creo que tambien te conozco de *vista* y mas de lo que yo desearia.

—Parece que manifiestas sentimiento de saber quien soy. ¿Podrias decirme la causa?

—Para contestarte sería preciso contarte la historia de un corazon, historia siempre pesada y por pocos comprendida.

—Te doy gracias por tu complaciente galantería.

—No hay de qué; pero te esplicaré mi proceder. Las penas deben confiarse á quien tenga noble corazon para sentirlas. Como esto es muy difícil de hallar, mas vale que mueran ocultas en el fondo de nuestro pecho. Por eso un poeta amigo mio ha dicho en un momento de amarga tristeza:

Calla tu padecer noble y profundo;
La desgracia es ridícula en el mundo.

—¿Sabes que tienes una conversacion divertida y amable muy propia de un baile de Carnaval?

Iba á contestar Enrique, cuando un grupo de máscaras se interpuso entre él y su discreta interlocutora, llamándole la atencion con las *ingeniosas* bromas que en tales casos son de costumbre:—Adios fulano, te conozco mucho, mucho, adios, adios. He visto á tu prima Elena. ¿Donde está tu amigo Narciso?—Y otras de este jaez, cuya gracia no hemos sabido encontrar, aunque hay quien afirma que la tienen. Cuando las chistosas máscaras dejaron solo á Enrique, vió que habia desaparecido el aplomado dominó cuya presencia le causaba grata é inesplicable emocion. Cruzó el salon en todos sentidos con indagadora mirada: vanos fueron sus esfuerzos; en ninguna parte distinguió el vestido de seda á cuadros escoceses, el gentil donaire de su hermosa desconocida.

Aguilar sentia por Aglae de Monroy esa simpatía viva y ardiente, primer destello que da á conocer una pasion verdadera. Estaba convencido que la máscara del dominó aplomado era Aglae, y sentia en el alma que sus escéntricas palabras le hubiesen puesto en ridículo; pues como acertadamente observó la discreta niña, no eran propias de un baile de Carnaval tan melancólicas frases, tan poco halagüeñas ideas. Sabido es que el ridículo es el mas poderoso acicate para hacer revivir en el hombre muertos ó dormidos sentimientos.

Así pues Enrique deseaba encontrar de nuevo á Aglae, hablarla y demostrarla con medidas y corteses palabras que su carácter no era tan singular como á primera vista la habria parecido. Por otra parte, decia recordando su orgulloso escepticismo, nada me importa el concepto que de mí haya formado esa linda niña, cuyo único mérito consistirá en su belleza física, pero cuyo corazon estará formado de carton-piedra: y digo carton-piedra porque el mármol es demasiado hermoso y no está construido con mecánicas combinaciones, cualidades que hacen no sea comparable á los corazones de las modernas Julias y Heloisas.

Estas reflexiones ocupaban la mente de nuestro héroe, cuando distinguió á lo lejos el elegante atavío de su desconocida máscara. En aquel momento, vencidos los raciocinios de su cabeza por los impulsos de su corazon, se lanzó rápidamente hácia el sitio donde viera el aplomado dominó. Una consideracion le detuvo un instante en mitad de su camino; quizá me equivoque, dijo para sí, quizá no sea ella: no importa, añadió, yo lo averiguaré; y siguió andando con toda la rapidez posible en un salon cuajado de personas.

Observaremos de paso que siempre que se dice *ella* cuando pensamos en una mujer, hay grave peligro de que en nuestro corazon se forme una monarquía mas absoluta que la del Czar de todas las Rusias.

CAPÍTULO V.

LA MILLONÉSIMA EDICION DE UNA CONVERSACION ETERNA.

Desalado llegó Enrique cerca de la máscara del aplomado dominó, y despues de saludarla, así como á su compañera, con una inclinacion de cabeza, comenzó á hablarla de esta suerte:

—Habrás notado, amable máscara, alguna incoherencia en mi lenguaje; incoherencia que quisiera esplicarte, si estuviese seguro de que no me engañaban mis presentimientos.

—Te afirmo que no comprendo lo que quieres decirme.

—Deseo saber tu nombre.

—Adivínalo.

—Han pasado los tiempos de la mágia; yo no conozco mas hechicera que tú.

—Eres muy galante.

—Y tú muy amable, si me concedes el favor que te he pedido.

—Quiero merecer tan á poca costa un dictado tan lisonjero; pero antes dime cómo te llamas tú.

—Enrique de Aguilar. Pronto he satisfecho tu peticion: haz tú lo mismo, pues tengo un poderoso motivo para desearlo.

—Mi nombre es Aglae de Monroy.

—Aglae! nombre tan lindo como la persona que lo lleva.

—¿Sabes que has variado tu carácter en un cuarto de hora?

—No; ahora olvido pasados desengaños para pensar en mi felicidad presente.

—¿Y cuál es la causa de tu ventura?

—El estar á tu lado.

—No creo en tus palabras; las dicta tu natural cortesanía; no las siente tu corazon.

—Aborrezco la mentira porque mancha y envilece. Para convencerte de que siempre digo la verdad, desearia verte á menudo: ¿á qué sociedades vas con frecuencia?

—A ninguna: salgo poco por las noches; solo algunas veces voy al teatro con mis amigas las de Ramirez.

—¿Y cuál teatro frecuentas mas?

—Eres por estremo curioso, y yo demasiado complaciente en satisfacer tus preguntas.

Y al decir esto Aglae, era la inflexion de su voz tan agradable, tan encantadora, que el mas desamorado pecho no pudiera escucharla sin conmoverse hondamente. ¿Qué mucho que Aguilar contestase con apasionado acento:

—No es una mera curiosidad lo que me mueve á hacerte tantas preguntas. Si te parece indiscrecion, perdona: cuando el corazon domina, nuestras acciones no se sujetan á las trabas sociales; pero son francas y sinceras. Si deseo saber dónde concurres, es porque cumplida fuera mi felicidad, si á todas horas te pudiese ver; si siempre pudiera contemplar á la mujer que hace nacer en mi pecho sentimientos que consideraba frias cenizas, muertas ilusiones.

—Vuelves á ser falso y lisonjero. ¡Al fin hombre! Todos decís lo mismo, sin engañaros, ni engañarnos, pues nada es verdad.

—Y tú eres tan bonita como cruel. ¿Por qué dudas de mis palabras?

—No es posible crea en un sentimiento inspirado en poco mas de dos horas. Apenas me conoces...

—Y esa es la mayor prueba de la verdad de cuanto te he dicho.

—¡Estraña prueba!

—¡Y no por eso menos cierta!

Y al contestar esto, los labios de Enrique dibujaron una triste sonrisa, y bajando la cabeza con ademan melancólico, guardó profundo y meditativo silencio.

—¿En qué piensa Vd.? le dijo Aglae con su acento siempre dulce, siempre agradable. Enrique levantó la cabeza y mirándola con sorpresa contestó:

—¡Qué daño me han hecho las palabras de Vd.! ¿Por qué no sigue Vd. usando el privilegio que da la careta y me habla de tú? Suplico á Vd. me conceda este favor.

—Así lo haré, pues antes fué una equivocacion. Pero dime: ¿qué te preocupaba en esos momentos de meditacion que has tenido?

Aguilar fué á responder; luego detuvo las palabras que estaban próximas á salir de sus labios, y por último dijo:

—Pensaba en que como solo te veo en los paseos, mi primera mirada al abandonar el lecho se dirige al cielo, para calcular si el estado de la atmósfera permitirá al Prado estar concurrido aquella tarde. ¡Creo que con tales estudios voy á llegar á ser un astrónomo consumado! . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Basta de diálogo amoroso, agradable y dulce para los actores, pesado y monótono para la mayoría de los lectores. Así pues, diremos que el baile del teatro Real de la noche del domingo de piñata del año de gracia de 185... terminó sin particular incidente que de contar sea. La concurrencia abandonó los salones á las seis de la mañana; y á las pocas horas en lechos mas ó menos cómodos y elegantes gustaban, quién las delicias de un reposado sueño, quién los encantos de dulcísimas queridas ilusiones. No estaba comprendido en ninguna de estas dos clases Enrique de Aguilar; el sueño no cerraba sus párpados; la esperanza no moraba en su corazon.

CAPITULO VI.

POR NO ENTENDERSE.

Cuando arrobada nuestra fantasía nos pensenta el mundo á través del encantador prisma de la felicidad; cuando nuestro corazon late con el entusiasmo que da la fé, con la fuerza que da la esperanza, tal vez entonces un capricho de la imaginacion rompe el brillante prisma, y trocada en luto nuestra fugaz ventura, el recuerdo es la luz que guia nuestros pasos, cual débil lámpara que hace mas lóbrega la ruinosa galería del gótico castillo.

Enrique de Aguilar habia olvidado un momento pasados desengaños, crueles decepciones; Aglae se habia trasformado á sus ojos en un ángel; pero su escepticismo luchaba con su amor, y á menudo rotas las espléndidas vestiduras del ángel, dejaba ver un esqueleto indigno de levantados homenajes.

A los pocos dias del baile del Teatro Real escribia Aguilar á Cárlos de Alarcon la siguiente carta que pinta el estado de su alma:

Perdona, querido Cárlos, si los renglones que vas á leer te parecen pesados; confundidas mis ideas, apenas acierto á darme cuenta de las intensas emociones que agitan mi pecho.

En el baile de piñata del Teatro Real ví y hablé á Aglae de Monroy; su voz armoniosa cual el murmullo del aura al agitar mansamente las flores del pensil; su dulce mirada comparable solo al tibio rayo de la melancólica luna; en fin, ese encanto que solo *ella* posee, ¿quién podrá contemplarlo indiferente? ¿quién no olvidará un momento los frios raciocinios de la triste esperiencia? Yo no tuve tal fortaleza; la hablé, y la palabra amor vagó mil veces por mis labios; al ir á pronunciarla amargos recuerdos anudaron la voz en mi garganta; ¿para qué recibir un nuevo desengaño?

Sin embargo, la pasion que me inspira Aglae está comprimida, no sofocada. Siempre que la veo acompañada por algun conocido de su familia, padezco profundamente; me parece imposible que á su lado no se hable de amor. Conozco luego la insensatez de mis pensamientos, y juro olvidarla. ¡Imposible! Cada dia la amo mas.

Mi corazon cansado de su falta de creencias, á las veces es feliz con pasion tan ideal: pero hay horas de amarga duda, de rudos y largos combates. Sin embargo, no quiero acercarme mas á Aglae; todo lo que profundamente se conoce, profundamente se desprecia; Ghoëte sabio produce el fausto escarnio de la ciencia; Cárlos V., emperador glorioso, invicto guerrero, desdeñando las vanidades del mundo, termina sus dias en el monasterio de Yuste.

. . . . . .

Aquí suspendí mi carta; hace ocho dias que te escribí los párrafos anteriores. En este tiempo, ¡cuánto han variado mis sentimientos! Entonces estaba dominado por el recuerdo magnético del singular encanto de Aglae; ahora, algo mas libre de tan funesto influjo, he recordado que siempre cuento mis amores por las heridas de mi corazon. No culpo á la mujer; el hombre tambien la hace desgraciada; es condicion de la humana naturaleza causarnos mútuamente penas sin número, desengaños sin cuento.

Huyeron los bellos ensueños de mi vida; jamás volverán; mi lacerado pecho no halla ningun consuelo, porque como dice Vicetto:

El dolor sin la esperanza
Es como noche sin luna.

Si fuese el angelical rostro de Aglae el espejo de su alma, ¡cuánto la amaria! No, no; apartemos de la cabeza estos locos delirios, luces engañosas que conducen á insondables precipicios.

Adios, Cárlos; consagra un recuerdo á tu infeliz amigo

Enrique de Aguilar.

Un mismo correo conducia la carta de Aguilar que dejamos transcrita, y otra de Aglae á su prima Elisa, que decia así:

«¿Te acuerdas, querida Elisa, de las ilusiones que nos forjábamos cuando estábamos en el colegio? Creíamos que á los pocos pasos que diésemos en el mundo hallaríamos un amante adornado de todas las cualidades que nos pintan las novelas: apasionado corazon, clara inteligencia, valor probado en el crisol de los peligros. Jurábamos consagrarle todos nuestros pensamientos, todo el cariño de nuestra alma. Su imágen siempre aparecia á nuestros ojos sublime cual la voz del huracan, melancólica como el último rayo del astro del dia.

Al abandonar el colegio, la sociedad nos ha brindado con sus placeres; los hombres con sus insulsas galanterías, con sus conversaciones iguales y áridas como una llanura de la Mancha. El héroe de novela ha desaparecido para dejar lugar al atildado jóven de lustrosa cabellera y charoladas botas. Su corazon gastado no le permite gastar las delicias del amor, y si alguna mujer le quiere de veras, se burla con la necedad que le es propia de sentimientos que no es capaz de comprender.

El temor de colocar mi cariño en un fatuo ó en algun *seductor irresistible* me ha obligado á vivir sin amar. Mi orgullo ha salvado á mi corazon de crueles desengaños.

Pero mi resolucion empieza á flaquear: á todas partes me acompaña el recuerdo de Enrique de Aguilar; de Enrique de Aguilar que apenas conozco, cuyo carácter ignoro! Tal locura solo el amor puede inspirarla.

Hablé á Enrique en el Teatro Real: sus palabras me revelaron una existencia marchitada por el dolor; ¿fuera tan dulce hacer brillar la ventura en su noble frente? Empresa fácil si me amase, imposible si sus dulces frases fueron dictadas por la galantería de una noche de baile.

Breves minutos fueron las horas pasadas al lado de Enrique, jurándole la inmensidad de mi cariño. ¡Sueños hermosos que nunca se verán realizados! Nunca: porque si Enrique me amase, procuraria decírmelo; lejos de eso, cuando le veo en paseo sus miradas tienen la tristeza de la pena, no el fuego del amor.

La indiferencia es la felicidad; recuerda siempre esta máxima de tu prima

Aglae.»

¡Qué dichosa hubiera sido Aglae leyendo la carta de Enrique! ¡Qué dichoso hubiera sido Enrique leyendo la carta de Aglae! Razon tenia un crítico de principios de este siglo: el daño está en no entenderse.

(Continuará.)

EN UN ALBUM.

FRAGMENTO.

. . . . . .

Cifra el hombre su esplendor
en el amor de la gloria,
mas con instinto mejor
la mujer brilla en la historia
por la gloria del amor.
¡Ah! si por seguir tus huellas
se vicia tan noble instinto,
no culpes, hombre, á las bellas,
sino á tí, con tercio y quinto
mas débil que todas ellas.
Siervas en todo lugar,
porque lo has dispuesto así,
¿no ves, hombre baladí,
que ellas no pueden pecar
sino contigo, y por tí?
Sé indulgente, pues ya ves
que la equidad lo reclama
y lo pide tu interés.
¿Por qué las quitas la fama...
si te arrastras á sus pies?
¿Por qué tu desprecio llora
la que con paciencia santa
cuando niño te amamanta,
y cuando jóven te adora,
y cuando viejo te aguanta?
Sin la mujer no hay placer.
¿Es fiel? Bendice tu estrella;
¿Es maula? ¡Cómo ha de ser!
O capitula con ella...
O suprime la mujer.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

PLINIO EL MAYOR.

Físico y naturalista famoso, vivió en tiempo de Vespasiano y Tito, que le honraron y estimaron mucho, y murió hácia el año 79 de Jesucristo, á la edad de 56 años.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

El corsé mata mas mujeres que las enfermedades.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



ESTERIOR DEL GENERALIFE.

HISTORIA DE LOS AMULETOS.

La palabra *amuleto* sirve para designar los objetos que se llevan en el pecho, y á los cuales se atribuye la propiedad de librar á la persona que los lleva, bien sea de dolores ó enfermedades, bien de casos desgraciados. De la voz latina *amuleta*, originariamente *amoleta*, que Vossius hace derivar de *amoliri* (apartar, alejar), es de donde proviene la palabra amuleto.

Cuando una persona naturalmente crédula y supersticiosa se ha librado de un inminente peligro; cuando un dolor que padecia la misma ha desaparecido de repente, ó le ha acaecido algun feliz suceso que le saque del estado de miseria en que se hallaba, rara vez atribuirá su espíritu estos cambios á su verdadera causa. En lugar de ver en ellos el resultado del encadenamiento de circunstancias, el concurso de acontecimientos producidos por la naturaleza de anteriores sucesos, una reaccion verificada en la economía en virtud de leyes fisiológicas, creerá, por el contrario, que son consecuencias debidas á causas enteramente estrañas, y atribuirá la produccion de estas vicisitudes, á las cuales da su mismo carácter imprevisto cierta apariencia milagrosa, á un objeto que en el fondo es completamente indiferente. Cuando se mezclan creencias religiosas, las preocupaciones suelen ser mas arraigadas y mas peligrosas; como que la ignorancia de las causas reales es profunda, y la imaginacion pobre de los supersticiosos no alcanza la razon de las cosas, los errores son mas funestos. La creencia en la virtud de los amuletos es una supersticion grosera, fruto de la ignorancia de las causas reales, y cuya persistencia es debida á las casualidades que algunas veces parecen confirmar la eficacia de su destino.

El Oriente es la patria de los amuletos, lo mismo que de la mayor parte de las creencias que mas fuertemente han dominado al espíritu humano. Los judíos conocian los amuletos con el nombre de *Tothaphoth*. Moisés, con el objeto de destruir esta supersticion de su pueblo, ordenó que se llevasen en la mano ó sobre la frente preceptos escritos de la ley; que se fijasen en los umbrales de las casas y en los pilares de las puertas; sustituyendo de esta suerte una costumbre moral que á todas horas debia recordar á los israelitas los deberes que tenian que cumplir, á una práctica supersticiosa. Pero esta costumbre de llevar inscritas en los vestidos sentencias tomadas del Pentateuco (*Tephillim*, como decian los hebreos), pronto degeneró en una supersticion absolutamente semejante á la que Moisés habia querido desterrar; no tardó en atribuirse á los filateros una virtud material é intrínseca, que les trasformó en verdaderos amuletos. Las mujeres de los judíos llevaban igualmente ciertas alhajas que creian eran preservativos poderosos. Los *lekhaschim*, ó figuras de serpientes de que habla Isaías, eran de este número; tenian la propiedad de apartar á los malos espíritus y librar de los animales venenosos. En general se suponia por el principio *similia similibus*, que las imágenes de animales maléficos conjuraban á aquellos animales que representaban. La creencia que hacia llevar estos amuletos á las mujeres judías, obligó á Moisés á erigir la serpiente de metal para curar á los que habian sido mordidos por dichos reptiles.

En tiempo de Jesucristo, el uso de los amuletos y de los encantos estaba muy en boga entre los hebreos. Atribuíase á Salomon la composicion de algunos de aquellos, que eran considerados como los mas poderosos. El historiador Josefo nos dice que con ellos se conjuraba á los malos espíritus y se preservaba de enfermedades. Semejante supersticion provenia evidentemente de los antiguos persas, entre los cuales los *tahvids* ó *taavids* hacian el mismo papel que los filateros hebreos. Se les aplicaba asimismo sobre diversas partes del cuerpo para librarse de diferentes males. Lo que nos hace creer esta semejanza es, que estos *tahvids* eran hechos en nombre de Feridoun, rey célebre cuya historia ofrece mas de una analogía con la de Salomon.

Los amuletos propiamente hablando, han sido poco usados entre los griegos y romanos. Los primeros algunas veces usaban anillos mágicos para curarse de ciertas enfermedades; empleaban como encantos ó talismanes ciertos objetos, tales como los que cuelgan los herreros de sus chimeneas para apartar la envidia y la malquerencia. Yerbas reputadas mágicas tenian propiedades análogas, y con este motivo ceñian la sien con ellas, como lo recuerda Virgilio en su sétima égloga. Con el mismo objeto se llevaban tambien collares de coral y de ciertas conchas, y colgaban al cuello de los niños falos: «*Pueris turpicula*

res in collo quadum suspendebatur, ne quid obsi bonæ scævæ eausa » dice Varron.

Por lo demás, hasta muy tarde no se introdujo entre los griegos y entre los romanos la mayor parte de estas prácticas supersticiosas: en la época imperial es cuando mas particularmente estaban en uso: habian venido en pos del cortejo que acompañó á las doctrinas orientales. Los gnósticos, que parecen haber sido los principales corredores de las creencias asiáticas en el Occidente, daban mucha fé á la virtud de los amuletos. En Persia, en Syria y en Egipto fué donde se contrajeron tan supersticiosas costumbres. Los cilindros persepolitanos serian probablemente amuletos, lo mismo que las innumerables figuritas que se encuentran en los sepulcros egipcios. Sin duda alguna los israelitas se acostumbraron al uso de los amuletos durante su mansion en la tierra de Faraon.

Los árabes, á cuya raza pertenecen los hebreos, son estremadamente supersticiosos; no solo usan los filateros, como los judíos, y se cubren el cuerpo con sentencias del Corán, sino además llevan sortijas, piedras preciosas, y mil objetos diversos, que ellos imaginan tienen virtud de curar las enfermedades, arrojar á los demonios y destruir los malos efectos de los encantamientos.

Los persas componen unos saquitos sumamente pequeños, dentro de los cuales meten sentencias escritas sacadas del Alcorán. Estos amuletos los suelen llevar en el pecho, en el cuello y mas comunmente en el brazo. Tambien se los ponen á los animales para preservarlos de maleficios y enfermedades.

La mayor parte de los musulmanes de la India tienen en el cuello, en el turbante, en el brazo ó en la muñeca el *Ism*, palabra sacramental escrita en alguna placa de metal ó pedazo de porcelana ó de papel, ó bien bordada en un trozo de Kumkhwab, seda tejida de flores de oro y plata.

Los tártaros, los chinos y los brahamnistas llevan iguales amuletos. Los boudhistas de la isla de Ceylan se aplican en las partes del cuerpo donde sienten dolores, figuras de demonios, y creen firmemente que se curan con semejantes cataplasmas de nueva especie.

Tambien los cristianos han adoptado el uso de los amuletos. Pudiéramos citar los concilios de Laodicea, de Ancira, de Cartago y otros, que prohiben semejantes usos y condenan tales supersticiones. Pero nos concretaremos á decir, que la iglesia terminantemente ha dado su parecer sobre este particular.

SEÑOR DON AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

Amigo mio: Ya que Vd. se complace en leer mis borrones y quiere saber mi opinion sobre el aragonés autor tordesillesco del *Quijote de Avellaneda*, trasladaré aquí el final de la nota 64 de las que he formado para el *Viaje del Parnaso*, y es la siguiente:

«Ya que hemos hecho mencion en esta nota de nuestro Cervantes, digamos algo aquí del aragonés su enemigo el autor tordesillesco del malhadado *Quijote de Avellaneda*.

Los versos MS. del célebre poeta D. Juan de Tasis, conde de Villamediana (elogiado encarecidamente por Miguel de Cervantes Saavedra en este su libro intitulado *Viaje del Parnaso*), que he leido y ahora trasladaré aquí, me convencen sobre manera á no dudar ya que fray Luis de Aliaga, religioso de la órden de Santo Domingo ó de los predicadores, inquisidor y confesor del rey D. Felipe III, fué el verdadero autor del *Quijote de Avellaneda*.

Leamos lo que el conde de Villamediana dice del fraile Aliaga:

«De las venturas presentes
Entiendo que es la mayor
Arrimar al confesor
Que hizo tantos penitentes.
A títulos de abstinentes
No sé por cuantos caminos
A los padres Thomasinos
Va todo lo que es pescado,
Pues que Aliaga ha sacado
De la puja á los Teatinos.
. . . . . .
. . . . . .
Sancho Panza (1) el confesor
del ya difunto monarca,
Que de la vena del arca
De Osuna fué sangrador,
El cuchillo del dolor
Lleva á Huete atravesado,
Y en tan miserable estado,
Que será segun he oido,
De Inquisidor inquirido,
De Confesor confesado.
. . . . . .
. . . . . .
Del Confesor se imagina
Que fué á Huete ¡ay que dolor!
Con orden de que el Prior
Le diese una disciplina.
Providencia fué divina
Comprenderle en la espulsion.
Murmúrase que es ladron;
No lo afirmo, pero sé
Que en quien guarda poca fé
No está bien la Inquisicion.
. . . . . .
. . . . . .
Al confesor que en privanza
Fué con todos descortés (1),
Le envian á Huete, que es
Lugar de enseñar crianza.
Acabóse la bonanza;
Sin la dignidad se ve;
Fraile simple dicen que
Le dejan: para acertar
Fraile le pueden dejar,
Que simple siempre lo fué.
. . . . . .
. . . . . .
Murió Felipe Tercero;
Mas un consuelo nos queda,
Que murió Pablo de Uzeda,
El Confesor y el Buldero.
Uno y otro majadero
Se consuelan que han tenido
Un rey y un reino perdido,
Que mejor diré robados;
Que el poder de estos privados
Tan exorbitante ha sido.»

(1) Este Sancho Panza (para mí) es alusivo al Sancho Panza, comilon, murmurador y chavacano del obsceno libro del *Quijote de Avellaneda*, compuesto por el tal fraile Aliaga.

Con los versos anteriores del conde de Villamediana, bien vengado quedó el modesto Miguel de Cervantes Saavedra de su enemigo poderoso el fraile Aliaga, contra quien no le era posible medir sus armas defensivas en un terreno tan resbaladizo para él, que le hubiera precipitado á un abismo de desventuras, ó acaso acelerado su muerte.

Del conde de Villamediana hemos hablado al número 40 de estas notas.

Sigamos todavía tratando un poco mas del tal fraile Aliaga, para convencernos plenamente de que fué el autor verdadero del Quijote tordesillesco de *Avellaneda*; y (aquí para entre los dos, lector amantísimo) no sé yo cómo pasó desapercibido lo que voy á decir en esta nota á tan infatigables investigadores (del *Quijote* de Miguel de Cervantes Saavedra) como los señores Bowle, Rios, Pellicer, y mi amigo el señor D. Martin Fernandez de Navarrete, pues, en el mismo *Quijote* (segunda parte, capítulo LXI) desahoga su queja Cervantes por medio de su bien cortada péñola y fecundísima imaginacion; y en un vocablo equívoco y saladísimamente irónico, que allí usa, nos da á conocer que el tal fraile Aliaga es el tordesillesco autor verdadero del maldecido *Quijote de Avellaneda*.

Leamos lo que dice el citado capítulo LXI de la segunda parte del ingenioso caballero *Don Quijote de la Mancha*, en que refiere:

«DE LO QUE SUCEDIÓ Á DON QUIJOTE EN LA ENTRADA DE BARCELONA.»

Dice pues el testo así:

«Bien sea venido, digo, el valeroso Don Quijote de la Mancha. No el falso, no el ficticio, no el apócrifo, que en falsas historias estos dias nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel, que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores. No respondió Don Quijote palabra, ni los caballeros esperaron á que la respondiese, sino volviéndose y revolviéndose con los demas que le seguian, comenzaron á hacer un revuelto caracol alrededor de Don Quijote. El cual volviéndose á Sancho, dijo: estos bien nos han conocido; yo apostaré que han leido nuestra historia, y aun la del Aragonés recien impresa. Volvió otra vez el Caballero que habló á Don Quijote, y dijole: vuesa merced, señor Don Quijote, se venga con nosotros, que todos

(1) Traslado á Cervantes en el prólogo de la segunda parte del *Quijote de Avellaneda* y en el resto de ella.

somos sus servidores y grandes amigos de Roque Guinart. A lo que Don Quijote respondió: Si las cortesías engendran cortesías, la vuestra, señor caballero, es hija ó parienta muy cercana de las del gran Roque; llevadme do quisieredes, que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y mas si la quereis ocupar en vuestro servicio. Con palabras no menos comedidas que estas le respondió el Caballero, y encerrándole todos en medio, al son de las chirimías, y de los atabales, se encaminaron con él á la ciudad. Al entrar de la cual, el Malo que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son mas malos que el Malo, dos dellos traviesos y atrevidos se entraron por toda la gente, y alzando el uno de la cola del Rucio, y el otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de *Aliagas*. Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas aumentaron su disgusto de manera que, dando mil corcovos, dieron con sus dueños en tierra. Don Quijote corrido y afrontado, acudió á quitar el plumage de la cola de su matalote, y Sancho el de su Rucio.»

Véase pues cuán crítica y grandilocuentemente (con el vocablo equívoco é irónico *Aliagas*), cómo á las claras, Cervantes, con su ardidoso y sagacísimo ingenio, colocó á las turbias al fraile Aliaga debajo de las colas respectivas del rucio (de Sancho Panza), y del Rocinante (de Don Quijote). Y luego mas adelante al capítulo LXX de la misma Segunda parte, hablando ya Cervantes desembozado, y como quien dice cara á cara y frente á frente, al aragonés tordesillesco, pone en boca de Altisidora estas palabras:

«La verdad que os digo, respondió Altisidora, yo no debí de morir del todo pues no entré en el infierno; que si allá entrara, una por una no pudiera salir de él aunque quisiera. La verdad es que llegué á la puerta adonde estaban jugando hasta una docena de diablos á la pelota, todos en calzas y en jubon, con valonas guarnecidas con puntas de randas flamencas, y con unas vueltas de lo mismo, que les servian de puños con cuatro dedos de brazo fuera para que pareciesen las manos mas largas, en las cuales tenian unas palas de fuego. Y lo que mas me admiró fué, que les servian en lugar de pelotas, libros, al parecer llenos de viento, y de borra, cosa maravillosa y nueva. Pero esto no me admiró tanto como el ver que siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos, y entristecerse los que pierden, allí en aquel juego todos gruñian, todos regañaban, y todos se maldecian. Esto no es maravilla, respondió Sancho, porque los Diablos, jueguen ó no jueguen, nunca pueden estar contentos, ganen ó no ganen. Así debe de ser, respondió Altisidora; mas hay otra cosa que tambien me admira (quiero decir, me admiró entonces), y fué que al primer boleo, no quedaba pelota en pie, ni de provecho para servir otra vez, y así menudeaban libros nuevos y viejos, que era maravilla. A uno dellos nuevo, flamante, y bien encuadernado le dieron un papirotazo, que le sacaron las tripas, y le esparcieron las hojas. Dijo un Diablo á otro: mirad que libro es ese, y el Diablo le respondió: esta es la Segunda parte de la *Historia de Don Quijote de la Mancha*, no compuesta por Cide Hámete su primer autor, sino por un aragonés, que él dice ser natural de Tordesillas. Quitádmele de ahí, respondió el otro Diablo, y metedle en los abismos del infierno, no le vean mas mis ojos. ¿Tan malo es? respondió el otro. Tan malo, replicó el primero, que si yo mismo me pusiera á hacerlo peor, no acertara. Prosiguieron su juego peloteando otros libros, y yo por haber oido nombrar á *Don Quijote*, á quien tanto adamo y quiero, procuré que se me quedase en la memoria esta vision. Vision debió de ser sin duda, dijo Don Quijote, porque no hay otro yo en el mundo, y ya esa Historia (la del aragonés) anda por acá de mano en mano, pero no para en ninguna, porque todos la dan del pie.»

Basta y sobra con lo que va manifestado ahora en esta nota para convencimiento en quien la lea, de que el verdadero autor del *Quijote*, conocido hasta aquí con el nombre supuesto ó apócrifo de *Avellaneda*, lo fué el aragonés fray Luis de Aliaga, del órden de Santo Domingo, inquisidor, privado, y confesor del rey de España don Felipe III.

Esta es la nota que dije al comienzo de la presente, de la que podrá Vd. hacer el uso que le parezca; y vea Vd. en qué otra cosa pueda complacerle este su afectísimo y deseoso servidor Q. S. M. B.

JUSTO DE SANCHA.

Madrid 28 de mayo de 1854.

RUSIA.

SU GEOGRAFIA POLITICA.

Son sumamente curiosos en las circunstancias actuales los siguientes datos acerca de la estension, poblacion, movimiento mercantil y rentas del imperio ruso:

Para que el lector pueda apreciar debidamente, con copia de datos, la relacion que guarda la estension de dominio de los Czares con la poblacion que subyugan, y la que se observa en otros estados de primero, segundo y tercer órden, vamos á presentarles algunos datos geográficos y estadísticos, sacados los mas del Diccionario muy reputado de Maccarthy; despues apuntaremos su movimiento mercantil y recursos pecuniarios, concluyendo por bosquejar un cuadro comparativo y demostrativo del valor del cambio que hace de sus productos con el de otras naciones, y la proporcion que con las poblaciones respectivas representan.

Es la Rusia, comprendidos todos sus reinos y colonias, el mas estenso imperio del orbe, un gigante desproporcionado, pues tiene 3,055 leguas de á cuatro kilómetros de largo, 600 de ancho, 1.247,320 cuadradas de superficie y 60.000,000 de habitantes. Coge en toda su estension la Europa desde el mar Blanco hasta el mar Negro, interpuesta entre ella y el Asia, posicion admirable de la que saca su principal importancia y la influencia funesta que en los destinos de la política europea ejerce.

La Rusia europea, la meridional, el gran ducado de Finlandia y el reino de Polonia ocupa una superficie de 397,980 leguas cuadradas de Siberia, y la Rusia americana es de 448,240, y una poblacion de poco mas de dos millones de habitantes. La del Reino Unido de la Gran-Bretaña es de 19,465 leguas, tiene una poblacion de veintiocho millones de habitantes; corresponden á cuatrocientos treinta y ocho individuos por legua; la superficie de Francia es de 34,512, habitada por 34.000,000 cerca de 1,000 por legua; la del reino de Bélgica es de dos mil doscientas noventa y ocho; viven en ella 4.200,000, mas de 1,827 por legua; la del reino de Dinamarca de 4,681 y 2.100,000 de poblacion, mas de 570 por legua; el Egipto, aunque su total de estension sea de 24,000 leguas cuadradas, solo 5,880 son las cultivadas y pobladas, las recorre el Nilo, y poblado por tres millones, cuenta mas de 510 personas por legua; nuestra España con 27,360 mantiene quince millones, mas de 586 por legua.

No concluiríamos si prosiguiésemos haciendo comparaciones, todas ellas en notable desventaja de la Rusia, que es el estado menos poblado del mundo, mitad africana por su barbarie. La misma Turquía le saca en esto notable ventaja; en su estension total está la poblacion en razon de mas de 284 habitantes por legua cuadrada, siendo así que la totalidad está en Rusia en muy poco mas de cuarenta por legua. La Rusia europea, la meridional, gran ducado de Finlandia y reino de Polonia, estados que componen el nervio de su fuerza, cuentan poco mas de 130 individuos por legua cuadrada.

Conocida la sorprendente desproporcion del imperio del autócrata con el número de sus habitantes, mas admirará todavía su escaso comercio. Todo el movimiento de importacion llegó en el año de 1851 á 103.737,612 rublos de plata, 2,556.364,180 reales; el de esportacion fué de 97.394,457, á los que si agregamos el numerario, que subió á 16.403,196, tendremos un total de 112.796,555 rublos, 1,706.949,796 reales. Las principales mercancías estraidas ha sido cereales, pieles, cueros de Rusia, lino, cáñamo, madera, cobre, hierro, potasa, lana, etc. El valor de los cereales esportados de Rusia y Polonia juntamente, ha sido en dicho año 51 de 20.962,954 rublos, que son 314.344,310 reales, y es, téngase esto bien en cuenta, su principal artículo de cambio y la base de las rentas de la nobleza de la riqueza general del imperio. El término medio de las esportaciones en los años desde 1851 hasta 1850, ha sido de 1.140.000,000 de reales, y casi la mitad se ha estraido para Inglaterra. El movimiento general de la navegacion en todos los puertos de la Rusia en 51 merece fijar sériamente la atencion: en los del Báltico han entrado 3,790 buques y salido 3,781; en el mar Blanco 721 y 658; en los del Mediodía 2,480 y 2,598; en el mar Caspio 228 y 305. Corresponden de estos buques á los ingleses 1,875, y solo 1,019 á los rusos; los restantes se reparten entre turcos, holandeses, griegos, suecos, meklemburgueses, prusianos, daneses, sardos, austriacos y otras naciones, ocupando entre las que hemos apuntado por su órden de importancia el primer lugar la Turquía con 948 buques, 71 naves menos que el mismo colosal imperio de todas las Rusias. Los derechos de entrada y de esportacion cobrados por las aduanas imperiales ascendieron á 29.153,209 rublos, y la total de estas rentas á 30.329,927, igual á 457.948,905 reales.

Estos datos, así como los anteriores, son oficiales; estan sacados de las mejores fuentes; y casi estuvimos dudando de su exactitud, admirados de los pobres recursos del exagerado imperio moscovita.

De un artículo notable de la *Presse* que firma Mr. L. Leonzon Leduc, y que se titula *Bloqueo comercial de la Rusia*, hemos apuntado los siguientes datos comparativos del valor de las esportaciones que hacen diversos estados, y entre los que ocupa la nacion que es objeto de estas líneas el último puesto.

La Inglaterra ocupa el primer lugar, y ha cambiado (efectos declarados) por valor de 4,625.000,000 francos; tiene 27.000,000 habitantes; corresponde á 171 por cabeza. La Bélgica el segundo; poblacion, 4.260,000 almas; valores cambiados 494.500,000 francos

á 120. Los Estados-Unidos de América el tercero; 20.000,000 de almas; géneros cambiados 2,209 000,000 francos, á 110 por alma. La Francia el cuarto; poblacion 34.000,000; cambio por 2,346.000,000 francos, 66 por individuo. La Dinamarca el quinto; 2.100,000 almas; valores 127.170,000 francos, 66, 50 c. La Union aduanera alemana el sesto; poblacion, 23.000,000; efectos cambiados, 1,330,000,000 de francos, tocan á 54. El Egipto el sétimo; habitantes 3.000 000; valores cambiados, 144 500,000 francos, á 48 por cabeza. La monarquía de Suecia y Noruega el octavo puesto; tiene 3 232.000 habitantes; cambio por valor de 188.370,000 de francos, tocan á 44, 50 c. por cabeza. La España ocupa el noveno lugar; su poblacion es de 15.000,000; los valores que cambió ascendieron á 319.992,000 francos, á 21 por persona.

El décimo lugar lo ocupa el imperio austriaco; su poblacion es de 35.000,000; cambió por valor de 645.000,000 de francos, á 18, 50 c. por individuo. El undécimo corresponde á la Turquía, que con una poblacion de 26.000,000 de almas, sin las provincias tributarias del Danubio, cambió por valor de 353.000,000 de francos, á razon de 17, 50 c. por cabeza. El duodécimo le ocupan los Principados del Danubio, con 5.000,000 de habitantes; cambiaron por valor de 80.807,000 francos, á razon de 16 por cabeza.

Por fin, ocupa el último y realmente triste lugar la Rusia. El imperio de sesenta millones de habitantes cambió solo por un valor de 769.000,000 de francos; correspondiendo á cada ruso 12, 80 c., casi una tercera parte menos que el mísero y decaido turco, y como casi 33 veces menos que el inglés industrioso y libre.

Tal es ese colosal é informe imperio moscovita que ocupa una superficie de 1.247,320 leguas cuadradas, representante de un principio caduco, que pretende dictar la ley al mundo y desafiar á las dos mas robustas naciones de la tierra. Poderoso é invulnerable en las espesuras de sus bosques, en el corazon de sus desiertos, hace cien años no mas que influye en los destinos de Europa, desde que ha hecho partícipe de un crímen al Austria y á la Prusia; atrae de todos los paises con ricos donativos, y dando naturalizacion y honores á hombres de suficiente flexibilidad para vender sus conocimientos y esperiencia en las ciencias, en las armas y las letras, presentando á las observaciones superficiales una grandeza algo pomposa de civilizacion artificial.

Sin duda es potente el imperio de setenta millones de habitantes que obedecen pasivos la voluntad omnímoda de un hombre obstinado, que fijo en la tradicion política de su casta, consagra todos los recursos de que dispone, subyugando y empobreciendo al siervo en el esclusivo objeto de mantener sobre las armas un ejército sin segundo en número, admirable en las revistas, valiente en las batallas, pero todavia muy atrás por defectos de su viciosa organizacion interior de los buenos ejércitos europeos. Fuera de la esfera de su accion nunca ha podido mantener masas en proporcion con su nombradía, ni con recursos cuenta para duraderas empresas. Tributaria de la Inglaterra, que hoy desafia para la venta de sus productos, la conduccion, la maquinaria, el armamento, ¿con qué elementos propios cuenta ese coloso, condenado á encerrarse en su guarida, falto de recursos, por poco que la guerra durase? El lector no tiene mas que fijarse en los datos que hemos estampado, que son auténticos, y colocar con su buen juicio á la Rusia y al Czar en el lugar y rango que les corresponde.»

VIAJES ALREDEDOR DEL MUNDO.

1837.—1841.

Las islas innumerables que pueblan con sus tierras nuevas las serenas soledades del gran Océano, presentaban desde 1814 un espectáculo apenas sospechado del continente europeo, y sin embargo, tan digno de llamar bajo algunos puntos de vista su atencion, como bajo muchos otros su rivalidad y sus simpatías. Estos archipiélagos, productos del mar ó del fuego, concreciones madrepóricas ó eyecciones de los volcanes, pero dotados casi todos de una fecundidad maravillosa, veian, antes de la época á que nos referimos, decrecer y estinguirse su poblacion en los horrores de la antropofagia. Jamás habian manchado escesos mas atroces una naturaleza mas pura y risueña; jamás despoblacion tan odiosa habia ensangrentado una tierra tan fértil. Estaba reservado á la civilizacion occidental poner un término á las abominaciones de aquella vida salvaje.

Desde los primeros años que siguieron á las guerras de Bonaparte, las necesidades de espansion del comercio americano y británico llevaron los bajeles de estas dos naciones hácia las tierras de aquellos lejanos paises. A la tristísima pintura que los navegantes trazaron á su regreso del feroz encarnizamiento á que se entregaba la mayor parte de aquellas hordas, la Inglaterra y la Union americana se estremecieron de espanto, formáronse en ambos paises sociedades religiosas, y se enviaron misioneros protestantes para evangelizar aquellas tribus canibales.

Pero los misioneros, en vez de consagrarse esclusivamente á su apostolado, hicieron intervenir casi siempre su propaganda religiosa y sus especulaciones mercantiles. El primer mal producido por esta dualidad de intereses, fué el misterio en que, como todos los negociantes que han encontrado nuevos mercados para su comercio, envolvieron sus empresas de religion y mercantilismo. Esta obra de luz parecia buscar únicamente la sombra para realizarse, y lo consiguió tan bien al principio, que el primer navío circunnavegador lanzado por la Francia, durante la Restauracion, en aquellos mares, no pudo menos de ver con asombro los progresos que habian hecho en muchos puntos las predicaciones de los misioneros metodistas.

A la noticia de un éxito tan completo, el catolicismo, que en los siglos anteriores habia enrojecido con la sangre de sus mártires todas las playas del continente y del gran archipiélago asiáticos, se apresuró á enviar sus confesores á tomar parte en aquella recoleccion lejana. Los navíos de comercio y los armadores balleneros franceses comenzaron por sí mismos en la misma época á doblar el cabo Hornos.

Los misioneros protestantes, viéndose desde entonces amenazados en su doble monopolio, recurrieron á todos los medios para protegerle. Representaron á los franceses como un pueblecillo de revoltosos y bandidos, á quienes siempre habia castigado ó hecho temblar la Inglaterra, y aconsejaron por lo tanto á los jefes de las tribus salvajes ó semisalvajes, en cuyo ánimo tenian alguna influencia, que evitaran toda relacion con aquella gente, y no permitiesen, sobre todo á sus misioneros, el establecerse entre ellos.

Estas calumnias produjeron sus frutos; todas las poblaciones ignorantes se acostumbraron á mirar á los misioneros franceses como enemigos, contra los cuales la astucia y la violencia eran armas legítimas, y á la Francia como una nacion demasiado débil para hacer respetar su pabellon y sus hijos. De aquí la insolencia y la crueldad, y no pocas veces las catástrofes que los franceses y sus mismos bastimentos tuvieron que sufrir en aquellos países.

Si los misioneros católicos, gracias á su abnegacion, lograron penetrar en algunas islas, la rapidez de sus triunfos no produjo otro resultado que hacer á sus rivales mas violentos y encarnizados. En todos los puntos en que los ministros ingleses ó americanos se habian establecido, los sacerdotes franceses estaban seguros de encontrar la persecucion y la intriga. Por todas partes el mismo ódio, la misma violencia, en las islas de la Sociedad, en el Archipiélago de Sandwich y en la mayor parte de las islas inmediatas del continente australiano. Y como, segun hemos dicho ya, no era solo su proselitismo religioso, sino tambien los intereses de su negocio lo que ellos defendian con tanto empeño, los comerciantes y los misioneros franceses fuéron el objeto de sus maquinaciones.

Las reclamaciones y las protestas que se elevaron de todos los puntos de la Occeanía, revelaron por fin al gobierno francés la necesidad de representar la Francia en aquellos mares por cruceros cuya magnitud y fuerza diesen á aquellos pueblos incultos una justa idea de su poder. Reconoció el error que habia cometido suspendiendo aquellas navegaciones lejanas, que no solo habian restaurado el brillo de las ciencias enderredor del pabellon francés, sino que, confiadas á bastimentos mas fuertes, cuando no á divisiones, hubieran asegurado su inviolabilidad, dando á conocer mejor la gran nacion cuyos colores ostentaba. Pensóse en reparar este error, y entre tanto que una espedicion mas especialmente científica, cuyo proyecto preparaba Mr. Dumont d'Urville salia de los puertos de Francia, el gobierno quiso que muchos bastimentos de alto bordo fuesen á exigir la reparacion de las injurias de que algunos de sus súbditos habian sido víctimas, y á probar á aquellas hordas bárbaras, de la misma manera que á sus culpables instigadores, que la nacion francesa tenia fuerzas bastantes para hacer respetar su nombre en las mas remotas playas.

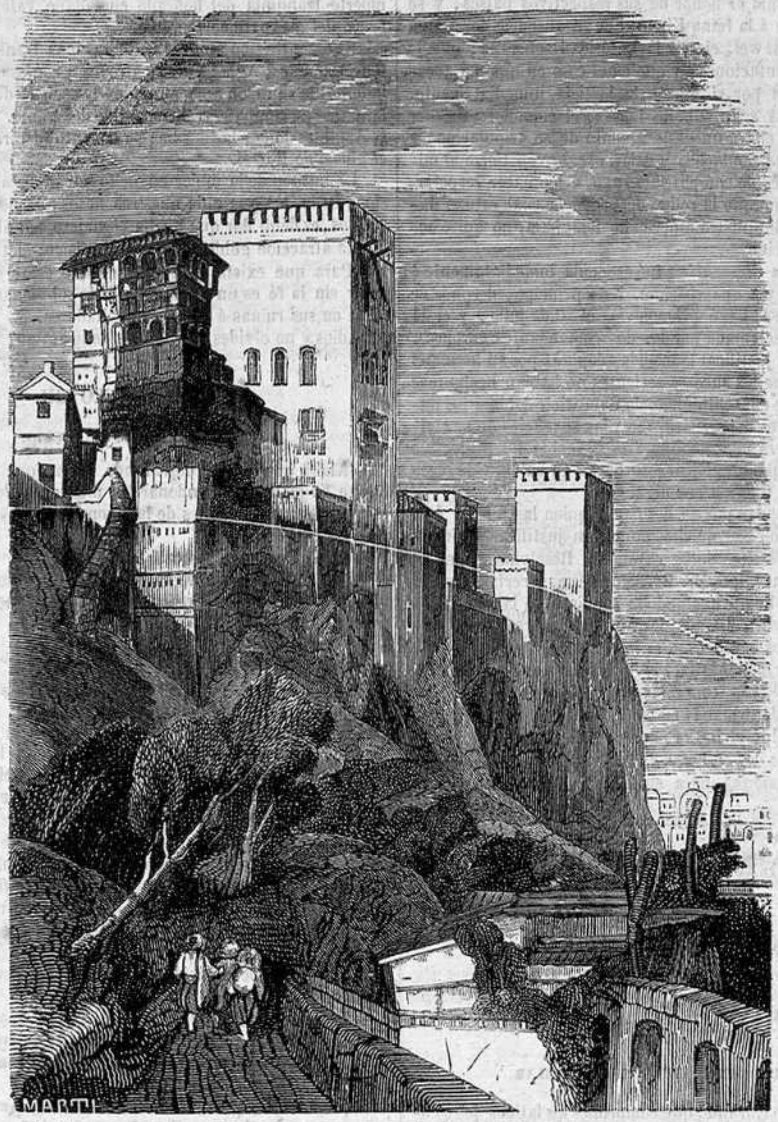
Combináronse con este objeto las espediciones de muchas fragatas que debian recorrer los puntos frecuentados por los navíos balleneros; de modo que, protegiendo su pesca, pudiesen al mismo tiempo obtener aquel otro resultado, tan importante para la seguridad del comercio y del honor nacional. La *Venus*, mandada por el capitan de navío Abel Dupetit-Thouars, y montada por una tripulacion escogida, fué la primera que se dió á la mar.

La primera parte de su navegacion se verificó sin incidente alguno de gravedad; el buque dobló el cabo Hornos, después de haber tocado el Brasil, y remontando la costa occidental de la América del Sud, cuyos principales puertos visitó, dirigióse hácia las islas Sandwich. Una de estas islas, cuya proximidad no habia anunciado ningun indicio, ni aves, ni cuerpos flotantes, apareció á los ojos de los marineros el 7 de julio como una sombra, y tan oscurecida por las nubes y los vapores del horizonte, que no pudieron reconocer, en las crestas que la coronaban, aquella Hawai doblemente célebre por la muerte del ilustre Cook y por la tumba de Rio-Rio, el primer rey po-

lynesio venido á Europa para sentarse al gran hogar de la civilizacion.

Al dia siguiente, la *Venus* echó el ancla en la rada de Honolulou, capital de la isla Oahou, y residencia del gobierno de las islas Sandwich. A este gobierno era á quien el comandante francés iba á exigir una reparacion al honor de la Francia.

Dos misioneros católicos, el uno francés, Mr. Bachelot, el otro irlandés, Mr. Skort, habian sido en el mes de diciembre de 1831 espulsados de aquellas islas, á consecuencia de las intrigas de los ministros protestantes americanos; y las autoridades que habian cometido este abuso de poder, lo habian agravado todavía mas abandonando á los dos desgraciados sacerdotes en una costa desierta de la baja California. Ellos, por su parte, no pudiendo creer en el triunfo definitivo de semejante iniquidad, y esperando, por el contrario, triunfar de la persecucion á fuerza de paciencia, obtuvieron del capitan de una goleta de Sandwich, la *Clementina*, que los recibiese á su bordo y los volviese á la isla Oahou, de donde habian sido espulsados con desprecio del derecho de gentes. El capitan, que no era mas que fletador de la goleta, cuyo propietario era Mr. Dudoit, criollo de la isla de Francia establecido en aquel archipiélago, accedió á los deseos de los interesados, ya por especulacion, ya por simpatía, y lo hizo sin que la autoridad, á cuya noticia llegó el suceso, opusiera el mas leve obs-



(Esterior de la Alhambra por la parte del Darro.)

táculo. Los misioneros católicos creyeron pues en la realizacion de su esperanza, en el triunfo de su buen derecho, y volvieron á empezar sus predicaciones.

El éxito de aquellos sacerdotes reanimó bien pronto la intolerante envidia de sus enemigos, cuya influencia dominaba en las decisiones de la reina regente. Reclamaron una nueva ejecucion del decreto del destierro que habian impuesto á los que ellos llamaban perturbadores de la tranquilidad pública; los dos misioneros fueron arrestados de nuevo, y como el objeto era desembarazarse de ellos lo mas pronto posible, se les condujo á bordo de la goleta en que habia regresado, con órden de conducirlos al sitio en que los habia admitido.

Mr. Dudoit, súbdito inglés, pero católico, no quiso prestarse á semejante arbitrariedad, que por lo demás perjudicaba á sus intereses; alegó que no podia hacérsele responsable de los actos del capitan americano, á quien habia alquilado su buque; que no era él quien habia llevado los misioneros católicos á la isla, y que por consiguiente no podia obligársele, sin injusticia, á trasladarlos á otra parte. El agente consular inglés apoyó estas reclamaciones, pero en vano: mantuviéronse en todo su vigor las órdenes espedidas y las medidas adoptadas. Mr. Dudoit, protestando entonces contra un vejámen que atentaba al honor de su país, tomó el pabellon inglés, y escoltado por su tripulacion y por todos aquellos á quienes su fé religiosa ó su dignidad nacional hicieron asociarse á sus protestas, le llevó, á través de la poblacion, ávida de saber lo que iba á suceder, á la casa del cónsul bri-

tánico, quien le mandó quemar para sustraerle á cualquier ultraje. No por eso los dos misioneros dejaron de ser enviados á bordo de la *Clementina*.

En medio de esta crisis fué cuando llegó la *Venus* á las aguas de la isla, apresurándose Mr. Dudoit á comunicar á su comandante lo que pasaba.

Uno de los oficiales de la coberta inglesa el *Sulphur*, anclada delante de Honolovlov, fué á bordo de la *Venus* para confirmar á Mr. Dupetit-Thouards la verdad de los hechos que se le habian denunciado. El comandante francés se dió á la vela en una chalupa; se acercó á la *Clementina* al dirigirse á la ciudad para interrogar á Mr. Bachelot y pedirle informes, y se trasladó después á casa del cónsul francés, donde el mismo comandante del *Sulphur* habia saltado. Allí deliberaron sobre las medidas que exigia el honor de sus respectivos países, y se convino que se dirigirian á la reina Kinan, que en ausencia del rey su hermano, entonces en Mawel, ejercia la autoridad soberana; que le harian enérgicas representaciones, y que en el caso en que no accediese á ellas se tomarian por sí mismo la justicia inmediatamente. Como la goleta pertenecia á un súbdito inglés, el comodoro Belcher haria tomar posesion de ella á un destacamento de su tripulacion, y después cada comandante conduciria y dejaria seguro en tierra al misionero, cuyos derechos, como compatriota suyo, debia hacer respetar. Esto fué lo que sucedió, porque la reina, detrás de la cual estuvo durante toda la audiencia el ministro americano Bengham, no quiso acceder á ninguna reclamacion.

En su consecuencia la *Clementina* fué espedida inmediatamente á Mawei para invitar al rey á que volviese. Este príncipe, después de enviar una carta de escusa, llegó á Honolovlov el 20 de julio, y el 21 se verificó la audiencia reclamada por los dos comandantes europeos. El jóven rey se esforzó en justificar la medida adoptada por su hermana durante su minoría, y que los sucesos recientes no habian hecho mas que consumar. Alegó que el archipiélago de Sandwich debia á los ministros metodistas las luces del cristianismo y los beneficios de su civilizacion naciente, y que era muy justo que este pueblo los protegiese contra otros estranjeros que querian ir á turbarlos en su obra de regeneracion, predicando una religion enemiga.

Estas respuestas, dictadas por su hermana, quien las recibia á su vez de Bengham, colocado cerca de ella, no podian justificar la inhumana deportacion de dos sacerdotes católicos. Resolvióse pues al cabo de un animado debate, que Mr. Bachelot permaneceria en la isla hasta que encontrase un buque que pudiera conducirle á la costa mejicana ó á las islas Gambier, adonde deseaba trasladarse; pero que por un nuevo convenio, los católicos gozarian en adelante en el archipiélago Sandwich de los mismos derechos y las mismas prerogativas que los miembros de las demás comunidades cristianas.

La *Venus*, después de firmar el tratado, partió de aquellas islas para visitar las costas del Kamchatka, que no habian visto buques de guerra franceses desde las dos corbetas de Lapeyrouse, y volvió después á las costas de América para emprender definitivamente su rumbo hácia Oeste.

AMOR SIN FÉ.

NOVELA ORIGINAL.

(Aprobada por el censor.)

(Conclusion.)

CAPITULO VII.

CARLOS DE ALARCON Á ENRIQUE DE AGUILAR.

Veo con dolor, querido Enrique, que comprimes los latidos de tu corazon con los raciocinios de un desconsolador escepticismo. El escepticismo es el orgullo de la razon humana, que tendiendo su vista á remotos horizontes, tropieza y cae en cercanos precipicios.

Solo hay una luz que puede guiarnos en las deshechas borrascas de la vida; la luz de la fé. ¡La fé: manantial fecundo de nobles hechos, de generosos sentimientos!

Mira á Colon sirviendo de escarnio á los orgullosos sabios de aquellos dias; mira á Colon auxiliado por una reina magnánima y dando un nuevo mundo á la corona de Castilla. La ciencia presuntuosa despreció al genio; la fé de una mujer lo comprendió.

Los mártires del cristianismo alzan cantos á Jesucristo en el circo de Roma; Scévola quema su mano; Sócrates bebe tranquilo la cicuta; Galileo sostiene una verdad científica entre los dolores del tormento; Guzman arroja el puñal que ha de asesinar á su hijo... la fuerza que produce tan heróicas acciones es la fé; sin ella todo es pobre, todo es mezquino.

Figúrate, querido Enrique, que en una bohardilla limpia, pobremente alhajada, vive una anciana en compañía de su hija. Esta es jóven y bella; el trabajo de sus manos da de comer á su madre; sus cuidados alargan su existencia. Fácil la fuera adquirir infames riquezas, pero prefiere la senda de la virtud, que si es difícil, tiene por premio la paz del alma, el suave perfume de celestial ventura. Dime, Enrique, ¿si penetras en el interior de esta familia, se verificará tu máxima, todo lo que profundamente se conoce profundamente se desprecia? No: la virtud, si profundamente se conoce, profundamente se ama.

Dejándote llevar de tus desconsoladoras ideas, afirmas que es condicion de la humana naturaleza causarnos mútuamente penas sin número, desengaños sin cuento. Aserto falso, porque la felicidad del hombre tiene sólidos fundamentos en la dicha de sus hermanos. La muerte tranquila del honrado ciudadano vale mas que el suntuoso festin del magnate corrompido.

El escepticismo amarga las horas mas tranquilas de nuestra existencia. Amas á Aglae y no te atreves á confesarlo. El amor te parece indigno de tu razon amaestrada en la escuela del mundo. Olvidas que la mujer es compañera inseparable del genio. Su influjo suavizó las costumbres de la edad media; su encanto inspiró la lira de Garcilaso y el pincel de Rafael.

La imágen de la mujer envuelta en las nacaradas nubes de la ilusion, es la luz que guia nuestros pasos; despojada de tan brillantes atavios, es débil flor que huella el viajero con planta indiferente.

La atraccion gobierna el mundo físico; el amor debe regir la moral. Para que exista el amor tiene que estar sostenido con la fé. El amor sin la fé es un edificio fundado sobre movediza arena, que sepulta en sus ruinas á sus locos habitadores.

Adios y no olvides los consejos de tu amigo

Carlos de Alarcon.

CAPITULO VIII.

PARED POR MEDIO.

—Ahora que ya has descansado espero que me espliques la causa que te ha movido á abandonar las márgenes del caudaloso Manzanares y las bulliciosas calles de la coronada villa.

—Un capricho.

—¿No hay ninguna otra?

—No: leí un soneto de Lupercio de Argensola en alabanza de la vida del campo, y al terminarle no pude menos de convenir con su autor, y esclamar:

¡Oh corte! ¡oh confusion! ¿quién te desea?

Dejé á Madrid, y héme aquí decidido á hacer una vida de filósofo, á la cual siempre he tenido marcada aficion.

—No me parece mal tu propósito; pero la causa que dices le ha motivado podrá ser la inmediata, pero no es la principal. Aglae de Monroy ha de tener alguna parte en tu resolucion.

—Es verdad; la amo con delirio; pero una *revista* me ha convencido que debo olvidarla.

—¿Revista? ¿Qué quieres decir con esa palabra?

—Te lo esplicaré. Entre los libros de mi biblioteca hay un grueso volúmen sobre cuyo canto se lee este título: *Antídoto contra el amor*. Este que parece libro no es sino una caja dentro de la cual ven mas variedad de objetos que en una tienda de quincalla. Todos son recuerdos de pasados amores.

—¡Peregrina ocurrencia! ¿Y para qué te sirve tal museo de antigüedades?

—De muy provechosa enseñanza. Locamente enamorado de Aglae, estaba decidido á decírselo; pero abrí mi instructivo libro y empecé una escrupulosa *revista* de los objetos que contenia: cuando concluí habia variado ya de modo de pensar.

—¡Poderosos argumentos debe encerrar el *Antídoto contra el amor!*

—Mucho que sí. Lo primero que encontré entre sus inreadas hojas, fué una carta de la sensible Lucía. Deciame, la moderna Heloisa, que si un dia la olvidaba se encerraria en un convento, ó pondria término á su cansada vida. Tal vez al escribir esta carta la interrumpió varias veces para asomarse al balcon á ver pasar á cierto doncel que en aquel entonces rondaba su calle. Yo fingí olvidarla, y á los ocho dias estaba jurando constancia al enamorado y callejero galan. Al lado de la sentimental epístola habia una pulsera de Elena. ¡Dulce recuerdo que conmueve y abrasa mi corazon! Elena es bella, muy bella; sus ojos negros, rasgados, voluptuosos, destellan miradas tan suaves como el susurro del aura, mas ardientes que el sueño del poeta. Amé á Elena, la idolatré; pero bien pronto conocí que las sonrisas y las miradas con que alimentaba mi esperanza eran los juegos de un alma que no siente; eran los pasatiempos de una mujer veleidosa. Soñé con un ángel:

Y los sueños, sueños son.

Tan rudo desengaño fué acabando poco á poco mi amor á Elena; pero mi corazon desgarrado perdió la fé, y juró buscar en la indiferencia el remedio de sus males. Por eso huyo de Aglae.

—¡Donoso modo de raciocinar! Julia y Elena no supieron querer; luego todas las demás mujeres serán lo mismo.

—Hay probabilidades de que así suceda.

—Y este vano temor te impedirá gustar los deliciosos éxtasis de una pasion correspondida, esos momentos en que el amor llevado á la sublimidad se confunde con todas las aspiraciones nobles de nuestra alma. Si á esto llamas sueños, fuera preciso dormir toda la vida para no perderlos. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Pared en medio del sitio donde se verificaba la conversacion que antecede, se hallaban reunidas Aglae y su prima Elisa; esta última decia con tono de dulce reconvencion:

—¿Sabes, Aglae, que voy á enfadarme contigo? Has venido á L... para vivir alegre, olvidar tus padecimientos, y volver á Madrid encarnada como una amapola, y robusta como una pasiega. Lejos de esto, cada dia estas mas triste; parece que gozas ese encanto que los poetas llaman la voluptuosidad del dolor.

—Sí, querida prima, estoy muy triste; la tisis siempre produce este efecto.

—Tú no estas tísica, loquilla; y debes olvidar tan infundada creencia. ¿Se abre la rosa, para morir cuando sus perfumes empiezan á embalsamar la atmósfera? No, Aglae, no; tú vivirás, para ventura del afortunado mortal que llegue á poseer tu apasionado corazon.

—¡Mi corazon! Amo á Enrique, le idolatro; y el desden es el premio de mi pasion. En el Teatro Real me demostró un cariño sin límites; después me ha olvidado; sus miradas me han dicho que le soy indiferente.

—¿Le amas mucho, Aglae?

—¿Que si le amo? ¡Ah! solo Dios puede comprender mis locos delirios, mis agitados pensamientos. Mi memoria conserva indelebles sus palabras; su nombre vaga siempre en mis labios; las horas que he estado á su lado han sido para mí momentos de felicidad desconocida.

—Tú no has tratado á Enrique de Aguilar, y acaso no sea digno de tan acendrado cariño.

—Hay un presentimiento en mi alma que no puede engañarme. La blanca y despejada frente de Enrique retrata sus nobles pensamientos; su mirada vaga en el espacio como aspiracion del infinito; sus frases amorosas al par que melancólicas revelan un corazon ardiente herido por crueles desengaños. ¡Si Enrique me amase, qué dichosa fuera mi existencia!

Elisa no contestó á su prima; Aglae guardó silencio; despues de un rato se dirigió al piano y comenzó á tocar una aria de la Norma, de esa ópera siempre nueva, porque su armonía suave y sentida jamás puede olvidarse.

CAPITULO IX.

HAY HORAS QUE SON MINUTOS.

Era una noche de otoño serena y apacible, tranquila. La luna ostentaba su plateado disco, y su tibia luz alumbraba los floridos cuadros de un reducido, si bien cultivado jardin.

Enrique de Aguilar, apoyado en el alfeizar de la ventana de su habitacion, admiraba estático la sublime calma, el majestuoso silencio de la creacion; ¡menguada muestra del poderío y grandeza del Supremo Hacedor! Enrique pasaba por uno de esos momentos en que (como dicen los metafísicos) el alma tiene el sentimiento de su existencia, porque hay una voz dentro del cuerpo que grita, *yo soy;* uno de esos momentos en que entrevemos los altos destinos para que el hombre fué criado.

De improviso, una encantada armonía interrrumpió el silencio de la noche. Enrique prestó atencion, y distintamente llegaron á sus oidos las bien combinadas notas de una polka-mazurca; sus ojos se elevaron al cielo con una mirada impregnada de inefable dulzura; sus labios fueron á murmurar un nombre; un oculto dolor oscureció la espresion de su rostro; y bajó la cabeza con triste y pensativo ademan.

Dejóse de oir la polka-mazurca; al poco tiempo sonó de nuevo el piano; una voz argentina comenzó á cantar una romanza italiana, fantástica como una tradicion del Rhin, apasionada como una mujer del mediodía.

Aquella música tenia una variedad de tonos infinita; era la armonía de la naturaleza; al lado del robusto cedro la débil florecilla; cerca de la virtud heróica el vicio despreciable.

Palpitaba el corazon de Enrique con desconocida fuerza, y su imaginacion seguia anhelosa los inesperados giros del vago canto que le turbaba el reposo de la noche. Dominado por un inefable arrobamiento veia pasar ante su vista las coronas de laurel que ciñen la frente del genio, la imágen pura de celestial mujer, la virtud siempre grande porque el martirio es su triunfo mas glorioso. . . . . .

. . . . . .

Todo habia quedado en silencio. Las últimas notas de la encantada armonía se perdieron en el espacio, cual el lamento del náufrago en abandonada playa.

Aglae, pues no era otra la música cantora, cerró el piano, y agitada por tumultuosas emociones fué á buscar en el reposo de la naturaleza dulce tranquilidad para su alma, gratos consuelos para sus penas. De codos en la ventana de su cuarto, rodeada por las verdes hojas de un frondoso emparrado, y alumbrado su pálido rostro por la suave luz de la luna, semejaba la vírgen pura del sueño de un poeta. Al verla tan bella, Enrique no pudo dominar sus sentimientos y esclamó con alegre sorpresa:

¡Aglae! ¿Es una ilusion?

La encantadora niña al escuchar su nombre tan inesperadamente, fué á retirarse de la ventana; pero vió á Enrique, y sin poder articular ninguna palabra, permaneció inmóvil cual si se hallara retenida por secreta fascinacion. Enrique guardó silencio algunos instantes; despues con tardas frases comenzó á decir de esta suerte:

—En el alma me alegro, Aglae, de encontrar á Vd. ¡Es tanto lo que tengo que decirla! Bien conozco que á Vd. le interesará muy poco; pero mi corazon no puede contener por mas tiempo el amor sin fé que Vd. me inspira.

—¿Qué ha dicho Vd., Enrique? Sus frases son para mí un enigma indescifrable.

—No, Aglae, no. Espreso con lisura mis sentimientos. La amo á Vd. con pasion; la triste esperiencia me hace temer un nuevo desengaño... quiero guardar siempre puro, siempre santo el recuerdo de Vd. No conteste Vd. á mis palabras; bástela á Vd. saber que la idolatro; mi cariño no puede causar la felicidad de una mujer; el árbol de la desgracia presta sombra á mi vida.

—Poco tiempo podria hacerme infeliz el amor de Vd., Enrique. La palidez de mi semblante, el vivo encarnado de mis mejillas, la dificultad de mi respiracion, son claras señales de que una cruel enfermedad, que apaga la mas lozana juventud, pondrá breve término á mi vida.

—¡Morir Vd., Aglae! No es posible, no. Mi vida la infundiria vida, mi mano reanimaria su mano; el cielo no puede permitir se apague la última esperanza que abriga mi corazon.

—¡Débil esperanza, Enrique! débil esperanza! Un poeta ha dicho con mucha verdad:

Una mujer de menos
Es una flor perdida en cien pensiles;
Un eco solitario en mil cantares;
Entre estrellas sin fin solo una estrella
Es una gota en los inmensos mares.

—La mujer que yo adoro es completamente distinta de las demás; su voz suena cual celestial armonía; su aliento es mas grato que el perfume de las flores; su vida es mi vida; su alma es mi alma. Sí, Aglae; si yo pudiese creer que Vd. me amase, la tierra fuera encantado paraiso, la pena jamás nublaria mi frente.

. . . . . .

. . . . . .

El dia comenzaba á clarear cuando Aglae y Enrique abandonaron sus poéticas ventanas, no sin lamentar la brevedad de las horas cuando pasan en sentidas y agradables pláticas.

CAPÍTULO X.

DESENLACE.

Quince dias han pasado desde la noche que Enrique manifestó á la bella Aglae los sentimientos que en vano habia tratado ahogar. Desde aquel momento la vida de nuestro héroe se ha trasformado completamente; su corazon, ávido de amor, que hacia tanto tiempo no gustaba, se ha consagrado esclusivamente á Aglae, la ha tributado la adoracion de la adolescencia y el fuego de la juventud.

Las ventanas de las habitaciones que ocupan estan situadas muy cerca: de este modo, cuando la noche tiende su negro manto, y todos se han entregado á las dulzuras del sueño, Aglae y Enrique comienzan sus protestas de cariño, siempre las mismas y siempre nuevas; callan otras veces, y sus miradas suplen con ventaja la palabra, débil para espresar las sensaciones que hondamente conmueven.

—¡Qué triste es, decia Aglae, abandonar la vida cuando nos sonrie la imágen de la felicidad! Te amo tanto, que solo siento la muerte por separarme de tu lado.

—Abandona, querida Aglae, tan melancólicas ideas. Si la palidez cubre tu semblante, tambien las flores del jardin, hoy mustias y secas, reverdecerán lozanas en la alegre primavera.

—No, Enrique mio, no puedo hacerme ilusiones: mi muerte está cercana. ¿Conservarás de mí algun recuerdo?

—Pregunta mas bien si podria resistir tan intenso dolor. Sin tí, ¿qué fuera mi vida?

—Lo que hasta hace poco ha sido; bella, agradable y divertida.

—No, querida mia; yo he cruzado este mundo como el viajero la llanura abrasada por el sol, donde no halla un árbol que le preste grata sombra, un manantial que apague su sed. A nadie he amado, porque siempre he dudado del amor: en el tuyo creo, porque los ángeles jamás pueden mentir, y tú eres el ángel de mi esperanza, el sueño realizado de mi corazon.

—¡Lisonjero! Cuando muy bien se habla, muy mal se siente.

—¿Por qué dudas de mi cariño?

—Por una razon muy clara.

—Dímela.

—No has tenido mucha prisa por llegar hasta mí; prueba evidente de que no me querias.

—Lejos de tí, solo en tí pensaba; siempre que oia la polka-mazurka que tocaba la orquesta del teatro Real la noche que te hablé por primera vez, me parecia estaba á tu lado; cuando se perdia el eco de sus últimas notas, una melancolía indefinible se apoderaba de mi alma. Tu imágen aparecia á mis ojos pura como la luz de la alborada, ardiente como las vírgenes de Rafael; solo temia encontrar en tí un corazon mezquino que no comprendiese mi cariño, que me brindase con ese afecto social que tanto dista del amor.

—Ah Enrique mio! en cariño te escedo mucho; siempre he conocido tu carácter noble, generoso, apasionado. Si tú hubieras tenido fé en mi amor ¡qué felices podiamos ser! Entonces quizá la muerte no terminaria mi vida, ahora que comienzo á gustar la felicidad de amarte.

. . . . . .

La enfermedad de Aglae hacia rápidos progresos. Enrique (presentado en casa de Elisa por su amigo Carlos), pasaba casi todo el dia al lado de Aglae; pero su voluntad no tenia poder para tornar el carmin á las pálidas mejillas de la poética niña, para volver el brillo á sus apagadas miradas. Por demás triste era el cuadro que presentaba una tierna madre que lentamente veia morir á su hija, y Enrique, que perdia en Aglae la única mujer que amara con fé, la última luz de su moribunda esperanza.

CONCLUSION.

Todos los caminos de la gloria humana paran en el sepulcro.

Gray.

El último rayo del astro del dia alumbra vagamente el paisaje. El cementerio de L... está situado sobre una elevada colina; algunos cipreses, plantados sin concierto simétrico; algunas florecillas silvestres que nacen entre las junturas de las funerarias y pobres losas, todo está despojado de mentidos adornos; es la espresion de la verdad, majestuosa, sencilla. La disposicion del terreno permite que desde el centro del cementerio se dominen sus bajas tapias; á la derecha se distinguen las torres y caserío de L...; á la izquierda un horizonte cortado por los montes de una lejana sierra, infunde esos elevados pensamientos que abrasan el corazon sin que el labio pueda espresarlos.

Enrique de Aguilar, cruzados los brazos sobre el pecho, contraido el rostro por intenso, cruelísimo dolor, contempla una sencilla losa sepulcral. Sobre ella hay escrito este nombre: Aglae.

Los ojos de Enrique se elevan al cielo; al través de sus lágrimas brilla una mirada suplicante; sus labios murmuran estas palabras: Dios mio, *¡siempre tarde!* No, le dice una voz interior; si el escepticismo no te ciega, verás la virtud y la amarás; te halagará el perfume de la flor, y tendrás fuerza para soportar el dolor que causan sus espinas.

LUIS VIDART.

CAZA DE LOS INSECTOS Y MARIPOSAS,

Y MEDIOS DE CONSERVARLOS EN COLECCIONES.

ÚTILES É INSTRUMENTOS.

Los útiles é instrumentos necesarios para formar una coleccion de insectos de oruga y mariposas, son los siguientes: una especie de manga para coger las mariposas; unas espinzas para coger los insectos de tierra; una red muy tupida para coger los insectos acuáticos; una caja llamada de caza para encerrar las mariposas y los insectos; otra caja con varias separaciones para guardar las orugas y las larvas; diversas planchas para preparar las mariposas y los insectos; grandes cartones llamados de *conservacion* para contener colecciones enteras; una pequeña redoma de aguardiente para conservar diferentes insectos; un microscopio para el exámen de los insectos; alfileres delgados y largos, alfileres cortos y gruesos, alfileres medianos, clavados en un acerico ó guardados en un alfiletero, y por último, espinzas, tijeras, planchas de corcho, agujas, hilo y papel blanco.

MANGA Y RED.

L'echiquier ordinaria ó lazo para las mariposas, y *troubleau* ordinario ó lazo para los insectos son muy conocidos. El primero es una simple gasa ó tela muy ligera de diez y ocho á veinte pulgadas de profundidad, puesto en un círculo de laton de nueve á diez pulgadas de largo, el cual está fijo á un palo que le sirve de mango. El segundo es un simple pedazo de malla muy tupida igualmente puesto en un círculo de laton tambien fijo en un palo. Pero estos dos instrumentos ofrecen el inconveniente, si se quiere llevar los dos á una vez, de necesitar dos palos, cosa muy incómoda en dias de caza; y de aquí la necesidad de construirlos de modo que no necesiten mas que un mango para los dos.

A este efecto los dos círculos de grueso y ligero laton estan compuestos de dos medios círculos, los cuales, cuando no se quiere hacer uso de ellos, se repliegan uno sobre otro, estando sujetos por un lado por anillas firmes y entrelazados, y quedando libre del otro cuando estan replegadas en medios círculos, pero sujetas juntas cuando estan abiertas en círculo entero por otros dos pequeños anillos, en los cuales se introduce una junta de hierro que está fija á la estremidad del palo, y que en cuanto entra retiene en círculo los dos medios círculos, por medio de un cilindro que le hace girar sobre el baston. De este modo, segun la necesidad, se pone en la punta del palo el círculo guarnecido de gasa para las mariposas, ó el círculo guarnecido de malla para los insectos, y el otro se repliega en dos medios círculos, liando alrededor la gasa ó la malla, y la forma de los medios círculos les hace mas cómodos para llevarlos, atándolos alrededor del cuerpo con sus cintas. Se puede tambien, cuando se ha concluido la caza, plegar los dos lazos á la vez, y el palo queda convertido en un simple baston.

LAZO PARA INSECTOS.

El lazo llamado raquetti para los insectos se parece á un hierro de pecinar; pero en lugar de las dos cabezas que sujetan los papeles, son dos anillas de laton de cinco á seis pulgadas de diámetro, y llena de gasa muy tupida sujeta á sus bordes.

CAJAS DE CAZA Y CON SEPARACIONES.

Las cajas de caza para las mariposas y los insectos, y las cajas con varias separaciones para las orugas, deben ser de carton ó de madera ligera y de forma larga para poder meterlas en el bolsillo. La primera debe tener en el fondo una plancha de corcho de tres líneas de espesor para clavar en ella los insectos y las mariposas: y la segunda debe tener varias separaciones para guardar las larvas y las orugas de diferente naturaleza, y que pueden reñir y aun destruirse.

Para mas precaucion y en caso de una caza abundante se puede llevar en el sombrero una plancha de corcho, para clavar las mariposas y los insectos que no caben en la caja.

PLANCHAS.

En fin, las planchas deben ser de corcho de seis líneas de espesor, y en ellas se hacen varias hendiduras mas ó menos profundas, para contener los cuerpos de las diferentes mariposas que se quieren preparar.

USO DE LOS DIFERENTES LAZOS.

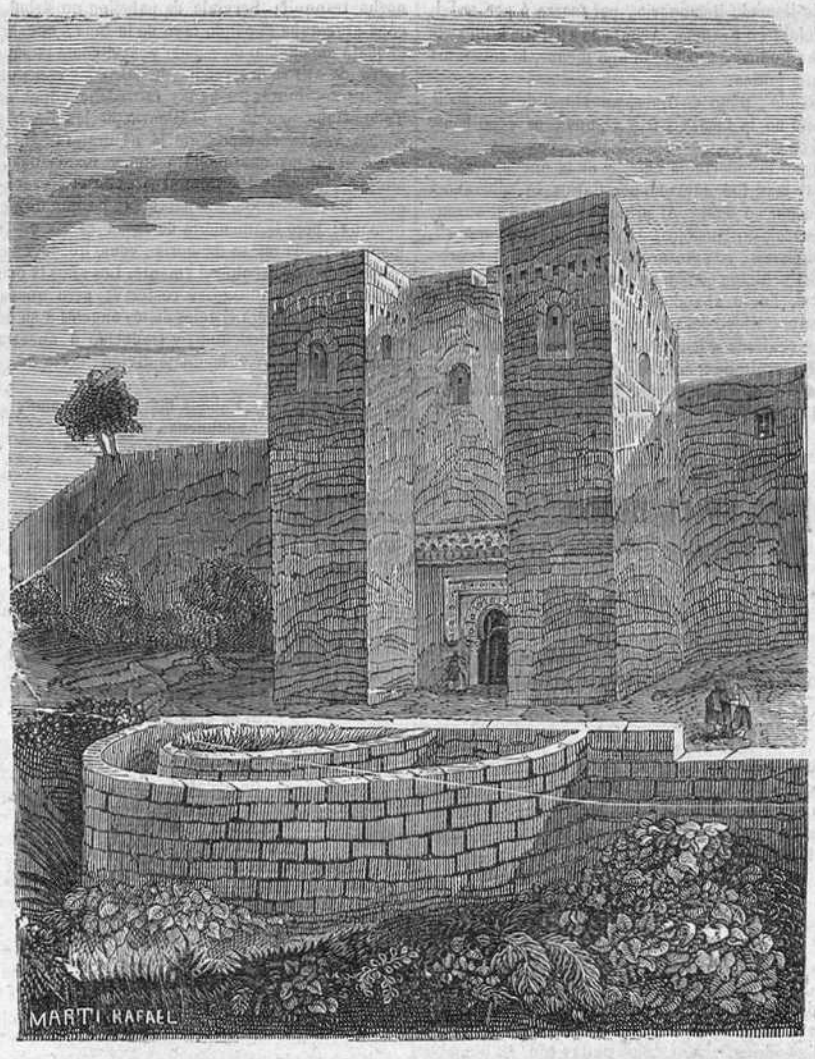
Se hace uso de la manga siempre que se quiere coger una mariposa ó un insecto al vuelo, ó cuando se quiera coger una mariposa que esté parada sobre una flor. Entonces es necesario acercarse por detrás con mucho cuidado, porque la mariposa tiene escelente vista; y si se yerra el golpe por llegar demasiado tarde, en lugar de seguirla, lo que la asustaria mas y la haria irse muy lejos, se debe uno detener un momento, para dejarla posarse sobre otra flor.

Cuando la mariposa está dentro de la manga, se la pica en medio del cuerpo á través de la gasa, teniendo cuidado de conservar sus colores.

(Continuará.)

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



PUERTA DE LOS CARROS EN LA ALHAMBRA.

ORIGEN DEL CONDADO DE BARCELONA.

El señorío de Barcelona es el único que estuvo en alguna ocasion revestido de los atributos de soberanía entre los numerosos de Cataluña.

Un germano llamado Otgar, gobernador de Guinea, al ver esta provincia española sujeta á los infieles, lleno de pena al ver su miserable estado, juntó siete bravos compañeros, los cuales se pusieron al frente de sus respectivas cuadrillas, compuestas de infanzones valerosos, los que atravesaron la barrera de las fragosas sierras que se levantan en el citado territorio. Muerto Otgar cuando tenia puesto cerco á Ampurias, le sucedió en el mando uno de los ilustres varones que componian sus huestes. Mas no pudiendo vencer la resistencia de la plaza, porque un numerosísimo ejército mahometano la defendia, tuvieron que retirarse los caballeros cristianos á las asperezas de los Pirineos, donde residieron hasta que el ejército de Carlo-Magno, con el cual se juntaron, hizo la célebre entrada, invadiendo la mayor parte de la provincia.

Uno de los condes mas señalados por sus crueldades y rapiñas fué Bera: á las incesantes quejas de los súbditos, promulgó un edicto Carlo-Magno para favorecer aquella gente opresa, mandando á Bera y á todos los gobernadores cesasen en sus vejaciones, y comisionando al arzobispo de Arlés para averiguar los padecimientos públicos y hacer justicia á las víctimas. El conde fué acusado por Sumila, no solo de robos, sino de traicion tratada con Alhaken; quedó Bera vencido por la ley, y resultó convicto del delito y condenado á la pena de muerte, la cual fué conmutada en la de destierro en Ruan por la clemencia del emperador.

Renovaron los cristianos sus tentativas contra Tortosa, aunque no fué muy afortunada la empresa, y sus conquistas llegaron hasta las márgenes del Ebro. Caro fué el precio que costaron estas victorias: lo cierto es que mientras vivió Alhaker no fueron los tiempos tan gloriosos para los generales de Luis el Bondadoso, rey de Francia, protector de Bernardo, á quien se le encomendó el feudo de Barcelona. Mas cuando subió al trono de Córdoba Abderraman, fuéron tales las discordias intestinas en el reino mahometano, que los belicosos condes volvieron á emprender sus correrías, llegando hasta Toledo, donde volvieron cargados de ricos despojos, y los invasores se retiraron apresuradamente, con menoscabo del poder, porque los árabes se apoderaron de Barcelona.

Pasó por aquel tiempo el conde Bernardo á la corte de Luis, quien le concedió el empleo de gran chambelan, y le encargó la educacion de Carlos el Calvo (á quien indignas hablillas le hacian hijo del conde) por cuya elevacion se acarreó el ódio de los altivos hijos del monarca. Bernardo trataba con mucha familiaridad á la emperatriz Judit, y con este pretesto lo persiguieron y tuvo que huir del inminente peligro que le cercaba refugiándose á España, hasta 821 en que volvió á la corte de Luis, declarada la inocencia de la emperatriz.

Lotario, enemigo de Bernardo, envidioso de las nuevas dignidades que alcanzaba aquel en la corte, se vengó, quizás en el amor mas puro que abrigara el corazon de Bernardo, y para ello violó la santidad de la clausura, prendiendo á su hermana la monja Gerberg que mandó ahogar en el Arar calumniándola de hechicera.

Otro rival del conde llamado Berengario, por fuerza ó por ardid, le quitó la ciudad de Tolosa en Francia. Aconteció en esto la muerte del bondadoso rey, y le adjudicó á Carlos, su hijo menor, la soberanía de Cataluña y de la Galia gótica.

Pipino, príncipe rebelde, nieto de Luis, envidioso de que en la reparticion de su abuelo no le tocase parte alguna, se echó sobre Aquitania é hizo presa de ella.

Temeroso Bernardo por la muerte de Luis, y de la nueva corte, se puso en favor de Pipino; mas fué llamado por Carlos su soberano á hacerle pleito-homenaje por su feudo. Al principio se resistió á comparecer, aunque con pretestos plausibles. Al saber el conde que sus razones no satisfacian á Carlos, se apresuró á presentarse á la corte, y desarmar la cólera del príncipe con su presencia, y viéndose incapaz de resistir á su rey, fingió abandonar á Pipino, y llegando al congreso, se arrodilló ante Carlos, para hacerle pleito homenaje. Carlos le asió con la mano izquierda y le atravesó el corazon con un puñal, que en la derecha ocultaba: dióle al cadáver un puntapié y esclamó: «Tal es tu merecido castigo, por haber ensuciado el tálamo de tu señor y mi padre.»

A. C.

UN ANGEL EN EL MUNDO.

FANTASÍA.

Al Sr. D. Gregorio Cruzada y Villamil,

DIRECTOR

de la coleccion de bustos de hombres célebres.

Sería en mí una muestra de ingratitud no consignar el nombre de Vd. en una de mis humildes páginas, cuando en una ocasion aun reciente su apoyo me ha sido tan útil. El recuerdo que aquí le dedico servirá para hacerle ver que tengo igual memoria para el bien que para el mal que se me hace.

PABLO GAMBARA.

I.

CAIDA DEL ÁNGEL.

Entre los ángeles de luz habia uno mas bello que sus hermanos, que se llamaba *Aroma*, porque se formó del perfume de una rosa del Paraiso. Yo quisiera describirle; ¿pero cómo pintar con el humano pincel las perfecciones de un hijo del cielo? La palabra humana no pinta, no hace mas que dispertar memorias adormecidas, y ningun hombre ha visto un ser de la patria de *Aroma*. La imaginacion de los poetas solamente despliega sus alas de fuego y llega con ellas hasta aquellos vergeles en que las flores renacen eternamente; pero cuando vuelven á nuestro mundo no pueden contarnos sus maravillas. Aroma era hermosa; pero en su rostro brillaba la tristeza. Se asemejaba al véspero, el mas hermoso y el mas melancólico de los luceros. Su voz era dulce como el suspiro de la brisa entre los sauces que se inclinan tristemente sobre las aguas del lago. Llegaba al alma sin que la percibieran los oidos. Su corazon era una llama eterna de amor. Una noche (era noche en el mundo, no en aquellos lugares de ventura, en que el dia no tiene término y un sol eterno alumbra la eterna felicidad), Aroma abrió sus alas y descendió hácia la tierra. Segun iba bajando, su cuerpo se materializaba por decirlo así, y tomaba la humana forma. Apareció primero como una blanca nube que flota en el piélago azul del espacio, á los argentados rayos de la luna; luego como la vaga ninfa de la niebla que llevan las auras sobre las aguas tranquilas, en las cuales reflejándose al par que el cielo aparece coronada de estrellas. Luego, en fin, al posarse sobre una roca del Pirineo, tomó la forma de una mujer.

Si algun poeta la viera en aquel momento, la juzgara el genio protector de España; si un jóven la hubiese visto, hubiera conocido en ella á la hija de sus sueños, á la belleza que su imaginacion ofreció á sus amores.

¿Qué venia á hacer en el mundo? ¿Por qué abandonaba las moradas celestiales para posarse en la áspera tierra? No se sabe. Dícese que todos los ángeles viven en la tierra un dia de su existencia, y luego vuelan al cielo con las personas que los han amado.

Apenas tomó la forma humana, el sueño de la inocencia se apoderó de sus sentidos, y quedó reclinada sobre un lecho de césped cubierto de flores silvestres, que embalsamaban con sus aromas el aura de la noche tranquila. Servíala de pabellon un árbol añoso, cuya hojosa copa argentaba el pálido rayo de la luna, que brillaba como un astro de plata en el cielo despejado y azul como la superficie de un espejo. Cerca de allí se desprendia de entre dos rocas un claro arroyo, que con sus murmurantes aguas fecundaba aquel oasis de la montaña. Todo estaba sumido en el silencio de las tumbas, y el ángel de los sueños velaba el reposo de la naturaleza. Un viajero errante, que cruzó el Pirineo en aquella noche de maravillas, dice que oyó en los aires una melodía celeste que llegaba al corazon sin penetrar por los oidos. No comprendió sus palabras, porque no pertenecian al lenguaje humano; pero la memoria de aquel canto misterioso quedó eternamente grabada en su memoria, como queda en el tronco del árbol la inscripcion que esculpe el amante. Los años la ocultan acaso á la vista, cubriéndola con musgosas cortezas; pero queda inalterable bajo de ellas. Este canto era el adios de los ángeles á su hermana que los abandonaba por algun tiempo, y traducido á nuestra lengua, en cuanto es posible traducir el lenguaje divino, decia de esta manera:

Paloma que abres las alas,
Y abandonando tu nido,
Entre flores escondido
En el árbol del amor,
Vas á cruzar el desierto,
Que es mar de arena abrasada,
Donde del sol agostada
Muere en capullo la flor.
Adios, adios.

No te engañe la laguna
En que se refleja el cielo,
Que cieno oculta su velo
Cristalino y seductor;
Si en él te arrojaras ciega
Marchitarías tus galas,
Y se mancharán tus alas
De nacarado color.
Adios, adios.

En ese valle de lágrimas
Un árbol hermoso crece,
Que apacible sombra ofrece
Bajo un toldo de verdor.
No reposes á su sombra,
Que es el árbol de la muerte,
Y de su ramaje vierte
Un veneño matador.
Adios, adios.

Invisibles á tus ojos
Velaremos tu sosiego,
Con nuestra espada de fuego
Armados en derredor.
Mas no podremos librarte
Si olvidando tu destino
Dejas el recto camino
Por la senda del horror.
Adios, adios.

Cuando el ángel, ya mujer, dispertó de su primer sueño, no conservaba del pasado sino un recuerdo vago y confuso, una aspiracion á la felicidad desconocida que sienten todos los poetas, y que quizá tenga el mismo orígen. Buscándola á ciegas recorren con pasos inciertos el universo: penetran en todas las cavernas, descienden á todos los abismos, suben á todas las alturas; se arrodillan al pié de los altares de la ciencia ó ahogan su pensamiento en los placeres del vicio; se esconden en la soledad ó se confunden en el piélago tormentoso de la civilizacion, y el objeto que buscan se aleja al paso que ellos avanzan, como la estrella que brilla en el horizonte, y que persigue el inocente niño; cuando creen haberla alcanzado se deshace entre sus manos como el iris de colores, y su dolor se desahoga en inútiles quejas que el mundo no comprende; aunque algunas veces las aplande porque le estasían como los incomprensibles acentos de una melodía divina.

En el primer momento la belleza del mundo iluminado por la aurora y vestido de Su Magestad deslumbró á Aroma, como sin duda en la primera mañana del mundo debió de deslumbrar á Eva la vista del Paraiso.

Las montañas aparecian teñidas de un vago color rosado que tornasolaba tambien los cielos azules. El aura embalsamada con los perfumes de los capullos que abrió por la noche la mano de los genios,

murmuraba entre los árboles y las rocas; surcábanla las aves campesinas, adornadas con colores mas brillantes que los del iris, mientras otras escondidas entre el ramaje cantaban sus amores y saludaban al nuevo dia. Las aguas de los arroyos corrian trasparentes, reflejando en su corriente argentina y coronada de aljofaradas espumas el resplandor del astro de la luz, que brillaba á medias tras las pardas y gigantescas rocas como el casco de pedrería de un guerrero que subiese por la montaña; todo era hermosura, todo era poesía, y la tierra parecia levantarse y salir de las sombras como una doncella que ha hermoseado el amor, y deja su régio lecho para recibir á su amante.

La jóven entusiasmada al ver tantas maravillas, volvió los ojos, buscando algun ser con quien compartirlas, porque para las almas grandes gozar á solas no es gozar, y vió detrás de sí á un jóven hermoso, pero en cuya ancha frente que parecia contener un Océano de pensamientos borrascosos, el dolor habia marcado su sello. Los ojos de este hombre despedian de sus negras pupilas un rayo de cárdeno fuego, semejante al que los ángeles de luz ven salir de las peñas cosaboca del averno, entre la noche eterna que la circunda; su sonrisa dolorosa no agitaba mas que un estremo de sus rojos labios, y sus ojos la desmentian; pero su voz era tan dulce como el eco de una lira del Paraiso, y conocia el camino de los corazones. Oyéndole hablar se olvidaba la repugnancia que su aspecto producia, ó mas bien se trocaba en compasion y ternura. Su palabra era un filtro mágico cuyo poder confiesa el dolor de los que le probaron.

Este jóven misterioso se adelantó algunos pasos hácia Aroma, que sin saber la razon, se sentia agitada á su vista como el ave á la de la serpiente, pero que como ella no sabia huir, y tomándola una mano que la jóven sintió abrasarse con un fuego desconocido que corrió con la sangre por todas sus venas hasta su corazon, la dijo:

—Salve rosa del desierto, estrella que desprendida del manto de la noche has quedado olvidada entre los rocas. ¿Adónde diriges tus pasos?

—Yo no sé, respondió Aroma, sintiendo su alma conmovida por aquella voz de melodía que hacia vibrar las fibras de su corazon, como el aura de primavera las cuerdas de las liras eolias; todo lo que veo es nuevo para mí. Siento dentro de mí algo que me dice que he vivido antes de ahora; pero no aquí, porque no he visto estos lugares hasta hoy. Si tú los conoces mejor que yo, sírveme de guia en sus intrincados senderos, y dime quién es el autor de tantas maravillas.

—El señor de este mundo soy yo, dijo el desconocido; mi nombre es Luzbel, y solo hay un poder que se compare con el mio, poder con quien lucho desde el principio de los siglos, y que si bien algunas veces me ha vencido, es impotente para destruirme. Sígueme, y yo seré tu guia, yo dirigiré tus pasos inciertos al puerto de la felicidad, porque mios son todos los placeres de la tierra. Mi rival no ofrece en ella sino penas y dolor, y quiere que los que siguen sus banderas expien su nacimiento como una culpa. Injusto siempre, da deseos y prohibe satisfacerlos; ofrece á los ojos de los sedientos la copa de agua clara y fresca, y se indigna si la llevan á los labios... Sigue mis pasos; yo no soy cruel, y yo te enseñaré á gozar. Yo te daré placeres que no has imaginado nunca ni en sueños, y tan vivos, tan embriagadores, que hay quien por gozarlos un momento renuncia á su eterna felicidad.

Así habló el ángel del mal, y la inocente niña, confiada á causa de su misma inocencia, se dejó convencer por sus palabras, que como los dulces ecos de una música, dispertaban sus sentidos y adormecian su razon en un éxtasis de delicias. Así en la lucha del bien y del mal el mal vence siempre en el corazon de la mujer, á menos que en la lucha tome parte la esperiencia; pero la esperiencia es hija de la culpa, y el sepulcro de la inocencia la sirve frecuentemente de cuna.

Aroma y Luzbel, despues de caminar un rato llegaron á una pequeña calle de árboles que entrelazando sus hojosos ramajes, muchos de ellos cubiertos de blancas y aromosas flores, formaban una rústica bóveda impenetrable á los rayos del sol. Una alfombra de césped esmaltado de flores cubria la tierra esponjada con las lágrimas de la aurora, y escondidas en sus nidos las palomas campesinas y las tórtolas enamoradas, dejaban oir por intervalos sus dulces arrullos. El génio del misterio velaba á la puerta de aquel voluptuoso paraiso del amor humano, y en su centro sobre una concha de nácar y oro saltaban en perlas las armoniosas aguas de la fuente del placer.

Luzbel ofreció á Aroma una copa de oro llena hasta los bordes de aquellas aguas mágicas, y apenas la inocente niña la llevó á sus lábios, su razon se nubló y su frente se inclinó vencida por los espíritus del sueño. Recostóse á la sombra de una acacia y se quedó dormida.

Entonces el ángel de las tinieblas se inclinó sobre ella, y con sus candentes lábios imprimió un beso en su frente virginal, que quedó marcada con un sello indestructible como el que el verdugo imprime en la espalda del criminal. Levantóse en seguida, y contemplando su obra esclamó sonriendo de un modo horrible.—«Ya eres mia», y se desvaneció como un fantasma formado por los vapores de la niebla.

II.

REDENCION.

Ay de la flor que arrancó de su tallo el viento de la tempestad! sus hojas inodoras y marchitas ruedan esparcidas entre el polvo, y el viajero las huella con su planta indiferente. ¿Quién guarda un recuerdo de la estrella que perdió su luz y flota eclipsada en el oscuro occeano de lo infinito? ¿Quién tiene una lágrima para el ángel caido que llora lejos de su patria en el silencio y la soledad?

Aroma ha conocido el dolor. Su senda empieza donde acaba la del amor humano, en el fondo de cuya copa hierve siempre una gota de hiel. Vedla cómo camina fatigada por ásperas y pedregosas sendas, dejando en ella un rastro de sangre de sus heridos pies, desgarrándose las manos con las agudas espinas de las ramas en que se apoya para subir. Sus ojos estan cuajados de lágrimas que corren por sus pálidas mejillas como las gotas de rocío por el nacarado cáliz de la azucena; sus entreabiertos lábios no tienen fuerza para formular una queja ni una súplica, como los del moribundo en sus últimos momentos, que solo puede hablar con sus miradas.

¡Que hermosa está así! Acaso nunca ha radiado tan vivos resplandores el sol de su belleza como en este momento de dolor y de desesperacion; porque la primera falta de la mujer la enseña á pensar, enseñándola á sufrir, y con el pensamiento se desarrolla en ella una nueva hermosura. Además, el arrepentimiento la corona con una aureola de poesía tan bella como la de los ángeles. Y con todo, á pesar de su hermosura, Aroma solo encuentra desprecios y befas en su camino. Los que la encuentran apartan de ella los ojos como de un objeto repugnante, y nadie ofrece una gota de agua á sus lábios abrasados. ¡Pobre ángel sin alas! ¡Ay de la mujer culpable de amor!

En un recodo del áspero camino, á la sombra de un cedro secular, en cuyos ramos anidan las águilas, y en cuyo tronco se han escondido los rayos de cien tormentas sin conseguir derribarle, se eleva sobre un amarillento pilar la celestial imágen de la virgen Maria. Adornan el pilar y la imágen ofrendas de flores entreabiertas que ha colocado allí la fé sencilla á los pastores; quizá tambien la fé salvaje de algun bandolero, porque Maria es una creacion tan bella que no hay corazon que no impresione. La poesía cristiana lleva en esta parte gran ventaja á la poesía de todas las demas religiones. Los génios, las silfides, las Wilis, son quizá mas bellos que los ángeles; la lira del poeta filósofo creó antes de Jesucristo la imágen del Justo; el destino es tan grande y tan bello como el dios vengador de los hebreos; pero ¿qué religion tiene una figura como la de María, la vírgen y la madre, la union simbólica de todas las bellezas de la mujer sin ninguno de sus defectos? ¿Qué religion tiene una Magdalena, el símbolo de la purificacion por medio del amor, la mujer que, habiéndose dejado arrastrar por sus pasiones, llega á ser indigna del aprecio de los hombres, y que á fuerza de amor consigue hacerse digna del amor de Dios? Por esto la religion cristiana será siempre en el fondo la religion de los poetas de corazon, la religion de todos aquellos cuya fé es un sentimiento de amor inefable y una aspiracion al ideal de la belleza abstracta.

Aroma se arrodilla á los pies de la imágen de Maria como una hija á los pies de su madre, y mas bien con el corazon que con los lábios invoca su ayuda como el marinero en la nave desarbolada juguete de las olas y los huracanes. Su oracion debió elevarse en los aires como el perfume de un pevetero, y llegar á los pies del Altísimo, bañada en sudor de sangre como la de Jesús en el huerto de las Olivas, porque fué escuchada, y el ángel de la muerte descendió invisible entre las auras, y selló en la frente de la apenada niña un ósculo de paz. Su cuerpo cayó rendido y exánime como el capullo de donde ha salido la mariposa de brillantes colores, y el alma del ángel volvió á desplegar sus alas de luz y se remontó á los cielos, donde tomó asiento entre los ángeles sus hermanos. Vano seria buscar entonces en su frente el sello del ángel de las tinieblas, porque estaba borrado por el llanto del arrepentimiento, y en su lugar lucia la corona del martirio.

En el lugar donde su cuerpo reposa, los aldeanos han colocado sobre él una piedra blanca que la primavera rodea de flores, y á quien da sombra el doliente ramaje de un melancólico sauce. Sobre esta piedra lee el caminante esta sencilla inscripcion: *El amor derriba á los ángeles de su trono; pero el amor tambien les da alas para subir de nuevo á él.*

Dios ama al ángel inmaculado, pero ama aun mas al ángel purificado por el amor.

PABLO GAMBARA.

LA LEYENDA DE WHITTINGTON Y DE SU GATO.

Encima de la puerta de Newgate, prision de Londres, se veia hace algunos años un bajo relieve que representaba un lord corregidor con un gato á los piés. Esta escultura, de principios del siglo XV, hacia contraste con el blason de los príncipes y caballeros de la misma época, que consistia en un leon real ó en un noble lebrel; sin embargo, el pueblo de Londres no saludaba con menos respeto al gato de Newgate, y aun hoy dia, que gastada la piedra por el trascurso del tiempo deja apenas adivinar las figuras de estos escudos de armas populares, se canta con entusiasmo una balada célebre de Whittington y su gato.

A fines del siglo XIV, un caballero del condado de Lancastre, llamado Sir William Whittington, murió arruinado por las guerras de Eduardo, recomendando un huérfano á la generosidad de sus parientes y de sus amigos; pero Sir William habia olvidado que los parientes y los amigos de los caballeros que mueren pobres no hacen caso ordinariamente de recomendaciones de este género. Bien pronto su hijo, el pequeño Ricardo, se encontró abandonado de todos, sin que nadie quisiera ni alimentarle ni reconocerle siquiera como hijo de un pariente ó de un amigo. Sin pan y sin asilo, y errando á la ventura por el camino que conduce á Londres, vió pasar á un carretero con direccion



(Armas árabes.)

á esta capital, y recordando todo lo que habia oido de su esplendor y su magnificencia, pensó que en una poblacion donde habia tan ricos palacios y tantos banquetes reales, no podia menos de hallarse un asilo y un pedazo de pan para el hijo de un oficial arruinado en el servicio del rey; resuelto pues á llevar á cabo su plan, suplicó al carretero le permitiera seguir á pié su pesado carro, y este buen hombre no solo se apresuró á concedérselo, sino que le dijo que de cuando en cuando podia subirse sobre los fardos de mercancías y descansar allí: esto era en parte tambien útil para el carretero, porque el pequeño Ricardo cuidaba de los caballos y del carro mientras que su amo se detenia en las tabernas ó entraba á visitar sus conocimientos: despues de muchos dias llegaron á Londres, una tarde al ponerse el sol, sin que Ricardo hubiera hecho gastos de ningun género durante todo el camino.

Ricardo durmió aun aquella noche sobre el carro, esperando en que al dispertarse al dia siguiente se encontraria hecho un ciudadano, ó al menos un vecino como otros muchos que poblaban la famosa capital, y no un pobre huérfano de una pequeña villa de provincia, situada á cien leguas de la corte. Al dia siguiente, sin pensar Ricardo en desayunarse, se puso á recorrer las calles de Londres, abriendo los ojos todo lo mas posible cada vez que él hacia una parada, tanto para admirar las infinitas bellezas que jamás él habia visto, como para dar lugar á que le invitáran á entrar en los elegantes y suntuosos edificios que absorbian su atencion. Pero cuando se hubo paseado largo rato sin que se fijara en él la multitud de los transeuntes que iban y venian, el pobre Ricardo medio muerto de admiracion, de hambre y de cansancio, tuvo la feliz idea de imitar á otro niño mas desgarrapatado aun que él, y alargar la mano para recibir de limosna algunos suel-

dos, con los cuales compraba lo necesario para comer; pero á la siguiente noche tuvo que acostarse sobre un banco, y durmió acaso mejor que los dueños de los soberbios palacios, ó que aquellos que le vieron pasar con indiferencia; sin embargo, sus sueños, si llegó á tenerlos, no fuéron tan dorados como los de la víspera.

Ricardo continuó su viaje por Londres el segundo y el tercer dia, hallándose cada vez mas triste y mas desanimado, viéndose en la necesidad de guarecerse por las noches bajo los aleros de los tejados, porque en los vastos departamentos y en las casas donde él hubiera deseado lograr cualquier rincon, ó un pequeño escondrijo, se le miraba con desprecio, y ni aun siquiera se le permitia aproximarse á la puerta.

Este último dia se vió disputar su lecho de piedra por una criada de muy mal humor, que asomándose á la ventana de la cocina le llama haragan, y le amenaza con arrojar sobre su cabeza, si no se retira, toda el agua caliente que tenia para fregar.

—Poco á poco, buena mujer, dijo el pobre huérfano un poco asustado por tan estraña amenaza, yo estoy acostumbrado á la lluvia del cielo y al rocío de la mañana, pero no sé la impresion que causa el agua hirviendo.

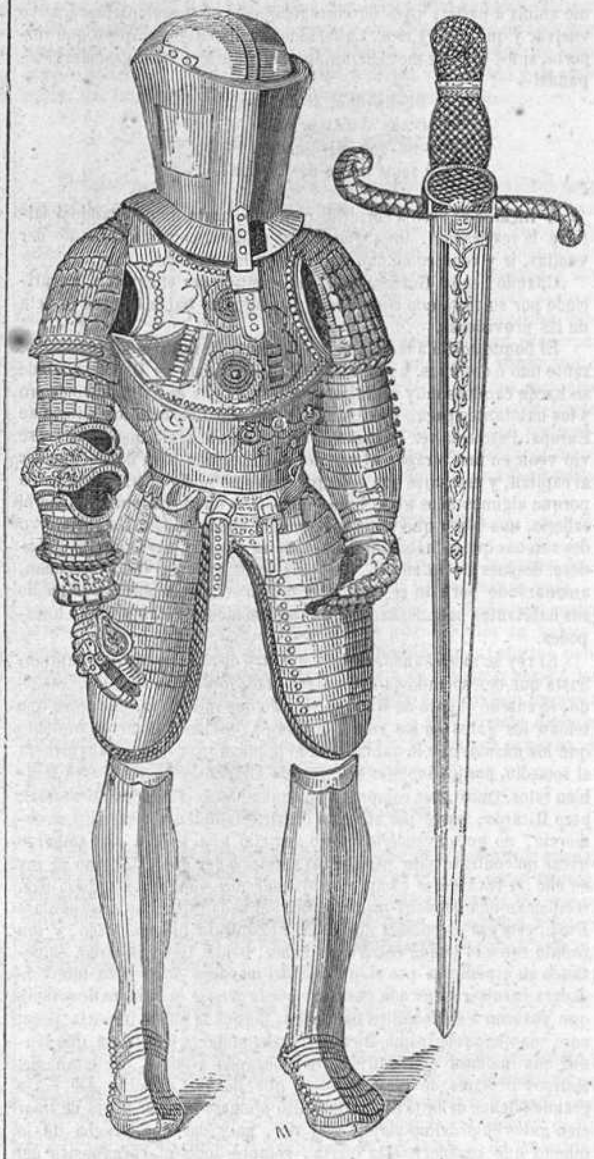
Esta respuesta que fué oida por el dueño de la casa, le hizo reir mucho. Era este un rico comerciante llamado Mr. Fitzwaren, que interponiéndose entre la adusta cocinera y el insultado jóven, le preguntó, divertido con su sencillez, si queria entrar y se le daria de cenar. La criada refunfuñaba y murmuraba entre dientes, pero fué obligada á darle de cenar, y destinarle luego un cuarto con una mullida cama que el pobre huérfano agradeció en el alma, perdonándola la antipatía con que le habia mirado hasta allí. Nuestro buen Ricardo creyó ver realizadas sus mas caras ilusiones, y que era ya ciudadano de Londres, objeto de toda su ambicion. Al dia siguiente le preguntó Mr. Fitzwaren qué era lo que sabia hacer, en qué podria emplearlo, y otras preguntas que le llenaron de embarazo porque él no podia ofrecer mas que su buena voluntad. El comerciante no por eso dejó de tratarle con benevolencia y decir que le cuidáran los criados; encargo de que hicieron muy poco caso, porque á los pocos dias el pobre Ricardo era ya como vulgarmente suele decirse el burro de carga de la casa. Bajo el pretesto de que no era bueno para nada, todo el mundo le utilizaba en su esfera, desde la cocinera hasta el último criado, teniendo cuidado de llamarle antes holgazan. Ricardo comprendió luego que el mejor medio para librarse de la tiranía de la cocinera era entrar como dependiente en el mostrador de Mr. Fitzwaren. Hizo pues á su modo la corte al viejo comerciante; halagóle cuanto le fué posible; esmeróse en complacerle hasta en las cosas mas pequeñas, hasta que adquiriendo la conviccion de que le habia inspirado ya interés, creyó oportuno suplicarle le enseñára á leer y escribir; Mr. Fitzwaren se prestó al momento á complacerle.

Una tarde que hubo grande ruido en la casa viéndose correr á todos en direccion del jardin se oyó llorar á Miss Alice, hija de Mr. Fitzwaren, observándose que los ojos de todos se hallaban fijos en las ramas de un árbol donde estaba encaramado un papagayo. El malicioso pájaro decia por burla todo cuanto sabia, pareciendo burlarse de los que tanto se afanaban por cogerle. Era el papagayo de miss Alice, que acababa de escaparse, mas bien por mala índole que porque pensara en huir, porque estos pájaros, antojadizos y glotones, se avienen perfectamente con las dulzuras de la cautividad, prefiriendo su cadenita y su jaula á la vida errante é incierta del aire libre.—Ricardo no vaciló ni un momento, y así que le echó la vista encima se apresuró á subir al árbol. Dos minutos despues bajaba ya Ricardo con su prisionero, el que no lograba su libertad á pesar del afan con que repetia sus picotazos. Conmovida miss Alice por tan espontáneo servicio en obsequio de ella, le dió un *schelling* nuevo.

¿En qué le empleó Ricardo? Cuando acostado sobre un monton de paja ó sobre un banco de piedra, soñaba Ricardo con una grande y bella casa cubierta de teja ó de pizarra, no dudaba el que llegando á conseguir esto algun dia le destinarian á un rincon del desvan ó granero, refugio de los ratones: su sueño pues se hallaba realizado; pero los ratones que por vecinos tenia armaban por la noche tal gresca y un ruido tan infernal que ordinariamente no le dejaban dormir. Con el *schelling* de miss Alice compró Ricardo un jóven gato que se le vendió como de buena raza, y que en efecto, poco tiempo después podia rivalizar con Bominagrobis, Grippeminaud y todos los que ha inmortalizado en sus versos el famoso La Fontaine. Teniendo por compañero á tan bravo y fiel aliado, Ricardo durmió de allí en adelante con entera tranquilidad.

Algun tiempo despues reunió Mr. Fitzwaren todas las personas de su casa para advertirlas que se iba á emprender un largo viaje en uno de sus buques; por lo tanto, que deseando que todos aquellos que le servian tomaran parte en sus aventuras, les invitaba á que cada uno remitiera á bordo su pequeña pacotilla. Como el buque debia visitar las costas de Africa y muchos pueblos de salvajes, el objeto menos insignificante podia tener allí su valor. Unos traian agujas, otros cuchillos y diges, y otros abalorios, que en esta época los preferian los salvajes á las perlas finas y á los diamantes de su país. Pero cuando tocó el turno á Ricardo Whittington, se ruborizó al ver que no poseia mas que un gato; pero impulsado luego por un movimiento de ambicion, remitió el pobre animal al capitan, como la mercancía que formaba su pequeña pacotilla. Esto escitó en alto grado la risa de todos; pero como Mr. Fitzwaren acostumbraba á que sus dependientes hicieran el comercio como quisieran, dijo: ¿qué es lo que veis de sorprendente en eso? y luego mandó al capitan que admitiera á bordo el gato de Ricardo.

Al dia siguiente todos se reian aun de la idea del pobre Ricardo, pero él lloraba de verse separado de su mejor amigo. Fué tan grande



(Armadura de Boabdil.)

su sentimiento, que á pesar de habérsele considerado capaz de poder servir de dependiente á Mr. Fitzwaren, resolvió ir á embarcarse con su gato en otro buque luego que supo que el de Mr. Fitzwaren se habia detenido unos dias. Sin decir una palabra á nadie se salió muy temprano por la mañana y se dirigió hácia el buque, confiando en que su capitan le admitiria como grumete. Ese instinto de la mar y de los viajes tan natural en los ingleses influia sin duda en esta resolucion.

Ricardo se dirigió alegre y contento hácia Halloway, sentóse sobre una piedra que todavía se llama la piedra de Whittington, y bien pronto empezó á sentir esa tristeza que en momentos solemnes se apodera del alma, y que domina y agobia á ricos y pobres cuando abandonan á su país.

¿Quién sabe, esclamó luego, donde me conducirá este buquê? De Londres á las islas salvajes hay alguna mas distancia que de Lancastre á Londres. Creo que al menos haria una buena obra con dejar aquí á mi pobre gato Era el dia de todos los Santos, y en el momento de hacer el huérfano aquella reflexion, las campanas de la iglesia de Bow daban la señal de la fiesta á las demas campanas de Londres. Ricardo oyó bien distintamente en aquel instante las palabras siguientes:

Di-din-don, di-din-don.
Conrage Whittington,
Di-din-don, di-din-don,
Tú serás maire de London!

—¡Yo seré corregidor de Londres! esclamó Ricardo; hé aquí lo que me anima á partir; para ser corregidor de Londres es preciso que yo vuelva, y que vuelva rico. La fortuna me llama lejos; pero qué importa, si los honores me esperan aquí el viaje será feliz; gracias, campanas!

Di-din-don, di-din-don,
Conrage Whittington,
Di-din-don, di-din-don,
Tú serás maire de London!

Y Ricardo se puso á correr de contento, hasta que llegando á faltarle la respiracion, tuvo que aflojar el paso, pero sin cesar de dar vueltas, ir y venir como uno que cree en las estrellas.

Cuando llegó á Gravesesend, fué admitido por el capitan, y acariciado por su gato, que cumpliendo con su oficio habia tomado ya acta de las provisiones.

El buque se dió á la vela al dia siguiente, y recorrió los mares durante uno ó dos años, hasta que abordó á una isla de Berbería donde se hacen cambios muy ventajosos, porque en ella se halla polvo de oro y los habitantes pagan pródigamente con ello todo cuanto se lleva de Europa. Pero esta vez en lugar de recibir una acogida hospitalaria, se vió venir en una piragua al rey negro en persona para dar á entender al capitan, y escusarse que el buque inglés no podia entrar en la bahía porque algunos años atrás habia importado un navio europeo, sin él saberlo, una plaga que tenia consternada á toda la isla. La plaga eran dos ratones que se habian pasado á tierra desde el navio, multiplicándose despues de tal modo, que todo lo destruian y todo lo comian, amenazando por esto el hambre á la poblacion sin encontrar medio sus habitantes para deshacerse de tan incómodos y tan voraces huéspedes.

El rey se mostró indiferente á cuantas ofertas le hizo el capitan, hasta que desesperado ya del mal resultado que su empeño iba teniendo, le enseñó el gato de Ricardo. Luego que supo S. M. el empleo que tenian los gatos en las casas de Europa, esclamó lleno de contento que los mismos que le habian traido la plaga le proporcionaban ahora el remedio, porque ingleses habian sido aquellos, é ingleses eran tambien estos. Quiso pues comprar á cualquier precio el interesante animal; pero Ricardo, parte por afeccion y parte tambien por espíritu de comercio, no quiso venderle; pero advirtió que podian sin embargo hacer un contrato para utilizar los servicios del gato. Convino el rey en ello, y Ricardo se comprometió á dar una vuelta por toda la isla, recibiendo una pequeña prima de oro por cada raton que estrangulase *Puss*, este era el nombre del gato. El contrato fué concluido, y tan pronto como el buque entró en la bahía, bajó á tierra Ricardo, empezando su espedicion por el palacio del monarca. *Puss* hizo una verdadera carnicería en cada casa; no puede decirse el número de ratones que pasaron á su famélico estómago, porque la suma importa poco; pero conviene referir que Ricardo no abandonó la isla hasta que reunió una inmensa cantidad de oro, llegando algunos hasta añadir, testigos oculares de esta historia, que llevaba á bordo dos pipas grandes llenas de oro. El capitan hizo promesa á S. M. negra de traer cien gatos el próximo viaje, y el rey, para dar una prueba de lo mucho que agradecia esta oferta, compró todo el cargamento del buque al precio que quiso marcarle el capitan.

Algun tiempo despues se hallaba Mr. Fitzwaren tranquilamente sentado á la mesa con su hija, cuando llaman á la puerta y entran el capitan y Ricardo. Mr. Fitzwaren estaba lleno de inquietud por no recibir noticias de su buque despues de tanto tiempo como hacia que se habia dado á la vela, y en cuanto á Ricardo, ignoraba lo que podria ser de él despues de su desaparicion. Sorprendido pues con su presencia, tardó un poco en reconocerle, porque un año de ausencia habia hecho un hombre de Ricardo, y para ir de Plymouth á Londres se habia puesto un traje elegante, que hacia resaltar notablemente su airoso talle. Por modestia se hizo anunciar esta vez como el pequeño Dick, que era el nombre con que se le conocia antes en la casa. Mr. Fitzwaren recibió mucho gusto en volverle á ver, lo mismo que Miss Alice, y cuando el buen negociante supo el capital tan grande que traia, le dijo:—¡oh amigo mio! ahora sois mucho mas rico que yo.—No señor, contestó Ricardo, yo sé muy bien lo que débo á Vd. y vengo á pagárselo; todas mis riquezas pertenecen á Vd.—Mi amigo, esclamó Mr. Fitzwaren, demasiado honrado para abusar de este nuevo reconocimiento, veo que sois ingrato y que os olvidais de alguno. Ricardo se sonrojó.—Sí, añadió sonriendo Mr. Fitzwaren; no teneis presente á vuestro gato.—¡Ah! esclamó Ricardo, nunca olvidaré que le compré con el dinero que me dió Miss Alice.—Señor Ricardo, dijo Miss Alice poniéndose tambien encarnada, Vd. lo ganó bien, porque se espuso á romperse un brazo, ó tal vez á matarse, subiendo á tan elevado árbol solo por mí y por cogerme el papagayo.

—Si no partiremos, dijo Ricardo, que no queria que sus ofertas fueran totalmente rechazadas. Y hablando así miraba á Miss Alice con el aire de un pobre jóven recogido por la caridad, pero con la espresion mas bien de urbanidad que vergonzosa de un jóven que se creia digno por su nacimiento, y por los sentimientos del corazon de las tardías reparaciones que le hacia la fortuna.

Yo no veo mas que un medio de arreglar esto, interrumpió monsieur de Fitzwaren, dirigiéndose á Ricardo, tomaré vuestro dinero y lo colocaré en mi caja, pero desde este dia sereis mi socio, y tendreis parte en todos mis negocios. Convenido de este modo, Ricardo hizo regalos á todos los de la casa, inclusa la regañona cocinera, pero distinguiendo sobre todos al oficial mayor que le habia enseñado á leer y á escribir. Nadie quedó descontento ni tuvieron envidia uno de otro. Dick, llamado en adelante Ricardo Whittington, fué tratado como si hubiera sido siempre rico, y su gato fué cuidado y considerado como la perla de los gatos. El del marqués de Carabas no estaba tan cuidado y tan atendido, de tal modo que se dice que Puss llegó á comprender su importancia, y á enseñar sus dientes y poner crispado el pelo siempre que se le llamaba con familiaridad. Es verdad que al principio no fué mas que un gato de graneros y desvanes, pero luego se convirtió en gato de salon, llegando Miss Alice á acariciarle y á mimarle tanto, que su lorito se hubiera muerto de pena y de envidia á no haberle tomado Ricardo por su cuenta, y prodigádole todas las caricias y todos los mimos que dispensa Miss Alice á su gato.

Pasáronse algunos años, y Ricardo con su aplicacion y su asiduidad en el despacho de los negocios, logró ver triplicado su capital. Un dia Mr. Fitzwaren le hizo venir con Alice y les dijo: Hijos mios, he visto con mucho gusto el cariño tan vivo que os profesais; tengo ya bastante edad, y deseo que os caseis antes que el señor me llame á sí. Y se casaron. Este dia fué el mas feliz de la vida de Ricardo, porque el pequeño ambicioso habia pasado desde el primer dia que vió á Miss Alice que la pediria por esposa, tan pronto como llegara á ser rico. Todas sus esperanzas estaban realizadas. Miss Alice se echó en los brazos de su padre, como una hija que gozosa por obedecer á su padre obedece tambien á las tiernas emociones de su alma.

La boda fué brillante.

El gato llegó á ser viejo, pero siguió ocupando su puesto de honor. Ricardo Whittington fué nombrado Sherif de Londres, y al año siguiente (1361) lord-corregidor como las campanas se lo habian prometido. Todas las campanas de Londres se echaron á vuelo el dia de su instalacion en Guildhall, y el gato tomó tambien su parte del triunfo en la elegante carroza de la municipalidad.

A los dos de esta ovacion murió *Puss* y fué empajado para conservar su retrato. Ricardo Whittington en su cualidad de primer magistrado de la capital dió un espléndido banquete al rey Enrique V cuando hizo su entrada victoriosa en el reino. Ricardo Whittington, hombre que sabia hacer muy buen uso del dinero, habia prestado al rey una suma considerable de dinero para atender á los negocios de la guerra, y cuando el monarca quiso devolverle aquella suma arrojó al fuego los billetes delante de él.

Ricardo Whittington y su mujer fueron sumamente felices, dejando una descendencia rica como ellos, y que perpetúa su reconocimiento por el gato poniendo su retrato en su escudo de armas.

CAZA DE LOS INSECTOS Y MARIPOSAS,

Y MEDIOS DE CONSERVARLOS EN COLECCIONES.

(Conclusion.)

La raquetti está destinada particularmente para coger los insectos de aguijon que no se podrian coger y pinchar sin peligro; pero sirve tambien para coger los demás insectos pequeños cuando estan parados sobre las flores. Cerrando el instrumento se cierra á un mismo tiempo al insecto y la flor; se pincha al insecto al través de las dos gasas, por medio del cuerpo si es bastante grande, y si es muy pequeño en el ala derecha, y en seguida se abre la raquetti para dejar la flor y meter al insecto con su alfiler en la caja.

BUSCA DE MARIPOSAS Y DE INSECTOS.

La caza de insectos, y sobre todo la de mariposas, es mas fructuosa en la primavera. Sin embargo, diremos que las hay por todas partes: en las praderas, en los campos, en los jardines, en los bosques, en las florestas, en las fuentes, en los mares, en los rios, sobre las yerbas, sobre las ramas, sobre las hojas, sobre las flores, sobre los frutos, en las cortezas y en los troncos de los árboles.

En cuanto á las orugas, tienen sus habitaciones mas particularmente determinadas por las plantas que las sirven de alimento, y que convienen á cada una de sus especies. Se las debe suponer en los árboles cuyas hojas estan medio roidas, y en este caso para hacerlas caer basta dar en el tronco del árbol un golpe muy seco y repentino, sea con el pié ó con un palo fuerte.

En cuanto al alimento y sustento de las orugas, para hacer de ellas un insecto perfecto, nuestros jóvenes amigos leerán mas adelante lo que conviene para la educacion de los gusanos de seda, teniendo presente que es necesario poner en las cajas en que se conserven, una capa de salvado muy fino y muy seco, para que las orugas puedan sumergirse, cuando acostumbran á hacerlo para verificar su metamórfosis.

Las orugas en capullo y los cocos que se encuentran en los árboles, se deben igualmente conservar en botes llenos de salvado.

PREPARACION DE LOS INSECTOS.

La conservacion de los insectos propiamente dichos exige poca y algunas veces ninguna preparacion. Basta mudarlos de la caja de caza á la de conservacion, ó pincharlos, si al cogerlos en lugar de hacerlo inmediatamente nos hemos contentado con meterles en el frasco del aguardiente, cosa sumamente necesaria para conservar mas frescos los colores de ciertos insectos.

Hay sin embargo algunos insectos cuyas patas es necesario preparar, conservándolas á distancia del cuerpo. En este caso, poco tiempo después de su muerte, y antes que sus patas hayan adquirido demasiada tersitud, es necesario hacerlas tomar la posicion conveniente. Si el insecto se seca en mala posicion, es muy fácil ablandarle esponiéndole al vapor de agua cociendo, ó bien pinchándole durante algunos momentos sobre estopa mojada, después de cubierto con ella para evitar el contacto del aire.

PREPARACION DE LAS MARIPOSAS.

Esta clase de preparacion exige mas cuidado. Se fija la mariposa con el alfiler con que se la tiene prendida en una de las hendiduras de la plancha de corcho, se la bajan las alas, y se estienden sobre el corcho en la posicion que ocupan cuando va volando, sujetándola con cuatro tiritas de papel, clavadas al corcho con cuatro alfileres, es decir, una tirita y dos alfileres para cada ala: la tirita debe estar bastante apretada para sujetar las alas, que no deben ser picadas con los alfileres. Algunas veces son necesarios dos y aun cuatro alfileres para conservar las alas en su direccion natural.

CAJAS Y CUADROS DE COLECCIONES.

Cuando las mariposas estan bastante secas, lo que sucede ordinariamente á los tres ó cuatro dias cuando son pequeñas, y á los ocho, diez, doce ó quince cuando son grandes, se las quita de las planchas y se las clava en las cajas destinadas á conservarlas, que son lo mismo que las de caza, guarnecidas de plancha de corcho de tres á cuatro pulgadas de espesor.

Cuando se quiere tener dos individuos de la misma especie, se colocan el uno sobre el otro, de modo que presenten el uno la faz de arriba y el otro la de abajo. Tambien se puede, aun cuando no se tenga mas que un solo individuo, verle por ambos lados, teniendo cajas de cristal, y fijando en el cristal del fondo pedacitos de corcho, en cuanto se pueda sostener la mariposa.

En lugar de poner los insectos y las mariposas en las cajas es mas elegante colocarlas en cuadros grandes, en los cuales se pueden hacer muy bonitos dibujos y figuras muy bellas, teniendo cuidado el tamaño y los colores de insectos y mariposas.

PREPARACION DE LAS ORUGAS.

La preparacion de las orugas cuando se quieren conservar en el estado de tales es aun mas difícil. Se practica una abertura en la parte inferior del cuerpo de la oruga, y se la aprieta en toda su longitud, empezando por el lado opuesto hasta que salgan las vísceras é intestinos: en seguida se introduce por esta abertura un tubito de cristal ó una pajita muy delgada, se ata el borde del pellejo con un hilo, y se sopla por el tubo hasta que el pellejo se llene de aire; en seguida se mete la oruga en el cuello de un embudo que haga bastante tiempo que esté entre ceniza bien caliente, y allí se le conserva bastante tiempo, dando vuelta al tubo sin sacarlo de la boca. De esta manera el continuo calor que se desprende del embudo, absorbe en seguida la humedad que se desprende del pellejo, y conserva siempre la forma que se le ha dado al soplar. Entonces se quita el tubo, ya está preparada la oruga, y se la coloca en la caja ó en el cuadro, pegándola con un poco de goma.

CONSERVACION DE LAS COLECCIONES.

Los medios de conservacion de insectos, de mariposas y orugas, son sobre poco mas ó menos los mismos que para la conservacion de las plantas y yerbas. Es necesario alejar los insectos dañosos cubriéndolas con papeles, y rociando los corchos con disoluciones de alumbre, pimienta, alcanfor, esencias y trementinas. Pero ninguno de estos medios es absolutamente eficaz, y solo á fuerza de cuidado y de revisarlas con frecuencia se pueden conservar en buen estado.

OTRA COLECCION CURIOSA DE MARIPOSAS.

Terminaremos lo concerniente á la mariposa por este método muy ingenioso para conservarlas en colecciones. Se da con un pincel en una hoja de papel blanco muy fuerte una ligera capa de goma muy pura disuelta en agua destilada con una cantidad muy pequeña de sal comun purificada. Despues de haber guardado la mariposa dos ó tres dias muerta, se la cortan las cuatro alas, y se colocan sobre el papel engomado la superior debajo y la inferior encima, teniendo cuidado de dejar de entre las cuatro alas suficiente hueco para el cuerpo: se tapan con una hoja de papel muy fino, y encima se ponen tres ó cuatro de otro mas fuerte, y se meten en prensa entre dos cartones. Terminada esta operacion se quitan con mucho cuidado con la punta de una aguja las membranas de las alas que han quedado perfectamente impresas con todos sus colores en el papel engomado: y dibujando el cuerpo queda una mariposa pintada con la mayor perfeccion.

MODO DE TRATAR A LOS GUSANOS DE SEDA.

Creemos que debemos unir á estas pequeñas cazas algunas instrucciones particulares sobre el modo de tratar los gusanos de seda.

Los gusanos de seda se pueden tener en grande, dejándoles crecer sobre las mismas moreras, y haciéndolo hilar después en habitaciones y aun en edificios considerables y construidos al efecto; pero esto es para personas que estudian este ramo de economía rural ó los tienen por especulacion de comercio; y esta especulacion necesita muchos detalles de que no nos ocuparemos, y solo diremos algunas palabras sobre lo que se hace en una escala mucho mas pequeña, y que solo es á propósito para distraer á los niños.

MODO DE ESCOGER LA GRANA.

Los huevos de los gusanos de seda, á que se da el nombre de *grana*, se conservan generalmente de un año á otro en hojas de papel blanco, porque en ellas es mas fácil distinguir la forma y el color. Se deben preferir los huevos mas blancos, que son largos, aplastados hácia el centro, y que presentan por encima una capa rojiza, que han sido fecundizados por el macho.

PRIMERA EDAD DEL GUSANO DE SEDA.

Generalmente cuando se ha conservado la grana en un paraje á propósito y se la ha preservado de los rayos del sol, se abre al mes de mayo: entonces aparece el gusano como un pequeño hilo negro, casi imperceptible, se le coge entonces arrimándole la estremidad de un papelito enrollado, al cual se adhiere, y de este modo se les trasporta; se continua esta operacion, conservando el papel de los huevos hasta que los blancos se hayan vuelto negros y rojos, lo que indica que todos estan vacíos.

Mientras los gusanos son muy pequeños se les levanta siempre con el papel enrollado para renovar las hojas de su alimento; y cuando son grandes se les muda, dejándoles caer sobre hojas, sin tocarles con la mano, lo que siempre perjudica su salud.

ALIMENTO.

Hemos indicado el cogollo de la lechuga como primer alimento, y aunque esta sustancia es muy tierna y por lo mismo muy conveniente, se podria reemplazar con la hoja de morera blanca, que constituye el alimento ordinario de los gusanos de seda, y que no tardarian en madurarse en nuestro clima.

Siendo muy perjudicial la humedad en los alimentos, se tendrá cuidado de enjugar las hojas que á este efecto se destinen. Para conservarlas en un estado conveniente, se cuidará en el momento de arrancarlas del árbol, de apretarlas entre las manos para aplastarlas y abrirlas bien; en seguida se colocan unas sobre otras con todos los rabos de un lado, y se vuelven á prensar, envolviéndolas en un lienzo húmedo; en seguida se meten en un puchero de barro bien lavado, tapándole en seguida y poniéndole en un sitio muy fresco.

Es necesario mudar todos los dias las hojas, limpiando la caja en que estan los gusanos, dejando las hojas nuevas sobre las antiguas, esperando que los gusanos se hayan subido sobre ellas para quitar las otras.

TEMPESTADES Y ENFERMEDADES.

Los gusanos de seda son muy sensibles á las impresiones de los cambios atmosféricos, y para preservarles de las conmociones eléctricas que le hacen esperimentar las tempestades, se dice que es muy bueno poner clavos muy gordos con la punta hácia fuera cerca del sitio en que ellos se hallan.

La principal enfermedad de los gusanos de seda es la tiricia, y cuando la padecen se ha de tener cuidado de ponerlos aparte, y de tirarlos cuando les dura mucho tiempo, dejan de comer, estan continuamente estendiéndose y tienen un color lívido.

Es necesario no confundir este estado con el que presentan cuando mudan la piel, porque entonces tambien pierden el apetito, dejan de comer y adelgazan, y entonces es necesario dejarles tranquilos contentándose con tener mas cuidado de preservarles del viento húmedo.

CAPULLOS.

Cuando el gusano ha concluido de crecer, hace su capullo, para volverse á convertir mas tarde en crisálida, y se conoce que está propenso á hacer su capullo en que deja de comer del todo, encoge el cuerpo que se le vuelve blanco y después trasparente, y siempre está separado de los demás haciendo continuos movimientos con la cabeza, de la que se empiezan á ver salir hilos de seda.

Para facilitarles el medio de hacer su capullo, si son en pequeño número, se los mete en cucuruchos de papel abiertos, para que puedan salir, si no tienen efectivamente intencion de hilar. Si por el contrario son muchos, bastará encerrarles en cajas de carton grandes, y ponerles ramitos de árboles sin hojas, á las cuales adhieren los primeros hilos de su capullo.

CRISÁLIDA Y MARIPOSA.

Cuando está concluido el capullo, para saber si el gusano se ha transformado en oruga, ó se sacude el capullo, y si se le siente bullir dentro, es cierto que se ha verificado su metamórfosis: entonces, después de haber quitado del capullo toda la borra en que está envuelto, se busca el cabo de la seda, y se la divide en pequeñas porciones, y teniendo mucho cuidado sobre todo de no meter el capullo en agua caliente que mataria las orugas; y se conserva por fin los capullos sin la seda en cajas llenas de salvado, para que no estrechen unos contra otros.

Luego de este capullo sale una mariposa, que es el gusano de seda, convertido en insecto perfecto.

Se conocen los machos por su cuerpo mas largo en el movimiento mas agitado de sus alas; y las hembras por su cuerpo mas corto, y sus alas tambien mas cortas y menos agitadas. Estas mariposas ponen muy pronto los huevos y no tardan en morir.

Para que estos huevos produzcan á la primavera siguiente nuevos gusanos se deben conservar en un paraje seco y sin calor artificial, es decir, que no hace falta tenerlos durante el invierno en una habitacion caldeada por una estufa, ó en armarios situados al lado de chimeneas.

A GLAFIRA,

DE DOMINO NEGRO.

Preste el amor su idea
Al pensamiento, que en tu busca gira:
Quiero que el alma crea
Que eres tú la beldad por quien delira.
Al través de la máscara ví un cielo:
Ví la sonrisa con que tú sonries.
Néctar y aroma en cáliz de rubies
Brindabas á mi anhelo.
Eras, Glafira, tú. Ví tu mirada,
Que deleites augura.
Por el deseo el alma iluminada
Descubrió tu recóndita hermosura.
De tu voz el encanto
Hirió mi pecho con tu voz fingida;
Sentí en todo mi ser, sentí un quebranto
Inefable, y mas dulce que la vida.
Bajo el guante miré tu linda mano,
Digna de acariciar los querubines;
Formada, cual prodigio soberano,
De nácar, rosas, lirios y jazmines.
Ese espíritu leve,
Que por tus venas rápido se agita,
Y colora de púrpura la nieve,
Entró en mi pecho, que de amor palpita.
Espíritu sutil, que amor derrama
De la tierra en el seno,
Y la cubre de flores; las estrellas
Con mayor luz inflama
En el éter sereno:
Al aire da las mariposas bellas,
Los perfumes suaves,
El canto de los silfos y las aves.
Así renacen en el alma mia
Juventud y poesía.
Como maná del cielo, tus amores
Han de saber á cuanto el alma quiera:
Filtro genial, esencia de mil flores
Darán al alma, en verde primavera.
Si tú me amases, Glafira, no hubiera
Dicha igual á mi dicha. Solo un beso,
Un beso solo de tus frescos labios
Puede llevar el alma á un paraiso;
Darle en un punto, y con mayor esceso,
Cuantas la mente de amorosos sabios
Fingir encantos y delicias quiso.
Nadie, cual tú, comprende
La inquietud de mi amor y devaneo.
De tus hermosos ojos se desprende
La luz, do vive eterno mi deseo:
Mágica luz, do veo,
Cuando el color de la esperanza toma,
Musas, Gracias divinas,
Y Huries oji-negras de Mahoma
Con las Peris danzar y las Ondinas.
En tu blando regazo
Tal deliquio mi espíritu gozara,
Glafira, si tu amor me concedieras,
Que unido al tuyo por estrecho lazo,
Ver la luz del Olimpo imaginara,
Y la música oir de las Esferas.
Ay! temo que no quieras
Lograr conmigo el singular contento,
Que amor promete á quien de amores sabe;
Mas en tu egregio y claro entendimiento
Entendimiento del amor bien cabe:
Y espero que perdones,
Ya que no les des vida,
Estas enamoradas ilusiones,
Que me tienen el alma derretida.

JUAN VALERA.

CUESTIONES ANAGRAMÁTICAS.

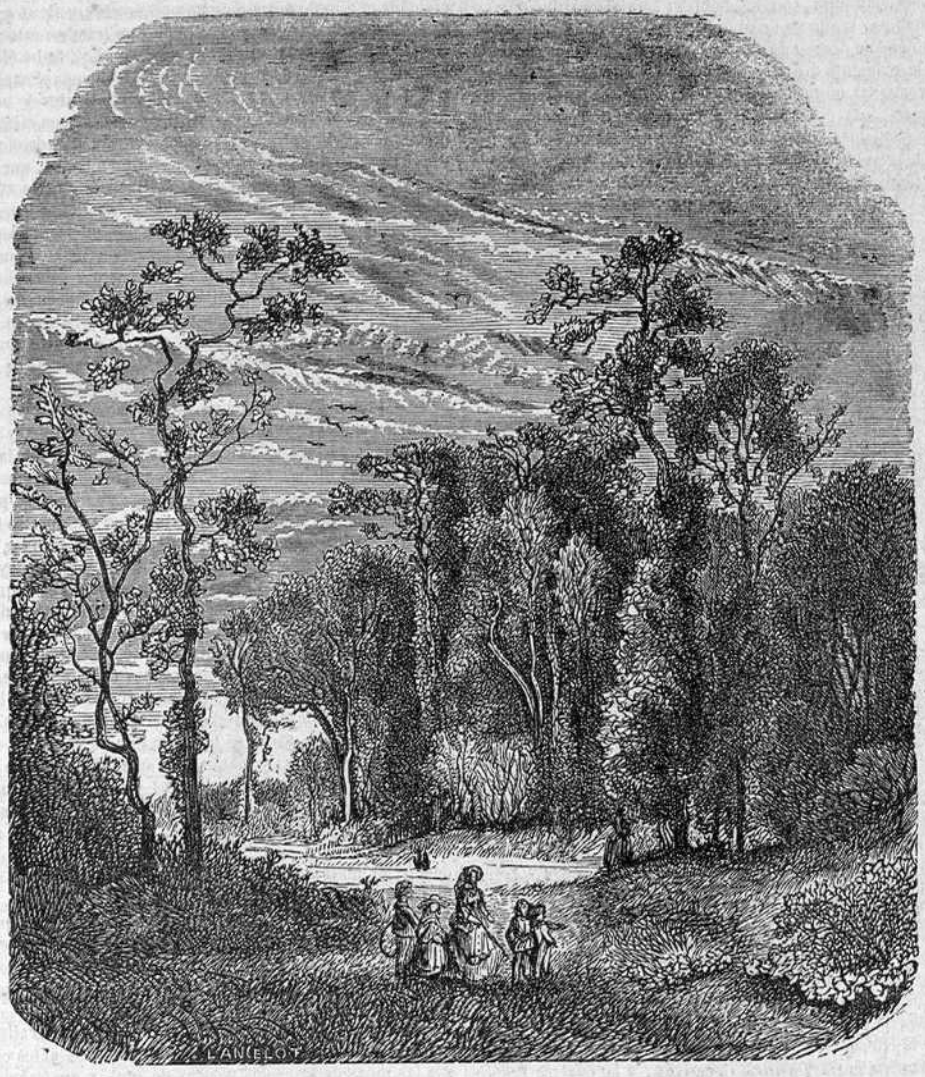
Hallar en:

EN TOBOSO HAY UNA ARDILLA
QUE BAILA DE CORONILLA.

1.° Un apodo usual.
2.° Una flor.
3.° Un rey de Babilonia.
4.° Una tela usada para forros.
Y 5.° Nombre que se da á una encargada de educacion.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario é Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra.



EL BOSQUE DE BOULOGNE EN PARIS.

VIDA DE CAYO SOLIO APOLINAR SIDONIO,

Obispo de Auvernia,

ANTIGUO Y AFAMADO ESCRITOR DE LOS SIGLOS MEDIOS.

Consta que Sidonio nació de un linaje muy noble entre los galos, y que su padre y abuelo fuéron prefectos del pretorio de las Galias. Siendo diversos los pareceres acerca de su patria, él mismo dice mas de una vez, y con palabras nada oscuras, que fué lionés. Mas la frecuente mencion en sus libros de la Auvernia, en la que primero tuvo por esposa á la hija del emperador Avito, y después ocupó la cátedra episcopal, dió lugar á algunos para creerlo natural de aquella provincia. Nacido pues en Lion, y habiendo tenido muy buenos maestros de las artes liberales, de los que aun entonces estaba llena la Galia, y entre los cuales menciona á Hoenio en la poesía y á Eusebio en la filosofía, consiguió tal alabanza en ellas por su talento y estudio, que, segun lo manifiestan los elogios del mismo por Mamerto Claudiano, fué tenido por el mas perito y fecundo de los eruditos de su edad. Principalmente esclarecido por la fama de su poesía, no solo fué apreciado de sus amigos é iguales, sino tambien de los mismos príncipes. Lo primero lo declaran los epígramas y versos de todos géneros, que á peticion de los amigos escribió muy obsequiosamente sobre varias cosas, y lo otro los tres panegíricos con que elogió públicamente á su suegro Avito y á los Augustos Mayoriano y Antemio, sacando de cada uno el fruto de su benevolencia; pues en Roma mereció, imperando Avito, una estatua entre los poetas en la biblioteca del foro trajano: y Mayoriano, cuando celebraba los juegos circenses en Arlés, le contó entre los honrados en su solemne banquete, y le defendió con una singular muestra del ódio de la sátira de que se le acusaba. Finalmente, creado prefecto de la ciudad, y patricio por Antemio, después de la dignidad de conde y otras, con las que antes habia sido condecorado, hizo patricia á su familia que habia recibido prefectoría de sus antepasados. Ni mucho después, habiendo fallecido el obispo de Auvernia Epasguio, fué puesto en su lugar, aunque haciendo resistencia y sin ser aun clérigo: cuyo destino, aceptado con mucha modestia, lo desempeñó con igual santidad y vigilancia en unos tiempos muy turbulentos y entre grandes dificultades, tanto privadas como públicas; pues primeramente, asediada la Auvernia por los godos, sufrió las molestias de un largo y muy empeñado ataque, y después reducida la ciudad al poder de los enemigos por un tratado del augusto Nepote, alejado por estos con una especie de embajada, se vió obligado á estar desterrado por algun tiempo: en fin, restituido á los suyos, dedicándose al cuidado de su cargo, no

descuidando ninguna condicion de un buen pastor entre los tártaros, y no molestando á nadie por su singular benignidad para con todos, y su principal liberalidad para con los pobres, se atrajo sin embargo el ódio de los émulos, segun se acostumbra, es á saber, de dos presbíteros que habiéndole despojado de toda potestad de su iglesia con suma afrenta, le redujeron á una gran necesidad de todas las cosas. Mas la divina venganza no permitió que fuese duradera aquella calamidad. Restituido pues enteramente á su iglesia, ni sobreviviendo tampoco después mucho tiempo, habiendo designado, no sin un divino presentimiento, por sucesor suyo á Aprúnculo, voló al cielo á doce de las calendas de setiembre; cuyo dia desde entonces está dedicado á su memoria aniversaria en Auvernia é inscrito en su sepulcro con el epitafio. Tenidos de su consorte Papianila, antes del obispado, dejó á su hijo Apolinar y á sus hijas Roscia y Severiana. Como memorias de su ingenio, aunque escribió otros muchos, solo quisó que se publicáran los escritos que nos quedan; y en ellos ciertamente, tanto los que estan en verso como en prosa, ora refiera ó persuada, ora alabe ó vitupere, y sea el que fuere el argumento que trate, hay igual felicidad y abundancia en todos, y tal variedad de palabras y sentencias, que al instante brillan en él una admirable fuerza de ingenio y cierta copia de doctrina. Esto pienso que hacia, que aun los hombres doctos de su edad, como Ruricio de Limoper, le tuviesen por oscuro, y juzgasen que necesitaba de intérprete. Ni solo en aquellos escritos que meditaba y trabajaba con mas atencion manifiesta cuán grande era, sino tambien en los extemporáneos y repentinos, de los que tenia tan pronta facultad, que no solo decia de repente unos pocos versos no meditados, cual fué el dístico con que rechazó la calumnia de la sátira para con Mayoriano, y el orso recíproco contra un torrente ó el tetlástico que compuso en favor de Tilemacio, sino que tambien á veces componia con igual prontitud obritas perfectas en verso y prosa, tales fuéron el sermon ó arenga de Burgos que dictó en pocas horas, y la poesía anacreóntica con la que pronunciada prontamente en Burdeos sobre el libro de Pedro maestro de las epístolas; compitió con los esclarecidos poetas de aquel siglo Dómnulo, Severiano y Lampridio. Mas nunca relució con mas claridad lo que podia en este género que cuando habiéndoselo quitado, segun refiere Gregorio de Tours, en una fiesta de iglesia el librito por el que solia recitar, esplicó sin embargo oportuna y claramente toda la serie de cosas que debian decirse. Por lo demás, siendo Sidonio tal y tan grande por todos los lados, y aplaudiendo todos mucho sus escritos, él solo parecia pensar de sí modestamente, y satisfacerle poco todos ellos. Así es que suprimió muchos, como se ha dicho, y habiendo emprendido algunos, como la guerra de Atila, fastidiado de su trabajo, los abandonó. Además exhortándole Leon, consejero del rey Curico, á que escribiese la historia de su tiempo, lo rehusó diciendo que no convenia á un clérigo el proyecto de escribir la historia. Todas estas cosas y aun muchas mas se pueden saber de Sidonio sacándolas de sus propias obras. Se reverencia en Auvernia, como ya hemos advertido, la memoria del ilustre prelado en un dia determinado, y con el rito de los santos, y sus sagrados huesos se custodian religiosamente en la Basílica Genesiana, á la cual se refiere haber sido ya antiguamente trasladados desde la vieja capilla de San Saturnino, donde primero habia sido enterrado.

Las cartas de Apolinar Sidonio son 147, distribuidas en nueve libros de esta manera: 11 en el primer libro, 14 en el segundo, 14 en el tercero, 25 en el cuarto, 21 en el quinto, 12 en el sesto, 18 en el sétimo, 16 en el octavo y 16 en el noveno.

Las poesías son 24, de las cuales nueve son panegíricos, otras epigramáticas y epitalámicas, y otras eucharísticas, etc.

En las obras de Apolinar Sidonio se hace varias veces referencia á los personajes y sucesos políticos de España en tiempo de los monarcas godos; por lo que hemos insertado aquí su biografía con el objeto de que conociéndose estos antecedentes se consulten con fruto para nuestra historia las epístolas y poesías de aquel literato de los siglos medios.

F. J.

En prueba de los grandes desbarros políticos que se cometieron en pasados tiempos, insertamos las curiosas leyes siguientes, que marcaban los trajes y costumbres que debia tener todo español por los años de 1600.

PREMATICA Y NUEVA ORDEN

DE LOS VESTIDOS Y TRAGES, ASSI DE HOMBRES COMO DE MUGERES. —EN MADRID, EN CASA DE PEDRO MADRIGAL. AÑO M.DC. ETC. (LICENCIA Y TASSA Á 8 DE JUNIO DE 1600.)

Don Felipe, por la gracia de Dios, etc., etc. A los Infantes, Prelados, Duques. ..... Oidores, Alcaldes, Alguaziles.... Ventiquatros, Rejidores etc., etc. de todas las ciudades, villas, y lugares, y provincias destos nuestros Reynos y Señorios, etc. Salud y gracia. Bien sabeys, que por una nuestra ley, y prematica sancion, hecha y promulgada el año de mil y quinientos y sesenta y tres, se puso la forma de los vestidos y trages que se pudiessen traer en estos nuestros Reynos, la qual fué declarada por otra nuestra ley, fecha el año de ochenta y quatro, y por otra nueva declaracion fecha por el capítulo cinquenta y dos, de las Cortes del año de mil y quinientos y ochenta y seys, promulgadas el de mil y quinientos y noventa, con ciertos aditamentos declarados por nuestra ley, y prematica promulgada el año de noventa y tres: y sin embargo de que por ella mandamos, que se guardassen las dichas leyes y prematicas y capitulos de Cortes con las declaraciones en ellas hechas, so las penas en las dichas leyes y prematicas contenidas, sin que en manera alguna se pudiesse dispensar, ni arbitrar en ellas por algunas de las nuestras justicias. Somos informados, que no se ha hecho ni cumplido, y acatando el beneficio general que á estos nuestros Reynos resultará de la reformacion del exceso que ha avido y ay en los dichos trages y vestidos, y lo mucho que importa la moderacion y reformacion dellos, aviendo de nuevo conferido y platicado con personas expertas, inteligentes, y zelosas de nuestro servicio, y del bien publico sobre lo dispuesto y ordenado por las dichas leyes y prematicas: ha parecido que para la buena observancia y execucion dellas convenia declarar, alterar, añadir, y moderar algunas cosas importantes. Y habiendo mandado ver con la consideracion necessaria las dichas leyes, y recoger todo lo dispuesto y ordenado por ellas, para reducirlo á la disposicion de una sola, para que mejor se pueda guardar y executar. Y visto todo en el nuestro Consejo, y con nos consultado, fué acordado que devíamos de mandar dar esta nuestra carta, la cual queremos que aya fuerça y vigor de ley como si fuesse fecha y promulgada en Corte. Por la qual mandamos, que sin embargo de lo por dichas leyes y prematicas proveydo, y ordenado, en lo que fueren contrarias á lo que en esta y á declarado, desde que fuere publicada en esta nuestra Corte, y fuera della en todos los demás destos Reynos, passados treynta dias despues de la publicacion della en los trajes y vestidos de qualquier calidad que se ayan de hacer, y traer en ellos por qualesquier personas de qualquier estado, y calidad, y preeminencia que sean, se tenga y guarde la forma siguiente.

Que defendemos, y mandamos, que agora, ni de aquí adelante, ninguna persona de nuestros Reynos y Señorios, ni fuera dellos, de qualquier condicion, y calidad, y preeminencia, ó dignidad que sean, excepto nuestras personas Reales, y nuestros hijos, sean osados de traer, ni vestir brocado, ni tela de oro, ni plata tirado, ni de hilo de oro, ni plata, ni seda alguna que lleve oro, ni plata, ni cordon, ni pespunte, ni passamano, ni otra cosa alguna dello, ni bordado, ni recamado de seda, ni cosa hecha en bastidor: conque declaramos, que esta prohibicion, ni otra alguna de las contenidas en esta nuestra ley, se entienda en lo que se hiziere para el servicio del culto divino, porque para el se podrá hazer libremente todo lo que convenga sin limitacion alguna.

Otro sí permitimos, que por honor de la cavalleria, se pueda llevar sobre las armas en la guerra, ó en otros actos concernientes á ella las ropas de brocado, y telas de oro, y qualesquier otras cosas que quisieren. Y ansi mismo que para las guarniciones, y sillas, caparaçones, mochilas, y jaezes de los cavallos de la brida bastarda, y gineta, se pueda echar hilo de oro, ó plata tirado, ó hilado, y bordado el jaez dello, no trayendo cosa alguna destas en trotones, hacas, ni quartagos. Pero prohibimos y defendemos, que no se pueda hazer jaez alguno de oro de martillo, ni con piedras, ni perlas, ni las mochilas y caparazones puedan ser bordados de aljofar, ni llevarlo en parte alguna dellas, excepto en las cuerdas.

Iten mandamos, que ninguna persona de qualquier estado, y calidad que sea, en las ropas y vestidos que traxese, pueda traer genero alguno de entorchado, ni torcido, ni ganduxado, ni franjas, ni cordoncillos, ni cadenillas, ni gorviones, ni lomillos, ni passadillos, ni carrujados, ni abollados, ni requives, ni guarnicion alguna de avalorio, ni de azero, ni ropa, ni otra cosa alguna cicelada, ni raspada: pero permitimos, que desde la promulgacion desta nuestra ley en adelante se puedan hazer y traer los vestidos de hombres y mugeres con las guarniciones siguientes,

Que la guarnicion de una capa, ó bohemio, ó otra qualquier ropa pueda ser de qualquier genero de seda, con una faja, ó las demás que quisieren echar, y cada una pueda llevar un pespunte á cada lado que las tenga, y los sayos y ropillas puedan ser de qualquier genero de seda con la misma guarnicion que se permite en las capas y bohemios.

Iten, que se pueda echar un ribete de qualquier seda entre faja y faja, como no sea sobre la misma seda, y por la parte de adentro se puedan echar fajas de raso, ó de tafetan, ó de otra seda, que no sea de terciopelo, del mismo ancho que tuvieren todas las de la parte de afuera, y ansí mismo se puedan prensar, picar, ó raspar.

Otro sí permitimos, que se puedan traer libremente capas, y bo-

hemios de terciopelo, y de qualquier otra seda, y aforrarlos en ella.

Iten, permitimos, que las capillas y delanteras de las ropas de paño, ó raja, ó otra cosa de los hombres de letras, que las puedan traer, se puedan aforrar en terciopelo, ó otra cualquier seda: y en los balandranes, y capas de agua, se puedan aforrar della las capillas, y echarse passamanos, y alamares de seda en ellas, y en los fieltros y albornoces.

Iten, que las calzas se puedan traer de qualquier genero de seda, y llevar al canto de cada cuchillada un ribete de terciopelo, ó de otra seda, con su pespunte al cabo, y pestaña al lado de cada cuchillada, y no en otra parte alguna; y siendo la cuchillada ancha, pueda llevar un ribete de cada lado, con pestaña y pespunte, y las cuchilladas puedan yr aforradas en tafetan: y las dichas calzas se puedan hazer de qualquier genero de passamanos, y sedas labrados, ó passamanos que no lleven entorchados, ni gurbiones, ni passadillos, ni soguillas de rosa, ni tafetan.

Iten, permitimos que los calçones, ó greguescos, se puedan ansi mismo hazer, y traer de qualquier seda, con que no lleven guarnicion alguna, sino solo un passamano, ó dos á los largos de los lados, y á las bocas, ó entradas como no sea de oro, ni plata.

Iten, las ropas de levantar de hombres, y mugeres, se puedan hazer, y traer de qualquier calidad de seda guarnecidas en la forma dicha, y poner en ellas passamanos y alamares, como no sean de oro ni de plata. Y declaramos, que en todo lo que hemos prohibido qualquier genero de oro y plata, se entienda assi fino, como falso.

Iten, que los jubones de raso, ansi de hombre, como de muger, y las cueras y ropillas de hombres, se puedan pespuntar de qualquier pespunte de seda, como no haga labor, y prensarse, y picarse, y rasparse los rasos, y tafetanes de calzas, y otras cualesquier ropas, ansi de hombre, como de muger.

Iten, que ansi mismo las ropas y vestidos de muger, se puedan hazer, y traer de las mismas guarniciones de suso permitidas en los de los hombres, ansi en vasquiñas, como en manteos, y sayas, y en las demas ropas de qualquier calidad que sean, y se puedan guarnecer con passamanos, como no sean de oro ni de plata.

Iten, que las mujeres puedan traer jubones de telilla de oro, y plata, y guarnecellos con una trencilla de lo mismo sobre las costuras, y que todo el campo de los dichos jubones pueda yr quajado de molinillos de oro y plata, como no hagan labor, y los habanillos de los jubones de seda, que traxeren, puedan ansi mismo quajarse de los dichos molinillos y trencillas de oro, ó plata, ó seda.

Iten, permitimos, que en los sombreros de hombres y mugeres, se pueda traer una trenga, ó passamano y cayrel de oro, ó plata, ó seda; y en quanto á los talabartes, pretinas, y escarcelas, se puedan traer libremente como quisieren, y con trencillas, y cayreles de oro y plata, con que no sean bordados.

Iten, mandamos, que se guarden y cumplan las leyes y prematicas destos nuestros Reynos; por las quales está prohibido á las mugeres malas de sus personas, que publicamente ganan por ello, traer vestido alguno de seda, ni oro, ni perlas, ni piedras, fuera de sus casas, segun que en ellas se declara, so las penas en las dichas leyes y prematicas contenidas.

Iten, permitimos, que las libreas que se dieren á los pages, puedan ser de qualquier género de seda en los sayos, ropillas, y jubones, calzas y gorras, guarnecido en la forma de suso declarada, y no de otra manera. Con que mandamos, que no se les puedan dar, ni ellos traer bohemios, ni capas de seda alguna, sino de paño, ó de raxa, ó de otra cosa, que no sea de seda, ni puedan ser aforradas en ella, sino solamente se pueda echar alguna faja, ó fajas por de dentro del tamaño que las de afuera. Y que á los lacayos no se pueda dar librea, ni vestido alguno de ninguna calidad de seda, ni traer muslos della, ni zapatos, ni baynas de espada de terciopelo: aunque permitimos que se les puedan dar gorras del, y traer sombreros de tafetan. Pero declaramos, que lo contenido en este capitulo no se aya de entender ni entienda en las libreas de pajes y lacayos, ni otros criados que estuvieren dados al tiempo de la promulgacion desta nuestra ley, porque registrandolas ante cualesquier justicias, ansi realengas, como de señorio, y abadengo, adonde quiera que las hubiere, y no de otra manera las podrán traer libremente, hasta que las rompan, sin limitacion alguna de término.

Iten, permitimos, que todos los estrangeros destos nuestros Reynos, que vinieren á ellos después de la promulgacion desta nuestra ley, y trajeren vestidos hechos contra el tenor della, se puedan servir dellos por término de seys meses, que se cuenten desde el dia en que hubieren llegado á qualquier lugar donde hubieren de parar, y que passados, no las puedan traer, so la pena que será declarada.

Iten, mandamos, que qualquier persona, ó personas, hombres, ó mugeres, de qualquier estado, calidad, ó preeminencia que sean, que traxeren los dichos trajes, y vestidos contra lo contenido en esta nuestra ley, los ayan perdido, y pierdan con otro tanto de su valor: el qual aplicamos para obras pias de los lugares adonde se condenaren, á disposicion de la justicia dellos. Y que los sastres, y jubeteros, calceteros, cordoneros, y sombrereros, y sus obreros, y otros cualesquier oficiales, ó otras personas de cualquier calidad que sean, que cortaren, ó hizieren publica, ó secretamente qualquier ropa contra lo contenido y declarado en ella, después de su publicacion en esta Corte, y en otra cualquier parte destos nuestros Reynos, pasados los dichos treynta dias, por la primera vez que lo hizieren, siendo en esta nuestra Corte, incurran en pena de quatro años de destierro della, con las cinco leguas, y de veynte mil maravedis, y haziendolos fuera della, sean desterrados por el mismo tiempo de qualquiera ciudad, villa, ó lugar, y de su tierra y jurisdicion, y condenados en la dicha pena pecuniaria. Y por la segunda, sea toda la dicha pena doblada. Y por la tercera, sean sacados á la vergüenza publicamente, y desterrados destos nuestros Reynos por diez años. Todas las cuales dichas penas pecuniarias, excepto el otro tanto del valor de las ropas y vestidos que tenemos aplicados para obras pias, aplicamos para nuestra cámara, juez que lo sentenciare, y denunciador por yguales partes. Y mandamos, que las dichas ropas y vestidos que contra lo que por esta nuestra ley está dispuesto, y ordenado, se traxeren ó hizieren, y fueren condenadas, no se pueda dejar en manera alguna á la parte á quien se huviere tomado, ni usarse de ellas en fraude de lo suso proveydo, y que su estimacion se haga por oficiales de la misma ropa, con juramento en presencia del juez que lo huviere condenado, sin que lo pueda cometer á otra persona alguna, ni hazer moderacion, ni remision de lo que justamente valiere, sino que entera y cumplidamente se execute, aplicando la condenacion en la forma dicha, so pena que el juez que ansi no lo hiziere y cumpliere, pague el quatrotanto de lo que mas valiere la ropa de lo en que se hubiere tassado las dos tercias partes para nuestra cámara, y la otra para el denunciador.

Otro sí mandamos, que lo contenido en esta nuestra prematica se guarde, y cumpla, y execute á la letra, sin dar otro sentido ni entendimiento, y que lo que no está proveydo, ni espressado en ella no se pueda executar, ni llevar por ella pena alguna, aunque se diga que lo estaba en las otras prematicas antiguas, proveydas y promulgadas sobre la forma de los trajes y vestidos, porque nuestra voluntad es, que lo que en esta mandamos, y ordenamos, se guarde, cumpla, y execute sin embargo de otras qualesquier leyes, y prematicas: por las cuales esté mas, ó menos ordenado, y proveydo acerca dellos. Y mandamos á todas las justicias destos nuestros Reynos, que ansi lo guarden, cumplan y executen, sopena de privacion de sus oficios, en la qual incurra el que en ello fuere remisso, negligente, ó lo disimulare en qualquier manera. Y á los de nuestro Consejo y Chancillerias, que tengan particular cuidado de castigar los dichos jueces en las residencias que vienen y determinaren, aviendo sido remissos en la execucion desta nuestra ley, y poniendoles ansi mismo las demás penas que conforme á la calidad de la culpa les pareciesse convenientes.

Y por evitar el daño que recibirian las personas que tienen hechas ropas y vestidos contra el tenor desta nuestra ley, sino se les diesse algun tiempo, en que las pudiessen traer y gastar, mandamos que los que estuvieren hechos contra el tenor della al tiempo que fuere publicada, las puedan traer los hombres, ansi naturales como estrangeros de nuestros Reynos, por término de cuatro años, y las mujeres por seis años, los cuales corran y se cuenten desde el dia de la promulgacion desta ley, con que las ayan de manifestar y registrar ante las justicias de las ciudades, y villas, y lugares adonde las tuvieren, como dicho es, el cual registro se haya de hacer dentro de seis meses, y passado el dicho término no les sea admitido, ni los puedan traer, so la dicha pena de allí adelante. Y mandamos á todas nuestras justicias y escribanos que no lleven derechos algunos por los registros que de las dichas ropas y vestidos se hicieren, so pena de volverlos con el quatro tanto para nuestra Cámara. etc..... Dada en San Lorenzo á dos dias del mes de junio de mil y seyscientos años. Yo el Rey.=El Conde de Miranda, etc. D. Luis de Molina y Salazar Secretario del Rey nuestro Señor etc.

Pregonada en la puerta de Guadalajara á 3 de junio de 1600.
Madrid 9 de setiembre de 1850. F. J. y G.

PREMATICA

EN QUE SE PROHIBEN COLGADURAS Y ADEREZOS DE CASAS DE BROCADOS, Y TELAS DE ORO Y PLATA Y BORDADO, Y HECHURA DE JOYAS DE ORO Y PIEZAS DE PLATA, Y SE DA LA FORMA EN ELLA CONTENIDA, Y SE PERMITE TRAER CUELLOS DE OCHAVA CON ALMIDON.—EN MADRID, EN CASA DE PEDRO MADRIGAL. AÑO M.DC. (LICENCIA Y TASA Á 8 DE JUNIO DE 1600.)

Don Felipe etc. etc.... Sepades, que deseando proveer y remediar el gran exceso que ha avido y ay en estos nuestros Reynos, assi en las

colgaduras y aderezos de casa, como en los doseles, y camas, y sillas de assientos y de mano, y en las guarniciones de coches y literas, y en las joyas y hechuras dellas, y en las piezas de plata, bufetes, y braseros, y en otras cosas, que en esta nuestra ley yrán espresadas: ordenamos á los del nuestro Consejo, que confiriesen y platicasen sobre el que se podia dar, para que cessase el daño que dello ha resultado y no se gastassen, ni consumiessen las haziendas de nuestros subditos y naturales en cosas superfluas y escesivas, y se conservassen para emplearlas en las útiles y necesarias. Y aviendolo hecho con la deliberacion que materia tan importante requeria, y con nos consultado, fué acordado, que debiamos mandar, y mandamos por esta nuestra carta, que queremos que aya fuerza y vigor de ley, como si fuesse hecha y promulgada en Cortes, que desde el dia que fuere publicada en esta nuestra Corte en adelante, y fuera della, en todos estos nuestros Reynos, pasados treynta dias, se cumpla, guarde y execute lo siguiente.

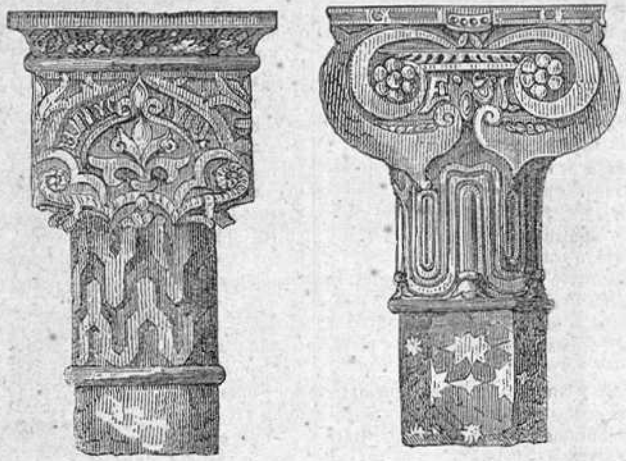
Primeramente, que no se puedan hacer en estos nuestros Reynos, aderezos, ni colgaduras algunas de casas, de personas de qualquier estado y calidad que sean, de brocados, ni telas de oro, ni plata, ni bordados dellos, ni de rasos, ó otras qualesquier sedas que tengan oro, ó plata, sino que solamente se puedan hazer de terciopelo, damascos, rasos, y tafetanes, y de otro qualquier genero de seda, aunque permitimos, que en solas las goteras de las dichas colgaduras se puedan echar flocaduras de oro, ó plata.

Iten, que los doseles, y camas que de aquí adelante se hicieren, no puedan ser bordados en los blancos dellos, ni los de las cortinas, ni el cielo de las camas: aunque permitimos, que los dichos doseles y camas, y cobertores dellas se puedan hazer de brocado, y telas de oro, y plata, y de rasos, ó otras qualesquier sedas que los tengan, y que solas las gorras, y cenefas de los dichos doseles, y camas puedan ser bordados de oro, ó plata, y llevar alamares, y flocaduras dello, y que las sobremesas puedan ser de la misma forma, y calidad que se puedan hazer las camas y doseles: y que assi mismo se puedan hazer almohadas de estrado de telas de oro, ó plata, y de qualquier seda que lo lleve con cayreles de lo mismo, como no tengan bordado alguno.

Iten mandamos, que no se puedan hazer sillas algunas de asiento, de brocado, ni tela de oro, ni plata bordadas, ni de seda alguna que tenga oro, ó plata, sino que solamente se puedan hazer de terciopelo, ó otra qualquier seda, con que no sean bordadas, y puedan llevar franjas, y flecos de oro, ó plata.

Iten, mandamos, que las sillas de manos no se puedan hazer de brocado, ni tela de oro, ó plata, ni de seda alguna que lo lleve, ni puedan ser bordados los aforros dellas de cosa alguna, y no se puedan hazer sino de terciopelo, ó damasco, ó otra qualquier seda: y puedan llevar flocaduras, y alamares della, y no de oro, ni plata: y los pilares de las dichas sillas no puedan ser guarnecidos de trencillas de oro, ni de plata, ni de passamanos de seda, ni de tachuelas.

Otro sí defendemos, y mandamos, que ningun coche, ni litera se pueda hazer bordado de oro, ni de plata, ni de seda, ni aforrado en brocado, ni tela de oro, ni de plata, ni de seda alguna que lo tenga, ni con franjas, ni trencillas, ni otra guarnicion alguna de oro, ni de plata, y que solamente se puedan hazer de terciopelo, ó otro qualquier



(Detalles de capiteles.)

género de seda, y guarnecidos con franjas y trenzas, y otra qualquier cosa de lo mismo, y que puedan llevar la clavazon dorada. Y assi mismo mandamos, que las cubiertas de los dichos coches y literas, no puedan ser de seda alguna, ni las guarniciones de los caballos de coche y machos de litera, puedan ser guarnecidos della.

Iten, mandamos, que desde el dia de la promulgacion desta nuestra ley en adelante, no se puedan hazer en estos nuestros Reynos, ni meter en ellos tapicería alguna que lleve oro, ó plata. Y declaramos, que todo lo que de suso tenemos prohibido llevar oro, ó plata, se entienda assi fino, como falso.

Otro sí mandamos, que de aquí adelante no se puedan hacer, ni hagan en estos nuestros Reynos, ni traer de fuera dellos joyas algunas de oro que tengan relieves, ni esmaltes, ni puntas con perlas, ni piedras, ni joyeles, ni brincos que las lleven ni que tengan esmaltes, ni relieves: y que solo puedan llevar los joyeles y brincos una piedra, con sus pendientes de perlas, aunque permitimos, que las mujeres puedan traer libremente qualesquier hilos, y sartas dellas, y que se puedan hazer collares y cinturas, y otras qualesquier joyas para mugeres, que lleven perlas y piedras, con que cada pieza dellas no pueda llevar mas que sola una piedra, ni ser de solos diamantes, sino que ayan de llevar á lo menos otras tantas piedras de diferente calidad, ó perlas como llevaren de diamantes: pero que solas las bronchas mayores que ha de tener cada cintura, ó collar al remate dellos, pueda llevar mas perlas, ó piedras, con que sean de la calidad dicha, y las entre piezas de las dichas cintas y collares puedan llevar cada tres perlas: y que as mugeres y hombres puedan traer sortijas con las piedras, y perlas que quisieren, y los hombres botones con esmalte. Y las mugeres puedan assi mismo traer botones con perlas, como no exceda de tres en cada uno.

Otro sí permitimos, que los hombres puedan traer cadenas, y cintillos de piezas de oro, y aderezos de camafeos, y hilos de perlas en las gorras, y sombreros con que declaramos que esta nuestra ley no ha de comprehender los cintillos de gorras y sombreros que estuvieren fechos antes de la promulgacion della, porque aquellos se podrán traer libremente, registrándolos en la forma que de yuso yrá declarada.

Iten, que no se puedan hazer piezas algunas de oro, ni de plata, ni de otro metal con relieves, ni personajes, ni pueda ser dorada alguna dellas en todo, ni en parte, excepto las que se hizieren para bever, con que no puedan passar de peso de tres marcos; y que toda la demás plata que se hiziere y labrase sea llana y blanca, sin dorado alguno, conque esto no se entienda en las que se hizieren para el servicio del culto divino, como Cruzes, Calizes, incensarios, Relicarios, Navetas, y Atriles, y otras qualesquier piezas y guarnicion de Missales, y bronches, y chapería en los ornamentos, porque todo esto, y qualquier otra cosa se podrá hazer libremente para el dicho sevicio de qualquier hechura y dorado, sin pena alguna, con qualquier genero de piedras y perlas: porque nuestra intencion y voluntad es, que la prohibicion deste capitulo, ni otra desta nuestra ley comprehenda cosa alguna de las que se hizieren para el servicio del culto divino, porque se podrán hazer de qualquier calidad y hechura, libremente y sin pena alguna.

Iten, mandamos que de aquí adelante no se pueda labrar en estos nuestros Reynos, brasero, ni bufete alguno de plata, ni ninguna he-

chura que sea: pero permitimos, que se puedan hazer braserillos de hasta quatro marcos de plata y no mas.

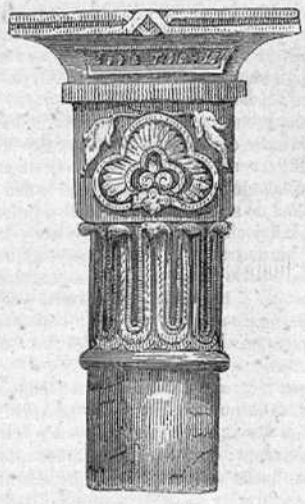
Iten, permitimos qualesquier sillones de plata, con que los que de aqui adelante se hicieren, ayan de ser lisos sin relieves, sin personages, ni otra labor, ni guarnicion alguna, sino llanos, con sola una moldura á los cantones. Y que las gualdrapas y guarniciones assi mismo dellos, puedan llevar chapería de plata, como no sea de personajes, ni relieves. Todo lo cual mandamos se guarde, y cumpla inviolablemente, so pena de ser perdido todo lo que contra la órden susodicha se hiziere, de qualquier valor, genero, y calidad que sea, con que declaramos, que las dichas colgaduras, y todo lo demás de suso referido, cuya hechura hemos prohibido, que estuviere hecho al tiempo de la promulgacion desta nuestra ley, se pueda usar, traer, y gastar sin limitacion de término, hasta que se acabe y venderse, y disponer dello, y aderezando libremente, sin pena alguna, con que no se mude en diferente forma, y especie, sino que quede, y se conserve en la misma, en que se hallare hecho al tiempo de la promulgacion desta nuestra ley, y con que todo lo que contra el tenor della estuviese hecho, se registre ante las justicias de cualquier Ciudades, Villas y Lugares, destos nuestros Reynos, adonde las hubiese, y ante escribano que dello dé fée dentro de seys meses despues que fuere publicada en esta nuestra corte, y passados no se reciba el registro en manera alguna: y en caso que se reciba sea de ningun efecto. Y mandamos, que por el registro que dellas se hiziere, los jueces y escribanos no lleven derechos, so pena de volverlos con el quatrotanto para la nuestra Camara. Y mandamos, que qualquier oficial que hiziere cosa alguna de las susodichas, contra la órden y forma de suso declarada, si la hiziere en esta nuestra Corte, incurra en pena de quatro años de destierro della con las cinco leguas y en veynte mil maravedis: y si en otro qualquier lugar destos nuestros Reynos, sea desterrado del y de su tierra, y jurisdiccion por el dicho tiempo, é incurra en la dicha pena pecuniaria: y por la segunda vez, sea el destierro y pena doblado: y por la tercera, sea sacado á la vergüenza públicamente y desterrado por diez años destos nuestros Reynos.

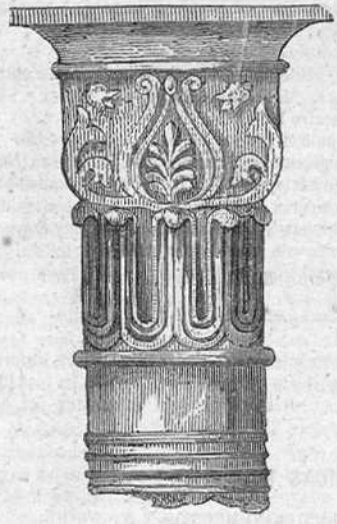
Otro si, que ninguna mujer que publicamente fuere mala de su cuerpo, y ganare por ello, pueda andar en coche, ni carroza en esta nuestra Corte, ni en otro algun lugar destos nuestros Reynos, so pena de quatro años de destierro della, con las cinco leguas: y de qualquier otro lugar, y su jurisdicion adonde anduviere en coche, ó carroza por la primera vez, y por la segunda, sea trayda á la vergüenza publicamente, y condenada en el dicho destierro.

Iten, que ninguna persona de qualquier estado y calidad que sea, pueda ruar en coche alquilado en esta nuestra Corte, ni fuera della so pena de pagar el valor del, y de los cavallos, ó otras qualesquier bestias que lo traxeren.

Iten, que ninguna persona fuera de los Grandes se pueda alumbrar con mas de dos hachas, y que los Grandes puedan traer quatro y no mas so pena de cien ducados por cada vez que lo contrario hizieren.

Iten, que ninguna persona de qualquier estado y calidad que sea trayga ni gaste en estos nuestros Reynos hachas de cera blanca, ni se puedan gastar, sino solamente para el servicio del culto divino, so la pena contenida en el capítulo precedente.





(Detalles.)

Iten, que ningun paje que llevare hacha, pueda llevar con ella espada, ni daga, ni otra arma ninguna, so pena que siendo de esta Corte sea desterrado della y las cinco leguas por un año, y por el mismo tiempo de cualquier lugar adonde lo traxere, y de su tierra y jurisdicion, y pierda las armas que traxese, aplicadas conforme á la ley.

Otro si, mandamos que de aquia adelante en esta nuestra Corte, ni fuera della, no se puedan alquilar lacayos, ni otros criados por dias, sino por meses, ó por mas tiempo, so pena de vergüenza pública y de quatro años de destierro desta Corte, y cinco leguas si fuere en ella, y de otro qualquier lugar y su juridicion, adonde se escediere de lo en este caso prohibido.

Iten, mandamos que se guarde y cumpla lo dispuesto y ordenado por leyes y prematicas destos nuestros reinos, en que se prohibió traer en los cuellos y polaynas de las camisas sueltas, ó assentadas guarnicion alguna de franjas, redes ó deshilados, y se mandó, que solamente se pudiesen traer de olanda, ó otro lienzo, con una ó dos baynicas blancas, y no de otro color, sin otra guarnicion alguna, y se ejecuten con todo rigor en los trangressores, las penas en ellas contenidas, con que como conforme á dichas leyes no se pudieran traer los dichos cuellos y polaynas, sino solamente de un dozavo de vara en ancho, puedan hacer, y traer de aqui adelante un ochavo de vara, y aderezarlos con almidon, ó con cualquiera otra cosa, y no se pueda exceder de la dicha medida, ni de lo demás por las dichas leyes prohibido, excepto lo solamente en este capitulo declarado, so las pena en ellas contenidas: las quales en todo lo demás queden en su fuerza y vigor.

Iten, por algunas justas consideraciones declaramos y mandamos, que sin embargo de que por otras leyes y prematicas destos nuestros Reynos está prohibido traer gualdrapas en cavallos, quartagos, yeguas ó qualquier otra bestia caballar, sino solamente por término de seis meses, que comenzaban desde principio de Octubre, y se acaban fin de Marzo del año luego siguiente. Los dichos seis meses sean siete, que comiencen desde principio del dicho mes de Octubre, y se acaben en fin del mes de Abril; y en este mismo tiempo, y no en otro alguno, se puedan traer gualdrapas de terciopelo, sin embargo de lo prohibido por las dichas leyes, que dieron forma á los trajes, y vestidos, con que las dichas gualdrapas de terciopelo no puedan llevar guarnicion alguna sino sola una faxa, ó ribete de seda al cabo della: lo cual se guarde, y cumpla, so pena que excendiendo dello, por la primera vez sea perdido el cavallo, ó quartago, ó yegua, ó bestia cavallar en que traxeren las dichas gualdrapas, y las guarniciones que llevaren: y assi mismo incurra cualquier transgresor en pena de diez mil maravedis: la cual, y las demás impuestas en todos los capitulos de suso referidos, se reparten, la tercia parte para la nuestra Cámara, y la otra para el denunciador, y la otra para el juez que lo sentenciase, y obras pias por yguales partes.

Iten, mandanos, se guarde, y cumpla lo proveydo por el capítulo quarenta y ocho de las Cortes de Madrid, del año de ochenta y seys publicadas el de noventa, y mandado guardar por una prematica, fescha el de noventa y cuatro: por las quales está prohibido, que las mugeres no puedan andar tapadas, so ciertas penas en ellas contenidas.

Y assi mismo mandamos, se guarde la prematica promulgada el

año sesenta y cinco, que está reducida á ley destos nuestros Reynos, y mandada guardar por otra prematica del año noventa y quatro, en que está dada la forma en que las personas destos nuestros Reynos puedan traer luto, y en los entierros y cera que se pueda gastar en ellos, so las penas en las dichas leyes contenidas.

Otro sí mandamos, se guarde y cumpla la prematica por nos fecha y publicada en la villa de Madrid, el año de noventa, y mandada guardar por otra el año de noventa y tres, en que se puso la forma que se habia de guardar en la fábrica y labor de las sedas, y peso que habia de tener cada vara, y se prohibió el texer algunas dellas en estos nuestros Reynos, y la entrada de otras en ellos, que en la dicha prematica particularmente se refiere, porque assi conviene al beneficio general.

Iten, mandamos que se guarde y cumpla la prematica promulgada en Madrid, á diez y ocho de Febrero del año de setenta y cinco, por la qual está mandado so ciertas penas, que las mujeres que publicamente ganan por sus cuerpos, no puedan tener escudero, ni servirse de mujer de menor edad de quarenta años, ni llevar á las Iglesias almohada, ni coxin, alfombra, ni tapete, ni traer género alguno de escapulario, ni otro hábito de religion, porque aunque la observancia dello, y de las demás prematicas de suso referidas, conviene mucho al servicio de Dios y nuestro, y beneficio público, no se han guardado, ni executado por la reunion que en ello han tenido las justicias. Todo lo qual, y cada cosa, y parte dello, mandamos se guarde, y execute irremisiblemente, segun de suso se contiene y declara: lo qual hagan y cumplan todas las justicias destos nuestros Reynos, so pena de privacion de sus oficios, en la qual incurra qualquier que en ello fuese remisso, ó negligente, ó lo disimulare en qualquier manera. Y mandamos á los de nuestro Consejo y Chancillerías que tengan particular cuydado de castigarlos en las residencias que vieren etc. etc. etc. . Dada en S. Lorenzo, á dos dias del mes de Junio, de mil y seyscientos años. Yo el Rey.—El Conde de Miranda etc. D. Luys de Molina y Salazar, Secretario del Rey nuestro Señor etc.

Pregonada en 3 de Junio de 1600.

.....«en Madrid..... delante de palacio y casa Real de su Magestad, y en la puerta de Guadalajara de la dicha villa, donde es el trato y comercio de los mercaderes y oficiales, estando presentes los licenciados... alcaldes... y alguaziles de casa y corte del Rey nuestro Señor por pregoneros públicos, con trompetas y atabales, etc.

Madrid 13 de Setiembre 1850. J. J.

Creemos que se leerán con interés las siguientes crónicas históricas escritas por el jóven arquitecto de la Escuela Especial D. José Picon, en la última espedicion artística hecha á Salamanca por los alumnos de aquella escuela.

CRONICAS HISTÓRICAS

DE LOS PRINCIPALES MONUMENTOS Y EDIFICIOS

De Salamanca.

Estas crónicas no prueban talento, sino buena intencion. Su lectura, curiosa en todas y amena en las mas, aumenta el interés que espontáneamente inspira la vista de un dibujo. Mis compañeros han trasladado al papel los monumentos que encierra Salamanca; pero mi propósito ha sido resumir en breves palabras las noticias históricas, los episodios tradicionales, las anécdotas antiguas que repetidas de boca en boca llegaron á mis oidos, obligándome á fijar los ojos en edificios vulgares en apariencia. Al hacer su descripcion he aventurado un ligerísimo juicio crítico de ellos, persuadido de que la copia de cualquier edificio antiguo no es un trabajo perfecto si no va acompañado de una memoria histórico-artística.

Si estas crónicas fueran mas largas, nadie probablemente se tomaria la molestia de leerlas. El espíritu del siglo no solo condena al que habla mucho para decir poco, sino que rara vez aplaude al que es avaro de palabras y pródigo de ideas. Por eso me limito á la simple narracion de los hechos, fiando los comentarios al buen juicio del lector.

En la biblioteca de la universidad de Salamanca estan los libros y manuscritos que me han suministrado curiosos datos. Ponz, el P. Dorado y Gil Gonzalez Dávila, son los autores que trataron de aquella ciudad. Las principales noticias, muchas inéditas y reunidas con no escaso trabajo, se las debo al señor D. Vicente de Lafuente, catedrático de cánones de la misma universidad.

En Francia, donde abundan los novelistas y los poetas dramáticos, bien pronto servirian de asunto algunas de estas crónicas para llenar la escena, ó interesar la atencion pública en los folletines de un periódico. En España apenas estarán destinadas para ser leidas por una docena de curiosos.

Salamanca.

Segun Justino, esta ciudad fué fundada después de la guerra de Troya por Teucro, capitan griego, hijo de Telamon, Rey de la isla Salamina en el mar Eubeo. Su forma general es circular y está fundada sobre tres montes, en las márgenes del Tormes. Tiene trece puertas. La principal es la de Zamora. Por ella hizo su entrada triunfal en la poblacion el Emperador Carlos V.

En la época de su mayor esplendor llegó á contar, segun dicen, 46 parroquias, 25 conventos de frailes, 25 de monjas, otros tantos seminarios y colegios, dos catedrales y multitud de edificios suntuosos y magníficos. Aseguran tambien que en su famosa Universidad llegaron á reunirse 15,000 estudiantes. Solo así se comprende que una poblacion tan triste y solitaria encierre todavía dentro de sus antiquísimas murallas inapreciables tesoros del arte monumental.

Sus bellezas artísticas de primer órden son casi desconocidas, no solo de estranjeros, sino de nacionales tambien. En Salamanca existen monumentos de mérito estraordinario, que ni aun han merecido los honores de ser trasladados al papel. Antes de ahora, apenas estaria grabado su recuerdo en el album de algun curioso ó escéntrico viajero.

En aquella ciudad insigne reposan olvidadas las cenizas de Fr. Luis de Leon, honra y prez de los escritores españoles. Allí estuvo encerrado dos años por órden del Santo Oficio, para sentarse después en la cátedra donde pronunció las celebradas palabras: «Como deciamos ayer.» En Salamanca estan los restos de Juan de la Encina, nuestro primer poeta dramático. Allí predicaron ó escribieron San Vicente Ferrer, San Juan de Sahagun y Santa Teresa de Jesus. En sus cátedras tomaron asiento el cardenal Pedro de Luna, que llegó al pontificado con el nombre de Benedictino XIII, el padre maestro Alonso de Madrigal (el Tostado), D. Diego Hurtado de Mendoza, el marqués de Villena y otra multitud de hombres que honraron á su patria.

Cada calle es en Salamanca un museo de arquitectura, cada casa evoca un recuerdo histórico. Casi desierta en la actualidad, sin industria ni comercio, sin pobladores que le den vida y animacion, parece una ciudad de sepulcros. Perdido el viajero en el complicado Dédalo de sus callejuelas tortuosas, estrechas y trazadas sin plan ni concierto, concentra el pensamiento para contemplar las puertas sombrías tachonadas de escudos nobiliarios, las ventanas partidas de la edad media, y las misteriosas imágenes colocadas detrás de las encrucijadas, como la que nos pinta Espronceda en la calle del Ataud. Es aquella una ciudad de verdadera inspiracion para los trovadores y romanceros.

El que recorre por primera vez aquellos lugares, siente á su pesar trasportada la imaginacion á otros tiempos.

Piensa ver agitarse una toca blanca detrás de las espesas celosías de un convento; cree descubrir sobre la alfombra de yerba por donde pisa, la huella del estudiante que nos traza el autor del Diablo Mundo.

Pocas ciudades contarán en su recinto tantos edificios y monumentos notables. Pero al mismo tiempo que la vista se deleita admirando incomparables modelos, siente el corazon un sentimiento doloroso por el completo abandono, por la indiferencia glacial con que se miran aquellas colosales páginas de nuestra grandeza pasada. Se ve caer la clave de una bóveda y nadie trata de sustituirla. A los pocos años desaparece el edificio que cubria. No hay cuartel para la tropa y se echa mano del primer monumento de la ciudad. Los soldados se entretienen en pintar bigotes á las estatuas de un cláustro, cuando no toman por distraccion amputarlas las orejas y narices. Para construir una carretera se cree necesario demoler anticipadamente una parroquia gótica del siglo XII. Véndese un convento de valor inapreciable en 30,000 rs., y á los pocos meses es derribado por el dueño para aprovechar los materiales de construccion. Es preciso restaurar un cuadro original de Rivera: cierto aficionado, oficial de sillero, se encarga de esta obra benemérita, y embadurna con betun de botas el precioso lienzo.

Estas escasas líneas darán idea del aprecio que tienen entre nosotros las glorias nacionales. Formen los lectores los comentarios, porque la indignacion y la vergüenza impiden hacerlos al que escribe estos renglones.

Como consecuencia natural de este vandalismo, no se ven por Salamanca mas que iglesias destruidas, murallas ruinosas, escombros y tumbas profanadas. Con los despojos de los grandes edificios construyense casas mezquinas de raquítico esterior.

Lord Wellington, despues de la batalla de Arapiles, sitió el convento de San Vicente, donde se habia fortificado un destacamento de franceses. Aquel accidente produjo la ruina de cuatro conventos magníficos.

Los edificios notables de Salamanca pertenecen en general á tres épocas. Los bizantinos del siglo XI al XII; los de la transicion del gótico al plateresco de 1500 en adelante, y los greco-romanos de Vignola, desde el siglo XVII hasta nuestros dias. Estos últimos tienen por lo comun escaso mérito. Además hay algunos restos de construcciones romanas y muy leves vestigios del árabe.

Inútil es clamar por la restauracion de tantos edificios ruinosos. El presupuesto español tan solo consagra la suma de 30,000 reales para conservar los monumentos históricos de nuestro suelo.

CASA DE DOÑA MARÍA LA BRAVA.

ORÍGEN DE LOS BANDOS.

Cuenta la tradicion que hácia el año de 1440 vivia en Salamanca una noble señora llamada Doña María Rodriguez de Monroy, viuda del bueno y honrado caballero D. Enrique Enriquez Sevilla, señor de Villalva y descendiente del Infante D. Enrique. Tenia dos hijos que sobresalian entre la nobleza del país por su hidalguía y escelentes prendas personales.

Hallándose un dia el mas jóven jugando un partido de pelota con otros dos caballeros de su edad llamados los Manzanos, sobrevino una disputa acalorada, de la cual resultó asesinado á cuchilladas el jóven Monroy. Temiendo los Manzanos la llegada del hermano mayor, que gozaba gran reputacion de valiente y diestro en las armas, se apostaron detrás de la puerta del juego de pelota, y al penetrar el segundo hijo de Doña María arremetieron con él, y le mataron alevosamente. Los asesinos huyeron por las calles, y no encontrando otro asilo mas á mano, por perseguirlos de cerca la justicia, entraron en casa de Doña María que, ignorante del suceso, no titubeó en ocultar á los matadores de sus hijos. Después de salir los alguaciles del edificio llegaron mensajeros á contar á la madre la horrible desgracia. Doña María de Monroy, lejos de inmutarse ni dar la menor señal de desconsuelo, mandó ensillar sus dos mejores caballos, y dándoselos á los hermanos Manzanos, les dijo: *os he librado de la justicia; procurad libraros de mi.*

Aquella misma noche salió de la poblacion Doña María, sin querer dar sepultura á sus hijos, aparentando que se retiraba á Villalba, pueblo de su pertenencia. Reunida fuera de las murallas con 20 hombres armados, escuderos y servidores de su casa, que tenia dispuestos á prevencion, tomó la ruta de Portugal, donde se habian refugiado los Manzanos. Hallólos al cabo una noche cerca de Viseo en el pueblo llamado Iglesias, y echando abajo la puerta de su refugio, cortó á entrambos la cabeza é hizo su entrada triunfal en Salamanca con aquellos terribles despojos colocados en la punta de dos picas. Al pié de las sepulturas de sus hijos, que suponen enterrados en Santo Tomé ó en San Francisco, depositó las cabezas de los asesinos. Desde entonces se conoció á la madre por el nombre de doña María la Brava.

Este trágico episodio dió orígen á los bandos de Salamanca, que duraron mas de 20 años y produjeron infinitos desastres. En la discordia de Manzanos y Monroyes tomaron parte las principales familias de la ciudad, teatro de una guerra intestina sin tregua ni descanso. En último resultado se dividieron las parroquias. Un bando se llamaba de San Benito, otro de Santo Tomé. Nadie traspasaba los límites de su distrito sin peligro de la vida. Hoy moria un Monroy y mañana asesinaban un Manzano. Construyéronse baluartes, torreones y aspilleras en los sitios mas comprometidos. Salamanca era entonces un campamento permanente.

Dícese que la casa de los Enriquez está frente á Santo Tomé, con un solo balcon en su fachada. Doña María era feligresa de esta parroquia, y por escrituras antiguas consta que estaba junto á esta iglesia la casa de los Enriquez de Monroy, condes de Canillas.—El marqués de Alventos cuenta (Historia del colegio de San Bartolomé, I. I, pág. 147), que en 1766 pertenecia aquella á D. Baltasar Rodriguez de Sotomayor, caballero de la órden de Santiago.

Este edificio, si no es un monumento de gran mérito, tiene alta importancia histórica y debe estudiarse como tipo de las antiguas casas nobles de Salamanca. Está tachonado de escudos de armas. Su estilo es el gótico de la tercera época, algo degenerado.

TORRE DEL CLAVEL.

Fué construida en la época de los bandos de Salamanca, como otros varios torreones que se encuentran en algunos edificios principales de la ciudad. El nombre de Torre del clavel es corrompido; se llamaba Torre del clavero, por haberla construido D. Francisco Sotomayor, clavero de la órden de Alcántara. Este torreon formaba parte de la casa de los Sotomayores, señores de Baños, que estaba en la calle del Consuelo, parroquia de San Justo.

Dicen que allí estuvieron presos los asesinos de la célebre Doña Inés de Castro.

Además del torreon que hay junto al palacio de Abrantes, frente al del Clavel, existen otros varios de la misma época. En la parroquia de Santa Eulalia está la casa solariega de los Castillos, señores de Fermosella, llamada de las *Cuatro Torres*, las cuales fuéron demolidas á mediados del siglo pasado. En la calle de Herreros construyó tambien un torreon durante los bandos, el licenciado Anton Nuñez de Ciudad-Rodrigo, señor de Terrados, con arco y puente levadizo y en comunicacion con sus casas que se incluyeron en el convento de San Antonio el Real.

De todos estos edificios el que mejor aspecto presenta y se halla en buen estado, es el del Clavel, medido y copiado durante la espedicion. Su esterior recuerda los tiempos del feudalismo. Es un prisma octógono coronado por ocho tambores adheridos en la parte superior de las caras.

Lucius, Accius, Rebur, Ruster, an XVI.
H. S E. F. T. T. Y.
Accius, Rebur, Rusci, Atila, Clara. Privique.
Pio F. C.

CASA DE SANTA TERESA.

Se da este nombre á la casa que fué de los Ovalles, señores de la Puebla de Escalonilla. A ella vino Santa Teresa de Jesus en 1571 con el objeto de hacer algunas fundaciones. La santa padeció en este edificio grandes trabajos, como refiere ella misma en el capítulo 18 y 19 de sus obras.

Todavia se enseña la alcoba donde dormia la santa.

Posteriormente se trasladaron las monjas allí reclusas á una casa que les vendió un tal Pedro de la Vanda.

La casa de Santa Teresa nada tiene notable bajo el aspecto artístico, mas que las enormes dovelas del arco de entrada, características de los edificios caballerescos y nobiliarios que pueblan la ciudad.

CASA DE MALDONADO EL COMUNERO.

Entre la multitud de Maldonados que habia en Salamanca es muy difícil averiguar á cuál de las ramas pertenecia Francisco Maldonado, jefe de los comuneros de Salamanca, decapitado en Villalar. Diez familias de Maldonados existieron en la ciudad, que se distinguian por los pueblos de sus respectivos señoríos, á saber: el *Maderal, Barbalos, Espino de Arcillo, Alden Tejada, Barregas, Carrascalino, Porquerizos, Castellanos, Linejo y Amatas.* Si constara de cual de estas familias era el comunero, seria muy fácil averiguar su casa solariega. Parece probable que se demoliera despues de la derrota de Villalar, tanto mas, cuanto que los comuneros habian destruido varias casas de nobles. Casi todas las casas de los Maldonados estaban en la parroquia de San Benito ó sus inmediaciones, y es fácil conocerlas por las cinco lises.

Designase como de Maldonado el comunero una casa que está actualmente frente á las ruinas del convento de San Agustin. En su fachada no existen las cinco lises y tampoco hay noticia alguna de que hubiera por allí casa solariega de aquella familia, mas que la de los Abarcas Maldonados, señores de Villarguardo.—El edificio de que se trata pertenece al tránsito del gótico al renacimiento, y no deja de ser notable por la gracia del conjunto.—Es parecido á la casa de doña María la Brava.

CASA DE LOS BANDOS.

Las fervorosas y elocuentes exhortaciones del virtuoso San Juan de Sahagun, hijo de esta ciudad, donde reposan sus cenizas, consiguieron por fin poner término á los terribles bandos de Salamanca, que duraron mas de veinte años. Efectuóse una gran reunion para firmar las capitulaciones en una casa situada al final de la calle de San Pablo, comprometiéndose en ella los principales jefes y fautores á no levantar gente ni fortificar sus casas.

En memoria de este grato suceso se puso una inscripcion que aun se lee en las grandes dovelas que forman el arco de la puerta principal. Dice así:

«*Ira odium generat concordia nutrit amorem.*»

El aspecto del edificio es vulgar y no tiene mas importancia que la historia.

(Continuará.)

LA NIÑA SIN CORAZON.

BALADA.

Era una noche callada,
Sin estrellas y sin luna,
En que el misterio se aduna
A la negra oscuridad.

Noche de tristura y duelo,
En que al compás de la lira,
El triste amador suspira
Desdenes de su beldad.
Entre las opacas nieblas
Feudal castillo se via,
Y al pié de una celosía
Un infeliz trovador
Daba de este modo al viento
La queja del alma herida,
Que no comprende la vida
Sin la dicha del amor.
«Escucha, señora mia,
Los sentidos pensamientos,
Que en amorosos acentos
Te envia mi corazon.
Dirígeme compasiva
Una mirada siquiera,
Que calme mi angustia fiera,
Que termine mi afliccion.
Do tú no estás, vida mia,
No dan aromas las flores,
El sól pierde sus fulgores
Y las aves su cantar;
Oh! qué dicha tan inmensa
Si en pago á mi amor ardiente,
Los ensueños de mi mente
Llegases á realizar.
Junto á ti, ¿qué fuera el tiempo?
Besando tus labios rojos,
Bebiendo amor en tus ojos,
Conturbada la razon,
Seria un instante breve,
Un ensueño venturoso,
Que pasará presuroso
Cual rápida exhalacion.
Pero, ingrata, tú no atiendes
La queja del amor mio,
Y premias con el desvío
Esta ardorosa pasion.
¡Maldita la suerte mia
Que me hizo loco adorarte,
Y ora no puedo olvidarte,
Hermosa sin corazon!»
De este modo se quejaba
El trovador apenado,
Mientras que su dueño amado,
Al escuchar la cancion,
Con sonrisa indiferente
Plegó el labio purpurino:
¡Ay del que halla en su camino
A un ángel sin corazon!

Luis VIDART.

Segovia, 1853.

EL TOPO Y OTROS ANIMALES.

Ciertos animalillos,
todos de cuatro piés,
á la gallina ciega
jugaban una vez.
Un perrillo, una zorra
y un raton, que son tres;
una ardilla, una liebre
y un mono, que son seis.
Este á todos vendaba
los ojos, como que es
el que mejor se sabe
de las manos valer.
Oyó un topo la bulla,
y dijo: pues pardiez,
que voy allá, y en rueda
me he de meter tambien.
Pidió que le admitiesen;
y el mono muy cortés
se lo otorgó (sin duda
para hacer burla de él).
El topo á cada paso
daba veinte traspiés,
porque tiene los ojos
cubiertos de una piel.
Y á la primera vuelta,
como era de creer,
facilísimamente
pillan á su merced.
De ser gallina ciega
le tocaba la vez;
¿y quién mejor podia
hacer este papel?
Pero él con disimulo,
por el bien parecer,
dijo al mono: ¿qué hacemos?
Vaya, ¿me vénda usted?
Si el que es ciego y lo sabe
aparenta que ve,
quien sabe que es idiota,
¿confesará que lo es?

VILLANESCA.

Cuando sale mi Curra
con su vestido nuevo,
desempedrando calles
un domingo á paseo,
Me parece en lo airosa
un místico velero,
con el favor en popa
surcando en el estrecho.
Bien haya Andalucía,
que en su salado seno
mas que el Occéano mares
mantiene tales cuerpos.
Viva el de mi Currilla
y su airoso manejo,
que en desplegando velas
y escota á todo viento,
No le puede dar caza
ni un bergantin crucero:
¡ojalá á mis rivales,
si la persiguen necios,
Bandera de pirata
les arbole al momento,
y despues en mis brazos
recale á tomar puerto!

Juan GALVEZ PEREZ.

EN UN ALBUM.

¡Triste es la voz del vagaroso viento
Que suspira las ramas al cruzar!
Pero aun mas dolorido es el lamento
Del corazon que vive sin amar.
La noche sin estrellas brilladoras,
Cubierta de su fúnebre crespon,
Tiene mas luz que las menguadas horas
Del que perdió la fé del corazon.
¡El amor y la fé! ¡Sueños hermosos!
No abandoneis jamás al trovador,
Y sus cantos serán tan armoniosos
Cual la queja de amante ruiseñor.

Luis VIDART.

Madrid 22 de abril de 1854.

CUESTIONES ANAGRAMÁTICAS.

1.° Tirabeque.
2.° Lila.
3.° Nabucodonosor.
4.° Holandilla.
5.° Aya.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario é Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra.



CALAHORRA.

Hácia los confines de la *Rioja* por la parte de Navarra, encuéntrase la antiquísima ciudad de Calahorra, cuya fundacion, como la de otras muchas de España, se pierde en la oscuridad de los tiempos. Está situada en la pendiente de una colina, por lo que sus calles tortuosas se hallan en penosos declives: riegan su fértil y dilatada vega los rios Ebro y Cidacor, pasando el primero á media legua de la poblacion en direccion de N. O. á E., y el segundo á la derecha de esta casi besando humildemente sus primeras casas, corre de S. á N., desaguando á muy poco en el primero, que con su majestuoso curso separa los reinos de Navarra y Castilla la vieja. Lo primero y que únicamente se sabe acerca de lo antiguo de esta poblacion, es que se hizo célebre por mas de un concepto en tiempo de la dominacion romana, por los muchos sitios que tan obstinada y tenazmente sostuvo, especialmente contra Pompeyo: refiérese que habiendo puesto Aníbal cerco á dicha ciudad, de la que mas tarde se apoderó por falta de defensores, sus habitantes opusieron tal resistencia, que destituidos de víveres se vieron en la dura necesidad de comer carne humana, y para desalentar al obstinado sitiador pusieron los muertos arrimados á las murallas de forma que parecia la defendian: concluidos todos los defensores, y viendo Anibal las puertas sin gente, entró en la ciudad; no encontrando mas que á un anciano á quien preguntó por los sitiados. Señor, respondió este, han muerto todos de hambre, y muy pocos somos los que los hemos podido sobrevivir: por todo lo cual dió Aníbal por armas á la ciudad de Calahorra una matrona comiendo un brazo humano, y dos de estos separados del tronco, peleando con espadas que despiden fuego, y debajo puso la siguiente inscripcion: *Prævalui in Carthaginem et Romam.*

En aquella época la fortificacion de Calahorra era tan sólida, que todavía se conservan vestigios de aquellos muros impenetrables: en 1836 se hallaron en el *Mercadal*, sitio inmediato á la poblacion, trozos de estatuas que hoy se conservan en la casa de la ciudad, fragmentos de vajillas y algunas monedas.

Gloríase Calahorra de haber sido cuna del célebre poeta Quintiliano, cuya casa subsiste hoy dia: además tiene en mucho la veneranda tradicion de los santos mártires Emeterio y Celedonio. Aun hoy se celebra el santo sacrificio en una pequeña iglesia denominada la *Casa Santa*, por haber servido de sitio preparatorio para el suplicio á dichos santos, quienes antes de ser ejecutados arrojaron á lo alto el uno su anillo y el otro la faja, cuyos preciosos objetos se elevaron rápidamente á presencia de la multitud, perdiéndose á la vista en los espacios. Su catedral, que es donde se veneran estos patronos, se halla fundada á la orilla izquierda del rio Cidacos por creer piadosamente fuéron sacrificados en tal sitio los referidos mártires: dicha catedral tiene dos puertas, una que dá al N. (véase el dibujo), y la que se halla á la parte de O. que es la principal, es de poco gusto. El templo en su interior es bastante capaz: está formado de tres naves por una série de columnas y arcos de arquitectura gótica, cubriendo parte de sus paredes hermosa tapicería de terciopelo carmesí: el altar mayor es de mérito regular, pudiendo probablemente pertenecer á los siglos XV ó XVI; en la galería de la derecha é incrustado en la pared hay un relieve de piedra arenisca, pero tan deteriorado que apenas se conoce lo que representa, dando lugar á creer por su forma sea lápida sepulcral: el coro es bajo y tiene una magnífica sillería. Ocupa el testero de la iglesia y á espalda del altar mayor, la capilla de los santos mártires: en el centro de su retablo se ven de relieve al natural os santos en el momento de ir á ser decapitados, habiendo sustituido esta escultura á un gran cuadro que hoy dia se conserva en la sacristía principal: adornan los costados de esta capilla dos grandes cuadros al óleo que representan el martirio y la traslacion: la cúpula pintada al fresco representa en diferentes grupos, y en medio de la bienaventuranza, la familia de los Santos compuesta de sus padres San Marcelo y Santa Nona, y sus diez hermanos, Servando, Germano, Facundo, Primitivo, Lupercio, Fausto, Victorio, Claudio, Marcial y Mario: en las pechinas se ven pintadas las hermosas Judith y Jael con sus víctimas, y en la parte inferior de la capilla hay varios cuadritos que representan otros tantos milagros debidos á la intercesion de los Santos, lo cual sirve de estímulo á los fieles; pero lo que mas llena de orgullo á los habitantes y naturales de Calahorra, es la magnífica sacristía principal, digna en verdad de los elogios que se la tributan: redúcese á dos vestíbulos y un gran salon de dos cuerpos: tanto el primero como el segundo de aquellos son sumamente sencillos: solamente en el segundo se halla sobre el lavabo un cuadro de gran mérito, segun los inteligentes, que representa á Santa Margarita de Cortona; pero el tercero (esto es el salon de dos cuerpos) llama muy justamente la atencion, pues reune á par de la riqueza y elegancia la imponente gravedad de tales sitios. Se halla rodeado todo él de grandes calajes de nogal para guarda de los sagrados ornamentos: una serie de espejos colocados sobre dichos calajes, todos aquellos de cuerpo entero y con magníficos marcos dan un hermoso aspecto: llenan los lienzos de las paredes varios cuadros al óleo que figuran el Triunfo de Judith, Juicio de Salomon, el Nacimiento de N. S. J., la Adoracion de los Pastores, la de los Santos Reyes, la Degollacion de Nabod y otros: en

la primera cúpula estan pintadas las Sibilas, y en la segunda, dividida en varios compartimientos, los profetas David, Moisés, Ezequiel y otros; coronando el frente de la sacristía un gran cuadro de la inmaculada Virgen María. Contiguo á la sacristía se encuentra un cláustro á medio concluir, en cuya pared de la derecha se ven varios sepulcros de esclarecidos hombres. En esta catedral se halla la parroquia principal llamada Santa María, y está como implantada en aquella; además tiene Calahorra las parroquias de Santiago y San Andrés: antes de la esclaustracion habia dos conventos de frailes, el uno en el centro de la poblacion de la órden seráfica; su iglesia se mantiene en culto; el otro fuera de la poblacion hácia el camino de Alfaro, era de religiosos carmelitas, y en el arrabal existe hoy dia el convento de religiosas de San José de la anterior órden. Celébrase los jueves de cada semana un mercado en la plaza llamada del *Raso*, al que concurren de todos los pueblos comarcanos, y en el que se venden comestibles, vajillas, aperos de labranza, curtidos, cordelería, algunas telas y lencería; esto sin perjuicio de la gran feria que anualmente se celebra el 31 de agosto con motivo de la fiesta de los santos patronos, completa por todos conceptos. Los naturales de Calahorra son de suyo de genio festivo, en estremo aficionados á los toros, cuyas funciones forman una parte muy principal en la fiesta, teniendo lugar las corridas en la plaza de Santiago, vulgarmente el *Raso*, y á las que concurren como á porfía y en tropel, atraidos por tan bullicioso estímulo, los habitantes de los pueblos circunvecinos.

J. A.

LA CORONA DE SIEMPREVIVAS.

EPISODIO DRAMATICO.

I.

Si para todos los actos de la vida necesitara el hombre regularizar el cuadro de sus quehaceres, sujetando á un método esquisito desde el momento de frotar cada mañana los soñolientos ojos, hasta el de dar cada noche un soplo á la bujía y zambullirse en el mullido lecho ó escuálido camastro, nada habria mas ridículo que el hombre sobre la faz de la tierra, y nada mas monótono que la existencia del hombre. Algunos hay, sin embargo, que adoptan esta ridícula monotonía, y no salen de su paso, así vean desplomarse el firmamento, como hundirse la tierra bajo su planta. ¡Lástima de rehilete con cascabeles!

No por esto se crea al que tal dice amigo de fandango y bulla, de borrascas y desórden; nada de eso. Venero la memoria de mis abuelos, y sus metódicas costumbres patriarcales me embelesan; pero aquellos señores de intachable conducta no dejarian alguna vez de improvisar sus fiestecillas inocentes, alargando sus veladas hasta mas de las nueve en el invierno y las diez en el verano. Tampoco tendrian inconveniente en variar, por ejemplo, su proyecto de paseo, si hallaban un amigo con deseo de enderezarle hácia otro punto. Mi encono es solo y esclusivo para aquellos que se dicen á sí mismos: «Me levanto diariamente á tal hora,» y lo hacen sin discrepar minuto; «voy á la oficina á cual, donde trabajo hasta tal otra, que me retiro á casa, y mando servir la comida mientras dejo el sombrero y los guantes, en tal ó cual sitio.» ¿Estos son hombres ó autómatas? A uno conozco personalmente, y no es cuento, que á las tres menos cuarto deja la pluma en el tintero, y sale de su dependencia midiendo los pasos, á fin de atravesar los umbrales de su vivienda á las tres en punto, para sentarse á la mesa y hacer el primer plato. Este hombre rabia, llora y patea el dia en que su jefe tiene la humorada de conceder una ó dos horas á los subalternos para que las empleen á su antojo. Mientras que los demás compañeros aceptan con reconocimiento la oportunidad de hacer una visita ó dar un paseo higiénico, el desgraciado autómata desata su lengua y critica la ocurrencia con estas ó parecidas sandeces: «¡Pues... sin duda creerá hacernos un obsequio! *Yo tengo mis horas*, y no las vario por nada de este mundo. ¿En qué empleo yo este tiempo, vamos á ver? Alterar mi método es alterar mi máquina... ¡es asesinarme!... Señores, vayan Vds. con Dios, que yo me quedo hasta las tres menos cuarto.» Y efectivamente, se queda clavado á su silla, sin dársele un bledo por los sarcasmos de sus amigos, ni por las maldiciones de los porteros. Repito nuevamente: ¿es esto ser hombre?

La imaginacion humana, ávida siempre de emociones, ni reconoce brida, ni encuentra límites; sus exigencias son infinitas, y sus recursos inagotables. Metodizar *ridículamente* la vida, es cortar el vuelo de la imaginacion: es embrutecer el pensamiento, encerrándole en las cajas de un reló.

Hay, sin embargo, un problema en la existencia de ciertos hombres, que es posible quede sin resolucion mientras la tierra siga con la añeja manía de dar tumbos alrededor del sol. «¿Cómo se *mata el tiempo honradamente* en las primeras horas de la noche?» Enigma es este que ha encontrado un Edipo á medias: el café; pero ¿y fuera del café? Nada, absolutamente nada.

Los imberbes mancebos suelen á dicha hora *husmear* las tiendas de modista, en la estacion que no se vela, acechando la salida de las alegres y juguetonas *desfacedoras de entuertos y adobadoras de bultos* en los talles y frontispicios de nuestras elegantes. Los veteranos esqueletos y las momias políticas se reunen pausadamente á *hacer la tertulia* de tal ó cual almacen de ropas hechas ó molino de chocolate; allí se arreglan las escuadras combinadas, se atraviesa el Danubio, se aconseja á Napier y á Omer-Pachá, y aun llegan á darse aldabazos en la Puerta Otomana. Los amartelados amantes se cobijan en el nido de sus tímidas tortolillas, á riesgo de sufrir las indirectas de una mamá económica, que se ve en la prudente obligacion de mandar iluminar el estrecho gabinete media hora antes de lo regular, por consideracion, segun dice, á la visita; pero en realidad, por evitar los espresivos, aunque inocentes juegos de manos que la oscuridad favorece; han sido amadas, y saben *que la ocasion hace al ladron* y que *de los atrevidos nacen las arrepentidas*..... Algunas hay cuya suspicacia llega al estremo de quitar el *tapete* á la mesa de labor antes de colocar la luz, con el cándido pretesto de que no caiga una mancha en la bayeta, cuando precisamente el objeto de la cubierta no es otra cosa que defender la mesa..... ¡Oh juegos, veinte veces dichosos, de lotería y aduana! ¿Por qué os dieron tan terrible carpetazo las horas avanzadas de los bailes y conciertos? ¿Qué podrá discurrir la imaginacion femenina para reemplazaros dignamente?

Los que ya no siguen el precipitado y caprichoso paso de las palomitas de obrador; los que no han llegado á la edad de satirizar la marcha de todos los gobiernos pretéritos, presentes y futuros; y finalmente, los que carecen de cincunloquios amorosos, en cuyo número me encuentro desgraciada ó felizmente, maldito si hallamos un recurso en la mina inagotable de la imaginacion para sortear las primeras horas de la noche: así es, que nos resignamos á adoptar con fastidioso abatimiento la sencilla solucion del enigma, penetrando en uno de los muchos cafés que en su recinto encierra la coronada villa, donde tan circunstanciales suelen ser las conversaciones, como el disfrazado Moka que se sirve.

En estos templos erigidos á la charla y al humo, y en los que va tomando asiento el *falso ídolo* del furor minero, consiguen recogerse al vuelo ciertas anedoctillas que distraen el *far niente* del que, como yo, tiene un carácter poco comunicativo y posee muy corto número de *amigos*. La verdad es que me agrada mas *oir para contar* que *decir para que cuenten*. Por esta razon debo á la casualidad una de esas crónicas ambulantes, que así puede ser verdad como mentira; pero que no dejó de inspirarme algun interés, y celebraré en mi ánima que así suceda con cuantos la presente vieren; pues encomendándome á la fidelidad de mi memoria, allá vá en el capítulo siguiente.

II.

Poco mas hace de un mes que me sorprendió la noche y la lluvia, vagando sin objeto en las inmediaciones de la *Puerta del Sol*, ese centro de la vida matritense, ese foco de especulaciones mas ó menos *cristianas*, ese manantial inagotable de mentiras y atrevidas maquinaciones, ese teatro de barbaridades *automedónticas;* ese puerto, en fin, de *quita bolsas y arrebata honras*, donde se disfruta *gratis* el mas divertido panorama que conocieron los nacidos. Allí se ve el interesante derribo del ex-Buen Suceso (cuadro histórico). La salida de los correos y el *alumbramiento* de la farola (idem, idem). La pintoresca esposicion en perspectiva de dengosas niñas y abigarradas dueñas (cuadros de profundo *estudio* y difícil *composicion*). Allí, por último, puede ver el forastero, sin moverse y en un solo dia, cuanto bueno y malo, bonito y feo, respetable y ridículo, encierra en su seno la heróica villa y corte.

Vagaba pues, como dejo dicho, á la ventura, cuando sin saber como me hallé á la puerta de uno de los cafés mas concurridos, aunque no de los mas aristocráticos; pues tambien hay sus categorías en estos *funcionarios públicos*, arregladas al mayor ó menor precio de sus bebidas, en despecho de sus parecidísimas calidades. Empujé maquinalmente la mampara de cristales y me sumergí en una atmósfera pesada y sofocante, donde bullian las partes mas heterogéneas de la sociedad, gracias á los adelantos de la educacion, que así permite al opulento banquero como al honrado menestral apurar en el mismo recinto un vaso de café, huyendo el primero de las faenas de su escritorio, y el segundo de las asquerosas pocilgas, en que, no ha mucho tiempo, se entregaba á la embriaguez siempre, y las mas de las veces al crímen. Dentro ya del establecimiento, procuré resignarme á *matar* un par de horas, con la comodidad posible y divisando en uno de los ángulos un velador completamente libre, me dirigí á él y me arrellané

en la silla, tendiendo en torno la indispensable ojeada de indolente curiosidad. Nada llamó por de pronto mi atencion, y hube de recogerla ante la significativa oficiosidad del camarero que pasaba y repasaba su lienzo sobre la limpia tabla en que apoyaban mis brazos. Comprendí su alegórico *¿que ha de ser?* y pedí un refresco, que un segundo despues saboreaba.

Pasó media hora, y empezaba ya á inquietarme seriamente el fastidio de mi aislada posicion, cuando hirió mis oidos la palabra *romanticismo*, que yo creí pronunciada al acaso, como una de tantas sin concierto, en que abundan las discusiones cafetiles. No era así. Cuatro jóvenes de bello aspecto y elegante traza ocupaban el velador inmediato, haciendo sin vana ostentacion su decir franco y fácil, y digno á la vez de personas bien educadas. No los conocia; pero á mi pobre entender, no deben ser tan desconocidos en la república de las letras.

Capaz en aquel momento de agarrarme á un clavo ardiendo, y prestar atencion, no digo á aquella interesante escena, sino á la mas impertinente y truhanesca, agucé el oido y llamé en mi ayuda la no pequeña dosis de *curioseo* que todo hombre bien ó mal nacido recibe entre el primer alimento que el pecho de una madre proporciona... ¿y cómo dejar de serlo el hijo de la curiosidad?

Discutian mis vecinos con singular acierto sobre el inevitable desquiciamiento social que hubiera producido la continuacion de la cadavérica y misteriosa época del moderno *romanticismo;* de aquel vértigo ó monomanía ridícula, que tomó por asalto aun las cabezas mejor organizadas y los corazones mas apáticos.

Entre los cuatro sobresalia uno, satírico y mordaz como él solo, cuyas ocurrencias, que yo aprobaba en el fondo de mi alma, escitaban frecuentemente la hilaridad de sus compañeros. Procuraré desfigurar lo menos posible sus bellísimas palabras, aunque temo que el lector no esperimente la grata fruicion de mi entretenimiento, destiladas en la rancia alquitara de mi pluma.

—No hay que hacerse ilusiones, decia; el romanticismo fué una mascarada infernal, en que el espíritu de las tinieblas hizo tomar parte á los sesudos y clásicos españoles. Fué el *cólera moral* mas espantoso que reconocen los fastos de la locura. Aun era yo inocente parvulito, y recuerdo que las bellezas de primer órden me causaban el mismo efecto que el bú...

—Eso de bellezas, dijo otro interrumpiéndole, ya sabes que es asunto cuestionable; á mí, sin ser *romántico*, me embelesan, me encantan las mujeres pálidas y delicadas. Quiero que los débiles lo parezcan para prestarles apoyo; y como el hombre nació protector indispensable de la mujer, no creo conveniente alargar la mano á una sólida beldad, cuya satisfecha carcajada y tez coloradota y sana van publicando por do quier mas salud y fuerza de constitucion que la que puede reunirse entre nosotros cuatro, portentosas pruebas de equilibrio, que si nos tenemos en pié es solo por la bondad misericordiosa del Altísimo, y de ningun modo por la ley de gravedad, pues que absolutamente carecemos de ella.

—¿Has concluido, Pepe?

—Sí; mas te advierto que cada uno es dueño de sus opiniones, y que yo preferiré siempre el jazmin á la rosa.

—Ya!... Voy á describirte los tipos, hembra y varon, mas elegantes de aquella época, porque nacido tú y criado en el rincon de una provincia, quizá ignores hasta qué punto llegó la exageracion y la perversidad de gusto. Te agradará, como á mí, una niña delicada, pero alegre y juguetona; esto es muy natural; mas desde luego apuesto mil contra uno á que te inspira compasion la cadavérica sombra de una ninfa, *trasparente* y lánguida como un farol cuya luz oscila moribunda. Figúrate unos ojos cristalizados é inmóviles, sumergidos en dos cavernas á guisa de murciélagos: añade por adorno dos tremebundas ojeras negruzcas y amarillentas, que campean hasta la mitad de unas mejillas adobadas con el color de las tumbas: arranca las hojas de un lirio para esmaltar dos finísimos labios, frios é inmóviles como los ojos: ciñe esta cabeza con rosas blancas y marchitas: une á ella el cuello pelado de un cisne; y adiciona al todo el cáliz invertido de una azucena colosal, encubriendo un pié de mona, estrecho y largo, que arrastra penosamente aquel soplo de vida, vaporoso y flexible, no como una palma, sino como una espadaña... Que te presenten una mujer cual acabo de bosquejar, y por el nombre que tengo me dejo cortar la lengua, siempre que no esclames conmovido: «¡qué horror!... ¡Esa jóven se muere... de hambre!

—Aun existen reminiscencias de aquellos tiempos, continuó otro de los circunstantes; conozco á una niña, rubia como un ángel, de tez rosada y fresca, que tiene la pervertida conviccion de que son groseros y antielegantes sus envidiables colores. Esta cándida criatura martiriza su estómago con sendos tragos de vinagre, y aun tiene la diabólica ocurrencia de pasar horas enteras en el gabinete menos limpio de su casa, con el objeto homicida de que los gases *aromáticos* de aquella oficina empañen la brillantez de sus mejillas y arrebaten la flor mas pura de su agraciado palmito.

—¿Y lo consigue la infeliz?

—Ni por asomo. No ha llegado á sus oidos el secreto destructor de que se valian nuestras mamás para languidecer de cuerpo y reconcentrar en el alma las volcánicas pasiones del romanticismo. La rubia en cuestion ve aumentarse cada dia sus colores, porque no se alimenta *de ilusiones;* y el gérmen de vida y robustez que encierra su naturaleza sana, neutraliza los enjuagues y *sahumerios*, observando con dolor que la sangre funciona y campea con orgullo sobre el lindísimo baluarte que hostiliza sin cesar. Continua, Luis, y perdona esta interrupcion.

—Como ha sido en defensa de mis principios, he oido con gusto, amigo Paco, tu moderno ejemplo de locura femenil; aunque, á decir verdad, no creia existiesen tales razagos de aquella época de síncopes, venenos y puñales. ¡Cuánto ha desbarrado la imaginacion humana! Mentira parece que semejante epidemia lograra abrirse paso al través de inteligencias claras. ¿Qué no consigue la mas estrambótica aberracion del pensamiento, si se presenta engalanada con los atavios de la moda? Desde que á nuestra madre Eva se la ocurrió cubrir la parte mas interesante de su desnudez con la malaventurada hoja, siempre ha sido y será su numerosa prole rendida esclava de tan caprichosa dama.

Ahora que sabes, Pepe, lo que era una *romántica* delineada á grandes trazos, voy á pintarte, por mayor tambien, lo que fué su dignísimo compañero el *animal implume bipes* romántico.

Desde luego era requisito indispensable en todo neófito reñir abiertamente con la limpieza de su cuerpo y traje, dejar crecer á su antojo el cabello, la barba y las uñas, sin peinar los primeros y sin *desterrolar* las segundas: ser muy corto de vista, casi ciego, *hacer versos*, lo que no es *ser poeta*, y por consiguiente costaba poco trabajo: llevar en los bolsillos un par de pistolas con carga hasta la boca, tener fiebre cuotidiana, suspirar profundamente sesenta veces cada hora, sin embargo de los doloridos ayes intercalados entre minuto y minuto; hablar del reposo eterno, de sauces y lechuzas, de lámparas y capuzes fatídicos, sepulcrales y lóbregos; ir cubierto de pringue y hollin desde la copa del sombrero hasta la punta de las botas; y finalmente, darse feroces estocadas, disputándose la mirada lánguida de un fantasma incorpóreo, ó levantarse la tapa de los sesos por el mas insignificante despego de una melindrosa chicuela.

Increible parece, repito, que cerebros bien organizados diesen entrada á tan infernal y grotesca moda. Ahí está, sin embargo, entre otros muchos, el infortunado Larra, víctima del furioso vértigo que impelia hácia la tumba á una generacion entera. Si fuera dable reir á la materia fria, oiriamos la carcajada del inimitable Fígaro, burlándose de la causa que produjo la prematura muerte de su ingenio. Si hoy existiera, ¿quien como él sabria dar el sarcástico barniz que merece la descripcion de aquel *baile de las brujas*? ¡Pobre Larra! ¡Cuánto hubieran ganado las buenas letras á no haberte alcanzado la moda del suicidio!.... ¡Como si Dios reuniese en el hombre la perfeccion que cabe en una criatura, para que el hombre destruya en un momento la obra mas acabada de Dios, en el vaso que encierra un destello de su divinidad eterna!....

—Luis, Luis, ¿adónde vas á parar?

—Tienes razon; creo que lo dicho basta para que en tu vida vuelvas á decir que te agrada una mujer romántica.

—Señores, tambien creo, dijo el cuarto, que ya es hora de levantar el campo, si hemos de ir al teatro, y no quereis hacer de *interesantes*, metiendo ruido despues de empezada la funcion.

—Nada de eso; á mí me gusta ver para juzgar, y juzgar desde el principio hasta el fin. ¿Vamos, Pepe?

—Vamos; y aplazo para mañana en este mismo sitio la relacion de una anécdota flamante, fresquita, y mal que te pese, *romántica*.

—¿En nuestros dias? ¡Tú deliras!

—¡Vaya!... Como que está basada en *una corona de siemprevivas*...

—A cementerio huele.

—Justo y cabal.

—Cuenta con el ofrecimiento, y cuidado con forjar una fábula.

—No atestiguo con muertos; podeis oirlo del esposo de la misma protagonista; es... Aquí pronunció un nombre en voz tan baja, que no me fué posible pescar, y que promovió un momento de algazara entre sus amigos.

—En marcha; dijo Luis poniéndose en pié é imitándole los demás. Mañana al anochecer aquí todos; ya tenemos tela cortada. Vaya, vaya, ¿conque la... Tambien terminó la frase cerca ya de la puerta, y tambien por esta vez se me escapó el nombre.

III.

Bañábame yo en agua rosada, querido lector, al desnudarme aquella noche, viendo asegurado en perspectiva un grato entretenimiento para la subsiguiente. Estaba satisfecho de mí mismo, y reco-

nocia una Providencia amiga en la benéfica lluvia que me condujo á tan buen puerto. De aquí la multitud de ideas que surgieron en mi imaginacion sobre los rarísimos incidentes de la vida humana, eslabonados unos á otros por la misteriosa influencia de esa *cosa* llamada casualidad, y que indudablemente revolotea sin cesar en torno de la criatura, bajo una prodigiosa multitud de formas, mal que les pese á los *fatalistas*. ¿Por qué estos señores no se tienden panza arriba, esperando á que se cumpla su destino? ¿Por qué se afanan en escalar una higuera, si con arreglo á sus doctrinas descenderá la breva hácia su boca, siempre que estuviera escrito en el catálogo de su providencia! despensa el nombre de esta fruta? Confieso de buena fé que no lo entiendo.

El sueño; esa divinidad mitológica que algunos se esfuerzan en bautizar *imágen de la muerte*, y en la que yo he conocido siempre el mas dulce bienestar de la vida, se enseñoreó bien pronto de mi individuo; y como generalmente hace el diablo que nuestra última impresion se apodere del espíritu, jugueteando con mil y mil objetos á cual mas caprichosos, sucedió lo que naturalmente debia suceder. Apenas me quedé dormido, cuando de lleno se presentó á herir los ojos del alma una diminuta corona de siemprevivas, que engrandeciéndose progresivamente y girando en el espacio sobre un eje invisible, llegó á ser tamaña como una plaza de toros. Se componia de flores negras y amarillas. Las primeras dieron á luz con toda felicidad una multitud de animaluchos feos y repugnantes que poco á poco se fueron acercando á la forma del hombre; de las segundas emanaba un ligerísimo vapor, que produjo igual número de ninfas con su obligada falda blanca y su consabida cabellera negra tendida al viento. La escena estaba iluminada por la luna, suspendida, no sé de dónde, con una cadena de plata; y presidiendo un silencio sepulcral, entre mil contorsiones y visajes, se dió principio á un baile tan rápido... tan rápido, que los ojos del alma se cerraron para no cegar. Una fuerza irresistible les obligó á mirar de nuevo, y... ¡Oh prodigio de los prodigios! Me ví *á mi mismo* de bastonero arreglando gravemente las parejas de... cien horteras, que con sus correspondientes maritornes ejecutaban, extramuros de la puerta de Santa Bárbara, la polka mas *íntima* que pueden recordar los fastos coreográficos...

No está en mi ánimo, lector benévolo y pio, abusar de la curiosidad que te guie, castigándola con el relato de mis estravagantes sueños. Habrás advertido que soy un poquito aficionado á digresiones, como quien solo tiene que habérselas consigo mismo; ruégote pues que me perdones, bajo palabra de enmienda; y como prueba de ella, apercíbete para el salto del siguiente párrafo.

Anochecia, y era domingo. En cinco minutos me trasladé del Prado á la puerta del Sol, entrando á paso de carga en el susodicho café, á caza de la anécdota ofrecida en el programa de la noche anterior. La sala estaba, como suele decirse, de bote en bote (vulgaridad que no entiendo; pero que adopto por espresiva). Al cabo de mil esfuerzos, conseguí acercarme al velador *literario*, que hallé ya tomado por asalto. Rodeábanle tres *damas con flecos de ávara*, y un rumboso *paje de catalña*, trabados de cucharilla los cuatro con su respectivo Guadarrama de leche *amerengada*, que me heló hasta los tuétanos. No pude menos de reirme en vista de aquella antítesis, haciendo reflexiones curiosas acerca de... lo que me callo por no faltar á mis palabras.

Contrariado con esta circunstancia imprevista me senté en una silla que allí cerca me deparó mi buena suerte, y me entretuve contemplando la pasmosa facilidad con que se proveen los pozos de la nieve. No tardaron aquellas simas de Cabra arriba de dos minutos, salvo error de paciencia, en sepultar las heladas pirámides; y como esta gente llega, besa el santo y toma el tole, bien pronto me hallé en posesion absoluta de la suspirada mesa.

No bien habia empezado á trasegar á mi estómago *el contenido* de una taza *para café*, cuando héte aquí á mis cuatro carísimos héroes de la víspera, avanzando al través de la concurrencia.

Algo hubo de atufarles mi usurpacion; pero á fuer de bien educados caballeros, me saludaron cortesmente, á cuyo saludo correspondí atento y fino, invitándoles á tomar asiento. Rodó la conversacion sobre la escesiva concurrencia, etc. etc., retrayéndome yo cuanto permiten las leyes de buena sociedad, para evitar generalidades y hacerles entrar en el camino de mi deseo.

Trabajillo me costó; pues un—Pepe: ¿recuerdas tu década?—contestado por un discreto—Luego—me dieron á conocer que, cuando menos, estorbaba en aquel sitio. No me arredró por tan poco, pues bulas hay para difuntos, y nada me faltó para declarar abiertamente el único y esclusivo objeto que me obligaba á conservar mi posicion; mas calculando que podria ofenderles tal curiosidad, me devanaba los sesos, buscando un apoyo neutral, una especie de velo que ocultara mi presencia. ¡Cuánto hubiera dado por el anillo de Giges! Intenciones tuve de apelar al recurso estremo de un aparente sueño, y ya empezaba á ensayar su efecto cuando cruzó mi mente otra idea luminosa. Llamé al camarero y le pedí un periódico... «cualquiera aunque sea el *Heraldo* ó el *Diario de avisos*.» Dióme las *Novedades*, que ya habia leido desde el epígrafe hasta el Establecimiento tipográfico (vulgo imprenta); pero le recojí, con la avidez del náufrago á quien arrojan un cable salvador, firmemente decidido á no pasar de la primera linea.

La estratejia dió fuego. Leia por vijésima vez aquello de *en Madrid* 8 *reales al mes* cuando apercibí de reojo una significativa sonrisa de mis adláteres, seguida de un encojimiento de hombros; lo cual equivalia á decir: «es un político, y entregado á su lectura, ni oye, ni vé, ni entiende.»—Si por casualidad llega á vuestras manos este artículo; disculpad, queridos mios, que me apodere de los pensamientos, como lo hice de las palabras, os prometo, sin embargo, no revelar los nombres de vuestros héroes, ya que los pronunciábais en voz tan baja, que recomendaba el sigilo por sí misma. Adopté las iniciales, para daguerreotipar la anécdota, cuyo relato empezó Luis del modo siguiente:

—Bajaba, haco pocos dias, completamente distraido por la calle de la Montera, comentando interiormente el aparato esterior introducido de pocos años á esta parte en nuestros comercios; prueba casi inequívoca de su corta, aunque brillante, vida: imagen fiel del cosmético en las viejas; y copia del vistoso revoque en las fachadas ruinosas; cuando una rara mercancia me obligó á dudar por un momento si estaba en plena primavera; ó si á pasos agigantados me lanzaba en el invierno. En una tienda de florista, y entre la prodijiosa variedad de obras del arte, que mas bien parecian verdaderas galas del manto de Flora, descollaba en privilejiado sitio una humilde *corona de siemprevivas*. ¡Calla, me dije! ¿Qué es esto? ¿Nos encontramos á mediados de abril, ó á fines de octubre? Yo recuerdo bien que estas coronas, son tributos que pagan los vivos á los muertos, porque la vanidad no se consuela con una lágrima vertida en silencio, y ya que el corazon no llore, que el bolsillo pague; así al menos, *luce* la memoria de los finados, y fulano y zutano saben que empleamos *medio* en honor del que nos lega *mil*, haciendo ver que siempre viven (una vez al año) en nuestra memoria.

Miraba yo y remiraba, al través de los cristales, el florido anacronismo, para ver si encerraba alguna inicial, alegoría ó cosa por el estilo, que me diera alguna luz, acerca de su destino; pero nada, ni aun los modernos letreritos de: «A mon père, á mon Onde: á ma chérie maman...» nada, absolutamente nada, mas que la sencilla corona de sencillas flores. Estraño capricho era y por tal le hubiera tenido, si al retirarme de la infructuosa investigacion, no viera detenerse un carruaje frente á la puerta del susodicho almacen, en el que penetró la persona que aquel conducia. Era una dama completamente enlutada, de elegantísimas maneras y al parecer jóven, aunque el espeso velo de su mantilla no dejaba adivinar la edad. Confieso que tal circunstancia no habria llamado mi atencion, sin otra que coincidió con su entrada en la tienda; esta fué la desaparicion de la corona colocada en el escaparate. Entonces ví *algo* de estraño que escitó vivamente mi curiosidad, y hubiera abandonado por satisfacerla, no digo el ensayo de mi comedia al que me dirijia, sino mi porvenir y mi gloria; resolví esperar y nada en el mundo era capaz de variar mi resolucion.

Colocado en el borde de la acera, á cuatro pasos de la tienda y embozado en mi capa, procuré con afectada indiferencia no perder de vista la entrada del establecimiento, muy ageno de la sorpresa que me esperaba. Al corto rato divisé en el dintel el negro traje de la desconocida, cuya mano se apresuró á bajar el tupido velo, aunque no tan pronto, que en la rapidez del movimiento dejase de reconocer las encantadoras é inolvidables facciones de M... Envuelto en su pañuelo blanco llevaba un objeto, que desde luego adiviné ser la misteriosa corona. Dió sus órdenes al cochero, penetró en el carruaje y salió el caballo al trote, calle arriba, con direccion á la de Fuencarral.

(Continuará.)

MANUEL P. DURÁN.

CRONICAS HISTORICAS

De Salamanca.

(Continuacion.)

PALACIO DE MONTEREY.

Este hermoso edificio parece haber sido construido á fines del siglo XIV por el Excmo. señor don Manuel de Zúñiga y Fonseca, conde de Monterey, virey de Nápoles y general en jefe de las tropas españolas en Italia. El mismo edificó el convento de las Agustinas recoletas situado enfrente de Monterey, por haberse anegado el que tenian antiguamente en la Vega aquellas religiosas, á consecuencia de una gran

avenida del Tormes en enero de 1626. En el convento de Agustinas existen algunos buenos cuadros de Pablo Veronés, del caballero Máximo y del Españoleto, aunque bastante abandonados y rotos. La arquitectura de este convento es del género Vignola muy poco notable. En la fachada del palacio de Monterey se ven los escudos de Fonseca con los demas blasones de su familia. Este edificio fué á parar al mayorazgo de Alburquerque, y en el dia pertenece á la casa de Alba. Despues fué vendido á don José Ojesto y vuelto á recuperar en mayor cantidad por el actual duque de Alba que impidió la demolicion.

El palacio de Monterey es uno de los edificios mas notables de Salamanca. La mitad de su conjunto, que es del mejor renacimiento, la gracia y delicadeza de los detalles ejecutados con arte y buen gusto, y la feliz combinacion de sus molduras y cornisas le elevan á la altura de los buenos modelos. La fachada principal consta de una prolongadisima linea de huecos, interrumpida por dos cuerpos mas elevados que el resto del edificio. En la actualidad se halla casi abandonado. Una cresteria de piedra y dos chimeneas decoradas con bajos relieves coronan la parte superior. Este palacio debió ser en proyecto mucho mayor de lo que aparece, como lo demuestran los sillares salientes de su fachada lateral, puestos para los arranques de la continuacion.

La premura del tiempo ha impedido concluir el dibujo general con la restauracion de las lineas inferiores de ventanas, que en la fachada del costado se conservan bastante bien.

COLEGIO DEL ARZOBISPO, HOY SEMINARIO DE IRLANDESES.

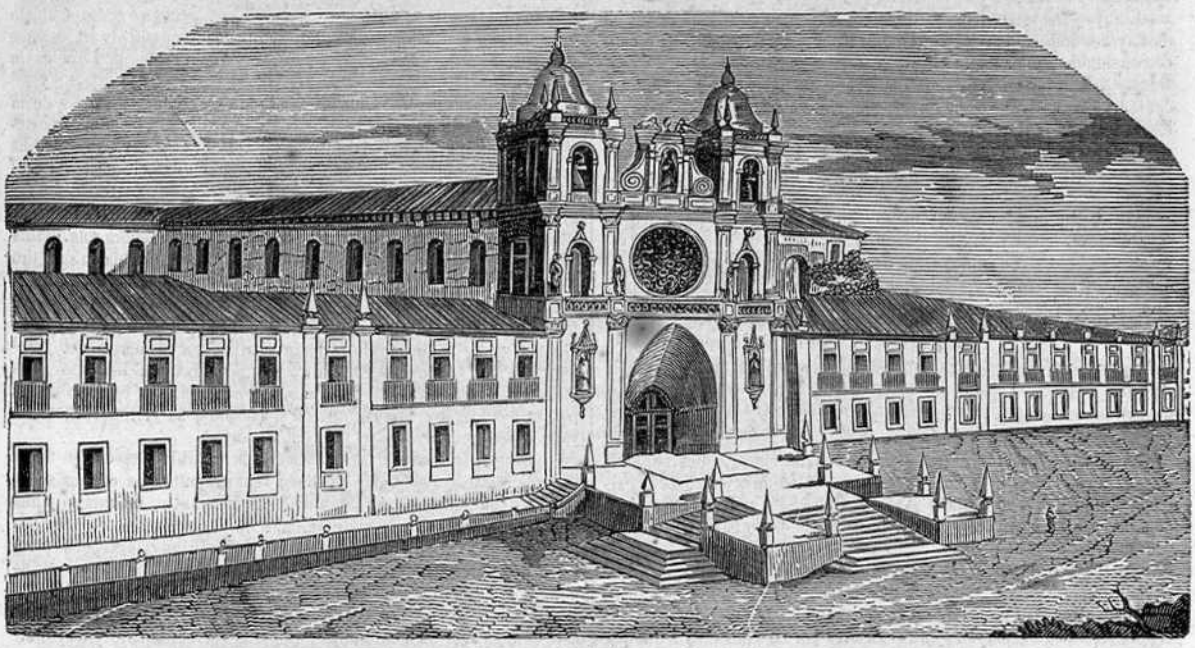
Fué fundado en 1522 por el arzobispo de Toledo D. Alonso de Fonseca, natural de esta ciudad segun el P. Dorado, aunque el Marqués de Albentos le hace natural de Santiago por ocultar su nacimiento.

Fundó veinte y dos becas para colegiales y cuatro para capellanes, y le dejó 5000 ducados de renta sobre beneficios de Toledo, Sevilla, Santiago y Salamanca.—Los colegiales usaban manto de paño pardo oscuro y beca ancha de grana.

La capilla servia de parroquia al colegio; tenia reservado el Sacramento, y para el culto 18 capellanes, de modo que se hacian los oficios divinos con la mayor ostentacion.—El retablo, asi como el patio y escaleras, consta ser obras de Alonso Berruguete.

Entre los varios derechos muy raros que tenia este colegio, era uno de ellos que el dia de pascua de Espíritu Santo se corrieran en el magnífico patio dos toros, que tenia obligacion de regalar el Ayuntamiento. Este y otros derechos del mismo género eran en agradecimiento del los favores que hizo Fonseca á la ciudad, libertándola del pago de tributos.

En una escritura que existe todavia en el mismo edificio, celebrada entre Fonseca y Berruguete, se obliga este á concluir la obra en el corto espacio de año y medio, siendo todo hecho de su misma mano.



(Convento de Masbaza y Portugal.)

Esto es prueba clara de que Berruguete era incansable pintor, escultor y arquitecto.

Una ventana de la fachada principal ha sido restaurada en el dibujo.—Lo mas notable del seminario de irlandeses es el gran patio, que se conserva en muy buen estado. Se compone de dos órdenes de arcos ligeros, volteados sobre columnas muy esbeltas y graciosas. En las enjutas se ven medallones circulares con bajos relieves cuya maestría de dibujo y facilidad en la ejecucion revelan la incomparable mano de Berruguete.

Ocupan el edificio varios seminaristas irlandeses dirigidos por una persona respetable á quien deben atenciones y deferencias los individuos de la espedicion.

CAPILLA DE SAN BARTOLOME.

Entre las varias capillas célebres y curiosas que circundan el cláustro de la catedral vieja merece singular atencion la de San Bartolomé, fundada por el arzobispo de Sevilla D. Diego de Anaya cuando era obispo de Salamanca; es decir, de 1394 á 1408. D. Diego era natural de esta ciudad, y en ella fundó el colegio viejo de San Bartolomé. La capilla, segun dicen, la fundó en 1422, pero es probable que la comenzase siendo obispo de Salamanca y se concluyera en este año. Habiendo muerto en Cantillana, se trasladó su cuerpo á Sevilla y de allí á Salamanca con gran aparato. Se le enterró en el centro de la capilla en un magnífico sepulcro de alabastro, que se encuentra ahora muy deteriorado. Alrededor hay sepultados varios parientes suyos de aquel tiempo, y algunos colegiales de San Bartolomé. Entre los primeros se cuenta el arcediano Juan Gomez, hijo del prelado, que con varios foragidos á quienes acaudillaba, se fortificó en las torres de la catedral vieja, y desafió la cólera de D. Juan II, á quien arrojó de la ciudad. Esta capilla está profanada y en un abandono completo.

En ella se graduaban los colegiales de San Bartolomé, que tenian acerca de esto privilegios muy curiosos. La ceremonia se alumbraba con velas amarillas, y en vez de cenar los doctores, hacian colacion sin manteles.

El sepulcro de D. Diego de Anaya y la verja que le guarda, han sido dibujados durante la espedicion.

COLEGIO DE CUENCA.

Fué fundado por D. Diego Ramirez de Villaescusa, obispo de Cuenca, de donde tomó el nombre el Colegio, que data de 1500. Gastó en su construccion 150,000 ducados, dejándole sin concluir. Su renta era de unos 3,000 ducados. Dedicóle al apóstol Santiago. Puso en él veinte becas de colegiales y dos para capellanes. Los alumnos usaban manto morado.

Dejó la fábrica sin concluir, pero lo que hizo era de lo mejor en Salamanca. En la fachada que daba á la calle de los Milagros, gastó 5,000 ducados y en el patio 120,000. El marqués de Albentos llama á la fachada *una de las maravillas de la arquitectura*. La escalera principal era tambien de una magnificencia régia.

Este colegio estaba situado á espaldas del convento de San Agustin (donde reposan las cenizas de Fr. Luis de Leon), y solamente quedan de él unos paredones aislados que indican la solidez de su gran fábrica. Dicen que la fachada era semigótica; pero por la época de su construccion se infiere que seria gótico degenerado, ó mas bien de transicion al plateresco.—Un aleman que vino poco antes de demolerla, tomó un buen dibujo y se lamentó mucho de su mal estado.—Los que alcazaron á verla hacen grandes elogios.—Fué demolido el edificio por las bombas arrojadas sobre él por los franceses, despues de la batalla de Arapiles. La fachada quedó en pie en su mayor parte y fué arruinada completamente hácia el año 1842 á pretesto de hallarse ruinosa, siendo asi que no han tenido inconveniente en dejar unos elevadisimos muros aislados, de ladrillo, que se sostienen por un fenómeno de equilibrio.

COLEGIO DEL REY.

Este colegio, que era para la educacion de los caballeros jóvenes de la órden de Santiago, fué fundado por Felipe II hácia el año 1534. Hizo la obra el célebre arquitecto Juan Gomez de Mora, y era uno de los edificios mas notables de Salamanca.

Edificóse en el sitio donde estuvo la sinagoga principal de los judios, y donde predicando San Vicente Ferrer, sucedió el milagro de la conversion de aquellos que vieron de improviso cruces rojas en sus vestidos. Gil Gonzalez Dávila dice que era de los mejeres edificios de la ciudad, y que tenia dos torres hácia el mediodia adornadas de rejas con los escudos de la religion.

Durante la guerra de la Independencia, los franceses le fortificaron, no solo como obra avanzada del convento de San Vicente, sino porque desde su hermosa posicion se dominaba una de las entradas de la ciudad. Durante el sitio padeció mucho, especialmente por parte de los franceses. Despues se reedificó en gran parte. Aun quedan dos trozos de galeria sostenidos por columnas. El edificio está ruinoso y abandonado. Ha servido para cuartel, y su posicion es muy adecuada para este objeto.

COLEGIO DE SAN BARTOLOMÉ.

Fué fundado por don Diego de Anaya siendo obispo de esta ciudad, de 1400 á 1415. Adquirió en poco tiempo grande importancia, de modo que en tiempo de los Reyes Católicos gozaba ya de mucha celebridad, como se justifica por los favores que le dispensaron aquellos.

La fachada del colegio debió ser de aquella época, pues contenia en varios medallones los bustos de sus colegiales mas célebres del siglo XV, entre ellos el Tostado y San Juan de Sahagun. Al renovar en el siglo pasado la capilla de San Sebastian, de estilo barroco y la hospederia, actualmente escuela normal, se demolió la fachada del colegio que estaba entre ambas fábricas nuevas, para sustituirla de estilo greco-romano. Dícese que la biblioteca estaba en una pieza, casi lóbrega y húmeda, con honores de bodega. Esto lo único que probará es que los colegios mayores miraban mas por su comodidad que por la buena colocacion de los libros, pues en la inmensa área del edificio donde en el dia caben con holgura todas las oficinas de la provincia, bien podia haber sitio para biblioteca, sin necesidad de demoler la antigua fábrica. Procedióse á la construccion de la actual fachada, siendo rector D. José Cabeza y Enriquez. Segun Ponz, dió los dibujos D. José Hermosilla; pero consta que los planos fuéron ejecutados por D. Juan Sagariznaga, arquitecto de esta ciudad. Costó la obra 1.800,000 reales, de los cuales se tomaron 80,000 ducados á censo de la Marquesa de Almarza. Este censo, segun parece, no se ha redimido todavia.

CASA DE LAS CONCHAS.

Escasas y confusas son las noticias que se han podido reunir acerca de este edificio. La *Casa de las conchas* era solariega de los Maldonados, señores de Barbalos. En la actualidad pertenece á los marqueses de las Amaynelas, por el título de Valdecarzana. Ignórase la época de su construccion. Respecto de las conchas esparcidas por la fachada, las cuales dan nombre á la casa, tampoco se sabe nada de cierto; pero es de presumir que fuera distintivo de sus dueños. En la parroquia inmediata de San Benito, donde hay enterrados varios individuos de la familia, la puerta de la iglesia está adornada con conchas. En la capilla de Talavera, fundacion de D. Gonzalo Arias Maldonado, se ve el escudo con varias conchas.

Algunos de los cruzados, á su regreso de Palestina, tomaron las conchas como distintivo de su peregrinacion belicosa, y las añadieron á sus escudos. En España las tomaron algunas casas por devocion á Santiago. Los Maldonados de Salamanca tenian cinco lises de oro en campo azul; quizá los de Barbalos añadieron las conchas por distintivo peculiar de su rama.

Este edificio ha sido estudiado en detalles y conjunto durante la espedicion. Las galerias, antepechos y crestería del patio son muy originales. Hay en la *Casa de las conchas* recursos decorativos del mejor gusto. La fachada es en estremo graciosa. Ha sido preciso restaurarla en la parte superior, donde existen tres ventanas cuyos adornos fueron destruidos. Para conseguir el objeto con acierto, se ha procurado conservar el mismo carácter de lo existente en la parte restaurada. En este edificio se ve muy bien tallado el escudo de los Reyes Católicos.

(Año 1300.)

CASA DE LAS MUERTES.

La calle donde está situado este edificio llamábase en otro tiempo de *Tapiceros*, y segun dicen, en ella se fabricaban los mejores tapices de Castilla. Después tomó el fatídico nombre que ahora tiene, desde que se construyó la *Casa de las muertes*, llamada asi porque estaba adornada de cuatro calaveras, que desfiguradas en la actualidad, hacen el oficio de ménsulas para sostener los pedestales de los antepechos de las ventanas. En un medallon colocado sobre el hueco del centro hay una inscripcion que dice: *El severisimo Fonseca, Patriarca Alejandrino*. Sobre ella se ve bastante bien conservado un alto relieve, que representa el busto de este personaje. Ignórase con qué objeto se construyó este edificio, y lo único que con fundamento se presume por aquella inscripcion es que debe ser coetáneo de la *Casa de la Salina*.

Su título, tomado en un principio de las cuatro calaveras de la fachada, ha llegado á ser horriblemente justificado por hechos posteriores. A principios del presente siglo habitaba la casa una familia compuesta de cuatro individuos. Una mañana aparecieron todos asesinados. Ya comenzaba á olvidarse el recuerdo de aquel drama sangriento, cuando la noticia de otro crimen llegó á consternar la ciudad. Por el mes de mayo de 1851 habitaba la casa una señora sola. Habia despedido algunos meses antes á todos sus criados, y vivia en su retiro con sobrada decencia por los bienes heredados á un canónigo de quien habia sido ama de llaves. Cierta mañana se encontró abierta la puerta falsa, penetraron los vecinos, recorrieron toda la casa, y siguiendo algunos vestigios de sangre reciente, hallaron á la desventurada señora muerta violentamente dentro del pozo con un hermoso gato, única compañia suya. En otra habitacion habia una escalera oculta por un cuadro, por la cual bajaron el asesino y su víctima. El delito yace todavia envuelto en el velo del misterio.

La *Casa de las muertes* no tiene nada notable á escepcion de su fachada, gracioso ejemplar del buen renacimiento. La cornisa superior está compuesta de un talon de hojas de acanto, un rosario y una escocia de cabezas de ángeles, tallados en estilo barroco. Tiene toda la fachada cuatro huecos que debieron ser ventanas antepechadas y ahora son balcones. La guarnicion de la puerta está picada y destruida. En el dibujo ha sido restaurada con la mayor conciencia, procurando conservar el mismo carácter del adorno. La ornamentacion de este edificio está bien entendida, dibujada correctamente y distribuida con acierto.

Despues de las horribles escenas que se han referido, nadie queria habitar este edificio lúgubre, habiendo quien se abstenia hasta de pisar sus umbrales y pasar por delante de su fachada. Un militar despreocupado lo habita en la actualidad.

PUENTE DE SALAMANCA.

Pretenden algunos que este puente fué construido por Hércules, lo cual equivale á decir que su origen se pierde en la noche de los siglos. Es cierto que en Salamanca se dió culto á Hércules y que la puerta inmediata llevó su nombre en algun tiempo. En sus inmediaciones habia un corral con el nombre de este semidios, y sobre la puerta de la casa se ve ahora una mano groseramente labrada empuñando una maza. En cierta ocasion se encontró una cara de mármol blanco y una cabeza adornada con tiara.

Trajano recompuso este puente cuando hizo construir el *camino de la plata*, que iba de Salamanca á Mérida. La mitad del puente antiguo, que es la que se conserva, tiene un zócalo almohadillado, muy parecido en su fábrica al acueducto de Segovia. A la entrada habia un toro ó jabalí de piedra informe por el estilo de los *Toros de Guisando* y de los que se ven por Segovia, Avila y otros puntos de Castilla. Por alusion á este toro tomó la ciudad por armas un toro sobre un puente; en el siglo XII usó las barras de Aragon por algun tiempo. Este toro ha llegado á tener gran nombradía. Contra él dió un porrazo al *Lazarillo de Tormes* el pícaro ciego á quien nos pinta en su novela

con tan vivos colores el erudito Hurtado de Mendoza, que estudió en esta universidad.

Al principio de la última guerra civil antojósele á un majadero decir que aquel toro era signo de feudalismo, y los hijos de la *nueva Atenas* y de *Roma la chica* lo creyeron como un evangelio y tiraron abajo el toro sin mas averiguaciones. Sus fragmentos se ven aun inmediatos al primer arco.

Del puente romano solo queda la mitad; el resto es construido en tiempo de Felipe IV. En 1767 se recompuso el puente y en especial el pavimento. Debajo de una losa encontróse una caja con una medalla de plata y cobre que representaba á Hércules con la clave en la mano izquierda y la diestra apoyada en un pilar. Otra igual de cobre halló un tal don Mariano Tejerizo, lo cual hace creer que Trajano dedicase el puente á Hércules, á quien tenia en gran veneracion.

Este puente es de los mayores de España. Tiene 27 arcos y 423 varas de longitud por 8 $^{3}/_{4}$ de latitud. Todo el antiguo en la parte romana estaba defendido con almenas como de la edad media, las cuales han sido destruidas á principio de este año 1853 por el ingeniero que dirige la carretera de Vigo, habiendo sustituido tambien el pavimento de losas con el moderno Mack-Adam de la carretera. Del mismo modo se ha demolido el baluarte que habia á la mitad del puente, donde existia una sala tradicional para reunirse en ciertos actos el concejo de la ciudad. Dícese que estaba ruinoso. En mi opinion podia haberse compuesto este monumento antiquísimo y respetable con el dinero que costó destruirlo.

PLAZA MAYOR.

Era la plaza mas grande que habia en España, pues comprendia no solamente la actual y todos los edificios modernos construidos en ella, sino tambien la plaza de la verdura y los corrillos accesorios de la yerba, cárcel real y de la pesca. Así es que á un mismo tiempo se lidiaban toros, se corrian cañas y sortijas y se traficaba en ella sin que las diversiones embarazasen al comercio.

Comenzóse la nueva plaza en 1729, quedando todavía fuera de ella la gran plaza de la verdura y los corrillos ó plazoletas accesorias.

En el archivo de las casas consistoriales se conserva el modelo de estas. El edificio debia estar flanqueado por dos torreones; pero no habiéndose llevado á cabo el proyecto, se terminó en la forma que se ve el año pasado de 1852. Las estátuas y ornato del ático sobre el reloj han sido ejecutadas por D. Isidoro Celaya.

Esta plaza es algo menor que la de Madrid, pero sus soportales son mas espaciosos y desahogados. Algunos ociosos han calculado que 16 vueltas de la plaza de Salamanca equivalen á una legua.

(Año 1500.)

CASA DE LA SALINA.

A falta de historia mas auténtica, cuenta la tradicion que el severísimo Fonseca, patriarca de Alejandría, acostumbrado á pasar su vida lejos de la iglesia y yendo siempre en seguimiento de la córte, llegó á Salamanca trayendo á su servicio un pajecillo de estraordinaria hermosura.

El vulgo, que nada respeta, comenzó á referir anécdotas y episodios algun tanto escandalosos acerca del lindo paje, cuyos atractivos personales dieron pábulo á que se dudara de su sexo. Se ignora el fundamento de tales hipótesis, pero lo cierto fué que el concejo de Salamanca negóse á dar alojamiento al paje, y el severo arzobispo, indignado de tan ruidosa repulsa, construyó á sus espensas una casa con honores de palacio para alojar dignamente á su afortunado protegido. Este edificio tomó el nombre de *La Salina*, ignorándose el origen de su título. En los ángulos se ve repetido el escudo de Fonseca que consiste en cinco estrellas azules en campo de oro. En una de las enjutas hay una Cleopatra alusiva, segun dicen, al misterioso paje que, como es público en Salamanca, dió á luz un hermoso niño al cabo de algun tiempo. El concejo de la ciudad ya reconciliado con Fonseca, por las grandes mercedes que este habia hecho á la poblacion, le cumplimentó y festejó sobremanera en celebridad de aquel natalicio. Trascurridos pocos años, llegó el niño á ser un personaje de alta importancia histórica, y entonces su padre resignó en él su arzobispado de Santiago, quedándose con el título de patriarca Alejandrino.

Fonseca padre está enterrado en el *convento de las Ursulas* que fundó. Su hijo edificó el *colegio del Arzobispo*, ahora *seminario de Irlandeses*, donde reposan sus cenizas. Uno y otro dispensaron grandes beneficios á Salamanca y construyeron ó reedificaron multitud de edificios, en los cuales campea el escudo de las cinco estrellas. El célebre cardenal Cisneros, de hábitos muy rígidos y vida austera, se mostró siempre poco propicio con esta familia de costumbres relajadas.

La *casa de la Salina* estudiada durante la espedicion es un modelo precioso del renacimiento en todo su esplendor. La fachada se distingue por la buena aplicacion del adorno, por sus bellas proporciones y por la escelencia de los bajos relieves y ornamentos. Un magnífico arco de piedra da entrada al patio. El frente de este es de arcos que recuerdan el gótico corrompido. Su mérito es escaso. Ocupa el costado derecho una galería alta sostenida por 10 ó 12 ménsulas de gran tamaño. En ellas hay esculturas de mucho mérito. Todas son desiguales y talladas con inimitable libertad y maestría. Se ha sacado copia de una de ellas. El costado izquierdo del patio es de buen renacimiento y delicadas proporciones. Su dibujo forma parte de la coleccion. La escalera, ruinosa en la actualidad, es mezquina y poco notable. Conserva aun algunos trozos de artesonado de madera. La *casa de la Salina* se encuentra en mal estado y condenada á un abandono lamentable.

PARROQUIAS DE SALAMANCA.

La mayor parte de ellas datan del siglo XII, y segun los diferentes pobladores se titulaban de franceses, gallegos, portugueses, braganzianos, castellanos, tireses, serranos y mozárabes. En un tiempo llegaron á contarse hasta 46 parroquias, quedando reducidas despues á 25, de las cuales subsisten aun 22, inclusas las de los arrabales.—Las que se conoce su origen son las siguientes:

San Marcos.—Capilla real de don Ramon de Borgoña.—Es quizá la fábrica mas antigua de Salamanca y de principios del siglo XII. Su forma es una rotonda sostenida por cuatro enormes pilares bizantinos turcos.

Santo Tomé.—Se dice que la edificó el conde D. Vela y que se consagró en 1136.

San Adrian.—Consta que existia en 1136.—Se está derribando para dar paso á la carretera.—Debió ser reedificada. Su género es gótico de la tercera época. Contenia sepulcros muy notables de los antepasados del duque de Abrantes, que se han trasladado á la catedral.—La puerta posterior y el ábside son bizantinos.

San Cristóbal.—Corresponde á los caballeros de la órden de San Juan.—Existia en 1150.

Santo Tomás Cantuariense.—Existia en 1179.

Santa María de los caballeros.—Consta que existia en 1175.—Es bizantina y tiene un plajon árabe en la cúpula.

San Martin y San Isidro.—Son bizantinas.

San Juan de Barbalos.—Es de la órden de San Juan.—Tiene un púlpito donde predicó San Vicente.

Sancti Spiritus y la Magdalena.—Son tambien exentas.—Aquella corresponde á la órden de Santiago, esta á la de Calatrava. La primera tiene una linda fachada de buen renacimiento y un artesonado árabe en el coro, bastante notable.

Hay además en Salamanca las parroquias de San Julian, Santa Eulalia, San Boal, San Benito, San Blas, San Millan, San Mateo, San Bartolomé, San Justo, San Roman y todo el martirologio romano.

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA.

A pesar de lo mucho que se ha escrito acerca de la universidad de Salamanca, apenas se ha ocupado nadie de la construccion del edificio y de su parte artística. En las varias memorias que tratan de la universidad, ni una sola noticia existe acerca de este punto.

Con respecto á la fundacion se ha discutido mucho, y lo único que se ha conseguido apurar es que la pretendida traslacion de los estudios de Palencia á Salamanca es falsa, á pesar de los muchos escritos que la aseguran. En el dia se tiene por lo mas cierto que la universidad se fundó á principios del siglo XIII por don Alonso IX, hácia el año 1200. Confirmóla San Fernando por cédula de 16 de abril de 1243, y don Alonso el Sábio se valió mucho de sus profesores para varias de las publicaciones que hizo.

El concilio primero de Leon (1245) hizo ya honorífica mencion de la universidad de Salamanca. A fines de aquel siglo (1298), Bonifacio VIII la sujetó á su jurisdiccion pontificia, y mandó que se esplicara en ella el VI de decretales que acababa de compilar. Antes de esto el Papa Alejandro IV la habia declarado en 1255 uno de los cuatro estudios generales del Orbe, que eran:

París, Salamanca, Oxford y Bolonia.

Entre los hombres célebres que por entonces salieron de sus aulas, se contaba el Papa Benedicto XIII (Pedro de Luna), que siendo cardenal visitó y reformó la universidad. En el claustro de escuelas mayores se ven todavía sus armas con una inscripcion algo exajerada y gongorina puesta en época posterior. Tambien estan sobre la puerta de la universidad que mira á la catedral. Por la construccion de esta puerta se infiere que debe ser contemporánea del mismo Papa, así como el

resto del cláustro, mucho mas si se atiende á los antiguos y maltratados arabescos que aun se conservan en toda aquella parte. Entre ellos descuella el artesonado de la entrada al cual le faltan ya casi todos los florones y colgantes que debió tener en otros tiempos.

A mediados del siglo XV se trató de ensanchar la universidad. Para ello el maestro Alonso de Madrigal (*el Tostado*), siendo maestrescuela, compró en 31 de diciembre de 1449, las casas que estaban á espaldas del edificio, á fin de darle por ellas amplitud y entrada. Construyóse la fachada en tiempos ya de los Reyes Católicos, como lo demuestran sus bustos colocados en un hermoso medallon sobre la archivolta, con una inscripcion griega que dice:

«Los Reyes á la Universidad
y la Universidad á los Reyes.»

Entre los muchos adornos de la fachada se ve el mote de los Reyes Católicos y varios emblemas relativos á ellos, como igualmente las armas de la Universidad, que son un doctor colocado sobre una cátedra con insignias magistrales y en actitud de esplicar á varios oyentes con bonetes y sombreros. Sobre la cátedra se ve la tiara pontificia, y á uno y á otro lado castillos y leones. Alrededor hay una orla con la leyenda que dice:

«Omnium scientiarum Princeps Salmantica docet.»

La escalera que da subida á la biblioteca y su puerta de entrada, son de la misma época, es decir, de fines del siglo XV. En la antebiblioteca, hay un magnífico artesonado de madera. La biblioteca, que debió construirse al mismo tiempo que la fachada principal, se hundió y volvió á levantarse en el siglo pasado. Contiene unos 20,000 volúmenes, pero hay mas de otros tantos almacenados por falta de sitio para colocarlos.—El retablo de la capilla de San Gerónimo se hizo de mármoles y jaspes en el siglo pasado.—En ella oyen á veces misa los catedráticos y estudiantes.—Tambien sirve para las grandes solemnidades de la universidad. Ahora está consagrada al culto público.

(Continuará.)

Un abogado gastaba por lo comun cuatro ó cinco horas por la mañana en su despacho. Su mujer, que no llevaba muy á bien se dedicase tanto al trabajo, fué á buscarlo una vez que se tardaba mas de lo ordinario. El letrado al verla, dejando unos autos que estaba revolviendo, la dijo:

—¿Tú por aquí, mujer? ¿qué quieres?

—Quisiera ser libro: respondió ella.

—¿Para qué? le preguntó el marido.

—Para estar siempre contigo.

—Cierto, repuso el abogado, yo tambien lo quisiera, con tal de que fueses almanaque.

—¿Y por qué?

—Porque se muda todos los años.

Un inquisidor, enemigo de Quevedo, trató de apurar su ingenio dándole pié para una cuarteta en la cual no pudiese menos de decir una heregía, que en aquellos tiempos todo el mundo sabe cómo se castigaba. El pié fué:

A Cristo le llevó el diablo.

Quevedo contestó lo siguiente:

Grande herege fué San Pablo,
Pero al fin se convirtió;
Y á Judas porque vendió
A Cristo, le llevó el diablo.

Un jóven que habia compuesto dos sonetos para dar los dias á una señora, quiso consultar á Quevedo acerca del mérito literario de ambos para saber cual seria el que deberia entregar. Encontróse á Quevedo en la escalera de su casa, y le dijo su objeto. Quevedo tomó uno de los sonetos, y después de leerlo lo devolvió diciendo:

—Entregue Vd. el otro.

—¡Pues cómo, dijo el jóven, si no le ha visto Vd.!

—Es que no puede ser tan malo como este, le respondió secamente el poeta.

EL SEPULCRO.

Brillaba desde su cuna
en noche triste y callada
sobre la esfera azulada
la melancólica luna.

Apenas el cefirillo
el verde sáuce mecia,
en cuyas ramas dormia
descuidado el jilguerillo.

Del arroyuelo el murmullo
el silencio no turbaba,
ni ya triste resonaba
de la tórtola el arrullo.

Un sepulcro solitario,
mansion do posa la muerte,
entre las flores se advierte
bajo el ciprés funerario.

Y un jóven, en cuya frente
el dolor se retrataba,
al márgen se lamentaba
de una cristalina fuente.

Mas luego al sepulcro mira,
y con mano dolorosa
esta cancion lastimosa
hace salir de su lira.

«Despierta ya, hija de amor,
y so la tumba callada
alza la frente adorada
que estasiaba al trovador

Pero no: goza en el cielo,
¡oh encantadora hermosura!
de la paz y la dulzura
que no gozaste en el suelo.

¡Angel celeste de amor
ante Dios tal vez serás,
y los acentos oirás
de un infeliz amador!

Los instantes lisonjeros
con que el amor nos brindaba,
¡infeliz! yo no pensaba
que fuesen tan pasajeros.

La cabaña deliciosa
donde tus años corrieron,
mis tristes ojos la vieron
ora triste y silenciosa.

Por siempre se marchitaron
aquellas cándidas flores
que nuestros dulces amores
tantas veces presenciaron.

Ya no canta el ruiseñor
bajo el techo hospitalario,
pues el buho solitario
le llena en él de terror.

Huyendo la tempestad
el avecilla amorosa,
sobre el laud ora posa
que templaba tu beldad.

En los dias de ventura
pensaba solo en quererte,
mas envidiosa la muerte
me privó de tu hermosura.

Si pudiera con mi llanto
reanimarte, Laura mia,
¡con qué placer trocaria
por las lágrimas mi canto!

Pero el eco que retumba
oirá la vez postrimera
esta cancion lastimera
que no conmueve la tumba.»

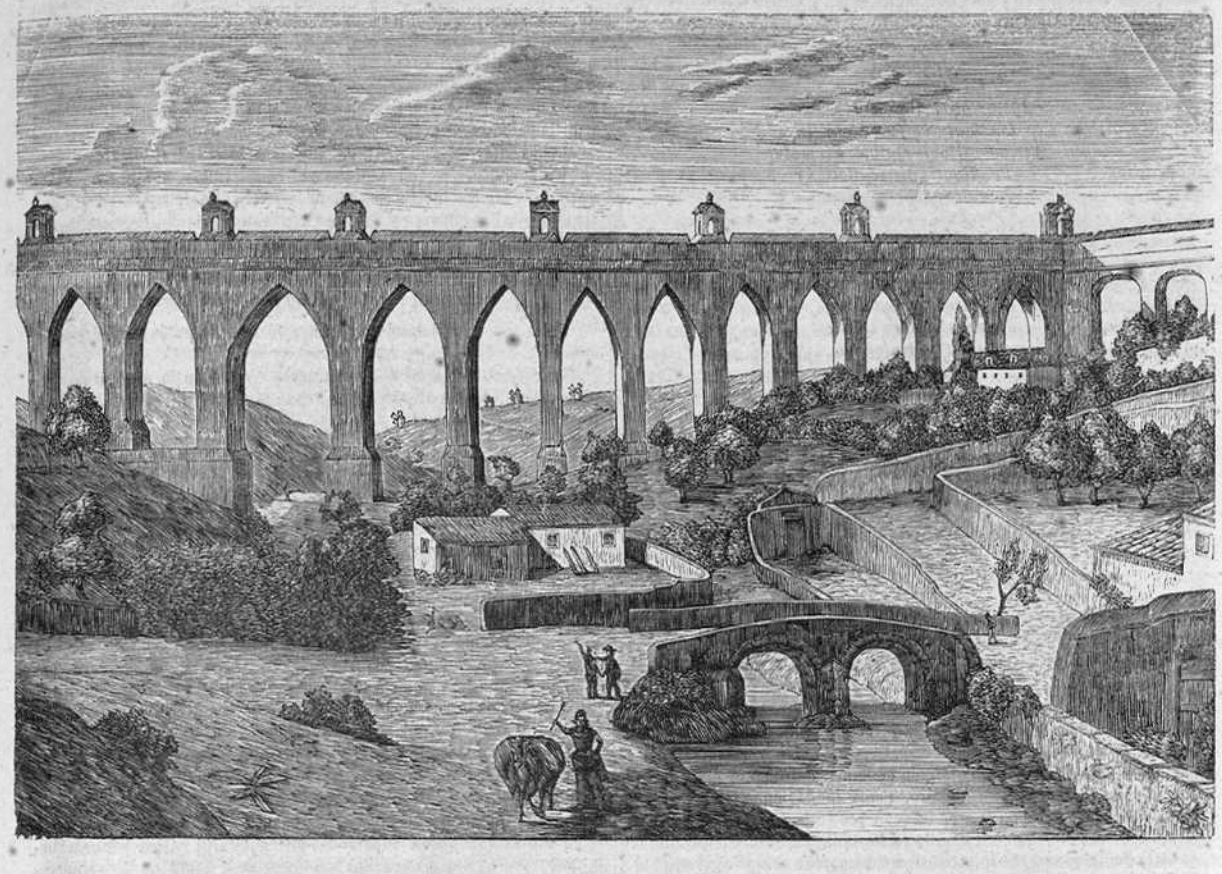
Dijo así, y la triste lira
cayó de su mano al suelo,
y dirigiéndose al cielo
besa el sepulcro y espira.

Vuelve en silencio á quedar
la campiña solitaria,
y en la tumba cineraria
el buho torna á posar.

R. M. DE B

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



ACUEDUCTO DE LAS AGUAS LIBRES.

Los deseos de algunos reyes sus antepasados de abastecer de aguas á Lisboa, llevó á D. Juan V á resolver la construccion de este magnífico acueducto, que ha sido admirado como una maravilla por los estranjeros.

Bastaron solo 21 años para fabricar esta obra colosal, que recibiendo las aguas del rio Carenque, que viene tan pronto por canales, atravesando montes ó dominando profundos valles, por encima de majestuosos arcos, y cuyo número asciende á 127; su área de tres leguas termina en Lisboa, proveyendo de agua los barrios nuevos de la ciudad.

Cuando atraviesan el campo los conductos y en la ciudad las calles, tiene frecuentes aberturas practicadas en la superficie de la tierra, y en estos torreones cuadrados, guarnecidos de hierro y redes de alambre, para impedir que las gentes de mala intencion puedan cortar el curso de las aguas, ó enturbiarlas. Sobre los valles están erigidos elegantes arcos, llevando la primacía aquellos que pasan sobre el rio de Alcántara. Su estension y altura de su arco principal es prodigiosa.

Sus 35 arcos tienen de estension 400 toesas, ó 2,464 piés ingleses. Las alturas del arco grande de 226 y tres cuartos piés ingleses. La elevacion y longitud varia segun las circunstancias.

Por encima de esta arcada de la parte de donde nace y del monte corren paralelos dos paseos de 100 toesas de longitud, con sus parapetos, donde se goza de la perspectiva de un bellísimo panorama, con infinidad de quintas, casas de recreo; todo esto ofrece un punto de vista el mas delicioso y pintoresco.

Es tal la solidez de esta obra, que á pesar del terrible terremoto de 1755, no flaqueó un solo pilar, no se abrió una sola pared: y tan solamente de las 16 que sirven para la ventilacion de esta estensa galería, tres sufrieron un pequeño daño: esta obra fué dirigida por el hábil ingeniero el brigadier Manuel de Maia.

En el otro friso frente á la ciudad se lee lo siguiente:

Joannes V.
Regum Maximo.
Bono publico lusitaniam
Moderante
Solidissimis aquae ductibus
Et
Aeternum mansuris
Per circuitum novem mille
Passum
Aquae saluberrimae in urbem
Introductae
Aere publico sed tolerabili
Et
Communi omnium
Plausu
Anno domini M. DCCXXXVIII.

Desde este arco continuan las aguas en la direccion de la ciudad entrando en una elevada torre cuadrangular de cantería, situada entre este arco á lo largo del Mato precipitándose por una magnífica cascada formada en el interior de la torre cayendo en un espacioso pilon.

En la pared interior del cuerpo de este edificio del lado de la calle del *Arco das aguas libres*, encima de la puerta de entrada se lee la siguiente:

Joannes V.
Lusitanorum rex magnificus
Liberalis
Civitati propitius
Excipiendis aquis populo
Manantibus
Hanc molem struendam
Curavit
Urbis ornamentum
Orbis miraculum
Tanti nominis
Aeternitati. s.

A la entrada de la ciudad este bello acueducto en el sitio de las Moreras, y al atravesar la calle á que da su nombre un bello arco de

órden dórico da paso á sus aguas, en la lápida del friso de frente se lee la siguiente inscripcion:

Joannes V.
Lusitanoram Rex.
Justus pius Aug. Felix. PP.
Lusitania in face Stabilita
Viribus: Glovis Opibus Firmata
Profligatis difficultatibus
Imo prope victa natura
Perennes aquas in urbe
Invenit.
Et brevi unde viginti annorum
Spatio
Minimo publico
Immensus opus confecit
Gratitudinis ergo
Optimo principe
E
Publico utilitatis auctori
Monumentum pos. S. P. Q. O.
Anno D. MDCCXXXVIII.

CRONICAS HISTORICAS

De Salamanca.

(Conclusion.)

ESCUELAS MENORES.

El patio de libreros, el de escuelas menores, y el hospital de estudiantes estan contiguos á la fachada principal de la universidad y forman parte de ella.—El hospital de estudiantes, donde ahora estan las oficinas de la universidad, es un lindo edificio construido en el siglo XVI con el objeto que indica su nombre. Tenia fundaciones bastante pingües, y habia siempre en él preparadas trece camas para escolares enfermos. El artesonado de la capilla es bastante curioso. Dícese que en el sitio donde se ve el hospital antiguo, estuvo en el siglo XII el palacio de D. Ramon de Borgoña, y que allí nació D. Alfonso XI.

El patio de libreros es un rectángulo situado frente á la fachada principal de la universidad, que forma uno de sus lienzos. El hospital de los estudiantes constituye otro costado, y los demás pertenecen á las casas que habitan los dependientes. En la planta baja tenian sus almacenes los libreros é impresores, que eran muchos en los siglos XVI y XVII. El patio de las escuelas menores y su entrada contígua al hospital de estudiantes se construyeron á principios del siglo XVII.

La fachada principal de la célebre universidad de Salamanca corresponde al renacimiento mas rico y ostentoso que puede verse. Su conjunto es un verdadero tipo en este género. No hay palabras bastantes para ponderar dignamente este monumento inmortal, cuyo dintel traspasaron tantos esclarecidos ingenios. Ahora no es la sombra siquiera de lo que fué en época mas dichosa para las letras españolas.

CATEDRAL VIEJA.

Dícese que este magnífico edificio, uno de los mas antiguos de la ciudad, fué construido á principios del siglo XII, cuando el conde don Ramon de Borgoña, esposo de doña Urraca, repobló á Salamanca. Se añade que fué consagrado en 1100 por el obispo don Gerónimo Vichio, consejero inseparable y capellan del Cid, Rodrigo Diaz de Vivar. Habiendo comenzado don Ramon á repoblar la ciudad que estaba desierta en 1098, no es probable que en tres años se levantase tan suntuosa fábrica en aquella época de penuria y atraso. Después de la batalla de Uclés los moros destruyeron á Salamanca, por lo cual será mas oportuno reducir la construccion de la catedral vieja á mediados del siglo XII, de cuya época data la mayor parte de las parroquias mas antiguas.

En uno de sus claustros se ven varios enterramientos de fines del siglo XII, lo cual indica que ya para entonces debia ser obra terminada el claustro, y con mas razon la catedral. Hé aquí pues fijados los límites de su fundacion. El epitafio mas antiguo que encierra, dice así: «Aquí yace don Gomez de Anaya que finó á XXIV dias de Decembrio en la Era de M. et CC en XVIII.» (Año 1190.)

Esta catedral tenia el coro en el centro de la nave principal hasta hace pocos años. Para evitar ciertos escesos que se cometian en él, lo mandó quitar el señor Varela siendo obispo de esta diócesis. Tambien se colocaron asientos en la capilla mayor alrededor del altar, ocultando varios epitafios de personas reales enterradas allí. Uno de ellos que está á la derecha, oculto por los asientos del coro, dice así:

«Aquí yace don Fernando Alonso, dean de Santiago y arcediano de Salamanca, hijo del Rey don Alonso IX de Leon y de Doña Maura, y hermano del Santo Rey don Fernando de Castilla. Finó en Salamanca al año 1285.»

El estilo de esta inscripcion y de las demás del presbiterio y la forma de las lápidas y letras, indican que se colocaron allí al construir la catedral nueva los restos de todas las personas reales que habian sido enterradas en distintos puntos de la catedral vieja.

En el claustro se ven, aunque mal conservados, algunos sepulcros antiguos y lápidas mortuorias colocadas en lo alto de las paredes. Contienen epitafios en versos leoninos bastante curiosos. Es notable entre otros el siguiente dístico:

«...Giraldus ego, sub cœli culmine dego,
fit caro nostra cinis, anima non terret herinis.»

Falta la sílaba inicial del primer verso, que probablemente seria *sum*.

La catedral vieja de Salamanca era célebre en la antigüedad por su fortaleza, debida al espesor de sus muros. Al calificar las catedrales antiguas, se decia:

«Sancta Ovetensis,
Dives Toletina,
Pulchra Legionensis,
Fortis Salmantina.

Merced á esta circunstancia, el arcediano don Gomez Anaya, hijo del obispo D. Diego, desafió la cólera del rey D. Juan II, encastillándose en ella con sus parciales y varios foragidos que acaudillaba.

Segun Gil Gonzalez Dávila, fué fundada esta catedral por el conde D. Ramon y doña Urraca, celebrándose en ella la primera misa en 1100. No tiene el edificio enmaderamiento alguno ni armadura, por estar todo cubierto de un escamado de piedra bien labrada. Tenia antiguamente dos torres, una para las campanas y otra que servia de habitacion al alcaide. Contiguo á la misma catedral se edificó un hermoso claustro que contiene diferentes capillas como la de los señores Anayas, la de Santa Catalina, donde se celebraban los sínodos diocesanos y provinciales, la célebre de Santa Bárbara, en donde recibian la investidura los licenciados y doctores de esta famosa universidad, la de San Salvador para celebrar las misas del rito gótico y muzárabe, la de Talavera, y otras muchas que contienen multitud de sepulcros venerables. Dotaron á esta santa iglesia con muchas rentas y riqueza sus fundadores los príncipes D. Ramon, doña Urraca, su padre don Alfonso VI y su hijo D. Alfonso VII, D. Fernando su nieto, D. Alfonso IX y D. Alfonso XI, además de otros muchos monarcas y sumos pontífices.

En el segundo arco de la nave lateral derecha existe un retablo dedicado á San Gerónimo, donde estuvieron las cenizas del confesor del Cid. Allí se veia tambien la imágen del Cristo de las batallas, la espada y el estandarte con que el referido obispo peleaba, animando á los soldados que el famoso Rodrigo conducia á la victoria. Posteriormente han sido trasladados estos objetos y las cenizas de Vichio al trascoro de la catedral nueva.

Consta la catedral vieja de tres naves, una de las cuales se halla cortada por los muros y escalera de la catedral nueva. La iglesia tiene, comprendida la capilla mayor, 52 metros, 5 de longitud y 20 metros 5 de latitud. La cúpula hasta el roseton 30 metros, 83 y la altura total de la torre llamada del gallo es de 36 metros, 8 sin contar el nabo.

El bizantino domina en el conjunto, pero se halla la huella de la transicion al gótico en todos los detalles, dibujados con delicadeza y esmero. El roseton de la cúpula y las molduras de las cornisas combinadas con gracia, indican ya la infancia del estilo gótico. Los pilares compuestos de varios haces de columnas agrupadas, lejos de tener las enanas proporciones de la escuela de Bizancio, ostentan una esbeltez agradable. Los arcos son ligeramente apuntados. El aspecto esterior de las torres es idéntico al de una fortaleza. En el centro se eleva la cúpula. Los frentes coinciden con los puntos cardinales y estan coronados por cuatro pequeños frontones. Los ángulos estan robustecidos por cuatro baluartes ó tambores.

Inútil es detenernos á describir detalladamente la catedral vieja, cuando ha sido estudiada durante la espedicion. La fachada y puerta principal son muy posteriores á la fundacion del edificio. Por esta razon se ha preferido dibujar los ábsides.

En la actualidad se mantiene el culto en la catedral vieja, que se halla en buen estado de conservacion.

CATEDRAL NUEVA.

Los Reyes Católicos, que favorecieron mucho á Salamanca, trataron ya desde fines del siglo XV (1491) de proporcionar recurso para construir una catedral mas grandiosa; pero nada se hizo, hasta que

el obispo D. Francisco de Bobadilla tomó posesion de su diócesis en 1511. Además de dar 10,000 ducados, escitó al cabildo, ayuntamiento y otras corporaciones, para que contribuyeran con grandes limosnas. Así logró reunir en poco tiempo un millon de ducados, con los que dió principio á la obra. La primera piedra se puso en 12 de mayo de 1513, como lo declara la inscripcion puesta en un ángulo de la fachada:

Hoc templum inceptum est anno Domini
MDXIII die Iovis XII Maii.

Trazó la planta el famoso arquitecto de aquella época Gil de Ontañon, que construyó tambien por entonces edificios muy notables en Valladolid, Alcalá y otras poblaciones de Castilla. El contrato consta en los libros capitulares, y se hizo con gran minuciosidad. Aprobaron el plan los cuatro arquitectos mas célebres de las iglesias de España, á saber: Alonso de Covarrubias, arquitecto de la catedral de Toledo; Filipo, autor de la de Sevilla; Juan de Badajoz, arquitecto de Leon, y Juan Vallejo, de la de Burgos. La construccion fué encomendada al hijo de Ontañon, Rodrigo Gil.

Se trasladó el Santísimo Sacramento de la catedral vieja á la nueva en 25 de marzo de 1560, siendo obispo don Francisco Manrique de Lara, segun se lee en la lápida colocada en una esquina de la fábrica. —Después suspendióse la obra hasta 1589 en que se pudo llevar á cabo la primera mitad con las rentas de las vacantes del obispado, que concedió con este objeto el papa Sisto V.—Para continuarla hubo mucha variedad en los planes, hasta que Felipe II mandó se ejecutara el de Juan de Rivero. La obra se concluyó en 1733 sin el altar mayor, como existe en la actualidad. La conclusion de la cúpula, todo el coro y algunas otras partes esenciales de esta magnífica catedral, fueron encomendadas al famoso escultor y arquitecto D. José de Churriguera, quien agotó todos los recursos de su mal gusto para manchar con torpes estravagancias uno de los primeros monumentos de España.

Encargóse de edificar la cúpula, á causa de haberla roto un rayo que produjo su ruina. En el terremoto de Lisboa de 1755 se resintió la torre de tal modo, que quedó ladeada como ahora está. Un estranjero que habia en Salamanca á la sazon, se encargó de revestirla esteriormente con grandes cinchos de hierro, y un inmenso zócalo de piedra de seis piés de espesor que sube á la mitad de la altura. Este recurso es el peor que se podia haber elegido; las hiladas esteriores de sillería, además de cargar la bóveda con un peso enorme, no podrán nunca impedir una verdadera ruina. D. Ventura Rodriguez propuso su demolicion para sustituirla con dos torres pequeñas que hicieran juego con el disparatado cimborrio. Por fortuna no se adoptó tan descabellado pensamiento. Tampoco se llevó á efecto el altar mayor, cuyo modelo se conserva en el archivo del cabildo. Su estilo es greco-romano y por consiguiente impropio de aquel magnífico templo.

En el mismo año de comenzarse esta catedral, subió al pontificado Leon X. La iglesia consta de tres naves y otras dos divididas en capillas. Su largo es de 378 piés; el ancho de 181 sin el grueso de los muros, á saber: la nave mayor 50 piés, y cada una de las colaterales 37 1/2. Desde el ingreso principal del templo hasta el crucero, hay 187 1/2 piés. El crucero tiene 50 piés en cuadro. La capilla mayor 75 de largo. La altura de la nave mayor es de 130 piés; la de las colaterales de 80. Las vidrieras del templo representan historias de la Sagrada Escritura. La mayor parte han sido sustituidas y recompuestas con vidrios blancos. Los pilares formados de haces de columnas esbeltísimas, son de planta circular de 10 piés de diámetro. Los del crucero tienen 12.

La portada principal tiene dos ingresos. El del centro está dividido por un pilar donde está colocada la estátua de la Virgen; encima hay dos bajos relieves; uno representa la Adoracion de los Reyes y otro el Nacimiento del Señor. Mas arriba estan las estátuas de San Pedro y San Pablo entre millares de follajes, animalillos, repisas, doseletes, figuras y medallas. En el remate aparece el Calvario. La profusion de adorno es tal, que marea la vista y alucina la imaginacion. Por el mismo estilo hay adornadas otras dos puertas de la catedral. La llamada de *Las Palmas* tiene en bajo relieve la entrada de Jesucristo en Jerusalen. Tanto el esterior como el interior de la inmensa catedral está acompañado de anditos con balaustres, antepechos, pirámides y cresterías.

El edificio está rodeado de un ancho y espacioso átrio por los lados de Poniente y Norte. Ocho inmensos pilares dividen en cada lado la nave principal de las adyacentes. Sobre los arcos de la nave del centro y sobre los de las capillas hay anditos con sus antepechos, que corren alrededor de la iglesia. En lo alto de los muros hay muchos medallones que representan santos, varones ilustres y heroinas; en las intersecciones de los aristones de la bóveda hay flores y cabezas de serafines.

Los tres lados del trascoro, colocado en medio de la nave principal, esceden en estravagancia y mal gusto á toda ponderacion. Columnas salomónicas, hojarascas, frutas, angelotes monstruosos y esculturas fenomenales, forman un conjunto grotesco que contrasta lastimosamente con el aspecto grandioso y sublime de la iglesia. Parece que Churriguera se escedió á sí mismo, y agotó los recursos de su imaginacion estraviada en aquel trascoro, verdadero padron de ignominia. Los tablados de la sillería, aunque no tan informes como el trascoro, son de muy escaso mérito. Casi todos los retablos de la catedral de Salamanca son de gusto detestable y dignos de figurar al lado del coro.

Entre la multitud de sepulcros de esta catedral no debe omitirse el de D. Gerónimo Vischio, natural de Perigueux en Francia, fundador de la catedral vieja, obispo de Valencia, confesor del Cid. Está sepultado en la capilla del Cristo de las Batallas; en ella se conserva con gran veneracion un crucifijo que llevaba siempre consigo. El relicario de la catedral era muy rico antes de la esclaustracion, en el año 1834. Allí existen, entre otras cosas, varias cartas autógrafas de la erudita Santa Teresa de Jesús, el corazon de San Sebastian, y un pequeño Crucifijo que llevaba siempre oculto en el pecho el Cid Campeador para que le sacara ileso de entre las huestes sarracenas.

LA CORONA DE SIEMPREVIVAS.

EPISODIO DRAMATICO.

(Continuacion.)

Poneos en mi lugar y juzgareis mi asombro y la indecision que le siguió; no duró mucho sin embargo; llegaria apenas á la iglesia de San Luis, cuando me creí arrastrado en pos de M... por una fuerza magnética tan poderosa, que empecé á caminar con cuanta velocidad puede hacerlo un jóven de nuestro temple, á quien no pesan las carnes, y al que aguija la curiosidad elevada á su mayor potencia. Pronto conocí la gran ventaja que cuatro patas tienen sobre dos piernas, aunque estas sean de hombre y aquellas de caballo, pues al emparejar yo con dicha iglesia de San Luis, ya el coche lo verificaba con la casa de Astrearena. Para las ocasiones son los amigos, dije para mi coleto, sondeando el bolsillo, que hallé regularmente provisto; y colocando la mano derecha en la llave de la portezuela de un alquilon, señalé al cochero con la otra el fugitivo vehículo que avanzaba rápidamente.—¿Ves aquella berlina?—Sí señor.—Síguela, y procura guardar la misma distancia que nos separa.—Está bien.—¡Cuidado con...—¡Oh!... descuide, contestó con una risita maliciosa, que me impuso en la gran práctica de sus *galantes paseos*. Resonó un vigoroso latigazo y partimos.

¿Hice bien, ó hice mal? Creo que ninguno de vosotros sabrá contestarme, á pesar de la irreflexion que presidió á mi antojadiza curiosidad. Ocasiones hay en que dejamos muy atrás á la mujer. Héme aquí interesado en una de las mas estrañas aventuras que puede idear la imaginacion mas juguetona. Hé aquí un andante caballero corriendo en pos de una *acuitada y dolorida fermosura*. ¡Cuán larga fué la série de comentarios, todos lógicos y razonados, que uno tras otro compendiaron la vida aparente de aquella jóven, sin conseguir esplicarme la razon de su enlutado misterio!

Nada, á la verdad, tan incomprensible como la linda y animadísima M..., desmintiendo su tranquilidad doméstica, que tantas y tan repetidas veces la oí ponderar, haciéndome envidiar la suerte de su esposo, nuestro buen amigo C... Vosotros que como yo los conoceis, y conmigo sois testigos del amor conyugal mas feliz del universo, convendreis en la caprichosa originalidad de esta aventura. M... posee cuantas brillantes dotes pueden adornar á una dama de la buena sociedad. La posicion de C... no la deja recordar que existen privaciones capaces de entristecer á una beldad de primer órden. Ve satisfechos y aun prevenidos ó escitados sus caprichos, siendo reina en la moda como lo es en hermosura. Es hija única, y sus padres gozan de salud y rentas suficientes para que, naturalmente hablando, la obliguen en muchos años á cubrirse de enlutado traje. Tal es el privilegio de su fortuna, que aun no ha vertido una lágrima sobre los yertos despojos de un ser querido... ¿Qué razon hay pues para que la rica y hermosa dama, la satisfecha esposa, la hija querida y la interesante amiga, vista un luto que rechaza su talle? ¿A qué memoria desconocida ofrece las galas de la muerte? ¿Por qué se rodea de tanto misterio, abandonando sus magníficos trenes, y hace una espedicion sospechosa en una modesta berlina de alquiler? Todas estas reflexiones, y otras mas que callo por abreviar, trabajaron de tal modo mi imaginacion, que casi llegué á dudar de mi vista, temiéndome juguete de un parecido ilusorio, y casi estuve decidido á variar la consigna del cochero y dirigirme al teatro por no apurar un desengaño ridículo. Detúvome, no obstante, la conviccion de que las en-

cantadoras facciones de M... no podian fácilmente confundirse con otras; y que si realmente no era ella, la jóven que se la parecia era sobrado hermosa para hacerme retroceder, y su luto sobrado triste para dejarla sin consuelo... ¿Quién sabe? ¡Adelante!

En esto saliamos por la puerta de Bilbao, dirigiéndonos, segun ya habia previsto, hácia el paseo que conduce á los cementerios. Pocos minutos despues cesó de rodar el carruaje, y yo salí del insondable golfo de mis pensamientos, donde me perdia en conjeturas. Abrí la portezuela y salté al camino; tendí la vista, y solo descubrí á mi derecha una tapia blanca que se estendia á bastante longitud, y una completa soledad al frente y á la izquierda.—¿Y la berlina? pregunté amostazado al cochero.—Ah, señorito! me contestó con satisfecha diplomacia, la berlina paróse á la puerta del otro lado, y yo salime del camino para que no nos vieran.—Bien, le dije procurando disimular la risa, espera aquí.

Doblé tan á tiempo el ángulo de la pared, que aun pude divisar la falda del vestido de M... deslizándose por la entrada principal, frente á la que estaba parado el carruaje. Embozado hasta los ojos avancé con precaucion, y llegado á la puerta, adelanté la cabeza sin éxito alguno, porque ningun ser humano se veia en el estenso patio ni en la ancha galería que circunda. Sin embargo, á derecha é izquierda se abrian arcos de comunicacion con otros patios laterales, y necesariamente á uno de ellos se habia dirigido M... Unos cuantos pasos, y estaba sorprendido el misterio.

Dudé un momento. El secreto de las tumbas es sagrado, y la curiosidad mundana debe espirar en la puerta de un cementerio... ¿Puede ir el pensamiento del hombre *mas allá*?... (1) ¿No profana aquel recinto quien pisa el polvo de los que fuéron sus hermanos, sin lágrimas en los ojos, luto en el corazon y una plegaria en los labios?... Confieso que no sin terror y veneracion pasé aquellos umbrales, y me interné en la galería de la izquierda, penetrando después al segundo patio, en uno de cuyos estremos alcancé á ver á una enlutada, vuelta de espaldas y postrada de hinojos sobre la dura tierra; era M... Sentí oprimirseme el corazon, y tuve que apoyar la mano sobre una de las lápidas sepulcrales para no caer.

La vista de aquella mujer, tan alegre y tan feliz en la apariencia, buscando un consuelo en la mansion de los muertos, fué para mí un desengaño horrible, que me hizo reconocer el ignorante egoismo de mi falsa apreciacion respecto á los secretos del alma. Yo que siempre alimenté mi orgullo en la seguridad de poseer un *don*, que reconozco hoy como un ridículo amor propio, para sorprender en una sola mirada, en una palabra, en un suspiro, los padecimientos morales que la criatura suele guardar en el fondo de su corazon, me veia castigado con las misteriosas lágrimas de una mujer, cuya tranquilidad de conciencia y cuya envidiable ventura comparaba solo con la dicha inefable de los ángeles. Me ví completamente vencido; y cuando separé mi vista de la inesplicable causa de mi derrota, por otra casualidad mas inesplicable aun, reconocí el nombre de nuestro malogrado amigo Ignacio, esculpido sobre la fúnebre lápida del nicho en que se apoyó mi mano... ¡Hay casualidades que parecen providencias! Sentí que un denso velo oscurecia mi vista, ví confusamente girar los sauces y las tumbas... era el llanto que brotaba de mis ojos y se deslizaba en silencio, rodando sobre la *materia viva* y perdiéndose entre el polvo de la nada; era el sincero tributo que mi corazon ofrecia á la memoria de un amigo. El dolor de M... desapareció ante el mio, y me encontré aislado en el mundo entre la vida y la muerte. Sin voluntad propia, y obedeciendo maquinalmente á los impetuosos mandatos de la divinidad, representada en mi alma, caí de rodillas .. y oré apoyando la cabeza sobre la fria losa que encerraba los restos inanimados de Ignacio.

Ignoro el tiempo que permanecí de este modo. Cuando mas tranquilo de conciencia, separé mi frente helada de la piedra, último *marco* en el camino de la eternidad, y recobré mis facultades para ponerme en pié, tendiendo una mirada amarga sobre la *Biblioteca de la muerte;* una sonrisa mas amarga aun salió de mis lábios, al observar la espantosa palidez de M.. que alzado el velo y baja la vista, se dirigia en aquel momento hácia la salida del patio, con paso tan majestuoso y grave, como vaporoso y leve era el que empleaba siempre aquella mujer elegantemente frívola, aceptando esta palabra como traduccion de su franca jovialidad. Pasó á cuatro pasos de distancia y no me vió; verdad es que la preocupacion de su pensamiento era igual á mi completa inmovilidad.

Apenas me hallé solo, me dirigí, temblando cual si cometiera un crímen, al sitio que M... acababa de dejar. Sobre una tosca piedra en que medio borrado se leia un nombre y una fecha, estaba la corona de siemprevivas, humedecida aun por el llanto de los ojos mas bellos, alegres y espresivos que he conocido en mi vida. Hubiera tenido por accion sacrílega tocar siquiera aquel obsequio misterioso y fúnebre, y me contenté con implorar del Hacedor Supremo la misma gracia que, á no dudar, salió de los labios de M..; el eterno descanso del alma que abandonó el cuerpo de aquel hombre llamado *Roman*, el dia 20 *de marzo de* 18.... Ni el nombre ni la fecha habian sido nunca pronunciados por M... en mi presencia, á pesar de verla casi todos los dias, desde la época de su matrimonio con C..., hace poco mas de cuatro años.

Fuera ya de aquel lúgubre recinto, y al respirar el aire libre de los campos, me creí vuelto á la vida, ó mas bien, creí despertar de una horrible pesadilla, no pudiendo convencerme de la realidad.—«¡Imposible! murmuré, sin acordarme de que la miserable concepcion del hombre suele resolver con tan raquítica palabra todo lo que está fuera del alcance de su limitada razon. «*¡Imposible!*... palabra concluyente que nos deja tan satisfechos como si hubiéramos dicho algo. Nos dicen, por ejemplo: «fulano ha muerto» y contestamos imperterritos *¡Imposible!*... acabo de verle bueno y sano...» ¡Como si Dios tuviera el deber de comunicarnos sus resoluciones en los acontecimientos que nos parecen imposibles!... ¡Como si tan necia esclamacion fuera capaz de revocar sus decretos sacrosantos!...

La presencia del carruaje que me habia conducido hasta aquel sitio, debió convencerme de la posibilidad de la aventura; sin embargo, aun dudaba; y á todo trance quise saber lo que en ella habia de cierto. Entré en la berlina y dí las señas de la casa de C..., á cuya puerta se detuvo pocos momentos despues. Subí precipitadamente la escalera, temiendo no encontrar á nuestro amigo, que por fortuna hallé en su gabinete, gravemente ocupado en el arreglo de su selecta biblioteca.

—¡Calla! me dijo alargando la mano, ¿qué tienes, Pepe?—¿Yo? Nada.—¿Cómo nada?... ¡Estas pálido, desencajado...—Sí, tal vez... he tenido la idea de dar un paseo en carruaje, y creo que el humo del tabaco, encerrado en tan pequeño espacio me ha trastornado algo.—¿Quieres té?—No, gracias; esto pasa pronto —Vamos, siéntate y hablemos.—¿Y M...? dije clavando en sus ojos una profunda mirada.—Buena; contestó C... con imperturbable calma. Esta serenidad desbarató completamente mi esperanza. *¡Imposible!* murmuré segunda vez, empleando la ridícula muletilla, á la que debiera sustituir siempre otra mas verdadera, *no lo entiendo*. Decidido á atacar de frente la posicion del enemigo, dejé rodar la conversacion indiferente para no infundir sospechas; y al cabo de media hora larga de razonamientos, triviales entonces para mí, aunque de sumo interés en realidad, como se deja conocer de la amena erudicion de C..., volví de nuevo á la carga, preguntándole si habia salido su esposa.—Sí, replicó; pero ha vuelto poco antes que tú llegases: regularmente no repetirá la salida en todo el dia.—Deseos tengo de preguntarla qué tal la pareció Marietta Gazzaniga anoche en la cancion de la *Naranjera*.—Lo que es por hoy... difícil es.—¿Por qué?—Hoy no está visible... ni aun para mí, continuó C... con una sonrisa misteriosa que me heló la sangre en las venas, tartamudeando sin saber lo que decia —Precisamente... hoy deseaba yo... verla.—¿Verla? Si no es mas que eso, y me prometes no interrumpir su *dia de duelo*...—¡De duelo!...—Sí, hombre, sí, ¿te parece incomprensible?—Justamente.—Vamos; la franqueza de mi genio te ha revelado parte de un secreto, y tu buena amistad te hace acreedor á que lo sepas por entero, dándome palabra de no aludir en presencia de M...—Te dispenso tal prueba de confianza, si temes que una indiscrecion mia puede ofender á tu esposa; secretos hay que debe ignorar el amigo mas íntimo.—No, Pepe, no; hay muchos iniciados en él; lo único que á mi mujer repugna es que delante de ella se toque la cuestion; por lo demás... ¿deseabas verla? ven, y no te sorprenda si te recomiendo precaucion... ¡Ella no quiere vernos!

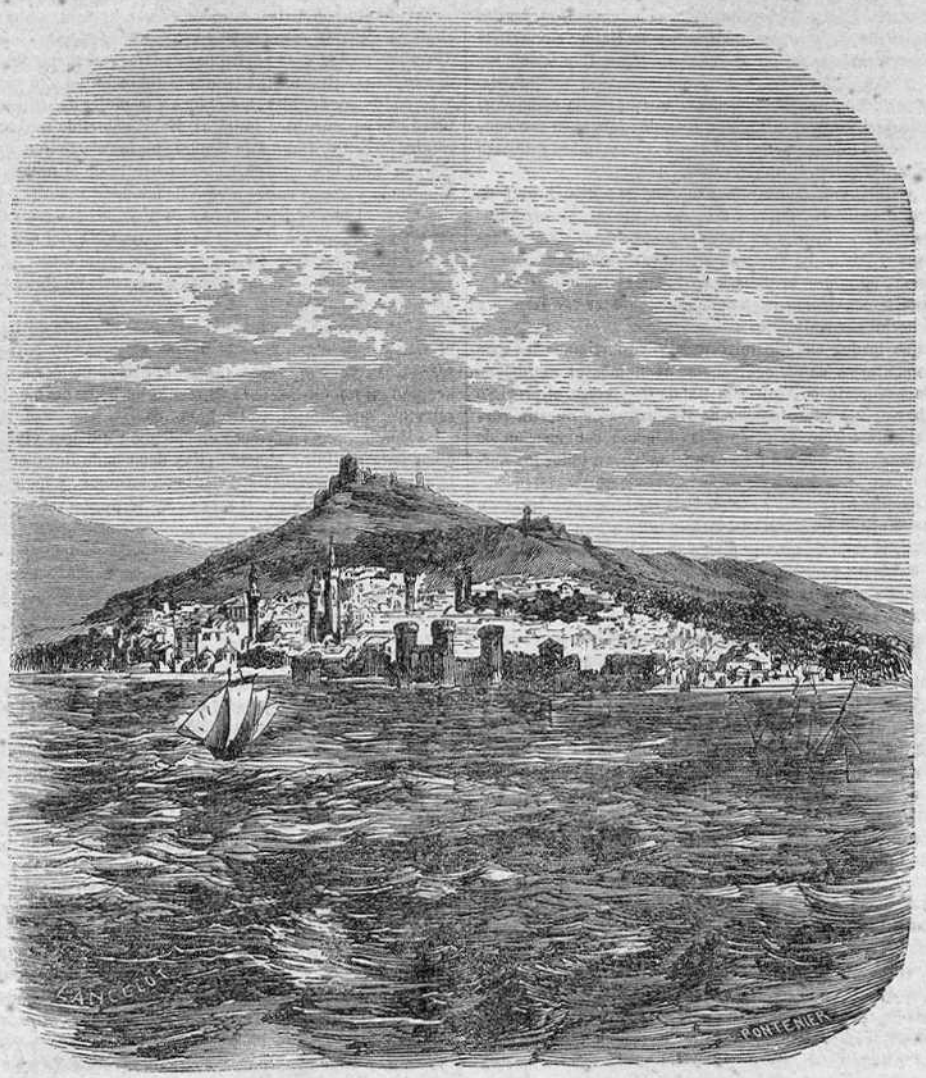
Interesado mas y mas en la estraña confidencia prometida, é internado en aquel Dédalo donde no reconocia senda ni pisada, me dejé guiar por C..., procurando, como él, hacer el menor ruido posible, hácia el gabinete de su esposa. Latia mi corazon con violencia, y me pareció criminal aquel acto de espionaje, tan contrario al carácter de ambos. Quise referir á C... cuanto habia visto; pero la curiosidad, escitada por el próximo desenlace, pudo mas en mi alma.

Llegamos; la puerta del gabinete de M... estaba cuidadosamente cerrada; la entrada en aquel atrincheramiento del pudor y templo de la hermosura era el límite de la *inspeccion visitera*. Desde que la bella sacerdotisa tomó á su cargo, el dia de su matrimonio, la decoracion de su gabinete, estudio y tocador á la vez, ningun profano de barbudo sexo habia tenido poder bastante para que se le franquease la entrada, esceptuando naturalmente al dueño absoluto de sacerdotisa y templo. C... se inclinó ligeramente, aplicando su vista al ojo de la llave, precaucion necesaria, porque en el cerrado tocador de una dama pueden ocurrir escenas que solo es lícito sorprender á un marido. Prévia esta formalidad, me invitó por señas á imitar su accion; traté de resistirme, por pura ceremonia, lo confieso; mas *violentando* mi delicadeza, me empujó suavemente, repitiendo la misma seña. Obedecí

(1) *¡Mas allá!* Hé aquí dos palabras que dirian mucho mas; y podrian sustituir dignamente á los disticos latinos, que por lo general ostenta el *Arco triunfal* de la muerte.

y miré. Jamás hubiera sabido figurarme lo mucho que puede verse por una cerradura, cuando esta pertenece á la puerta del gabinete reservado de una dama. Lo primero que fijó mi atencion, fué la misma M... postrada de rodillas en medio de la estancia, elevando al cielo sus manos temblorosas y dejando adivinar la oracion que se escapaba de sus entreabiertos labios del mismo modo que las brillantes perlas de sus ojos... ¿Por quién aquella plegaria? ¿Para quién aquel suavísimo rocío?... Seguí adelante en mis observaciones, y vi ocupando casi todo el testero del frente un magnífico cuadro pintado al óleo. Hé aquí la representacion de la pintura. Sobre una alfombra de nubes hundia su planta de rosa y nacar la Concepcion purísima de una Vírgen. La figura parecia impalpable, temiendo el observador á cada instante ver desvanecida la portentosa aparicion, ú ocultarse mas bien entre el velo de la nube que ondulaba y crecia jugueteando con los pies de la sagrada imágen. Dos bellísimos ángeles de trasparentes alas sostenian sobre la frente de la inmaculada Vírgen una corona de flores .. cuya fragancia me pareció aspirar al través de la puerta. Un rayo de luz deslumbradora, un sol que cegaba, atravesando el espacio y matizando las flores, inundaba el rostro mas hermoso y puro que pensamiento humano puede concebir... Clavé una mirada de profunda veneracion en aquel sueño realizado del arte, y... no fuí dueño de contener un grito comprimido de sorpresa. ¡Acababa de reconocer las encantadoras facciones de M...!

Una esclamacion general de los tres amigos interrumpió la narracion de aquel á quien daban el nombre de Pepe. Por mi parte, me faltó muy poco al llegar á este punto, para no arrojar el periódico y



(Smirna.)

contemplar á mi sabor la fisonomía del jóven, leyendo en ella si éramos ó no sus oyentes risible objeto de una burla. Felizmente me contuve, y restablecido el órden siguió hablando de este modo:

—C... me cogió de un brazo y yo me dejé arrastrar como un insensato lejos de aquel sitio. Cuando nos hallamos en un gabinete me dijo: —¿Qué diablos has visto para comprometer de ese modo tu palabra empeñada?—¡M.... M... adorándose á sí misma!—¡Ah! ya! Reconocias entonces su retrato en el rostro de la Vírgen; ¿no es esto?—Eso es; contesté sin poder adivinar la calma de aquel hombre cuando yo era presa miserable de las mas estrañas emociones. (Este es *el* síntoma mas declarado del humano egoismo; quisiéramos que lloraran y rieran siempre con nosotros los hombres y los brutos, las plantas y los elementos; quisiéramos que la creacion entera fuese el eco triste de un suspiro, ó el coro alegre de una risa.) C... continuó:

—Nuevo es, á la verdad, para tí lo que hoy has visto, y comprenderá tu sorpresa; oye pues la historia de ese cuadro, íntimamente unida al *dia de luto* de mi esposa.

Poco mas hace de cuatro años que me casé con M..., después de unos ocho meses de tranquilas relaciones. Nos amábamos con igual ternura, y no nos engañamos al entrever la dulce felicidad que seguiria constante á nuestra union. Hasta el dia no ha habido en esta casa el mas leve disgusto, ni la menor sombra de tristeza; no se han derramado en ella mas lágrimas que las que M... tributa á la memoria de... mas no quiero anticipar sucesos. Un mes habia trascurido ape-

nas desde el dia en que se unieron dos existencias creadas para amarse, cuando sorprendió nuestra, aun aislada ventura, el anuncio de una visita *para ambos*. Aunque algo contrariados, nos apresuramos á recibirla. Era un jóven de interesante fisonomía, lleno de nobleza en sus modales, y vestido con el mas rigoroso luto.

—Caballero, me dijo despues de saludar á M... con delicada galantería, ¿cree Vd. que debe cumplirse la voluntad de un amigo... de un hermano moribundo?—Es un deber sagrado, le contesté bastante sorprendido de la pregunta.—¿Se ofenderá Vd. ó se ofenderá su amable esposa, si esta última voluntad es la entrega del regalo de boda de un hombre que ya no existe?—¡Para mí!—Para Vd., señora, siempre que este caballero lo permita.—Y bien, ¿no podré saber de quien?...—La mision que juré cumplir á mi triste amigo, no pasa mas allá; sea ó no aceptada la ofrenda, debo retirarme ahora mismo.—La aceptamos, caballero, con la veneracion que merece, y espero que no sea esta la última vez que honre su casa, quien así honra la memoria de un amigo.—Gracias, respondió con una amarga sonrisa que jamás olvidaré, gracias... mañana parto para Italia; soy artista y quiero estudiar las bellezas de los grandes maestros. Hoy mismo recibireis, vos señora, la obra mas perfecta que animaron los pinceles de mi amigo infortunado, una Concepcion... tan hermosa como vos. Este caballero recibirá tambien un pliego cerrado; ignoro lo que contiene. Ahora permitid que me retire sin declarar un nombre que para nada puede servir. Os deseo eterna ventura... ¡Adios!

—Ni M... ni yo pudimos ocultar la simpatía que hizo brotar en nuestras almas el insinuante, dulce y á la vez triste acento de aquel jóven. Probablemente verificaria su viaje proyectado, porque en los cuatro años trascurridos no he vuelto á encontrar aquella mirada de profunda espresion, en la que brillaba á no dudar la luz del genio; y lo he sentido, por la conviccion de que su amistad debe ser franca y leal, y hubiera hecho por conseguirla.

Aquella misma tarde, cuando mi esposa y yo hacíamos los mas disparatados comentarios de la ocurrencia, recibimos el anunciado obsequio. Cuidadosamente cubierto con un lienzo, venia el precioso cuadro que acabas de ver en el tocador de M... Juzga de nuestra sorpresa al reconocer el perfecto parecido y la deliciosa composicion de una jóya que no cambiaria por los tesoros que encierran todos los museos del mundo.

—¿Quién ha podido hacer esto? esclamé sin recordar que tenia en la mano la contestacion á mi pregunta. Recobrado algun tanto, me apresuré á romper el sello de un un pliego dirigido á mi nombre, y dentro del cual hallé una preciosa miniatura, retrato tambien de M..., á la que acompañaba la aclaracion de tan estraño misterio, encerrada en una carta. Vas á verla.

—A este tiempo levantóse C..., y abriendo uno de los cajones de su escritorio, tomó de él, y puso en mis manos el papel que á mi vez voy á leeros, dijo Pepe, sacándole de su cartera.

—¡Cómo! esclamó Luis al verle, ¿original?

—No. Es una copia que hoy me ha permitido hacer, para dar á mi relacion toda la exactitud posible. No es un misterio, y por consiguiente ningun reparo ha tenido en autorizarme para ello, recomendando siempre el sigilo delante de su esposa. La carta dice así. (Al autor de este artículo no le fué posible tomar notas de aquella lectura; pero desde la misma fecha se ha dedicado con asiduidad al estudio de la taquigrafía... los cajistas de la imprenta dirán si hago progresos. Mientras se presenta ocasion de aprovechar mis nuevos conocimientos, se me perdonará si no respondo de la exactitud de mi memoria en el caso presente; el papel leido decia, sobre poco mas ó menos, lo que sigue:)

—«Hace dos años que penetraron en el modesto estudio de un pintor tres personas: eran, la criatura mas bella que contemplaron los nacidos, y los felices padres de este ángel. Pidieron al artista que trasladase al marfil la obra mas perfecta de la creacion... el deseo mas acabado del Altísimo!... ¡Raro capricho! ¿Qué colores darian fuego para sus ojos, nieve para su frente, verdad para la ilusion? El pintor analizó uno por uno los encantos de la niña, y consiguió bosquejar una miserable sombra... labios que no exhalaban húmedo perfume, mirada que no abrasaba el corazon, seno que no oscilaba blandamente. El retrato se parecia al original como el arroyo al torrente, como la brisa al huracan, como la flor lozana á la flor marchita.

»Aquel retrato era, sin embargo, el mejor trabajo del artista. Además de los pinceles, tomó parte en él todo su corazon. Desde entonces se cifró su gloria, su porvenir y su felicidad en el amor de aquella criatura. Esperó... y esta esperanza le mata.

»Del fiel recuerdo grabado en su imaginacion, hizo otra copia que presidiera y animara la ambicion de su genio. Solo por ella brotó en su pecho la inspirada llama del artista, fuego fátuo que iluminó la rápida existencia de Rafael. Su nombre llegó á pronunciarse con asombro, sus obras se pagaban mas de lo que puede lisonjearse el orgullo. Deseaba reputacion, y la adquirió sobrada; pedia riquezas, y la fortuna y el amor de su esperanza sobrepujaron sus doradas ilusiones; los laureles del pintor enriquecieron al hombre.

»Habia llegado el tiempo de coronar la grande obra de la felicidad. El amor del ángel querido era tan necesario al artista como el aire y la luz; esperaba el verdadero premio de sus desvelos, reclinando su abrasada sien en el cándido seno de la niña... ¡Dios lo dispuso de otro modo! Respeta sus decretos... y muere. La flor de su esperanza abre su cáliz hechicero para inundar con su fragancia la existencia de otro hombre mas feliz; la mano que se tendia para tomarla se retira oprimiendo un corazon que se desgarra.

»La religion es un bálsamo que cicatriza las heridas del alma; en ella buscó su inspiracion perdida. De nuevo brillaron los colores bajo su pincel, pronunciando su labio el nombre de María, cuya pura Concepcion creia el desdichado trasladar á un lienzo. El ardor de su locura presidió la inspiracion, y el amor la embellecia; el mismo amor que se lisonjeaba sepultar bajo la belleza de una inspiracion sagrada.

«Deliraba el artista cuando creyó olvidar. Su mano cubria el lienzo de colores; su corazon se empapaba bajo el manto de una virgen. Terminó su obra y se postró para adorar la representacion de la madre de Dios... ¡Insensato! Colocada sobre nubes, vestida con estrellas y coronada por ángeles, vió el loco á la mujer de sus amores, copiados uno á uno sus encantos infinitos. Habia cometido un sacrilegio del que estaba inocente. Pidió á la inspiracion la celeste hermosura de la Vírgen: su alma le mostró la belleza perfecta de la mujer... ¡Rafael hizo lo mismo, y murió con el esceso de felicidad amorosa!... ¿Qué no podrá hacer el esceso del dolor? La vida del artista era su gloria; la gloria era su amor; sin el amor ¿qué es la vida del artista?... La vida del cristiano es el apoyo de la religion; sin este apoyo ¿qué es la vida del cristiano?... ¡La nada y la muerte! Así terminan los amores; así acaban los pesares.

»Cuando leais esta historia, ya habrá cesado de latir un corazon; el artista muere por el amor de una mujer... yo soy el primero, la segunda es vuestra esposa. No maldigais la memoria de un infeliz, y aceptad en mi última obra el regalo de boda de un pintor. Son dos retratos; uno para M... otro para vos.

»Muero, mas no cometo un suicidio; quisiera vivir para amar, y amar para glorificar el arte. ¡Hay demasiado fuego en mi corazon, y le aniquila: hay demasiado llanto en mis ojos, y los ciega! Sin corazon no se puede amar, sin vista no se puede pintar. Muero bendiciendo los juicios de Dios, y pidiéndole vuestra ventura en cambio de mi vida... ¡sea ella feliz!... ¿Qué importa al mundo la muerte de un pintor?

»Adios. Me robais la existencia, y no me quejo de vos.. á condicion de que adoreis á M... como la adoraba

ROMAN.»

—Aquí termina la carta, dijo Pepe volviéndola á su cartera; no sé qué decir de su lenguaje. ¿Es el de un genio? ¿Es el de un loco?

—No, contestó Luis; es el de un artista poeta, que tuvo la desgracia de creer la inmensidad de su amor, y no tuvo la precaucion de salir *á tomar aires* y buscar otra belleza; la hubiera encontrado á los pocos pasos. Termina hoy la relacion de tan estraña aventura, y otro dia comentaremos la carta del infeliz Roman.

—Después de leida se la devolví á nuestro amigo C... que siguió hablando de este modo:

—No puedes figurarte el efecto que hizo en nuestro ánimo la idea de aquel amor profundo y misterioso. M... ni aun recordaba las facciones del que dos años antes habia copiado las suyas. Ya sabes el carácter de mi esposa y su entusiasmo por todo lo sublime; aquel dia se cubrió de luto y lloró con verdadero dolor, contemplando el precioso regalo. Ignoro de qué medios se valió para descubrir el dia de la muerte de Roman y el sitio donde reposan sus cenizas; el caso es, que desde entonces, llega el 20 de marzo y no tengo esposa. Después de ir á depositar una corona de siemprevivas sobre la tumba de su amante, permanece oculta en su gabinete, orando por el descanso eterno de su alma. ¿Por qué me ha de ofender el inocente desahogo de su corazon? ¿No es justo que dedique un solo dia á la memoria del que murió por su amor? ¿Debo temer la rivalidad de un cadáver?

—¿Y después, no conserva algun recuerdo que altere la dulce tranquilidad de vuestra vida?

—Es un misterio para mí. Creo que no, mas sin asegurarlo, tan estraño me parece su dolor en un dia determinado, como incomprensible su calma en el siguiente.

—¿Me permites estudiar mañana su semblante?

—¿Por qué no? Te advierto que nada adelantas; y sobre todo, no olvides mi prevencion. Mil veces he querido sondear su pecho, y siempre me ha interrumpido, diciendo con su encantadora sonrisa: «Curioso eres C.. ¿no hemos convenido olvidar esta aventura que me reservo *yo sola* recordar una vez al año? ¿No estás contento de mí? ¿Qué mas quieres?» y en seguida distrae la conversacion, con

alegre volubilidad, hácia otro objeto cualquiera. Te aseguro, Pepe, que nada advertirás mañana.

—Lo veremos. Vendré á almorzar con vosotros.

—Corriente; te espero sin falta.

—Hasta mañana.

Ya supondreis que la curiosidad no me permitiria faltar al compromiso. A las once del dia 21 de marzo subia apresurado las escaleras de la casa de C... que me recibió con la sonrisa mas significativa. M. . estaba al piano ensayando una pieza del *Trovador*. Su acogida fué tan franca como siempre, y al poco rato pasamos al comedor.

Durante el almuerzo, cuyos honores hizo con la envidiable gracia que la distingue cuando está en familia y se complace en servir á los amigos de su esposo, como dice con encantadora coqueteria, procuré reunir todas mis facultades de observacion, á fin de sorprender un suspiro, una distraccion.. ¡nada! En vano apuré cuantos recursos me sugeria la curiosidad escitada á su mas alto grado.

Nunca me parecieron tan bellos sus ojos celestiales, puros y serenos como la luz y el aire; el matiz brillante de sus mejillas hubiera marchitado al clavel mas orgulloso; y en su boca de niño lucia la sonrisa mas hechicera y mas venturosa... que la de los mismos ángeles que coronaban su retrato... ¿Era aquella la desconsoladora mujer que pocas horas antes lloraba sollozando, pálida y temblorosa sobre la tumba de un desgraciado?... Solo entonces pude convencerme, amigos mios, de la increible fuerza de voluntad que existe en el corazon de ese frágil dijecillo, el mas bello entre las obras de Dios, y el único en la creacion que tiene la facultad de proveerse de risa y lágrimas, segun las exigencias de su capricho.

Hablamos indiferentemente de teatro y modas, de bailes y paseos, desplegando M... en todo la agudeza de su ingenio y ocultando con natural maestría los recuerdos de su corazon... necesariamente ulcerado. Esta es una suposicion mia; repito que me deslumbró su tranquilidad y la dulcísima negligencia de su dicha.

—Es chocante, dijo Luis, lo que acabas de referirnos; lo único que puedo asegurar es que M .. lucha una vez al año *voluntariamente* con la aciaga época del romanticismo, venciéndola y atrincherándose en su felicidad doméstica para recobrar las fuerzas de su abatido corazon. Esa mujer es una heroina, porque siendo entusiasta y poseyendo un alma de fuego, comprende su puesto en la sociedad y combate para conservarle. Desde hoy la admiro... y no estraño que un gran artista muriera por su amor. ¿Qué hubiera sido de aquel hombre unido con esta mujer? ¡Solo Dios lo sabe! Su vida seria una cadena de triunfos, una serie de privaciones ó un tejido de crímenes. El sol alumbra y quema; por esta razon nos colocó la sabiduria eterna en el espacio, donde gocemos de su luz y no nos alcance su fuego.

—Señores, se levanta la sesion. Hoy os he proporcionado un lícito pasatiempo; mañana nos referirá Paco por menor la historieta de vecindad que nos tiene ofrecida.

Desde luego; pero no en este sitio; me incomoda la estraordinaria concurrencia y el calor sofocante que empieza á sentirse; ya acordaremos otro punto de reunion.

Dicho esto se levantaron, y saludándome cordialmente me dejaron con tamaña boca abierta como la entrada del café.

¿Adónde irán á parar con sus huesos? ¿Cómo averiguarlo? Y entre tanto ¿qué va á ser de mí en las primeras horas de la noche? No importa; la providencia me guiará; no hay como arrojarse entre sus brazos, con esperanza y fé.

A pesar de estas dos virtudes cardinales, pasan las noches y nada encuentro digno de referirte, lector pacientísimo: ¡cómo ha de ser! Ten calma; que la mia es proverbial cuando va unida á la esperanza.

MANUEL P. DURÁN.

LITERATURA ESPAÑOLA.

POESIA CASTELLANA DEL SIGLO XV.

ESTA ES UNA REVELACION QUE ACAESCIÓ A UN OME BUENO HERMITAÑO DE SANTA VIDA QUE ESTABA RREZANDO UNA NOCHE EN SU HERMITA É OYÓ ESTA RREVELACION EL CUAL LUEGO LA ESCRIVIÓ EN RYMAS CA ERA SABIDOR EN ESTA CIENCIA GAYA.

E comiença é dice asy

Despues de la prima la ora pasada
en el mes de Enero la noche primera
en CCCC é veynte durante la hera
estando acostado alla en mi posada
non pude dormir essa trasnochada.
á la mañana un sueño mevino
veredes señores lo que me avino
mientras pasava el alumbrada.
En un balle fondo escuro apartado
espeso de varas soñé que andava
buscando salida enon la fallava
topé con un ome que yacia fynado
holia muy mal ca estaba fynchado
los ojos quebrados la faz denegrida
la boca abierta la barva cayda
de gusanos é moscas muy acompañado
Mirando el cuerpo de chico balor
oy una voz aguda my fierra
abrí los mis ojos por mirar quien era
vy una ave de blanca color
decia contra el cuerpo hereje traydor
del mal que feziste sy eres repisso
por tu vana gloria é falto Riso
yo en el infierno vivo con dolor
Asentose muy paso á su cabeçera
çercando el cuerpo todo aderredor
batiendo las alas con muy grand dolor
fazia gran llanto de estraña manera
decia cuytada como soy senera
non falla lugar do pueda guarir
malo fue el dia que ove á venir
á ser tu cercana é tu compañera.
De Dios nin del mundo pavor non oviste
faltaste tu ley é sus mandamientos
yncredulo fueste en tus pensamientos
jurando en vano mentiste falsaste
á pobres cuytados lo suyo tomaste
con tu luxuria é mucha cobdicia
é con tu sobervia é grande avaricia
donde yo era limpia muy mal me ensuziaste
Responde me agora á esto que te digo
que tu bien solias de ty dar rrazon
pues mira agora mi tribulacion
que en alto nin en baxo non fallo abrigo
como enmudesçite mortal enemigo
de lo que solias fablar é dezir
mas me valdria contigo morir
que non perseguir aqueste que sigo

Essa ora el cuerpo fizo movimiento
alçó la cabeça comçó á fablar
é dixo señora por que tanto culpar
me quieres agora syn merescimiento
que sy dixe ó fize fue por tu talento
sy non mira agora qual es my poder
que estos gusanos non puedo toller
que comen las carnes de mi criamiento.
Tu mi Señora yo tu servidor
mis pies y manos por ty se movieron
á do quisiste alla anduvieron
yo fuy la morada tu el morador
pues por que me cargas la culpa é error
en caso que algo yo cobdicié aver
la fuerza Señora en ty fué æ poder
por que me dejaste complir mi sabor.

O cuerpo maldito, vil enconado
lleno de fedor é de grand calabrina
metieronte en foyo cubrieronte ayna
dexaron te dentro á mal de tu grado
por ende tu piensas que as ya librado
primero serás delante el derecho
donde daras cuenta de todo tu fecho
que en el mundo feziste do poco has durado.
Dyme agora cuerpo de grand traycion
por que desvarias en tu departir
que si tu quisieres la verdad dezir
bien sabes por cierto qual fue la ocasyon
tres malos trarios malos de una condicion
el malo del mundo tan falaguero
el diablo maldito é tu el primero
traxisteme atada en tu prision.
Porque señora mas enojar
me quieres agora en esta sazon
que en quanto dexiste non tienes razon

vete en buena ora dexame estar
pues el señor nos ha de juzgar
é dara á cada uno su merescimiento
mas bien me paresces que eres cimiento
pues por tus malos fechos has de penar.
Ellos estando en esta porfia
salió un diablo negro de un espesura
gesto espantable de mala figura
lynazas de fierro en las manos traya
dixo contra el anima tu seras mia
é conmigo yrás allá á mi posada
á donde serás bien advergada
que allá fallarás azas compañia

El ángel de Dios que esto veya
fue contra el malo muy ayrado
é dijo diablo sey ya pagado
de quanto mas fazes de dia en dia
pues te atreves con grande osadia
de mi tu irás mal baratado
aunque te pese á mal de tu grado
aquesta anima será toda mia.

Quando fué el anima de pena librada
é vio que tenia tan grand señorio
dixo del mundo que era desvario
pues que del yba tan despagada
é dixo asy mundo de aquesta vegada
yo dire las cosas todas que ay en ty
porque en mi cuytada bien la senti
por donde á poco fuera condenada.
Dixo mundo falso de grand mesquindad
vil, revoltoso de poca valia
juzgo por loco quien mucho en ti fia
ni faz su Thesoro de tu vanidad
que en caso que pongas en grand potestad
á algunos en punto trastorna tu rrueda
non ha tan discreta lengua que pueda
dezir tus locuras é grand falsedad.
Aquel que ama la tu voluntad
todo es lleno de mucha maliçia
sobervia envidia é gran avaricia
syembras en todas é mucha maldad
cobdicia é gula é grand torpedad
luxuria muy fea e vil vanagloria
toda está llena tu mala memoria
de mucha ynfinta é grand vanidad
Segund mi juicio son ygnorantes
aquellos que siguen la tu falza via
é tienen fiança en ti cada dia
en tus ximonias poco durantes
que puesto que sean azas avastantes
de mucha rriqueza é grand señorio
todo es niebla, viento é rocio
que pasa é corre por sus temporantes.
A cuervos, milanos, mochuelos cuytados
en alto trevol veo que los subes
con tan firmes alas fasta las nubes
jamas nunca cesan sobir sus estados
nobles girifaltes bayles y sardos
derribas é abajas en mar muy profundo
los tales juicios de falso mundo
quien los jusgara por bien hordenados.
Aquellos serán bien aventurados
que se guardarán de tus fallimientos
de tus enemigas é acaescimientos
feos torpes é desvariados
non podrian ser memorados
tus teptaciones é desvarios
tus symonias pompas é brios
todos son nada en cabo tornados.
Veo que rreyes é emperadores
Papas, maestres é cardenales
sus magnifiçencias é pontificales
todo feneçen en vanos sabores
condes, duques, obispos, priores
segund obraren ansy gozaran
é los letrados entonces veran
los malos juicios tornar en sabores.
Cá sea verdad muy clara paresce
que ome natido non ha de levar
de ty falso mundo sy non bien obrar
que todo lo otro ayna fallesce.
pues que el pecador non se aborresce
de syempre pecar como face el moro
aquel es que bien obra que faz su thesoro
á donde por syempre el nunca peresce.
O tu perzona que as de mandar
vasallos y tierra rriquezas y aber
é non lo rrepartes segund es menester
mas syempre punas de Thesorar
guardate mesquino de mas ofensar
al tu facedor con amas las manos
fecho de tierra monton de gusanos
non quieras por poco perder buen lugar.
O quanto amorio nos quiso mostrar
el fijo de Dios por nos Redimir
que puso su cuerpo bendito á sofrir
muchas afliçiones esquivas syn par
é muy de grado quiso tomar
muerte cruel é ser flagelado
preso ferido é muy desorrado
en quanto humano por te salvar
Non fué meresciente segund me semeja
mas fué pastor de grand caridad
que con mucha paciencia é grand humildat
derramó su sangre por ti su obeja
muy cara le cuesta la tu pelleja
á la su bendita carne humana
que pecador con voluntad sana
debes creer aquien bien te aconseja.
Aquella palabra deves noctar
que su santa yglesia te dize é atiza
reconoscete hermano que eres çeniza
é en çeniza pura te has de tornar
ca non sabes el dia que te ha de llamar
que vayas dar cuenta de quanto feziste
é sy condepnado ser meresciste
chino nin bartolo non cabe alegar.

EDUCACION.

Cosroes, rey de Persia, dice el filósofo Sadi, tenia un ministro á quien amaba mucho, y de quien era amado. Vino un dia este ministro á pedirle permiso para retirarse. «¿Por qué quieres dejarme? le dijo el monarca. He derramado sobre ti el rocío de mis beneficios; mis esclavos no distinguen tus órdenes de las mias; te metí en mi corazon; no salgas de él.» Mitranes (así se llamaba el ministro) le respondió: «Oh rey, te he servido con celo, y me has recompensado con suma liberalidad; pero la naturaleza me impone ahora obligaciones que debo mirar como sagradas: permiteme cumplirlas. Tengo un hijo, y solo yo puedo enseñarle á servirte algun dia, cual te he servido.»—«Convengo en ello, dijo Cosroes; pero con una condicion. Entre los hombres de bien que me has dado á conocer, no he hallado ninguno que sea tan digno como tú de servir de maestro á un príncipe; completa tu sabio ministerio con el mayor beneficio que un hombre puede hacer á los demás: débante un buen soberano. Conozco los vicios y corrupcion de la corte. No quiero que el príncipe se crie en ella: encárgate de él, y vé á instruirle junto con el tuyo á la soledad que te propones habitar en el seno de la inocencia y de la virtud.»

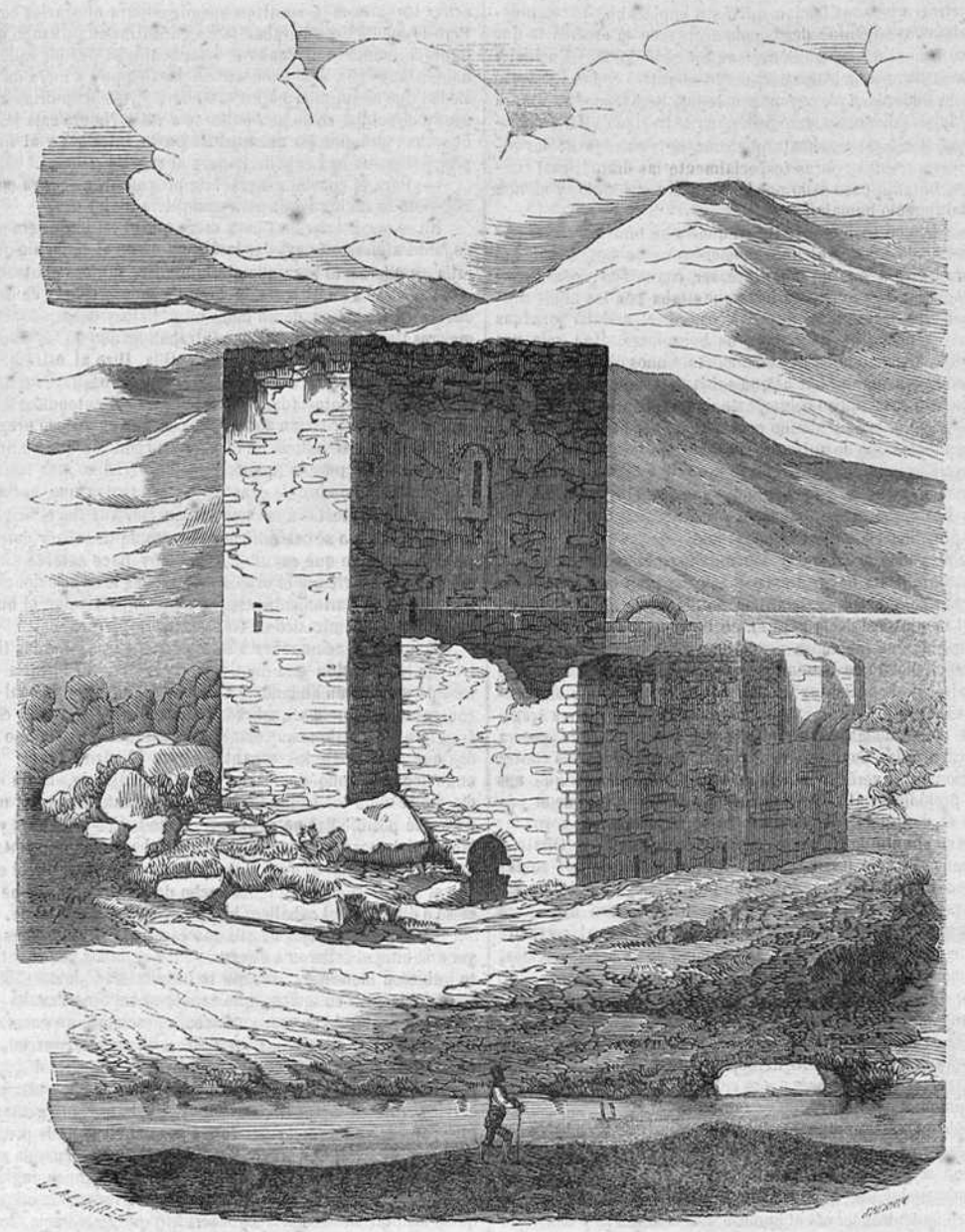
Mitranes partió al instante á su retiro con los muchachos, y despues de cinco ó seis años volvió con ellos al palacio de Cosroes, quien tuvo mucho gusto en ver á su hijo; pero le pareció que no igualaba en mérito al de su ministro. Causóle esto mucha pena, que comunicó á Mitranes. «Oh rey, le respondió el ministro, mi hijo ha hecho mejor uso que el tuyo de las lecciones que á ambos he dado con igual cuidado; pero mi hijo sabia que tenia necesidad de los hombres, y no pude ocultar al tuyo que los hombres tendrian necesidad de él.»

Las tres cosas mas difíciles en este mundo son: guardar un secreto, olvidar una injuria, y emplear bien el tiempo.

Tanta cobardía hay en hablar mal de los que no pueden defenderse, como en acometer á un hombre desarmado.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario é Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra.



CASTILLO DE VILLAVERDE EN LUNA.

A distancia de una legua y hácia el N. de la villa de Luna, encuéntrase este castillo y parte de su antigua fortaleza llamada de Villaverde; siendo su situacion en un pequeño valle á la márgen derecha del rio Arba de Biel.

Fué conquistado de los moros por el rey de Aragon D. Sancho Ramirez en el año 1091, al propio tiempo que lo fué dicha villa y el castillo de Obano, del que ya hablamos en otra ocasion; todavía conserva una severa perspectiva, y se halla construido de macizos sillares; en sus alrededores se conservan vestigios de una antigua poblacion.

J. A.

UN ESTRANJERO EN VERGARA.

En una corta poblacion de un condado interior de Inglaterra, cuyo nombre por lo revesado no acierto á pronunciar ni á escribir, se enterraba, con las ceremonias prescritas en el ritual anglicano, un respetable ochenton, de buena pasta, de rentas pingües, cuidadoso de su hacienda, tan chapado á la antigua, que conservaba todavía su coleta, una de las pocas que en el reino unido quedaban en el año de gracia de 1839; y tan enemigo de novedades, que, segun fama del país, la causa de su muerte fué el berrinche que le dió al leer uno de los discursos de lord Clarendon sobre la reforma de la ley de cereales.

Heredábale su sobrino M. Bloodman, hombre de unos treinta años, de grandes mofletes, ojos hundidos, vista fija, cráneo prominente en la parte superior, á manera de pan de azúcar, cuerpo pequeño, piernas cortas y terrible muñeca.

De la pérdida del tio, aunque muy sensible y llorada, no tanto le consoló el rico patrimonio que le hacia el propietario mas acomodado del país, cuanto la libertad que al mismo tiempo adquiria; porque, sujeto desde su mas tierna edad á las rarezas del difunto, no habia podido dar suelta á las propias, que, aunque de otra calaña, no eran menos estravagantes, y por efecto de la misma contradiccion crecian y se arraigaban. Todo su deleite consistia en las escenas de horror. Al tomar la Biblia, deteníase en la descripcion de aquellas degollinas en que anduvieron los israelitas, hasta que lograron establecerse en la

tierra prometida; saboreábase en la lectura de los bárbaros tormentos que á los mártires cristianos hacian sufrir sus implacables perseguidores; disputaba con el dómine del pueblo acerca de la escelencia que sobre todos los demás debia concederse al libro segundo de la Eneida; y en llegando á la historia de su patria, perdia el juicio con el asesinato de los hijos de Eduardo el V, y con aquel flujo de hacer decapitar á sus propias mujeres que se apoderó del ánimo de Enrique VIII. Shakespeare fué su autor favorito, hasta que conoció la escuela de los románticos modernos, cuyas obras (especialmente las dramáticas) consideraba como un gran paso dado por la literatura del siglo, y el *non plus ultra* del ingenio humano.

No habia duelo en todo el distrito en que no se ofreciese á ser padrino, ni moribundo á cuyos últimos momentos no quisiese asistir, ni operacion quirúrgica á que no solicitase ser convidado, como si se tratara de un festin. Las únicas caricias que usaba con los niños consistian en hacerlos desternillar á puras cosquillas: andaba jornadas enteras para ver una riña de gallos ó de bojeadores. Una sola vez habia visto ahorcar, cuando estuvo en Londres, á unos pleitos de su tio, y le dió tal comezon por probar á qué sabia toda aquella maniobra, que restituido á su casa, quiso colgarse de una viga, previniendo á su criado que cortase el cordel cuando conociese que la fiesta iba de veras, condescendencia que no quiso tener el honrado James, antes bien le afeó su loco pensamiento. Andábale su tio muy á la mano para que no diese alguna campanada, y mas cuando supo que habia proyectos de escapatoria, hasta que entre persuasivo y amenazador le hizo prometer que no le abandonaria en sus últimos dias.

Pero dueño ya de sí mismo y sin ninguna obligacion, no quiso perder un instante hasta llevar á cabo el estraño plan que habia concebido y al cual se habia muy de antemano preparado. «¡Qué treinta años tan mal empleados! decia para sí: no he visto todavía un reo en capilla, ni esa máquina ingeniosa que llaman guillotina, ni he llegado á comprender el modo que tienen de empalar los musulmanes, que tengo para mí debe de presentar variados lances. ¿A dónde me dirigiré? ¡A España! Sí, á España, país clásico de las sensaciones trágicas, país de donde cuentan maravillas; allí donde arde la guerra civil mas encarnizada, donde se ve la lucha de dos barbaries contra una civilizacion. Allí veré yo si son positivas las lindezas que nos cuentan los periódicos; allí veré las corridas de toros, en que el público silba y se desespera si el lidiador no se deja dar una cornada; allí presenciaré el auto de fé que dicen está preparando en Oñate el obispo de Leon; allí veré las saturnales revolucionarias y los soldados que se meriendan á los niños fritos con pimientos y tomates.» Así discurria nuestro Mr. Bloodman, como discurren, poco mas poco menos, muchos estranjeros, y entre tanto, para ponerse al corriente en la lengua española, escribió á un amigo suyo de la legion inglesa, en comision en Madrid, que le remitiese alguna obra de gusto.

El amigo, que tendria sus puntas de socarron y conocia de qué pié cojeaba su comitente, le envió los doce tomos de la *galeria fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas*, de lo cual podemos inferir qué bien enseñado saldria nuestro héroe, así en nuestro idioma, como en nuestro carácter y costumbres, que creia fielmente representadas en aquel tremebundo testo.

Por lo referido, creerán nuestros lectores que mister Bloodman era hombre de perversas entrañas, y mas cuando sepan que en su proyectada espedicion se proponia no ser mero espectador, sino tomar parte en la contienda, uniéndose al bando que de mayor ferocidad le diese muestras. Pero nada de esto: era el hombre mas compasivo y dadivoso: sentia lo que no es decible al ver padecer á sus semejantes: sudaba, lloraba, se estremecia; hubiera dado su vida para aliviar el dolor ajeno; mas, por un fatal sentimiento de curiosidad desordenada, esperimentaba cierta fruicion en sus propios tormentos; anomalía inesplicable de la naturaleza, cuyo principio existe sin embargo, y que cada uno habrá advertido en sí mismo, aunque menos graduado, si alguna vez ha querido analizar las sensaciones de su alma en determinadas circunstancias de la vida.

El objeto de Mr. Bloodman al escoger entre los dos partidos el mas opuesto á sus sentimientos, no era gozarse en sus actos de barbarie, sino impedirlos con su autoridad si tanta llegaba á lograr, ó templarlos con su oficiosa mediacion, si como no dudaba encontrase aun entre los españoles hombres accesibles á sus filantrópicas razones; y sin escuchar otras que las que su inalterable propósito le sugiriera, despidióse con ternura de la ya cerrada tumba de su tio, salió al dia siguiente para Falmouth, embarcóse en un vapor, y ya le tenemos en Bilbao.

Llegaria sobre el 27 ó 28 de agosto: la ciudad estaba conmovida con los primeros anuncios de la próxima paz por medio de una reconciliacion: todo el mundo se preguntaba, y se hablaba al oido: unos afectaban ignorar para saber, otros afectaban saber para ser tenidos en algo; pero la verdad del caso es, que nadie sabia y todos dudaban. Mala espina le dió á M. Bloodman tanto misterio. «Ya os conozco, españolitos, decia, ya os conozco: quereis engañaros mútuamente, y echar los brazos á vuestros enemigos para ahogarlos como Anteo.» Pero lo que le desesperaba era no encontrar en Bilbao lo que se habia figurado: nadie se apaleaba ni se acuchillaba por las calles; no habia habido una sola ejecucion en mucho tiempo, y fuera de aquella ansiedad que se pintaba en los semblantes y se descubria en los ademanes, todo estaba como una balsa de aceite. No era esta la España que buscaba: era preciso encontrarla en lo interior; y al intento fué á proporcionarse una caballería para el cuartel general.

—¿Para el cuartel general? le preguntaron, ¿para cuál de ellos?

—Me es indiferente: para cualquiera de los dos.

No se necesitaba mas para creer que el tal inglés era un emisario de lord Palmerston para dar la última mano al convenio que se susurraba, y ello bastó para que el alquilador, famoso olfateador de noticias, pusiese á su disposicion la mula menos lisiada de cuantas en la cuadra tenia, amen de un mozo muy listo y despejado, como que en mejores tiempos habia estado contrabandeando en los confines de las provincias Vascongadas y las de Castilla. Hizo al estranjero con mucha sorna, mientras estaba aparejando su bestia, varias preguntas que no fueron contestadas, tal vez por no ser entendidas á causa de la endiablada construccion vascuence con que el curioso preguntador las salpicaba; nuevo indicio de la secreta comision que en nuestro hombre se suponia; pues si quieres, lector carísimo, ser tenido por gran diplomático y hombre de trastienda, no tienes que hacer otra cosa mas que no contestar á las impertinencias. Tal fué el orígen de la voz que desde Bilbao se estendió por el resto de España y despues por todo el mundo, de que cuanto sucedió hoy hace catorce años fué obra del gobierno inglés, y el orígen de aquellas interpelaciones que meses despues en el Parlamento espetó sobre el particular el bueno de lord Londonderry al ministro de Negocios estranjeros.

El trato era acompañar á M. Bloodman tres jornadas tierra adentro por la direccion que él mismo escogiera, é indicaria al mozo, á medida que fuesen andando y tomando leguas; con lo cual se fué muy contento por aquellas quebradas sendas, antojándosele cuadrillas de foragidos los hombres que estaban trabajando en el campo, y ahorcados que perneaban los espantajos que el viento hacia mover. Así anduvieron, el uno pensativo y el otro cantando, hasta que al otro dia dió la mula tal tropezon, y lastimóse tanto de ambas manos, que no le fué posible dar un paso mas con todos los trancazos y malas palabras del mozo, á quien no tanto pesaba la mala cuenta que de su hacienda iba á dar al amo, cuanto el no poder cumplir el encargo que con el mayor misterio le tenia hecho de contarle ce por be cuanto hiciese ó dijese aquel caballero hasta el término de su viaje.

Blanqueaba no lejos de allí una casa, cuyos moradores con la mayor amabilidad salieron á ofrecerse á los cuitados caminantes en cuanto hubiesen menester. Hé aquí la hospitalidad de los árabes del desierto, dijo para su levitin, que capote ni sayo no llevaba, Mr. Bloodman: y levantando la voz, «un caballo, esclamó, un caballo es lo que necesito.» «Caballo no podemos ofrecer á vuestra merced, dijo el que parecia ser dueño de la casa; no es fácil encontrarlo despues de tanta requisa; pero aquí tenemos un buen borrico, que en tal aprieto podrá servir á vuestra merced, quien se valdrá de él como gustare; y si segun parece, va huyendo de alguna persecucion, no le preguntaremos quién es ni de quién huye; y en la otra vida, cuando nos veamos, ajustaremos esta cuenta.» Asombrado quedó el buen inglés al ver tal nobleza, y con las lágrimas en los ojos agradeció la oferta; mas no quiso aceptarla sin satisfacer el servicio que se le hacia, como lo verificó con largueza; y cuando sacaron el animal y vió sus bríos que podian competir con los de un potro muy regular, quiso doblar la paga, aunque no pudo vencer la resistencia que se le opuso.

A esto acertaron á pasar dos jóvenes montados en sendos caballos, y uno de ellos, que por su traza denotaba ser el superior, oyendo que el caminante se proponia dirigirse al cuartel general, le ofreció cortesmente acompañarle, supuesto que llevando el mismo camino ninguna incomodidad se le irrogaba. Aprovechó Mr. Bloodman tan ¡buena coyuntura, y sin tardanza hincó las espuelas al borrico, que tomó un trotecillo largo tal, que debió detenerlo para emparejar con sus compañeros.

Era el uno arrogante mozo, de facciones dulces y sumamente graciosas, aunque tostadas del sol y sombreadas por espesas patillas y tremendo bigote: iba armado de largo sable, carabina y dos pistolas en el arzon: colgábanle dos charreteras muy echadas hácia atrás, que mas que adorno de los hombros eran azotes de las espaldas. El otro, tambien gallardo, aunque de aspecto mas basto, sin insignia de grado alguno, llevaba además una lanza sin banderola, y sin mantenerse á respetuosa distancia, cuidaba de contener su caballo alineando su cabeza al estribo del otro.

—¡Qué lástima de hombres! pensaba Mr. Bloodman. Tan fuertes, tan bien parecidos, tan obsequiosos; y luego, en atufándoseles las narices, son unos demonios encarnados. A todo esto no sabia si se ha-

bia asociado con carlistas ó con isabelinos, y andaba discurriendo cómo entrarles descubriendo terreno sin comprometerse antes de tiempo, en cuyo caso corria el riesgo de ser asesinado, suerte que no le causaba tanta pena como ver perdidos todos los servicios que con ayuda de Dios pensaba prestar á la humanidad. Por fin, para decir algo y no pasar por descortés, rompió el silencio de esta manera:

—Dios me confunda, señor, si no hay en España los mejores borricos de toda la cristiandad.

—Aun no los ha visto Vd. todos, contestó el de las charreteras. son animales muy apreciados en esta tierra.

—¿Y en la de Vd. ? dijo el de la lanza, algo amoscado por lo que creia indirecta; pero á una mirada de su jefe se cosió la boca y retardó el paso del caballo para ponerse detrás.

—Vd., segun parece, señor inglés, viene á favorecernos con su visita, para ofrecer sus servicios á don Carlos.

—Puede ser.

—Pues en este caso, me parece que puede Vd. volverse por el mismo camino.

—¿Y si viniera para ofrecerlos á doña Isabel?

—Lo mismo digo: no es menester que Vd. se incomode. Aunque viniese ahora el mismo lord Eliot, tendria que volverse con el rabo entre piernas.

— ¡Qué gente! ¡qué gente! Si vienen á ayudarlos, mal: si vienen á ponerlos en paz, peor: pensó entonces Mr. Bloodman: ¿quién es capaz de entenderlos?

—Si, si, dijo el de la lanza, que habia vuelto á adelantarse : si el corazon no me miente, harto será que anochezca el dia de hoy sin que hayamos hecho una españolada en grande.

—¡Dios me asista! murmuró Mr. Bloodman: una espaniolata! y no como quiera ¡sino en grande!

Ya conocerán nuestros lectores que en el diccionario del murmurante española era sinónimo de barbaridad.

—¿Y qué quieren Vds. hacer? preguntó.

—Lo que queremos hacer, contestó el oficial, mejor es que Vd. lo vea que no que se lo cuenten: así que, si no le disgusta nuestra compañia, mas vale que no vuelva Vd. grupa, como antes le aconsejé, sino que se venga, ya que el trecho no es largo y la funcion será estupenda.

—Lo mismo creo yo, dijo el otro, si Dios y la Vírgen nos amparan, señor Verdugo.

Oyendo Mr. Bloodman el nombre de Verdugo, é ignorando que es un apellido muy corriente y no plebeyo en España, se horripiló, dió un respingo sobre su jalma, y volvió á murmurar: «¡Estamos frescos, vive Dios! Con buen par de piezas he venido á juntarme! ¡El verdugo! ¿Eh? ¿esta es la prisa que llevan? ¡Y van á hacer una espaniolata! ¡Y la funcion será estupenda! ¡Ay, ay, ay, ay!

Y luego, repuesto de su primera sorpresa, continuó: «Pero ó yo he de poder poco, ó no saldrá con la suya. ¡No faltaba mas! Voy á fingirme de su oficio; voy á pedirle por favor que por una vez sola me permita sustituirle. No querrá: me exigirá dinero..... ¡y bien! se lo daré; pero me entregarán las víctimas: podré hacerlas escapar, y lo haré á costa de mi vida si es preciso..... ¿Y si ni aun así es posible?..... Entonces..... entonces..... ¡cómo ha de ser! haré de tripas corazon: me ingeniaré en despacharlas pronto: las haré padecer lo menos que sea posible, y Dios las reciba en el Paraiso. No dejarán de presentarse otras víctimas y otras ocasiones en que mi sacrificio no sea inútil.

—Señor verdugo de mi alma, dijo entonces levantando la voz y encarándose con el oficial, segun voy viendo Vd. lleva una importante comision.

—No puedo negarlo; pero ruego á Vd. me permita no ser indiscreto, ya que luego.....

—No tenga Vd. cortedad, amigo mio. Apuradamente habla Vd. con un hombre que no participa de las preocupaciones del vulgo en punto á ciertos ministerios instituidos para el bien de la sociedad, sin los cuales no habria seguridad en vidas ni haciendas.

—Júrole á Vd., caballero, que no comprendo una palabra. El asistente tampoco caia en lo que iba á parar toda aquella retórica, y separándose del oficial fué á ponerse al lado del inglés, quien prosiguió:

—No se haga Vd. el desentendido, señor verdugo, que yo conozco á Vd., y para que me conozca á mí como es de razon, no tengo reparo en decir que ejerzo en mi tierra la misma profesion que Vd. Por lo tanto, si Vd. lo lleva á mal, quisiera merecerle el favor de ....

Esta conversacion fué interrumpida al acabar de pasar un desfiladero por la vista de una multitud de cuerpos de tropas que de todas partes acudian al parecer á un mismo punto. El de las charreteras y el de la lanza se miraron mútuamente, y sus rostros tomaron una espresion de alegría difícil de describir. El inglés continuaba hablando, pero no era atendido.

—Martin, esclamó Verdugo, ¡todavía llegamos á tiempo! y dando con las espuelas al caballo se adelantó á galope.

—¡Todavia! dijo Martin; y corrió á alcanzar al delantero juntando las manos y levantando la vista como quien daba gracias al cielo.

—Señor don Verdugo! gritaba Mr. Bloodman, dando al borrico una puñada descomunal en el cuarto trasero, que le hizo tomar una razonable carrera. Por Dios ruego á Vd. me atienda por un momento antes de la ejecucion de su obra.

Pero todo en vano: el redoble de centenares de cajas, el clangor de otros tantos clarines, hacian retemblar los vecinos montes: los grupos que se veian avanzar á paso redoblado, empezaron á correr desalentadamente, y al doblar de una revuelta que formaba el camino, se presenta á los ojos de M. Bloodman el cuadro mas magnífico. Era el campo de Vergara: brillaba el sol del 31 de agosto. Dos ejércitos se hallaban formados en masa á pocos pasos uno de otro: el estruendo de los bélicos instrumentos habia cesado: la voz de un hombre resonaba tan solo, voz que todos procuraban oir, pero que penetraba con mágica fuerza en el pecho de los mismos á quienes sus articulaciones no alcanzaban... cuando de repente las dos líneas formidables se adelantan con el ímpetu del choque mas violento: un clamor universal llena los aires, por donde vuelan entre la repentina polvareda millares de boinas de todos colores.

—¿Qué insano furor os precipita, fratricidas españoles?.. esclama M. Bloodman corriendo á mas no poder; y sin encomendarse á Dios ni al diablo, arremete por lo mas recio de la confusion, derriba á dos con el hocico de la cabalgadura y á cuatro con los puños del ginete, hasta que una y otro caen á su vez, pisoteados y magullados por la muchedumbre que sobre ellos cargaba.

Sin sentido quedó el bueno de Bloodman, con dos chichones en la cabeza, y todo el cuerpo hecho una miseria, y cuando volvió á su acuerdo se encontró con su amigo el capitan Verdugo y otros muchos que le estaban prodigando los mas eficaces auxilios.

—¿Cuántos muertos? preguntó al abrir los ojos.

—Ninguno.

—¿Y las cabezas que he visto por el aire?

—Eran las gorras de los soldados.

—¿Cuál de los dos ha sucumbido pues?

—Nadie.

—¿Y por quién ha quedado el campo?

—Por España.

—¿Y don Carlos?

A esto respondió el capitan con una mueca significativa, y haciendo chasquear el dedo pulgar con el del medio.

—¿Y mi borrico?

—Aquí está bien mal parado por las locuras de Vd.

—Pues venga acá, que yo he concluido mi comision. Con Vds. no se puede hacer carrera. E incorporándose repentinamente se empeñó en que se lo trajesen: montó en él, y cerciorado de la verdad de cuanto se le habia dicho, no hubo forma de detenerle á tomar parte siquiera en la alegria comun. Solo pudieron reducirle á recorrer el campo que presentaba un aspecto singular. ¿Quién podrá describir aquellos abrazos, contar aquellas lágrimas? ¿Quién es capaz de delinear aquel cuadro sublime?

Cien mil soldados habian colocado las armas en pabellones, y mezclados y confundidos se recordaban las batallas en que hicieron prodigios de valor: los generales y oficiales corrian á encontrarse, y se preguntaban con el interés de antiguos camaradas, que se reunian despues de venir de diferentes campañas: ostentábanse en los pechos las cintas de San Fernando ganadas tal vez con igual justicia en la misma accion: mezclábanse en los grupos innumerables paisanos de todas clases, y no se oia mas esclamacion que la de «somos españoles, y como españoles nos hemos portado hoy; ¿quién puede con nosotros? ¿quién resistiria á los ejércitos reunidos?..» M. Bloodman, estático y asombrado, miraba en derredor y no se atrevia á creer lo que sus ojos contemplaban. Por fin, corrido al ver el inesperado éxito de su malograda empresa, volvió de repente el borrico, y quitándose el estropeado sombrero de paja con la misma diestra que empuñaba el ramal,

—¡Adios! dijo al despedirse. ¡Feliz nacion, en que tan encarnizados odios se truecan de repente en fraternidad! Tú tienes en tu seno los elementos de la bienaventuranza.

Y picando su cabalgadura se volvió por el mismo camino. No ha regresado todavia á su pueblo; y su apoderado no ha recibido desde entonces mas noticias que el aviso de una letra de cambio del importe aproximado de sus rentas, librada á la órden de un judío de Larache. De esto infirieron algunos que fué á hacer una visita al célebre Abd-el-Kader.

MARIA.

DEDICADA

A DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH,

COMO PRENDA DE GRATITUD Y DE RESPETO,

POR

PABLO GAMBARA.

La mujer es la parte nerviosa de la sociedad.

HALLÉ.

I.

Serian las diez de la mañana de un hermoso dia de abril; ninguna nube manchaba el diáfano zafiro de los cielos, y el aire era templado y rico en aromas. En estos dias el hombre, como las plantas, parece nutrido con una sávia vivificante, y reanimado con el calor de la amorosa llama de la primavera; su razon está despejada como el ambiente, su imaginacion florida como los prados, la fuente de la ternura corre de nuevo en su corazon como un torrente helado durante el invierno, que desatan los rayos del nuevo sol. En estos dias los poetas podrian encontrar en la lira de su alma melodias divinas, acentos mágicos que revelasen su celeste orígen; la fórmula quizá de los sentimientos vagos y misteriosos, de las aspiraciones inesplicables que procuran en vano hacer comprender á los demás hombres; pero en estos dias los poetas gustan mas de recorrer los campos que de pintarlos, de sentir que de cantar, y la imaginacion no sufre nunca la tiranía. Caprichosa como una mujer, se obstina en no hacer lo que desea cuando se la impone como un deber. El poeta en estos dias no puede escribir.

D. Félix de Aguilar tocaba esta dificultad prácticamente en el dia á que nos referimos. Sentado en su gabinete delante de su mesa, con la pluma en la mano y el papel dispuesto para escribir, no acertaba siquiera á comenzar un período; sus recuerdos felices, los ensueños dorados de la aurora de su vida, sus mágicas esperanzas, venian á turbarle como las vaporosas imágenes de sus tentaciones á los padres del yermo en medio de su oracion.

En medio de estos animados recuerdos se destacaba el de María, una mujer hermosa como un ángel, tierna y enamorada como la amante que nos fingimos en nuestro primer sueño de amor, y cuya memoria divina anubla tantas veces nuestros placeres posteriores. Esta mujer, que Aguilar habia encontrado en su camino como una flor celeste escondida entre sus hojas, solo para él habia abierto su cáliz virginal embriagándole durante un dia con sus esquisitos aromas; pero él la olvidó pronto por un nuevo amor; la holló con su planta indiferente, y solo hoy, que para él estaba perdida sin remedio, solo hoy la recordaba con melancólico placer.

Aguilar, después de luchar en vano con este recuerdo que ya le murmuraba al oido una palabra de amor, ya se le presentaba en el aire como una sílfide, sonriéndole y mirándole con sus celestes ojos, que revelaban al alma un mundo de poesía purísima y tierna; después de intentar en vano aprovecharle para su obra, conoció que su empeño era inútil; dejó la pluma en el tintero, se quitó su bata, tomó la capa, y salió á pasear las calles de la pintoresca Sevilla.

Se me habia olvidado decir que todo esto pasaba en Sevilla en el año de 1841. Aguilar, hijo de aquel país, habia vuelto á él después de largos años de ausencia, años en que, sostenido por la ambicion del genio y la fé que le auxilia en las tormentas y calamidades de la vida, como un ángel guardian, habia sostenido en la corte esa lucha terrible, para la cual se necesita un alma de héroe y una paciencia á prueba, que precede casi siempre á la celebridad; habia conquistado la gloria de las letras, la mas difícil de conquistar de todas las glorias, y de todas las queridas la menos fiel y la mas caprichosa. Para los que conocen esta lucha seria incomprensible el valor de los que la soportan, si no conocieran tambien la tiranía de la imaginacion del poeta, á cuyos halagos, á cuya coquetería, digámoslo así, es imposible resistirse aunque exija por una caricia la vida, el reposo, la felicidad. Además de que esta vida tormentosa tiene tambien sus encantos como la del juego, cuyas emociones violentas causan cierto placer, aun cuando son dolorosas para las almas de cierto temple, para quienes el reposo es la muerte.

Aguilar poseia ya la gloria, la gloria miserable que se alcanza en España, y que no vuela mas alto que hasta el Pirineo; pero habia bebido en su copa de oro sus filtros envenenados que le corroian las entrañas, y la adoraba y la maldecia al mismo tiempo. Muchos le envidiaban viendo la corona de su frente; pero él solo sentia sus aceradas espinas.

. . . . . .

Sevilla es la ciudad de los recuerdos como Toledo, y el jardin de los amores como Granada. Sentada á la orilla del Guadalquivir en el sitio en que este, deslizándose por entre dos vegas alfombradas de verde césped y de aromosas flores, une al mar sus aguas,

que se adelanta el Dios del Occeano
en su marina concha á recibir

segun la pintoresca espresion de Tassara, Sevilla refleja en las cristalinas aguas de aquel rio su corona de reina y su guirnalda de sultana, porque es una poblacion medio árabe, medio nazarena. Arabes son sus calles angostas y tortuosas, sus casas sin balcones y con celosías, su giralda desde donde el sacerdote gritaba al pueblo en otros tiempos—«No hay mas que un solo Dios y su profeta es Mahoma.» Arabes son tambien los negros ojos de sus hijas, en los cuales arde un fuego solamente comparable con el de su sol y con el que abrasa los corazones de sus hijos; pero son cristianas sus fiestas religiosas; mas opulentas que las de toda España la fé del pueblo y su catedral donde atesora las obras maestras de una escuela á quien ella ha dado nombre. Recorred sus calles en una noche tranquila, y todavía oireis la amorosa serenata; aun encontrareis en todas las calles al galan que platica con su dama en la reja, y á la luz de un exvoto vereis un desafío por una mujer (en Madrid ya seria ridículo) y vereis caer, revolcándose en su sangre, á uno de los combatientes, mientras el vencedor acude á la iglesia á orar por su alma y pedir á la Virgen María que perdone su pecado. Entrad en su catedral, y vereis arrodilladas en sus losas á las jóvenes sevillanas, de creencias mas bien poéticas que religiosas, que no piensan en Dios quizá, pero que sufrirán el martirio por la Virgen María; que han sabido hermanar su fé y sus pasiones, y que rezan por las mañanas á Jesús y adoran por las noches al amor. Oireis á sus predicadores, con el mimoso acento andaluz, requebrar á la Virgen como á una querida, porque en aquella tierra feliz el amor está en la sangre, en las auras que se respiran, en los rayos del sol que vivifica la naturaleza. Entrad en una casa, en el corazon de la familia, y os contarán las mas maravillosas leyendas, porque el pueblo andaluz es siempre poeta, poeta original con una imaginacion de fuego y un corazon de mujer enamorada, y os contarán las leyendas con un lenguaje tan pintoresco y tan animado, que al retiraros á vuestra casa creereis ver deslizarse un bulto entre las sombras del estrecho callejon, y vuestros oidos creerán percibir el crujido de las piernas del rey D. Pedro.

Sevilla es el escenario mas adecuado para el drama romántico, la comedia satírica y la severa tragedia. En Sevilla está la tumba de Don Juan Marana, «el peor hombre que hubo en el mundo segun dice el epitafio.» Allí nació D. Juan Tenorio, ese personaje que ha llenado los teatros de toda Europa, que es simpático á todos los pueblos, porque simboliza á la humanidad entera, corriendo siempre tras una felicidad que se le deshace en humo entre las manos; el galan por cuyo amor de una hora un ángel renuncia á su parte de Paraiso, y á cuyos retos acuden los cadáveres saliendo de sus tumbas. Allí cantaba al son de su guitarra el travieso Figaro, la personificacion del pueblo andaluz, alegre en su pobreza, ingenioso, audaz, desgraciado, que trabaja siempre y que nunca logra un verdadero aprecio de las personas que valen menos que él y cuya felicidad ha labrado. Allí por último está aun la tierra manchada con la sangre inocente de Bustos Taveras, derramada por Sancho Ortiz que no sabe dudar entre su deber y su felicidad, entre su obediencia á una órden del rey y todas sus esperanzas, todos sus ensueños de ventura.

Y para la novela de costumbres, aquel país ha producido tambien abundantes materiales que ha aprovechado para sus cuadros radiantes de frescura, y adornados con cierto colorido patriarcal como los de la escuela flamenca el autor ó autora de *Lágrimas*. He dicho autor ó autora, porque aunque este escelente novelista se firma FERNAN CABALLERO, el genio no tiene sexo, y así yo no pondria las manos en el fuego por su *masculinidad*.

Yo quiero tambien hablar de Sevilla en un cuento; pero no seguiré la senda de Fernan Caballero, porque no me gusta imitar á quien no puedo igualar, y porque me seria muy difícil describir las costumbres de un pueblo, que lo confieso con rubor, no he visitado nunca.

Mi cuento será mas sencillo; el eco de una fibra del corazon de la mujer, un dato mas para la fisiología del corazon humano. A su estudio he consagrado mi juventud; á su estudio que cuesta por lo menos las ilusiones doradas, los poéticos sueños de la infancia, y el fruto de este trabajo es el que doy al público de algun tiempo á esta parte. Por eso la crítica podrá algun dia atacar la forma de mis novelas, encontrarlas pesadas y mal escritas ¿Qué entiendo yo de eso? Pero no las podrá tachar de falsas, porque son historias; y quien tenga alguna duda venga á preguntarme; yo le conduciré al lado del paciente, cuyo diagnóstico he formado; yo le haré pasar la mano sobre el corazon herido, con cuya sangre he escrito mis páginas. Después de vagar

largo rato por las calles, Aguilar entró en la catedral, donde un rayo de sol penetraba por los pintados vidrios de las inmensas bóvedas, reflejándose después de cruzar las anchas naves como una sutil niebla de plata dorada en los mármoles y el oro de los altares. La iglesia estaba casi desierta y sumida en ese imponente y misterioso silencio que convida á la contemplacion. Solamente en una capilla, dos señoras vestidas de negro y cubiertas con espesos velos oraban arrodilladas ante un altar. En el momento en que Aguilar pasaba por delante de la capilla, estas damas, terminadas sus oraciones, se levantaron y cruzaron por delante de él para marcharse, dejándole ver una de ellas su rostro en el momento en que se alzaba el velo para tomar agua bendita.

Era una mujer como de 20 á 25 años, delgada, de tez de nácar y ojos de azabache. Su nariz era quizá un poco larga; pero este ligero lunar de su hermosura no se echaba de ver en la admiracion que producian las demás facciones dignas del cincel de Praxiteles. Su fisonomía tenia un aire de fastidio, sus labios demostraban cierto desden que á primera vista repelia, pero que después subyugaba.

Aguilar se detuvo como herido de un rayo.

—Es ella! murmuró; ¡es mi María!

Y procurando no ser notado salió de la iglesia detrás de las damas determinado á seguirlas; le vieron presto, y aunque no le reconocieron porque iba embozado en su capa, teniendo sin duda sus razones para no querer ser conocidas, apresuraron el paso y echaron á la ventura por las primeras calles que se las presentaron, procurando así cansarle y desorientarle. El las siguió por espacio de una hora, siempre á igual distancia, y sin dirigirlas una palabra ni descubrir el semblante, lo que hacia temer mas á las damas, que por esta causa no podian creerle un galan.

Al cabo de una hora, cansado de andar ó desesperanzado de lograr su objeto, desapareció, y las damas caminaron ya mas tranquilamente.

—Qué susto me he llevado! dijo la mas jóven suspirando, como quien se desahoga de un gran peso.

—No habia motivo para tanto, respondió su compañera, anciana de 50 á 60 años, de facciones menudas y curtidas, pero de ojos negros y vivos. ¿Qué era en suma todo el lance? Un hombre á quien habias parecido bonita, porque eres como un ángel, y que hallaba mas divertido el seguirte...

—Pero, interrumpió la jóven, si fuera él...

La vieja pareció acostumbrada á este modo de hablar, pues comprendiendo á quien aludia su compañera respondió: ¡Imposible!

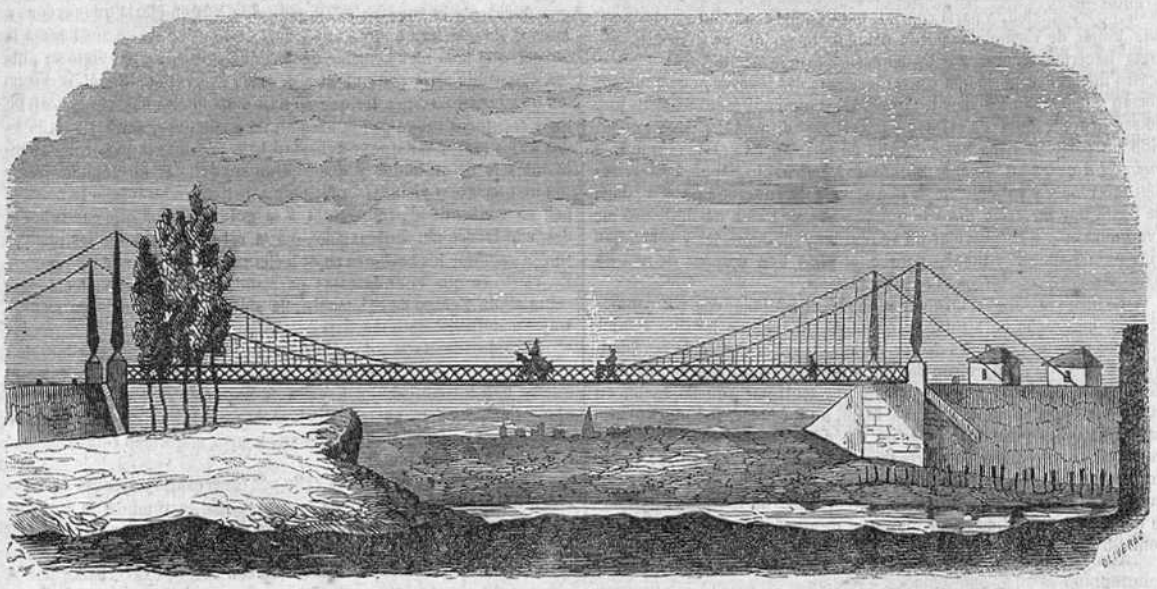
—Pero era aquel su mismo porte, su manera de andar.

—¿Quizá no andan todos de la misma manera? ¿No hay muchos hombres del mismo porte?

—Yo le reconoceria entre mil.

—¿Es decir, que aun le amas?

—Yo amarle!... no; le aborrezco...



(Puente colgante de Santa Isabel sobre el Gállego.—Pág. 271.)

—El aborrecimiento que sigue al amor, no es en realidad sino el amor bajo otra forma. Tú le amas.

—¿Después de lo que me ha hecho? No, no es posible; aunque viniera á pedirme perdon de rodillas, no le perdonaria...

En este momento las dos damas llegaron á una humilde casa, en uno de los barrios mas retirados, y la mas vieja sacando de un bolso de terciopelo que de su brazo pendia una llave antigua y pesada, la introdujo en la cerradura de una vieja puerta, cubierta de clavos, diciendo: Por fortuna ya estamos en salvo.

Y ambas damas entraron en la casa, volviendo á cerrar la puerta.

II

Aguilar, sin embargo, no las habia abandonado. Viendo su apresuramiento y la incertidumbre del camino que tomaban, conoció que le habian visto, y temió que si continuaba siguiéndolas se refugiasen en alguna casa conocida, donde la conversacion que deseaba tener con ella fuese imposible ó al menos impropia. Por esta razon, en lugar de seguir marchando detrás de ellas, comisionó á un criado suyo que encontró al paso, para que las siguiese y se informase no solo de las señas de su casa, sino de sus costumbres, género de vida y todas las demás noticias concernientes á ellas que pudiera obtener por astucia ó por dinero.

El criado, que era muy listo, lo hizo todo á las mil maravillas, y aquella misma tarde Aguilar embozado en su capa llamó á la puerta de las damas.

La puerta estaba entornada, y cedió al primer golpe.

Aguilar entró, y en una miserable sala del piso bajo situada á la izquierda del zaguan, vió á una jóven bordando silenciosamente. Sentada junto á una ventana que daba á un ancho patio, le volvia la espalda; pero la voz de su corazon se la dió á conocer. Era la misma jóven de la iglesia. Aguilar se detuvo un momento trémulo de emocion; despues con los ojos húmedos y el paso inseguro se adelantó diciendo:—María!...

Al oir este nombre, y sobre todo esta voz, la jóven se levantó rápidamente y se volvió pálida y ruborosa. Sus labios se abrieron para pronunciar un nombre que espiró en ellos.

Aguilar se acercó abriendo los brazos como para abrazarla; pero ella le repelió ruborizándose aun mas y diciendo con cierto tono de reina ofendida:—Caballero...

—Es verdad, dijo Aguilar confuso, me olvidaba de que ya los tiempos no son los mismos, y amando siempre, creí ser tambien siempre amado.

María se sonrió tristemente y murmuró con incredulidad:—Amando siempre...

—¿Lo dudas? dijo Aguilar, para quien estas palabras eran un rayo de esperanza.

—Nada me importa, respondió secamente María; el lazo que unió

nuestras almas está roto; antes fueron una sola, hoy ya son dos; la hoguera del amor se ha consumido en mi corazon, y de ella solo quedan cenizas heladas.

—Pero en el mio arde mas voraz que nunca, dijo Aguilar con fuego; yo no sabia cuánto era mi amor hasta que tu desden me le ha hecho conocer. He sido culpable contigo, muy culpable, pero vengo arrepentido á pedirte perdon de rodillas ¿Qué mayor desagravio, qué mayor triunfo para tí? Si hubieses visto las lágrimas que he derramado en tu ausencia, tendrias compasion de mi y me perdonarias.

—Yo he perdonado hace ya tiempo.

—Pero no has olvidado mis faltas.

—Nunca.

—No perdona quien no olvida.

—Hay heridas que no se olvidan jamás, porque dejan una cicatriz eterna en el corazon. La que Vd. me hizo era una de estas. Yo vivia feliz en el seno de mi familia, protegida por la sombra de un padre que me adoraba... De mi madre no tenia sino la memoria, pues habia muerto cuando yo era aun una niña... Su pérdida fué el orígen de mis faltas. Si ella hubiese vivido, sus consejos y su amor me hubiesen salvado... Vd. me vió, me habló de amor en un momento en que todo, hasta nuestra propia naturaleza, se conjura contra nuestra virtud, y me dejé vencer por sus artificios. Las palabras de mi padre, la oposicion de mis parientes, todo lo que tendia á separarme del abismo adonde Vd. me conducia, acrecentaba mi amor; y por último, cediendo á sus instancias, con el corazon lleno de fé, abandoné la casa de mis padres, hollé mi reputacion, y partí con Vd. para Cádiz, donde fuí olvidada por una mujer de escándalo, por la primera mujer que se presentó. Vd. creia hacerme ignorar sus traiciones; pero una noche estando en el teatro me las descubrió una conversacion de dos jóvenes que no me conocian y ocupaban los asientos inmediatos al mio. Desde entonces juré no seguir representando el infame papel que Vd. me daba. Habia conocido mi posicion y me avergonzaba de ella. Yo no era mas que *una querida á quien su amante mantenia!* En cuanto llegué á casa, recogí mis ropas, y valiéndome de la ausencia de Vd. vine á Sevilla, donde hasta hoy me creia libre de que la vista de quien me deshonró me avergonzase... Estas heridas no se olvidan; son mortales y solo dejan vida para padecer y llorar, porque el alma aun despues de muerta para el placer vive largos años para el dolor.

—Escúchame, María, mi querida María, dijo Aguilar con voz conmovida, tienes razon para estar ofendida de mí, porque he sido infame contigo; pero mi crimen es mayor en la apariencia que en la realidad. Yo te he amado siempre con delirio, y prueba de ello que te amo aun despues de dos años de ausencia. Lo que sentí por aquella mujer en cuyas aras creiste que sacrificaba tu fé, no fué amor; fué un capricho pasajero, uno de esos delirios de un dia que esas mujeres saben producir y que solo dejan en el corazon el hastío y la vergüenza. Desde aquella noche no volví jamás á verla. No era ella digna del odio con que la has honrado; yo, á pesar de que destruyo mi felicidad alejándote de mí, no he podido hacer mas que despreciarla. Sin embargo, te confieso que estás justamente ofendida, y que tienes derecho para no creerme. Por eso al venir aquí no he pensado en pedirte amor, el amor aquel tan dulce y tan tranquilo que me hiciste conocer tú sola, y cuyo recuerdo vivirá eternamente en mi corazon. He venido á pagarte una deuda sagrada. Cuando te conocí eras rica, y ahora tienes que ganar tu sustento con tu trabajo, el trabajo de la mujer tan fatigoso como mal recompensado... déjame, en nombre del amor que en otro tiempo me tuviste, déjame proveer á tus necesidades.

Aguilar se detuvo al ver la espresion de altivez ofendida de que se animaba el rostro de María.

—Basta, dijo esta; ¡viene Vd. á ofrecerme una limosna, caballero!

—Pero María!

—O viene Vd. á pagarme mi deshonra como á una infame ramera...

—Pero has comprendido mal mi intencion...

—Basta, caballero, basta; aun no me veo reducida á mendigar; pero antes moriria de hambre que recibir un pedazo de pan de manos de Vd. Si ese era todo el objeto de su visita, puede Vd. abreviarla, porque me fatiga.

Aguilar insistió mas, pero fué en vano, y al cabo de media hora se retiró ofreciendo á María no volver á importunarla con sus visitas.

Despues que se marchó, María que durante su conversacion no habia manifestado otro sentimiento que la altivez en su fisonomía, y cuya voz solo se habia turbado al referir su historia, permaneció durante algun tiempo sumergida en sus meditaciones. Luego levantó sus hermosos ojos preñados de lágrimas, y fijándolos en un pequeño retrato de su madre que pendia de la pared dijo con un acento de dolor inesplicable:

—Madre mia, madre mia! cuando acariciabas mis rubios cabellos y me besabas en la frente, orgullosa de tenerme por hija, ¡qué poco sospechabas lo desgraciada que habia de ser!

Madre mia, madre mia! perdóname y ruega á Dios por mí!

III.

Aunque por la conversacion que he copiado en el anterior capítulo, habrá comprendido el lector parte de la historia de María, no estará de mas dedicar algunas líneas á contar su historia pasada, la historia de su falta, cuya expiacion habia de ser tan dolorosa. Este relato será una prueba mas de lo que ya otra vez he dicho, que de las faltas que se culpan en las jóvenes, la mayor parte son únicamente desgracia, y que el fallo social es absurdo cuando se pronuncia sin atender á lo que todo juez atiende, á la edad, las circunstancias del reo, á los medios de que se vale el vicio para ajar la virtud inocente y candorosa. Nadie culpa á una mujer cuando por un medio material, por la fuerza ó el narcótico, se la ha arrancado su honor. ¿Y no hay medios morales tan poderosos como los materiales para arrastrar al abismo? Pasemos á la biografía.

No habiéndome hallado en circunstancias á propósito para observar los conventos de monjas, ignoro si será aplicable á ellos lo que voy á decir; pero criado en un colegio de huértanas, he notado que en estas comunidades mundanas hay siempre dos ó tres educandas que, ó por un esceso de sávia juvenil en el corazon, ó por el malea-miento de sus ideas, fruto de la descuidada educacion de sus primeros años, se hallan tan tristes en su retiro sombrío como el preso en su calabozo. Su descontento, como una epidemia, se comunica á otras compañeras suyas, pues desde Luzbel acá no han existido rebeldes sin parciales, y en el seno de aquellas moradas que los estraños creen guardadas por el ángel de la tranquilidad, los espíritus se dividen en bandos que luchan á alfilerazos, buscando cada uno con el instinto femenino el lado mas sensible de su adversario para clavarle su alfiler. Imposible seria dar una idea de estas guerras ocultas á los que no las han presenciado, á los que no han tomado en ellas alguna parte, pues casi todos los golpes se asestan en el silencio, como las puñaladas de los marineros que se acuestan bajo una manta para reñir sobre la cubierta de un buque y que espiran sin exhalar un gemido: otros son inapreciables aisladamente, pero constituyen un tormento horrible por su continuidad, semejantes á la gota de agua que cae sobre el desnudo cráneo del sentenciado, ó á la sal molida que en los pueblos suelen sembrar los burlones en el lecho nupcial de los nuevos esposos. Lo cierto es que cuando estas parcialidades se han robustecido durante algun tiempo de existencia, la vida de los que padecen sus ultrajes es un verdadero martirio.

El padre de María, deseando coronar á su hija de una educacion esmerada y cristiana al mismo tiempo, y desconfiando de los colegios que se han introducido en España, á imitacion de los franceses, de algun tiempo á esta parte, la colocó de pensionista en uno de los de dotacion real que en Madrid existen, y cuya moralidad estaba garantida por la pública opinion.

Este colegio, cuyo nombre callo por innecesario, á causa del desórden que habia producido en sus seculares costumbres la pasajera dominacion francesa durante la guerra de la independencia, era á la sazon un campo de Agramante en que ambiciones inéditas, deseos latentes y odios ocultos se combatian con furor, exacerbados por la influencia de la atmósfera revolucionaria, que habia penetrado hasta aquel retirado asilo. ¡Quién lo diria! Aquellas educandas, para quienes la política era una ciencia tan oculta como la mágia, aquellas ancianas que vejetaban hacia 40 á 50 años en su celda colegial, sin leer mas libro que el calendario y el año cristiano, se armaban como amazonas, y luchaban á muerte por la libertad y el absolutismo.

Estos curiosos episodios de la vida humana, hábilmente aprovechados por un escritor, le darian una reputacion tan eterna, cuanto puede serlo la gloria humana, porque nuestro siglo es uno de los mas importantes de la historia de España, uno de los que la posteridad estudiará con mas cuidado. El ha quebrado la cadena de nuestras tradiciones, ha derribado los altares de los antiguos ídolos, y ha remudado casi todas las costumbres. Los siglos pasados, si levantasen la cabeza de su sepulcro, no le reconocerian por su hijo; los siglos futuros acaso negarán que sea su padre. En él ha empezado una nueva era, y aun cuando pase sin dejar en pos de sí ningun rastro como un metéoro de fuego en una noche nublada, aun cuando, lo que parece imposible, se encierre todo él en una tumba, la posteridad se sentirá curiosa de conocer á fondo este paréntesis de la historia de España, este interregno de las creencias y de las ideas de otros tiempos, y buscará las costumbres, no en las crónicas, porque allí solo quedan las costumbres políticas, sino en las memorias y las novelas. ¿Acaso hallamos en otra parte las de los siglos pasados?

(Continuará.)

PUENTE COLGANTE DE SANTA ISABEL.

Este bonito puente colgante se inauguró el dia 19 de noviembre del año 1844, bautizándole con el nombre de puente de Santa Isabel: se encuentra á distancia de tres cuartos de hora de Zaragoza en direccion del E. sobre el rio Gállego, sirviendo de paso á la carretera de Cataluña y parte del alto Aragon. Tiene 491 de piés de longitud y 25 de anchura: es como se ve de una sola tramada, y está sostenido con soportes de hierro colado movibles en su base; tanto los cables como las péndolas son de hilo de hierro francés del número 18. El piso del puente está formado por un doble tablado que insiste sobre viguetas de madera, las cuales estan sostenidas en ambos estremos por las péndolas que en su estremidad son de hierro, y se hallan dobladas por la punta en forma de gancho: la construccion de este puente fué encomendada al ingeniero francés Mr. Luis de La-Martiniere, cuya obra después de inaugurada subsistió algo mas de cuatro años, pues con motivo de una grande avenida acaecida en el año 1849 se destruyó el estribo izquierdo del puente arrastrando por consiguiente toda la obra: provisionalmente se hizo uno pequeño de madera, y en el año inmediato de 1850 ya se hallaba otra vez en pié el nuevo puente. Todavía se conservan en su inmediacion los desmoronados restos del antiguo, y en la orilla izquierda de aquel rio está la grandiosa fábrica de harinas que consta de diez y seis muelas movidas por una turbina, y es propiedad de los señores Villarroya y Castellano.

ESTABLECIMIENTO DE UNA PAJARERA.

Lo primero que hay que considerar al establecer una pajarera, es la posicion del terreno en que se construye. Se debe elegir un sitio seco muy tranquilo, lo mas separado posible de los parajes mas frecuentados del jardin en que se construya, al abrigo de los vientos reinantes en el pais, cara al oriente ó mediodia, y si no es posible al poniente; pero nunca al norte.

CONSTRUCCION.

Debe ser sobre dos postes que la sirvan de base y que la aislen enteramente de la tierra de que se desprende bastante humedad: el piso debe de estar enladrillado ó emplomado, mas bien que entarimado, porque este pavimento no resiste tanto á los ratones y ratas, y además tiene el inconveniente de producir mas humedad; la lámina de plomo es mas fácil de limpair.

La cara del lado del norte y poniente deben ser de ladrillo cubierto de una capa de hierro, y formar en ella algunos huecos ó separaciones para que las aves puedan refugiarse en ellos durante los grandes calores del estío y los frios del invierno. Las dos fachadas de oriente y mediodía deben estar cerradas por alambreras, teniendo cuidado de practicar en la de oriente dos pequeñas puertas ó aberturas para que salgan las aves, y una puerta grande que se abra hácia fuera que sirva de paso á las personas encargadas del cuidado de la pajarera. El techo debe construirse en forma de tienda para que no presente una superficie plana que retiene mas tiempo la lluvia; pero en el interior debe tener poca elevacion, de modo que no pueda servir de guarida á las aves que tratan de esconderse cuando se acerca gente.

En una pajarera elegante se deben poner cortinas en las dos fachadas de mediodia y oriente, para preservar á las aves de los grandes calores, y pintar el interior de las del norte y poniente representando un paisaje con árboles, y el fondo de azul cielo.

DISPOSICIONES INTERIORES.

Es necesario para aumentar el adorno de la pajarera, conservar cuanto sea posible en su interior muchos árboles que se llaman siempre verdes; y en su defecto, fijar en el suelo, y tener cuidado de renovar muchas veces al mes ramas de árbol que se cuidará de que abunden en los rincones.

Independientemente de este ramaje, se colocan á diferentes distancias para que salten las aves, palos y barritas de hierro fijas á la pared, otros palos sobre estacas perpendiculares fijos y con anillos vacilantes, palitos muy cortos atados por la mitad con bramantes que les dejen moverse, y un palo mucho mas largo sostenido al medio en un pié derecho armado de una virola como el astil de una balanza, y que deja al palo superior elevarse ya á un lado ya á otro como un peso, lo que presenta un punto de vista muy bonito cuando una ave mas pesada viene á pararse en un lado y levanta al ave mas lijera que se encuentra á la estremidad opuesta.

LOS NIDOS.

Para proporcionar á las aves medios de hacer sus nidos, es necesario colocar unos cestitos de varios tamaños en el ángulo formado por las dos fachadas de norte y poniente en los ángulos del techo, en el fondo de las aberturas practicadas en el muro, y á los estremos de muchos de los tirantes. Es menester cubrir algunos de estos cestitos con musgo, con yerba y con hojas, y poner en los rincones de la pajarera montoncitos de hilachas, de cáñamo, de algodon, de grama, de cerda, de heno, de paja, de yedra y de plumas.

ALIMENTO.

Para que coman es preciso colocar á lo largo del muro, y en el suelo, varios cajones proporcionados al grandor de la pajarera y el número de las aves, y en ellos se echa granos de hinojo, cañamones, alpiste y paniza.

Tambien se las pondrá en los diferentes rincones de la pajarera algunas golosinas, como mazapan, migas de bizcocho, azúcar y algunas frutas, como cereza, grosella, y algunos gusanillos mezclados con tierra en un vaso.

Si se advierte que las aves esparcen su comida y la desperdician, es preciso tapar durante algunos dias los comederos con una cobertera llena de agujeros, para que las aves puedan comer sin desperdiciarlo.

Para que beban, es preciso que esté el agua fresca, y como algunas veces es útil dejar seco el vaso de que vamos á hablar, es necesario poner durante este tiempo en la pajarera abrevaderos de vidrio que dejen caer el agua en pequeñas conchas ó cubetas que no sean bastante grandes, para que las aves puedan bañarse en ellas.

VASO DE BAÑO.

El vaso para bañarse debe estar colocado en medio y en proporcion de la pajarera y del número de aves; pero siempre ha de ser bastante grande para que puedan bañarse muchas á la vez. Como es peligroso para las aves bañarse durante el tiempo de la nidada, entonces se quita el baño, y es la razon por qué hemos recomendado que se pongan pequeños abrevaderos. Es conveniente establecer, cuando hay facilidad, un conducto de agua del esterior de la pajarera, que hace mas fácil renovarla con mas frecuencia, y establecer al mismo tiempo un jueguecito de agua que las haga gozar, pero siempre con moderacion aun en los grandes calores: este conducto refresca al mismo tiempo la pajarera, alegra á las aves y produce un efecto saludable.

Es preciso colocar además del baño otro vaso lleno hasta la mitad de salvado muy fino, en el cual muchas aves tienen placer de revolcarse, teniendo cuidado de poner en el fondo un ramo de arbusto con varias ramitas que evite que las aves echen el salvado fuera del vaso, que se procurará además que tenga los bordes grandes.

ENFERMEDADES DE LAS AVES.

No es esta ocasion de hablar detalladamente de las enfermedades de las aves. Diremos únicamente que se conocen casi siempre por su estado de languidez, por el poco brillo de sus ojos, por su abstinencia en tomar alimento, por su silencio, y por ciertos movimientos convulsivos de la cabeza, de las alas y de la cola, que indican que sufren las aves. En casi todos estos casos es necesario darlas un alimento mas frescos, y para ello se ponen en la pajarera verduras, lechuga anagálide, hojas de rábano, yerba cana, etc. etc.

Pero en general, en lugar de curar las enfermedades de las aves, es preferible procurar evitarlas, y el mejor preservativo es cuidarlas con el mayor esmero. Es pues preciso mudar el agua con mucha frecuencia, renovar los alimentos y tener muy limpia la pajarera: y cuando se cree advertir que hay gusanos en la pajarera, se meten ramas de sauco despues de haberla quitado la médula, teniendo cuidado de sacudirla todos los dias para que caigan los insectos que, muy aficionados á esta planta, estan escondidos en su interior.

Pero es preciso que todo esto se haga con muy poco ruido y movimiento, sobre todo en tiempo de nidada. Es tambien preciso, si posible es, que sea siempre una misma la persona encargada de limpiar la pajarera, y no debe entrar en ella de un modo muy brusco; antes por el contrario debe tener cuidado de dejarse ver un instante y de hacer sentir su presencia llamando á las aves y enseñándolas desde fuera nuevas yerbas, granos y otros alimentos antes de abrir la puerta.

Para alegrar un poco á las aves se puede, ocultándose de su vista y guardando el mas profundo silencio, hacerlas oir de cuando en cuando el sonido del organillo y aires agudos dulcemente ejecutados con el caramillo, y entonces se goza con su sorpresa. Pero cuando se quiere realmente dar á las aves lecciones con estos instrumentos, es necesario meterlas en jaulas separadas que se cubren con una tela muy ligera, y se colocan durante quince dias en un paraje retirado y silencioso, teniendo cuidado de llevarlas comida lo menos para dos dias á

fin de incomodarlas lo menos posible. Al concluirse los quince dias se reemplaza la tela ligera con otra mucho mas sombría y espesa que les deje en la mas completa oscuridad, y entonces es cuando el ave está mas dispuesta á responder á los esfuerzos que haceis por enseñarle los aires de vuestro instrumento: teniendo cuidado de no ejecutar los primeros dias mas que algunas medidas que se repetirán con frecuencia todos los dias hasta que os responda, y aumentándolas en seguida segun las disposiciones de vuestra educanda.

JAULAS Y PAJARERAS.

Hay aves que viven muy contentas con otras en las pajareras, y las hay que quieren estar en jaulas separadas. Es muy difícil señalar límites á estas dos clases de aves, porque un individuo de una especie sufrirá con mucha facilidad la pajarera, cuando otro de la misma especie estará en ella muy disgustado.

Casi todas, salvo algunas escepciones, indicamos como á propósito



para vivir juntas en pajarera las aves siguientes: el jilguero, el oropéndola, el pardillo, el canario, el pinzon, el pitirojo, el colorin, el reyezuelo, el verderon, el colibrí, el gorrion.

Y tambien indicamos, salvo algunas escepciones, como á propósito para estar encerradas en jaulas separadas, al ruiseñor, la alondra, la codorniz, la tórtola, la perdiz, el mirlo, el cuclillo, la golondrina, el cuervo, la corneja, la urraca y el gavilan.

COLECCION DE HUEVOS DE AVES.

Para conservar en coleccion los huevos de las aves es necesario prepararlos de la manera siguiente: se hace con un alfiler muy delgado un agujero en la parte superior del huevo, es decir, por el lado que es mas estrecho, y con una aguja ó un alfiler mucho mas gordo que el primero otro agujero mas grande en la estremidad opuesta. Soplando algun tiempo sin pararse por el lado del agujero mas pequeño sale en seguida por el otro la clara del huevo, y las pequeñas partículas que no hayan salido se sacan con facilidad con un alfiler un poco doblado: y cuando los huevos estan del todo limpios se los deposita en tarros de vidrio entre capas de salvado, escribiendo en la tapa el nombre del ave que ha producido el huevo que contiene.

Como los huevos de la pajarera no son suficientes para formar una gran coleccion, es necesario ir á buscar huevos en los matorrales, en los prados y en los bosques: y como realmente no tenemos ningun útil ó instrumento especial que indicar á nuestros amigos para cogerlos, les diremos que el mejor medio de coger muchos es tener paciencia para buscarlos.

AL EXCMO. SEÑOR

DON EVARISTO SAN MIGUEL,

SALVADOR DE LA LIBERTAD.

Alguno habrá que con dorada lira
. . . . . .
Cuando sus cuerdas diamantinas vibre,
Cante mas grato; pero no mas libre.

PLACIDO.

Deten, oh tiempo, tu inmortal corriente,
Y refleja en tus aguas nuestra gloria;
Que en la pasada edad ni en la presente
Otro pueblo alcanzó mayor victoria.
El trono que elevó la tiranía
Sobre la tumba de la yerta España,
Cayó, cual cedro que al cenit subia,
Al airado temblor de la montaña.
Desplomado cayó con golpe rudo,
El reptil de su tronco se apodera,
Y su ramaje, de verdor desnudo,
Destina el leñador para la hoguera.
Hoy al guerrero trueno y al gemido
Que el eco temeroso ensordecia,
Los cantares de triunfo han sucedido
Y el alegre clamor de la alegría.
Y aun el llanto en los párpados suspenso,
El pueblo, admiracion de las edades,
Va presuroso á presentar su incienso
Al altar de sus nuevas libertades.
Bardos, templad la lira armoniosa,
Himnos de triunfo estremecida vibre,
Que brotará la inspiracion copiosa
Cual deshelada fuente el pecho libre.
Yo á tí, héroe digno de la edad pasada,
Dedico el canto de la lira mia;
Si ruda gime y cruge destemplada,
El entusiasmo la dará armonía.
Puede el genio infernal de la tormenta
Los mares irritar; puede lanzarlos
Sobre la playa en cólera violenta;
Solo el dedo de Dios sabe calmarlos.
Eso lograste tú, que de la plebe
Has sabido calmar el justo encono
Con sola una palabra; á tí te debe
El pueblo libertad, la reina un trono.
¿Sabes por qué? Porque jamás tu paso
Siguió de iniquidad la oscura senda,
Y astro de paz llegaste hasta tu ocaso
Sin que una nube tu esplendor ofenda.
Porque nunca tu pluma ni tu espada,
Que ambas gloriosamente manejaste,
A la maldad al sólio levantada
Por un solo momento dedicaste.
Porque á tí, de virtud glorioso ejemplo,
En nuestra edad de corrupcion se admira
Como entre las ruinas de un gran templo
Sagrada imágen que respeto inspira.
Feliz tú. Has sido el iris de bonanza
Que el cielo á nuestras glorias hermosea.
La ardiente juventud es tu esperanza...
¡Que siempre digna de tu afecto sea!
Y que diga admirando nuestra historia
La venidera edad con regocijo:
«El la senda trazó, suya es la gloria;
Patria feliz la que logró tal hijo!»

PABLO GAMBARA.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



IGLESIA DE SAN JUAN BAUTISTA DE TALAMANCA.

EL GRAJO ADORNADO CON PLUMAS DE PAVO.

Armand de Brevannes y Jorge de Herbouville eran primos; altos, bien formados, de una figura agradable, la naturaleza les habia dotado igualmente de ventajas físicas; en cuanto á su educacion, como hacian los mismos estudios, en el mismo colegio y bajo la direccion de los mismos profesores, parecia que no debia establecerse la mas pequeña diferencia; sin embargo, la habia muy inmensa, lo mismo que por parte de la fortuna.

El padre de Jorge, hijo único, varon de una familia que se habia ilustrado en la carrera de las armas, habia llevado la espada como sus antepasados; pero con una fortuna mas que modesta; el único legado que le fué posible dejar á su hijo era una gran cantidad de honor y una reputacion sin mancha; el ministro de la Guerra agregó á esto una plaza en un colegio real. M. de Herbouville tenia dos hermanas, con quienes la suerte se habia mostrado menos rebelde con respecto á fortuna: la una, que habia llegado á ser esposa de M. Brevannes el banquero, era la madre de Armand; la otra, que pasó á las Guadalupes en calidad de doncella, se habia casado con un rico plantador llamado M. Dumesnil. Esta no gozó mucho tiempo del dichoso cambio efectuado en su posicion; al año de su matrimonio murió al dar á luz á una hija, que mas tarde encontraremos con el nombre de Lucía.

La diferencia que hemos señalado entre Armand y Jorge era pues la única ventaja del primero; lo contrario sucedió con respecto á la educacion, ó mas bien al provecho que habian sabido sacar. Jorge poseia un juicio sano, un talento lógico; sus conocimientos, aunque numerosos, no eran superficiales; todo lo que sabia lo habia estudiado con profundidad y con conciencia; rara vez hablaba sin ser provocado; pero entonces se le entendia perfectamente; tan natural y agradable al mismo tiempo que sólida era su conversacion, su estilo florido, templado, elocuente; era notable por su pureza y claridad; en fin, una gran modestia, que casi rayaba en timidez, coronaba este conjunto de cualidades raras y preciosas.

Armand era todo lo contrario; tenia poco talento y menos ciencia, escribia mal y no hablaba mejor, y dotado de un gran fondo de vanidad, ambicionaba todos los premios sin hacer jamás nada para obtenerlos. Con todo esto los habia alcanzado y habia salido del colegio con cierta reputacion, como si para adquirirla fuera preciso ser el discípulo mas indolente y perezoso de su division. Es un enigma, cuya solucion encontrarán nuestros lectores si quieren reflexiones, que cada dia suministra una prueba del hecho que vamos á contar.

Armand recibió por via de regalos una porcion de libros, ya amenos, ya instructivos, que leia muy poco: Jorge, que los hubiera leido mucho, no recibia ni uno, y como es natural, muchas veces envi-

diaba la dicha de su primo. Pero de toda su biblioteca la obra que mas escitaba su curiosidad era una magnífica edicion de las poesías de Lamartine. Armand, que conocia esta debilidad de su primo, sacó con destreza gran partido de ella en la distribucion de premios: el dia del concurso se colocó al lado de Jorge, y le dijo:

—Si quieres ser buen compañero para mí, te regalaré un Lamartine.

—Habla, respondió Jorge con avidez, no puedo rehusarte nada: ¿qué exiges de mi?

—Poca cosa: baja un poco el brazo, abre tu diccionario y déjame copiar tu composicion.

—¡Pero me propones una traicion!

—¿Qué importa?

—¿No conoces que obrando así podemos perjudicar á nuestros camaradas? Si por casualidad fuera buena mi composicion...

—Espero que sea escelente, y que se llevará el premio.

—Razon de mas seria hacer perder una plaza á aquel cuya composicion siguiese á la mia.

—¿Es decir que rehusas?

—No, acepto, respondió Jorge; pero quiero, ya que cometamos un fraude, que las consecuencias caigan sobre mí solo: toma mi composicion, haz de ella lo que quieras; en cuanto á mí, me retiro del concurso.

¡Pobre y honrado niño! Las poesías de Lamartine le costaron un triunfo; su corazon debió palpitar con mucha fuerza cuando en el solemne momento oyó salir de boca del profesor el nombre de su primo, y cuando le vió listo y alegre lanzarse hácia el estrado en medio de aplausos, mientras que el verdadero laureado permanecia confundido entre la multitud.

Esta costumbre que contrajo en el colegio la habia encontrado muy favorable á su ignorancia, á su pereza, á su amor propio, porque en el mundo no hay naturalmente recursos para la ocasion, y esta no tardó en presentarse. Ya hemos dicho que Armand tenia una gran dosis de vanidad y de ambicion; no le bastaba ser rico, queria ser considerado, deseo laudable sin duda cuando se busca en la consideracion el precio de sus estudios y de sus servicios. Un bonito destino, un título, una condecoracion, eran el objeto de sus deseos; las circunstancias le sirvieron á su antojo: aun no tenia veinticinco años cuando fué llamado en calidad de secretario al lado de un amigo de su padre, nuevamente promovido á las funciones de ministro del Interior. Seguramente era un buen debut en la carrera administrativa; el camino se abria delante de él seguro y rápido; su porvenir dependia únicamente del celo y de la inteligencia con que desempeñase el delicado empleo que le habian confiado. Por desgracia el celo se aviene muy mal con un temperamento apático, la inteligencia con un talento mal cultivado, y Armand reconocia lo mismo que en el colegio su insuficiencia; pero no se inquietó lo mas mínimo: le era conocido el remedio.

Jorge, huérfano y pobre, arrojado, sin apoyo, sin protector en un mundo en que la intriga y la cábala constantemente alerta, impiden por todos lados el camino al mérito. Jorge, desprovisto de descaro y aplomo, menos ocupado en hacer valer su talento que en adquirir nuevos conocimientos, vivia con bastante estrechez del producto de algunas lecciones y de una modesta plaza de copista en casa de un literato, gran autor de copilaciones. A Jorge pues se dirigió Armand; de este modo se granjeó razonables apuntes y un fuerte apoyo, cuya solidez conoció por esperiencia, y entró con paso resuelto en un camino que no le ofreció ya ni dificultades ni obstáculos.

De este modo Jorge trabajaba, era el secretario de hecho; Armand recogia la gloria, era el secretario oficial. El ministro no sospechaba nada de este injusto tratado, que daba al uno el trabajo y á otro la recompensa; Jorge era demasiado leal para dejar de cumplir rigorosamente lo que consideraba como un deber; jamás salió de su boca una palabra indiscreta, y cuánto sufriria su amor propio cuando algunas veces oyó prodigar á su primo los elogios que él merecia.

Armand encontró tan cómodo el procedimiento y tan satisfactorios los resultados, que su primo llegó á serle indispensable en todas las circunstancias pequeñas ó grandes, aun en aquellas que nada tenian que ver con sus funciones. De modo que se descargó enteramente del cuidado de su correspondencia en la carta mas interesante lo mismo que en el billete mas frívolo; solo una cosa le pertenecia, la firma. En fin, llegó á ser tan poderosa esta costumbre, que le fué imposible vencerla en una ocasion la mas grave, la mas importante de su vida; en la que nada en el mundo podia justificar ni aun escusar lo estraño de su proceder.

El padre de Armand desde la muerte de su cuñada mantenia correspondencia continua con M. Dumesnil, y aunque en ella se manifestaban los sentimientos mas vivos de simpatía y cariño, no estaba desprovista de interés. M. Dumesnil sabia perfectamente que la casa Brevannes y compañía figuraban con honor entre las primeras casas de banco de París, y este por su parte no ignoraba que M. Dumesnil, aun vendiendo al mas ínfimo precio sus productos coloniales, podia realizar un capital de dos millones. El colono no tenia mas hija que Lucía, Armand era hijo único del banquero: los dos padres, salvo el exámen de las cualidades morales de los jóvenes, habian concebido al mismo tiempo un proyecto de union, que fué acogido por ambos con igual alegría cuando mútuamente se lo comunicaron.

Un dia M. de Brevannes llamó á Armand á su gabinete y le enseñó una carta de M. Dumesnil, en la cual estando de acuerdo en las condiciones de la futura alianza, autorizaba á su sobrino para escribir directamente á Lucía hasta el momento poco distante en que él se pusiese en camino para Francia, acompañado de su hija. Inútil es decir que Armand suscribió con gusto á un negocio, que tan bien cuadraba con su vanidad: ¿qué le importaba saber si la mujer que le destinaban tenia sentimientos virtuosos, talento, buen corazon? Lucía era rica; además, á juzgar por el retrato que de ella le hacian, la belleza y las gracias de la jóven criolla no dejaban nada que desear, ¿á qué pedir mas? Con una mujer rica y bonita, ¿no tiene uno seguridad de marchar siempre entre envidiosos y admiradores, y de darse importancia en sus salones en medio de una porcion de cortesanos y de esclavos? Solo una cosa evitaba que su alegria fuese completa, el permiso de escribir á su prima, permiso que á primera vista se podia considerar como un favor; pero en el que mirándolo mas despacio, solo se veia una prueba impuesta por un padre prudente al futuro esposo de su hija, á fin de enterarse á la vez de su talento y de la delicadeza de sus sentimientos.

Veinte veces cogió Armand la pluma y otras tantas la tiró, no encontrando nada que decir ó descontento de la manera con que esplicaba lo poco que se le ocurria. Ya empezaba á deliberar si le valdria mas renunciar á las ventajas que le ofrecian, que cansarse en hacer una cosa superior á sus fuerzas, cuando esclamó de repente:

—¡Soy bien necio en atormentarme! ¿no tengo á Jorge que me sacará de mi apuro?

Y se apresuró á ir á confiárselo á su primo, que esta vez no pudo menos de hacerle algunas objeciones.

—No te inquietes por nada mi querido Jorge, figúrate que estás en mi lugar, represéntate á Lucía como un ángel de belleza y de virtud, y todo lo que escribas estará perfectamente. Unicamente me resignaré á copiar tu trabajo en estas circunstancias; conviene que las cartas estén escritas de mi mano... ¿qué quieres? todo cuesta trabajo.

Jorge se valió del medio que Armand le habia indicado, y llegó á hacerse tal ilusion, que no hubiera estado mas elocuente si hubiera escrito por su propia cuenta. Esta primera carta fué seguida de muchas otras, en las cuales se complacia en prodigar todos los tesoros de su talento y de su alma. Estimulado por las contestaciones de Lucía, en que se manifestaban los sentimientos mas puros de un corazon cándido y virginal, no solo daba cada vez á sus cartas un tono mas apasionado, mas persuasivo, sino que le parecia que su primo escribia muy de tarde en tarde, y no habia razonamientos que dejase de emplear para demostrarle la necesidad de activar su correspondencia. Bien pronto la llegada de M. Dumesnil y su hija le hizo conocer que era muy inferior á la realidad la opinion que habia formado de la belleza y las virtudes de Lucía; pero Jorge, siempre leal para abusar de la confianza de su primo, y disimulando con cuidado lo que pasaba en el fondo de su corazon, jamás dejó traslucir ni en su lenguaje ni en sus maneras nada que no estuviese en armonía con un cariño razonablemente justificado por el parentesco.

Entre tanto Lucía, con ese tacto maravilloso que distingue á las mujeres, conoció al momento que existia gran diferencia entre los dos primos, y que esta no estaba en favor del que le destinaban por esposo. Lejos de dejarse seducir por ese lenguaje que en los salones indica talento y saber, preferia mucho al descaro de Armand el modesto silencio de Jorge, y cansada bien pronto de las frivolidades que constituian el fondo de la conversacion del primero, siempre renovaba con placer con el segundo conversaciones no menos sólidas que agradables. Lo que no podia comprender era que el hombre cuyas cartas habia admirado tanto, afectase á su lado tanta ligereza de talento y de carácter.

—Quizá, decia para sí buscando la esplicacion de esta anomalía, sabiendo que mi padre veia su correspondencia, Armand se dignaria hacer en su obsequio un dispendio de talento y de buen sentido, que hoy le parece inútil con una jóven ignorante y frívola.

Pero esta esplicacion no bastaba á disipar las tristes prevenciones, que poco á poco se fueron apoderando del alma de la jóven criolla.

En cuanto á M. Dumesnil no fué menor su desafecto á Armand; no habia sido menor que el de su hija: las cualidades de Jorge no se habian escapado á su penetracion; mas de una vez sintió que la suerte no hubiera hecho de él el hijo del banquero, y de este el huérfano sin fortuna.

El padre y la hija, sin comunicarse el resultado de sus observaciones, tenian la misma idea de los dos primos, y los dos parecian haberse convenido en no acelerar la conclusion de un matrimonio, que habia sido al principio el objeto de todos sus deseos.

Entre tanto el ministro confió á su secretario un trabajo de la mayor importancia: se trataba de un proyecto de reorganizacion, con el cual contaba para dejar un glorioso recuerdo del tiempo que se dedicó á los negocios. Armand recibió con las notas en donde estaban consignadas las opiniones de los mejores publicistas, instrucciones verbales sobre las razones en que habia de apoyarse la que habia preferido el hombre de estado. Estas notas, así como las instrucciones verbales, fueron como de ordinario puestas inmediatamente en manos de Jorge, solamente á fin de darse á los ojos de su primo cierta importancia. Armand le reprodujo los razonamientos del ministro, atribuyéndose todo el honor; de suerte que Jorge hacia pasar como perteneciente al secretario la opinion que habia de prevalecer en el documento que tenia que redactar.

Pero sucedió que después de un estudio profundo, Jorge vió de repente surgir en su cabeza una idea nueva, distinta de todas las que tenia delante, y en particular de la que tenia encargo de hacer triunfar. Esta idea, largo tiempo examinada, debatida, meditada, le pareció de una justicia tan evidente, y en su aplicacion entreveia resultados tan fecundos, que no pudo resistir á la idea de esplanarla. Cada vez mas convencido, concluyó por sustituirla á la que Armand le habia recomendado, y dirigió en su favor todas las conclusiones del proyecto: tenia tanto menos escrúpulo de conciencia, cuanto que creia hacer á su primo un señalado servicio.

El ministro, al enterarse del trabajo de su secretario, se sorprendió al ver truncado su plan, y sus argumentos refutados con una lógica tan concluyente. Herido en su amor propio, se dejó llevar en un principio por un movimiento de despecho, y después de llamar á Armand á su gabinete, le dijo con un tono muy irónico que se iba á dar prisa á ofrecer al rey su dimision en favor de un secretario que tenia pretensiones de saber mas que él. Esta salida, que estaba muy lejos de esperar, aterró al desgraciado Armand, que vió de repente destruirse sus esperanzas. Se retiró sin balbucear una escusa, y corrió á pagar á Jorge con usura el responso que acababa de recibir.

—Creí hacerlo bien, respondió Jorge; ¿podia adivinar que combatia la opinion del ministro? Si no me hubieras dejado en la persuasion de que era la tuya, me hubiera ciertamente mirado bien antes de aventurarme á hacer triunfar otra; y sin embargo, añadió con conviccion, me hubiera costado trabajo; cuanto mas reflexiono, adquiero mas certidumbre de que mi sistema es el único razonable y verdadero.

—No hay nada mas verdadero y razonable que lo que quiere el ministro, respondió Armand; y la prueba es que he perdido mi porvenir, porque no tardaré en recibir la noticia oficial de mi desgracia; no quiero hacerme ilusiones.

—Vamos, querido primo, en lugar de desesperarnos, busquemos entre los dos algun medio de evitar esta desgracia.

—Ah! no veo ninguno, respondió Armand dejando caer la cabeza sobre el pecho con el mayor desconsuelo.

Después, levantándola de repente á los pocos minutos de silencio:

—Ah! sí, en efecto, esclamó, veo uno... pero solo se puede emplear con tu consentimiento.

—Entonces te has salvado, le dijo Jorge con alegría; es muy justo que el que ha hecho el mal lo repare.

—Pero, replicó Armand, se trata de una cosa que valdria muy poco su resultado si tú no te encargas de hacerla... Comprenderás en efecto que tendria muy poca gracia que te acusara yo mismo...

—En efecto, le interrumpió Jorge, tienes razon; el ministro debe conocer al verdadero culpable, y es mejor que sea por medio de una confesion que de una denuncia.

—Esto mismo.

—Nada mas sencillo; pido una audiencia, y le digo que una indisposicion te precisó á confiarme la redaccion de un asunto que no podia detenerse; que yo he cometido la falta: con esto no tienes ya que temer su enojo, que seria una injusticia cayese sobre tí.

Mientras que Jorge corria al ministerio, Armand recibia la visita de M. Dumesnil, que acosado por las instancias de M. de Brevannes, venia al fin á entenderse con su futuro yerno, y á fijar el dia en que habia de firmarse el contrato. M. Dumesnil, como todos los de las colonias, fumaba mucho; no podia tratar el asunto mas grave ó el mas ligero sin tener el cigarro en la boca; se podia decir que la mayor ó menor lucidez de su razon estaba en relacion con la atmósfera de humo que le rodeaba. Su primer palabra, después de los saludos de costumbre, fué pedir fuego á Armand: este colocó una bugía al lado de M. Dumesnil, y le dió el primer papel que le vino á la mano. Nuestro colono se sentó y se puso á encender el cigarro; durante esta operacion, sus ojos se fijaron por un momento sobre el papel, que estaba escrito.

—Ah! ah! dijo con aire de sorpresa.

—¿Qué es eso? preguntó Armand.

—Nada... la llama, que se acercó demasiado á mi dedo.

Y M. Dumesnil, después de haber apagado el papel, le leyó rápidamente y le guardó por distraccion en el bolsillo; y en lugar de tratar el objeto de su visita, se puso á hablar de cosas indiferentes, y se despidió de Armand á los pocos minutos.

Apenas habia salido entró Jorge.

—Y bien?

—Mi querido Armand, he visto al ministro; pero creo que no hemos elegido buen medio.

—Me haces temblar.

—Por lo demás, no puedo decirte nada positivo: después de haberme escuchado con mucha atencion el ministro me respondió con voz muy seca: «Os doy las gracias, caballero, por esta esplicacion; podeis prevenir á vuestro primo que hoy como con su padre, y que aprovecharé la ocasion para disculparme.»

Armand fué de la misma opinion; no encontró mas seguro que el laconismo de esta respuesta, y su ansiedad crecia á medida que se acercaba la hora de comer, que le pareció haber llegado muy pronto. Era una comida de familia, á la que asistia solo un estraño, el ministro. Armand y Jorge se quedaron igualmente sorprendidos de la acogida que les hizo cuando se presentaron en el salon: lo que se mostró de indiferente con el primero, se mostró de amable y obsequioso con el segundo. El ministro, prévia una señal de asentimiento que le hizo M. de Brevannes, se volvió hácia Armand, y le dijo:



—Me apresuro, caballero, á confesaros la doble falta que cometí esta mañana; he hecho recaer sobre vos el mal humor que otro habia provocado, y este mal humor mal aplicado encerraba la torpeza no menos grave de no ser fundado. Ilustrado por la reflexion, me he convencido que las conclusiones establecidas en el informe eran mas claras, mas lógicas y mas profundas que las mias: de modo que no era resentimiento, sino reconocimiento lo que debia á su autor. M. Jorge me permitirá que le manifieste aquí altamente mi gratitud; es una deuda adquirida con tanto mas placer, cuanto que me ha sido fácil reconocer por el estilo el verdadero autor de todos los trabajos que hasta ahora me ha presentado su primo.

—Mi hijo! esclamó á su vez M. de Brevannes echando á Armand una mirada severa; yo soy quien he exigido de mi amigo que os dé esta leccion; deseo que la aprovecheis para lo sucesivo.

Armand, colorado de vergüenza, tenia los ojos fijos en el suelo; pero su confusion fué mucho mayor cuando M. Dumesnil, sacando de su bolsillo un papel medio quemado, esclamó:

—Mi querida Lucía, la esplicacion que buscábamos se ha hecho muy sencilla; de la misma mano salian los informes del secretario y las cartas amorosas del pretendiente.

Armand ensayó balbucear algunas palabras; M. Dumesnil le interrumpió enseñándole el papel.

—No hacia falta, pobre jóven, conservar este borrador, escrito de mano de tu primo, y mucho menos dármelo para encender el cigarro.

¿Que sucedió? Fácilmente lo adivinarán nuestros lectores: desde el dia siguiente Armand vió ocupar á Jorge su plaza de secretario, y tres semanas despues se firmaba un contrato en casa de M. Dumesnil; era el de Jorge y Lucía.

En el momento en que esto escribimos, Jorge es uno de los miembros mas distinguidos del Consejo de Estado: en cuanto á su primo, posee la única celebridad que fué apto para adquirir, la de sus locas prodigalidades.

MARIA.

NOVELA

POR PABLO GAMBARA.

(*Conclusion.*)

En el colegio á que me refiero, los bandos estaban divididos por la edad lo mismo que por las ideas. Las ancianas, que tenian por razon la costumbre, se apiñaban á la sombra del antiguo régimen, mientras las jóvenes, tomando la palabra libertad por la facultad de cumplir sus caprichos, y traduciendo lo de romper las cadenas por hollar las costumbres y las trabas que tan contra su gusto las sugetaban, levantaron bandera por el nuevo sistema, apresurándose á comprar la Constitucion, que leian y releian como en otro tiempo los libros de misa, aunque sin entenderla mas que si estuviese escrita en latin. Algunas de ellas, llevadas por el deseo de reforma, exigieron que en el refectorio, en vez de los libros piadosos que por antigua costumbre se leian durante la comida, se leyese la Constitucion; pero la rectora, que era anciana, y por consiguiente monárquica pura, fingió ceder, y puso en el atril el libro de las constituciones del colegio, cuya lectura produjo bastante mal efecto en aquellos Catilinas con faldas.

María á su entrada en el colegio contaba apenas diez y seis años, y ni su corazon ni su cabeza se habian formado enteramente, pues á esta edad todos los sentimientos y todas las ideas estan en capullo, á menos que circunstancias escepcionales las hayan abierto. Por regla general nuestra primera maestra es la desgracia, y María ignoraba aun su existencia: así es que su alma, rica de vida, encerraba todos los gérmenes de las virtudes y de los vicios, y obra de la educacion habia de ser su desarrollo ó anonadamiento.

Los dos partidos beligerantes pensaron desde luego al verla en catequizarla, y la rodearon por un lado y por otro de seducciones. Por desgracia el camino de la virtud es áspero y sombrío, mientras que el del vicio está sembrado de rosas. Las ancianas no podian hablarla con su voz cascada sino de deberes pesados y de privaciones enojosas, mientras que las jóvenes desarrollaban á sus ojos los placeres mas brillantes, daban una fórmula á sus confusos pensamientos, un objeto á sus deseos aun nacientes. María fué cogida en sus lazos, y como Eva, la niña de la trinidad histórica que representa en sí á toda la mujer, cedió al lenguaje artificioso de la serpiente.

Entre las jóvenes del bando á que se habia adherido era notable una Lais en gérmen, hermosa como un ángel, pero depravada como un demonio. Su lenguaje acariciaba el alma como una ráfaga perfumada del estío, pero abrasaba sus flores. Nacida para el placer, como el águila para la tormenta, la calma era para ella un tormento, y se hallaba estrecha en su celda como en una sepultura en que la hubiesen encerrado viva. Esta fué la primera amiga de María, á quien en sus horas de soledad y en la desesperacion de la impotencia pintaba con el fuego del deseo comprimido los placeres del paraiso que ella habia soñado en la agitacion del mundo; y María, compartiendo su entusiasmo, la oia tan fervorosamente como á un profeta. Quizá en ausencia de su amiga una idea del deber se dispertaba en su corazon; pero como aun no habia pecado sino intelectualmente, sus remordimientos no tenian fuerza y pasaban como nubes sombrías sin dejar una huella de su paso.

Adelaida, así se llamaba la amiga de María, era hija de un antiguo brigadier que murió en uno de los últimos combates que dieron en España las tropas de Napoleon. Este coronel, habiendo sido hecho prisionero, logró escaparse, y estuvo escondido en el Ferrol en casa de una viuda jóven, que recibiéndole primero por caridad y patriotismo, acabó por trabar con él relaciones mas tiernas, cuyo fruto fué Adelaida. Algunos aseguran que la Iglesia no bendijo estas relaciones; pero lo cierto es que cuando el coronel murió, la madre de Adelaida vino á Madrid, y pretendiendo personalmente consiguió una decente viudedad. En la corte contrajo nuevas relaciones con un empleado, que pasó á vivir á su casa en calidad de huesped, pues para casarse con él era necesario renunciar á la viudedad del coronel, y el sueldo del empleado no era suficiente para sostener la casa. Así vivieron varios años, hasta que formada Adelaida empezó á dar celos á su madre, que notó que su huesped la miraba mas tiernamente de lo que debiera, y que ella no le repelia. Entonces, para quitarse de cuidados, se arrojó á los piés de Fernando VII y le pidió para su hija una plaza de colegiala. El rey se la concedió, y Adelaida quedó enclaustrada en el colegio.

Esta ligera mirada sobre su vida anterior nos esclarece su educacion arrojando gran luz sobre su carácter. ¿Qué frutos podia dar un corazon que no se habia abonado con la virtud? ¿Qué pensamientos podia tener una jóven educada desde sus primeros años en la escuela del vicio?

Adelaida tenia un amante que cuando entró en el colegio sobornó al jardinero, y por medio de él los dos jóvenes se hablaban en la huerta. Cuando estas entrevistas no podian tener lugar, se escribian cartas perfumadas en el género de Eloisa y aun en el de Ninon, y escusado es decir que Adelaida enseñaba sus cartas á María, porque entre dos jóvenes amigas estas confidencias son de rigor cuando en las cartas no hay nada que pueda ofender la honra. María se estasiaba bañando su alma en la poesía de esta correspondencia, y se avergonzaba de no tener tambien cartas que enseñar; así es que aprovechó la primera ocasion que se la presentó de tener un amante, y el elegido fué Aguilar. Le vió una noche que se dió un concierto en el colegio, y con un par de miradas tiernas, algunas frases gastadas y un apreton de manos quedó ajustado el cambio de sus corazones. María especialmente se abandonó á aquel amor con toda la confianza de la inocencia, abdicando su voluntad entera en su amante como verdadera enamorada, y sin preguntarse dónde la conduciria su pasion. Parecíala imposible que no la condujera al cielo. Aguilar veia las cosas de otro modo, y no daba mas importancia á aquel amor vírgen que al de una mujer gastada. Su frivolidad de hombre de mundo no le dejaba pensar en si seria ó no un crímen arrebatar su honor á una pobre niña que no contaba con otro dote. A esta sazon llegó el Carnaval.

El Carnaval es la época de la orgía y el aturdimiento: Madrid en aquellos dias se viste de máscara, y cubriéndose el rostro con un antifaz para no avergonzarse de sus acciones, se entrega á los delirios del placer. María no le habia visto jamás, y estaba curiosa de conocer por sí aquellos goces tan ponderados y que su imaginacion la poetizaba. Un baile de máscaras sobre todo era para ella un poema oriental.

Aguilar la propuso llevarla á uno si consentia en escaparse del colegio. Ella se negó al pronto; pero después vaciló, y al fin se dejó convencer por las razones de Adelaida que tenia tambien proyectada otra escapatoria igual. Las dos amigas discutieron su plan como dos autores el de un drama que piensan escribir juntos, y el dia, ó mas bien la noche convenida, administraron á sus *cuidas* una dosis de ópio que las hizo soñar durante diez y seis horas sueños mas bellos que los cuentos de las hadas, y descendieron andando sobre las puntas de los pies hasta la huerta, de cuya puerta interior poseian una llave falsa, de la cual como del ópio las habian provisto sus amantes.

Una hora después, disfrazadas con trages de capricho, entraban en el salon del teatro del Príncipe.

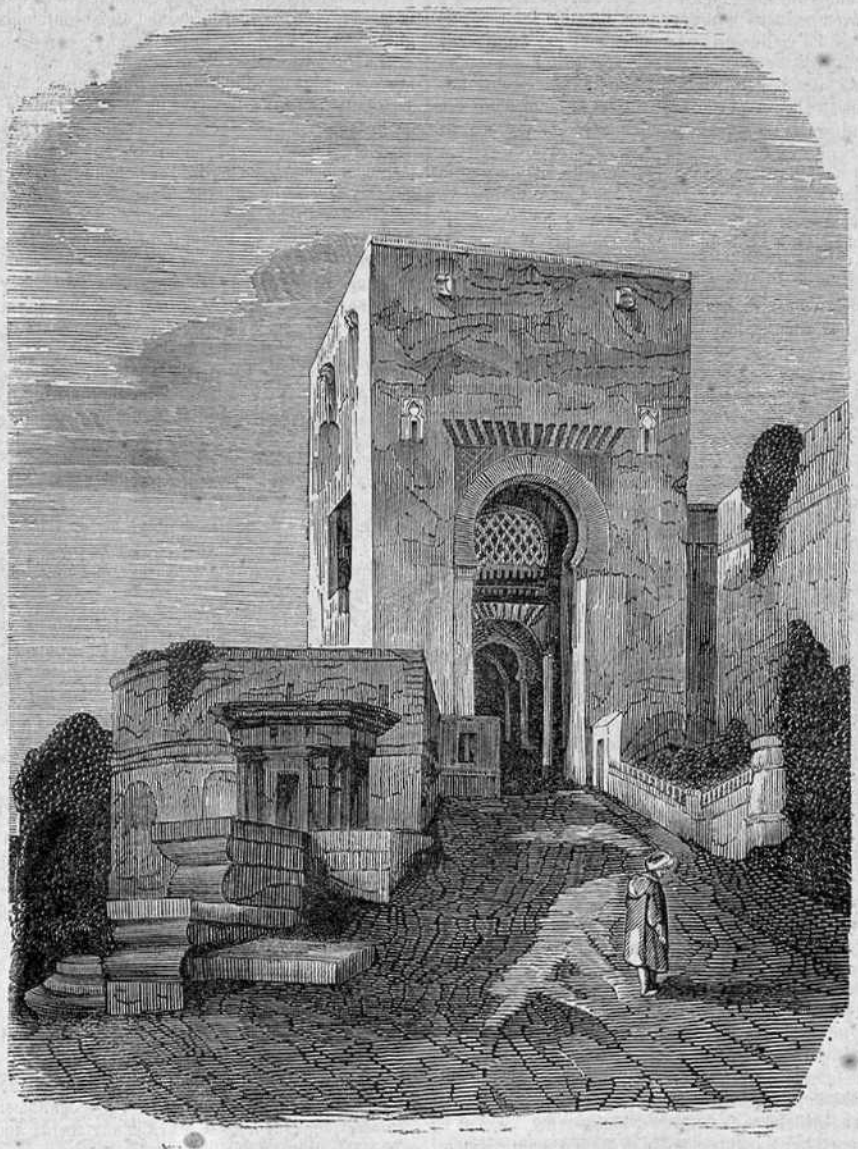
El deslumbrante espectáculo del salon de baile, las luces de las arañas de cristal reflejándose en el oro de los adornos, multiplicándose en los espejos y quebrándose en los aderezos de pedrería que coronaban los hermosos rostros de las bellas y elegantes damas radiantes de vida, de juventud y de alegría, los gritos de loco placer de las máscaras vestidas con trajes caprichosos, pintorescos y fantásticos como los personajes de un cuento de Hofman, la tempestad de armonía que se derramaba á torrentes por la atmósfera ardiente y vaporosa, el satánico movimiento del baile, las frases de amor que, semejantes á los globos de fuego de un juego de pólvora brillaban un momento y se perdian zumbando en la confusion, todo esto rodeando á la pobre jóven que acababa de dejar su oscura y silenciosa celda, como un sueño fantástico, como una orgía infernal, la mareaba, la estasiaba, la anonadaba.

María se sentia próxima á desfallecer, porque sus castos sentidos se negaban á percibir á la vez tantas sensaciones. Su impresion, inconcebible para nosotros criados en el torbellino del mundo, donde las sensaciones violentas endurecen el alma como el cuerpo, solo es comparable al primer beso de amor, el placer divino que solo se goza una

vez en la vida, y el único que no deja en el alma la huella de cieno del hastío.

Aquel placer sin embargo debia de influir muy dolorosamente en la vida de María por la terrible catástrofe que le terminó. Cuando la mañana se acercaba á poner fin á la fiesta, el tablado del salon se hundió por un lado bajo el peso de los bailarines, que se hundieron en aquel oscuro abismo lanzando un grito de agonía que cubrió la orquesta con un ¡ay! de muerte que lanzaron mil pechos á la vez. Aun guardan memoria de esta desgracia muchas familias que perdieron en ella una persona querida. Entre las alegres víctimas se hallaba María, que fué sacada de aquel repentino foso, desmayada y herida de gravedad. ¿Cómo trasportarla al colegio? ¿Cómo confesar su falta? Ella hubiera preferido morir.

Aguilar la llevó á su casa, donde permaneció oculta mientras que su familia y los directores del colegio se perdian en averiguaciones infructuosas para descubrir su paradero. Por lo que hace á Adelaida, habia hallado demasiado divertida la vida del mundo para volver á su celda. El pájaro libre cantaba en las ramas sin ver nunca el porvenir mas lejano que la noche del dia en que se hallaba y sin pensar en volver á su jaula.



(Puerta del Perdon en la Alhambra.)

—Pues que la vida es corta, decia, apresurémonos á gozarla; no desperdiciemos ni un minuto que pueda ser empleado en el placer. Esto es vivir bien.

Ignoraba que la virtud es la higiene del alma, como la higiene médica es la virtud del cuerpo, y que el medio de gozar menos es arrojarse en el torbellino de los placeres.

La felicidad de María fué tan bella como breve; pues como ya sabemos, Aguilar se desprendió de sus brazos para arrojarse á los piés de una belleza venal, y despreció su amor angélico por un amor de pacotilla. Desengañada un dia abandonó a su amante infiel llevándose á una hija, fruto de su culpable amor, y no atreviéndose á arrostrar las miradas de su padre justamente indignado, se recogió en Sevilla en casa de la anciana Angustias, que en otro tiempo fué su criada y que la amaba como á una hija. Allí vivian las dos miserablemente de su trabajo, María bordando para las tiendas y Angustias haciendo calceta y asistiendo á las casas en que la llamaban, aunque para este trabajo cada dia se sentia mas débil. Esta anciana era un corazon escelente. A pesar de la fraternidad que entre ambas habia querido establecer María y que su situacion reclamaba, ella se obstinaba en considerarla como su señorita; la evitaba los trabajos rudos, la mimaba en fin como á una niña querida evitándola en cuanto la era posible las miserias y privaciones á que su estado las esponia.

—¡Qué buena eres! la decia algunas veces María estrechándola la mano con efusion al ver su celo y desinterés; eres mi segunda madre.

Y Angustias al oir esto sentia que sus ojos se cuajaban de lágrimas de agradecimiento, y se alejaba sintiendo trémulo su corazon septuagenario.

—Para quilatar el corazon humano es necesario descender á la desgracia, decia entonces la jóven quedándose sola, y se entregaba á sus reflexiones y á sus recuerdos.

IV.

Aguilar no se limitó á esta inútil conversacion, sino que después de ella se puso de acuerdo con Angustias, que entró en sus planes, porque tenian por único objeto el bien de su hija; así llamaba ella á María. La pobre jóven no sospechó nada, pues ninguna imprudencia delató este secreto, y no viéndose importunada mas por Aguilar, se creyó enteramente olvidada. Contribuyó tambien á sostener esta idea el verle una mañana en un coche con otra jóven tan linda como desenvuelta, que parecia poner empeño en demostrar al público que era su amante. María al verlos no pudo menos de verter una lágrima silenciosa.

Mientras tanto su fortuna mejoraba visiblemente. Angustias la proporcionaba trabajos fáciles, que eran pagados á peso de oro; de modo que sin molestarse tenia mas de lo necesario: como se comprende, estos trabajos eran encargados y pagados por el amor del jóven poeta.

Este sentimiento desarrollado en la ausencia y florecido en ella, desmintiendo la creencia vulgar de que el amor no puede respirar mucho tiempo sino en la atmósfera que embalsama con su presencia el objeto amado, arroja gran luz sobre la verdadera naturaleza del amor, y me proporciona lugar para desarrollar una teoría.

El amor, todos los fisiólogos convienen en ello, no es una pasion de la natutaleza, sino un producto misto que la sociedad ha conseguido, como los jardineros sus mas bellas flores, mezclando, ingertando artificiosamente dos ó mas semillas: el deseo brutal y la poética y vagarosa aspiracion del alma á lo ideal y á lo infinito, combinado con la simpatía magnética. Quitad uno de estos elementos, y el amor desaparece. Sin el deseo se reduce á la amistad; sin la simpatía á la lujuria, y el sentimiento poético es el lazo que une los otros dos, la base de esta delta sagrada. Ahora bien: la amistad mas pura se funda en un cálculo egoista, tal vez desconocido del mismo que lo siente, porque nada es tan misterioso para nosotros como nuestro propio corazon, empero que no por eso existe menos; el amor es pues un sentimiento egoista, y fundado en el cálculo en gran parte. El sentimiento poético, como probé otra vez en otra novela, que muy pocos lectores entendieron, porque no abundan los lectores filósofos, es una parte de la imaginacion que embellece los objetos lejanos con una aureola celestial, ocultándonos sus imperfecciones como se nos ocultan las de los astros, y por consiguiente este sentimiento se unirá con mas fuerza á un objeto perdido que á otro presente, seduciendo á la simpatía, y dispertando por él el deseo que es su satélite ciego y confiado. Disecado de este modo el sentimiento y analizadas sus fibras motoras, se comprende fácilmente el amor de Aguilar por María después de haberla perdido, semejante al que otros sienten por una amante muerta que apenas conocieron cuando viva.

Pero otras causas, combinadas con las mismas circunstancias, produjeron en el corazon de María una revolucion muy diferente. Seducida por la poética palabra de Adelaida, su alma habia soñado con amores celestes, habia humedecido sus labios con los encantados filtros de la dorada copa de la ilusion, y cuando sedienta de ellos se arrojó en brazos de Aguilar, la copa de su amor le pareció insípida, caia de su cielo poético á la triste realidad, y la helaba el miedo hasta el corazon, cuando intentando delirante abrazar el placer tanto tiempo deseado, solo hallaba bajo su manto de púrpura y oro los amarillentos huesos de un esqueleto.

Atada sin embargo á aquel hombre por su deshonra, habia vivido en su compañía triste, pero sin exhalar una queja, sonriendo con la dulzura de una santa, y atesorando sus lágrimas en su corazon, rociando con ellas las secas flores de sus ilusiones perdidas y de sus esperanzas marchitas en capullo.

Cuando la infidelidad de Aguilar la suministró un motivo para abandonarle, quizá los sentimientos anteriormente abismados en su alma, y que en aquel momento subieron á su superficie como el cieno á la del lago en la tempestad, fueron los mas ardientes consejeros de su separacion. Un amor verdadero hubiese sido menos orgulloso quizá, y hubiese buscado un momento para dejarse convencer y rendir por las súplicas de su amante. Llevada á efecto la separacion, María se sintió cansada del amor, desconfiada de él, que no la habia cumplido ninguna de sus doradas promesas, y que la abandonaba al desprecio con una marca sobre la frente. El alma de María no estaba templada para la titánica lucha que otras mantienen con la sociedad; ángeles rebeldes, siempre hollados pero nunca vencidos; ella era débil como una flor; cedia á todas las auras, y un viento demasiado fuerte arrancaba sus hojas, truncaba su tallo, y la arrastraba por el polvo. Además, su cuerpo, herido de muerte por la tisis, influia en su alma con la incomprensible fuerza con que influye siempre nuestra parte física sobre la moral, fenómeno que será trivial cuando se aprecie debidamente el eléctrico mecanismo de nuestro pensamiento. Esta enfermedad, que la carcomia interiormente como un gusano roedor que se alimentase en sus entrañas, unas veces la exaltaba con la momentánea fuerza de la fiebre aferrándola pueril mente en las ideas mas caprichosas, y reaccionando luego la abandonaba á una languidez melancólica en que hasta el pensamiento era un trabajo superior á sus fuerzas. Entonces pasaba horas enteras con la mirada tristemente serena como el cielo en las tardes del otoño contemplando á su hija y preguntándose: ¿Cual será su porvenir?

Las fuerzas de María se debilitaban por momentos; y si bien la sostenia su fuerza de voluntad, los esfuerzos que hacia agravaban su mal y aumentaban sus estragos. Ella lo sabia, pues la tisis era hereditaria en la familia de su madre, y pensaba con angustia en el dia en que sus fuerzas se agotasen, como el reo en el de su sentencia. Frecuentemente en medio de su bordado se detenia como si la faltase aire, y tosia honda y secamente retirando de su boca su pañuelo manchado de sangre; pero ocultaba sus padecimientos y sus temores á Angustias, que no los sospechaba, y seguia trabajando.

Por fin llegó el dia temido en que el disimuio fué imposible, y María se arrojó en brazos de su compañera llorando y esclamando:—No puedo mas: ¡qué va á ser de mí! ¡qué será de mi hija!

Angustias asustada de esta revelacion trató de calmar su desconsuelo, de engañarla haciéndola creer que era infundado, y corrió á casa de Aguilar á participarle la nueva desgracia.

—La veré morir, le dijo llorando, como he visto morir á su madre y á su hermana. Ellas tambien eran hermosas, parecian felices, y una noche el ángel de la muerte poniendo la mano en sus pechos ahogó los latidos de sus corazones!

—La salvaré; es necesario, es mi deber, esclamó Aguilar, cuya frente estaba bañada en sudor frio como el de un cadáver.

Y entre los dos formaron un plan para rodear á María de sus cuidados, sin que ella sospechase quien velaba por su tranquilidad; pues de otro modo, ó no los hubiese aceptado, ó hubieran acelerado la hora de su muerte.

Al volver á su casa, consecuente con este plan, Angustias dijo á María que acababa de pedir auxilios para ella á una junta de señoras, que llevadas de un piadoso celo se dedicaban al socorro de los desgraciados, y que aquella tarde vendria á verla una de ellas. María exhaló un suspiro y se abandonó á una meditacion dolorosa, porque la humillaba el verse reducida á implorar la caridad pública; pero se resignó por fin con su suerte aceptándola como una expiacion de su falta.

La fingida dama de caridad vino á la hora convenida. Era una señora anciana, de agradable aspecto, y de conversacion dulce é insinuante. La jóven la descubrió su corazon como á una madre, y la reveló los temores maternales que le atormentaban por la suerte de su hija. La dama la ofreció su proteccion para ella y Margarita, y se marchó ofreciendo volver.

Ignoro dónde buscó Aguilar esta consumada actriz, que ensayada sin duda por él en el papel que habia de representar, salió tan perfectamente de su empeño. Hay quien asegura que fué doña Damiana Valflorido, que entonces empezaba á entrar en la vejez y aplicaba á las buenas obras su conocimiento del mundo y su delicada educacion. Sea como quiera, aquella misma tarde vino un médico de parte suya; pero ya era demasiado tarde, y dijo meneando la cabeza:—Está muerta, y el poder de la ciencia no alcanza hasta la resurreccion: sin embargo, ensayaremos todos los recursos, haremos con ella lo que con un hombre que ha caido en el mar y se está ahogando sin que se le pueda socorrer, que desde lejos se le arroja una cuerda aunque sin esperanza de que la coja.

El médico tenia razon. El Señor llamaba á sí á aquel ángel desterrado del pátrio cielo, que volvia á él los ojos caminando por la escabrosa senda de la vida humana, quemándose los desnudos pies con las abrasadas arenas, y rasgándoselos con las quiebras de las rocas. El dolor sin embargo no la habia purificado del todo: sus blancas vestiduras de inocencia estaban manchadas en lodo, y como las telas de amianto, solo podian limpiarse en un fuego abrasador.

Aguilar inocentemente la sometió á esta cauterizacion del vicio, á esta última prueba, después de la cual la jóven culpable podria volver á sentarse entre los ángeles sus hermanos, coronando su frente, no con las rosas de la inocencia, sino con la palma del martirio.

Una noche María se despertó despues de un sueño un tanto apacible, y vió á poca distancia de su lecho al médico y á Angustias que hablaban en voz baja creyéndola dormida.

—¿Conque no hay esperanza? decia Angustias desconsolada.

—Solo un milagro podrá salvarla, respondió el médico; la ciencia

humana es impotente. Persuádala Vd. á que se disponga admitiendo los auxilios de la iglesia.

—Pobre hija mia! murmuró Angustias anegada en llanto.

En este momento se terció en el diálogo otra voz, que aunque hablaba muy bajo, penetró dolorosamente como un agudo puñal en el corazon de María, dispertando sus sentimientos aletargados, que se alzaron rugiendo como las fieras heridas en su sueño por la barra de hierro candente del domador.

El personaje del lecho estaba oculto á los ojos de María por las cortinas del lecho; pero ella le conoció sin verle: era Aguilar.

—Ensaye Vd. todos los medios posibles é imposibles, decia al médico, y no repare Vd. en el dinero: afortunadamente soy rico.

—Afortunadamente para nosotras, añadió Angustias; pues si no fuese por Vd., ya hubiéramos muerto de hambre, sugetas, ella por el infortunio y yo por los años.

—Calle Vd., dijo Aguilar; cumplo mi deber.

Un momento despues, se marcharon el médico y Aguilar. Angustias salió para alumbrarles y abrir la puerta de la calle. Despues con el alma abrumada de dolor, volvió al cuarto de María y se acercó á su lecho para contemplarla en su sueño; pero apenas levantó las cortinas lanzó un grito de terror. El lecho estaba vacío; tambien lo estaba la cuna de Margarita, y de una ventana de la alcoba que estaba abierta pendia una sábana añudada, que sin duda habia servido para la fuga.

V.

María salió de su casa, cediendo á un movimiento espontáneo, á un rapto del orgullo herido que la cegó el pensamiento, impulsándola á huir de los cuidados de Aguilar, como de un peligro horrible, y por huir de ellos durante algun tiempo, marchando sin direccion fija, atravesó diversas calles con el paso precipitado de toda persona fuertemente preocupada, y estrechando á su hija contra su corazon como un avaro su tesoro, salió de Sevilla, y hasta que llegó la noche estuvo vagando por la orilla del rio.

La noche estaba oscura como su porvenir. La luna rojiza y medio velada entre las montañas de nubes que se cernian en la pesada atmósfera, reflejaba sus débiles rayos en el Guadalquivir, que parecia una ancha faja de plata inmóvil y silenciosa. Los árboles, que el otoño despojaba de sus amarillentas hojas, se levantaban á trechos como espectros amenazadores, como gigantescos esqueletos saliendo de sus lechos de muerte. Los reflejos del sol de la noche, perdiéndose entre las sombras de sus ramajes y las brumas del horizonte, fingian disformes monstruos, caprichosos abortos, que el lenguaje y aun el pincel es impotente para delinear. Si alguna luz, un fuego fatuo ó una luciérnaga brillaba entre las sombras; si algun ruido breve y temeroso producido por algun reptil que se escondia en su soterrado nido, se levantaba entre el silencio funerario de aquellos lugares, el miedo daba á la luz el fatídico reflejo de unos ojos cárdenos que flotaban en el espacio, y asemejaba el ruido al crugir de un sudario que se arrastra con lentitud. La jóven contemplaba por primera vez el espectáculo de la naturaleza en el silencio y la soledad de la noche, y temblaba como si atravesase la mansion de los muertos. Un frio glacial se estendia por entre su piel, y su corazon se oprimia con un terror vago é indescifrable, el mas invencible de todos para la reflexion, porque es meramente un instinto. La debilidad de su estómago, pues no habia tomado alimento en todo el dia, produciéndola una ligera fiebre, sobreescitaba su imaginacion y la estraviaba, haciéndola creibles los mas ridículos sueños del miedo: así es que caminaba durante horas breves como minutos y minutos largos como horas por la velocidad de sus pensamientos, precipitada, volviendo los ojos atrás al menor ruido, ó deteniendo de pronto el paso y el aliento, como si hubiese visto algun objeto terrible en la oscuridad, y luego dando un grito de agonía se lanzaba como una corza por entre los árboles. Una de las veces la respiracion la faltó en medio de su carrera y tuvo que asirse de un tronco para no caer. Sus ojos se cerraron, su frente abatida y helada, pero sudorosa, se inclinó como abrumada por su propio peso, y su pecho resonó con una tos seca y honda. Pero este vértigo pasó pronto, y la jóven, algo repuesta despues de él, elevó una oracion á Dios, la mas ferviente que pronunció en su vida, y se sentó fatigada al pié de un árbol.

En este momento oyó llorar á su hija, y enjugándose una lágrima, la miró murmurando:—Pobre hija mia! Si serás tan desgraciada como tu madre!

Luego descubriéndose el pecho quiso acallarla dándola de mamar, y comenzó á cantar la cancion con que solia dormirla. Era una cancion sin arte, escasa decadencia, semejante á los cantares de los gitanos, pero que conmovia el corazon en el silencio y soledad de aquellos agrestes lugares. Además, aquella cancion recordaba á María tiempos bien diversos, dispertaba en su alma las dormidas memorias de la aurora de su vida, la casa de su padre y los halagos de su madre. Al compás de aquella cancion el llanto corria abundante de sus hermosos ojos, que se posaban sobre las tristes ruinas de lo pasado.

La memoria es un don fatal para el hombre: ella aumenta nuestros dolores en la adversidad con el recuerdo de los placeres perdidos, ofrece á nuestra vista el agua cristalina y fresca cuando jadeantes de sed caemos desfallecidos en las abrasadas arenas del desierto; ella en el dia de la felicidad se sienta á nuestra mesa como la sombra de Banquo en el festin de su asesino, y turba nuestros placeres con sus recuerdos dolorosos. ¡Ay de quien no tiene en el fondo de su alma, oculto como un cadáver bajo la corriente de un cristalino rio, un recuerdo de amargura, último resto de una ilusion perdida, que basta á envenenar las horas mas felices de nuestra existencia!

María meditaba en el drama melancólico de su vida, y arrullaba á su hija con su cancion, que cantaba casi maquinalmente.

Pero Ernestina no cesaba de llorar, y apartaba el pecho con enojo... María la miró y tembló: su hija tenia hambre, y sus pechos estaban secos!

María lanzó un grito, y quedó como anonadada por esta nueva desgracia tan natural como imprevista: cuando creia apurado el cáliz de la amargura, este nuevo dolor venia á enseñarla que la desgracia es infinita, y que el hombre no puede decir nunca: Conozco todos los dolores!

Hubo un momento de desesperacion, en que María contempló con ojos delirantes la tranquila corriente del Guadalquivir, y pensó en arrojarse á él con su hija buscando en el seno de la muerte el reposo, la última esperanza de los desgraciados; pero el instinto de la vida pudo mas que su desesperacion, y dirigiéndose á la ciudad que entre las sombras se alzaba silenciosa como una montaña coronada por una débil aureola rojiza, dijo con el estóico acento del dolor en sus últimos grados: Tentemos el último recurso. Imploraré la caridad pública para la hija de mi delito.

Y luego añadió, alzando al cielo una mirada de mártir:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡cuántas lágrimas me cuesta una hora de locura!

Antes de que llegase á Sevilla, el alba empezó á iluminar los cielos con su pálida luz semejante á la de una antorcha colocada detrás de un lienzo espeso. A esta luz la naturaleza se dispertó, y alzando la frente coronada de escarchadas flores, entonó un himno de armonía, una oracion al dios del amor y de la inocencia; pero María no se hallaba en estado de admirar las poéticas maravillas del amanecer. Con paso débil porque el insomnio, el hambre y el dolor habian agotado sus fuerzas, caminaba lentamente con su hija en los brazos respirando con dificultad, como si el aire la faltase, tosiendo honda y fatigosamente, sintiendo flaquear sus piernas y golpear sus sienes, y destellando de sus ojos negros un fuego calenturiento y sombrío.

Así se arrastró hasta Sevilla, á la cual llegó cuando la luz del alba la iluminaba con su resplandor vago y argentado, y cuando el primer reflejo del sol naciente, puro como la mirada de un niño, se reflejaba en la Fé que corona la Giralda.

Situóse en la esquina de una calle, y procurando cubrirse el rostro, esperó á que alguien pasase para implorar su caridad.

Pronto, un hombre embozado en una capa cruzó la calle con paso precipitado. María con el corazon palpitante se dirigió hácia él, ó mas bien tuvo intencion de dirigirse, porque la faltaron las fuerzas, y le dejó pasar sin dirigirle una palabra.

Pasó otro, y la jóven procurando cegar su pensamiento le dijo con voz trémula: caballero...

El interpelado se detuvo.

—Una limosna por Dios, para mi pobre hija, murmuró María con un acento casi ininteligible.

El desconocido salia de una casa de juego donde habia perdido su fortuna, y por consiguiente tenia el humor negro y avinagrado: así es que se alejó, diciendo: Una limosna... á trabajar... Ponte á robar ó arrójate al Guadalquivir.

En seguida pasaron dos jóvenes decentemente vestidos, pero cuyos vacilantes pasos indicaban que salian de una de esas reuniones en que la juventud derrocha su salud, su oro y su inteligencia inútilmente, por falta de objetos nobles en que emplear la superabundancia de vida que la abruma. El sol de la orgía agosta en flor las ilusiones y los sentimientos generosos de aquellas almas que disecan la vida en vez de gozarla, y aprenden sus resortes, estudian su esqueleto, en vez de deleitarse con sus bellezas. El materialismo gangrena aquellos corazones aun antes de que conozcan la generosidad y la grandeza, y desde muy temprano aprenden á hallar el lado ridículo de los sentimientos nobles, y asesinar una idea grande con un sarcasmo.

Aquellos dos jóvenes eran bellos; pero sus frentes estaban ya marcadas por el beso del vicio, y contraia sus labios la punzante sonrisa del escepticismo.

Al pasar junto á María, uno de ellos la alzó el velo.

La jóven exhaló un grito.

—Es muy linda, dijo el jóven á su compañero, y añadió volviéndose á María: Mucho has madrugado, paloma ¿Quieres darme un beso?

—Dámele á mí, dijo el otro, que aun tengo aquí dinero suficiente para comprarte un traje de duquesa.

—Parece muda como una estátua.

—Pues.. «con los mudos, vida mia, hablo poco y hago mucho.»

—Déjenme Vds., caballeros, dijo María con lágrimas en los ojos, pues el dolor la quitaba hasta el sentimiento de su dignidad, que en otras mujeres eleva á su mas alto grado; y su voz fué un gemido tan tierno y tan dulce, partia tan del fondo del corazon, que movia á piedad el oirle. Pero la embriaguez de los jóvenes no era piadosa, y con la indiferencia con que hubiese arrancado una rosa de su tallo uno de ellos acercó sus labios, húmedos aun de los besos beodos de las cortesanas, á los labios secos y descoloridos de la jóven, que lanzó un grito como si la hubiesen acercado un hierro candente.

—Zalamerías, dijo el jóven: ¿tan feo te parezco que mis besos te repugnan? Acostúmbrate á ellos y luego te agradarán. Esto es como el beber cerveza: al principio enoja, pero despues deleita.

El rostro de María, que al pronto se habia cubierto de rubor, palidecia entre tanto con la palidez de la muerte. Sin soltar á Ernestina levantó sus manos como para llevarlas á la garganta, dió dos pasos vacilantes, exhaló un grito de agonía, y cayó sin sentido sobre las losas.

—Diablo! dijo uno de los jóvenes, hasta las mendigas tienen nervios; yo creia que las señoras de alto rango tenian privilegio esclusivo para desmayarse.

—Bah! dijo el otro, es demasiado sensible; pero está por descifrar si este desmayo es de disgusto ó de placer.

VI.

Cuando María abrió los ojos se halló recostada en el sofá de una barberia y rodeada de personas desconocidas que parecian interesarse por su situacion.

A su lado estaba el cirujano dueño del establecimiento. Era un hombre de 46 á 50 años, no muy alto, pero robusto de miembros. Su rostro fuertemente colorado, estaba sembrado de pequeños granos materiosos como el de César Borja, siendo esta la sola semejanza que tenia con ningun hombre célebre. Su nariz era larga y gruesa, sus ojos de un color indefinible, mezcla de azul verde y blanco, su rizada cabellera y sus patillas *de chuleta* tenian el color rojo de que tan mal hablan los refranes; pero debo de decir en honor de la verdad y para librar mi conciencia de toda sospecha de calumnia, que Juan Gutierrez, el honrado cirujano, era un hombre de bien que hacia mentir al refran, y salvo de ser algo interesado, de prolongar algunos dias las curaciones y de entrometerse á recetar alguna vez en los casos reservados de la medicina, de ningun otro delito podia acusársele.

Al lado de Gutierrez estaban los ayudantes y un alcalde de barrio que al parecer habia conducido allí á María.

En la puerta de la tienda se agrupaba una docena de curiosos desocupados.

De repente detrás de estos curiosos se oyó un grito, y un caballero se abrió paso con visible agitacion corriendo á arrojarse á los pies de María. Era Aguilar.

La jóven fijó en él sus hermosos ojos que parecian brillar ya con un reflejo celeste, y le dejó coger su mano seca y sudosa que él cubrió de lágrimas y de besos.

—María, decia Aguilar en el delirio de la pasion, perdóname; he sido un infame contigo; he pisado tu corazon; he quebrado tus ilusiones; te he hecho infeliz en pago de tu amor virginal; pero te amo con delirio, y el amor verdadero, el amor tal como yo le siento por tí, todo lo purifica. Perdóname. No te pido que me ames porque desgraciadamente sé que es imposible. He roto en un dia de locura el lazo que unió nuestros corazones; y aunque el mio haya permanecido fiel, aunque su cariño se haya reconcentrado y hecho mas fuerte en la soledad, el tuyo solo puede sentir odio para quien le ha coronado de espinas. Tú eras un ángel y yo te he enseñado á odiar! Solo te pido que no rechaces mi amor, que le dejes devolverte lo que te ha quitado, rodearte de las comodidades de que careces, y devolverte la salud que por mi causa has perdido. Líbrame, te lo suplico por el amor que en otro tiempo me profesaste, líbrame del remordimiento que me atormentará eternamente si pereces en el miserable estado á que te arrastró mi ceguedad. Si no lo haces por mi, hazlo al menos por nuestra hija.

Y al decir esto su voz estaba tan alterada que llegaba al corazon, y gruesas lágrimas se desprendian de sus ojos.

—Caballero, le dijo el cirujano en voz baja, acelera Vd. su agonía; va á espirar, y...

María, con la increible percepcion de oido que se desarrolla en los tísicos, recogió estas palabras, que apenas comprendió Aguilar, y lanzando al cirujano una mirada en que se leia un poema, se incorporó como si quisiese hablar; pero las fuerzas la faltaron, y volvió á caer sobre su improvisado lecho, lanzando un ¡ay! y llevándose las manos á la garganta con la angustia del que se ahoga.

En seguida volvió los ojos, que empezaba á oscurecer el velo de la muerte, hácia su hija, que tenia en sus brazos un vecino, y se la señaló á Fernando con una mirada.

Aguilar la comprendió, y tomó á la niña en sus brazos.

Entonces María le tendió la mano, inclinó la cabeza, y de sus ojos corrió la última lágrima.

. . . . . .

—¿Qué te ha parecido la escena? dijo uno de los curiosos á un amigo suyo cuando se alejaron, porque el drama se habia terminado.

—Me ha parecido, respondió el otro, tan sublime, que rayaba en lo ridículo. Aquel caballero llorando como un niño me hacia el efecto de un loco. El dolor debe de arreglarse á ciertas fórmulas...

La conversacion fué interrumpida por la llegada de un tercero, que comenzó á hablar de toros, y nadie volvió á pensar en la trágica escena de la barberia.

EL SOLITARIO DEL BETIS.

ROMANCE.

Por las amenas orillas
del Betis, siempre frondoso,
que al mar con blanda corriente
lleva su cristal sonoro,
De interna pena afligido
Fileno iba triste y solo,
interrumpiendo su llanto
á veces con sus sollozos.
En cada objeto que via,
se presentaba á sus ojos
de su mal y desventura
un recuerdo doloroso.
Undoso Betis, decia,
yo te ví un dia hecho un golfo,
y hoy reducido á tu márgen
vas plácido y silencioso.
Bellos árboles, decia,
yo os ví un tiempo áridos troncos,
y hoy os miro florecidos
y acopados y frondosos.
Yo os ví, fértiles campiñas,
un tiempo eriales toscos,
y hoy llenas de opimas mieses
y de pastos abundosos.
Yo os ví, feraces colinas,
un tiempo nevados copos,
y hoy de Flora y de Pomona
ser pensiles deliciosos.
Yo os ví, pastores, un tiempo
sufrir las iras del Noto,
y hoy gozar las blandas auras
del regalado Favonio.
Yo ví ociosas vuestras redes,
pescadores del contorno,
y de peces plateados
llenas y henchidas las noto.
Al contrario fué mi suerte;
yo me ví un tiempo dichoso,
y hoy me miro desdichado
sin esperanza de gozo.
Todo cambia en este mundo:
su alteracion tiene todo:
menos mi mal perdurable
que no tiene al bien retorno.
Pues desque perdí el bien mio,
el bien que perdido lloro,
no puedo ¡desventurado!
tornar á ser venturoso.

L. E. O.

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario é Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra.



LA COLEGIATA DE AMPUDIA.

Las transiciones que se verifican en las artes son hijas de los periodos progresivos que la civilizacion va marcando á la humanidad en su camino. Por eso cada época artística tiene sus formas caracterizadoras, y presenta indelebles rasgos de filiacion y circunstancias. Y se nota mas particularmente esta cualidad en las construcciones elaboradas en las grandes peripecias, en los tránsitos de una á otra era. El edificio ostenta entonces un semblante mixto, que retrata fielmente la confluencia de dos tiempos, y el contraste de dos tipos incoherentes, destinados á la separacion. Consiste esta mescolanza fortuita en que las evoluciones del espíritu humano, lo mismo en las artes que en todo cuanto se regula por su accion, no son obra de un dia ni producto de efímeras y momentáneas causas. Los sistemas del entendimiento son para los siglos lo que las costumbres para los individuos. No basta querer la mutacion, para que se verifique. Ni se desarraigan en un punto cosas con las que estan connaturalizados el gusto y el sentido, y que llegan á formar parte del modo de existir. Todas las grandes trasformaciones tienen que pasar por el laboratorio del tiempo, y en sus crisoles se depuran de los vestigios bastardos, que son el precipitado postrero de las edades y de los usos precedentes. Y cuesta muchos años, y á veces no pocas oscilaciones, el establecimiento de la innovacion sobre el terreno perdido por la fórmula caduca y fugitiva. En filosofía, en política, en todas las regiones de la ciencia se observa esa eterna sucesion, esa cadena de vida y de mejoramiento, que acaso es la clave absoluta de la historia. Pues las grandes guerras, los trastornos sociales, las espediciones gigantescas de los conquistadores, las emigraciones de los pueblos no son mas que el resultado visible de aquella continua operacion, que se elabora en los senos de la inteligencia. No de otro modo las corrientes de aire contenidas en el fondo de los mares para los fines de la Providencia, cuando traban hondísima lucha, salen á la superficie de las aguas en crespas ondas y agitados borbotones, que turban la calma del horizonte y llenan de pavor al navegante que á pasar acierta por entre sus peligrosos abismos. Pero donde mas y mejor se percibe esta marea constante del movimiento humano es en las artes, por una razon sencillísima. El campo de las operaciones científicas es todo de especulacion y exámen ideológico. Solamente pues los espíritus cultivados y peritos en sus metafísicos discernimientos pueden hallar la forma del pensamiento en su gradacion y modificaciones. Pero el terreno de los artistas es de la jurisdiccion de los sentidos, y se presta á la observacion universal. La idea se presenta revestida de formas materiales, cuya apariencia está en completa analogía con su principio esencial. La ciencia, en suma, es una abstraccion, las artes un espectáculo. El procedimiento es diverso, por mas que sean iguales la tendencia y el resultado. Y convienen además, como decíamos antes, en la lentitud con que operan los tránsitos de su perfeccionamiento, y en los rastros que tras sí dejan los métodos anticuados en el gérmen de las mejoras que les sirven de sustitucion en la senda de la vida universal. Este fenómeno presenta con elocuente evidencia el monumento de que tratatamos hoy, y forma su tipo artístico, su cardinal fisonomía.

Producto *la Colegiata de Ampudia* de una época en que la arquitectura realizaba una de sus mas importantes trasformaciones, al tenor de la marcha social, presenta el arte que acaba y el arte que empieza en accidental y mistiforme amalgama. Es un engendro de dos razas, que manifiesta la duplicidad de origen en la ambigüedad de su aspecto. Cuando la escuela *romano-bizantina* estaba alumbrando con los últimos resplandores la monarquía española, y cedia insensiblemente el puesto al arte *ojival* en los términos postreros del siglo XII, merced al inmenso movimiento que entonces esperimentó la cristiandad del Occidente, se levantaron en el país varios edificios mas ó menos notables, y entre ellos esta respetable iglesia colegial.

Consta el edificio en su distribucion interior de tres naves y el ábside. El gusto de la decoracion es gótico en general, pero con algunas reminiscencias del *estilo lombardo*, y tan lleno de reparos, cortes

y añadiduras, que presenta una fisonomía anómala y multiforme. Debió la obra principiar por la capilla absidal y la nave céntrica, segun los retazos *bizantinos* que se notan en aquella, y que son los mas antiguos, y en el coro. Después vinieron en las otras dos zonas los renuevos del *gótico* en todas las variaciones de su exornacion. Pero es incomprensible la mezcla y falta de órden que reinan en la colocacion de semejantes adiciones. Ya es un ángulo de bóveda, ya un trozo de cornisa, ya algun capitel de las haces, que tiene á su lado otros de diversa época y contradictorio tipo. No parece sino que un profano al arte tomó porcion de fragmentos de arquitectura, y les arrojó á ciegas sobre paredes y techumbres, donde quedaron colocados á merced del acaso. Y mas bien puede la iglesia ser comparada á un mosáico informe, construido con las ruinas de muchos siglos, que á una construccion ordenada y de unidad sucesiva. Dividen las tres naves dos órdenes de arcos ojivales de maciza y pesada traza, como todo lo que pertenece allí á la primera época de la obra. Las bóvedas estan fabricadas con dobelas de piedra, en forma elíptica, y guarnecidas de toscos y fuertes aristones. Entre las varias capillas que desembocan sobre las naves laterales, la parroquial, que tiene algo de estilo *plateresco*, y la de la Concepcion, que pertenece al *gótico decadente*, fuéron reparadas en 1787. El retablo mayor corresponde al *Renacimiento*, dorado en 1670, con varias obras de escultura. Sobre la meseta del presbiterio hay un antiquísimo sepulcro de piedra con tosco bulto y vetusta leyenda, perteneciente al *bajo gótico*, y que debe ser de alguna piadosa y noble matrona; y otro del *gótico degenerado* está en la capilla de la Concepcion.

La perspectiva esterior del templo, como se ve en nuestro dibujo, ofrece de particular las portadas de N. y M., que son obra del buen gusto ojival, y la torre, que domina la masa del edificio, y que vista de lejos despunta entre las confusas lontananzas como el cíclope de Virgilio sobre el fondo del mar. Su estilo artístico pertenece á la segunda Restauracion, aunque con ciertas huellas y mal curados resabios de *Barroquismo* en varios accesorios de la exornacion, que oscurecen un tanto el tipo romano de la decoracion, y producen poco depuramiento de gusto en el conjunto, que representa exactamente las piezas de un ajedrez en apilamiento piramidal aglomeradas. Consta de tres cuerpos. El primero es un cuadrado robustecido con ocho estribos sobre los ángulos vivos, coronados de flameros en estriados pedestales, y encima del cual corre la balaustrada, entre pilastras sobrepuestas de jarrones pareados en los frentes. El segundo hace un poliedro de diez faces, resaltado por medias pilastras toscanas, perforado por arcos hemiciclos y terminado por floreros. Y forma el tercero, alzado en un plinto circuido de iguales adornos, un cono barreado de junquillos con sartas de perlas, y coronado por tres golas abultadas para sustentáculo de la veleta. El aspecto general aparece recargado por la multitud de jarrones, urnas y remates de bastardo estilo, que hacen el perfil pesado y difuso, y que son el contrasentido de la obra, el defecto ostensible de su combinacion, como lo es asimismo el pináculo cónico del último tramo, perteneciente al modelo gótico del templo, y que forma singular contraste con los demás cuerpos y con los adornos modernos, que le ahogan en rededor. Tampoco son exactas sus proporciones, y por esto parece la aguja menos esbelta y airosa de lo que exige la forma piramidal. La ejecucion, aparte de eso, es bastante buena, la traza arquitectónica de los alzados tiene buen sentido, y en varios toques no deja de haber correccion. Con menos jarrones y pedestales, con cierta economía de ornatos accidentales, valdria seguramente mucho mas. ¡Lástima que el arquitecto cargara sobre una flecha de regular corte la ampulosa balumba de tales dijes y penachos, cual pudiera hacerlo una novia lugareña, que se echa encima todas las galas del cofre en abigarrada exageracion!

La fisonomía del monumento revela bien la época de su construccion. Ruda como la guerra, menesterosa como el arte naciente, adusta como la creencia primitiva, tiene en sí todos los rasgos de aquellos siglos. No podia ser de otra manera. Las fronteras de nuestra monarquía estaban reducidas á cortos límites; la nacion volvia penosamente en sí de una inmensa catástrofe; la sociedad estaba empeñada en una lidia tremenda de nacionalidad y religion; el arte, perdido en el sacudimiento general, empezaba una nueva existencia, desde que la fé de D. Pelayo emprendió en las montañas la cruzada colosal; todo era, en fin, pobreza, rusticidad y lucha. Sin recursos, sin espacio, casi sin tradiciones artísticas, las obras de aquel tiempo se resienten de tan azarosa situacion. Es por demás curioso observar la marcha de la arquitectura sagrada al tenor del engrandecimiento de la restaurada monarquía. Empezando por los templos simbólicos de Asturias, donde se ve renacer el arte de entre las ruinas de la civilizacion *Goda*, y entre las oscuras reminiscencias Asiáticas y Latinas, viene luego la arquitectura desasiéndose de los vestigios póstumos del Bajo Imperio, y toma poco á poco las trazas Germánicas, desplegando su vuelo al impulso del incremento nacional. El humilde y sombrío santuario de Cantabria, con su cripta misteriosa y su pórtico sajon, se trasforma en las deslumbradoras basílicas de Leon y Sevilla, con sus flechas de encaje y sus naves perdidas en la inmensidad. En esta vastísima escala, recorrida por el genio, tiene delineada el arte cristiano la progresion de su existencia, y marcados uno á uno sus grados de desarrollo, madurez y término, pero siempre por las huellas de nuestra marcha social. Es una analogía íntima y perenne. Cada templo es una página de la crónica de su edad. *La Colegiata de Ampudia* refleja bien el estado de aquel tiempo.

Mas aunque de tan antiguo construida, que alcanza lo menos al siglo XIII, en el primer ensayo del arte ojival, no fué erigida en templo colegiado hasta tiempos mucho mas cerca de nosotros. Por los años de 1608, el señor D. Francisco Sandoval y Rojas, duque de Lerma, durante su privanza con Felipe III, trasladó á esta iglesia la Colegiata establecida en Usilla. No se aviene esta version muy bien con la pretension que hace á esta villa sede episcopal desde el siglo IV, y que supone prelados de ella en principios del siguiente á *Odola*, *Gerundiano*, *Claro* é *Isignio*. Parece un poco larga la fecha, y no hallamos en Ampudia ninguna antigüalla que preste autenticidad á semejante tradicion. Todo hace presumir lo contrario. El templo, en primer lugar, no tiene las formas características de las catedrales góticas; pues le falta la prolongacion de las naves laterales en redor del ábsibe, que suele constituir un cláustro corrido para las procesiones interiores; carece tambien de patio claustral, de trascoro y de otros pormenores técnicos. La colocacion del coro, el carácter mezquino de la sillería, la carencia del pasadizo abalaustrado entre su verja y la del prebisterio, y todo en suma demuestra que el templo no fué edificado para el servicio de la dignidad episcopal ni del capítulo canónico, sino única y absolutamente para la parroquialidad. Por otra parte, es un contrasentido que desde los romanos hasta la traslacion tuviese obispo propio; y que despues de esta, precisamente cuando habia adquirido categoría colegial, quedase no mas que con un simple abad mitrado, menor en potestad y jerarquía. Presidia este funcionario el cabildo, compuesto en la época de la traslacion de diez y ocho piezas, á las cuales se agregaron quince beneficios curados, que tenia la villa de provision patrimonial, llegando por consiguiente á treinta y tres las plazas capitulares. El patronato de esta iglesia pertenece hoy á la casa ducal del Infantado, que ha provisto las sillas originarias hasta la supresion por el último Concordato, que reduce la Colegiata á la clase de parroquia principal. El abad ejercia jurisdiccion cuasi episcopal, con alzada á la Nunciatura, y comprendia en su marco las poblaciones de *Ampudia*, *Usillos*, *Calabazanos*, *Valoria de Alcor* y *Villaldacin*, teniendo cinco parroquias, tres conventos y varias ermitas, alguna de celebridad notable.

Merece pues el templo de *Ampudia* un lugar en el registro de nuestras artes, si no por su valor artístico ni por su belleza monumental, por su antigüedad venerable, y por ser una de las primeras obras de la arquitectura cristiana del pueblo castellano.

V. GARCÍA ESCOBAR.

UN MONTMORENCY.

I.

EL CORREO.

El 21 de julio de 1632, antes de salir el sol, dos hombres salieron de la ciudad de Pezenas, cuyas puertas estaban aun cerradas para todo el mundo; iban á caballo, y caminaban con velocidad. El de mas edad era un hombre de treinta y cinco años y de airosa figura; bajo el simple traje de un caballero particular, tenia un aire de nobleza que descubria la costumbre de mandar. No hablaba una palabra, y sin duda su imaginacion estaba ocupada de graves reflexiones sobre algun objeto importante, porque su vista cambiaba á cada momento de espresion, como la de un hombre que discute consigo mismo. Montado en un magnífico caballo, que no podia pertenecer mas que á un dueño muy rico, parecia clavado en la silla; tal era su inmovilidad. Su compañero parecia tener diez años menos; existia entre los dos una gran semejanza, bien que el semblante del segundo tenia una fisonomía enteramente diferente de la del caballero de que acabamos de hablar, y nada, ni grave ni triste, parecia poder alterarle. No cabalgaba con la misma seguridad; se balanceaba sobre el caballo, y le dirigia algunas palabras; miraba de cuando en cuando á su vecino, guiñando los ojos de una manera particularmente curiosa, y al verle profundamente absorto en sus meditaciones, volvia á otro lado la vista con fastidio y se ponia á cantar un aire de moda. Habia comenzado una cancion Bertand cuando fué bruscamente interrumpido al llegar á esta copla:

Algun dia quizá tú mismo te verás privado de esta felicidad, porque la mujer es como una heredad fácil de tomar y difícil de guardar.

De repente el primer caballero abandonó su aire sombrío, y dirigiendo la palabra á su compañero le dijo sonriéndose:

—Yo desmentiré á tu poeta, Duellier; en tres dias me haré dueño de Nimes, de Belearia, de Montpeller, de Narbona y de todas las plazas de la provincia, y esto sin pelear; y una vez tomadas, te juro á fé de Montmorency que no entrará Richelieu si yo no lo mando.

—Así sea, monseñor, respondió el que el duque habia llamado Duellier; creo que si el digno cardenal viniera á atacarnos de frente espada en mano, mecha encendida y bandera desplegada, le haríamos andar en un pié á las puertas de nuestras buenas murallas de Languedoc; pero por Dios que tengo mucho miedo á la guerra de espionaje, de puña!, á lo jesuita, con puñal, con verdugo; maneras de vencer que la roja entiende á las mil maravillas.

—Duellier, replicó el duque Henri, tú no ves mas que traiciones; con tu aire de confianza y de abandono eres el hombre mas sospechoso que conozco.

—Monseñor, replicó Duellier, Desportes ha dicho en un villancico:

Es facil engañar al que confia.

—Desportes hablaba de amor.

—Y yo aplico el precepto á la política, replicó Duellier.

—Conque, segun tú, replicó, Llenra, Hemerí..

—Es un tratado que entretiene á los estados de Languedoc con pretesto de pagos, y que os denuncia al cardenal, que no quiere mas que un pretesto para abatir la única fortuna que al presente en Francia pueda hacer sombra á la suya.

—¡La suya! ¡la fortuna de un Richelieu! replicó Montmorency con desden; yo la destruiré: es necesario que el rey sea el amo; es necesario que abra los ojos, y deje de ser el instrumento de la ambicion de su ministro.

—Es posible que os apodereis del cardenal, qué le mandeis ahorcar, porque no es inmortal; pero abrir los ojos á Luis XIII es un milagro que no podria hacer el mismo Jesús en persona: y no está ciego por falta de avisos: debe ser un hechizo sin duda, porque últimamente ha encontrado sobre su almohada el bonito cuarteto siguiente:

¡Richelieu reina en Francia!
¡Viva el rey!
Se come sus rentas.
¡Viva el rey!
Mata á quien le incomoda.
¡Viva el rey!
Se acuesta con la reina.
¡Viva el rey!

—¿Y qué ha dicho Luis? añadió el duque.

—Ha enseñado la carta al cardenal, dándole el pésame porque tiene tan crueles enemigos; y como no se ha podido encontrar al autor de la copla, han enviado á la barra de Brest á los tres criados de servicio que hacen la cama del rey.

—Es una vergüenza semejante gobierno, respondió el duque; si Gaston tiene palabra, libraremos de él á Francia.

—Si... dijo Duellier levantando los ojos al cielo.

—¿Dudas de la fé del duque de Orleans? respondió el duque.

—De su fé no... de su constancia sí... mejor garantizaria la de Marula Sillot, de quien soy trigésimo amante, que la de este caballero. Este pobre Gaston siente lo que dice, pero no tiene palabra.

—¿Quieres disuadirme de mi proyecto? dijo el duque pensativo.

—Yo no quiero nada; haced lo que os agrada. Recordad el dia que Soudeille, vuestro capitan de guardias, me llevó siendo muy jóven á vuestra presencia. Hé aquí, os dijo, un pariente lejano que os confió vuestro padre al morir; cuidad de él. ¡Ah! respondisteis vos, tendiéndome la mano, Duellier es mi hermano y le trataré como á tal! Y no os cuidásteis de la barra de mis armas para reconocer vuestra sangre: entonces, hermano mio, os di gracias en el fondo de mi corazon, y juré que desde aquel momento se habia unido mi vida á la vuestra, dos brazos á los vuestros, y una hoja fiel á vuestra espada. Haced lo que querais: obedeceré; pero siempre os repetiré el refran de mi villancico:

Es muy fácil engañar al que se fia.

—Gracias, Duellier, respondió Montmorency con una mirada llena de amistad; por lo demás, pronto sabremos á qué atenernos en nuestras sospechas: ya sale el sol; las puertas de Pezenas se van á abrir, y hé aquí un sitio á propósito para nuestra empresa.

Al decir esto entraron en un bosquecillo que habia al lado del camino, y se apearon, sacando cada uno del arzon de su silla un par de pistolas; se sentaron sobre la yerba, y continuaron de este modo su conversacion:

—Seguramente, dijo Montmorency, el duque me ha sorprendido llegando tan pronto: nada está preparado; y sin el gran golpe que quiero dar mañana, su empresa seria una locura como todo lo que intenta.

—¿Conque estais decidido? respondió Duellier.

—Hé ahí por donde viene mi decision, replicó el duque: ¿no has oido el trote de un caballo?

—Sí; pero no viene de Pezenas; al contrario, va; y segun el ruido que lleva, tiene priesa por llegar: es un correo que Richelieu envia al señor Patricele D'Hemerí: yo le pararé: no me disgusta; de este modo mataremos dos pájaros de un tiro. Tendremos la respuesta y la pregunta á la vez: vamos, voy á tomarle por faquin (1) y á ver si la humedad de la noche no ha penetrado el polvo de mis pistolas.

—No, añadió Henri de Montmorency; es necesario saber antes quien es: quizá es uno de los nuestros.

Hé aquí el fastidio de empresas como esta, dijo Duellier; en la guerra, en la buena guerra se entiende, lo uno es negro y lo otro blanco; inglés ó francés, se ve al momento; mientras que batallando los unos contra los otros es difícil saber á quién se tira! ¿Y vos mismo en Belcaria no os habeis visto precisado á que vuestras tropas se batan con la camisa sobre los pantalones para distinguirlas de las del duque de la Force?

—Hay amigos á quienes se conoce al momento; mira á quien querias hacer un faquin, dijo el duque.

—Dios sea bendito! Es Sourdeilles, vuestro capitan; os trae nuevas de la corte. Y Duellier se puso á cantar á voces:

Mi caballero por aquí
encontrareis mi amigo.

—Eh! Sourdeilles, Sourdeilles!

Aquel á quien llamaban así se detuvo en su rápida carrera, reconoció al hermano natural de Henri de Montmorency, y se adelantó hácia el bosquecillo. Se quedó sobremanera sorprendido de encontrar allí al duque; pero antes que Duellier tuviera tiempo de esplicarle por qué habian salido de Pezenas tan de mañana y en semejantes trajes, ya Montmorency le habia hecho mil preguntas.

—¿Qué se dice en la corte?

—Nada, respondió Sourdeilles; pero en su interior todos desaprueban la tutela que sufre el rey, sienten que la reina madre sea sacrificada por su hijo á las exigencias de un ministro, y hacen ardientes votos por el feliz éxito de vuestra empresa.

—Ves, Duellier? dijo vivamente Montmorency; la Francia entera desea su destierro. Después, volviéndose á Sourdeilles le dijo: ¿y el cardenal qué hace? Debe presentir su ruina en este universal descontento.

—O lo ignora ó lo desprecia, replicó el capitan, porque me ha parecido perfectamente tranquilo: sin embargo, no puedo suponer que no sepa lo que se dice tan cerca de él, cuando conoce tan bien lo que se hace en Languedoc.

—¿Te ha hablado pues de mí? dijo el duque.

—Cuatro horas, respondió Sourdeilles. Me ha contado vuestra entrevista con el conde de Moret (2) á quien os mandó su hermano Gaston; me ha dicho los artificios de los señores de la Pauze, de Perault, de Ileyres y de Saint Bonnet para envolver sus diócesis en la revolucion: sobre todo me ha hablado mucho de monseñor Alfonso Delbenne, obispo de Albi, y de vuestras numerosas entrevistas.

—¡Verdaderamente! dijo el duque. Pues que no podria conversar con un amigo sin ser culpable de alta traicion: ¿no te ha dicho nada de la duracion de los estados?

—Nada, sino que triplicaria las tasas de la provincia si no le era afecta, que es lo que exige de ella.

—Justicia divina! esclamó el duque; después de haber quitado á Languedoc la mejor de sus rentas, hacer semejantes amenazas porque los estados esponen sus dolencias al rey! ¿Es pues un crímen sufrir?

—No, replicó Sourdeilles, pero sí quejarse.

—En fin, añadió Montmorency, ¿qué te ha dicho el rey?

—Que leerá la memoria de los estados...

—Es decir, dijo el duque, que se la entregará á Richelieu, que será el juez de las quejas que contra él se elevan. ¿Pero cuáles han sido las últimas palabras del cardenal?

—Hélas aquí: Decid al duque de Montmorency que no se mezcle en las intrigüelas de la reina madre y de su hijo Gaston; aseguradle que le han engañado los que le han dicho que soy su enemigo; que jamás lo soy de los hombres que quieren el bien de la Francia, sino únicamente de los chismosos y de los ambiciosos; que no se fie ni en su

(1) Maniquí para ejercitarse en tirar al blanco.

(2) Hijo natural de Enrique IV, hermano de Luis XIII y de Gaston de Orleans.

ilustre nombre ni en su gran fortuna, si trama alguna traicion; que se garantice sobre todo de los malos consejos, y en particular de los de su mujer, á quien ciega la adhesion á la reina madre. Decidle que hasta ahora le creo inocente, aunque su conducta sea al menos equívoca; pero que las circunstancias se van haciendo críticas, y que es necesario que se pronuncie altamente. No haré nada en contra suya; pero que él no haga nada en contra mia.

El duque se detuvo en el momento de responderle, y escuchó con atencion un ruido que parecia acercarse. Bien pronto se distinguió el galope de un caballo, y Duellier dijo á media voz:

—Hé aquí nuestro hombre sin duda!

Y al momento preparó sus pistolas y se adelantó de árbol en árbol hasta el borde del camino, mientras que el duque esplicaba á Sourdeilles el objeto de su espedicion. En el momento en que el correo que venia de Pezenas á toda rienda pasó por delante del bosque, se oyó un pistoletazo, y el caballo herido rodó por el suelo con su caballero. Antes que este tuviera tiempo de levantarse, ya Duellier le habia puesto la segunda pistola al pecho, y le obligó á seguirle al sitio en que estaba



el duque. El desgraciado que acababa de ser detenido de este modo, se arrojó al pronto de rodillas pidiendo favor y ofreciendo su dinero á sus agresores; pero reconociendo bien pronto en qué manos habia caido, se tranquilizó y respondió á las preguntas que le hizo el duque. Confesó que pertenecia al señor Praticelle D'Hemeri, intendente de hacienda, y que iba á llevar papeles de gran importancia al cardenal Richelieu. Le pidieron los papeles, que entregó sin dificultad: y el duque, ayudado de Sourdeilles y Duellier, los revisó con cuidado; pero no encontró ningun indicio de lo que buscaba. La mayor parte eran procesos verbales de las sesiones de los Estados: estaban allí los nombres de los diputados que se oponian á las ordenanzas y al establecimiento del derecho, mas bien como una relacion fiel que como una delacion.

—Duellier, dijo Montmorency despues de ese exámen, bien ves que D'Hemeri nada sabe ó nada dice.

—Sin embargo todo se sabe en Paris, y es preciso que alguien hable: además, no hemos registrado á este hombre; y si tiene algun mensaje secreto, lo llevará escondido.

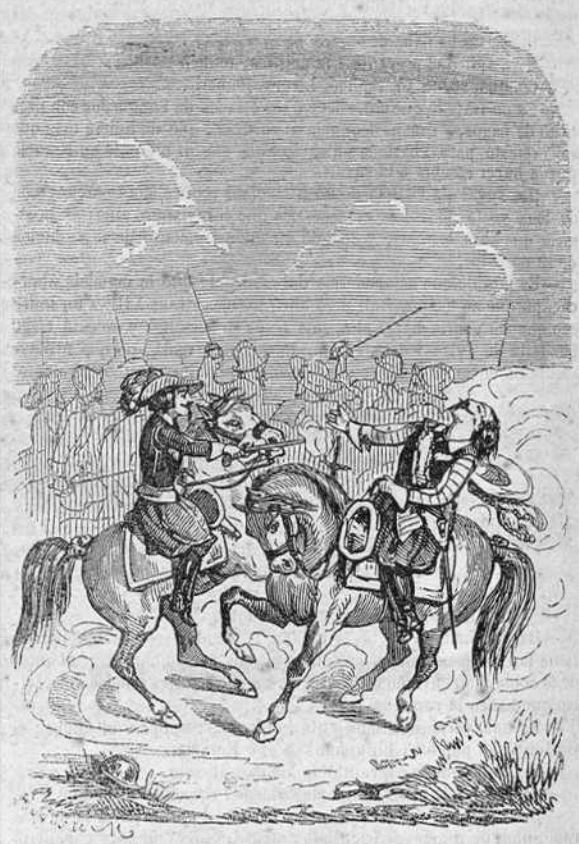
El correo protestó que habia entregado cuanto llevaba. Duellier le hizo desnudar enteramente uno tras de otro sus vestidos para ver si habia algo cosido en los forros, y no encontró nada. En este momento Sourdeilles, que se habia alejado hacia un poco, volvió con la silla del caballo herido.

Si D'Hemeri, dijo, escribe al cardenal cosas que solo él deba ver, seguro es que no ha escogido á un hombre como este para guardar sus secretos. Hé aquí un confidente á quien no se interroga, á quien no se define, á quien no se soborna; busquemos en él, y encontraremos el secreto si le hay. Y arrojó su carga en el suelo.

Duellier empezó á pinchar la silla con la punta de la espada, y debajo del doble cuero con que estaba cubierta encontró al fin papeles. El correo fué el único á quien sorprendió este descubrimiento. Montmorency tomó con ligereza de mano de Duellier los despachos secretos, y leyó lo siguiente:

«Monseñor:

«Como os he dicho en mi última carta, las circunstancias son críticas: la provincia está mas que nunca adicta á M.: el duque ha tenido hasta ahora la habilidad de no hacer marchas que segun las circunstancias pareciesen tener distinto fin. Ha hecho levantar y completar los regimientos de Perri, de Languedoc, de Rieux, de Perault que le



son afectos, y estan dispuestos á seguirle adonde se dirija. Después de vuestras órdenes he querido hacerlo prender por una partida que mandaba yo mismo en su último viaje á Montpeller; pero iba tan bien acompañado, que ha sido preciso resignarse á dejarle pasar después de cumplimentarle.

—El gran cobarde! esclamó Duellier interrumpiendo la lectura de la carta; éramos creo que una docena de ginetes sin mas armas que nuestras pistolas y nuestras espadas, y les encontramos en número de mas de ciento con los arcabuces encendidos.

Sourdeilles le hizo seña que callase, y el duque continuó:

«No pierdo la esperanza de apoderarme de él: mis espías no dejan de seguirle; y si tiene la imprudencia de alejarse de Pezenas sin escolta, estará en vuestras manos antes que la provincia se aperciba de su desaparicion. Este gran golpe hiere la máquina de M., y cae de repente; solo re oge algunos partidarios, prometiendo que el duque será de su partido y con él todo Languedoc. Abatir á Montmorency es abatir el partido de la reina madre y de M. Esto es lo que se necesita hacer; pero para conseguirlo es preciso ganar la confianza del duque, atraerle con el aliciente de una conciliacion lejos de Pezenas, y entonces con algunos hombres decididos yo respondo de él; pero

vos solo podeis hacerle proposiciones á este fin: de mí no las admitirá ni á causa de su desconfianza ni á causa de la desproporcion de rangos. Comenzad pues; yo acabaré: si podeis determinarle á que vaya á la Lartour, es cosa hecha; la ciudad es de las nuestras; creo que tendrá gran confianza en el mariscal de Chatillon; encargad á este la entrevista sin advertirle nada, porque seria capaz de delatar la emboscada. Por mi parte estaré dispuesto, y después de hecho el negocio se dejará gritar al viejo mariscal, y con esto se quejará.»

El duque miró á Sourdeilles y Duellier, que no pudo menos de esclamar:

—Ah maestro Patrecelle señor D'Hemeri! no hay en Pezenas una buena cuerda, ó esta tarde te cuelgo con mis manos de la puerta del castillo.

—No es él, esclamó el duque, no es él quien merece la cuerda! es ese condenado de cardenal; y á fé mia, si tú te encargas del criado, yo tengo valor para apretar el cuello al amo. Ah Richelieu! que te tengo á la punta de mi espada, y te la meteré á fé de Montmorency hasta el pomo.

—Silencio! dijo Sourdeilles; estas palabras pueden ser una sentencia de muerte.

—Para mí quizá que la pronuncio; no es verdad, Sourdeilles? dijo el duque con desden.

—No, respondió el capitan señalando al correo, para el que las oye

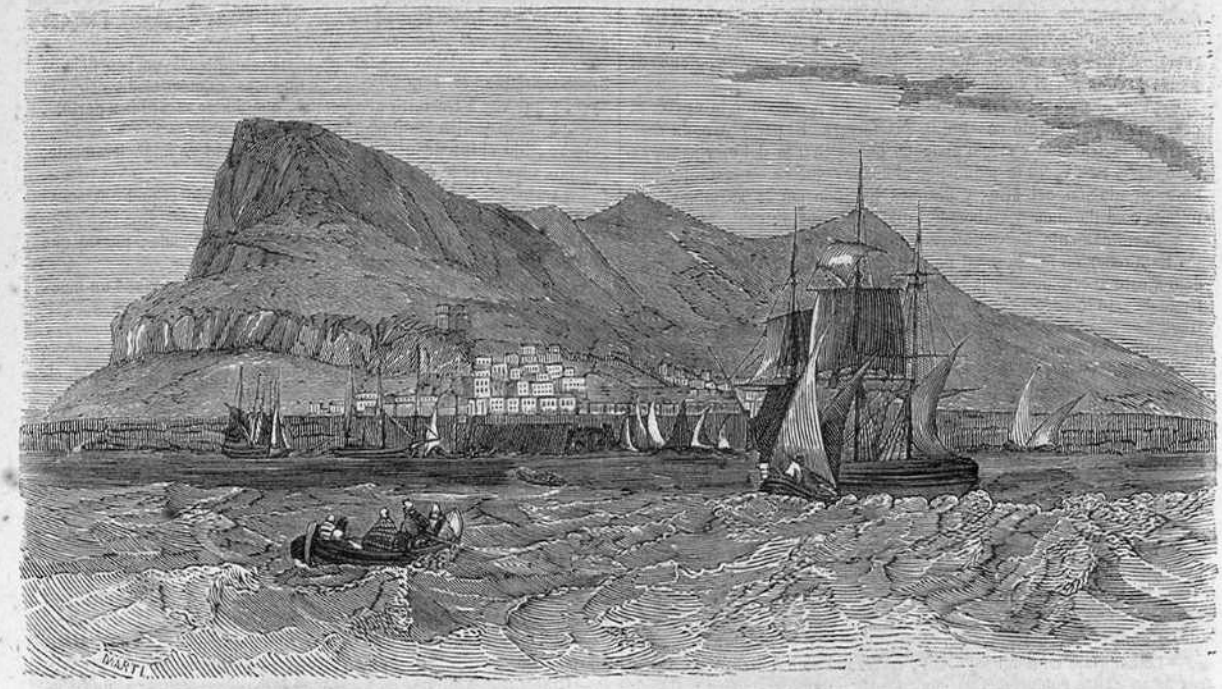
—Tienes razon, replicó Duellier, hemos hablado demasiado.

Y sin decir nada mas descargó su segunda pistola en la cabeza del desgraciado mensajero; y en seguida los tres volvieron á tomar á trote largo el camino de Pezenas.

II.

EL JESUITA.

La noche misma de este dia habia una numerosa asamblea en casa de Alfonso Delbenne, obispo de Albi; un gran número de diputados de los estados estaban allí reunidos, y entre ellos se distinguia por su aire afanoso Guliblemin ó Guilleminel, como le llamaban los niños á causa de su poca estatura. Cada uno de los presentes habia sido llamado por un mensaje secreto y para un negocio urgente; de modo que se habian formado muchos grupos en todos los rincones de la sala, y en ellos se hablaba con calor del estado de la provincia y de la llegada de M. Tambien se procuraba adivinar el motivo de la reunion, cuando apareció el dueño de la casa acompañado de tres personas muy afectas de Montmorency. Dos nos son ya conocidas, Sourdeilles y Duellier; el tercero era un sacerdote de alegre apariencia, el padre Arnoux, de la órden de Jesús, confesor del duque y su afecto servidor. Apenas



(Monte Calpe.)

entraron reinó el mas profundo silencio, y Alfonso Delbenne tomó asiento en un sillon elevado sobre un estrado. Sus primeras palabras fueron para dar gracias á los diputados por su puntualidad en asistir á su llamamiento; en seguida les contó cómo un correo dirigido al cardenal habia sido atacado por los brigantes, que le habian robado cuanto llevaba, desdeñándose coger los papeles que unos paisanos habian encontrado y entregado á monseñor Montmorency, que acababa de mandarlos.

El padre Arnoux, que habia escuchado todo el relato con una atencion profunda, volviéndose á Duellier con una sonrisa irónica, le dijo en voz baja:

—Está bastante bien ideado.

—Es la pura verdad, replicó Duellier mirándole desdeñosamente con los ojos medio cerrados.

—Precisamente, replicó el jesuita; pero esto no estorba que hayan pensado muy bien los paisanos en entregar los papeles á monseñor. ¿De qué tratan?

—De un tratado que haré con mis propias manos si Enri me lo permite, replicó Duellier mirando al padre cara á cara.

—Está muy bien pensado, le contestó con voz cariñosa; pero escuchemos á monseñor Delbenne.

—Si este jesuita tiembla ó palidece al oir una sola de las palabras de la carta, le asesino al instante, dijo por lo bajo Duellier á Sourdeilles.

No se puede asegurar que el padre Arnoux entendió esta palabra, porque su fisonomía se quedó inmóvil y tranquila como de costumbre: únicamente apoyó la espalda en la pared, y bostezando de un modo muy poco cortés dijo bastante alto:

—¡Ah! he comido mucho: á dormir ..

Y estendió negligentemente sus piernas; ensayó recostar su cabeza después á la derecha, luego á la izquierda, y por último, apoyándola en un justo equilibrio sobre su pecho, se quedó tranquilamente dormido. Sus vecinos, que habian seguido sus movimientos, se sonrieron, cuando se oyó de nuevo la voz de Alfonso; y empezó la lectura de la carta sorprendida por Montmorency. A cada frase era interrumpido por las esclamaciones de los diputados, y sobre todo por las del escribano Guellemin, que no encontraba suplicio bastante fuerte para el que habia denunciado de aquella manera al duque, bienhechor de la provincia, celoso defensor de sus franquicias y libertades. Durante toda esta lectura, Duellier no dejó de mirar al jesuita, y redobló su atencion cuando la carta D'Hemeri, de que no habian leido mas que una parte, hablaba de los medios de espionaje que empleaba para conocer el secreto de los conciliábulos de los diputados. En aquel momento, como si el reverendo padre hubiera esperimentado un sofoco, dejó escapar un prolongado suspiro. Due-

)lier le miró con la mayor atencion; pero su semblante permaneció tranquilo; el suspiro se perdió en un largo resoplido, y el buen padre murmuró entre sus labios:

—Huf! he comido mucho: á dormir...

—En verdad, dijo Sourdeilles á Duellier, no sé de dónde te viene la idea de sospechar de este glotón: jamás le he visto mas que comer y dormir, y estas no son cualidades de un buen espía.

—Creo que tienes razon, considerando la cándida figura del jesuita.

En aquel momento el obispo de Albí continuó su lectura: se descubrió en la carta por qué astucias se burlaban de los estados y de sus reclamaciones, dilatando de dia en dia su cumplimiento, hasta que se fastidiasen ó hasta que se pudiesen reunir suficientes fuerzas para hacerles obedecer. En fin, en medio de la sorpresa general Alfonso llegó á este párrafo terrible: «En cuanto á las tramas secretas de los diputados de los estados, fiaos en mí; tengo en sus mas íntimos consejos un espía esperto en esta materia, siempre con el ojo alerta y el oido aguzado, y que no deja pasar la menor palabra ni el gesto menos significativo.» Alfonso se detuvo después de estas palabras, y cada uno en medio del mas profundo silencio, mirando con inquietud á su vecino, parecia querer adivinar el traidor en el que tenia al lado, cuando un gruñido pronunciado atrajo todas las miradas hácia el padre Arnoux, que estaba sentado en su banco con los brazos tendidos, y soplando con toda la fuerza de sus pulmones. De repente los diputados, olvidando su primer terror, se echaron á reir, y el señor de Guillemin que no desperdiciaba ninguna ocasion de divertirse y de meter ruido, se puso á decir con una terrible alegría gascona, y cogiendo al padre Arnoux por el cuello:

—¡Por el diablo! yo tengo el traidor; es preciso que le apriete el pescuezo... y le apretó con todas sus fuerzas. El padre Arnoux despertándose asustado y medio ahogado por la chanza del escribano, se pasó dos ó tres veces la mano por el cuello, como para restablecer la libre circulacion del aire, y después pasando por la asamblea una mirada casi dormida y embotada, dijo con trabajo:

—Decididamente he comido mucho: é dormir!

Esta reflexion fué la señal de una risa universal. Alfonso Delberne dejó á este acceso de alegría el tiempo suficiente para calmarse, satisfecho de este incidente que no habia dejado á los diputados lugar de entregarse á sus temores, y después aprovechando el primer momento de calma les habló así:

—Señores, sin duda hay traidores entre nosotros; pero sé un medio seguro de burlarme de sus infames delaciones, y es tomar todas nuestras resoluciones públicamente: armados como estamos de esta carta, neguemos abiertamente el otorgamiento de tasas á los comisarios del rey; ó mas bien á los comisarios del traidor cardenal, y hagamos gobernador á monseñor Montmorency hasta que se atiendan nuestras reclamaciones.

—¡Sí! ¡sí! gritan por todas partes.

—Y es necesario recibir á M. en la provincia, añadió Guillemin, para que restablezca el buen órden y marcha del estado...

—¡No! ¡no! esclaman algunos diputados; esto seria rebelion y crímen de lesa majestad.

—¿Pero el duque aceptará el otorgamiento en su nombre?

—Le aceptará en nombre del rey, respondió Sourdeilles, y por interés de su causa comprometida por la mala administracion y la exaccion de su ministro Richelieu.

—Y estamos aquí los tres para tranquilizaros sobre su palabra, Sourdeilles su capitan de guardias, su reverendo padre confesor, y yo Duellier su hermano natural.

Despues de esta declaracion los diputados encargaron á Alfonso y á Juan de Saint-Bonnet, obispo de Nimes, redactor de las proposiciones de convenio con los enviados de Montmorency. Inmediatamente despues la asamblea se disolvió, y la mayor parte de los diputados, en lugar de entrar en su casa, se estendieron por la ciudad para animar á los indolentes, alentar á los tímidos y amenazar á los partidarios del cardenal. En el momento de quedarse desierta la sala, el padre Arnoux se levantó y se disponia á salir.

—Adonde vais pues? le preguntó Duellier.

—Voy á acostarme, respondió sencillamente el jesuita; he cenado mucho y tengo el estómago algo malo.

—Dejad á ese abdómen que vaya á dormir, dijo el obispo de Albi con desprecio; ¿de qué puede servirnos? Y despues añadió cuando el padre Arnoux se retiraba despues de haber hecho un humilde saludo:

—Cómo puede tener el duque á su servicio semejante alcaravan?

—El duque desea únicamente que el confesor sea rudo.

—Ya sé, ya sé, dijo Delbenne; el jesuita le para una muchacha bonita por cada buen bocado que traga; este es su cuidado; pensemos en el nuestro.

Al momento pusieron manos á la obra. Durante este tiempo el padre Arnoux bajaba la escalera de la casa con lentitud y cachaza; pero apenas estuvo en la calle, su paso llegó á ser tan rápido, que hubiera costado trabajo seguirlo. La idea que le ocupaba le dominaba de tal modo, que muchas veces dejó entrever su preocupacion en palabras entrecortadas.

—Oh monseñor Delbenne! decia: faccioso con roquete, gendarme con sotana. Dios te guarde del alcaravan! ó no soy jesuita, ó el alcaravan comerá tu cabeza, monseñor. Pero ese D'Hemeri, otro traidor... Ah señor D'Hemeri, el espía os venderá muy caro su espionaje. Este villano, cuya fortuna estoy haciendo, que hable como lo hace!

En este instante se encontró enfrente de una alta casa en que brillaba aun una luz: llamó á una puerta baja, y un criado que parecia puesto en aquel sitio para esperarle, abrió inmediatamente. El jesuita le siguió, y fué introducido en una cámara suntuosa. Un hombre con bata y con los pies entre pieles, á pesar del calor de la noche, estaba sentado delante de una mesa y escribia: hizo seña al padre Arnoux que se sentára, y concluyó con una suma que tenia empezada.

—Resultará, dijo, un beneficio de 3.866,000 libras con la supresion de los delitos y de sus cargas.

—Qué, dijo el jesuita, ganará la provincia tanto con la supresion de estos administradores?...

—No, respondió D'Hemeri, no es esto; calculo que se podrá hacer justicia á las quejas de los estados destruyendo la carga de los electos; pero como el asentista de la tasa de Languedoc las ha tomado por su cuenta y les paga, justo es que la provincia le reintegre.

—Pero si se suprimen las cargas, el asentista no pagará á los que de nada le sirven?

—Y por esto calculo que el asentista encontrará un beneficio de 3.885,000 libras en este arreglo: es una idea que se me ha ocurrido ayer, y que voy á trasmitir al cardenal, que puede sacar buen partido.

—¿Y vos tambien sin duda? dijo el jesuita.

—Yo, dijo el intendente de hacienda sonriéndose financieramente, doy mis ideas por lo que valen.

—¿Y vos no me las dais mas que por esto? dijo el padre Arnoux; ¿el asentista lo sabe, supongo?

—Eh! eh! eh! respondió el intendente de hacienda; puesto que os digo que mañana escribo al cardenal...

—A propósito, añadió el jesuita, ¿no le habeis enviado un mensajero esta mañana?

—Seguramente, dijo D'Hemeri.

—Supongo que no habreis olvidado vuestra promesa, continuó el sacerdote con una amable sonrisa de confianza, y que le habreis hablado de mi adhesion á su causa...

—¡Cómo pues! esclamó D'Hemeri; le hablé de vos en los términos mas apremiantes.

—Y vos le habeis inspirado tambien la idea... vos habeis... la idea... dijo siempre sonriendo el afable jesuita.

—Seguramente; Alfonso Delbenne no puede conservar su silla, y os he designado como á la única persona capaz de ocuparla dignamente.

—¿Y vos me habeis nombrado á su eminencia, no es verdad? continuó el padre Arnoux con esa mirada indagadora de un hombre que teme que hayan olvidado alguna de sus pretensiones.

—Eh! el cardenal no ve otra cosa que vuestro nombre en mis cartas, dijo el señor Patricele; le pongo en todos los renglones.

—Gracias, dijo el jesuita; porque si le habeis escrito en una sola página, apostaria cualquier cosa que no podria deciros que mentiais.

—¿Qué quereis decir? replicó el intendente con aire de orgullo.

—Os diré, replicó el jesuita, que habeis creido justo arrancarme todos mis secretos para haceros un lado con el cardenal, mientras que yo no era mas que un espía esperto en ver y advertir, al cual debian sin duda dar algunos escudos por su trabajo.

—No os comprendo, esclamó el financiero, estupefacto de la palabra espía que habia empleado en su carta, y que le anunciaba bastante que era conocida.

—Me comprendereis mejor, añadió el sacerdote con tono melifluo, cuando os diga que me hace falta inmediatamente una carta vuestra para el cardenal, en la que le deis una cuenta exacta de todo mi servicio.

—Pero si os digo que es cosa hecha, respondió el financiero.

—Entonces, dijo el jesuita levantándose para salir, no estrañeis si os ahorcan mañana.

—Ahorcar! esclamó D'Hemeri saltando del asiento sobre el padre Arnoux, y agarrándose á él con todas sus fuerzas... ahorcar! ¿pero cómo es eso?...

—A fé mia, le dijo este, con una cuerda y una horca.

—Pero por qué, Dios mio? por qué?

—Ah! hé aquí mi secreto! y este dando, dando, replicó el sacerdote.

—Hablar, dijo D'Hemeri, que al instante mismo tendreis la carta.

—Dármela y hablaré: tanto peor para vos; pero me habeis enseñado á hacer ajustes. No doy mis secretos por lo que valen.

—Y bien! replicó el financiero, si os doy esta carta me salvareis?...

—No: ese es otro negocio: primero la carta para saber por qué quieren ahorcaros: despues trataremos de salvaros....

—Ahorcar! ahorcar!.. repitió muchas veces D' Hemerí... pero miserable, ¿hablarás?

—Es tan difícil como escribir, dijo el jesuita; y á vos os toca animarme.

D' Hemerí se paseó algun tiempo por su habitacion en una cruel agitacion; despues se sentó delante de su mesa y dijo de repente con cólera:

—Y bien, veamos: ¿qué hace falta que escriba?

—Bien lo sabeis, dijo el padre Arnoux con tono insinuante; son cosas que yo no puedo dictar; mi modestia no me permite hacerlo. Sin embargo, me habeis dicho que prometeriais las mas bellas recompensas al que entregase los secretos de Montmorency: algunas veces me habeis cumplimentado por mi talento, y me habeis predicho una gran fortuna: últimamente os ha costado mucho trabajo hacer callar los escrúpulos de mi conciencia, y solo lo habeis conseguido mostrándome una placa en que podria sujetar por mi autoridad á los súbditos del rey á su obediencia: un dia me habeis asegurado que la diócesis de Alve infestada de irreligionarios como él, necesitaba una mano firme para prevenir la revolucion... ¿qué sé yo? hallais tan bien recordar todo esto...

—Está bien, está bien, dijo D' Hemerí escribiendo: hé aquí, ya está hecho; y entregó su carta al jesuita, que despues de haberle indicado algunas correcciones, la dobló y la guardó en su bolsillo.

—Y ahora? dijo D' Hemerí.

—Ahora, hé aquí por qué os ahorcarán.

Y entonces le contó el arresto del correo, y la junta habida en casa del obispo de Alve.

—Estoy perdido! esclama el financiero; el duque me va á hacer arrestar; me puede hacer ahorcar... hacerme ahorcar!...

—Eso es lo que yo os decia, respondió el jesuita.

—Quién me salvará! esclamó el financiero recorriendo su habitacion á pasos agigantados, ¡Ah miserable embustero! si tú me hubieses dicho esa salida del duque, le hubiera hecho prender esta mañana, y todo se habria concluido, y yo os haria superintendente.

—¿Y yo? le dijo el sacerdote dulcemente.

—¡Ah! que no te hubiera nombrado en aquel maldito despacho! y te ahorcarian, miserable espía.

—Me ahorcarian con vos, mientras que ahora os ahorcarán á vos solo. Dios castiga la traicion, señor Patricelle; tanto peor para vos.

—¡Pero qué hacer! ¡Dios mio, que hacer!... replicó el financiero dejándose caer sobre su silla con desesperacion.

—Buenas noches, le dijo el jesuita saludando y saliendo.

—¡Padre Arnoux! esclama D'Hemerí; por favor, mi buen padre, mi amigo, no me dejeis así... salvadme, salvadme! Y se echó sobre el jesuita, y se agarró de nuevo á sus hábitos .. esclamando: ¿qué quereis? ¿qué exigis?

—Nada, menos que nada, dijo el reverendo padre, una segunda carta...

—¿Para quien? dijo D'Hemerí.

—Para el asentista... dos palabras, una órden de entregarme la cuarta parte de la cantidad en que habeis valuado vuestra idea sobre la supresion de los elegidos: la cuarta parte de un negocio de un intendente de hacienda debe ser una fortuna para un jesuita.

—Al instante, al instante, respondió D'Hemerí; y en el momento entregó al reverendo un bono de 2,000 libras... ¿y ahora, amigo mio, qué debo hacer?

—Dormir en paz, respondió el jesuita. Y sin esperar la respuesta del financiero, sin detenerse á sus gritos, salió de la habitacion y volvió á casa del duque.

III.

LA DERROTA.

Un mes después de estas diversas escenas que acabamos de referir, una docena de caballeros en traje de combate con casco y coraza estaban reunidos en un lugarcillo cerca de Castelnaudavy á orillas de Fresque. La discusion parecia animada, pero únicamente tres de los presentes parecian tomar parte en ella: eran Gaston, hermano de Luis XIII, Montmorency y Meternich. Este era un canónigo de Lieja que mandaba dos mil caballos que M. habia tomado á su servicio, y á los polacos caballeros destinados para la guardia de su persona. Gaston era el que hablaba.

—No os comprendo, Montmorency; ó habeis examinado mal las tropas de Schomberg, ó es un golpe de mano que es preciso no dejar escapar. El decir que no cuenta mas que 200 caballos, seis compañias de infantería de 50 hombres cada una, y 400 mosqueteros de guardias, tropa que por tener pretension de batirse á pié y á caballo, no se baten de ningun modo: y dudais atacarles cuando tenemos 2,000 infantes, 3,000 caballos, mas de 500 voluntarios y tres cañones? ¿Cuáles son vuestras razones? ¿No puedo contar con vos?

—Monseñor, replicó Montmorency con aire de disgusto, os he dado suficientes si quereis comprenderlas. Sin embargo, os diré además que por desgracia he debido recibiros en Languedoc antes de haber tomado enteramente mis medidas: de esto ha resultado que muchas villas en donde podia haber puesto guarnicion cuando no sospechaba nada de vuestra inteligencia, nos han cerrado las puertas cuando han visto por vuestra llegada que se trataba de una rebelion abierta. Os he dicho que no tenemos apoyo en el pais, y que á escepcion de Alve, que posee el conde de Moret y de Besieres, no tenemos ninguna plaza importante en nuestras manos. Os recordaré que en esta situacion nos pierde la menor desgracia. Ya los cinco mil napolitanos que debian desembarcar en Rosellon han roto su marcha al saber que se acercaba el rey: Marsiac, á quien habeis dado mil doscientos escudos por apoderarse del castillo de Saint-Félix, acaba de entregarle á Schomberg, mediante diez mil libras: Alfonso Delvenni se ha hecho batir por el mariscal de La Force, y Monseñor de Saint-Bonnet no ha podido conservar á Nimes. Por vos mismo habeis podido juzgar cuánto han enfriado estos reveses el ardor de nuestros mejores partidarios: juzgar el efecto que produciria hoy una derrota.

—Pero es una victoria la que perdemos, replicó Monsieur con impaciencia...

—Quizá, replicó el duque; sin embargo, aunque estoy dispuesto á obedecer las órdenes de V. A., no dejo de persistir que es mas prudente dejar aquí mil caballos para entretener á Schomberg, y dirigirnos sobre Castelnaudavij, que dista una legua de aquí, apoderarnos de él, y fortificarlo de una manera conveniente: despues veremos.

—Comprendo los designios del señor Montmorency, dijo el canónigo con acento aleman: le será mas fácil negociar la paz con Richelieu detrás de las murallas de una plaza fuerte, que en campo raso.

—Caballero, le dijo el duque mirándole fijamente, si hubiera querido hacer esta villanía y obrar por mí solo, no estariais aquí para decírmelo, y Monseñor de Orleans tampoco podria oir hablar de este modo de un caballero francés por un soldado asalariado sin imponerle silencio.

—Sin duda, sin duda, Montmorency, os debemos la entrada en Languedoc; lo sé, dijo Gaston; pero aun una vez, ¿por qué rehusar esta batalla? Si la pérdida de alguna de nuestras esperanzas ha desanimado á los nuestros, una victoria les alentará.

—Monseñor, añadió Montmorency, os lo repito por última vez, una derrota os anonada y de nada os sirve una victoria. Suponed que batís hoy á Schomberg; á los tres dias es preciso derrotar al mariscal de la Force. Y suponiendo que lo consigais, se os echará encima el rey con 30,000 soldados, á los cuales no podeis oponer mas que un puñado de hombres debilitados por las dos primeras victorias. En lugar de que apoderándoos de Castelnaudavy, de Narbonna y de todas las villas del contorno, teneis tiempo de insurreccionar todo este pais. Por último, podeis evitando un combate decisivo estableceros en una plaza fuerte, sostener en ella un sitio, y tratar entonces á vuestro antojo las condiciones de la vuelta de Richelieu: porque no olvideis, monseñor, que no hacemos la guerra al rey sino á su ministro.

—¡Mal medio! esclama Gaston. ¿No hemos propuesto un arreglo al cardenal hace quince dias? ¿y no nos ha vuelto á enviar á Candiac sin dignarse escucharle?

(Continuará.)

LA NIÑA ABANDONADA.

¡Ni aun sueño una ilusion! ¡Ni cuando dora
el nuevo sol la altísima montaña
al sonreir la aurora,
calma mi padecer! De mi cabaña
salgo, y al pajarillo
escucho que modula tiernos sones,
y que saltando va de rama en rama
y lleva á sus hijuelos el sustento...
¡Lloro entonces de pena y sentimiento!
¡Infeliz! ¿Qué delito
para no tener madre he cometido?
¿Por qué no soy igual al pajarito,
cuyo tranquilo nido
ondea entre las ramas del arbusto?...
Nada en el mundo, nada hay que posea;
que la suerte mostróme ceño adusto
dejándome sin madre y aun sin cuna,
pues soy una infeliz abandonada
y he sido desdichada cual ninguna.

Yo nunca acariciada
he sido de una madre en dulces lazos;
de sus tiernos abrazos
jamás gusté la dicha... ¡Infortunada!
que ni en el valle, jóven ni aldeana
hay que quiera llamarme dulce hermana...
y si suelo mirar la piedra fria
en donde dió principio dolor tanto,
hallar pretendo la señal del llanto
que vertiera tal vez la madre mia.
Catorce primaveras he llorado
lejos del seno que de sí me ha echado...
¡Cielos! ¡Termine ya penar tan fiero!
Madre mia, volved, que aquí os espero,
en esta piedra do me habeis dejado.

L. E. O.

A CUBA.

REDONDILLAS.

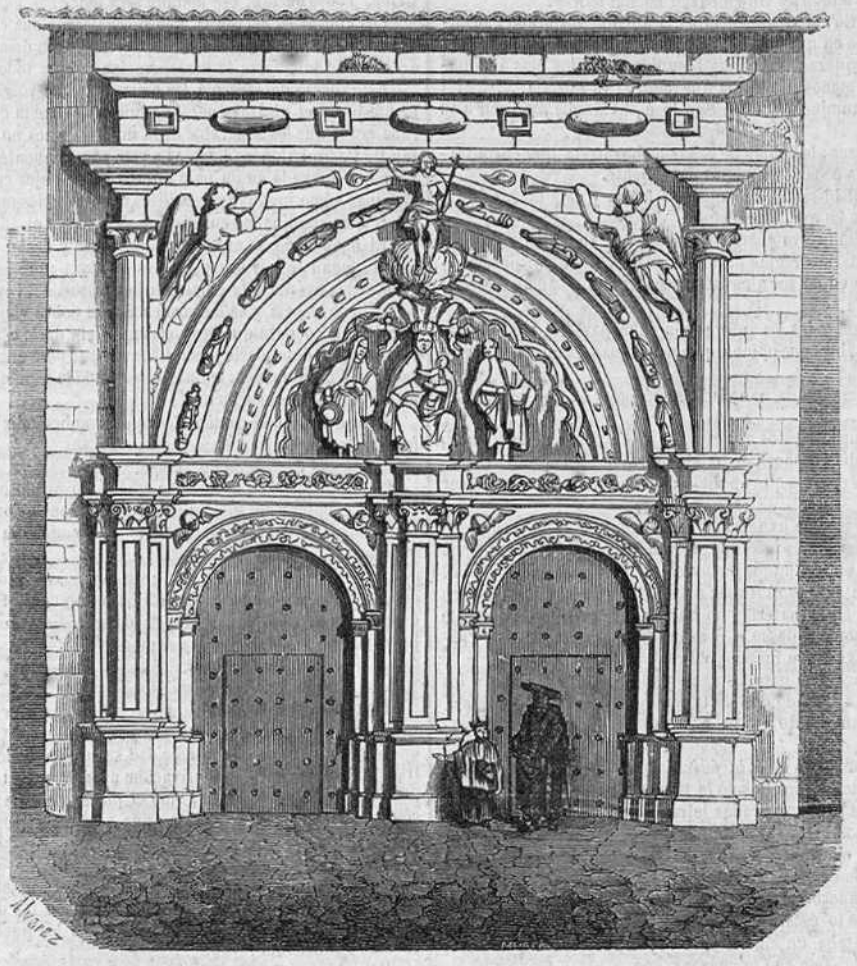
Allí do se oculta el sol
en los mares de Occidente,
una comarca hay riente
bajo el dominio español.
En su paterna bondad
para el humano, Dios quiso
darle en ella un paraiso
de paz y felicidad.
El Atlántico anchuroso
en derredor la circunda:
y el padre Sol la fecunda
con su fuego generoso.
Y no hay suelo mas galan
ni cielo mas bonancible,
que los que ostenta apacible
la fértil Cubanarán.
En el monte y la llanura
y en el valle y en la playa,
compitiendo en pompa gaya
y en pujanza y donosura,
Vense el cedro embalsamado
que el renombre al de Asia roba;
y la jaspeada caoba
junto al roble levantado.
Aquí el naranjo aromoso
de blanca flor siempre altiva;
la ceiba allí crece altiva
á par del margo frondoso.
Y el mamei de ácido gusto,
y la guanábana verde,
y el plátano que se pierde
bajo su manto vetusto.
Aquí el cafeto lustroso
con sus hojas barnizadas;
allí las rojas granadas
y el tamarindo gustoso.
Y dulces cañaverales
coronan llanos y riscos,
con dátiles berberiscos
y palmeras tropicales.
En fin, dan muestras opimas,
ricas de esencia y colores,
plantas, y frutos, y flores,
de mil apartados climas.
Y en los senos espaciosos
de sus profundas entrañas,
se funden piedras estrañas
y minerales preciosos.
Que con pródiga largueza
de tanto y tan vario fruto,
da allí espontáneo tributo
al hombre naturaleza.
Profundos y claros rios
bajando desde el altura,
dispensan grata frescura
á los bosques y plantios.
Y pueblan llanos y montes,
y recuestos y cañadas
tórtolas enamoradas
y dulcísimos sinsontes....
. . . . . .
Pues este ameno pensil,
esta tierra afortunada,
hoy es presa codiciada
de la perfidia mas vil.
Una faccion borrascosa (1)
de un pueblo rico y pujante,
en su ambicion devorante
pretende invadirla ansiosa.
¿Acaso con noble fin
viene á este suelo fecundo?
—¡Mueven su empeño iracundo
la matanza y el botin!
Truenas contra los tiranos,
odias la guerra homicida,
¿y te bañas, fementida,
en sangre de tus hermanos?
De tus afanes prolijos
mengua solo has de sacar.
—¿Sabes lo que es separar
á una madre de sus hijos?
Dices que el hispano yugo
quiere romper el cubano.
—¿Pugnará contra su hermano
para unirse á su verdugo?
No se vió tal ceguedad
en hidalgos corazones,
—no ¡son torpes invenciones
del encono y la maldad!
¿Cómo habrán de hallar, ilusos,
por efímeros rencores,
de sus ilustres mayores,
sacras leyes, caros usos?
¿Ni cómo su corazon
sufrirá la torpe mengua
de olvidar su hermosa lengua,
de vender su relligion?
Sus nombres desventurados,
en nuestra historia malditos,
unieron al de proscritos
el baldon de renegados.
Y á su ciega ingratitud
fueran digno galardon,
mortandad, devastacion
y oprobiosa esclavitud.
¡No!—En esta tranquila tierra
del cielo favorecida,
á quien con rabia homicida
mueves tan injusta guerra,
Contra tu intento traidor,
para vencer tu maldad,
hay la cubana lealtad
junto al hispano valor.
En vano pues á esta tierra
de su Criador tan querida,
piensas traer, atrevida,
la devastadora guerra.
Que á defender nuestro honor,
por nuestros santos derechos,
prontos estan nuestros pechos.
—¡Pugne Dios con el mejor!

J. Heriberto GARCIA de QUEVEDO.

(1) El autor respeta como el que mas la parte sensata de la poblacion de los Estados-Unidos. Sus versos se dirigen á los que han escitado, sostenido y victoreado las escandalosas invasiones que ha sufrido aquella hermosa Antilla, con menosprecio de los tratados, de la moral y fé pública, y de la santa justicia, una é igual en todos los tiempos y paises.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario é Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra.



PORTADA DE LA COLEGIATA DE AMPUDIA.

LA FELICIDAD.

VARIACIONES

sobre un tema de D. E. Florentino Sanz.

Hay en el corazon humano cierto instinto, no sé si inesplicable, pero al menos inesplicado, que mueve al hombre á hablar mas bien sobre lo desconocido que sobre lo conocido; sobre lo que está por saber, mejor que sobre lo que se sabe; sobre lo que no se sabrá nunca mejor que sobre lo que está por saber.

Mucho se ha escrito sobre este mundo; ¿pero se ha escrito ó se ha hablado jamás de él tanto como del *otro*, del cual nadie, que yo sepa, ha venido sino para encargar misas? Los libros de matemáticas abultan la milésima parte que los libros teológicos de todas las religiones, y el hombre antes de disecarse á sí mismo habia disecado, analizado y esplicado un millon de divinidades.

Pero no nos fijemos solo en la filosofía metafísica: pasemos á la física, y encontraremos el mismo fenómeno. ¿De qué ave se ha hablado mas que del ave fénix? ¿Cuándo se han ocupado los hombres del dragon con tanto afan como cuando hasta su tamaño ignoraban? ¿Se han dado para hacer alguna medicina tantas recetas como para la piedra filosofal? El magnetismo animal, ¿á qué debió su boga en París y su fama en todo el mundo, sino á sus procedimientos fantásticos y á su misteriosa teoría? Y en los mismos hombres, ¿creeis que Marat hubiese sido lo que fué, á no haberse presentado como un fantasma nocturno en las primeras horas de la revolucion, con el rostro encubierto y su periódico desplegado en las manos? ¿Creeis que el mundo se acordaria ya de Cagliostro, si él no hubiera cuidado de proveerse de una historia oriental tan maravillosa como oscura?

Pero tú dirás, impaciente lector mio, ¿qué tiene que ver todo lo dicho con lo que el título del capítulo prometia? ¿Qué tiene que ver con *la felicidad?*

Querido lector, este prólogo era indispensable por dos razones: primera, porque estamos en la época de los prólogos. Antes se escribian los prólogos para las obras; de algun tiempo á esta parte se escriben las obras para los prólogos.

Segunda, porque después de probar con los numerosos ejemplos que citados llevo, que el hombre habla mas y con mayor gusto de lo que no conoce que de lo que conoce, no parecerá á nadie estraño que yo hable de *la felicidad*, á quien nunca he visto ni de lejos, y asegure que si los demás hombres hablan de ella, es porque no la han visto tampoco.

Sí, lector querido, de la felicidad se habla como del ave fénix, el otro mundo, la piedra filosofal y el somnambulismo, porque no se la conoce y probablemente no se la conocerá.

Y si no, lector querido, dime: ¿eres feliz?

¿Has sido feliz alguna vez?

¿Con qué serias feliz?

Sin conocerte puedo asegurar que á las dos primeras preguntas has respondido negativamente. En cuanto á la tercera, has dicho si eres jóven:—Yo seria feliz con un ó una (segun tu sexo) amante que sintiese por mí lo que yo sentiría por ella.

Si eres pobre, con riqueza.

Si eres soltera, con un buen marido.

Si eres casada ó casado, con enviudar.

Si eres sastre, con ser pintor, y si eres pintor, con ser sastre.

En fin, de seguro que has respondido á la pregunta señalando como *la felicidad* una cosa que no tienes.

10 DE SETIEMBRE DE 1854.

Pero te haré observar que otros muchos tienen en el mundo lo que tú llamas *la felicidad*, y sin embargo no son felices.

Antes al contrario, si te encontraras la amante suspirada, suspirarias por el tiempo en que no conocias el amor.

Si alcanzases riquezas, volverias lánguidamente los ojos á lo pasado y echarias de menos la alegria que rodeaba tu miseria.

Si te casaras, aunque fuera con San José, habias de maldecir á tu marido.

Pero si enviudases, le habias de echar menos hasta que encontrases otro que te haria echarle de menos doblemente.

Es pues la felicidad siempre lo que nos falta, y deja de ser felicidad en el momento en que lo poseemos.

Por esta definicion se ve cuán equivocados estan aquellos moralistas que quieren darnos reglas para alcanzar la felicidad; pues consistiendo su esencia en no ser alcanzada, sus reglas á lo mas nos conducirán á destruirla.

Es verdad que no todos los autores son de mi parecer, y hay autoridades muy respetables que opinan que la felicidad es una cosa cierta y conocida de muchos.

Hay hasta autores que la han dado su código y la han reglamentado juiciosamente.

Por cierto que uno de estos autores, el P. Cárdenas de la Puente, se suicidó algunos dias despues de haber concluido su tratado.

Pero yo, por las razones que apuntadas llevo, no puedo pertenecer á su opinion.

Los que me parece que han hablado con mas juicio, son religiosos que han colocado en el otro mundo y han hecho de su deseo una prueba de la otra vida. Aunque estuvieran equivocados no tendrian miedo de que nadie los desmintiese; pues los que se mueren, únicos jueces competentes en la materia, no habian de hacer espresamente un viaje mal intencionado desde el otro mundo para quitarles el crédito é impedirles vivir de su ingenio honradamente.

Es además la otra vida para los hombres lo que la España para los franceses. Se les han contado de ella tantas cosas, que si se les dijera la verdad la creerian cuento, y ya es necesario mentir para no pasar por mentiroso.

Así pues, en aquel sitio está *la felicidad* perfectamente colocada.

Lo que es en nuestro mundo solo la tienen los tontos, y esto se esplica perfectamente por las sagradas letras.

El mundo está condenado al dolor por haber comido, personificado en Adan y Eva, la manzana del árbol de la ciencia, y los tontos podrán haber comido muchas manzanas, pero de aquella ni aun la cáscara: así es que no padecen la pena.

Para esplicarme lo escasa que es la felicidad en el mundo, una abuela mia me contaba un cuento que voy á contar á mis lectores aunque no tengan gana de que le cuente.

Reinaba en España D. Pedro, llamado el justiciero ó el cruel segun el capricho ó la parcialidad de los que han escrito su aun mal desentrañada historia.

Parece ser que este buen rey tenia el genio violento y la voluntad ardiente, por lo cual todos temblaban cuando mandaba algo en que no se le podia obedecer.

Esta violencia de carácter se aumentaba cuando caia enfermo, hasta el punto de ser intolerable á los mismos cortesanos, y de hacer darse al diablo quince veces por minuto á su pobre médico, sobre cuyas espaldas descargaba frecuentemente la tempestad.

Un dia que el rey, á causa sin duda de algun esceso en la comida, se sintió repentinamente enfermo, llamó á su médico y le dijo con una voz en que se conocia bien que no hablaba de broma:

—Si no me das una medicina que me cure repentinamente, te mando cortar la cabeza.

El pobre médico llevó instintivamente las manos al cuello, y sintió que la sangre se helaba en su corazon; pero cobrando fuerzas de flaqueza:

—Señor, respondió, un solo remedio hay que pueda curar repentinamente el mal que V. A. padece; pero yo no le tengo en mi botiquin.

—Tú eres médico y no boticario, dijo el rey; receta, y cuenta mia es buscar el remedio.

—Pues señor, dijo el médico, V. A. se curará repentinamente poniéndose la camisa de un hombre feliz.

El rey no comprendió que un hombre con la cuchilla en la garganta pudiera bromearse, y tomó por lo serio la receta.

Pronto salieron sus agentes por toda Sevilla buscando á un hombre feliz para quitarle la camisa, y por ninguna parte pudieron hallarle.

Recorrieron las casas de los ricos, y solo hallaban el fastidio.

Las de los hombres de talento, y los encontraban muriéndose de hambre.

Les señalaron la casa de uno á quien ni por casualidad habia salido mal cosa alguna en su vida, cuyos deseos se habian realizado siempre, y cuyas esperanzas habian producido mas de lo que prometieron. Todos decian: ese hombre será feliz.

Los emisarios del rey D. Pedro espolearon sus caballos y se lanzaron hácia la casa de este hombre; pero llegaron demasiado tarde, pues acababa de suicidarse de desesperacion porque todo le salia bien.

Este suceso desesperó á los emisarios, que volvieron melancólicamente hácia el alcázar contando que la distancia que de él los separaba era la que los separaba de la muerte, pues no llevaban lo que el rey D. Pedro habia pedido. Al pasar por el puente encontraron á un viejo que apoyado en un palo miraba con los ojos cubiertos de alegres lágrimas cómo jugaban dos rollizos cuanto sucios muchachos de cinco á seis años, reclinados en la arena delante de él.

El buen viejo se extasiaba mirándolos y decia: Pobres nietecitos, jugad, jugad, que vuestro gozo es el mio... ¡qué feliz soy!

Apenas oyeron esta palabra los emisarios del rey D. Pedro, dieron un grito de alegría y se lanzaron sobre el pobre viejo con tanta furia, que faltó poco para que le ahogasen, y sin darle esplicacion ninguna, empezaron á desnudarle precipitadamente; pero cuando medio desgarrada, medio arrancada, le hubieron sacado la ropilla, lanzaron un grito de horror y de desesperacion.

Iban á buscar la camisa de aquel hombre feliz, y aquel hombre feliz no tenia camisa!

Este es el cuento de mi abuela.

Yo que acepto en él muchas cosas, no puedo aceptar otras tales como la aventura del viejo que le sirve de conclusion, y de la cual parece desprenderse, que para ser feliz es condicion esencial no tener camisa.

Yo creo que la pobreza no puede conducir á nada bueno, á menos de que se haga de ella un mérito para volver al Paraiso, y que los descamisados estan aun mas lejos de ser felices que los demás hombres, porque lo estan por dos razones.

1.ª Porque son hombres.

2.ª Porque son descamisados.

Porque si bien la felicidad no se puede comprar porque no existe, caso de que existiera se granjearia con el dinero.

Lacrix ha dicho que la felicidad se componia de dos sentimientos tristes: el recuerdo de la privacion anterior y el temor de perderla; pero esta no es la felicidad, sino el placer, que se diferencia de ella como el relámpago del dia, en que aquella es constante y este es fugaz.

No me detendré mas en probar mi máxima de que la felicidad es un sueño irrealizable, el objeto de un deseo sin objeto, un sentimiento informulado, una palabra de ripio colocada en los diccionarios de todas las lenguas, para demostrar que todos los pueblos pueden equivocarse á un tiempo.

Esta máxima está suficientemente probada con lo que llevo dicho.

Pero antes de terminar quiero hacer una reflexion que incidentalmente brota de este asunto. Se dice comunmente que el objeto de la ciencia es la felicidad, y que el hombre de mas talento es el que sabe ser mas feliz.

Ahora bien: el modo de alcanzar la felicidad consiste en contentarse con lo que se tiene sin desear otra cosa ni echar de menos los deseos.

El hombre que únicamente puede hacer esto es el tonto, si el tonto es hombre; y por eso, como he dicho antes, el tonto es el único para quien la felicidad humana no es una ilusion. De lo cual se sigue que el verdadero talento consiste en la tontería, y que el hombre será tanto mas sábio cuanto mas tonto sea.

La consecuencia es lógica como un silogismo de Aristóteles, y no tiene vuelta de hoja.

¿No os parece, amados lectores mios, que es lógica consecuencia tambien de esta consecuencia que la civilizacion que trata de instruir y hacer sábios á los hombres, ó ha tomado el camino mas largo, ó está equivocada y marcha al punto diametralmente opuesto de aquel á que se propuso ir?

¡Envanezcámonos pues de nuestras ciencias; envanezcámonos de nuestra civilizacion! En último resultado, acertando en sus propósitos nos conducirán al estado salvaje, al estado de estupidez! He dicho.

PABLO GAMBARA.

BOCETOS PARISIENSES.

Cuadros fisiológicos

QUE COMPRENDEN CIERTA CLASE DE ANIMALES RAROS NO CLASIFICADOS HASTA HOY, AUNQUE PERTENECEN Á LA HISTORIA NATURAL DEL GÉNERO HUMANO.

EL PAJARO NEGRO. (LA BÊTO-NOIRE.)

«Bendito sea el que inventó el dormir,» dijo Sancho: bienaventurados los que duermen, digo yo, porque de ellos es el reino del sosie-

go: y cuando digo *los que duermen*, es mi suprema voluntad que se tome esa palabra, no en su sentido genuino, sino aplicable y aplicada á los que teniendo los ojos tan relucientes como carbunclos, duermen segun los espiritualistas con los del alma, y pertenecen á la gran familia de zotes, propiamente dichos; si bien segun los materialistas, alguna protuberancia que abulte mas ó menos sobre la esfera del cráneo, la forma mas ó menos irregular del guarda-polvo que la naturaleza nos da para la masa cerebral, es la causa eficiente de que muchos prójimos, mal de su grado, esten comprendidos en la numerosa seccion de los estúpidos.

Con estos hablo y á estos me dirijo, cuando repito: bienaventurados los que duermen, porque de ellos es el reino del sosiego.

La ignorancia supina no es verdaderamente una cualidad que merezca ser envidiada, á lo menos en mi opinion; cada uno es dueño de pensar como quiera y le acomode; pero lo que sí creo en lo íntimo de mi conciencia que es bueno, mas que bueno, útil, y mas que útil, ventajosísimo para el yo, es ser un poco torpe, bien de conveniencia, ó bien por naturaleza.

La proposicion que acabamos de sentar puede parecer á los ojos de algunos de mis lectores demasiado atrevida: casuista habrá que ponga el grito en el cielo, y que añada que quien tal dice es zurdo y escribe con la mano izquierda, porque no sabe dónde tiene la derecha. Vamos á cuentas: un poco de paciencia; que me siga en las demostraciones que voy á presentar, y que yo me vea por el resto de mis años condenado á vivir entre odaliscas georgianas, con una renta de doscientos mil pesos fuertes todos los años, y la robustez y salud que he contado en el primer tercio de los que han pasado por mi cabeza (maldicion que no deja de ser terrible), siempre que no les pruebe, como veinte y veinte suman cuarenta, que en cuanto he dicho me sobra razon por libras, mientras á los opositores les falta por adarmes.

Entremos en materia.

Vaya la teoría antes de los ejemplos:

Principio sentado: «Es ventajosísimo para el yo, ser un poco torpe.»

Pruebas teóricas.—1.° Todos los estremos son viciosos; la sabiduría ó la ignorancia, verdaderos polos diametralmente opuestos, si rayan en el estremo, la víctima ha hecho un pan como unas tortas; *ergo* los términos medios son los buenos; *ergo* ser algo torpe es ventajosísimo para el yo.

2.°—El hombre que posee grandes facultades intelectuales, tiene conciencia de su dignidad y de su mérito poco comun; como el siglo XIX es positivista por escelencia, y en este siglo dineros son calidad, este hombre lleva consigo la triste pesadilla de ver á un Juan Pascual, barbarote de á folio, mas respetado y á mas altura en las consideraciones sociales, porque tiene mas piececillas de á 5 francos; *ergo* el primero se martiriza: se maldice, se envenena, se fastidia, se irrita, se despecha, se corroe, se desvive, se consume, se suicida, ó se... lo lleva pateta.

Ergo la inteligencia muy desarrollada es un mal; *ergo* ser algo torpe es ventajosísimo para el yo.

3.° El hombre que sabe es un animal que con la fuerza de la electricidad provoca la envidia de los ignorantes; el envidioso es el peor enemigo, porque siempre asesta sus tiros por la espalda; y como estos tiros son siempre á quema-ropa, la víctima, si escapa de uno, cae en otro; ó por lo menos lucha constantemente y representa el papel de un jabalí acosado por una jauria de perros de presa; ó de la araña, que en la jurisdiccion del ojo perspicaz de una portera, lleva cada escobazo que canta el misterio. *Ergo* la superioridad de inteligencia es peor que el pecado original visto por el catalejo de aumento de los hijos de San Ignacio de Loyola (vulgo Jesuitas); *ergo* es ventajosísimo para la salvacion del número uno, ser algo torpe.

4.° Y concluyen las pruebas teóricas. El mundo se compone de hombres entendidos, y de hombres que si pegan un tropezon y caen, continúan su camino á cuatro patas; mas claro y menos alusivo, de brutos y no brutos: todos los que han estudiado la estadística de los pueblos convienen en que la suma de los ignorantes escede, respecto de los hombres de saber, en razon de un 99 por 100; la mayoría en todos los hechos y las cosas da la ley; *ergo* vale mas hacer masa comun con la mayoría, si queremos poner la piel á salvo; *ergo* en conclusion, vale mas por lo menos ser algo torpe de conveniencia, cuando no se tenga el privilegio de serlo por la naturaleza.

Pruebas prácticas. Para esta seccion tendríamos que escribir en papel contínuo, é ir atestando almacenes de volúmenes *in folio*; y yo maldito el humor que tengo para ello. *El Pájaro Negro* nos dará mas de un motivo que legitime nuestro propósito, por las patentes demostraciones que, pintándole fisiológicamente, proporcionará al curioso lector.

Con el título de *La Bête-noire* se califica en Francia á todo *bicho viviente* del uno ó del otro sexo que perteneciendo á la familia humana, desempeña el triste papel de pesadilla, de animal que *estomaga*, de obstáculo, de inconveniente, de antípoda, de animal que carga, que revienta, que es insoportable. Esta calificacion convencional, este modo de bautizar las criaturas que tienen la condicion del plomo, permite que cada uno conozca en el círculo de sus relaciones mayor ó menor número de *Pájaros negros;* y pobre del que no sea mas político que un cortesano con esta clase de abejorros, porque entonces tiene que andar á cachetes ó á balazos, y ni una cosa ni otra es muy agradable que digamos.

Uno de los *Pájaros negros* mas eminentemente bárbaros es el acreedor. ¿Quién es el penitente, que teniendo algun crédito (lo que se prueba por las deudas que lleva contraidas ó que puede contraer), si ha firmado algunos *effets*, letras de cambio, ó se ha comprometido bajo su palabra á devolver alguna cantidad en dia determinado, no anda, como vendedor de yesca, huyéndole el bulto al *Huissier* ó al judío, si llegado el término está con el bolsillo mas limpio que una patena, y naufragando de esperanza en esperanza, para salir airoso del poder de su verdugo? ¿Quién es el penitente que en caso semejante, si tropieza de manos á boca con la importuna máscara de su acreedor, y ha agotado por desgracia el número de las promesas fallidas, y el diccionario de las palabras mas urbanas y corteses, que no reciba de hospite insalutato, ó una grosería insultante, ó una coz que deja muy atrás las que en un rapto de elocuencia pega el mulo? Pues bien: como en casos semejantes la persona que padece suele traer la bilis en un estado de ebullicion que escede al legítimo vino de Champagne, regularmente suele haber que el diálogo pasa á vías de hecho; y las desvergüenzas recíprocas con que se elogian tambien suelen ir condimentadas con la salsa del puño.

Para estos casos conviene con preferencia que el insultado se haga el desentendido, é ignore hasta el sentido de las palabras que ha empleado su contrincante; porque de otro modo, la cosa puede parar en cárcel ó galeras, y esto no tiene vuelta de ojo.

Lo dicho puede servir de ejemplo para corroborar la teoría que emitimos antes. Es muy ventajoso hacerse el tonto.

De lo que va esplicado se deduce que pueden y deben ser considerados como *Pájaros negros:*

1.° El casero.
2.° El sastre.
3.° El zapatero.
4.° El peluquero.
5.° La lavandera.
6.° La fonda.
7.° El mozo de café.
8.° El médico.

Y cuantos mas seres *inhumanos*, de los que tienen la humanidad de abrir crédito al necesitado.

Como hemos sentado ya la regla general para que á nuestro tipo se le conozca hasta por el olfato, cada uno por sí mismo puede determinar quien es su pesadilla, y todo el que le horripile, ese será á no dudarlo su *pájaro negro*.

El pobrecillo que en su afan de cortejar á diestro y á siniestro, sitia una plaza que tiene jefe, por otro nombre marido, al que, segun unos, se llama *editor responsable*, y segun otros, *paraguas social*, ya sabe que se las tiene con un *pájaro negro*, y de tales garras, que si por desgracia este está educado en la escuela de Otelo, puede haber cabezas rotas, cuando no haya pérdida de miembros.

El poeta dramático que espera como el santo advenimiento que la censura dé pasaporte á su obra, para que cuanto antes se le abra la caja de cualquiera de los teatros, si por lo regular hace antesalas sin éxito, y con la paciencia de Job espera... espera... espera... claro es que puede apuntar en el libro verde, en la columna de los *pájaros negros*, al censor.

El esclavo africano que durante el miserable estado á que se ve reducido cambia de amo, y por huir de Scila cae en Caribdis, concluye por contar que todo blanco es su *pájaro negro*.

El escritor que va á encajonarse en una buhardilla, entre otras razones, por escasez de plata, y porque necesita tranquilidad para inspirarse, y se da de manos á boca con una vecina corista de la Grande Opera, que se pasa todo el dia haciendo gorgoritos; ó bien con un vecino que toca la trompa en la orquesta del Gymnase, y este por necesidad tiene que estar ensayando las notas que solo debemos oir el dia del juicio; ó es casa cuyo patio le toman por asalto los mil y un organistas que recorren las calles de París, ya le ha caido la lotería; porque los tres *pájaros negros* citados son á cual mas insoportable. En caso de eleccion la mia no sería dudosa: tendría la paciencia de sufrir la corista como no escediera de los treinta años, aun cuando tuviese el defecto de ser muy hermosa: yo me pinto para tolerar faltas como la última.

Para el que llaman ante un tribunal con razon ó sin ella, ya se sabe que no solo cae entre una granizada de *pájaros negros*, sino que

estos por lo listos se identifican mucho con la familia de los buitres, salvo error ú omision.

Al que soplan de patitas en la cárcel, bien por la friolera de haber descerrajado un baul, ó por haber pegado alguna *mojadita* que costó ó pudo costar la muerte de algun prójimo, claro es que amen de escribas y fariseos, de jueces, letrados, escribanos y procuradores, su mas inmediato *pájaro negro* es el alcaide.

No solo los hombres; los pueblos, las naciones tienen tambien sus *pájaros negros* á quienes respetan, y de quienes con la mejor voluntad del mundo quisieran verse desembarazados.

Por no mezclarme en el vedado terreno de la política no digo quiénes sean los que merecen esa calificacion respecto de los pacientes que se llaman súbditos: esas son cuentas de otro rosario; allá el lector, sin devanarse mucho los sesos, podrá decir con mas acierto que yo quiénes sean aquellos, y aun pintarlos con sus pelos y señales: mis retratos son á la pluma, y no pasan de ser bocetos; el que quiera presentarles mas al natural, que les dé el colorido que les falta; que yo creo haber hecho bastante por mi particular; y si no, culpa es del malditísimo humor que hoy tengo, que de seguro no cesará hasta que se sortee *Loteria Picarde* y me den la desagradable noticia de haberme tocado el primer premio (los cien mil francos); porque entonces la *Champagne* disipará el esplin que se ha apoderado de

ANDRÉS AVELINO DE ORIHUELA.

UN MONTMORENCY.

(*Conclusion.*)

—Hé aquí nuestra primera falta; y vos, monseñor, la habeis querido, replicó Montmorency. Vos me habeis obligado á dirigirme á Richelieu cuando es á él á quien queremos derribar: habeis contado con su influencia para hacer pública la declaracion del rey que os destierra del reino: y es su influencia la que quereis echar por tierra. ¿Qué hemos ganado? Que Richelieu, que hasta ahora tenia bastante prudencia para no irritar á la provincia, se haya animado con nuestra debilidad, y declarado nulo el voto de los estados, declarando culpable de lesa majestad á todo obispo, baron ó diputado que no niegue lo que ha hecho en los quince dias, y juzgándome á un duque y par de Francia traidor é infame, con privacion de mis títulos y confiscacion de mis bienes.

Esta medida que nos ha valido tantas defecciones, la ha dictado vuestra duda: temed que vuestra tenacidad no nos pierda hoy del todo.

—¿Y es este, dijo Meterni con un desden brutal, este valiente Montmorency que decia asegurarnos la conquista de todo el Languedoc? Quiero que me corten las orejas, si en ocho dias no permite que se entierren todos los valientes que os han seguido.

—Os respondo que siempre habrá un sitio para vos, replicó Montmorency no pudiendo ya contenerse.

—Y para cualquiera otro que pueda venir en vuestra ayuda, dijo Duellier adelantándose.

—Señores, señores, esclama Gaston, paz si os agrada. Señor de Meterni, olvidais el rango del duque de Montmorency; y vos, Henri, olvidais el mio.

Dejemos á un lado discusiones, y pensemos en ver qué es esa nube de polvo que se eleva al fin del camino: reparad: á las armas, á las armas! ya veis, Montmorency, que Schomberg se encarga de fijar nuestra irresolucion.

Al momento se adelantaron algunos caballeros para reconocer este destacamento; pero en lugar de replegarse para dar aviso, se aproximaron del todo, y uno de los jefes de esta tropa destacándose de entre los suyos al galope, llegó bien pronto al sitio que ocupaban aun Gaston y sus generales.

—Diablos, señor borracho! como decia nuestro padre, ¿qué haceis aquí, hermano mio, mientras que Schomberg pasa el Fresquel sobre un viejo puente casi arruinado, y se adelanta hácia Castelnaudany, cuando teneis enfrente un puente nuevo para llegar antes que él? ¿Esperais que se fortifique para atacarle?

Al decir estas palabras el conde de Moret se apeó de su caballo saludando á Gaston y tendiendo la mano á Montmorency: despues continuó sin esperar respuesta:

—He sabido en Alve que habrá aquí ocasion de desenvainar la espada, y he venido con ocho cortenos de caballería para hacer un poco de ejercicio y estirarme un poco los miembros.

—Ah! eres tú, mi buen amigo Duellier? dijo el conde de Moret: nuestros padres fueron infieles á sus mujeres cuando nosotros vinimos al mundo: obligacion nuestra es probar que la buena sangre viene de los hombres y que tú eres Montmorency como yo soy Borbon.

—Esto no impide que tengais una barra en vuestras armas, replicó el grueso canónigo Meterni, el noble mas antiguo de los Paises Bajos.

—Mi barra, replicó Moret, ocultaré bajo mi espada, y desgraciado del que se atreva á mirarla.

El Liejense se mordió los labios, y hablaron de las disposiciones del combate que las nuevas maniobras de Schomberg hacian inevitables: decidieron pasar el Fresquel, y Montmorency y Duellier fueron en persona á reconocer la posicion del ejército real. Vieron que Schomberg se habia establecido en un gran pedazo de tierra labrada comunmente, llamada la Fité, situada á la izquierda del camino que viene del puente á Castelnaudary: este campo que estaba rodeado de largos fosos que hacian muy difícil la aproximacion, dominaban el camino hasta el punto de poder destruir desde él á los que intentáran pasar; era pues necesario desalojar al enemigo si se queria tomar á Castelnaudary. Para conseguirlo M. colocó enfrente de Schomberg y paralelamente á Fresquel, el centro de su ejército, cuyo centro se reservó: le componian los voluntarios, una parte de los Liejenses y un regimiento de infantería. Su izquierda se estendió del mismo modo á lo largo de la ribera, bajo el mando del conde de Moret, que tenia con él sus ocho caballos, los polacos de Meterni y un batallon de infantería. El duque de Montmorency tomó la derecha y se adelantó con doscientos caballos que le pertenecian y un batallon de infantería. De este modo el ejército de M. estaba dispuesto de modo que podia atacar á una vez á Escombee por el frente y por los flancos.

Montmorency poniéndose á la cabeza de su division habia dicho á Duellier que se quedase cerca del conde de Moret y vigilase los movimientos de los jefes estranjeros de quienes no tenia mucha confianza. Al principio algunos mosqueteros del ejército real se adelantaron á escaramucear; pero fueron rechazados, y comenzó el fuego entre las dos infanterías. Se conoció al momento que Schomberg hacia una resistencia muy débil, y temiendo Montmorency que el mariscal se aprovechase de su ventajosa posicion para ordenar su retirada y apoderarse de Castelnaudary quiso decidirlo todo de una vez, y se dispuso á dar una carga á la cabeza de sus doscientos ginetes. Pero en el momento en que su escuadron se disponia para ejecutarlo, ve llegar á toda rienda al conde de Moret.

—Señor duque, le gritan cuando Henry pudo oirle, hacer detener vuestros caballos, ó pasarán sobre nuestros cuerpos. El honor de la primera carga me pertenece, y no os la cederé como lo hizo el duque d' Elbeuf á Baucarrie, aunque su casa era la mas antigua del mundo despues de la de Francia.

—No se trata aquí de derechos de sangre, respondió vivamente el duque de Montmorency, ni de preeminencias de los rangos militares.

—Esto es lo que haremos que se decida en tiempo mas oportuno por una junta de generales, respondió el conde de Moret. En cuanto á mí, juro que no sufriré que tome la iniciativa Montmorency, cuando hay en el ejército un individuo de la sangre de Borbon.

El duque Henrig tendió una mirada sobre las tropas de Schomberg, y al ver que se aprestaban á hacer el movimiento que él habia previsto, respondió con cólera:

—¿No veis que Schomberg se nos escapa?

—Pronto le volveré á coger, replicó el conde; pero no cogeria tan pronto la usurpacion de mi rango, que convertiriais en un derecho si os permitiera cargar antes que yo.

—Id pues, esclama Montmorency con entusiasmo al ver á Schomberg ganar el camino.

En seguida, ajado su amor propio, grita al conde de Moret:

—No olvideis sin embargo que si os cedo la primera embestida, no es por vuestra nobleza, sino porque teneis polacos á vuestro mando, y sé que la cortesanía francesa debe guardar consideraciones á los estranjeros.

En seguida el conde Moret volvió á ponerse á la cabeza de su caballería y mandó la carga: él mismo se lanzó el primero, llevando á Duellier á su lado: los polacos le siguieron, presididos por Meternich; pero apenas llegó el conde á orillas del campo de Schomberg, fué acogido por una viva descarga de mosquetería. Llevó la mano sobre su corazon, y dando un grito cayó sin movimiento: habia recibido cinco balazos en el pecho. Duellier, furioso, llamó á los polacos, que se habian detenido al ver caer al conde: corrió hácia ellos y quiso escitarles á la venganza; pero entonces esclamó Meterni que no tenian mas obligacion que hacer la guardia á M. y defender á la artillería, y les mandó retirarse. Duellier no hizo esperar mucho tiempo su respuesta; de un sablazo hendió el casco del canónigo Liejense, y como este quisiera sacar una de sus pistolas, se echó sobre él con furor esclamando:

—¡Ah traidor! el jesuita Arnoux te ha recomendado á Montmorency; ¡mejor hubiera hecho en recomendarte á Satanás!

Y de una sola estocada le tendió muerto á sus piés: y se puso á gritar á los polacos:

—¡Adelante! ¡adelante! Pero estaban ya dispersos y no le oian-

Se quedó solo un momento entre los dos ejércitos, y metiendo espuelas al caballo corrió á reunirse con Montmorency. El duque habia visto lo que acababa de pasar desde el principio de la carga, y habia juzgado que Meterni era un cobarde ó un traidor, porque en lugar de estar con su tropa dos cuerpos de caballo del conde de Moret, se habia mantenido á gran distancia. Así, cuando vió á los polacos huir á pesar de los gritos de Duellier, dijo al coronel Rieux que estaba á su lado:

—¡Traicion! á fé mia, ¡traicion! si no decidimos inmediatamente la victoria, todo el resto de esta canalla estranjera va á dispersarse y arrastrar consigo á nuestras tropas...

—M., le respondió Rieux, traigamos nuestro cañon y barramos el camino, porque nuestros caballos no saltarán nunca el foso que nos separa de Schomberg.

—Y bien, de Rieux, replicó el conde riendo, hace mucho tiempo que hemos ganado nuestras espuelas; es preciso que ellas nos ganen hoy la batalla.

—M., dijo el viejo coronel, moriré á vuestro lado.

Pero Soudeille, reuniéndose entonces al duque, que disponia á su



caballería para la carga, le detuvo en el momento en que iba á dar la señal.

—Por Dios, le dijo, monseñor, si tal es vuestra resolucion, cambiad al menos de caballo; no designeis el objeto á vuestros enemigos; ya han herido al general en jefe, y es descubrirles el corazon marchar sobre ellos en semejante traje.

En efecto, Montmorency montaba un soberbio coballo gris perla, adornado con un plumero encarnado que llamaba mucho la atencion. En cuanto á él, no tenia mas que una coraza damasquina de oro y un casco muy ligero.

—¡Tanto mejor! respondió el duque, si reconocen á Montmorency les temblará la mano de tirar tan alto.

—No les ha temblado, replicó Soudeilles, para matar al hermano del rey Antonio de Borbon, conde de Moret. Es un golpe de que deben de estar muy contentos.

—Entonces, esclama Henri con ese entusiasmo guerrero que se preocupa de cualquier cosa, les temblará de alegria.

Y sin escuchar mas órdenó la carga.

Partieron cinco de frente: eran: Breuil, Raré, Rieux, Villeneuve y Soudeilles. El duque iba delante: su compañía de guardias le seguia con la de Ventadour. Se acercaron al galope á 25 pasos de la infantería Real, y no distaban mas que diez pasos del foso, cuando fuéron recibidos por una descarga general. Doce ginetes de la compañía del duque cayeron muertos, mas de 30 fuéren heridos y desmontados; los demás huyeron; pero ninguno de los cinco capitanes vaciló, ni el duque, que blandiendo su espada siguió adelante. Los cinco intrépidos le siguieron, y saltaron el foso con espada en mano y las espuelas en los hijares de sus caballos. Después de este esfuerzo prodigioso dieron aun algunos pasos, pero el ejemplo que debian á sus soldados estaba cumplido. Las heridas lo demostraron; el valor que habia escedido al dolor fué vencido á su vez; la fuerza faltó á esta nueva decision. Villeneuve y Breuil heridos en la cabeza cayeron los primeros; Raré con los dos brazos rotos, sin poder tener su espada, fué llevado lejos del combate por su caballo: de Rieux con una pierna rota trataba de agarrarse á las crines de su caballo, pero rodó á sus piés: Sourdeilles habia muerto; y Montmorency herido de ocho balazos llegó solo hasta el primer cuerpo de infantería. Destruyó este primer cuerpo, destruyó el segundo, el tercero, el cuarto, el quinto, el sesto, y llegó al últi-



mo con seis heridas, y aun allí mató tres hombres con el pomo de su espada rota. Habia atravesado el duque el batallon, y seguia avanzando cuando oyó pronunciar con furor el nombre de Montmorency por el baron de Gustavo. Tres caballeros se lanzaron á la brida de su caballo: eran el baron de Laurieres, su hijo, y el señor de Beauregard que gritaba al duque que se rindiese. Este respondió á Beauregard con un pistoletazo que resbala sobre su coraza hiriéndole en el brazo izquierdo: Beauregard con la mano derecha atraviesa de dos balazos al duque de Montmorency. El baron se adelanta con la espada levantada, el duque le echa por tierra de un golpe con el pomo de la pistola, se acerca á su hijo y le quita la espada; pero apenas se encuentra armado de nuevo, ensangrentado, exánime, lleno de heridas y buscando con la vista alguna nueva víctima, cuando su caballo lleno de balazos se encabrita, da algunos pasos, y al fin cae muerto, separado 30 pasos mas allá de la infantería Real, arrastrando á su dueño en su caida. Nadie tuvo el honor de ver la caida de Montmorency; tenia 17 heridas cuando sucedió.

El duque hizo vanos esfuerzos para levantarse, y no habiendo podido conseguirlo, se puso á gritar: Montmorency! Montmorency!... Bontillon y Sainte-Marie, sargentos de guardias francesas, acudieron á

este nombre. Libre el duque del peso de su caballo, se levantó al momento, pero no pudo sostenerse, y dijo á Boutillon que queria limpiar la sangre que corria de sus heridas.

—Amigo mio, necesito mas un confesor que otra cosa. Procurad buscar al de M. Schomberg... después se dirigió á Saint-Marie:—En cuanto á vos, si sois siempre el valiente sargento que me ha servido otras veces, tomad esta sortija y llevádsela á la duquesa de Montmorency con este pañuelo empapado en mi sangre.

Sainte-Marie tomó estos dos objetos, y Boutillon iba á ponerse á las órdenes del duque cuando llegó su capitan.

—¡Desatadle la coraza y quitadle el casco! les gritan; aflojadle su coleto, ó morirá asfixiado.

—M. Saint-Brenie! le dijo Montmorency, necesito un confesor.

—Valor, respondió el capitan, esto no es nada. Voy á tomar órdenes del mariscal, y os traeré su confesor y su cirujano. Dios es bueno, y el médico no es malo.

—¿Que hay de nuevo? dijo el duque poniéndose de pié.

—Vuestra compañia de gendarmes quiere derrotarnos; la manda un jóven con plumero negro á quien parece que no se atreven á tocar las balas.

—Ah! es Duellier, es mi hermano, replicó el duque: y blandiendo su espada sobre su cabeza se puso á gritar: ¡Montmorency! ¡Montmorency! pero la sangre que salia de su herida de la garganta le sofocó, y volvió á caer en los brazos de Saint-Marie. Este, ayudado de Boutillon, cogió al duque en sus brazos y le llevó á una alquería que se distinguia desde el lugar del combate: Boutillon corrió por su parte á Castevnaudary para preparar allí un alojamiento. Durante este tiempo Saint-Previl habia llegado adonde estaba Schomberg, le habia contado en pocas palabras la temeridad del duque y lo atrevido de su ataque, y cómo habia caido en su poder. A esta noticia no pudo Schomberg reprimir su primer trasporte de alegría, y volviéndose á sus ayudantes les dijo:

—Señores, señores, mandad tocar retirada: se ha ganado la batalla, se ha concluido la guerra; Montmorency está prisionero.

Á LA SEÑORITA...

EL BELLO PRADO.—FLORA Y LAS FLORES.—TU RAMILLETE.

I.

Un lugarcillo conozco,
Entre dos lomas tendido,
Por un bosque guarecido
Y arrullado por la mar;
En el valle crecen flores,
En el bosque canta el ave,
Y á lo lejos, de la nave
Se oye la quilla surcar.
Susurran las dulces brisas
Al retozar con las flores;
Y cantan los ruiseñores,
Y se cierne el colibrí;
Matizadas mariposas
Se posan por breve instante
Ya sobre el lirio galante,
Ya sobre el blanco alelí.
Murmuran rodando lentas
Dos fuentecillas sabrosas,
Y en sus márgenes musgosas
Crecen el tilo y moral;
El césped mullido invita
Con su verde, grata alfombra,
Y del monte entre la sombra
Se oye el trino del turpial.
Colinas, llanos y bosques,
Aves, y fuentes, y flores,
Auras, brisas, y rumores,
Ciervos, liebres,—todo aquí
Se ve, se escucha, se admira,
Todo perfuma y hechiza,
Todo al alma magnetiza;
Todo es edénico allí.
De toda estacion y zona
Allí se encuentra la gala:
Todo olor allí se exhala,
Se oye todo dulce son;
Al par de robusta ceiba
Se alza enhiesta la palmera,
Y á su sombra placentera
Lanza el dinca su cancion.
Un cielo siempre sereno,
Siempre azul y nacarado,
Sobre ese sitio adorado
Se suspende con placer;
Allí se alejan las penas,
Y es inefable la calma:
Nueva vida siente el alma,
Libre vaga por doquier.

II.

Y en ese valle grato, hechicero,
Dó tantos bienes mi alma gozó,
Un dulce canto cual de jilguero
Entre las flores tierno se alzó.
—Era una Maga de buen talante,
De azules ojos, de casta sien,
De esbelto talle, breve, elegante,
Manos de rosa, de lirios pié.
La frente tersa de luz radiante,
Alegre y franca la linda faz,
Sobre sus labios sonrisa amante,
En sus miradas amor y paz.
El cuello enhiesto y alabastrino,
Pecho y espalda de leve huri,
Blondos cabellos—timbre argentino,—
Aliento grato como alelí.
—Era la reina de la floresta:
Bajo su planta nace el clavel,
Al aura errante perfume presta
Y á la ojiacanta presta su miel.
Le aman las flores, le aman las aves,
Susurra el bosque cuando ella va;
La dan los montes ecos suaves,
Y el cefirillo besos la dá.
La siguen doquiera las bellas Ondinas;
Y perlas la ofrecen la fuente al cruzar;
Se alejan al verla las pardas neblinas,
Y el sol con sus rayos la manda á obsequiar.
Es Flora su nombre, y es madre de flores,
Y á todos les dice su gracia y virtud;
Sus tallos matiza de lindos colores;
Sus cálices llena de aroma y salud.

III.

Camina al valle, Corina hermosa,
La gracia oiremos de cada flor,
Ya *Flora* empieza: la bella *Rosa*
Viene primero llena de amor.

FLORA. ¿Como te llamas?
LA ROSA. Rosa me llamo.
FLORA. Eres hermosa, gaya y gentil.
LA ROSA. Al verte, Flora, de amor me inflamo.
FLORA. Eres la gala mejor de abril;
Eres la reina de la hermosura,
La flor mas bella que dió el pensil.
LA ROSA. Mas mira, Flora, mi donosura
Cercan espinas de punta vil.
FLORA. Eres ingrata, Rosa hechizera;
Mucho que debes á ese aguijon:
Tu guarda acusas;
LA ROSA. Mas yo quisiera...
FLORA. ¿Presumes, Rosa, tener razon?
Sin tus espinas, mano atrevida
Te arrebatara sin compasion;
Y tu corola bella y erguida
De sucia oruga fuera mansion.
LA ROSA. Enhorabuena, Flora querida,
Ya mis espinas sabré apreciar:
Que al fin de cuentas, todo en la vida
Galas y espinas tiene á la par.
FLORA. Es á la Rosa la aguda espina
Lo que á la virgen es el candor!
Que es de sus gracias guardia divina;
Muro que á raya pone el amor...
—Eres ¡Oh Rosa! de abril la gala:
Eres del prado lujo y primor;
¿Cuál á tu aroma dulce se iguala?
¿Cuáles matices, y cuál color?

Doquiera luces llena de hechizos,
En monte nazcas ó en un jardin;
Adornos blondos ó negros rizos,
El seno agracias de bella huri.
Eres emblema de la hermosura,
Eres sonrisa de un serafin;
Cantan alegres tu donosura
Los ruiseñores y el colorin.

LA ROSA. Tengo una hermana bella, serena,
Que hace contraste con mi color.

FLORA. La Rosa blanca de encanto llena,
Que simboliza dulce candor.

LA ROSA. Tengo otra hermana dulce, atrayente,
Matiz purpúreo, vivo su olor:

FLORA. Que enciende el pecho con fuego ardiente
De amor de Patria, que es dulce amor.

ROSA. ¿Dónde te escondes, violeta bella?
¿Por qué así esquivas mirar la luz?
Tú que no puedes vivir sin ella,
¿Buscas de sombras denso capuz?
¿Cuál el misterio de tu existencia?
¿Cuál el motivo de tu penar?
¿No brilla el prado con tu presencia?
¿No oyes tus galas siempre admirar?
—Sal, florecilla, lanza al ambiente
Tu grata esencia, tu dulce olor;
Deja que el lirio te bese ardiente,
Te brinde puro su casto amor.
Sal, de modestia cumplido emblema;
Al mundo enseña modesto á ser;
Que el pedantismo doquier se estrema
Entre los hombres y la mujer.
—Flor retirada, dulce violeta,
Abre tu cáliz bello y gentil:
Tú eres la flor que adora el poeta:
Con tí sonrie de amor abril.

LA VIOLETA. Mas que jardines amo las breñas,
Porque me gusta quieta vivir;
Deja mis grietas, deja mis peñas,
Deja mi curso triste seguir.

FLORA. —Tierna *Fresera*,—
Blanca, argentada,
Y embalsamada,
Del valle prez:
Tú representas
Virtud muy bella;
Tu cáliz sella
La sencillez.

LA FRESERA. Dile á las niñas
Cuán hechicera
Es la Fresera,
Sencilla al ser;
Que yo les sirva
Siempre de guia:
Bien y alegria
Tendrán doquier.

FLORA. Ven ya, *Sensitiva*, de América encanto,
Hermosa, aromada, magnífica flor;
El alba tu cáliz empapa con llanto,
Porque eres emblema de dulce pudor.
Al leve contacto de mano atrevida
Recoges tu pétalo hermoso y gentil:
En tí te concentras y esquivas sentida
Que empañen tu brillo, que alegra el pensil.
—Dime, florecilla, si tienen las flores
Un alma que sienta placeres, penar:
¿Por qué palidecen tus bellos colores,
Si dedo profano te viene á tocar?...
¿Por qué al tacto puro de vírgen honesta
Tu tallo no encoges, ni pierdes tu luz?
¿Por qué la impureza tu instinto detesta?
—Dí.—¿Cómo conoces la bella virtud?...

LA SENSITIVA. Ya, Flora, detente; que el Ser soberano
Misterio en sus obras le plugo poner;
Adora en los cielos: y sirva mi arcano
De ejemplo á la bella, graciosa mujer!

FLORA. —Qué lindo tu tallo,
Bella *Margarita!*
De amantes la cuita
Tú sabes guardar.
La dulce *inocencia*
En tí se extasía:
La casta alegría
Te viene á besar.

MARGARITA. —Yo soy del Angel
Sonrisa bella;
Yo soy la huella
De un Querubin.
A la inocencia
Quered, hermosas,
Y venturosas
Sereis sin fin.

FLORA. Amor del prado,
Jazmin galante,
Siempre elegante
Como el clavel;
La mariposa
Por tí delira;
La abeja tira
De tí su miel.
De tu nativa
Tierra africana
Una mañana
Te traje aquí;
La altiva Rosa,
Al ver tu gala,
Su aroma exhala,
De amor por tí.
Que tú eres emblema,
Jazmin lisonjero,
Del don hechicero
De *amabilidad*.
Tus flores tan blancas,
Tu dulce ambrosía
Vierten poesía
Y felicidad.

EL JAZMIN. Que todos aprendan
Que al cruzar la vida
Es prenda exigida
Muy amable ser.
Con esto se alejan
Mitad de las penas:
Las horas amenas
Se miran correr,
Mientras que el de duro
Carácter mohino,
Siempre y de contino
Tendrá que penar.
Imiten los hombres
Mi genio flexible,
Y tiempo apacible
Podrán disfrutar.

FLORA. Bello *Jacinto*,
Blanco, estrellado,
Tallo arqueado,
Estambre azul,
Corola sétupla,
Hojas verdosas,
Finas, sedosas,
Llenas de luz.
Como la rosa
Eres hermoso,
Eres gracioso
Como el jazmin;
Como él amable,
Dulce y *ameno*;
Besa tu seno
El colorin.

EL JACINTO. Yo simbolizo
La *Amenidad*;
Yo soy hechizo
De la verdad;
Soy galanura
Del buen decir:
¿Quién mi hermosura
No ha de seguir?

FLORA *al Ofris*. —Ariadne la dulce, de Idmon hija bella,
Bordaba con tanta destreza y primor,
Que altiva mirando brillante su estrella,
A Minerva reta de hacerlo mejor.

La diosa irritada de tanta arrogancia,
Sus telas, bolillos y encajes rompió;
Y en flor hechicera de dulce fragancia,
A Ariadne la dulce, la bella, cambió.
Y en flor convertida, que finge una araña,
Conserva en industria la altiva beldad,
Y borda sus telas con tal arte y maña,
Que así simboliza bien la *Habilidad*.

EL OFRIS. —Quedó lejos
Mi edad pura;
Mi hermosura
Ya pasó;
Mas conservo
Mi talento,
Que en aumento
Miro yo.
—Sepan las niñas
Que la belleza
Apéna empieza,
Declina ya;
Que es el estudio
Que eleva el alma,
Y dulce calma
Siempre no da.

FLORA. Entre verde y amarilla
Te alzas, alegre *Reseda;*
En tu cáliz mucho queda
De tu perfume oriental.
Hace un siglo te trajeron
De tu patria, Berbería,
Y se aumenta cada dia
Tu *mérito* sin igual.
Nuevos hechizos, virtudes
Se descubren en tus flores:
Que ocultas tus mil primores
Con modestia y esquivez.

LA RESEDA. Es el *mérito modesto*
Lo que al alma grande sella:
La luz grata que destella
Presta al ángel brillantez.

FLORA. Rey de las flores, Lirio esplendente:
Mi voz te aclama—tuyo es mi amor:
Entre las flores que dió el Oriente,
¿Cuál igualara tu grato olor?
Sobre tu tallo se alzan graciosas
Tus ocho hojillas en capitel:
Tres de ellas miran al cielo airosas,
Mientras las otras siempre amorosas
A sus hermanas forman dosel.
Tu enhiesta forma, bella, elegante,
Solo en jardines sabe reinar:
Si de otras flores te hallas distante,
Triste te inclinas al aura errante,
Y entre sus besos vas á expiar.

JAZMIN. Yo fuí el aroma, yo fuí el ornato
Del sacro Altar del Dios de Israel;
Y allí me alzaba plácido, grato,
Con mas delicia que en el vergel.
—Yo fuí corona de Salomon
Y deleitaba su corazon.
—Con margaritas y bello lis
Hizo sus motes el rey San Luis.
—De Francia altiva yo hice la gloria,
Y son sus fastos mi propia historia;
Insignia fuí de sus campeones,
Y dí colores á sus pendones.

FLORA. —Tu blanco pétalo,
Tu cáliz cándido,
Llenan de célico
Y tierno amor;
La vírgen púdica
En tí su símbolo
Encuentra plácida
De su candor.
—Triple en tu emblema y uno en tu forma,
Representas *Candor*, *Majestad*
Y *Donosura;*
En tí las niñas miren su norma:
Candor es guarda de la beldad
Y la ventura.
Yo te proclamo gala del campo,
Rey de las flores, lujo de abril;
Tú rivalizas de nieve el ampo;
Mi amor es tuyo, Lirio gentil.

IV.

La noche tiende doquiera
Su plegado negro manto;
Se aleja Flora, y su canto
Con el alba seguirá.
Con las flores que ha cantado,
Te obsequia, vírgen hermosa;
Y guirnalda primorosa
A tus sienes ceñirá.

V.

EL POETA. Eres hermosa
Como la *Rosa*;
Eres tan pura
Cual flor de *Lis.*
Ya tu ventura
Clama el *Ofris:*
Y la *Reseda*
Te dice leda;
Por tu talento
Brillas doquier;
Tu dulce acento
Vierte placer.
Te aclama viva
La *Sensitiva*
Por el encanto
De tu pudor;
Y el *Amaranto*
Te da su amor.
La *Margarita*
De Dios bendita,
A tu inocencia
Imparte prez.
De tu existencia
La sencillez
Viene hechicera,
Dulce *Fresera*,
Por los jardines
A pregonar,
Y á los jazmines
Vase á juntar.
Para que digan con las *Violetas:*
Que eres modesta, que eres amable:
Que tú mereces de los poetas
Himno á tu gracia dulce, adorable.

VI.

A tí, Corina, las gayas flores:
A tí la *Oliva* verde de paz;
A tí los cantos de ruiseñores;
A tí del cielo dulce solaz.
¡Jamás escuches en tus jardines
El soplo airado del Vendabal;
Ni lleve el aroma de tus jazmines
Del triste invierno soplo glacial!
¡Céfiro blando bese tus rosas;
Canten las aves en tu vergel;
Pueblenlo errantes las mariposas;
Y allí la abeja labre su miel!
¡Tu planta huelle flores doquiera;
Te dé sus notas el colorin;
Eterna sea tu primavera,
Rija tus pasos un Serafin!
A tí los lírios, mi amiga hermosa,
Las rosas bellas siempre á tus piés:
¡En mi camino la zarza odiosa,
Amargo agenjo—triste ciprés!...

París 10 de julio de 1854.

JOSÉ MARÍA TORRES CENICEDO.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



VISTA DE NAPOLES.

VILLAMEDIANA.

A continuacion insertamos un testimonio que se dió pocos momentos después de la muerte del célebre Villamediana, y que patentiza el sitio en que fué herido, y creemos que será leido con interés, con tanto mas motivo, cuanto que aclara un hecho algo dudoso, pues se creia casi generalmente que habia sido muerto á la bajada del Retiro. Dice así el testimonio:

«Yo Manuel de Pernia escrivano del rey Nuestro señor, de los que residen en su corte, certifico y doy fé que oy dia de la fecha desta, á hora de las nueve de la noche, poco mas ó menos, fuy en casa de don Juan Tasis, conde de Villamediana Correo mayor destos reynos, al qual doy fe que conozco y le vi tendido en una cama muerto naturalmente, que dixeron averle muerto de una estocada en la calle mayor cerca de la callejuela de S. Gines. Y para que dello conste de pedimiento de la parte del conde de Oñate di este, en Madrid á veynte y uno de Agosto de 1622. Y en fe dello lo signé entestimonio de verdad= Manuel Pernia.»

EL ALUMBRADO DE MADRID.

En el año 1678, segundo del ministerio de D. Juan de Austria, se mandó que se pusieran por las noches en todos los balcones de Madrid faroles, á fin de que estuviera iluminada la poblacion, dando así principio al alumbrado público. Esta determinacion fué bastante censurada; y como en aquella época circulaba tanta sátira y tanto folleto, en que desapiadadamente se acusaba á los gobernantes, y mucho mas á D. Juan de Austria, no faltó su correspondiente papel, que circuló manuscrito, titulado: *La Barrabasera, ó Desvergüenzas de la Plaza en el Senado de los Picaros que preside la Barrabasera;* y en él se dice lo siguiente:

«No se puede negar á S. A. que se parece al rey de Francia en la providencia de haber llenado la corte de faroles. La accion que en un gran rey es majestad, en el remedo de la mona es ridícula y entremés. El rey cristianísimo, teniendo en paz su reyno, desempeñó su hacienda real, promovió el comercio, enriqueció los vasallos, y por lo que podia suceder se previno de poderosos ejércitos. En esta sazon mandó que se pusieran faroles en París para asegurar de insultos á aquella ciudad y hermosearla de noche. Y aunque fué de algun gravámen á su vecindario, se llevó á bien la órden por la manifiesta utilidad que resultaba, y por mandarlo un rey propietario que tanto se aplicaba á las conveniencias públicas del reino. Pero nuestro amo, ó por mejor decir, nuestro balandran, pareciéndole sin mas ni mas que los faroles eran una cosa lucida, quiso tenerlos en Madrid sin reparar en que el reino estaba enredado en guerras, y S. A., que por su poca fortuna era tenido por un pobre trompeta, manda en tales circunstancias por medio de D. Francisco Herrera, corregidor, que pena de tanto y cuanto, sin esceptuarse eclesiásticos, religiosos, ministros,

ni señores, todos ahorquen á las puertas de sus casas sus faroles, como si fueran cochinos. Y por hacer alguna cosa de ruido, obliga á muchos pobres á que para encender estas luces apaguen las de sus chimeneas, y las cenas se las pasen en claro. Anda hermano que hay mucha diferencia entre lo uno y lo otro. Los faroles de Francia por su autor y por las demas circunstancias fueron prenuncios de las muchas luminarias que se habian encendido por las victorias de sus armas, pero estos de D. Juan no han servido mas que para prevenir linternas para dar la estremauncion. Esotros solo sirven para desalumbrar á los murciélagos y espantar á los esportilleros, pues que á cada paso les parece que asoma la linterna del refugio convidando á cenar con pan y huevo.»

LA PENA DEL TALION.

(EPOCA 1259.)

Hallábase Teodoro Lascaris, emperador de Nicea, aguardando en el lecho del dolor el fin de su agonía. La corte estaba en la mayor agitacion, porque el único sucesor á la corona, aun en la infancia, ni podia encargarse de las riendas del gobierno, ni evitar tampoco las intrigas que se urdian entre los cortesanos para llevar á próspero término sus ambiciosas miras. Preocupaba al emperador aun mas que el triste fin de su existencia, el desamparo en que dejaba á su hijo Juan, pobre niño inocente, que apenas contaba los nueve años de edad: preciso era confiarle á manos hábiles y poderosas para que la diadema se sostuviera en sus sienes: pero en torno de Teodoro no habia ni un solo amigo, ni una persona que le fuese adicta, ni un solo individuo que no le odiase en lo íntimo de su alma.

Musolon, hombre de carácter irascible y de un amor propio escesivo, no podia haber dado al olvido que por un rasgo de arbitrariedad brutal el emperador le habia lanzado del Consejo á empellones y puntapies, no contento con insultarle públicamente con las palabras mas denigrantes y ofensivas.

Jorge Aprocólita habia de tener tan presente como las cicatrices en su cuerpo, que por mandato de Teodoro fué azotado como un esclavo, sin que bastase á contener la órden ni los ardientes ruegos de una madre, ni las lágrimas de sus amigos.

Miguel Paleólogo habia sufrido durante tres años todos los horrores de una prision, aislado en el mas inmundo calabozo de un castillo situado á la orilla del mar, y sus contínuos lamentos se habian confundido siempre con el rumor monótono de las ondas que compasadamente venian á estrellarse contra las impenetrables murallas de su prision. Este era quien menos títulos tenia para ser enemigo de Lascaris; otros y otros mas funestos recuerdos debian al emperador de Nicea; mas agudos tormentos habian esperimentado por su órden; mas motivos de odiosidad debian llevar grabados en sus corazones.

Amargas lágrimas se cuajaban como otras tantas gotas de cera en el pálido rostro del moribundo: empezaba en él á despertarse un verdadero disgusto por las grandezas humanas; veia muy cercana la muerte; tenia abierto ante sus ojos el libro veraz de la conciencia; los remordimientos ibanle gradualmente absorbiendo el aceite de la lámpara de su vida; la débil llama que la sostenia comenzaba á oscilar con irregularidad, síntoma positivo de que la tierra estaba removida, dispuesta á abrir su seno para oprimirle sin compasion alguna bajo su horrible peso.

El emperador hizo una seña para que se alejasen las dos mujeres que le acompañaban en su estancia; viéndose á solas, sacó de debajo de la almohada una tablilla en que habia escrito sus últimas disposiciones; recorriólas con la vista, y un período donde estaba aun en blanco el nombre del tutor de su hijo, trazó con mano trémula las siguientes palabras: «Miguel Paleólogo y Musalon.» Después, como para probar la energía de su carácter, tomó la mortaja que tenia á la cabecera de su lecho, y con la mayor estoicidad se la vistió, cruzó las manos sobre el pecho, y se resignó á esperar el momento solemne de la muerte.

. . . . . .

La noche habia desplegado su manto mas oscuro que de costumbre, porque ni una estrella brillaba en la bóveda celeste; el viento desencadenado penetraba con la mayor violencia por las rendijas y las claraboyas en las estensas salas del palacio del emperador Lascaris; mas de una vez el trueno y el rayo habian dejado oir las inacordes detonaciones de su potente voz, y las preñadas nubes abrian su seno para descargar el agua á borbotones. El soldado que estaba de guardia en el dintel de la cámara del enfermo oyó la voz pausada y clara del moribundo que pronunciaba su nombre.

Teodoro sentia aproximársele el estertor de la agonía: después que meditó un instante quiso llenar el último de los deberes respecto de su hijo.

—¡Que traigan á mi presencia á Miguel Paleólogo! dijo el emperador.

Un momento después Teodoro y Miguel se hallaban cara á cara y sin testigos.

El emperador dejó escapar un ahogado suspiro, y rompió el silencio preguntando al recien llegado:

—¿Me aborreces, Miguel?

—En lo íntimo de mi corazon.

—Lo sé: sin embargo, quiero darte una prueba de mi aprecio y consideracion pidiéndote un favor, un beneficio inmenso.

—Dirígete á otro, porque yo no puedo acordártelo.

—Miguel, yo nunca te he querido mal; siempre te he tenido en alta estima; en este momento te amo con toda la efusion de mis sentimientos.

Una sonrisa irónica reflejó el semblante de Miguel.

—Juzga con menos severidad la conducta que por un error tuve contigo. Si por desgracia tuya llegaras á verte á la cabeza de un gobierno alguna vez, mal que no deseo ni al peor de mis enemigos, conocerias entonces cuán digno soy de que me perdones mi falta en haberte condenado á prision: mis consejeros gritábanme al oido: «El Paleólogo es jóven, elocuente, está estimado de tus tropas, ambiciona el imperio, y conspira por apoderarse de la corona de Nicea...» Déjame concluir, que los instantes son preciosos.—Oye: voy á morir, y dejo á mi hijo huérfano, en la infancia, sin socorro en el mundo; quiero que seas su apoyo y su mentor. Aquí tengo mis últimas disposiciones en que te nombro juntamente con Musalon tutor de mi hijo. ¿Aceptas este encargo?

—Lo acepto.

El rostro de Miguel espresó la alegría que esperimentaba interiormente; sin embargo, su mirada era severa; de pié á la cabecera del enfermo, su actitud era imponente y majestuosa.

—¿Y juras, añadió Teodoro, sobre mi lecho de muerte, que te conducirás con mi hijo como el padre mas afectuoso y tierno?

—Juro solemnemente, con la mano sobre mi conciencia, que mañana mientras se celebren tus funerales recibirá la muerte Musalon, porque quiero ser solo en la tutela de tu hijo: ocho dias después trasladaré á este al mismo calabozo en que estuve encerrado de órden tuya, y cuando haya allí gemido los tres años, le mandaré sacar los ojos con un hierro candente, y le lanzaré á la pública indignacion para que arrastrando una vida miserable y penosa quede satisfecha completamente mi venganza.

—¡Gracia! ¡piedad! esclamó Lascaris; ¡compasion para mi hijo!

—¿La tuviste tú de mí?

Teodoro, haciendo un esfuerzo estraordinario, se arrojó de la cama y se fué arrastrando á abrazar las rodillas á Miguel.

—¡Piedad para mi hijo!... Si quieres satisfacer tu venganza, aquí me tienes de rodillas; atraviésame con tu espada; pero antes empéñame tu palabra de que serás el protector de mi hijo.

—¿Herirte con mi espada? ¿Manchar mi acero con la sangre de una serpiente? No; dentro de una hora habrás dejado de existir, y abreviarte la agonía seria demasiado favor.

—¡Compadécete de un moribundo!

—Teodoro Lascaris no quiso apiadarse de mi martirio. Oye: el calabozo en que gemirá tu hijo será el mismo en que sufrí por espacio de tres años los mas crueles tormentos: el hierro candente que arrancará las pupilas á tu hijo, será el mismo de que te serviste para azuzar los tigres salvajes que devoraron á mi hermana, encerrada por órden tuya en una jaula con tan voraces animales.

—¡Mi hijo es inocente!

—Tambren era inocente mi hermana.

—¡El no ha cometido ningun crimen!

—Tampoco ella: ¿cuál fué su falta? ¡No querer entregar su hija á tu favorito Musalon! Tú quebrantaste entonces un corazon de madre, complacistes á tu favorito, asesinastes á mi hermana; yo por mi parte quebranto el corazon de un padre, doy muerte al favorito, y saco los ojos al hijo de mi verdugo. Tú condenaste á muerte á una mujer, yo condeno á vivir en las sombras á un niño: aun soy mas generoso que tú.

—Pero aun soy el emperador de Nicea; puedo hacerte morir á una sola señal...

Miguel ahogó la voz en la garganta de Teodoro, estrechándole el cuello con una mano de hierro.

—¡Silencio, cadáver! ¿Ignoras que cuando un emperador está agonizando ya no reina? Pero ¿á qué impedirte el gritar? Cualquiera que llegase vendria gustoso para escupirte el rostro.

El emperador se tendió en el lecho lleno de la mayor agitacion: Paleólogo permaneció con los ojos fijos sobre el semblante de su enemigo sin decir una sola palabra: una hora trascurrió sin que se oyese mas que el estertor del moribundo. La tempestad, algun tanto calmada, volvió á estallar de nuevo con mas furia.

Al cabo de este tiempo, advirtió Miguel que algunas ligeras convulsiones agitaban al enfermo: observólo con mas atencion; el semblante de Teodoro se contraia; los ojos, queriendo ocultarse en lo mas recóndito del alveolo, iban tomando el esmalte del hielo; la palidez del oro se difundia por todo el rostro; los labios de color de violeta se entreabrian espontáneamente para quedarse en inmovilidad absoluta; la respiracion era pausada y tardía... la mortaja que vestia Teodoro se movió como impulsada por el choque de una pila galvánica, y el enfermo espiró.

Miguel sintió un estremecimiento general de terror: repuesto de tan desagradable impresion, se inclinó sobre el cadáver, y tomando la tablilla donde constaba la última voluntad de Lascaris, salió de la cámara, convocó á los soldados que daban la guardia en el palacio y en el salon del consejo, y leyó en alta voz el testamento de Lascaris.

—Vasallos, dijo, pues que el emperador ha pasado á mejor vida y habeis oido sus últimas disposiciones, yo soy el regente del imperio de Nicea, y á mí es á quien teneis que obedecer durante la minoridad del heredero.

—¡Viva Miguel el Paleólogo! esclamaron todos los presentes.

Después los mismos vivas resonaban en todo el imperio.

. . . . . .

Cuando se celebraban los funerales del emperador, Musalon caia bajo el puñal de un asesino, y entraba en el mas húmedo calabozo de un castillo en las orillas del mar un pobre niño, á quien tres años después le sacaban los ojos con un hierro candente de órden de Miguel el Paleólogo, quien se creia feliz por haber satisfecho su venganza.

A. A. ORIHUELA.

LAZARO.

Antiquísima y no menos ilustre ciudad es Ginebra, y al mismo tiempo una de las mas hermosas poblaciones que se ofrecen á los ojos del viajero. Mas no era así hace cuatro siglos: ceñida al solo espacio de la isla del Ródano, Ginebra presentaba, en vez de las construcciones regulares y lindos edificios que actualmente la decoran, un hacinamiento confuso de casuchones sostenidos por estacas, tablones inmensos apolillados por el tiempo ó tiznados por el humo, calles sucias atravesadas por hediondos caños, y una poblacion famélica y grosera al paso que rapaz y activa sobremanera.

En uno de estos pobres albergues pasó una vida singular un ente tierno y desgraciado, lleno de abnegacion y entusiasmo, cuya historia trasmitió un alma sensible á la posteridad en un manuscrito que reasumimos en los términos siguientes:

Sucede con los destinos humanos como con las auroras de cada dia: unas resplandecen con mil albores y ostentan los colores de zafiro y grana, mientras que otras se muestran tétricas y empañadas de nubes. Tal fué la aurora de la vida de Lázaro, que apareció en la escena del mundo tan endeble y delicado, que parecia condenado á la muerte, y no obstante continuó viviendo doliente y contrahecho.

Faltó completamente á su infancia la gracia y festividad que á tal edad caracterizan. Oprimido á causa de su débil complexion, objeto del ludibrio general en razon de su fealdad, en vano el infeliz jorobado abrió los brazos al mundo: el mundo pasó señalándole con el dedo.

Toda su ternura la concentró en su madre. Dichoso en su falda, llegó Lázaro á la adolescencia, y despues á la juventud.

Dotado de una perspicacia poco comun y de una actividad infatigable, el jóven ginebrino llegó á ser uno de los mas hábiles relojeros de su época. Solo en su taller, y asiduamente ocupado en su trabajo, no recibia Lázaro mas visita que la de su madre, la cual, constándole cuan agradable le era su presencia á su pobre hijo, repelido por el mundo, se sentaba á su lado, ocupada en su labor femenina, tranquila y silenciosa para no distraer la atencion del jóven artífice.

Pero pronto debia faltarle este único consuelo. Cayó enferma su madre, y al cabo de pocos dias todos los facultativos la desahuciaron. La idea de una separacion que lo dejaba solo en la tierra, sumergió á Lázaro en el mas profundo dolor. Arrodillado junto al lecho de la moribunda, la llamaba con los nombres mas tiernos y la estrechaba en sus brazos como para retenerla en la tierra. La madre se esforzaba igualmente en volver á su hijo querido sus tiernas caricias y en calmar su afliccion. Por último, puso la moribunda sus trémulas y heladas manos sobre la cabeza de su hijo amado, y con una voz casi apagada pronunció estas palabras: «Valor, hijo de mi vida; por tí solo he vivido, por tí solo pude arrostrar el quebranto y el desaliento. No: tu madre no te abandona; mi amor no muere con mi cuerpo, y este amor será tu consuelo, aun cuando haya yo cesado de vivir.» Al decir estas palabras imprimió sus labios sobre la frente de su hijo, exhaló un suspiro, y cayó sin aliento.

Los vecinos quisieron arrancar á Lázaro del lado de la difunta; pero el desventurado huérfano permanecia inmóvil, inclinado sobre el cadáver de su madre, y su vaga mirada inspiraba espanto y compasion. «¡Muerta! esclamó, ¡muerta la única persona que me amaba en este mundo! ¡muerta! ¡Ay! ¿por quien debo vivir?»

Una voz misteriosa respondió: «¡Por tu madre!»

Retrocedió Lázaro lleno de horror; mas cayendo despues de rodillas y cubriendo de besos ardientes los labios helados de su madre yerta, comprendió y aceptó la respuesta que acababa de oir. Despues de las lúgubres ceremonias de los funerales, volvió á su trabajo acostumbrado; cerca del puesto que ocupaba la difunta estableció su taburete en que acostumbraba á sentarse, y encima colocó los objetos que usaba llevar consigo; y pronto su fantasia evocó la imágen querida que no podia borrarse de su corazon. Todos los dias pasaba largas horas apoyado en la ventana hablando con su madre, cuyas dulces palabras resonaban en los oidos, cuyas venerables facciones veian los ojos de su hijo. Un solo pensamiento, una idea lóbrega ocupaba empero su alma: en el aislamiento en que se hallaba se le habia mostrado un momento su madre difunta como un rayo de esperanza. Pero actualmente se sometia resignado á la vida, pues en espíritu continuaba viviendo con su madre. La pérdida del único sosten de su vida obligó á Lázaro á salir mas á menudo de su retrete y á mezclarse algo mas en el mundo. Desprovisto de todo atractivo, mostrábase indulgente para con los que lo evitaban, y agradecido para los que á él acudian. Oir hablar de la que le dió el ser, oir encomiar sus virtudes, era un placer indecible para el pobre jiboso, que continuaba administrando las limosnas de su madre y en nombre de esta para oir bendecir su memoria.

En la ribera opuesta vivia en una habitacion análoga á la de Lázaro un relojero llamado Walter, de grande y merecida fama, si bien hacia algun tiempo que habia renunciado á su profesion y vivia encerrado, sin comunicacion con las gentes, que ignoraban si el famoso relojero estaba muerto ó vivo. Y sin embargo, hervia en la cabeza de Walter un proyecto á cuya realizacion consagraba todas sus fuerzas y todos sus instantes. Desgraciadamente este proyecto era descabellado: el ingenioso Walter, despues de haber perfeccionado el arte de la relojería, habia concebido la idea de una máquina dotada de un movimiento perpétuo. Al principio Walter apartó de sí tan estraño pensamiento; pero poco á poco acabó por ser dominado por esta idea esclusiva, en términos que á ella consagraba con el mayor ahinco y una perseverancia digna de mejor objeto, el crepúsculo de su vida.

Tenia Walter una hija llamada Batilde, jóven, pálida, silenciosa, desprovista de gracias corporales, y tan solo recomendable por su bondad y resignacion. Jamás hablaba Batilde con las demás personas de su edad; ningun canto resonaba en su reducido aposento, y envuelta en un tétrico abatimiento como en un paño funeral, trabajaba con teson y sin el menor recreo.

Todos los dias pasaba Lázaro por delante de su ventana: la primera vez fué efecto del acaso; pero la languidez de Batilde hizo impresion en su pecho, y después apenas trascurria un dia sin verla. Procuró conocerla y hablarla, y la doncella respondió con afabilidad, pero con pocas palabras, siendo fácil de notar que el silencio y la soledad le eran mas halagüeñas que la conversacion del pobre Lázaro. Fácilmente comprendió este que su presencia era importuna, y cesó de dirigir la palabra á la doncella.

Absorto en sus indagaciones, pronto acabó con sus recursos el padre de Batilde. Lázaro compró á un precio exorbitante las últimas alhajas y los relojes que quedaban á Walter; y despues acudió á los acreedores de este, obligándose á pagarles cuanto les debia el visionario.

Así pasaron algunos meses. Por último, recelosa del porvenir, solicitó Batilde una esplicacion con los acreedores, y todo fué descubierto. Su primer movimiento fué ir á ver á Lázaro y manifestarle de rodillas su reconocimiento. Un vivo enternecimiento habia sucedido á su frialdad habitual, y la gratitud parecia haber derretido el hielo de su corazon.

Libre desde entonces del estorbo que acarrean los procederes clandestinos, pudo Lázaro volver mas eficaces sus beneficios. Batilde lo fué desde aquel instante una hermana cuyos menesteres y deseos fueron objeto de la mas viva solicitud de parte de su bienhechor, y desde la muerte de su madre la hija de Walter fué la única criatura en quien pudo verter su ternura. La doncella recibia las atenciones de Lázaro con sensible reserva. Todos los esfuerzos de este no podian disipar el tinte de tristeza que dominaba su alma; la bondad de Lázaro conmovia el corazon de la hija de Walter, que manifestaba á veces con efusion su gratitud; pero ahí se limitaban sus sentimientos. Lleno de gozo al poder amar á otra criatura humana, el pobre Lázaro se contentaba con la amistad de Batilde, sin atreverse á pedir de su corazon un sentimiento mas dulce.

No obstante, como la hija de Walter parecia acostumbrada á la fealdad del pobre jorobado y mirarlo, no solo sin horror, sino con perfeccion, se atrevió Lázaro, despues de mucho titubear, á desearla por

compañera de su vida, pensamiento que al principio habia rechazado como una quimera.

Una noche Lázaro, agitado mas que de costumbre, se dirigió á casa de Batilde. Al momento de entrar, le pareció oir una voz desconocida que pronunciaba el nombre del objeto de su amor. Lázaro abrió con tiento la puerta y apercibió á Batilde llorando sobre el hombro de un jóven vestido de viaje.

Al ver á su bienhechor, esclamó con viveza Batilde: «¡Ah! venid, acercaos, noble Lázaro; mirad á mi querido Félix, mi novio, que creia muerto.»

Lázaro retrocedió mal seguro: todo lo habia comprendido.

Un raudo torbellino amenazó destrozar su corazon; pero la imágen de su madre disipó las nubes que empañaban su alma.

Al dia siguiente salió Lázaro á la hora del paseo que, acompañado de su hija, hacia Walter, curado en fin de sus manías, y como se dirigiese al campo el anciano, acercóse á él Lázaro, y sin mas preámbulos le pidió la mano de su hija. Estremecióse Batilde; pero cuando oyó á Lázaro hablar de Félix como de la persona destinada á recibir su mano, respondió victoriosamente á las objeciones de su padre, é indecible fué su júbilo.

Asistió Lázaro á la celebracion del matrimonio de Batilde, y estableció á sus costas á la jóven pareja, deseándoles toda la felicidad que le negaba implacablemente su triste suerte.

Solitario en su aposento, llegó al fin de sus dias la infeliz criatura, á quien el cielo habia deparado un alma bellísima en un cuerpo contrahecho. Abandonado de todos, no tuvo mas compañía que el recuerdo de su madre, y su nombre fué la última palabra que pronunció antes de morir.

Sin embargo, esta vida solitaria, desprovista de cuanto juzgan los hombres felicidad, no dejó de contener un goce de que solo disfrutan las almas predilectas, y que ni aun sospecha el vulgo necio; un goce superior á todas las satisfacciones del orgullo, de la vanidad y del amor carnal: amar á los demás mas que á sí mismo. Tal fué la satisfaccion de Lázaro en la tierra.

José CAMPOS.

UNA VISION.

Es media noche. Por la entreabierta ventana veo cruzar el firmamento negros nubarrones, fantasmas movibles que apagan el fulgor de la luna y se inclinan hácia la tierra, envolviéndola en una pesada atmósfera. Alguna solitaria estrella asoma su pálida faz, contemplando temerosa la fúnebre tranquilidad de la naturaleza. Todo respira melancolía, y apoyada la frente en mis manos veo vagar tétricas visiones, que armonizan con el estado de mi corazon.

A intervalos viene algun ahogado gemido que entristece aun mas el lúgubre silencio que en mi torno reina: eres tú, madre mia, que yaces cerca de mí, agobiada por el esceso del sufrimiento. ¡Qué desconsuelo vierte en mi alma la vista de tu semblante marchito por los pesares! ¡Cuántas amarguras habrán cruzado por tu existencia hasta marcar su paso en indelebles surcos sobre tu noble y pura frente! Tú, madre mia, que has pasado los límites de la juventud, torna la vista hácia el pasado, y dime: ¿te ha recompensado el mundo lo que te ha hecho sufrir? ¿Los dias serenos de tu existencia pueden pesarse en la balanza de los del dolor? ¡Ay! demasiado comprendo que no. En medio de tu letargo pronuncias entrecortadas frases, que solo respiran un triste desconsuelo; yo sé que tu vida ha sido sembrada de amarguras, y sin embargo, madre mia, tú has sido siempre una noble y santa criatura. El espectáculo de tus sinsabores me desalienta. Mi cabeza se inclina fatigada al empezar la vida. No me hallo con fuerzas para emprender su larga y espinosa senda. Levanto mi vista á los que antes que yo la han emprendido, y veo sus piés despedazados y sus rostros envejecidos en el sufrimiento. ¡Cuántos han pisado sus umbrales respirando alegría é ilusiones, y á la mitad del camino han sucumbido bajo el Aquilon de la desgracia! ¡Cuántos, seducidos por el brillo de algunas flores, han tomado una senda estraviada, y encontrado á su término espantosos abismos que no han podido salvar! ¡Ay! mi vista se turba, el desaliento se ha apoderado de mi corazon. Si estás destinada, madre mia, á elevarte á la celeste altura, estréchame en tu seno y llévame contigo; evítame los largos años de sufrimiento que quizás me esperan en este mundo. No quiero tampoco sus flores, porque sus espinas me han de herir antes de tocarlas, y en seguida las he de ver marchitas á mis piés. Mundo, desprecio tus goces; quiero evitar tus desengaños; quiero elevar al Señor mi alma, inocente todavía...

Así esclamaba en mi delirio, y lágrimas ardientes surcaban mis mejillas.

Algunas ráfagas de viento cruzaban entonces por mi ventana, y me parecian eran las almas que desprendidas ya de la tierra se elevaban hácia los cielos, y un inmenso deseo de seguirlas se apoderó de mí.

Prosternado, y fijos mis ojos en el cielo, pedí entonces al Señor un poco de paz para mi espíritu agitado.

La luna habia despejado ya el firmamento, y noble soberana bogaba lentamente por el azul éter, entre diáfanas blondas de cristal. Su suave claridad inunda mi alma de un bálsamo consolador. Los suspiros perfumados del céfiro, penetrando en mi estancia, refrescaron mi ardorosa frente. Poco á poco una dulce languidez se apoderó de mi espíritu, y una voz suave resonó en mi oido, dirigiéndome estas consoladoras palabras:

«Pobre y débil mujer, ¿por qué te acobardas al aspecto del dolor? Si te desalienta la perspectiva de los precipicios que en tu camino se presenten, ¿por qué fijas tu vista en ellos? Levántate, tímida criatura, y emprende con planta firme y ánimo sereno esa escarpada senda que te se presenta. Siembra á tu paso balsámicas plantas, que ellas florecerán, y te enviarán sus perfumes para refrescar tu fatigado aliento. Salva valerosa los áridos peñascos que te apartan del término de tu viaje, y llegada á su fin, contempla ese risueño espectáculo que ahora te presento.»

Entonces en un terso y cristalino lago ví reflejadas las tempestades que combatieron mi existencia, y su vista, en lugar de despertar tristes recuerdos, llenó mi alma de una santa satisfaccion. En sus bordes ví crecidas las benéficas plantas que á mi tránsito sembrara, y que trasformadas en frondosos y floridos árboles, formaban un espeso bosque, á cuya sombra descansó mi fatigada cabeza, aspirando sus perfumes.

Al estremo de ese bosque se elevaba una brillante puerta, cuyas hojas de diamante se abrieron para dar paso á celestes melodías, de entre las cuales se elevaron estas palabras: «Alma santa y valerosa, ven á recibir el premio de tus dolores en la tierra. Si cortos años de amargura has soportado noblemente, ven á gozar siglos de ventura. La puerta del paraiso se abre hoy para tí.»

Radiante de felicidad dirigí un adios al lago y al bosque, y ansiosa me lancé en busca de la eternidad...

En ese momento una ráfaga de viento, penetrando en mi estancia, sumergióme en la oscuridad. Un gemido salió del pecho de mi madre... Volví á la realidad de la vida, y una lágrima se deslizó por mi rostro al abandonar mi dulce ilusion; empero mi corazon estaba fortificado, y mi ánimo dispuesto á soportar con firmeza los embates de mi existencia...

M. DEL M. DE S.

UN MATRIMONIO POR FUERZA.

A la puerta de una de las mejores fondas del cuartel de las Tullerías acababa de parar una silla de posta tirada por seis caballos. Bajaron del carruaje dos jóvenes, mientras que un criado que los precedia preguntaba cuál era el cuarto dispuesto para el conde de Morianof.

—En el primer piso, núm. 3, respondió el fondista prodigando las mayores muestras de profundo respeto á los dos viajeros, cuyo tren anunciaba grande riqueza y no menor dispendio.

Entraron los dos jóvenes en un salon esquisitamente adornado: uno de ellos se tendió francamente en un sofá: el otro abrió una ventana y esclamó con un acento lleno de entusiasmo:

—¡Hé aquí Paris! ¡qué hermoso! ¡qué animado! Decidme, querido Franville, ¿estamos lejos de la calle de Santo Domingo?

—A diez minutos de distancia, si vamos en carruaje con buenos caballos.

—Muy bien. ¿Supongo que no olvidásteis las condiciones de nuestro trato?

—Las tengo muy presentes, querido conde.

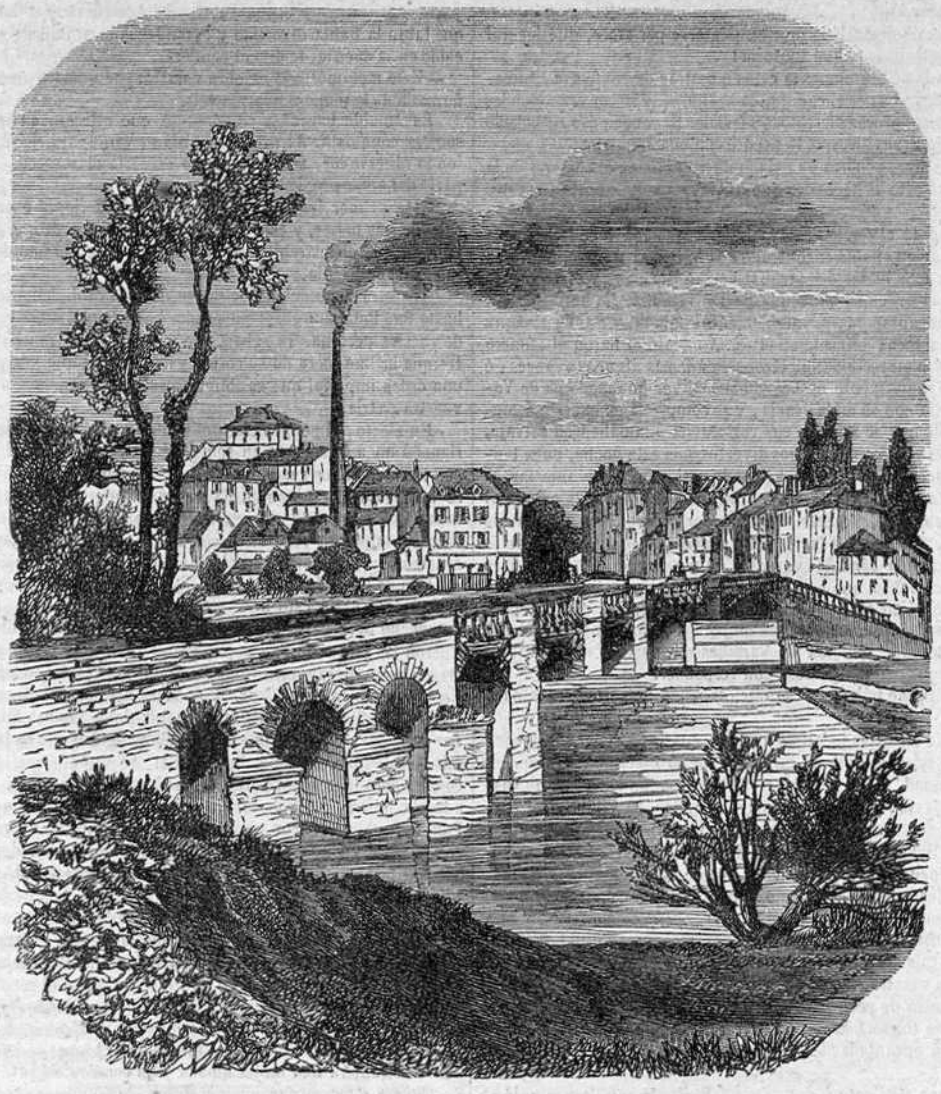
—No hay que perder tiempo: empecemos al instante.

—En buen hora. Mandad á vuestros cosacos que os vistan: iremos á comer al café de Paris, y mañana tomareis la primera leccion.

El conde Anatolio de Morianof era un ruso del tipo primitivo, un moscovita inculto. En sus ademanes, en su andar, y hasta en el aire de su fisonomía, se observaba un no sé qué de poderoso y de vulgar al mismo tiempo. Era de alta estatura y de una belleza algun tanto selvática. M. Adriano de Franville, su compañero, en nada se le parecia, y jamás se vió mas pronunciado contraste. Si el uno ofrecia el modelo del verdadero ruso con toda su sencillez nacional, representaba el otro en toda su gracia al mas refinado parisiense; era un hombre diminuto, de veinticinco á treinta años, delgadillo, astuto, fino, florido, lleno de buenos modales, afectando los primores de una esquisita elegancia, siempre aplicado á agradar y á producir efecto: en una palabra, un perfecto dandy; la corteza mas brillante, y poca cosa dentro.

Estos dos hombres, que parecian tan poco hechos para entenderse, se habian encontrado en un jardin y en un salon donde se reune durante el verano la sociedad mas estraña de Europa, donde se hallan mezclados los elementos mas heterogéneos, en Baden. El ruso ostentaba allí todo su esplendor aristocrático; lleno de fiereza y orgullo, contemplaba el mundo desde la altura de su grandeza y de su ignorancia: el parisiense, por el contrario, se entregaba á toda su frivolidad natural, y ponia en juego todos sus atractivos: veíasele revolotear en torno de las señoras, siempre risueño y burlon, pródigo de su persona, de su ingenio y de su bolsillo, tres tesoros que estaban muy lejos de ser inagotables A pesar de la diferencia de sus caractéres, de sus situaciones y de la conducta que respectivamente observaban, el conde de Morianof y Adriano de Franville debian llegar casi al mismo término; pues uno y otro habian hallado en el camino de su vida una pasion que los llevaba derechitos á la desesperacion.

El conde habia salido una mañana muy temprano para dar un paseo por los bosques que rodean el antiguo castillo. Sombríos pensamientos agitaban su espíritu: caminaba sin direccion, dando desaforados pasos y apaleando los arbustos con su caña en los raptos de melancolía. De repente vió un hombre parado delante de un magnífico pinabete, en pié, con los brazos cruzados y la vista fija en la cima del árbol. Al ruido que hizo el conde al acercarse, Franville (pues él era) se volvió y dejó adivinar la contrariedad que sufria viendo que le interrumpian en sus meditaciones. Sin embargo, saludó cortesmente



(Vista de Charenton.)

á Morianof y se alejó de aquel sitio; pero el conde le siguió maquinalmente. No tardaron en hallarse en un paraje donde se cruzaban dos caminos, y Franville se detuvo con marcada intencion de dejar pasar al ruso delante y de tomar la senda que este no eligiese. Era tan clara esta maniobra, que no podia escapar á la inteligencia y precaucion de Morianof.

—Perdonad, caballero, dijo el conde: ¿deseais estar solo?

—Sí señor, respondió Franville.

—Si lo hubiera sabido, os habria dejado mas presto.

—Sois amable con estremo.

—Y me pesa en el alma haberos incomodado cuando estabais contemplando aquel enorme pinabete.

—Cabalmente entonces estaba discurriendo que era un árbol hermosísimo para ahorcarse.

—¡Ah! ¿tendríais el proyecto de acabar con vuestra vida? No quiero estorbaros. Adios, señor mio.

El mal humor de Franville no pudo resistir á esta salida: soltó la carcajada, y el conde repuso frunciendo las cejas:

—¿Os parece un chiste lo que os he dicho?

—Sí tal.

—No veo en ello nada que no sea muy natural: yo tenia la misma idea.

—¿La idea de ahorcaros?

—No precisamente de ahorcarme, sino de dar fin de otra manera: mirad, dos pistolas he traido conmigo: si gustais, os ofrezco una.

—¿Sois por ventura inglés?

—No: soy ruso, y me llamo el conde de Morianof: vos sois francés, y os llamais Franville. Me habeis chocado, y me he informado de vos

Porque de todos los hombres que hay en este momento en Baden, vos sois el que mas envidio.

—Es un honor que merezco muy poco.

—¡Ah! ¡si yo fuese como vos, no pensaria en matarme!

—Ni yo tampoco, si estuviese en vuestro pellejo.

—Daria 200,000 rublos por poseer vuestras prendas.

—Si pudiera venderlas, las cederia á mucho menor precio; y esto tal vez nos sacaria á entrambos de penas. Pero ¿podria, sin ser indiscreto, preguntaros la causa de vuestra desesperacion?

—El amor.

—¿Y el motivo de vuestra melancolía?

—El juego. He perdido cuanto tenia y muchísimo que no tenia.

—Amo á una paisana vuestra y la adoro sin esperanza, pues ignoro el arte de agradar.

—Os desesperais demasiado pronto. ¡Matarse por amor, qué locura!

—¡Matarse por dinero, qué tontería!

Después de darse mútuamente estas muestras de confianza, tomaron juntos los dos jóvenes el camino de la ciudad, y su conversacion los llevó á hacerse recíprocas ofertas de servicio. El conde puso su bolsillo á disposicion de Franville, que lo aceptó con una condicion.

—Quiero, le dijo, poneros en estado de conquistar el corazon de la que amais; para esto es necesario que me reveleis todo entero vuestro secreto.

Entonces contó el conde á Franville que al llegar á Baden á principios de la estacion, habia encontrado á la baronesa de Vareilles, una de las mujeres mas lindas del arrabal de San German, y al momento habia sentido nacer en su alma una pasion violenta. La baronesa era viuda, libre, encantadora, razonablemente coqueta, y estaba siempre rodeada de una turba de pretendientes. Aumentó el baron el número de estos, y fué bien recibido: hiciéronsele además algunos avances, ó al menos así lo supuso; pero en breve echó de ver que madama de Vareilles se divertia con su mala gracia, y se complacia en hacerle cometer necedades de que se reia con sus cortesanos. Llamábale su salvaje, y decia algunas veces: «mucho nos divertiremos esta noche, pues tengo ánimo de hacer bailar el oso.» El conde casi estuvo por amostazarse; pero le faltaron fuerzas para ello: inclinó dócilmente la cabeza al yugo de la zumba, y fácilmente engañado por las graciosas chanzas de que era objeto, y tomando á la letra las dulces palabras con que se le acariciaba, tuvo la cándida vanidad de creerse amado. Entonces aguardó una ocasion en que hablar á la baronesa sin testigos, y cuando halló esta ocasion, espresó su amor como lo sentia, con la áspera energía y la brutal sencillez que una mujer del gran mundo parisiense no podia comprender. Madama de Vareilles se guareció vivamente de tan brusco ataque, contentándose con responder:

—Hasta ahora me habeis hecho reir, caballero: en este instante me dais miedo.

—Despues de oir estas palabras crueles, continuó diciendo el conde, eché una mirada sobre mí mismo, y me ví precisado á reconocer toda mi indignidad. Sí, yo era un salvaje, un oso, un bárbaro, un rústico: lo soy todavía, pues no sé bailar, ni andar, ni saludar, ni sonreir, ni hablar como es necesario para que vuestras mujeres elegantes me distingan. Solo un partido me quedaba que tomar: el de combatir y ahogar tan loco amor; pero en vano lo intenté. La baronesa no disfrazó ya sus desdenes; y era tal mi debilidad, que echaba de menos aquel tiempo en que se burlaban de mí. Ayer se volvió á París, y esta mañana, despues de una noche malísima, casi estaba decidido á poner término á mis dias, cuando me habeis encontrado.

—Por dicha vuestra, mi querido conde, pues me encargo de vuestra educacion. Dentro de poco tiempo habrá desaparecido la corteza moscovita, os habré convertido en un parisiense hecho y derecho, y la baronesa quedará encantada de la metamórfosis, cuya honra recogerá toda entera.

A la mañana siguiente á su llegada á París, Franville presentó al conde sus tres criados cosacos, perfectamente afeitados y empolvados, con calzon corto y guantes blancos.

—No para aquí, le dijo; pues os he tomado un ayuda de cámara que ha servido al duque de... y dos *grooms* ingleses para vuestros caballos... Ahora vamos á empezar nuestro estudio. Que entre el maestro de baile.

La mañana siguiente se consagró tambien á la instruccion: despues del maestro de baile vino el maestro de música; luego el profesor de literatura. En seguida fueron los dos amigos á pasearse al bosque de *Boulogne*, y desde allí al casino y á la ópera. El conde buscaba por todas partes á madama de Vareilles, y Franville le aconsejaba que huyese de ella hasta mejor ocasion.

—No conviene verla, le decia, hasta que os halleis tan completamente mudado que podais producir en ella una impresion muy viva.

El ruso era dócil, y esta virtud nacional debia servirle tanto como su firme voluntad; trabajó con tanto ardor y paciencia, era Franville tan buen maestro, tenia el discípulo tan buenas disposiciones, que al cabo de seis meses el ruso se habia desvanecido enteramente para dejar su lugar á un dandy, modelo de buen tono, de ligereza y gracia. Citábase en todas las reuniones al conde de Morianof como tipo de un lujo de mucho gusto, como dueño de los mas bellos caballos de París y de los mas esplendentes carruajes. Los elegantes de la capital se esforzaban en igualarle; pero ¿cómo competir con un hombre que poseia veinticinco mil vasallos y sesenta leguas cuadradas de tierras y pueblos?

—Estoy muy satisfecho de vos, dijo un dia Franville á su discípulo: habeis sobrepujado mis esperanzas y tenido suficiente valor para imponer silencio á vuestra pasion. Esta misma noche quedará recompensada tanta virtud. Iremos al baile que da vuestro embajador: allí estará la baronesa.

Gran trabajo costó á madama de Vareilles reconocer en el brillante y gracioso caballero que ante ella se presentaba, al bárbaro rústico que tanto la habia divertido y escandalizado en Baden: y así que hubo caido en la cuenta, le dijo el conde:

—Esta metamórfosis es obra vuestra: por vuestro amor me he trasformado de la manera que me veis.

La amable baronesa comprendió que esta era su mas bella y lisonjera conquista. Al pronto triunfó su vanidad; pero Franville, profundo observador, adivinó que no tardaria el corazon en ponerse de parte del amor propio.

Este primer instante de felicidad que Morianof esperimentaba al cabo de seis meses, y este primer rayo de esperanza que brillaba en su alma, quedaron marchitos por un aviso que le dió uno de los secretarios de la embajada.

—Vuestra reputacion parisiense, le dijo el diplomático, ha llegado hasta San Petersburgo: el emperador ha pedido algunos informes acerca de vuestra persona. Ya sabeis que S. M. no gusta mucho de los ausentes que brillan fuera de su corte; y de temer es que venga muy pronto una órden imperial que os obligue á salir de Francia y á restituiros á vuestra patria.

En efecto, el peligro era inminente, y para conjurarle recurrió Morianof á un arbitrio que en semejantes circunstancias suelen emplear con buen éxito los rusos opulentos. Compró dos magníficos cuadros y se los regaló á su soberano. El museo de Petersburgo está casi enteramente compuesto de esta clase de donaciones, y el palacio del Czar amueblado por los regalos de sus fieles súbditos que de esta manera consiguen y compran el permiso de vivir lejos de su augusta majestad.

Uno de estos dos cuadros era de Decamps, y el otro de Pablo Delaroche: bien valia esto una prolongacion de ausencia, que el conde aprovechó para hacer rápidos progresos en el corazon de la baronesa. Fueron las cosas tan en popa, que al fin se pronunció el nombre de matrimonio; pero un ruso ilustre no puede casarse en pais estranjero sin consentimiento del Czar. M. de Morianof compró otros dos cuadros, y añadió á ellos dos estátuas, un tapiz de la famosa fábrica llamada *Les Gobelins* y un servicio de porcelana de Sévres: en la carta de remision solicitó el beneplácito imperial. Aceptó el Czar los regalos del conde; pero le negó el permiso para casarse con Mme. de Vareilles: además, el augusto soberano mandó á su fiel súbdito que volviese á San Petersburgo en un plazo muy breve, so pena de ver sus bienes confiscados, y algunos de sus próximos parientes enviados á Siberia.

Era forzoso obedecer. El conde partió, prometiendo á la baronesa que presto estaria de vuelta.

Para un hombre que se ha acostumbrado á los encantos de la vida parisiense, el volverse á Rusia es una verdadera calamidad. Duro es por cierto abandonar el centro del gusto, de la elegancia y de los placeres, para encontrarse luego en Petersburgo en el seno de la barbarie, bajo un yugo que á todos abruma, hasta á los mas encumbrados. ¿Qué será pues cuando á estas miserias se añade el tormento de un amor desgraciado; cuando con tantos otros bienes se ha dejado en la tierra estranjera una mujer amada y un corazon amante?

No era el conde tan buen cortesano que pudiese ocultar sus pesares, y el Czar le regañó porque no preferia San Petersburgo á París, y el capricho imperial á su pasion. Morianof habia confiado en un principio que á fuerza de sumision, de respeto y de súplicas lograria despertar la clemencia de su soberano y alcanzar aquel consentimiento tan cruelmente negado; pero el Czar no era hombre que se contentase con poco cuando atormentaba una víctima.

—Conde de Morianof, dijo un dia el príncipe sonriendo, sé que teneis grandísimos deseos de casaros, y para daros gusto os he buscado una esposa; la señorita de Latanieff, hija única del valiente general de este nombre. He decidido que el matrimonio se celebrará dentro de tres semanas.

Un rayo fué para el conde esta noticia. Recobrado del primer asombro, pidió al Czar el favor de una audiencia particular, y allí, con todas las fórmulas del respeto mas profundo, se negó á admitir el honor del enlace que se le habia propuesto.

—¿Os rebelais, señor conde? esclamó el Czar: bien veo que os he dejado permanecer demasiado tiempo en Francia.

—Señor, repuso Morianof, no quisiera ofrecer á una protegida de V. M. un corazon que pertenece á otra.

—¡Cómo! ¿os acordais todavía de la baronesa de Vareilles? Os prevengo que jamás obtendreis mi consentimiento para semejante matrimonio, y no os permitiré volver á París sino cuando esteis casado. Pensadlo bien, y cuidad de que yo no encuentre la mansion de San Petersburgo demasiado agradable para un súbdito desobediente.

—Ya puedo disponer mi viaje para Siberia, dijo Morianof al entrar en su casa.

Pero ¿cuáles no serian su admiracion y su alegría cuando á la puerta de su palacio encontró á su amigo Franville?

—¿Y la baronesa? esclamó al punto: dadme nuevas de Mad. de Vareilles: sin duda han interceptado sus cartas, pues en un año que hace que vine ni una sola línea he recibido escrita de su mano.

—Queria venir; pero el embajador tenia órdenes, y se ha negado á firmar su pasaporte.

—¡Tantos obstáculos habrán debilitado su amor!

—Al contrario: los obstáculos han irritado su pasion. Sabeis que es viva de ingenio y ardiente de imaginacion. Hemos hallado un medio algo estravagante.

—¿Qué medio? hablad, querido Franville.

—No; bastante he dicho ya. El medio está en un *Vaudeville* francés que vereis representar esta noche en el teatro, adonde iremos juntos. Podeis presentaros en mi compañía: pues para alucinar á vuestro receloso gobierno, he tomado pasaporte en la embajada inglesa bajo el nombre de sir Arturo Reynolds.

Por la noche, Morianof y Franville estaban en el teatro, ocultos en los asientos mas oscuros: el cartel habia anunciado una *debutante*, y cuando esta se presentó en la escena, Franville no tuvo tiempo mas que para poner su mano en la boca del conde que habia reconocido á Mad. de Vareilles.

—Sí, ella es, amigo mio. ¿Pensareis ahora que su amor se ha debilitado? Venid á los bastidores y allí la hareis la corte.

—¡Cómo! ¿pretendeis que yo obre de ese modo y sin misterio?

—Debeis obrar abiertamente: os enamorareis de la actriz, hareis locuras por ella, y concluireis por firmarle una promesa matrimonial.

El siempre dócil Morianof se dejó guiar por Franville y por la baronesa, é hizo cuanto quisieron. Al cabo de pocos dias no se hablaba en San Petersburgo mas que de la pasion del conde á la actriz francesa. El Czar, que se ocupa bastante de los asuntos del teatro, no sabia qué pensar de este amor, y concluyó por imaginar que Morianof no tenia otro designio que el de romper enteramente todo proyecto de matrimonio con la señorita de Latanieff.

—Yo castigaré su insolencia, dijo.

Y ya se disponia á firmar una órden de destierro para la Siberia, cuando se presentó la actriz á implorar su justicia contra el conde de Morianof.

—¡Me ha engañado, decia, me ha dado esta promesa firmada de su mano y no quiere cumplirla!

En cualquier otra ocasion hubiera hallado el Czar muy ridículas las pretensiones de una cómica que queria obligar á un gran señor ruso á casarse con ella, bajo el frívolo pretesto de un compromiso solemne; pero ahora se trataba de una venganza imperial. Brilló en el rostro del Czar un relámpago de alegría; mandó llamar á Morianof y le dijo:

—Un hombre bien nacido debe ser esclavo de su palabra. Os habeis resistido á casaros con la hija del príncipe Latanieff; gustais de las francesas: os casareis con esta jóven: yo lo mando.

El conde fingió alguna resistencia: luego cedió y se celebró el matrimonio.

—Ahora, le dijo el Czar despues de la ceremonia, bastante castigado estais: os permito vender vuestros bienes é ir á estableceros en París con vuestra mujer que os dará infinita honra.

CASTEL.

Luis Bertran Castel, jesuita, autor de muchas obras de geometría, de filosofía y literatura, nació en Mompeller en 1688, y murió en 1757 á los sesenta y ocho años de edad.

Algunos pensamientos sueltos podrán servir para dar á conocer la originalidad que caracteriza los escritos del P. Castel.

Hablando de las facultades del alma: el entendimiento, dice, es como un vapor sutil que el sol levanta sin turbar la claridad del dia, y las pasiones son como vapores espesos que forman una niebla; las sensaciones son como aquellas gotas gruesas de las lluvias pesadas y densas que hacen sombrío y tenebroso el dia. La idea corresponde á lo que es la vision en el ojo; la comprension á la persuasion del oido; la sensacion á la ciega seguridad del tacto. El pueblo es pueblo por las sensaciones; el sabio lo es por las ideas, y el hombre civilizado viene á ocupar un medio.

Nuestro autor distingue en el ingenio dos cualidades que le caracterizan; es inventor y filósofo; lo primero por viveza, y lo segundo por madurez; la viveza forma la gracia en la espresion, y la madurez el juicio, y ambas cosas son necesarias para formar el ingenio. Sin el espíritu filosófico y el discurso, el ingenio se evapora en imaginaciones estravagantes, y no inventa. Sin la inventiva, el talento filosófico no es mas que el sentido comun, que solo aprovecha al que le tiene, y que no comete faltas, por la misma razon que no inventa nada de estraordinario.

El mismo fondo que forma el talento de un buen militar, forma el de todas las ciencias y artes. Aplicado á la poesía, ha formado los Homeros y los Virgilios; aplicado á la filosofía, los Aristóteles y los Descartes; aplicado á las matemáticas, los Arquímedes; y aplicado á la guerra los Alejandros, los Césares, los Turenas y los Condés: en fin, cuando llega á un cierto grado de perfeccion, lo abraza todo.

El filósofo de nada se admira; todo lo espera, todo lo preve, y conoce las causas por los efectos, y nada teme sino lo que no comprende. La ruina del universo le aniquilaria sin espantarle. Este es el verdadero filósofo; los demás solo son graciosos habladores. Que se me presente, añade el autor, un ejemplo de filosofía semejante al de uno de nuestros generales, el cual en el mayor ardor de una batalla pidió un polvo de tabaco á uno de sus tenientes, y viendo que le habia muerto una bala de cañon al tiempo que le presentaba la caja, se volvió con serenidad al lado opuesto y dijo á otro oficial: *Hágame V. el favor de darme el polvo, pues este se ha llevado la caja consigo.*

CANCION.

Lucha una idea en mi mente,
y en mi corazon doliente
de contino abierta está
herida que el alma siente
que devorándome va;
y mientras luchando abrigo
la idea, y tras ella voy,
más la herida abriendo estoy
que habrá de morir conmigo:
sabe el cielo
el afan con que batallo
entre un desden que recelo
y entre un amor que no hallo.

Do amé rigores cogí;
y con frívola altiveza
luego burlarme creí
del poder de la belleza,
hasta el dia en que te ví:
ahora busco tu mirada
con amante desvarío,
y acobarda el pecho mio
temor de verte enojada:
ahora hablarte
solo, idólatra, deseo,
y ante el temor de enojarte
enmudezco si te veo.

Dióme el cielo con mil daños
un corazon que corrió
batallando años tras años
entre ensueños que trocó
por acervos desengaños;
y que ahora ciego se lanza
tras la ilusion de tu amor
donde batalla mayor
mi náufrago pecho alcanza:
do á saber
tu desdeñoso desvío
corro tal vez para ver
desengaño el amor mio.

Mas, si por dicha te apiada
ese tormento que lloro,
esa cadena dorada
de mi vida enamorada
que arrastro porque te adoro:
dime adios; que huir prefiero
de mi temerario amor,
si es cierto tu desamor
mientras yo amándote muero;
que es azar
mayor en trance tan fuerte
esperanzado adorar,
que desdeñado perderte.

J. DE GRIJALVA.

LA CORONA DE ORO.

ODA

AL EXCMO. SEÑOR

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

¿Oyes cómo te aclama reverente
El pueblo en derredor? Grata armonía
Suena dóquier: en resonante coro
Que inunda de placer el alma mia,
Te celebran los vates, y tu frente
Ornar intentan con corona de oro.
Digno eres de ella; el pueblo no se engaña
En tan grande ovacion: que tú constante
Sus fueros defendiste,
Cuando á romper el yugo degradante
A sus hijos llamó la noble España,
Y ni al amago del tirano fiero
Tu corazon indómito rendiste,
Ni jamás con acento lisonjero
Endiosaste al poder. Los altos hechos
De gloria y de virtud, y los varones
De fama esclarecida,
Que al ver la patria mísera oprimida
Alzaron de Castilla los pendones,
Estos los temas fuéron
De tu canto sublime. Ora en la escena
Al ínclito Pelayo retratabas,
Modelo de constancia y heroismo,
Que á la hueste agarena
Hunde con mano férrea en el abismo;
Mientras arde en amor con llama impura
La infeliz Hormesinda,
El terror hermanando y la ternura:
Como en fiera tormenta
De borrascoso mar, á veces linda
Aparece entre nubes tronadoras
La estrella del amor, su gloria ostenta,
En Tarifa Guzman. Penoso duelo
Su pecho oprime en la terrible lucha;
No hay para el padre mísero consuelo.
Antes la patria sea,
Que del hijo el amor, el héroe clama,
Y la piedad no escucha,
Y al campo lanza del injusto moro
El acero fatal... Tente ¡oh verdugo!
Mas ¡ay! que el tierno infante al padre llama
Con moribunda voz y amargo lloro.
Canto de execracion el bardo entona,
Cubre el oprobio del infiel la tumba,
Brilla en la de Guzman aurea corona.
En Trafalgar retumba
El pavoroso trueno
Del cañon que vomita horrenda muerte,
Y las ondas sonoras
Del mar revuelven las tajantes proras.
Al agresor britano, altivo y fuerte
Acometen con ánimo sereno
Los hijos de la Iberia, enrojeciendo
El piélago espumoso.
Oyese de tu lira el son tremendo,
¡Oh gran Quintana! que mezclado sube
Con el ronco clamor de la pelea
Y el humo denso en vaporosa nube;
Y allá en el templo augusto
De la inmortalidad, dó tan brillante
Lugar te espera, en letras de diamante
Un genio escribe los sentidos versos
En que el honor campea
Del rojo pabellon que al aire ondea.
Aun resuena en mi oido
Aquella voz robusta, atronadora,
Que desde la alta sierra
Lanzaba por los campos castellanos
Los ecos de la gloria y de la guerra.
¡Oh recuerdo! ¡Oh placer! Tu musa entonces
Emulando á la antigua de Tirteo,
Al patriota español enardecia,
Que empuñando el acero
Para lidiar en desigual contienda,
Guerra eterna, gritaba, al estranjero
Que el suelo hispano dominar pretenda.
En fuego sacrosanto
De libertad tu corazon ardia,
Rayos lanzaba tu grandioso canto,
Y el pueblo entusiasmado te aplaudia.
¿Qué fué negado á tu fecundo númen?
El cantó, la grandeza aterradora
Del mar inmensurable,
Siguiéndole veloz de polo á polo.
El pintó la belleza encantadora,
La gracia deleitable
De la danza gentil... Luego evocando
Las sombras de los reyes
En el oscuro panteon, lamenta
Sus altos desafueros, y el olvido
De las antiguas venerandas leyes.
¡Saludable leccion, terrible ejemplo,
Que en el augusto templo
El poeta fatídico presenta!
Suena después en eco dolorido
Tu lúgubre cancion ¡oh gran Padilla!
Salud, ilustres mártires! Castilla
Vuestro arrojo admiró muda y opresa;
Mas ora al son de roncos atambores
Os tributa en la huesa
Con penetrante voz justos loores.
¡Célebre Gutemberg! El vate hispano
Da nuevo lustre á tu glorioso nombre;
Y al ensalzar tu prodigioso invento,
Muestra cómo su influjo sobrehumano
Ahuyentó al tenebroso fanatismo,
Dió vida y libertad al pensamiento
Y el sólio hizo temblar del despotismo.
¡Gloria á ti, vate ilustre, á quien el cielo
Destinó tantos dones!
Tú cual antorcha en el hispano suelo
Brillas con luz espléndida, enseñando
En sublimes lecciones
A la estudiosa juventud. Profundo
Historiador, y crítico eminente,
Modelo de amistad, ¡qué dulces horas,
Tu saber admirando,
Cerca de tí gocé! Tambien un dia
Me lamenté contigo amargamente
Cuando el bando opresor nos perseguia,
Cuando el pueblo español con honda pena
Arrastraba la bárbara cadena.
Hoy gozas en reposo
De tus virtudes y afanosa vida
El justo galardon: hoy se adelanta
De la posteridad el fallo honroso
Que te da la corona merecida.
¡Honor al siglo de cultura tanta!

EUGENIO DE TAPIA.

Madrid 28 de setiembre de 1854.

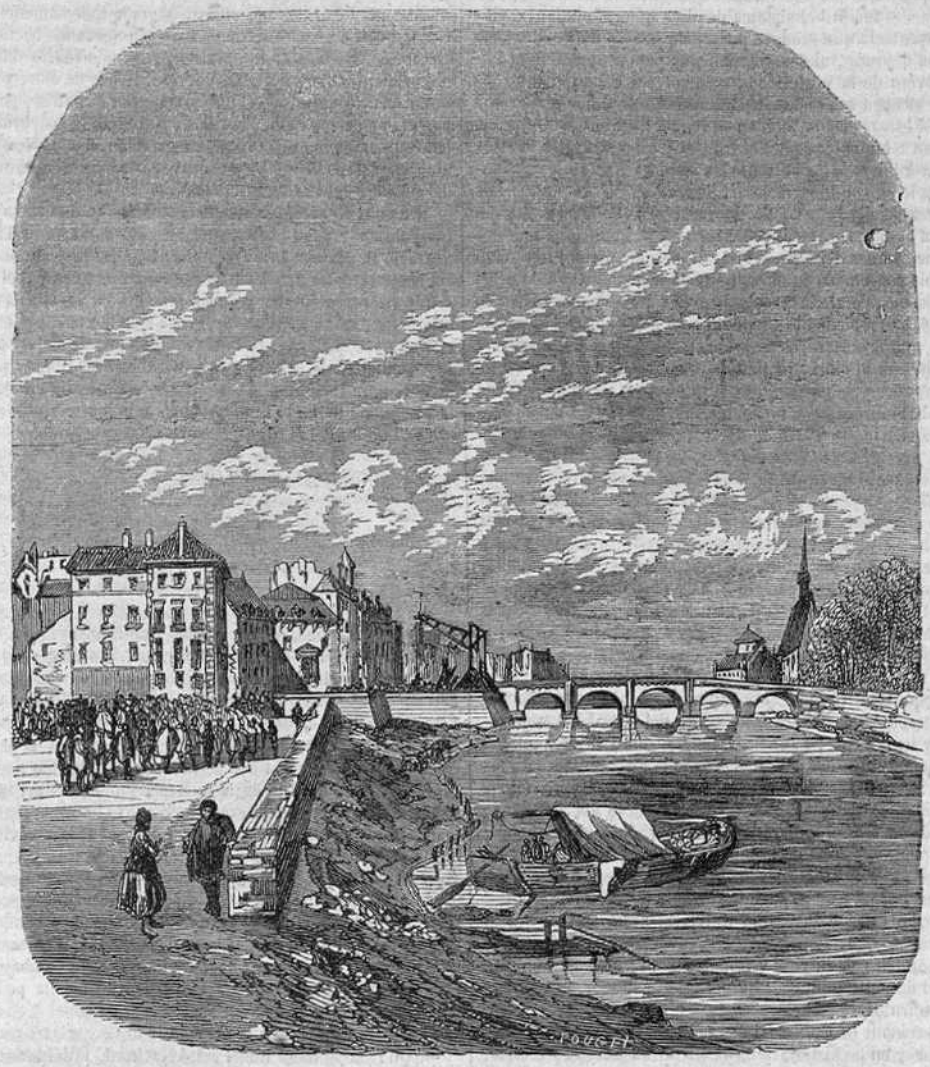
ERRATAS

DE LA PÁGINA 288 DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

Linea.	Donde dice	Léase.
43	altiva	viva.
45	mango	musgo.
47	venusto	vetusto.
53	gustoso	garboso.
	SEGUNDA COLUMNA.	
43	unieron	unieran.

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



VISTA DEL CHALONS SOBRE EL SAONA.

Ahora que se prepara una corona para el gran poeta D. Manuel José Quintana, nos parece conveniente insertar el preámbulo del juicio crítico de sus obras que empezó á escribir un amigo nuestro, y que acabará, Dios mediante, cuando sus ocupaciones se lo permitan.

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

Dos elementos constituyen la síntesis de la crítica generosa que se aplica á discernir y juzgar las obras del ingenio. El uno las considera bajo el aspecto de las formas con que se manifiestan y revisten las ideas, y el otro, que elevándose á la ciencia de donde emanan, se eleva á su orígen, escudriña las regiones del genio creador, arranca su secreto al corazon y á la inteligencia hija de Dios y á él semejante, é investiga las leyes morales que rigen el espíritu humano, y que como emanaciones constantes de la naturaleza, preparan los cataclismos sociales que mas tarde ó mas temprano se verifican en el universo moral. El elemento crítico sirve para juzgar las creaciones del ingenio segun su belleza y conveniencia esterior y sensual, que puede someterse á reglas y convenciones mas ó menos naturales, mas ó menos artificiales, segun el modo de concebirlas y formularlas. El elemento segundo, que es la crítica verdaderamente filosófica, se aplica á la investigacion íntima de la humanidad inteligente, prescindiendo de las formas objetivas mas ó menos perfectas con que las ideas se encarnan. Aunque directamente se aplique este elemento de análisis á las obras de un individuo determinado, no es la persona la que examina, sino el orígen de sus ideas, el modo con que han nacido é influido en la sociedad, en la humanidad completa, y la manera con que las necesidades y progresos del entendimiento han provocado la fecundidad del genio y del talento, y dirigido su camino progresivo. Así, el estudio de las creaciones populares mas lejanas del arte da por resultado el hombre histórico en progreso ó retroceso intelectual.

Bajo este aspecto filosófico vamos á considerar, pues ya diversas veces lo fuéron bajo el del arte, el carácter de las obras de uno de nuestros mas célebres escritores y poetas, que puesta una mano en el siglo XVIII, alcanza con la otra á mas de la mitad del siglo actual, y cuya larga edad espera, vivo aun, el fallo que empieza á realizarse, y que se dará sobre su gran genio, su probidad intachable, su amor á las glorias pátrias, su dedicacion á las libertades nacionales, su constancia en la lucha de las ideas, y sobre todo sus virtudes cívicas y morales. Resto casi único de una generacion de hombres patricios y liberales que va desapareciendo, ¿por qué hemos de esperar que una losa cubra su abierto sepulcro, sin que oiga la voz de respeto que tributamos á sus merecimientos? Pues qué, porque sus obras literarias sean su fiel retrato; porque el elogio que merecen no sea separable de su persona; por temor de ofender su modestia, ¿hemos de condenar al silencio nuestra razon? La amistad y la gratitud hácia aquel que pisa los bordes de la tumba, y que está lejos del poder, solo puede referirse á sus ideas, á su enseñanza, á sus virtudes; y el que toma la pluma ahora para espresar sus opiniones sobre los escritos del señor D. Manuel José Quintana que se han publicado, no es un hombre

acusable de apasionado, ni de ser guiado por el espíritu de un partido (1) tan deprimido por los mismos que antes le divinizaron con esceso mientras les fué útil el sistema de ideas que calumnian y vilipendian. La apostasía que produce poder, riquezas y honores, no bajará á la tumba desnuda, ni desacompañada, pero sí sometida al juicio justo y severo de la posteridad, que volverá las espaldas á los mausoleos que ocupen sus restos mortales. Pero si aun engañaron á los hombres; si estos, ciegos, doblan su rodilla ante sus estatuas, no por eso se crean triunfantes, pues el tributo que los mortales les rindan no recaerá sobre ellos, sino sobre las virtudes que se les atribuyen, y que fingieron con hipocresía artificiosa.

Desde principios del reinado de Carlos II se hallaban en España espirantes y en agonía las artes, las ciencias y la literatura; muertas ya en los primeros años del siglo XVIII. El despotismo político, civil y religioso habia consumado su obra, hiriendo mortalmente todo principio de entusiasmo, de gloria y de saber. El espíritu monacal era lo único que quedaba propiamente español, pero destituido de toda llamarada vivaz que levantase el corazon ni el ingenio. La verdadera devocion que inspira al alma, ya tiernos, amorosos y delicados sentimientos, ya grandes y sublimes ideas, ó ya terribles y profundos pensamientos, se habia trocado en mezquina supersticion, en miedo servil, y en marasmo inerte y asqueroso. La teología, la filosofía, la elocuencia, la poesía, todo, todo era conjunto de trivialidades espresadas con un lenguaje alambicado y vacío de ideas. La proverbial gravedad española, hija del propio valor, de la satisfaccion de sí mismo y de la conciencia de grandes merecimientos, no era ya casi otra cosa que la sociedad del asno perezoso é inerte, que solo y apenas se mueve al impulso del azote, no para adelantar en el camino, sino para dar vueltas sobre sus remos. Años y años duró tal estado de cosas: pero esto no podia ser eterno, ni la España, antes tan activa, quedar siempre estacionada cuando la Europa caminaba sin cesar y á pasos de gigante. La masa inerte que presentábamos necesitaba para recobrar movimiento recibir un grande impulso, y este nos le prestó la Francia, tan rica, tan abundante y aun puede decirse tan gloriosa é ilustrada. Desde la segunda mitad del siglo XVII empezamos, pero muy lentamente, á sentir el aguijon que nos estimulaba, y á sacudir el letargo que nos dominaba; la vida ajena empezó á animar la nuestra: pero antes vivimos algun tiempo de prestado con la que nos galvanizaba. Treinta años y mas existimos así, creyendo imitar lo bello de las formas francesas, pero en verdad sin comprender lo bello de los pensamientos, de lo que da vida propia á las formas. Mas parecíamos autómatas que remedan los movimientos humanos, que hombres que nos movíamos por nuestra propia virtud.

Pero en medio de este marasmo universal ardia aun oculta la llama del ingenio español: aun circulaba la sávia del árbol amortecido que cubrió el mundo con su rica y frondosa copa: solo faltaba que menos acerbo el despotismo, menos duro y mas ilustrador, nos permitiese pensar con fruto.

Ya desde el reinado de Carlos III nos fué permitido volver la vista atrás, y considerar en la historia y en la literatura nuestras glorias, nuestra idiosincrasia, nuestro valer y nuestro poder. Aunque los estímulos nos viniesen de Francia, no es de ella de donde nos vino la esencia de las cosas, por mas que aceptásemos las formas. La memoria de aquella la perdimos en verdad; pero antes, mucho antes que la Francia, poseimos y practicamos nosotros la libertad política, civil y religiosa; antes, mucho antes, la defendimos contra el poder feudal, y luego en vano contra el despotismo de los monarcas. Antes, sí, mucho antes tuvimos una literatura grande, noble y nacional, que nos puso al frente de la civilizacion. No necesitábamos pues volver los ojos á la Francia, sino á nosotros mismos, para hallar de nuevo lo que habiamos perdido. Mas quiso la fatalidad que una dinastía francesa tomase mas ó menos á su cargo despertarnos del letargo en que yacíamos, y nos despertó sin comprendernos bien, presentándonos el único medio de desvelo que ella conocia: la Francia fué para nosotros un reflejo pálido é incapaz de darnos clara luz; nos fué una planta exótica, incapaz de echar hondas raices en nuestra tierra, de mantener aquellos frutos dulces, sabrosos y esquisitos que en el suelo natal producia.

El genio y el carácter nacional ardia poderoso aunque latente en los pechos españoles; y luego que un poco de libertad otorgada, apartando las cenizas y la lava de una opresion omnímoda permitió lucir la llama oculta, brilló poderosa y fuerte como el sol despues de la oscura noche. Entonces, como intérpretes de la edad pasada y gloriosa, como figuras y representantes de sus grandes pensamientos, como profetas completos de la edad futura, aparecieron Cienfuegos y Quintana con sus grandes pensamientos, con su voz firme, consoladora y popular. Ellos mas que todos los escritores de su tiempo, declararon la guerra al poder absoluto, á la supersticion, á una corte corrompida; y proclamando nuestras glorias pasadas, nuestra dignidad ofendida, nuestra perdida libertad, nuestra sagrada independencia, popularizaron la noble idea que sirvió de base á los grandes hechos después verificados. Víctimas de su opinion ¿qué importa? la difundieron entre el pueblo; hicieron brotar héroes y mártires de ella, y en fin resucitaron cuanto era dable el entusiasmo por la patria, por la libertad y por el honor español. Vencidos, sufrieron el martirio; vencedores, jamás la ambicion ni la apostasía mancharon sus laureles: hombres de libertad y patriotismo puro y grave, jamás se desmintieron: hombres del pueblo, jamás renegaron de él.

Hé aquí en resúmen las circunstancias en que como filósofo, escritor político y gran poeta, que mereció llamarse el Tirteo Español, apareció D. Manuel José Quintana: hé aquí descrito en breves líneas su noble carácter, su poderoso genio, y el gran papel que como escritor ha representado y aun representa en la escena de las glorias españolas, en los grandes progresos que la ciencia y el arte han hecho en nuestra patria. Sus obras son su retrato fiel, y por eso ha sido preciso hablar de la persona para apreciar las obras, para comprenderlas, para juzgarlas. El sello de su siglo brilla en ellas, y en ellas la posteridad hallará el hilo que guie á la historia para esplicar la sociedad que ilustró el gran poeta y filósofo profundo.

A. D.

(1) Esto se escribia muchos meses antes que aconteciese la última revolucion de julio de 1854.]

DOS POETAS.

I.

La revolucion llevada á cabo en Inglaterra por el genio de Cromwell, tuvo mas ilustres panegiristas que la monarquía de los Stuarts, cuyo trono cayó con la cabeza de Carlos I. En medio del general trastorno apareció Milton: y como los hombres de un talento superior solo necesitan una mirada para conocerse, el autor del *Paraiso perdido* llegó á ser el secretario de Oliverio Cromwell.

Un dia de estos tiempos calamitosos, en el mes de junio de 1653, entró un hombre en la torre de Londres, y habiendo llegado al último piso, se detuvo delante de la puerta de un calabozo, en el que apenas podia distinguirse al desgraciado que lo habitaba: su frente estaba marcada con aquellas profundas heridas que la desgracia estampa en el rostro de los hombres y que se confunden con las impresiones de la vejez. El preso era Davirant, y el que venia á visitarle Milton.

—Habeis sido fiel á la cita, dijo con amargura el poeta proscrito. Profeta de desgracia, todas tus predicciones se han cumplido: he caido de tan alto, que no hay mano mortal que pueda levantarme de mi abismo. Sin embargo, Dios me ha dado medios para combatir el dolor. La república al encerrarme en esta prision no me ha podido arrancar mi lira.

—¿Y si te devolviesen la libertad?

—¡Oh! ¡si yo fuera libre! gritó Davirant. ¡Oh! la luz, el aire... la independencia.

Aquí se detuvo como avergonzado de haber manifestado sus profundas agonías, y prosiguió en tono mas tranquilo:

—Si fuera libre, ¿qué podria hacer? El edificio de mi fortuna se ha desplomado... pobre, luchando siempre con el recuerdo de mi riqueza, la esclavitud ó la libertad... me son indiferentes; siempre seré desgraciado.

—Ve pues adonde te ha conducido tu obstinacion.

—Di mas bien mi lealtad. Yo debí mi elevacion á Carlos Stuart.

—La república, si se ha mostrado severa, no ha dejado de ser justa: la fidelidad no es un crímen.

—¿Por qué estoy, si es así, encerrado en esta torre?

—Pronto saldrás de ella.

—¿Y á quién deberé ese favor?

—A mí. ¡Esta prision es muy oscura, Willian!... Quieres respirar un aire mas puro, ver el cielo y el dia.

—¡Oh! sí, sí.

—En ese caso, estás libre: aquí tienes la órden firmada de ponerte en libertad.

La emocion que sintió Davirant fué tan profunda, que en algunos momentos no pudo pronunciar una palabra: por último:

—Tú has hecho, dijo, lo que yo tal vez haré algun dia por ti.

—¿Lo crees?

—¡Quién sabe! las grandezas políticas son estremadamente frágiles.

II.

Por consecuencia de esa instancia, de que tantos ejemplos hay en la historia de los pueblos, muerto Cromwell, saludó la Inglaterra con aclamacion de júbilo el restablecimiento de la dinastía que ella misma

habia derribado. El partido realista, tan pusilánime antes y cobarde, se mostró entonces arrogante y vengativo. Harrison, Thomas Sult, y otros muchos fueron decapitados, y otros huyeron á las colonias de la Nueva Inglaterra. Milton no fué olvidado: la independencia de su carácter y la tendencia revolucionaria de sus escritos eran títulos que le condenaban á los ojos de los partidarios de la restauracion. El dia 27 de junio de 1660 fué preso y encerrado en la torre de Londres. El poeta recibió con resignacion este infortunio: su talento le sirvió de escudo, su musa adormeció sus dolores, y arrebatado en sus trasportes á un mundo imaginario, olvidaba el sentimiento real de su situacion.

Una noche del mismo año, un viejo entró en la prision del poeta y acercándose á él le contempló durante algunos minutos con recogimiento y sorpresa.

—Tan sereno está en la desgracia como lo estaba en la prosperidad, murmuró en voz baja.

El preso oyó estas palabras sin comprenderlas.

—¿Quién habla ahí? esclamó levantándose.

—Un hombre que respeta vuestras opiniones sin participar de ellas: un realista que desea dulcificar vuestro infortunio.

El ciego rechazó con aspereza la mano del viejo.

—Os burlais... ¿Qué simpatía puede existir entre nosotros? ¿qué puede haber de comun entre el opresor y la víctima, como no sea la reciprocidad del encono? ¿Venis á contemplar mi abatimiento, ó á corromper mi felicidad? En ese caso os advierto que os engañais: yo no me vendo como Monk y Waller. Hablad: ¿qué quereis?

—Ofreceros un porvenir mas brillante del que vos podiais imaginar.

—¡Un porvenir brillante! ¿y qué puedo esperar ya? ¿Volverá la vida á tantos amigos que arrastraron á mi lado peligros sin cuento y que ha diezmado el cadalso? ¿Dónde está Cromwell, Harrison, Sidney Scott, Carew, Axtel y Flezwood? Ya no queda una sola piedra de aquel hermoso edificio que levantamos con tanta perseverancia y valor.

—No desespereis... Dios os ha espuesto á pruebas sin duda crueles; pero os ha dado en vuestra afliccion un medio de sobrellevarlas. Los hombres no han podido arrancaros vuestro talento.

—¿Y qué es eso? ¿Cuándo ha sido protegido el talento? ¿A quién ha enriquecido? ¿Tendré que recordaros cómo murió Spencer; cómo murió Shakespeare? Yo he vendido el trabajo de diez años, 6,000 versos, una obra maestra tal vez, por cinco libras esterlinas (1).

—¿Y no teneis familia?

—Es verdad... ¡una mujer y tres hijos!

—¿No habeis pensado que puede existir entre los que admiran vuestro talento y virtudes alguno bastante poderoso para devolveros la libertad?

—Los desgraciados no tienen amigos.

—¿Habeis olvidado al poeta realista á quien salvásteis la vida en 1655?

—He olvidado á todos los ingratos.

—Tu corazon está tan ciego como tus ojos.

Milton se enterneció, y levantándose con prontitud:

—¿Eres tú, Willian? dijo.

—Yo soy que vengo á salvarte: ya estás libre.

—¡Libre! ¡Oh Dios! esclamó el ciego: asi podré concluir mi *Paraiso perdido*.

A. G. G.

(1) Se conserva aun como un documento curioso este contrato hecho entre Milton y el impresor Samuel Simmons.

ESPERANZA.

NOVELA ORIGINAL

DEDICADA Á

. . . . . .

POR PABLO GAMBARA.

En la calle de la Montera existia, hace algunos años, un almacen de *tiroleses*, como se llamaba entonces, que era el punto de descanso de todos los vagos, y el inagotable tesoro de inspiracion de una multitud de vates, folletinistas y gacetilleros.

El dueño de este almacen se llamaba D. Ramon Lopez de la Encina, hombre de cuarenta años, de talla regular, gordura regular, rostro sin espresion, en fin, un millonésimo ejemplar del hombre de cuarenta años, que encontramos veinte veces al dia en una calle sin conocerle ninguna. Su vida era tan vulgar como su figura. Nació pobre en una aldea de Asturias, marchó á América á buscar fortuna; allí conoció á un francés desterrado que le trajo á España en su compañía, le dió parte en su comercio, y á su muerte le dejó por heredero. Esta era su vida. Ni los viajes ni el trato con las diversas personas con quienes necesariamente debia de haberse rozado en su camino, desarrollaron su inteligencia. Al volver de América habia visto mas, pero no habia pensado mas que cuando salió de su pueblo. Con todo, recogiendo las ideas ajenas y aplicándolas, iba saliendo adelante, y algunas veces parecia que pensaba, como cuando para ensalzar su profesion decia:—Si quitais los objetos de lujo, los que se entretienen en hacer tales bagatelas tendrán que dedicarse á labrar cosas útiles; más artistas por consiguiente se dedicarán á un mismo trabajo sin que la necesidad de él se aumente; los productos de este trabajo serán menos apreciados; su precio bajará, y la miseria se aumentará en las clases obreras. Estas bagatelas que tanto se desprecian enriquecen á la nacion.» Pero este discurso era original del francés su predecesor.

En el curso de sus viajes D. Ramon se casó; pero su esposa, que apenas contaba quince años, le abandonó á su venida á España, dejándole una niña, único fruto de su amor, que era su vivo retrato en la figura aunque totalmente contraria á ella en el corazon.

Algunas veces se la veia en la tienda con su padre.

Era alta y delgada, su tez trigueña y un poco pálida, su cabello negro y abundante, sus ojos negros tambien, pero tristes; su boca, generalmente entreabierta, sonreia con languidez; era la sonrisa de alma afligida, complaciéndose á la vista de la inocencia alegre: junto á la cisura de la boca, un pequeño lunar negro como el terciopelo prestaba un encanto inesplicable á su fisonomía. Sus movimientos, casi siempre lánguidos, indicaban cierta distraccion contínua, éxtasis de un pensamiento fijo, de una memoria imperecedera ó de un deseo constante. Era quizás un ángel desterrado que recuerda su pátrio cielo y espera volver á él.

Hasta su nombre tenia algo de misterioso. Llamábase Esperanza.

En aquel almaeen de objetos de lujo se destacaba como una imágen en un templo, y ciertamente el lujo es el templo de la belleza. La naturaleza crea la mujer para los sentidos; la sociedad, con los atractivos del arte, la convierte en el ángel, en el ser ideal, en el espíritu de amor que exalta la imaginacion y exige adoraciones del alma enamorada. Quitad á la mujer el lujo y el fingimiento, y la quitareis su poesía; lo que se llama coquetería es la sublimidad de la mujer.

Y Esperanza brillaba entre el lujo sin buscarle. Era una estrella que derramaba su luz en la frondosa enramada, no una joya para cuyo engaste se habia rebuscado el oro mas precioso. Su traje sencillo, negro casi siempre, hacia resaltar su tez, y correspondia á su tristeza. Parecia el lirio solitario doblado sobre las aguas; la tórtola viuda, anidada en el jardin.

Su padre la reconvenia muchas veces por su tristeza, ajena de su edad, y la preguntaba la causa; pero ella no sabia siquiera que estaba triste. Obraba segun su carácter, ideal y fantástico por naturaleza, y diria novelesco si no supiera que Esperanza no leyó novelas jamás. Notaba, sí, que la faltaba alguna cosa en la vida; su corazon se lo decia, pero no sabia traducir su voz. Mirando en torno suyo vió el templo de Dios, y buscó en él la calma y la religion, realizó sus sueños, y recibió la poesía de su alma. Fué una Santa Teresa en el mundo; sin embargo, sin pretensiones de profeta, podia asegurar un observador que tarde ó temprano aquella alma sentiria la tempestad de las pasiones. El amor no forma cuerpos tan bellos para dejarlos tranquilos en el santuario.

Una noche hubo revolucion en Madrid.

No os la describiré, porque ¿quién de vosotros no ha visto dos ó tres noches oscuras y lluviosas, en que el espanto corre las calles, se oye á lo lejos confusa gritería semejante al rugido del mar enfurecido, descargas cerradas, tiros sueltos, las barricadas se alzan en las calles, la gente corre asustada sin saber adonde, tropezando en grupos que hablan en voz baja, cargando y repartiendo carabinas, se cierran las tiendas con estrépito, y gritan las familias, que ciegas de ansiedad recorren los sitios mas peligrosos buscando un padre, un hermano, un hijo ó esposo? En el medio siglo que dejamos atrás estas noches han sido tan abundantes como las noches de tempestad en el verano, y tan pasajeras como ellas. Al otro dia no quedaban mas vestigios que algunas gotas de sangre en las losas, algunos hombres que fusilar, y algunos recuerdos: por lo demás, los sucesos habian entrado en el dominio de la historia, y al cabo de ocho dias eran tan viejos como lo serán dentro de 200 años; pero en aquellas noches habia almas que padecian en el sobresalto mas terrible que la desgracia, familias que oian los tiros lejanos sin saber si á su alcance estaba un pecho querido, familias que vivian horas de una eternidad de angustia.

D. Ramon habia salido, y no habia vuelto aun.

Esperanza, postrada á las plantas de una imágen de la Virgen María, oraba con suma rapidez, con los lábios trémulos, con los ojos anegados en lágrimas, y el oido atento á cada ruido que en la calle percibia. De cuando en cuando dejaba la oracion para asomarse á la ventana, de donde ya tres veces la habia mandado quitarse un agente de policía que estaba de centinela en la esquina de la calle de la

Aduana; pero nada veia la jóven. La calle estaba solitaria y el cielo nublado. De cuando en cuando, tiros y gritos sonaban á lo lejos, y los cielos relampagueaban reflejando el fuego de los fusiles. Esperanza volvia á orar.

El cuarto en que estaba era pequeño, pero bien amueblado. Algunos cuadros de marco dorado con magníficas litografías que representaban escenas bíblicas, adornaban las paredes cubiertas de papel leonado, con flores azules. Una gran consola con espejo de medio cuerpo ocupaba el testero de la izquierda cercano al balcon, y sobre ella estaban colocados dos jarrones de china con flores, frasquitos de esencia, botes de pomada, y todos los demás utensilios del tocador. En el mismo testero una puerta pintada de porcelana comunicaba con las demás habitaciones de la casa, y en el fondo otra cubierta con una colgadura roja, suspendida de dos flechas doradas, y recogida á un lado formando pabellon, dejaba ver un lecho que aun ignoraba el sueño del crimen, del remordimiento y del dolor.

La imágen de la Vírgen á cuyos piés oraba Esperanza, estaba colocada enfrente de la puerta de porcelana, y adornada con una corona de siemprevivas. Aquel cuadro era el recuerdo de una madre, honrado por el amor filial que ignoraba sus culpas.

De repente, un ruido semejante á cien truenos juntos resonó en la calle. Era un caos de blasfemias, descargas, gritos de dolor, de ira y de impaciencia. La revolucion se derramaba como un torrente por la calle de la Montera, arrollando cuanto á su paso se oponia. Esperanza corrió á la ventana, sin reparar que dos balas acababan de romper los vidrios; pero cuando llegó, el grupo revolucionario que produjo aquel alboroto habia ya tomado otra direccion, y derramándose por la calle de la Aduana, fué á unirse sin duda con otros que le esperaban. Todo volvió á quedar en silencio.

Al poco tiempo un golpe resonó en la puerta.

Esperanza volvió á asomarse. Era su padre el que llamaba; pero no venia solo; un jóven cubierto con un ancho sombrero de castor, y embozado en una capa se apoyaba en su brazo, y exhalaba de cuando en cuando algunos gemidos que procuraba contener.

D. Ramon vió á su hija en la ventana, y la dijo: baja á abrir tú sola.

Esperanza comprendió el pensamiento de su padre, y bajó diciendo á una criada y un dependiente de la casa que encontró en la escalera, que subieran al último piso con no sé qué pretesto, y así entraron sin ser vistos de nadie hasta su cuarto su padre y el desconocido, á quien D. Ramon colocó en el sofá reconociendo en seguida una herida que en el brazo derecho tenia, y á la cual habia atado un pañuelo en el primer momento sin duda para contener la sangre que derramaba.

D. Ramon tenia algunos conocimientos de cirujía, y pudo comprender que la herida no era muy peligrosa; mas como de todos modos el enfermo necesitaba reposar, le dejó allí y salió con su hija á prevenir un sitio donde sin ser visto de los criados pudiera ocultarse y curarse al mismo tiempo.

—¿Quién es ese jóven? preguntó Esperanza á su padre cuando estuvieron en un lugar en que no podia el herido oir sus palabras.

—No sé aun su nombre, respondió D. Ramon; le he encontrado herido junto á nuestra puerta, y he creido que era mi deber socorrerle.

—Usted, tan enemigo de los revolucionarios...

—No es un revolucionario, sino un herido; y cuando padecen, todos los hombres son mis hermanos.

D. Ramon dejaba hablar á su corazon, y este le inspiraba frases bellas, porque la elocuencia del corazon es la mas bella de todas. Esperanza se sintió orgullosa de su padre.

El cuarto del herido se aderezó pronto en un lugar apartado de la casa. Era pequeño, y solo tenia una ventana que daba á un patio. El mueblaje se componia de una cama de tablas, una silla, una mesa pequeña sin papel ni cuadros en las paredes; pero allí estaba seguro el herido de no ser descubierto, pues ni aun los criados de la casa pasaban por aquel lado. Esperanza quedó constituida en enfermera y celadora, y ella y su padre volvieron á la sala satisfechos.

Esperanza tuvo lugar entonces de examinar al herido con mas atencion, pues la primera vez apenas le habia mirado, y el resultado de su exámen no fué desventajoso para aquel. Era de mediana talla, la cabeza pequeña, la frente abovedada, los ojos azules pero sumamente vivos, y la piel muy encendida. Su cabellera rubia era abundante y rizada, pero escasa su barba y poco pobladas sus cejas; en sus labios, un tanto gruesos, se mostraba el continuo disgusto, y en su ceño y el círculo azulado que rodeaba sus ojos, el pensamiento constante mezclado con algo de desesperacion.

Esperanza comprendió la espresion de aquel ceño y de aquel círculo azulado; comprendió el sonido de aquella voz baja y cortada como de quien habla para sí, y se fingió en su mente un ser ideal, heróico, sublime, como las jóvenes se fingen á sus amantes en sus sueños; luchando con la desgracia, que le heria en sus mas tiernos afectos, pensó tal vez en que nadie en el mundo le sostenia, en que nadie le comprendia, y quiso ser su amiga, su ángel de consuelo. Esta idea se introdujo en su alma furtivamente, digámoslo así, y sin que Esperanza misma lo notara; podrá ponerse en ridículo como todos los sentimientos que no estan basados en el egoismo; pero apelo al corazon de todas las mujeres sensibles, y poniendo la mano en su corazon digan si no las hubiera halagado, si no se ha presentado jamás á su mente en sus ensueños de amor. Esperanza la puso en ejecucion antes de saber que la tenia.

—Y bien, dijo el desconocido con voz débil cuando vió entrar á Don Ramon y á su hija, nunca olvidaré los auxilios que de Vds. he recibido, y si alguna vez puedo servirles de algo... si alguna vez Eugenio de Ulloa cambia de fortuna, pueden Vds. contar con él.

El acento con que estas palabras triviales fueron pronunciadas, indicaba que partian del corazon. D. Ramon apretó la mano de Eugenio, y Esperanza se sintió conmovida.

—En su casa de Vd. estarán con cuidado, dijo D. Ramon; será preciso avisar...

—En mi casa!... dijo Eugenio sonriendo amargamente, no tengo casa... ni familia.

—Ah!...

—Nadie hubiera llorado mi muerte si muriese; pero por desgracia ni aun estoy herido de gravedad.

Y se abismó en tristes meditaciones.

—¡Tan jóven y ya desesperado! El porvenir es de Vd., dijo Don Ramon.

—El porvenir!... murmuró Eugenio, semejante á aquellos pródigos que en sus primeros años devoran su patrimonio; he gastado mi vida antes de empezar á vivir, y hoy no me queda nada... tengo 25 años y soy viejo. ¡Esto es bien triste!

—Vamos, dijo D. Ramon, esa es la manía de la juventud de hoy; todos se dicen desilusionados, todos se lamentan de martirios ignorados... Las novelas les vuelven la cabeza; y así como en otro tiempo los ilusionaban pintando el mundo demasiado hermoso, hoy los entristecen calumniándole.

—No señor, respondió Eugenio, vea Vd. la historia de mi vida, Vd. que por el servicio que me presta tiene derecho á mi confianza, y dígame después si mis pesares son ilusiones, si hay felicidad posible para mí.

D. Ramon se sentó á su lado, y Esperanza apoyada en su silla esperaba la relacion con impaciente curiosidad, cuando su padre la mandó salir para cuidar de que nadie los sorprendiese.

Eugenio comenzó así:

CAPÍTULO II.

Voy á contar la historia de mi vida como creo que todas deben contarse, pasando por alto los acontecimientos que son la diversion de los tontos, y observando solo la marcha de mis sentimientos y mis emociones.

Soy el oscuro retoño de un tronco orgulloso de su nobleza. Huérfano desde la cuna, fui criado por un tio mio bien acomodado, que procuró dotarme de una educacion esmerada. En mis primeros años me familiaricé con las lenguas vivas y muertas, hasta podérmelas apostar con el mismo Arias Montano, y después me abandoné al océano de las ciencias, que recogí, esprimí, y de las cuales solo saqué una verdad, el *vanitas vanitatum* de Salomon. Nada es cierto, nada se sabe.

Empecé por la filosofía, esa ciencia cuyo objeto cada uno comprende á su manera. En nuestro siglo el mas aceptado de los sistemas filosóficos es el eclecticismo, que á mi entender no es sistema. Fuente de la indiferencia en todas materias, no puede engendrar nada grande. Todo es verdad es lo mismo que todo es mentira. Querer armonizar todos los sistemas es querer formar una sola gramática para la torre de Babel, es querer sacar la paz de la guerra, y la paz que resulta de la guerra es la paz de las tumbas.

El espiritualismo y el materialismo son dos hipótesis igualmente fundadas, de las cuales la una tiene de su parte los sentidos y la otra la razon. Todas las discusiones de los sabios y todas las esperiencias de los siglos no bastarán á dilucidar la contienda de estos dos sistemas, pues el hombre no sabe ni sabrá nada jamás acerca de su naturaleza. Para la eleccion pues debemos guiarnos por la conveniencia á falta de la verdad. ¿Cuál de los dos es el mas conveniente? El espiritualismo no obliga á nada; quien cree que solo existe su inteligencia, y que el universo entero no es mas que la ilusion de un sueño, ¿por qué se detendrá en sus deseos? ¿Qué códigos respetará? El materialismo, al contrario, respeta todos los códigos por egoismo, y cuando es ilustrado como el de Epicuro á quien tanto han calumniado los moralistas, y que fué uno de los hombres mas puros y mas probos de su tiempo, cuando es ilustrado, hace siempre el bien, pues sabido es que *si los*

pícaros supieran las ventajas de la honradez, serian hombres de bien por picardía.

Me hice materialista, y seguí estudiando.

En las ciencias físicas, no sabiéndolo todo, no puede saberse nada; un nuevo descubrimiento reemplaza todos los sistemas descubiertos, con otros nuevos que son destruidos y reemplazados á su vez. Me dediqué al estudio de la electricidad, en cuyo conocimiento se refundirán acaso un dia la física y la química, considerándola como causa del calor, de la luz, del ruido y de todas las alteraciones de los cuerpos; quizá en ella se refunda tambien la medicina, cuando se pruebe que es el principio de vida del hombre; pero como la verdad no se encuentra sino por casualidad, mis esperimentos fueron inútiles, y desistí de mi empresa antes de haberla logrado.

Las ciencias históricas vinieron despues. La historia es la novela de los eruditos, la mas falsa de las novelas. Podemos juzgar por los sucesos de nuestro tiempo, de los cuales cada testigo nos hace una relacion diversa. Las causas de las alteraciones de los pueblos estan en el fondo, y solo podemos ver la superficie.



La legislacion ha sido elevada á ciencia por Benthan, y en ella comprendo la economía política, el derecho administrativo, etc., etc., que no son sino ramas de un mismo tronco. Para su estudio me era necesario el conocimiento exacto de la sociedad y del corazon humano, intrincado y oscuro laberinto en que se pierde la inteligencia mas poderosa.

Empecé mi estudio animado de esa fé ardiente que no conoce obstáculos, la fé de la ciencia, que convierte al hombre en una especie de máquina analítica, haciéndole que sin sentir asco remueva las podridas entrañas de los cadáveres y que examine y palpe sin palpitar de deseo los voluptuosos secretos de la belleza. Disequé la sociedad, é ignoro si fué desgracia mia, la encontré el mas asqueroso de los cadáveres. Yo ví en ella los padres comerciando con el pudor de sus hijas, y los esposos con la desvergüenza de sus esposas. En una miserable bohardilla ví á una hija arrancando un anillo del dedo de su madre moribunda para pagar su escote en una bacanal; oí á un padre vanagloriarse públicamente de los escesos que nos horrorizan en la historia de Alejandro VI, y encontré en una casa de prostitucion á una jóven admirada en los salones mas elegantes de Madrid que sostenia su lujo á costa de su virtud.

Encontré una moral de convencion consistente unas veces en hipócritas formas, y otras cambiando los nombres de los vicios y de las virtudes para apartar de estas el aprecio, y de aquellas el horror. Como en el último período del imperio romano, como en los últimos períodos de todos los imperios populosos, la corrupcion habia gangrenado tan hondamente á España, que rezumaba por todos sus poros su veneno.

Ví por último la ridiculez en las costumbres y la puerilidad en los juicios sociales. En un baile á que asistí se puso á la puerta á un amigo de la casa que se habia olvidado de las prescripciones de la etiqueta hasta el punto de presentarse en el salon *con levita*. ¿Qué sociedad es esta que aprecia á los hombres por la anchura de sus faldones? En honor á la verdad debo de advertir que todos individualmente comprendian la ridiculez de este proceder; pero no osaban oponerse á los usos admitidos, porque como ellos decian, no estaban llamados á trastornar lo establecido, y ya que habian nacido en esta sociedad, debian de vivir amigablemente con ella.

El resultado de mi estudio fué formarme un sistema social del cual era corona un sistema político enteramente nuevo; pero me asusté de mi propia creacion, impracticable en el estado actual de las cosas. Para plantearle y probarle era necesario que se sucediesen en el poder diez generaciones de sabios animados de la misma idea, porque las transiciones para que sean duraderas deben hacerse poco á poco como la naturaleza lo practica siempre en sus obras: y aun suponiendo que esto pudiera conseguirse, ¿quién me aseguraba que en la práctica mi sistema no fuese tan defectuoso como los ya existentes? De estos se han visto los defectos en la aplicacion que en la teoría parecian no tenerlos: ¿seria mejor el mio?



Recurrí por último á la teología, la ciencia en que mas se ha distinguido nuestra patria en los siglos pasados. Empecé estudiando todas las mitologías, que no son sino diversas formas de la misma idea, y todas las hallé elevadas sobre el pedestal del panteismo; pasé á considerar las religiones como sistema, y las estudié, una despues de otra, las disequé como habia disecado los sistemas políticos.

La religion cristiana me encantó desde luego como un sistema admirable, hijo del estudio del corazon humano, y superior á todo lo que pueden producir los hombres. Sustituye la vanidad por el orgullo, y destrona á este á su vez para que ocupe su lugar el temor de Dios, rasgo que no se ocurrió á Platon y que diviniza la obra. Pero quien se alimentaba de la duda no podia lograr la fé, y sin la fé el cristianismo era un sistema sin base; deploré la desgracia irremediable que me alejaba del santuario; pensé como Byron, que si tuviera un hijo le afiliaria en la iglesia católica, y pasé á buscar nuevos altares.

Una nueva religion se ofreció á mi espíritu, la religion reformada. Su aparicion en el mundo habia sido la primera señal de una revolucion que todavia no se ha llevado á cabo: en ella es permitido el libre exámen; es el cristianismo escepto la fé; creí por un momento que no pudiendo ser católico por mis dudas, seria protestante. Me engañé dolorosamente. El protestantismo no convenia á mi corazon ni á mi inteligencia. Al corazon, porque es el catolicismo desnudo de su poesía; á la inteligencia, porque carece de lógica. El catolicismo sienta la infalibilidad como principio, y una vez admitido, no deja lugar á la duda

con respecto á la revelacion; pero el protestantismo sostiene la revelacion negando la infalibilidad. Dice: creed en los libros sagrados que os presentamos, no en nosotros, porque somos hombres sugetos á errar. Pero desde el momento en que se cree que quien se presenta con estos libros está sugeto á error, puede creerse que yerra al considerarlos divinos. La religion protestante es absurda.

Esta es la historia de mi inteligencia. Pasemos á la de mi corazon. Abandonado á mi mismo, llegué á la edad en que empieza la vida del alma; edad de ilusiones y de poesía, de entusiasmo, de esperanzas y de amor. Ignorando el mundo, y dotado de una imaginacion demasiado ardiente para meditar, tomaba todos mis deseos por promesas del porvenir, y mis sueños eran bellos y fantásticos como las leyendas de las mil y una noches. Creia el mundo creado para mí; y cuando la historia hacia pasar ante mis ojos las sombras de los héroes antiguos, buscaba entre ellos como el jorobado de Byron, uno que en cuerpo y alma me complaciese para resucitarle en nuestra edad. Por desgracia el tiempo de los héroes ha pasado. Napoleon ha sido una escepcion que ni aun encontrará un Homero, y mis locas aspiraciones que por tanto tiempo me hicieron feliz, solo me producen una sonrisa de desden y de compasion, cuando vuelvo la vista atrás como el caminante fatigado de su camino. ¿No es sin embargo muy triste recordar las ilusiones perdidas hoja por hoja, cuando el corazon está seco en un invierno anticipado, y solo queda en él el árido tronco del egoismo? La juventud es siempre buena: ¿quién la despoja de su virtud? Los desengaños que amargan y envenenan el límpido manantial de nuestra vida, ¿no son hijos, mas bien que de nuestra misma naturaleza, de la base falsa en que se ha asentado la sociedad? Se ponen en lucha los deberes con los deseos á falta de ingenio para armonizarlos, y la consecuencia natural de esta lucha son los vicios y los crímenes. Después, para evitar los crímenes se inventan códigos penales, ¡locura! Una buena higiene podrá inutilizar casi del todo la cirugía: un buen código civil hará innecesario el código criminal.

Pero volvamos á anudar el hilo de mi historia. Como todos los jóvenes, tomé por guia al amor, para que me condujese por los senderos de la vida, y mi primera amada fué una mujer que me llevaba diez años de edad, y cuya alma habian trabajado las pasiones. Yo sospechaba sus faltas; pero mi imaginacion de poeta me embellecia la empresa de tornar su virginidad á aquella alma gastada de levantar á su cielo aquel ángel caido; si ella hubiese comprendido todo el amor, toda la adoracion que en mi pecho atesoraba, me hubiera amado sin duda, y hubiera vuelto por mí al camino de la virtud; pero el vicio habia roto todas las cuerdas delicadas de la lira de su alma, y solo quedaba en ella el amor de los sentidos; yo hablaba desde el cielo, y ella respondia desde la tierra: no podiamos comprendernos; y cuando se hastió de mí, me abandonó por un oficial cuyo uniforme la deslumbró. Nuestras relaciones bastaron sin embargo para gangrenar mis sentimientos y trastornar mis ideas; sus sarcasmos segaron en flor mis creencias, y me disgustaron del idealismo; quedé tambien sensual, y desde entonces los besos de mis labios envenenaban; corrompí á mi vez como habia sido corrompido, y las mujereres que correspondieron á mis amores, desceadas un dia, abandonadas al siguiente, caian de su tallo como los capullos abrasados por el sol.

Disgustado del amor me acogí á la ambicion, la ambicion de la gloria, la ambicion de los poetas. Sabia muy bien que con ella solo se alimentaba el orgullo; pero envidiaba á Homero su vida mendicante, con tal de obtener su fama; con gusto hubiese muerto como Burns en un hospital, sabiendo que mis restos ocuparian una tumba semejante á la suya. Pero habia nacido en España cuando estaba postrada y olvidada como un astro apagado, y escribir en España en el siglo XIX, como ha dicho un gracioso cuanto desgraciado crítico, es hacer en su libro de memorias apuntes que nadie ha de leer. Cuando una nacion deja de ocupar un lugar en la historia del mundo, y pasa á ser una unidad desapercibida que ninguna fuerza ejerce en la civilizacion, para que uno de sus hijos pase á la posteridad es necesario que por sí solo valga tanto como una nacion de primer órden, y que tenga bastante poder para colocarse á la cabeza del mundo y dirigirle señalándole un faro. ¿Quién conoceria la existencia de Homero sin la lucha del mundo antiguo con el moderno? ¿Cuántos Homeros no habrán existido en los pueblos olvidados ya, y cuyos nombres solo conocemos porque naciones poderosas y guerreras los destruyeron en sus conquistas? Macpherson se vió obligado á inventar un Osian, porque del verdadero apenas se recordaba el nombre.

Estas meditaciones me disgustaron tambien de la gloria poética, y me impelieron á la ambicion política, última ilusion sin objeto, sed ardiente que se sabe desde luego que no se calmará jamás. Es la pasion menos conocida, porque se confunde con otras muchas que toman su nombre. Casi todos desean el poder por los goces que trae consigo; pero el verdadero ambicioso le ama porque es el poder, y solo porque es el poder. Cuando veo en los teatros, cuando leo en las novelas ó en los libros de moral los desengaños de los ambiciosos, los consejos que se les da para curarlos, no puedo menos de sonreir. Se supone que se desencantan al tocar su objeto como si pudieran alcanzarle jamás. Para esto seria necesario que fueran dioses, porque solo así serian omnipotentes, solo así se desengañarian por el hastío. Se supone que las ingratitudes que padecen matan su ambicion, cuando no han hecho ningun bien sino porque convenia á sus planes, cuando han empleado á todos los hombres como instrumentos, sin cuidarse de si tenian un corazon. La ambicion es la pasion mas constante, la mas grande, la mas digna del hombre, porque tiene algo de celeste; es la única pasion que derribó ángeles, y los ángeles mas bellos.

Para lograr mi ambicion necesitaba medios. Las alas de cera estan desacreditadas por la mitología; nuestro siglo se provee de alas de oro que no puede derretir el sol. La pobreza me encadenaba á mi puesto, como la cadena sujeta al forzado. He leido en una crítica anónima un sarcasmo contra Mr. de Balzac porque en una novela suya pinta á Z. Marcas sin poder alcanzar una posicion por falta de unas botas. ¡Bien se conoce que al tal crítico no le han faltado botas jamás! El pobre en nuestra sociedad se ve obligado á luchar, lo primero con su traje, después con su corazon si le conserva. Para subir de la nada al poder es necesario ser un genio ó un tonto; una mediania no llega nunca, y yo por desgracia no soy sino una mediania: un corazon en lucha con mi inteligencia, una contradiccion perpetua entre la palabra y la accion. Mis ambiciones fueron el sueño del águila prisionera, cuyas alas tropiezan al tenderse con los hierros de la jaula. Devoré mi dolor, y me resigné...

Desde entonces mi vida está vacía; apartado del teatro del mundo, miro la funcion entre bastidores sin interesarme por ella. Las cuerdas de la lira de mi alma se han roto en silencio una tras otra, y ni el dolor ni el placer pueden sacar de ellas una melodía ni un gemido. Semejante á aquellas mujeres que llevan en sus entrañas el fruto de su amor muerto antes de nacer, yo como todos los jóvenes del siglo XIX camino con un cadáver dentro de mí, y este cadáver es mi propio corazon.

Así acabó de hablar Eugenio; y D. Ramon, aunque entendió bien poco de su discurso, se sintió conmovido como le sucedia muchas veces en el teatro, donde aunque ni los sentimientos ni las palabras le interesaban, los movimientos de los actores y el tono de su voz lograban afectarle.

Esperanza le encontró con lágrimas en los ojos.

—¿Qué ha dicho? le preguntó.

—Es muy desgraciado, respondió D. Ramon, y se separó de ella sin añadir una palabra.

CAPÍTULO III.

ESPERANZA.

Desde aquel dia el silencio de Esperanza comienza á ser mayor, y mayor su aficion á la soledad. No era estraño verla en su cuarto pasar horas enteras sentada junto á la consola de su tocador, con los ojos fijos en la tabla de caoba y escribiendo distraida con el dedo el nombre de Eugenio. Despues lanzaba un suspiro, miraba un reloj, memoria de su madre, como el cuadro de la Vírgen, y cuando era la hora conveniente, acudia á la cabecera del herido de quien como he dicho ya se habia constituido enfermera. Entonces, al entrar en su cuarto, su rostro se coloraba con el rubor que desciende de la frente y que tanto hermosea á la mujer. Sus labios se hinchaban, sus ojos se encendian y se entornaban, su pulso temblaba, y su voz se enronquecia. ¿Cuál era la causa de esto? Esperanza lo ignoraba; pero cualquiera mas instruido que ella en estas cosas hubiera conocido en tales síntomas las únicas señales del amor que el arte muy rara vez acierta á fingir.

Eugenio se apercibió pronto de ello, y no pudo menos de corresponder con su agradecimiento á la ternura de su enfermera. Aquel amor inocente y puro descendia como un rocío del cielo en su alma marchita, y la purificaba, porque su corazon no estaba muerto como él pensaba, sino solamente adormecido. Los desengaños habian gastado su cabeza, la habian corrompido; pero por un fenómeno muy comun en la juventud de nuestro siglo, su corazon apenas estaba usado. Las pasiones que podia engendrar serian desgraciadas sin duda, pues su inteligencia las marchitaria en flor, pero no por eso serian menos violentas. Sin embargo, ni una palabra se escapó de sus labios que denunciase su amor, y Esperanza misma llegó á creer dolorosamente que no existia.

Pero el D. Ramon fué en esto mas perspicaz, y trató de impedir que siguiese adelante, proporcionando á Eugenio los medios de pasar al estranjero y enviando á Esperanza mientras llegaba el dia de la partida con una parienta suya que á la sazon estaba en Badajoz.

El dia en que los dos jóvenes se despidieron no se dijeron una palabra de amor, como no se habian dicho nunca: los ojos de Eugenio y el rubor de Esperanza habian hablado solamente, y las miradas de Euge-

nio y las lágrimas que llenaban los ojos de Esperanza, por mas que intentaba disimular su emocion, fueron las únicas que hablaron en su despedida; pero aquellas miradas y aquellas lágrimas valieron por mil uramentos de amor.

La jóven lo comprendió así, y partió dichosa, aunque triste por tener que separarse del objeto de su cariño, aunque esperaba que no durase mucho la separacion. Todo el viaje fué recreándose en formar sueños de felicidad para el porvenir y complaciéndose en recordar las palabras, las mas pequeñas muestras de cariño que habia recibido de Eugenio; las veces que se habia alejado de él creyendo que intentaba declararse, sin embargo de que ella deseaba que lo hiciera y que no tenia nada de coqueta, fenómeno del amor que aun no ha esplicado ninguno; los pensamientos sobre el amor en general que alguna vez le oyó, y los deseos para el porvenir que habia creido sorprender en sus palabras.

Meditando de este modo llegó á casa de Doña Petra, su tia materna, á cuya vigilancia iba encomendada.

Era Doña Petra una señora para quien los años tenian 18 meses, por lo cual decia que contaba solo 30 de edad. Su estatura era pequeña, su rostro enjuto y prominente, sus ojos vivos y muy movibles, al modo de los de la ardilla; su boca grande y su cabello escaso; pero á pesar de esto, se creia bella y era en estremo coqueta. Cuando vió á su sobrina, no pudo contener un gesto de enojo considerando cuán peligroso rival seria; pero pronto encontró un pretesto para deshacerse de ella en las preocupaciones de la sociedad ¿En qué reunion admitirian á la hija de un mercader? Si hubiera reñido al menos con su padre porque no cerraba la tienda, la sociedad la hubiera compadecido y admitido en su seno por la nobleza de sentimientos que demostraba en ser mala hija; pero Esperanza amaba tiernamente á su padre, y tenia demasiada grandeza de alma para avergonzarse de su cuna. Estaba pues condenada al ostracismo, y no la pesaba en manera alguna.

Pero pasaban los dias y no tenia noticia alguna de Eugenio. Su padre no le nombraba en sus cartas, y Esperanza no se atrevia á nombrarle tampoco en las suyas. Si hubiera sido un estraño, era natural que preguntara por él; pero era su amante, y temia que lo descubrieran.

(Continuará.)

LOS AGUINALDOS DE LUCIANO.

Apenas tenia diez y seis años Luciano Llervey, cuando sin abandonar sus estudios, estaba muy adelantado en el conocimiento de las plantas medicinales y de sus propiedades; siempre debe estar seguro de acertar en su empresa cuando pone de su parte aptitud y constancia: convencido de esta verdad el jóven Luciano, no habia cejado ante ningun obstáculo con tal de instruirse en botánica y medicina teórica; porque decia en su interior: no solo adquiriré una ciencia que es de sumo interés, sino que podré prestar importantes servicios á los enfermos pobres que el cielo me depare, y á quienes su ignorancia y la imposibilidad de pagar un médico, espondrán á graves accidentes.»

Para recompensar sus caritativas intenciones, la Providencia permitió que muy pronto tuviera ocasion de ponerlos en práctica.

Un dia Luciano volvia muy alegre de formar una coleccion de yerbas (bajo los auspicios de M. de Jassien) que le habia ofrecido un gran herbario de plantas cuidadosamente encerradas y clasificadas en una caja larga y de figura ovalada que llevaba colgada á la espalda: acababa de despedirse del célebre profesor, y se dirigia muy de priesa á la casa paterna, cuando un espectáculo inaudito le hizo detener su marcha, y escitó su compasion: á la entrada del arrabal se encontró con una mujer de unos sesenta años, sumamente delgada y ojerosa, y cuyos ojos casi moribundos indicaban á no dudar que el mal y la miseria la habian puesto á las puertas del sepulcro; sentada ó mas bien echada en un banco á la puerta de una casa de mezquina apariencia, cubierta de andrajos que dejaban ver su completa desnudez, la moribunda parecia que solo esperaba el momento en que Dios se dignára llevársela. Luciano afectado en estremo al verla, se acercó á ella con el respeto debido á la desgracia, y sobre todo cuando es anciano el que sufre sus deplorables efectos, y la preguntó con el acento de la mas tierna piedad la causa de los sufrimientos de que parecia ser víctima.

—Ay hijo mio! le respondió con voz débil y temblorosa, padezco hace mucho tiempo un martirio cruel; he estado muchas veces en el hospital, pero nunca he podido curarme, y no me permiten permanecer allí... Bien veo que es preciso que muera de este modo, puesto que no tengo recursos para tener un médico!

—¿Pero no hay médicos que tienen consultas gratuitas?

—Pero es necesario ir á su casa, respondió la anciana .. y además, ¿cómo he de comprar los medicamentos...? Por otra parte, mi enfermedad les es desconocida.

—¿Qué sentís pues? la volvió á preguntar Luciano sumamente afectado.

—Insoportables dolores que son casi continuos, y me inutilizan para el mas pequeño trabajo; antes hacia los quehaceres domésticos, hilaba, lo que me proporcionaba medios de atender á mis necesidades... ¡Pero por mi desgracia, bondadoso jóven, cuando me ataca el mal con violencia, bien en mi cama, bien en este banco, cuando me encuentro con fuerzas para bajar á sentarme en él, no tengo mas amparo que la caridad de mis vecinas... no son mas ricas que yo, pero tienen buen corazon... Los obreros se consuelan mútuamente porque saben por esperiencia cuán amargo y terrible es el mal!

Al llegar aquí, la pobre mujer dió un profundo suspiro, y gruesas lágrimas humedecieron sus hundidas mejillas, que revelaban que las derramaba á menudo. Luciano le costó trabajo contener las suyas al escuchar sus sentidas palabras.

—Tened confianza en Dios, buena mujer; jamás abandona á los que le imploran sinceramente.

—Solo esta idea me sostiene, hijo mio; pero á veces creo que el Dios de bondad no se ocupa de una desgraciada anciana como yo!

—Os engañais, replicó gravemente Luciano; se ocupa de todas las criaturas. ¿Quién os ha dicho que no ha permitido que yo os encuentre hoy?

La enferma miró á Luciano con una espresion de sorpresa mezclada de incredulidad.

—Quizá no sean incurables vuestros males, continuó Luciano después de un momento de reflexion.

He leido un ejemplo de dolores que me parece que son iguales á los vuestros, y que lograron curar.

Entonces Luciano interrogó largamente á la enferma, á fin de obtener los datos que le eran indispensables para dirigirse en el tratamiento que habia resuelto emprender, y convencido de que eran los mismos síntomas que estaban consignados en sus obras de medicina, lleno de la mas pura alegría concibió la esperanza de devolver la salud á aquella pobre mujer.

«Mejor quisiera, decia en su interior, la presencia, los consejos de un médico; pero puesto que no es bastante rica para pagar á los que piden honorarios, y que no puede ir á casa de los que pueden exigirlos, tomaré á mi cargo el hacerlo por mí mismo: por otra parte, sucumbe mas bien bajo el peso de la miseria que el de una verdadera enfermedad, y creo no cometer una imprudencia ensayando su curacion.»

En seguida volviéndose á la anciana la dijo con bondad:

—Os traeré lo que os hace falta: ¿vivís en esta casa?

—Sí señor, respondió haciendo un esfuerzo para inclinarse delante del adolescente, en quien veia mas que un protector, un ángel tutelar que el cielo le habia enviado para salvarla: es positivo que la verdadera ciencia inspira confianza y respeto.

—Vendré á veros mañana, replicó Luciano enterándose del número de la casa. ¿En qué piso está vuestra habitacion?

—En el último... la puerta en el fondo del corredor... la viuda Simon... pero un caballero como vos no querrá entrar en mi pobre vivienda.

—Buena mujer, vivid persuadida que haré cuanto esté de mi parte por aliviaros.

—¡Oh! si no olvidais á la desgraciada viuda Simon, esclamó ella llevando á sus labios una de las manos del jóven antes que tuviera tiempo para retirarla, os bendecirá hasta la muerte...

—Contad conmigo... Valor! la dijo Luciano haciéndola un afectuoso saludo: hasta mañana.

Y volvió á toda prisa á su casa ardiendo en deseos de entregarse al estudio que podia asegurarle el buen éxito de su empresa.

Luciano no hizo partícipes á sus padres de lo que acababa de sucederle; no porque jamás hubiera dejado de confiarles y hacerles jueces de su conducta, sino porque le parecia que el verdadero mérito de una buena accion consiste en no hablar de ella: los simples que ha recogido con tanto cuidado esta vez los despreció, porque pensaba que siempre tenia tiempo para hacer colecciones de yerbas, y que no se presentaban con tanta frecuencia las ocasiones de ser útiles á sus semejantes para despreciarla.

Despues de haber empleado muchas horas en hojear los libros de su biblioteca médica, se fijó en el plan que debia adoptar: le faltaban los medios para costearla y proporcionar á su protegida todos los cuidados que reclamaba su triste estado; pero por esta parte estaba tranquilo. Seis meses antes *el dia de año nuevo*, y en recompensa del premio que habia obtenido en el colegio, Mr. Llervey le habia regalado una bonita bolsa con diez piezas de 20 francos nuevecita: «Haz buen uso de ella:» tal fué la única recomendacion que le hizo este buen padre al darle sus ricos *aguinaldos*. Luciano, que ya comprendia el valor del dinero, habia conservado intacto su pequeño tesoro; y no le pareció que encontraria

ocasion mas oportuna de disponer de él, alegrándose mucho que una loca prodigalidad no le hubiera privado de cumplir la buena accion que tanto le halagaba.

Terminados sus preparativos, Luciano se puso de rodillas y suplicó ardientemente al Supremo Ser que le guiase en la obra de caridad que meditaba, y se acostó: durmió poco; tan preocupado estaba con la idea de que debia empezar observando los efectos, y gozar del consuelo que esperimentaria ella si los resultados eran tan saludables como él deseaba con vivas ansias.

(Se concluirá.)

HISTORIA DE LAS MODAS.

Pues es justo que algun dia
me dedique á mis lectoras,
hoy he de hacerlo escribiendo
un artículo de modas.
¡La moda! reina del mundo,
del orbe entero señora,
que las bellezas del hombre
con las suyas perfecciona.
¡Qué hermosos tiempos aquellos
en que con sola una hoja
andaban todos tan guapos
y tan hechiceras todas!
Mas ¡ay! acabaron pronto
costumbres tan venturosas,
y aquellas modas huyeron
para dar lugar á otras.
Ya el pueblo de Dios andaba
enfundado en luengas ropas,
sin desdeñarse ninguno
de ser pastor ó pastora.
Y las niñas de mas dote,
y las princesas mas monas
espigaban y lavaban
y eran cocineras propias.
Vistió el Egipto á sus hijos
con la esbeltez de sus momias,
y zampaban puches negros
Esparta y Lacedemonia.
Entre pórfidos y jaspes
habitaron Grecia y Roma,
con el néctar de Falerno
manchando purpúreas togas;
Y servian por las calles
los polvos de oro de alfombra,
y de manjar, de las aves
las lengüecitas canoras.
¡Qué gusto, lectoras mias!
las espléndidas matronas
se mudaban de maridos
como de guantes vosotras.
Era la moda del moro
llevar las barbas muy foscas
y cuatro tiendas de lienzos
arrolladas en la cholla.
Tener fuentes cristalinas,
grandes palacios y aromas,
una pipa de dos leguas
y un gran almacen de moras.
¡Quién os viera, lectorcitas,
damas feudales pomposas,
ya en una mano el venablo,
ó ya el halcon en la otra!
Ya vistiendo la coraza
al marido que os adora,
ó ya esperando que torne
desde una almena ruinosa.
¡Qué trajes! vosotras llenas
de oro, brocados y joyas,
y el hombre una pierna blanca
y la opuesta pierna roja.
O vestido él y el caballo
con tela de cacerolas
blandiendo en la fuerte diestra
cuatro arrobas de tizona.
¡Llegad ya, gratos recuerdos
de la ropilla española,
de mangas acuchilladas
de cueras y de valonas!
Cuando andaban tantas brujas
con su rosario y su doña,
pastorcitas de las niñas,
dueñas de antojos y tocas;
Cuando envueltas en un manto
iban damas y fregonas,
asomando medio ojito
de padre y de hermano incógnitas;
Cuando llevando carlancas
los hidalgos de mas pompa
asomaban la cabeza
por aquella inmensa gola;
La culta Francia entre tanto
estendió por toda Europa
los bordados terciopelos
y casacas monstruosas.
Parecian perros de aguas
las cabezas mas pelonas
con el bosque de cabellos
que les servia de gorra.
Sus hebras de oro las bellas
en nevada selva tornan,
y las elevan y tejen
en altísimas corozas.
Atan los hombres sus greñas
colgando al fin una bolsa
do encierran los corazones
que sus gracias enamoran.
Pero ya las que ostentaban
talle de abispas y moscas
entre hierros que le oprimen
y de faldas las engordan,
Al cabo de muchos años
en almohadas se trasforman.
bajo el brazo la cintura
y las mangas como bombas.
Su blanca ó morena frente
con menudos rizos orlan,
y un calesin con cintajos
sobre el cráneo se colocan.
Asi encantan *petimetres*
con la campana en las botas,
frac de piston, dos relojes
y corbata hasta la boca.
Y ved aquí las levitas,
cuales largas, cuales cortas,
el pantalon de trabillas
y el sombrero Babilonia.
Ya estamos en nuestros tiempos;
ya va acabando esta crónica,
que lo que falta sin duda
lo guardais en la memoria.
¿Quien, aunque tenga mi fecha,
fecha que no tendreis todas,
no ha variado sus disfraces
con mil ridículas cosas?
Ya las melenas muy largas
y la barba á usanza goda,
ya retorcido el bigote
y patillas de cien formas.
Ya enseñando el zapatito
y las galgas caprichosas,
ya con la bota francesa
y los vestidos de cola.
Ya dos mamparas por cuellos,
ya... pero hablar no me toca
de modas de hoy; para eso,
hay periódicos de sobra.
Mas desde Adan hasta el dia,
por mas que cambien las modas,
las feas siempre son feas,
las hermosas siempre hermosas.

José GONZALEZ DE TEJADA.

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario é Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra.



VISTA DE ROMA.

EL LOCO.

LEYENDA DEL SIGLO XIV.

—Hoy hace dos años, D. Rodrigo, que mi maldicion cayó sobre la cabeza de mi desgraciada hija, y la infeliz sucumbió bajo el peso de sus desgracias y su desesperacion.

—Olvidad, buen conde, vuestra injusticia, y perdonaos, como Dios os habrá perdonado.

—¡Oh amigo mio! cuando la noticia de su muerte llegó á mis oidos, mi cólera fué reemplazada por atroces remordimientos, que han ido desgastando lentamente mi corazon.

Así hablaban montados sobre belicosos trotones dos caballeros castellanos.—El calor les habia obligado á desnudarse del pesado casco. La tristeza era el único sentimiento que se advertia en el rostro de uno de ellos. Su cabeza cubierta de largas canas formaba un contraste singular con la negrura de su caballo y el color melancólico de sus armas.—El otro desconocido montaba un fogoso alazan, que tascando el duro freno, se encabritaba por libertarse de la rienda que le sujetaba á la mano de su diestro ginete. Habia este entrado ya en el segundo tercio de la vida, edad feliz en que apagado en el hombre el primer ardor de las pasiones, solo quedan al corazon sensaciones tranquilas. Las ilusiones desaparecen entonces, y la severa razon coloca su trono sobre las cenizas que dejan aquellas.—Un largo silencio sucedió al diálogo antecedente.

—¿No veis á la derecha un castillo?

—Sí; arruinadas estan sus torres, y no se divisa soldado alguno sobre sus almenas.

Diciendo estas palabras, el afligido anciano picó su negro corcel, su compañero siguió su ejemplo, y en pocos momentos salvaron la distancia que los separaba del ruinoso edificio.—Era este una de aquellas fortalezas en que se encerraban los grandes, cuando olvidando el respeto que debian á su monarca, se rebelaban contra sus órdenes. El tiempo habia deteriorado las inmensas moles que componian el castillo, ofreciendo sin embargo un asilo seguro contra las revueltas de aquella época, en que la ley era la espada, y la razon la fuerza.

En medio de una bóveda oscura se alzaba un túmulo cubierto de paño negro: varias armas se veian colgadas en desórden de las húmedas paredes: otro paño trasparente ocultaba un objeto: al pie de él se hallaba sentado un jóven.—Su edad frisaba en los veintisiete años; negros eran sus ojos y melancólicos, y negra tambien la espesa barba que le pendia hasta el pecho. Sus largos cabellos esparcidos y en desórden daban un aspecto siniestro á toda su figura; y el desaliño de sus vestidos formaba un raro contraste con la hermosura de sus facciones y la altivez de su frente. Contemplaba este ser misterioso, como sumergido en dulce arrobamiento, al objeto que yacia oculto bajo el trasparente velo.—El ruido que hicieron al llegar dos figuras armadas de punta en blanco, le sacó de su letargo.—Entonces se levantó precipitadamente, y sacudiendo con fuerza la mano del mas anciano, le gritó separándole de la puerta:

—Atrevido, ¿qué vas á hacer? ¿impedirme el paso?

El anciano, al oir aquella voz, esclamó cayendo de rodillas:

—Te doy gracias, Dios mio! ¡Ramiro, Ramiro!

El conde habia reconocido al esposo de su hija.

—¿Quién me llama? ¿De dónde me conoces? Silencio, por Dios! Si el conde sabe que estoy aquí, me perseguirá y no podré partir á encontrarla.

—¡Infeliz, en qué estado te vuelvo á ver!

—Y tú que has acertado mi nombre, dijo Ramiro, ¿la conociste? Prométeme guardar secreto, y te la enseñaré.

Alza entonces con mano trémula el velo que momentos antes contemplaba extasiado, y presentó á la vista de los guerreros un busto groseramente labrado, y en el que el conde creyó encontrar alguna semejanza con el rostro de su hija.

—¿La ves? continuó Ramiro.—Ella se apartó de mí; y yo que no podia vivir lejos de su lado, he formado otra Julia.—A mí me debe mas que á su padre; á este le debe el ser, pero á mí me debe un segundo ser, y los dias de felicidad que ha gozado sobre la tierra. Aquí, sobre ese banco, al pie de esa imágen, he pasado las noches esperando que me llamase. Cuando se despidió de mí.... porque no ha muerto todavía, ¡oh!... Si hubiese muerto, Ramiro la hubiera seguido al sepulcro. Cuando se despidió de mí me dijo: Ramiro... si dentro de dos años no he vuelto, sigue una luz que verás, y al término del camino, allí estaré yo: si la luz no pareciese, enciéndela tú; guarda que el viento no la apague.—Entonces sentirás el suave olor de abrasados perfumes; oirás el armonioso cántico de los ángeles.... Mira, dijo dirigiéndose á un rincon de la estancia, ¿ves esta urna? Contiene tantas piedras como dias han pasado; ayer se cumplieron los dos años, y viendo que la luz bienhechora no parecia, he colocado un gran número de ellas en diversos parajes del castillo.

—No puedo mas... esclamó el conde: ¡Ramiro!... Reconoce en mí á ese bárbaro padre; al verdugo de tu desventurada esposa.»

Un sudor frio cubrió la frente de Ramiro; su mano trémula apartaba maquinalmente los cabellos que en desórden ocultaban parte de su rostro.—Sus ojos fijos en la urna que estaba á sus pies, manifestaban el estravío de su razon y la distraccion total en que el hombre se sumerge cuando, ocupado de una sola idea, quiere recordar algun suceso lejano, pero que la memoria, mas débil, no ha podido retener. Al fin, con risa amarga le contestó:

—¡Ah! no eres tú!... si tú fueras el conde, ya me hubieras atravesado el corazon.

Un humo espeso y sofocante empezó á penetrar en aquella bóveda. —Los escuderos del conde y de D. Rodrigo entraron precipitados, gritando que todo el edificio era presa de las llamas. Las luces que Ramiro habia encendido, prendieron fuego al castillo. Lánzase el conde sobre Ramiro, quien al divisar el resplandor de las llamas se asió fuertemente del lecho mortuorio.—«Julia, Julia! ya te sigo! ya oigo el concierto de las voces! ya siento el aroma de los perfumes! ¡Bárbaro! dijo volviéndose al conde que intentaba arrancarle de aquel sitio de destruccion. Sí, tú eres su padre; pero no me apartarás otra vez de su lado.» Y el ruido de las paredes al calcinarse, y el resplandor y humo de las llamas se le figuraban á aquel infeliz el aroma de los inciensos y el cántico de los ángeles.—Las llamas penetraron en la bóveda; D. Rodrigo arrastró al conde, mal de su grado, y medio sofocados ya por el humo, lejos de aquel lugar de desolacion: en medio del estrépito de las paredes al desplomarse, se oia la voz de Ramiro, que fija siempre en su imaginacion la promesa de Julia, entonaba una lúgubre cancion.

III.

En un sitio en que pocos dias antes se elevaba un ruinoso castillo, se veia un sepulcro de mármol negro con la siguiente inscripcion: A la memoria de D. Ramiro Pimentel, y de Julia de Mendoza... Un anciano vertiendo lágrimas de dolor oraba con fervor al pie de este monumento. Era el conde.

D.

ESPERANZA.

NOVELA ORIGINAL

POR PABLO GAMBARA.

(*Continuacion.*)

Un dia al salir de misa un desconocido ofreció á Doña Petra agua bendita, y mientras se volvia hácia el altar mayor para santiguarse, ofreció á Esperanza una carta diciéndola en voz baja: «De Don Eugenio.» La joven la cogió y salió de la iglesia con su tia sin que nadie notara el incidente. Despues, cuando llegaron á su casa, Esperanza se retiró á su cuarto y abrió el billete, que solo decia:

«Al dejar mi patria por mucho tiempo, quizá por siempre, quiero despedirme de tí que eres el solo lazo que me une á la tierra.»

Apareciste á mis ojos cuando toda esperanza habia muerto en mi corazon, como en medio de una tempestad brilla entre las nubes un pedazo del azul del cielo anunciando al marinero desanimado la próxima calma y dándole nuevas fuerzas para luchar contra las olas. Sí, te debo la vida que sin tí me hubiera arrancado, y en mi religiosa adoracion veo en tí un enviado de la providencia.

Por eso no te he amado como á una mujer, sino que te he adorado como á una deidad, y en los momentos en que he padecido en tu ausencia he orado y te he llamado en mi ayuda. Tú has conocido mi sentimiento y has correspondido á él. Lo he leido en tus ojos, y me lo ha afirmado mi corazon que respondia al tuyo. Este amor será mi felicidad en el destierro que no temo, porque rico con tu memoria no puedo ser ya infeliz, y este amor me hará bueno y digno de tí infundiendo en mi alma toda la pureza, toda la santidad de la tuya. No puedo verte para darte el último adios; pero cuando esta noche á las dos pase por el camino de Portugal á un cuarto de legua de tu morada, que conoceré entre todas las del pueblo aunque no la he visto nunca, entregaré á los aires un casto beso para que le depositen en tu frente, y rogaré á Dios por tu felicidad que es ya la mia.

EUGENIO.»

Los sentimientos en todas las clases de la sociedad son los mismos; pero la espresion es diversa en cada una. El tosco lenguaje del labriego los presenta desnudos unas veces, y otras no los presenta por falta de palabras; pero el lenguaje pulido del galan elegante los viste de pureza y hermosura, los poetiza, los diviniza, y muchas veces los presenta sin tenerlos y deslumbra con los adornos. Pudiéramos decir, robando una bella espresion, que la sociedad *cristaliza* los sentimientos, como la naturaleza cristaliza el carbono, convirtiéndole en diamante. La misma materia queda; pero ¿quién la reconoceria bajo su nueva forma? Así esta carta, por mas que estuviera muy lejos de ser un modelo; por mas que la caracterizase cierta afectacion de sentimientos y palabras, deslumbró á Esperanza, quien pareció un dorado poema de amor. Nunca regaló sus oidos tan mágica ternura, ni en sus sueños virginales pudo idearla, acostumbrada como estaba á los torpes requiebros y á las rústicas flores de los dependientes de su padre. El estilo religioso de D. Eugenio, conociendo su carácter, bañaba sus frases, y acabó de enamorarla. El rubor coloró sus mejillas, y las lágrimas de alegria brotaron abundantemente de sus ojos. Sintió lo que debe sentir el rosal de los valles cuando después de un invierno aterido dora por primera vez sus tímidos capullos la vivifica mirada de la primavera.

Pasado este primer momento de éxtasis y de embriaguez, pensó en corresponder dignamente á tanto amor, y derramar una palabra de felicidad en aquel corazon que solo vivia para adorarla, en aquella flor de amor que solo á ella ofrecia sus aromas. ¿No se habia propuesto antes ser para Eugenio un ángel de consuelo? Y cuando iba á partir, pobre, desterrado, sin familia, ¿no le dejaria siquiera un recuerdo de amor para que dulcificase sus pesares? Eugenio debia pasar á un cuarto de legua de su casa á las dos de la mañana, segun decia la carta. Esperanza determinó ir á encontrarle.

¡Cuán largo se la hizo el tiempo durante el dia! Llegó por fin la noche, y Doña Petra se dispuso para ir á un baile. Esperanza se adornó tambien con su mejor vestido; se puso los adornos que mas la hermoseaban, porque queria aparecerle hermosa, y se estuvo en su cuarto hasta que sintió marcharse á Doña Petra, que no habiendo visto sus preparativos la creia acostada y acudia sin cuidarse de ella al templo de la vanidad, acompañada de un jóven á quien marcaba con su rápida cháchara, pues era muy habladora.

Apenas se marchó, Esperanza salió de su cuarto silenciosamente, bajó de puntillas la escalera, salió por la puerta del jardin, de la cual se llevó la llave para poder entrar á la vuelta.

La noche era oscura y amenazaba tempestad; pero Esperanza no lo notó siquiera, absorta como estaba en su pensamiento. ¡Cuánto la bendeciria Eugenio por aquel paso! Cuando en climas lejanos le oprimiesen la miseria, el cansancio y el desaliento, se replegaria en sí mismo, se acogeria en el santuario de su amor, y seria feliz á pesar del mundo y de la suerte; el recuerdo de su amada seria para él el rayo de luz que descendiendo del cielo alienta al peregrino desfallecido de hambre y sed, el ángel que le libra con sus alas de los ardores del sol en el desierto.

A poco un ronco trueno lejano hizo retemblar las montañas, y las nubes se desataron en torrentes de agua. Todo era oscuridad, y solo los rápidos relámpagos se asomaban algunas veces en las nubes, haciendo visibles las tinieblas y prestando á los objetos contornos fantásticos y terribles.

Entonces podia verse á su luz á Esperanza en traje de baile, cru-

ando sola entre las rocas y llorando como una niña porque la tempestad la descomponia sus adornos y temia aparecer fea á los ojos de su querido. Parecia una reina obligada á huir en una noche de fiesta porque se ha sublevado su pueblo, y aun en tan triste estado, la doble aureola de majestad y de virtud que la rodeaba imponia respeto y adoracion.

Al cabo de una hora larga de camino llegó al término de su viaje, y arrimada á un arbol, comenzó á esperar, entregándose á dorados sueños de amor.

La tempestad habia cesado; y si el cielo se mantenia aun oscuro, en su mayor parte, y á lo lejos comenzaban á aparecer algunas estrellas, Esperanza las contaba, y en la candidez infantil de que el amor dota á sus vasallas, buscaba las mas unidas, y creia reconocer en ellas las que regian su destino y el de su amante.

Pero el tiempo trascurria y el camino permanecia tranquilo y silencioso, sin que nada anunciase la venida de Eugenio. Esperanza se deshacia de impaciencia, y temblaba pensando si alguna desgracia le habria detenido: por fin, al cabo de hora y media creyó percibir á lo lejos el galope de algunos caballos, y no tardó mucho en percibir un punto negro que se movia entre las sombras y que acercándose mas, conoció que era un grupo de contrabandistas. Pasaron cerca de ella sin verla. Uno de ellos iba hablando, y Esperanza conoció por la voz que era Eugenio.

Entonces con voz trémula le llamó.

El grupo se detuvo un instante, y un hombre con sombrero calañés, haqueta, faja á la cintura y botines de cuero como los demás de la cuadrilla, se acercó á la jóven, que á pesar del disfraz conoció en él á su amante. Este tambien la reconoció; y lleno de sorpresa la preguntó:

—¿Cómo estás aquí?

—He recibido tu carta, y he venido á despedirte, murmuró la jóven: ¿he hecho mal?

—¡Angel mio! esclamó Eugenio estrechando en sus brazos á su amada trémula y palpitante, y sellando en su frente un largo y tierno beso, que la estremeció de placer. En esto un hombre de los que con Eugenio venian se acercó á ellos diciendo con voz ronca y aguardentosa:

—Eh, compadrito! se viene V., ó nos najamos?

—Allá voy, dijo Eugenio, y volviéndose á Esperanza que por un movimiento rápido se habia escapado de sus brazos al oir aquella voz: ya ves, la dijo, que no me puedo detener.

—No, no; vete.

—Aun quiero jurarte una vez que te amo y que siempre te amaré.

La joven le apretó la mano.

—¿Me amarás tú?

—Siempre! murmuró la jóven; te lo juro por la memoria de mi madre.

Eugenio selló otro beso en aquella frente adorada, y reuniéndose con sus compañeros de viaje desapareció presto en la oscuridad. Esperanza, así que le hubo perdido de vista, tomó el camino de su casa, adonde llegó poco antes de amanecer.

Todo dormia en la casa.

Esperanza entró sin ser vista; y ya llegaba á su cuarto, cuando encontró á una criada que velaba en un corredor, ya porque el calor de su cuarto la incomodaba, ó ya porque la conversacion á solas con un mozo del pueblo la complacia. Al ver á su señorita con el traje mojado y con los pies cubiertos de lodo, no pudo la desvelada moza ocultar su sorpresa, y la preguntó: ¿De donde viene V.?

—Calla! respondió en voz baja Esperanza, sin querer reparar en lo poco respetuoso de la pregunta; tienes que ayudarme.

—¿A qué?

—A ocultar que he salido: oculta estas ropas... guárdalas para tí si quieres con tal de que encuentres medio de hacer creer á mi tia que se han perdido.

—Dificilillo es; pero en fin, ya veremos... estos hombres nos ponen en unos apuros...

Tampoco quiso notar Esperanza esta nueva falta de respeto, y se contentó con cortar la conversacion y entrar en su cuarto, donde se mudó de traje.

Aquel mismo dia recibió una carta de su padre que la llamaba á su lado; pero á ruegos de su tia retardó su partida algunos dias aun.

La víspera del dia fijado se reunieron algunos amigos de Doña Petra en casa de esta para despedir á Esperanza.

La conversacion vino á caer en una jóven que acababa de hacerse hermana de la caridad.

—Esa órden, dijo uno de los concurrentes, ademas de emplearse en aliviar á los enfermos, y enseñar á las niñas pobres, no liga sino temporalmente á las que entran en ella.

—Pues qué, ¿las hermanas de la Caridad pueden dejar de serlo? preguntó Esperanza.

—Y casarse si quieren.

—Pero eso será durante el tiempo del noviciado.

—No, no, siempre que quieran: sus votos se renuevan cada año ó cada dos años, no estoy seguro de cuánto en cuánto tiempo; pero sé que se renuevan; y la que no quiere renovar el suyo queda libre.

La conversacion tomó otro giro, y nadie volvió á acordarse de las beatas, escepto Esperanza, que vió en su retiro el asilo en que deberia de esperar á su amante. Mientras estaba ausente, no queria vivir, no sabia hacerlo; deseaba no tener relaciones con el mundo sino para hacerle bien. El largo paréntesis que intentaba poner en su vida debia de llenarse con buenas obras.

CAPÍTULO IV.

Entre tanto Eugenio llegó á Portugal escoltado por los contrabandistas, y pasó á Lisboa, donde se encontró solo sin amigos, y sin mas dinero que 30 duros que halló en el fondo de su maleta y que no dudó en considerar regalo de D. Ramon.

Su situacion era muy apurada, pues no veia en el horizonte ninguna esperanza de hacer fortuna, ni siquiera de poder subsistir, cuando una circunstancia inesperada vino á cambiar su suerte de un modo bien romancesco.

Volvia una noche á su casa por una calle escusada, cuando vió escondido en el umbral de una puerta un bulto que le pareció sospechoso: era un hombre con el sombrero calado hasta las cejas y la capa hasta los párpados, de modo que no se alcanzaba á ver mas de su fisonomía que sus ojos centellantes como los del lobo. Como el mas seguro remedio contra el miedo á los ladrones es el no tener nada que se pueda robar, Eugenio pasó tranquilo junto al embozado, que le dejó pasar permaneciendo inmóvil como una estátua; y ya iba á salir de la calle, cuando oyó detrás de sí un pistoletazo y un grito. Volvió corriendo, y á las luces de los vecinos que se asomaban medio desnudos á los balcones, vió á un hombre herido, revolcándose en su sangre, y al embozado con un puñal en la mano acribillándole á golpes.

Veloz como el rayo se lanzó Eugenio sobre el asesino; pero este tuvo tiempo suficiente para herirle levemente, y aprovechándose del momento huyó, entrando en una casa contigua, cuya puerta se cerró detrás de él. Pronto acudió la policía, y un médico que vivia en la misma calle reconoció la herida del desconocido, y declaró que era mortal.

—¿Y el asesino? preguntó uno.

—En esa casa ha entrado, dijo una vieja desde una ventana.

—¿En esta casa?

—Sí.

—Es imposible. Es la casa de D. Pedro de Vargas, que es el herido.

—Pues ahí entró, y la puerta se cerró inmediatamente.

La policía llamó á la puerta de la casa para introducir al herido y buscar al asesino; pero nadie respondió: volvieron á llamar, y siguió el mismo silencio. Entonces forzaron la puerta y entraron en la casa; pero todas las habitaciones estaban desiertas, y la misma esposa de D. Pedro habia desaparecido. Es inútil buscar á mi asesino, dijo don Pedro, estoy seguro de que es Julian, y habrá huido con mi mujer por la otra puerta. Efectivamente, la casa tenia otra puerta que daba á otra calle, y un vecino de ella confesó haber visto salir á un hombre embozado en una capa con un gran bulto, que le pareció una mujer desmayada ó muerta; pero no se pudo saber mas, aunque se hicieron muchas pesquisas.

—¿Dónde está el que se arrojó á salvarme? preguntó D. Pedro.

—Se ha ido á curar, porque está herido; respondió uno.

—¿Quién es?

—Un español espatriado á causa de los últimos sucesos.

—No me olvidaré de él, dijo D. Pedro, pues ha vertido su sangre por mi causa, y no tengo á quien dejar por heredero.

Efectivamente, á los pocos dias recibió Eugenio la noticia de la muerte de D. Pedro, que no sintió porque no le conocia, y la de que le dejaba en su testamento una manda de 6,000 duros, que le alegró sobremanera.

CAPÍTULO V.

Nunca se habia visto Eugenio con tanto dinero: así es que comenzó á gastar como si fuera millonario: parecíale imposible ver el fondo de su arca, llena entonces hasta la boca. Tomó una linda habitacion en una de las principales fondas, y comenzó á gastar de tal suerte que todos le creian poderoso.

Una tarde bajó al jardin á respirar el tibio aire del crepúsculo de estío entre las pintadas flores y aromáticos limoneros. Otros huéspedes habian bajado tambien, y ocupaban algunos bancos de piedra, viendo jugar delante á los bulliciosos niños, únicos seres que viven con talento, pues gozan del presente sin recordar lo pasado ni temer lo porvenir. Eugenio se recreó un rato en verlos, y luego se sentó en un banco situado en una calle solitaria, y se puso á pensar en Espe-

ranza como un caballero andante. Al poco rato vino á sacarle de su distraccion un caballero delgado, de cabello castaño, y cuyo rostro tenia la espresion del disgusto é ironía del rostro de Mefistófeles, que vino á sentarse á su lado, saludándole cortesmente. En el primer momento, que fué de silencio como era natural entre personas que no se conocian, Eugenio pudo observarle á su placer. Iba vestido completamente de negro. Sus pantalones nuevos, cortados á la última moda, y de finísima tela, cubrian en parte unas botas remendadas y sin limpiar; el chaleco y la levita eran contemporáneos de las botas, y no tenian ya ni forro ni botones; pero en cambio la camisa de fina batista ostentaba un magnífico alfiler de diamantes, y una sortija de oro con un brillante del tamaño de un garbanzo brillaba en la mano corta y gorda de aquel estraño personaje. ¿Seria un rico maniático? ¿Un pobre que se enriquecia, ó un rico que descendia á la pobreza?

El hombre contradiccion sacó una caja de concha riquísimamente trabajada y con un bajo relieve que representaba figuras simbólicas y misteriosas, y ofreció un polvo á Eugenio, en correcto castellano. Eugenio rehusó; pero halagado por hablar su propia lengua fuera de su patria, á la cual creia volver con este desahogo, trató de anudar conversacion con el desconocido, y la hizo girar sobre la misma caja de tabaco que le habia llamado la atencion por sus labores.

—Son signos masónicos, le dijo el desconocido: esta caja pertenecia á un oficial de coraceros que la dejó olvidada en un alojamiento: la patrona, que era beata y amiga de frailes, enseñó la caja á un mercenario, quien la advirtió que era pecado tenerla, y se la llevó, porque las cosas pierden su maldad en cuanto entran por las puertas de la iglesia; después vinieron las vísperas sicilianas para los frailes, el pueblo asaltó los conventos, los saqueó, y esta caja hizo parte del botin.

—¿Sabe Vd. la historia completa de su caja de tabaco?

—Conocí al que la cogió en el convento, al fraile, á la beata y al oficial de coraceros.

—¿Ese seria mason?

—Si; un estúpido que por amor á la libertad se sujetaba á las leyes de España y á las de la lógia; especie de esclavo, que cansado de tener un dueño que le dió la suerte, busca otro por su gusto, queda sujeto á los dos, y se llama libre.

—Poco quiere Vd. á la masonería.

—Si se hubiera contentado como en otro tiempo con hacer catedrales, tal cual; pero metiéndose á tratar de política, me causa asco.

—Sin embargo, en cierto tiempo ella solamente podia hacer una revolucion en el mundo. Cuando el pensamiento estaba prohibido por la ley, y se alzaban cadalsos contra el que no renunciase á él, una reunion de hombres, ocultos en la oscuridad, debian necesariamente conspirar en todas las naciones contra la tiranía que oprimia al pueblo con la ignorancia, la cadena mas difícil de romper. En esta época, las sociedades secretas eran las academias de los hombres de talento, y obra suya son los adelantos de nuestra época.

—Su obra les honra.

—Nuestra época es de transicion.

—¿Hay alguna que no lo sea? ¿Vd cree que hemos adelantado porque nos hemos instruido? Después de muchos años de esperiencia, la China, que llegó á un grado de civilizacion á que no hemos llegado aun en Europa, quemó sus libros, y se entregó á la inercia y á la estupidez. Gracias á esto, ha vivido feliz y pacífica, mientras los pueblos del Africa, Europa y América han ardido en guerras civiles. Grecia, Cartago, Roma, los ya olvidados pueblos de la opulenta Siria, murieron de su riqueza y de su saber. La ciencia mata á los pueblos como á los hombres. No crea Vd. pues que es un adelanto en la civilizacion; la instruccion del pueblo es un paso hácia su desgracia.

—Es Vd. enemigo del talento.

—El talento... ¿tendrá Vd. la bondad de decirme lo que es? ¿Cree Vd. que consista en aprender de memoria todos los volúmenes de una biblioteca, y convertirse en estante? ¿Cree Vd. que consista en delirar corriendo tras de una sombra, y perder la vida en cálculos ingeniosos y poéticos, pero que de nada sirven á nadie? ¿ó consistirá en escribir obras para corregir al mundo?

—El talento consiste en la conveniencia de los medios con el fin.

—¿Y segun eso el que por fin se proponga hacer una tontería, tendrá suficiente talento para ser tonto?

—El verdadero fin de nuestras acciones es la felicidad: el que consiga ser mas feliz será el que tenga mas talento.

—El mas feliz es quien teniendo una mediana renta, no piensa, ni ha pensado, ni pensará jamás. Vea Vd, amigo mio, Vd. llama talento á la falta de ideas; está Vd. en oposicion con todo el mundo.

Eugenio se confesó vencido, y comenzó á apreciar á aquel hombre, en quien descubria una vasta inteligencia, quizá estraviada por la manía de la originalidad, que tenia en todo la opinion contraria á la generalidad, pero que la sostenia con toda la lógica del sofisma. No pudo contenerse, y le preguntó: ¿Pero Vd qué es?

Toda la impertinencia de esta pregunta no incomodó al desconocido, que respondió con calma: El vecino de Vd., núm. 7. Mi nombre es Martin Arana, mi oficio prestamista. Esta revelacion acabó de admirar á Eugenio, que no habia visto nunca un hombre de este oficio parecido al que le hablaba esclamó admirado:

—¡Prestamista!

—Es el oficio del siglo, como clérigo el del pasado, y soldado el anterior. Nuestro siglo adora al becerro de oro como los israelitas en el desierto, y yo quiero ser el dueño del becerro para ser el dueño de Dios.

—Pero para ejercer ese oficio es preciso no tener corazon.

—Todo es acostumbrarse. Si Vd. me necesita alguna vez, ya sabe mi cuarto, encima del de Doña Matilde.

—No la conozco.

—La dama que sale al balcon todas las tardes, y á quien Vd. hace señas.

—¡Yo!... juro á Vd. que hasta hoy no habia reparado en ella.

—Mas vale así, porque es una mujer cuyo amor debe de abrasar hasta la médula de los huesos, si alguna vez llega á enamorarse. Yo sé algo de su historia, y ya que no tenemos otra cosa que hacer se la contaré á Vd., porque es mi placer favorito el hablar mal de los demás y de mí mismo. Si es Vd. literato, podrá sacar una novela de mi relacion. Escúcheme Vd.

Al decir esto tomó un polvo, cerró su caja, y comenzó de la manera siguiente:

CAPITULO VI.

—Esta mujer es desde hace dos años la querida de un rico propietario llamado D. Pedro de Vargas.

Eugenio, que no habia creido el relato de D. Martin mas que una anécdota escandalosa digna apenas de ser escuchada, comenzó al oir el nombre de D. Pedro á prestar atencion, pues que sin saber cómo se hallaba ligado á la historia. El orígen de su fortuna, el misterioso crímen que se la habia proporcionado, y algunas palabras sueltas, algunos comentarios hipotéticos que sobre este suceso conocia, bastaban para despertar su curiosidad.

D. Martin prosiguió:

—Es D. Pedro de Vargas un hombre de carácter vulgar y alma débil. Esclavo de su vanidad y de su orgullo, está siempre á merced de la mano hábil que se apodera de estas dos misteriosas fibras de su corazon: de aquí proviene que aunque su naturaleza no es ardiente ni propia para producir las tempestades de las pasiones, la aurora de su juventud ha sido sobrado borrascosa, y se ha conquistado el laurel que la sociedad concede al calavera, al mismo tiempo que sella la infamia en la frente de sus víctimas. El se enorgullecia de su fama, y hacia bien, porque como la mayor parte de los calaveras valen menos que su reputacion, pondera sus defectos, aumenta la cuenta de sus malas acciones, y en fin uno de los mayores fanfarrones de vicios que se han conocido. La hipocresía no sigue siempre un mismo camino: es un sentimiento que tiene diversas fases: por ella reza el impío, y por ella el creyente blasfema: los resultados son diferentes, pero la causa una sola, la que hace el fondo del carácter de D. Pedro, la que hace el fondo del carácter de la mayor parte de los hombres, la vanidad. Desgraciados sin embargo los tiempos viciosos por hipocresía; pues es señal de que en ellos será corrompido el talento y empedernido el corazon.

Volvamos á Matilde, que es á no dudarlo mujer de historia segun se murmura, pero cuya historia anterior es un misterio que yo mismo no he podido penetrar. Quizá sea un drama sangriento de esos que nunca se han puesto en escena en un teatro porque luchan en ellos pasiones que ningun poeta sabe pintar, que ningun público podria comprender; quizá sea una sentida elegía, como no la ha cantado aun ninguna lira, terminada en un gemido agudo y penetrante, el ¡ay! postrero de un corazon que muere, y despues del cual no queda nada sino la corrupcion de un cadáver inanimado; pero ciertamente que la fuerza que arrojó á aquella mujer al abismo del vicio no fué un suceso vulgar. Es necesario un huracan para derribar ciertos árboles; es necesario un dolor muy profundo para matar la sensibilidad en ciertos corazones. Matilde posee una voluntad de hierro, con su orgullo y la osadía de las grandes almas; sus maneras indican que se ha educado en el gran mundo, pues posee la delicadeza y el tacto que no se aprenden, si bien no quiere emplearlas siempre, y acepta la grosería y la desvergüenza como una muestra de altivez, como un desprecio á las personas con quienes trataba. Diríase que se valia de su conocimiento de la urbanidad solo para tener el gusto de faltar á ella. ¿Por qué esta mujer es mala? ¿Por temperamento? No: es una de las muchas pruebas de que con quien tienen que luchar las mujeres para conservar su virtud, es generalmente con su cabeza, y pocas veces con su corazon. ¿Por deseo de riquezas? Era pródiga. ¿Por vanidad? No lo creo; pero como ya he dicho, me ha sido imposible siempre son-

dear este arcano, y me he quedado como los demás delante de él sintiendo bajo el velo que le oculta latir una cosa horrible aunque desconocida.

Matilde es la querida de D. Pedro, no por eleccion, sino por casualidad. El torbellino del mundo la arrojó al lado de aquel hombre, como una hoja marchita y cansada sin duda de su vida bacanal; se detuvo allí, contentándose con encadenar á sus plantas aquel esclavo. El sujetarle á sus piés fué para ella un entretenimiento; empleó en esto todo su arte y todo su genio, como si realmente le importase algo aquella conquista; despues descansó en el corazon de aquel hombre como un domador que se asienta sobre el tigre que acaba de domar. Pero como no apreciamos las cosas por lo que son en sí, sino por las ideas que unimos á ellas, Matilde, aunque conocia perfectamente á D. Pedro, y dice de él como Ninon del marqués de Sevigné, que es un alma de cántaro en un cuerpo de papel mojado, habiendo fijado en él su esperanza, y soñado pasar junto á él la tarde de su vida, no quiere resignarse á perderle. El cariño que le profesa, es semejante al que profesa el viajero cansado al árbol que le presta su sombra, aumentado por la menor seguridad que tiene de su constancia. Le ama y le desprecia al mismo tiempo. Figúrese Vd. el efecto que la causaria la noticia de que D. Pedro intentaba casarse. Pensó que una mujer jóven, bella y pura podria quitarla el dominio de aquel alma, á ella cuya corona de rosas ajada por el tiempo y los placeres se deshojaba rápidamente; intentó pues impedir este casamiento: el medio de que se valió fué muy novelesco.

Su rival, que era hija de un comerciante y se llamaba Enriqueta, solia ir por las tardes á una iglesia acompañada solamente de una doncella á quien Matilde sobornó. Cuatro hombres armados se arrojaron una noche sobre las dos mujeres al volver del templo, las metieron en un coche, y se las llevaron dando muchos rodeos, á una casa aislada donde un hombre enmascarado robó á Enriqueta su honor, y donde permaneció encerrada hasta que dió á luz el fruto de su crimen, que segun la dijeron fué espuesto á la puerta de un sacerdote. Después la hicieron perder el conocimiento con una bebida, y la espusieron en una calle escusada, donde volvió en sí manchada para siempre.

Pero el interés únicamente aconsejaba á D. Pedro este matrimonio, pues sus locuras habian quebrantado su fortuna, y la de Enriqueta era su última esperanza. Así, aunque la creyó deshonrada, se asió á ella como el que se ahoga se ase de un clavo candente, maldiciéndole, pero sin soltarle; desde el dia de su matrimonio la profesó un odio mortal, y el mismo cariño que la inocente jóven le profesaba le parecia un tormento á que su mala suerte le habia condenado.

Mientras vivió el padre de Enriqueta este ódio no se atrevió á manifestarse, y solo Enriqueta la adivinó bajo la máscara de amor con que se cubria, padeciendo esos innumerables dolores que hieren al amor no correspondido, que á nadie se comunican porque nadie los comprenderia y que incitan al corazon como los alfileres con que la bruja del cuento asesinaba al gigante.

Pero cuando D. Luis murió, D. Pedro arrojó la máscara, y su aborrecimiento se mostró de pronto en toda su fuerza, tanto mayor, cuanto mas tiempo habia estado comprimido. En vano Enriqueta quiso poner en juego todos los resortes de la coquetería que su propio amor la hizo adivinar; en vano estudió todos los gustos de su esposo, le sacrificó hasta sus menores deseos, le sirvió de rodillas como una esclava, ó intentó dominarle como una reina. D. Pedro no se deslumbró con sus encantos, en que no paró la atencion porque la miraba sin verla, la despreció cuando la vió á sus pies, y se sonrió desdeñosamente de sus altiveces. Si alguna vez en una de aquellas largas horas que pasaban solos, sentados frente á frente y sin hablar, fijó en ella sus ojos y sus hermosas formas de leche y rosas, que envolvia entre blancos tules como una silfide, produjeron un deseo grosero en su gastada naturaleza, luchó con él y le venció como los monjes sus tentaciones guardando á su mujer el mismo respeto que el duque de Richelieu á su primera esposa. La lucha en que se habia empeñado Enriqueta era insensata.

Y sin embargo Enriqueta era pura como un ángel. Recogida en el hogar paterno como una violeta en el fondo del jardin, jamás dejó que se mostrasen sus formas, estudiadamente mal cubiertas, á las miradas públicas que las desfloran; jamás se lanzó en esas lúbricas danzas en cuyo torbellino ven las madres lanzarse á sus hijas sonriendo y sin alarmarse, danzas que pintan un siglo, y que aun ignoro si enseñan el arte de pecar ó desgastan la naturaleza. Los hombres reciben después estas mujeres marchitas y usadas en el mundo, aunque castas segun la teoría de los que creen que se conserva toda la flor porque no se ha llevado el viento sus pistilos, y las llaman sus esposas sin ruborizarse, aunque muchos de ellos se avergonzarian de tomar por esposa á una cortesana cuando hay cortesanas mas puras que ellas. ¿No valdria mas arrojar de una vez en el abismo del olvido la idea del pudor, que recortarla de esta manera? ¿No es esto destronar á un rey y aplaudirle coronándole de espinas y poniendo en sus manos el cetro de caña del *Ecce homo*? Es una fortuna que en nuestro tiempo no haya poetas de corazon, porque su vida seria un martirio horrible.

Enriqueta era la mujer para quien el amor es un sueño de niño, un deseo sin forma, una simpatía magnética, un misterio. La mujer que no conocia el pudor, porque aun duerme en brazos de la inocencia.

Enriqueta atribuia en un principio la falta de amor de D. Pedro á la desgracia de su inesplicable aventura; pero pronto se convenció de que era otro amor el que le distraia, porque pocas veces se oculta esto á la perspicacia de la mujer, y notó de paso una observacion que quizá no carece de interés: el hombre que es infiel á su esposa, generalmente la trata mal, mientras por el contrario nunca una mujer muestra mas amor á su marido que cuando le engaña. A mi modo de ver, este solo rasgo pinta la diferencia de carácter de los dos sexos.

Guiada por los consejos de una amiga imprudente, se determinó á dar un paso audaz, y concebible solo en quien conocia solamente el mundo por las novelas.

En compañía de un jóven con quien se habia criado se dirigió á casa de su rival. Este jóven se llamaba Julian, y su carácter merece una ligera descripcion.

Huérfano desde muy niño, solo recordaba como un sueño á su madre cuando le levantaba en sus rodillas y le enseñaba á orar, ó cuando creyéndole dormido depositaba un beso en su frente. El padre de Enriqueta le recogió y quiso dedicarle al comercio; pero Julian se aficionó á la lectura de tal suerte que pasaba las noches estudiando, y olvidaba todas sus ocupaciones por buscar libros raros y antiguos de teorías, D. Luis que le amaba como á un hijo solia decirle sonriendo: Julian, Julian, tú no serás nunca nada porque estudias demasiado; pero Julian no le hacia caso.

Este jóven alimentaba un amor profundo por Enriqueta, pero nunca se le confesó, porque era entonces estremadamente tímido, sobre todo cuando hablaba con Enriqueta. Desde que dejaba su retiro y sus libros, se encontraba en la tierra como en un país desconocido, temiendo á cada momento dar un paso en falso adorando á los ídolos de cieno dorado que adora el mundo, y que despues aprendió á despreciar. No sé si sus sentimientos eran escepcionales ó si son comunes á todos los que como él se crian en la soledad, y arrebatados por una ola se hallan de repente en medio del inmenso piélago de la civilizacion; pero lo cierto es que con un alma de fuego en que continuamente se revolvian turbulentas pasiones como la lava en el fondo del cráter, aparecia entre los hombres tímido como una doncella de quince años. Esta fué la causa de que su amor no llegase nunca á sus lábios, y de que permaneciese mudo delante de su amada, mientras los celos como serpientes de fuego se ceñian á su corazon, le prensaban y le devoraban. La misma fuerza de su natural salvaje le impelia á considerar las cosas siempre en los estremos, y del inocente cinismo de su primera edad pasó de pronto á un idealismo fanático, cambio que frecuentemente nos enseña la historia de los mártires cristianos. Enriqueta, que con la luz de sus ojos vivificó su alma, produjo tambien este cambio en sus sentimientos con su voz angelical. Ella le esplicó los misterios del amor puro, y levantando su alma con la suya le llevó fuera de los límites de la creacion á las riveras ignoradas del vulgo de los hombres, y que habita en sus sueños el alma de los poetas. Fué entonces poeta tambien, poeta de corazon; tenia como Plácido un universo en su cabeza distinto del universo conocido de los hombres; pero careciendo de medios de espresion su poesía estaba recogida y oculta dentro de su alma como un tesoro bajo la vigilancia del avaro: si su corazon, semejante á una lira Eolia, vibraba al impulso de todos los vientos, sus sonidos se perdian dentro de él mismo como los cantares de la vírgen en el fondo del monasterio.

Cuando se casó Enriqueta cayó herido de una enfermedad desconocida, que le tuvo durante algun tiempo á las puertas de la muerte; pero los cuidados de la medicina consiguieron salvarle; y como el corazon se acostumbra á todo, el suyo se acostumbró á ver á su amada esposa de otro. Luego, cuando vió á Enriqueta desgraciada, y recibió de ella las confesiones que hace una mujer á un hombre que no es su amante, se decidió á permanecer á su lado con el puñal siempre pronto á herir al que osase ofender á su amada. Este fué quien acompañó á Enriqueta á casa de Matilde.

Al verla no pudo menos de estremecerse, pensando con razon que mas fuerza tendria la flor del almendro para resistir al huracan que ella para luchar con Catalina. Sin embargo, al ver la espresion de altivez con que se engrandeció su rostro á la vista de su rival, y al percibir á esta temblando bajo su disfraz de impudicicia y audacia, conoció que habia olvidado la energía que comunica al alma la fé en el deber, al considerar las probabilidades de la lucha.

—Señora, dijo Enriqueta dando á su apóstrofe tal entonacion que parecia mas bien un insulto que una palabra de respeto, sé las relaciones que unen á Vd. con mi esposo, y mi decoro me prohibe dejar que prosigan. Vengo á rogar á Vd. que las rompa y no turbe mas el reposo de una familia.

—Señora, respondió Catalina sonriendo desdeñosamente y dando á su voz el tono de la mas punzante ironía, siento mucho no poder complacer á Vd. en lo que me pide; pero una fuerza irresistible que me ha hecho romper con todas las consideraciones sociales, me impide satisfacer tan justo deseo. El corazon es un tirano á quien es preciso asesinar ú obedecer.

Enriqueta quedó un momento suspensa, mientras Catalina la miraba siempre sonriendo.

—Si el interés la detiene á Vd., dijo por fin Enriqueta, yo la ofrezco á Vd. una renta mayor que la que puede ofrecerla mi marido.

Catalina se puso en pié repentinamente como si la hubiera picado una víbora, y fulminando á Enriqueta una de sus miradas de ódio, esclamó:—Señora, nadie tiene derecho para insultarme en mi casa, y Vd. menos que nadie. ¿Cree Vd. que cubre un velo tan espeso la historia del año anterior á su matrimonio, que no se trasparenta nada de lo que oculta?

Enriqueta al oir esto se puso pálida como la muerte.

—Oh! prosiguió Catalina, Vd., hipócrita de honor, se cree mas honrada que yo; pero yo al menos no engaño á nadie, ni en premio de su amor pongo á mi esposo en ridículo ante el pueblo que le señala con el dedo. Me ofrece Vd. oro porque me separe de mi amante. ¿En cuánto hubiera Vd. vendido á aquel galan fantasma que nadie conoce y que es el padre de un niño muy lindo que se está criando en París, y que segun dicen es un vivo retrato de Vd.? Aprenda Vd., señora, á conocer á las personas y á no confundir la mujer que cede á una pasion con la que se entrega al oro. Desde que amo á Pedro, se me han hecho muchas propuestas que hubieran halagado á una reina, y las he despreciado porque yo solo cedo á mi amor.

Era verdad lo que Catalina decia. No faltó nunca á D. Pedro, por mas que la hiciesen brillantes proposiciones; pero no era su constancia hija de su amor, pasion sobrado delicada para producir una vibracion en sus nervios de acero. No habia amado ni amaría nunca probablemente; pero muchos sentimientos diversos producen un mismo resultado, lo cual es una de las principales causas de que sea tan difícil el estudio del corazon del hombre.

La moralidad, la fé y el honor son palabras elásticas que cada uno conforma á su manera; y así es que hasta los hombres mas despreciables tienen su moralidad, su religion y su honor, porque todos tienen su orgullo. Catalina fundaba su moralidad en su constancia, ó en su fidelidad al menos, lo cual la costaba poco trabajo, pues estaba hastiada de placeres, y queria mejor conservar su rico amante, á quien dominaba hasta el punto de no temer su cansancio, que abandonarle por otro menos constante quizá. De este modo Catalina era fiel á don Pedro por hastío, interés y orgullo.

—Ah! esclamó Enriqueta deshecha en lágrimas, yo no he engañado á mi esposo; yo le he confesado la mancha que solamente la desgracia ha arrojado en mi frente, sin que yo la pudiera evitar.

—Pues si Vd. no le ha engañado, dijo Catalina volviendo á sentarse y mirándola con descaro, es decir que ha hecho Vd. lo que yo, que somos iguales, y que no tenemos nada que echarnos en cara, amiga mia.

Enriqueta se levantó á su vez, y dirigiéndose á Julian dijo solamente:—Vámonos.

El jóven la siguió, y sin mirar siquiera á Catalina, ibamos á salir de la habitacion, cuando se abrió la puerta y apareció en ella D. Pedro. Enriqueta al verle lanzó un grito, y se retiró hácia donde estaba Julian, mientras que Catalina dejaba asomar á sus lábios una sonrisa de triunfo, cambiando en seguida su fisonomía altiva en humilde y pesarosa.

—¿Qué significa esto? dijo D. Pedro adelantándose ceñudo al ver á Enriqueta en aquel lugar; ¿cómo está Vd. aquí, señora? Será quizá que espíe Vd. mis pasos?

(Se continuará.)

LOS AGUINALDOS DE LUCIANO.

(Conclusion.)

Por la mañana muy temprano nuestro imberbe Esculapio estaba en casa del farmacéutico: después de haberse llenado los bolsillos de drogas, voló á casa de la viuda Simon. No le habia engañado; su asilo era espantoso... Una cama carcomida con un jergon casi reducido á polvo, un cobertor malo y que apenas disimulaba la falta de sábana, una mesa rota, dos sillas viejas, y algunos pucheros componian todo el miserable ajuar de la viuda. Luciano la encontró levantada: le esperaba: una rápida ojeada por el aposento le manifestó lo que tenia que hacer aun. Puso sobre la mesa los objetos que llevaba, suplicó á la enferma que aguardase un momento, que iba á repa.ar *un olvido*; y bendiciendo la generosidad de su padre, corrió á comprar colchones, almohadas, y seguido de los comerciantes, los llevó á casa de la viuda Simon, que fuera de sí no podia creer lo que veia, y faltó poco para que espirase, débil y escuálida como estaba por efecto de su alegría, si Luciano no se hubiera apresurado á darla un cordial que tenia dispuesto.

En algunos minutos la cama se convierte en un lecho blanco y mullido, se limpió la habitacion, y Luciano salió con los operarios invitando á la viuda á que se acostase mientras él volvia. Así que Luciano volvió, se apresuró á encender fuego, preparó la tisana, en fin, dispuso todo lo que necesitaba la enferma, mientras que ella estaba estasiada con tanta bondad y liberalidad, y llamaba con viva fé sobre su jóven bienhechor las bendiciones del cielo... Una vecina caritativa se encargó de continuar la obra empezada por Luciano con tanto afan, y obligado á volver á su casa antes que su padre pudiese notar su ausencia, se despidió de las dos mujeres dando á la vecina las instrucciones necesarias para que suministrase los medicamentos, poniéndola en la mano una de las piezas de oro para comprar un cocido, una gallina y vino bueno; porque habia pensado con razon que la miseria de la viuda Simon y la falta de alimento conveniente á su mucha edad eran las principales causas de su mal.

Ardiendo en deseos de saber el resultado de sus esfuerzos de la víspera, Luciano corrió al dia siguiente á la casa habitada por la desgracia y la virtud: ¡ay! la pobre anciana habia sufrido mas que de costumbre... Al principio fué grande la perplejidad de Luciano; pero no pudiendo dudar de la eficacia de los remedios que la habia hecho aplicar segun la opinion de los mejores autores, y atribuyendo este incidente al cambio de régimen, la reiteró sus encargos, suplicándola que continuase sus prescripciones por algunos dias, prometiéndola que sentiria los benéficos efectos. La viuda Simon no se atrevió á oponerse, tan vivas fueron las instancias de Luciano, y se entregó confiada á sus cuidados y á la gracia de Dios.

Pasaron aun muchos dias sin que se mejorara sensiblemente la salud de la viuda, con gran disgusto de Luciano, que iba á visitarla todas las mañanas, y que jamás se marchaba sin vaciar su bolsillo en manos de la vecina que se habia instalado al lado de la enferma desde que *el doctor* proveia con tanta generosidad á cuanto necesitaban.

Por mucho cuidado que empleó Luciano en ocultarlo en la casa paterna, su padre lo conoció y lo mismo su esposa: no se engaña con tanta facilidad á los padres, sobre todo cuando quieren mucho á un hijo; le espían hasta las menores acciones. La tierna solicitud de Mr. y de Mad. Hervey les hizo estar intranquilos, porque ordinariamente el jóven no salia nunca solo sin prevenírselo y pedirle antes licencia. Al misterio en que se envolvia Luciano para salir furtivamente de la casa paterna se unia otro motivo de temor mas poderoso: *los aguinaldos* hasta entonces cuidadosamente guardados en el bonito bolsillo bordado con sus cifras, las piezas de oro, todo habia desaparecido sin que nuevos libros, nuevos útiles de artes ó ciencias indicasen por su presencia en la habitacion de Luciano el destino que habia dado á su dinero. Justamente alarmados y temiendo que su hijo querido contrajese alguna de esas amistades tan perjudiciales á la juventud inesperta, espiaron á Luciano, y sin ser vistos le siguieron una mañana en el momento que salia furtivamente con un aire tan turbado como si no estuviera tranquila su conciencia: las personas honradas procuran tanto ocultar sus buenas acciones, como los malos hacen alarde de cometer las malas; los dignos esposos se afligieron profundamente al ver al único vástago, al hijo que tanto querian, entrar en una casa de aspecto tan repugnante. Entonces se reprendieron mil veces en su interior su descuido y la confianza que le habian dispensado, y formaron un firme propósito de castigarle severamente aunque les desgarrase el corazon. Llenos de valor penetraron casi tan pronto como el jóven en el largo, oscuro y fétido portal, y subieron con precaucion en seguimiento suyo.

Lleno de ansiedad por la suerte de su protegida, Luciano estaba muy lejos de pensar que sus padres fuesen detrás de él como jueces inexorables dispuestos á castigarle, porque se creian odiosamente engañados por un hijo ingrato. Al llegar á la puerta de la habitacion se quedó escuchando, y no sintiendo ruido dió con cuidado vuelta á la llave, y se acercó de puntillas al lecho en que la viuda Simon dormia apaciblemente. Aquel sueño inesperado, el semblante de la enferma, la ausencia de la vecina, todo es para Luciano un buen presagio... no puede contener una esclamacion de alegría al contemplar su obra... la buena vieja abre los ojos, reconoce su bienhechor, y sentándose en la cama le echa al cuello sus descarnados brazos esclamando entre lágrimas de gratitud:

—¡Me habeis salvado la vida!...

Renunciamos á pintar la alegría de Luciano en aquel solemne momento... pero si su dicha es grande, formémonos si es posible una idea de la que esperimentarian M. y Mad. Herbey cuando supieron de boca de la misma viuda que no quiso callar á pesar de las reiteradas súplicas del modesto *doctor* todo lo que su hijo habia hecho por ella!

—¡Y yo que te acusaba! esclama M. Hervey estrechando al jóven entre sus brazos... ¡Qué leccion! en adelante no haré juicios temerarios.

—¡Ah! mi corazon me decia que Luciano no era culpable, esclama la feliz madre enorgullecida de tener tal hijo, y le colmaba de caricias.

—¡El culpable! esclama la convaleciente... él culpable, si es un ángel.

Deseando probar á Luciano cuán agradable les habia sido su buena conducta, M. y Mad. Hervey se informaron escrupulosamente de quien era la viuda Simon: todos les alabaron su probidad y su asiduidad al trabajo cuando su salud se lo permitia; les dijeron tambien que su marido el valiente Simon habia muerto en el campo de batalla, y que su pobre viuda habia solicitado en vano una módica pension, porque no conocia ningun alto personaje que la apoyara. M. Hervey se conceptuó dichoso en poder á la vez pagar la deuda de la patria, y continuar el acto de beneficencia de su hijo. Quince dias después de la interesante escena que hemos presenciado, la viuda enteramente restablecida se instaló en casa del padre de Luciano, reduciéndose su ocupacion á estar al cuidado de los criados.

¿Preguntamos á nuestros jóvenes amigos si Luciano habrá hecho buen uso de sus aguinaldos?

EL DIA DE ESTERO Y EL DE DESESTERO.

No sé de qué manera comenzar este artículo, lectores mios: y digo lectores, porque esta es una de las pocas ocasiones en que no quiero entenderme con las lectoras, ni llamarlas cariñosas, amables, benévolas, dulces, y otras muchas cosas mas con que se hacen lugar algunos escritores hasta con las bonitas. Y digo que no sé cómo comenzar este artículo, porque mi mesa se encuentra mas desarreglada y en mayor desórden, que los célebres polacos han dejado nuestra hacienda, nuestra administracion, y otra porcion de cosas que todos llamamos nuestras, y esta es la fecha en que yo por mi parte no sé de quien son. Me acaban de verter el tintero de un plumerazo: una porcion de papeles han salido echando venablos por el balcon: las plumas yacen desparramadas aquí y allí; rotas unas, corcovadas otras, abiertas de puntos todas: de los libros no sé qué decir. No hicieron tanto daño en la librería de D. Quijote las profanas manos del ama y el señor cura, como acaban de hacer en mi modesta biblioteca las de mi mujer y los criados en este dia, aciago para todo mortal que goza de una porcion de beneficios que proporciona la industria esterera. Y repito que no quiero entenderme hoy con las lectoras ni llamarlas amables, etc., etc., porque vosotras ¡oh mujeres! teneis la culpa de la mayor parte de los ratos de desesperacion que pasamos los hombres en este valle de lágrimas, donde yo no quiero llorar, y me he de reir hasta de mí mismo. Vosotras sí, mujeres de Satanás, que tal procedencia habiais de tener para que fueseis buenas, sois las que armadas de los zorros, el plumero y la escoba, todo lo invadís y nada se resiste al ejercicio de vuestra poderosa y soberana voluntad ejecutada de la manera mas tiránica de que hay ejemplo en las historias. Y no hablo aquí de una porcion de mujeres célebres en todos los ramos del saber humano, no porque me falte gana de ilustrar este escrito con innumerables citas, vengan ó no al caso, sino porque tal es el desbarajuste que hoy existe entre mis libros, que me seria imposible consultar ni uno solo que tenga relacion con la materia de que voy á tratar.

Si he de decir la verdad, no ha llegado aun á mi noticia que ningun escritor, ni antiguo ni moderno, se haya ocupado en asuntos *de estero y desestero*, aunque dicho sea de paso, le haya incomodado esta malhadada operacion tanto como á mí; pero al tratarse de hacer un alarde de erudicion no me seria difícil, pegue ó no pegue, recorrer de cabo á rabo la historia, para venir á hablar de los apuros, incomodidades y disgustos que ocasionan hasta al hombre de sangre mas fria *un dia de estero* y *otro de desestero*, en lo cual no haria otra cosa que imitar á algunos de nuestros mas *sábios*, *aprovechados* y *entendidos escritores* cuya erudicion, no cabiendo ya en su cabeza, se les sale á borbotones por todas partes hasta con perjuicio de sus obras.

Cada vez me tienen mas incomodado Adan, Eva y la serpiente, y hasta aquella pícara manzana, que no estaria tan cocosa como algunas que á mí me suelen traer para postre, porque entre todos han contribuido á poner el mundo en tal estado que necesitemos esteras para libertarnos del frio que nos regala el Guadarrama, y tengamos después que abandonarlas si no nos hemos de convertir en chicharrones en julio. Indudablemente que sin la tan sabida escena de la manzana la humanidad no tendria que habérselas á cada momento con el sastre, el zapatero, el casero, y otra porcion de enemigos de su tranquilidad, y á esta fecha estaríamos todos cogiendo nidos y florecillas en aquella dichosa mansion llamada Paraiso; pero aquí, lectores, me ocurre que si el tal Paraiso habia de ser como el del teatro Real en una noche de estreno de funcion, me alegro que Adan, Eva y la serpiente hiciesen méritos para que sus descendientes no habitemos en tan abrasadora mansion.

El estero y el desestero son dos operaciones de que estan exentas dos clases de la sociedad, por aquello sin duda de que los estremos siempre se tocan. Ni los muy ricos, ni los muy pobres sufren las incomodidades de esterar ó desesterar: los primeros porque sus criados y dependientes se encargan de tan enfadosa tarea, y los segundos porque desgraciadamente para ellos son los que mas cerca se encuentran, por su desnudez, del estado en que vivieron nuestros primeros padres. Dejaremos á los ricos adormecidos en sus muelles y acolchonadas butacas al lado de sus magníficas chimeneas, pisando alfombras y aspirando un aire embalsamado por delicadísimos perfumes, sin comprender siquiera cómo se puede vivir sin tales comodidades, y á los segundos los abandonaremos tambien, porque á pesar de nuestros buenos deseos para remediar su desgracia, sus miserias y escaseces, necesitan *algo* mas que deseos, y justamente de ese *algo* es de lo que nosotros andamos bastantes escasos. Ocuparémonos por último de aquellas personas que sin ser muy ricas ni tampoco muy pobres encuentran en *el dia de estero y el de desestero* ó un gran medio de gozar y divertirse, ó una ocasion para rabiar y desesperarse. Os parecerá imposible, lectores, que un mismo acontecimiento, una misma operacion, pueda producir la alegría en unos y la desesperacion en otros; pero yo os esplicaré *el busilis* de tal enigma, que es como si dijéramos hablando á lo matemático, *la incógnita del problema*.

Si alguno de cuantos lean estas líneas es oficinista del estado ú ocupa algun puesto en la Biblioteca Nacional, me dirá con franqueza si *el dia de estero ó de desestero* (advirtiendo como de paso que en la susodicha Biblioteca se destinan á cada una de tan *importantes* operaciones quince dias ó sea un mes al año) no le espera con impaciencia, y si su llegada no es motivo de júbilo y alegría para él y aun para todos sus compañeros. Este dia se destina por casi todos los empleados á giras de campo, á cacerías, á visitar en cualquier pueblo inmediato á algun amigo ó pariente, es decir, á eso que se llama vulgarmente *echar una cana fuera*, aunque el protagonista sea enteramente calvo, ó tenga el pelo mas negro que una mora. Cuando el *estero* dura dos ó tres dias ó hasta quince, como en la Biblioteca, la gente burocrática, estenuada por el continuo, improbo, penoso y aniquilador trabajo de resolver y estractar *dificultosísimos*, *intrincadísimos y voluminosísimos* espedientes, necesita aprovechar este tiempo para distraer su imaginacion agobiada con el peso de una vida atareada, y sobre todo sin recompensa. Para llenar este objeto dispone con otros cuantos amigos una cabalgata hácia un bosque inmediato, donde piensan divertirse en una gran cacería. Llevan abundantes municiones de boca, ricos vinos de Champagne, Bourdeaux etc., una posicion oficial que les recomienda con los pobres labriegos, ciudadanos independientes que les reciben sombrero en mano, y les franquean su casa, para que puedan comparar la miseria de sus pobres viviendas con el lujo de las oficinas del estado, aunque despues ni se acuerden de las pobres chozas donde tan cordial acogida encontraron, ni de las personas que se la dieron, y pasado tan sabroso paréntesis en la vida oficinesca, se vuelven proyectando otra espedicion igual para la época *del desestero*.

Todas las cosas dicen que tienen dos caras: hemos visto por la buena, aunque empolvada, *el dia de estero*, y cómo le invierten los oficinistas: veámosla ahora por la mala, y quedará probado lo dicho anteriormente.

Figuraos, lectores, un pobre pretendiente que ha venido desde su provincia á saber la resolucion de un negocio que tiene pendiente hace una porcion de meses en tal ó cual oficina del estado, que llega, y al apearse de un galeron, acelerado por supuesto, y que anda á legua por dos horas, toma un cuarto en *El Meson de los Huevos*, se quita el polvo del camino, se pone la ropa del dia de sus bodas, se afeita en la primera barbería que encuentra al paso, se encamina á la oficina donde tiene su solicitud, y lo primero que sale á su encuentro es una enorme columna de polvo que le ensucia su vestido nuevo, en seguida tres ó cuatro ganapanes, armados de zorros y escobas, que no hacen caso de sus preguntas, y por último un portero de malísimo humor, y con la cara de vinagre que es peculiar á esta clase de domésticos, que le contesta: estamos de estero: vuelva Vd. dentro de ocho dias...

—¡Ocho dias! esclama nuestro pretendiente volviendo la espalda bruscamente ciego, no sé si por el polvo de las esteras, ó por la ira que le causa tan terrible contestacion...

Figuraos tambien, lectores, que un hombre dedicado á trabajos literarios necesita consultar una obra, que no tiene ni la hay en las librerías de sus amigos, y que solo encontrará en la Biblioteca Nacional; haciendo un punto en sus tareas, se provee de papel, se dirige á dicho establecimiento público, y cuando llega á la puerta, lo primero

que en ella ve es un papelito pegado con obleas que le dice: se prohibe la entrada en este establecimiento durante los quince dias de estero: por cuya razon tiene que renunciar á saber lo que desea; y figuraos tambien, aunque esto parezca ya mucho figurarse, la cara que pondrá este hombre si además de literato es por apéndice feo, apéndice que no suele faltar á los del gremio literario, y podreis comprender fácilmente su cariño hácia las esteras.

Pues seguid figurándoos el gesto que pondrá cualquier ciudadano honrado y pacífico la noche que cuando va á acostarse tranquilamente en su duro ó mullido lecho, le anuncia su querida consorte que al dia siguiente tiene que madrugar, y marcharse de paseo aunque caigan bombas, si no quiere presenciar la revolucion mas espantosa, el desórden mas grande, la trapisonda mas horrible que convertirá su casa en una verdadera Babilonia, en que no quedará títere con cabeza, si estos títeres son sillas, camas, colchones, mesas, libros, papeles, cuadros, armarios, cómodas, y demás muebles que componen el ajuar, hasta de la mas modesta vivienda, y me direis si no se declarará en la mas completa rebelion contra las esteras.

Y continuad figurándoos un rato mas, qué tal le sentará á cualquiera volver á su casa fastidiado, y encontrarse su mesa en el mayor desórden, el tintero vertido, las plumas estropeadas, su librería revuelta, un tomo del *Quijote* al lado de otro de la *Biblia*, dos tomos de Voltaire con uno de San Agustin, la *Atala* junto al *Judío Errante*, á su mujer hecha un diablo con pañuelo á la cabeza y medio desgreñada, envuelta en un viejo, sucio y roto guardapiés, que forma el mas grotesco traje con la almilla de dormir, á las criadas pegando zorrazos á diestro y siniestro sobre todo cuanto está á su alcance, á los niños llorando entre una nube de polvo, porque ven en cada maritornes un Herodes que ha mutilado seis pastores de su nacimiento, ha arrancado la cabeza á San José de un mandoble, y amenaza la mas espantosa ruina al portal de Belén, cuya arquitectura se resiente en tan horrorosa tempestad; á los gatos con el lomo encorvado y las colas espeluznadas, que bufan y tratan de hacerse fuertes en un rincon, y me confesareis francamente con qué humor se pondrá este hombre á escribir un artículo sobre lo que se sufre ó se goza *en un dia de estero y en otro de desestero*...

EL BARON DE ILLESCAS.

Octubre de 1854.

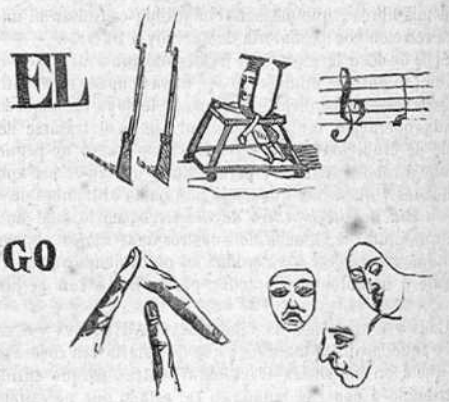
A J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

Faz de alegría y corazon de pena,
A los mortales el poeta rie,
Llora á los cielos: cuando todo calla
Suena su acento!
Incierto cruza el agostado mundo,
Como reflejo de ignorada estrella,
Pisando abrojos y vertiendo flores,
Angel proscripto.
Quizá en la noche al corazon cansado,
Péndola viva del reló del alma,
Lleve la mano y su latir perenne
Trémulo cuenta.
Ora abrumado por gigante idea,
Que surge inquieta en su hervorosa frente,
Detiene el pié y al firmamento mira—
Lanza un gemido:
Y el viaje sigue. ¿Adonde va?... lo ignora...
Génios de llanto que velais su vida,
¿Dó va, decidme, ese cantor sombrío?
¡Nadie lo sabe!
Es un misterio... Y el suspiro ardiente
Que, al cielo oscuro, silencioso y triste,
En ánsia eterna suspendido, el vate
Intimo envia;
¿Espira acaso en el callado viento
Sin que en la vaga inmensidad despierte
Eco ninguno que á endulzar su pena
Vaya amoroso?
No; aquí estoy yo que á tu plañir respondo,
Bardo querido: penetré tu mente...
¡Tambien me llena el que tu sien agita
Mágico aliento!
¡Emanacion de la esperanza inmensa
De libertad que, sobre el mar del tiempo
Luce, cual norte de la raza humana
Puro y tranquilo!
¿No á su luz ves, en la apartada orilla
De ese oceano tempestuoso, alzarse,
Surtiendo flores, colosal y arpada
Sacra palmera?
De su follaje trasparente cuelgan
Verdes coronas, y ondeantes liras
Que, en son etéreo, de la vida el canto
Blandas repiten.
Oyes?... Nos llaman los divinos seres
Que, la nocturna oscuridad surcando,
El corazon á despertar venian,
Castos amores.
Ellos acaso á la inmortal belleza
Nos lleven raudos, al iman superno
Que nuestras almas vagaroso atrae...
¡Vamos, hermano!
Corre á través del enlutado espacio
Genio de luz... yo seguiré tus huellas...
¡Oh!... ¡Qué horizonte de misterio y vida
Se abre á mis ojos!
Sordos rumores, conmocion estraña
La tierra inundan: su anhelosa vista
Al orto vago las naciones vuelven...
¡Santo silencio!
Ya del Eden, con soberano arrullo
Se eleva allá la virginal paloma
Que, al blanco sol de caridad precede,
Fausto lucero.
¡Sereno avanza, el Universo en gloria
Trasfigurando ¡Oh corazon potente.
De la espatriada humanidad! ¡Oh dia!
¡Liras, decidle!
Las negras sombras del error vencidas,
Entonces Cristo reinará en la tierra...
¡Héle que llega en sonrosados iris,
Plácido y grave!
De polo á polo el sacrosanto leño
Sus brazos tiende, y á su abrigo cantan
Los pueblos todos con estruendo suave
Himnos de gozo.
¡Ah! ¡mira hermano!... A acompañar volemos
Ese concierto universal que suena
Del porvenir en la inefable sombra;
«¡Libre es el mundo!»
«¡Libre es el mundo!» en estrellada zona
Que á los eternos horizontes llega
Con caractéres de diamante brilla...
«¡Libre es el mundo!»

GUMERSINDO LAVERDE RUIZ.

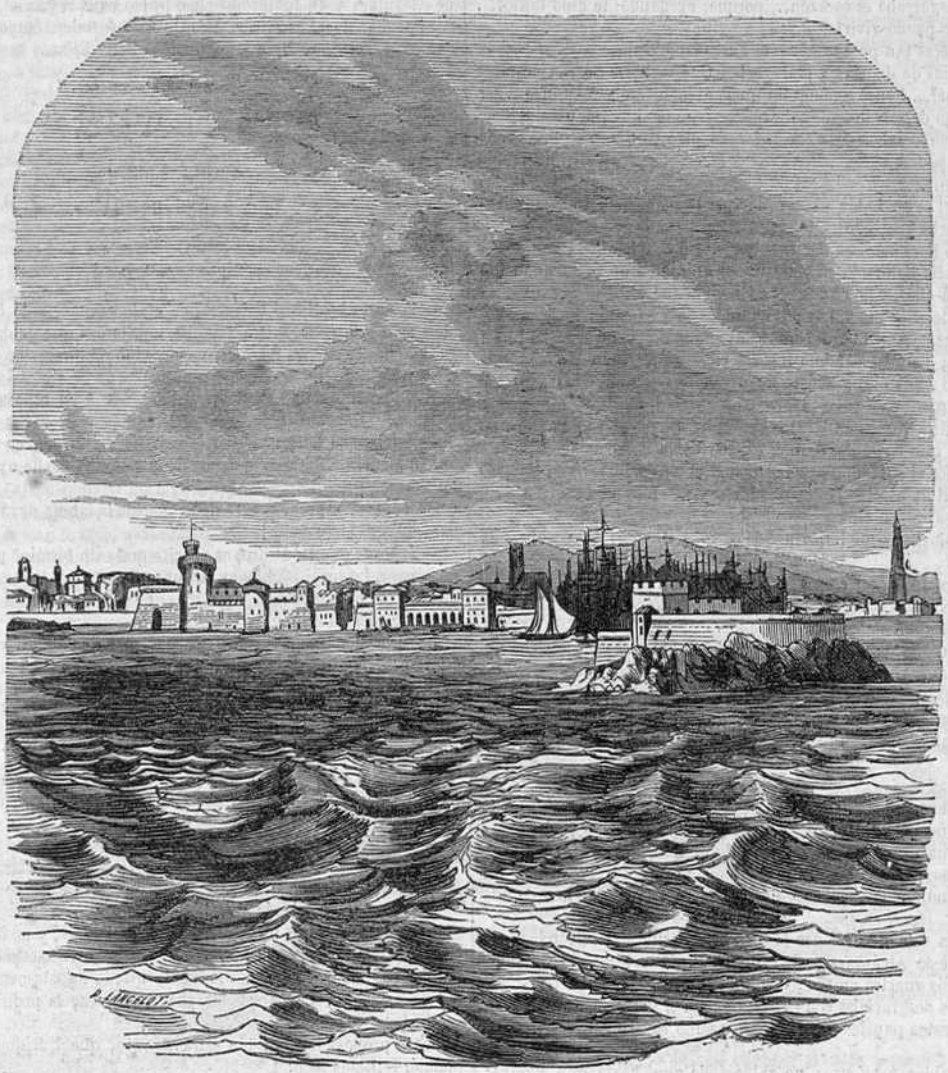
Julio de 1854.

JEROGLIFICO.



Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



VISTA DE LIORNA.

EL CASTILLO DE CABRA.

(1340.)

I.

Apenas doraba el sol con sus últimos rayos las pardas almenas del castillo de Cabra, cuando D. Juan Ponce su propietario salió de la habitacion en que acostumbraba á estar, y se dirigió pensativo á la torre de Oeste. Ya iba á meter la llave en la cerradura de una de sus puertas, cuando un hombre en traje de camino y lleno de polvo se acercó á él apresuradamente.—¿Viste al gran maestre de Alcántara? preguntó Ponce.—Sí señor. Díjome que dentro de dos horas debiais ir á ver á quien vos sabeis, y que esta noche fuese yo á su castillo para acompañarle hasta aquí; quiere hablaros en secreto.—Está bien, Rui Perez: retirate.—Entró en seguida el caballero en la torre. Sentada en un sitial estaba una hermosa jóven pobremente vestida: su aire es sombrío; su mirar tétrico, y el disgusto y la languidez se ven pintados en su rostro; algunas lágrimas que se deslizan por sus mejillas van á deshacerse en su agitado pecho. Al entrar el de Ponce en la habitacion se levanta la jóven llena de terror.—Cielos!... sois vos?—El mismo, Elisa: sosegaos... sabeis cuán puro es mi amor; dadme alguna esperanza...—Jamás: ya os he dicho que no puedo amaros; vuestra audacia me irrita, vuestra presencia me es odiosa.—Insensata!... me desprecias.—No os desprecio; pero no os amo.

En vano pretende el caballero oir una palabra de esperanza: sus súplicas, sus amenazas, nada puede hacer variar de resolucion á la hermosa jóven. Oyese entonces un reloj, y el propietario del castillo de Cabra sale de la habitacion diciendo: «malditos sean el rey de Marruecos y el maestre de Alcántara.

II.

Es de noche; negras y agrupadas nubes impiden ver el astro nocturno... no se oye el mas pequeño ruido, escepto el grito del funeral mochuelo. Elisa, asomada á la ventana de la torre, recorre con ojos impacientes la oscuridad que la rodea.—Nada se oye... ¡Ah!... acaso se hayan frustrado sus planes; en el papel que atado á una piedra me arrojó, decia que esta noche tuviese abierta la ventana, que él conseguiria escalar mi prision... sin embargo, tarda mucho... Me parece que oigo pasos en el foso... sí, él es!... Oh dicha!... ya ha doblado la escarpa... ya va trepando por las piedras con la espada en la boca... el estado ruinoso de esta parte de la muralla le favorece... Fernando! ..

—Elisa mia, dijo el jóven saltando por la ventana; al fin te vuelvo á ver!

—Sí; pero en qué estado!... sola, triste, desesperada; después de aquella noche fatal en que hospedamos en nuestra casa á D. Juan Ponce y á sus criados, perdidos en el bosque de vuelta de caza; después de aquella funesta noche en que el monstruo pagó con el rapto la hospitalidad que le dimos, no he tenido un momento de tranquilidad; mis

lágrimas han corrido por mis mejillas pálidas y marchitas .. tu memoria me desgarraba el corazon... porque, Fernando, te amo tanto!... Oh! sin tí no puedo vivir!

—Tú me eres tan precisa como el aliento que respiro... Elisa adorada, manantial de delicias y placeres!... Qué no haria yo por librarte de tu opresor?... Pensé esponer mi queja al justiciero rey Alfonso... seguramente no dejaria impune tal crímen; pero me he contenido al pensar que Ponce lo sabria y te trasladaria á otro sitio mas seguro adonde acaso no podria verte. . Pero voy á leer estos papeles .. he tenido un encuentro...

Dios mio!... no habia observado que tu mano está ensangrentada.. ¿Qué te ha sucedido?... habla.

—Cuando llegaba cerca del castillo, divisé dos hombres que caminaban despacio hablando en secreto: me acerqué á un árbol que estaba próximo á ellos, y no pude entender sobre qué versaba su conversacion... uno de ellos me vió, y advirtiéndoselo á su compañero, ambos sacaron las espadas y cayeron sobre mí con el mayor furor... La lucha era desigual; pero tu memoria me dió valor y fuerzas, y á pocos golpes cayó uno á mis pies y el otro huyó por la espesura. Entonces me llego al que mordia el polvo; pero la oscuridad me impide conocerle... le registro, y encuentro estos papeles... En el calor de la pelea no eché de ver que la punta de una espada habia arañado ligeramente mi mano; pero sí entendí claramente que el uno gritaba: «Es preciso que muera, Rui; ha oido la conversacion y estamos perdidos... Díselo á tu amo si sales con vida.»

—Santo Dios!... ¿Qué hubiera sido de mí si cayeras á los golpes de tus asesinos?

El jóven se puso á leer los papeles á la luz de una lámpara que pendia del techo, y Elisa seguia con la vista sus movimientos.

—Qué hallazgo!... esclamó Fernando.

—Qué es eso?... estás trémulo!... Oh!... no sé qué pensar.

—Elisa, dame tus brazos... ahora mismo voy... sí, no debo perder momento.. Diciendo esto ya estaba sobre la ventana el animoso jóven.

—Pero Fernando!...

—Adios, alma mia! aun podemos ser felices si el cielo me protege!...

III.

—¿Eso es exacto?

—No lo dudeis; los papeles os convencerán mejor que mis palabras... él os ha usurpado vuestro castillo de Cabra, y á mí me ha robado la prenda que mas quiero: ambos podemos quedar vengados. En esta ocasion no puede contar con el valimiento del gran maestre de Alcántara.

—Oh!... en sabiendo Alfonso la inteligencia que tienen con los moros el maestre de Alcántara y don Juan Ponce, castigará la traicion, vos recobrareis vuestra amada, y yo mi feudo.

—El que os desgraciaba con el rey, que era el maestre, ya no puede hacer daño; estos papeles firmados de su puño son su causa y su sentencia.

—Voy á hablar á Alfonso; no salgais de aquí hasta que vuelva: adios, Fernando.

—Guarde el cielo al gran maestre de Calatrrava.

IV.

—¿Con que un solo hombre os hizo huir?

—Aquel no era hombre; era un demonio: yo quedé tendido en tierra atontado de un golpe que me descargó en la cabeza, felizmente de plano; á no ser así, estoy á estas horas con mis abuelos. Entonces debió quitarme los papeles.

—Estamos perdidos, maestre!

—Lo sé, Ponce. ¿Y qué hacemos?... Pasarnos al moro?...

—Si podemos, es nuestro único recurso. Lo que siento, pesia mi alma, es que por acudir á vuestra cita no pude sacar partido de una jóven que tengo encerrada aquí, y que ya se iba dando á partido... queria nada menos que atravesarme el corazon con mi daga.

En esta conversacion oyeron ruido de caballos en el patio del castillo: apeáronse multitud de ginetes, á cuyo frente venian el gran maestre de Calatrava y Fernando. Al entrar la comparsa en el salon, esclamó Ponce:

—Maestre, ¿qué es esto?... ¿Qué venís á hacer aquí?...

—Tomar en nombre del rey Alfonso posesion de este mi castillo.

—Será posible!...

—Y yo, interrumpió Fernando, á rescatar una jóven que pretendiais seducir.

—Maldicion!... gritó el de Alcántara.

—A las armas! dijo el de Ponce.

—Es inútil toda resistencia: hé aquí la órden firmada de Alfonso... nadie se mueva si no quiere morir. Vos, maestre de Alcántara, dadme vuestra espada; quedais preso. Seguidme.

—Dos dias despues fueron degollados públicamente el gran maestre de Alcántara y D. Juan Ponce por traidores al rey.

Dos dias despues el rey Alfonso hizo escudero suyo á Fernando, que recibió ante el altar la mano de la bella Elisa.

ESPERANZA.

NOVELA ORIGINAL

POR PABLO GAMBARA.

(*Continuacion.*)

—Yo te lo esplicaré todo, dijo Catalina, cargando la pronunciacion en la sílaba *te*, que adivinaba lo dolorosa que debia de ser para Enriqueta. Tu esposa ha venido, prosiguió, á ofrecerme dinero porque me separase de tí.

—¡Infame! esclamó D. Pedro fulminando á su esposa una mirada terrible.

—Esto me ha hecho conocer la infamia del estado en que he caido por tu amor; ha quitado la venda de mis ojos, y me he avergonzado de mí misma. ¡Que despreciable debo de ser cuando hasta la que olvida sus deberes de esposa, y hace de su marido la fábula de la ciudad, tiene derecho á despreciarme!

—Señora, dijo D. Pedro, es preciso que esto termine alguna vez, y terminará. Lo juro. De hoy en adelante respetará Vd. como á mí mismo á todas las personas que yo quiera, que no valen menos que Vd. porque sean menos hipócritas.

—Yo tambien he sido insultada, esclamó Enriqueta, y no esperaba, por cierto, que mi reputacion fuera menos apreciable á mi marido que la de otra mujer cualquiera.

—Reputacion!... Buena es aquella que se perderia si se viese del todo.

—Tú sabes si he sido culpable.

—Yo sé una fábula que me contaste, y que solamente podia engañar á un necio; pero aun cuando fueras la mujer mas pura, deberías de respetar á quien yo amo.

—¡Respetar á una mujer perdida!

—Sí.

—Jamás!

—Yo te digo que será, y será.

—Siempre creí que un esposo era un protector, y no un tirano.

—Cuando una esposa es humilde y honrada. Respetarás á Catalina, porque yo lo mando; y como la has insultado injustamente, para que ella se satisfaga, y tú aprendas para otra vez, la pedirás perdon de rodillas.

Esta proposicion era tan estravagante, que Enriqueta solo respondió:—¡Estas loco!

—No, no estoy loco, esclamó D. Pedro; pero quiero ser obedecido, y lo seré. La pedirás perdon.

—Jamás!

D. Pedro la sacudió violentamente del brazo, y ella lanzó un gemido. Julian no pudo esperar mas: derribó á D. Pedro con tanta facilidad como pudiera hacerlo con un niño, y oprimiendo su pecho con su rodilla, levantó sobre él un puñal.—¡Oh! le dijo, has hecho llorar á Enriqueta, y vas á pagar cada una de sus lágrimas con sangre de tu infame corazon.

Debió de leer en sus ojos D. Pedro su sentencia de muerte, mejor aun que en sus palabras, porque no hizo una súplica ni lanzó siquiera un gemido. El espanto le habia helado hasta la médula de los huesos. Ya iba Julian á herirle, cuando Enriqueta lanzando un grito de angustia, le detuvo la mano y esclamó: No le mateis, no le mateis!

—Te ha hecho llorar! le respondió con el puñal siempre alzado.

—Y su muerte me hará llorar aun mas.

—Es un infame!

—Yo le amo.

Al oir esto, bajó Julian el puñal y se levantó con el corazon destrozado. Enriqueta amaba á aquel hombre, harapo del vicio, cobarde y grosero, que nunca la habia correspondido; mientras Julian, que la amaba, que la adoraba como á su dios, no la merecia sino amistad.

—Levántese Vd., dijo á D. Pedro, y aprecie á su esposa á quien debe la vida.

D. Pedro se levantó, y salió del salon.

—Vd. lo ha querido, dijo entonces á Enriqueta; pero acaso hubiera sido lo mejor que no hubiera vuelto á levantarse.

—¡Oh! no, no, esclamó ella palideciendo de nuevo á la idea de la muerte de su esposo; matarle seria matarme. Y en fin, su culpa es menor de lo que aparece; porque no es suya, sino de su pasion; y la

fuerza de las pasiones solo pueden comprenderla los que la han sentido.

No tuvo fuerzas Julian para responderla, porque estas palabras habian abierto de nuevo las heridas de su corazon. Sintió correr por sus mejillas una lágrima, que Enriqueta no vió, absorta en sus propios dolores; é iba á salir, cuando me sentí cogido por la espalda por dos criados que D. Pedro habia llamado en cuanto se vió libre.

—Atadle bien, decia D. Pedro, atadle bien, y conducidle á la cárcel. Ha querido asesinarme.

—¡Infame! esclamó Julian pugnando por defenderse; pero sus esfuerzos fueron inútiles, pues los criados le habian cogido estando descuidado, ligando sus manos antes de que pudiera hacer un movimiento.

—Estoy en tu poder, dijo volviéndose á D. Pedro al salir de la habitacion; pero te juro por mi alma, que si un dia me hallo en libertad y sé que no has respetado á tu esposa como á un ángel, tomaré una venganza terrible.

Se sonrió desdeñosamente, y volviéndose á Enriqueta comenzó de nuevo la conversacion cortada tan bruscamente. Aun no habia andado algunos pasos Julian, cuando oyó llorar á Enriqueta. La violencia volvia á comenzar, y esta vez su puñal no podria interponerse entre la víctima y el verdugo.

D. Martin terminó así su relacion; pero Eugenio, que se sentia curiosamente interesado, le preguntó:

—¿Y qué pasó después?

—Después... dijo D. Martin; pero una voz de mujer le interrumpió diciendo á su espalda:—Después Julian siguió preso; Enriqueta vive aislada como una monja, y Vargas es con Matilde el escándalo de Lisboa. ¿No es verdad, D. Martin?

Eugenio y D. Martin se volvieron sorprendidos, y vieron detrás de ellos á Matilde que habia oido su conversacion.

VII.

Estaba llorosa; pero sus lágrimas no eran las de la debilidad, sino las de la fuerza rebelde bajo la misma planta que la oprime, que no renuncia jamás á la esperanza de la victoria, y que mientras quebranta su cuerpo en inútiles esfuerzos para levantarse, medita y saborea los placeres de su futura venganza. Aquella mujer, á pesar de su tez blanca como el jazmin, delicadamente sonrosada en las mejillas, á pesar de sus ojos azules que levantaba al cielo, y en los cuales brillaba una luz tan pura como la del primer rayo de la aurora, á pesar de sus rubios cabellos y de sus lágrimas y gemidos, era una mujer imponente. Sus formas eran dignas de una matrona romana ó de una reina. En su frente ancha, sin surcos y algo inclinada, hubiera podido leerse toda una existencia borrascosa y acaso criminal. Su nariz un poco achatada y sus labios algo descoloridos, semejantes á rosas ajadas, acusaban su vida de orgía y su abandono á la voluptuosidad; y por último, la redondez de sus pómulos, ligeramente indicada, la finura de la nariz en su estremidad, y la prominencia de su barba, eran signos inequívocos de la fuerza de su ira, de su firmeza y su valor. Mujer creada por el infierno, tenia en su alma todas las pasiones, y en su rostro estremadamente móvil una máscara conveniente á todos los papeles. Su magnética mirada tenia algo del mágico poder que el vulgo atribuye á la de la serpiente: era por sí sola una fuerza incontrastable. Os descubria un cielo de voluptuosidades cuando os miraba amorosa, y os heria el corazon cuando os miraba irritada. Lo mismo que su mirada tenia todos los sentimientos: su voz imitaba todos los sonidos; ya era un arrullo mas tierno que el de las palomas campesinas, ya el aullido de una fiera que se siente herida por el dardo de un cazador. Cuando una pasion vibraba su alma, creo que aun cuando hubiera pronunciado solo palabras inconexas que no produjeran sentido alguno, con solo el sonido de su voz hubiera conmovido y alcanzado su objeto.

Eugenio se quedó sorprendido; pero D. Martin al verla se levantó, y la hizo un respetuoso saludo, clavándola una mirada irónica, y diciéndola sonriendo con desden:

—A los piés de Vd., Matildita.

—Prosiga Vd., dijo esta con voz un poco enronquecida por la cólera; que mi presencia no sirva de obstáculo á su ingenio para desplegarse; prosiga Vd. destrozando mi reputacion como un juguete, como una flor que se deshoja por entretenimiento. ¿No cree Vd. que debe de estar orgulloso de sus palabras? ¿Se ronrie Vd?... Hace Vd. bien, porque mi cólera es impotente; pero si tuviera Vd. un átomo de honor en el corazon, no sostendria mis miradas con esa calma. Aun cuando no hubieran salido de los labios de Vd. sino palabras de verdad; aun cuando yo fuera una mujer perdida, porque la pasion combatiendo mi alma con mas fuerza que las de los otros seres me hubiera arrastrado como un genio infernal al abismo de la infamia, ¿seria justo, seria noble decir lo que Vd. ha dicho á una persona que no me conoce? ¿Quién ha dado á Vd. mi reputacion por juguete? ¿Es quizá porque yos una mujer débil, y sabe Vd. que no tengo á mi disposicion un brazo armado con una espada? ¡Digna accion de un caballero, insultar á una mujer indefensa!

—Señora, dijo con calma Martin, que la escuchaba sonriendo irónicamente, todo lo que Vd. dice es verdad; pero ¿quién puede contener su lengua cuando la impulsa el demonio de la maledicencia? Sabe Vd. que no me precio de galan; que considero la vida como un gran combate en el que quien da mas golpes cumple mejor con su deber, y que no creo en la debilidad de las mujeres hermosas cuando tienen el corazon de mármol, pues cada una de ellas tiene á su disposicion los brazos de cien hombres valientes, bastante locos para morir en su defensa; pero á pesar de eso soy lo bastante cínico para insultar á una virtud tan reconocida como la de Vd., lo bastante cruel para quitar la venda de los ojos á un jóven, y evitar que caiga en sus redes, y hasta para calumniar á Vd. si se la pudiera calumniar.

Si Martin hubiera sido á propósito para dejarse fascinar por una mirada, de seguro que los relámpagos de fuego que destellaban los ojos de Matilde le hubieran aterrado, porque jamás los ojos de un tigre hambriento que ha olido la sangre destellaron un fulgor mas terrible; pero Martin con la sonrisa en los labios soportaba su ira complaciéndose en ella al parecer.

—Sí, dijo Matilde, prosiga Vd., que puede hacerlo sin temor, porque sabe muy bien que nadie me defenderá; pero si se supieran los motivos que le mueven á obrar, un juez imparcial encontraria cual de los dos era el culpable, cual de nuestras almas era la mas vil.

—Señora, respondió Martin, yo no defenderé la nobleza de mi alma, porque hace mucho tiempo que he aprendido que las palabras nobleza, honor, grandeza de alma, etc., etc., son palabras vanas ó que encubren sentimientos vergonzosos. El mundo las emplea como los términos de cortesía con que encabeza ceremoniosamente sus cartas, y que nada significan. En cuanto á los motivos que me han impulsado á hablar, no tengo otro que mi mal corazon, que yo sepa.

—O que quiera Vd. decir por lo menos; porque no creo posible que exista en un hombre tal maldad de corazon que le obligue á destrozar así la honra de una mujer que nada le ha hecho. Ha querido Vd. dar á entender que hablaba para librar de mis redes á este jóven; ¿pero cuándo se las he tendido? Diga él mismo si alguna vez le he dirigido una palabra ó una mirada que dé motivo á tal recelo. Además de que no es de ahora el odio que Vd. me profesa; hace tiempo que la calumnia murmura en torno mio como el buitre que se cierne en círculos cada vez mas pequeños en torno de su presa, sin que yo haya podido conocer su origen hasta este momento.

—¿La calumnia?

—Sí; porque en todo lo que Vd. ha dicho no hay una palabra de verdad; no hay mas que una coleccion de circunstancias triviales de que Vd. se ha valido para levantar sobre ellas una novela, y Vd. lo sabe mejor que nadie. Ahora la calumnia ha rodado, la han visto á cierta luz, y mi justificacion seria imposible aun cuando Vd. la intentara.

—Pierda Vd. cuidado.

—¿Quién sabe? dijo en voz baja Matilde, lanzando al mismo tiempo una mirada de fuego á Martin que la sostuvo sin pestañear. En seguida prosiguió: Mi destino está sellado, y mi deshonra decretada por Vd. se ha cumplido. Me ha impuesto Vd. la pena con que me amenazó el dia en que desprecié sus deshonrosas proposiciones, y estoy deshonrada por haber conservado mi honor.

—Ni Matilde Diez representaria como Vd., murmuró Martin, haciendo por aparecer sereno, aunque mordiéndose los labios, algo desconcertado por esta vulgar pero oportuna salida de Matilde.

—Sí, dijo esta, Vd. ha sido bastante audaz para ofrecerme su amor, y bastante infame para calumniarme por no haberle aceptado. Mi defensa seria ya inútil, porque no puedo defenderme ante todo el mundo, mas dispuesto á creer lo malo que lo bueno; pero lo haré por lo menos ante una persona para que publique mi inocencia, y los hombres honrados desmientan á Vd. Caballero, dijo volviéndose á Eugenio, está Vd. en el principio de la vida y no conoce apenas mas que las apariencias: si quiere Vd. tomar una leccion provechosa, venga Vd. á mi cuarto á las diez, que estaré sola. En cuanto á Vd., D. Martin, recuerde que me ha ofendido, porque mi venganza no puede tardar mucho tiempo.

Dichas estas palabras, se alejó rápidamente, pero con la majestad de una reina.

—¡Qué mujer! dijo D. Marrin.

—¿Será inocente ó culpable? murmuró Eugenio, siguiendo en alta voz el monólogo mental que habia empezado desde la mitad de la conversacion, y que giraba sobre esta frase.

—¿Ya duda Vd.? dijo D. Martin; vaya Vd. á su cuarto á las diez, y hará de Vd. su esposo.

—Es decir...

—Que ir á su cuarto es meterse en la boca del lobo.

—Pero...

—Pero debe Vd. de ir hoy, porque así acaso le perdonará; y si no irá Vd. mañana cuando ya no habrá perdon.

D. Martin se alejó, y Eugenio se dijo á sí mismo: Ciertamente, ir á su cuarto es el único modo de salir de dudas.

VIII.

En seguida subió á su cuarto, y sobre la mesa halló una carta. La abrió, y vió que era de su amigo Lallana que contestaba desde Madrid á otra que él le habia escrito á su llegada á Lisboa. El último párrafo decia así: He procurado ver á la jóven de quien me pides noticias; pero aun no he podido conseguirlo, pues ha entrado beata ó monja, no lo sé de cierto, pues no entiendo una palabra de esas cosas. He oido decir que la toca y el hábito la sientan muy bien.»

—Cómo, esclamó Eugenio, Esperanza monja!... Pero ¿qué tiene de estraño? añadió con cierta amargura despues de un momento de reflexion. Su carácter era tan místico como el de una abadesa de 80 años. En cuanto á mi amor... ¿Quién pide constancia á una mujer? ¡Locura!

Y apretó la carta entre las manos, arrojándola despues al suelo hecha pedazos y dirigiéndose al cuarto de Matilde.

Una linda jóven vestida con sencillez y coquetería le abrió la puerta, y dirigiéndole una sonrisa capaz de enloquecer á un santo, le dijo:

—Caballero, tenga Vd. la bondad de esperar un momento, que ahora saldrá la señora.

É introduciéndole en un gabinete se marchó á avisar su venida.

Una lámpara velada por un globo de opaco cristal derramaba melancólica luz en aquella habitacion resplandeciente con el lujo de la morada de un genio de las mil y una noches. Sus tibios rayos prestaban cierta vaguedad, cierto colorido fantástico á los dorados de los sillones de terciopelo rojo, á las tablas de mármol blanco de las mesas de oro, y se perdian misteriosamente en la sombra tras los cortinajes de púrpura y nieve recogidos en pabellones á los lados de los balcones y las puertas. Las lindas mujeres medio desnudas que sonreian graciosamente en los cuadros como si ensayasen ante los espejos venecianos sus posturas voluptuosas en que desplegaban todos los encantos del placer, desde la alegría viva y tormentosa del deseo hasta la languidez del dulce cansancio, parecian revivir á aquella luz, palpitar de amor, y se esperaba oir suspirar á sus labios una cancion de las que rara vez resuenan en la lira de los poetas, pero que los amantes oyen revolotear en su corazon, escitando con el borde de sus alas vaporosas todas sus fibras sensibles, en aquellos momentos en que estrechan en sus brazos al objeto amado, y sus labios callan porque no hay lenguaje humano ni divino que pueda espresar sus sentimientos. La alfombra de fondo oscuro, bordada de flores, absorbia el ruido de los pasos, como si ella tambien quisiera ayudar al misterio que es el mayor encanto de los placeres, ó burlar la vigilancia de los importunos. La atmósfera caliente y húmeda estaba á la par impregnada en los aromas que derramaba un grande y lujoso ramo de flores colocado en un vaso de cristal azul esmaltado de oro, que descansaba sobre un exágono velador de caoba delicadamente colocado y embutido de diversas maderas olorosas. En este ramo resplandecian preciosas flores de diversos tiempos, como si todas las estaciones y todos los climas se hubieran apresurado á ofrecer sus riquezas á la hermosa hada de aquel maravilloso palacio. Inclinábase en él la régia camelia como una reina enamorada. La azucena de hojas de nácar ofrecia su tesoro de dorados granos, como una vírgen que suspira por el primer amor; la rosa entreabierta, el tulipan, los jazmines, el poético pensamiento, y la triste pasionaria, las flores que deben su vida á la naturaleza, y las hijas del arte y el capricho, hablaban en aquel ramo un lenguaje mudo comprensible para todo corazon apasionado. Sobre un rico escritorio de concha, fileteado de oro y cuyas puertecillas enriquecian dos ramos de mosáico tan delicadamente trabajados que parecian hechos con pincel, un pequeño reloj de sobremesa olvidado allí en medio del desórden majestuoso y estudiado de toda la habitacion, hacia sonar rápidamente los segundos, y corria su manecilla de oro por la esfera de china esmaltada de flores. Sobre él se veia una pequeña imágen del Dios vendado, que sonriendo y con el dedo sobre los labios encomendaba el silencio y aconsejaba gozar del placer sin tregua, cogiendo las rosas de la vida cuando estan frescas y perfumadas, y no dejándolas marchitarse inútilmente en el ramo.

Pocas personas hubieran penetrado en esta habitacion sin sentirse vivamente impresionadas por su opulencia; pero la impresion que produjo sobre Eugenio fué mayor, fué semejante á la que esperimentamos al penetrar en un templo católico colgado de terciopelo, y en el cual las luces brillan á través de la vaporosa atmósfera impregnada de incienso, cuando henchido de gente yace sin embargo en un silencio religioso. Eugenio hasta entonces no habia conocido apenas el lujo; antes bien encarcelado por la miseria en su pequeño cuarto donde dormia quizá en el duro suelo, mientras el aire helado que pasaba por los tejados vecinos cubiertos con una sábana de nieve penetraba por las rendijas de las viejas ventanas y por entre sus rotos vidrios. Y la impresion que la vista de aquella estancia le producia, debia de obrar necesariamente sobre su imaginacion en favor del ídolo á quien estaba consagrado aquel templo. Eugenio se sentia allí inferior á Matilde, y estaba por lo mismo muy dispuesto á creer sus palabras. ¡Tanta es la fuerza de las formas para los hombres!

La puerta se abrió, y se presentó Matilde.

Su traje no podia ser mas sencillo.

Componíase solamente de una bata de raso blanco cubierta de grandes flores, sujeta por un cinturon abrochado con una hebilla de pedrería que hacia resaltar su talle, y que abriéndose hácia la mitad del seno dejaba ver una camiseta bordada que parecia trasparentar sus carnes. Pendia de su cuello torneado, blanco y lleno, que era una de sus mayores bellezas, una pequeña cruz de diamantes sujeta por un cordon. Su cabello dividido en bandós á ambos lados de la cabeza, no tenia ni una flor ni una joya, y solo por debajo de él se veian relucir á ambos lados los pendientes de oro, pequeños y de un gusto esquisito, cuyo rojo esmalte resaltaba sobre la tez de jazmin de sus mejillas.

IX.

—La confesion que voy á hacer á Vd., dijo Matilde sentándose al lado de Eugenio, es de aquellas que difícilmente hace una mujer mas que á su confesor. En otro tiempo ningun tormento me hubiera obligado á hacerla, porque la creia deshonrosa para mí; pero ahora la calumnia me ha infamado de tal suerte, que la confesion de mis desgracias me enaltece. Apenas puedo juzgar á Vd. mas que de oidas; pero creo que trato con una persona de honor que sepultará en el olvido lo que va á oir, y que solo se acordará después de que si soy culpable de alguna falta, ciertamente no lo soy de las que me acusan. Por lo demás, Vd. juzgará mi causa, y decidirá si soy realmente infame ó solo desgraciada. Todas las mujeres de mi edad y de mi clase que no son necias ni feas, llevan oculto dentro del corazon como en un sepulcro un secreto que es la clave para comprender su existencia entera, y del cual dimanan, aun ignorándolo ellas muchas veces, lo que el mundo llama cómodamente caprichos; pero pocas serán las que se ruboricen menos que yo de este recuerdo ante el tribunal de su propia conciencia. Oiga Vd. la parte de mi vida que es indispensable conocer para la inteligencia de sucesos posteriores.

—Yo soy hija de un rico comerciante de Cádiz, cuya fortuna parecia asegurarme un pervenir brillante en los primeros años de mi vida, pero que á consecuencia de la fuga de un cajero que pasó al estranjero llevándose sus capitales, quebró, é impulsado por la vergüenza y la desesperacion, se quitó la vida. Los restos de la fortuna de mi padre sirvieron para pagar á los acreedores; y mi madre, enferma á causa de tantos disgustos, y yo que apenas tendria entonces quince años, quedamos sumidas en la mas espantosa miseria. Dejamos á Cádiz, donde nuestro estado se nos hacia mas insoportable á causa de la grandeza en que se nos habia conocido, y pasamos á Madrid, esperando que entre tantos amigos como nos habiamos hecho con nuestras liberalidades, alguno nos tenderia una mano para salir del piélago de penas en que nos arrojó la desgracia. Ordenamos un sistema de economía como de personas acomodadas á quien la mayor parte de lo supérfluo parece necesario, y con el corazon henchido de confianza salimos á hacer visitas.

Fué la primera á un comerciante muy rico, dependiente en otro tiempo de la casa de mi padre, y con pretensiones entonces á mi mano. Toda la alegría de que un hombre es capaz se pintó en su rostro cuando nos vió en su casa: nos hizo sentar; nos obligó á almozar con él y su familia, y nos repitió todos los ofrecimientos que habia hecho en mil cartas anteriores; pero cuando vislumbró nuestra miseria, frunció el ceño, se reclinó en un sofá, y se puso á silbar una romanza. Conocimos que era inútil pedirle auxilio, y nos despedimos con el corazon oprimido y las lágrimas en los ojos. Esperar compasion de la plutocracia habria sido locura.

—Groserías de gentes sin educacion, dijo mi madre queriendo conservar una esperanza. Vamos á casa de D. Estéban, que es diputado y tiene otros sentimientos.

—Vamos á casa de D. Estéban, dije yo dejando escapar un suspiro. Este no se puso á cantar; pero abreviando la visita, nos despidió con un ministerial *veremos*, y oimos al salir la órden que daba al criado, apenas cerró la puerta, para que no volviera á dejarnos entrar.

—Vamos á casa de Doña Clara, que es mujer al fin, y tendrá mejor corazon, dijo mi madre.

—Vamos á casa de Doña Clara, dije yo lanzando otro suspiro, y ojalá que no nos suceda con ella lo que con estas dos amistades.

—No lo creas: Doña Clara es muy sensible. Llora cuando se la habla de una desgracia por pequeña que sea, y predica contra la comida de carne, porque es preciso para ella matar á los animales.

Y ambas nos dirigimos á casa de la que esperábamos que fuera nuestra protectora.

Era esta una señora de temperamento pituitoso, y que lloraba con tanta mas facilidad, cuanto que el derramar lágrimas era necesidad de su temperamento. Por esta causa tenia dias y horas en que estaba mas propensa á la compasion. En uno de estos períodos estaba cuando nos recibió. Lloró mucho nuestras desgracias; pero no pudimos arrancarla una palabra de consuelo, pues bajo pretesto de que la hacia padecer mucho aquella conversacion, y que, si se prolongaba, estaba espuesta á morirse de pesadumbre, nos hizo callar, y nos despedimos gimiendo.

Cuando faltas de fuerzas y cargadas de desengaños, cruzamos el portal, un mozo de mulas, que en el patio estaba, comenzó á cantar con desentonada voz: una copla popular que dice:

Tendrás muchos amigos
en la fortuna;
pero quedarás solo
si ella se muda.

—Parece que estos versos se hicieron para nosotras, dije, segun convienen á nuestros pesares.

—No á todos hemos de medir por un mismo rasero, replicó mi madre: si tres nos han olvidado, otros habrá que nos oigan, que, gracias á Dios, aun no hemos apurado todos nuestros conocimientos. Vamos á otra parte.

Y fuimos, y á otras después, y en ninguna encontramos corazones que se doliesen de nuestras penas. Donde mas lográbamos era donde nos despedian con palabras afectuosas, y aun estas las regateaban de tal modo, que parecia que les costaban caras.

¡Cuánto dolor y cuánta vergüenza llevamos á nuestra humilde habitacion!

Mi madre no podia hablar de despecho. Arrojóse en la cama, y empezó á llorar, mientras yo, sentada á su lado, la contemplaba en silencio, temiendo á cada instante que estallase mi corazon, como un vaso que se ha llenado de fuego... Entonces era yo creyente y pura, y me consolé levantando al cielo los ojos y orando con fervor. Cuando la tierra nos abandona, es muy dulce poder refugiarnos en los cielos. Dichosas las almas que tienen fé, porque ella sola es la guia que conduce á esta mansion.

Desesperada de hallar auxilio en los demás, traté de buscarle en mí misma, y comencé á coser para las tiendas; pero trabajando dia y noche, apenas podia sostener á mi madre que, como ya he dicho, estaba enferma. Solo salia de casa para ir á misa y para entregar la costura de la semana, y la falta de recreo, unida al mal alimento y á las frecuentes noches de *vela*, minaban visiblemente mi salud. ¿Qué seria de nosotras si un dia no pudiese trabajar?

¡Oh! si algunos dias de dolor he pasado en mi vida, han sido aquellos. Ver hundirse en el abismo á la que mas se ama, á su propia madre, verla rodar entre las rocas, desgarrarse las carnes, alzar los brazos demandando compasion, y no poder tenderla una mano!... Cada dolor suyo os hiere mas fuerte que á ella, porque la hiere, y es mas doloroso ver padecer que padecer uno mismo; pasais dias de fiebre en que no teneis mas que un pensamiento, noches eternas en que si lograis dormir solo teneis un sueño, la desesperacion... y mientras tanto una esperanza os sostiene, juega con vosotros, os hace volver el rostro, y os dice que vuestro bien se ha salvado, para que volvais á mirar llenos de alegría, y le encontreis otra vez suspendido en los aires y presto á caer en el abismo. Es el martirio mas horrible; salir de la hoguera para descansar en la nieve, y dejar la nieve para entrar en el fuego... En todo lo mas horrible es la duda.

Una tarde en que habia salido yo á entregar mi labor, encontré en la calle á D. Estéban que me detuvo, é informado de mi situacion, me propuso remediarla si queria ser su querida.—Caballero, viene Vd. equivocado sin duda, le dije, y creia Vd. hablar á otra.—Ciertamente, dijo Don Esteban, creia hablar á una jóven razonable. Dentro de pocos dias lo serás, porque tendrás que elegir entre mi amor ó la muerte.

—Puedo responder ahora.

—No, dentro de ocho dias, cuando las privaciones positivas te hayan librado de ideas romancescas.

Seguí andando, y entré en el almacen en que me daban labor; pero D. Estéban me siguió é hizo una gran compra, asegurando que seria parroquiano si no me daban mas trabajo. El tendero convino, y no queriendo por orgullo rogar delante de D. Estéban, volví á mi casa con el poco dinero que de la labor pasada habia recogido, y que apenas alcanzaba para dar á mi madre una medicina.

Al otro dia salí muy de mañana para buscar trabajo; pero á poco distancia encontré á un criado de D. Estéban que daba la misma órden de su amo en todas las tiendas en que entraba yo. Tan horrible situacion me hizo olvidar todas mis antiguas ideas: mil veces pensé en matarme; pero ¿podria dejar morir á mi madre? Y el solo camino que me quedaba para salvarla era la deshonra! Y mi madre cada dia estaba peor. Dos dias pasamos en esta horrible situacion; dos dias en que no pude dar á mi madre ni un pedazo de pan... ¡á mi madre anciana y enferma! Al tercero mi madre trémula, desencajada, con los labios cárdenos y los ojos hundidos, se agitaba convulsiva sobre su lecho esclamando: ¡pan! ¡pan!

—Pan! quereis pan! la dije delirante tambien; pues le tendreis; y me lancé á la calle; corrí á casa de D. Estéban, llamé, y entré.

D. Estéban se presentó á recibirme con el gozo de la victoria.—Ya sabia yo que vendrias, me dijo.

—Sí, respondí, he venido á decirte que soy tuya, y caí sin sentido sobre la alfombra.

Dos horas despues volvia á mi casa pálida, temblorosa y llevando en la mano un pan y un bolsillo lleno de oro. Abrí la puerta. Todo estaba en silencio... Las ventanas entornadas impedian el paso á la luz... Llamé á mi madre con voz sorda y temerosa... nadie respondió...

Acerquéme á la cama... mi madre estaba allí; pero no dormia porque tenia los ojos abiertos y clavados en el techo... La volví á llamar, y no me respondió tampoco... A impulso entonces de un horrible pensamiento me detuve... escuché si la oia respirar; pero no oí nada... Acerquéme á la cama resueltamente, miré á mi madre con atencion, la cogí la mano, y lancé un grito desesperado... ¡Mi madre, por quien acababa de hacer tan horrible sacrificio... estaba muerta!

. . . . . .

X.

Matilde se detuvo al llegar aquí, ahogada por las lágrimas, y permaneció algunos momentos con el pañuelo en los ojos y sollozando. Eugenio sentia tambien en el pecho una opresion, una angustia desconocida para él. Sus nervios temblaban, y sus ojos estaban húmedos. Matilde le habia producido el efecto que la perla de nuestros teatros, la Teodora Lamadrid, produce en los espectadores cuando arranca de su pecho uno de los gritos que hacen vibrar las fibras sensibles de todos los corazones, y que prueban el genio de una artista. La voz de Matilde era una de esas voces ductiles y blandas que se pliegan á todos los sentimientos, y ella habia prodigado sus tesoros en esta escena. La ilusion era tal, que Eugenio hubiera jurado en aquel momento sobre los Evangelios la verdad de aquella relacion, y llegando á este punto hacerle creer lo demas era obra solamente digna del ingenio de un niño. Matilde prosiguió: Cerca de nuestra casa vivia una señora viuda y rica llamada Doña Josefa, cuya caridad, aunque ejercitada en secreto, llegó á ser conocida de todos, porque la virtud es como la violeta, que aunque se oculta modestamente entre sus hojas, es conocida por el aroma que derrama en torno suyo. Llegaba al término de su juventud; pero á pesar de la calma de su rostro, se notaba en él cierto tinte melancólico, el sello de un pensamiento constante y doloroso que interesaba vivamente á cuantos la miraban. Sus negras pupilas, resplandecientes en un globo de blanco azulado, revelaban las comprimidas pasiones de su corazon; su lánguida sonrisa hacia sospechar un mundo de esperanzas perdidas y de ilusiones evaporadas, como los fantasmas que finge la niebla, como las imágenes que delinea el sueño. Su vida pasada estaba cubierta por la impenetrable nube del misterio, y sus recuerdos, dulces ó tristes, sus desengaños, ó quizá sus remordimientos, porque ellos tambien pueden hacer á una mujer virtuosa, eran conocidos solo de ella misma y no los confiaba jamás. Su vida era quizá una de tantas como al parecer corren tranquilas, pero bajo cuya aparente calma se ocultan todos los tormentos del infierno; vidas horribles, cuya apariencia es un sarcasmo, que causan envidia á la multitud, pero que si algun poeta intentase pintarlas, no encontraria en su paleta tintes bastante oscuros y dolorosos para hacerlo.

Esta señora supo mi desgraciada situacion, y compadecida me hizo llevar á su casa, donde me prodigó los mas tiernos cuidados; y gracias á su solicitud, recobré el uso de mis sentidos.

—Loado sea Dios! dijo al verme abrir los ojos, ya está salvada.

—Ah! esclamé recobrando la memoria de mis pesares, ¿por qué no he cesado de sentir? Los cuidados de Vd., señora, son muy crueles para mí, pues me arrancan de los brazos de la muerte, y en ellos solo podia encontrar reposo.

—¡Morir tan jóven! me dijo con dulce compasion.

—¿Y qué me puede traer la vida? Está seca y ajada para mí como una flor cuyo cáliz ha roido un insecto venenoso; ya para mí no hay esperanza, y cualquiera cosa que me traiga el porvenir debe de ser un tormento. ¿Cree Vd. que tal existencia sea digna de conservarse?

No me respondió; pero inclinó la cabeza sobre su pecho, y cuando la levantó despues de algunos instantes, ví la huella de una lágrima, aun mal enjuta, en su morena mejilla. Quizá sin saberlo tocaba yo en la fibra dolorosa de su corazon, y sus dolores se habian agitado dentro de ella como el cieno de las aguas al parecer tranquilas en que un

niño arroja una piedra. Luego me dijo con su voz de ángel estas sencillas pero sublimes palabras:

—Aun puede Vd. esperar el placer de hacer bien, y quien sabe hacerlo no puede ser desgraciado.

Permanecí varios dias en el lecho, y mi protectora constantemente sentada á mi cabecera, con una solicitud maternal, me procuró al mismo tiempo la salud del cuerpo y la quietud del alma, en la cual residia mi verdadera enfermedad. Sus dulces palabras me enseñaron la resignacion, esa calma de la desesperacion que ella poseia, y que si es menos violenta que el delirio, no por eso es menos dolorosa. Ella afirmó la fé de mis creencias que las desgracias habian quebrantado, y oyendo sus celestiales palabras dignas de una santa mártir, me hizo comprender que la religion de los que padecen es el cristianismo. Su ascetismo es el escepticismo de los ateos, con la única diferencia de que en él resplandece la imágen de un Dios misericordioso y le ilumina un rayo de esperanza. Los unos miran la vida como un tormento eterno, los otros como el camino de la felicidad. Recordando aquel tiempo, he comprendido que aun cuando la sagrada religion no fuera mas que un sueño dorado, no deberia de quitarse á los hombres sino cuando la desgracia se hubiera desterrado de la tierra. ¿Á qué desengañar á quien un engaño hace feliz, cuando no se le puede dar otra cosa mejor que su engaño?

Cuando al fin las fuerzas de mi juventud triunfaron de la muerte, y mis pesares se calmaron algun tanto, mi bienhechora para distraerme quiso apartarme de aquellos lugares en que herian mis ojos tantos recuerdos dolorosos, y me trajo á Lisboa.

—Señora, la decia yo, me cuida Vd. con tanto amor como pudiera hacerlo mi madre.

—La naturaleza no me ha dado hijos, me respondia, y he adoptado á todos los que padecen.

¡Ah! poco tiempo pude gozar de sus bondades: apenas llegamos á Lisboa murió de un aneurisma que llevaba en el corazon mucho tiempo hacia. Su muerte fué digna de su vida, y hasta su semblante aparecia mas embellecido con la espresion de paz y felicidad que resplandece en los cadáveres de los bienaventurados. El ángel de Dios vino á anunciarla que habia llegado su última hora, y ella le siguió sonriendo. Yo quedé abandonada y sumergida en un dolor sin límites, pues acababa de perder á mi segunda madre, y el mundo me parecia vacio. Su recuerdo quedó tan firmemente grabado en mi memoria, que en mis horas de soledad y meditacion, cuando me trasportaba en alas del pensamiento al mundo ideal del misticismo, al mundo de la poesia cristiana, cuyo camino me habia enseñado mi protectora derramando en mis ojos una luz celeste para que pudiesen ver los misterios de aquella region, en estas horas de calma y religiosa quietud, creia verla y oir su voz dulcísima pronunciando palabras evangélicas. Su imágen llena aun mis sueños por la noche, y su recuerdo mi pensamiento por el dia. Algunas veces me alaban por el bien que hago; pero estas alabanzas, las muestras de agradecimiento de los desgraciados que socorro, me causan rubor porque no las merezco; al hacer el bien no hago mas que cumplir las órdenes de mi segunda madre. Ella me dejó encomendada su fortuna después de haberme enseñado que los ricos son los administradores de los bienes de los pobres. ¿No era esto ordenarme la caridad? ¿No era deber mio hacer con las riquezas que heredaba lo que hubiera hecho con ellas su antigua poseedera? Además el hacer bien era mi único placer.

Por este tiempo un dolor aun mas terrible que los anteriores vino á herir las partes mas delicadas de mi corazon. Julian, ese jóven de quien ha hablado á Vd. D. Martin, se enamoró de mí, ó al menos pareció enamorarse, y supo comportarse con tal arte, que llegué á corresponderle. El amor en la situacion en que yo me hallaba, era el mayor tormento que me podia herir, porque era un amor sin esperanza. Yo no podia dar á un hombre mi deshonra en pago de su fé. Era incapaz de engañarle, y nunca hubiera aceptado la mano de un hombre que supiera mi desgracia; pues si algun dia despues de estinguido el fuego de la pasion, que se estingue tanto mas pronto, cuanto con mayor fuerza arde, le hubiera visto triste, su tristeza me hubiera parecido hija del remordimiento de tenerme por esposa, y este pensamiento seria insoportable para mí. Por eso traté de evitar su vista, de quitarle toda esperanza; pero todo fué en vano, y su amor avivado por mis desdenes, me puso en tal estado, que en un momento de delirio le abrí mi corazon, y le confié mi secreto, participándole al mismo tiempo la determinacion que habia tomado de no pertenecer á nadie jamás. El se arrojó á mis pies, y con las muestras de la pasion mas acendrada intentó hacerme cambiar de propósito. Puso en juego todos los recursos de su imaginacion rica de poesía para convencerme sin conseguirlo.

—¿Que importa eso para mí? esclamaba; Vd. es pura, pura como un ángel, porque la verdadera pureza consiste en el corazon; pero aunque no fuera así; aunque Vd. tuviera un pasado horrible, ¿qué me importaria con tal de que me amase? Mi amor la purificaria.

Para un hombre vulgar es bello deleitarse con el primer aroma del amor de una mujer hermosa, porque su orgullo se satisface viendo crecer y abrirse la flor de un corazon que sus miradas han vivificado. Él completa la obra de Dios en aquella creacion imperfecta, y con un rayo del sol mas brillante que corona el mundo, da vida y movimiento á aquella estátua como un nuevo Prometeo. Aquella mujer le es deudora de su alma, y desde el momento en que ama, todos sus movimientos, dulces ó dolorosos, pertenecen de derecho al hombre que enseñándola á amar la enseñó á sentir. Pero para el alma de un poeta es aun mas apreciable la conquista de un corazon corrompido que por su amor se purifica y diviniza. Lo primero es hacer un ángel de una mujer; lo segundo es hacer un ángel de un demonio. La mujer que como la Magdalena derrama sobre nuestros pies los preciosos aromas y los ricos bálsamos que adquirió con su vida de escándalo, y los enjuga con su cabellera que formaba en otro tiempo su vanidad, nos da una prueba de que nos prefiere al muudo entero despues de haberle conocido; mientras la doncella no elige, sino que recibe el amante que la ofrece la casualidad. Nuestro amor descolora y aja la corona de blancas flores con que se adorna la inocencia, y teje una nueva corona aun mas bella para la frente de la mujer perdida, la corona del rubor. En la virgen llegamos á ocupar un corazon vacio que la naturaleza la manda llenar, y la mujer perdida desaloja de su corazon para darnos lugar en él. Poseemos la una por órden de la naturaleza; para poseer la otra tenemos que luchar con la naturaleza y vencerla. Pero Vd. no es así, proseguia, Vd. es la mas santa de las mujeres, y ese mismo pundonor manifiesta la pureza de su alma. Si yo algun dia me olvidase de ello, seria el mas vil de los hombres.

Estos discursos me conmovian, pero no lograron jamás apartarme de mi propósito.—Un solo medio tengo, le decia, de considerarme digna del amor de un hombre, y este es el no pagar ningun amor.

Intentó entonces variar de táctica y darme celos para ver si ellos lograban lo que no podian sus rendimientos. Empezó á darme enojos con Enriqueta y hacerla la corte de modo que yo lo supiese; y si bien me causaba un dolor profundo, supe ocultarlo de tal modo, que le hice perder todas sus esperanzas. Entonces, ya sea porque el corazon no está nunca tan dispuesto á una pasion nueva como cuando las reliquias de otra humean aun en su fondo, ó ya porque el afecto que me tenia no fuera realmente amor, sino el natural, deseo de la juventud que ofrece sus tesoros de amor en las aras del primer ídolo que divisa y le concede á quien mas pronto le acoge, lo cierto es que se enamaró de Enriqueta, y ella mas amante ó menos tímida que yo correspondió á sus amores.

Don Pedro era celoso por naturaleza y educacion. El matrimonio era para él un tormento eterno que compartia con su esposa, aunque en honor de la verdad debo decir que se reserva la mayor parte. Le conozco casi desde mi venida á Lisboa, y muchas veces me ha confiado sus pesares causándome compasion. La sombra pues de este hombre era una inquietud eterna para los dos amantes, que trataron de evitarla huyendo á un pais estranjero.

Yo no sabia nada, cuando una noche se presentaron en mi casa Julian y su querida. Julian me confió su secreto, y me pidió que la tuviese en mi cuarto mientras él prevenia lo necesario para el viaje. Quise oponerme, pero me contestó:

—Poseo tu secreto, y tu honor está entre mis manos: si no me obedeces, te pierdo.

En esto llamaron á la puerta, y se presentó D. Pedro, que habia seguido á su adúltera esposa y á su infame cómplice. Venia furioso como un tigre, y sin detenerse en ningun respeto ni consideracion alguna, se lanzó sobre Julian, y se trabó entre los dos una lucha terrible. Enriqueta se desmayó, y yo comencé á dar grandes voces pidiendo socorro y tratando en vano de separar á los combatientes.

(Continuará.)

EL VASO DE MADERA.

Un buen anciano habia casado á su hijo único, y para que tuviese mas comodidades le habia dado cuanto poseia.

—Hijos mios, decia á su hijo y esposa, hé aquí cuanto poseo: tomadlo para ayudaros en vuestro comercio y atender á vuestros negocios: yo ya no tengo fuerza para trabajar, y este dinero me seria inútil. No tengo necesidades, y en los pocos dias que me quedan de vida me basta un pedazo de pan con tranquilidad: pues bien, ambas cosas las tendré si quereis darme un sitio en vuestra mesa y otro en vuestro hogar, y moriré contento.

Al hablar así el buen anciano se le caian las lágrimas, y tendió los brazos á sus hijos, que se arrojaron en ellos llorando.

—Sí, padre mio, le dijo el hijo, siempre vivireis con nosotros.

—Sí, continuó la esposa, jamás os separareis de nosotros, y nos disputaremos la dicha de serviros; él os servirá de guia cuando salgais de paseo; y entre tanto yo prepararé vuestra comida: por la no-

che os leerá la *Biblia* y los libros que mas os gusten, y yo dispondré vuestro lecho. ¡Qué dichosos seremos en vivir los tres juntos, siempre contentos el uno del otro, siempre de acuerdo!

El anciano, al escuchar tan dulces palabras, estrechó con doble ternura á sus hijos contra su corazon: entonces se mezclaron sus votos en un inefable concierto en que se confundian los juramentos mas sagrados y las mas santas promesas.

En los primeros años nada vino á turbar la union tan piadosamente jurada. El marido estaba siempre ocupándose de su padre, y la mujer parecia engolfada como él los primeros dias en los cuidados que prodigaba al anciano. Nada habia hecho aun entibiar el fuego que les hacia mirar como una felicidad lo que luego mirarian quizá como un deber, y mas tarde como un trabajo.

Al fin de los tres años tuvieron un hijo, y nadie le recibió con mas alegría que el anciano, que tenia, segun decia, una dicha mas en la familia.

Los abuelos quieren tanto á sus nietos! La debilidad de los ancianos cercanos al sepulcro simpatiza tanto con la de los seres inocentes que acaban de nacer; hay una inteligencia tan íntima entre la vejez y la infancia, estas dos edades que reflejan del mismo modo, y que son, por decirlo así, como la aurora y el crepúsculo de la existencia.

El abuelo queria pues á su nieto; su mayor felicidad era tenerle en sus brazos, mecerle para que se durmiera, y espiar sus dulces sonrisas al despertarse. Si fué feliz en su vida, fué el dia en que puso en manos del niño el primer juguete, el dia en que le oyó tartamudear la primera palabra. Entonces fuéron indecibles sus trasportes de alegría. El buen anciano iba contando por todas partes lo que le hacia tan feliz; era necesario que especificase á todo el mundo las gracias del chiquitin, y que recitase á cuantos entraban en casa las palabras que le habia entendido: sí, decia él con acento de triunfo, bien distintamente le oí balbucear.



Y él se pasmaba de ver que todos no participaban de su alegría, y que entre los vecinos se encontraban algunos que, testigos de su alegría, parecian compadecerla, y se retiraban de él volviendo desdeñosamente la cabeza.

Y es que los buenos vecinos cuya conducta sorprendió tanto al abuelo, habian reparado en la familia desde el dia del nacimiento del niño un cambio que no habia él advertido, absorto por el único pensamiento de su nueva dicha. No faltó alguna comadre que peroró largamente sobre cierta variacion en la conducta de la mujer para con el padre de su marido.

—Verdaderamente, decia la una, ya que vemos el principio, ¿qué veremos al fin? Pobre buen hombre, qué abandonado está desde que ese chiquillo ha venido al mundo!

—Aun, replicaba otra, es dichoso y le quiere; al menos así distraido con las gracias infantiles no ve el abandono en que yace. Dios quiera que permanezca mucho tiempo en su error y no se aperciba jamás de la indiferencia con que sus hijos empiezan á pagar sus bondades.

Lo que decian era verdad. La jóven madre, como lo repetian los vecinos, habia trasformado de repente su ternura; de la inmensa parte de amor que daba á su hijo no la quedaba nada para el abuelo; su corazon no era bastante grande para encerrar con el gran cariño maternal una pequeña parte de su antigua amistad filial. El pobre abuelo estaba sacrificado. Bien pronto olvidó la jóven madre sus servicios; su venerable título fué desconocido, y él mismo llegó á ser una carga incómoda.

El marido, á quien sus negocios tenian fuera de casa escepto las horas de comer, no se inquietaba de los cuidados que reclamaba la vejez de su padre; tan distraido estaba con las gracias del hijo. Por la noche, en lugar de hacer como antes al anciano una piadosa lectura y preparar su corazon á la oracion, cogia al niño sobre su rodilla y se pasaba las horas en hacerle reir y bailar. Y entonces únicamente sentia el buen viejo apoderarse la tristeza de su alma; separarle del niño á quien tanto queria, era hacerle sentir todo el dolor de su aislamiento.

Mas tarde, cuando el niño fué grande y tuvo bastante fuerza para correr y jugar con los de la vecindad, el anciano se quedó cada vez mas solo y desconsolado; su felicidad se escapaba cada vez que su nieto pasaba por delante del dintel de la casa: y como su nuera, que se habia olvidado tan pronto de los cuidados que antes le prodigaba, no venia á consolarle en su abandono, no le quedaba mas que meditar solo, lleno de tristeza, sobre los disgustos de su mucha edad. Entonces, absorbiéndose su imaginacion en sus tristes pensamientos, se puso á pensar en que los vecinos habian mas de una vez hablado en secreto delante de él, y poco á poco se vino á convencer que mas de una verdad enojosa para él era objeto de su murmuracion.

—Sí, decia en su interior dando un suspiro, mi hijo y su mujer no son tan buenos conmigo: apenas veo, y ni el uno ni el otro me tienden su brazo para sostenerme y guiarme: me dejan andar á tientas en mi soledad. Estoy sordo y se impacientan cuando no les oigo y les contesto al instante: quizá, añadió con el acento de la mas profunda tristeza, se rian de mis males y se burlen de mí cuando no pueda verles ni oirles.

Con este último pensamiento que la indiferencia de sus hijos justificaba demasiado, el anciano se sintió agobiado; lloró su pobre vejez como compadeciéndose él mismo, creyéndose un objeto de burla para su familia. Cuando llegó la hora de comer, le dominaba aun este pensamiento cruel; de modo que se sentó á la mesa temblando. Decia en su interior que todos sus movimientos eran espiados para criticarlos: y entonces sus manos temblaban mas, el temor de cometer una torpeza que sirviese de pretesto á burlas irónicas daba á sus movimientos, demasiado pesados por la debilidad de la edad, una incomodidad y una torpeza inusitadas. La cuchara vacilaba entre sus manos como si estuviera convulsivamente agitado por un estremecimiento nervioso: cada vez que la llevaba á sus lábios dejaba caer sin advertirlo un poco de caldo que se estendia sobre el mantel. La jóven se lo advirtió, y el anciano, á pesar de su poca vista, la vió espresar su disgusto con un gesto de desprecio. Entonces se levantó, y con los ojos preñados de lágrimas cogió su asiento entre sus temblorosas manos y fué á sentarse en el rincon mas oscuro.

Y el hijo no volvió á llamar al padre á la mesa de familia.

Pero el nieto, que habia visto llorar á su abuelo, fué á sentarse á su lado, y poniéndole sus manecitas sobre las rodillas, miró largo tiempo con dolorosa sorpresa verter lágrimas al pobre anciano.

En seguida dijo para sí: «Cuando lleguemos á ser viejos, muy viejos, ¿se castiga á los abuelos como si fuesen niños?»

Y este pensamiento preocupó todo el dia al niño. Al dia siguiente el anciano se sentó como la víspera en un rincon cuando llegó la hora de comer, y tuvo sobre sus rodillas el plato que contenia su comida. Pero sus manos, cada vez mas trémulas, aun cuando quisieron sostener el plato fuéron demasiado débiles, y cayó al suelo haciéndose pedazos.

Entonces se enfadó la mujer, y el hijo no pudo contener un movimiento de impaciencia. El abuelo oyó los gritos de la nuera, y vió el gesto de despecho de su hijo y dió un gran suspiro.

Al otro dia cuando volvió á colocarse en su oscuro rincon, sobre el banco que le servia de asiento, vió que habian puesto sobre él una cazuela de madera con lo que debia comer.

La cogió porque tenia hambre, y sin embargo, cuando su mano quiso llevar la comida á los lábios, volvió á caer sin fuerza y no pudo continuar: gruesas lágrimas caian de sus ojos, y se quedó abismado en un pensamiento triste y profundo. Le sacó de él una manecita que tocaba la suya, y una vocecita que le hablaba.

Era su nieto, que empinándose sobre las puntitas de los pies para coger la cazuela que el anciano tenia sobre las rodillas, le decia con su dulce voz:

—Abuelo, ¿es de madera el plato en que te han puesto la comida?

El pobre hombre no tuvo fuerza para hablar, y contestó al niño con un triste movimiento de cabeza.

Algunos dias después, como el padre y la madre estuviesen en la mesa y el abuelo siempre triste continuase en su rincon, el niño se divertia en tirar por el suelo pedacitos de madera.

—¿Qué haces? le preguntó el padre.

El niño levantó su bonita cabeza, y fijando sobre su padre sus hermosos ojos azules en que brillaba una mirada inteligente:



—Trabajo, le dijo; estoy haciendo una cazuela para que coman papá y mamá cuando yo sea grande.

Los dos esposos se miraron un momento y echaron á llorar: el hijo se levantó, cogió á su padre de la mano, y volvió á colocarle en la mesa de la familia. Desde entonces ocupó en ella su sitio, y volvió á ser el objeto de sus mas tiernos cuidados; y cuando acaecia que dejaba caer alguna cosa sobre el mantel, no oyó ni murmullos ni voces.

EN EL ALBUM DE MATILDE DIEZ.

Del pobre Manzanares
las ondas vergonzosas
dejé, Matilde, sin temor ni pena,
por vivir entre rosas y azahares,
y azahares y rosas
coger del Betis en la orilla amena.
Al débil estro mio
inspiracion y culto
arranca todo aquí. Timbres de gloria,
harapos del hispano poderío,
son á la vista insulto,
pero deleite y gozo á la memoria.
Aquí del rey valiente
que solo de traidores
al golpe se rindió, pedazos hecho,
no hay voz que no murmure eternamente
la fama y los amores,
la desventura y el heróico pecho.
Aquí de la matrona
sin par, que vió Granada
un nuevo mundo darle por hermano;
aquí del genovés que á su corona
lo engarzó, cual preciada
perla á otra perla, artista soberano;
Aquí del que á la angélica
mansion su frente ungida
con el óleo real, y rica en gloria
llevó á brillar entre la corte célica,
que ciñe en otra vida
alto laurel de la mayor victoria;
Aquí fama y loores
en eternal concento
dicen templos, escombros y ruinas:
de gloria es el aroma de estas flores,
gloria—murmura el viento,
y—gloria—estas corrientes cristalinas.
Pero en asombro mudo
y tal vez á los ojos
lágrimas fugitivas asomando,
los tristes restos del monarca rudo
contemplo, y los despojos
de Isabel, de Colon y San Fernando.
Corona enrojecida
nunca en mi sien yo vea,
ni en mar de sangre en mis ensueños bogue.
¡Gloria fatal! si gloria es luz y vida,
¿cómo el mortal desea
gloria que en sangre y en horror le ahogue?
Gloria, Matilde, santa
es la gloria del arte
que nunca hierros, palmas tremolando,
corazones latir bajo su planta
mira, y con ellos parte
del estro inspirador el fuego blando.
Su soplo vagaroso
entre las brisas puras
que borda en perlas el morisco rio,
vino á bañar mi rostro sudoroso,
présago de venturas,
de inefable placer al pecho mio.
Busco en mi afan el cielo;
el infinito ambiente
con mis miradas ávidas desgarro;
eras, Matilde, tú; tú, que ya el vuelo
tendias dulcemente
al mundo de Colon y de Pizarro.
El alma se dilata;
trocada en almo fuego
la negra luz del pensamiento brilla;
y á compás de las ondas de oro y plata
dije tu nombre luego
y á don Pedro olvidé y á la Padilla.
Pero ¿serás tan breve
á mis ojos encanto
como de breves son vientos y lonas?
¿Solo tu canto deleitarme debe,
como inseguro canto
de ave de paso que se va á otras zonas?
¡Ah! ¡La patria intercede
por mí! Torna á esta parte
donde la gloria y el laurel se cria;
gloria despilfarrar España puede;
pero el laurel del arte
queda mústio sin tí, Matilde mia.

Sevilla 30 de marzo de 1853.

V. BARRANTES.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO 40.

El fusil es un enemigo de dos caras.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario é Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra.



EL ULTIMO ABENCERRAJE.

LA GRAN MURALLA DE LA CHINA.

I.

El gobierno chino está en la creencia de que posee la supremacia sobre todos los demás conocidos: así que, toda transaccion por su parte es una condescendencia, una gracia. Sus grandes progresos en la arquitectura hidráulica lo acreditan sus numerosos canales que conducen las aguas sobre las alturas. Aunque se dedican mucho al dibujo, música, pintura y escultura, en verdad hace mas de cien años que á juzgar por lo que nos mandan por aquí, nada han adelantado en esas artes liberales: sus campos estan muy bien cultivados, y tienen un modo de fabricar el azúcar mas sencillo que en América. Algunas frutas europeas no crecen allí; pero en cambio poseen otras de que nosotros carecemos, como v. gr. la Sée-chée, y la Lée-chée, etc. El arbusto que cria el *thé* crece como una planta comun, sembrado al acaso aquí y allí; con todo, no dejan de cultivarla asaz regularmente sobre las colinas y en país montuoso: los terrenos hondos y pantanosos son destinados para arrozales. Artículos de esportacion considerable son el ruibarbo y el gen-seng.

Es sabida la superioridad de su porcelana ó loza de China; los ingleses la imitan admirablemente, y hay opiniones de que la que se fabrica en Sévres (dos leguas de París) no desmerece nada de la de China. Los chinos fabrican vaporosas gasas lisas y rameadas; hay una gran abundancia de sedas y algodones: ambas telas son famosas allí por su duracion y lo mucho que abrigan á pesar de su estremada ligereza.

El *genio ó espíritu* del fuego es la principal divinidad adorada de los chinos. Lo que es de admirar en la China es un canal de 180 leguas de largo, pasando por debajo de montañas, dentro de los valles y á través de rios y lagos. Los caminos son sumamente estrechos, y los principales medios de comunicacion son por agua. No se ve ningun erial, y la tierra de labranza nunca reposa. Los jardines chinescos son obras maestras de arte, de simetría y de proporcion; la tierra da dos cosechas al año; se emplea poca gente en las manufacturas, y mucha en la agricultura; y fuera de los actos del servicio hasta los mismos soldados se entregan á ella.

Suponen que su poblacion asciende al número de 198.214.553 habitantes; pero se achaca á la política y orgullo nacionales la exageracion de dicho cálculo. No obstante, no podemos desconocer que no existe país alguno que esté ni mas poblado ni mas cultivado: diez chinos viven cómodamente en donde un español se encontraria

con estrechez. La cuarta parte de esa inmensa poblacion vive y muere sobre el agua; aun los montes mas áridos y escarpados producen los frutos del trabajo y de la industria de aquellos naturales; se ven jardines enteros flotando sobre la superficie de los rios, que poseen abundantísima pesca. Divídese el imperio en 16 provincias, conteniendo 155 ciudades de primer órden, 1312 de segundo, y 2557 de tercero; y por un cálculo mas prudente é imparcial que el anterior, poseen unos 150.000,000 de habitantes. Aquellos naturales miran con desafecto á los estranjeros; no tienen mendigos, y toman grandes precauciones contra el hambre; no hay religion del Estado; es un pueblo en estremo supersticioso, y cree en la metempsícosis.

El emperador (Celeste) á quien adoran, ante quien se prosternan, da cada año el ejemplo de la agricultura, labrando en persona la tierra por la primavera: tienen por deshonor la falta de hijos, y los que no los tienen suyos adoptan otros; los castigos para los delitos son comunmente las multas, el encarcelamiento, los azotes y el destierro á Tartaria; pero para castigar con la muerte es preciso haber delinquido contra el estado ó el emperador, ó haber derramado sangre: entre los suplicios que dan la muerte, el de la cuerda es el menos deshonroso; la pérdida de una parte del cuerpo la tienen por infamia: el cariño de un hijo en la China puede hacerle pedir el suplicio destinado al padre.

Las rentas públicas de la China ascienden al año aproximadamente á 200 millones de onzas de plata. El ejército se compone de un millon de soldados de infantería y ochocientos mil hombres de caballería.

En fin, la China (Sina), ese grande imperio del Asia, confina al N. por la Tartaria, y *una muralla de piedra de 500 leguas!* Confina al E. por el mar Pacífico que la separa de América; al S. por el mar de la China, en Tonkin, y la Cochinchina; y al O. E. por la Tartaria, los montes del Thibeto, y de la Rusia. Su longitud de N. á S. es de 520 leguas, y su anchura de E. á O. E. de 420, sin comprender la Tartaria chinesca.

II.

Volviendo ahora á *la gran muralla de la China*, esa portentosa obra de la humana industria justamente reputada por una de las ocho maravillas del mundo, hé aquí el relato que me hizo con referencia á la misma un amigo mio á quien favoreció la suerte en cierto viaje, proporcionándole la rara ocasion de visitar parte de ella.

Esta muralla confina al E. en la playa del golfo de *Leotong*, sobre 120 millas al N. de Peiho, 40° 4′ N. de latitud, y 120° 2′ de longitud.

Vista desde el mar dicha muralla, parece terminar en una fortaleza de 360 varas de estension con una anchurosa puerta en su fachada del Sur, á cuyo lado esterior, entre la puerta y el mar, hay una pagoda ó templo: mientras que en su confin al Norte se levantan dos muy historiadas casas de guardas por debajo de la muralla con vista al mar.

Eran las diez de la mañana del dia 13 de julio de 1850 cuando saltamos en tierra: desde muy temprano habiamos anclado en tres brazas de agua en el golfo de *Leotong*, á distancia de unas 100 varas de la gran muralla; el buque en que navegábamos era el vapor inglés *Reynard*: desembarcamos á la derecha del templo de que hicimos mencion mas arriba, en una playa arenosa y húmeda, y nos vimos agradablemente sorprendidos por un mandarin que allí estaba con una pequeña porcion de soldados, quien contra la costumbre de esa gente nos recibió políticamente, autorizándonos para inspeccionar la muralla á nuestro albedrío: aprovechándonos del permiso, pronto nos subimos por un estrecho plano inclinado á la parte esterior del fuerte, que nos puso sobre una rectangular plataforma de unos 60 pies de estension, embaldosada con azulejos.

Sobre dicha plataforma nos llamaron la atencion tres losas monumentales de mármol negro, dos de ellas colocadas contra la muralla y otra en el suelo; pero todas curiosamente esculpidas con caractéres chinos. En una de ellas se leia profundamente grabada esta sentencia:

—«*El cielo creó tierra y mar.*»

En otra, esta:

—«*Tan sólo una cucharada.*»

Nos deshicimos en conjeturas para interpretar el significado de tan rara sentencia, no sabiendo si aludia á las mansas aguas del golfo de *Leotong*, ó quizá tambien á la insignificancia de esa maravillosa muralla comparada con las obras del Criador.

Desde la plataforma subimos por una escalera á lo alto del fuerte, atravesamos el cuerpo de guardia (en deplorable estado por cierto), y otro pequeño plano inclinado que ascendimos, nos condujo encima de la muralla, la que vimos por espacio de 800 varas en un estado muy ruinoso. A mas de media milla de distancia del fuerte, la muralla comienza á verse en mejor estado de conservacion, y su anchura es de 30 pies.—La plataforma se halla cultivada, y allí vimos deliciosas plantas y flores de todos los matices. En el costado de la muralla que mira á la Tartaria, hay un edificio bien construido, de granito labrado, dominado por una fachada de ladrillos; todo el edificio tiene unos 35 pies de elevacion, y en la parte culminante hay un parapeto de ladrillo de 7 pies de altura y 18 pulgadas de espesor, aspillerado, y además con unas especies de troneras á intervalos irregulares de 8 á 13 pies de distancia entre sí.

A intervalos de 200 á 500 varas tambien está flanqueada la muralla del lado tártaro con torreones de ladrillo de 45 pies en cuadro y 52 de altura; examinamos uno cuya puerta es de mucho mérito, de granito, en forma de arco, de 6 ½ pies de altura, y 3 ½ de ancho; una escalerilla á la derecha de la puerta conduce al terrado del torreon aparapetado tambien.

Desde ahí se goza de las mas deliciosas vistas campestres en las cercanías de la muralla: la tierra, que parece salir de las aguas, elévase suavemente hasta el pié del último órden de las elevadas montañas á que alcanza la vista en lontananza, y todo el país por la parte chinesca se ve poblado de frondosísimos bosques; si se mira hácia la Tartaria, divísase la gentil campiña, bien cultivada, y con muchos pueblos no muy distantes unos de otros, con sus casas de azoteas.

En este distrito la única puerta que posee la muralla dista tierra adentro una legua del mar, y se llama *Shinhae-kwan*; el mandarin no nos dejó visitarla. Vimos algunos soldados de caballería que se dirigian á galope tendido al fuerte: creimos que fuese con objeto de vernos antes de que nos marchásemos, y no hicimos caso; pero á poco nos alcanzaron tres mandarines; no nos habiamos internado milla y media, y nos intimaron la órden de no proseguir mas adelante, por disposicion del *Tootung* (general) tártaro, que mandaba en *Shanhae-wei*, el cual habia bajado al fuerte: consiguientemente hubimos de descender de encima de la muralla, y por medio de los campos regresar al punto de que habiamos partido, donde encontramos al señor *Too-tung* (general) con un numerosísimo séquito de soldados y mandarines: ya no pudimos continuar nuestras investigaciones, y gracias á que no se le antojó al señor *Too-tung* venir tres horas antes, porque ni aun nos hubiesen permitido desembarcar.

Nos cupo la satisfaccion de ser quizá los primeros europeos que viésemos de tan cerca tan grande trozo de muralla, privilegio de que en muchísimo tiempo probablemente no gozaria otro alguno.

A las tres de la tarde levamos el ancla, y antes de anochecer perdimos de vista *la gran muralla de la China*.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

Valladolid 13 de octubre de 1854.

LA ELECCION DE UN AMIGO.

Eduardo Salletin tenia diez y nueve años y un buen patrimonio: no le faltaba mas que una posicion, cosa completamente esencial para un jóven, sobre todo en una capital de provincia, en que la vida ociosa nos priva de toda consideracion. Eduardo vino pues á París á seguir la carrera de leyes; su objeto era hacerse abogado, y mas tarde aspirar á la magistratura. Entre las muchas cartas de recomendacion que le entregó su tutor, encontró dos para estudiantes del mismo país y de la misma edad que él. Los jóvenes se llamaban Dusmenil y Jollivet; mas precoces que su compañero en sus estudios de colegio, le habian adelantado tres años en París.

Se concibe que por una simpatía muy natural se dió priesa á entregar primero que ninguna las cartas dirigidas á Dusmenil y Jollivet. La primera necesidad que esperimentamos al encontrarnos en medio de este laberinto físico y moral que se llama París, es la de un amigo que nos guie: ¿y qué cosa mas natural que buscarle entre las personas que la conformidad de edad conduce á participar de nuestros pensamientos, nuestros gustos y nuestras inclinaciones?

Eduardo empezó por Dusmenil, que ocupaba en una fonda del arrabal de Saint-Jacques una pequeña habitacion sencillamente amueblada: por todo adorno tenia encima de una mesa ordinaria que estaba arrimada á la pared, algunos estantes llenos de libros, y al lado de los estantes una ventana que daba á los jardines. Lo reducido y desmantelado de esta habitacion hicieron una impresion poco grata en el ánimo de Eduardo. En el momento de entrar, el Dusmenil estaba sentado junto á la mesa, de espaldas á la puerta, y completamente absorto por la lectura de un libro que no tenia ni el tamaño ni la forma de una obra fútil. Apenas se levantó para recibir al recien venido que parecia no venir muy á tiempo. Sin embargo, cuando leyó la carta que le iba dirigida, su frente se desarrugó un poco, ofreció un asiento á Eduardo, y él mismo entabló la conversacion.

—Os suplico, mi señor Salletin, que me dispenseis la frialdad con que os he recibido; no sabia quien erais: hay tantos importunos en París!

—Soy yo quien tengo que pediros me disimuleis por haberos dis-

traido en una lectura que os debe interesar mucho, á juzgar por lo embebido que estábais: ¿es alguna obra nueva sin duda?

—Oh Dios mio! No: es un tratado de la *Posesion y de la Prescripcion* por Bolkie.

—No podia figurarme que semejantes lecturas fueran tan atractivas.

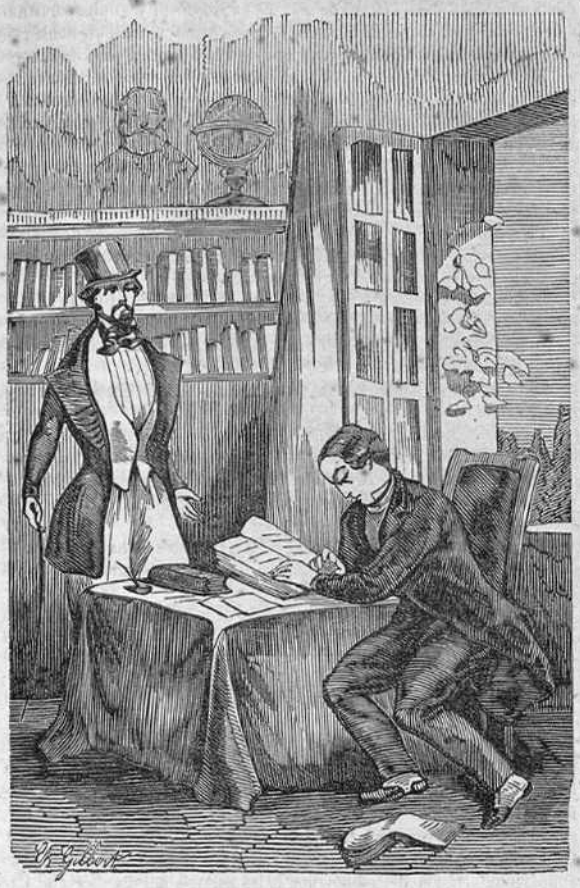
—Qué quereis? No estamos aquí para divertirnos: el tiempo de nuestros estudios es limitado, y seria no cumplir con nuestra obligacion dejar de aprovechar todos los instantes.

—Todos! Sin embargo, es conveniente reservar algunos instantes para divertirse.

—Sin duda: yo tengo costumbre de pasearme por la tarde una hora ó dos por el campo cuando el tiempo está bueno; si os conviene, iremos juntos algunas veces, y esto nos servirá de ocasion para comunicarnos el resultado de nuestros trabajos de por la mañana y para distraernos mútuamente.

—¿Supongo que estarán reducidas á este paseo todas vuestras diversiones? Siempre he oido decir que París era una ciudad llena de recursos para estudiar y para divertirse.

—Es verdad; pero es muy difícil servir á dos amos á la vez: necesariamente ha de haber lucha entre los dos; y si es el placer el que



vence, adios todos los ensueños de gloria y de consideracion, adios todas las esperanzas que se han concebido para el porvenir. Os confieso que no me encuentro con fuerzas suficientes para esponerme á semejante tentativa.

—Es imposible que no vayais á algun baile.

—Pues estaria bien! El menor peligro que correria sería tener al dia siguiente el espíritu cansado y la cabeza mala, y hé aquí un dia perdido para el trabajo.

—Al menos ireis al teatro.

—Precisamente no: solo suelo ir á uno ó dos teatros cuando hay buena funcion y es bien ejecutada, y esto sucede muy pocas veces.

—Debeis moriros de fastidio con semejante vida.

—Me encuentro perfectamente como veis... Pero perdonad; oigo dar las diez y media, la cátedra de legislacion comparada empieza á las once, y por nada en el mundo consentiria en perder la mas pequeña parte. Me permitireis que os trate sin cumplimientos como á un antiguo amigo, y me alegraré que en todas ocasiones os porteis conmigo del mismo modo.

Los dos jóvenes salieron juntos y se separaron en la puerta de la calle; Dusmenil tomó el camino de la escuela de Derecho; Eduardo subió en el cabriolé en que habia ido, dió orden al cochero que le llevase á la calle de Sleider donde vivia Jollivet.

—Qué singular y original es el carácter de Dusmenil! pensaba Eduardo por el camino; otro que no fuera yo alabaria la manera que ha tenido de recibirme; pero yo confieso que no me encuentro con fuerzas suficientes para vivir de ese modo. El estudio ciertamente es una cosa muy bella; pero soy del parecer de los sabios, que dicen que es preciso no abusar aun de las cosas mejores. Por otra parte, no me dejo engañar de ese puritanismo afectado; lo que yo veo mas claro es que no le he convenido, y la querido deshacerse de una amistad que él creia inoportuna... pero seguramente no echaré de menos su trato; le haré únicamente una ó dos visitas de cumplido en obsequio á los amigos que han creido hacerme un favor recomendándome á él.

El cabriolé se detuvo delante de una casa de bonita apariencia: Eduardo no tuvo que subir mas que al entresuelo, y un criado vestido á la inglesa le introdujo en una bonita aunque pequeña habitacion, adornada con esquisito gusto. Jollivet, negligentemente recostado en un sillon ó voltaire, estaba envuelto en una magnífica bata de cachemira atada á la cintura con un rico cordon; un gorro elegantemente bordado de oro dejaba ver con profusion los rizos de sus negros cabellos. Estaba fumando cigarrillos españoles, y echaba la ceniza en una copa de cristal colocada á su lado sobre un velador de delicado trabajo.

Jollivet suplicó á Eduardo que se tendiese sin ceremonia sobre otro sillon de color de rosa, y se puso á abrir la carta que acababa de presentarle su compatriota. Apenas hubo recorrido algunas líneas, cuando se levantó y fué á estrechar con efusion la mano de Eduardo.

—Salletin, esclamó, Salletin! Creo á fé mia que conozco este nombre! Los Salletin y los Jollivet estuvieron siempre unidos por los lazos de una viva amistad; y aun creo recordar que en otro tiempo hubo alguna alianza entre las dos familias. Los Salletin fueron siempre muy apreciados en el pais por su mérito y su fortuna; como último y único vástago de esta familia poseeis toda su fortuna reunida, y vuestro mérito personal creo que sea tanto como el suyo: por esta razon seria muy feliz al veros aceptar mi amistad con la misma cordialidad que os la ofrezco.

Eduardo por toda respuesta se arrojó á los brazos de Jollivet.

—Ah! sin duda, replicó este, aun no habreis elegido una habitacion, y es una de las cosas mas importantes, y os ofrezco mi esperiencia en estos casos: así que hayamos encontrado la habitacion, os enviaré mi tapicero; ya vereis con qué gusto y delicadeza hace las cosas. Vuestro traje se resiente un poco como de provincia: os daré mi sastre, y antes de tres dias estareis en disposicion de poderos presentar en todas partes.

—Cuánta fineza!

—Pero aun no me habeis dicho el objeto de vuestro viaje á Paris.

—Vengo á estudiar derecho para recibirme de abogado.

—Magnífico! Seguimos la misma carrera: estudiaremos juntos; deseo que seamos inseparables.

—Este es mi mas vivo deseo.

—¿Quereis que fijemos desde hoy el modo de emplear el dia?

—No encuentro cosa mejor.

—Por la mañana daremos un paseo á caballo por los bosques de Bolonia.

—Adoptado; esto abre el apetito.

—En seguida entraremos á almorzar en el café de París.

—Para entregarnos con fuerza al trabajo.

—Despues del almuerzo nos iremos al club.

—¿Y qué es eso?

—Un sitio que frecuenta la mejor sociedad: presentándoos yo sereis perfectamente recibido.

—Decis que vamos al club: ¿y nos quedamos allí?

—Hasta la hora de comer lo mas tarde.

—Sin duda.

—A menos que nos convenga pasar allí la noche, y entonces comemos allí mismo.

—Supongo que los dias que nos convenga ir allí...

—Iremos al café, al teatro: yo os presentaré á los artistas de mas fama; en una palabra, querido amigo, os presentaré en todas partes.

—A fé mia que sois un hombre encantador... Permitidme que os pregunte: ¿qué tiempo nos queda para estudiar?

—¿Qué tiempo? Los intervalos.

—Justo.

—Además que cuando se tiene un mediano despejo...

—Y una buena voluntad.

—¿Qué tiempo se necesita para estudiar?

Los dos amigos quedaron citados para el dia siguiente, y quedaron convenidos en no volverse á separar.

—En buena hora, decia Eduardo al volver á su fonda; hé aquí e

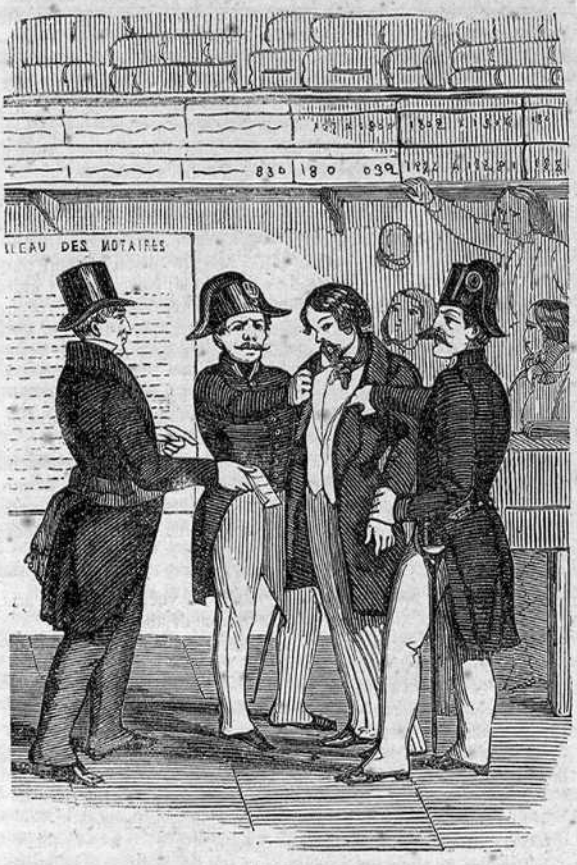
amigo que necesitaba: ¡qué diferencia de este amable y buen Jollivet y el original de Dusmenil!

A los ocho dias Eduardo tenia una habitacion suntuosa, un criado que le servía de rodillas, un caballo de pura raza inglesa, trajes de un corte estravagante, en fin, estaba á la altura Jollivet.

Entonces empezó para los dos inseparables la existencia cuyo programa se habian trazado.

Dejaremos pasar tres años, al cabo de los cuales volveremos á encontrar á Eduardo muy diferente de lo que era el dia de su llegada á Paris.

Su nombre habia adquirido en cierto mundo escéntrico una celebridad tan grande, que las gentes honradas se hubieran retraido de abrirle las puertas de su casa. Se contaba una locura; bastaba que fuese increible, imposible, para que al momento se le atribuyese: tal era su fama. Sus gastos se parecian á sus locuras: eran escesivos; habia destruido todo su patrimonio; y sin embargo, en el momento en que volvemos á tomar el hilo de nuestra historia, no habia mudado en nada su género de vida. Se sostenia con ayuda del juego y de los usureros.



Pero los usureros se cansan pronto, y el juego es inconstante: y sucedia que Eduardo se encontraba sin un maravedí: fácilmente se adivina que á Jollivet le sucedia lo mismo: tenia mas años que Eduardo y el mismo patrimonio: la industria era su único recurso; se encargaba de la educacion de algun jóven rico é inesperto á quien ayudaba á comer su patrimonio, y de educacion en educacion, lograba mantenerse en una posicion bastante buena; la de Eduardo le habia valido tres años de locuras y de una existencia deliciosa. Un dia que nuestros dos amigos estaban en crisis, Jollivet corrió á casa de Eduardo.

—Querido amigo, nos hemos salvado!

Y le enseñó un billete concebido en estos términos:

«Suplicó á M. Duvignon, notario en Paris, que entregue al dador mil escudos sobre la suma de cincuenta mil francos que tengo depositados en sus manos: la presente órden le servirá de recibo.

VEUVE CAMIADE.»

—¿Y quién es esta madama Camiade? preguntó Eduardo.

Una tia mia anciana que vive cien leguas de aquí y de quien yo me habia olvidado de un modo culpable! He tenido remordimientos, y la he escrito, y ya ves que la idea ha sido magnífica.

Mil escudos! eran muy poco: Jollivet habia contado con tener en el juego una suerte que no encontró: todas sus puestas fueron desgraciadas. A los ocho dias estaban sin un cuarto.

—¿Qué haremos ahora? le dijo Eduardo con un tono desgarrador.

—Aun no se ha muerto mi tia Camiade: toma, ve á cobrar tú mismo esta segunda órden en casa del buen notario Duvignon.

Eduardo admirado cogió la órden y corrió á casa del notario: este le suplicó que esperase algunos instantes en su gabinete, y salió bajo pretesto de ir á buscar los fondos á la caja.

En efecto, M. de Duvignon no tardó en volver, pero acompañado de un comisario de policía y de dos agentes.

Cuál fué la sorpresa de Eduardo cuando se vió detenido y llevado á la cárcel acusado de falsificador!—M. Camiade, á quien M. Duvignon habia escrito despues de pagar la primer órden, habia contestado que á nadie habia dado órden de tocar los fondos que tenia en casa de su notario; era evidente que alguno hubiera suplantado su firma.

Ya tenemos al desgraciado Eduardo encausado y sin esperanza evidencial de su inocencia. Cuando por efecto de las declaraciones que prestó al juez encargado del proceso se acordó prender á Jollivet, ya habia desaparecido, y todas las pesquisas fueron infructuosas.

Los cargos mas terribles pesaban sobre Eduardo, y en su descargo solo tenia la simple relacion de lo que habia pasado, cuya exactitud no podia confirmar. Solo la Providencia podia salvarle, y lo hizo enviándole por defensor al mismo Dusmenil, cuyos sábios principios habia ridiculizado tres años antes, y cuya amistad habia rehusado continuar.

Mientras que Eduardo se lanzaba sobre la pendiente que debia conducirle á su ruina, Dusmenil á fuerza de estudio y de trabajo se habia grangeado una posicion distinguida entre los abogados del colegio de París. Su honradez muy conocida, no era menos considerada que su talento. Todo el mundo sabia que se habia propuesto no emplear su elocuencia en defensa de una causa injusta: tenia, como vulgarmente se dice, el oido de la justicia.

Persuadido por el acento de verdad con que Eduardo le demostró su inocencia, consintió con gusto en encargarse de su defensa, y esto era un motivo de prevencion favorable al acusado.

Dusmenil le defendió con una elocuencia sublime, y tuvo la felicidad de convencer al jurado como lo estaba él. Eduardo salió libre con solo una amonestacion paternal que le hizo el presidente sobre el peligro de las malas compañías.

El pobre jóven, penetrado de arrepentimiento y de gratitud, se arrojó llorando en los brazos de su elocuente defensor.

Aun no lo hemos hecho todo, le dijo Dusmenil; ¿qué vais á hacer ahora sin fortuna y sin posicion? Es preciso buscar una y otra; os ofrezco mi casa y mis consejos; olvidad vuestra vida pasada, y buscad un refugio en el trabajo, que es la única fuente de una dicha real y tranquila.

Eduardo aceptó: la amistad del hombre calavera le habia puesto á dos dedos del deshonor; la amistad del hombre trabajador hizo de él un ciudadano útil y apreciable.

Eduardo Salletin es hoy una lumbrera de la magistratura.

MANSION DE LOS EMBAJADORES EN INDIA.

La Barra de Siam no es otra cosa mas que un gran banco de fango, formado por el desagüe del rio, á dos leguas de su desembocadero. Las aguas son tan bajas en este paraje, que en las mas altas mareas nunca se elevan mas de doce á trece piés; lo que es causa de que las grandes naves no puedan ir mas adelante.

Luego que dimos fondo, marché con el señor Le Vacher para ir á anunciar la llegada del embajador á los estados del rey de Siam. La noche nos cogió á la entrada del rio, que es uno de los mas considerables de las Indias, y se llama *Menan*, es decir, madre de las aguas. Habiéndose puesto contraria la marea que es muy alta en este país, nos fué preciso hacer escala. Al abordar vimos tres ó cuatro casitas de cañas cubiertas con hojas de palmera. El señor Le Vacher me dijo que era allí donde habitaba el gobernador de la Barra: bajamos de nuestra canoa, y encontramos en una de aquellas casas tres ó cuatro hombres sentados en el suelo, rumiando como bueyes, sin zapatos, ni medias, ni sombrero, y no teniendo sobre todo el cuerpo mas que una simple tela con que cubrian su desnudez. El resto de la casa estaba tan pobre como ellos, pues no ví en la misma ni sillas ni mueble alguno. Al entrar pregunté dónde estaba el gobernador, y uno de ellos respondió: soy yo.

Esta primera vista rebajó mucho las ideas que me habia formado de Siam. Sin embargo, yo tenia mucho apetito, y pedí de comer: aquel buen gobernador me presentó arroz, y preguntándole si tenia otra cosa que darme, me respondió *amay*, que quiere decir *no*.

Así es como fuimos agasajados al tomar tierra. Sobre lo que diré francamente que me he sorprendido mas de una vez de que el abate

de Choisy y el padre Tachard, que hicieron el mismo viaje y vieron las mismas cosas que yo, parecen haberse convenido para dar al público sobre el reino de Siam unas ideas tan brillantes y tan poco conformes á la verdad. Es cierto que no habiendo permanecido allí sino pocos meses, y teniendo el señor Constancio, primer ministro, interés en deslumbrarlos por las razones que diré en su lugar, no vieron en aquel reino mas de lo que habia en él mas propio para imponer; pero al cabo es preciso que hubiesen estado estrañamente preocupados para no haber visto la miseria que se manifiesta en todas partes, de tal modo que salta á los ojos y es imposible no verla. Sea esto dicho de paso, y volvamos á nuestro viaje.

Habiéndose puesto favorable la marea, nos volvimos á embarcar, y seguimos nuestra ruta subiendo rio arriba. Anduvimos por lo menos doce leguas sin ver ni castillo ni poblacion, á escepcion de algunas desgraciadas cabañas como las de la Barra. Para acabar de incomodarnos sobrevino la lluvia. Con todo anduvimos siempre, y llegamos á Banco (1) á las diez de la noche.

El gobernador de esta plaza, turco de nacion, y un poco mejor acomodado que el de la Barra, nos dió una cena bastante mala á la turca, sirviéndosenos sorbec por toda bebida: yo me conformé bastante mal con el alimento y la bebida, pero fué preciso tener paciencia. Al otro dia por la mañana el señor Le Vacher tomó un *balon*, que son los botes del país, y se fué á Siam á anunciar la llegada del embajador de Francia á la Barra, y yo volví á entrar en la canoa para regresar á nuestro buque.

Antes de marchar pregunté al gobernador si por dinero no se podrian tener verduras, fruta y algunos otros bastimentos frescos para llevar á bordo, y me respondió *amay*. Como los nuestros esperaban mis noticias con impaciencia, desde lo mas lejos que se me vió venir me preguntaron gritando si yo llevaba conmigo algunas provisiones para la tripulacion, y yo respondí *amay*. Solo traigo, añadí, picadas de mosquitos que nos han perseguido durante todo nuestro camino.

Estuvimos cinco ó seis dias fondeados sin que nadie pareciese: al cabo de este tiempo vimos llegar á bordo dos enviados del rey de Siam con el señor de Lano, vicario apostólico y obispo de Merallópolis, y el señor de Lionne. Los enviados cumplimentaron al señor embajador de parte del rey y del señor Constancio. Poco después empezaron á venir los bastimentos frescos, primero en pequeña cantidad, pero después muy abundantemente; de modo que las tripulaciones no carecieron de gallinas, patos, terneros y toda suerte de frutas de las Indias; pero recibimos muy pocos vejetales.

La corte estuvo quince dias para preparar la entrada del embajador, la que se arregló del modo siguiente: Se hizo construir sobre la orilla del rio, de distancia en distancia, algunas casas de cañas, forradas de grandes telas pintadas. Como los buques del rey no podian subir rio arriba, por no dar la Barra bastante agua para pasar, se prepararon barcos de trasporte.

La primera entrada en el rio fué sin ceremonia, á escepcion de algunos mandarines que habian venido á recibir á S. E., y tenian órden de acompañarle. Quince dias estuvimos para llegar desde la Barra á la ciudad de India ú Odia, capital del reino.

No puedo dejar de notar aun aquí una equivocacion de nuestros forjadores de relaciones, quienes hablan á cada instante de una pretendida ciudad de Siam que llaman la capital del reino, que dicen no ser mucho menos grande que París, y que embellecen como les da la ga a. Lo que hay de muy cierto es que esta ciudad nunca ha existido mas que en su imaginacion; que el reino de Siam no ha tenido otra capital sino Odia ó India, y que esta apenas puede compararse en grandor con los pueblos de cuarto ó quinto órden que tenemos en Francia.

Las casas de cañas que se habian construido en el camino eran movibles, y así se las desmontaba luego que el embajador y su comitiva salian de ellas; las del lugar en que se comia servian para la comida del otro dia, y las en que se dormia servian para la noche siguiente. En este movimiento continuo llegamos cerca de la capital, donde hallamos una gran casa de cañas que ya no fué movible, y donde fué alojado el embajador hasta el dia de la audiencia. Entre tanto fué visitado por todos los mandarines del reino. Fué tambien el señor Constancio, pero de incógnito, respecto de su dignidad y del puesto que tenia en el reino, siendo su dueño absoluto.

Se trató desde luego del ceremonial, y hubo grandes contestaciones sobre la manera con que se remitiria la carta del rey de Francia al de Siam. El señor embajador queria ponerla en su propia mano; mas esta pretension chocaba abiertamente con los usos de los reyes de Siam, porque como ellos hacen consistir su principal grandeza y la señal de su soberano poder en estar siempre elevados muy encima de los que aparecen delante de ellos, y por esta razon nunca dan audiencia á los embajadores mas que por una ventana muy alta que da á la sala en que los reciben, habria sido preciso para llegar á la mano del rey levantar un estrado de muchos escalones, lo que nunca quiso concederse. Esta dificultad nos detuvo muchos dias. En fin, después de muchas idas y venidas, en que yo fuí empleado con frecuencia en calidad de mayor, se convino en que el dia de la audiencia la carta del rey seria puesta en una copa de oro que tendria un mango del mismo metal de cerca de tres piés y medio colocado debajo, y por medio del cual el embajador podria levantarla hasta la ventana del rey.

El dia de la audiencia todos los grandes mandarines en sus *balones*, precedidos por los del rey y del estado, fuéron á la casa del embajador. Los balones, como ya lo he dicho, son unos barquitos de que comunmente se sirven en el reino. De ellos hay un número prodigioso, sin los que no se podria andar, estando todo el país inundado seis meses del año, tanto por la situacion de las tierras que son estremadamente bajas, como por las lluvias casi continuas en cierta estacion.

Estos balones son formados de un solo tronco de árbol ahuecado, habiendo algunos tan pequeños que apenas puede entrar en ellos el que los conduce. Los mayores no tienen mas de cuatro á cinco piés en su mayor anchura; pero son muy largos, de modo que no es estraordinario encontrar algunos que tienen mas de 80 remeros, aun habiéndolos que tienen hasta 120. Los remos de que se sirven son como una especie de pala, de la anchura de seis pulgadas por la parte baja que va redondeándose, y largas de un poco mas de tres piés. Los remeros estan adiestrados á seguir la voz de un guia que los conduce, y á quien obedecen con una destreza maravillosa. Entre estos balones los hay soberbios; representan por la mayor parte figuras de dragones ó de algun mónstruo marino, y los del rey son enteramente dorados.

En la multitud de los que habian ido cerca de la habitacion del embajador, pocos habia que no fuesen magníficos. Habiendo los mandarines echado pié á tierra y saludado á S. E., nos embarcamos en el órden siguiente: la carta del rey fué puesta en un balon sobre un trono muy elevado; el señor embajador, el abate de Choisy y su comitiva se colocaron, ó en los balones del rey ó en los del estado, los mandarines en los suyos, y con órden partimos al ruido de las trompetas y tambores: los dos lados del rio hasta el lugar en que habiamos de desembarcar estaban poblados de infinita gente que habia atraido la novedad del espectáculo, y que se postraba en tierra, á medida que veia aparecer el balon que llevaba la carta del rey.

Esta marcha fué continuada hasta cierta distancia del palacio, donde habiendo bajado el embajador encontró una manera de estrado portátil, adornado con un terciopelo carmesí, sobre el cual se levantaba un sillon dorado: habia tambien otros dos estrados menos adornados, uno para el abate de Choisy, y el último para el vicario apostólico: todos tres fuéron llevados en este estado hasta el palacio, adonde los acompañaba toda la comitiva á caballo.

Entramos primeramente en un patio muy espacioso, en que habia un gran número de elefantes, ordenados en dos líneas que atravesamos. Allí se veia el elefante blanco tan respetado entre los siameses, separado de los otros por distincion. De este patio entramos en otro, donde estaban 500 á 600 hombres sentados en el suelo, como los que vimos en la Barra, teniendo los brazos pintados de listas azules; estos son los verdugos y al mismo tiempo la guardia del rey de Siam. Después de haber pasado otros muchos patios, llegamos á la sala de la audiencia, que es un cuadrilongo al que se sube por siete ú ocho escalones.

El señor embajador fué colocado en un sillon, teniendo por el mango la copa en que estaba la carta del rey; el abate de Choisy estaba á su lado derecho, pero mas bajo, en un taburete, y el vicario apostólico del otro lado en el suelo sobre una alfombra puesta espresamente, y mas aseada que la gran alfombra de que estaba cubierto todo el pavimento. Toda la comitiva estaba tambien sentada en el suelo, teniendo las piernas cruzadas. Se nos habia encargado sobre todo que tuviésemos cuidado de que no apareciesen nuestros piés, no habiendo en Siam una falta de respeto mas considerable que el mostrarlos. El embajador, el abate de Choisy y el señor de Merellópolis estaban de cara al trono, colocados en una misma línea, y todos nosotros estábamos detrás de ellos en la misma fila. A la izquierda estaban los grandes mandarines, teniendo á su lado á los mas calificados, y así sucesivamente de dignidades en dignidades hasta la puerta de la sala.

Cuando todo estuvo dispuesto, un gran tambor sonó un golpe: á esta señal los mandarines, que no tenian por todo vestido mas que un lienzo que les cubria desde la cintura hasta medio muslo, una especie de almilla de muselina y una canasta sobre la cabeza de un pié de largo, terminada en pirámide y cubierta con una muselina, se echaron todos, y permanecieron en tierra apoyados sobre las rodillas y los codos. La postura de estos mandarines con sus canastas en el culo el uno del otro hizo reir á los franceses; el tambor que habiamos oido

(1) Bancoke, la capital actual del reino de Siam. En la época del viaje del caballero de Forbin, la capital era Judia, impropiamente llamada Siam en algunas relaciones.

primero sonó aun muchos golpes, dejando cierto intervalo de uno á otro, y al sesto el rey abrió y apareció á la ventana.

Llevaba en la cabeza un sombrero puntiagudo, tal como se llevaban antiguamente en Francia, pero cuyo borde no tenia mucho mas de una pulgada de ancho, y este sombrero estaba atado bajo la barba con un cordon de seda. Su vestido era á lo persa de una ropa de color de fuego y oro. Llevaba ceñida una rica banda, en la que estaba pasado un puñal, y tenia un gran número de sortijas de precio en muchos de sus dedos. Este príncipe tenia la edad de cerca de cincuenta años, muy flaco, de pequeña estatura, sin barba, teniendo en el lado izquierdo de la quijada una gran berruga, de la que salian dos largos pelos que parecian crines. El señor de Chaumont, despues de haberle saludado con una profunda inclinacion, pronunció su arenga sentado y con la cabeza cubierta. El señor Constancio sirvió de intérprete, despues de lo que el embajador, habiéndose acercado á la ventana, presentó la carta á este buen rey, que para tomarla se vió precisado á inclinarse mucho y salir de su ventana hasta medio cuerpo, ora el embajador lo hiciese adrede, ora el mango de la salvilla no fuese bastante largo.

Su majestad siamesa hizo algunas preguntas al embajador; le preguntó sobre la salud del rey y de la familia real, y se informó de algunas otras particularidades concernientes al reino de Francia. En seguida sonó el gran tambor, el rey cerró su ventana, y los mandarines se levantaron.

Concluida la audiencia, volvió á emprenderse la marcha, y el embajador fué conducido á la casa que le estaba preparada. Era de ladrillo, bastante pequeña, mal construida, siendo sin embargo la mas hermosa que habia en la ciudad, porque no debe pensarse en hallar en el reino de Siam palacios que correspondan á la magnificencia de los nuestros. El del rey es muy vasto, pero mal construido, sin proporcion y sin gusto; todo el resto de la ciudad, que es muy desaseada, solo tiene casas, ó de madera, ó de cañas, á escepcion de una sola calle de cerca de doscientas casas, bastante pequeñas y de un solo alto. Son los moros y los chinos los que la habitan: en cuanto á las pagodas ó templos de los ídolos, son construidos de ladrillo, y se parecen á nuestras iglesias. Las casas de los talapuinos, que son los sacerdotes del país, solo son de madera no mas que las otras.

Además de la audiencia pública, el embajador tuvo todavía muchas conversaciones con el rey. Es una cosa molesta el ceremonial de aquel país, no habiendo nunca entrevista particular antes de la que no hubiese mil cosas que arreglar sobre este objeto. En calidad de mayor, estaba yo encargado de ir y venir y llevar todas las palabras. En todo este manejo que estuve obligado á hacer, y de que el rey fué testigo mas de una vez, tuve no sé si debo decir la dicha ó la desdicha de agradarle; sea lo que fuese de esto, el rey deseó retenerme cerca de él, y habló al señor Constancio.

Este ministro que tenia sus miras, y por razones que diré en su lugar, no deseaba verme regresar á Francia, á lo menos tan pronto; se alegró mucho de las disposiciones del rey, y se aprovechó de la ocasion que se le ofrecia como por sí misma. Hizo entender á S. M. que además de los servicios que yo podia prestarle en sus estados, era conveniente que queriendo enviar embajadores á Francia (pues ya estaban nombrados, y todo se hallaba pronto para la partida), alguno de la comitiva del embajador quedase en el reino, como en rehen, para responderle del comportamiento que la corte de Francia tendria con los embajadores de Siam.

Por estas razones buenas ó malas el rey se determinó á no dejarme partir, y el señor Constancio tuvo órden de esplicar al señor de Chaumont las intenciones de S. M. El señor Chaumont respondió al ministro que él no era dueño de mi destino, y que no le tocaba disponer de un oficial del rey, sobre todo cuando era de un nacimiento y calidad tan distinguida como la del caballero de Forbin. Estas dificultades no hicieron desistir al señor Constancio; volvió á la carga, y después de muchas razones dichas y repetidas por una y otra parte, declaró al embajador que el rey queria absolutamente retenerme en rehen cerca de él.

Este discurso asombró al señor Chaumont, que no viendo ya medio para mi partida, acordó con el señor Constancio y el abate de Choisy que entraba en todas sus conversaciones particulares, los medios de hacerme consentir á las intenciones del rey. El abate de Choisy fué encargado de hacerme la proposicion, pero yo no estaba dispuesto en manera alguna á admitirla. Le respondí que dejando aparte el disgusto que tendria de quedar en un país tan remoto, y cuyos estilos eran tan opuestos al carácter de mi nacion, no habia apariencia de que yo sacrificase los principios de fortuna que tenia en Francia, y la esperanza de elevarme á alguna cosa mas, para quedarme en Siam, donde los mayores establecimientos no valian lo poco que yo tenia ya.

(Continuará.)

ESPERANZA.

NOVELA ORIGINAL

POR PABLO GAMBARA.

(Continuacion.)

Acudieron los criados y los separaron, llevándose á Julian á la cárcel. D. Pedro se llevó á su esposa, y desde entonces vivió con ella en un divorcio convencional, ocupando los dos una misma casa, pero distintas habitaciones, de modo que ha corrido el círculo de un año sin que se hayan visto ni oido.

Esta es la escena de que hombres como D. Martin se han valido para calumniarme. V. conocerá, con poco que medite, que lo que en ella pasó es un misterio para los que no estaban presentes, y que la relacion circunstanciada que de ella ha hecho D. Martin no puede ser á lo sumo sino una conjetura. Dígame Vd si es digno de un caballero el desacreditarme así dando por segura una hipótesis que en ninguna prueba se apoya. Por el contrario, yo tengo una prueba de mi inocencia. Un hecho reciente que acaba de salir en los periódicos. Lea V.

Al decir esto, Catalina presentó á Eugenio un periódico y le señaló un párrafo que decia así:

Ayer por la noche fué asesinado en la calle de*** D. Pedro de Vargas. Como su muerte ha coincidido con la desaparicion de su esposa y la fuga de la cárcel de un tal Julian Casthelo que estaba preso por haber atentado á su vida en otra ocasion, se les atribuye su muerte. Esperamos tener mas noticias para ponerlas en conocimiento de nuestros lectores.

—Ahora veo claro! esclamó Eugenio acabando de leer este párrafo.

—Aquí puede Vd. aprender, le dijo Catalina, lo que son los juicios del mundo ¿Que delito he cometido yo para que así se mancille mi honra?

—¿No dijo Vd. que D. Martin la ha requerido de amores?

—Ciertamente; mas le he contestado siempre con el mas frio desden, ya porque en mi situacion me es imposible amar á nadie, ya tambien porque es una persona que me repugna.

—Y á mi tambien!

—¿No es cierto que es antipático? Su mirada es traidora, su vista me inspira asco y miedo como la de una víbora.

—Es un infame! dijo Eugenio, que se hallaba en una de esas situaciones en que se toman prestados todos los sentimientos que nos quieren dar.

—Y sin embargo, vea Vd. lo que es el mundo, Eugenio: ese hombre será creido, y yo no lo seria aunque intentara defenderme. Ese hombre levantará la frente para calumniarme, y no habrá uno solo entre los que le escuchen, que se atreva á escupirle al rostro y decirle que miente.

—Yo lo haré.

—¿Usted?

—Yo.

—No, no, Eugenio, seria una locura.

—Es mi deber.

—Seria hacerme aun mas daño. Diria que yo habia seducido á Vd. para que le desafiase.

—¿Y he de consentir que un hombre sin honor mancille así la reputacion de una mujer virtuosa?

—¿Y qué hacer? Además, yo espero dejar pronto á Portugal, y antes puede ser que tenga venganza.

—¿Cómo?

—Sí; yo misma me batiera con D. Martin.

—Usted!

—Yo. En otro tiempo mi padre por diversion me enseñó á jugar las armas. Llamábame su *amazona*, y me adulaba diciéndome que tenia el brazo y el corazon de hierro...

Estas palabras dichas por otra mujer ó en otra ocasion hubieran hecho sonreir á Eugenio; pero Catalina no era una mujer vulgar. Su aspecto era el de la fuerza, y su mirada infundia miedo. Recordábase á Medea al verla irritada, y como todas las buenas actrices, sabia valerse de sus fuerzas para dar vida y verdad á los peores papeles. Además, Eugenio no se hallaba en estado de reflexionar: sus nervios se habian escitado, y en esta situacion los hombres nerviosos no piensan, sino que deliran. No encontró pues nada de ridículo en la idea de Catalina, y solo creyó que su deber era adelantarse á ella.

—Señora, la dijo, eso seria una locura.

—Pues ya está hecha, respondió Catalina conociendo el efecto de sus palabras. Le he enviado una carta, y me esperará á las dos á la orilla del Tajo.

—¿Y querrá batirse con Vd.?

—No sabe quien le desafia. Solo he puesto en la carta que un caballero á quien ha ofendido le espera en aquel sitio.

—¿Esta noche á las dos?

—Esta noche á las dos. Si muero, Vd. sabrá decir que he sido calúmniada, y será creido, porque al mundo le cuesta poco trabajo creer en la virtud de los muertos... Pero se ha quedado Vd. pensativa!

—No es nada.

Aun le detuvo una hora mas, logrando tanto con sus palabras como con el lenguaje de su rostro que se aumentase la fiebre que le devoraba. Astuta sirena, habia comprendido al primer golpe de vista todas las partes débiles de Eugenio, y le manejaba como queria. Por fin, le dejó marchar segura de conseguir lo que deseaba, y desde su ventana le vió encaminarse hácia el Tajo.

El jóven embozado en su capa iba diciendo para sí: Es un infame, y le mataré.

Si Esperanza hubiera visto el calor con que Eugenio tomaba la defensa de Matilde, hubiera derramado lágrimas temblando por sus amores.

En el lugar indicado encontró á D. Martin con dos floretes bajo la capa.

—¡Ah! dijo al verle, ¿es con Vd. con quien tengo que batirme?

—Sí, respondió seriamente Eugenio, y nos batiremos á muerte.

—¿Viene Vd. de casa de Matilde?

—¿Qué le importa á Vd.? Acabemos.

—Con calma, dijo D. Martin... Todo se andará si es necesario; pero antes le suplico á Vd. que reflexione...

—Todo está ya reflexionado, esclamó impetuosamente Eugenio apoderándose de uno de los floretes. En guardia, infame impostor, y prepárate á pagar con sangre tu maledicencia.

—Sea pues, dijo Martin con tranquilidad poniéndose en guardia. Ambos enemigos comenzaron el combate. El lugar en que estaban era una plazoleta natural cercada de altos árboles, é iluminada por la luna que brillaba en un cielo sin nubes; de modo que los combatientes tiraban sin que las sombras de la noche se lo impidiesen. Eugenio no conocia el manejo del florete, y tiraba con tal ceguedad, que Martin hubiera podido dejarle clavado desde el principio; pero no queria verter la sangre de aquel jóven, y se defendia esperando una ocasion oportuna para desarmarle. Esto le perdió; porque en el momento en que adelantando el paso iba á lanzarse sobre su rival, este le asestó una estocada que pasó rozando por su pecho y se clavó en el hombro.

Martin cayó al suelo murmurando: Bien sabia yo que la piedad habia de costarme cara! En este mundo no hay un sentimiento bueno que no se pague. En este momento un hombre se lanzó de entre los árboles, y arrojando la capa y el sombrero se precipitó hacia el herido esclamando: ¡Eugenio! ¡Eugenio muerto por causa mia!

—¡Matilde! esclamó Eugenio que reconoció la voz. ¡Vd. aquí!

—¡Ah! esclamó Matilde lanzándose á él y estrechándole entre sus brazos, creí que no te volveria á ver mas.

Eugenio sintió mojado el rostro con su llanto. Matilde se separó de él y pareció avergonzada de lo que acababa de hacer.

—¡Ah! dijo con encantadora turbacion, debo de parecer á Vd. una loca.

—¡Matilde! dijo el jóven ya delirante, trasportado al país de los sueños por la voz de aquella mujer que le habia descubierto un mundo entero de goces ignorados en una sola caricia. Matilde... yo te amo...

Matilde hizo como que no le oia, y dirigiéndose á dos criados que habian aparecido detrás de ella, les dijo: Mirad si ese hombre está vivo; y si lo está conducidle á casa de mi médico Solís.

Los criados la obedecieron. La herida de Martin á pesar de ser de florete no ofrecia gravedad, pues habia llevado direccion, y los criados le hicieron por sí mismos el primer vendaje; después de lo cual le condujeron al coche que de Matilde estaba á poca distancia.

Matilde y Eugenio volvieron á la ciudad á pié.

XI.

D. Martin descansaba en un blando lecho cubierto con una colcha de damasco carmesí. La alcoba en que reposaba estaba alumbrada por la opaca luz de una lámpara. El médico Solís, despues de haber reconocido la herida y dictado el régimen conveniente, se despedia en el momento en que se presentó Matilde.

—¿Cómo está? preguntó.

—No presenta señales de peligro, respondió el médico, y despidiéndose poco despues salió de la habitacion, dejando solos á D. Martin y Matilde. Esta se acercó al lecho del enfermo y se sentó á su cabecera.

—Seguramente, le dijo, que no esperaba Vd. mi visita.

—Al contrario, respondió Martin, sabia que no dejaria Vd. de venir para descubrir el motivo de mis murmuraciones.

—Ha acertado Vd. Yo no creo en el mal que se hace sin objeto, y por consiguiente deseo saber qué objeto llevaba Vd. al hacerme daño.

—La murmuracion es acaso el único mal que se hace sin objeto. Murmuré de Vd. por pasar el rato.

—No puedo creerlo.

—Hace Vd. mal. ¿Me ha oido Vd. hablar otras veces?

—No.

—Pues si me hubiera Vd. oido, sabria que tengo

siempre el insulto en los ojos
y en los lábios la ironía

como D. Felix de Montemar. Que mi único placer es mostrar las cosas por el lado feo, y que si volviéramos á los tiempos mitológicos, Momo me cederia su puesto en el Olimpo. No soy el único que sigue este camino, ni mi lengua es la única lengua viperina del mundo; pues muchos otros hacen lo mismo por vanidad; en cuanto á mí, desprecio demasiado á los demás para ser vanidoso, y así no es por lucirme por lo que murmuro.

—¿Pues por qué?

—Por... por caridad. En el siglo pasado, un buen abate francés, que se llamaba Bellegarde si no me equivoco, escribió un curioso *arte de conocer á los hombres*, con el cual se ha amamantado mi inteligencia. Este libro prueba que todas las acciones del hombre tienen un orígen malo; que las virtudes mas ensalzadas ocultan bajo su manto de púrpura los asquerosos pies de la cabra, como las hermosas damas que retrata Teniers en las tentaciones, y despues de haber probado su lanza de oro con todas las ilusiones como Bradamanta contra todos los genios maléficos, asegura en un prólogo bastante bien escrito que la caridad le ha impulsado á acometer tamaña empresa. Yo hago lo mismo que él, ó mejor dicho, mi vida es su libro en accion: ¿por qué no me ha de impulsar el mismo móvil?

—No comprendo á Vd.

—Eso les pasa á muchos. Soy para la generalidad una especie de sombra de Junius que segun dice Byron en su linda *vision del Juicio*, cambiaba á cada instante de fisonomía haciendo discurrir al mismo diablo. Acaso consistirá en que se quiera encontrar en mí lo que no hay, como allí queria hallarse un hombre donde no habia mas que una sombra. Pero dejemos esto, porque el hablar de mí propio me fastidia mas que la lectura de una novela de Arlincourt. Hablemos de Vd., que es hablar de un hermoso asunto. Soy muy curioso, y aquí no nos oye nadie segun creo. Tendrá Vd. la bondad de decirme: ¿qué medios ha empleado para seducir tan pronto á ese jóven, tan bello como el Apolo de Velvedere, pero que segun he visto, no encierra en su cráneo mas seso que la famosa estátua?

—Yo no le he seducido.

—¿Pues cómo ha ido á batirse?

—Indignado del proceder de Vd...

—¿Y quién ha encendido el fuego de su indignacion? No trate usted de ocultarme nada, porque es inútil. Leo en el corazon de Vd. como en un libro abierto. ¿Qué diria Vd. si yo le dijera ahora lo que piensa acerca de ese jóven?

—¡Imposible!

—Oígalo Vd., y dígame si me equivoco. Vd. sabe que llega una edad triste para todas las mujeres, pero mas aun para las que viven de la hermosura de su rostro, la edad en que todas saben como Anita de Lenclos descubrir una falta en la obra de Dios que ha puesto las arrugas en la frente y no en los talones. A esta edad, la mujer de orgía está cansada de orgías, los licores han perdido el poder de turbar su razon, su paladar acorchado no percibe su sabor, y su voz enronquecida no puede ya entonar los himnos del placer al compás de los vasos y botellas. Todos los placeres han perdido su principal encanto, la novedad, y se asiste á la representacion de la vida como á la de una comedia que se sabe de memoria. Todos los deseos se reducen entonces á uno, al de la paz de la familia, al del amor virtuoso y tranquilo, porque esto es lo único que se ignora, y la mujer como el hombre reconoce las desventajas del celibato que le deja solo en medio de los hombres sin que nadie se interese por él, sin que nadie llore su muerte. Vd. tiene necesidad de un afecto no manchado con las impurezas del pecado, y daria por comprarle su misma fortuna; pero el afecto no se compra, y conoce Vd. sobrado el mundo para dejarse engañar por la hipócrita avaricia de un jóven de alma gastada. Para obtener este afecto, esta *estimacion* que es la verdadera palabra, tiene Vd. que conquistarla, y es esto lo que se ha propuesto.

Matilde se mordió los lábios oyendo á D. Martin.—Es preciso que sea Vd. el demonio, esclamó.

—No, soy solamente un hombre, que cansado del mundo donde ha perdido todos los tesoros de su alma, se ha colocado en un rincon del inmenso escenario para ver como simple espectador la comedia humana. Paseo por el fondo mientras los demás se divierten en la orgía, como *Bertran* en el primer acto de *Roberto el Diablo*. Soy la sombra del cuadro, no sé si el espíritu maligno; pero lo cierto es que llevo un infierno en el corazon.

Al pronunciar estas palabras el rostro de Martin no estaba contraído por la eterna sonrisa sardónica que tanto repugnaba en él; su voz no tenia el sonido agudo y penetrante que se clavaba en el corazon como un agudo puñal; su rostro se cubrió de tristeza, y parecia que se habia olvidado de Matilde.

Esta no dejó pasar desapercibida tal mudanza, y con su insinuante voz le dijo:

—Usted ha padecido mucho?

—Mucho! murmuró Martin: si mi historia se pudiese escribir, si hubiera un corazon capaz de comprenderla despues de escrita, arrancaria lágrimas de piedad.

—Lo mismo es la mia, ó quizá mas terrible; yo en cierto tiempo era buena y pura; hoy no quiero pensar en mí porque me causo rubor. ¿Será cierto que cada hombre guarda en el corazon una herida profunda? ¿que la primera página del libro del alma está reservada al dolor?

—Algunas veces.

—Entre los desgraciados la simpatía es muy viva, sobre todo para los que son sus hermanos en los padecimientos. Vd. dice que ha padecido mucho, y segun he visto tiene Vd. ódio á las mujeres. ¿Seré indiscreta si pregunto si ha sido una mujer la causa de sus pesares?

—Nunca hay indiscrecion en hacerme una pregunta; pues si no quiero no doy la respuesta, dijo Martin recobrando su aire mofador: ¿cree Vd., señora, que no tengo mas que hacer que contar mi historia?

Matilde dejó escapar un rugido como el de la leona á quien arrancan la presa de los dientes.

—No se canse Vd., prosiguió D. Martin, yo no profeso á Vd. mas odio que á otra persona cualquiera, y no soy capaz de profesar á usted ni á nadie el menor afecto: así es que seria inútil querer escamotearme la amistad. Estoy convencido de que la vida es un sueño, y creo hace años que yo solo existo en el mundo; que fuera de mí no hay nada ni en el mundo mismo; que soy un espíritu, y que todo lo que veo y lo que oigo no son mas que ilusiones de mi imaginacion.

(Concluirá.)

ALBORES DEL GENIO.

Cual en mañana de invierno
rasga las nubes el sol,
y sus narices enseña
á este mundo pecador,
Así cuando nace un *génio*
ya manifiesta precoz
las chispas deslumbradoras
de la sacra inspiracion.
¿Veis panza arriba en la cuna
aquel infante lloron
que patalea y da gritos
y abre una bocaza atroz?
Pues ese ha de ser muy pronto
un Rubini, un ruiseñor;
bien se conoce en sus gestos
y en la fuerza de su voz.
¿Veis aquel otro muchacho,
verdadero *sans culott*,
que bosqueja en las esquinas
monigotes con carbon?
Guardadlos entre cristales;
que si hoy no tienen valor,
serán de fijo algun dia
de artistas admiracion.
Así empezó Miguel Angel,
y Ribera así empezó;
y ese chico en la cabeza
tiene *cosas* de pintor.
Aquel que tira el Hornero
y Araujo y Ciceron,
y está libre de castigos
de ocho dias uno ó dos;
Que aprende versos y coplas,
pero nunca la leccion,
y es inquieto y pendenciero
con puntas de jugador,
Ese es poeta: en su cráneo
bulle un Parnaso español:
tiemble, si suelta el torrente,
toda prensa y todo actor.
Aquel, que *haciendo novillos*
un dia sí y otro no,
se va al Prado á echar fragatas
en las aguas de un pilon,
Y aquellos que andan en filas
al redoble del tambor
con garrotes por fusiles
y papeles por chacós,
Esos harán, y bien pronto,
que temido y vencedor
tremole en mares y tierras
el ibero pabellon.
Ese que coge la cera
de la luz que se corrió,
y la convierte en monitos
de bien modesto primor,
Y el otro que con guijarros
cuatro casas fabricó
de sencilla arquitectura
y pequeña elevacion,
Son nuevos Fidias y Herreras.
¡qué arquitecto! ¡qué escultor!
darán al mundo palacios
y al mármol animacion.
Ese muchacho que corre
calles y calles veloz
con un tremendo legajo
que le trueca en facistol,
Y aquel que trincha los restos
del pobrete que murió,
y pasa el dia á su lado
sin perdonarle un rincon,
Esos de la artista fama
dejarán ronco el fagot.
¡Qué récipes! ¡qué visitas!
¡qué protocolos! ¡qué horror!
Así el hombre se remonta
á una altísima region
sobre las alas del *génio*
que en la cuna le meció.
Solo á veces por desgracia
antes de estar en sazon,
ó se convierte en pollino
ó hácia sí le llama Dios.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. C. Alhambra.



ANTIGUA PUERTA DEL CEMENTERIO DE SANTO DOMINGO EN SANTIAGO.

GALICIA MONUMENTAL.

PÓRTICO ANTIGUO DE LA CALLE DE BONAVAL (SANTIAGO).

Al vacilante resplandor de una hoguera se distinguian tres hombres de aspecto lúgubre y misterioso, cuyas miradas se encendian con el reflejo de las ascuas, como los ojos de la lechuza se iluminan sobre el vaso de una lámpara. Las estrellas se multiplicaban en el cielo, esmaltando esa atmósfera de purísimo azul, tan suave á la mirada como mortífera á la respiracion. Era la media noche.

Entre tanto la apartada hoguera dibujaba en el pavimento de un pórtico las sombras de los tres hombres con las proporciones de gigantes acostados á la vera de los tizones. Este pórtico era el lindero entre la vida y la muerte; separaba la ciudad de los vivos de la ciudad de los muertos: era la puerta del cementerio de Santo Domingo. Esta velada fatídica y pavorosa anunciaba la familiaridad de oficio con la muerte. Los tres hombres que conjuraban el frio del invierno alrededor de la hoguera, vivian del cementerio, como el escritor vive de sus obras y el artista de sus creaciones. La luz descubria semblantes macilentos sin las arrugas del pesar, y miradas abatidas sin las tribulaciones del dolor. Para ser cadáveres, solo les faltaba que el alma rompiese sus postrimeras ligaduras con el cuerpo. Un anciano encorvado por los movimientos del azadon, que durante treinta años habia desgastado su hierro entre huesos humanos, estendia sus manos trémulas y descarnadas sobre las llamas de la hoguera: inmóvil, silencioso y resignado, se encontraba tan lejos del mundo, que parecia reconocer, á guisa de filósofo, lo cerca que se encontraba de la hoya comun.—Era el enterrador. Un ataud vacío colocado á sus espaldas lo reclamaba á primera vista. Al lado del anciano, dos jóvenes prematuramente viejos, de cabellos grises y carrillos hundidos, se cambiaban algunas palabras pronunciadas á media voz; sus fuerzas desfallecidas se reanimaban con el descanso; y volvian los ojos al cementerio, como el albañil observa los andamios donde trabajará á la mañana siguiente. Eran los obreros del campo santo que citaban los sepulcros por sus guarismos, y los muertos por las hiladas de sillería.

Los tres hombres guardaban un sepulcral silencio, como si procurasen asemejarse á los difuntos, el cual era interrumpido por las chispeantes llamaradas de la madera humedecida. En esta noche se quemaban los despojos del cementerio; era la *segunda muerte* de los enterrados. Sus sepulcros de madera, deshechos por la lluvia y desclavados por el viento, eran entregados á las llamas. Las alegorías ensayadas por el artista en las paredes de su alcoba, y los epitafios escritos en borrador por el poeta en el sobre de un billete de amor, desaparecian entre el humo de la hoguera. El enterrador habia precipitado los cadáveres en la hoya: mas tarde entregaba al fuego su historia, mejor conservada por las familias en los aniversarios que por los maderos pintados de negro en los cementerios.

El anciano se levanta trabajosamente apoyando sus trémulas manos en el pavimento del pórtico, y dilata sus nubladas pupilas hácia el ataud vacío. Cualquiera diria que habia presentido su proximidad: era para él una ventana entreabierta que caia á la otra vida.

—Descansa y holgaremos,—murmura, como persona que aleja de sí un pensamiento sombrío.

22 DE OCTUBRE DE 1854.

—A fé que es mas fácil llenar una tarima del hospital—repone uno de sus ayudantes—que vaciar una hoya del cementerio.

—La peste debia esperar por nuestro aviso—interrumpe el tercero.

—Suprimid entonces nuestro trabajo, ó lo que es lo mismo, suprimid la muerte. Y al pronunciar el enterrador estas palabras, tose involuntariamente con la contraccion nerviosa que la imaginacion engendra en el cuerpo durante el declive de una ancianidad amenazada de muerte.

—Os quejais de vicio. Uno solo de vosotros puede enterrar veinte cadáveres en un dia. Todos son jóvenes y delicados: poco se le da que hacer al cementerio. Ya vienen cadáveres desde sus gabinetes: ya son cadáveres antes de su última enfermedad. En otros tiempos no vendiamos como ahora las pobladas cabelleras de las jóvenes muertas en flor.... el pelo blanco no sirve para nada. Cuando se enterraba un mancebo, los curiosos no me dejaban trabajar en veinticuatro horas. Todo el cementerio se removia.... era un segundo dia de trabajo.

—Bah! Estoy entonces por lo presente.

—En nuestros dias un cadáver que entra en el campo santo es una moneda que se cambia....

—Con bastante quebranto. El oficio decae. Antaño... oh!... un cadáver de entonces valia mas que un entierro de ahora. Aquello sí que era llevar cruces de plata, relicarios de concha y anillos de oro. Alguno traia consigo las hebillas de los besamanos y el reloj de tres cajas de los dias de Pascua. Aun recuerdo que he reunido en un año una docena de camisas de batista recogidas á los muertos, las que sirvieron de regalo de boda á mi primera mujer.... Desde entonces todo es miseria, miseria. Gastan en la vida.... hasta el cuerpo.... A pesar de que no se cree en apariciones y sortilegios, se visita menos que antes el cementerio. Vosotros sois jóvenes y no recordais los aguinaldos de os vivos y las larguezas de los muertos... sí.... hasta las larguezas de los muertos, porque los cadáveres eran unos escelentes huéspedes... nos dejaban todo lo que traian. ¿Qué me importan los garabatos de los pintores que emborronan las paredes, y las coronas de mirto y siempreviva que ensucian los andenes del cementerio? Vanidad, vanidad mundana! Aquello era verdadero dolor: las puertas del camposanto estaban entreabiertas para las personas enlutadas, á quienes saludábamos á la entrada y quienes nos recompensaban á la salida. Se lloraba mucho, mucho, sobre las sepulturas.... Ahora se leen coplas y romances como sucede en los jubileos..... Ser á la sazon enterrador valia la pena de llenar hoyas y vaciar sepulcros. No arrancaba la yerba de las junturas de las losas—eso menos tenia que hacer. A deciros verdad, paréceme que los muertos han dado en visitar á los vivos, porque observo que los vivos no se dan mucha prisa en saludar á los muertos....

—Habrán buscado alguna bóveda subterránea que pase del cementerio á la ciudad.

—El cementerio no tiene puertas para esta vida.

—Lo cierto es que hace veinte ó treinta años no encenderiamos una hoguera, esperando un rebuscador de huesos humanos para esplicar lo que ya no recogemos en el cementerio.... para esplicar la vida. Daria al diablo sus maravedises; y aunque fuese un fraile de Santo Domingo en busca del cadáver del *ome-santo*, le volveria las espaldas á riesgo de pasar por irreverente y mal cristiano.

—Y á propósito del *ome-santo*, yo no daria una blanca por cargar á los quinientos años con los huesos de un herrador.

—Este cadáver valia lo que pesaba... haria nuestra fortuna. Estaba en olor de santidad. Perdóneme Dios y el alcalde de Santiago, pero debian haberlo enterrado cerca de la efigie colocada á su memoria en este pórtico... Observad bien esos garabatos, que así parecen letras como números... aquí han venido doctores y canónigos á leerla, y si mal no recuerdo, han dicho que el herrador se llamaba Juan Tuorum.

—De manera que sabreis su historia...

—No por la inscripcion, sino por un legajo de papeles que he encontrado en medio del breviario de un anciano sacerdote que ha fallecido... un año después de mi segunda mujer y tres meses antes de mi único hijo. Tambien le ha citado el padre lector de Santo Domingo en uno de los sermones de la Cuaresma como un bienaventurado en olor de santidad. Aun recuerdo sus palabras: *beatus in fragantia sanctimonio*.

—En cambio era conocido en vida por el Diablo.

—Así es; por el diablo de la Puerta del Camino.

—Loado sea Dios... ya deseais volver á sentaros... por este lado... aquí teneis las almohadas de la caja mortuoria del hospital... ea... renovad esos tizones... arropémonos en nuestras capas y... silencio. Deseo saber la historia del *ome-santo*. Pláceme este sobrenombre: el *ome-santo* de muerto, y el *diablo* en vida; á fé que notario conozco yo, que si le iguala de vivo, no se le parecerá de muerto.

—Por el año de...

—No sé cuántos...

—Fórmula de proceso.

—No me interrumpais. Por el año... sí... de 1330, treinta y seis años antes de la venganza de los *churruchaos*, se habian levantado los vecinos de Santiago contra el arzobispo Francisco Berenguel de Londora, entre los que se contaba el esforzado herrador de la Puerta del Camino. En la márgen del manuscrito se leia la siguiente advertencia escrita adrede de una manera embrollada, temblona:—«Se dijo que habia sido instigado por un caballero que entendia mas de amores hácia una hija suya que de revueltas en contra del prelado.»—Recuerdo bien que añadia—«esta noticia carece de autoridad.» Sea de esto verdad lo que se quiera, lo cierto del caso ha sido que á los dos años de refugiarse en Pontevedra Fr. Berenguel de Londora, volvió á Santiago como señor de báculo y ballesta. Las prisiones se multiplican y la cárcel del Consejo se ve mas llena que capilla de cementerio en dia de difuntos. El herrador de la Puerta del Camino, que si era conocido por el Diablo de murallas afuera, pasaba por un buen cristiano y cristiano viejo de almenas adentro, es acusado de la muerte violenta de un familiar del arzobispo; y á pesar de que el delator no comparece al emplazamiento de Juan Tuorum, se le condena á ser ahorcado en el monte-houriz.

—Mal haya quien inventó la horca, y la cárcel, el frio, y la falta de pan.

—No blasfemeis, y os vendria mejor renovar la lumbre, que condenar vuestra miseria. Dios no ha podido olvidarse mejor de los hombres que de los pájaros, y los pájaros apenas conocen el hambre. Volad, es es decir, trabajad, y comereis...

—No interrumpais la historia del herrador.

—Habíamos dejado á Juan Tuorum en la cárcel...

—No, en la horca.

—Os equivocais: en la horca no puede ser por cuanto no llegó á su escalera...

—Eso ya trasciende á cuento...

—Negad entonces la calle en que vivis, el crucero donde vuestro padre se santiguaba todas las mañanas, y lo que es superior á la tradicion y al monumento, negad la omnipotencia divina.

—Oh! *Credo in deum pater omnipotentem.*

—Pues bien, el sobrenombre de la calle de *Ronaval* es la corrupcion dirigida por el herrador á la vírgen de Belen, y el crucero que ha desaparecido en la subida al cementerio era saludado desde tiempo inmemorial como la cruz del *ome-santo* (1)... El Diablo de la puerta del Camino, el herrador Juan Tuorum, cae muerto de repente delante de una efigie de la Virgen colocada en el barrio de las Ruedas al dirigirle estas sentidas y fervorosas palabras:—*Virgen de Belen, ven—é—váleme* (2). Y si aun os parece fábula el manuscrito del sacerdote, negad el pórtico del cementerio que está á vuestras espaldas.

—Creo en todo, señor; y lléveme Dios, como al herrador, si no me pareció que la historia de Juan Tuorum era una invencion de *romance*... Seguid en vuestra relacion...

—El herrador fué enterrado en el mismo lugar en que habia caido muerto, y se levantó sobre su sepultura un crucero de piedra. El *ven—é—valeme* de Juan Tuorum llegó á ser el *Bonaval* de este barrio. Sirvieron sus palabras de sobrenombre á una calle, así como la losa de su sepulcro ha dado orígen á un litigio entre el convento de Santo Domingo y la parroquia de Santa María del Camino sobre la posesion de sus huesos. Se disputaron su cadáver hasta que desapareció en alta noche después de las luminarias y apariciones que los frailes divisaban desde sus celdas. Hay quien asegura—perdóneme la Vírgen si lo creo—que lo de las luces y fantasmas salia del mismo convento para alejar á los devotos durante la noche y llevarse el cadáver del herrador, como al remate y postre ha sucedido...

Al llegar aquí el enterrador, el reloj de la catedral repite á una poblacion dormida la primera campanada del nuevo dia. Será tal vez una preocupacion ó una pesadilla; empero es para nosotros un símbolo la concision solemne de una sola campanada que anuncia, como una esperanza ligeramente iniciada, la próxima aurora. En las doce de la noche hay desaliento, cansancio, fatiga; se pierde el curioso en la cuenta de sus campanadas: en la una se reconoce aliento, vigor, escitacion; pasa el sonido como una leve insinuacion, como un apóstrofe del tiempo, como un eco.

El enterrador y sus ayudantes se levantan por segunda vez y des-

(1) La adoracion de este monumento religioso está justificada por diversos manuscritos antiguos correspondientes á los archivos públicos y privados de Santiago. En la *Razon de propios, juros y rentas de Santiago* escrita por el señor Millara y Montenegro en el siglo pasado, se consignan algunas pertenencias que lindaban con *la cruz del ome sant*. Veamos las *monografías de Santiago*. (Apéndice histórico XVI.—Pág. 557.)

(2) De *ven—é—valeme* se ha formado la palabra *Bonaval*: corrupcion popular de una plegaria. La cruz del *ome-santo* (hombre-santo) duró hasta principios del siglo actual. La lápida con los signos del herrador esculpidos en su centro, se habia trasladado á la iglesia del convento de Santo Domingo, en donde tambien reguardaban ocultamente las cenizas de Juan Tuorum, segun la voz unánime de la tradicion.

cubren sus frentes, murmurando una oracion cuyas palabras caen sobre las amortiguadas ascuas de la hoguera. Pasos lejanos se perciben confusamente en la pendiente pedrejosa de la calle de Bonaval, y al poco rato se descubre en la oscuridad un hombre embozado que se dirige hácia el pórtico del cementerio. ¿Es un fantasma que vuelve al sepulcro? ¿Es algun misántropo en busca de emociones, ó un poeta á caza de consonantes? Es el rebuscador de huesos humanos: es el huron del campo santo. Si le permitiesen, no dejaria un cadáver en su lugar. Se parece á los lectores por entregas: siempre se le estravia un *ejemplar*, un capítulo, una hoja; ya se mancha la portada, ya se destruye la cubierta de su obra. Hoy busca un *cráneo* para localizarle frenológicamente; mañana les hacen falta un par de *digitales* ó un escelente *pubis;* ya se le ha tomado de la humedad un *esfenoides*, ya desea encontrar una *tibia* que haga juego con la que ha cambiado por un feto de cinco meses embotellado en espíritu de vino.

—Me hice esperar demasiado—dice el recien llegado afectando disgusto y pesadumbre.

—A fé que el fuego se iba consumiendo—replica el enterrador—y la voluntad no andaba rehacia con el sueño.

—¡Ea!... desquitémonos de lo que esperamos, no perdiendo tiempo.

—Enhorabuena.

—Adentro.

Y á la luz de un polvoriento farol en el cual se reconocian manchas de sangre y barro—era el farol de las hoyas—entran en el cementerio —no nos equivoquemos en la graduacion—el médico, el enterrador y los dos ayudantes. Perdónenos el benévolo lector la precision con que describimos esta sombría comitiva. Cada cual va en su lugar. Aquí se reunen *causas y efectos* á lo Scribe: únicamente se echa de menos al confesor para completar la decoracion de la muerte.

Aprovechémonos ahora de la incierta luz de la hoguera, y presentemos á nuestros lectores una sucinta descripcion del antiguo pórtico, cuya copia acompaña al presente artículo, construido por los frailes de Santo Domingo á la memoria del herrador Juan Tuorum. Este monumento religioso perteneciente al siglo XIV se compone de un arco apuntado en cuyo tablero se reconocen tres nichos: en el del centro una ménsula sostiene á la Virgen con la advocacion popular de *Bonaval*, en cuya diestra tiene una manzana, sosteniendo con la otra mano al niño Dios. Dos ángeles con incensarios en la mano sobresalen sobre su cabeza, y otros dos aparecen entre los pliegues de su vestido. Una tallada umbela corona á la Virgen, en la clave del arco. En los nichos laterales se presentan dos monjes, el uno con cayado y libro y el otro solo con cayado. Debajo del arranque del arco esterior, que cierra los entrepaños segun las prescripciones de la ojiva ya decadente, se descubre la fachada correspondiente á la fábrica del pórtico. Sobre el filete abultado de las piezas donde descansa el dintel se han labrado dos calderos con fajas que pueden representar relieves arbitrarios ó signos heráldicos. En el friso principal del pórtico se lee la siguiente inscripcion, mas en dialecto gallego que en latin, abierta en caractéres góticos del siglo XIV.

ESTA. IMAGE. HE. AQUI. POS
TA. PORALMA. DE. JHAN. TOORUM.

La fecha está consignada en caractéres góticos y romanos de la manera siguiente: E. MCCCLXVIII.

Los revocadores modernos que hacen de la pintura el arte de multiplicar los frisos, cubriendo de bermellon las efigies y de ocre los retablos, tambien han retocado con cal y colores el antiguo pórtico de la calle de Bonaval.

La devocion enciende por las noches un humilde farol delante del monumento religioso que esplica el sobrenombre de la calle.

En nuestros dias, si no es la puerta de un cementerio general, cruzan por delante de su elevado pavimento los cortejos fúnebres de los entierros.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

Santiago 27 de abril de 1853.

ESTUDIOS LITERARIOS.

A D. J. DE A. EN PRUEBA DE FINA AMISTAD.

TEATRO ANTIGUO.

ARTÍCULO PRIMERO.

Nadie duda de la aficion que tenian los griegos á los espectáculos teatrales. El ir al teatro no era para ellos, como lo es para nosotros, un pasatiempo agradable, una diversion amena, un recreo del ánimo. Cuando tal era su intento, acudian presurosos á las mil diversiones que aquel pueblo, alegre y risueño, tenia constantemente preparadas para solazarse. La caza, los combates del estadio, los ejercicios militares, eran otros tantos sitios donde daban rienda suelta á su natural espansion y fecunda alegría. Nosotros, hombres modernos del siglo XIX, el menos poético de todos los siglos, el mas eminentemente calculador y positivista, hacemos precisamente lo contrario de lo que aquellos hombres antiguos hacian. Especulamos con el tiempo, como con el dinero, con las diversiones, como con los negocios.

Damos á las ocupaciones de donde nacen nuestros intereses las mas bellas horas del dia, las horas que el sol alumbra: y á la caida del astro de dorados rayos, y aun despues, cansados, rendidos por el trabajo, triste presa de la fatiga y de un pesado decaimiento moral, nos lanzamos á sustituir al cansancio físico un dulce y blando sosiego, y al malestar moral é intelectual, que nos domina, á las preocupaciones *positivas* que se agitan y hierven en nuestra mente, la calma, el reposo y apacible tranquilidad de ánimo. Queremos descansar gozando por medio de placeres fáciles, cómodos, de pronta digestion mental, y nos vamos al teatro. Este es, como se ve, de una utilidad positiva é incontestable.

Hé aquí pues que el arte, por una mistificacion debida á nuestras materialistas ideas de progreso, se ha materializado: ya tiene que cambiar su antiguo y acreditado lema, *del arte por el arte y para el arte*, en otro mas moderno y positivo, mas al alcance de todas las inteligencias, *el arte por el placer y para el placer. ¡Quantum mutatus ab illo!* Semejantes á esos viajeros que han caminado todo el dia bajo los rayos de un sol abrasador, y al través de un árido desierto, anhelamos encontrar, en medio de nuestra amarga peregrinacion, un benéfico *oasis* para descansar un momento, y rehacer nuestras menguadas fuerzas. Tal es el teatro en nuestros dias. No nos falta razon para esclamar como Eneas al ver la pálida y desfigurada sombra de Héctor: *¡Quantum mutatus ab illo!*

El arte teatral, que en tiempos mas felices, en dias mejores que los nuestros, era un elemento civilizador, una idea social, un estímulo de progreso, un grito de libertad é independencia, una aspiracion de justicia, una peticion de derechos, una sancion pública y postrera de los actos del poder, un eco grande, imponente y majestuoso de los sentimientos de todo un pueblo; el teatro ateniense, que era en Atenas de aspecto tan imponente y severo como el Areopago, tan bullicioso y voluble como el Agora, tan agitado como el Foro Romano, tan tremendo y aterrador como las vastas asambleas de los antiguos francos, y menos simétrico, menos regular y culto que nuestros juiciosos congresos modernos, en los cuales hemos logrado sustituir á los movimientos impetuosos de nuestro corazon, que hoy mas late á compás, las metódicas reglas de una inteligencia fria y una razon inflexible y severa; el teatro ateniense, con los grandes caractéres y proporciones con que aquí le bosquejamos, no se reproduce ya entre nosotros. Como los grandes hombres y las grandes cosas, no dejan herederos que han de ser indignos de llevar un nombre, ó de reproducir un hecho que no puede repetirse sin menoscabarse.

Nosotros, raza de pigmeos morales é intelectuales, y por desgracia físicos,—cuya generacion corrompida y caduca nace mas raquítica y pobre, y anda macilenta y encorvada en su temprana edad, como si la tierra la reclamase ya para destrozarla;—nosotros, hombres de elevada cultura y quietas costumbres, tan solo atentos á los pequeños y minuciosos detalles de nuestra cómoda civilizacion, no comprendemos las cosas grandes, inmensas, sublimes. No llegamos fácilmente á formarnos la idea de un pueblo agitado, tumultuoso, inmenso como el ancha mar que á sus ojos se desarrollaba, movido por las ideas mas santas, la patria, la libertad, el honor, corriendo presuroso al teatro, en medio del dia, á la faz de la clara luz del firmamento, esparciéndose por aquel estenso recinto, abierto á los rayos del sol suave y benigno de la Grecia, y aplaudiendo frenético, ó vituperando implacable. Nuestra infecunda imaginacion no acierta á representarnos los diversos vaivenes, las vagas y dilatadas oscilaciones, los movimientos, ora tranquilos, ora tempestuosos, de aquel pueblo todo sensibilidad, todo corazon, todo alma; movimientos escitados por las grandes ideas, los grandes hechos que á su inteligencia se desarrollaban en grandioso panorama.

Nosotros, encajonados en un asiento de exigüísimas dimensiones, trazado por la parca mano de la ganancia, que varía ó modifica sus proporciones al compás de la subida ó baja del precio, recorriendo la escala que existe entre la butaca, que tira á ser cómoda, y el asiento de entrada general, que pretende ejercer por la presion material los mismos efectos que verifica la máquina neumática, esto es, el vacío de aire respirable; nosotros que estamos atentos por lo regular á la parte esterior, indiferente y variable del espectáculo; que solemos hacer vagar nuestras miradas distraidas por las galerías del teatro, desde el paraiso, nombre puesto por antonomásia, hasta los elegantes palcos bajos, de condiciones higiénicas algo mejores; ó que fingiendo erudicion artís-

tica, procuramos descubrir (allá para nuestros adentros) la propiedad de las decoraciones, si pertenecen al renacimiento ó á la época de César Augusto,—que no es raro encontrar en nuestros teatros tan pequeños anacronismos;—nosotros, que con mayor frecuencia gastamos toda nuestra fervorosa actividad intelectual en medir las dimensiones coquetas del delicado pié de tal ó cual graciosa bailarina, ó en discutir, en lo mas recóndito de nuestro ánimo, sobre si se reproduce en aquella bonita actriz, ó en esta célebre prima donna, el peinado caprichoso y fantástico de alguna famosa cabeza antigua ó moderna; la de Catalina de Médicis ó la de la Valliere; la de la Pompadour ó la de María Antonieta; la de la emperatriz de los franceses ó la de la Fuoco; nosotros, que á veces estralimitamos nuestras investigaciones, y nos engolfamos, muy á sabiendas, en el exámen y averiguacion de ciertas materias, que no nos es dado calificar de artísticas é ideales, nosotros, en fin, que tal obramos, que tal hacemos, que tal pensamos, no podemos comprender una cosa muy natural, muy sencilla.

Cómo un pueblo tan inteligente, tan fino y cortés en sus maneras, dotado de tan esquisita sensibilidad, de gusto artístico tan puro y severo, de imaginacion tan viva y delicada; un pueblo tan culto y aristocrático en sus costumbres públicas, que poseia ese *aticismo* de sentimientos, ideas y lenguaje, que ningun pueblo de la civilizacion oriental tuvo jamás; un pueblo, por otra parte, tan distante de asemejarse al ruidoso pueblo romano, como al inmóvil y taciturno pueblo asiático; cómo aquel pueblo, tan pacífico en sus placeres, en sus diversiones y juegos públicos, asistia á las representaciones teatrales con celo tan eficaz y tan vehementes deseos. No comprendemos una actividad tan natural, tan justa, tan sensata y razonada, porque ignoramos lo que era para él el teatro, lo que significaban sus representaciones dramáticas, sus actores y hasta sus decoraciones. No sabemos lo que valia allí un Esquilo, un Eurípides, un Sófocles, un Aristófanes: poetas tan esforzados y patrióticos como sus generales, tan fecundos como sus oradores, tan severos de costumbres como sus magistrados, tan sabios como sus filósofos, y tan profundos como sus hombres políticos.

¿Qué era para ellos el teatro? Ya lo dejamos apuntado. Una idea moral, civilizadora, santa, patriótica, sublime; un tribunal donde el pueblo juzgaba á sus magistrados y hombres públicos, y cuyos juicios eran universales é inapelables; un elemento de oposicion viva y enérgica al poder; un veto solemne á proyectos atentatorios á sus derechos y libertades. El teatro era lo que el Tribunado en Roma, lo que el periodismo de oposicion en la prensa moderna, lo que el partido de la izquierda en nuestras asambleas deliberantes. Era en fin la espresion mas franca y robusta de la voluntad de un pueblo civilizado y libre, un elemento de poder social, de fuerza pública y de engrandecimiento y gloria de la patria.

No se crea que al espresarnos con tan sentido fuego, tratando del teatro antiguo, nos dejamos llevar hácia él de una respetuosa y ciega admiracion, de un culto fanático, que no nos tolere la discusion de nuestro acatamiento. Bien sabemos que aquel tribunal solemne, aquel jurado nacional, en que se discutian y fallaban las cuestiones mas importantes, ora políticas y morales, ora literarias y artísticas, ya bajo el velo sombrío y aterrador de la tragedia, ya bajo el de la delicada y *spirituelle* sonrisa de la comedia; bien sabemos que no siempre era comedido en sus deliberaciones, recto y equitativo en sus juicios. Lejos de esto: la historia del teatro ateniense está ahí para acreditarlo. Ofrecia muchas veces el teatro un modelo de confusion y anarquía, que sin duda Ariosto ha copiado en su Orlando, para hacer la descripcion de su famoso y popular campo de Agramante.

El teatro ateniense, como todos aquellos sitios públicos en que en los antiguos tiempos se trataba directa ó indirectamente de política ó de moral públicas, presentaba muchas veces los aspectos mas diversos y encontrados. Con razon creemos comparar las asambleas eminentemente populares,—queremos decir aquellas en las que lo que se ha convenido en llamar pueblo, se hallaba en mayoría—al mar, cuyas fases son tan distintas: proceloso, agitado, iracundo, amenazador unas veces, se halla otras, cual risueña matrona, tranquilo, sereno, apacible y benigno. El teatro nos representaba á veces una reunion pacífica de ciudadanos asistiendo á una funcion literaria; un Areopago condenando con tranquila solemnidad á un tierno infante, porque ya en sus juveniles años se complacia en matar animales. Otras era el *fac-simile* del Agora, de la plaza pública, en que el pueblo lanzaba al ostracismo al virtuoso Aristides, cansado ya de oirle apellidar justo.

Ejemplo de triste recuerdo, pero necesario, inminente, fatal, en las asambleas populares, en que, por lo regular, triunfará de la justicia y de la razon la cruel astucia de un Robespierre, ó el salvaje valor de un Marat. Espectáculo que ha de reproducirse, siempre que el pueblo, que siente con brio, con fogosa violencia, con ciego entusiasmo, pero cuya inteligencia ingenua, franca, sencilla, se deja llevar de los sentimientos que dominan su corazon; siempre que ese pueblo, que no raciocina ni discute, que no piensa ni medita, se reuna para deliberar, y lo que peor es, para fallar y sentenciar.

En Atenas, el pueblo condenó á Sócrates, en el teatro, en la representacion de la comedia de Aristófanes *las Nubes:* allí juzgó al virtuoso ciudadano, al eminente patricio, al profundo filósofo, tal como le vió en la representacion cómica, espuesto al ridículo mas amargo, á la risa mas cruel y sarcástica, á la burla mas punzante y sangrienta.

Si ajeno no fuese de la gravedad del asunto, fácil seria hacer una amena digresion, y representarnos el paso verdaderamente cómico de ver figurar en el teatro al filósofo ateniense, *al santo de la antigüedad*, como le llama J. J. Rousseau, en medio de una multitud de coristas, silfides masculinos cubiertos de vestidos aéreos, semejantes á las bailarinas de la danza infernal, en el tercer acto de *Roberto*, metido en una gran cesta y subiendo por los aires, á estilo de las ascensiones aerostáticas que verificaba en esta corte años atrás madama Rollan.

—Sí, el pueblo, ó mejor dicho la faccion que dominaba el espectáculo—ó como diria un escritor romántico, la situacion literaria,—y que capitaneaban dos ingratos discípulos suyos, le dió de hecho la muerte, en aquella circunstancia fatal, con el ridículo, con la ironía, con el sarcasmo cruel, con la burla insultante: armas favoritas de los atenienses, armas tanto mas poderosas y nocivas, cuanto que se hallaban en manos tan hábiles y adiestradas.

Voltaire ha dicho con oportunidad—*en France le ridicule tue.*— Al hablar de Atenas, repetimos testuales sus palabras. En Atenas tambien daba la muerte el ridículo. Cuando se acabó la comedia, Sócrates estaba ya juzgado y condenado: habia caido bajo el peso del ridículo mas insultante y aterrador, y esto bastaba. Cuando se presentó delante del tribunal de Atenas, del famoso Areopago, no se halló en su seno una voz, un grito, que clamara en favor de su inocencia. Unánime fué la sentencia que le condenó á muerte. Nosotros apenas si comprendemos esto. Nos parece á la verdad tan fantástico como los cuentos de Hoffman, tan irrealizable, tan imposible en el terreno de la práctica, como la Utopia de Thomas Morus, ó la Ciudad del Sol de Campanella. A nosotros, poseidos de ideas materiales, de sentimientos egoistas, llena la mente de febriles proyectos de especulacion lucrosa; á nosotros, hombres de corazon de hierro, no nos importa nada el ridículo. La burla, el escarnio, por crueles que sean, no nos hacen mella. Atentos al fin, no reparamos en los obstáculos que embarazan el tránsito, que nuestra honra se manche por el lodo que al pasar nos arrojan; que nuestro honor quede enredado, como inútil vellon, en las zarzas que rodean la via, esto nos es asaz indiferente: si tocamos, sin lesion material, al término de nuestro viaje, somos felices; hemos logrado nuestro intento.

Moliere, dice Jules Sandeau, no ha corregido á nadie. Esto es cierto. ¿Pero y qué hubiese dicho el cómico francés si hubiese vivido entre nosotros? El autor del *Avaro* hubiera opinado que el egoismo humano es incorregible.

Pero en el teatro antiguo de que venimos hablando, estos casos se repetian con poca frecuencia: y si queremos ser francos, ¿no diremos, aunque sea *sotto voce*, que Sócrates, por su orgullo, por su ridícula vanidad, por su empalagoso amor propio, merecia algun tanto el ridículo público? De que aquel pueblo condenase al destierro á algunos de sus generales, á Temistocles, á Aristides, á Milciades, á Alcibiades, á Conon y á Nicias, no se infiere, en buena lógica, que todos los demás viesen su nombre escrito en las tejuelas del ostracismo. De que algunos fallos públicos fuesen análogos al que recayó sobre Sócrates, no se deducirá tampoco que aquellos eran constantemente inícuos. No nos es dado pues repetir, en esta ocasion, lo que el astuto Simon á los ingénuos Troyanos: *por uno conocedlos todos.*

Sí; son grandes y feos lunares los que acabamos de señalar, porque la honra de los ciudadanos, como su tumba, son cosas respetables, sagradas: quien á ellas toca, con mano atrevida y profana, recibirá inminente el castigo que Dios lanzó sobre los osados profanadores de su Arca Santa. Pero á pesar de estas manchas que se descubren esparcidas acá y allá, en el hermoso cuadro que ofrece el teatro antiguo, ¡qué inmensa é inconmensurable distancia le separa del nuestro! ¡qué diverso orígen, qué distinta marcha, qué opuestas tendencias tienen ambos! En aquel se divisa á lo lejos grande é imponente la idea social, civilizadora y patriótica, que se alza, cual nube de niebla que corona una montaña, sobre el tumultuoso y variado paisaje, en que se ven confundidos actores, espectadores y poetas. En este se traducen ideas pobres, raquíticas, mezquinas, como plantas que nacidas en suelo infértil, crecen pálidas y desfallecientes, arrastran lenta y penosamente su lánguida y oscura existencia, y perecen, por fin, faltas de fecunda sávia y de luz vivificadora.

Mas no hagamos lo que el perezoso viajero, que cansado de andar, apenas empezada su marcha, se para de repente en su camino, mide con ansiosa mirada la distancia que le separa del término de su viaje,

se espanta y aterra, y desesperado é iracundo renuncia á seguir adelante.

Hemos hablado en este primer artículo del teatro ateniense, de un modo vago é indefinido, en abstracto, como dicen los filósofos, con respecto á la idea, á la significacion genérica. No nos parece inoportuno dar mas amplitud á nuestras ideas, y abarcar cuanto á aquel se refiera, en un conjunto regular, ordenado y metódico, y en el cual podamos distinguir con exactitud y precision, descollando alternativamente en el terreno que ocupa, cada elemento de los que en aquellos tiempos componian el teatro, y que son, como en los nuestros, el local, las decoraciones, los actores, las representaciones dramáticas, los poetas de este género y el público.

ANTONIO DE AQUINO.

LOS COLONNES Y LOS URSIN.

Julia Colonne y Beatriz Ursin eran hijas de dos nobles romanos ricos y poderos en el siglo XIV. Sus parientes, miembros de dos grandes familias rivales que habian agitado á Roma un siglo entero con sus disensiones, eran enemigos mortales: mucha sangre se habia derramado en sus querellas, y la animosidad hereditaria de las casas de



Colonne y Ursin se estendió hasta las hembras de las dos familias hostiles. Aunque jóven, Beatriz habia ya aprendido á mirar con la mas profunda aversion todo lo que llevaba el nombre Colonne, y Julia era mas particularmente el objeto de su enemistad. Jamás se encontraban sino en las ceremonias religiosas ó en las fiestas públicas, y en estas ocasiones Beatriz miraba siempre á Julia con la mayor ira y desden. Julia tenia un carácter diferente: su madre, que hacia poco tiempo que habia muerto, la educó en la práctica de los deberes cristianos de paciencia y humildad para con nuestros enemigos, y estaba tan lejos de volver desprecio por desprecio, que se desconsolaba de no poder atraer á su adversaria con dulces palabras y queriéndola mucho.

En la época en que hablamos Estéban Colonne, abuelo de Julia, tenia en Roma mucha influencia sobre la faccion de los Ursin; pero su triunfo fué de corta duracion: un tercer partido mas poderoso que los demás, se levantó de repente en Roma al mando del célebre Rienci, jefe de los plebeyos romanos, que sufrian hacia mucho tiempo con la mayor impaciencia la tiranía de los nobles; y aprovechándose de las disensiones que existian en aquella clase orgullosa, tomaron las armas contra ellos, decididos á asesinar á cuantos les opusieran la menor resistencia.

En aquel terrible dia, cuando los jefes de todas las familias patricias estaban detenidos por órden del tribuno Rienci, una vieja que queria á la familia de Colonne se precipitó en el palacio del padre de Julia, y habló en estos términos á la jóven aterrada:

—Todo se ha perdido: vuestro padre, vuestro abuelo y vuestros tios todos estan prisioneros; y yo he corrido para advertiros que se aproxima ese populacho brutal para saquear y destruir todo lo que pertenece á vuestra casa y vuestro nombre.

—¿Mi padre, mi abuelo, y mis tios estan todos prisioneros? repitió Julia palideciendo: ¿y es la malicia de los Ursin la causa de su ruina?

—Los Ursin son víctimas de la misma desgracia, replicó Paulina: eso es obra del miserable Rienci, jefe de los plebeyos, y el populacho triunfa sobre la nobleza! La sangre de los Ursin, lo mismo que la de los Colonnes, correrá hoy como el agua en los rios.

¡No se salvará ningun hombre de estas nobles casas! Pero vos, paloma mia, querida hija, continuó estrechando en sus brazos el talle de la noble señorita, huireis conmigo lejos de la tempestad á un sitio en que encontraremos un refugio. Venid, arrancad de vuestro cuello y vuestros brazos esas joyas suntuosas, y cambiad el traje peligroso de



la nobleza por la humilde saya de la hija de un plebeyo; aquí traigo una para difrazaros.

Julia cedió sin resistencia á las súplicas de Paulina, que reunió algunos objetos de valor de que hizo dos lios, poniendo uno en manos de Julia, y se encargó ella misma del otro. Entonces cogiendo á Julia por el brazo, la hizo salir del palacio de Colonne en el mismo momento en que le invadia un populacho salvaje reunido de todos los cuarteles de la ciudad para saquear y destruir cuanto pertenecia á esta familia. Roma retumbaba bajo el ruido de las armas y los gritos furiosos de los opuestos partidos. La carniceria y la muerte existian en todas las calles; la rabia, el terror y la consternacion estaban pintados en todos los semblantes. Por todas partes eran atacados y asesinados los nobles á pesar de la resistencia de los que los acompañaban. Entre tanto la tímida Julia, sin otro protector que una anciana mujer del pueblo, pasó salva y desconocida al través de todos los peligros, y llegó á ganar las murallas de la fatal ciudad.

Las puertas de Roma estaban cuidadosamente guardadas por los soldados de Arranci, para evitar que se escapasen los nobles y los ricos: ¿pero quién hubiera pensado el detener á la humilde Paulina y á su nieta como ella llamaba á Julia? Hasta donde podia alcanzar la vista, el campo estaba lleno de hombres, de mujeres y de niños que huian,

los unos en grupos y otros individualmente, hácia los montes Ablusos, que en todos los siglos han servido de refugio á los italianos fugitivos, nobles ó esclavos, cristianos ó paganos. Nadie se detenia para mirar á Paulina y á su protegida para decirlas una palabra: bien pronto se quedaron las últimas, porque iban cargadas de las alhajas que habian cogido en el palacio de Colonne, y porque Julia no estaba acostumbrada á marchar á pié con toda la fuerza del calor.

—Valor, hija mia! decia Paulina; el término de la carrera no es siempre para el mas ligero, ni el del combate para el mas fuerte. Nuestro triunfo, aunque lento, está asegurado: conozco la cabaña de un leñador situada al pié de las montañas, en donde encontraremos alimento y abrigo para esta noche.

—Pero estoy tan cansada y tan sofocada, dijo Julia, que mis fuerzas no me sostendrán hasta el bosque.

—Consúelate, hija mia; tengo en el pecho un frasquito con un poco de vino que reanimará tus fuerzas desfallecidas.

—Detenéos, esclamó Julia, señalando tendida en el suelo víctima de un profundo desmayo á una jóven que parecia tener su edad; hé aquí una necesidad mas apremiante que la mia.

—No hableis así, mi querida señorita, la dijo Paulina despues de haber examinado á la jóven; es vuestra enemiga Beatriz Ursin.

—Es mi hermana, esclamó la generosa Julia, mi hermana en la adversidad; y al decir estas palabras levantó dulcemente la cabeza de Beatriz y humedeció sus labios con el precioso licor de que Paulina habia tenido cuidado de proveerse.

Un momento despues volvió á aparecer el color en las pálidas mejillas de Beatriz, y entreabrió los ojos dando un profundo suspiro; pero cuando vió por quién estaba sostenida, procuró escaparse de los brazos de su bienhechora y esclamó: desgraciada de mi, he caido en manos de mis enemigos!

—No temais; somos amigas; la contestó Julia con voz dulce.

—Sois hija de Colonne, y por consiguiente mi enemiga: soy una Ursin.

—¿Qué hemos de hacer con la enemistad las hijas de Colonne y de Ursin en momentos como estos, respondió Julia llorando, cuando quizá la sangre de nuestros desgraciados padres corre confundida en un arroyo, y cuando sus desgraciadas hijas, fugitivas y errantes, estamos unidas por una desgracia comun?

Beatriz se afectó profundamente al oir salir de boca de una persona á quien habia tenido hasta entonces tan grande aversion, semejantes palabras. En aquel momento el aire trajo de Roma, de donde estaban bastante distantes, un sonido débil y lúgubre.

—Escuchad, dice Paulina conmovida, es la campana grande del Baticano que anuncia la ejecucion de los nobles, víctimas de Rienci y del populacho. Las dos jóvenes palidecieron; era el clamor de los padres de una y de otra, el clamor de todos los hombres de las casas hostiles de Colonne y de Ursin, que en aquel momento estaban en el poder de Rienci.

Las dos fugitivas cambiaron una mirada de angustia y de simpatía. El orgullo, el aborrecimiento y la envidia huyeron olvidados en aquel momento: se arrojaron una en brazos de la otra, y sus lágrimas se confundieron. Lloraron largo tiempo en la mayor amargura, y cuando la campana del Baticano cesó de sonar y se perdieron los últimos ecos de sus lúgubres sonidos, Julia Colonne y Beatriz. Ursin estaban huérfanas, y como dos hermanas derramaron abundantes lágrimas por sus parientes.

Paulina, que por reconocimiento habia abrazado con entusiasmo la causa de la familia de Colonne, y que al principio se sentia dispuesta á desaprobar la ternura que Julia mostraba á la hija de sus enemigos, se conmovió de la reconciliacion que acababa de verificarse entre las dos jovenes en circunstancias tan críticas, y accedió de muy buena gana á los deseos de Julia, que la habia suplicado que socorriese y protegiese á la desgraciada Beatriz lo mismo que á ella. En cuanto á esta, su orgullo fué tan abatido por la inesperada desgracia que acababa de herirla, y las fuerzas de su cuerpo estaban tan apuradas por la estraordinaria fatiga á que se habia espuesto, que se agarró para sostenerse al brazo de Paulina como si fuera su propia nodriza. Las nobles huérfanas con su humilde guia prosiguieron lenta y tristemente su penoso camino, hasta que llegaron al bosquecillo que Paulina les habia mostrado como el puerto en que debian pasar la noche al abrigo de la tempestad. Allí encontraron albergue y cena: el buen leñador cedió gustoso su propia cena y su cama á las cansadas fugitivas.

Al dia siguiente se pusieron en marcha para continuar su viaje hasta un convento que estaba en medio de los montes y de que era abadesa una señora de la familia de Colonne. En el camino encontraron unos ladrones, que las quitaron todos los objetos de valor que habian sacado de su casa, y gracias á las súplicas de Paulina las dejaron con vida. Entraron en el convento en un estado lastimoso, con los pies desnudos y sus vestidos desgarrados: pero encontraron un refugio en medio de las buenas religiosas, para quienes fueron objeto de las atenciones mas delicadas, y que les prodigaron cuantos consuelos necesitaban en circunstancias tan desgraciadas.

Siete años despues de aquel dia desastroso Rienci fué arrojado de la posicion en que se habia colocado, y despues de muchas vicisitudes de la fortuna fué ignominiosamente asesinado por sus enemigos victoriosos. Algunos miembros dispersos de las casas de Colonne y de Orsin que se habian librado de su venganza, volvieron á Roma, y renovaron sus enemistades. El destierro habia instruido mejor á Julia y á Beatriz; se habian hecho verdaderas cristianas, y sin hacer caso de las divisiones de sus parientes vivieron siempre unidas con los lazos de la mas tierna amistad.

ESPERANZA.

NOVELA ORIGINAL

POR PABLO GAMBARA.

(Continuacion.)

No tengo fé mas que en mi espíritu, y dudo mucho de la materia, como el buen conde de Buffon en el principio de su historia natural. ¿Qué simpatías ni qué antipatías he de tener pues por seres que no existen, cuyos cuerpos no son mas que una ilusion óptica como el azul del cielo? Seria una locura. Pero sigamos hablando de Vd. ¿Piensa Vd. casarse con Eugenio?

—Y lo conseguiré á pesar de Vd.

—¡A pesar de mí! ¿qué me importa que se case Vd. ó no? Pero hoy estoy triste, y voy á revelar á Vd. una verdad amarga. Ese casamiento labrará la desgracia de Vd.

—¿Por qué?

—Porque es Vd. muy vieja para Eugenio. Él entra en la vida, y usted sale. Las gracias que la adornan se marchitarán, y él entonces sentirá verse unido á Vd. como sentiria verse atado á un cadáver. Bien sé que Ninon tuvo un amante á los ochenta años, y que Vd. no tiene menos talento que ella; pero tambien es cierto que sus caricias no le entretuvieron mas que un dia. Hipócrita de amor, va Vd. á profesar en una religion que no cree, y el martirio que sufrirá en ella, la será mas doloroso porque la fé no la sostendrá con sus consuelos. Tiene usted la naturaleza viciada, y la calma que desea se la hará desagradable en cuanto no pueda abandonarla, en cuanto la edad se la imponga á Vd. como una ley. Para personas como Vd. la naturaleza inventó la apoplegia, que hiere como el rayo á una persona en medio de la bacanal; ninguna otra muerte las conviene.

—Crea Vd. que deseo placeres turbulentos.

—Antes he dicho lo que Vd. deseaba ahora; pero no deseará Vd. lo mismo mañana cuando sea vieja.

Esta vez fué á Matilde á quien tocó reirse.—Parece Vd. un poeta elegiaco á quien su amada ha desdeñado, y que se venga de ella arrojándola á la cabeza una virulenta imprecacion.

—Ciertamente. La dama no le hace caso, y sigue su camino como si tal cosa hubiera pasado. ¿Hará Vd. lo que la dama?

—Sin duda alguna.

—Hace Vd. bien: un año de vida es vida, y no se debe dejar de goza hoy por miedo de padecer mañana; pues eso seria abandonar lo cierto por lo dudoso. Deseo á Vd. una boda feliz. Hasta mas ver.

Y con la grosería y el cinismo de Diógenes se volvió del otro lado. Matilde salió de la habitacion comprendiéndole menos que cuando entró, y sin haber logrado el objeto que se proponia al visitarle.

CAPÍTULO XII.

Pasaron dias, y la intimidad de Eugenio y Matilde fué creciendo con ellos de una manera asombrosa. Ella poseia todos los secretos del corazon humano por instinto y por estudio. Desplegaba todos sus encantos, sin olvidar ninguno de los medios que la coqueteria ha descubierto para realzarlos. Los movimientos, los colores, la luz, todo se disponia de manera que la realzase sin parecer afectado. Era una escelente actriz, y su lenguaje, sus movimientos, su rostro, todo estaba en armonia, todo estaba ensayado con esmero. Si Eugenio hubiera sido mas esperimentado, esto mismo le hubiera hecho sospechar, pues no se podia creer que una dama poseyese tanto arte sin muchos años de práctica; pero estaba ciego por el resplandor de la divinidad que le deslumbraba, y no distinguia si su aureola era la luz del cielo ó la del infierno. En todo caso su orgullo bastaba á persuadirle de que el amor era el dios que inspiraba á aquella mujer el arte ignorado de la inocencia.

Con todo, el jóven luchaba con aquel amor como el náufrago con

las olas alborotadas. Mas de una vez juró no volver á ver á la sirena que le seducia. Deseaba como Ulises taparse los oidos y atarse á su nave al atravesar el peligroso golfo; pero la armonia mágica penetraba á través de los obstáculos, y su resistencia ennoblecia la victoria. Matilde, segura de ella, observaba sus movimientos, y (permítaseme lo bajo de la comparacion en gracia de su verdad) se divertia con él como el gato con el raton herido. Estaba segura de verle volver mas enamorado aun despues de sus propósitos á besar humildemente sus plantas adoradas.

Parece que habiendo sido ya una vez engañado Eugenio por una mujer viciosa, la esperiencia propia debia de preservarle de nuevos lazos; pero la esperiencia, como generalmente sucede, le enorgullecia y le esponia aun mas diciéndole al oido:—Tú no eres un niño, y con mi ayuda estás seguro. Los que creen jugar contigo se encontrarán pronto burlados, y llorarán de rabia al ver que has sido tú quien ha jugado con ellos.

Y el orgullo de la esperiencia le engañaba.

¡Ay! ¿qué es en realidad la esperiencia, sino un sueño de la vanidad? Pobre insecto que dura una hora, cree el hombre haber aprendido todo el libro de la vida cuando ha descifrado una de sus frases. Desconoce casi siempre las causas, y augura sobre los efectos! Se vanagloria de saberlo todo, y muere anciano tan ignorante como un niño! Siento no poder detallar aquí los lances interesantes de la lucha entre Eugenio y Matilde; pero no bastarian á describirla diez volúmenes en fólio, y descrita, seria ininteligible para los que no se han visto en situacion semejante, y ociosa para los que han probado la astucia de esta diplomacia femenil. Baste saber que la lucha duró seis meses, sin un momento de descanso, y que Eugenio quedó vencido.

Al cabo de este tiempo D. Martin salió de su casa curado completamente, y preparó su viaje para Francia, pues llevaba tiempo hacia una vida errante y solitaria, no descansando en ningun pais sino el tiempo necesario para estudiarle. Decia que viajaba para convencerse por esperiencia de que su patria no era el peor país del mundo. La vida de este hombre encierra sucesos curiosos que mis lectores recordarán, pues forman la materia de otro libro, y por ellos solamente puede comprenderse su carácter á primera vista inesplicable. Su odio á Matilde habia nacido de una palabra de esta. D. Martin habia perdido á su esposa en Lisboa, y este dolor habia sido el mas fuerte que atravesó su corazon en el tormento de su vida. Le habia dejado solo en medio de un mundo que odiaba y despreciaba, sin una afeccion dulce que le consolase, sin un seno querido en que reclinar su cabeza. Entonces era tambien D. Martin vecino de Matilde, que dió un baile la misma noche de la muerte de Margarita. Los gritos del placer se mezclaron con las oraciones de la muerte; los cantos báquicos con los salmos de la iglesia. Compadecido del dolor que este contraste debia de producir en D. Martin, un vecino suplicó á Matilde que al menos cerrase sus balcones para que apagasen el ruido; pero Matilde contestó con descaro: Que cierre los suyos si quiere; no hemos de ahogarnos por consideraciones al dolor de un imbécil que llora á la mas hipócrita y mas deseada de las mujeres.» D. Martin no perdonó jamás estas palabras inconsideradas.

Al pasar D. Martin por delante de una iglesia, vió mucha gente parada á la puerta en torno de coches lujosos que empezaban á llenarse de elegantes damas y apuestos caballeros. Servianles criados lujosamente vestidos, y detrás de todos salian asidos del brazo Matilde y Eugenio, radiantes de felicidad.

—Qué hermosa es! decian algunos.

—El debe ser un sin vergüenza, murmuraban otros.

—Por que?

—Porque se viste de deshecho.

—No comprendo.

—Se ha casado con una mujer que recibió de manos de D. Pedro, que la habia recibido de D. Luis y este de D. Enrique, que seguramente no fue su primer amor. Esa mujer ha recorrido toda la escala social.

—He oido decir que es muy rica.

—Entonces su esposo es hombre de talento. ¿Conoceis á alguien que pueda presentarme en su casa?

—Nada conseguirás, porque tiene una virtud...

—Una virtud de ramera arrepentida.

—Di mejor cansada.

—Lo mismo da.

Estas conversaciones y otras ciento que se cruzaban entre la multitud hacian asomar una sonrisa á los labios de D. Martin.

Matilde al subir al coche le divisó y le lanzó una mirada de triunfo saludándole irónicamente, mientras Eugenio miraba á otro lado.

—Pobre mujer! dijo el prestamista alejándose, cree que yo tenia interés en impedir su boda. Si fuera verdad no se hubiera casado.

Esperanza seguia en el convento esperando á Eugenio, fiada en su amor y encomendándole á Dios en sus oraciones.

CAPÍTULO XIII.

El dia en que se casó Eugenio, le cayó el premio grande de la lotería. Fué una compensacion del cielo.

En su matrimonio la luna de miel fué bastante breve. Matilde mostró desde luego una pasion al lujo y los placeres capaz de arruinar á un grande de España, y sabia demasiado bien dirigir su juego para hacer que su marido obedeciese hasta sus menores caprichos. En la representacion de su amor estaba sublime. Parecia una mujer de fuego cubierta con una piel suave como la seda. Sus caricias mareaban la razon, y sus besos producian el vértigo, comunicando á su esposo todo el poder, todo el capricho de sus deseos de alma estragada, encenagándole en los refinamientos del placer. Arrebatada entonces por la fuerza de su propia naturaleza, dejaba de ser una mujer; era la personificacion de la lascivia, la orgia del amor con su embriaguez y sus locuras. Pero todo el encanto de este frenesi desapareció bien pronto para Eugenio. Un anónimo le aseguró que su mujer habia sido querida de un banquero, y que su casamiento era fruto de una apuesta. En varias partes creyó advertir sonrisas maliciosas á la presentacion de su esposa; notó que escusaban su trato, y procuraban hacerle desaires: por último, algunas palabras de doble sentido disparadas como al acaso por varias damas le hirieron hasta el fondo del corazon. Entonces comenzó á pensar en que se habia casado con una mujer de quien ignoraba completamente la vida pasada. Sus caricias comenzaron á parecerle signo de la depravacion, y como todos los atolondrados, convino en que habia cometido una locura cuando no tenia remedio.

Procuró por lo menos apartarse de aquellos lugares en que con razon ó sin ella veia su honor mancillado, y salió con Matilde de Portugal.

Varios años estuvo viajando por Europa sin mas objeto que recorrer paises. Fué primero á Inglaterra, la patria del eclecticismo, que solo allí ha producido sazonados frutos. Despues fué á Francia, la nacion condenada á eterna envidia en política, la lengua de Europa por mas que se crea el cerebro del mundo, la moderna Atenas literaria, si fuera suyo todo lo que ha prohijado. Por último, pasó á Italia por la patria de Rousseau. Allí admiró primero á Venecia, la hermosa ciudad nacida como Venus de la espuma de los mares, y mecido en una góndola, recordó el temible consejo de los diez, cuya hacha teñida en la sangre del dux Faliero no respetaba ninguna cabeza noble aunque temblaba al herir al pueblo. Era una division de privilegios entre la aristocracia y la democracia. A aquella la cupo en suerte la riqueza, y á esta la libertad. Recordó los *Plomos*, prision digna de Luis XI, en que se encerraba en nombre de la libertad, y no tuvo tiempo de acordarse del Carnaval que tan famosa ha hecho á la esposa del Adriático.

De allí pasó á Florencia, la patria de Maquiavelo, el pueblo sediento eternamente de placer; pero el pueblo que no comprendia el placer sin el ruido y la locura; que á un mismo tiempo disponia una mascarada y una revolucion, para que los gritos del placer de la una sofocasen los gritos de muerte de la otra, como en los sacrificios idólatras solia disponerse una gran música para que ahogase los lamentos de las víctimas. *(Continuará.)*

A MI AMIGA MAGDALENA.

QUINTILLAS.

Pulso en triste soledad
por adular tu contento
el arpa de la amistad,
que bendice tu beldad,
y celebra tu talento.

No por brindarte me afano
de flores guirnalda airosa:
al enlazarlas mi mano
su olor perdiera la rosa,
su esmalte el clavel lozano.

Sentidas endechas son
las que te ofrece el poeta;
pues llevo en el corazon
de la amargura el arpon,
del despecho la saeta.

Yo en mis lágrimas de fuego
exhalando un ¡ay! doliente
desesperado me anego:
huyó de mi alma el sosiego,
la inspiracion de mi mente.

Tú no sabes, Magdalena,
lo que es hastiado sufrir
una pena y otra pena,
sin una aurora serena
que esclarezca el porvenir.

¡Ah! no en tu rostro hechicero
su huella estampe el dolor,
ni ose empañar hado fiero
de tu ilusion el lucero,
ni de tu dicha el albor.
Respira esbelta y ufana
cercada de amantes mil;
y triunfa en edad temprana
mas pura que la mañana,
mas risueña que el abril.
Tranquila, alegre y donosa,
como vestal pudorosa
ceñida de bienandanza,
como la huri deliciosa
del Eden de la esperanza.
Cruza del Betis la orilla
siendo de hermosas modelo
y de hermosas maravilla;
que ángeles tiene Sevilla
para poblar otro cielo.
Mire yo que sin enojos
cautivas mas corazones
que rayos lanzan tus ojos,
que hechizos tus labios rojos,
que tu talle inspiraciones.
Y de inquietud siempre agena
ostenta en sabrosa calma
del placer la copa llena,
y en tu frente de azucena
de las virtudes la palma.
Quede para mi el lamento
y el fastidio roedor;
y si es grande mi tormento,
sea mayor tu arrobamiento
y tu ventura mayor.
Hoy dichosa y envidiada
como ninguna descuellas,
de Hispalis perla preciada,
por los vates alhagada
y aplaudida por las bellas.
La fuente que murmurante
surca la alfombra odorante
que tapiza el fresco prado,
repite tu nombre amando
para que el aura lo cante.
El aura, que bulliciosa
vierte el ámbar de las flores
besándote cariñosa,
te festeja como á Diosa
y llama á los ruiseñores.
Los ruiseñores trinando
abandonan los jardines,
y tus gracias admirando,
remedan tu acento blando
que absorbe á los serafines.
Los serafines... ¡oh! deja
que acreciente tu loor
ahogando la amarga queja,
que hasta el sueño bienhechor
de mis párpados aleja.
Deja que sin par te aclame
en medio de mi agonía,
y que mi pecho se inflame,
y que mi Musa derrame
en vez de hiel ambrosía.
No atiendas, no, á la tristura
que desprenden mis canciones,
sino á mi afable ternura,
á la modesta pintura
de tus claras perfecciones.
No faltará quien sonria,
y en alas de estro feliz,
ensalzar quiera á porfía
de tu mejilla el matiz
y de tu voz la armonía.
Dirá que á tus trenzas de oro
tributo el sol ha rendido,
que cada hebra es un tesoro,
lazo que tiende Cupido
para arrancar un «te adoro.»
Espresará en fácil verso
de tu mirada el poder,
que el hielo consigue arder,
y á retar al universo
quizás lograra vencer.
De tu cintura ideal
describirá la elegancia,
y tu boca angelical,
donde el nácar y el coral
despiden rica fragancia.
Tus gentiles ademanes
encomiará en himnos fieles,
que eres, y es justo te ufanes,
Flora para los vergeles,
Venus para los galanes.
Tú acogerás sin tardanza
bajo un iris de bonanza
de su cítara los sones,
que unirán á la alabanza
del entusiasmo los dones.
Tu aceptarás sublimada
de su mágica poesía
la diadema asimbolada,
como una prenda sagrada
de homenaje y simpatía.
Entonces ¡ay! Magdalena,
acuérdate del que mora
del desengaño en la arena,
arrastrando la cadena
del desden asoladora.
Llanto de sangre derrama
mi corazon. ¿Por qué siente?
¿A qué abrigan viva llama,
si como yo nadie ama,
si la mujer calla ó miente?
¡Ah! Perdona: mi delirio
me justifique ante tí:
¿No es horrororo ¡ay de mí!
que el amor sea mi martirio
por amar con frenesí?
Una vez y otra abrasado,
una vez y otra rendido...
á mi espíritu agitado,
¿dónde hallar le será dado
la fé y vigor que ha perdido?
No olvides, discreta amiga,
que el mísero trovador
sucumbe á suerte enemiga,
sin consuelo y con fatiga,
sin aliento y con clamor.
Si es que alivias mis pesares,
de gratitud daré ejemplo,
y con rosas y azahares
decoraré tus altares
de la amistad en el templo.

JOSÉ MARÍA RUIZ DE SOMARIO.

Sanlúcar de Barrameda, enero de 1854.

CUESTIONES ANAGRAMÁTICAS

DE GEOGRAFÍA É HISTORIA.

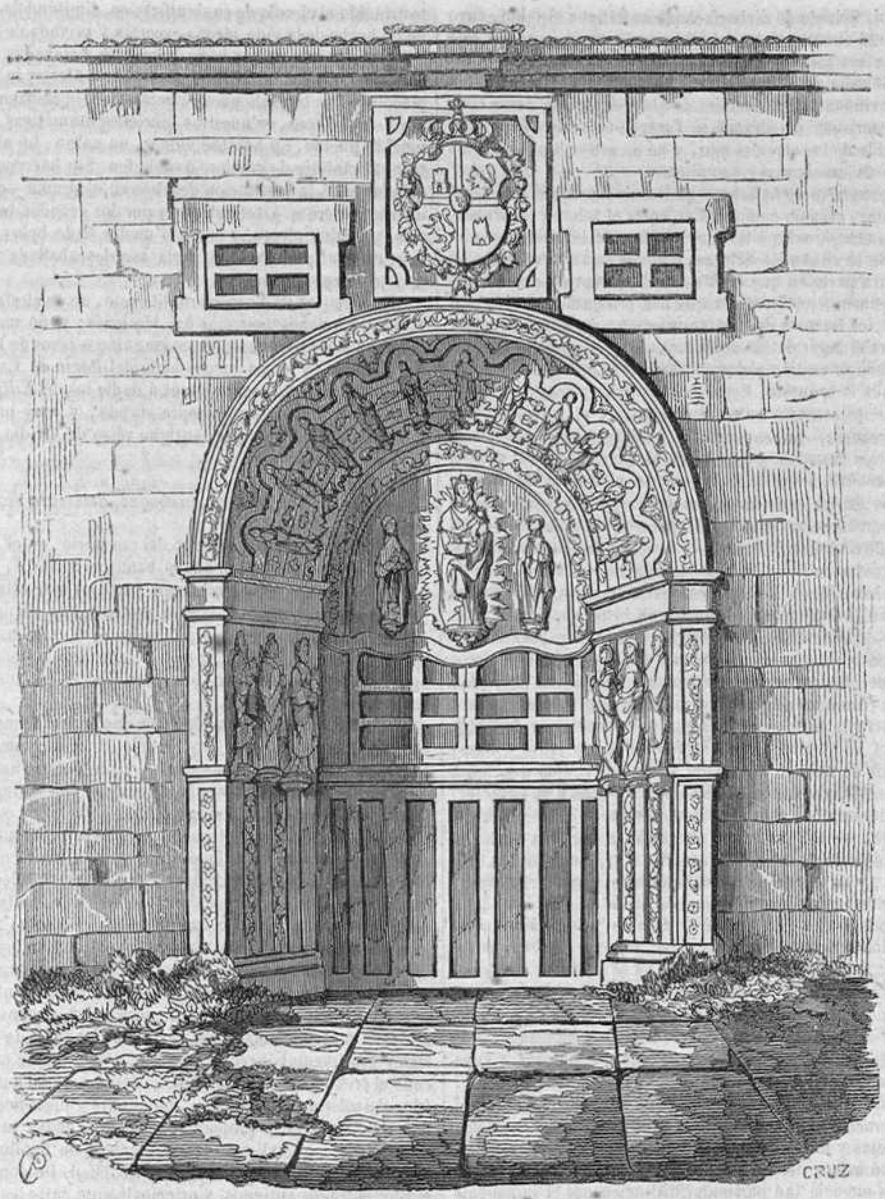
Hallar en:
NOTAARGAR, una ciudad de España.
DONNSSEAI, un rey godo.
TOOOAAPMMN, una comarca de Africa.
ONANTONSCIT, un célebre emperador romano.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

La presuncion es un molino de viento y los hombres sus molenderos.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra



FACHADA PRINCIPAL DEL ANTIGUO COLEGIO DE SAN GERÓNIMO.

ESTUDIOS LITERARIOS.

TEATRO ANTIGUO.

ARTÍCULO SEGUNDO.

Si dejando á nuestra imaginacion su raudo vuelo, y desplegando los recursos de nuestra poética fantasía, llegamos á figurarnos en la estremidad meridional de una ciudad, y á pequeña distancia de esta, un vasto recinto, aislado é independiente, lejos de edificios que le opriman, que arrojen sobre él su pesada sombra, y le impidan desarrollar fuerte, enérgica é imponente, su grandiosa mole; un edificio que mire por el Oriente á los templos de Júpiter, de Minerva y de Ceres, situados sobre dos promontorios que se destacan atrevidos y esbeltos sobre el claro azul del cielo; un edificio desde cuya cima se descubra el hermoso mar de la Grecia, ostentando á lo lejos la pureza cristalina de sus limpias aguas; desde el cual se contemple, por el lado opuesto, el puerto del Pireo resguardado de los vientos por un anfiteatro de verdes colinas, y cuyas olas pacíficas y amigas van á bañar con lánguido gemido el túmulo silencioso de Temístocles, doblándose bajo el peso de mil navecillas, que abren sus velas al aura suave que las acaricia; si nuestra complaciente imaginacion nos dibuja tan bonito cuadro, nos formaremos fácilmente la idea del sitio que ocupaba el teatro principal, pues en esta ciudad habia varios, aunque no tantos como en las nuestras.

Visto ya el poético local del teatro ateniense, pasemos á bosquejarle á grandes rasgos.

Era un edificio, que mirado desde lo alto y á vista de pájaro, se asemejaba vagamente al nuestro en el conjunto. Constaba como este de tres partes esenciales, aunque de forma, distribucion y denominacion diversas. El escenario, la orquesta, y el teatro propiamente dicho; esto es, el sitio donde se colocaban los espectadores, llamado teatro de un verbo griego, que no importa saber á nuestros lectores, y menos á nuestras lectoras, si por casualidad tuviésemos la dicha de que alguna nos leyese. El escenario era un cuadrado, como lo es tambien entre nosotros: lo cual daba al conjunto, por la disposicion especial de las demás partes, una forma análoga á la de una nave de nuestras modernas iglesias cristianas.

Estas partes en el escenario eran tres: el escenario propiamente tal, que era la parte mas en el fondo, mas hácia atrás, figurando entre ellos la fachada de un edificio, y representando siempre en nuestras comedias urbanas la pared de una sala ó aposento que da frente á nosotros. Paralelas á esta fachada, se ponian las decoraciones, que entre paréntesis, como lo veremos mas tarde, eran tan buenas ó mejores que las nuestras, aunque estas esten pintadas por Horacio Vernet ó

D. Eusebio Lucini. Delante de dicha fachada se hallaba el telon, cuyo juego y oficios eran opuestos á los que desempeña entre nosotros este precioso *talisman* teatral. El telon ateniense se alzaba al revés del nuestro al final de cada acto, y se bajaba al continuar la representacion, pues el movimiento de aquel era de abajo á arriba, como el de una preciosa decoracion del drama *el Terremoto de la Martinica*, que figura la subida de las olas del mar, y no de arriba á abajo, como es entre nosotros de inmemorial costumbre.

Delante del escenario se hallaba el proscenio, nombre que tambien nos es familiar, espacio comprendido entre el telon y la orquesta: sus funciones eran iguales á las que nosotros le hemos asignado. Es el punto donde se sitúan los actores, y donde se verifica la accion dramática. La otra parte en que se dividia el escenario, por los caractéres verdaderamente antipoéticos que nos presenta, no la hemos juzgado digna de los honores de una descripcion: diremos al pasar y corriendo, que era el lugar detrás de la fachada principal de que hemos hablado, donde se vestian y desnudaban los actores.

Seguia despues la orquesta. Espacio sumamente ancho, de forma semicircular, que se estendia entre el escenario y el teatro propiamente tal. Este espacio, que comprendia tambien tres partes, es lo que nuestros abuelos llamaban *patio*, nosotros, mas elegantes, *platea*, y los franceses *parterre*. Dábanle los atenienses el nombre de orquesta, de otro verbo griego, no mas importante que el primero,—que callamos porque nos hacemos el cargo de que será verdaderamente *tal* para la mayoría de nuestros lectores,—y que significaba *bailar*. Era todo un suntuoso salon de baile, y como el circo de monsieur Paul, de Madrid, desempeñaba segun los tiempos y circunstancias, oficios que aunque reñidos en el fondo, no lo estaban en la forma. Servia para bailes teatrales y públicos, de que hablaremos despues, para los espectáculos mímicos y juegos algo parecidos á los de nuestros circos modernos,—lo que nuestros vecinos llaman con muchísima propiedad *carrousel*,—para reuniones públicas de carácter ilimitado de los señores de la aristocracia ateniense, y en fin, para convites y festines; pues en esta parte los atenienses se asemejaban algun tanto á nosotros, que hacemos de nuestro teatro un ingenioso Proteo que toma toda clase de aspectos, y á veces el que menos conviene á su carácter.

En el indicado recinto, rodeado circularmente por las gradas y pórticos del teatro, se hallaba como formando la segunda parte de la orquesta, una especie de tablado de piedra, alto, cuadrilongo, que dominaba aquella, y en el cual se colocaba el coro, para ver el espectáculo cuando habia acabado de modular sus líricos cantos. En aquellos tiempos los coristas gozaban de mayor respeto y miramiento que en los nuestros, harto calamitosos para ellos, segun es pública voz y fama. Al contrario de lo que ahora les pasa, no se hallaban condenados á ver la función á medias y entre oscuros bastidores. En cambio, la forma y oportuna disposicion de estos les proporciona en nuestros dias el grato solaz de ser á un mismo tiempo actores y espectadores de curiosas y picantes escenas, no fingidas, sino muy á lo natural, y cuya descripcion omitimos, por falta de espacio.

Bien que, á decir verdad, el coro antiguo era mas acreedor al aprecio y consideracion del público, si no por sus virtudes privadas, esas virtudes secretas y misteriosas de la vida doméstica, que se quedan, sean buenas ó malas, dentro del círculo amistoso y benigno de la familia, al menos merecia tan particular distincion por el imponente y grave carácter que tenia en el teatro. El coro antiguo era el mismo *pueblo* tomando parte en la funcion; era otro personaje, otro actor en el drama: representaba la entidad, la idea, el elemento popular, interviniendo en todas las cosas de alguna importancia política, de alguna significacion social ó científica. En aquel tumultuoso y variado congreso literario, era el representante del pueblo, revestido de plenos poderes. Sus cantos, sus himnos líricos, sus sentidos monólogos, sus profundas esclamaciones, eran otros tantos ecos, pero ecos fuertes, vibrantes y sonoros, de los sentimientos, pasiones é ideas que animaban á la multitud, á los ciudadanos todos, á la nacion entera.

Sin que sea este sitio oportuno para estendernos mas sobre la significacion y carácter del coro antiguo, diremos que se hacia necesario y aparecia con toda la importancia de un primer personaje, vistas las ideas democráticas de aquel pueblo. El drama ateniense no reproducia como en nuestros dias un hecho acaecido en la vida social, sin distincion alguna de clases y de categorías. Nuestro drama, mas liberal en el fondo y forma, une en la escena al bufon con el monarca, como en *Le roi s'amuse*; al bandido con el emperador, como en *Hernani*, de Victor Hugo; y al zapatero con el rey, como en el drama de este título de Zorrilla. El antiguo no borraba tan fácilmente las categorías sociales. Pueblo liberal y demócrata en las ideas, era orgulloso, altivo y aristocrático en los hechos. De aquí la necesidad que tuvo de añadir á los elevados personajes de la tragedia y aun de la comedia, uno que fuese representante comun del pueblo, cual era el coro.

Nosotros, que hemos reducido el teatro, en el fondo y forma, á las exiguas y mezquinas dimensiones con que le vemos ahora; que hemos restringido el círculo de su significacion, limitándole á la reproduccion de un hecho de la vida íntima, secreta y privada de la familia; que le hemos despojado de esa série de grandes y elevadas ideas que le daban un carácter, al parecer destinado á afectar la inteligencia, dejándole lo que tan solo puede afectar nuestro corazon; nosotros hemos sustituido al coro, en nuestras funciones dramáticas, un simple personaje del pueblo, un hombre vulgar, un patan, un aldeano, que suele tener el carácter de gracioso ó de bufon. Sin hacernos ahora abogados defensores de la institucion del coro en el drama—que no es nuestro intento meternos á reformadores por los grandes inconvenientes que esta profesion ofrece, y no es el menor el de beber la cicuta,—diremos, como al paso, que no seria tan descabellada la idea de reproducirle entre nosotros.

En materias de buen gusto literario, no es ciertamente á nuestros vecinos á quienes podemos dar lecciones; y no menos cierto que á ellos nunca les han chocado los magníficos coros de Racine, en su *Ester y Atalia*, y el no menos bello del *Paria* de Casimir Delavigne; ni creemos hayan chocado jamás á nadie los del *Edipo* del señor Martinez de la Rosa. Pero siempre sucede, y muy particularmente en España, lo que dice aquel antiguo verso de Ovidio, tantas veces citado por Séneca:

Video meliora, proboque, deteriora sequor.

Despues del coro, á lo largo del escenario, en el *hipoescenio*, aunque algo mas baja, se hallaba la banda de músicos, nuestra moderna orquesta. Desde luego confesamos gustosos que esta vale mucho mas que la antigua, y sobre todo para nosotros, que sin pretensiones de *dilettante*, somos en estremo apasionados de la música. Y ya que hemos pronunciado este nombre, vamos á sentar una proposicion que quizás aparezca atrevida á algunos honrados clásicos, fervorosamente amantes de la antigüedad.

Héla aquí: la música moderna es incomparablemente superior á la antigua. Haremos, si se nos permite, una digresion musical, para aventurar algunas reflexiones en apoyo de nuestro aserto.

Entre los antiguos tenia la música dos objetos importantes, y por decirlo así, de utilidad positiva é inmediata. El de escitar las grandes pasiones, las pasiones guerreras, vehementes, iracundas, cuando estaban adormecidas en el fondo de nuestra alma afeminada é insensible; y el de templar y dulcificar estas mismas pasiones cuando, cual enfurecidas olas, atormentaban fuertes y violentas nuestro ánimo sobresaltado. De este fin tan directo y esclusivo que se proponia la música antigua, únicamente referente al hombre en su espresion material y de forma, se deduce su carácter esencialmente *antropológico*, y perdónennos nuestros lectores la disonante cacofonía de la espresion, carácter determinado, personal y circunscrito, que compartia la música con las demás artes. El lenguaje de estas, tan espresivo y sentimental, gracias á la trasformacion que en ellas ha verificado el cristianismo, en la edad moderna, era en aquellas el lenguaje frio, descolorido, inanimado, indiferente y metódico de la forma, de la esterioridad, de la proporcion y simetría de las partes, del órden y exactitud de los detalles propios á producir un bonito y bien calculado conjunto de agradable y simpática visualidad. De donde resulta que la música entre los antiguos, y principalmente entre los atenienses, constituia un elemento indispensable de su educacion moral, intelectual y política. Las legislaciones antiguas de la Grecia así lo establecieron. La música era cultivada por aquellos rudos varones, como propia á inspirarles ideas robustas, sentimientos poderosos y tenaces, á sostener la fuerza del ánimo desfalleciente, y á preparar el brazo á dar golpes mas certeros. De aquí las diferencias tan marcadas de origen y objeto entre la música antigua y la moderna. Como prueba de lo que venimos diciendo acerca de la índole y tendencias de la primera, citaremos algunos rasgos que merecen llamar nuestra atencion.

Pitágoras, sabio filósofo, cultivaba la música con tanta aficion y buen éxito, que hay quien le atribuye la invencion de las notas musicales, y no á Guido de Arezzo. Epaminondas, general de muchísima nota, fué un escelente músico. Se dice de Temístocles, uno de los hombres mas eminentes que tuvo la Grecia, que se burlaron de él sus conciudadanos por no saber tocar la lira en un festin. Homero, el mas célebre poeta épico que se conoce, pondera mucho en Aquiles, el héroe de su poema, la dulzura y armonía de su voz. Platon, el filósofo mas ilustre de la antigüedad, cree que la música es necesaria al hombre político. Licurgo, legislador de Grecia, la aconseja en su legislacion como cosa esencial. Quintiliano, literato romano de grande y merecida fama, dice que entre los atenienses era tenido por indocto, ignorante y rudo, el hombre que no cultivaba la música. Pero mas numerosos aun que estos datos, que lo son mucho, aunque como es natural nosotros procuremos omitirlos, se nos ofrecen entre los antiguos, y principalmente entre los atenienses, los que hacen mencion del poder de la música sobre las pasiones del hombre. Teofrasto, Aulo Gelio, Plutar-

co, Ciceron, y otros notables escritores, nos refieren acerca de esto mil casos á cual mas curiosos é interesantes.

De este doble objeto de la música, de calmar las pasiones ó irritarlas, de ser alternativamente un medio de escitar ó templar el paroxismo moral del hombre, y en particular del hombre público y activo, se deriva tambien el doble carácter de aquella, moviéndose perpetuamente entre los dos estremos de un fatal dilema. O la música era grave, imponente, guerrera y patriótica, produciendo esas armonías fuertes y vigorosas, y á veces retumbantes, de los trozos á efecto de las modernas óperas de Verdi y de la escuela francesa de Aubert, Halévy, Adolfo, Adam y otros, ó por el contrario, una música de detalles, blanda, ligera y afeminada, empalagosamente tierna, vacía de ritmo, cadencia, armonía y espresion feliz; música heterogéneamente compuesta de *triotetos*, *andantinos y caricatos*, y por decirlo así, de *sueltos musicales*, tal cual la producen ahora los maestros de la baja escuela italiana, infecundos imitadores de Bellini y Donizzetti; y para decirlo todo, tal cual la producimos nosotros.

El efecto de esta segunda especie de música era en estremo perjudicial: ablandaba y corrompia las costumbres, relajaba los sentimientos, é inspiraba ideas de molicie y lujuria.

Vaciada constantemente en estos dos moldes, desenvolviéndose fatal en estos dos estrechos círculos, trazados de antemano por el fin á que se la tenia destinada, claro es que la música debia carecer de flexibilidad, variacion, desenvoltura, ritmo y caracter propio ó *estilo*. Siendo su objeto halagar los sentidos, tenia ya trazada la ruta. En la variedad de sonidos se reproducia siempre la igualdad de las ideas. O se manifestaba en brillantes masas de armonía, llena de ampulosas y vagas ondulaciones que se mecian vibrantes sobre los oyentes, ó en una série de melodías incoherentes, insípidas, afectadas y empalagosas. Si se nos permite hacer una comparacion, aunque sea estemporánea, diremos que entre ambos géneros de música griega existe la misma diferencia artística que entre la *Norma* de Bellini, y el *Trovatore* de Verdi, entre el *Dominó azul* y la *Cacería Real* del señor Arrieta; suprimiendo desde luego, en la música antigua, la parte de espresion, de ideas, de estilo y carácter que poseen en diferentes grados los términos modernos de la comparacion.

Hé aquí precisamente por qué nuestra música es mejor que la antigua. Lenguaje flexible y espansivo de los sentimientos, la nuestra es una poesía tierna y dulce del corazon, un eco armonioso del alma reproduciendo el estado en que se encuentra, ora mústia, pesarosa, agobiada por el peso de profundo dolor, ora alegre, risueña, afectuosa, simpática, desarrollando los inagotables raudales que en su seno encierra de inefable ventura, de placer sin límites, de felicidad sin fin. Música de sentimientos é ideas, los manifiesta y espresa en dulcísimas vibraciones, en acentos tan puros, como el aura de la mañana que vaga por el horizonte; tan sentidos como el canto nocturno del ruiseñor que envia á la noche sus pesares en melodiosos trinos; tan melancólicos como el lánguido cantar del nauta que guia su navecilla al través del lago silencioso; y tan suaves, tan poéticos y apasionados, como los postreros cantos del cisne, que canta el himno de la muerte al sacudir las alas para abandonar la tierra. Música que no tiene, como la antigua, un carácter individual, egoista, determinado, esclusivo; que no es tan solo guerrera, patriótica y nacional; que no está destinada á satisfacer una necesidad social del hombre, por ser este el único que resumia en sí todas las prerogativas sociales, en aquella civilizacion de ideas fuertes que sujetaba los movimientos del corazon á las férreas leyes de una inteligencia despótica. Música que no podia descender hasta el humilde umbral del hogar doméstico, hasta la *vida* secreta y misteriosa de la familia, donde el corazon y la mente se desarrollan á su modo, siguiendo, cual rio obediente, el curso trazado por la naturaleza, y donde todo es franco, natural y espontáneo. Música, en fin, que no podia ser el mas espresivo y poético lenguaje de esa vida moral, íntima, afectuosa que los antiguos no conocian, y que solo el cristianismo ha podido formar, dando á la mujer y á los hijos sus derechos, borrando la distancia que los separaba, á aquella del esposo, y á estos del padre, y estableciendo entre sí una série inagotable de recíprocos y simpáticos deberes: vida fecunda en dulcísimos goces, en alegorías llenas de amor y ternura, en grata espansion, que solo se siente, que solo se comprende por los seres amigos que encierra el santuario del hogar doméstico: vida que corre apacible y tranquila en inalterable armonía, que ni aun se quebranta y destruye, cuando uno de los seres amados que la forman, sacudiendo las cadenas que le atan á esta terrenal vivienda, se lanza hácia las moradas celestes, y sediento de luz y de vida, se pierde en el inmenso é insondable mar de la eternidad.

Que tal es nuestra creencia. Para nosotros no se quebranta el lazo de union que nos estrecha con ese ser amado que se despoja del mortuorio ropaje de la humana existencia, porque no nos envia, en el echo de agonía, su postrer aliento, su última palabra, su sempiterno adios; sino ese adios de amigo, ese adios de viajero que se despide de nosotros, y parece decirnos con amena sonrisa: *hasta después*. No, no se quebranta ese lazo de amor, porque vemos al alma querida, al ser adorado, ora cual vaporosa y rápida sombra, cruzar lentamente el horizonte en la noche tranquila; ora mecerse sobre la cúpula mortuoria del fúnebre ciprés, que menea sus ramas al compás de los llantos que sobre ellas derrama; ora atravesar el bosque umbroso hácia el cual nos encaminamos para distraer nuestra melancolía; ora tambien vagar por las tumbas silenciosas, en busca de otras almas amigas á quienes confie su dicha, ó los pesares que la aquejan, en su amarga soledad.

Sí, es cierto lo que decimos. La música moderna refleja los sentimientos y afectos, las pasiones é ideas que se desarrollan dentro del sagrado recinto de la familia. Es eco seguro, fiel trasunto de cuanto en ella pasa. Vive de su misma vida, y recibe sus propias inspiraciones. Por lo tanto debe ser tan variada y flexible como nuestros sentimientos, tan vaga y misteriosa como nuestros afectos, tan poderosa y vehemente como nuestras pasiones, tan rica, elevada y sublime como nuestras ideas.

No eran por desgracia tales, ni el objeto, ni las tendencias, ni el fin de la antigua música. No la culpemos sin embargo. No disponia de iguales elementos que la nuestra, y no podia ser igual la obra que con ellos intentára edificar. Su objeto primordial, el término de todas sus aspiraciones se cifraba, ya lo hemos apuntado, en halagar los sentidos del hombre y afectarle de un modo vago é indefinido. Música sin carácter propio, sin escuela, sin estilo fijo, *onomatópica* é imitativa, solo pretendia reproducir la naturaleza, cuyas armonías llevan siempre en sí algo de igual, uniforme y genérico.

Hé aquí pues probado nuestro aserto. Hé aquí terminada nuestra tarea, con la cual term na tambien nuestro segundo artículo. No nos lisonjeamos de haberlo hecho con acierto; que el errar es cosa humana. Solo quisiéramos poder decir lo que el juglar de que habla el señor Barrantes, en una de sus lindísimas baladas:

Yo soy el pobre bardo peregrino
Que vengo á divertir á los señores.

Hemos obedecido al precepto de Horacio, que manda mezclar lo agradable con lo útil. Perdónennos nuestros lectores, si les hemos hecho vagar, saliéndonos del círculo que nos habiamos trazado, por el campo de las digresiones amenas, y algun tanto interesantes, salvo error por nuestra parte (1).

ANTONIO DE AQUINO.

NUESTRA SEÑORA DE MONTIJO.

El Emmo. señor cardenal Donnet, arzobispo de Burdeos, se ha ocupado en estos últimos meses de la reedificacion de un antiguo santuario que existe desde hace muchos años en un rincon de las Landas, conocido y venerado por los habitantes de la Gironda bajo el nombre de *Nuestra Señora de Montijo*, y cuya fundacion, por una singular coincidencia, se debe en parte á la piedad de los ilustres ascendientes de la noble española á quien tenia reservado el destino compartir uno de los primeros tronos de Europa.

Hé aquí lo que hemos leido acerca de la historia de este santuario:

En otros tiempos veíanse los campos de Francia como sembrados de capillas, ermitas y santuarios que debieron su orígen á la piedad de las aldeas vecinas ó á la liberalidad de los particulares. A todas estas fundaciones corrian unidos antiguos recuerdos que, trasmitiéndose de boca en boca, llegaron á trasformarse con el tiempo en leyendas piadosas á las que no daban menos crédito aquellos sencillos moradores que á los dogmas mas importantes de la religion cristiana. Apenas existia uno de estos santuarios sin una tradicion religiosa unida á algun milagro, por lo que en ciertas épocas del año veíase á las poblaciones enteras y á un sin número de peregrinos acudir á estas fiestas locales. Durante el período revolucionario, las capillas, los oratorios y las ermitas fueron olvidadas, ó desaparecieron juntamente con los últimos testigos de aquellas costumbres religiosas, hasta que al advenimiento de Napoleon I, muchas de las iglesias destruidas ó abandonadas fueron reedificadas ó restauradas, volviendo desde entonces á perpetuarse sus respectivas tradiciones en el país.

Gran parte de estos recuerdos quedaron, sin embargo, sepultados en el olvido, y solo los mas ancianos de cada pueblo conservaban memoria de alguno de ellos en la forma que le habian sido trasmitidos por sus padres. Esta suerte cupo entre otras tradiciones á la leyenda de *Nuestra Señora de Montijo*, si bien su carácter profundamente religioso aparece de tal manera autorizado por un sin número de testi-

(1) En el próximo artículo finalizaremos la descripcion comenzada del teatro antiguo, como edificio.

monios y de pruebas auténticas, que el señor arzobispo de Burdeos no ha vacilado un instante en ordenar la restauracion de la ermita y en presentar á la emperatriz de los franceses todos los antecedentes históricos que ha podido reunir.

La emperatriz, como no podia menos de suceder, se ha apresurado á manifestar que tomaba la obra y el culto del santuario bajo su poderosa proteccion.

La leyenda del santuario de *Nuestra Señora de Montijo*, tal como se conserva entre los habitantes de las Landas, es la siguiente:

Hácia mediados del siglo XV, y en la época en que era todavia grande el número de peregrinos que de todas partes se dirigia á España á visitar el cuerpo del apóstol Santiago, encontrado milagrosamente por Teodomiro en el valle que se llamó despues de Compostela *(campus stellæ)*, aconteció que un marino de los alrededores de Guitres, en Aquitania, hizo voto en un naufragio de hacer aquella santa romería, si escapaba con vida. Fueron oidas sus oraciones; la mar abandonó su presa, y el piadoso marino, repuesto apenas de las fatigas del naufragio, se puso á reparar su maltratada nave para hacer rumbo á las costas de Galicia y cumplir la promesa. Era grandísima su devocion á la Vírgen (como suele serlo generalmente entre la gente de mar), y encomendándose á ella de todas veras, emprendió su viaje con viento favorable, presagiándole todo una travesía tan corta como bonancible.

Una noche, despues de haber reunido á sus compañeros de tripulacion como de costumbre, para implorar el auxilio de la Madre de Dios y estrella de los mares, apenas se habian entregado al descanso, cuando se levanta de improviso una de esas terribles tempestades tan frecuentes en el golfo de Gascuña. En medio de la mas horrorosa oscuridad solo se distingue la luz fosforescente de los rayos que cruzan en todas direcciones la bóveda celeste. Un golpe de viento troncha el mástil de la nave y despedaza las velas. Las olas embravecidas penetran por todas partes, y amenazan á cada instante sumergir la embarcacion en los abismos del mar. Hasta el último rayo de esperanza habia abandonado ya el corazon de aquellos infelices, cuando nuestro devoto peregrino, puesto de rodillas, exhorta á sus compañeros de infortunio á que le imiten, y que juntos dirijan sus oraciones á Dios para morir como cristianos. Hiciéronlo así; y todavia oraban, cuando comienza á despejarse poco á poco la atmósfera, á serenarse el cielo y á despuntar el alba, mostrándoles en el horizonte la costa hospitalaria de España. Las olas todavia agitadas arrojan por fin la nave sobre San Sebastian, en donde logran desembarcar sanos y salvos. Pero el peregrino la abandona allí á sus compañeros, y se resuelve á emprender el largo camino que le queda hasta Santiago, á pie y mendigando el pan de la caridad.

Llegado al término de su peregrinacion, y cumplido el voto, antes de tomar la vuelta de Francia quiso recorrer otros santuarios y célebres iglesias de la católica España, caminando siempre á pie y viviendo de limosna, llamando por la noche á la puerta de algun castillo solitario ó á la portería de algun convento, en donde, en cambio de una hospitalidad que nunca le faltaba, solia referir la historia de sus viajes ó la descripcion de los paises que habia recorrido.

Sucedió pues, que atravesando la Estremadura, no lejos de Badajoz, le cogió la noche cerca del castillo de Montijo. El noble conde, señor de aquella posesion, le otorgó de buen grado la hospitalidad que le pedia, y le oyó con placer la relacion de sus naufragios, el voto que acababa de cumplir visitando al santo apóstol despues de tantas y tan continuadas fatigas, llegando á ganar de tal modo el corazon del noble castellano y de toda su gente, que antes de separarse le fué entregada al peregrino una buena bolsa y una preciosa imágen de la Vírgen, recuerdo tradicional en la familia, y con cuyo auxilio habia sido preservado del naufragio uno de los abuelos del conde al volver de Palestina. Al dársela le habia dicho: «Tened, buen hombre, confianza en esta milagrosa imágen; reparad vuestra nave, y no dudeis que la Vírgen protegerá vuestro viaje sobre el Occéano.»

Partió el peregrino lleno de agradecimiento y bendiciendo á Dios que tan buen protector le habia deparado en aquel noble caballero, y á los pocos meses volvió á encontrarse de nuevo en las arenosas playas de la Aquitania.

Una vez en su pais natal, y gracias á la liberalidad del generoso conde español, pudo abandonar el azaroso oficio de marino y comprar un terreno, al cual, para perpetuar la memoria de su gratitud, le dió el nombre de su ilustre bienhechor.

Al propio tiempo quiso que el recuerdo de la milagrosa proteccion que le habia dispensado la Vírgen se conservase tambien eternamente, para lo que levantó una capilla en cuya construccion no se empleó otra madera que la de su propio navío, depositando en ella con la mayor solemnidad la preciosa imágen que le habia dado el conde.

Esparcióse al momento por toda la comarca la noticia de este suceso, y al cabo de algunos años creció tanto la devocion á esta Vírgen entre aquellas gentes, que no habia un solo marinero en toda la Aquitania que, á lo menos una vez en la vida, no fuese á implorar el auxilio de *Nuestra Señora de Montijo* en el modesto santuario que la habia consagrado nuestro piadoso peregrino.

No le ha sido muy difícil al señor cardenal Donnet encontrar los antecedentes de esta fundacion, ni verificar la exactitud de sus pormenores. Todos estos detalles, y aun los nombres, se han conservado hasta ahora en el pais con una precision admirable, y en cuanto á la construccion de la capilla, á pesar del natural deterioro que ha sufrido á causa del tiempo, su arquitectura conserva toda la pureza del estilo de la época en que, segun la tradicion, ha debido edificarse.

Faltaba, sin embargo, un detalle muy característico, y era determinar si el techo del santuario se habia construido efectivamente con los restos de una nave, como afirma la leyenda. Con grande admiracion de todo el mundo, no solo se ha reconocido la exactitud de este detalle, sino que puede verse perfectamante conservada la forma curva de los costados del buque, y de la cual se aprovechó sin duda el arquitecto para formar la ojiva de la capilla. Por último, un calendario de las peregrinaciones hechas en honor de la Vírgen, impreso en el siglo XVII, hace mencion del que nos ocupa; de suerte que no puede ponerse en duda la veracidad de esta leyenda.

ALI Y AHMED.

I.

Alarma! Alarma!

Tranquila ha atravesado el Occarenesis y el Dhara esta gran caravana; porque todos los pueblos se inclinan con respeto delante de la familia del emir, delante de las familias de sus principales oficiales: por todas partes encontraron guias fieles; por todas partes velaron por su seguridad.

Atravesó los arenales y las áridas gargantas, porque esta inmensa emigracion es la de Abd-el Kader.

La marcha por aquellas comarcas abrasadas ha fatigado á los rápidos dromedarios; los caballos rendidos han perdido todo su vigor; y las mujeres, los niños, largo tiempo balanceándose en los estrechos palanquines, deseaban tambien un poco de frescura y descanso, cuando llegaron á un valle rodeado de verdes montañas y regado por un arroyo, el Taquin.

La comitiva va á detenerse á su nacimiento; va á plantar por un dia sus tiendas de campaña, porque el Taquin está situado en el desierto. Jamás los franceses se han atrevido á internarse tanto, porque el emir observa la division de Mascara que manda el general Lamoriciere y sus lugartenientes con los Kaibyles que se han sublevado ocupando los Occarenesis y el Dhara.

Ya se han echado los dóciles camellos: las mujeres recorren las praderas regadas por el arroyo; los diligentes esclavos han tendido las tiendas y preparado el café, á que tan afectos son los árabes; luego dispondrán la comida. Los niños, tambien muy contentos de haber hecho alto, se dispersan por el valle y llevan á pacer el ganado.

Sigamos á dos de ellos. Las palmeras que dan sombra al vecino collado, han llamado su atencion, y los dos van á tomar parte en este botin; los dos, porque son primos; sus padres son secretarios de uno de los primeros lugartenientes de Abd-el Kader, Ben-allali.

En un momento llegaron al pié de las palmeras.

Pero escuchemos: un ruido sordo y lejano ha turbado el silencio del desierto: sin embargo, en el campo todo permanece en la mayor calma. El ruido continúa; los niños no pueden engañarse; es una porcion de gente á caballo la que se acerca. Sin duda es el emir que viene á pasar algunos dias con su familia; tal vez viene con él su padre.

Ahmed se sube en una palmera y mira.

—¿Qué ves?

—Alá proteja á nuestras madres.

Y Ahmed aterrado se deja caer al pié de la palmera, y levantándose en seguida echa á correr hácia el centro del valle dando este terrible grito de alarma: *¡el roumi! ¡el roumi!* (los cristianos, los cristianos!)

Pero antes que sus gritos reuniesen á los árabes dispersos, ya los franceses llegaban al campamento.

Abd-el-Kader y sus lugartenientes guardaban todos los pasos, escepto el que conducia á Medeah, y por esto vino la guarnicion de esta villa, que habia andado 60 leguas en tres dias.

A la vista de los cristianos el desórden fué terrible. Niños, mujeres y ancianos huian por todas partes; algunos caballeros corrieron á tomar sus armas, y quisieron resistirse; pero sus aislados esfuerzos fueron infructuosos, y tambien se dispersaron. A esta confusion se agrega la de las bestias, que asustadas por el ruido de las armas de fuego, arrollaban cuanto encontraban por delante.

En vano se dispusieron las mujeres á subir en los camellos; en vano se apresuraron los esclavos á poner los palanquines; por esta

vez era imposible salvarse: sus defensores estaban ya dispersos. En vano se esfuerzan los jefes en dar órdenes que no pueden ser oidas con la confusion: toda la llanura está llena de fugitivos, de camellos que precipitan su carrera, de caballos detenidos por sus amos que desean disparar el último tiro contra los franceses, mientras que los mas listos disparaban ya detrás de las colinas que cercan el valle.

Sin embargo, Alí y Ahmed han logrado reunirse á sus madres, y los dos niños se han quedado inmóviles á su lado, resueltos á no huir sin ellas. Apenas tenian once años; pero bajo el cielo abrasador de Africa el hombre se desarrolla muy pronto, y los niños tienen tanto valor como el hombre mas intrépido.

Con la pistola al pecho esperaron al enemigo.

Un cazador francés quiso acometer á las que defendian; pero bien pronto, gracias á hacer encabritar su caballo, recibe el pobre animal las dos balas que estaban destinadas á su dueño, que fué rodando por el polvo. Pero al mismo tiempo llegó al galope un peloton de cazadores: ¿cómo podrian dos niños resistir á veinte hombres aguerridos?

Ahmed y Alí siguieron á sus desconsoladas madres, que temblando se echaron á los piés del jefe de los vencedores, que las perdonó, y dió órden de respetar á los vencidos.

Diez dias después la columna francesa volvió á entrar en Medeah



con un botin inmenso, gran número de ganados, y 4 á 5,000 prisioneros, en cuyo número era fácil reparar dos mujeres y dos jóvenes que no se separaban, y parecian confundir su tristeza.

II.

LA ISLA DE SANTA MARGARITA.

La isla de Santa Margarita es la mayor de las que forman el grupo de Lerin, á una legua de Cannes, en el departamento de Var. Lo único que la hace notable es un castillo edificado hace cerca de dos siglos, que la defiende del lado del mar, y muy á propósito para prision, lo ha sido de muchos personajes célebres, entre otros del famoso marqués de Jer, de quien adquirireis mas tarde noticias, cuando estudieis historia. Hace algunos años que esta isla y este castillo son el asilo de los prisioneros árabes.

Algunas semanas despues de la prision de la carabana, Alí y Ahmed fueron trasportados á Santa Margarita con sus madres; un profundo disgusto se apoderó de ellos al ver que la desgracia les hacia viudas y huérfanos sin haber perdido á sus padres y sus maridos.

En Medeah, en Alger, aun tenian una esperanza; quizá podrian escaparse; quizá serian cangeados por prisioneros franceses; además, aun estaban en Africa, disfrutaban de un sol abrasador, de las abrasadas palmeras que balancean sus largos tallos que sirven de quitasoles. Desde su prision podian ver todo esto muchas veces con llegar hasta ellos el viento devastador del desierto que otras veces les habia aterrado y que entonces sin embargo echaban de menos. Aun podian oir algunos de aquellos aires monótonos que les eran comunes en sus cánticos, y obedecer como fieles musulmanes á los cinco toques que llaman á orar. Pero en Santa Margarita, el cielo de Provenza que nosotros, nacidos en el Norte, encontramos tan bello, les parecia ya sombrío; y despues aquel castillo fuerte que no tenia nada de construccion morisca, y aquel aislamiento en medio de los mares, les hacia echar doblemente de menos sus tiendas y el inmenso occéano de arena en que ellos vivian contentos.

Sin embargo, bien pronto la fisonomía de los dos primos perdió su tristeza; bien pronto recobró la alegria de su edad.

¿Se habian acostumbrado los jóvenes árabes á la esclavitud? ¿habian olvidado á su patria? ¡Oh! no: el amor de la patria vivia mas ardiente que nunca en su corazon; pero lo que les hacia sufrir con mas paciencia su cautividad, lo que les hacia olvidar sus males presentes, era la esperanza. Todo el mundo sabe que la esperanza nos hace sa-



borear los bienes que promete: sobre todo, la de los dos jóvenes descansaba además sobre un proyecto meditado hacia mucho tiempo, y que empezaban á poner en ejecucion.

Desde luego se aplicaron á aprender el francés suficiente para poder entablar relaciones con los carceleros y soldados del castillo, y su talento les fué tan útil, que no tardaron en poder servir de intérpretes á sus compañeros de cautividad, que en su estóica resignacion rehusaban aprender el lenguaje de los vencedores.

Desde este dia Ahmed y Alí hicieron algunos servicios al gobernador facilitándole su comunicacion con los prisioneros; y en recompensa obtuvieron permiso para recorrer la isla en libertad.

¡Eran tan jóvenes! ¿qué habia que temer de dos niños? Esta era la primer ventaja. Alí y Ahmed se dieron priesa á aprovecharse de ella.

Todos los dias recorrian juntos la isla examinándola; tendian la vista por el mar y *aun mas allá del mar;* pero todos los dias se dirigian sobre todo á un sitio situado á corta distancia de la ribera y en que crecian espesos arbustos en medio de las rocas. Y esto no era un necio pasatiempo que les preocupaba; era la esperanza de burlar á las guardias y librar á sus madres. Habian encontrado un cuchillo en el patio de su prision, y le habian guardado con mucho cuidado. Era el único instrumento que poseian.

Allí, con la destreza de los hijos del desierto, se sirvieron de él para hacer con cortezas y juncos una escala plegada que uno de ellos debia entrar en su aposento el dia convenido bajo sus vestidos.

Los dos jóvenes constructores habian formado ya dos remos. Una gruta de la roca tapada con el musgo era el sitio á que llevaban todos los dias los objetos útiles que encontraban. Su proyecto era escaparse una noche muy oscura y coger una barca de pescadores, reemplazar sus remos con los que habian hecho, y llegar á Niza: habian sabido que distaba algunas leguas de la isla que les servia de prision.

Todo estaba ya dispuesto: únicamente les faltaban qué hacer algunos pies de escala, cuando fueron sorprendidos por un subteniente de la guarnicion que andaba cazando por la isla. Volvieron al castillo con la desesperacion en el corazon; preveian que era imposible escaparse.

En efecto, advertido el gobernador, habia hecho registrar el sitio en que habian sido descubiertos: encontraron las provisiones en la roca, la escala envuelta en un forro, y los remos escondidos entre el musgo.

Otro reconocimiento practicado en su habitacion descubrió el cuchillo que habian dentado con ayuda de una piedra para poder serrar las barras de su ventana.

Ahmed y Alí fueron tratados con mas severidad que ninguno de sus compañeros, separados de sus madres, y encerrados en una habitacion baja de las mas seguras. Entre tanto el gobernador habia escrito á París dando cuenta de la tentativa de evasion de los dos jóvenes árabes y pidiendo órdenes.

Algunos dias despues los dos primos eran conducidos de su encierro delante del jefe de la guarnicion. Firmes y resignados, pensaban sin duda que iban á ser castigados con la muerte, como habian visto hacer con los franceses que habian intentado escaparse: aun no conocian la clemencia de sus enemigos.

El gobernador acababa de recibir la órden de poner á las madres en libertad y enviar á los dos primos á París. Igual fué la sorpresa de madres é hijos; pero ninguno recibió con alegria la noticia de esta gracia, que segun ellos era una eterna separacion.

¿Qué será de nuestras madres? decian los hijos.

¿Qué de nuestros hijos? decian las madres.

Sin embargo era preciso obedecer.

III.

EL AMOR DEL PAIS.

Algunos dias despues las dos madres llevadas á Alger recibieron algunos socorros del gobernador y se establecieron en ella. Ahmed y Alí llegaron á París.

Al momento el ministro de la Guerra les colocó en uno de los mejores colegios de la capital, donde queria darles una brillante educacion.

Santa Margarita era muy triste para los dos prisioneros, y sin embargo allí les parecia el sol tan bello como en Africa: estaban al lado de sus madres! ¡Pero cuánto sufrió su corazon bajo un cielo sombrío y de nuestro sol que encontraban pálido, lejos de sus mas queridas afecciones! Ellos que tenian tanta facilidad, tanta inteligencia en Santa Margarita, no tenian ni memoria, ni entendimiento ni voluntad; ninguna esperanza: no hacian mas que sentir. Instruido el ministro de su repugnancia á los estudios, se admiró de aquella apatía cuya causa comprendió al momento. Hizo traer á Alí y Ahmed y él mismo les hizo varias preguntas: les habló de sus madres, de Africa, y los ojos moribundos de los ninos adquirieron un brillo repentino.

Al dia siguiente Ahmed y Alí se entregaron al estudio con un afan que dejó pasmados á sus condiscípulos. Y esto no sucedió un dia solo; se sucedian los meses, y durante todo el año su celo y su perseverancia no se desmintieron un solo instante. Llegó la distribucion de premios; Ahmed y Alí hablaban, leian y escribian el francés muy bien: ganaron muchos premios.

¿Qué habia producido este cambio repentino?

Dos sentimientos, el amor á sus madres, el amor á su patria. El ministro les habia prometido que si su trabajo correspondia á lo que podia esperar de su inteligencia, les enviaria á pasar las vacantes en Africa. No habia pasado todo el mes de agosto, cuando les habia cumplido el ministro su promesa.

La chalupa de un barco de vapor desembarcaba en el muelle de Alger á Ahmed y Alí, que sus madres enternecidas acogieron con la mayor alegria.

Durante su permanencia en la ciudad, el ministro quiso darles otra prueba mas de su satisfaccion, y les regaló á cada uno, por medio del gobernador general, un magnífico ejemplar del Coran. Este regalo tenia objeto de desvanecer toda desconfianza religiosa, probando á los correligionarios de los dos jóvenes árabes que habian observado fielmente sus creencias: de este modo fueron acogidos con las pruebas mas sinceras de cariño y aun de respeto.

Ahmed y Alí habian jurado por Alá volver á Francia despues de haber pasado dos meses en Africa. Sin embargo, era de temer que su instinto de libertad se lo estorbase y les hiciese ser perjuros. Pero no sucedió así: halagados por la dulzura con que les trataron, y aconsejados además por los indígenas mas recomendables, comprendieron cuántos servicios podrian prestar á sus compatriotas llegando á ser intermediarios entre ellos y los franceses. Guardaron fielmente su promesa y volvieron á París.

Ahmed, de un carácter vivo y de un talento privilegiado, está aun indeciso sobre la carrera que debe seguir. Allí, mas reflexivo, ha comprendido todas las ventajas que podria sacar un ingeniero indígena en Argelia, y dirige sus estudios á la escuela Politécnica.

ESPERANZA.

NOVELA ORIGINAL

POR PABLO GAMBARA.

(Conclusion.)

Admiró el campo santo de Ferrara, y saludó á Roma, la reina del mundo por derecho divino desde su fundacion hasta nuestros dias. Todo era allí grande, resplandeciente, sublime. La basílica de San Pedro, causa del protestantismo, recordando tantos nombres como célebres artistas ha tenido el mundo; el palacio de los papas, en que el lujo de los vicarios del hijo del hombre, que no tenia una piedra para apoyar la cabeza, supera al de los reyes, de quienes se muestran árbitros desde que osaron poner la planta sobre la frente de Carlo Magno. El barrio los judíos, en que el papa tolera una falsa religion, mientras prohibe á las demás naciones igual tolerancia; todo fascina, deslumbra, marea como un cuento fantástico de las mil y una noches, como el ordenado caos de Goëte.

Es imposible pasar una noche en Roma sin que mil recuerdos históricos hieran la imaginacion. Preséntase el siglo X bajo la forma de un sátiro lascivo con una tiara en la cabeza y una copa y una espada en la mano. La iglesia está regida por prostitutas que sientan á sus hijos bastardos en la sagrada silla y encierran á sus sagrados amantes en una prision de que no vuelven á salir. Detrás aparece un pontífice católico, conquistando su solio á la cabeza de un ejército mahometano, dos niños, uno de doce años y otro de diez y ocho, esforzándose en mostrar el rostro grave en honor del papado cuya púrpura vestian, y el célebre padre de Lucrecia Borgia, á quien Ariosto proclamaba la mas virtuosa de las mujeres, lanzando así, sin intencion, un sangriento epígrama contra el bello sexo, porque naturalmente dice el lector al leer su alabanza:—Si una adúltera, envenenadora é incestuosa es la mas virtuosa de las mujeres, ¿cómo serán las demás?

Por este tiempo mudó el gobierno en España y se concedió una amnistía. Eugenio tenia deseos de volver á su patria, al dulce suelo que tanto se ama por mal que nos trate, y á pesar de una viva oposicion de Matilde, se despidió de la patria de los Césares, y en breve tiempo desembarcó en Barcelona, de donde partió para Madrid.

Sus fondos mientras tanto habian sufrido una disminucion notable, ó por mejor decir habian desaparecido, gracias á los caprichos de su esposa. Las deudas, contraidas con mas arte diplomático que el necesario para dirigir una nacion, empezaban á apremiar; y Matilde, apenas conoció el estado de los negocios, pidió su dote, dejando á Eugenio sin amparo alguno, aunque pretestando que lo hacia para librarse juntamente con él de la miseria que les amenazaba.

En estos dias todo era en la casa disgusto y turbacion. El semblante de Eugenio, por mas que se esforzaba en aparecer alegre y sereno, estaba nublado como el cielo cuando amenaza tormenta, y su corazon rebosaba hiel.

Sucede generalmente que cuando la tristeza nos domina, todo nos parece malo. Los recuerdos, y hasta los sueños que pueden apesadumbrarnos, se reunen á la voz de la desgracia para acabar de destrozar el alma afligida, como todas las fieras se juntan para terminar la agonía del leon moribundo; y esto sucedia á Eugenio. Sus sospechas acerca de Matilde, sus remordimientos por Esperanza, el recuerdo de las desgracias de su juventud, todo se reunia en su pensamiento para atormentarle y convencerle de que era el mas desgraciado de los hombres.

Algunas veces intentaba distraerse recorriendo las calles, mirando las muestras de las estamperías y visitando los edificios públicos; pero á todas partes le seguia su pensamiento, y los objetos que observaba solo servian para presentársele bajo nuevas formas. Hubiera deseado entonces lanzarse en una violenta agitacion, en un torbellino que ahogase su pensamiento; el vértigo del gozo ó del dolor le eran indiferentes con tal de que le absorbiesen. El alma se agita, concentra

todas sus fuerzas en un punto, y sostiene la lucha con un dolor fuerte, como un hombre de valor con un atleta; pero cuando los dolores son pequeños y caen gota á gota en el corazon, como el agua sobre el desnudo cráneo de la monja emparedada, el alma se rinde, confesando su impotencia para resistir.

El dia primero de año, Eugenio fué con su mujer á ver el hospital general. Recorrieron varias salas sin que nada notable llamase su atencion, y después subieron á las salas reservadas, en que algunas familias que no pueden ó no quieren tener en su casa enfermos atacados de males contagiosos, los depositan pagando cierta pension.

La sala estaba en el mayor silencio. Las camas cubiertas con cortinas no dejaban ver á las enfermas, y solo se divisaba en el fondo á un caballero hablando con una hermana de la Caridad.

Matilde entreabrió una cortina, y quedó parada mirando una enferma; y Eugenio, distraido, sin notar que la dejaba atrás, siguió andando. Al mismo tiempo, la beata que habia comenzado á andar hácia la puerta, dió un grito de alegría, y dejó caer una taza que llevaba en la mano. Eugenio la miró y esclamó:—¡Esperanza!

—Si, yo soy, dijo la jóven; bien sabia que no esperaba en vano.

Y corrió hácia el caballero con quien antes hablaba esclamando con alegría infantil:—Papá, papá, aquí está Eugenio!

Matilde volvió la cabeza al ruido, y viéndose sola llamó á su esposo. Esperanza, á quién estrañó que una mujer acompañase á su amante, le preguntó algo inquieta:—¿Quién es esa señora?

—Es... murmuró Eugenio cortado.

—Quién? quién? murmuró la jóven con creciente ansiedad.

—Es mi esposa!

Renunciamos á pintar la impresion que esta palabra produjo cayendo de improviso en el corazon de Esperanza. No dió un solo gemido, no derramó una lágrima. Su vida se habia roto.

D. Ramon entre tanto miraba á Matilde con cuidado, y preguntó á Eugenio:—¿Cómo se llama su esposa de Vd.?

—Matilde, respondió el jóven.

—¿Cómo es eso, esclamó D. Ramon acercándose á Matilde, se ha casado Vd. con mi mujer?

Matilde al oir esto miró fijamente á D. Ramon, y lanzando un grito de sorpresa, se precipitó corriendo hácia la puerta.

—Caballero! ¿qué significa esto? preguntó Eugenio deteniendo á Don Ramon que intentaba seguir á la fugitiva dama.

—Significa, respondió el honrado comerciante, que esa mujer es la madre de Esperanza, la que me abandonó en Méjico... Venga Vd. y se lo oirá confesar...

Pero ya era tarde para perseguir á Matilde, á quien prestaba sus alas el miedo. Conociendo el peligro en que estaba si una respuesta poco meditada ponia en claro su conducta anterior, bajó rápidamente las escaleras que encontró á su paso, siguió largas galerías, y se halló por fin en el patio del colegio de San Carlos. La casualidad la ayudó. Al salir del colegio vió un coche de alquiler desocupado, y entró en él, invitando á subir con ella á un pillastre de doce á catorce años que se entretenia en pintar en las losas palabras obscenas. Despues fué á situarse delante de la entrada del hospital; y cuando D. Ramon, cansado de buscarla inútilmente, se decidió á marcharse, ella se le mostró al pillastre y le dijo dándole una peseta: Te ofrezco otras dos si averiguas dónde vive ese hombre.

—Ese... respondió el chico, es D. Ramon y vive en la calle de la Montera, número... donde tiene una tienda de tiroleses... Le conozco bien porque hago rabiar mucho á los mancebos, y un dia me pegó un palo..

Matilde le pagó, le despidió, y corrió á la calle de la Montera. Don Ramon estaba en su casa, y ambos pasaron mas de dos horas en una conversacion, de la cual haré gracia al lector, y que se redujo por parte de Matilde á contar una novela del género de L. Radcliffe, la escritora que mas mujer se muestra en sus novelas. Reducíase á que cuando abandonó á su marido fué porque recibió una carta en que la decian que unos bandidos se habian apoderado de él y le asesinarian si no les llevaba ella misma el rescate. Fué al lugar de la cita, y allí la cogió un indigno seductor que procuró rendir su virtud por todos los medios, hasta el de tenerla en un subterráneo á pan y agua; pero ella no le amó ni por esas, lo que no dejaba de ser estraño. Un suceso maravilloso la restituyó su libertad, y corrió la Europa inútilmente buscando á su esposo, rica con un tesoro que encontró en la cueva en que la tuvo encerrada su *bárbaro verdugo*. Por fin llegó á saber que habia muerto, y en Portugal se volvió á casar; pero su matrimonio era nulo, viviendo su primer marido á quien amaba *lo mismo siempre*. Y en esto no mentia.

D. Ramon creyó cuanto su mujer le dijo, y se compadeció de sus trabajos. ¡Qué buen marido perdia Matilde al perderle!

Aquel mismo dia Eugenio recibió una carta de Matilde en que la codicia y el cinismo se ostentaban sin máscara. Decia así:

«Amigo mio: Cuando estabas en Portugal me encapriché por ti, y te hice tomar parte en una comedia en que, siento decírtelo, tuviste un papel muy ridículo y que me hizo reir á costa tuya. Mientras hemos sido ricos hemos sido felices; hoy la miseria nos amaga, y te digo adios volviendo con mi primer marido. No me busques, y da gracias á Dios que te libra de mí.

MATILDE.»

Eugenio salió de su casa desesperado. En la calle encontró á Don Martin, que habia llegado hacia dos dias, y le contó lo que le pasaba.

—¿No le dije yo á Vd., dijo D. Martin, que un matrimonio por interés era una especulacion gastada? Rica y bonita y á mi me la dan.. dice el adagio... ¿Y qué piensa Vd. hacer?

—¿Qué se yo? Esto es para matarse.

—Locura. La vida es demasiado corta para tomarse el trabajo de quitársela. Viva Vd.; y ¿quién sabe? acaso aun será Vd. feliz.

—Yo!...

—Tambien hubo un dia en que yo quise matarme... mi historia no es menos triste que la de Vd., y hoy me alegro de haber vivido.

Eugenio no se mató. Algun tiempo después supo la muerte de Esperanza asesinada por él... Durante algunos años, una corona de siemprevivas, remudada siempre el dia de Todos los Santos, atestiguaba en su sepulcro la afliccion de su amante. Este año la losa estaba desnuda. Todas las penas terminan en el olvido, ó en el *sepulcro*.

MANSION DE LOS EMBAJADORES EN INDIA.

(Continuacion.)

El abate de Choisy no tuvo gran dificultad en penetrarse de mi razon, y reconociendo la injusticia que habria en violentarme en este punto, propuso mis dificultades al señor Constancio, que tomando la palabra le dijo: señor, que el caballero de Forbin no pase cuidado de su fortuna, pues yo me encargo de ella; él no conoce todavía este pais y todo lo que vale; se le hará gran almirante, general de los ejércitos del rey y gobernador de Bancod, donde se va inmediatamente á hacer construir una ciudadela para recibir las tropas que el rey de Francia debe enviar.

Todas estas bellas promesas que me fueron referidas por el abate de Choisy, no me tentaron; conocia yo toda la miseria de aquel reino, y persistí siempre en querer regresar á Francia. El señor de Chaumont que se hallaba estrechado por el rey y aun mas por su ministro, no pudiendo rehusarle lo que le pedia con tanta instancia, vino á encontrarme él mismo. «Yo no puedo rehusar, me dijo, á S. M. Siamesa la peticion que me hace de vuestra persona, y os aconsejo como á mi amigo particular que acepteis las ofertas que se os hacen, puesto que de un modo ú otro desde que el rey lo quiere absolutamente, sereis obligado á quedar.»

Picado de verme tan vivamente estrechado, le respondí que por mas que él hiciese, yo no queria quedarme en Siam, y jamás consentiria en ello, á menos que no me lo mandase de parte del rey. «Pues bien, yo os lo mando,» me dijo. No teniendo otro partido que tomar, me conformé; pero tuve la precaucion de pedirle una órden por escrito, lo que me concedió con mucho agrado. Cuatro dias después fui instalado almirante y general de los ejércitos del rey de Siam, y recibí en presencia del embajador y toda su comitiva que me dieron la enhorabuena, el sable y la chupa, señales de mi nueva dignidad.

Mientras el señor Constancio hacia jugar todos estos resortes para retenerme en Siam, como iba siempre á sus fines, nada olvidaba de todo lo que podia dar á los franceses una grande idea del reino. Habia fiestas continuas, y siempre ordenadas con todo el aparato que podia realzarlas. Tuvo cuidado de ostentar al embajador y á nuestros franceses todas las riquezas del tesoro real, que son en efecto dignas de un gran rey y capaces de engañar; pero no se cuidó de decirles que este monton de oro, plata y piedras de gran valor era obra de una larga série de leyes que habian concurrido á aumentarlo, estando establecido el uso en Siam de que los reyes no se ilustran sino tanto como aumentan considerablemente este tesoro, sin que les sea jamás permitido tocarlo, por mas necesidad que por otra parte tengan de él.

Le hizo visitar en seguida todas las mas bellas pagodas de la ciudad y de fuera. Llámanse pagodas en Siam los templos de los ídolos y los ídolos mismos: estos templos estan llenos de estátuas de yeso doradas con tanto arte que se las tomaria fácilmente por de oro. El señor Constancio no dejó de hacer entender que lo eran en efecto; lo que fué creido tanto mas fácilmente, cuanto no se las podia tocar, siendo la mayor parte colocadas en parajes muy elevados, y las otras cerradas con verjas de hierro que no se abren nunca, y á las que no se permite acercarse sino á una cierta distancia.

Pudiendo la magnificencia de los regalos destinados al rey y á la corte de Francia contribuir al designio que se proponia el ministro,

agotó el reino para hacerlos en efecto muy magníficos. No hay sino ver lo que han escrito de ellos el padre Tachard y el abate de Choissy; se puede decir en verdad que llevó las cosas hasta el esceso, y que no contento de haber juntado todo lo que pudo encontrar en Siam, habiendo además enviado á la China y al Japon, para traer de allí lo que habia mas raro y mas curioso, no cesó de hacer llevar á los buques del rey sino cuando ya no pudieron contener mas.

En fin, para no dejar nada atrás, cada uno tuvo su presente en particular, y no hubo hasta los marineros quien no esperimentase sus liberalidades. Hé aquí cómo y por qué medios el embajador y todos nuestros franceses fuéron engañados por este hábil ministro, que no perdiendo de vista su proyecto nada olvidaba de todo lo que podia concurrir á que tuviese buen éxito.

Todo se preparaba para la partida. El señor de Chaumont tuvo su audiencia de despedida: como yo no debia seguirle, y no hallaba en qué emplear en Siam las 6,000 libras que me habia producido el coral de la señora Rouiller, remití esta suma entre las manos del factor de las Indias, de quien saqué una letra de cambio que envié á aquella señora, escusándome de que no habia hecho sus comisiones por no haber hallado en qué emplear su dinero de un modo conveniente. En fin, habiendo llegado el dia de la partida, marchamos el señor Constancio y yo para acompañar al señor embajador hasta su bordo, de donde después de muchas muestras de amistad por una y otra parte regresamos á Luvo.

(Concluirá.)

DELICIAS DEL CAMPO.

Deja ¡oh mi amor! las ciudades,
deja sus pompas y galas,
y ven á gozar al campo
los alhagos de las aras.
Allí solos y entre amores
haremos de dos un alma
bajo los techos pajizos
de las plácidas cabañas.
¡Cuál la yedra trepadora
enramando sus ventanas
cubre sus muros humildes
y los viste de esmeralda!
¡Oh! ya verás cuántas moscas
proporciona á nuestra estancia,
que dejarán de manchitas
las paredes tapizadas.
Los mosquitos filarmónicos,
entonando serenatas,
vendrán formando escuadrones
á alegrarnos con sus danzas.
Nos brindarán los pensiles
de las rosas la fragancia,
los guijarros de sus calles
las espinas de las zarzas.
Si, á la sombra que nos prestan
de los árboles las ramas,
las espesas yerbecillas
convertimos en butaca,
las hormigas industriosas
correrán sobre tu falda,
y ornarán lindas orugas
el marfil de tu garganta.
Inútil es que las sigan
mis dedos á darles caza,
que osadas se ocultan ellas
donde mi mano no alcanza.
Si por ver tanta ventura
muestra Febo su caraza,
y el arroyo se jubila,
y los pájaros se asan,
sus áureos rayos entonces
te pondrán mucho mas guapa,
dándote el cutis moreno
de las lindas africanas.
Mira el sol cómo se esconde
entre nubes nacaradas,
y la benéfica lluvia
á torrentes se derrama.
Por recibir sus diamantes
visten los bosques de gala,
y sus trajes y los nuestros
al mismo tiempo se lavan.
Ven, y daremos á un árbol
los honores de paraguas;
que poco importa la lluvia
si el pecho de amor se abrasa.
Y ya en las gotas el iris
á la aguada se retrata,
y no mas líquidas perlas
nos tienen puestos en salsa.
Ven, á torrente vertiendo
por todas partes el agua,
á convertir en estanque
nuestra rústica morada.
Ya los efectos del frio
prueba esa tos que te asalta;
¡bien haya cien y cien veces,
que viene á aumentar tus gracias!
Por ella brotan raudales
de armonía en tu garganta,
y en amapola se vuelve
la azucena de tu cara.
Feliz el campo, amor mio,
donde, si abundan las plagas,
no hay médicos ni boticas,
que no es á fé poca ganga.
Daránte alivio muy pronto
la inocente flor de malva,
el grato sueño tranquilo
y el abrigo de las mantas.
Duerme, duerme, si te dejan
las pulgas y las arañas,
el chirrido de los grillos
y el graznido de las ranas.
Y apenas doren los montes
las tibias luces del alba,
repetiremos de nuevo
tanta paz, ventura tanta.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

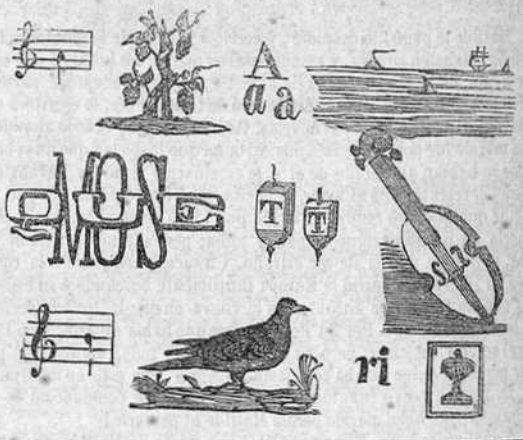
CUESTIONES ANAGRAMATICAS

DE GEOGRAFÍA É HISTORIA.

Solucion de la publicada en el número anterior.

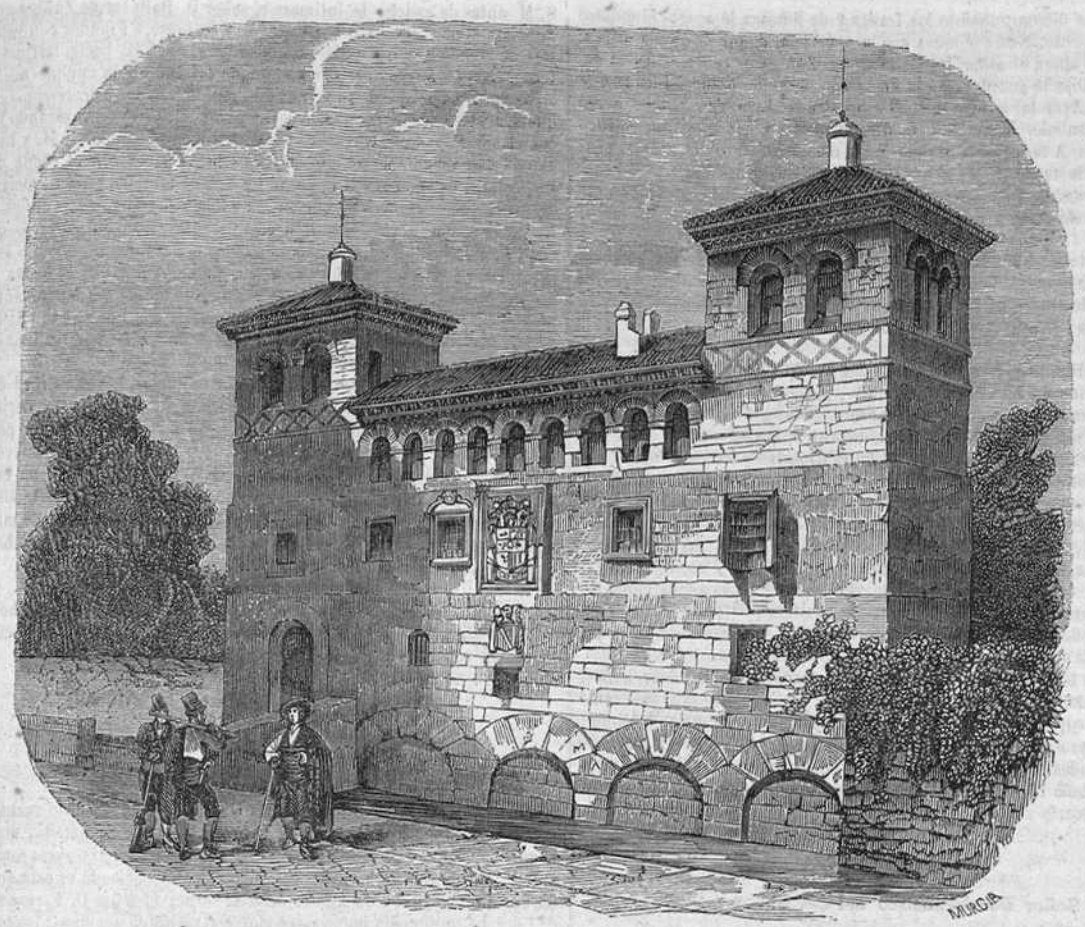
NOTAARGAR.	Tarragona.
DONNSSEAI..	Sisenando.
TOOOAAPMMN..	Monomotapa.
ONANTONSCIT..	Constantino.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



EMBARCADERO DEL CANAL IMPERIAL DE ARAGON.

CARTAS DE GONGORA.

Señor Don Angel Fernandez de los Rios.

Córdoba 12 noviembre de 1854.

Muy apreciable amigo: Siendo tan conocido como poeta célebre don Luis de Góngora y Argote, el público no tiene noticia de ninguna clase de composicion en prosa del mismo, por lo que me ha parecido agradarán á los lectores del SEMANARIO las adjuntas cartas, que con otras varias poseo y tengo el gusto de remitirle.

Con este motivo se repite de V. A. S. S. Q. B. S. M.

LUIS MARÍA RAMIREZ Y DE LAS CASAS DEZA.

Señor Don Francisco del Corral.

Dios dé á vm. muchas Pascuas como estas con la salud que le deseo, que bien puede fiarlo de mi voluntad. Señor mio, no escribí la estafeta pasada, porque fué en el dia mas ocupado que ha tenido la capilla con la muerte del Santo rey que está en el cielo. Murió último de marzo á las nueve y cuarto del dia de un tabardillo mal entendido, y por eso no curado. Desde la estrema uncion le comenzaron á fatigar escrúpulos, y tantos, que delante de muchos dijo el martes (hoy hace ocho dias en la tarde) á su confesor (1): «buena cuenta hemos dado vos y yo de mi alma:» á que respondió S. Y.: «no he tenido yo la culpa, pues siempre le he dicho verdades á V. M.»—«Esto fue á los primeros años,» replicó el rey. De esta manera procedió aquella noche, dudando de su salvacion y conociendo sus omisiones y descuidos, de tal suerte que juzgaban era delirio. Encomendó mucho á su hijo al duque de Veeda, á quien en la misma noche hizo merced del principado de Risigniano en el reino de Nápoles de casi treinta mil ducados de renta, y al prior de S. Lorenzo del obispado de Tuy. Mientras disponia de esto el Santo rey, su hijo que Dios guarde, llamó al Sr. D. Alonso de Cabrera y lo hizo partir á media noche á encontrar al cardenal duque que se tuvo nueva habia salido de Valladolid para este lugar, dando órden los detuviese y hiciese volver de donde quiera que lo encontrase. Esto se ejecutó en Martin Muñoz tan á pesar del duque, que se quedó muerto cuando se lo intimaron. Esta tarde ha llegado el señor D. Alonso, y al punto se fué al aposento del Sr. D. Baltasar de Zúñiga, y así no se puede saber mas de lo que ha pasado allá, si bien se dice que le dejó embargada la hacienda, porque acá le han embargado los juros. A otro ordinario escribiré con mas certidumbre esto. En espirando el rey que está en el cielo, S. M., que Dios guarde, se retiró á su aposento donde el duque de Veeda entregó los papeles que al mismo punto S. M. mandó tomar á D. Baltasar de Zúñiga, y pidiendo los demas á Juan de Zurita, los entregó á Antonio de Arostegui. Abrieron el testamento, y mientras lo leian en la galería á vista del cuerpo difunto, el rey nuestro Señor por otra provision confirmó á los presidentes y oidores de sus consejos, menos á los señores Pedro de Tapia y Antonio Bonal, á quien jubiló sustituyendo en su lugar á los señores don Juan de Frias del consejo de contaduría, y D. Berenguel de Aoiz de la chanchillería de Valladolid. Murió el mismo dia el conde de Salazar por quien vacó la encomienda de Mérida que vale cuatro mil ducados, y se dió luego á Jacinto Velasco, sobrino del muerto y hijo de D. Luis de Velasco, el general de la caballería de Flandes. Dos dias ha que privaron á Tomás de Angulo secretario de mercedes, y se dieron sus papeles á Pedro de Contreras secretario de cámara el dia mismo que murió su padre. Pidió el rey el proceso de Siete-Iglesias, que despues acá ha dado tres audiencias á los jueces: anda este negocio muy apretado y témese mal suceso, porque se procederá á forzarle con segundo tormento á declaracion de cómplices, fuera de que se tiene por cierto que le han quitado tres hojas al proceso, de que estan algunos temerosos y de que dicen ha resultado el embargo que esta tarde se ha hecho de los juros de Lerma. Llevaron el cuerpo á S. Lorenzo viernes á prima noche con poca luz, y menos autoridad que quisiera yo por la satisfaccion de tanto frances como ha concurrido. Al inquisidor gene-

(1) Fray Luis de Aliaga, Inquisidor General.

ral no le dieron aposento los frailes y de limosna le acogió el médico del convento. Nadie le entra por la puerta, al duque de Veeda menos: todo es ahora el señor D. Baltasar de Zúñiga y conde de Olivares. S. M., Dios le guarde, está el mas lindo mozo del mundo. Dios le deje lograr. Ayer tarde hizo merced á nuestro D. Luis Venegas del cargo de aposentador mayor con las preeminencias y calidades que lo tuvo su padre. A la mañana se pidió y sin mas dilacion de consulta se proveyó á la tarde. Estoy contento porque de esta manera espero tener presto casa de aposento, ya que Cristobal de Heredia me deja sin dineros y sin carta y vm. sin respuesta, que es mi mayor consuelo. . . . . .

Ya tengo perdida la esperanza y la paciencia, pues me pone en punto de perder la honra en un lugar como este. Ya caminamos á cuatro meses de alimentos sin haber visto un maravedí de todos ellos, y lo que mas siento, sin hacer caso de mí por carta. . . . . .

Así Dios guarde á vmd. y al señor D. Rodrigo que le confieso que en mi vida me he visto mas apurado, porque en llegando ya á desestimacion de la persona no hago caso de la falta del dinero: y no sé en que funda Cristobal de Heredia tanto silencio y tanta sordez á mis necesidades habiendo ya convenido en la cantidad y ofreciendome la anticipacion de los seis meses. Suplico á vm. reprenda esta sinrazon de manera que se cumpla lo que se pone, ó se rompa todo, que yo comer tengo, y no quieran, lo que es obligacion agradecida como amistad, hacella merced y tan voluntaria que sea vergonzosa; no puedo ya sufrillo y prometo á vm. que por no llegar á escribir esto entré con las nuevas que ha leido vm. en esta carta; mas como no pude escusar de pedir lo que tanto he menester, no pude tampoco escusar el decir mi sentimiento. Perdoneme vm. y sírvase mandar se me compre á cuenta de mis alimentos cuatro arrobas de azahar seco, digo, de lo ya tostado en las alquitaras con que nos solemos tomar baños, que me lo ha pedido el barbero del señor patriarca que lo es mio tambien, y suplico á vm. venga bien acondicionado en serillos de palma, y despues estos en uno de esparto. Perdone vm. mi amo y mi señor.

Grandes mudanzas se esperan, yo iré dando cuenta de ellas. A mi señora doña Ines beso las manos muchas veces. Madrid y Abril 6 de 1621 años.

D. Luis de GÓNGORA.

Señor Don Francisco del Corral.

Mi amo y mi señor: No llegó al lago de los leones el otro profeta mas á tiempo que Martin Ruiz ayer á medio dia llegó á mi posada: beso la mano á vm. por el trabajo que le cuestan mis socorros. . .

El embargo de los juros del duque de Lerma es en diferente forma de lo que escribi á vm. Hízose por un decreto de S. M. al consejo de Hacienda restituyendole las..... de que el rey que está en el cielo le hizo merced en el reino de Sicilia valuandolas en setenta y dos mil ducados de renta. Es el decreto grave y de razones tan poderosas que le debió de costar cuidado al señor D. Fernando Carrillo.

Al duque de Osuna prendieron el miércoles pasado á mediodia de esta forma. Estando para comer entró el señor D. Agustin Megía, tan solo, que nadie le conoció, hasta llegar al duque, bien sea verdad que lo encubrió el capirote: sentóse y mandando salir los criados se quedaron hablando los dos no sabemos que, si bien creo que fue del estado presente de las cosas: esto debió de ser espacio de cuatro credos, cuando llegó el marqués de Povar habiendo cercado la casa toda con la guardia española, y con veinte soldados entrando hasta la misma sala dijo D. Agustin: V. E. sea preso por el rey nuestro Señor y su consejo de estado. El duque entonces perdió de color desde que vido entrar al marqués y las alabardas de rondon y respondió: por cierto señores un portero del consejo bastára, cuanto mas tan grandes caballeros: vamos donde VV. SS. tienen orden de llevarme, y porque estoy tan cojo como ven denme licencia que baje la escalera en mi silla. D. Agustin entonces dandole el brazo dijo: yo quiero ser bracero de V. E. y el señor marqués lo será tambien porque no tenemos orden de otra cosa. Salieron con esto, y llamando el duque á su mayordomo no consintieron que le hablase, antes mandaron siguiese la comitiva del duque, y sin dar lugar á otra cosa lo sacaron en un coche: el en la popa, D. Agustin en la proa, Povar en el estribo derecho y á el otro estribo á caballo D. Fernando Verdugo su teniente. Sacaronlo por la puerta de Alcalá, y al primer humilladero lo esperaba un coche de seis mulas en que el marqués le llevó con cuarenta soldados á la fortaleza de la Alameda, y á la noche salió para allá D. Cárlos Coloma castellano de Cambrai con diez y seis arcabuceros á quien lo dejó entregado Povar; porque el señor D. Agustin se volvió desde el humilladero. Secrestáron los bienes, prendieron al secretario, y otros criados mas tomaron la cantidad de papeles que hablaron aun mas de lo que el duque ha hablado, con ser mucho. Al conde de Saldaña mandó S. M antes de anoche le intimase el señor D. Baltasar de Zúñiga renunciase el oficio de caballerizo mayor y se fuese á Flandes con ventaja de grande que son quinientos ducados al mes. Ha hecho lástima á todos. Hácese merced del oficio al duque del Infantado aunque no lo aceta por ser despojos de su yerno; mas entiendese que es ceremonia, y que lo acetará de buena gana. Ayer, segundo dia de Pascua, estando yo con el señor conde de Olivares á las doce y media lo llamó S. M. y habiendo despachado no sé qué negocios brevemente con el conde de Benavente, estando el del Infantado y Velada tambien para negociar, dijo el rey en voz mas alta que suele: «Conde de Olivares, cubrios.» Hízolo el conde, y volviendose luego á descubrir hechas tres reverencias, besó la mano de S. M. Dieronle todos el parabien los que allí estaban con S. M. Luego salió una ayuda de cámara dando la nueva á los que habiamos quedado en su aposento, que fue de mucho contento para todos, porque el conde merece el aplauso con que se oyó. Salió de allí á media hora y fue saludado con toda excelencia sin lisonja ninguna. Yo le debo mucha merced que me hace.

Ya creo que avisé á vm. del oficio que le habian hecho merced de aposentador mayor á nuestro D. Luis Venegas ó á mí por mejor decir, pues tendré casa de aposento, si Dios fuese servido, que no es pequeña ayuda de costa, y si con esto y la benevolencia de los nuevos privados no mejoro mi partido, fatal es mi hado. A mi amigo no escribo hasta enviarle esta prolija vara de la cruzada que será sin falta en toda esta semana porque el señor Patriarca es el mas menudo ministro que se conoce y despues de mil escrúpulos me dió la palabra ayer que el primer dia de consejo firmaria la provision. . . . . .

En grande altura tenemos á el señor D. Alonso de Cabrera: hoy he acompañado á s. m. con mucho gusto. A mi señora Doña Inés beso las manos con las del señor D. Rodrigo muchas veces.

. . . . . Madrid y abril 13 de 1621 años.

D. Luis de GÓNGORA.

Señor Don Francisco del Corral.

Mi amo y mi señor: Humedecido me há la yema del dedo apenas esta gota de agua que vm. ¡Dios le guarde! me ha solicitado; mas hágole saber que al chuparla me ha dejado los labios tan secos como antes. ¿Donde está este caudal del amigo? ¿qué hacienda es esta que un agosto la enjuga? Un agosto debe de sorber el señor D. Fernando de Córdoba pues no da lugar á que siquiera satisfaga nuestro Cristóbal á lo que ha puesto conmigo. Bien fuera razon que me remitiera en esta póliza lo que monta lo caido de mis alimentos sin dármelos á sorbos, que ya me contento con al fin del mes cobrar lo corrido, pues los Heredias tienen poco deudo con el adelantado. Suplico á vm. por arriero ó por otra cualquier via canse al amigo para que me remita lo que resta, que no habrá recua de tortugas que no llegue antes que el mes se acabe, y con esto vamos á lo que hoy me tiene tan lastimado, que no me detendré en escribirlo por no agravar el sentimiento. Remito á vm. una copia de la sentencia deste desdichado marqués y diré en el estado que hoy está. Oyó su sentencia viernes á las once de la mañana nueve de este con tanto valor que enterneciéndose el secretario y testigos no alteró su semblante, ni dijo mas que: «Dios sea loado: bendita sea la vírgen nuestra señora.» Llamó á la tarde su letrado y consultóle si con buena conciencia podia dejar de suplicar della: respondióle que no. Dijo que si era para los mismos jueces él la daba por confirmada, y asi no habia que tratar sino de lo que mas importaba. Invió á otro dia á pedir al P. Gerónimo de Florencia le hiciese merced y caridad de venirle á consolar en aquel trance donde tenia que consultarle cosas de su conciencia: respondió que le perdonase. Hizo la misma diligencia con el P. Fray Gregorio de Pedrosa, amigo tan suyo antes, que le debia á pesar del duque, la autoridad y puesto que hoy tiene: respondióle lo mismo: y envió á rogar al P. General de los Carmelitas descalzos le socorriese en tiempo que tanto habia menester sus letras y espíritu. Hízolo el buen fraile con mucha caridad y con él ha estado despues acá cuatro ó seis horas cada dia, saliendo tan consolado de ver la conformidad con que está y publicándolo de manera que tiene ú todos lastimados, y á sus enemigos confusos. El santo viejo Juan Calderon, la buena marquesa y sus hijos han visto, no sé cuantas veces, al señor D. Baltasar, al señor conde de Olivares, y dicen que á S. M. con tantas lágrimas que no han podido hablar ni el señor D. Baltasar responderles sin ellas: mas todo no bastará á impedir la ejecucion. Yo lo he sentido de suerte que no he tenido fuerza hasta ahora para escribírselo á vm. á quien suplico lo haga encomendar á Dios, y decirle algunas misas por lo que fue amigo de vm. y deseo servirle. Salgamos á cosas menos melancólicas. El sábado pasado en la tarde se publicó en consejo de estado la jornada del señor conde de Monterrey á Roma á dar la obediencia á S. S. y luego á prima noch: lo mandó S. M. cubrir juntamente con el marqués de Castil-Rodrigo

publicáronse á la misma hora. Dijo jurasen de gentil-hombres de la cámara con ejercicio los señores el duque del Infantado, conde de Peñaranda, marqués del Carpio, conde de Portalegre, D. Jaime de Cárdenas, hermano del de Maqueda. Sin ejercicio llaves que llaman caponas besaron la mano, porque no juran los tales, los señores el marqués del Villar, conde de Fuen-Salida, marqués de Caracena, marqués de Cañete, que juntos con los del otro siglo han multiplicado la coponera de suerte que el rey se halla embarazado, y el otro dia tanto que hallando á Pastrana y á Cañete en el salon mandó á un ayuda de cámara que les dijese que saliesen á fuera; y replicando Pastrana al ayuda que el sabia hasta donde podia entrar y que el sumiller solo podia darle órdenes semejantes, salió S. M. y le dijo que saliese, que él lo mandaba, conque despejaron aprisa el puesto. Besó la mano tambien entonces el marqués de Malpica por ayo y mayordomo mayor del Infante cardenal. Otro dia dieron título á su hijo mayor del dicho Malpica de conde de Navalmoral y hicieron mayordomo de la reina á su yerno el conde de Mora; de suerte que no ha negociado mal esta casa. Lo que fuese sucediendo iré sin falta avisando á vm. pues gusta de que le canse con mis cartas. De mi D. Gomez no me dice vm. nada, y del silencio infiero el lugar que tengo en su gracia; mas no desmayará por eso mi reconocimiento y voluntad. A su merced beso las manos con las de mi señora doña Inés etc. Madrid y Julio 20 de 1621 años.

D. Luis de Góngora.

ESTUDIOS LITERARIOS.

TEATRO ANTIGUO.

ARTÍCULO TERCERO.

Tócanos ahora dar la última mano á la descripcion del edificio que constituia el teatro ateniense, un tanto interrumpida por la digresion musical, que con anuencia de nuestros benévolos lectores nos hemos permitido. Descritas ya las dos partes, de las tres, que segun hemos convenido, formaban aquel teatro, el escenario, el salon de platea, ó espacio intermedio, réstanos ahora bosquejar la parte en que se colocaban los espectadores, lo que segun lo dicho atrás, se llamaba *teatro* del consabido verbo griego.

Si tuviésemos el poder sobrenatural de que estaban dotados los santos de otro tiempo—que esta raza de hombres no existe ya entre nosotros--de trasladar con la fuerza de la voluntad montes y collados de una parte á otra, trasladaríamos, por un momento, la parte circular de nuestro teatro que da frente al escenario, y que forman las galerías, anfiteatros y asientos generales, á un punto cualquiera donde no nos estorbase, y en su lugar pondriamos un arco cualquiera de círculo, cortado perpendicularmente del que forma una plaza de toros, con su série de asientos de piedra, gradas y tabloncillos, y su última fila de palcos, que corona tan imponente y grandioso conjunto. De este modo, un tanto fabuloso en su ejecucion, formaríamos, colocándonos á una prudente altura, una idea aproximada de la disposicion general de aquella parte del edificio teatral de que venimos hablando. Circunscribiendo ahora las líneas de nuestro bosquejo á proporciones mas marcadas, diremos que esta série de escalones de piedra ó gradas se dividia en los grandes teatros en tres pisos, rodeados cada uno de un pórtico y compuestos de nueve filas de asientos. En estas filas se sentaban los espectadores, espuestos como ya hemos visto en otro lugar, á los ardores siempre dulces, siempre templados y benignos del sol de la Grecia. En suma, el teatro griego, en esta parte, se asemejaba al anfiteatro romano y al nuestro español. Pero antes de descender á pormenores sobre el lado del teatro que estamos describiendo, conviénenos pararnos un momento, para indicar algunas reflexiones á las cuales nos da lugar.

Cuando un viajero visita las ruinas de Babilonia ó de Palmira, las pirámides de Egipto ó los derribados palacios de los Césares, párase de repente, descubre respetuoso su cabeza, inclina las rodillas, venera confuso tanta majestad, y se entrega luego en silenciosa tristeza á la série de graves y aterradoras reflexiones que se agolpan á su mente perdida, abismada en tanta grandeza. A semejanza de aqueste viajero, ya que como él, cual otro Anacarsis, vamos viajando por la Grecia antigua, parémonos un instante á contemplar la grandiosa mole de aquel edificio, sobre cuyo severo frontis se lee la palabra *Teatro*. Ahora está desierto. Los ecos que ha despertado vibrantes y sonoros una comedia de Aristófanes que acaba de representarse, despues de haber vagado en el ámbito del teatro, se han perdido en el espacio. Entremos, y cual otro ateniense, sentémonos en una de las gradas silenciosas. ¡Qué imponente espectáculo! ¡Cómo la vista se ensancha por el horizonte! ¡Cómo la imaginacion se mece risueña entre los mil variados objetos que se la presentan! ¡Qué inmensa série de contrastes La bahía de Falero, recostándose sobre el ancha playa de movible arena, cuyos movimientos de vaiven sigue sumisa; el mar benigno y placentero, que se cierne en su vasta cuna, como las aguas de un lago se agitan al compás de encontradas brisas; las naves que vagan abriendo sus velas al aura bienhechora que las guia; el puerto del Pireo lleno de navíos de todos los pueblos de Grecia, cuyas popas ostentan las variadas coronas de flores que los distinguen; los templos que se alzan imponentes en las riberas del mar, y á cuyos silenciosos pórticos se encamina algun sábio, para meditar sobre las causas supremas de las cosas; los túmulos de los grandes hombres, que duermen su eterno sueño en medio de la apacible soledad de la campiña; las colinas, cuyas verdes zonas se juntan en armoniosa union al claro azul del horizonte, y sobre las cuales se destaca la humilde morada de algun discípulo de Pitágoras viviendo en la paz del retiro; la alta ciudad que se divisa al Norte, inclinada, con lujurioso abandono, sobre las faldas del monte Himeto; el cementerio de Atenas, semejante á los modernos cementerios franceses, estendiéndose á lo largo de las floridas márgenes del rio Hiso, y haciendo contrastar su inalterable silencio con el ruidoso bullicio de la ciudad que proyecta sobre él su agitada sombra; el Cinosargo, suntuoso gimnasio de Atenas, mas animado, mas rico en *dramáticos* detalles que los nuestros; el jardin de la Academia, en donde Platon esplica á sus discípulos el dogma de la inmortalidad del alma, en medio de flores cuya efímera existencia se va apagando á compás de sus palabras; el Agora, cuyos lejanos murmullos nos revelan las luchas de un pueblo que condena ó absuelve al general imprudente que ha espuesto los destinos de la patria; y el campo de Maraton, en fin, sembrado de héroes, cuyas augustas sombras se alzan durante la noche para exhortar á sus degenerados conciudadanos á imitar sus pátrias virtudes. Tal es el espectáculo que se desarrolla á nuestras absortas miradas. En él, todo es grande, imponente, sublime. Al aspecto de tan variados y fecundos contrastes, álzase la mente y piérdese en alas de los grandes pensamientos que surgen en su seno: el corazon se afecta y conmueve, y derrama á torrentes las sensaciones que le agitan y que no puede contener en sus estrechos límites.

En este inmenso cuadro, la naturaleza y el arte, la ciencia y su manifestacion esterna, la Divinidad y el hombre se hallan confundidos. La idea humana sienta su orgullosa planta al lado de la idea divina; el sentimiento del hombre, reflejado en sus obras, compite con el sentimiento de la naturaleza; el poder de los dioses se halla igualado, y á veces vencido, por el poder creador del humano entendimiento. El arte se manifiesta aquí de mil modos: su espresion diversa revela alternativamente ideas de grandeza y de pequeñez, de fuerza y de debilidad, de fecundidad y de impotencia, de esplendor y de tinieblas. En las personas, en las cosas, en los hechos todos se reproduce una idea, un pensamiento que los anima, que los idealiza é inspira, cual misteriosa náyada que fecunda la urna de clara fuente, que les da formas humanas, graves ó poéticas, severas ó risueñas, profundas ó sublimes, simpáticas ó aterradoras. El ancho mar, las lejanas colinas, las altas montañas, perdiéndose en lo vago del horizonte; los monumentos públicos, los templos de los dioses y de los hombres, las tumbas de los héroes, los campos de batalla, las moradas silenciosas de los muertos, los vastos recintos donde se agitan y bullen los mortales, el incesante movimiento y la calma profunda, el sepulcral silencio ó el ruido atronador, el órden admirable ó la horrenda confusion, la alegría risueña ó la amarga tristeza, forman un inmenso conjunto, en que los hechos físicos se unen á los hechos morales; en que el sentimiento se hermana con la idea, el fondo con la forma que le encubre, y en medio de esta série de elementos, diversos entre sí, pero unidos por un lazo misterioso, que los hace concurrir á un mismo objeto, á la espresion de una suma de ideas análogas, se alza imponente el teatro que lo domina todo, que lo oprime y aplana, por decirlo así, con el peso de su grandiosa mole, con el total de fuerzas morales é intelectuales de que dispone, y con ese poder misterioso que le atribuye la imaginacion de todo un pueblo.

El arte dramático se inspira de todas estas ideas, las absorbe como el sol bebe el agua de la tierra para formar las nubes, y las refleja despues mas bellas, mas hermosas, mas ricas de atractivos. El drama se robustece y ensancha con las fuerzas altamente *dramáticas* que se desprenden de los sitios que le rodean. La mente humana adquiere sobrenatural vigor en la contemplacion de los atrevidos contrastes que cortan la uniforme regularidad de sus pensamientos: inspirada por tan fecundos motivos, envia á raudales sin fin su inagotable creacion: su poder crece y toma témerarias proporciones: el corazon se abre ufano á la natural espansion con que le dotó la naturaleza, y derrama incesante manantiales de sentimientos y afectos: establécese una simpática union, un misterioso fluido entre el hombre, la naturaleza y el arte: cada uno de estos elementos se ayuda con las fuerzas del otro, y multiplica su poder. El amor pátrio que se halla sepultado en Maraton; las virtudes cívicas encerradas en los sepulcros que se es-

tienden por la llanura de Platea ó á lo largo del estrecho de Salamina; el sublime heroismo de Codro arrojándose á la muerte, como Decio á la sima, para salvar á la patria, agitándose aun dentro de la tumba; los sitios, en fin, donde duermen tantos esclarecidos varones, tantas virtudes desgraciadas, tantas pasiones de violentos resultados, y donde reposan opuestas las grandes sombras de Temístocles y de Fedra, son otros tantos motivos de fecunda inspiracion y arrebatador entusiasmo. El drama pues, considerado, ya en sí mismo, ya en su union con los demás elementos, adquiere esa masa de representacion moral, artística, intelectual y social, con que le hemos visto revestido desde el principio de nuestros artículos.

Ya hemos terminado las reflexiones que hemos prometido, y á las que nos ha dado lugar el poético paisaje que se desarrollaba á lo lejos desde el sitio que ocupaban los espectadores para asistir á las funciones dramáticas. Demos ahora algunos pormenores descriptivos que completen el cuadro comenzado, que segun hemos convenido, se llamaba propiamente *teatro*.

Aunque queramos, no podemos negarlo: somos verdaderos discípulos de un hombre muy sábio, de un profundo pensador del siglo XVII, á un mismo tiempo gran filósofo y eminente matemático, de Descartes, ya que este nombre va siendo algo conocido entre nosotros. Ante todo, nos gusta el órden en nuestros trabajos. Somos apasionados del método, como condicion esencial en todas cosas. Nuestro bello ideal son las definiciones, las divisiones, las clasificaciones y enumeraciones. En vista de este gusto, y siguiendo nuestra antigua tradicion, dividiremos en tres grandes partes esa elevada fila de asientos que se alza desde el salon de *orquesta*, ó en moderno estilo, de *platea*, y va cambiando gradualmente, al estenderse, en oblícua, su alta línea.

Estas partes son: *la summa cavea, la media cavea, y la ima cavea*. Palabras técnicas, términos sacramentales, y á los cuales no nos es dado tocar de modo alguno. Los traduciremos. La *summa cavea*, es la elevada ó alta cueva. No nos escandalicemos, que la moderna nomenclatura ofrece al ridículo no pocos lados vulnerables. La *media cavea*, es la cueva media; y la *ima cavea*, es la cueva baja ó inferior. O lo que es lo mismo: el paraiso, tertulia, ó entrada general de arriba: las galerías intermedias, anfiteatros, ó palcos principales y segundos: las galerías bajas, palcos bajos, ó entradas generales de igual denominacion, pues este órden y nomenclatura varian segun los teatros.

En la *cueva* del centro se sentaban los hombres de las clases medias de aquella sociedad. En la *cueva* de abajo, como mas honorífica, pues correspondia á nuestras filas de lunetas, tomaban asiento los grandes dignatarios del Estado: allí tambien solian verse formando raras al par que honrosas escepciones, las damas de la alta aristocracia ateniense, y principalmente aquellas que habian hecho á la patria eminentes servicios. No podemos hablar con tanta concision de la *summa cavea*. Segun lo que hemos podido colegir, siempre tuvo este sitio en la historia del arte teatral un carácter especial, singular, estraño. En la *cavea* de arriba, en el paraiso, se sentaron en un principio las mujeres de las clases bajas sociales. Punto esencialmente *amazónico*, las heroínas atenienses que le guarnecian, tipos bastante perfectos de nuestras españolas manolas, no daban cuartel á ningun varon: á semejanza de las mujeres hebreas, cuando se hallaban en el templo, no permitian que ningun objeto masculino viniese á contrastar, disforme y chocante, con la uniforme regularidad de su sexo.

Si los antiguos hubiesen tenido el don supremo que tenemos nosotros los modernos, de imponer nombres retumbantes á las cosas mas sencillas, hubieran ciertamente trocado el lúgubre y sombrío nombre de *cueva*, por el dulce, sonoro y simpático de *paraiso*. La razon es muy óbvia. El paraiso griego, al contrario del nuestro, ofrecia verdaderos elementos de bienestar material, que si este los tuviese, harian su nombre menos burlesco. En cuanto á la comodidad, abundancia de espacio, aire respirable, ambiente fresco y demás condiciones higiénicas de que allí se gozaba, creemos que el mismo Mahoma no hubiera desdeñado de darles cabida en el suyo. Ya hemos apuntado atrás, que esta última parte del teatro que venimos describiendo, se asemejaba en su conjunto á un arco del círculo que forman nuestras plazas de toros, con su última fila de palcos:—aunque comparacion tan *sangrienta* esté reñida con la benignidad artística del arte dramático.—Estos palcos formaban una galería corrida semicircular, cubierta de modo que fuese inespugnable antemural á los envites atmosféricos. En lo demás del teatro, estos, cuando se presentaba la ocasion, ejercian su furor como bueno les parecia.

El paraiso romano se diferenciaba del paraiso griego en que el primero no era tan esclusivista como el segundo.

El romano abria atento sus anchas puertas á toda clase de individuos, sin distincion alguna de sexos. El griego daba solo cabida en su seno á la mas bella mitad del género humano. Las analogías y semejanzas existentes entre ambos locales se referian solo á los concurrentes ó aficionados á ellas. En una y otra parte eran pers nas cuya categoría, esfera ó carácter social se hallaba á igual altura. En esto solia á veces asemejarse á nuestra moderna tertulia.

Sin embargo, es preciso convenir que esta, ó lo que es lo mismo el local que nosotros hemos bautizado con el nombre galante de paraiso, tiene en los tiempos modernos un carácter especial de que carecia seguramente entre los antiguos. Nos referimos á ese carácter romántico, novelesco, y altamente *histórico*, con que le conocemos en los actuales momentos. Cuadro fecundo y variado, entre nosotros, en tipos nacionales y costumbres contemporáneas, creemos ofreceria abundante materia á la paleta del artista al *album*, y observaciones curiosas del viajero, al poeta dramático de comedias de carácter, al novelista y escritor de costumbres, al gacetillero y al cronista de la capital.

En él se encuentran abundantes todos cuantos tipos, escenas chistosas, casos divertidos é interesantes aventuras, nos trazan y relatan, con pincel algun tanto recargado y falto á veces de buen gusto, nuestros modernos escritores de costumbres, Gil y Zárate, Mesonero, Larra, Rubí, Fray Gerundio y otros, cuyos artículos, y sea dicho con el respeto y acatamiento que estos señores se merecen, son de infimísimo mérito, puestos al lado de los que han escrito y escriben en este género nuestros convecinos y modelos, Karr, Kock, Balzac, Sandeau, Gauthier y demás escritores de dicha escuela, por mil conceptos inimitable. Allí se encuentra al cesante con las mil clases, categorías, condiciones, géneros y especies, tibus y familias en que se le ha dividido y subdividido: planta especial y del país, que cada ministro riega con mano liberal y espléndida; que solo nace en el suelo español, y se cria, si no lozana, al menos numerosa bajo nuestros diversos climas, y en cuyo trabajo y elaboracion emplea el tesoro nacional cantidades exorbitantes. Allí se ven en fin reproducidos *dramas de vecindad*, *hombres calaveras*, *mujeres de mundo*, y otros muchos tipos *sui generis*, cuya importancia grotesca es mas ó menos grande.

Pero no pretendemos escribir artículos de costumbres. Tenemos amigos dotados de rica imaginacion, de talento flexible, de fecunda vena y espíritu observador, y les aconsejamos vivamente que cultiven, siguiendo la buena escuela francesa, este género tan nuevo entre nosotros, pero de una fertilidad y abundancia de elementos verdaderamente asombrosa. Nosotros, eminentemente clásicos en medio de un siglo romántico, obedecemos aquello de *sumite materiam vestris, qui scribitis, æquam, viribus*.

> . . . . . consultad antes
> cien veces y otras cien las propias fuerzas,
> y ved si grato el cielo
> os otorgó la ardiente fantasía,
> el genio creador, digno tan solo
> del sacro lauro del divino Apolo.

como dice muy bien el señor Martinez de la Rosa. Precepto altamente sábio y de la mayor trascendencia, y que no debiéramos jamás cansarnos de repetir, por lo mismo que nosotros, los jóvenes modernos, hacemos alarde de ridiculizarlo y despreciarlo, pretendiendo con repugnante cinismo sacudir su benéfico yugo.

Con todo, si se nos permite, diremos gustosos, y en dos palabras, pues este artículo va tomando ya dimensiones por demasiado crecidas, que existen en nuestros modernos paraisos, y principalmente en el del Teatro Real madrileño, tipos especiales que se han sustraido hasta ahora á la observacion de nuestros escritores de costumbres sociales, en fuerza de la flexibilidad de movimientos de que estan dotados. Tipos que se despojan en el trato natural de la sociedad del carácter grotesco que toman en momentos dados, y especialmente al entrar por las puertas del teatro. Tipos cuyo bello ideal se halla en ciertos seres humanos cuya clasificacion genérica no queremos citar, por ahorrarnos sus iras, pero cuya ridícula individualidad podriamos muy bien señalar con el dedo; tipos en fin cuyas exageradas pretensiones de *dilettanti* musicales les suministran el disfraz con que se ofrecen burlescos y empalagosos á nuestras ingénuas miradas. Sin entretenernos ahora en ir examinando pieza por pieza el disfraz cómico que tanto nos repugna y se complacen en ostentar ufanos, diremos que una de sus *cargantes* monomanías consiste en pretender estudiar en el paraiso del teatro las diversas escuelas musicales, el clasicismo en las óperas de Bellini, el sentimentalismo en las de Donizetti, la escuela afectada ó gongorina en las de Verdi, la romántica alemana en las de Meyerbeer, y así sucesivamente. Siendo aun lo peor del caso, que verifican este estudio musical con un disonante zumbido en tono *piangentissimo é pianissimo*, que nos revela el canto de Jeremías llorando las futuras calamidades de Jerusalem. Si alguno escribiese cualquier dia sobre costumbres teatrales, le recomendamos estos tipos, que nacen, crecen, se desarrollan, viven y mueren, en el paraiso de los teatros de la ópera.

Por lo demás, solo diremos para concluir este artículo, que el otro punto de contacto que tenia con el nuestro el teatro ateniense, consistia

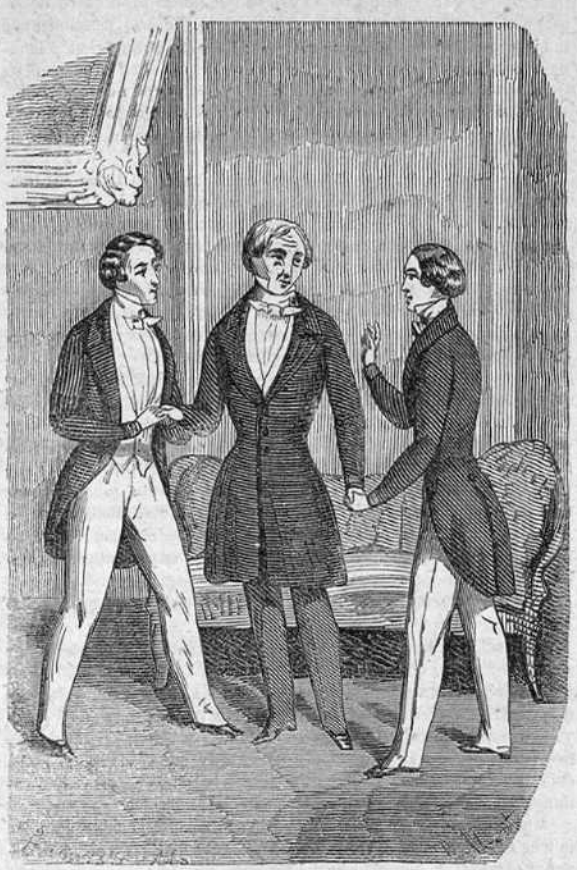
en que su paraiso, compuesto todo ó en su mayor parte de mujeres, se asemejaba á nuestra tradicional y muy veneranda *cazuela;* morada esclusiva de este sexo, y en tiempos teatrales no muy lejanos de nosotros, regada con las lágrimas que derramaban abundantes nuestras abuelas, al presenciar las famosas comedias del Doctor Godinez, tales como *Los sueños de Josef ó el mas feliz cautiverio*, *Los trabajos de Job*, *El diluvio universal*, *las lágrimas de David*, y otras de este santo jaez.

ANTONIO DE AQUINO.

PIEDRA MOVEDIZA NO CRIA MOHO.

M. Destival, oficial de marina retirado, tenia diez mil francos de sueldo, una hija de quince años llamada Celina, tan buena como bonita, y dos sobrinos de veinte años, Eduardo Granville y Carlos Bremond, á quienes tenia un cariño paternal.

Eduardo y Carlos, gracias á las recomendaciones de M. Destival, ocupaban dos modestos empleos en casa de uno de los principales banqueros de la capital: por otra parte, no tenian mas fortuna; pero si no



se hacia sentir demasiado su mezquina posicion, era efecto de las liberalidades de su tio, que de cuando en cuando venian en muy buena hora á suplir la insuficiencia de sus sueldos.

Un dia M. Destival, que habitaba una deliciosa casa de campo á corta distancia de Paris, despues de comer condujo á sus dos sobrinos bajo la fresca sombra de una calle de tilos, y les dijo:

—Ya sabeis, amigos mios, que siempre me ha sido grato, y aun me he considerado como un deber reasumir en vosotros toda la ternura que deberia entre mis pobres hermanas: mi mayor deseo es veros dichosos, y estoy resuelto á ofreceros cuantos medios esten en mi mano para que lo consigais: hace mucho tiempo que esta idea es la única que me preocupa, y para realizarla he formado y he desechado mil proyectos: hé aquí en el que me he fijado.

Eduardo y Carlos redoblaron su atencion.

—Tengo una hija, prosiguió M. Destival, á quien educo con el mayor cuidado, y que espero que un dia esté en estado, por sus virtudes, su talento y su belleza, de hacer la felicidad de un hombre de bien.

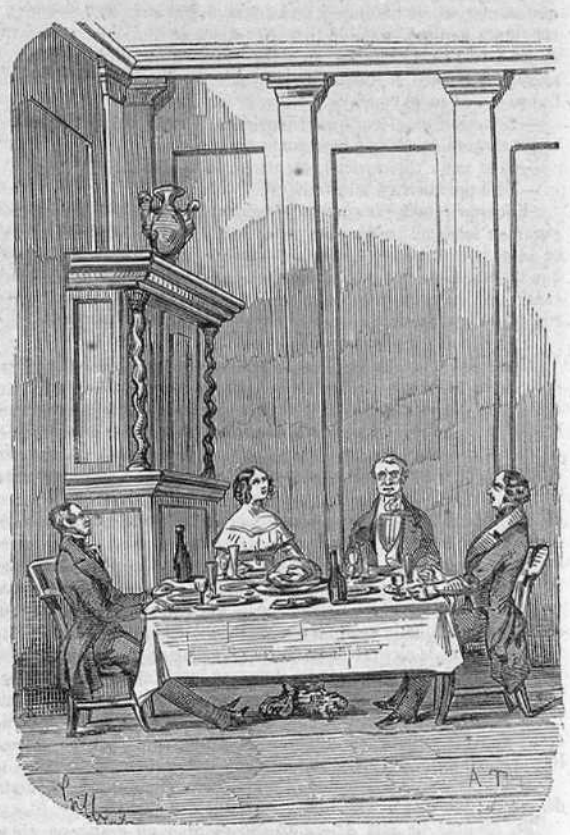
—Y que no defraudará vuestras esperanzas, esclamaron á la vez los dos jóvenes con un entusiasmo que hizo sonreir al viejo marino.

—Lo creo como vosotros, replicó M. Destival; pero Celina aun no tiene mas que quince años: esperemos á que tenga veinte, antes de ponerla á prueba en esta materia. Como los dos me pareceis muy dispuestos para ser el hombre de bien de que acabo de hablar, este plazo de cinco años nos ofrece la maravillosa ventaja de conciliar vuestro deseo con mis intenciones. Pero mis planes formales son de no aceptar por yerno á un hombre que no tenga por su renta ó por su posicion una fortuna al menos igual al dote de mi hija, que será de cien mil francos. Ya veis, pobres amigos mios, que estabais muy fuera de cuenta si mi Celina estuviese en edad de casarse en el dia; y á pesar de la amistad que os profeso me veria precisado á rehusaros con vuestros mil doscientos francos de sueldo. Pero sois jóvenes, teneis energía y talento, cinco años de término, y tengo esperanza que cambiareis de tal modo la faz de las cosas, que dentro de cinco años os será muy fácil lo que en el dia os es imposible.

Eduardo y Carlos estrecharon á un tiempo las manos de su tio con respetuoso cariño.

—Dentro de cinco años no tendreis mas que decidir entre los dos.

—Hé aquí una fanfarronada! replicó M. Destival; no teneis nada, y hacer algo de nada me parece un problema difícil de resolver; creo, por ejemplo, que se encontrarian menos obstáculos si se tratase de



hacer mucho de poco. Ahora bien: ese poco que os debe servir de punto de partida estoy en posicion de dároslo: en los diez años que hace que estais huérfanos he hecho en obsequio vuestro algunas economías cuyo total es en el dia de veinte mil francos; os tocan diez mil á cada uno, y mañana estoy dispuesto á entregároslos. De este modo os he propuesto el fin y os he suministrado los medios de entrar en lid: á vosotros toca ahora adelantar mas y merecer la recompensa prometida. Por otro lado, añadió sonriéndose, como no podré aceptar dos yernos no teniendo mas que una hija, en caso de que ambos reunais el capital de que os he hablado, dejaré á Celina el derecho de eleccion, y prometo ayudar al que sea postergado á buscar un partido que le pueda indemnizar con usura.

Fácilmente se comprenderá que despues de semejante conferencia pasaron nuestros jóvenes la noche en la mayor agitacion: no durmieron un momento; mil planes estravagantes ó razonables ocuparon su imaginacion, y cuando amaneció habian los dos tomado sin duda su resolucion, porque hé aquí la conversacion que tuvieron en el jardin antes de volver á París:

—Y bien, Carlos, ¿has pensado en los medios de obtener el premio que nos propone nuestro buen tio?

—No he hecho otra cosa en toda la noche: ¿y tú?

—Yo tambien; y te aseguro que he fijado del todo mis ideas.

—La misma confianza puedo hacerte.

—Ah! ah! ¿seria una indiscrecion hacerte algunas preguntas sobre este objeto?

—Dios mio! no: ¿para ser rivales es necesario que dejemos de ser buenos amigos?

—Jamás! respondió Eduardo estrechando la mano de su primo: tendré un placer en pagarte confianza por confianza.

—Te confesaré que he estado indeciso sobre el partido que debia tomar.

—Lo creo!.. ¿y te has resuelto ya?

—A no dejar mi posicion actual.

—¡Cómo! ¡Es posible! ¿conservarás tu destino?

—Ciertamente; porque bien calculado, mi plaza es el primer paso.

—Sí; pero este primer paso no te llevará ni cerca ni lejos, no llegarás nunca.

—¿Pues qué, tienes por ventura intencion de dejar la tuya?

—A fé mia!.. y no se pasará el dia sin que haya puesto mi dimision en manos del banquero.

—¡Qué imprudencia!

—La tuya, querido mio, que haces una locura. Un destino! ¿Es mas que una traba... la pérdida de un tiempo el mas precioso? Se adelanta con tanta lentitud en un destino... caso que se consiga... al paso que en las artes, en el comercio, en la industria, se adelanta con suma rapidez... y cuando se tiene libertad, energía, inteligencia y diez mil francos, ¿qué no se consigue?

—Es posible en efecto que renuncie, mi querido Eduardo; pero por esto no dejará de ser mas firme mi resolucion.

—Ni la mia; voy corriendo á entregar mi dimision.

—Y yo me vuelvo á mi escritorio.

Eduardo reunia las cuatro condiciones que segun él debian asegurar su fortuna: su dimision le proporcionaba libertad; no carecia de inteligencia; su energía necesitaba que la contuviesen mas bien que la escitasen, y por último poseia diez mil francos, es decir, un capital con el cual son las mas veces infructuosos todos los esfuerzos, cualquiera que sea la carrera que se emprenda.

Y en seguida puso manos á la obra.

Como lo que hacia mas ruido eran los ajustes fabulosos verificados con los autores y los directores de los periódicos, ajustes en virtud de los cuales subia hasta 100,000 francos el precio de una novela, Eduardo imaginó que por este medio podria llenar de una vez la condicion impuesta por su tio; y se puso á escribir sin interrupcion diez volúmenes sobre un objeto que le pareció el mas interesante del mundo. Después de haber empleado seis meses en esta obra gigantesca, la llevó al periódico mas acreditado de la época. Los diez volúmenes fueron rechazados aunque no examinaron mas que los primeros capítulos, y el resultado fué favorable al autor; le respondieron que se conocia en su novela el gérmen de un gran talento, pero que lo mas que podian hacer era admitirle para que de cuando en cuando escribiese algun folletin suelto hasta tanto que adquiriese en literatura un nombre que le sirviese de garantía para ajustarle para una obra de importancia sin comprometer los intereses materiales de la empresa.

Esta respuesta, que no dejaba de ser sagaz, hirió el amor propio de Eduardo; visitó uno tras de otro á todos los directores de los periódicos, y en todos encontró el mismo recibimiento, tuvo que oir el mismo lenguaje. De despecho arrojó al fuego su manuscrito esclamando:

—La vida del periodismo no es practicable; llamemos á la puerta del teatro; por este medio M. X. ha ganado dos millones.

De resultas de esta determinacion escribió un drama en cinco actos, que segun él debia poner en movimiento á todo París. Pero no se llega de un golpe delante del público; hay jueces á quienes es necesario conmover primero, y estos son los directores del teatro. Pero todos los que tuvieron conocimiento del drama de Eduardo, le respondieron de un modo muy político, y en que era imposible descubrir ninguna señal de conmocion. Convenian en hacer justicia á las cualidades del estilo; pero el argumento les parecia un poco débil, y desenvuelto con muy poco conocimiento del teatro; pero sin embargo estaban muy lejos de desanimarle; antes por el contrario le incitaban á trabajar, y no dudaban que á fuerza de tiempo y de estudio llegaria á adquirir las cualidades que le faltaban.

Eduardo escuchó á los directores de los teatros como habia escuchado á los de los periódicos, é hizo con su drama lo mismo que con su novela.

Renunciando á la literatura se fijó en la industria, y esta vez obtuvo mejores resultados; sus operaciones fueron dichosas. Pero cuando después de haber hecho su balance á fin de año, encontró por total de ganancias 8,000 francos, se apoderó de él un acceso violento de despecho y de cólera.

—¡Hé aquí mis ganancias! decia tirando los libros; ¡8,000 francos! ¡la décima parte de lo que necesito! ¡y de los cinco años que tengo de plazo se han pasado dos! Vamos, aun estoy engañado; la industria no es el camino corto para llegar á ser rico; busquemos otro mejor y mas breve.

Eduardo se lanza en las especulaciones comerciales: el momento era favorable; después de una larga inaccion los negocios volvian á tomar una actividad que prometia. Gracias á su genio amable y simpático, pero sobre todo á su hombría de bien, nuestro jóven negociante no tardó en adquirir una buena clientela; su crédito comenzaba á establecerse sobre bases sólidas; y si Eduardo hubiera mirado el porvenir, hubiera visto todas las garantías de una fortuna creciente; pero por desgracia sus ojos no veian mas que lo presente, y se dejó llevar de nuevo por la desesperacion, cuando al revisar su inventario encontró que las ganancias no hacian mas que compensar los gastos. Con muy poco que hubiera reflexionado hubiera comprendido que el segundo año con los gastos considerables de su primera empresa necesariamente habia de ofrecer resultados poco fecundos: pero esta idea tan sencilla no se le ocurrió, é hizo con el comercio lo mismo que con la industria y la literatura.

Entonces creyó que la causa de su desgracia era su obstinacion en buscar en su país con mucho trabajo lo que tantos otros encontraban, segun él, con tanta facilidad en el estranjero. De este pensamiento á la ejecucion no habia mas que un paso: Eduardo se dió priesa á liquidar sus cuentas y convertir los fondos que le quedaban en mercancías de diversas especies, y marchó para las colonias con nueva pacotilla. Pero á la vista de Cayenna naufragó; y dió mil gracias á la Providencia, porque fué el único que se salvó de los pasajeros, y el equipaje.

Seria empresa larga y difícil seguir á Eduardo en todas sus trasformaciones; fué profesor de francés, de matemáticas, de lenguas muertas; apuró todo el catálogo de sus conocimientos; fué empleado, librero; se metió en una empresa teatral; dejaba á los tres meses una profesion para dedicarse á otra que no ejercia mas tiempo, siempre por la razon de no venir tan pronto la fortuna como él deseaba, perdiendo en una lo que habia ganado en la otra; llegó el término de los cinco años, y se encontró con unos pocos fondos de reserva que en cuanto le alcanzaron para pagar su paso á Francia.

El dia fijado los dos primos se encontraron en casa de Mr. Destival en presencia de Celina, que por su parte tambien habia aprovechado el tiempo. No solo habia crecido en belleza y gracia, sino que á las perfecciones del cuerpo reunia las del alma y del corazon; era difícil verla sin amarla. Eduardo, separado de ella hacia dos años, se quedó vivamente admirado de sus progresos, y sintió que sus esfuerzos para merecer un tesoro tan deseado hubieran sido inútiles. Mientras que él se lamentaba interiormente procurando ocultar su confusion bajo una aparente distraccion, su primo, por el contrario, se presentaba con una fisonomía alegre y un aire tranquilo.

A una invitacion de M. Destival, el viajero Eduardo tomó la palabra después de concluida la comida.

—Querido tio, por mi desgracia no tengo nada bueno que deciros, y siento infinito, mi querida prima, no ser digno de una dicha que siempre he tenido en gran precio, pero que en el dia, sobre todo, me parece inapreciable. Solo una cosa endulza un poco la amargura de mi pena; y es, que al menos el relato de mis vicisitudes os convencerá de que he hecho cuanto está en la mano del hombre; y que si el triunfo no ha coronado mis esfuerzos, es preciso acusar á los pocos recursos que suministra nuestro siglo al hombre honrado que quiere hacer suerte.

Cuando Eduardo hubo acabado su relato, que todos escucharon con mucha atencion, miró á su tio con un aire que parecia demandar algunas palabras de consoladora aprobacion; pero este movió dos ó tres veces la cabeza y le dijo:

—Te has engañado, amigo mio, en el modo de juzgar nuestra época; lo mismo era para tu primo Carlos, y sin embargo, él ha encontrado los medios de cumplir las condiciones que os impuse.

—Carlos! esclamó Eduardo como pasmado, ¿qué dichosa casualidad le ha favorecido?

—Nada debe á la casualidad, respondió M. Destival: su exactitud, su celo, su inteligencia le han hecho subir de escalon en escalon al rango de jefe de contabilidad de una casa de banco: un trabajo de suma importancia ejecutado con talento le ha valido la amistad de su principal: en fin, dejando á un lado los diez mil francos que le habia dado lo mismo que á ti, ha reunido cada año el fruto de sus economías que naturalmente crecia: y aunque en el dia solo tiene seis mil francos de ahorros en cada año, es querido de todo el mundo, acaba de comprar una bonita casa de campo cerca de la mia, y creo que continuará por tan buen camino.

—Es increible!

—Al contrario, es muy natural. No pretendo que tu primo haya adoptado el medio mas seguro, pero ha sido constante: hé aquí todo el secreto. Se puede llegar á un mismo fin por distintos medios, pero con

la condicion de seguir uno solo, que es lo que ha hecho Carlos, mientras que tú los has empezado y abandonado todos; mientras que el menor de sus pasos era para adelante, tú ibas para atrás cada vez que mudabas de camino. Hay mas: ínterin que tú te espatriabas á impulsos de tu carácter inconstante, inquieto é impaciente, Carlos permanecia á nuestro lado y ganaba el corazon de su prima: hubieras sido rico, y segun habiamos convenido Celina hubiera tenido que elegir entre los dos; pero la mirada que acaba de echar á tu primo te debe indicar de un modo bastante significativo sobre quien ha recaido su eleccion.

La confusion de Eduardo era estremada; conocia cuán justas y verdaderas eran las palabras de su tio.

—Mi primo, le decia con mucha gracia Celina, á falta de otro sentimiento puede contar con mi amistad.

—Y con la mia, añadió Carlos estrechando la mano de Eduardo.

—Y yo, replicó M. Destival, te voy á dar la última prueba de mi cariño; tu banquero, accediendo á mis súplicas, se ha dignado conservarte la plaza que dejaste hace cinco años: mañana volverás á sentarte en tu escritorio como si el tiempo pasado hubiese sido un sueño; aun eres jóven para asegurarte un porvenir; pero no olvides que la cualidad mas indispensable para prosperar es la perseverancia. No hay cosa mas cierta, tú lo sabes por esperiencia, que este antiguo proverbio:

Piedra movediza no cria moho.

MANSION DE LOS EMBAJADORES EN INDIA.

(Conclusion.)

Es tiempo ahora de esplicar las miras de política del señor Constancio, y después diremos las razones por qué deseaba con tanto ardor retenerme en Siam. Este ministro, griego de nacion y que de hijo de un tabernero de un pueblecito llamado la Custodia en la isla de Cefalonia, habia llegado á gobernar despóticamente el reino de Siam, no habia podido elevarse á este puesto y mantenerse en él sin escitar contra sí la envidia y ódio de todos los mandarines y del pueblo mismo.

Primero se adhirió al servicio del barcalon, es decir al primer ministro, á quien agradó mucho: sus modales apacibles y agraciados, y mas que todo esto, un ingenio propio para los negocios y al que nada turbaba, le atrajeron pronto toda la confianza de su amo, que le colmó de bienes, y le presentó al rey como un sujeto propio para servirle fielmente.

Este príncipe no le conoció mucho tiempo sin poner en él su confianza; pero por una ingratitud que no se puede detestar bastante, el nuevo valido, no queriendo competidor alguno en el favor del príncipe, y abusando del poder que ya tenia con él, trabajó tanto que hizo sospechoso al barcalon, é indujo al rey á desprenderse de un fiel súbdito que siempre le habia servido bien. Por esto el señor Constancio, haciendo de su bienhechor la primera víctima que sacrificó á su ambicion, empezó á hacerse odioso á todo el reino.

Los mandarines y todos los grandes, irritados de un proceder que les daba lugar de temer cada instante por sí mismos, conspiraron en secreto contra el nuevo ministro; y se propusieron perderle para con el rey; pero ya no era tiempo, pues él disponia tanto del espíritu del príncipe, que costó la vida á mas de 300 de entre ellos que habian querido embarazar su favor. Supo en seguida aprovecharse tan bien de su fortuna y de las debilidades de su amo, que amontonó tesoros inmensos, ya por sus concusiones y sus violencias, ya por el comercio de que se habia apoderado y que hacia él solo en todo el reino.

Tantos escesos, que habia con todo cohonestado siempre bajo el pretesto del bien público, habian sublevado todo el reino contra él; pero todo pasaba en secreto, y nadie se atrevia á declararse: aguardaban una revolucion que la vejez del rey y su salud vacilante les hacian mirar como próxima.

No ignoraba Constancio su mala disposicion para con él; tenia demasiado talento, y conocia demasiado los males que les habia hecho, para creer que los hubiesen olvidado tan pronto ellos mismos. Sabia de otra parte mejor que nadie cuán poco habia que contar con la salud del rey, siempre endeble y descaecida. Conocia tambien todo lo que tenia que temer de una revolucion, y comprendia muy bien que nunca se libraria de ella, si no estaba apoyado por una potencia estranjera que le protegiese estableciéndose en el reino.

Era esto en efecto todo lo que tenia que hacer, y el único fin que se proponia. Para llegar á él, era preciso primero persuadir al rey que recibiese estranjeros en sus estados y les confiase una parte de sus plazas. Este primer paso no costó mucho al señor Constancio; el rey deferia de tal modo á todo lo que le proponia su ministro, y este le hizo valer tan hábilmente todas las ventajas de una alianza con estranjeros, que este príncipe accedió ciegamente á todo lo que se quiso.

La gran dificultad fué determinarse la eleccion del príncipe á quien se dirigirian.

Constancio, que solo obraba para sí, no se cuidaba de pensar en ningun príncipe vecino: la falta de fidelidad es ordinaria en ellos, y habia demasiado que temer, que despues de haberse engordado con sus despojos no le entregasen al perseguimiento de los mandarines, ó no hiciesen algun tratado cuyo precio hubiese sido su cabeza.

Los ingleses y holandeses no podian ser atraidos á Siam por la esperanza de la ganancia, no pudiendo el país suministrar para un comercio considerable; las mismas razones no le permitian dirigirse ni á los españoles, ni á los portugueses; en fin, no viendo otro recurso, creyó que los franceses serian mas fáciles de engañar. Con esta mira indujo á su amo á buscar la alianza del rey de Francia por medio de la embajada de que hemos hablado primero; y habiendo encargado en particular á los embajadores que insinuasen que su amo pensaba en hacerse cristiano, cosa en que nunca habia pensado, el rey de Francia creyó que era propio de su piedad el concurrir á esta buena obra, enviando á su vez embajadores al rey de Siam.

Constancio, viendo que una parte de su proyecto habia tenido tan buen éxito, pensó en sacar partido de lo demás. Empezó por declararse primero con el señor de Chaumont, á quien dió á entender que los holandeses, con el designio de estender su comercio, habian deseado mucho tiempo habia un establecimiento en Siam; que el rey nunca habia querido oir hablar de esto, temiendo el carácter imperioso de esta nacion, y recelando que no se hiciesen dueños de sus estados; pero que si el rey de Francia, con cuya buena fé tenia mas que contar, queria entrar en un tratado con S. M. Siamesa, él se empeñaba en hacerle entregar la fortaleza de Bancot, plaza importante en el reino, y que es como su llave, con la condicion sin embargo de que se enviarian allí tropas, ingenieros y todo el dinero que fuese necesario para empezar el establecimiento.

El señor de Chaumont y el abate de Choisy, á quienes fué comunicado este negocio, no juzgándolo factible, no quisieron encargarse de él. El padre Tachard no tuvo tanta dificultad; desde luego por las ventajas que creyó que el rey sacaria de esta alianza, ventajas que el rey hizo sonar bien alto y muy allá de toda apariencia de verdad, engañado de otra parte por este ministro diestro y aun hipócrita cuando era menester, y que ocultando todos sus manejos bajo una apariencia de celo, le hizo ver tantas ventajas para la religion, sea de la parte del rey de Siam que segun él no podia dejar de hacerse cristiano un dia, sea por respeto á la libertad que una guarnicion francesa en Bancot aseguraria á los misioneros para el ejercicio de su ministerio; lisonjeado, en fin, por las promesas del señor Constancio que dió palabra de hacer un establecimiento considerable á los jesuitas, para quienes debia hacer edificar un colegio y un observatorio en Luvo; en una palabra, no viendo este padre nada en todo este proyecto que no fuese muy ventajoso para el rey, la religion y su compañía, no vaciló en encargarse de esta negociacion; hasta se lisonjeó de llevarla á cabo, y lo prometió al señor Constancio, supuesto que el padre de Lachaise quisiese meterse en ello y emplear su crédito para con el rey.

Desde entonces el padre Tachard tuvo todo el secreto de la embajada, y se determinó que él regresaria á Francia con los embajadores siameses. Estando todo convenido así, mi regreso era mirado por Constancio como el obstáculo que podia perjudicar mas á sus designios: hé aquí la razon. En las diferentes negociaciones á que mis funciones de mayor de la embajada me habian obligado para con él, habia reconocido en mí un carácter libre y franco, que no habiéndome permitido nunca disimular, me lo hacia llamar todo por su nombre. Con este pensamiento receló que no teniendo yo una muy grande idea de Siam y del comercio que podria establecerse allí, lo que yo habia dado á conocer bastante abiertamente, aunque no me temiese de ninguna manera de su designio, receló, digo, que estando yo en Francia no hiciese lo mismo que en Siam, y que divulgando todo lo que pensaba de aquel pais, yo no arruinase con una sola palabra un proyecto sobre cuyo buen éxito él fundaba todas sus esperanzas.

Y si se debe decir la verdad, no dejaba de tener razon en no fiarse de mí en este punto, porque yo nunca habria dejado de decir todo lo que sabia, apreciando mucho el interés del rey y de la nacion, para no dar lugar con mi silencio á una empresa de muy grande gasto y ningun provecho. Recelando pues que diciendo la verdad no desbaratase yo todo lo que él habia manejado con tanto arte, hizo todo lo que pudo para retenerme, como ya he dicho.

Hé aquí en verdad cuáles fueron sus razones, de que yo no empecé á estar instruido hasta despues de la partida de los embajadores, en una larga conversacion que tuve con él, y en la que me dejó entrever una gran parte de lo que he referido; y en cuanto á lo demás, he estado instruido de ello, en parte en conversaciones particulares que tuve con personas que estaban informadas á fondo, y en parte por la serie de los sucesos cuyo principio me ha sido fácil aclarar, á medida que los veia ocurrir. Vuelvo ahora á mi mansion en Siam.—F. J.

LA ESPERANZA DEL POETA.

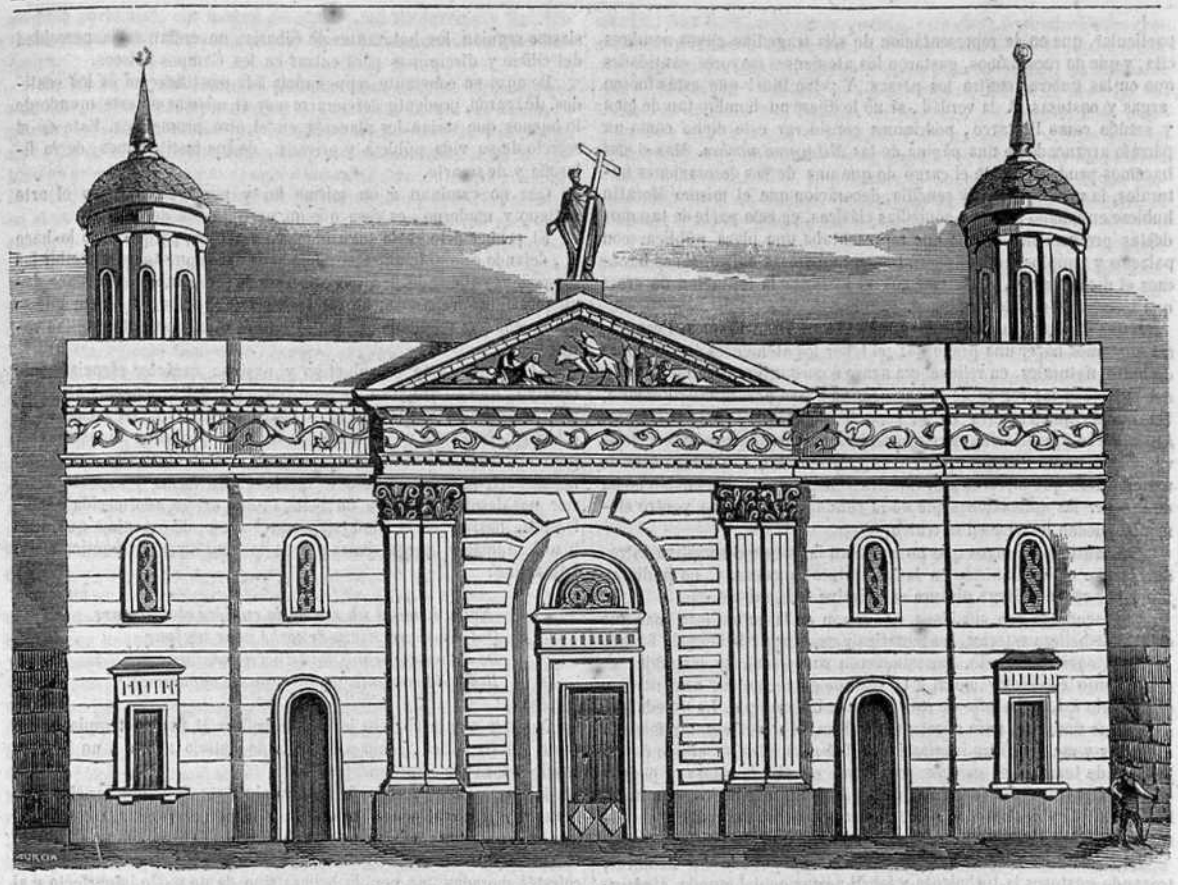
A MI DIGNO CATEDRATICO D. JOSE PUENTE Y VILLAUNA.

Angel de la armonía
Que, de lauros espléndidos ornado,
La inmensidad vacía
Animas inflamado,
En medio de los orbes encumbrado.
¡Tú que, del tiempo grave
Al compás misterioso, en la alta esfera
Hieres el arpa suave
Que, en la aurora primera,
Eco fugace de los cielos fuera!
Deja ese altivo asiento
De dó á tus plantas ves tendido el mundo,
Y, atravesando el viento,
Desciende á este profundo
Árido suelo que en mi llanto inundo.
De amargura sembrada
Está la tierra; en su estension umbría
No encuentro una mirada
De amor que endulce pía
La angustia y soledad del alma mia.
A la estrellada zona
Quiso trepar mi juventud lozana
Tras inmortal corona;
Mas mi vuelo con vana
Risa cortó la muchedumbre insana.
Caí, y las torpes gentes
Al mirarme abatido, en carcajadas
Rompieron impudentes,
Batiendo alborozadas
Sus palmas viles en maldad bañadas.
Como en el firmamento
Se chocan dos cometas relumbrando
Con ímpetu violento,
Las esferas nublando
Y en estrépito horrísono estallando!
Así el cielo y la tierra
Entonces en mi espíritu chocaron.
En formidable guerra,
Mi vida conturbaron,
Y el corazon en sombras sepultaron.
La vista hácia el pasado
Tendí, buscando con ardiente anhelo
En su espacio insondado
Un rayo de consuelo
Que iluminara mi espantoso duelo;
Y hallé solo un gran monte
De polvo, sangre y llanto, cuya cumbre
De la Parca bifronte
Gime á la pesadumbre,
Esparciendo en redor siniestra cumbre.
En su fosca ladera,
Con letras de fatídicos colores
Escrito reverbera:
«Siempre cogió dolores
La virtud en el mundo; el crimen flores!»
Ante ese triste lema
Mi alma se abatió sobrecogida,
Cuando de la suprema
Region de eterna vida
Suave acento bajó: «¡Espera y olvida!»
Fué el eco palpitante
De tu canto inmortal: sonrisa pura
Irradió en tu semblante;
Se sonrió natura
Y vi el cielo á través de su hermosura.
Pero ¡ay! al suelo miro,
Y en él reinando la impiedad encuentro;
Y, herida, hondo suspiro
De mi corazon dentro
Da el alma que volar quiere á su centro.
¡Sácame de este inmenso
Templo de corrupcion do á las pasiones
Elevan torpe incienso
É infandas oblaciones,
Vestidas de impureza, las naciones!
En su festín horrendo
Cegadas ¡ay! por el error se mecen,
É impúdicas riendo,
Al Señor escarnecen
Y su insondable cólera embravecen.
¡No saben que su ira,
Si sobre ellas tronando se desata
En voladora pira,
Sin fin las arrebata,
Cual á hojas mustias crespa catarata!
Mientras por medio de ellas
Pasa el poeta en soledad envuelto,
Mirando á las estrellas,
Como nave, del suelto
Noto al rugir, en piélago revuelto:
En su arrobo inefable
Oye lejana la sangrienta orgía
Del mundo miserable
Que, con loca porfía,
Anonadar al Creador ansía.
Y sus ojos en tanto,
El vértigo al mirar del mundo impío,
De amargo y negro llanto
Vierten copioso rio
Que lento corre el porvenir sombrío:
Y avanza el vate augusto,
Como un coloso con erguida frente,
Cantando en son robusto
Las sombras que su mente
Inquieta surcan en tropel hirviente.
Y las futuras gentes
Brotando van á su inspirado acento;
Oyenle reverentes,
Y egrégio monumento
Le alzan, de su memoria eterno asiento.
Allí firme y sereno
De los siglos verá el raudo torrente
Pasar de ruinas lleno...
Y tu diadema ingente
Sus sienes ceñirá resplandeciente?
¡Cuándo ese hermoso dia
Lucirá sobre mí, y el alto anhelo
Que oprime el alma mia
Podrá en plácido vuelo
Libre espaciarse por el ancho cielo!
En tus alas me lleva,
Angel querido, á aquel sublime asiento
Donde estasiado beba
Luz pura el pensamiento
En la copa del claro firmamento:
Y el arpa resonante
Que eco fugace de los cielos fuera
En el e'en radiante
Dame allí, que ligera
Entre mis manos vibre placentera.
Oh! Si á la de zafiro
Rueda del tiempo dieras con tu aliento
Tan presuroso giro
Que, á colmar mi contento,
Pronto llegara quel feliz momento!
¡Cuántos dulces cantores
Se elevarian en redor, ceñidos
De celestiales flores
Y de fulgor vestidos,
Celebrando mi gloria embebecidos!
Y tú, volando luego
A la inmortalidad, en su azul puro
Esculpieras con fuego
Mi nombre, hoy tan oscuro...
Mas ¡ay! en vano en mi ansiedad me apuro!
Al padre Soberano,
Niño ambicioso, te prosterna y ora,
Que en su infinito arcano
Tu sino oculto mora...
En tanto olvida y esperando llora!!

GUMERSINDO LAVERDE RUIZ.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid —Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



CONVENTO DE JERUSALEN EN ZARAGOZA.

ESTUDIOS LITERARIOS.

TEATRO ANTIGUO.

ARTICULO CUARTO.

En los artículos precedentes hemos procurado describir, pero sin lisonjearnos de haberlo hecho con éxito igual á nuestros buenos deseos, el teatro griego, en su parte esterior y de forma, esto es, como edificio arquitectónico de proporciones análogas á las ideas que tenia por mision de espresar. Hemos bosquejado tambien el poético paisaje en medio del cual construian de intento los atenienses sus teatros, á fin de que las grandes ideas topográficas, las ideas que se desprenden siempre de la naturaleza, de consuno con las del arte, se uniesen en armonioso, fecundo y espresivo maridaje, á las que surgian imponentes y dignas del seno del teatro.

Los atenienses, cuyos principios estéticos atribuian al arte un fin opuesto al que nosotros le atribuimos, cual era el de espresar ideas de forma perfecta y acabada belleza esterior, como medios para ellos únicos de triple inspiracion, moral, intelectual y artística, edificaron sus teatros en sitios de espaciosa perspectiva, con frecuencia á la vista del mar, y siempre á la del cielo, segun la espresion de un historiador moderno. Quisieron, pues, que el claro azul del firmamento que les servia de radiante bóveda, el cercano mar dilatando á lo lejos la inmensa tersura de sus aguas, las altas montañas perdiéndose en el vaporoso horizonte, las vastas llanuras desarrollando el fastuoso lujo de su lozana vejetacion, y los monumentos, edificios y sitios públicos, uniesen á lo grandioso del cuadro, el conjunto de su robusta y vigorosa significacion artística. Como se vé, estaban muy distantes de presidir á la eleccion del local destinado para teatro, la arbitrariedad, capricho, conveniencia, utilidad ó economía, que á nosotros nos guian sumisos en la senda de análogas averiguaciones.

Este hecho aleja desde luego todo término de comparacion entre el teatro ateniense y el nuestro.

Diferenciándose ya en la idea que motiva su creacion, en el objeto propuesto, en el fin postrero, claro es que la diferencia existente ha de tomar proporciones análogas al gradual y opuesto desarrollo que adquieren ambos. Y por eso mismo dice con tanta oportunidad César Cantú «que para la inteligencia del teatro ateniense se necesita olvidar la mezquindad de los nuestros, donde con el solo objeto de distraer el tédio, se reunen algunas personas dentro de muros cerrados, y asisten á un espectáculo de bellezas convencionales.»

Continuando ahora nuestra tarea, hablaremos como asunto especial de este artículo, de las decoraciones y de la maquinaria. Confesando gustosos que la materia es de suyo árdua, estéril y poco interesante, nos permitiremos algunas digresiones que se desprendan, sin penoso esfuerzo, del tronco general de las ideas que vayamos vertiendo.

Por punto general, podemos decir que en el teatro ateniense no existian de ningun modo las decoraciones modernas tales como nuestra mente las concibe, efecto de la pintura, resultado de una artística combinacion de reglas de perspectiva, y por lo tanto de existencia aparente y ficticia.

En aquel teatro las decoraciones eran de bulto, naturales y verdaderas. Teniendo, como todos hemos convenido, el escenario proporciones mayores que el de la Grande-Opera de Paris, el de la Scala de Milan, y el de San Carlos de Nápoles, y obrando con arreglo á los preceptos de su estética, los atenienses debieron hacer que sus decoraciones fuesen tales.

En Roma, en los últimos tiempos de su teatro, cuando este habia ganado en importancia material, lo perdido en importancia moral y social, en tiempo de Augusto, hubo segun se colige de unos versos de Ovidio, decoraciones movibles y por lo tanto figuradas.

Sin que nosotros lo digamos, cualquiera se hará fácil idea del magnífico, esplendente y animado espectáculo que presentaria el teatro ateniense, con su série de decoraciones naturales.

Veíanse unidas, en armonioso conjunto, las fuertes y severas bellezas que se desprendian de sus propias condiciones artísticas, y las que se elevaban poéticas y risueñas de la naturaleza allí figurada. Las decoraciones pues que se hallaban en aquella estensa escala de grandeza á igual altura que los demás elementos del teatro, debieron ser muy costosas. Y por mucho que lo sean las del *Roberto*, el *Profeta*, la *Tempestad* y otras modernas óperas, no puede llegar su valor al de las decoraciones que exornaban las tragedias antiguas. En vista de esto, no parecerá fabuloso lo que dice el buen Plutarco hablando sobre el

particular, que en la representacion de seis tragedias cuyos nombres cita, y que no recordamos, gastaron los atenienses mayores cantidades que en las guerras contra los persas. Y ¡vive Dios! que estas fueron argas y costosas. A la verdad, si no lo dijese un hombre tan de bien y sesudo como Plutarco, podriamos considerar este dicho como un párrafo arrancado de una página de las *Mil y una noches*. Mas si nos hacemos prudentemente el cargo de que una de sus decoraciones naturales, la mas habitual y sencilla, decoracion que el mismo Moratin hubiese envidiado para sus comedias clásicas, en esta parte de tan modestas pretensiones, era la que representaba una plaza pública, con palacios y templos, adonde desembocan numerosas calles, si nos hacemos el dicho cargo, rechazaremos al instante la tentacion de creer que es cosa de cuentos arábigos.

Estas decoraciones naturales ¿cuáles eran? Ya lo diremos. Pero antes queremos hacer una pregunta: ¿el tener los atenienses decoraciones de bulto, naturales, en relieve, era acaso ó porque ignoraban la pintura del paisaje ó las reglas de la perspectiva? Nos parece difícil creerlo. Un pueblo que encierra en su seno hombres que, como Agatarco, Anaxágoras y Demócrito, escriben notables tratados sobre la perspectiva, y que, como Pitágoras, Euclides y Aristóteles, dan á luz obras de matemáticas que merecen aun nuestra consideracion, ese pueblo no ha de ignorar las aplicaciones que de la combinacion de uno y otro elemento pueden hacerse en el teatro.

Los antiguos griegos que no conocian la poesía descriptiva introducida por el cristianismo en las literaturas modernas, no pudieron tener por razon análoga pintura descriptiva ó de paisaje.

Consecuentes con sus ideas, no vieron en la naturaleza mas que objetos de belleza esterior, matemática y graduada: belleza de forma, de imaginacion y gusto. Desconocieron su poesía, su lenguaje, el sentimiento estético y moral á la vez que encierran sus armonías, y por decirlo así, la filosofía de esta belleza. Un ejemplo. La soledad de un bosque umbroso, para nosotros tan llena de atractivos, tan fecunda en vagas y melancólicas inspiraciones, fué para ellos un objeto de espanto y de terror. Los griegos solo veian en ella la densa y pesada sombra que proyectan las ramas de los árboles, meciéndose con fúnebre cadencia, y despidiendo sobre nosotros, lentos, uniformes y monótonos, los tristes ecos de un ruido incomprensible.

La soledad no tuvo atractivos y poesía sino cuando los hombres, trocando gustosos la turbulenta y febril agitacion del mundo, *el mundanal ruido*, de Fray Luis de Leon, por la serena paz del tranquilo desierto, se convirtieron en cenobitas y anacoretas.

Así pues, del mismo modo que no hallamos poesía descriptiva, hasta los tiempos modernos de Petrarca, del Ariosto y del Tasso, no hallaremos tampoco entre los atenienses pinturas de paisages á imitacion de los estudios de paises de Iriarte y de Collantes, de las vistas de Mazo y de Sanchez, y de las alegorías de Martin de Vos y Maella.

Hemos respondido de antemano á la objecion que pudiera hacérsenos respecto de la pintura descriptiva entre los griegos. Pero de que sus ideas artísticas rechazasen el estudio y copia de la naturaleza, porque solo creian al hombre ó sus actos dignos del pincel, ¿se deducirá que el estado de su civilizacion no les concedia la posibilidad material del cultivo del paisaje? Semejante consecuencia nos pareceria poco lógica. ¿Cómo pensar, en efecto, que un pueblo que establece concursos públicos de pintura en Delfos, Corinto y otros puntos; que tiene multitud de escuelas donde se enseñaba este arte con el mayor esmero; jurados que multen á los pintores y escultores que no ejecutan bien sus obras; un pueblo que conoce y practica la pintura histórica, como lo atestiguan las numerosas pinturas que pueblan el pórtico Pecilo, y entre las que descuella por su valor incomparable la de la *Toma de Troya*; que cuenta entre sus pintores á Nicias, Timantes, Parrasio, Zenxis y Apeles, ¿cómo pensar que este pueblo se hubiese dedicado á la pintura del paisaje, sin alcanzar resultados, al menos iguales á los nuestros?

Luego el no tener los atenienses decoraciones pintadas como las nuestras, reconoce causas de otro linaje que las que acabamos de apuntar.

Nos parece haber indicado, antes de ahora, el motivo, carácter, espíritu, tendencias, objeto y fin del arte antiguo. Cualquiera que fuese la idea ó sentimiento que debia revestirse de formas esteriores, de encarnarse en aquel arte, y reproducirse sensible, se hacia preciso, indispensable, á menos de salirse del círculo de las prescripciones de su estética, cumplir con aquello de *Humano capiti cervicem*, etc. etc.

Halagar los sentidos, recrearlos y entretenerlos; satisfacer los deseos de un gusto delicado y severo; suministrar abundante materia á los veleidosos caprichos de una imaginacion fecunda; inspirar ideas de variados placeres, de cómodo bienestar y lujuriosa molicie; tal era el destino, el constante objeto del arte antiguo.

Los griegos, que prescindiendo de sus escelentes sistemas de filosofía, habian adoptado en la práctica el que con tan grato entusiasmo seguian los habitantes de Sibaris, no creian en la necesidad del cilicio y disciplinas para entrar en los Campos Elíseos.

De aquí su constante repugnancia á la mortificacion de los sentidos. Juzgaron prudente cerciorarse por sí mismos en este mundo de lo buenos que serian los placeres en el otro prometidos. Este es el secreto de su vida pública y privada, de sus instituciones, de su filosofía y de su arte.

Que no caminan á un mismo fin y por igual sendero el arte antiguo y moderno, es cosa que no necesitamos declarar.

El primer arte es de suyo objetivo y activo, porque todo lo hace él, dejando solo al hombre el cuidado de ir dispuesto para recibir las impresiones que se le desprendan. Esto es; el hombre es la placa daguerreotípica preparada, las impresiones que recibe, el objeto que se fija en ella por medio de la luz; el arte es el instrumento que las verifica.

El segundo arte es subjetivo y pasivo: carácter esencialmente relativo, que no absoluto, porque participa del que hemos asignado al arte antiguo, y dá márgen á otro carácter especial, cual es el *ecléctico*. Nosotros no desechamos la forma; ¿quién lo aseverará? pero no otorgamos al fondo una importancia absoluta. De otro modo: nuestro arte ni es sensualista ni idealista. En forma y aspecto esterior nos despierta la idea de belleza, que existe adormecida, indiferente, pasiva, en el fondo de nuestra alma, de esa alma que Dios hizo á su imágen y semejanza, y de la cual dice tan poéticamente Lamartine:

Notre âme est un rayon de cuniére et d'amour,
Qui du foyer divin detaché pour un jour
De désirs dévorants loin duciel consumée
Brûle de remonter vers sa source enflammée.

Nuestra mente concibe la idea de belleza al ver un templo griego ó una iglesia gótica, como concibe la de justicia al ver á un hombre asesinar á su semejante indefenso.

Mientras que el destino de nuestra alma sea el de habitar el cuerpo humano, la cárcel mortal en que Dios la ha encerrado, la concha de que habla Platon; mientras se halle condenada á arrastrar su mísera existencia dentro de los groseros límites que impiden su vuelo á las celestes moradas, no verá la belleza sino de un modo imperfecto y al través de la forma. Esta es la opinion de la escuela ecléctica cristiana, y tambien la del filósofo ya citado en su inmortal *República*.

Nuestro arte es, pues, ecléctico, mixto y relativo. Ni existe solo en los objetos de la naturaleza, ni tampoco nuestra mente le concibe como idea pura y absoluta. Es producto forzoso de la artística combinacion y prudente amalgama de los datos que arrojan uno y otro elemento.

Así el trabajo de la inteligencia humana en la composicion de la belleza se asemeja al de la laboriosa abeja que saca del cáliz de las flores, para formar su miel, el dulce néctar que contienen. Lindísima idea que J. J. Rousseau espresa en estos versos:

Je vais jusqu'ou je puis
Et semblable á l'abeille dans nos jardins éclose
De différentes fleurs je forme et je compose
Le miel que je produis.

Tales son, aunque espuestas con rapidez suma, nuestras peculiares ideas sobre la estética y arte modernos. Este desvío del natural camino se nos habrá tolerado, en vista de lo importante que le hemos juzgado, para comprender mas á fondo la materia que ahora nos ocupa.

Determinado ya el carácter del arte antiguo ateniense, nos será fácil deducir una verdad, á todas luces incontrovertible. Nosotros afirmamos que la parte de forma de aquel teatro estaba y debia estar en razon directa de las ideas que tenia por especial objeto reproducir; y en este concepto ¿cuáles debieron ser las formas encargadas de esteriorizar esas ideas, hallándose estas dotadas de las inmensas, y por decirlo así, infinitas proporciones que les hemos visto?

Empero, antes de proseguir nuestra marcha, retrocediendo al punto en que la hemos suspendido, por efecto de una momentánea digresion, cumple á nuestro propósito hacer una salvedad á lo que hemos consignado con respecto al arte antiguo. No ha sido nuestro ánimo generalizar esta palabra *antiguo*, á las varias clases de arte que reconocemos en aquellos tiempos, sino concretarla al ateniense.

Cualquiera medianamente impuesto en la historia de aquel arte, señalará con el dedo en la vasta escala en que se desarrolla, además del griego, el arte indio ó propiamente oriental, el arte egipcio, el babilónico ó asirio, y el hebreo. Artes cuyos puntos de contacto y semejanza entre sí no negamos, pero que estudiados á la luz que sobre ellos arroja un detenido análisis, aparecerán con su carácter propio, su fi-

sonomia particular, sus modos de accion, sus tendencias y fin, distintos y opuestos, hasta el punto de fijar claramente sus mútuos deslindes.

En efecto, y ateniéndonos únicamente al egipcio, hallamos que este arte, simbolizado en sus esfinges y geroglíficos, en sus túmulos y grutas, en sus catacumbas y pirámides, en sus templos y obeliscos, está lejos de ofrecernos el armonioso y bien ordenado conjunto de metódicas proporciones, que caracterizan en Grecia las obras artísticas de este género. Arte esencialmente grave, austero y sombrío, encierra en sí un pensamiento á la vez político, filosófico y religioso: pero pensamiento cuya tendencia es oculta y tenebrosa: la de sustraerse receloso á las miradas profanas de la multitud ignorante, y no dejar entrever su aterradora confusion é imponente embolismo, sino á los que estan revestidos de la triple dignidad del sacerdocio, del poder y de la ciencia.

El arte egipcio monótono, igual y acompasado, tiende á fijar la mente en una contemplacion severa, constante, tenaz, de las verdades eternas. El espíritu del hombre se pierde en el perpétuo estudio de lo inconmensurable, y vaga sin norte, estraviado de su curso, como fatal cometa, por los espacios de lo indescifrable y absoluto: la imaginacion queda fria, exánime, como herida de muerte instantánea: los sentidos absortos se agitan en fatigosa lucha, por ejercer sus funciones: lo vago de la idea, lo inestenso, lo incomprensible, envuelve en sí lo pequeño y raquítico de la forma. Hasta la naturaleza misma combate, al contrario de la griega, en favor de aquella y en contra del arte.

Un sol de luz pesada y abrasadora, despidiendo á torrentes sobre una naturaleza monótona y silenciosa los raudales de su claridad que entristece; inmensas llanuras de vegetacion uniforme; montañas cuyas vaporosas cimas se pierden en el sombrío azul del cielo, y en cuyas estensas faldas se divisan ganados que pacen tranquilos, guardados por un pastor que contempla los astros; desiertos sin fin, en donde solo se oye de vez en cuando el pesado volar del águila que verifica su lenta peregrinacion al través del espacio, deteniéndose para descansar sobre las cúspides de los monumentos que sirven de última morada á los reyes de Egipto; ó el grito lastimero del pelicano, que cae de los aires como el fúnebre tañido de la campana que anuncia la muerte, en las supremas horas de agonía; ó el rugir espantoso del leon que cruza el ámbito del solitario yermo en busca de la clara uente que apague su sed abrasadora. Tal es el imponente y mudo espectáculo que nos ofrecen á la par el arte y naturaleza egipcios en su constante uniformidad.

Hemos terminado nuestra digresion sobre el arte egipcio. El objeto que la ha motivado, ya está precedentemente dicho. El de probar que el arte ateniense es un arte especial, distinto de los demás, dotado de su espíritu propio, de su peculiar carácter, de sus tendencias y fin, no comparables á las de otro cualquiera.

Tambien hemos significado los motivos que segun nuestro entender tenian los atenienses, siguiendo las severas prescripciones de su arte, para dar á las decoraciones formas de tan vasto y grandioso aspecto.

Réstanos ahora considerar de qué modo se combinaron entre sí estos elementos que son, en su espresion mas general, la ciencia, el arte y la naturaleza.

No hace mucho que hemos pronunciado, y como al pasar, tres nombres, Agatarco, Anaxágoras y Demócrito. Estos nombres nos revelan una teoría en materia de decoraciones: citémosla.

Dice Vitrubio, célebre arquitecto romano del primer siglo de nuestra era, en su tratado de Arquitectura, libro VII, que un artista contemporáneo de Esquiles, llamado Agatarco, fué el inventor de las decoraciones teatrales, y espuso, en un sabio comentario, los principios que le habian dirigido en su trabajo. Dice tambien el mismo que cierto filósofo, llamado Anaxágoras, de la escuela jónica, esto es, de la primera escuela filosófica que aparece en Grecia, y que otro filósofo conocido bajo el nombre de Demócrito, muy estravagante, y cuya aficion constante á la risa le hace asemejarse al personaje que ha pintado Velazquez en el *Bobo de Coria*, dice, que escribieron, aparte de sus ingeniosos sistemas filosóficos, el último de los cuales hemos adoptado, vistas las presentes circunstancias, notables tratados sobre la perspectiva.

Hé aquí una teoría. Vitrubio añade, sin entrar en mas pormenores, que estas obras suministraron á los atenienses abundantes y luminosos datos para sus decoraciones teatrales.

Antes de citar ejemplos que nos den la medida de lo que debieron ser las decoraciones antiguas, del magnífico golpe de vista que debia ofrecer aquella profusion de belleza natural, debemos hacer una advertencia, que nos acreciente la idea que de ellas formemos.

El teatro antiguo tuvo poetas trágicos, es verdad: pero la comedia en sus tres épocas, antigua, media y nueva, nos ofrece escelentes poetas cómicos, entre los que merecen particular mencion Aristófanes y Menandro. Sabido es, que por lo regular, esta clase de producciones dramáticas, cuando se queda dentro de sus propios límites, sin invadir atrevida los del drama, que esto es un defecto capital, no envuelve entre nosotros la necesidad de grande aparato escénico. Sean las comedias de carácter ó de intriga, de costumbres ó mistas, ó de cualquier otra especie, como su accion se vincula á un hecho determinado, y siempre dentro del círculo de la familia, requiere poca maquinaria y decoraciones sencillas. Repetimos que hablamos de la comedia propiamente tal, ó sea clásica, á estilo por ejemplo de las de Molière en Francia, y las de Moratin entre nosotros.

Pues seria una ridiculez de marca mayor jurar sobre las palabras de otro, como dice Horacio, apellidando comedias, y aun famosas, porque así lo vemos escrito, á las producciones dramáticas de nuestros bellos siglos literarios. En cuanto á las del siglo XVIII, como los de carácter indefinido, podemos darles el nombre que mas nos convenga, seguros de que no tendrian por qué incomodarse, si aun vivieran, sus autores (q. e. p. d.), los simpares ingenios Bustamante, Fernandez de Leon, Torres, Acebedo, Añorbe, Nifo, Laviano, Sotomayor, Arellano, Zabala y Zamora, Comella y otros nombres, raros, exóticos y estravagantes á la par que sus obras.

Esa comedia de que hablamos, que entre nosotros se muestra tan parca y modesta, de tan exíguas pretensiones, y lleva consigo tan poco *train*, fué en Atenas, en sus dos primeras épocas, en la época antigua y media, salvo las diferencias literarias y de fondo, tan opulenta y rumbona en su aparato escénico, como la misma tragedia, y á veces mas.

Señalemos ahora algunas decoraciones, como prueba de lo dicho sobre su imponente magnificencia, ya que las hallamos citadas en la obra del abate Barthélémy. La campiña natural de la tragedia *Electra* de Enrípedes, argumento tratado tambien por Esquilo y Sófocles; el bosque de sombrío aspecto y soledad espantosa del *Prometeo* de Esquilo; la ribera del mar rodeada de rocas escarpadas y profundas grutas, del *Filoctetes* de Sófocles; el campamento levantado en torno de una ciudad situada del *Ayax furioso*, del mismo; otro campamento junto á un puerto cubierto de navíos de la *Ifigenia* de Euripides, son ejemplos mas que suficientes que nos darán la idea de lo que debió ser este elemento artístico del teatro.

Recordemos, pues, el dicho de Plutarco.

Que la parte que constituia la maquinaria ó lo maravilloso, segun dicen los preceptistas dramáticos, se hallaria á la altura de las decoraciones, es cosa que nos creemos dispensados de afirmar. En las óperas modernas de mas complicacion y dificultades escénicas, *el Caid*, *el Roberto*, *la Judia*, *los Mártires*, *los Hugonotes*, *la Tempestad*, *el Profeta*, *el Freischutz* y otras; en nuestros actuales dramas de grande espectáculo, y muchísimos actos y cuadros, históricos, mágicos y fantásticos; dramas de brocha gorda, que se representan en Paris en el Gimnasio-Dramático, La Puerta de S. Martin, el Ambigú-Cómico y la Gaité, y en los cuales ven la luz del gas producciones como las *Locuras Dramáticas*, á un mismo tiempo, comedia-*vaudeville* ó sainete-ópera-tragedia-comedia-ballet-tonadilla etc. etc. etc., y dramas militares, nacionales y estranjeros, como *Massena* en diez y ocho cuadros, si mal no recordamos, y *los Cosacos* por el estilo: dramas que de rechazo, y no hace mucho tiempo, han tenido frecuente cabida en nuestro venerando teatro de la Cruz, y que para decirlo todo, suelen los franceses ridiculizar en sus almanaques cómicos, pintando á los espectadores con ese gorro de dormir blanco, puntiagudo y de forma en estremo grotesca: en estas óperas y dramas, de grande espectáculo, seguramente que la maquinaria y aparato escénico son admirables, sorprendentes, maravillosos. Pero, en la maquinaria antigua, el Dios que baja á la tierra desde lo alto del Olimpo; la sombra de Polidoro saliendo del seno de esta para anunciar á *Hecuba* las desgracias que la amenazan, en la tragedia de igual nombre de Euripides: Aquiles lanzándose airado del fondo de su tumba, mostrándose á los griegos reunidos, y mandándoles con voz aterradora que sacrifiquen á sus manes irritados á Polixene hija de Priamo, en esta misma tragedia: Helena subiendo al cielo para trasformarse en constelacion que sea favorable señal al piloto estraviado, en el *Orestes* de Euripides; Medea atravesando los aires en un carro tirado por serpientes, en la *Medea* del mismo; son rasgos por los cuales podemos inferir que aquella maquinaria, lejos de ser inferior á la nuestra, le es superior, ó por lo menos igual.

Lo mismo decimos de la comedia. Quien lea á Aristóteles se convencerá de que en nuestro aserto no hay exageracion.

Estas decoraciones naturales y permanentes, vista su gruesa mole y complicado mecanismo, no permitian los movimientos en diversos sentidos, que nosotros les imprimimos. Se hallaban en el escenario durante toda la representacion. Al contrario de las nuestras, que como de todos es sabido, varian no solo al final de cada acto, sino y muy frecuentemente, al principiarse ó concluirse una escena. Bajo este concepto, la inamovilidad de las decoraciones, su perpétuo *statu quo* motiban aparte de la necesidad estética, ó mejor dicho literaria, la

necesidad de una de aquellas tres famosas unidades dramáticas de Aristóteles, la unidad de *lugar*. Si entre nosotros varia con tan rápida, y casi siempre infundada y caprichosa frecuencia, el lugar de la accion, lo debemos á la facultad maravillosa que tienen nuestras telas pintadas de reproducir, y á poca costa, cuantos parajes, sitios y lugares deseamos.

Estas decoraciones son el alma del drama moderno: porque dá á su accion ese carácter local, flexible y maleable, que le acomoda á todas las situaciones y circunstancias de la vida. El drama ateniense, que como hemos visto, era cosa pública, accion política, social ó religiosa, pasada á la vista de todos; hecho cuyos incidentes y pormenores caian bajo el dominio de los ciudadanos, acaecido en un lugar dado, y dentro de un determinado y conveniente espacio de tiempo, aquel drama empleaba decoraciones de carácter igual y uniforme, invariables y permanentes, cuyo objeto era solo reproducir un lugar público, tambien fijo y conocido.

El moderno, que es cosa privada, dá muy buena y pronta cuenta de este y los otros dos preceptos del código literario clásico, lo que le facilita estraordinariamente las composiciones dramáticas. Que eso de encerrar la accion dentro de un lugar fijo é invariable, dentro de un cuadro trazado de antemano, y cuyos límites no pueden ensancharse á gusto y medida de los deseos del compositor de dramas; eso de impedir que los personajes pasen, de un acto para otro, y por el mero hecho de nuestra omnipotente voluntad, de Nápoles á Valencia, ó de España al Perú, á ejemplo de Tirso, y á imitacion de los dramáticos del romanticismo; eso de hacer girar dentro de un estrechísimo círculo toda la estension de una accion complicada, eso es sin duda de un mérito raro é incontestable, y de no poca dificultad.

Y que no habia remedio. A ello se hacia necesario, imprescindible, sujetarse, en el teatro ateniense, vistas sus decoraciones, cualesquiera que por otra parte hubiese sido la latitud de los preceptos de su arte poética.

Por lo demás, como el escenario no se hallaba nunca vacío, en razon á que el coro permanecia en él, durante los entreactos, para cantar esas escenas líricas de tan lindísimo efecto, y de que haremos oportuna, mencion en otro lugar, ó para ejecutar danzas mímicas ó evoluciones coreográficas, análogas á la idea contenida en el tema de la representacion; como no habia telon propiamente tal, pues ese telon, que anteriormente nos ha ocupado, data solo de los últimos tiempos del teatro ateniense, y se presenta tal, con un juego escénico opuesto al nuestro, en los del teatro romano; como aquel escenario era tal en su constitucion, no toleraba esa mudanza de decoraciones, que se verifica por punto general en los momentos en que la bajada del telon deja libre y espedito el teatro.

De una accion constante, no interrumpida, perenne, vinculada á un lugar determinado, se sigue que este lugar tenga un modo de ser de idénticas condiciones de igualdad y uniformidad. De aquí tambien el carácter igual y uniforme de las decoraciones antiguas.

Tal es lo que se nos ha ocurrido decir bueno ó malo acerca de estas que forman segun lo antes anunciado, el tema del presente artículo.

Hablaremos en el siguiente de los actores antiguos.

ANTONIO DE AQUINO.

LA HISTORIA Y LA NOVELA.

ARTÍCULO ORIGINAL,

POR PEDRO DE PRADO Y TORRES.

I.

No alarmarse si manifiesto una estraña opinion. Es la siguiente: Considero mas agradable y útil la lectura de las buenas novelas para un particular, que no el estudio esclusivo de la historia.

Mas de un autor de fama han sostenido lo contrario, impugnando las novelas porque juzgan tiempo perdido el que se emplea en su lectura; que es llenarse de humo el cerebro, sin contar con que envenenan las costumbres; mientras aseguran que la escuela del género humano es la historia.

Libres son las opiniones; siendo la mia contraria á la de los autores en cuestion, manifestaré las razones en que fundo mi aserto.

El *errar* dicen que es de sábios, yo no lo soy; y tal vez por lo mismo *acierte* con argumentos que no dejen enteramente descontentos á mis lectores, al tratar de esta materia.

Demos por sentado que la cronología sea la antorcha de la verdad; (que no falta quien opine al contrario, entre otros el célebre Feijóo.) Supongamos que la historia fuese realmente una ordenada série de todos los acontecimientos verídicos ocurridos de siglo en siglo, hasta nuestros dias, contenidos en un solo cuerpo donde no faltase ninguno de los notables sucesos de todas las naciones del mundo... ¿Cuál seria, bien examinada, la utilidad que de su esclusivo estudio resultaria á un particular? ¿Estudio que pediria la vida entera de un hombre? Veamos.

Examinando la historia profana desde el principio hasta el fin, ¿qué sacaremos en limpio? Guerras, sangre, muertes, ruinas de imperios, incendios, crueldades, horrores, conquistas y cataclismos, ocasionados por la ambicion, el puntillo, ó por el deseo de dominar.

Si nos fuese dado concluir tal estudio, y conservar en la memoria la inmensa sucesion de acontecimientos de los imperios y de los reyes con los innumerables nombres de los monarcas, de las naciones, los capitanes, y demás personajes que hayan figurado en esta escena, lograriamos tan solo llenarnos la fantasía de las catástrofes que acabamos de enumerar, aprendiendo un papel que no debemos representar como es, el arte de engañar al enemigo, matando á los hombres como hormigas á millares, haciendo llorar familias, provincias, y reinos enteros con saqueos, rapiñas, y muertes violentas.

Todo este grande acopio de conocimientos además tampoco nos reportaria utilidad alguna para nuestra cultura moral, ni para el gobierno de nuestras familias.

Poco debe importarnos el que Tamerlan haya llegado á ser de un pobre pastorcillo señor del Mogol y de gran parte de la Tartaria; ni que haya hecho prisionero á Bayaceto, con las demás memorables empresas que le hicieron famoso en el mundo, porque en resúmen fué un soberbio usurpador, siguiendo cuyo ejemplo solo aprenderiamos á ser impíos.

Aunque poseyéramos exacto conocimiento de los muchos encuentros de los griegos con los troyanos, el de los viajes y conquistas de Osíris, las victorias de Sesostris, de Cambises y de Cyro, las atrevidas empresas del Magno Alejandro, las famosas batallas entre griegos y persas, el diluvio de Deucalion, y el precedente de Ogiges, los premios de los juegos olímpicos, las leyes dadas por Solon á los atenienses, las de Licurgo á los lacedemonios, y finalmente, todos los demás ilustres hechos de la antigüedad, tampoco habremos deducido regla alguna provechosa para conducirnos debidamente ni en lo civil ni en lo moral: ni aun cuando hubiésemos llegado á recopilar todos los memorables sucesos de los syculos, aborígenes, ausonios, arcades, pelayos, tuscos, etruscos, evágenos, trajanos, y las demás antiguas colonias que habitaron en Italia, adquiriríamos por ese método ninguno para vivir bien, y lo mismo tendríamos si recorriésemos toda la historia de la China desde Lohio, su primer rey, hasta la última conquista hecha por los tártaros habrá siglo y medio, y su dominacion hasta la pasada centuria bajo el gobierno de esta última raza. La monarquía de los caldeos, empezando desde Nemrod, la de los egipcios, desde Cam, abuelo de aquel; y descendiendo por todas las dinastías, asimismo todos los autores de la historia romana, de la scítica, germánica, las Gálias y... en resolucion, del mundo entero!—Despues de tan inmensa fatiga, solo habremos saciado nuestra curiosidad, llenándonos la cabeza de innumerables hechos que confundiremos con facilidad entre sí cuando quisiéremos hacer alarde y ostentacion de bellas y abundantes noticias; y á medida que fuésemos descendiendo de siglo en siglo, y de nacion en nacion, olvidaríamos las cosas leidas en el principio y fin de la obra, y á escepcion de alguno que otro notable acontecimiento, poco después todo lo demás se convertiria en humo, tanto que para hacer memoria de alguna otra cosa nos veríamos obligados á recurrir á los libros.

«Para sacar utilidad de la historia es menester confrontar los hechos, observando los fines y las máximas de los pueblos y de los príncipes, y así y todo, además de la falacia en las conjeturas á que un particular se espone por hallarse poco versado en los manejos políticos, é ignorante en las deducciones, seria, como llevamos dicho, un trabajo (no teniendo otra cosa que hacer) que nos consumiria hasta la muerte.

Una cosa hay *cierta* en la historia, su propia *incertidumbre*.

A Herodoto le tienen generalmente por fabuloso; Elanico, Acúsila, Hesíodo y Times, recíprocamente se acusan de poco veraces. Thucídides, reputado por mas exacto, es sucinto y se lamenta de que esté la verdad sepultada en la oscuridad de los tiempos. Theodoro Syculo es un embaucador; algo mas fiel parece ser Dionisio Halicarnaso; y Tito-Livio comienza su historia desde la ida de Enéas á Italia, actualmente reputada por fabulosa.

La verdad sufre grandes alteraciones al pasar de boca en boca. La parcialidad, las pasiones, las siniestras inteligencias y el natural deseo de pintar las cosas, las desfiguran completamente.

Hoy la cuestion palpitante es la de la guerra de Oriente: sabidos son los triunfos alcanzados en la Crimea por los ejércitos aliados: pues no obstante, si fuésemos á cotejar los partes enviados por el príncipe Menschikoff á la corte de San Petersburgo, con los remitidos á las suyas respectivas por los generales Canrobert y Lord Raglan, concernientes á los hechos de armas sucedidos, y si oyésemos los verbales

relatos de los oficiales y tropa, pertenecientes á los dos bandos beligerantes, separadamente, notariamos una discrepancia tan grande, que tan solo estarian acordes en cuanto á fechas, lugares, y nombres. ¿Cómo, pues, queremos que alcance la verdad de los hechos un historiador en los tiempos futuros?

No sé dónde he leido que: «El historiador debería ser mas que »hombre, con las circunstancias de no tener inclinacion, patria ni »religion.»

Un historiador tal vez mercenario, y precisamente súbdito de algun Estado, probablemente alistado en algun partido, no es factible que escriba con verdad, ni que esté exento de parcialidades.

Dejemos, pues, que se dediquen con algun mas empeño á dicho espinoso estudio á los consejeros de la corona, los ayos de los príncipes, y estos mismos.

Dice un autor (1) que existen 59 opiniones diferentes sobre los años de la creacion del mundo, ó la venida de nuestro Señor Jesucristo; la primera es de 3,616 años, y la última de 3,984, y el autor dice no haberlas recogido todas.

II.

«No faltará quien diga que, si es inútil la historia profana por su incertidumbre, menos útiles serán las novelas que son realmente estudiadas fábulas: respondo:

1.° La historia nos promete la verdad que no cumple; mientras que declara con sinceridad el novelista á sus lectores, que les presenta una historia inventada; conque por de pronto tenemos una fidelidad en la novela, que no hallamos en la historia.

2.° De las buenas novelas sacaremos un deleite, al par que una utilidad que no se consigue en la historia, como procuraremos dilucidar en pocos rasgos de pluma.

¿Qué es novela? Entiendo que sea una ficcion en la que se introducen personajes ideales para la representacion de una accion no verdadera, pero sí verosímil: vestidos y adornados de virtud mas que humana, enemigos perseguidores del vicio, la virtud está colocada en su mas alto triunfo, y el vicio se demuestra siempre envilecido.

«Confesemos ahora que el ódio al vicio y amor á la virtud, que es toda la moral, puede inculcarse mas fácilmente en el ánimo con ejemplos siquiera imaginarios, que no con preceptos, porque estos constituyen la teoria, y aquellos la práctica.

Un jóven con la lectura de buenas novelas conmuévese interiormente y se siente poseido de noble emulacion al contemplar las virtuosas acciones de aquellos supuestos personajes, al par que se llena de indignacion contra las traiciones y demás actos abominables que van poniéndole de manifiesto aquellos imaginarios sucesos.

El premio que siempre se destina últimamente al heroismo, engendra aquel contento de ver la virtud enaltecida, y el vicio escarnecido: hé ahí la verdadera semilla de la moral.

Además, nos instruimos, y aprendemos á formar bellos conceptos y brillantes discursos, y todo bien considerado, redunda en pró de nuestra moralidad y de nuestro ingenio.

Sin contar con el inmortal Cervantes, otros autores hemos tenido y tenemos hoy, cuyas hermosas novelas, llenas de instruccion y moralidad, demuestran perfectamente la diversidad de caractéres de los hombres, y sus pasiones, escitando nuestro espíritu á la meditacion, y á salutíferas reflexiones.

¡Con cuánto embeleso no leemos las novelescas producciones que con harto poca frecuencia por desgracia nos consagran en la presente época que todo lo monopoliza la política! ¡las elegantes plumas de tanta brillante juventud! Escosura, Fernan-Caballero, Ayguals de Izco, Angel de los Rios, Gambara, Luis Vidart, Agustin Bonnat, Garcia de Quevedo, Príncipe, y otros muchos largos de enumerar... algunos de los cuales nos han dado asimismo las elegantes versiones al castellano de las obras de Balzac, Sué, Soulié, Feval, etc., y las novelas históricas de Dumas.

Hay quien pretende que esta clase de escritos no instruye, porque ni se lee novela ni bien historia. Diferimos de modo de pensar.

1.° Porque se leen precisamente las dos cosas, y el natural criterio del lector le hace discernir y apreciar separadamente lo histórico de lo puramente novelesco.

2.° Se ha observado que los que se dedican á esa clase de composiciones, con el achaque de la novela, suelen escribir con mas veracidad arcanos que la historia no se ha atrevido á revelar.

Otros pretenden que las novelas solo nos llenan la cabeza de humo, y sirven á lo mas para enseñar á enamorar: á lo primero creo que hemos contestado, y á lo segundo decimos que ¡ojalá enamorasen todos con aquel juicio, honestidad, y modestia, que enseñan las buenas novelas!

Antes de concluir este artículo debo hacer una advertencia, y es, que solo he querido hablar de la historia profana, pues la Sagrada Escritura, es no solo útil, sino necesaria para todos.

No es necesario decir que á pesar de lo espuesto, toda persona bien educada debe tener nociones de la historia en general, y las de sus respectivas naciones en particular.—Sin que por eso deje de entregarse á su albedrío, á la deleitable lectura de las buenas novelas, donde hallará armonizado lo útil con lo agradable.

Valladolid 21 de noviembre de 1854.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

(1) Historia del mundo por Cheoreau (lib. 1.)

UNA TEMPESTAD EN LOS BOSQUES DE NEUDON.

No tengo pretensiones de contaros una novela: he tomado una parte activa en la escena que vais á leer; es uno de mis recuerdos, y en él no toma parte la imaginacion.

¿Conoceis un estrecho camino lleno de guijarros que conduce por una pendiente demasiado viva á los bosques de Neudon, por la puerta Maillot? Si no habeis pasado este camino de noche, os encargo que no vayais demasiado de prisa, porque podriais dar un tropezon que no os agradaría mucho.

—El primero de junio de 18... una porcion de personas, de cuyo número era yo, acababan de apearse de un carruaje en la plaza de la aldea Neudon, y se dirigian alegremente hácia el mal camino. Habia llovido la víspera; los guijarros estaban resbaladizos, y ya podeis calcular qué carcajadas se darian cuando se caia alguno.

En esta reunion compuesta de 15 personas habia dos jóvenes, á quienes trataba con mucha intimidad, y cuyos semblantes se parecian tan poco como sus caractéres. La una, llamada María del... debia casarse al dia siguiente: tenia en su fisonomía una espresion de melancolía que formaba un contraste terrible con sus mejillas de rosa, y sus cabellos y ojos negros como los de una española: la otra prima de María, huérfana desde la infancia, viva, graciosa, alegre, estaba arrebatadora con pálida fisonomía, y sus cabellos rubios que medio ocultaban sus grandes ojos azules; ¡dulce Luisa, cuya mirada debia hacer mucha impresion al que la amase!...

Al llegar al bosque, la sociedad se dispersó en pequeños grupos; las dos jóvenes y yo nos internamos en una de las tortuosas alamedas: un jóven nos acompañaba; y bien pronto se vieron sus vestidos de muselina blanca con flores azules flotar á través del follaje de los árboles.

Caminamos un poco en silencio: el jóven habia dado el brazo á María, y la contemplaba estasiado.

—¡Cuánto me gusta este bosque! dijo ella de repente; cuánto me agrada este silencio! ¿Y á vos, Manuel?

—A mí tambien María; ¿no sabeis que me gusta lo os que gusta á vos?

—¿Sucederá siempre lo mismo?

—¿Podeis dudarlo?...

—Quizás...

—¡Oh! ¡es terrible que la víspera de vuestro matrimonio tengais semejantes pensamientos!

—¿Y por qué no?... ¿hay algo durable en este mundo? ¿no debiamos ver alguna cosa eternamente?... la copa está hoy perfumada: ¡quién sabe si el licor que contiene nos amargará mañana!...

—¡María! dijo Manuel con tono de reconvencion, ¿será que os habreis arrepentido de haber consentido de darme vuestra mano?

—Debeis estar segurísimo de lo contrario para hacerme semejante pregunta, replicó la jóven sonriendo. Pero no sé por qué está mi alma llena de terror... ¡Oh Manuel! el azul de nuestro cielo es bellísimo, palidecerá... Por lo demás, continuó, no es una desgracia morirse jóven; se cortan muchos disgustos y se ven desvanecerse muchas menos ilusiones...

—Manuel la tapó la boca con la mano, y me miró con los ojos llenos de lágrimas. En este momento se volvió á unir con los otros Luisa.

—Venid, prima mia, la dijo Manuel, venid á hacer sonreir á María; esta está tan triste que me da miedo!...

—¡De veras! preguntó Luisa abrazando á María, ¿es posible que haya quien esté triste la víspera de un dia tan bello?...

—Sí, murmuró melancólicamente la pensativa María, porque se teme que la dicha que nos promete se nos escape...

Estas palabras lúgubres, como si hubieran salido de una tumba, nos afectaron á todos, y continuamos silenciosos nuestro paseo. Nuestras fisonomías tomaron aire sombrío: una ligera sonrisa que tenia algo de dolorosa asomaba de cuando en cuando á nuestros labios; la misma Luisa, la risueña Luisa, parecia abismada en una vaga reflexion, y la brisa jugueteaba con sus hermosos cabellos; los ruiseñores cantaban, las mariposas revoloteaban sobre la yerba; sin embargo no se desasia de mi brazo, estaba muy pensativa.

Hacia dos horas que vagábamos como tres sombras cuando dieron las doce en el reloj de la gótica torre de Neudon.

—Marchemos, esclamó Luisa rompiendo su acostumbrado silencio, marchemos pronto, nos esperan para comer en una de esas praderas y creo que haremos bien en darnos prisa, porque veo que las nubes entoldan el cielo y me hace temer una tempestad, y mi prima las tiene tanto miedo, y al decir esto dió á su voz un ligero acento de ironía.

—Pero me parece que debo temerlas, replicó María sonriéndose. Una anciana que decia á los niños la *buena ventura*, me predijo que moriria del miedo que me causara una tempestad.

—Espero que no creereis una palabra de esas tonterias? la preguntó Manuel, con ansiedad.

La jóven le respondió que no: pero con una voz tan débil que me convenció en el momento de que estaba demasiado preocupada, cosa muy peligrosa para las personas de una imaginacion viva en cuyo número se encontraba María.

Hablando cosas mas tristes que alegres llegamos al sitio en que estaba dispuesta la comida; gracias á las provisiones que habiamos llevado encontramos una comida tan apetitosa como en casa de Fontoni.

Nos sentamos á la mesa; María colocada entre Manuel y yo recibia



con una gracia seductora las finezas que la hicieron durante la comida, y mas de una vez ví asomar á los labios de su madre una sonrisa de felicidad. Pocas mujeres habrá de tan buen carácter como madama de L.. Habiéndose quedado viuda muy jóven no habia querido volverse á casar para poder consagrarse enteramente á la educacion de su hija única á quien adoraba y á quien esperaba hacer feliz uniéndola á Manuel de Saint M... jóven muy apreciable por sus cualidades físicas y morales. Madama de L... habia hablado muchas veces á mi madre de este enlace y le habia dicho que tenia una completa seguridad en confiar el destino de su hija á Manuel, porque si era tan buen hijo y tan buen hermano se podia creer sin temor de engañarse que seria un buen esposo...

Si le hubiérais visto como yo al lado de María durante esta comida, lo que recordaré siempre, y hubiérais observado la espresion de celestial alegria que animaba su fisonomía, os hubierais enternecido. ¡Oh! miraba con tanto amor á esta pura y hermosa jóven que dentro de veinticuatro horas iba á llamar su esposa!... Estoy seguro que entonces bendecia á Dios en su interior por haber arrojado sobre su camino aquella flor solitaria, cuyos perfumes debian embalsamar su existencia.

No pensaba como los escritores del dia acerca del matrimonio; no creia que fuese una cosa absurda: al contrario, le miraba como la mas santa y la mas bella de nuestras instituciones, puesto que por él unia para siempre á la mujer á quien amaba, á quien habia elegido, como se elige en un jardin la rosa mas hermosa para aspirar su olor hasta que se marchita.

Al fin de la comida, madama de L.. que habia observado á su hija durante algunos instantes con cierto aire de inquietud, se levantó, la cogió el brazo y la llevó hácia el bosque haciéndome señas de que las siguiese. A alguna distancia nos sentamos las tres sobre la yerba al pié de un árbol en que María leyó su nombre que habia grabado Manuel por la mañana entrelazado con el suyo. Su vista arrancó un suspiro á la jóven; y su madre, que seguia todos sus movimientos con la mayor ansiedad, la estrechó entre sus brazos, y la preguntó la causa de la profunda tristeza de que era víctima hacia tres dias.

María abrazó tambien á su madre sin responder nada.

—Hija mia, te suplico que me digas qué te aflige! ¿A quien confiarás tus penas si se las ocultas á tu madre?... ¿Será que no ames ya á Manuel? ¿Me he dado mucha prisa á arreglar tu matrimonio? ¿Temes que te haga desgraciada?



A todas estas preguntas María respondia llorando: no es eso...

—Pues bien: ¿qué es entonces, preguntaba de nuevo madama de L... Me haces mal, mucho mal, guardando silencio...

—Es que, tartamudeó María enjugando sus lágrimas, os vais á burlar de mí, y Luisa tambien. Es tan estravagante lo que os voy á decir!

—Di lo que quieras, la contesté abrazándola; no tengas miedo.

—Hija mia, te escuchamos, replicó madama de L...

—Hace tres noches, replicó María, hablando muy ligera, que me persigue un sueño terrible: estoy tendida en un atahud, con mi trage de novia, mi velo blanco y mi corona de color de naranja; me es imposible salir de allí, porque no sé qué fiera salvaje, que está echada á mis piés, parece dispuesta á devorarme... Es de noche; suena el trueno, estoy en una iglesia, y el agua cae á torrentes sobre las pizarras del tejado. La capilla está medio alumbrada por una lámpara sepulcral, y en el fondo del santuario un sacerdote anciano une las manos de Manuel y de mi prima Luisa diciendo: «Sois esposos.» Entonces me despierto bañada en sudor frio; doy largos gemidos; pero me vuelvo á dormir y á ser víctima de la fatal pesadilla... ¡Oh mamá! continuó María

con acento de profunda conviccion, está escrito en el cielo que vuestra hija no gozará de la dicha que le habeis preparado. Yo me estremecí á pesar mio, y madama de L... que no era supersticiosa, palideció de una manera terrible. Sin embargo, aparentó que era una sandez de su hija, y empleó toda la elocuencia maternal en tranquilizar á la tímida jóven, cuando apareció Manuel: Maria apenas tuvo tiempo para decir á su madre: No digais una palabra de lo que ha pasado.

Se lo prometió con una mirada.

Manuel se quejó en un tono sumamente dulce de nuestra repentina desaparicion, que nos aseguró habia hecho terminar muy pronto el almuerzo, y nos suplicó le permitiésemos guiarnos al sitio mas pintoresco del bosque. Lo decia todo con tanto cumplido, que Maria y yo no pudimos contener la risa: al mismo tiempo una señora llamó á madama de L... Nosotras continuamos nuestro paseo, acompañadas de Manuel, que habia hecho vencer nuestra alegría, y que nos contaba con una volubilidad inconcebible cuantas locuras se le ocurrian.

A los pocos minutos se verificó un cambio completo: su pecho parecia menos oprimido; el velo de tristeza que cubria su fisonomía se ha descorrido; jamás me ha parecido tan seductora, y advertí que Manuel pensaba como yo... ¡Oh! decia con abandono, ¡cuán dichosos vamos á ser, mi dulce María! Huiremos de este París que tanto detesto y que á tí no te gusta tampoco mucho: ¿no es verdad? Iremos á habitar mi bonita casa de campo á las risueñas orillas del Loire: todas las mañanas recorreremos las deliciosas praderas que el hermoso rio rodea como un cenador; y cuando envuelva la tierra el crepúsculo de la tarde, subiremos á las gigantescas rocas llenas de rústicas habitaciones y consolaremos y socorreremos á los pobres en su rústica cabaña! Angel adorado, tu celestial sonrisa apaciguará los males del enfermo y le volverá á la vida!

Y despues, añadia María, Elisa y mi primo vendrán á vernos, y ¡qué dias tan felices pasaremos juntos!... Hicimos alto entonces, porque habiamos llegado á un sitio del bosque cuyo nombre no recuerdo ya, y que presenta el punto de vista mas magnífico.

Serian las tres de la tarde: el aire era abrasador; ni un soplo de viento agitaba las hojas de los árboles, y grandes nubes que se habian disipado por la mañana, empañaban el azul del cielo con aterradores colores. De repente un relámpago cortó el espacio, y la retumbante voz de la tempestad se dejó oir: nada es tan terrible, ni nada tan bello como una tempestad en medio de un bosque; solos Manuel y yo; la hubiéramos admirado: con María no pudimos menos que temblar: estaba tan débil, tan delicada, que la menor emocion, la mas pequeña impresion la hacian daño.—Oh! corramos á reunirnos á mi madre. ¡Huyamos! esclamó ella tirando de nosotros con toda su fuerza y dando gritos desgarradores; huyamos si no quereis verme morir!... Y casi tan aterrados como ella huimos, porque el agua empezaba á caer con violencia. Pero sucedió lo que sucede siempre en semejantes casos; cuanto mas buscábamos el camino, mas nos alejábamos de él, y el trueno continuaba con violencia y el agua inundaba los senderos del bosque! Manuel, en el colmo de la desesperacion, se vió en la precision de colocar debajo de un árbol á María casi desmayada, y de rodillas á su lado hacía los mayores esfuerzos para tranquilizarla: yo le ayudaba en esta operacion, cuando un inmenso relámpago rasgó el cielo, y un espantoso trueno rodó como una bomba por el bosque, y cayó el rayo á veinte piés de nosotros... María se cubrió la cara con las manos y se dejó caer sin movimiento en mis brazos. No intentaré pintaros lo que sintió entonces Manuel: el corazon de Maria ya no latia; tenia morados los labios, las manos heladas, y nosotros creimos efectivamente que ya no existia, y dimos gritos desgarradores que atrajeron á nuestros compañeros que nos andaban buscando, y á pocos momentos madama de L... estaba al lado de su hija. Las caricias maternales la hicieron volver en sí muy pronto: abrió los ojos, tendió sobre los que la rodeaban una lánguida mirada, y con su mano yerta aun, estrechó la de Manuel. Al cabo de algunos minutos habia recobrado bastantes fuerzas para marchar; la tapamos con un chal, y como un aire fresco habia sucedido al calor, temimos que la hiciera daño la humedad, y la llevamos á toda prisa al albergue, ó mas bien á la cabaña que hay á la entrada del bosque. Despues de haberla hecho tomar algunas gotas de vino caliente, mandamos acercar el carruaje, y se colocó en él entre su madre y Manuel.

La naturaleza habia recobrado su calma acostumbrada: los pájaros cantaban en los árboles que habia á orillas del camino: el azul del cielo estaba tan puro como antes de la tempestad; pero nosotros, que por la mañana habiamos pasado por allí tan alegres, volviamos tristes y silenciosos como se vuelve de un entierro.

Al dia siguiente envié á mi doncella á saber noticias de María. La dijeron que estaba mejor; pero que sin embargo no se verificaria su matrimonio hasta la próxima semana. Tres dias después estaba yo solo en mi gabinete ocupado en escribir. Eran las ocho de la noche, cuando llamaron violentamente á mi puerta: abro, y venian á buscarme de parte de madama de L... ¡Su hija se moria!... No os haré la descripcion de la larga y penosa enfermedad, que duró un mes: únicamente os diré que fueron impotentes los recursos del arte, y que María espiró en nuestros bazos como una flor tronchada por el impetuoso soplo del viento. Sus tristes previsiones se cumplieron: no gustó la dicha terrestre que la habian preparado: pero no hay que compadecerla; esta vida no merece ni una lágrima; ni un recuerdo; siempre he envidiado la dicha de una jóven á quien llama Dios antes que haya visto deshojarse una á una sus frescas ilusiones.

Madama de L... no pudo sufrir el golpe que acababa de herirla de un modo tan inesperado, y á los pocos dias despues de la muerte de María, Luisa y yo tuvimos que llorar la pérdida de una de las mujeres mejores que he conocido.

Estos crueles sucesos habian cambiado de una manera inconcebible el carácter de Manuel: él, tan alegre, tan risueño, se habia hecho sombrío, uraño y aun colérico; cuando le daban los accesos de furor, solo una persona podia calmarle: esta era Luisa: durante la enfermedad de María la habia tratado siempre con tanta paciencia, con atenciones tan maternales, que le habia inspirado una especie de veneracion; y cuando ella le hablaba, cuando procuraba consolarle, le parecia oir la voz de un ángel, y en aquellos momentos no sufria.

Un año habia trascurrido, durante el cual habia visto muy pocas veces á Luisa, y ninguna á Manuel, que desde la muerte de María no frecuentaba ninguna sociedad.

Un dia, á últimos de primavera, estaba yo á mi ventana que daba al campo ocupado en mirar cómo corrian las nubes en el cielo, pensando en el destino de la dulce Maria á quien habia amado como á una hermana, cuando volví la cabeza y ví sobre mi escritorio una carta, en que no habia reparado al entrar; la abrí, y leí estas palabras: «M. y madama de Saint M... tienen el honor de poner en vuestro conocimiento el efectuado enlace de su hijo M. Manuel de Saint M. con la señorita Luisa de L..»

No me sorprendió esta noticia: el amor de Manuel para Luisa no me parecia una infidelidad, y me agradó mas verle dar su nombre á la mujer que habia llorado á María, que pasar su vida en el celibato.

Algun tiempo despues volví á ver á Luisa en un baile. Una dulce tristeza estaba aun pintada en su fisonomía, y me dijo estrechándome la mano y mostrándome á su esposo que hablaba al estremo opuesto del salon: «Siempre me está hablando de ella: la memoria de aquel ángel no se borrará jamás de su corazon; quizás no lo creereis, pero me he casado con él por esa constancia.»

Le dije muy bajo á Luisa que no se arrepentiría; despues he sabido que era la mas feliz de las mujeres, y que Manuel la adoraba.

JUAN REMOLD DE PATKUL.

El 10 de octubre de 1707, un inmenso gentío ocupaba la plaza del antiguo castillo de Ali-Ranstad. Muchos escuadrones polacos estaban formados alrededor de un cadalso, encima del cual se divisaban todos los instrumentos de tormento y muerte, que tanto trabajo ha costado á la civilizacion separar del código bárbaro de las antiguas legislaciones. A juzgar por los solemnes preparativos que se habian hecho para esta ejecucion, no era un sentenciado oscuro el que iba á espiar en aquel sitio la enormidad de sus crímenes, ó perecer víctima de la inhumanidad de sus jueces. Sumergido en la mas profunda meditacion, estaba un veterano apoyado en uno de los postes que defendian la entrada al público en el cuadro que se habia formado alrededor del cadalso. Detrás de él estaba un oficial sajon contemplándole con sorpresa y simpatías.

—Quién es, le preguntó, el desgraciado á quien van á quitar la vida?

—Juan Remold de Patkul, contestó el veterano con voz sorda, teniente general del ejército polaco y embajador del Czar Pedro.

—Qué crimen ha cometido?

—El de ser fiel á su patria y haber defendido sus libertades.

—¿Le habeis conocido particularmente?

—Ah!... sí... Los dos hemos nacido en Livonia. Le he acompañado á los campos de batalla y le he seguido al destierro. Si os dignais oirme un momento, sabreis lo que valen ese Carlos XII, á quien la Europa llama héroe, ese Augusto II, cuyas desgracias compadece la misma, y ese Pedro Alexiowitz, cuyo genio admira. Hijo de un noble livonense, que murió en las cárceles de Stokolmo, por haber sido vencido por los polacos en Wolmar, Patkul se hizo célebre desde muy jóven por sus patrióticos sentimientos, cuya exaltacion no debian disminuir nunca largos infortunios y amargas ingratitudes. A los veinte años habia comprado con su valor el grado de capitan. Vos no ignorais que la Suecia, en tiempo del reinado de Cárlos XI, solo habia conservado el simulacro de su antigua independencia. Llamado el pueblo desde tiempo inmemorial á elegir sus reyes y á ejercer en el gobierno una parte de autoridad igual á la de la nobleza, abdicó durante el reinado

de este príncipe los derechos que habia poseido desde el dia en que colocó en el trono que habia fundado á uno de sus mas ilustres guerreros y de sus mas virtuosos ciudadanos. Las leyes que garantizaban la existencia de su Constitucion subsistieron en las formas, pero no se llevaron á efecto, y Carlos XI obligó á los estados á reconocer la herencia de la monarquía, y á que le decretáran un poder absoluto y sin responsabilidad. El pueblo delegó á Carlos XI á muchos caballeros de la órden ecuestre encargados de protestar en su nombre contra las pretensiones ilegítimas de la corona. Patkul fué uno de los miembros de la diputacion. El lujo que brillaba en la corte de Carlos no intimidó su franqueza, y con toda energía reclamó la conservacion de las libertades de Livonia. Este lenguaje disgustó naturalmente á un déspota, que no habia oido hasta entonces mas que el murmullo de las adulaciones con que los cortesanos acarician el orgullo de todos los grandes. Patkul fué sentenciado á pena capital; sus bienes fueron confiscados, y quemados sus escritos por mano del verdugo. El jóven livonense consiguió fugarse, y recorrió la Italia, la Suiza y la Francia, no teniendo mas consuelo en sus infortunios que el cariño de un fiel criado, de sincero amigo. Cuando murió Carlos XI, ofreció sus servicios al elector de Sajonia, Augusto II, que acababa de tomar posesion de un trono, mas difícil de conservar que de conquistar, y pasó á Rusia, á fin de armar contra el hijo de Carlos XI un imperio que empezaba á ser temible. Pedro Alexiowitz le nombró comisario general de la guerra y ministro plenipotenciario cerca de la Polonia. Habiendo regresado á Livonia, trató de sublevar á sus conciudadanos; pero los pueblos no estan siempre dispuestos á secundar á los que aspiran á ser sus libertadores. Patkul recibió este golpe con la mayor resignacion, y juró llevar adelante su proyecto, juramento que le costó la vida. Augusto II, entregado á los placeres, sin energía y sin virtudes, solo habia esperimentado un ligero pesar al ver invadido su reino por los suecos. Este hombre únicamente contaba con el valor vulgar de un soldado; se asustaba de resultas de su indolencia del ruido de las armas. Olvidando el tratado de Birsen, hizo secretos ofrecimientos á Carlos XII. Este príncipe, que habia vencido á diez y siete años á todos sus enemigos, destruido el trono de Polonia debajo de los pies de Augusto, y amenazado hasta sus estados hereditarios, exigió que la sangre de Patkul cimentase una reconciliacion, que no era sincera. Augusto fué bastante infame para consentir en todo; y para justificar en las apariencias el rigor que con él se iba á cometer, se le acusó de haber querido pasarse á los austriacos con el cuerpo de ejército que habia conducido á Sajonia. Arrastrado á Polonia á la cola de un caballo, estuvo por espacio de tres meses atado á un poste, en presencia de todo el ejército. El hombre que le habia seguido al destierro se encontró á su lado para aconsejarle que tuviera resignacion. Este hombre era yo.

En este momento se oyó entre los espectadores un gran murmullo: tocaron los tambores, entreabrióse la multitud, y se vió avanzar una carreta cubierta con un paño negro, en el que se encontraba Patkul.

Cuando penetró la carreta en el cuadro en el que deb a ejecutarse la sentencia, Patkul, que hasta entonces habia estado sumergido en una inerte inmovilidad, se incorporó debajo de sus cadenas, y abrazando al capellan que le acompañaba:

—Tengo miedo, dijo.

—Pensad en Dios, murmuró el sacerdote, ocultando la cara del sentenciado con su capa.

—Tengo miedo! repitió Patkul con voz temblona. Y sin embargo he arrostrado la muerte en veinte campos de batalla. Pero esto es superior á las débiles fuerzas de la naturaleza. Yo no soy mas que un hombre, y quieren que muera como un Dios!

Un soldado sueco se acercó en aquel momento al livonense, y leyó en alta voz un papel concebido en estos términos:

«La órden espresa de S. M. Carlos XII, nuestro clementísimo señor, es que este hombre, traidor á la patria, sea descuartizado vivo en castigo de sus crímenes y para escarmiento de los demás»

Mientras que el soldado pronunciaba estas palabras, las facciones del sentenciado habian esperimentado una metamórfosis completa, y mirando á sus verdugos con desprecio, les dijo:

—Podeis atormentar mi cuerpo, pero no deshonrar mi nombre. El único, el verdadero traidor es Augusto II, que ha vendido mi sangre á Carlos XII para conservar su corona. Mi conciencia es pura y mi patria me debe un puesto entre los mártires, porque muero por haber defendido demasiado fielmente sus libertades.»

Estas palabras fueron las últimas que pronunció.

El verdugo concluyó su obra.

Un lúgubre silencio acogió la conclusion de esta espantosa tragedia. El oficial sajon se acercó al anciano:

—Es una infamia, esclamó, y si los contemporáneos de Patkul se atreven á manifestar su indignacion, estad seguro que tales actos no se escaparán de la justicia de la historia:

—Os engañais, replicó el veterano enjugándose una lágrima; los asesinos tendrán apologistas; pero la víctima solo encontrará detractores. Se desfigurarán sus intenciones, se calumniará su memoria, porque los hombres no creen ya en la pureza del patriotismo.

Tal fué en efecto la suerte de Patkul: su muerte horrorosa, que debia desarmar todos los resentimientos, no le valió siquiera una tarda justicia. Todo lo contrario sucedió á sus verdugos. Augusto II tuvo historiadores que le aplaudieran, y Carlos XII los tuvo que le admiráran.

ROMANCE.

Lloraba la pastorcita,
la de los negros ojuelos,
guardando en el prado ovejas
y dulce amor en su pecho.
Y al verla los corderillos
alzar sus quejas al cielo,
desprecian la verde yerba
y se olvidan de sus juegos.
«¡Ay! esclamó la zagala,
¿para qué la vida quiero?
¡Llorad, mis ojos, llorad;
que no hay para mí consuelo!
¡Para qué fuí el *disanto*
á ver la fiesta del pueblo!
mi amor, mi bien, mi alegria
perdidos por un momento.
Que allí con el corazon
se desprendió de mi seno
¡ay! la rosa que Belardo
me diera con su alma dentro.»
Estas sentidas razones
estaba el pastor oyendo,
grabando unidas sus cifras
en la corteza de un fresno:
y presentándose á ella
con el semblante risueño,
«no llores, mi bien, la dijo,
que es vano tu sentimiento:
no derrames esas lágrimas,
perlas que no tienen precio;
vuelva tu risa, zagala,
la vida á aquestos oteros:
que si perdiste la rosa,
prenda de mi amor inmenso,
con mas hermosos colores
en tus mejillas la encuentro.»
Sonrióse la pastora,
tornó la dicha entre ellos,
y sus alegres canciones
repitió do quier el eco.

José GONZALEZ DE TEJADA.

CUESTIONES ANAGRAMATICAS

DE GEOGRAFÍA É HISTORIA.

Hallar en:

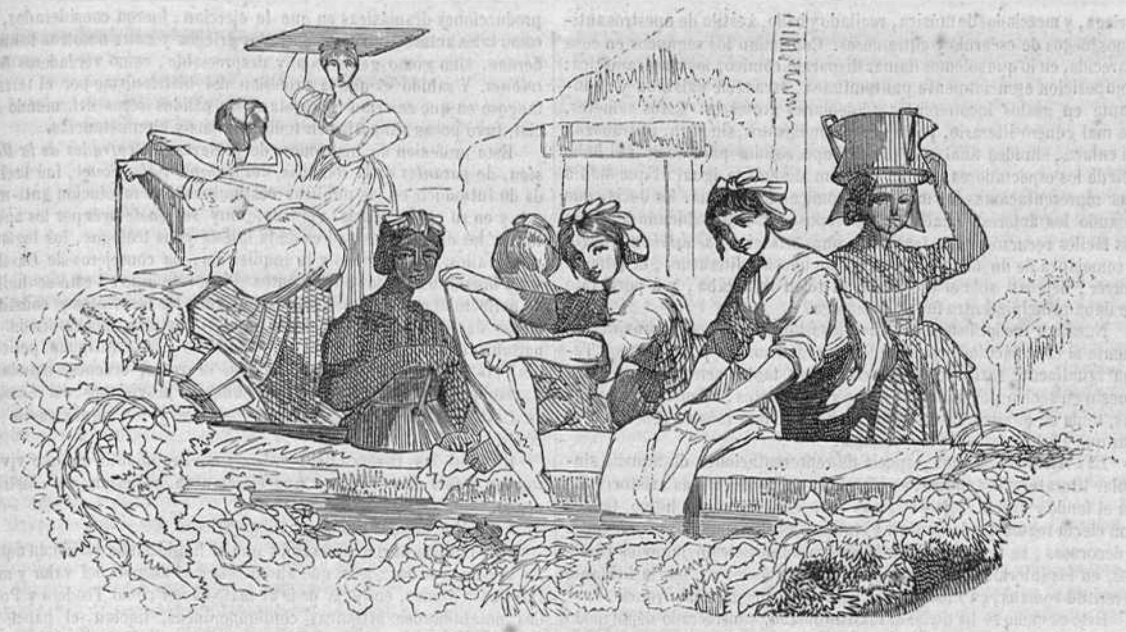
SSTTCMELEO, un general de las antiguas repúblicas de Grecia.
AAACUTLYD, una ciudad de España.
MNNOAAEG, un antiguo rey de Argos.
NNOSEPIA, unos célebres montes de Italia..

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

La vida es mar que cruzamos todos con trabajos y penas.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. C. Alhambra.



LAVANDERAS ITALIANAS.

ESTUDIOS LITERARIOS.

TEATRO ANTIGUO.

ARTICULO QUINTO.

Tócanos ahora hablar, segun lo prometido, de los actores en el teatro ateniense.

Al contrario de la anterior, ya calificada de árdua y estéril, la materia que nos ocupa es interesante y amena. De aquí una ventaja que agradecemos gustosos al tema cuyo desenvolvimiento nos es desde luego simpático.

Por deber de galantería y justa consideracion, el bello sexo inaugurará nuestro trabajo.

Entre los atenienses no habia actrices.

De modo que los hombres, el sexo feo, con la aridez y aspereza de su carácter, sus modales poco adamados y coquetos, sus formas enérgicas y de otro linaje de belleza, su robusta entonacion y desabrido hablar, eran los encargados de suplir, en aquella funcion nacional, á la mas hermosa mitad del género humano. ¡Cómo ha de ser! Los atenienses, á semejanza de los novelistas modernos, no veian en la mujer mas que un bonito mueble, y los muebles bonitos no tenian cabida en sus teatros, en razon á su escasez de comedias urbanas.

Así los hombres hacian de Ismena, Antígona, Clitemnestra, Casandra, Electra, Jocasta, Andrómaca, Hermione, Ifigenia, Hecuba, Polixene, Medea, Fedra, Elena, y de otros interesantísimos personajes femeninos, que hallamos en los dramas de Esquilo, Sófocles y Eurípides.

Y á decir verdad, desempeñaban su difícil cometido, que lo es y mucho para un hombre el de pasar por mujer, no del todo muy mal. Despues alegaremos, en prueba de ello, los oportunos datos.

Con ayuda de su ingeniosa máscara ó carántula, cuya descripcion nos ocupará tambien en tiempo conveniente, y del traje femenino, muy semejante, en lo antiguo, al masculino por su forma talar y análogas prendas estas actrices improvisadas improvisaban tambien una ilusion momentánea de buen gusto artístico é histórico, que hacia altamente soportable á los atenienses la carencia absoluta de actrices reales y verdaderas.

Entre los romanos no pasaban las cosas de aqueste modo.

Habia actrices como entre nosotros, con una pequeña distincion sin embargo, en lo que se refiere al mayor ó menor grado de simpatías, que en la vasta escala del público aprecio les otorgamos los hombres de ahora.

Que las miramos todos de muy buen ojo, en el escenario, abstraccion absoluta y radical de sus antecedentes y actuales circunstancias, es cosa cuya negacion ó duda haria manifiesto insulto á la comtemporánea galantería.

Los romanos, segun el relato de las crónicas, no participaban sobre este particular de igual opinion, y creian con la mayor buena fé que las actrices eran cosa vulgar, despreciable y de poco mas ó menos. En su consecuencia, el honor y consideracion social, segun ellos, estaban reñidos con la profesion de cómico. Luego, ni los senadores, ni los caballeros, ni otros cualesquiera personajes, debian alargar á las actrices sus aristocráticas manos.

En esta parte, los senadores romanos corrian parejas con los consejeros de Castilla, en los siglos XVII y XVIII, cuando temian se les cayesen los anillos al tomar cartas en asuntos de cómicos, y con mucho escrúpulo intervenian en la materia, ó para infamarla, ó para prohibir, con fanática resolucion, su mal visto ejercicio.

Quizás en Roma, como tambien en la edad media, en que igual fenómeno se repitió, hubiese, porque hemos de ser justos, un tanto de razon para que se verificase aquello de que «cuando el rio suena agua lleva.»

El teatro romano fué incompleto, imperfecto, poco ó nada importante, y por decirlo así, circunstancial. Si se esceptúan Plauto y Terencio, dos poetas cómicos, los demás tanto de este como del género trágico, no tienen ningun valor, ninguna significacion, ningun eco. Nada dicen, nada representan, nada simbolizan en el desarrollo gradual de aquella civilizacion. La comedia se reasume, además de los dos nombres ya mencionados, en los de Livio Andrónico, poeta á la vez trágico y cómico, Cancio Nevio y otra media docena de hombres de este jaez literario. Las tragedias, de que es fama fueron copistas, traductores ó imitadores, en la primera época, personajes de cuna tan humilde como el mérito de sus obras, Livio Andrónico, Quinto Enio, Marco Pacuvio, Lucio Atio; y en la segunda Julio César, Asinio Pollion, Ovidio, Mecenas, Augusto el Emperador y otros señores de alcurnia algo mas elevada, estas tragedias, ó no se representaron y fueron leidas en círculos literarios, como lo que tenian lugar en casa de dos de estos personajes, Mecenas y Asinio Pollion, á estilo de lo que pasaba en el palacio de Rambouiliet en tiempo de Luis XIV, ó si se representaron, fué sólo como puros monumentos literarios, sujetos á la crítica del género, sin éxito alguno, sin otra trascendencia y significacion que la encerrada en los estrechos límites del escenario.

O lo que equivale á decir que el teatro romano, en esta parte, fué igual, idéntico, al nuestro español.

De modo que aquel teatro, mirado bajo un punto de vista general, en la escala del tiempo, sin relacion especial á determinadas épocas y circunstancias, y en analogía con la duracion de la nacionalidad romana, se compendia en cuatro clases de composiciones dramáticas, de muy particular contestura, y entre las que las bien trazadas comedias de Plauto y Terencio forman un corto, aunque brillante paréntesis.

Hé aquí su nomenclatura: las *Sátiras*, los *Mimos*, las *Pantomimas* y las *Atelanas*. Eran las primeras y los segundos unas farsas groseras, especie de dramas burlescos, sobrado libres y chocarreros, de imitacion

griega, y mezclados de música, recitado y baile, á estilo de nuestros antiguos juegos de escarnio y entremeses. Consistian los segundos en cosa parecida, en lo que solemos llamar disparate cómico, locura dramática: composicion esencialmente pantomímica, escasa de palabras y abundante en gestos incoherentes y ademanes grotescos. Estos sainetes, de mal género literario, *pots-pourris* indigestos, sin plan, ni trabazon ni enlace, sin idea final, forjados é improvisados para escitar el bobo reir de los espectadores, solian tener un desenlace igual al que dan á sus representaciones los modernos cómicos de la legua. Es decir, que cuando los actores se hallaban apurados; cuando habiendo agotado los fáciles recursos de su fantástica improvisacion, *se estaban quedos* á semejanza de un famoso personaje de nuestra literatura, echaban á correr, dejaban solo el escenario, el telon se alzaba, y á poco rato se daba principio á otra funcion análoga.

Nuestros modernos circos olímpicos nos reproducen aproximadamente el espectáculo conocido entre los romanos por *pantomimas*. Tema igualmente satírico y burlesco, algun tanto verde ó encarnado, puesto en accion por medio de una série de gestos, ademanes y posturas, tenia su mímico desarrollo al compás de una música sencilla, á la par que triste, pesada y melancólica.

Las *Atelanas*, última especie de representaciones de aquella singular literatura dramática, se ofrecian con carácter mas aristocrático en el fondo y forma. Cortos dramas satíricos, de orígen hosco, tejidos con cierta regularidad, de fácil y correcto estilo, é ideas mas elevadas y decorosas, se representaban á manera de sainetes ó juguetes cómicos, en los intermedios de las composiciones formales, por la brillante juventud romana, en medio de escogida é ilustrada concurrencia.

Este es como se ha dicho el teatro romano, considerado de un modo general, abstraccion hecha de épocas y circunstancias. Como cualquiera deducirá fácilmente, este teatro, estudiado en globo, en conjunto y totalidad, sin particularizarse á hechos ni ideas, no tenia condicion alguna de vida. En lo que tiene de espresion y fuerza clásica, es un teatro imitado del ateniense. En todo lo que se aparta de este, es romano sin significacion é importancia social ni literaria. Es un género grotesco y estravagante, nacido de la índole misma de las costumbres de Roma, y cuyo fondo es como hemos visto el remedo, la caricatura y la farsa. Su carácter es pues efímero, circunstancial, aislado y vacilante. Ingerto en aquella sociedad, trasplantado á las áridas márgenes del Tiber desde las poéticas riberas del Eurotas y del Alfeo, no puede echar raices en un suelo que no es el suyo, y cuya sávia se rehusa á alimentarle. No es cosa espontánea, necesaria, producto forzoso del terreno, sino planta ajena, exótica, y un tanto enemiga. El teatro, como todos sabemos, es la espresion poética de la vida física, moral é intelectual de un pueblo; vida á la par pública y privada. Por lo tanto, esta espresion ni se copia, ni se imita, ni se traslada, ni pasa como natural herencia de un pueblo á otro. En Roma el teatro clásico fué imitado, y en el mero hecho de serlo nació herido de muerte, y la corta existencia que arrastró fué, como hemos visto, oscura y miserable. Después de dar algunos destellos de clara luz con los dos nombres ya citados, sus rayos se debilitaron, y se sumergió en profundas tinieblas.

Ahora bien, y como consecuencia de esto, por mas que los actores que tomaban parte en las tres primeras clases de composiciones dramáticas ya citadas, gozasen de suma reputacion artística; por mas que su destreza y habilidad llegase á la de los eminentes Batilo y Pílades; por mas que en las tablas arrancasen sendos y merecidos aplausos, y á sus pies lloviesen coronas de verde laurel; es un hecho cierto, incuestionable, que pasada la ilusion motivada por su talento escénico, para el pueblo romano no eran aquellos hombres otra cosa que unos miserables esclavos ó libertos. Y Dios y nosotros todos sabemos cómo eran considerados por aquellos buenos liberales de la ciudad eterna los seres desgraciados, cuyo fatal destino era moverse perpetuamente en el círculo de hierro de la esclavitud.

El arte escénico, ejercido en Roma por actores de esta última categoría, constituia una profesion, un oficio vil, repugnante, odioso, un verdadero *histrionismo*.

Por lo tanto, las leyes romanas, cuya severidad draconiana de todos es sabida, se mostraron en estremo duras para con esta clase de hombres que, segun ellas, fingian sentimientos por dinero.

Los cómicos, como se dice vulgarmente ahora, á semejanza de los presidiarios franceses, llevaban impresa en el cuerpo una señal, una marca denigrativa, una nota de infamia y envilecimiento, un sello indeleble del anatema social que pesaba sobre ellos. Y cuando al público desapiadado se le antojaba añadir una afrenta mas á las que ya llevaba consigo el ejercicio de su arte, hacíales quitar la máscara en medio de la representacion, y se gozaba impávido contemplando su vergüenza, aumentada con silbidos y horrendas maldiciones.

Pero no olvidemos que estos actores, verdaderos párias de aquella civilizacion, por su humildísimo y olvidado orígen, por su vida pública y privada, nada propia á edificar las costumbres, por sus escasos conocimientos del arte escénico, y por el género vulgar de las producciones dramáticas en que le ejercian, fueron considerados, no como tales actores, no como entre los griegos y entre nosotros los modernos, sino como gente baja y despreciable, como verdaderos *histriones*. Y sabido es que la profesion del histrionismo por el terreno fangoso en que se crian y vegetan esos pálidos seres del mundo social, tuvo pocas simpatías en todos tiempos y circunstancias.

Esta profesion de histriones, de juglares, de *cofrades de la Passion*, de *pasantes de la Bazoche*, *des Enfants Sans-Souci*, fué tachada de introducir en las públicas costumbres una revolucion anti-moral, y en su consecuencia vigilada, muy *serrée de prés* por los apóstoles y los obispos, los padres de la iglesia y los teólogos, los legistas y los frailes, los concilios y la inquisicion, los consejeros de Castilla y los miembros de los parlamentos. De suerte que en esto se hallan de perfecto acuerdo los edictos de Adriano, los rescriptos y constituciones de Constantino, las leyes de las Partidas, los *arrêts* de los parlamentos, las ordenanzas de Francisco I, las antiguas peticiones, las pragmáticas, reales cédulas, decretos, órdenes, mandatos y resoluciones de los reyes, las famosas provisiones del Consejo de Castilla, las decisiones de los teólogos y los sermones de los curas.

Hé aquí las razones del oprobio y envilecimiento en que vivieron en Roma los hombres que ejercian la profesion del histrionismo.

Entre los griegos pues no habia actrices.

Por nuestra parte confesamos que si hubiésemos vivido en aquella época, con las ideas que ahora tenemos acerca del valor y mérito de las damas, en lugar de ir al teatro á ver cómo Teodoro y Polo, dos notabilidades artísticas contemporáneas, hacian el papel de Andrómaca ó Electra, pues dicen lo desempeñaba la Mars ó la Rachel, nos hubiésemos encaminado silenciosos á casa de Aspasia, y sentándonos por mucho honor y honra al lado de Sócrates y Alcibiades, de quien tambien cuentan las crónicas cosas muy malignas, hubiésemos escuchado atentos las lecciones de filosofía y *estética* que daba en su suntuosa morada aquella bella dama ateniense: ó en ausencia de esta señora, hubiésemos dirigido nuestros pasos á la academia de Platon, guiados, como es natural, por el filosófico y á la vez galante motivo de oir y ver cosas buenas y bellas, en donde hubiésemos encontrado á Lastenia y otras famosas bellezas de aquel tiempo, oyendo al filósofo ateniense discutir sobre la *Belleza*, bajo la poética sombra de copudos árboles, en medio de olorosas flores, y al suave murmullo de claros arroyuelos. Y en caso de haber encontrado cerrada la puerta de la academia, hubiéramos tomado el camino que conducia á la casa de Estilpon, otro filósofo de distinto linaje que el primero, en donde hubiéramos hallado á la bella Glicera, á la brillante Lais, á la espléndida Friné, hablando en familiar *tête-à-tête*, con este *cultivador de la sabiduria*, y echándose galantemente en cara sus recíprocas maneras de corromper la juventud. O por término de nuestra escursion filosófico-galante, y por via de restaurar nuestras fuerzas menguadas en razon al largo itinerario, nos hubiésemos introducido, si no como literatos, al menos á guisa de aficionados, en casa de la opulenta Gnatene, y nos hubiésemos modestamente sentado á cualquiera de las mesas, bien servidas de sanos manjares, para tomar una abundante dosis de *confortable* en los festines que aquella dama, con sobrada filantropía, daba magníficos, espléndidos y rumbosos, á los poetas y demás gente literaria.

Porque aunque haya quien convenga con Sué, Soulié, Dumas, y la moderna escuela francesa de novelistas inmorales, y que nosotros hemos dado en imitar ahora, en que la mujer se dibuja perfectamente en estos versos de una comedia de Francisco de la Torre, *La Confesion con el Demonio*.

Por aquí dicen MUGER
Pero en las letras mayores
La M, muerte publica
Vicio la V bien formada
La G, guerra, la E espada
Y la R rayo esplica:
De modo, que si me ensayo
A unirlo, como se advierte,
Dice todo, mujer, muerte,
Vicio, guerra, espada y rayo.

Aunque haya quien tal presuma, nosotros disentimos de este modo de ver peculiar suyo.

A nosotros, y hablamos por nuestra propia cuenta, nos gusta infinito contemplar á las damas en el teatro, aun cuando las «comedias »sean sin mezcla de amores, y las mujeres saquen las basquiñas hasta »los piés» segun una antigua provision del Consejo de Castilla del siglo XVII.

Porque nosotros decimos con el mismo la Torre:

¿Qué hombre bárbaro, inmundo,
Mujer así *difinió*
Y con tal modo infamó
La cosa mejor del mundo?
¿No fuera mas cierto y fijo
Que quedara *difinida*
Mujer, maravilla, vida,
Gloria, estrella, regocijo?

Cuenta Aulo-Gelio, erudito latino del segundo siglo de nuestra era, en su preciosa obrita titulada *Noches áticas*, del famoso actor Polo, contemporáneo de los trágicos ya citados, y cuyos dramas hacia valer por su talento escénico, que alcanzó un brillantísimo triunfo en el desempeño del papel de Electra, en la tragedia de este nombre de Sófocles. Los espectadores derramaron lágrimas de ternura y dolor, al ver á aquella infortunada princesa, llena de afliccion profunda, y envuelta en sombrío pesar, coger con mano trémula la urna que contenia las cenizas de su hermano Orestes, apretarla entre sus brazos, llevarla á su corazon, como si intentara calentar de nuevo aquellas frias cenizas, y comunicarles su propia vida.

Aplausos frenéticos resonaron por todas partes, y gritos de entusiasmo y admiracion; chocaron vibrantes, durante algunos momentos, sus prolongados ecos, en medio de aquel vasto recinto.

Aquella princesa que á tanta compasion movia, no era otra que el actor Polo. Y aquellas cenizas que con tan amarga efusion besaba, las de su propio hijo, muerto pocos dias antes, y evocadas por el mismo padre para que inspiráran su dolor.

Cómo este actor representaba con tan fuerte ilusion el papel de la princesa Electra, y cómo á su semejanza los demás actores ejecutaban los papeles femeninos, es cosa que por lo particular y estraño debemos esplicar.

Segun lo dicen, aseguran y confirman los autores que han hablado de estas cosas, para nosotros tan añejas, es un hecho que no nos es lícito negar, so pena de pasar por hombres de poco seso, que por medio de una especie de máscara ó carántula, de muy ingenioso mecanismo, los actores daban á sus rostros una perfecta y acabada espresion femenina. Aun nos dicen mas. Conseguian reproducir con exactitud suma, por medio de este curioso artefacto, y esto segun ellos, es un hecho incuestionable, los diversos afectos y pasiones que les animaban.

No vayamos á figurarnos que aquellas carántulas ó caretas eran ó semejantes ó parecidas á las que nosotros gastamos en tiempo de Carnaval. No. Los atenienses, es verdad, tenian tambien estos dias festivos y epigramáticos: pero no las usaban entonces; pues para decirse picardías, lo hacian á cara descubierta.

Consistian aquellas en una especie de casco que cubria toda la cabeza y reproducia perfectamente las facciones de la cara, la barba, el pelo, las orejas, y hasta los adornos usados por las mujeres en la *toilette*. Hechas en un principio de hojas de metal, lo fueron mas tarde de cuero cubierto de tela ó paño, y últimamente de madera, y variaban hasta lo infinito, segun la diferencia de funciones trágicas ó cómicas, y segun la edad y sexo de las personas que habian de reproducir. Y para darles mayores grados de verosimilitud, las ejecutaban los mas hábiles escultores ó tallistas, dirigidos en su trabajo por los mismos poetas dramáticos, á cuyas obras afectaban. Estas y las decoraciones escénicas fueron debidas al génio creador de Esquilo.

De manera, que ni Andrómaca, la viuda del desgraciado Héctor, ni Ifigenia, la prometida de Aquiles, ni Fedra, enamorada de Hipólito, hubieran podido quejarse de verse mal reproducidas en el escenario de Atenas. Al contrario, creemos les hubiese lisonjeado en estremo contemplar su histórica belleza en tan fiel espejo.

Los antiguos autores ponderaron mucho el artístico efecto de estas carántulas. Y como no es del caso citar testimonios comprobantes, y sí afirmar un hecho, segun ajenas aseveraciones, diremos únicamente que el ya citado Aulo Gelio, al describirlas, añade cosas de su cosecha que tienden á dejar bien sentada su opinion acerca del mérito y buen gusto de este elemento teatral. Dice, y son textuales sus palabras, «que las carántulas que mudan los actores á cada escena y »cuando es conveniente, y sobre las cuales pueden muy bien imprimirse los principales afectos del alma, entretienen y conservan el error de los sentidos, y añaden á la imitacion un nuevo grado de »verosimilitud.»

Sin embargo, por muy verídico y formal que sea, cuanto sobre este particular nos refieren autores tan graves como Aristófanes, Platon, Aristóteles, Horacio, Plinio, Quintiliano, Luciano, Apolodoro, y otros eminentes varones de los pasados tiempos; por mas que con copia de datos y razones nos ostenten la bondad de estas carántulas, su ingenioso mecanismo y perfecta estructura, y série de muelles que contraigan ó dilaten las facciones aparentes y retraten, ya el dolor, ya la alegria, ya el espanto, ya la sorpresa, y causen maravillosos efectoe de ilusion escénica, nosotros afirmamos de buen grado, que donde aparece una linda cara de mujer, uno de esos rostros angelicales tan bellos como las concepciones artísticas de Rafael ó de Murillo, un rostro, como por ejemplo, el de la *Mona Lisa* de Leonardo de Vinci, nosotros, cuando tal cosa vemos, damos al traste con toda la antigüedad profana, renegamos de las caretas y de su maravillosa eficacia, y reconociendo el incontestable mérito de lo antiguo, como no obsta lo cortés á lo valiente, bendecimos el teatro moderno y la ausencia de las carántulas que tan bonito golpe de vista nos proporcionan.

Bien sabemos que no era culpa de los atenienses, por cierto de galantería y gusto femenino nada controvertible, si las damas no subian á las tablas á ostentar su graciosísima *sal ática* y el lujo de belleza natural que desarrollaban en sitios quizás menos oportunos. Existia para ello imposibilidad material, absoluta. Si los hombres, robustos y de vigoroso pulmon, cuales eran siempre los actores, conseguian dificilmente hacer llegar el lleno de su sonora voz hasta los espectadores, escalonados, perdidos en aquel inmenso recinto de su teatro, á pesar del aparato orgánico de metal que tenia por dentro la carántula, y de las grandes placas de igual materia, de forma cóncava y estremadamente anchas que se hallaban oportunamente colocadas á los lados y parte inferior del escenario, es fácil deducir que esta dificultad se hubiese hecho insuperable para las mujeres.

Era pues necesario, forzoso, imprescindible que á cargo de los varones atenienses estuviesen los papeles del sexo opuesto. Fenómeno, que tomado á la inversa, se reproduce entre nosotros, donde con agradable frecuencia las damas hacen de señores modernos.

ANTONIO DE AQUINO.

LOS BARDOS.

Los bardos eran poetas y cantores entre los antiguos galos, germanos y bretones.

Todos estos pueblos, de orígen céltico, tenian la misma religion, la que se diferenciaba tan solo en algunos ritos accesorios y de poca importancia. Los sacerdotes de los galos se llamaban druidas, y gozaban del mayor aprecio. Estos druidas tenian á su cargo propagar las leyes, las doctrinas y la historia por medio de poemas y cantos que debian aprender de memoria y cantar en distintas ocasiones. Los bardos estaban subordinados á los druidas, y sus funciones consistian en cantar acompañándose con instrumentos músicos, las hazañas de los héroes. Asistian á las batallas para animar á los guerreros con sus cantos, y dar con sus gritos la señal del peligro ó de la victoria.

Los germanos tenian tambien sus bardos; pues aun cuando Tácito habla solo de los druidas, como los druidas y los bardos no formaban mas que un cuerpo, es evidente que donde habia druidas habia tambien bardos. Las funciones de los bardos germanos en nada se diferenciaban de las de los bardos galos.

El druidismo tenia su principal asiento en Bretaña, adonde enviaban los galos á sus hijos para que se instruyeran en el arte y los misterios de esta órden. En todas las principales poblaciones del reino habia colegios para la educacion de los bardos. Los druidas les enseñaban la poesía, la historia, la elocuencia, las leyes y la música. Cuando el discípulo terminaba sus estudios, que regularmente duraban doce años, tomaba el título de *Ollmach* ó doctor, y podia aspirar á las tres dignidades reunidas de *Filea*, *Breistheamh* y *Seanacha*, dignidades que posteriormente se dividieron por lo difícil que era cumplir simultáneamente sus diferentes obligaciones.

Los *Fileas*, bardos de primera clase, eran los poetas: ponian en verso los dogmas de la religion, animaban á los guerreros durante y despues del combate con odas y cantos belicosos, y divertian al pueblo en las fiestas públicas, contándole las fabulosas historias de la antigüedad. Marchaban á la cabeza del ejército, vestian una túnica blanca, llevaban arpas, y los rodeaba continuamente una tropa de músicos. Durante el combate se separaban del campo de batalla. Eran sagradas sus personas, y desde un sitio seguro observaban los hechos de los jefes y sobre ellos componian sus cantos.

La segunda clase, la de los *Breistheamhs*, se componia de legistas. Estos bardos estaban encargados de promulgar las leyes, para lo que las cantaban en un tono monótono. Desempeñaban á un tiempo las funciones de jueces y de legisladores.

Los *Seanachas*, bardos de tercera clase, eran anticuarios y genealogistas; conservaban en malos versos todos los acontecimientos notables y las genealogías de sus patronos.

Ademas de estas tres órdenes, habia otra inferior, compuesta de bardos *instrumentistas*. Llamábanse generalmente *Girfidigh*, y acompañaban los cantos de los bardos de las órdenes superiores.

Despues del establecimiento del cristianismo en Irlanda, desaparecieron los druidas, pero la órden de los bardos conservó todas sus instituciones, con la única diferencia de que en vez de dirigir sus himnos á los falsos dioses, consagraron sus arpas y sus voces al Dios de los cristianos.

Colmados de honores y riquezas, revestidos de privilegios estraordinarios, poseedores de un arte influyente en todas las clases de la sociedad, y respetados en razon de sus muchos conocimientos, se entregaron los bardos á la indolencia y corrupcion; y á tal estremo llegaron sus escesos, que en el año 580 el rey Hugo convocó una asamblea nacional, la que disminuyó considerablemente el número de la órden, y despojó á esta de la mayor parte de sus privilegios.

La invasion de los daneses detuvo en Irlanda los progresos del arte. Estos bárbaros destruyeron todos los colegios de los bardos y quemaron sus libros. Despues de su espulsion, el rey Brien protegió de nuevo las artes y devolvió á la órden de los bardos su antiguo esplendor.

Desde esta época sostuvo la Irlanda frecuentes guerras, y las artes sufrieron mil vicisitudes. Despues de la conversion de los normandos, en el siglo XI, intentaron los irlandeses volver las cosas á su primitivo ser; pero en vano, porque el celo por las artes habia perdido mucho de su glorioso fervor.

Durante el reinado de Isabel empezó á perder su crédito el título de bardo, tan venerado en otro tiempo en Irlanda. Esta reina los despojó de sus bienes y privilegios, de modo que se vieron precisados á entregarse á una vida errante. En los reinados siguientes fueron mas envilecidos, y acabaron por dispersarse y desaparecer enteramente. El último bardo: murió en 1738 se llamaba Turlong O'Carola, y la Irlanda le debe sus mejores canciones nacionales.

G. F. COLL.

SI YO FUERA RICO!

I.

Alí, simple trabajador en casa de un alfarero, tenia veinticinco años, la salud, la alegría y el buen humor de un hombre sóbrio, trabajador y pobre.

Una mañana que atravesaba de priesa y alegre como siempre la gran calle Bagdad para ir á casa de su amo, se acercó á un grupo en medio del cual se hallaba con mucho calor un pobre diablo á quien dos alguaciles llevaban á presencia del cadí.

Sí, decia, tenia que atender á la subsistencia de mi padre y que dotar á mi hermana; y para conseguirlo con ayuda de un pequeño tráfico, pedí prestados cincuenta cequines; pero la estacion ha sido mala, las personas á quienes he vendido mis mercancías no han podido pagarme. He pedido una tregua á mi acreedor, que ha sido un inhumano. Por cincuenta cequines voy á ser esclavo de este hombre cruel ¡Desgraciado de mí! ¿quién cuidará á mi anciano padre? ¿quién dotará á mi pobre Aboulaina?

Mientras que este desgraciado esponia así su dolor y parecia apelar á la piedad de los circunstantes, Alí tenia los ojos llenos de lágrimas, y estaba indignado de que semejante discurso no produjese ningun efecto entre los que le rodeaban, en cuyo número estaban los mas ricos comerciantes de Bagdad.

—Y qué, decia á media voz, ¿no se encontrará entre todas estas personas un hombre de bien que libre al hijo de la esclavitud, socorra al padre, y se case con Aboulaina sin dote? ¡Dicen que es tan bella! ¡qué lástima que yo no sea mas que un pobre artesano! Si yo fuera rico!

Continuando su camino se encontró con un antiguo amigo de su familia, á quien se acercó con todas las señales de deferencia que exigen una buena posicion y una avanzada edad.

—Salud á tí, dichoso y digno Alhazin, que posees la confianza del señor mas rico y mas considerado de Bagdad.

Pero Alhazin le respondió con tono de marcado mal humor:

—Has elegido mala ocasion para darme enhorabuena; el rico señor de que me hablas acaba de despedirme por haberme atrevido á hacerle algunas reconvenciones por sus prodigalidades.

Y se alejó rápidamente como un hombre á quien los desengaños hacen mirar con horror hasta el simple contacto con sus semejantes.

—¿Es posible, esclamó Alí, que daba libre curso á su indignacion, sin pensar que estaba en la calle, que se desconozca hasta este punto el desinterés de un verdadero amigo? Aun cuando uno diera la mitad de su fortuna á un amigo sincero que le advirtiese sus defectos, no seria bastante para recompensarle. ¡Ah! Si yo fuera rico!

No habia concluido Alí su esclamacion, cuando otra escena de que fué testigo vino á servir de nuevo pábulo á su virtuosa cólera.

Un hombre magníficamente vestido y seguido de un gran número de esclavos rechazaba con desden á un transeunte pobremente vestido, que de la puerta de una hospedería se habia arrojado en sus brazos, y le decia con una dolorosa sorpresa:

—¿Este desden es efecto de la ausencia ó de la prosperidad en que te veo? ¿Es tu fisonomía ó la mia la que ha mudado? Soy tu amigo de la infancia; no puedes haber olvidado al hijo de Amron el zapatero.

—En efecto, le respondió el otro, me acuerdo de un Amron que me componia los zapatos cuando era pequeño; pero no creo, querido mio, que haya existido jamás entre nosotros otra clase de relaciones. Dios te guarde.

El viajero se volvió tristemente á ocupar su puesto á la puerta de la hospedería: suspiraba, y las lágrimas surcaban sus mejillas demacradas por la miseria y por el sufrimiento.

Vivamente conmovido Alí, esclama levantando las manos al cielo:

—Desgraciado aquel cuyo corazon ha corrompido el orgullo! La fortuna que nos ha dado Dios no es para que tengamos vanidad; es un depósito de que tenemos que dar cuenta á los pobres, que son nuestros prójimos, y á nuestros amigos. ¡Ah, si yo fuera rico!



En el momento de entrar en la tienda de su amo, le detuvo un peregrino y le dijo:

—Voy á la Meca; visitaré la mezquita de la Kaabah, y daré siete vueltas en su derredor segun previenen los sagrados ritos. Besaré la *piedra negra*, símbolo de la alianza que Dios hizo con los hombres en la persona de Adan; beberé las aguas de los pozos de Zemzan; subiré á la montaña de Arafah, y sacrificaré un carnero en la montaña de Minah. Por último, bajaré al valle que está al pie, y desde él tiraré piedras segun las prácticas consagradas por los antiguos patriarcas. Ya he recogido las ofrendas de algunos hijos piadosos del profeta; une á ellas la tuya, si quieres que en tu nombre y en el suyo cumpla todos estos santos deberes.

—Dichoso el que puede ir á la Meca! dichoso aquel en cuyo nombre se va! Pero, digno peregrino, en mi pobre condicion, me es absolutamente imposible acceder á vuestra peticion de una manera digna.

—Nuestro santo profeta nos ha dicho: el óbolo y el cequin los dos pesan lo mismo en la balanza divina cuando los da la fé.

Entonces Alí abrió su bolsillo que contenia dos piezas de monedas menudas; tomó una, y la puso en la mano del peregrino; en seguida entró en la tienda de su amo, y toda la tarde estuvo trabajando con la mayor alegria.

Dos hombres habian seguido á Alí sin que él lo advirtiese.

—Hé aquí una bella naturaleza, dècia el uno.

—¿Resistiria á la perniciosa influencia de un cambio de fortuna?

—Lo ignoro; pero este jóven desea con ánsia ser rico, y lo será.

Por la noche, al dar Alí la vuelta á su mezquina habitacion, se presentaron delante de él dos comisionados cargados con una caja que depositaron á sus piés.

—Acepta este regalo, le dijeron, pero no te informes de la mano que te lo envia: es un secreto que nos está prohibido revelar.

No habia tenido tiempo Alí de reponerse de su sorpresa, cuando los los comisionados habian desaparecido.

No le quedó mas medio de satisfacer su curiosidad que abrir la caja, y no tardó en hacerlo.

Ya se podrán figurar nuestros lectores cuál seria su alegría: contenia trescientas bolsas (1).

II.

Toda la noche la pasó en contar y recontar sus escudos: la alegría



le tenia desvelado; estaba tan despabilado, tan sereno, como si hubiera dormido un sueño profundo.

¿Qué repentina y maravillosa metamorfósis?

El pobre obrero va á figurar entre los ricos de Bagdad: antes trabajaba para los otros; ahora trabajarán para él; ahora podrá humillar á las personas que tantas veces le han humillado.

María le echó de su casa por haber retardado una luna el pago del alquiler; él comprará una casa mas grande y mas bonita que todas las suyas juntas.

Hassan le hizo condenar á una multa por el cadí, por haber empujado á uno de sus esclavos que le habia tropezado al pasar; él tendrá cincuenta para despreciar á Hassan, que no tiene mas que veinticinco.

Se alaba la liberalidad de Zobair que recibe á los artistas y á los sábios dos veces al mes en su mesa: ¿qué se dirá de él, que les franqueará la suya todos los dias?

¡Qué estimacion, qué respeto, qué consideracion le tendrán cuando por todo Bagdad resuene su magnificencia y su generosidad!

Alí pasó muchos dias en conferencia con los arquitectos, los tapiceros, los carpinteros, los joyeros y los mercaderes de esclavos.

(1) Una bolsa representa en Turquía una suma de quinientos escudos.

Como él examinaba sedas y tapices de Smirna, el que se las enseñaba esclamó lleno de alegría, después de haberle considerado algunos instantes:

—El mismo Dios ha encaminado mis pasos á vuestras casa: os reconozco perfectamente; sois aquel hombre virtuoso cuyo corazon se indignaba de ver llevar preso por cincuenta cequines á un pobre comerciante, que dejaba sumidos en la miseria y el dolor á su hermana y á su anciano padre.

—Es posible!.. en efecto, creo recordar... tengo una idea confusa...

—El comerciante es mi primo; mi escasa fortuna ¡ay de mí! no me permite socorrerle; pero si juzgo por los sentimientos que manifestásteis en mi presencia el dia que le arrestaron, no implorará en vano vuestra intervencion en favor suyo. Por otro lado, ¿qué importa una suma de cincuenta cequines á un hombre tan rico como vos, cuando se trata de la felicidad de una familia entera?

—Sin duda... sin duda; pero habeis venido á pedirlos muy tarde... he hecho en tres dias gastos enormes; cincuenta cequines me son muy del caso en esta ocasion... Tambien recuerdo perfectamente que lo que mas me indignó fué la impasibilidad de algunos comerciantes ricos al ver prender á un compañero sin cuidarse de su posicion y sin pensar en sacarle de su apuro... ¡Qué diablos! á los comerciantes toca ayudarse mútuamente... ocupémonos, os lo ruego, de nuestra compra: dudo entre estos dos tejidos.

—Los dos tienen en efecto la misma apariencia; solo un inteligente puede conocer cuál es de mejor calidad y de doble precio: por mi parte aconsejaria el de menos precio á un comprador económico.

—Yo elijo el mas caro, respondió Alí con el mayor orgullo, y me quedo con él.

—No os hablaré mas de mi desgraciado primo, replicó el comerciante con humildad; pero permitidme, señor, que os hable un momento de su hermana Aboulaina: es efectivamente pobre; pero Dios la ha dotado de un talento muy raro y de una belleza maravillosa. Nada mas os digo de ella, porque creo haber comprendido por una esclamacion escapada de vuestra boca que seriais dichoso con ser esposo de Aboulaina.

Alí dió una gran carcajada.

—Una muchacha que no tiene dote! Vamos, sin duda habeis perdido el sentido. Hay en Bagdad mil muchachas con quien casarse, que son bonitas y con talento, y además son ricas. Tranquilizaos: Aboulaina encontrará marido en su esfera: yo buscaré esposa en la mia. Haced vuestro oficio, buen hombre, vended vuestras sedas, que esto lo entendeis mejor que negociar matrimonios.

III.

Alí habia reunido en un espléndido festin los nuevos amigos que le habian grangeado sus riquezas; la sala, aunque grande, estaba llena; habia poetas que en su pecho y en su fisonomía tenian pintadas todas las formas del panegírico de su nuevo anfitrion, compañeros de su disolucion, viejos parásitos, hábiles en adular la fortuna que viene y la que se va.

Los convidados estaban sentados sobre almohadas de terciopelo carmesí galoneado de oro; mil ramilletes de cuyos senos los fuegos de la esmeralda y el rubí serpenteaban sobre las colgaduras de brocado que descendian en majestuosos pliegues á lo largo del muro; cien lámparas de alabastro, suspendidas de cadenas de plata derramaban por todos los ángulos de la sala una luz dulce é igual; la mirra, el aloe, el ámbar y el benjuí ardian en pebeteros de plata, y mezclaban la atmósfera con las ligeras nubes de sus perfumados vapores.

Cincuenta esclavos se apresuraban á servir los manjares mas esquisitos y las mas delicadas pastas, y hacer centellear en copas de oro licores de esquisito gusto. Despues que los convidados concluyeron de comer, presentaron á cada uno tabaco mezclado con aromas y un *narguileh* (1) cuya caña de jazmin estaba enriquecida con círculos de oro incrustados de piedras preciosas.

Entonces el poeta Abounavas cogió un *tambourah* (2) y se puso á cantar la *ghazel* (3) siguiente:

Alí es el orgullo y la alegría de Bagdad, y él solo reune la belleza, el talento y la ciencia; Alí es el primero de los hijos, el rey de las reuniones.

»¿Qué mortal se atreveria á luchar con él en grandeza y generosidad? Enumerar las pruebas de su magnificencia seria contar las gotas del rocío, las arenas que tiene el mar en su seno.

»¿Hay un palacio adornado con mas gusto y magnificencia que el de Alí? ¿Hay un jardin cuyas flores sean mas olorosas y cuyas alamedas sean mas sombrías que en el suyo?

»Por sus liberalidades encadena los corazones de sus inferiores y

(1) Pipa persa.
(2) Especie de guitarra.
(3) Especie de oda.

de sus iguales; todos sus esclavos son sus amigos, todos sus amigos sus esclavos.

»Allí es el orgullo y la alegria de Bagdad; solo él reune la bel'eza, el talento y la ciencia. Allí es el primero de los hijos de las reinas de las fiestas.

Mientras que Abonnavas cantaba, la sonrisa del orgullo satisfecho asomaba á los labios de Alí. En cuanto concluyó la última estrofa, le fué imposible contenerse, y quitándose del dedo un anillo en que brillaba un diamante de gran precio, le puso en el del poeta cuyos versos habian cautivado su oido de una manera tan deliciosa.

(Continuará.)

EL CABALLERO BANDA AZUL.

PARTE PRIMERA.

EL CASTILLO DE MAQUEDA.

¡Cuantos serán los viajeros, y en particular los hijos de Estremadura, que partiendo de Badajoz á Madrid, ó vice-versa, habrán pasado con punible indiferencia tocando con las murallas del antiguo castillo de Maqueda, situado entre Santa Olalla y Santa Cruz del Retamar!.... Pues bien: no vuelvas, viajero, á las inmediaciones de ese castillo sin rendirle un momento al menos de contemplacion y de respeto!... Sus murallones, hoy medio derruidos, sus rotas almenas, sobre las cuales avanzan ya la verde yedra, el espinoso zarzal y otros cien vejetales silvestres, ínterin las aves nocturnas, únicas moradoras de este solitario monumento, infunden con su monótono canto pavor y melancólicas impresiones; esos murallones, repetimos, fueron en otros dias un glorioso baluarte de heroismo y de virtuosos sufrimientos, que vienen hace algunos siglos embelleciendo las páginas de nuestra historia!.... Entre esos escombros esparcidos hoy por doquiera habitó su fundadora la reina doña Berenguela, y se almacenaron las armas que Colon llevó al descubrimiento de un nuevo mundo. Bajo de su techo pasó Pizarro algunos dias haciendo sus preparativos para la famosa conquista del Perú. Tambien los caballeros de Alcántara ennoblecieron allí sus estandartes resistiendo un largo sitio que hubo de costar la vida del jefe árabe que comandaba á los sitiadores, quienes derrotados y perseguidos salvaron sus vidas mediante una vergonzosa fuga. Los hijos de don Juan el segundo sufrieron en esas almenas algunos años de cautividad, conservándose aun restos de un salon llamado de los *Infantes*, entre cuyos seculares paredones la escelsa Isabel la Católica y su hermano don Alonso vieron correr muchos dias de su infancia.

Todos estos títulos y escenas hacen del castillo de Maqueda un monumento de admiracion y de gloria que no merecen ser desconocidos, ni mucho menos que pase el viajero por esas derrumbadas almenas y truncados torreones sin saludar con respeto esas ilustres ruinas que hoy nosotros, valiéndonos del mágico poder que se confiere al poeta, vamos á reedificar de nuevo para dar principio á nuestro trabajo literario.

LA HIJA DE SANCHO PEREZ.

En 1485 el castillo de Maqueda era un palacio-castillo de no escasa consideracion. Su esterior le daba un respetable aspecto de una invencible fortaleza, en cuyas elevadas almenas y duplicados torreones se veian brillar las plateadas armaduras de sus guardadores, mientras que en el silencio de la noche la voz de *¡alerta!* repetida de cuarto en cuarto de hora por numerosos vigías, daba á conocer la estremada vigilancia que de su custodia se tenia. Su interior estaba compuesto de numerosas habitaciones, adornadas con mucho arte y delicado gusto, y que revelaban en su majestuoso porte que la mansion fué de esclarecidos personajes pertenecientes á la corona de Castilla.

Con la investidura de gobernador hacia un año mandaba en el castillo y sus inmediaciones el famoso capitan Sancho Perez, marqués del Riazal, y uno de los esforzados adalides en Italia bajo las órdenes de Gonzalo Pizarro. Sus eminentes servicios, y sobre todo su constante adhesion á la reina Isabel la Católica durante las intrigas de Beltran de la Cueva, le habian proporcionado el alto puesto de gobernador del castillo de Maqueda, fortaleza que era en la época á que nos referimos un gran almacen y arsenal que proveia de armas á las huestes invencibles que tomando una á una las ciudades del reino de Granada, se habian de entronizar al fin en la misma capital del infortunado Boabdil.

Era el capitan Sancho Perez un hombre de sesenta años, de venerables canas. Su semblante tenia cierta aspereza propia del tipo guerrero de aquellos adalides que vivian de hierro: sin embargo, su corazon era bondadoso en medio de sus bélicos instintos; y si bien cuando armado de todas armas, montado en su fogoso caballo, eran su espada y lanza el terrible signo de la destruccion de los árabes, cuando regresaba de sus campañas y estrechaba el talle de silfide de su hija única Clotilde, entonces sus miradas de fuego en la batalla se cambiaban por otras de una dulzura paternal que arrancaban del rostro del marqués toda su habitual fiereza é imponente aspecto.

Componíase la gente de armas del castillo de Maqueda de un escuadron de lanzas reales de cien ginetes, en cuyas filas ondeaba el pendon señorial del marqués del Riazal, y de quinientos peones entre arqueros y ballesteros.

Habia además un gran número de pajes, escuderos, maestres de sala, que en union de una dueña, varias doncellas y criadas, formaban una numerosa y espléndida servidumbre.

Era Clotilde una jóven de cinco lustros, preciosa edad en la mujer, en la cual se tienen los encantos de una vírgen de diez y ocho años, y se posee la madurez y prudencia de que no se goza en la primera época de la adolescencia. Su estatura mas que mediana le daba un aire majestuoso, realzado por unos ojos negros árabes de mirada eléctrica y fascinadora, enceladas por luengas pestañas de ébano. Del lado interior de sus labios delgados y recogidos, que formaban una boca pequeña y preciosa, se veia aparecer una dentadura menuda y de blanco marfil que resaltaba mas con el sonrosado de sus labios coralinos. Su nariz aguileña daba asiento á una frente espaciosa cercada por el interior de dos cejas arqueadas y bonitas, ínterin por el lado superior se destacaba poblada y negra cabellera, que formando caprichosas trenzas, acababan de hacer de la bella vírgen Magdalena una de esas Venus que debemos á los ricos pinceles de Murillo y de Rubens. Su faz se veia de continuo ligeramente sombreada por una tinta melancólica, que en vez de menoscabar su belleza ideal, la hacia á los ojos de un observador mas simpática y encantadora. Su carácter apacible y bondadoso la tenia grangeado el respeto y admiracion de sus numerosos criados, al par que los rasgos humanitarios de su alma sublime y filantrópico corazon la valieron el amor de sus feudos y la adoracion en particular de los aldeanos de Maqueda, quienes la titulaban *Consolacion*. Efectivamente, el mejor blason de Sancho Perez eran los elevados sentimientos de Clotilde: así es que el vasallo perseguido, el apurado colono, el soldado olvidadoso de sus deberes y espuesto á un terrible castigo, el anciano, la desvalida viuda, la desamparada huérfana, todos acudian á ella en sus horas de afliccion, encontrando todos *consuelo* á sus pesares y un *paño de lágrimas* en su jóven y querida señora. ¡Cuántas veces las súplicas de Clotilde, templando el primer ímpetu del marqués, arrancaban de este la pluma que iba á firmar una sentencia de muerte, una prision, ó tal vez una espulsion de propiedad! ¡Cuántas no llegó llorando á sus plantas el oprimido colono, y se alejó luego del castillo ébrio de alegría y bendiciendo la protectora mano que le perdonára sus atrasos y disminuyera en una tercera parte la feudal imposicion!

UNA TERTULIA EN AQUELLOS TIEMPOS.

Era una noche del mes de diciembre de 1485. Un terrible vendabal reinaba en la atmósfera: el cielo, encapotado de negros nubarrones, despedia de sus preñados senos torrentes de agua fria ó semicongelada, que se desprendian á veces algunos copos de nieve. La aldea de Maqueda dormitaba, cuyo sepulcral silencio solia interrumpirse por la voz de alerta de los *atalayas* del castillo, quienes obligados por un estricto deber militar vigilaban desde sus torrecillas de piedra de granito todas las avenidas que conducian á la fortaleza. Semiembozados en sus *tabardos* de paño fuerte con forros de bayeta morada, embrazada la adarga, y empuñada la pica ó la ballesta, ya aplicaban cuidadosos el oido, ó se paseaban por las almenas despreciando la intemperie helada que se hacia sentir.

Serian las diez de la noche, hora en la cual se encontraban en una de las habitaciones del castillo Sancho Perez, su hija y algunos jefes de la guarnicion de la fortaleza. La espaciosa sala en que se verificaba esta reunion era una pieza cuadrilonga, tapizada con ensambladuras doradas, de ajimeces festoneados y caprichos sostenidos por elegantes columnas de mármol con magníficos sillones guarnecidos de clavos de ancha cabeza de plata, una mesa descomunal sosteniendo un espejo de acerado marco, y cuatro lámparas de plateado bronce colgadas del techo con mecheros dorados en los cuales ardian ocho velas de cera; una chimenea de grandes dimensiones comunicaba en fin á esta habitacion agradable una temperatura que hacia olvidar la glacial á que estaban espuestos los vigilantes centinelas.

Próximo á la consoladora accion del fuego estaba un estrado que ocupaban Sancho Perez y su hija; dos caballeros seguian á su izquierda sentados en sillones colocados en semicírculo, que cerraba una mesa de luciente nogal, alrededor de la cual se agrupaban varios jefes de la guarnicion. Todos, incluso Sancho Perez, usaban sayos de vellorí verde ó ceniciento, calzas de grana y borceguíes de ante con doradas espuelas. Las largas y recogidas cabelleras estaban descubiertas como un signo de galanteria hácia Clotilde y de respeto al anciano capitan. Este cubria sus nevados cabellos con un birrete de orla dorada, y de su cin-

turon de brocado pendia la limosnera y su espada cortesana, cincelada con empuñadura de oro, interin ceñian los caballeros un talabardo de cuero hervido del que colgaba una escarcela, la espada y una daga pequeña.

El traje de la interesante Clotilde, en esta noche muy sencillo, pues que se componia de *brial* ó sobretodo largo y blanco de mangas perdidas, una falda azul con bordados de seda y chapines de caprichosas labores que delineaban su pequeño y lindo pie. Sobre sus trenzas de ébano habia una toquilla que bajaba hasta el cuello, en el que brillaban as perlas de un rico collar promediado por una cruz de diamantes que descendia hasta perderse casi en el púdico seno de la vírgen.

Interin los jefes que se agrupaban á la mesa con permiso de su capitan, se entretenian en atravesar al azar de los dados algunos *enriques* y *doblas*, Sancho Perez, su hija y los dos caballeros que estaban á su lado, sostenian animada conversacion, que nosotros vamos á escuchar por un momento.

—¿Nos engañará ese hombre, buen Nuño? preguntó el gobernador al mas jóven, de tez morena y negros bigotes.

—¡Ah capitan! respondió éste con acento que marcara la seguridad de su respuesta, mañana la cabeza de *Banda Azul* será en nuestro poder.

—¿Y por qué tanto rigor, querido padre? dijo Clotilde asiendo la nervuda mano de Sancho Perez.

—Porque ese es el premio de los bandidos, repuso este con bronca voz y enrojecido ligeramente su semblante por sus impresiones de interior venganza.

—¡Un bandido! replicó Clotilde; ¿qué pruebas tenemos para juzgarle tan desapiadadamente?

—Su agresion de antes de ayer á nuestra gente.... señora.... dijo D. Nuño.

—La muerte del alférez Hernan-Carrillo.... añadió el otro caballero.

—Oh! sí, sí, esclamó Sancho Perez dando una fuerte palmada sobre sus calzas de grana. Todo eso pide sangre... y sangre habrá....

—Juzgaba que la provocacion, contestó Clotilde, partiendo de Hernan-Carrillo, seria un motivo que atenuase el delito de *Banda Azul*.

—¡Oh! dijo su padre con visible disgusto por las réplicas de su hija, las mujeres siempre estais por lo misterioso y por la clemencia; pero hay ocasiones como la presente en que las consecuencias de mi bondad rebajarian la autoridad que se me ha confiado como gobernador de esta fortaleza y de sus inmediaciones. Si *Banda Azul* fuese un caballero de linaje, la lanza de Sancho Perez se encargaria en buena lid de imponerle el merecido castigo á tamaña ofensa; pero como es un bandido, ó por lo menos un miserable aventurero, es preciso para no manchar nuestras espadas *cazarlo* á la manera que se caza por nuestros monteros á un furioso jabalí.

—Si *Banda Azul* tuviese un noble orígen, contestó D. Nuño retorciéndose con la mano derecha sus poblados bigotes, entonces no consentiriamos que vuestros dias, tan preciosos para la patria y para doña Clotilde, se fuesen á malograr en un combate de *gola á gola*, porque esas escaramuzas nos pertenecen á los jóvenes oficiales que tenemos la honra de militar bajo las órdenes de nuestro ilustre capitan.

Sancho Perez demostró en su rostro grave lo grato que le habia sido el lenguaje del jóven caballero: interin Clotilde, desaprobando los pensamientos de D. Nuño, y mucho mas la celada y castigo que se preparaba á *Banda Azul*, guardó silencio, esperando á poner en ejecucion un plan de salvacion que acababa de concebir.

Media hora despues todos se habian retirado á sus respectivos departamentos. Sancho Perez hacia en un reclinatorio la oracion de la noche, y Clotilde rodeada de sus doncellas se desnudaba de su blanco brial y azulada falda.

El gótico salon estaba silencioso con la marcha de los jugadores, las velas de las lámparas apagadas, y el fuego de la chimenea habia desaparecido.

ALGO SOBRE BANDA AZUL.

Seis meses anteriores á la época en que tratamos hacia que á consecuencia de la persecucion de los Reyes Católicos, treinta ginetes árabes descolgándose de los Pedroches de Córdoba, sierras del Almaden y Guadalupe, se dejáran ver en la pintoresca vega del Tajo: unas veces asolaban los campos de Talavera, otras se acercaban á tiro de ballesta del castillo de Maqueda, y siempre dejando una terrible huella de sangre, luto y desolacion. Los repetidos esfuerzos de Sancho Perez y de otros señores feudales de aquellas comarcas habian sido infructuosos en razon á que el jefe de los árabes, muy conocedor del terreno, esquivaba con maestría todo encuentro que le pudiera ser desfavorable.

Cierto dia despues de un mes de general consternacion corrió la voz en el castillo de Maqueda que á las faldas de sierras de San Pedro la banda de árabes habia sucumbido en su totalidad. El adalid que habia hecho tan grande servicio al pais, era un caballero desconocido y á quien obedecian diez hombres de armas. Esta feliz nueva, comprobada despues con los hechos, escitó, como era natural, la curiosidad de todo los habitantes, y en especial la de los señores feudales y apuestos caballeros que en vano habian perseguido á los ginetes moriscos.

Sin embargo de esto, pocas personas habian tenido el placer de ver al incógnito guerrero, á quien solo seguian ya cinco hombres en virtud de haber sucumbido los demás en el reñido encuentro con los árabes. Los que debian á un acaso ver al caballero, solo podian manifestar que era un adalid de luciente arnés, con yelmo de plateado acero, del que caian lambrequines y cintas azules, á la par que de su cimera pendia un hermoso penacho azul y sobre su armadura una *azulada banda* con este misterioso mote: «*quiero mas.*» Su abroquelado escudo no tenia signo heráldico, y solamente en su dorado campo este lema: «*Todo por ella y para ella.*» Resguardaban sus piernas y muslos mallas y borceguíes de ante con grandes espuelas doradas; dos estrellones de plata cubrian y ornaban sus pies, interin de su *talabarda* de cuero cordobés pendia una tizona de empuñadura y manoplas de hierro colado. Nadie podia decir tampoco su edad, ni dar señas de su semblante, que cubria de continuo la calada visera de su resplandeciente yelmo. Una limosnera, una corneta de marfil y su invencible lanza formaba todo su equipo militar, al que daba mayor realce la fogosidad y hermosura de su caballo negro, malla mora, y acaparazonado por brillantes lorigas metálicas.

Esta misteriosa conducta, su hecho de armas con la falange morisca, no podian menos de escitar las simpatías de las damas, y cierta animadversion por sus galantes caballeros, resultando de aquí que el jóven alférez Hernan Carrillo acometiese sin justificado motivo á *Banda Azul* y sus cinco compañeros, de cuyo temerario encuentro resultó la muerte de Hernan, de quince de sus guerreros y de los cinco armados que defendian á *Banda Azul*, quien á pesar de dirigirse contra él todos los ataques de sus adversarios, fue el único que salió con vida de aquella escena de esterminio.

Este funesto acontecimiento, en el que se habia obligado á tomar parte á *Banda Azul*, era el que pensaba castigar Sancho Perez, para cuyo logro D. Nuño no se descuidó en pintar el hecho con opuestos colores, esperando por este fin medio de vengarse de las simpatías que Clotilde mostrára por el incógnito caballero, mientras que para el que suspiraba de amor por la bella castellana, solo merecia de esta una marcada frialdad con honores de desdeñosos desprecios.

DE CÓMO LOS HOMBRES RODANDO AL FIN SE ENCUENTRAN.

En la misma noche que se trataba en el gótico salon del castillo de Maqueda de la destruccion de *Banda Azul*, este, que ignoraba el motivo de la agresion de Hernan, y tambien la clase y procedencia de los contrarios que le habian tan bruscamente acometido reduciéndole á marchar y contramarchar por los bosques llamados hoy del Infantado, llegó al fin á poco de oscurecer á las puertas de una solitaria ermita que se alzaba en medio de aquellos desiertos montuosos por los cuales habia vagado por espacio de cuarenta y ocho horas.

El caballero tocó á la cerrada puerta con el férreo regaton de su lanza, choque que produjera en el interior de la bóveda del templo un sonido fuerte que se fué repitiendo hasta una pequeña cocinita colocada al lado estremo de la ermita.

—¿Quien vá? preguntó de la parte de adentro una voz bronca y marcadamente varonil, á la par que por entre los maderos de la puerta se advertian los rayos de una luz artificial.

—Hermano, respondió el incógnito, soy un caballero que os pide asilo por una noche.

La puerta se abrió, y mientras el cenobita fijaba su mirada sobre las resplandecientes armas del caballero, este con igual velocidad y al través de la rejilla de su calada visera recorrió sus miradas por el talar ropon burdo y pardo del ermitaño, por sus facciones marcadas con las huellas de una edad sexagenaria, y casi ocultas por la estensa barba blanca que tocaba á la mitad del pecho.

—Venid, hermano, dijo el cenobita despues de saludarse y tomar tierra el incógnito ginete.

El sonido de las espuelas de este al marchar indicó que obedecia la órden del anacoreta, el cual haciendo guia con un farolillo de una sola luz, le condujo por algunos segundos alrededor del edificio, parándose al fin ante una pequeña puerta que no tuvo el mas cómodo paso para el guerrero y su corcel, los cuales tuvieron que inclinarse para conseguir penetrar en el interior.

Luego que colocaron el negro caballo en una reducida cuadra que el cenobita improvisó para una noche, se encaminaron los dos personajes á la cocinita, que era una bonita pieza de toscas y almenadas paredes, de techo abovedado, pero ennegrecido, y en cuyo humilde hogar sin otra chimenea que una abertura ovalada chisporroteaban algunos trozos de seca encina.

—Tomad asiento, dijo el ermitaño señalando al guerrero una po-

yata al lado derecho del hogar y fabricada con ladrillo y cal que cubria un áspero esterillo de mal trabajada anea.

El incógnito obedeció, y posesionado del duro asiento, se despojó una á una de las principales piezas de su armadura, que en union de su espada y escudo puso en unas enormes estacas colocadas á su inmediacion por la previsora mano del anacoreta, con el fin de secar sus ropones cuando regresaba en tiempo húmedo de sus espediciones á las aldeas circunvecinas. Durante aquesta operacion, en la cual el caballero empleó un largo espacio de tiempo, el cenobita habia ido á tomar algunas provisiones de su reposteria, y cuando en un plato regresaba con ellas, al divisar el rostro de su huésped palideció, ínterin que sus labios se volvieron cárdenos á impulsos de la concentrada ira que súbitamente se habia desarrollado en su corazon, que principió á latir con violencia bajo su oscuro y tosco ropaje. El desconocido, ocupado en desprender los hebillones de sus espuelas, no solamente no se apercibió de las revoluciones que sufriera el rostro de su compañero, sino que aun no vió la terrible amenaza que el anacoreta lanzó con su torva mirada al descuidado caballero.

—*Los hombres rodando al fin se encuentran*!—murmuró el ermitaño acercándose á una mesa.

El casi imperceptible eco de estas palabras llegó á los oidos de su huésped, haciendo á este dirigir su vista al sitio que ocupaba el cenobita, quien advertido de su imprudencia, sagaz como una ardilla, siguió hablando en voz baja y dirigiendo su accion á un perrillo dogo, que puestas las manos al borde de la mesa se impacientaba con el olfato que percibia de las anchas presas de jamon que su amo cortaba con un enorme cuchillo.

El caballero, engañado con esta estratagema del ermitaño, continuó tranquilo y con las manos estendidas en direccion del fuego. El anacoreta, tan luego como terminó su tarea culinaria, cuyo tiempo fué para él muy precioso para ocultar los feroces sentimientos que se habian despiegado en su alma, se acercó al hogar, y arremangado de sa largo ropon que prendiera á una correa que sujetaba su cinturon, dió principio á freir en una sarten las nada pequeñas lonjas de jamon.

La distancia que separaba á estos personajes era tan corta, que los borceguíes del huesped tocaban en las sandalias del cenobita. Este fijó de nuevo sus ojillos hundidos y pequeños sobre el rostro del caballero, el cual representaba una edad de veintiecinco años: sus facciones juveniles y ligeramente tostadas por la influencia de los rayos del sol, le daban un aspecto marcial que aumentaba mas y mas su negro y sedoso bigote quejen dos hermosisimos rizos le bajaban casi hasta la mitad del pecho. Sus ojos de un negro azabachado despedian una mirada vigorosa, pero espresiva y simpática hasta el estremo que no podia mirar impunemente ninguna dama. Sus negros y largos cabellos divididos en el occipital por una blanca raya, caian ondulantes y con cierta coquetería á los dos lados: por últ mo, su guerrera apostura y gallarda talla completaban uno de aquellos tipos caballerescos de la edad media, y que hoy nos interesan cuando los vemos reproducidos por los pinceles de nuestros hábiles artistas.

(Continuará.)

A LA SERMA. SEÑORA INFANTA
DOÑA MARIA LUISA DE BORBON,
FUNDADORA DE LA SOCIEDAD DE ASISTENCIA DOMICILIARIA.

Señora, recibid la humilde ofrenda
De mi entusiasmo en vuestro altar; mi lira
No es digna de entonar vuestra alabanza;
Mas logre el sentimiento que me inspira
Lo que mi pobre inspiracion no alcanza.
Visité la mansion de la pobreza,
Y allí halle vuestra imágen
Cual la de un genio tutelar: su calma
El desvalido en vuestro amparo fia,
Y cuenta al que le sigue cada dia
Una nueva virtud de vuestra alma.
Por vos vuelve á la fé quien en su duelo
Acaso maldecia su existencia;
Que en vos hallando el ángel de consuelo
Vuelve á creer en la sacra providencia.
Y qué ¿no sois un ángel? Os dió el cielo
A la par la belleza y la ternura,
La poesía del cuerpo y la del alma:
Dos alascon que alzaron á la altura
Junto al trono os sentais y os da derecho
A él aun mas que la ley vuestra alma bella;
Que digna es de ocupar un trono aquella
A quien el pueblo un ara alza en su pecho,
Oh señora! ese altar es el mas santo;
No hay trono que le iguale.
Que ningun trono vale
Lo que una sola lágrima del llanto
De gratitud que á vuestras plantas vierte
El pueblo de mi amada Andalucía.
El su amor os ofrece arrodillado,
La flor mas bella que en su suelo cria;
El en su corazon conserva al lado
Del nombre de María,
El nombre de Luisa idolatrado.
¡Debeis ser muy feliz! Y si oye el cielo
La ferviente oracion de la pobreza,
De enojos librará vuestra grandeza,
Porque al pobre librais del desconsuelo;
Y á sus hijos, mostrándoos con ternura,
Dirá la madre, con afan profundo:
Su virtud ha labrado su ventura.
Adoradla: es un ángel en el mundo!

PABLO GAMBARA.

A UNA DESDEÑOSA.
ODA SAFICA.

No mas tormentos á mi amor prepares,
Ni mas pesares con desden fingido
Destines, cruda, al que por tí tan solo
Vive y suspira.
Si preso he sido en tu amorosa llama,
Y á tí la fama te celebra, hermosa,
Entre las bellas, la que al Dios Cupido
Rinde mas culto;
¿Por qué dilatas mi ideal ventura,
Y la ternura, que impaciente aguardo
Esquiva ingrata, á mi ardoroso pecho
Llegar no haces?
Acoge afable mi humilloso ruego:
Llégate luego, llégate á mis brazos,
Donde te espera del amor mas fino
La mayor prueba.

M. C. 1833.

CUESTIONES ANAGRAMATICAS
DE GEOGRAFÍA É HISTORIA.

Solucion de la publicada en el número anterior.

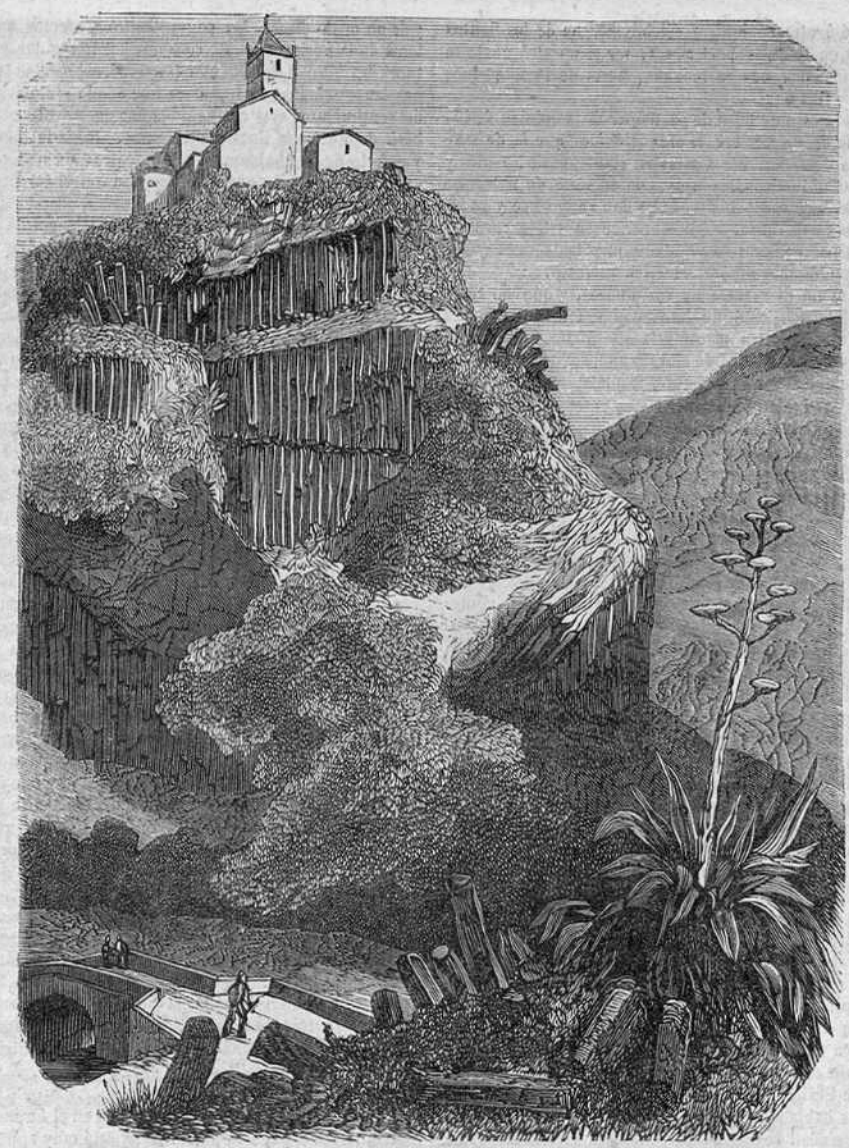
ISSTTCMELEO.	Temístocles.
AAACUTLYD.	Calatayud.
MNNOAAEG.	Agamenon.
NNOSEPIA.	Apeninos.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



LA ROCA DE CASTEL-FOLLIT EN CATALUÑA.

ESTUDIOS LITERARIOS.

TEATRO ANTIGUO.

ARTICULO QUINTO.

(Conclusion.)

Sentimos en efecto, y muy mucho, la imposibilidad existente en Atenas de ver bonitas caras en el escenario, y aun en el teatro donde raras veces se encontraban.

Pero es un hecho, y si no díganlo quienes leyeren estas malas cosas que escribimos, que nosotros en último análisis, pues hemos de ser francos, vamos al teatro á contemplar absortos la linda faz, el esbelto talle, el diminuto pié ó el gracioso garbo y coqueto decir de las actrices, cosa mas amena, mas interesante que el flexible octosílabo de la comedia, aunque mane fluido y ameno de la pluma de Eguilaz, ó la almibarada prosa del drama: nosotros, que en resumidas cuentas vamos á aquel templo de las Musas á hacer segun nuestro peculiar gusto y la escuela que seguimos en esta materia, un estudio de la belleza femenina, asemejando la dama que mas nos place y conviene, si estamos por las rubias, á cualquiera de esas famosas que nos ofrece la historia: á Laura, á Beatriz, á Angélica, á la Fornarina, que inspiraron el génio de Petrarca, del Dante, del Ariosto y de Rafael: ó á Diana de Poitiers, á Gabriela d'Estrées, á Julia d'Etange, á Inés Sorel, bellas y coquetas Dulcineas que inspiraron cosas, á la verdad menos santas que el génio y menos inocentes que la hidalga del Toboso, esto es, los caballerescos amores de un rey del siglo XVI, Enrique IV de Francia: y remontándonos hasta el mundo antiguo, hasta la misma Atenas que nos ocupa, asemejando nuestra dama á Friné, que servia de modelo á Apeles para sus cuadros y á Praxiteles para sus estatuas, y ofrecia reedificar ciudades con el producto de sus amores, ó á Aspasia, la *Ninon de Lenclos* de Atenas, y que cortejaban con sano intento y sólidas miras, Pericles, Alcibiades y el virtuoso Sócrates.

Pues todas estas damas eran de un hermoso rubio claro, como el de esas vírgenes humanas que se crian poéticas y sentimentales, bajo el vaporoso cielo de la fria Albion.

O si estamos por las morenas, que esta es la mas seguida opinion entre los españoles, asimilaremos la morena actriz que mas nos guste á Lais que se quejaba amargamente, llevada de su *natural pudor* de que Diógenes y otros filósofos de Corinto padeciesen diariamente la equivocacion de tomar el camino de su casa, en vez del de las aulas abandonadas: ó á Melania que tenia revuelta á toda la bella juventud de la misma ciudad: ó á Cintia, Libia, Lesbia, y otras célebres morenas romanas que servian de fáciles musas á Propercio, Horacio y Cátulo: ó como suele suceder que á nosotros descendientes de árabes nos gustan las morenas orientales, los tipos hebreos que son los mas perfilados de todos, considerar si la morena en cuestion se reproduce en Rebeca ó Raquel, en Abigail ó en Tamar, en Susana ó en Noemi, en

Zoleika ó en Betsabé ú otra cualquiera célebre morena de los Santos Libros: ó por fin, y en tiempos posteriores, ver si nuestro gusto se retrata en las históricas morenas castellanas, María de Padilla, Inés de Castro ó Leonor de Guzman.

Nosotros, que estamos muy lejos de participar de la opinion de Ifigenia, *de que la vida de un hombre es mas preciosa que la de muchas mujeres*, y que deseamos ver á estas en el escenario, reales y verdaderas, tal como naturaleza las hizo, con su série de naturales atractivos, que en las sociedades modernas les dan valimiento y poder siempre igual, á veces superior al del hombre, en su triple carácter de madres, hijas ó esposas; nosotros, que miramos las cosas bajo tal punto de vista, no hubiésemos seguramente ido al teatro.

Ya que ahora este no es escuela de costumbres, y que no tiene ningun carácter social, político ó religioso, y ni aun frecuentemente literario; ya que no hiere nuestra mente y la afecta con el desarrollo gradual que verifica delante de ella, de ideas grandes, enérgicas, elevadas, y eficaces, de aplicacion inmediata y fecunda, en el desenvolvimiento de la triple actividad humana; ya que no es cosa pública y absoluta, sino privada y relativa, sujeta á las mil peripecias é incidentes que envuelven los tiempos y circunstancias en que se encuentra; ya que carece de término racional, de utilidad provechosa y civilizadora, y está falto de significacion y prestigio, queremos al menos que tenga el vulgar y pobre objeto de distraer nuestra cansada fantasía. Y en justa compensacion, hemos dado al teatro moderno todo el acopio de poder y fuerza de sentimiento, que con notable perjuicio nuestro, hemos sustraido á la inteligencia.

Nosotros los modernos bogamos, viento en popa, en el ancho mar del sentimentalismo.

¿Se dirá acaso, porque para todo existen objeciones, que si, dada la posibilidad material de llevarlo á cabo, hubiesen subido á las tablas, en Atenas, mujeres dotadas de un conjunto de prendas tan relevantes como las que se unian en Neera, Pitionice, Aspasia, Lais, Lacteni, Teodata, Friné, Glicera, Gnatene y otras, se dirá acaso que los atenienses, insensibles á tantos atractivos, hubiesen disminuido su aficion al teatro, por aquello de tomar parte en él un ser tan indignamente clasificado como objeto de lujo y comodidad? No podemos creerlo.

Un pueblo tan galante, tan culto é ilustrado como el ateniense, que con tan esquisita delicadeza trataba á las damas, no se hubiese á buen seguro enojado de su aparicion en la escena, sacrificando de este modo sus sentimientos de gusto y belleza á la estéril abstraccion de sus ideas filosóficas y políticas.

El que aquel teatro solo se refiriese al hombre público, al ciudadano, al hombre legal, en sus relaciones con la patria y sociedad, no implica la negacion absoluta de todo afecto noble, de todo impulso elevado y digno del corazon.

Y nuestra opinion afirmativa adquiere mayores grados de fuerza, al considerar la época en que los atenienses hubiesen tenido ocasion de apreciar lo que valia en la escena la presencia de la mujer.

El siglo de oro de Péricles, en que florecieron los ingenios dramáticos de que venimos hablando, fué el siglo de oro del sexo femenino en Atenas. En esta ciudad se reproducia entonces el fenómeno que mas tarde se reprodujo en Constantinopla, en los últimos dias del imperio de Oriente; en Roma en los siglos X y XVI; en París en los famosos tiempos de Luis XIV y Luis XV; y en nuestra actual capital de la monarquía española, en los muy pobres de Felipe IV y Felipe V, esto es, en el reinado de las mujeres. Aspasia, Zoé, Teodora, Lucrecia Borgia, la Valliére, la Montespan, la Du Barry, la Pompadour, la bella Calderona y la princesa de los Urtinos, son nombres que revelan, en sus respectivos paises, una época gloriosa para el sexo que representan.

En Atenas, los salones de las célebres bellezas ya mencionadas eran el punto de reunion, el *rendez-vous* adonde con galante afan acudian presurosas todas las altas reputaciones contemporáneas: veianse allí congregados, arrastrando los últimos restos de una virtud moribunda á los pies de una mujer que les vendia sus caricias, magistrados, generales, literatos, artistas, filósofos, poetas, senadores, y demás altos personajes de aquella culta sociedad. Espléndidos festines, conversaciones llenas de un esquisito perfume de galantería, alegres danzas y cantos cuyo lírico desórden se perdia en las abrasadoras regiones del amor, lectura y apreciacion literaria de aquellos poetas de fácil imaginacion que se habian mostrado menos *casuitas* en motivos morales; hé aquí las amenas ocupaciones de estas *soirées* aristocráticos.

Veáse pues el muy importante papel que desempeñaban en aquella sociedad las mujeres, y en vista de esto dedúzcase cuán bien encaminados nos hallamos al sostener que estas, si posible hubiese sido, no hubiesen desmerecido del concepto que tenian entre los atenienses, al tomar en la escena el carácter de actrices.

La ventaja que nuestro moderno teatro lleva al antiguo, de tener actores que por su espresion natural, traduzcan bien ó mal, que lo último sucede con mayor frecuencia, pero que al fin traduzcan á su modo, y de un modo directo los pensamientos y afectos que lleva consigo el tema de la accion teatral, cosa que por lo regular y en razon á la natural flexibilidad del carácter femenino, sobresalen las mujeres, al menos las españolas, esta ventaja que afecta esclusivamente á la ilusion del sentimiento, está compensada por un defecto notable que es el de herir de muerte la ilusion intelectual, razonada, filosófica. La ventaja y defecto de que hablamos, se encuentra, sin necesidad de esplicarlo, en razon directa, en analogía rigurosa con el carácter y tendencias de ambos teatros.

Nosotros no osamos, sin tener la conciencia de que cometemos un crimen de lesa moralidad, separar el corazon de la inteligencia, el sentimiento de la idea: que en ello estriban, la originalidad, la santidad y escelencia de nuestro arte. Los antiguos solo contaron con la idea, solo se atuvieron á ella: el satisfacer sus naturales exigencias, fué la constante mira, el bello ideal de sus ciencias y artes. Hombres de fibra fuerte y vigorosa, dejaron al corazon debilitarse, consumirse, deshacerse, en ocio vano, estéril, imponente.

El actor moderno, por mas que sujete su rostro á las tiránicas exigencias de tiempos y circunstancias, por mas que obligue al traje obediente á que imprima á su persona el sello de la época en que pasa la accion, no puede impedir que nos descubra la faz amiga, indiferente ó antipática de D. Fulano de tal, cuya genealogía y aventuras conocemos y sabemos mejor que el catecismo: porque segun parece, el tener abundancia de datos biográficos acerca de los señores y damas que suben á las tablas, constituye entre los elegantes eruditos modernos, una de las condiciones de buena educacion social Esto como se ve, solo puede crear una ilusion artística en el terreno del sentimiento.

Veis á ese actor con calzas de terciopelo carmesí, zapatos de raso con alto tacon encarnado, jubon de belarte, capa lombarda con alto collar, anchas lechuguillas, sombrero de fieltro con trenzas de seda y oro, y ancha pluma que ondea graciosa, barba larga y pelo cortado, y espada pendiente de un rico guadamací; pues bien, ese actor, que hace de D. Sancho Ortiz de las Roelas, en la *Estrella de Sevilla* de Lope, es D. N. de N., que á todos nos es muy conocido.

Veis ahora á esa otra dama, que lleva saya de grana á la francesa con tiras de seda, manto de terciopelo, cofia á la portuguesa, manillas de esmalte, ceñidor de oro, collar de gruesas perlas y ricos zarzillos de aljofar; pues esa dama que hace de Leonor en la comedia de Montalban, *Lo que son juicios del cielo*, se llama doña L. de L., cuya aventurea vida está ya escrita en los almanaques cómicos.

Veis á ese otro actor tan lujosamente vestido, con multitud de adornos en el trage, con bolillos, randas, cadenillas, pasadillos, abollados de plata y oro falso, bohemio de seda, calzas acuchilladas, rica golilla, sombrero guarnecido de cadenas, cintillos de oro, camafeos y perlas, zapatos con varillas doradas claveteadas con diamantes, talabarte con caireles y pasamanos de plata, gran mostacho y larga perilla, que hace de galan enamorado, de D. Juan que corteja y requiebra á doña Violante en la *Villana de Vallecas* de Tirso, pues es D. X de X, cuya vida y milagros de nadie es ignorada.

No reparais, en fin, en esa dama que en el *Exámen de maridos*, de Alarcon, hace el papel de doña Inés, y está muy apuesta y emperegilada con basquiña de paño frisado, con guardainfantes, ó verdugados y pollera, con almirante y duque, con patena, joyel y ajorca, mangas de punto de aguja, tocado con cabos de oro, chapines con varillas del mismo metal, y cosas lujosas por el estilo y segun la antigua usanza española del siglo XVII, y que no siempre ha sido actriz, sino que ha ejercido la profesion, que segun el pícaro Quevedo ejercen las mujeres que se casan con zapateros:

> Solo se casa ya algun zapatero
> Porque á la obra ayudan las mujeres.
> Y ellas ganan con. . . . . .

no lo decimos de puro malo. Pues esa elegante dama, cuyos antecedentes nos son ya tan familiares, es doña H. de H., que dicen es mujer de un amigo íntimo de su marido.

Y en los tiempos actuales ese jóven actor que hace de *Floridore* en la comedia de Delavigne *Les Comédiens*, vestido á la última moda francesa de 1824, frac-cola de pescado: pantalon ancho á la prusiana: zapato punteagudo á lo Luis XIV: chaleco blanco á los Robespierre: corbata-Richelieu, sombrero-tres-por-ciento, pelo Cárlos X pegado á la frente, y patilla cortada á lo Guiche, ese es don R. T, descendiente por línea recta de Bonnet ó de Dumas, actores afamados del primer tiempo napoleónico.

Figurémonos ahora otro actor que hace de Agamemnom, en la tragedia de este título de Esquilo, montado, que asi puede decirse, sobre unos coturnos de cuatro á cinco pulgadas de alto que alzan una tercera parte mas su natural talle: un actor cuyas restantes proporciones corporales están igualmente aumentadas por un mecanismo artificial: con una carántula que le dá un aire altamente trágico, que aumenta su robusta voz por medio de una série de láminas de bronce en la parte in-

terior que figura la boca, llevando el suntuoso trage de rey con imponente majestad: pues ese actor ni sabemos quién es, ni cómo se llama. No es ni Neoptolemo, ni Sátiro, ni Golo, ni Teodoro, ni Polo, ni Aristodemo, ni Eubelo, ni otro cualquiera. Quizás sea el mismo Esquilo tomando parte en la representacion de su obra. Fenómeno muy frecuente entre aquellos dramáticos, que se repitió en Roma con Puppio y Silvio Andrónico, que se ha reproducido en los tiempos medios y modernos con Juan de la Encina, Lope de Rueda, Pedro Navarro, Alonso de la Vega, Moliere y otros, y que aun se reproduce, aunque raras veces, entre nosotros.

El rostro artificial de ese actor es semejante, idéntico, al del mismo Agamemnom: ha sido hecho por el artista mas hábil de Atenas bajo la direccion inteligente del poeta. Ese actor es todo un personage histórico con sus pelos y señales. Si el mismo rey de Micenas se levantase de su tumba, dudaria de si algun otro mortal habia usurpado su régia persona. La ilusion es plena, completa. La inteligencia vé, examina y confirma la realidad del personage. El teatro ateniense obra con severa lógica, y clara deduccion en el terreno artístico en que se ha colocado. Consecuente se dirige á la imitacion exacta, cumplida mejor dicho á la copia y calco de la naturaleza, á lo que instruye y persuade, á la idea real, filosófica, matemática, que se encamina al entendimiento para satisfacer su ansiedad, con todo el lleno de condiciones indispensables. Si de esta abstracta esfera baja al sentimiento, al corazon, enhorabuena, será bien recibida quizás; si permanece inmóvil, aislada, independiente, en su morada puramente intelectual, este no se enojará de ello. Que en el arte antiguo, la inteligencia y el corazon no están unidos en perfecta amistad como Pílades y Orestes. *Cada ermitaño pida para su ermita.*

Vemos pues que el carácter artístico que tienen los actores en el teatro de Atenas está en perfecta armonía con el que hemos visto tenian el local y las decoraciones.

Señalaremos para concluir una diferencia notable entre los actores atenienses, los romanos y los de la edad média. Entre los romanos ya hemos visto como gozaban de muy pocas simpatías. Los jurisconsultos Juliano, Ulpiano y otros colocan, y en primer término, entre las personas notadas de infamia por las leyes á «aquellos que salieren á la escena á ejecutar arte baja ó á recitar»: *Qui artis ludicræ*, etc.

En la edad media, ya dijimos como los Concilios, los teólogos y los juristas, los obispos y los reyes, los frailes y los curas, se habian armado para hacer cruda, é incesante guerra á esta gente de alegre vivir. Sabido es el dicho de san Agustin sobre la incompatibilidad de la hombría de bien con la profesion de cómico. *¿Pues qué acaso el diablo se ha hecho cristiano?* Solo el buen Santo Tomás de Aquino, toma la defensa de estos, y les envia algunas palabras de consuelo que citaremos para descanso y tranquilidad de ánimo de los que timoratos y meticulosos fueren en esta materia. Dice así este doctísimo varon. «Y »por tanto acerca de los *juegos* puede haber aquella virtud que el filó»sofo llama *eutropelia*: y uno se llama *eutropelo* por el buen uso ó »conversion: esto es, porque convierte bien algunos dichos ó hechos en recreo.»

En los tiempos modernos desde la María Riquelme, la Petronila Jibaja, la María, Lavenant, la Baltasara, la Calderona, de quien todo el mundo sabe la famosa cuarteta de

Un fraile y una corona
un duque y un cartelista, etc.

hasta la Rita Luna, Maíquez, Caprara, Carretero, Latorre y otros, la posicion social de los cómicos desde las ínfimas gradas de la escala social, en que yacía perdida, olvidada, cubierta por el lodo que al pasar le arrojaban sus altivos despreciadores, ha ido elevándose, y merced á sus virtudes y talentos, á una altura en la cual los contemplamos respetuosos.

Los actores contemporáneos son ya mas que simples particulares confundiendo su mezquina individualidad en la esfera comun en que nosotros nos agitamos humildes. Son unas verdaderas ilustraciones, unas notabilidades de la época. Hoy vemos vetustos al par que gloriosos blasones, pretender enlazar sus orgullosos timbres, á los que una série de inolvidables triunfos escénicos ha conquistado brillantes á los artistas.

De reputacion parecida, que no del todo igual, gozaron en Atenas estas notabilidades escénicas. El actor Eubelo decia á Dionisio el Tirano, personaje muy parecido á Tiberio, á Pedro el Cruel ó á Luis XI, verdades que no hubiera condescendido en oir, á buen seguro, de boca de otro cualquiera.

Aristodemo fué embajador de Atenas cerca del rey Filipo de Macedonia. Y á este tenor podriamos citar mil datos históricos acerca de lo bien vista que era esta profesion y de las consideraciones que los cómicos mas notables arrastraban en pos de sí.

Y si hoy hemos presenciado el hecho, altamente ridículo, de que se haya dado á una famosa cantatriz la suma de 10,000 rs. vn. cada noche que ha salido á las tablas, tambien los atenienses, en esto tan débiles de espíritu como nosotros, presenciaron el de que se contase al actor Polo, un talento ático, esto es, 21,600 rs. por solo dos representaciones.

Hé aquí, pues, la parte histórica de lo que se refiere á los actores en el teatro ateniense, y que es como desde luego se deduce, aquello sobre lo cual debia versar el presente artículo.

ANTONIO DE AQUINO.

SI YO FUERA RICO!

(*Conclusion.*)

Hasta este momento no habia visto á la entrada de la sala un hombre de fisonomía severa que con los brazos cruzados parecia contemplar aquella escena con aire de piedad.

—¿Qué haces ahí? le dijo Alí con voz conmovida.

La presencia de aquel hombre que creia haber visto ya en alguna otra parte, habia escitado en su alma una turbacion que no pudo dominar al pronto.

—Admiro, respondió el estranjero, la complacencia de estos señores y tu locura. ¿No te avergüenzas de pasar tu vida en medio del fausto, rodeado de viles disolutas é infames aduladores? Abre los ojos; créeme; aun es tiempo. Cesa de disipar tus riquezas en prodigalidades que no son útiles ni á tu pais ni á tí mismo: no te dejes embriagar por el acento mentiroso de un poeta parásito, y no deposites en sus ávidas manos el suntuoso anillo que aseguraria el porvenir de una familia. Reforma tu método de vida si no quieres que Dios en su justa cólera te prive de una fortuna que te concedió para que hicieras de ella un uso mas noble.

Alí, herido en su orgullo, palidecia y se ruborizaba á un mismo tiempo, y cediendo bien pronto á los malos sentimientos que le agitaban, se levantó ébrio de cólera con la vista inflamada y esclamó:

—Que echen ignominiosamente á ese insolente que se atreve á darme consejos.

Todos los convidados se asociaron á la indignacion de Alí, y prorumpieron en amenazas y furibundas esclamaciones.

Los esclavos se lanzaron á la puerta para ejecutar la órden de su amo; pero el estranjero ya habia desaparecido.

IV.

Un dia en que Alí, rodeado de sus amigos y seguido de sus esclavos, salia de la mezquita adonde habia ido á hacer alarde de su lujo, mas bien que de su piedad, un anciano de aspecto respetable y cuya barba le llegaba á la cintura, su acercó á él con mucho afan y le dijo:

—¿No sois un caballero llamado Alí?

—El mismo, respondió Alí, disgustado de verse detenido por un hombre groseramente vestido y á quien no acompañaba ningun criado; que me quereis? Sed breve; estoy de prisa.

Pero sin cuidarse de esta advertencia, el anciano empezó á dar las pruebas mas marcadas de su alegría.

—Bendito sea el cielo! esclama; Dios ha tenido á bien bendecir la perseverancia de mis pesquisas; héme aquí delante del que ha de ser el apoyo de mi vejez, el consuelo de mis últimos momentos; le estoy viendo... hablando... le puedo estrechar en mis brazos.

Y echándolos al cuello de Alí, le abrazó repetidas veces.

—¿Qué significa este acceso de ternura que no comprendo? le dice este procurando desasirse; pongamos fin á una escena tan inesplicable como ridícula.

—Verdad es, replica el anciano, que la alegría de verte ha turbado mi razon, y que en esta ocasion no me he conducido con la prudencia que conviene á mi edad. Aun estabas en la cuna, cuando abandonando mi pais natal, me embarqué para un largo viaje que hasta hoy no he concluido; nada tiene de estraño que no me hayas reconocido, y que me recibas con tanta frialdad; la culpa es mia, que debia haber empezado por decirte quién soy. Perdóname esta falta y disipa las nubes de tu frente; entrégate sin ningun recelo á la alegría que te debe inspirar mi presencia; no soy para tí un estraño; puedes responder con efusion á los abrazos del hermano de tu padre.

Un número considerable de curiosos se habia agrupado delante de la puerta de la mezquita; la inquietud de Alí crecia á cada instante con el número de los espectadores; al pronto se le ocurrió la idea de calificar de loco al anciano y de negar que existiese entre ellos ninguna clase de parentesco. Pero la posibilidad de ser confundido delante de todo el

mundo hizo que le faltase valor. Entre tanto se apercibió su duda; empezábase á estrañar la multitud, le acusaba de ingrato, y aun se levantaban algunos murmullos, cuando Alí tomó resueltamente su partido, estrechó entre sus brazos al anciano esclamando:

—Venid, mi querido tio, seguidme á mi palacio que desde hoy será el vuestro; deseo vivamente escuchar de vuestros labios la relacion de los sucesos que os han reducido á un estado tan poco digno de vuestro nacimiento y de vuestras virtudes.

Al volver Alí á su habitacion dió órden de que le dejasen solo con el anciano, y empezó á darle marcadas pruebas de cariño y de respeto. Una transicion tan brusca no podia menos de escitar la desconfianza de este; y así que, tomando la iniciativa y mirando á Alí cara á cara le dijo con una voz irónica:

—¿Tienes que pedirme algun favor?

Alí bajó los ojos bajo el peso de una mirada, cuyo poder le parecia que no era la primera vez que habia sentido.

—El mundo, querido tio, está lleno de envidiosos y perversos: mis riquezas me han granjeado muchos enemigos; no soy mejor mirado por los pobres, que no pueden acostumbrarse á reconocerme por superior, que por los ricos que rehusan admitirme como un igua . Los unos dicen que tengo un orgullo impropio de mi orígen; los otros, que la ridícula exageracion de mis maneras es una prueba de la baja condicion de que he salido... La posicion no es á la verdad muy segura, prosiguió Alí balbuceando: hace mucho tiempo que estoy buscando un medio seguro de salir de ella y creo haberle encontrado; tengo preparado el terreno; he hecho circular entre el pueblo rumores misteriosos: vuestra llegada es una ocasion maravillosa para dar un golpe seguro: ¿rehusareis, mi querido tio, asegurar mi tranquilidad y mi dicha imponiendo silencio á la envidia y la maledicencia?

El anciano no respondió: seguia escuchando.

Alí continuó.

—Comprendereis que despues de semejante servicio seremos inseparables; mi palacio, mi tesoro, mis esclavos serán vuestros tambien.

El anciano continuó mirándole en silencio; deseaba que continuase.

Alí prosiguió:

—Tengo veinticinco años, y hace veinticuatro que nuestra familia, acosada por el hambre, segun me contó mas de una vez mi padre antes de su muerte emigró de Bassoráh para venir á establecerse á



(Contrabandista del Pirineo.)

Bagdad. En esta misma época Dhaer, sultan de Cachemira, fué vencido por Abas, que le mató y se apoderó del trono. De toda la familia de Dhaer degollado por el vencedor (segun se acostumbraba en aquella época) solo se salvó su hijo Selim, jóven príncipe de algunos meses, y su hermano Abdallah, que en el dia tendria vuestra edad. Abas practicó las mayores diligencias para buscarles pero todas fueron inútiles, y desde entonces jamás se ha oido hablar de estos dos ilustres fugitivos.

Ni una palabra salió de los labios del anciano: continuaba siempre escuchando.

Alí se vió en la precision de manifestar todo su pensamiento, sin que nadie le ayudára.

—Selim fué confiado por su tio á un artesano, que tuvo la feliz idea para conservar la vida del jóven príncipe de llevarle á Bagdad adonde le hizo pasar por hijo suyo. Abdallah, temiendo ser reconocido mas pronto ó mas tarde por los espías de Abas, se embarcó para paises lejanos con el traje de simple artesano. Hoy el sanguinario Abas ha muerto; su sucesor es un príncipe de costumbres apacibles y virtuosas; Abdallah y Selim no tienen ya interés en ocultarse, podemos proclamar abiertamente en toda la villa de Bagdad nuestros nombres; yo soy Selim, vos Abdallah.

Al llegar aquí, lanzando Alí una mirada terrible:

—Esperaba esta conclusion, miserable, orgulloso. ¡Las riquezas han pervertido hasta tal punto tu corazon, que quisieras arrancar del libro de tu vida las páginas de lo pasado! La oscuridad de tu nacimiento te abochorna: ¡te avergüenzas de tu padre el alfarero! ¡de tu tio el artesano! ¡quieres á todo trance levantar un pedestal para elevarte! ¡tu tio vive! y quieres hacer de él un príncipe! ¡tu padre ha muerto y reniegas de su nombre! ¡Adios! aun eres jóven, y puede que algun dia te arrepientas!

V.

La impresion que hizo esta escena en el ánimo de Alí no fué de larga duracion: se borró tan pronto como el anciano desapareció el mismo dia de Bagdad, sin que le fuese posible saber lo que habia sido de él.

Alí continuó pues sin escrúpulo en los malos instintos que la habian hecho ya cometer tantas faltas.

Una noche, despues de una orgía en que acababan de tomar parte veinte jóvenes de los mas nombrados entre los mas disipados y mas pródigos de Bagdad, Alí hizo una seña á sus esclavos: estos salieron de la habitacion, y no tardaron en volver trayendo los unos á una jóven cubierta con un velo y un caballo árabe de magnífica estampa, los otros un gran número de objetos artísticos, de ricos vestidos, de joyas y pedrerías.

A su vista la admiracion general se manifestó con estrepitosas esclamaciones.

—Estas son mis compras de por la mañana, dijo Alí tendiendo á sus amigos una ojeada llena de orgullo.

En seguida, dirigiéndose á cada uno de ellos:

—Te gusta en estremo, Niser, recorrer el espacio sobre un caballo de ojo de fuego que hienda el aire con la rapidez de una flecha y no deje señaladas sus huellas. Toma este caballo; para tí le habia destinado mi amistad.

A tí, Ibben, te reservo esta jóven esclava circasiana: es bellísima; su canto es suave, y baila con mucho primor; puede combatir y vencer la ponzoña del fastidio que se apoderó de tu corazon.

Mirza, para tí es este ropaje de brocado y oro. Acepta, mi querido Gunchid, este puñal y este sable, obra maestra del espadero de mas fama de Damasco. A Rustan este broche de zafiro. A tí, Rica, este collar.

Y cuando cada uno de los amigos de Alí hubo recibido su presente, esclamaron todos:

Viva Alí el generoso!

Una voz quebrada y temblona repitió:

Dios conserve los dias de Alí el magnífico!

Esta voz era la de un venerable sacerdote que se adelantó lentamente por medio de la sala diciendo:

—Dios altísimo! Dios altísimo! Dios altísimo! Aseguro que no hay mas que un Dios y que Mahoma es su profeta.

¿Qué me quereis? le preguntó Alí con un tono muy brusco.

No tenemos, respondió el monje, ni piedras ni cimientos; los obreros no quieren trabajar hasta que les aseguremos su salario; y el templo que levantamos al Altísimo se quedará sin concluir, si el favor de los verdaderos creyentes no nos ayuda.

—¿Y qué me importa, les contestó Alí, que haya un templo mas ó



(El lagar)

menos? ¡Pues me gusta el motivo que habeis tenido para venir á interrumpirnos en medio de nuestros placeres! Vamos, viejo importuno, salid.

Pero el sacerdote no se movió, y con una voz que parecia adquirir fuerza segun iba hablando:

—Alí, dijo, el impío que se muestra pródigo con el vicio y avaro con Dios, no es digno de ser rico.

Un murmullo acogió las palabras del monje, que prosiguió: Alí el orgulloso que se avergüenza de sus parientes y reniega del nombre de su padre, no merece ser rico. El murmullo iba en aumento, pero la voz del monje le dominaba.

Alí, el insensato que recompensa al adulador y arroja de su presencia al amigo sincero, no merece ser rico.

Al llegar aquí estalló una esplosion de gritos y de cólera: el monje no se ocupó de ello; únicamente alzó mucho mas la voz.

Alí que se regocija en gastos supérfluos y rehusa dar un óbolo al desgraciado que carece de lo necesario, no merece ser rico.

Entonces todos se levantaron para arrojar de la sala al monje. Pero este, despojándose y dejando caer á sus piés el traje de monje, dió un paso hácia los concurrentes.

Alí cayó como petrificado en su asiento; era la misma mirada que tres veces distintas habia turbado su corazon.

Sus amigos no pensaban ya en hacer alarde de su celo y de su cariño; estaban prosternados con los ojos fijos en el suelo.

El monje era el que habia dicho, siguiendo á Alí, pobre obrero de alfarería: este jóven desea vivamente ser rico, y lo será: era el comerciante; era el rudo consejero; era el que se fingió tio de Alí: en una palabra, era el ilustre jefe de los creyentes, el califa Haroun-Al-Raschid.

—Alí, dijo el califa, si hubieras salido victorioso de la prueba á que te he sometido, te reservaba un elevado puesto al lado de mi persona: has hecho mal uso de los bienes de que yo te habia colmado, y te los quito. Esclavos, quitadle sus ricos vestidos, ponedle los antiguos, y que se quite de mi presencia.

Las órdenes de Havoun fueron ejecutadas, y Alí fué llevado á la habitacion que ocupaba antes de su opulencia.

Pero semejante golpe era superior á sus fuerzas: al dia siguiente le encontraron ahorcado á la entrada de un bosque inmediato á Bagdad.

UN CONCIERTO MONSTRUOSO EN 1615.

Las grandes fiestas musicales son muy comunes en el dia, y cuentan ya mas de dos siglos de existencia, segun el *Abondbode*, que describe un concierto monstruoso dado en 15 de julio de 1615 en Dresde por órden del elector Juan Jorge de Sajonia.

Este concierto era el episodio de Holofernes: la letra fue escrita por *Matheseus Plaumenkern*, y compuesta la música por el chantre de la corte Hilario Grundmaus. El elector quedó tan satisfecho del programa del compositor, que le regaló cinco toneles de cerveza, con encargo particular de que nada escaseara.

Todos los artistas de Alemania, de Helvecia, del pais de Vaud, de la Polonia y de la Italia, fueron invitados á tomar parte con sus discípulos en la gigantesca fiesta musical de Dresde, donde, desde el 9 de julio de 1615, dia de San Cirilo, se hallaban reunidos 576 instrumentos y 919 coristas, sin contar los aficionados de Dresde.

Los instrumentistas llegaron armados de piés á cabeza con todos los instrumentos conocidos en aquella época y con otros muchos de nueva invencion nunca vistos en Dresde. Un tal Rapotzky, de Cracovia, llevó en un carro tirado por ocho mulas una verdadera máquina de guerra musical, un enorme contrabajo que tenia siete anas de alto. El artista de Cracovia habia adoptado muy ingeniosamente para su instrumento una escalerilla que le permitia dar vueltas desde la punta del mango hasta la puentecilla de su contrabajo, pasando su arco por las tres cuerdas (probablemente otros tantos cables de nave). Un estudiante de Witemberg llamado Rumpler se habia encargado de cantar la parte de Holofernes, con la condicion de poder entrar en voz en la taberna humedeciendo su gaznate de artista con un mar de cerveza á costa del ordenador de la fiesta.

Tomadas todas las disposiciones, y llegado el dia tan deseado, todos los artistas ocuparon sus respectivos puestos: la orquesta estaba colocada al lado de un bosquecillo; todas las colinas inmediatas estaban coronadas de espectadores que habian acudido hasta de los paises mas remotos para disfrutar de tan original como atronadora armonía. Y temiendo que el bajo de Rapotzky no dominase bastante los instrumentos y las voces, el chantre Grundmaus inventó otro, que encontró en el mismo sitio, en forma de molino de viento, entre cuyas aspas colocó gruesos cables, que cuatro artistas situados en los ángulos se encargaron de hacer roncar, frotándoles con un gran pedazo de madera dentellado.

A un lado de la orquesta habia un gran órgano cuyas teclas agitaba á puñetazos el padre Serapion, y para timbales, en reemplazo de una caldera de cervecero, que el chantre Grundmaus habia creido de mucho efecto, hizo colocar el elector algunas bombardas, cargadas por el polvorista de la corte, que las disparó segun requeria la partitura.

La ejecucion produjo un efecto mágico. La *prima donna* Bigazzi, de Milan, se distinguió por los gorgoritos que en abundancia hizo, pero se esforzó en tanta demasia, que espiró tres dias despues del concierto.

El primer violinista de la época, Juan Scioppo de Cremone, ejecutó con el instrumento á la espalda varias piezas concertantes. El estudiante Rumpler cantó una ária obligada del contrabajo Rapotzky que hizo temblar las colinas, y el final se hizo con tanta verdad, que los cantores estranjeros que figuraban los asirios fugitivos, y los coristas de Dresde, que eran los israelitas vencedores, trabaron, en medio del paroxismo de su artístico delirio, un combate á pedradas, que hizo reir estraordinariamente al elector, el cual tuvo que emplear la fuerza armada á fin de evitar que el campo quedára cubierto de cadáveres. El chantre de la corte fué gratificado por el elector con un barril de *Niersteiner* y 50 florines del país por el celo con que habia organizado el concierto, y por el maravilloso éxito que este habia tenido.

EL CABALLERO BANDA AZUL.

PARTE PRIMERA.

(Continuacion.)

Tambien á su vez el caballero revistó el semblante del anacoreta, y á su vez tambien palideció al reconocer sin duda al hombre que estaba oculto por el burdo ropon; y si bien el guerrero supo refrenar mejor los pensamientos que allá en su interior podian haber nacido con el descubrimiento que acabára de hacer, ya no mostró en su rostro aquella natural tranquilidad que tenia al despojarse de su equipo militar.

Ya fuese por la mútua desconfianza que estos dos hombres se tenian; bien que el anacoreta temiese el valor del jóven que estaba á su lado, y que este como buen caballero no quisiera pagar con una felonía la hospitalidad que se le otorgara, lo cierto es que durante la preparacion de la cena y despues de esta no entablaron conversacion alguna que pudiera hacer estallar el volcan que cada cual en su pecho encerraba.

Era lo mas natural que el ermitaño hubiera tratado de preguntar é indagar la vida misteriosa del jóven que llevaba sobre su sayo de terciopelo una *Banda Azul*, así como el caballero tuviese curiosidad de preguntar las causas que habian impelido al anacoreta á retirarse á aquellos desiertos: sin embargo, en medio de una dilatada noche de invierno que pasaron juntos, y á pesar de la confianza que el hospedaje debiera dispensar, nada se preguntaron mútuamente, y lo frio de sus cortos diálogos demostraba que procuraban ocultarse uno á otro narraciones de compromiso, cuyo desenlace habia de ser trágico y espantoso.

—Hermano, dijo el anacoreta luego que terminada la cena hubo recogido los manteles de la mesa, en ese cuartito de la derecha podeis descansar, interin yo, segun mi inalterable costumbre, voy á orar por vivos y muertos.

—Está bien, santo varon, contestó *Banda Azul* disimulando su enojo y atusando con su mano derecha su bigote para ocultar de este modo la sarcástica sonrisa que brillara en sus labios ante la hipócrita conducta del compañero. Yo, hermano, prosiguió, os acompañaria gustoso, pero seria interrumpir vuestras santas meditaciones.

Acto continuo tomó sus armas y demás pertrechos del estacon donde los colgara, y se entró en el cuarto que le habia señalado el cenobita. Este tomó el sucio farolillo que habia sobre la mesa, y por un estrecho callejon se encaminó al templo: allí con velocidad suma se desprendió de su tosco sayal, y sacando de un armario un coleto de ante, unas calzas azules, un largo puñal y una ordinaria gorra de pieles, se las colocó en su cuerpo, y abriendo la puerta de la ermita que cerró por fuera, se deslizó como un gamo camino de Maqueda, adonde llegó á la media hora no cabal. Recibido por D. Nuño, le manifestó que el matador de Hernan Carrillo estaba en su albergue, y despues de asegurar presentaria al amanecer la cabeza de *Banda Azul*, tornó á su huronera para llevar á cabo el infernal plan que habia concebido y la promesa que acabára de hacer. D. Nuño, como ya saben nuestros lectores, habia marchado al salon gótico para comunicar tan felice nueva á Sancho Perez y demas personajes que le acompañaran.

PRUÉBASE QUE QUIEN MAL ANDA MAL ACABA.

Luego que *Banda Azul* penetró en la especie de celda que se le destinára para dormitorio, su primer cuidado fué hacer un registro en la habitacion con objeto de investigar si puertas secretas en las paredes podian proporcionar á su contrario vengarse á salvo de la daga del jóven caballero. Convencido por el escrupuloso registro que acabára de hacer de que solo por la puerta principal habia de ser atacado, colocadas sus armas al lado mas opuesto por donde llegaria su enemigo, se colocó bajo de su sayo una cota de malla que fustrase cualquier traidor intento del cenobita. En seguida depositó su daga de puño de plata en la almohada, y vestido como llevamos dicho se arrojó en el miserable lecho que se le habia deparado, no con el objeto de entregarse al sueño, sino de velar interin sus miembros se desentumecian de marchas y contramarchas que habian durado muchas horas.

La oracion del ermitaño se prolongaba demasiado... Otro de un corazon pusilánime y no de bronce cual el que palpitaba serenamente bajo la cota de malla del caballero, habria salido de aquel aposento para estar á la observacion de las maniobras de su adversario; pero *Banda Azul*, si bien con el ojo avizor, estaba tendido en la cama con la mayor tranquilidad y sangre fria haciendo para sí las siguentes reflexiones:

—Malvado!... estás en la creencia de que no te he conocido bajo de ese burdo sayon y larga barba!... Cobarde!... esperas sin duda asesinarme cuando esté entregado al sueño!... ¡Infeliz de tí si ese es tu plan!... Y observando las leyes de la caballeria sabré respetarte en tu asilo y en el cual me has concedido abrigo por una noche; pero si faltas á la hospitalidad, *tu hora ha sonado*... y esto diciendo asió maquinalmente el blanco puño de su punzante daga.

Los presentimientos del caballero iban á convertirse en espantosa realidad, porque á muy poco percibió á la inmediacion de la puerta el leve pisar de las sandalias del anacoreta. *Banda Azul* se preparó á una lucha que debia terminar con la muerte de uno de los dos, y para acabar de convencerse de los intentos bastardos de su enemigo, exhaló algunas aspiraciones propias de un hombre que duerme profundamente.

Si en este momento hubiera sido posible iluminar de repente por medio de una luz artificial aquel aposento oscuro, hubiéramos visto la feroz alegria que brillára en el rostro y pupilas del asesino, que creia dar un golpe seguro y mortal, á la par que en el simpático y varonil semblante de *Banda Azul* se mostraria toda la indignacion de una

alma noble que espiaba los movimientos del reptil que se le aproximaba.

Cuando el cenobita, guiado por las aspiraciones del caballero, juzgó estar al alcance de su víctima, cual se lanza el tigre sobre la descuidada presa, así puñal en mano se arrojó el ermitaño sobre el bien prevenido *Banda Azul*.

Un doloroso ay... resonó, y todo quedó en silencio por un segundo: despues un cuerpo rodaba por el solar de la celda, mientras uno de los combatientes de aquella lucha á muerte y ejecutada en una inmensa oscuridad, se dirigió á la cocinita para tomar el farolillo que lucia sobre la mesa. Acto contínuo regresó al aposento, en el cual y á la luz del farol se descubria al anacoreta que revolcándose en su propia sangre lanzaba los últimos gemidos de un mal herido pecho.

Banda Azul reconoció en seguida la oreja izquierda del moribundo, y esclamó:

—El es!... *Quien mal anda mal acaba.*

En el acto mismo limpió con la ropa de la cama su daga bañada en sangre, tomó sus arreos militares, y se dirigió á la caballeriza, en donde el fogoso corcel saludó con un relincho á su querido ginete.

—*Hola Cartaginés!* me felicitas por mi victoria! dijo el caballero acariciando al bruto que pertrechaba .. Ya sabes que nadie ultraja á tu amo impunemente.

SEGUNDA PARTE.

PERO MARTIN.

Luego que las doncellas de Clotilde despojaron á su señora de su traje y colocaron sobre sus hombros una gran bata de raso azul con entredoses y listones de brocado, salieron del gabinete para retirarse á descansar, interin la hija de Sancho Perez, sentada al calor de una chimenea, esperaba, unas veces pensativa y las mas inquieta, la llegada de su dueña, que habia salido segundos antes de partir las doncellas.

—Señorita, dijo al fin doña Beatriz abriendo la pintada mampara y asomando la mitad del cuerpo, Pero Martin aguarda vuestras órdenes.

—Entrad, contestó Clotilde, abrochando sobre los púdicos encantos de su seno virginal su larga bata.

Pero Martin entró en el gabinete, dió algunos pasos hácia Clotilde, y se detuvo respetuosamente á cierta distancia; la dueña doña Beatriz, obedeciendo á una indicacion de su señorita, tomó asiento frente á esta y á un lado de la chimenea. En este momento el reloj del castillo anunció la una.

Era Pero Martin un hombre de cincuenta años, que habia acompañado á su señor en sus dias de felicidad y de amargura. Mensajero de amores con la difunta mamá de Clotilde y de Sancho Perez, habia estado tambien á su lado en las dilatadas campañas del marqués. Este profesaba á su fiel y antiguo servidor un gran afecto, por lo cual en la actualidad Pero Martin disfrutaba, á mas de una vida cómoda y tranquila, cierta preponderancia sobre toda la servidumbre de Sancho Perez, y cuando la caza le dejaba libre algunas horas del dia ó de la noche, las pasaba en narrar sus proezas militares, que escuchaban con gusto los guerreros de Maqueda. Clotilde tambien no pocas veces se entretenia agradablemente en oirle referir las campañas del veterano, quien dotado de cierta gracia en el decir, solia mezclar en sus relatos algun alegre acontecimiento ó anécdota de su juventud ó de la de su señor, poderosos móviles por los cuales la hija de Sancho Perez le regalaba y tenia en mucha estimacion.

En el momento en que lo presentamos á nuestros lectores, vestia un traje muy adecuado á sus inclinaciones á la caza, diversion que no eran suficientes á impedir ni un mal temporal ni sus cincuenta años.

Su traje se componia de un coleto de ante con mangas de paño de monte, calzas azules, borceguíes de cordoban blanco, un talabar de cuero en donde pendia de continuo un cuchillo de dos filos para la caza; sobre sus hombros un tabardo de paño rojo, y entre sus manos fuertes y nerviosas una gorra de piel de Rusia. Su elevada estatura, lo enjuto de sus carnes, el pronunciado perfil de sus facciones tostadas y morenas, y su mirada perspicaz y rutilante que se desprendia de unos ojos grandes y castaños, todo marcaba que Pero Martin era un hombre asaz emprendedor y á quien podia confiársele cualquiera comision, por árduo y peligroso que fuera su desempeño, como se verá.

—Te necesito por una hora, Pero Martin, díjole la jóven, fijándose en su antiguo doméstico.

—Señora, contestó inclinándose Pero, sabeis que soy tan leal como uno de los sabuesos del señor marqués, y tan dispuesto como vuestro hermoso halcon.

—Sin embargo, era necesario salir del cast llo, caminar media legua, y hace frio, mucho frio; el vendabal arrecia, y todo esto me apesadumbra en mi exigencia para contigo.

—¡Oh! esclamó el fiel criado, si á vos os apesadumbra eso, á mi me mata que os hayais olvidado que soy un veterano y un cazador en cuya curtida piel, ni el granizo, ni la escarcha, ni el sol causan ya impresion alguna. Ademas, señora, como siempre que os acordais de Pero Martin es para hacerlo portador de un beneficio para algun desgraciado, resulta, que bien sea porque el corazon que salta bajo mi tosco coleto es inclinado á lo grande, ó porque hayais pegado á mi alma alguna parte de lo hermoso de la vuestra, es la verdad que cada vez que me ordenais venir á vuestra presencia parece que me rejuvenezco, y vuelo á obedecer vuestros mandatos, ni mas ni menos que como corren mis perros al sonido de mi trompeta de caza.

—¡Eres siempre el mismo! Te doy las gracias, Pero; ¿sabes á la ermita de San Anton?

—¿La que está en el encinar?

—La misma.

—Si señora, he estado mil veces en ella.

—Pues en esa mansion, en donde parece ser que debiera respirarse solo misericordia y cristianismo, se proyectaba esta noche un crímen.

—¡Qué bien dije para mi coleto cuando doña Beatriz llegaba á mi aposento por órden vuestra y en hora tan avanzada de la noche!

—¿Qué pensaste?

—Que el servicio de que iba á ser sin duda un agente, tenia que rayar muy alto.

—Es verdad, mi buen Pero Martin, se trata del caballero Banda Azul, á quien es preciso salvar del puñal del anacoreta, en cuya morada aquel se alberga.

—Segun eso, ¿tendré que ir á colgar al santurron de una encina?

—Nada. Tu mision está reducida á manifestar á Banda Azul el peligro de ser preso y lo conveniente que ha de serle retirarse de la ermita luego luego.

—¿Y por qué no decir al caballero las malas intenciones de su compañero para que lo ponga de banderin en la punta de su lanza?

—Porque eso seria evitar un crímen y promover otro.

—¿Qué ordenais mas, señora?...

—*Discrecion*, *ligereza* y *secreto*:—Nada mas.

—Pero Martin se inclinó, salió de la estancia, y repitiendo las palabras *discrecion*, *ligereza* y *secreto*, se dirigió á su cuarto, tomó primero su alcazaba y ballesta, y en seguida, mediante una escala que arrojára desde la pequeña ventana ojiva de su habitacion, se deslizó veloz como una ardilla, perdiéndose á poco entre la oscuridad de la espantosa noche que reinaba.

NUEVOS MISTERIOS.

Luego que el guerrero tuvo pertrechado á Cartaginés, armado de todas armas, salió de aquella ermita, en la cual acababa de castigar la mala intencion de su criminal morador. Colocaba su dorado estribo en su pié para montar sobre el fogoso bruto, cuando un hombre embozado en un tabardo rojo se dejó ver á pocos pasos.

—¿Quién va? preguntó el guerrero al recien llegado, al par que su mano derecha asia la bien trabajada empuñadura de su larga y tajante tizona.

—¿Sois acaso el caballero Banda Azul? preguntó el del tabardo, deteniendo su marcha.

—¿Qué se os ofrece? replicó el caballero, desconfiando de aquel desconocido, razon por la cual no depuso su actitud hostil.

—Un mensaje reservado.

—Hablad.

—Sin testigos.

—Estamos solos.

—El ermitaño podria escuchar...

—No hay temor que os escuche, y mucho menos que os interrumpa.

—Vengo de parte de mi señora á salvaros de un gran peligro.

—¿Qué peligro?

El anacoreta quiere prenderos ó asesinaros, y me encarga mi señora huyais de este país inmediatamente.

—El anacoreta erró el golpe, y ha pagado con la vida su traicion.

—Mucho mejor, señor, un inquilino mas en el infierno.

—¿Podrás decirme cómo se llama tu señora, con el objeto de agradecer y saber á quién debo tanto interés?

—Doña Clotilde, hija del muy noble y elevado señor Sancho Perez, marqués del Riazal y gobernador del inmediato castillo de Maqueda.

—¡Estais equivocado! repuso poseido de sorpresa el caballero, y en cuyo conmovido acento se podria fácilmente descubrir las emociones que su corazon sentia al oir al hombre del tabardo los nombres de los personajes que acababa de revelar.

—¡Señor, podrá ser que esté equivocado despues de cuarenta años que lo tengo aprendido!

—¡Pues qué! ¿el ilustre capitan Sancho Perez no está en sus señoríos de tierra de Valladolid?

—Segun vuestra pregunta es seguro que la equivocacion no está en mí, sino en vos.

—¿Cómo?

—Hace un año que mi señor recibió la investidura de gobernador del castillo de Maqueda, como una prueba de estimacion por parte de S. M.

—¿Luego tú, quién eres?

—Pero Martin.

—¡Pero Martin!!! esclamó el guerrero, cediendo instantáneamente á su interior contento: despues, como si arrepentido de su esclamacion tratase de reprimir sus emociones, guardó un profundo y dilatado silencio.

Pero Martin no sabia qué sospechar de la esclamacion, y luego del abatimiento del caballero, y como si hubiera querido penetrar los arcanos del misterioso guerrero, á fuerza de estrujar su gorra de piel de nutria entre sus dedos, no dejaba de darla vueltas y mas vueltas, al parecer sin ningun éxito.

—Está bien, Pero Martin, darás las gracias á tu señora de parte del caballero de la Banda Azul, diciendo tambien que mañana iré á besar su mano bienhechora.

—Pardiez que no hagais tal! esclamó con ansiedad el embozado.

—¿Por qué?

—Porque hay allí un Nuño, que envidioso de vuestras proezas lanzó contra vos á Hernan-Carrillo y trabaja ahora para que mi señor os cuelgue de la almena mas alta del castillo.

—No será así, mi buen Pero; y esto diciendo, se arrojó con gentileza y prontitud sobre su impaciente Cartaginés. Adios, adios, Pero Martin, quiera el cielo pueda premiar tus buenos y leales servicios.—Adios hasta mañana.

Acto continuo arrimó el acicate al fogoso bruto, y desapareció en el encinar.

Pero Martin, confuso con el lenguaje del caballero, mucho mas confuso con la determinacion de *Banda Azul* en presentarse en el castillo, se retiró de aquel sitio no sin descubrir sus grises cabellos y de inclinar su rodilla derecha al pasar por frente de la puerta de la ermita.

Momentos despues solo se percibia en aquellos montuosos parajes el imponente bramar de los aquilones, que aumentaban al parecer lo oscuro y tenebroso de la noche.

SE HACE VER CÓMO SANCHO PEREZ OBRABA MAL PERSIGUIENDO A BANDA AZUL.

Impaciente habia visto correr D. Nuño los primeros crepúsculos de la mañana, sin que pasados estos y algunas horas mas, llegase el deseado cenobita con la sangrienta ofrenda que prometiera llevar al amanecer al castillo de Maqueda. Inquieto se paseaba de una á otra almena, interin sus miradas de fuego y desesperacion se encaminaban hácia el bosque del encinar.

Eran las ocho de la mañana, y los rayos de un templado sol de invierno, al estrellarse contra la resplandeciente armadura de un ginete que se acercaba al castillo, hacian despedir hermosos fulgores que á mas de tres tiros de ballesta pudo muy bien observar el alférez don Nuño. Algunos minutos despues pudo ya mejor distinguir al guerrero, que armado de punta en blanco, deteniendo la marcha de su negro corcel á treinta pasos del puente levadizo y empuñando su trompeta de marfil, pidió parlamento.

Veloz cual el gamo corrió el alférez á dar parte á Sancho Perez de esta notable novedad, quien ordenó se bajase el puente y se permitiese la entrada al guerrero, á quien deseaba vencer y castigar. Poblaronse instantáneamente de soldados, pajes, escuderos y donceles las almenas y torreones que daban comunicacion al campo y al patio grande. La jóven Clotilde, acompañada de su dueña, observaba desde las encubiertas celosías de su ajimez que daba al patio, todo cuanto pudiera tener lugar en aquel sitio. La encantadora niña habia pasado una noche de azarosa y cruel inquietud, porque Pero Martin la habia revelado los proyectos de presentacion de *Banda Azul*: así es que tan luego como Doña Beatriz habia entrado en el gabinete de su señora anunciándola la llegada del misterioso caballero, se habia apoderado de sus miembros una convulsion general, y su corazon palpitaba con violencia á impulsos de las encontradas afecciones que en el mismo se desarrollaban. Trémula, pálida, sostenida por el brazo derecho de su dueña, esperaba en el ajimez la llegada de *Banda Azul*, por quien hacia tiempo, y cediendo á los reservados impulsos de su alma, habia sentido las mas vivas simpatías. Efectivamente hay presentimientos, sobre todo en el corazon de la mujer, que rara vez salen fallidos, y que anuncian una felicidad inesperada ó una desgracia fatal.

Corriéronse al fin las cadenas del puente levadizo; cedieron los dobles pestillos de la fuerte puerta de encina forrada con chapas de hierro, y el choque de las herraduras de *Cartaginés* atrajeron la muchedumbre al patio grande. El caballero al llegar á este sitio puso el pié en tierra, y su apostura guerrera, su agilidad en desmontar, lo rico de sus armas y su talla elevada y majestuosa arrancaron la admiracion de todos los que le observaban. Clotilde, cada vez mas trémula y agitada, sintió á la vista del caballero una fuerte comprésion en su pecho; sus ojos se humedecieron; un sudor de lava bañaba su espaciosa frente, y su corazon, cada vez mas convulso, terminó por producirla un paroxismo prolongado que obligó á Doña Beatriz á conducirla en sus brazos á un inmediato lecho, en donde la prodigó los auxilios que juzgó oportunos para volverla en sí. Un paje tomó las bridas del hermoso corcel, en tanto que dos escuderos precediendo á *Banda Azul* le guiaban á una antecámara, en la que un maestresala le pidió noticias para anunciar su llegada al gobernador.

(Continuará.)

FELIX MONTERO Y MORALEJO.

LETRILLA.

Mientras yo en el campo
suspiro por tí,
dime, niña hermosa,
¿te acuerdas de mí?
A tí, la morena
de ojos brilladores,
de ojos que callando
siempre estan hablando,
y ardo en sus destellos
desde que los ví;
Dime, niña hermosa,
¿te acuerdas de mí?
Sabes que te adoro
con toda mi alma;
que por tí suspiro,
que por tí deliro;
que eres de mi sueño
la mágica hurí:
Dime, niña hermosa,
¿te acuerdas de mí?
¿Qué á mí la hermosura
culta, artificiosa?
Al pecho enajena
cándida azucena,
que oculta creciendo
descuella gentil.
Dime, niña hermosa,
¿te acuerdas de mí?
¿Dó hay mayor delicia
que hallar una Diosa
que ignora que ama
y en amor se inflama?
¿que trueca en su rostro
la nieve en carmin?
Dime, niña hermosa,
¿te acuerdas de mí?
Conserva, mi amada,
el candor nativo,
que bulle en tu frente
cual alba riente,
y colma de encantos
tu plácido Abril:
Dime, niña hermosa,
¿te acuerdas de mí?
La dicha mas grata
que encuentro en la tierra,
es ver tu sonrisa,
y aspirar la brisa
de tu dulce aliento,
y á tus pies morir.
Dime, niña hermosa,
¿te acuerdas de mí?

M. C. 1833.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL MÚMERO ANTERIOR.

Un hombre ébrio ve todo al revés.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



CARRUAJE RUSO.

AL SEÑOR DON JOSE PICON

EN REFUTACION DE SUS CRÓNICAS HISTÓRICAS DE LOS PRINCIPALES MONUMENTOS Y EDIFICIOS DE SALAMANCA.

Entusiastas por la ciudad que nos vió nacer, con sentimiento hemos visitado sus solitarias ruinas, y vemos con dolor desmoronarse los mas espresivos símbolos de sus pasadas glorias. Salamanca, olvidada de los artistas, porque no se han acercado á estudiar sus bellezas, apenas debia un recuerdo sino á algunos de sus hijos que se atrevian á reconstruirla en su ardiente imaginacion, para comprender mejor los brillantes hechos con que ha enriquecido la historia, y las causas de su grandeza y poderío; esfuerzos no muy eficaces, porque desarrollados en una reducida esfera, bastaban apenas á satisfacer la necesidad que todos sentimos de gozar con la presencia, siquier sea imaginaria, de la belleza que amamos.

En el año próximo pasado, cuando ya parecia infundada toda esperanza de que hubiera quien se acordase de nuestras ruinas, se verificó en Salamanca una espedicion artística compuesta de jóvenes discípulos de la Escuela Especial de Arquitectura, jóvenes que entonce probaron sus sobresalientes dotes, que trabajaron con entusiasmo digno de un porvenir brillante, y de quienes todo salmantino hablará siempre con elogio.

Al poco tiempo aparecieron en *La Nacion* del 23 de julio del mismo año unos artículos encabezados con el epígrafe de Crónicas históricas de los principales monumentos y edificios de Salamanca, que se decia ser debidos á la amabilidad del jóven arquitecto don José Picon, uno de los mas distinguidos de la Escuela Especial, y que tuvo parte en dicha espedicion artística. Salamanca en la adversidad empezaba á gozar de los recuerdos justamente debidos á su pasado brillo; surgia de entre sus ruinas; eran copiados fielmente sus monumentos, y su historia llenaba las columnas de los periódicos. Con avidez leimos las crónicas históricas; elogiamos desde luego la buena intencion de su autor; pero como este no se ha limitado á copiar algunos de los muchos errores que por desgracia circulan acerca de la capital de la antigua Vettonia, sino que por ligereza (nunca hemos creido que con premeditacion) ha forjado otros, juzgamos que no serán inoportunos algunos avisos, á fin de persuadirle de que para escribir historia en nuestra patria necesita consultar muchos libros, sin olvidar la triste verdad de que abundan en errores.

Ante todo confesamos desconocer al P. Dorado que se cita en las crónicas históricas como uno de los autores que han tratado de Salamanca, y creemos de buena fe que habrá sido confundido con don Bernardo Dorado, cura propio de la Mata de la Armuña, quien en esta misma ciudad publicó su compendio histórico por los años de 1776. Tampoco hemos podido hallar los manuscritos que se dicen existentes en la biblioteca de esta Universidad y que tan curiosos datos han suministrado al cronista, segun confesion propia.

Recorramos ya las principales crónicas históricas, usando de lo mismos epígrafes y órden que su autor.

SALAMANCA.

No nos detendremos en combatir los muchos errores que consigna en pocas palabras el señor Picon, tratando del nebuloso orígen de nuestra ciudad; le remitimos al artículo que en los números 30 y 31 de la Revista Salmantina tuvimos el gusto de publicar sobre punto tan curioso; pero como nuestras razones serán desautorizadas ante los respetados testimonios de los señores Gil Gonzalez Dávila y Dorado, le recomendamos la lectura del artículo que sobre nuestra ciudad publicó el señor Madoz en su Diccionario geográfico, ó de cualquier otro, escrito con alguna crítica, sobre el mismo asunto, y quedará convencido de que Justino no se acordó de Salamanca, al menos en sus escritos, y de que es una fábula despreciada ya la venida de Teucro á esta ciudad. Ridiculeces tan desautorizadas no merecian á la verdad ser dadas á la prensa á mediados de un siglo que puede blasonar de haber adelantado mucho en investigaciones históricas.

Dice el historiador de la espedicion artística que tiene Salamanca 13 puertas: trabajo nos cuesta descender á estas puerilidades: en época remota parece que en efecto tuvo esta ciudad 13 puertas: cuando escribia el señor Dorado solo eran 11, y en la actualidad no pasarán de 9 contra todos los esfuerzos reunidos del cronista. ¿Habrá despues de esto quien crea, sin necesidad de decírselo, que el autor de las crónicas históricas fue uno de los que formaron parte de la espedicion artística verificada á Salamanca en el año 1853?

Nos desagrada sobremanera que estos desordenados renglones hayan de resentirse de la aridez de una impugnacion para detenernos en probar numéricamente al nuevo cronista que está exagerado al hablar de Salamanca en la época de su mayor esplendor; pero no vacilamos en asegurar que le será imposible comunicarnos los nombres de las cuarenta y seis parroquias y veinticinco conventos de monjas, con que segun él se ornára á la par esta pequeña Roma.

A los pocos renglones hallamos otro desliz; se dice, hablando del eminente lírico español Fr. Luis de Leon, que en Salamanca estuvo encerrado dos años por órden del Santo Oficio. Fr. Luis de Leon solo fué detenido aquí algunos dias en la posada del señor inquisidor Diego Gonzalez; en 26 de marzo de 1572, el Santo Oficio espidió contra

él mandamiento de prision con secuestro de bienes; y ya en el 27 del mismo mes y año llegaba á las cárceles de Valladolid, acompañado del familiar Francisco de Almansa, donde estuvo preso hasta el 7 de diciembre de 1576 en que fué absuelto. ¡Ligeras erratas de tiempo y de lugar!

Nada diremos de la caballeresca pintura de nuestra ciudad que á continuacion hallamos, porque en lo que no pueda perjudicar demasiado á la verdad histórica, somos bastante tolerantes para permitir que vea cada cual las cosas por el prisma que mas le agrade. Tememos por otra parte distraernos demasiado probando cuánta inexactitud hay en asegurar que esté Salamanca casi desierta en la actualidad, y que sin industria, sin comercio, sin pobladores que la den vida y animacion, parece una ciudad de sepulcros; ilustrados estadistas, como el señor Madoz y los redactores del Diccionario geográfico universal publicado en Barcelona, han hablado de otra manera del estado de esta ciudad.

CASA DE DOÑA MARIA LA BRAVA.

ORIGEN DE LOS BANDOS.

Varios escritores se han ocupado de este trágico episodio de la historia salmantina; pero el que nuevamente lo ha hecho, la exorna, como de costumbre, con sus peregrinas tradiciones, y hace á doña Maria de Monroy encubridora de los conocidos asesinos de sus hijos.

Poseemos copia de un curioso manuscrito (1), reseña interesante de los bandos de Salamanca, que se dice estar escrito por el presbítero D. Amaro, capellan de la misma Doña María; acaso algun dia ocupe las páginas del Album Salmantino. Muchas razones nos hacen no admitirle sino cuando mas como una traduccion bastante moderna y acaso libre del original latino; pero como los hechos culminantes que refiere estan muy conformes con las noticias recibidas, nos atrevemos á darle á luz aunque en pequeño estracto.

Desde 1442 á 1475 se estiende el período de los celebrados bandos salmantinos. En la plazuela de Santo Tomé vivia Doña María de Monroy, viuda ya por este tiempo, con sus dos hijos D. Antonio y D. Juan Enriquez de Villalba, jóvenes instruidos y de carácter franco y bondadoso: no así su madre, que poseia un génio impetuoso y rígido. Amigos de los Enriquez eran D. Manuel y D. Cleto de Manzano, cuya fogosidad caballeresca los mezclaba siempre en desafios y contiendas.

Tenia D. Juan concertado su matrimonio con la encantadora Margarita, hija del distinguido señor D. Alonso Maldonado, y cuando solo se esperaba para preparar cuanto diera esplendor al concertado enlace, el mayor de los Manzanos solicitó la mano de la amada de D. Juan, y fué despreciado. Nadie sospechará lo que sucedió: nunca fué el Manzano menos díscolo y mas obsequioso con los Enriquez, y solo Margarita conocia la venganza premeditada y que se inauguró el 18 de diciembre de 1442. Una division ocasionada en el juego de pelota fué, como en tales circunstancias pudiera haberlo sido cualquiera otra, la tea que inflamó los ánimos: los Enriquez son asesinados por los Manzanos entre los gritos de venganza y ante una numerosa concurrencia atraida por la celebrada destreza de los jugadores. Irritada la muchedumbre, quiere escitar la venganza de la madre, y la presenta los cadáveres de sus hijos, cuando movida de curiosidad abria la ventana para presenciar el tumulto. Aquieta al pueblo Doña María con débil pero animada voz, persuadiéndole á que se conforme, cual ella lo hace, con una desgracia irreparable. Aquella mujer firme se informa minuciosamente del hecho, y abrigando con las suyas las manos de los cadáveres, no puede contener el llanto que la ahoga, y jura la mas cruel venganza. Todo es desórden y confusion aquella noche en casa de Doña María, donde se habian agrupado muchos señores, amigos y deudos, para mover á la venganza unos, y aconsejando otros la conformidad: de nada parece hacer caso la desgraciada madre; pero ya serian las dos de la mañana, cuando despejada algun tanto la casa, y asegurada de que la prestaria su auxilio el valiente Maldonado, le dirigió Doña María estas enérgicas palabras: «y en mi lanza traeré »las víctimas que me piden desde el cielo, y juro por madre que fuí, »que serán sus cabezas la ofrenda que á sus yertas cenizas tributaré.»

En el dia siguiente parecia asegurada la calma; apenas hubo algunos encuentros: el ilustrísimo prelado D. Sancho de Castilla hizo las exequias á los Enriquez, que fueron depositados en el panteon de Santo Tomé, y derramando lágrimas pronunció una sentida oracion fúnebre. El concurso era inmenso, los ánimos se enternecieron con esta pompa religiosa, y en el patio de la iglesia fueron asesinados dos pajes de D. Fadrique, motejados de espías; se sucede la lucha hasta en el interior del templo, y allí quedan los cadáveres de dos vasallos de la casa Manzano: todo el prestigio del ilustrísimo prelado fué necesario para calmar el tumulto.

(1) Que debemos á la bondad de nuestro amigo D. Manuel Villar y Macías.

Doña María no ceja entre tanto de su propósito; para eximirse de recibir, hace esparcir la noticia de que está gravemente enferma; y sabido ya que los Manzanos habian huido á Portugal y que se ocultaban en el pueblo de Dos Iglesias con el pseudónimo de Tellez, sale de su palacio en la madrugada del 23 armada caballero y acompañada del capitan de corazas y tres de sus monteros, y á pesar del mal temporal, apenas descansa antes de hallarse en la posada de sus enemigos. Sola se presenta ante ellos, que la ven aterrorizados, los desafia, corta sus cabezas, y enarboladas en una lanza, las trae á depositar en el panteon de sus hijos; rasgo que raya en la inverosimilitud, pero que esplica cómo Doña María mereciera el sobrenombre de Brava en aquel siglo de héroes.

D. Fadrique muere al recibir esta nueva; pero frenética de venganza su esposa Doña Mencía Asuero, compromete á sus deudos y vasallos en una guerra esterminadora; son entregadas á las llamas la casa de Doña María y la de los Maldonados, y asesinada la hija de este; en cada calle, en cada plaza se traba un combate que dura dia y noche. Reina el asesinato, el pillaje, y su consecuencia la miseria; cerrados los comercios y paralizada la industria, cada salmantino es un soldado veterano, y no se acierta á distinguir otra cosa sobre los desgarradores gritos de venganza, que el ruido de las armas y el lúgubre tañir de las campanas que escitan al combate.

Doña María se traslada á otro palacio fuerte de la misma plazuela; alista gente; todos los salmantinos toman parte en la pelea, y por necesidad señálanse plazas de comercio las de San Benito y Santo Tomé, que forman á la par la línea divisoria de los bandos; á palmos se disputan el terreno, y cuando el Ilmo. prelado quiere con una solemne rogativa aplacar la cólera del cielo, le atropellan, y hecho tan escandaloso le ocasiona la muerte.

El ilustre cabildo nombra una comision de los individuos mas distinguidos de su seno para que aplaquen los ánimos de los principales insurgentes: el vulgo, aterrado por la solemnidad del acto, depone las armas; hasta los jefes de la insurrecion ceden; pero todo se inutiliza ante la tenacidad de Doña María. Vuelve á trabarse el combate con mas encarnizamiento que nunca: ya lleva la devastacion á mas de doce leguas fuera de la ciudad, y es necesario el poder sobrenatural de un acabado modelo de evangélicas virtudes y dotes oratorias que la iglesia ha colocado en sus altares, para que ánimos tan decididos se aparten de sus propósitos. Magnífico y tierno espectáculo á la par el que ofrecia Salamanca el dia primero en que resonára en sus calles el grito de paz, y en que abrazados sus habitantes se reunieron en la iglesia catedral, llorosos de haber hallado al paso tanto destrozo.

Si no nos atrevemos, antes de adquirir mas datos sobre el escrito que hemos estractado, á prestarle mucho asenso, tampoco podemos creer al señor Picon por sola su palabra que fuera casa de Doña María la que señala, y que ha sido estudiada durante la espedicion; de estilo muy posterior al de aquella época, en nada demuestra señales de haber sido fortificada. Tampoco podemos considerarla como una reedificacion de la casa que fué quemada, porque dura mucho en la historia de esta ciudad el recuerdo de los bandos, para que los Monroyes fueran tan imprudentes que dejasen de asegurar su vivienda. Siempre creimos ver en la antigua casa de D. Diego Lopez toda la antigüedad y fortaleza necesarias para poderla conceder con mas probabilidades el honor de ser la escogida por Doña María, cuando solo bullian en su mente proyectos de venganza. Nos confirma en esto mismo el nombre de Corrales de Monroy con que se conoce bastante número de casas que existen á su espalda, porque es notorio que *corral* significaba entonces lo mismo que dominio, jurisdiccion y señorío de algun determinado y pequeño territorio (1).

TORRE DEL CLAVEL.

Nada mas inexacto que las crónicas históricas comprendidas por el Sr. Picon en este artículo: dice que la Torre del Clavel, construida en la época de los bandos de Salamanca, es fundacion del Clavero de la órden de Alcántara D. Francisco de Sotomayor, y que en ella estuvieron presos los asesinos de Doña Inés de Castro; y añade, hablando del torreon que existió en la calle de Herreros, que lo construyó, durante los bandos tambien, el licenciado D. Anton Nuñez, de Ciudad-Rodrigo, señor de Terrados. Narrados ya algunos sucesos posteriores á los bandos, dice el Sr. Dorado (2) refiriéndose á aquellos: «Florecia »tambien D. Frey Diego de Añaya, ilustre y noble caballero, caballero »de la militar órden de Alcántara y Comendador mayor de ella, fundó »en su patria la gran casa y torre que hoy llamamos del Clavero.» En efecto Rades y Andrade, en la página 41, V de su crónica de la órden de Alcántara, cita á dicho Clavero; en la 44 vuelve á hacer mencion de él como Clavero, y añade que despues fué Comendador mayor, y en la 55 le da ya el título de Comendador de la Magdalena.

(1) Dorado, c 27, p. 1 °, pág. 169.
(2) C. 37, pág. 525.

El mismo Sr. Dorado hablando del episcopado de un tal D. Juan, que duró desde el año 1339 hasta el 1362, dice (1): «por estos tiempos» ó lo que es lo mismo, cerca de un siglo antes de los que el Sr. Picon señala, «fueron presos en esta ciudad Egascoello y Pedro Al»bar, portugueses, de mandado del rey de Portugal, porque de órden »de se padre D. Alonso dieron muerte á la famosa Doña Inés de Cas»tro; los pusieron en el torreon de la calle de Herreros, en donde es»tuvieron hasta que los llevaron á Lisboa, ajusticiándolos con esqui»sitos tormentos.»

Por otra parte tiene que formarse idea muy imperfecta de la torre del Clavel por la descripcion que de ella hace el nuevo cronista de Salamanca: dice que es un prisma octógono, y antes bien es un prisma cuadrado hasta mas de la mitad de su altura, y despues se convierte en octógono.

PUENTE DE SALAMANCA.

«Pretenden algunos que este puente fué construido por Hércules, »lo cual equivale á decir que su orígen se pierde en la noche de los si»glos.» Esto es lo único que se atreve á asegurarnos el Sr. Picon acerca de la fundacion de la mitad antigua del puente, de ese majestuoso símbolo de la arquitectura romana. Nunca mas prudente el Sr. Picon; pero nuestro espíritu descontentadizo cree ver ahora omisiones no despreciables con su acostumbrado cortejo de inexactitudes. El puente de Salamanca era principio de la celebrada calzada de la Plata que ponia en comunicacion á nuestra ciudad con la de Mérida: y Antonio de Nebrija y Gil Gonzalez Dávila creen que fué empezada por Licinio Craso, gran Pontífice, 70 años antes de Jesucristo, y continuada especialmente por los emperadores Augusto, Neron, Trajano y Adriano. El Sr. Dorado ha conservado las inscripciones que nos confirman en esta opinion. Ignoramos por otra parte las pruebas que tenga el señor Picon para asegurar que Trajano recompusiera el puente y construyese el camino de la Plata: los citados testimonios solo nos dan derecho para asegurar que aquel emperador romano, gloria de nuestra nacion, benefició dicho camino en dos mil pasos.

Siempre habiamos entendido que no significaba cosa alguna interesante la suerte que ha cabido al toro de piedra que antes adornaba al puente; la comun tradicion dice que su caida fué casual, y algunos, acaso con mas fundamento, aseguran que el ayuntamiento la dispuso por evitar desgracias: pero el autor de las apreciadas crónicas quiso dar novedad al asunto, y usando hasta de burlas groseras que le favorecen muy poco y hacen resaltar mas los lunares de su escrito, dice: «Al principio de la última guerra civil antojósele á un majadero decir »que aquel toro era signo de feudalismo, y los hijos de *la nueva Atenas* »y de *Roma la chica* lo creyeron como un Evangelio, y tiraron abajo »el toro sin mas averiguaciones.» Estilo tan digno de unas crónicas históricas haria honor al mas acreditado escritor.

Ni interés, ni acaso razones tenemos para negar que la gran *Salmatica* de Plutarco rindiera culto al dios Hércules; pero nunca hemos podido ver con calma que se aduzca para confirmar esto la maza empuñada que adorna la portada de una de las casas inmediatas á la iglesia de San Millan; tan solo recomendamos á los curiosos que se acerquen á ella, y confiamos en que les repugnará atribuirle tanta antigüedad; y hallarán poca analogía entre las demás mazas del dios gentílico que hayan tenido ocasion de ver y la que representa aquel relieve.

CASA DE LA SALINA.

Este artículo y el dedicado á la casa de las Muertes estan encabezados con la fecha de 1500. D. Alfonso de Fonseca, arzobispo de Santiago y patriarca de Alejandría, que fundó dichas casas, erigió en 1513 el monasterio de las Ursulas (2): esta era la única fecha que antes conociamos de las fundaciones del patriarca alejandrino en esta ciudad: el señor Picon estaba mas adelantado en noticias. Pero á renglon seguido hallamos motivos muy fundados para variar la opinion que acabamos de formar del autor de las crónicas históricas. Dice: «Este edificio tomó el nombre de la Salina ignorándose el orígen de su título.» Nosotros solo podemos decir que siempre hemos visto en la casa de que se trata el depósito de sal, circunstancia que creemos muy suficiente para esplicar el orígen de aquel nombre y del que tuvo la calle en que está aquel precioso modelo de arquitectura: por cierto que cuando escribia Dorado, y dicha casa estaba muy léjos de ser depósito de sal, la calle de la Salina tampoco se conocia con este nombre, sino con el de los Alabarderos (3). Esto, y sea dicho de paso, solo será nuevo para el señor Picon.

Como el distinguido arquitecto pudiera haber escitado la curiosidad de sus lectores con las inscripciones de la casa de las Batallas que copia de Gil Gonzalez Dávila, le remitimos á las primeras páginas de la historia de Salamanca que este escribió, ó al capítulo 3.°, página 17, del Compendio histórico del señor Dorado, donde podrán corregir las erratas que hacen imposible la inteligencia de la copia que tenemos á la vista.

Por último, dice el nuevo cronista salmantino que muchas de las principales noticias que da son inéditas, sin mas detencion que la necesaria para escribirlo: recordamos en contrario lo siguiente: El fálso orígen atribuido á Salamanca puede copiarse indistintamente del *Paralipomenon de España* (1), escrito por el obispo gerundense, Juan, de las historias de Gil Gonzalez Dávila y Dorado y de algun traslado de estas que por desgracia ha circulado; los mismos autores, D. José Alvarez de Rivera, en su espresion panegírica, y el marqués de Alventos en su historia del colegio de San Bartolomé, nos hablan del orígen de los celebrados bandos; el mismo señor Dorado, como hemos visto, y la Revista Salmantina del 12 de octubre de 1851 tratan de la elegante torre del Clavero, y el primero refiere además alguna curiosidad interesante del torreon que existió en la calle de Herreros: de la casa de las Conchas se han ocupado el señor Ponz y algunos diccionarios geográficos modernos; estos mismos recomiendan el mérito de la casa de las Muertes: del puente tratan, aparte de las historias particulares de nuestra ciudad, casi todos los geógrafos antiguos y modernos, y la historia y descripcion de la plaza Mayor ha ocupado á todo escritor que hable de Salamanca; dicen algo de la casa de la Salina el Sr. Ponz, algunos diccionarios geográficos modernos y la Revista Salmantina de 4 de enero de 1852: finalmente de la Cueva Clementina y del marqués de Villena como célebre discípulo del sacristan de San Ciprian, hablan con mas estension que otros el P. Feijoo, el P. Murillo y el señor Dorado.

FERMIN HERNANDEZ IGLESIAS.

(1) C. 41, pág. 257.
(2) Dorado, c. 52, p. 2.ª, pág. 361.
(3) Dorado, c. 52, p 2.ª, pág. 362.

LA HERMANA BEATRIZ.

LEYENDA.

No lejos de la mas alta cima del Jura, pero descendiendo un poco hácia su vertiente occidental, se veia hace medio siglo un monton de ruinas que habia pertenecido á la iglesia y al monasterio de *Nuestra Señora de las Espinas floridas*. Estaba al estremo de una garganta estrecha y profunda, pero bastante abrigado por la parte del Norte, por cuya razon producia todos los años las flores mas raras del país. A una media legua al estremo opuesto se encontraban tambien los restos de un antiguo castillo feudal, que tambien ha desaparecido como la casa de Dios. Solo se sabe que habia sido ocupado por una familia muy celebrada en las guerras, y que el último de los caballeros de ella habia perecido en la conquista del santo sepulcro, sin dejar heredero para perpetuar su raza. La inconsolable viuda no abandonó aquellos lugares tan propios para conservar su melancolía; pero la fama de su piedad se estendió muy lejos, á causa de sus beneficios, y una tradicion gloriosa consagra para siempre su memoria á los respetos de las generaciones cristianas. El pueblo, que ha olvidado todos sus títulos, la llama la *Santa*.

Uno de aquellos dias en que el invierno, próximo á concluir, parece que cesa de pronto en su rigor bajo la influencia de una atmósfera templada, la Santa se paseaba como de costumbre en la larga avenida de su castillo, con el ánimo preocupado por piadosas meditaciones. Llegó hasta el cercado de espinos que la terminaban, y quedó sumamente sorprendida al ver que uno de aquellos arbustos tenia ya todo su adorno de primavera. Se aproximó á él para asegurarse de que aquella vista no era producida por un resto de nieve rebelde, y encantada de verle coronado de innumerable multitud de estrellitas blancas con rayos encarnados, cogió cuidadosamente un ramo para colocarlo en su oratorio ante una imágen de la Virgen á que tenia suma veneracion desde su infancia, y volvió gozosa con tan inocente ofrenda. Sea que aquel tenue tributo fuese realmente agradable á la divina madre de Jesús, sea que un placer particular que no se sabria definir estuviese reservado á la menor efusion de un corazon sensible hácia el objeto que ama, jamás el alma de la castellana habia esperimentado emociones mas inefables que en aquel hermoso dia. Así es que prometió con ingénua alegría volver todos los dias al espino florido y hacer todos los dias una nueva guirnalda. Es fácil imaginar que fué fiel á este compromiso.

Sin embargo, un dia en que el cuidado de los pobres y de los enfermos la habia detenido mas tiempo que el acostumbrado, se dió prisa para ganar su agreste parterre; pero la noche llegó primero que ella, y se dice que comenzaba ya á arrepentirse de haber andado tanto por aquella soledad, cuando una claridad pura como la del alba la dejó ver repentinamente los espinos floridos. Se detuvo un momento

(1) C. 2. de adventu Tyneri, etc.

creyendo que aquella luz podria provenir de alguna reunion de forágidos, porque era imposible creer que pudiera haber allí gusanos de luz, porque no era tiempo de ellos, y el año estaba muy distante de aquellas noches pacíficas y calorosas del estío. Pero habiéndose acordado de la obligacion que se habia impuesto, se reanimó un poco, marchó ligeramente conteniendo su respiracion hácia el espino de las blancas flores, cogió con mano trémula una rama que parecia que caia por sí misma entre sus dedos, tan pequeña fué la resistencia que hizo, y ganó á toda prisa el camino de su casa sin atreverse á mirar detrás de sí.

Durante toda aquella noche, la santa señora estuvo pensando en aquel fenómeno, sin poder esplicarle; y como deseaba penetrar aquel misterio, al dia siguiente fué á los espinos á la misma hora, acompañada de un criado fiel y de su anciano capellan. Reinaba la misma luz que la víspera, y parecia que á medida que se acercaban era mas radiante y mas viva. Se detuvieron entonces y se arrodillaron, porque les pareció que aquella luz venia del cielo; después de un rato el buen sacerdote se levantó, dió algunos pasos respetuosos hácia los espinos cantando un himno de la iglesia, y los separó sin esfuerzo, porque se abrieron como un velo. El espectáculo que se ofreció en este momento á sus miradas, les causó tal admiracion, que estuvieron por largo rato inmóviles, llenos de reconocimiento y alegría. Era una imágen de la Vírgen esculpida con sencillez en una madera grosera, animada con los colores de la vida por un pincel poco esperto, y vestidas de una manera que no revelaba mas que sencillez; pero de ella emanaba la luz milagrosa con que estaban iluminados aquellos sitios. «Yo os saludo, María llena de gracia,» dijo el capellan prosternado, y al murmullo armonioso que se oyó en todo el bosque cuando pronunció estas palabras, se hubiera podido juzgar que habian sido repetidas por un coro de ángeles. Recitó en seguida con solemnidad esas admirables letanías en que la fé ha hablado el lenguaje de la mas elevada poesía, y después de nuevos actos de adoracion cogió la estátua, á fin de trasladarla al castillo, donde debia encontrar un santuario mas digno, en tanto que la señora y el criado con las manos juntas y la frente inclinada le seguian lentamente, uniéndose á sus oraciones.

No tengo necesidad de decir que la imágen maravillosa fué colocada en una urna elegante; que se encendieron antorchas odoríferas; que fué bañada en perfumes; que se la puso una rica corona, y fué saludada hasta la media noche con el cántico de los fieles. Sin embargo, por la mañana no se la encontró, y hubo una viva alarma entre todos aquellos cristianos á quienes su hallazgo habia colmado de felicidad. ¿Qué pecado desconocido habia podido atraer esta desgracia sobre la casa de la santa? ¿Qué nueva mansion habia escogido la Vírgen? Fácil es adivinarlo. La madre de Jesús habia preferido la modesta sombra de sus espinos favoritos al brillo de una vivienda mundana. Se habia vuelto en medio de la frescura de los bosques á disfrutar de la paz de su soledad y de las emanaciones de sus flores. Todos los habitantes del castillo fueron aquella noche al bosque, y la hallaron mas resplandeciente que la víspera. Se arrodillaron con respetuoso silencio.



«Poderosa reina de los ángeles, dijo la castellana, esta es la morada que prefieres. Tu voluntad será cumplida.»

Poco tiempo después, un templo embellecido con todos los adornos que prodigaba el arquitecto inspirado en aquellos siglos de imaginacion y de sentimiento, se elevó á aquella imágen reverenciada: los grandes de la tierra la quisieron enriquecer con sus dones; los reyes la dotaron con un tabernáculo de oro puro. La fama de sus milagros se esparció en todo el mundo cristiano, y bien pronto vino al valle una multitud de piadosas mujeres que formaron un monasterio. La santa viuda, mas conmovida que nunca por las luces de la gracia, no pudo rehusar el título de superiora de aquella casa. Murió muy anciana después de una vida de buenas obras, ejemplos y sacrificios, que se exhaló como un perfume al pié de los altares de la Vírgen.

Tal es, segun las crónicas manuscritas de la provincia, el orígen de la iglesia y del convento de *Nuestra Señora de los Espinos Floridos*.

Dos siglos habian trascurrido desde la muerte de la santa, y una jóven vírgen de su familia era todavía, segun la costumbre, hermana guardadora del santo camarin, lo que quiere decir que era la que tenia la custodia de él, y que á ella la correspondia abrirle los dias solemnes en que se presentaba la imágen milagrosa á la piedad del pueblo. Ella era la que tenia el cuidado de conservar su adorno, de quitar el polvo, de recoger para componer su corona ó para adornar su altar las flores del jardin mas preciosas á la vista y mas castas en sus colores. Entre aquellos inocentes tributos era preferida la flor del espino en su estacion; y en las demas se sustituia con una de mano hecha por las religiosas que parecia que habian robado su secreto á la naturaleza, y este ramillete reposaba sobre el seno de la madona, su-

jeto con una cinta plateada. Las mariposas hubieran podido engañarse alguna vez, pero no se atrevian á detenerse sobre aquellas flores divinas que no habian sido hechas para ellas.

La hermana guardadora del camarin se llamaba entonces Beatriz. De edad de diez y ocho años á lo mas, apenas habia oido decir que era hermosa, porque habia entrado de quince años en la casa de la Vírgen tan pura como sus flores.

Hay una edad feliz ó funesta en que el corazon de una jóven comprende que está creado para amar, y Beatriz habia llegado á esa edad; pero aquella necesidad, primero vaga é inquieta, no habia hecho mas que hacerla mas queridos sus deberes. Incapaz de esplicar entonces los movimientos secretos de que estaba agitada, los habia tomado por el instinto de un piadoso fervor que se acusa de no ser bastante amorosa, y que se cree obligada á amar hasta el entusiasmo y el delirio. El objeto desconocido de estos trasportes escapaba á su inesperiencia, y entre los que caian, si se puede espresar así, bajo los sentidos de su alma ingénua, la Vírgen solo le parecia digna de esta adoracion apasionada, para la que apenas podia bastar su vida. Este culto de todos los momentos era la única ocupacion de su pensamiento, el único encanto de su soledad; ocupaba hasta sus sueños de misteriosa languidez y de inefables delirios. Con frecuencia se la veia prosternada delante de la imágen, haciendo oraciones interrumpidas por sollozos, ó humedeciendo el pavimento con sus lágrimas; y la Vírgen sonreia sin duda desde lo alto de su trono eterno á aquella feliz inocencia; porque la Vírgen amaba á Beatriz y se regocijaba de ser amada por ella. Habia leido en el corazon de Beatriz que siempre la amaria.

En este tiempo hubo un acontecimiento que levantó el velo bajo el que el secreto de Beatriz habia estado tanto tiempo oculto para ella misma. Un jóven señor de las inmediaciones, atacado por los asesinos, quedó como muerto en el bosque; y aunque parecia que solo conservaba las débiles apariencias de una existencia próxima á estinguirse, los criados del monasterio le llevaron á la enfermería. Como en aquella época las hijas de los castellanos, desde su infancia, poseian el formulario de las recetas y el arte de curar, Beatriz fué enviada por sus hermanas á cuidar del moribundo. Puso por obra todo lo que habia aprendido de aquella útil ciencia; pero contaba además con la intercesion de la Vírgen milagrosa, y sus largas y penosas veladas, distribuidas entre los cuidados de enfermera y las oraciones de sierva de María, obtuvieron todo el éxito que habia esperado. Raimundo abrió los ojos á la luz, y reconoció á su libertadora; la habia visto algunas veces en el castillo donde habia nacido.

—¡Dios mio! esclamó Beatriz, ¿sois vos? ¿vos á quien tanto he amado en mi infancia y á quien miraba como esposo por el convenio que tan pronto olvidaron nuestros padres? ¿Por qué funesta casualidad os vuelvo á ver, encadenada con los lazos de una vida que no es para vos, y separada para siempre de ese mundo brillante cuyo adorno sois?

—Ah! si habeis escogido por vos misma este estado de soledad y abnegacion, Beatriz, os lo juro, no conoceis todavia vuestro corazon. El compromiso que habeis contraido en la ignorancia en que estais de los sentimientos naturales á todo lo que respira, es nulo ante Dios y ante los hombres. Habeis hecho traicion sin querer á vuestro destino de amante, de esposa y madre. Estais condenada, querida niña, á dias de amargura, de fastidio y de disgusto, cuya larga tristeza no dulcificará ningun pesar. Es sin embargo tan dulce amar, tan dulce ser amada, y tan dulce revivir en objetos que aman! Las puras alegrías de un afecto que multiplica la vida; el afecto de un amigo que os adora, que embellece todos vuestros momentos por fiestas nuevas, que no existe mas que para quereros y agradaros; las inocentes caricias de unos bonitos niños, tan graciosos, tan alegres con su existencia y que un capricho bárbaro hubiera abandonado á la nada, he ahí lo que habeis perdido! ¡hé ahí lo que habeis perdido, Beatriz mia, por sumirte con tan ciega obstinacion en un abismo! Pero no, continuó con mas viva espansion, no desconocerás las intenciones de tu Dios y el mio, que nos ha aproximado para reunirnos para siempre; tú te consagrarás á los votos del amor que te implora y te llama! tú serás la esposa de tu Raimundo. ¡No vuelvas esos ojos llenos de lágrimas! ¡No separes tu mano que tiembla entre las suyas! ¡Dile que estás dispuestas á seguirle y á no separarte de él jamás!...

Beatriz no contestó; no habia podido encontrar espresiones para manifestar lo que sentia; se escapó de los débiles brazos de Raimundo, se alejó turbada, palpitante, y fué á caer á los piés de la Vírgen, su consuelo y su apoyo. Lloró como antes, pero no era una emocion desconocida y sin objeto; era un sentimiento mas poderoso que la piedad, mas poderoso que la vergüenza, mas poderoso ¡ay Dios mio! que aquella Vírgen cuyo socorro reclamaba; y sus llantos esta vez eran amargos y abrasadores. Se la vió muchos dias de seguida prosternada y suplicante, y no se admiraron porque todo el mundo en el convento sabia su devocion apasionada á la Vírgen. Pasaba el resto del dia en la habitacion del enfermo, cuya curacion habia dejado de exigir tan asiduos cuidados.

Una noche, en la hora en que estaba la iglesia cerrada, en que todas las hermanas estaban retiradas en sus celdas, en que todo estaba en silencio, Beatriz gana el coro á paso lento, deja su lámpara en el altar, abre con mano trémula el camarin, y se estremece bajando los ojos como si temiera la mirada de la reina de los ángeles, y se arrodilla. Quiere hablar, y las palabras espiran en sus labios ó se pierden entre sus suspiros. Se cubre con el velo, trata de calmarse, hace un último esfuerzo, y consigue pronunciar algunos acentos confusos sin saber si profiere una oracion ó una blasfemia.

—¡Oh divina bienhechora de mi juventud! dijo, vos á quien únicamente he amado y que siempre sois la mas querida soberana de mi alma, ¡oh María, divina María! ¿Por qué me habeis abandonado? ¿Por qué permitis que vuestra Beatriz sea presa de las terribles pasiones del infierno? ¡Ya sabeis que he cedido sin combate á la que me devora! Ahora ya está hecho, y para siempre; ya no os serviré mas, porque no soy digna de serviros. Iré á ocultar lejos de vos el eterno sentimiento de mi falta, el luto eterno de la inocencia que no volverá. Permitidme que todavia me atreva á adoraros. Tened compasion de mis lágrimas, que prueban á lo menos que soy estraña á la traicion de los sentidos! ¡Acoged el último de mis homenajes como habeis acogido los demás! ó mas bien, si mi celo por cuidar vuestro altar es digno de alguna recompensa, enviad la muerte á esta desgraciada que os implora, antes que se separe de vos.

Al acabar estas palabras Beatriz se levantó, se aproximó trémula á la imágen, la adornó con nuevas flores, y avergonzada por la primera vez del uso piadoso á que no tenia derecho, las estrechó contra su corazon y la puso en su escapulario para no separarse jamás de ella. Después de esto miró á la imágen, dió un grito de terror, y huyó.

La noche siguiente, un rápido carruaje llevaba lejos del convento al hermoso caballero herido, y á una jóven religiosa infiel á sus votos.

El primer año trascurrió casi todo en la embriaguez de una pasion satisfecha. El mundo era para Beatriz un espectáculo nuevo, inagotable en goces. El amor multiplicaba en derredor suyo todos los medios de seduccion que podian perpetuar su error y acabar su pérdida; no salia de los sueños de la voluptuosidad mas que para despertarse en medio de la alegria de los festines, entre los juegos de los farsantes y los conciertos de los menestrales; su vida era una fiesta insensata en que la voz séria de la reflexion, sofocada por los clamores de la orgía, hubiera tratado en vano hacerse oir, y sin embargo, no habia olvidado á María. Mas de una vez, al adornarse en su tocador, habia estrechado su escapulario. Mas de una vez habia dejado caer una lágrima sobre el ramillete marchito que habia quitado á la Vírgen. La oracion habia llegado á sus labios como una llama oculta que sale por entre la ceniza; pero habia espirado allí; y en su mismo delirio, alguna cosa la decia que una oracion la hubiera salvado.

(Continuará.)

LA MUJER.

Hay algo de misterioso y de contradicciones en la organizacion de la mujer; y no es de estrañar que haya sido siempre un objeto de desprecio é indiferencia para unos, de admiracion, de respeto y de la mas entrañable ternura para otros. Angel de paz, de consuelo y de beneficencia, ha obtenido los mas altos y sinceros elogios de los caractéres generosos y nobles; al paso que el comun de los hombres exagera con placer sus desvios, su yeleidad y sus caprichos, y oye con satisfaccion cuanto deprime y envilece su dignidad y fama. La mujer sin embargo ha recibido en todas épocas una especie de culto poético de los ingenios grandes, y yo no sé qué de simpática y misteriosa armonía ha existido entre estos y la primera, que desde el Taso y Lope de Vega hasta Byron, desde Platon hasta L. Aimé Martin y Washington Irving, las ideas mas sublimes, las mas sentidas y delicadas inspiraciones han sido siempre consagradas á arrebatar la poética imaginacion de la mujer, y á inundar de gozo y de consuelo su apasionado y generoso corazon. Es verdad que la generalidad de las personas, apoyada en los ejemplos comunes de la vida, juzga estos sentimientos esclusivos de poetas y entusiastas, sobre quienes en su amargo escepticismo lanza el desden y la compasion; mas aunque el error y la ilusion estuvieran del lado de los segundos, es tan noble y sagrada la carrera de los que realzan y engrandecen la naturaleza moral del hombre, de aquellos que la arrancan alguna vez de sus groseras y materiales impresiones, hasta hacerla sentir esa parte infinita y divina comunicada por el cielo á nuestras almas, que merecieran bien la estimacion, la gratitud y el reconocimiento, en lugar de la indiferencia y del ridículo, que injustamente se les prodiga. Es nuestra pobre naturaleza, de suyo bastante flaca y miserable, para que ofrezca mérito ni interés presentar el cuadro de sus debilidades; la pintura viva, animada, y adornada de cierto idealismo poético de lo que hay de misterioso, delicado y sublime en nuestra organizacion, puede sola por el contrario elevar

nuestros pensamientos, y mantener en el hombre la vida de la imaginacion y del corazon, que es mas necesaria para su consuelo y su felicidad. La sociedad actual reconoce el poder del vicio y del crímen: hastiada de todo, busca con inquieto azoramiento descanso y solaz, pero en vano; porque liviana y material, ha proclamado los placeres y ha lanzado el desden sobre la virtud y sobre la poesía. Ella recoge los amargos frutos de la semilla que esparce; y si aquellos, cuyo corazon late al impulso de los grandes y generosos sentimientos, y en cuya imaginacion no se halla todavía apagado el númen para pintar con brillante colorido esa parte infinita y divina del hombre, no se presentan en la arena como los paladines de tan noble causa, hay peligro que la sociedad se barbarice con el tiempo en medio de los placeres, de la materia y del vicio, y lleguen á desaparecer todos los honrados é hidalgos pensamientos, que constituyeron en mejores dias su gloriosa y brillante existencia. No se espere por ello de nosotros que pintemos la mujer bajo el desfavorable aspecto de sus debilidades y caprichos; que aunque sin númen y de escaso saber, hay bastante fé en nuestro corazon para admirar y respetar sus virtudes; bastante honradez para no aumentar la abundante mies de inmoralidad, de indiferencia y de ateismo que hoy se arroja sobre la sociedad. Recuerdos además de agradable y cariñosa memoria dieron á nuestra alma en dias de agitacion y dolor, tranquilidad y contento, é hicieron dulce y encantadora nuestra vida; y seriamos desleales é ingratos á tan señalados favores, si al consagrar algunas ideas á la mujer, no fuésemos para con ella tan nobles y generosos como merecen sus buenas y bellísimas inclinaciones.

Aunque débil y delicada organizacion concediera el cielo á la mujer, enriqueciérala magnánimamente con las brillantes calidades que nacen de la vivacidad de la imaginacion, y de la generosa sensibilidad del corazon. Era un ser flaco condenado á la compasion y á la desgracia, y dióla Dios un poder misterioso y sublime sobre el hombre, al paso que imprimiera en el alma de este un sentimiento de la mas respetuosa é ideal afeccion hácia su naturaleza. Es tan dulce para las personas de grandioso y elevado temple verse arrastradas por la amabilidad y los encantos de la mujer; es tan noble para ellas respetar y servir con el mas tierno y delicado esmero á un ser débil, sin otra seguridad en su apasionada adhesion y en sus heróicos sacrificios, que la dignidad y el pundonor del hombre; es tan santo responder con el cariño y la fidelidad mas sublime á la que vierte á manos llenas descanso y consuelo sobre nuestra inquieta y agitada vida, que cuando el amor llega á estrechar dos corazones generosos escita naturalmente toda la poesía, todas las ideas de honor, de virtud y de magnánima abnegacion. Con razon ha sido considerada la mujer como la fuente mas fecunda y general de inspiracion; porque aunque la virtud, la religion y todas las pasiones morales y profundas sean un manantial de poesía, es escaso el número de los hombres á quienes inspiran, al paso que raro el de aquellos que no se sintieron agitados y conmovidos de una manera misteriosa y poética cuando alcanzaron por primera vez la cariñosa mirada de una mujer virtuosa, ó su corazon latió gozoso y alborozado al obtener el primer favor...

Anda el jóven en la carrera de la vida inquieto, azorado, entregado á desesperada melancolía, ó encenagado tal vez en placeres que le embrutecen y deshonran; y ni despierta de su sueño, ni siente el encanto de la poesía y de los generosos pensamientos, hasta recibir su alma las delicadas y misteriosas impresiones del amor: hay entonces un cambio en su naturaleza moral, y el que ayer en sentidas imprecaciones y dolorosos ayes maldijera su estrella y su ventura, y olvidara á Dios en el furor de su intenso y amargo padecer, hoy invoca postrado y agradecido su santo nombre, y no trocará su fortuna por la del mas dichoso mortal.

Con razon ha sentido el apasionado númen de Byron que la religion eleva al hombre al cielo, y que el amor hace descender el cielo sobre la tierra; porque tal es el primer efecto que el cariño de una mujer virtuosa produce en la imaginacion del jóven: y no solo moraliza sus costumbres, vuelve la calma á su lacerado corazon, y hace suave y tranquila su existencia, sino que despierta en él la poesía, el amor de la gloria y de las grandes cosas. Oyera el mundo cantar la desesperacion, el amargo escepticismo y el genio del mal y del dolor al entristecido y desolado jóven, cuya alma no se abrió jamás á las impresiones del amor; y no bien le mirara su amada, cariñosa y dulce, y con su delicada mano estrechara su oprimido pecho, cuando sus primeras inspiraciones son todas himnos de gozo, de consuelo y de felicidad. La vida no le es ya pesada y dolorosa; y si ha debido al cielo nobles inclinaciones y aventajado ingenio, no quedarán sin provecho para la sociedad tan señalados dones: que no le importa ahora el aplauso, la indiferencia ó el desden del mundo, porque concentrada su alma en un solo punto, ella vive únicamente para un ser, y halla en su contento el mas cumplido premio y el galardon mas lisonjero de sus trabajos...

Hay en la naturaleza de todos los hombres de elevado carácter un instinto delicado y sublime, que les conduce á desear el sacrificio y abnegacion de su persona, á algun ser digno por sus altas y generosas prendas de tan esclarecido favor; y es el corazon de una mujer virtuosa el último término de sus esperanzas, y el centro donde vienen á depositar todo lo que hay mas íntimo, moral y profundo en su vida poética. Pródigamente corresponde la mujer á tan sublime adhesion: gozosa y alborozada abandona desde los primeros dias su alma y voluntad al que la sirve con ternura; y jamás separará un momento su imaginacion de la memoria y entrañable recuerdo del objeto de su cariño. No habrá alegria ni pesar en su amante ó en su esposo, que no sea al punto trasladado en su delicada y misteriosa fisonomía, porque olvidada de sí, solo vive para otro, y su corazon parece únicamente destinado á sentir las ajenas impresiones. Es en especial, si la amargura y el dolor combaten durante la existencia del hombre, el tiempo en que despliega la magnanimidad de su carácter, la poesía de su alma y la ternura de sus sentimientos; porque entonces se desprende completamente de sí y elévase hasta el mas sublime temple para consolar al triste y hacer llevaderos y dulces los dias del hombre.

Sale este del regazo de su cariñosa madre, ó de los brazos de su amante ó de su esposa, y todo el mundo, hasta la gloria misma, contribuye á llenar su vida de agitacion y de sosegada inquietud: todo tiende á destruir sus ilusiones y dorados sueños; á presentarle en su desagradable verdad la prosa de la vida, ó á envenenar su existencia con penetrante y agudo pesar: únicamente en el hogar doméstico, en el cariño de una madre, en la ternura de su amada ó de su esposa, es donde encuentra el corazon del hombre calma para su inquietud, consuelo para sus penas, alivio y solaz para todas las enfermedades de su alma; allí hay para él un fondo inagotable de felicidad; solo allí siente de nuevo la poesía de su imaginacion, y su voluntad recibe una energía misteriosa, para sostenerse al través de los disgustos y tristes desengaños de la vida. Cuando graves y sagradas obligaciones ocupan el pensamiento del hombre, y la poesía y el afecto de su corazon se reparten entre su esposa y entre sus hijos, la providencia concede á la mujer el amor inesplicable de madre, y su ternura é inagotable cariño para el fruto de su amor, renueva y aumenta el cariño y la ternura hácia su esposo: y no parece sino que el delicado esmero con sus hijos es la reproduccion y la estension del amor á su esposo para objetos de recíproca y entrañable predileccion. Cuando por fin llega al hombre el dia de su muerte, es siempre la última persona que oprimida y desolada ve junto á su fúnebre lecho, la de la madre, esposa ó hija, que le consolára en sus desgracias y encantára su vida; y la primera y la postrer plegaria que se dirige al cielo por su descanso y eterna felicidad, es siempre tambien la de la mujer que lo amó. Dios sin duda ha querido darle dolores y padecimientos por el hombre desde el nacimiento de este hasta su muerte, y haberla encargado sin embargo de ser el sosten, el apoyo y el consuelo de su vida, desde el primero hasta el último instante. Por eso ha merecido en todos tiempos la mujer la admiracion y delicado respeto de los grandes génios; y por eso hemos consagrado en nuestros poéticos recuerdos una página de gratitud y deferencia á su misteriosa y sublime naturaleza.

FERMIN GONZALO MORON.

EL CABALLERO BANDA AZUL.

PARTE PRIMERA.

(Continuacion.)

—Decid á vuestro señor, repuso el caballero, que mi mision es reservada.

Momentos despues los jefes que en el salon de audiencia acompañaban á Sancho Perez, se retiraron, saludando á su paso por la antecámara al guerrero, quien con marcial inclinacion devolvia las salutaciones que se le hacian. Solamente don Nuño pasó junto á *Banda Azul* sin saludarlo, falta de urbanidad que juzgó el caballero como una mera distraccion.

Sancho Perez vestia un rico traje de corte, cuyas telas y brocados le daban un aspecto de riqueza y de poder majestuoso. Sentado en un sillon de rojo terciopelo galoneado de oro con clavazon de plata dorada, y en cuyo dorado respaldar estaban las armas del marqués bordadas sobre el terciopelo, esperaba lleno de curiosidad al adalid de cuyas proezas guerreras estaba tan orientado, y de quien Nuño le hablára con poco aprecio, sin olvidarse de recordar la muerte de Hernan Carrillo, jóven oficial, cuya pérdida sintiera mucho el gobernador. Sin embargo de estas prevenciones poco ó nada favorables á *Banda Azul*, el capitan Sancho Perez, apasionado como la generalidad de los hombres de su época del heroismo y caballerosidad, aun halladas en sus mayores adversarios, se decidia por el misterioso guerrero que esperaba

en la antecámara su órden para presentarse. Dada esta al maestresala, *Banda Azul* apareció ante el respetable caudillo de Maqueda haciendo una inclinacion, y echando mano á su refulgente yelmo, que no quitó de su cabeza, mas sí cuadrándose en seguida como una alta prueba de respeto á Sancho Perez.

Bien fuese por la fama que precedia á *Banda Azul* por todo aquel pais, bien porque su gallarda presencia gustase al gobernador á primera vista, es la verdad que este demostró en la devolucion del saludo y en el semblante, que era bien recibido el bravo campeon vencedor de la tribu agarena.

—Os escucho, dijo el padre de Clotilde, pero con un acento dulce que marcaba la órden de un sugeto que mandaba con benevolencia.

El desconocido, por todo discurso y respuesta abrió la calada visera, y arrancando de su cabeza su acerado casco, dejó ver al gobernador su faz morena y juvenil, los hermosos rizos de su bigote, y sus luengos y negros cabellos.

—Fernan! Fernan! gritó el anciano Sancho Perez, levantándose con toda la agilidad de un jóven ébrio de alegria, y dando algunos pasos hácia *Banda Azul*.

Este siguió su ejemplo, y cayó arrodillado á los pies del marqués del Riazal.

—Perdon, señor, perdon! murmuró con balbuciente voz el caballero.

—¡Perdon! ¿de qué?... Alza del suelo, querido Fernan, que no es esa la apostura que conviene á un valiente y á quien me salvó la vida en la batalla de Toro y de Zamora... ¡Dios mio! esclamó Sancho Perez, queria castigar á uno de mis mejores soldados y leales servidores! Yo, yo soy, Fernan, quien debiera pedir el perdon que tú me solicitas.

—Señor!... repuso visiblemente conmovido *Banda Azul*, os hice una grave ofensa abandonando vuestro palacio de Valladolid, y...

—Esa falta, interrumpió Sancho Perez, se repone con tu regreso.

En seguida abrió sus brazos, en los que se precipitó el guerrero, á quien hacia algunas horas pensaba colgar de la almena mas alta del castillo!. . . . . .

. . . . . .

LA ENTREVISTA.

Banda Azul habia sido hospedado en una de las mejores habitaciones del castillo de Maqueda, en cuyo punto habia recibido los homenajes caballerescos de todos los jefes de la guarnicion, escepto D. Nuño, que se fingiera enfermo para evitarse de este modo el disgusto que solo la presencia de su rival le producia.

Eran las dos de la tarde, hora en la cual, despues de obtenida la venia de la hija de Sancho Perez, pasaba *Banda Azul* á visitar á la linda castellana.

El gabinete en el cual Clotilde queria recibir al jóven guerrero, era un gótico salon, cuyas paredes desaparecian bajo los ricos cueros cordobeses con mil variadas bordaduras de sedería, plata y oro; el techo abovedado mostraba sobre un campo azul de cielo preciosas alegorías que bosquejaban las lides caballerescas y guerreras que en aquella época pendenciera se sostenian diariamente entre los hijos de Mahoma y los descendientes del gran Pelayo. La sillería de baqueton morado mostraba en sus respaldares las armas del marqués, y sus asientos de terciopelo azul con guarniciones flamencas y clavazones de plata dorada, con una rica alfombra árabe, formaban un aposento semirégio y magnífico, que revelaba el poderío del marqués del Riazal y la elegancia y buen gusto de su hija Clotilde.

Sentada esta en un cómodo y alto sillon forrado en raso blanco, parecia una silfide ideal y encantadora, ó una irresistible hada del jardin de las Espérides. Vestia una túnica de brocado que cerraba en un elevado escote, que al rodear su torneado cuello venia á cubrir cuidadosamente el remate de su pudoroso seno. Bajo de las mangas de su túnica blancas como la nieve se veian nacer unos manguitos de aéreo tul que envelaban sus brazos hasta la muñeca, en cuyo punto un fino y rico encaje flamenco rodeaba ansioso los primeros arranques de los dorsos de su sedosa y pequeña mano. La túnica abierta en la falda dejaba ver una saya azul con herretes de diamantes, que bajaba á besar los chapines de brocado y aljófar que encerraban los diminutos pies de la linda castellana. Por último, unas hermosas trenzas recogidas por una elegante toquilla de brocado verde hacian resaltar el sonrosado color de sus mejillas de un moreno claro y simpático. Una cadena con menudos eslabones de oro guarnecidos de brillantes caia de su garganta para descender por cima de su túnica hasta la mitad de su pecho, palpitante en esta ocasion de amor y felicidad.

El caballero Fernan-Gomez, anunció doña Beatriz abriendo una pintada mampara.

—Dejadle entrar.

La dueña desapareció, y *Banda Azul* entró en la estancia de la fascinadora *houri*.

El traje de *Banda Azul* consistia en un sayo corto de brocado con guarniciones de pielés, calzas de grana y borceguíes de ante bordados, con doradas espuelas. De su cinturon pendian una limosnera de gran precio, *un puñal de misericordia*, y una espada de corte con empuñadura dorada y esquisitamente cincelada. Un manto blanco, en cuyo costado izquierdo estaba bordada una águila que arrebataba á una paloma, caia de sus hombros; una gorra de brocado en cuyo joyel le prendia una hermosa pluma, hácia su mano derecha, ínterin una Banda Azul puesta sobre su sayo y con el mote «*Quiero mas*» formaban en fin su traje, que unido al interesante físico del jóven guerrero, hacia que *Banda Azul* fuese para los ojos de todo observador un tipo caballeresco tan simpático como interesante.

—¡Fernan!! esclamó la jóven radiante de alegría, y cuya grata sensacion ocultó entre su pañuelo y manos temblorosas.

—¡Clotilde!!! repitió en otra esclamacion de ventura el caballero corriendo á los pies de la jóven y colocando una de sus rodillas sobre la muelle alfombra.

La hija de Sancho Perez tendió su mano agitada á Fernan, quien tomándola ansioso, imprimió con sus labios de fuego un ósculo de amor sobre el sedoso cutis de aquella mano tan querida para él... A esta escena muda, pero vehemente, siguieron algunos instantes de completo silencio.

—Señora, dijo al fin *Banda Azul*, cinco años hace que me separé de vuestro lado para ir en busca de un nombre que derecho me diese para solicitar vuestra mano y vuestro cariño. Hijo de humilde cuna, tenia sin embargo un corazon emprendedor, y confiaba que mi espada y lanza me proporcionarian algun dia una posicion social digna de la vuestra. Con este propósito dejé una noche vuestro palacio de Valladolid. Abandoné, sí, aquella mansion que encerraba un anciano guerrero á quien todo lo debia, y me separaba lleno de tristura de la diosa de mis amores, á quien mi destino adverso me ordenaba dejar, y á quien no volveria á ver, y de ser así era mas que probable la encontrase unida á otro hombre, si no tan digno, al menos mas afortunado...

—Ya veis, Fernan, que no es así... interrumpió la jóven, y á pesar de los sentimientos honrosos que os impulsaron á obrar de esta manera, fuisteis muy cruel... dejásteis el castillo de mis padres sin darnos un solo adios.

—Clotilde! repuso *Banda Azul* con eco conmovido; al par que en su semblante se leia lo grata que le era esta reconvencion amorosa. Cuando partí con las lanzas de vuestro padre que se dirigia á las órdenes de su rey para castigar al de Portugal, ya, señora, llevaba en mi corazon de humilde paje el amor por la hija de un marqués; pero comparando la desigualdad de los objetos con los pensamientos elevados que me animaban, ni jamás pensé en revelarlos á quien con sus encantos y virtudes los impulsára, ni mucho menos que llegase este feliz momento de oir de vuestra boca un lenguaje que reanima hasta la mas débil cuerda de este corazon que tanto os ama. Dos sucesos grandes, estraordinarios para un hombre de noble cuna, peligrosos para uno de mi clase, sobrevinieron despues. Sí; en medio de una lid sangrienta, corria inminente riesgo la vida de vuestro padre y mi protector. Salvé, es cierto, de una muerte casi segura á quien debiais el ser, y mi sangre señaló este servicio, que pagado fuera de antemano con el apoyo que me dispensára el señor marqués, y luego nombrándome tambien alférez de una de sus mesnadas. Habia dado un paso mas hácia vuestra persona, pero faltábame un espacio inmenso que recorrer. Una noche en que me dirigia solo, á Valladolid con el carácter de *Faraute* para dar á vuestra madre nuevas de mi señor, cuando faltándome solo media legua para llegar al término de mi viaje, el tropel de un caballo y los ayes de una mujer hicieron lanzarme en el bosque espada en mano con objeto de desfacer agravios que acaso podian ocasionarle á alguna dama. Esa dama escuso deciros quien era, Clotilde. Vuestro raptor abandonó su presa; pero sin embargo no marchó tan salvo que no dejase caer su oreja izquierda ante el filo de mi espada. Infructuosa la persecucion del malvado por la oscuridad de la noche y cansancio de mi caballo, retrocedí en vuestra busca para conduciros á Valladolid.

Este segundo acontecimiento con la hija del que hacia seis dias habia salvado junto á Zamora, en un caballo de blasonado escudo, habrian sido motivos que podian haber influido poderosamente para aspirar y merecer la mano de la rica y única heredera del señor marqués del Riazal; mas ejecutados por mí, simple alférez de una mesnada, consideré como el mayor premio esta banda azul que de órden de vuestra madre me regalásteis. ¡No obstante, estos sucesos, como era de esperarse del alma elevada y del corazon magnánimo de mis señores, me produjeron diariamente mil afectuosas pruebas de predileccion. El regreso despues del señor marqués acabó de llenar la copa de los infinitos favores que á cada instante se me prodigaban. Estas esmeradas y repetidas atenciones debian de producir su efecto, Clotilde; mi corazon rebosaba gratitud, pero no podia contener la llama de un amor tan vehemente, como reservado con tanto esmero; creí que al fin se habia de conocer por vos, y entonces las consecuencias me serian fatales. Antes de llegar este caso, busqué en la ausencia, no el enfria-

miento de una pasion que me abrasaba el alma, sino un lenitivo á mi continuo sufrir y que me evitase mayores dolores y sufrimientos. Dijísteis, Clotilde, que me alejé del palacio sin daros un solo adios!... No, Clotilde, no; la última noche que moré en Valladolid, la pasé de rodillas á la puerta de vuestra cámara; sí, humedecí con mi llanto la alfombra que conducia á vuestro dormitorio, y os dí allí mi adios postrero; pero uno de esos adios tristes que despedazan el corazon del que los pronuncia dejando á su alma herida mortalmente. Presentarme á vos hubiera sido una imprudencia... yo habia sospechado en vuestras miradas, en vuestras galantes predilecciones, que el alférez Fernan no os era del todo indiferente; por lo tanto procurar una entrevista habria sido crear dos víctimas y aumentar el sufrimiento; por eso quise padecer solo. Despedirme de vuestros padres no era posible; ellos impedirian mi partida; ó al menos me exigirian el móvil de mi proceder ¿Qué habia de contestar? ¿Diria que un infausto amor por su hija impulsaba mi determinacion? ¿Alegaría un pretesto? No, ni una ni otra cosa. Fernan no revelaria á nadie los arcanos de su corazon, ni jamás acudirá á la falsía como auxiliar.

En aquella noche dolorosa y cruel, y para mí de mayor prueba, tomé el camino de Córdoba, en cuya ciudad hice grabar sobre vuestra banda azul un mote que deberá ser la divisa de todas mis futuras empresas. «*Quiero mas;*» puse esta inscripcion, porque si de vuestra mano recibí la *banda;* si en vuestros ojos habia leido el singular afecto con que me distinguíais, aun *queria mas*, Clotilde, pues queria vuestra mano con vuestro corazon.

Aquí el jóven *Banda Azul* hizo una ligera pausa, ínterin la hija de Sancho Perez continuó inmóvil y silenciosa, fijas sus pupilas de árabe en el alfombrado. Varias veces vino el llanto á sus órbitas; mas esforzándose no le dejó correr; la conmovida niña no quiso interrumpir con sus lágrimas el vehemente y caballeresco lenguaje del que estaba á sus pies. Esta tácita contestacion, que vale mas en ocasiones que la respuesta mas benévola, reanimó á Fernan, que prosiguió de nuevo su interrumpida y amorosa manifestacion.

—Llegado que hube á la corte de nuestros reyes, me arrojé á los pies de la reina Isabel, y allí postrado la manifesté sucintamente mi graduacion en la milicia y los imperiosos deberes que como hombre honrado me impulsáran á dejar el palacio de mis protectores. El resultado fué una órden para ser admitido en las lanzas Reales. Dias despues partimos al sitio de Ronda, y no sé si mi espada, ó la benevolencia del monarca me adquirieron á los seis meses el grado de jefe de escuadron y el alto honor de ser armado caballero sobre el mismo campo de batalla. «*Quiero mas*» decia mi divisa; pero era preciso ó morir ó dar cumplimiento á su significacion.

Una banda de cordobeses se deslizó por los Pedroches; solicité su persecucion, y conseguido el superior permiso, me lancé sobre los ginetes moriscos con solos diez ginetes escogidos de mi escuadron: el resultado os será conocido, como no lo ignora todo este país. Sin embargo, siempre perseguido por un hado adverso que parece enlazado á la humildad de mi pobre cuna; cuando feliz y vencedor me disponia á regresar á mis filas, fuí asaltado por un número de guerreros desconocidos, cuya procedencia era de este castillo, en el cual se tenia proyectado colgarme de una de sus almenas.

—Fernan! Fernan! esclamó Clotilde asiendo con interés la mano del caballero. No penseis que el marqués del Riazal obraba en ello por sí mismo. No: el alférez don Nuño del Corral ha sido quien arrojó contra vos al temerario Hernan Carrillo, y el que impulsaba á mi querido padre á cometer una injusticia. Sí, Fernan, don Nuño y el cenobita son solos los responsables.

—Pues bien, Clotilde, la providencia protege á los malvados hasta cierto tiempo, es decir, les concede un plazo de arrepentimiento; pero finado este, su cólera es inexorable... Eso ha sucedido anoche con vuestro raptor en Valladolid.

—¡Qué decís, Fernan!

—Ramirez, ese hombre malvado que abusando de la confianza que el señor marqués del Riazal dispensára á su mayordomo al partir para la guerra de Portugal, mónstruo que guiado por un feroz y lúbrico deseo, os arrebató de vuestro palacio, y cuya accion villana cortáran á tiempo mi presencia y mi tizona, ha dejado anoche de existir al querer satisfacer los deseos de don Nuño y sus instintos de venganza contra quien en un bosque interrumpió su tenebroso plan.

—¡Luego el cenobita!. . repuso la jóven radiante su faz hermosa de júbilo y agradecimiento.

—Era bajo su largo ropaje el mayordomo en Valladolid del señor marqués. Sí, Clotilde, en el tiempo que he estado ausente de vuestro lado he recorrido casi toda mi patria, sin que mis pesares de un amor y mis venturas de guerrero me hiciesen olvidar mi primera mision sobre la tierra, que estaba reducida á indagar el paradero del malvado para darle su merecido castigo: el destino, desde ayer mas propicio conmigo, le trajo á mis manos para deciros hoy que *ya heló el frio de la muerte el corazon del que intentó abusar de vuestros encantos de diosa*

—Pues bien, Fernan, dijo la hija del marqués con eco solemne, cubriendo sus mejillas el pudoroso color de una mujer pura y apasionada; os prometo que esta mano será solo vuestra, y que mi corazon á vos únicamente pertenecerá.

Acto continuo se desprendió de la hermosa cadena que llevaba sobre su ebúrneo cuello, y la colocó sobre el sayo del feliz *Banda Azul*.

—¡Dios eterno!... esclamó este fuera de sí al escuchar esta promesa que colmaba todos los deseos de su corazon agradecido y henchido de amor y felicidad,.. Quisiera morir en este instante de ventura y bella ilusion, que mañana mi pobre cuna ha de convertir en dolorosa realidad. Mas cualquiera que sea mi sufrimiento, lo sobrellevaré gustoso, porque el recuerdo de esta hora será el precioso antídoto de mis padecimientos. Voy á partir, Clotilde. Mis banderas me llaman como buen soldado; mi amor me detiene, y mi espada y mi brazo son de nuestros reyes y de nuestra patria; el postrer latido de vuestro corazon sola vos le podreis llamar vuestro. Allá en el campo del orgulloso árabe buscaré ó una muerte honrosa, ó hallaré un nombre que me saque de la oscuridad en que nací, logrando romper esa maldita valla que hoy separa, pero que no basta á impedir la eterna union de nuestros corazones.

—El cielo os oiga, Fernan, repuso con voz balbuciente la jóven, ínterin de sus hermosas órbitas se deslizaba un torrente de preciosas perlas. Llegue un dia en que á la faz del mundo entero pueda ostentar un amor que hace mucho tiempo oculto en mi oprimido... adios... adios...

Clotilde no pudo proseguir, ahogada con sus dolorosas emociones; alargó su mano de nieve y temblorosa al consternado caballero, en la cual este imprimió mil veces sus labios de fuego y la estrechó contra su corazon palpitante de amor y felicidad.

CONCLUSION.

Dos años despues la capilla del castillo de Maqueda estaba ricamente alhajada é iluminada con mil antorchas. Dos jóvenes seguidos de un numeroso y aristocrático acompañamiento se unian en el templo del Señor con los indisolubles lazos de Himeneo. Estos dos jóvenes tan afortunados eran Fernan Gomez y Clotilde de Sancho Perez. El primero en la toma de Málaga y despues en las márgenes del Darro y Genil habia conquistado con su lanza y heroicidad el título de conde de la Rivera, y Clotilde además de su blasonado escudo le ofrecia un alma angelical y un corazon magnánimo, hermosas dotes que habian de labrar á ventura de Fernan, mas que las inmensas riquezas que su esposa le llevára, porque ni una elevada cuna, ni los tesoros de las Californias nada significan al lado del amor y de la verdadera nobleza que nace del corazon. . . . . .

. . . . . .

Don Nuño, segun nuestros apuntes, el dia de la primera entrevista de nuestros amantes en el castillo de Maqueda, habia desaparecido ya de la fortaleza sin saberse después mas de él. Sancho Perez, feliz con sus dos hijos, descuidando el espinoso cargo de gobernador en la bravura y pericia militar de su yerno, se entregaba libremente con Pero Martin á la caza, única y favorita diversion de los señores de la edad media. Pero Martin pasaba una vida de príncipe, y cuando se encontraba en el castillo de los dos esposos, quitándose su gorra de pieles esclamaba:

¡Dios bendiga vuestra union, pues que ella es el fruto del heroismo de mi jóven señor, y el justo premio de la constancia y virtudes de la mas bella y mas virtuosa dama que nació en Castilla! . . . .

Madrid marzo 15 de 1855.

FELIX MONTERO Y MORALEJO.

EN UN ALBUM.

Cosas de la época.

Al saber que á una viuda sin riqueza
Hijas ocho la dió naturaleza,
Otra viuda esclamaba, entre gemidos:
¡Dónde, amiga, hallarás ocho maridos!
Y la madre, que no es de las mas zotes,
El caso es, contestó, hallar ocho dotes...

Diciembre de 1854.

EL BARON DE ILLESCAS.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra



EL PRIMER AMIGO.

ENRIQUE II EN EL MOLINO DE MANSFIELD.

Una aventura de Enrique II de Inglaterra celebrada en una antigua cancion, recuerda su famosa cena de Enrique IV en casa del labrador Micheu.

El bearnés Enrique II era generoso, jovial, popular, y sumamente aficionado á la caza; un dia en el bosque de Schervood se estravió persiguiendo un jabalí; su caballo le llevó lejos de sus cortesanos, y al acercarse la noche se halló solo en un sitio del bosque desconocido para él, y en que no habia senda alguna.

Anduvo largo rato vagando por la espesura sin encontrar á nadie, hasta que un molinero con su borrico acertó á pasar por aquel punto.

—Buen hombre (le gritó el rey), suplícoos que me indiqueis el camino de Nottingham.

El molinero le miró á través, y sin contestarle aguijoneó con sus talones los costados de su cabalgadura.

—¿Sois sordo ó mudo? continuó S. M. hostigando por su parte el caballo.

—Bien, bien, amigo, murmuró el molinero; por cierto no me gusta que se burlen de mí. Vos sabeis vuestro camino como yo el mio.

—Por mi honor que no me burlo; y si vos no contestais á lo que os he preguntado, tendré que pasar la noche bajo uno de estos árboles.

—Desgracia seria en verdad; pero no será la primera vez, segun creo, que os ha servido de habitacion el bosque.

—¿Por quién pues me teneis?

—Por lo que sois, bizarro jóven; pero os suplico que contengais vuestro caballo permaneciendo á una respetable distancia de mí.

Era evidente que el molinero pensaba hablar con un ladron: el jóven príncipe, sonriéndose, procuró deshacer en parte su equivocacion, y le aseguró que era un caballero.

—¡Vos caballero! replicó el molinero; me parece que teneis traza de llevar toda vuestra hidalguía con vos, y si no me equivoco os veriais apurado para cenar esta noche con el dinero que contiene vuestra bolsa.

Efectivamente, el rey no llevaba bolsillo.

—Pero no importa, continuó el villano después de haber reflexionado un instante; quiero mas esponerme, á ser engañado que faltar á la caridad; además, puede ser que me equivoque: seguidme, buen señor, Nottingham está muy lejos para que podais llegar esta noche, y si verdaderamente sois un hombre honrado, no dormireis al raso.

—Soy un hombre de bien, podeis creerme; y en prueba de ello, hé aquí mi mano.

—Bueno, amigo mio, pero yo no acostumbro á dar mi mano en la oscuridad de la noche; luego nos veremos las caras y nos conoceremos.

Después de una media hora de marcha, el rey descubrió al pié de un monte una pequeña casita: la luz penetraba por las grietas de la puerta, y sobre la chimenea se veian volar algunas chispas; era la morada del molinero.

Apeáronse los dos, y al entrar el rey notó un fuerte olor á tocino cocido y se vió casi ciego por el humo: el primer cuidado del molinero fué el de examinar la fisonomía de su compañero.

—Por mi fé, dijo, que tienes una figura que me agrada bastante; ya no me parece tu traza tan ratera como la habia creido; si no disgustas á la molinera, cenarás y dormirás en el molino. Enrique se habia quitado cortésmente la gorra ó sombrero que llevaba, y estaba de pié con el mayor respeto ante la dueña de la casa, que trabajaba en limpiar un jarro de estaño.

—Es un pobre diablo, dijo por lo bajo el molinero á su mujer, y

creo un deber ofrecerle hospitalidad; mirale; casi tiene el aire de un hombre completo: está bien educado, y se vé que sabe respetar á las gentes que valen mas que él; la mujer tampoco parece que formó mala opinion de Enrique, porque le dirigió la palabra con mucho agrado.

—Seais bien venido, le dijo, amigo mio; tendreis por cama un haz de paja fresca y dos sábanas nuevas.

Y por compañero nada menos que á nuestro hijo Ricardo, añadió el huesped.

—Con tal que esté limpio (y no lleve compañía), dijo la mujer.

—Si la lleva, gritó el robusto Ricardo, no quiero dormir con él.

La figura grotesca de este era tan singular y ridícula, que el rey no pudo contener la risa; pero lejos de incomodarse por ello, los buenos molineros estuvieron con él sumamente amables.

Pusieron sobre la mesa un pedazo de tocino, un (pouding) cocido, un plato de manzanas asadas y algunas botellas de cerveza; el rey, que jamás habia tenido mejor apetito, bebia en el mismo jarro que sus huéspedes: los vasos los usaban en aquel tiempo solamente los ricos.

—A tu salud! dijo el molinero, y á la de todos los hombres, añadió mirando con malicia á su compañera, que se dejan gobernar por sus mujeres!

—Gracias, dijo el rey; yo brindo por Ricardo; estoy seguro que es un buen muchacho.

—No tanto hablar, interrumpió este; bebe aprisa y pásame el jarro.

El molinero estaba cada instante mas jovial y enteramente tranquilo de sus sospechas con respecto al estranjero.

—Mujer, dijo, ¿nada mas tienes que darnos? pienso que si quieres encontrarás todavía en la artesa algun trozo de caza.

La mujer no se hizo de rogar, y puso delante de su marido un pedazo de carne asada que fué bien pronto trinchada.

—Es delicioso, dijo el rey, atracándose en un manjar tan esquisito; ¿y en qué mercado lo venden?

—No somos tan tontos que lo compremos, contestó Ricardo, y sin embargo, lo comemos todos los dias; el mejor mercado es el bosque de Schervood.

—Ah! dijo el rey, ¿seria esto ciervo?

—Eres brujo, repuso el molinero en tono burlon: es preciso que vengas del otro mundo para creer que nos falte la caza teniéndola tan cerca: un hombre honrado que se quiere bien, tiene siempre de reserva algun buen trozo de ciervo; pero te prohibo decir nada; no querria por esta friolera ser denunciado al rey, que no se burla en tratándose de sus derechos de caza.

—Está tranquilo, dijo Enrique; por mí no lo sabrá S. M.

El fin de la cena fué todavía mas alegre que el principio: Enrique despachó algunos jarros de una especie de bebida que se hacia en aquel tiempo mezclando vino y cerveza, y luego marchó á acostarse con Ricardo.

A la mañana siguiente cuando se despidió de sus huéspedes y se preparaba á montar á caballo, algunos señores de su corte llegaron azorados; gozosos de encontrarle doblaron la rodilla y le saludaron con los títulos de señor, majestad, etc.

Imagínese la estupefaccion del molinero; el miedo que se apoderó de él le hacia temblar como un azogado; creyó ver que el rey llevaba la mano á la guarnicion de su espada, y cayó en tierra pidiendo gracia como si temiese por su vida.

El rey le tranquilizó amigablemente, le dió un abrazo como pudiera hacerlo con un caballero, y partió á galope con su comitiva.

Aun no habia pasado un mes, cuando un paje llamó á la puerta del molino.

—El rey, dijo, os invita á que vengais los tres á verle en Westminster.

—¡En Westminster! contestó la mujer; ¿por qué querrá S. M. ver á estas pobres gentes?

—Pardiez! interrumpió Ricardo, que desde la famosa cena no habia dormido tranquilo, se acuerda del ciervo y quiere hacernos colgar.

—Os equivocais, dijo el paje: mi señor os profesa una sincera amistad y os convida á comer.

—¡Es cierto! esclamó el molinero: muy bien; no es justo que nos hagamos de rogar. Jóven, decid á vuestro amo que aceptamos: y pues nos habeis traido una buena noticia, voy á pagaros como mereceis.

Dicho esto, sacó del bolsillo y obligó al paje á admitir dos ó tres monedas de cobre. Este marchó, y el molinero tomó el aire de un hombre de importancia.

—Mujer, hijo mio, es preciso que nos presentemos con decencia delante del rey: ahora no es ocasion de pensar en economías: vamos á ponernos nuestros mejores trajes, y hagamos la entrada en la corte de modo que seamos admirados.

—Tranquilizaos, marido mio, no tendremos de que avergonzarnos.

La buena mujer se apresuró á disponer los vestidos de fiesta, é hizo alguna rectificacion en el jubon y saya encarnada: Ricardo limpió su sombrero y arrancó al gallo la mas bella pluma para hacerse un penacho, enjaezó lo mejor que pudo el burro del molino, poniéndole una manta verde y dos orejeras con franja. Tal fué el palafren de la molinera que entró en Westminster escoltada por su marido é hijo.

La corte los recibió con agrado, porque el rey habia prohibido sériamente que nadie se burlase ni insolentase con ellos.

Enrique dió su mano al molinero y á Ricardo, y la bienvenida á la mujer.

—¿Con que es cierto que no nos habeis olvidado? dijo Ricardo; el molinero le reprendió tocándole con el codo.

—¿Y cómo podia yo olvidar á mi compañero de cama? contestó el rey.

—Oh! Oh! añadió Ricardo riéndose desaforadamente: salvo vuestro respeto, señor, no sois buen compañero, y á no ser por algunos golpes...

—¿Callarás, palurdo? dijo interrumpiéndole el molinero.

Esta conversacion concluyó por la llegada de la reina, que abrazó familiarmente á la molinera: la buena mujer estaba llena de vanidad y mas tiesa que una sota de espadas. La comida vino á coronar dignamente el real obsequio. El molinero bebió sin incomodarse cuanto pusieron en su vaso, vinos estranjeros, cervezas de varias clases, y no habló una palabra hasta haber gustado de todas las botellas y platos.

—Es preciso confesar, mi querida esposa, dijo el molinero, que no tenemos tan buenos vinos en nuestro molino.

—Pero teneis mejores asados, dijo el rey; siento no poder ofreceros un poco de caza.

—Alto ahí! gritó Ricardo sin dejar de comer; eso es una traicion; prometisteis callar.

—Teneis razon, Ricardo, contestó Enrique, es preciso que el rey no lo sepa. Y preguntó al jóven qué plato le gustaba mas.

—Si he de hablar en conciencia, replicó, ninguno de estos manjares vale tanto como un (pouding) negro.

—Es verdad, dijo el rey á su esposa.

—Jamás lo he comido, contestó esta.

—¿Cómo es eso? esclamó Ricardo, yo traigo uno; y sacándole del fondo de su sombrero lo puso sin cumplimiento sobre la mesa.

Los cortesanos apenas podian contener la risa; la reina se vió obligada á probarlo, y el rey despues de dar á Ricardo las mas espresivas gracias por su galantería, le dijo: mira alrededor de la mesa, y dime cual de todas estas señoritas te gusta mas; te la daré por esposa.

Ricardo miró desdeñosamente á las damas pálidas y poco robustas de la corte, y contestó: salvo el respeto debido, estas señoras podrán ser muy bonitas, pero yo encuentro mejor los encarnados mofletes de Jonny Grombell.

Cuando los tres convidados quisieron retirarse, el rey anunció al molinero que le habia nombrado su guarda bosques de Schervood, y añadió: guardaos de robarme la caza, y venid á verme una vez á lo menos cada tres meses.

J. C. N.

LA HERMANA BEATRIZ.

LEYENDA.

(*Conclusion.*)

No tardó en esperimentar que no hay mas amor verdadero que el justificado por la religion; que el amor del Señor y de María es el único que se libra de las vicisitudes de nuestros sentimientos; que es el único que acrece y se fortifica con el tiempo, en tanto que los demás se consumen en nuestro corazon de ceniza. Sin embargo, ella amaba á Raimundo todo lo que le podia amar; pero llegó un dia en que comprendió que Raimundo no la amaba. Aquel dia la hizo prever otro dia mas horrible todavia en que seria abandonada por aquel por quien habia abandonado el altar, y aquel dia llegó; Beatriz se encontró sin apoyo en la tierra y sin apoyo en el cielo. Buscó en vano un consuelo en sus recuerdos, un refugio en sus esperanzas. Las flores del escapulario se habian marchitado como las de la dicha. El manantial de las lágrimas y de la oracion se habia agotado. El destino que Beatriz habia buscado se iba á cumplir. La desdichada aceptó su condenacion. Cuanto mas alto se cae del camino de la virtud, tanta mayor ignominia tiene la caida, y era mas irreparable porque Beatriz habia caido de lo alto. Se asustó primero de su oprobio, y acabó por acostumbrarse á él, porque los sentimientos de su alma estaban destrozados. Quince años trascurrieron así, y durante quince años su ángel tutelar lloró.

Aquellos años fugitivos se llevaron consigo todos los tesoros; la inocencia, el pudor, la juventud, la belleza, el amor, esas rosas de la vida que no perecen mas que una vez y hasta el sentimiento de la con-

ciencia que resarce de las demas perdidas! Las joyas que la habian adornado, tributos impíos que la desmoralizacion paga al crímen, la proporcionaron algun tiempo un recurso pronto á agotarse. Quedó sola, abandonada, objeto de desprecio para los demás, como para sí misma, entregada á los desprecios insolentes del vicio, y odiosa á la virtud, ejemplo de vergüenza y de miseria que las madres enseñaban á sus hijas para retraerlas del pecado. Se causó de estar á merced de la piedad, de no recibir mas que limosnas que le daba la caridad con una piadosa repugnancia, de no ser socorrida mas que por gentes que se avergonzaban al darla un poco de pan. Un dia se envolvió en sus harapos, que antes habian sido un rico vestido, y se resolvió á ir á pedir el alimento del dia y el asilo de la noche á gentes que no la conociesen. Se lisonjeaba de ocultar su infamia en su desgracia; partió, la pobre mendiga, sin otros bienes que las flores que habia quitado del ramillete de la Vírgen, y que caian una á una, hechas polvo, en sus labios ya secos.

Beatriz era jóven todavía, pero la vergüenza y el hambre habian impreso en su frente esas huellas espantosas que revelan una vejez prematura. Cuando con su rostro pálido imploraba tímidamente el auxilio de los que pasaban, cuando su mano blanca y delicada se abria estremeciéndose para recibir sus dones, no habia uno que no conociese que debia haber tenido otro destino en la tierra. Los mas indiferentes se detenian delante de ella y echaban una amarga mirada que parecia decir: ¡Oh hija mia! ¿cómo es que has caido?... Y su mirada no les contestaba; porque hacia mucho tiempo que no podia llorar. Anduvo mucho tiempo, mucho tiempo; parecia que su viaje no debia concluir sino con la muerte.

Un dia sobre todo habia andado desde el amanecer en una montaña desnuda, por un sendero áspero y tortuoso, sin que el aspecto de ninguna casa viniese á consolar su cansancio: su único alimento eran algunas raices sin sabor, arrancadas en las hendiduras de las rocas; su calzado acababa de abandonar sus pies sangrientos; se sentia desfallecer de fatiga y de hambre, cuando ya de noche oscura quedó asombrada á la vista de una larga fila de luces que demostraba una vasta habitacion y hácia la que se dirigió con todas las fuerzas que la quedaban; pero á la señal de una campana argentina cuyo sonido despertó en su corazon un estraño y vago recuerdo, todas las luces se apagaron á la vez y solo quedó en derredor suyo la noche y el silencio. Dió algunos pasos todavia con los brazos estendidos, y sus trémulas manos se apoyaron contra una puerta cerrada. Se sostuvo un instante como para tomar aliento; pero no pudo menos de caer. Oh Vírgen santa! por qué os habré abandonado!... Y la desdichada Beatriz se desmayó.

Que la cólera del cielo sea ligera á los culpables! Semejantes noches expian toda una vida de desórden! La frescura de la mañana comenzaba apenas á reanimar en ella un sentimiento confuso y doloroso de existencia, cuando advirtió que no estaba sola. Una mujer arrodillada á su lado, levantaba su cabeza con precaucion y la miraba fijamente en la actitud de una curiosidad inquieta: esperaba que acabára de volver en sí.

—Dios sea bendito para siempre! dijo la buena tornera, de proporcionarnos tan temprano el medio de ejercer un acto de piedad y socorrer una desgracia! Es un acontecimiento de feliz agüero para la gloriosa fiesta de la santa Vírgen que celebramos hoy! ¿Pero cómo es, hija mia, que no habeis pensado en llamar á la campanilla ó al llamador? No hay hora alguna en que vuestras hermanas en Cristo no esten prontas á recibiros. Bien, bien!... no me contesteis ahora, pobre oveja descarriada! Fortificaos con ese caldo que he calentado á toda prisa en cuanto os he visto: probar este vino generoso que dará calor á vuestro estómago y fuerzas á vuestros miembros doloridos. Decidme por señas que estais mejor. Bebed, bebedlo todo, y antes de levantaros, abrigaros con esa manta para que vayáis adquiriendo fuerza; dadme las manos, os las calentaré entre las mias. Oh! bien pronto estareis buena.

Beatriz enternecida cogió las manos de la digna religiosa y las llevó á sus labios.

—Ya estoy bien, dijo, y me siento en estado de poder ir á dar gracias á Dios por el favor que me ha hecho en dirigirme á esta santa casa. Solo que para que yo pueda comprenderla en mis oraciones, deseo me digais en dónde estoy.

—¿En dónde habeis de estar, replicó la tornera, sino en Nuestra Señora de los Espinos Floridos, puesto que no hay otro monasterio en cinco leguas á la redonda?

—Nuestra Señora de los Espinos Floridos! esclamó Beatriz dando un grito de alegria á que siguieron despues las señales de la mas profunda consternacion; Nuestra Señora de los Espinos Floridos! continuó dejando caer la cabeza sobre su seno: el Señor tenga piedad de mí!

—Pues qué, no lo sabiais? dijo la caritativa hospitalaria. Es verdad que parece que venis de bien lejos, porque yo jamás he visto un traje de mujer parecido al vuestro. Pero Nuestra Señora de los Espinos Floridos no limita su proteccion á los del pais. No ignorareis, si habeis oido hablar de ella, que es buena para todo el mundo.

—La conocia, y la he servido, contestó Beatriz; pero vengo de muy lejos, como decis, madre mia, y no es estraño que no haya conocido esta morada de paz y bendicion. Esa es la iglesia, el convento, los espinos en que he cogido tantas flores. Ay! siempre florecen!... Era tan jóven cuando me separé de ellos!... Era en el tiempo, continuó levantando su frente hácia el cielo con esa espresion resuelta que da á los remordimientos de un cristiano la abnegacion de sí mismo, era en el tiempo en que la hermana Beatriz era la guardadora de la santa capilla. ¿Os acordais de ella, madre mia?

—¿Cómo la tengo de olvidar, hija mia, si la hermana Beatriz ha sido siempre la guardadora de la santa capilla? Sí; ahora, y yo creo que para mucho tiempo, será para nosotras un motivo de edificacion.

—No hablo de esa, interrumpió Beatriz suspirando amargamente; hablo de otra Beatriz que ha acabado su vida en el pecado y que tenia el mismo cargo hace unos quince años.

—El buen Dios no os castigará por esas palabras insensatas, dijo la tornera estrechándola contra su seno. La enfermedad ha alterado vuestro ánimo y hurtado vuestra memoria con esas temibles visiones. Hace mas de diez y seis años que estoy en el convento, y no he conocido mas que una hermana Beatriz. Pero ya que estais decidida á hacer oracion á la Vírgen mientras os preparo la cama, id y allí hallareis á Beatriz y la reconocereis fácilmente, porque la bondad divina ha permitido que al envejecer no pierda ninguna de sus gracias. Al momento vuelvo á buscaros para no separarme de vos hasta vuestro completo restablecimiento.

Al acabar estas palabras, la tornera entró en el claustro, y Beatriz fué á la iglesia, se arrodilló é inclinó su frente hasta el pavimento; despues cobró un poco de ánimo, se levantó, y de columna en columna se adelantó hasta la reja del coro, donde se arrodilló. A través de la nube que oscurecia su vista, distinguió á la hermana Beatriz que estaba de pie delante del camarin.

Poco á poco se fué acercando á ella la hermana que hacia su revista ordinaria, encendiendo las lámparas y reemplazando las guirnaldas de la víspera por otras nuevas. Beatriz no podia creer á sus propios ojos. Aquella hermana era ella misma, no de la manera á que se veia reducida por la edad, el vicio y la desesperacion; sino tal como debia ser en los dias inocentes de su juventud. ¿Era una ilusion producida por los remordimientos? ¿Era un castigo milagroso anticipado sobre aquellos á quienes estaba reservada la maldicion divina? En la duda ocultó su rostro con las manos, y las apoyó inmóvil en los barrotes de la reja balbuceando las mas espresivas oraciones de las que decia en lo antiguo.

Y sin embargo, la religiosa marchaba siempre. Ya los pliegues de sus vestidos habian tocado á los barrotes. Beatriz humillada no se atrevia á respirar.

—Eres tú, querida Beatriz? dijo la religiosa con una voz cuya dulzura no puede espresar ninguna palabra humana. No tengo necesidad de verte para conocerte, porque tus oraciones llegan á mí, como las he oido otras veces. Hace mucho tiempo que te esperaba; pero como estaba segura de que volverias ocupé tu plaza el mismo dia en que me dejaste, para que nadie advirtiera tu ausencia. Ahora ya sabes lo que valen los placeres y la felicidad, cuya imágen te habia seducido, y ya no te marcharás. Ya estarás aquí para siempre. Entra con confianza en la clase que ocupabas entre mis hijas. Encontrarás en tu celda, cuyo camino no has olvidado, el hábito que dejaste allí, y te vestirás con él de la primera inocencia, de que es emblema; es una gracia que debia á tu amor y que he conseguido para tu arrepentimiento. Adios: ama siempre á María.

Era en efecto María; y cuando Beatriz levantó sus ojos inundados de lágrimas, cuando estendió sus brazos palpitantes dando gracias, vió á la Vírgen subir las escalerillas del camarin y sentarse en su gloria divina, bajo su aureola de oro y bajo los festones de espinas floridas.

Beatriz no entró en el coro sin emocion. Iba á ver á las compañeras, á cuya fé habia hecho traicion y que habian envejecido en la práctica de un deber austero. Entró entre sus hermanas con la frente baja y pronta á humillarse al primer grito que anunciara su reprobacion, con el corazn vivamente agitado; prestó atento oido á sus voces, y nada oyó. Como ninguna de ellas advirtió su marcha, ninguna reparó su vuelta. Se precipitó á los piés de la Vírgen, que jamás la habia parecido tan hermosa y que parecia sonreirla. En los sueños de su vida de ilusiones, jamás habia comprendido una cosa que se aproximase á tal felicidad.

La divina fiesta de María (porque creo haber dicho que esto pasaba el dia de la Asuncion) se celebró con una mezcla de recogimiento y de éxtasis de que no habian dado idea las solemnidades pasadas á aquella comunidad de vírgenes sin mancha. Las unas habian visto caer del camarin luces milagrosas; las otras habian oido el canto de los ángeles mezclarse á sus cantos piadosos, y se habian detenido por respe-

to, para no turbar la celestial armonía. Se contaba con misterio que aquel dia habia fiesta en el paraiso, como en el monasterio; y por un fenómeno estraño á aquella estacion, todos los espinos de la comarca habian florecido; de manera que dentro y fuera no habia mas que primavera y perfumes. Es que habrá entrado una alma en el seno del Señor, despojada de todas las enfermedades y de todas las ignominias de nuestra condicion, y no hay fiesta mas agradable para los santos.

Una sola inquietud oscureció por un momento la inocente alegría de las palomas de la Vírgen. Una pobre mujer enferma se habia aparecido por la mañana á la puerta del monasterio. La tornera la habia visto, la habia consolado; habia dispuesto para ella un lecho donde pudieran reposar sus débiles miembros, y la habia buscado inútilmente. Aquella desdichada criatura habia desaparecido sin que se hallara rastro alguno; pero se creia que la hermana Beatriz podia haberla visto en la iglesia donde se habia refugiado.

—Tranquilizaos, hermanas mias, dijo Beatriz, conmovida hasta llorar; tranquilizaos, dijo, abrazando estrechamente á la tornera, he visto á esa mujer y sé lo que ha sido de ella. Es feliz, mas feliz que lo que merece y que lo que hubiérais esperado para ella.

Esta respuesta apaciguó todos los temores; pero llamó la atencion porque eran las primeras palabras severas que salieron de boca de la hermana Beatriz.

Desde entonces toda la existencia de Beatriz trascurrió como un solo dia, como ese dia del porvenir que está prometido á los elegidos del Señor, sin fastidos, sin disgustos, sin otra emocion, porque los corazones sensibles no pueden esperimentar mas que las de la piedad hácia Dios y las de la caridad para con los hombres. Vivió un siglo, sin que pareciera que se envejecia, porque solo las malas pasiones del alma son las que envejecen el cuerpo. La vida de los buenos es una juventud perpetua.

Beatriz murió, ó mas bien se durmió con calma en ese sueño pasajero de la tumba, que separa el tiempo de la eternidad. Murió en opinion de santa.

ANTONIO GALLAND.

I.

LA FAMILIA DEL ARTESANO.

Hace dos siglos la familia de un artesano, viniendo de Montdidier y costeando el riachuelo de Vorse, entró en la bonita llanura de Chaciny, y llegó bien pronto á las primeras casas de Noyon.

Si queremos hacer un curso de historia ó de geografía sobre el



(Enrique II, en el molino de Mansfield.—Pág. 393.)

nombre de un pueblo tan solo, ninguno se presentaria mejor que el de Noyon, estad seguros de ello. No os hablaremos ni del obispo de Vermandóis que en 511 vino á refugiarse á esta fortaleza, entonces considerable, estableciendo en ella la silla obispal de Vermandóis; ni del emperador Carlomagno, cuya capital fué durante algunos años, y que se hizo coronar en ella en 768; no recordaremos á Hugo Capeto que fué elegido rey en 887, ni á los normandos que la saquearon en el siglo IX; ni á los que la tomaron en 1503, ni á Enrique IV que los echó de ella al año siguiente.

El jefe de la familia de que hablamos tenia intencion de ir mas ejos; pero habiéndole gustado esta ciudad, buscó una modesta habitacion é instaló en ella su mujer, hijos y herramientas.

El artesano era un honrado carpintero que no carecia ni de inteligencia ni de laboriosidad, ly que hubiera podido prosperar; pero la envidia de los demas carpinteros de Noyon no tardó en hacerle daño, y enajenarle muy pronto las simpatías de los habitantes de Noyon.

«Era, decian, una sanguijuela, un *hambriento* que venia á quitar »el pan á los obreros establecidos y conocidos hace mucho tiempo en »la ciudad, á arruinar á padres de familia.»

Estos discursos corrian de boca en boca sin que se le ocurriese á adie que el recien venido tenia tambien una familia á quien se debia ayudar. Tal es la propiedad del egoismo, que á sus ojos son un crimen las virtudes de los demás.

Fácil será comprender que rechazado por todas partes Galland (este era el nombre del obrero), no le era fácil, aunque ayudado por su laboriosa mujer, satisfacer las primeras necesidades de su familia.

Muy pronto tuvo el sétimo hijo, que fué bien recibido por el pobre, cuya ternura aumentaba, en vez de estinguir el infortunio: solo una cosa le entristecia en este nacimiento, el no tener padrino para el recien nacido: habia procurado encontrarle entre sus vecinos; pero al primero que pidió este favor se mostró muy poco dispuesto á complacerle; pasó á casa de un segundo, que le rechazó brutalmente, y no se atrevió á dirigirse á un tercero.

El niño no parecia muy robusto, y podia morirse sin haber recibido el bautismo; y esta idea atormentaba al padre en sumo grado, cuando de repente coge al niño envuelto en unos pedazos de ropa de que su madre habia hecho una mantilla, y acompañado de su hija mayor, que acababa de cumplir siete años, entró en la iglesia, y se detuvo delante de la pila bautismal.

El pertiguero hizo venir á un canónigo anciano que habia allí á la sazon, y desnuda la cabeza del niño, empezó la ceremonia.

—¿Pero y el padrino? dijo el sacerdote, ¿sois vos?

—No, respondió Galland, tengo bastante con cumplir mis deberes de padre: quiera Dios que tenga tiempo de educar á mis hijos.

—Pero, hijo mio, sin embargo, hace falta un padrino, replicó el canónigo con bondad.

—Soy tan desgraciado, padre mio, que todos mis vecinos han rehusado tener en la pila á esta pobre criatura.

—Peor para ellos: jamás se debe rehusar ayudar á hacer un cristiano.

—Entonces se me ocurrió venir aquí, y que Dios que es la suma bandad me proporcionara en su casa un padrino para mi hijo.

—Entonces continuemos.

—Dios mio, murmuraba el pobre artesano, no permitais que quede en blanco en el acto del bautismo el nombre del padrino: esto seria tan triste!

—¿El nombre de la madrina? preguntó el canónigo, estendiendo el acta después de concluida la ceremonia.

—María Galland su hermana, padre mio.

—¿No sabeis firmar, hija mia?

—¡Oh! sí señor, papá nos enseña todas las tardes á escribir.

Era en efecto uno de los deseos mas vivos de Galland instruir á sus hijos mas de lo que se acostumbraba en una época en que la educacion de las últimas clases de la sociedad estaba completamente descuidada.

—¡Ah! muy bien, María, muy bien; entonces firmad.

—No pregunto si el padre sabe escribir: firmad tambien.

Galland se aproximó para poner su nombre en el registro de la iglesia, y recorre las líneas recientemente trazadas por el canónigo temblando encontrar en vez del nombre del padrino, el claro que tanto le atormentaba.

La vista se le nubló: no habia ningun claro; el pobre hombre volvia á mirar; se le figuraba no ver bien. Apoya la mano, y se pone á leer con la lengua y los dedos estas palabras; *padrino Antonio Reynaud, canónigo de la iglesia catedral de Noyon, prebendado*, etc.

María, esclama al fin ébrio de gozo, ¿ves cómo te habia dicho bien que encontraríamos padrino en la casa de Dios? Tu hermano ya le tiene.

—Pero papá, ¿quién es pues ese caballero?

—Ah Dios mio! y yo que me olvidaba preguntarlo! ¿quién es este buen padrino? ¿de dónde ha venido?

—Soy yo, dice el viejo sacerdote, Dios no olvida á los que confian en él.

Una hora despues, el niño que habia recibido el nombre de Antonio, estaba en los brazos de su madre, que daba gracias á Dios por no haber abandonado á su hijo al entrar en este mundo.

Pasaron cuatro años, durante los cuales Galland hizo esfuerzos sobrehumanos; pero la obra era muy poca, y para aumentarla era preciso trabajar mas barato, y para ganar lo suficiente apurar sus fuerzas.

Una tarde de otoño, á pesar de un viento frio una y lluvia glacial, el desgraciado quiso acabar una valla que habia empezado alrededor del patio del colegio de Noyon. El sudor corria por su cuerpo al paso que el agua empapaba sus vestidos. Volvió á su casa con diez escudos: pero un frio mortal habia penetrado todo su cuerpo; temblaba, y tenia un frio de calentura. Al fin se declaró una afeccion al pecho que destruyó con tanta rapidez su cuerpo debilitado, que dos dias después Galland pidió abrazar á sus hijos. Estaba abrazando al último, al pequeño Antonio, cuando sonó la oracion. Quiso hacer la señal de la cruz; pero su brazo sin fuerza no pudo llegar á su frente, y volvió á caer, y á la primera palabra de su súplica que hacia esfuerzos en recitar, espiró.

La desesperacion reinaba en la pobre casa; los hijos llamaban á grandes gritos á su padre, la mujer á su marido; y cuando al olvidar por un momento su desgracia pensaba que la quedaban para ocho personas diez escudos escasos, se aumentaba su dolor presente con su triste porvenir.

La muerte del artesano no afectó á nadie en Noyon. Un compañero le envió un féretro, pero acompañó su buena obra con estas palabras crueles: «Era el único regalo que deseaba hacerle.» ¡Tanto puede la envidia en el corazon humano!

El cuerpo fué llevado á la iglesia por el enterrador y su ayudante, y en seguida fué conducido al cementerio.

La pobre viuda acompañó á su marido. Y cuando después de puesta de rodillas sobre la tierra mojada con toda su familia, hubo rezado largo rato sobre la tumba de su marido, volvió con sus siete hijos, á quienes dirigia de cuando en cuando profundas miradas como las que la madre de los Macabeos debió dirigir á sus hijos cuando ella misma los condujo al suplicio.

II

EL PEQUEÑO PRODIGIO.

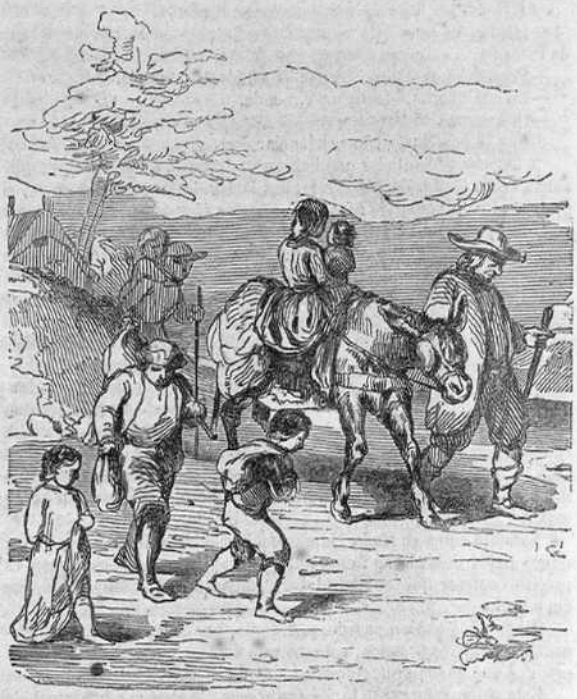
Es necesario ser rico para tener tiempo de llorar: el pobre debe ahogar su dolor. Al volver á su casa la viuda pensó en sus hijos, enjugó sus lágrimas que hubieran oscurecido su vista, tomó la rueca y el huso, y trabajaba dia y noche. Nadie ignoraba el valor de esta mujer, y todos estaban admirados de verla soportar su desgracia y luchar contra la miseria sin quejarse á sus vecinos y sin implorar su piedad.

Esta conducta tuvo muy pronto recompensa: algunas personas compasivas se llevaron sus hijos mayores encargándose de su educacion; solo le quedaron los tres mas jóvenes; pero sin embargo, aun no podia felicitarse de su suerte.

Su obra, imposible de cumplir, exigia en este momento una perseverancia que solo la podia dar el amor maternal. Sin embargo, su pequeño Antonio iba creciendo, y el buen canónigo que tan impensadamente habia sido su padrino, daba á su madre saludables consejos; y cuando los pobres no le habian hecho vaciar la bolsa, les suministraba algunos recursos.

El niño llegó á ser vivo y despierto; estaba dotado de una inteligencia fácil en comprenderlo todo: el triste cuadro que tenia á su vista le hacia reflexionar, y sus razonamientos infantiles eran la alegría de su madre cuando tenia un instante para escucharle.

El viejo sacerdote pasmado de esta disposicion tomó á su cargo su instruccion, y empezó á darle las primeras nociones del francés; pero



la buena voluntad del discípulo escedió al celo del maestro, y sus progresos fueron tan rápidos, que el canónigo se vió muy pronto obligado á ensanchar los límites de su enseñanza.

Admirado de la inteligencia de su ahijado, el buen canónigo Raynaud habló de él en tan buen sentido á su amigo, que el principal del colegio, cuya curiosidad habia escitado, quiso conocer al muchacho y le mandó llamar. No quedó menos sorprendido que el padrino del aplomo del jóven, de su facilidad en esplicarse y de la lucidez de su lógica.

A la mañana siguiente la madre de Antonio recibió una noticia que la llenó de alegría; era el primer placer que habia sentido desde la muerte de su marido. El canónigo Reynaud y su amigo se encargaban de hacer educar en el colegio á su hijo menor; y por su parte no debia ni aun pensar en el equipaje que debia llevar cada uno á su entrada al colegio.

Dos gruesas lágrimas corrian por las demacradas mejillas de la pobre mujer como única prueba de su reconocimiento: la emocion la habia embargado la voz.

Cuando estuvieron solos la viuda y el huérfano, dirigieron al cielo fervientes votos por la salud de sus bienhechores. El hijo formaba una porcion de proyectos: ya se veia grande, instruido y colocando á su madre al abrigo de la miseria; y la madre se sonreia con efusion de estos buenos designios, y muchas veces acercándose á su Antonio le miraba, abrazaba su cabeza y alisaba su larga cabellera; pero arrepintiéndose en seguida de este momento de inaccion, volvia á poner en movimiento la rueca y el huso.

Aunque no hablaba, ¡cuantas cosas deseaba, sin embargo, su ternura maternal! «Tengo un hijo que llegará á ser un sabio, un canónigo, quier que va á estudiar en un colegio en donde está el hijo del regidor, adonde vienen los hijos de todos los señores de los alrededores.»

Sin embargo, esta alegría se moderó muchísimo el dia en que su hijo Antonio vestia su traje de colegio, y el canónigo que le habia ido á buscar le arrancó de los brazos maternales; tuvo necesidad para dulcificar su disgusto de repetirse mil veces que su hijo estaba en una buena casa en donde le educarian é instruirian bien; necesitaba de estos buenos pensamientos, de esta consoladora esperanza para poder acostumbrarse á no oir mas que una vez al mes á su hijo querido, que aun los dias de salida estaba siempre con el buen canónigo, que estaba encantado de enseñar á sus amigos *su pequeño prodigio*. Porque Antonio no se mostraba en el colegio educando menos distinguido, aun cuando antes no habia sido tan notable.

El sin embargo no era dichoso; lo primero porque estaba separado de su madre, y porque habia sido mal recibido por sus nuevos camaradas. Un hijo del pueblo introducirse así en medio de una sociedad de jóvenes pensionistas, muy orgullosos de su nacimiento, todos de ilustres familias, que el menos noble debia ser un dia al menos caballero! era en esta época un atrevimiento grande.

Así todos los miraban por encima del hombro.

—¿Quién es pues este villano? preguntaba con énfasis un cadete de Picardía.

—Pero es un mendigo! respondia un jóven marqués.

—Un cualquiera, añadia un vizconde.

—Que usurpa nuestro traje.

—Que se nos iguala con insolencia.

Y los mas adelantados que habian ya traducido á *Phedro* le aplicaban con aplauso de sus camaradas la fábula *Graculus et Pavo* (el grajo y el pavo) de que *Lafontaine* algunos años después hizo *el grajo vestido de plumas de pavo*; pero bien pronto los burlones se convencieron de que el nuevo colegial no necesitaba vestirse con plumas ajenas, y que su talento era mucho mas brillante que el de ellos. Entonces el desprecio y el desden se convirtieron en una envidia profunda, que debia mas tarde hacer pagar cruelmente á Galland el precio de su instruccion. Antonio, que hasta entonces se hallaba rodeado de indiferentes orgullosos, no veia á su lado mas que enemigos.

Su único placer era pasearse, durante las horas de recreo, á lo largo y ancho del patio pensando en su madre ó leyendo algun libro que le habia prestado su amigo el canónigo: y si por casualidad se dejaba cautivar por su lectura, venia á tropezar en la verja que habia causado la muerte al pobre carpintero, y echaba á llorar recordando el momento en que habia visto espirar á su padre casi en el acto de abrazarle.

Valiente como su madre, jamás habia suplicado á sus compañeros; nunca habia doblado su frente ante una injusta reprobacion; pero es preciso confesar que encontraba un consuelo en la amistad del jefe del colegio.

Cinco años habian pasado, y Antonio, que en cada uno habia ganado los primeros premios, contaba aun con un nuevo triunfo cuando perdió á uno de sus protectores, al buen canónigo Raynaud.

Este golpe imprevisto le fué tanto mas sensible por haber sabido que aquel escelente sujeto habia carecido de lo necesario por pagar la mitad de su pension del colegio. El jóven laureado fué á depositar sobre la tumba de su bienhechor la mas bella de sus coronas; y sus lágrimas demostraron durante mucho tiempo sus recuerdos desinteresados, por cierto puesto que el digno amigo del canónigo, el principal del colegio, habia declarado que en obsequio de la desgracia del jóven Galland el colegio tomaba solo á su cargo la responsabilidad que antes tenia en union del canónigo Raynaud.

NOTICIAS CURIOSAS.

Siendo rey de Castilla D. Fernando I, año de 1032, estuvo el gobierno sin alterarse, quedando sus mayores preeminencias en cinco condes, vasallos suyos, que eran los condes de Vizcaya, de la Bureba, de Lara, de Amaya y de Roa, quienes tenian la voz de Castilla, y eran los cinco solares de Haro, Lara, Castro, Guzman y Villamayor, conocidos por los cinco solares de Castilla, no porque no hubiese otros, sino porque estos eran los originarios de la misma y cabezas de otros muchos muy ensalzados.

El año 1346, reinando D. Alonso XII, se concedió por los reinos juntos el tributo llamado alcabala para atender á las necesidades y urgencias de la guerra, de veinte uno de todo lo vendible, y pocos años despues se concedió igualmente de diez uno.

El año 1496 concedió el pontífice á los Reyes Católicos las tercias de los diezmos.

El rey D. Felipe IV introdujo en 1631 el derecho llamado media anata de todas las mercedes y oficios.

El rey D. Sancho el Bravo estableció en 1295 el tributo llamado sisa

En 845 se creó el derecho de sucesion llamado de sangre.

Por los años de 1030, en tiempo del rey D Bermudo III, empezó á llamarse infantes á los hijos de los reyes.

En las cortes de Bribiesca, año de 1388, el rey D. Juan el I estableció la costumbre de que se llamasen príncipes de Asturias los hijos mayores de los reyes, y se juró á su hijo Enrique III, á imitacion de los príncipes de Gales.

El emperador Carlos V mandó en 1519 que se diese á los reyes el tratamiento de majestad; en 1520 dió título de primos á los grandes, y en 1528 fundó el Consejo del Estado.

La primera vez que se levantaron pendones fué el año 1407, por el nuevo rey D. Juan II.

En 1432 se creó el impuesto conocido por moneda forera, el cual se pagaba de siete en siete años, y en 1637 el del papel sellado. La sal se estancó en 1631.

D. Fernando el V instituyó en 1516 la dignidad de grandes de España, y reformó la de los ricos-hombres, que ya se conocian en 774.

El año 1497 murió el príncipe D. Juan, hijo de los Reyes Católicos, y todos sus llamados vasallos se vistieron de luto negro, el cual hasta entonces habia consistido en gerga blanca.

El primer reló que se vió en España se puso en Sevilla, en la torre de la giralda, habiendo asistido el rey D. Enrique III y gran concurso de gente atraidos por la novedad.

El mismo D. Enrique III estableció los corregidores en 1396, y en 1399 fundó la sala en el Consejo de Castilla, conocida con el nombre de mil y quinientas.

Por los años 1452 se introdujo en España el arte de la imprenta, que poco antes se habia inventado en Maguncia.

En 1492 empezaron á representarse públicamente comedias en Castilla, por la compañía de Juan de la Encina, poeta gracioso, y luego, Pedro Navarro y Cosme de Oviedo inventaron, el primero los teatros, y el segundo los carteles.

Las primeras escopetas se vieron en España en 1492, y el primer coche en 1546.

En las cortes generales que celebró en Burgos el rey D Fernando V, en 11 de junio de 1515, unió el reino de Navarra á la corona de Castilla, por concesion del pontífice Julio II.

Un marqués italiano, por encubrir los lamparones, inventó en 1562 los cuellos, que por él se llamaron marquesotas, y duraron hasta el año 1622 en que se empezaron á usar las golillas.

El año 1560 se concedió por primera vez el subsidio, y en 1363 y 1371 el escusado.

El rey D. Felipe II mandó en 1579 que sus consejeros usasen de garnachas y barba larga para representar la gran autoridad de su destino, á imitacion de los senadores romanos.

El rey D. Felipe II mandó estancar en 1577 los naipes, el azogue y el soliman.

En tiempo de Felipe II, por los años de 1582, concedieron los reinos el servicio de millones.

D. Luis de Castilvivo, veneciano, inventó las bebidas con nieve y los pozos para conservar esta.

El rey D. Alonso XII mandó hacer el libro que llaman Becerro, por estar escrito en pergamino, el año 1330, cuyo libro acabó su hijo D. Pedro, y se guarda en el archivo de Simancas.

La primera pólvora que se usó en España fué el año 1343.

Un tudesco inventó la artillería y se usó por primera vez en el cerco de Algeciras.

El rey D. Alonso el VI mandó en 1085 que los caminos se contasen por leguas en lugar de hacerlo por millas como hasta entonces.

Este mismo rey mandó que las escrituras se escribiesen en latin, prohibió los baños, y en su tiempo, año 1100, se empezaron á correr toros en fiestas reales.

El tabaco le vieron usar Colon y sus compañeros á los indios en la isla Guanabi; se introdujo en España en 1542, empezó á estancarse en 1636 por concesion del reino, y la primera fecha de su cultivo en vuelta de Abajo data de 1719.

El origen de los estrechos ó cédulas de año se remonta, segun las mas autorizadas opiniones, á los tiempos de la edad media, época en que gozaron gran prez y fama los trobadores provenzales.

Valerio Máximo y otros aseguran que antiguamente las coronas eran de paño, para dar á entender cuán fáciles son de acabar los reinos y los imperios.

La primera estraccion de la lotería hecha en Madrid, de cuenta y órden de S. M., se verificó el sábado 10 de diciembre de 1766.

REMIGIO SALOMON.

UN NIDO DE TORTOLAS.

HISTORIA DE UNOS AMORES.

AL POETA ANTONIO DE TRUEBA,

AUTOR DEL LIBRO DE LOS CANTARES.

I.

Cantaban los pajaritos,
Olian las azucenas.
Trueba.—DEL LIBRO DE LOS CANTARES.

Empezaban ya los árboles de las alamedas á cubrirse de hojas, los prados á verdear, las mariposas á libar las blancas y ténues flores de los almendros, primera sonrisa de la primavera, y los arroyos á murmurar con mas melodía sus continuas y gratas endechas. Sentíase por los jardines el aire embalsamado y purísimo de las violetas y de los nardos, y oíase junto á las acacias el monótono zumbido de las abejas que venian buscando la virginidad de las flores, para convertir sus jugos en miel sabrosa. Las auras se columpiaban en los tallos de las anémonas de variados colores; el sol sonreia en las praderas, y las mensajeras del buen tiempo, las simpáticas golondrinas, perseguian los insectos que habian salido de sus negras crisálidas, al rayo vivificador del astro del dia. Hacia una mañana deliciosa: la naturaleza se habia vestido con sus mejores galas, y parecia una muchacha linda y coqueta que espera á su amante, asomada al balcon entre macetas de flores. El campo estaba divino; tan bonito como Margarita que viene pensativa por la calle de árboles del Retiro que guia desde la fuente de la china al estanque grande. Viene sola: no se cansa de mirar las hojas de los árboles, de oir la variedad de cánticos que entonan los pájaros, y de contemplar con ávidos ojos las rojas flores de una acacia de Judea, *árbol del amor*, de las que ella se haria de muy buena gana un ramo, si el tricornio del guarda no alejara de su mente tan codiciosa idea. El guarda es siempre inhumano.

Sin término, ni objeto, ni vereda, marchaba á la casualidad, dejando vagar sus pasos como su mente, sin saber por donde, hasta que fatigada de pasear vino á sentarse maquinalmente en un banco á la sombra de un magnífico y pomposo castaño de Indias.

Allí, sus pies quietos, dejó vagar su mente por los encantados paises de lo ideal, tantas veces descritos y siempre nuevos para todas las almas de diez y ocho años. Esta era la edad de Margarita; y sin decírtelo te la hubieras figurado, si como yo hubieras visto los azules ojos, los rubios cabellos, el gracioso cuerpo y el andar suelto y airoso de la linda muchacha. Porque Margarita era muy linda; sobre todo tenia unos ojos como dos pedazos de cielo de lindos, y aun estoy por decirte que si entre el azul del éter y el de los ojos de la niña me hubieran dado á elegir, probablemente me hubiera quedado con el segundo azul.

Pero mírala cómo levanta la cabeza; mírala cómo escucha y se sonrie, y se entristece, y vuelve á escuchar, y levanta de nuevo los ojos, y mira al castaño, y abandona su asiento para dar vueltas en torno de él; y ahora sí que se sonrie y mira sin pestañear! ¿Qué será? ¡Ah! ya oigo; ya veo; son dos pájaros que se arrullan; son dos tórtolas que se cuentan sus amores y que se besan, y Margarita vuelve á sentarse, y ya no las mira, y está pensativa.

¡Qué feliz! dice en su interior, en medio del campo, sin mas testigos que las otras aves y el cielo, sin temor de ninguna especie, porque estan en un sitio vedado á los cazadores, esos pájaros se aman, viven aislados de los demás el uno para el otro, siempre juntos, siempre dichosos, sin conocer mas emociones que sus dulces besos, buscándose siempre y siempre unidos; cuando la casualidad viene á separarlos, las primeras notas de un melancólico arrullo son la llamada que los vuelve á unir. Qué felices! no ven como yo pasar los dias unos tras de otros sin que dejen huella en mi alma, sin uno de esos recuerdos que nunca se borran de la memoria, y que quedan impresos en el corazon para siempre, por si algun dia el alma fatigada anhela un punto de reposo, que vengan con su castísimo perfume á embalsamar nuestra vida, á refrescar nuestra existencia, como la aurora envia las gotas de rocío para refrescar las flores que empezaban á ajarse bajo la seca influencia de los ardientes rayos del sol.

No te estrañe este párrafo en boca de una muchacha de humilde clase. Margarita era modista, puesto que te he dicho que era bonita, que tenia diez y ocho años, y que hablaba en presencia de dos tórtolas que se arrullaban y se besaban, en medio de una naturaleza engalanada, y entre el perfume de las flores y de las brisas; el amor hace prodigios, y no lo es sin embargo el que Margarita deseara al ver las tórtolas un compañero que la arrullara y que desplegara ese amor que en su corazon empezaba á germinar, esperando para brotar únicamente unas cuantas frases bien dichas, unas caricias de esas cuya interpretacion no es dudosa, y unas caricias poco mas ó menos como las de las tórtolas.

Por eso á Margarita no se le olvidaron en todo el dia; y mas de una vez se pinchó sus blancos y suaves dedos, pensando en un amante aun fabuloso, en vez de pensar en la prosáica tarea que ante sus ojos tenia.

II.

Los tortolicos,
mira cómo se besan
con los sus picos.
Luis de Eguilaz —AMORES DEL SIGLO XV.

Era otra mañana igual á la que hemos descrito en el capítulo anterior; por lo cual y estar en el mismo sitio, nos abstenemos de describirla, y Margarita paseaba por debajo de los frondosos castaños de Indias del Retiro. Era domingo, y la muchacha que habia ido á misa y no tenia trabajo aquel dia, se regocijaba interior y esteriormente y demostraba en lo alegre de su fisonomía y en la sonrisa deliciosa que juguteaba en sus labios y en sus ojos, un cambio muy grande en aquel corazon á quien hemos conocido triste y envidioso.

Pero Margarita no viene sola.

Un muchacho jóven y de airosa presencia la acompaña, la mira con amor, y la habla con entusiasmo.

Por eso Margarita se sonrie; por eso es feliz, y su corazon se dilata con las dulces palabras que le dice su acompañante.

Pasean y cruzan calles y arboledas, sin saber dónde van ni por dónde andan.

Han venido á hablarse de sus amores debajo de los árboles, donde las frases de los enamorados tienen doble eco, porque la naturaleza convida siempre á amarse.

Hace poco que Luis está enamorado de Margarita, y por consiguiente tienen mucho que decirse; estan en las primeras páginas de su libro de amores, y todo es oro y rosa.

Luis se ha encontrado á Margarita en el camino, y la ha seguido; Margarita ha notado que Luis la seguia, y ha vuelto varias veces la cabeza.

Luis ha paseado la calle á Margarita, y Margarita se ha asomado al balcon.

Luis ha vuelto á pasar al dia siguiente, y Margarita, que esperaba esta vuelta, se ha pasado la mañana cosiendo junto á la vidriera, para verle pasar.

Margarita le ha mirado y se ha sonreido; Luis ha respondido á estas sonrisas con otras; desde este momento se han comprendido.

Por eso Luis, en cuanto ha tenido ocasion, le ha dicho á Margarita que la amaba, y esta se lo ha creido.

Como una declaracion amorosa halaga siempre, las mujeres suelen creerse las declaraciones amorosas.

Desde aquel momento se han amado y se lo han dicho. Margarita que vivia sola, ha trasladado sus muebles á casa de Luis; Luis la hizo un recibimiento digno de sus amores; almorzaron juntos, y á los postres se juraron mútuamente no separarse nunca y amarse siempre.

Nunca y siempre, palabras huecas que no se sabe por qué se dicen; palabras que brotan maquinalmente á impulsos de una sensacion que conmueve el alma, y que se deshacen como el humo; palabras que pronuncian los labios y que dicta el corazon sin conocer su peso, y que se encuentran en pugna perpétua con la inconstancia de la naturaleza... pero es el caso que Luis y Margarita las habian pronunciado y habian creido en ellas.

Por eso vivian juntos; por eso Margarita esperaba á Luis cuando este salia, y le conocia en el modo de subir la escalera.

Luis acompañaba á todas partes á Margarita; no pensaba mas que en ella, y solo era feliz á su lado.

Luis habia dejado de frecuentar los puntos donde se reunian sus amigos; rara vez se le encontraba en el café; no hacia visitas, y sus compañeros de juventud pensaban, y muy cuerdamente, que debia estar enamorado.

Los mas atrevidos habian ido á su casa con objeto de averiguar algo; pero él no habia recibido á nadie, y metido en su rincon, al lado de Margarita, veia pasar las horas y los dias sin que la mas leve nube empañára su deliciosa felicidad y los tranquilos amores en que se embriagaba su alma.

Salian juntos á paseo, porque á Margarita le gustaba mucho andar por el campo, y Luis que segun decia: nunca habia encontrado las delicias que ponderan los que viven amando á la naturaleza, habia empezado á comprender sus agradables misterios en las deliciosas mañanas de primavera, llevando del brazo á una muchacha tan linda como la que él llevaba.

Margarita amaba con delirio las flores y el paseo; Luis no la dejaba volver nunca á su casa sin que en sus blancas manos trajera un ramo, que colocado encima de la mesa sobre la que Luis escribia y Marga-

rita cosia, recordaba á los dos amantes mil sueños de ventura, mil promesas de amor, mil juramentos de felicidad.

Margarita habia dejado de coser en casa de la modista donde la conoció Luis: les bastaba para vivir la pension que este recibia de su casa, y aunque con mas estrechez, lo pasaban tan felices y dichosos, como los amantes de los cuentos de hadas, despues de haber sufrido horribles martirios y crueles encantamientos.

Hubiera sido un crimen de lesa-pasion si alguno de los dos hubiera dudado un solo momento que aquellos amores iban á ser eternos.

Cuando Luis miraba á Margarita y esta le miraba á él, cuando las manos de la linda niña buscaban las de su amante para apretarlas entre las suyas, no hubieran cambiado su felicidad mútua por ninguno de los tesoros de la tierra, por ninguna de las realizaciones de los sueños ambiciosos que se habia fraguado Luis á solas consigo mismo repasando en su mente la historia de la humanidad.

Cuando alguna duda venia á cruzar con la rapidez del ave que hiende el espacio, el corazon de alguno de los dos, un pliegue de pena se marcaba en su frente, y entonces el que no habia sentido esta frialdad, imprimia sus labios sobre los labios de su amante, y de este beso brotaban dulces sonrisas que siempre se traducian por mundos de esperanzas.

Si alguno de esos hombres de frio corazon y de pensadora cabeza hubiera asomado la suya por la ventana del cuarto que habitaban, ó por la rendija de la puerta, y hubiera visto una mujer pura y enamorada como una heroina de balada, y un hombre jóven y apasionado, con los sueños ambiciosos de la juventud y las ilusiones ricas de colorido y henchidas de fuego, que producen en un corazon sin mancha los primeros amores, hubiera añadido este nuevo grupo á la inmensa galeria de amantes fieles, y hubiera esclamado con toda la efusion de su alma como el poeta:

No es este mundo tan malo
A falta de otro mejor.

Y es verdad; para el que lleva una aspiracion en el alma, para el que desea ver realizada una esperanza, para el que solo ambiciona ver cumplido un sueño de paz y de ventura y logra su aspiracion, cambia su esperanza en una realidad mas grata que la esperanza, y realiza su sueño, el mundo es una gran cosa, la vida pasa como un canto de amor, como una série de perfumes que suben en tiernas espirales al cielo sin emponzoñarse nunca, como un arroyo cristalino que murmura sin empañarse.

Así pasaba la vida de Luis y Margarita: cada vez se querian mas, y en las largas horas que pasaban juntos mirándose sin testigos, hablándose con ese lenguaje de los ojos tan fácil de traducir, no hubieran nunca sospechado que el amor puede muy bien no ser eterno, y que todo pasa porque es ley del mundo.

(Continuará.)

AGUSTIN BONNAT.

EL DINERO.

Yo nunca he estado en Inglaterra, pero dicen los franceses que allí todo se compra y se vende, todo tiene su precio, y nada hay que no pueda pagarse con el dinero. Los franceses son los que cuentan la siguiente aventura que se supone sucedida en Londres:

El general Reece, ayudante del duque de Wellington, estaba casado y no queria mucho á su mujer, pero en cambio adoraba al dinero. Su mujer, francesa de origen, habia sido muy hermosa y conservaba muy buenos restos de su belleza. Pero la que verdaderamente merecia particular atencion era su hija, que pasaba por la jóven mas linda de los tres reinos.

Cuando la coronacion de la reina Victoria, concurria á casa del general un jóven francés llamado Eduardo Beaumont, á quien distinguia particularmente Mr. Reece, sin duda por el espíritu de nacionalidad. Eduardo se enamoró de la hija, y la madre á quien constaba que su paisano poseia un caudal muy decente, aprobó estos amores y prometió favorecerlos en cuanto pudiese. Pero el general tenia otras ideas, y habia destinado su hija á un riquísimo banquero de quien tenia recibida ya palabra, sin embargo de que nada habia dicho ni á su mujer ni á su hija.

Una noche que habia gran reunion en casa del general, observó este que Eduardo parecia dirigirse con gran obsequio á su mujer, y al momento le ocurrió la idea de sacar partido para pagar la dote de su hija. Para ello dió las competentes instrucciones á su mujer como se acostumbra en tales casos, mandándola que estuviese á solas dentro de muy pocos momentos con Eduardo en una habitacion inmediata y que avisase el momento favorable.

No tardó en oirse el sonido de una campanilla, que era la señal convenida, y el general que estaba jugando se levantó con mucha tranquilidad y dijo al banquero y á otro que eran los que jugaban:

—Vengan dos á servir de testigos en un negocio importante.

Varios criados tomaron luces, y los testigos siguieron al general con el mismo sosiego que si fuesen á ver una corrida de caballos.

Abrió al fin el marido una puerta con gran tiento, y de repente se presentaron todos para ver... no á la mujer, sino á la hija del general en plácida conversacion con Eduardo.

—¿Pues y mi mujer? preguntó el general.

—General, dijo con amabilidad el banquero, os vuelvo vuestra palabra, porque esta señorita debe casarse con un lord.

—General, anadió Eduardo, perdonadnos y casadnos.

—Nada de eso, respondió el general. Crawford (el banquero) me ha dado su palabra delante de testigos, y tendrá que casarse ó pagar una indemnizacion.

—Pagaré antes que casarme. Me encargo de dotar á la señorita.

—Pues entonces, dijo el general, que se case con quien quiera.

A UNA PILAR DE HERMOSOS OJOS.

Ciñe, Pilar, la venda
por esos ojos,
que si la luz es mucha
no mata poco.
Y es cosa fuerte
donde se brindan gustos
hallar la muerte.

—

Al verte amor con venda,
por burla y juego
se hará tu lazarillo
báculo ó perro.
Mas ten en cuenta
que una ciega y un ciego
andan á tientas.

—

¿Quieres á tal peligro
remedio sabio?
Pues toma con la venda
sus flechas y arco;
Que al punto mismo,
aunque te visten faldas
serás Cupido.

—

Dios ya entonce y no Diosa
sin miedo alguno,
podrás venir conmigo
corriendo el mundo.
¡Oh qué buen lance,
Mentor yo y tu pupilo,
é ir de viaje!!!

EL SOLITARIO.

EPIGRAMAS.

—

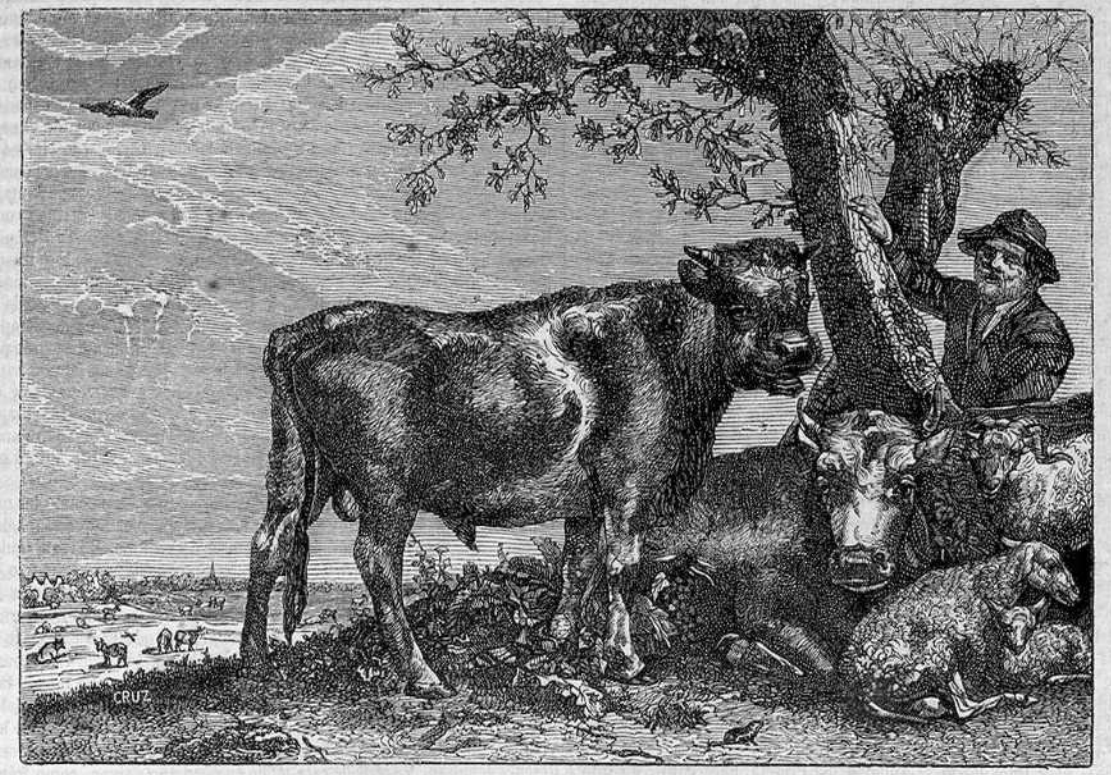
«Si nuestros padres primeros
»Hubieran obedecido
(Decia un cura afligido),
»Aun iriamos en cueros.»
Y un sastre que el diablo tenga,
Loco esclamó: «voto á Sanes!
¡Qué ciertos son los refranes!
No hay mal qne por bien no venga.»

Riñendo un chico con otro
«Rabia, gran burro, le dijo
Que tú no tienes un potro
Como el que hay en mi cortijo.»
Y el otro le contestó
No sabiendo que mentar
Que aquel pudiera envidiar;
Rabia! soy burro y tú no.

V. M. MULLER.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



LA PRADERA.

ESTUDIOS LITERARIOS.

TEATRO ANTIGUO.

ARTICULO SESTO.

En el segundo artículo, al ocuparnos de la descripcion del teatro ateniense como edificio, adelantamos algunas palabras de un modo indirecto, incidental, y á manera de brevísimo episodio, sobre la triple al par que importante significacion, política y moral, ó mejor dicho religiosa y artística, del coro antiguo. Esta significacion, que con nosotros le otorgan cuantos de él con detenido estudio se han ocupado, nos mueve á aventurar algunas reflexiones que den mayor realce á su triple carácter, deshaciendo al propio tiempo, y hasta donde nuestras escasas fuerzas nos lo permitan, algunas apreciaciones, para nosotros infundadas, que se han hecho sobre la materia.

En este concepto, se adivina al pronto que necesitamos de un artículo especial.

No quisiéramos engañarnos; pero los que se han ocupado del coro antiguo, lo han hecho, á nuestro peculiar modo de ver, de una manera incompleta, imperfecta, y un tanto superficial. Esto es, y dando á nuestro pensamiento la forma del dilema, ó no han abarcado el conjunto, el total del tema cuyo desenvolvimiento se habian propuesto, analizando la suma y los detalles con seguro y penetrante golpe de vista; ó si lo han hecho cual lo decimos; si dominando la cuestion desde la altura en que como el águila debe colocarse todo escritor, para medir con su ojo de fuego la estension del orbe, han calculado las consecuencias legítimas que de ella podrian dimanarse; si tal han hecho, han preferido darles un giro torcido, forzoso, sobremanera violento, hasta traerlas á un terreno que no es el suyo, y ponerlas en disforme consonancia con las que á ellos, y por particulares motivos, les ha convenido sacar.

No nos parece oportuno llevar las cuestiones, siquiera sean literarias, esto es, mas tranquilas y apagadas, á un terreno tan vidrioso y resbaladizo.

Esta imperfeccion en el modo de considerar el coro antiguo que algunos hombres malignos, que para todo los hay, han atribuido á un silencio calculado y sistemático, ó quizás tambien esta apreciacion torcida y poco digna, se refiere á su orígen y á su significacion en el campo de la *política*.

Y lo que decimos no es cosa de ayer. No estralimitaremos mucho nuestros cálculos diciendo que al través de la edad media y moderna viene esta cuestion mista debatiéndose en todas las páginas de la crítica literaria.

Antes de tomar cartas en el asunto, bosquejaremos, porque las cosas así lo reclaman, los dos partidos, que en el florido, ameno y siempre fecundo campo de las letras, como en el encendido y sangriento, y constantemente estéril de la política, se han disputado la preeminencia de opiniones.

En la edad media, como el piloto carecia de brújula que sirviéndole de seguro norte le indicase su derrotero, limitaba la estension de sus viajes y se contraia prudente á costear los paises conocidos. Ya que cual este, nos hallamos privados de tan útil medio de encaminar nuestras averiguaciones, no nos lanzamos temerarios á un mar desconocido, plagado de escollos, y en donde dariamos al través con la nave. Considerando pues la edad media como un paréntesis, aunque brillante, en la historia de la humanidad, sentemos desde luego nuestra planta en la edad moderna.

Natural era que la cadena del progreso que la humanidad elabora en medio del dolor y de las lágrimas, como dice tan poéticamente nuestro distinguido amigo D. Emilio Castelar, interrumpida, suspensa, á la llegada de los pueblos invasores, continuase su natural camino al través del tiempo y del espacio, asentados ya sobre sus anchas bases, los que la habian detenido un momento, quizás para imprimirle empuje mas brioso.

De esta marcha lógica, consecuente, de las cosas humanas, haciase necesario, inminente, fatal, que se reanudase la cadena que ya hemos dicho interrumpida La edad media debia unirse á la antigua, como la moderna se ha unido á ambas. Esta idea de continuidad, de enlace, de ajuste, por decirlo así, fué el constante y fecundo objeto de los hombres de la primera edad. Acudian ufanos, presurosos, llevados de loable entusiasmo, de santo afan, á los conventos, á los monasterios y abadías, á las antiguas y raras bibliotecas que habian podido mantenerse sobre las olas, en aquel inmenso naufragio de la civilizacion romana, restos preciosos debidos al piadoso celo y sabia ilustracion del clero y de las órdenes monásticas, y apoderándose de los libros de la antigüedad, estudiábanlos con incansable asiduidad, pene-

trábanse dia y noche de sus doctrinas, y las esparcian y derramaban por todas partes. Casiodoro, Beda, San Isidoro, Martin Bracarense, San Eulogio, Alvaro de Córdova, San Martin de Tours, Fredegario, Eginardo, Luitprando, Pedro de Pisa, Alcuino, Gerberto, Lanfranco, San Anselmo, el obispo Gualtero, Bilgardo el gramático, y mil otros que pudiéramos citar, tienen por especial objeto de sus elucubraciones científicas la investigacion y ordenacion de los libros de la antigüedad. Lo mismo acontece por singular y favorable coincidencia en el caduco imperio de Oriente, que minado, carcomido ya en sus cimientos, iba poco á poco desmoronándose bajo los golpes del martillo destructor de los sucesores de Mahoma: y los ilustres nombres de los obispos Heliodoro y Suidas, del patriarca Focio, de Simon Metafrasto, de Moisés Barcetas, de Eustrarco, Eustarco y de los emperadores Alejo Conmena y Constantino VIII, se unen en la república de las letras á los no menos ilustres de Occidente. Este afan de enlazar, de empalmar lo presente con lo pasado salvando el abismo abierto por necesarios sacudimientos sociales, este deseo de continuidad, racional, filosófica, civilizadora, este saludable intento de hacer pasar como por un supremo esfuerzo el mundo científico antiguo al moderno, para caminar juntos, ayudados, y nótese bien esto, con sus mútuas fuerzas, por el camino del porvenir, del progreso de la humanidad, recibe del tiempo mismo su fuerte impulso.

Y al eco de estos augustos nombres que resuena sonoro, imponente, fecundo, por toda Europa, en la edad media, álzanse cual evocadas sombras por mágico poder, varones tan preclaros en el terreno de las letras, como Erasmo, Luis Vives, Sancho de las Brozas, Antonio Nebrija, Juan Luis de la Cerda, el P. Simon Abril, Juan Gerardo Vossio, Montaigne, Amyot, los Escaligeros, Bude, Belarmino, Vida, y otros de no menos digna mencion.

Estos hombres que hacen destacar sus bellas figuras en medio de tantas y tan bellas como ofrece á la consideracion del filósofo, del literato y del artista el siglo XVI, ese hermoso siglo del renacimiento, llamado y con razon la primavera de la edad moderna, se esfuerzan por continuar la obra empezada en Occidente, interrumpida, ó diremos mejor, *para siempre* terminada en Oriente, al estender sus fúnebres y sangrientos pliegues el estandarte del Profeta para cubrir de luto eterno á la ciudad de Constantino.

Al hablar de este siglo, dejemos consignado un hecho de suma importancia, originado por un monje rebelde, turbulento, díscolo, calavera como un verdadero escolar, y á quien nosotros, puestos en el pellejo de Leon X, hubiésemos hecho callar con unos cuantos palmetazos y alguna que otra docena de azotes; este hecho es la reforma de Martin Lutero.

Como todo se enlaza y eslabona en este mundo, el hecho de la libertad, absoluta, destemplada, anárquica y subversiva, del pensamiento religioso, se reprodujo, ó mejor dicho, se continuó en el pensamiento literario y filosófico.

Y las ideas proclamadas en Alemania, como consecuencia inmediata, forzosa, de la doctrina literaria, por el cura Tomás Muncer, el ropero Nicolás Storck, Juan Bockold, sastre de Leida, profeta y rey de Sion, y sostenidas á mano armada por los aldeanos de la Suabia, la Turingia, la Franconia, la Alsacia y otras provincias alemanas, tuvieron en España su personificacion, aunque mucho mas digna, en Juan de Padilla y María Pacheco, la Lucrecia, la Virginia, la Juana de Arco, la Carlota Corday, española, en Pedro Giron, en Juan Bravo, en Francisco Maldonado, y su eficaz, su heróico, su sublime apoyo en Toledo, Segovia, Tordesillas, Burgos, Zamora, Valladolid, Medina del Campo y otras bizarras ciudades castellanas. Causa digna por cierto de mejor suerte, y un tanto eclipsada por las manchas de sangre que sobre su claro resplandor arroja la *Germanada* de Valencia, toda vez que no es inexacto lo que sobre el particular mencionan Argensola y Zayas en sus *Anales de Aragon*.

Que el sacudimiento social que se verificó en este siglo en Alemania, y en el sentido político de que ahora hablamos, y que tuvo tan profundo y mejor dirigido eco en nuestra España, se manifestó bajo una faz menos lisonjera en Francia, Inglaterra, Suiza, y aun en Italia, es cosa demasiado sabida y ajena por lo demás de nuestro propósito.

Es lo cierto que al lado de los hombres ya citados que se ocuparon en su mayor parte, y con especialidad, de lo que ahora llamamos literatura, bellas letras ó letras humanas, surgieron otros, que siguiendo un rumbo no igual, sino paralelo, llegaron en política á idéntico término, la proclamacion del libre pensamiento. Asócianse pues colocados en línea paralela á los anteriores los nombres de la Boétie, Charron, Bodin, Tomás Morus, Tomás Campanella, Pasquier, Maquiavelo, Guichardini, Richer, la Ramée, Babelais, Mariana, Copérnico y otros muchos.

Ahora bien: no olvidemos que nos hallamos en pleno siglo XVI, en el brillante siglo de los Médicis, cuando todo lo antiguo está de rigorosa moda, cuando el bello ideal de los filósofos, de los políticos, de los literatos y artistas, se cifra en amoldar lo presente á lo pasado, en resucitar, mejor diremos, en *galvanizar* la civilizacion greco-romana, ingertándola, enclavándola en el elemento cristiano; cuando los políticos mecen sus sueños dorados en las vaporosas é ideales teorías de las repúblicas de Platon y Aristóteles, ó en el gobierno aristo-democrático ó *constitucional* de Ciceron y Plutarco, y tal vez echan de menos los democráticos ensayos hechos años antes en Roma por los ilustres demócratas Crescencio y Arnaldo de Brescia, cuando el papa Leon X y los cardenales llaman Júpiter á Jesucristo y dan festines á lo Lúculo, á lo Creso y á lo Salustio, en que de todo hay menos la *salsa negra* de los lacedemonios, y en los cuales aquellos cultos personajes hablan á lo Ciceron y á lo Livio, con damas tan buenas latinas como Constancia de Avalos, Tulia de Aragon, Victoria Colona, Verónica Gámbara, Gaspara Stampra, Laura Novia y otras: cuando este mismo papa paga 22,000 reales por cinco libros de Tácito, encontrados en una arruinada abadía de Prusia, y *trova* la lengua latina á estilo de Barbaroja, en bonitas décimas latinas á una bella estátua de Cleopatra, acabada de desenterrar; cuando nuestro español Mendoza pide por único favor al Sultan de Constantinopla le mande algunos manuscritos griegos; y cuando los pintores italianos se afanan por reproducir en sus lienzos la Juno y la Venus de Zenxis, el sacrificio de Ifigenia de Timanto, la Diana y la Campaspa desnuda de Apeles y el Sátiro enamorado de Protógenes, y van como Rafael á las Termas de Tito á estudiar las pinturas al fresco de los romanos.

Este es el siglo XVI, paciente imitador de lo antiguo como los que le preceden. Pero aquí se ofrece una observacion. Antes que el rebelde monje *agustino* hubiese proclamado con eco tan funesto la anárquica libertad del pensamiento, acontecia que se reconocia un principio de autoridad, en el triple terreno de la religion, de la filosofía y de la literatura. En este último terreno, lo antiguo greco-romano era el principio de autoridad proclamado. Y al resonar por toda Europa desde el fondo de la Alemania y desde lo alto del sombrío castillo de Wartbourg los fúnebres ecos de la voz de Lutero, este principio recibe tales y tan repetidos sacudimientos, que arrancándole de su base, y poniéndole, por decirlo así, en bilo, en el aire, le dejan solo, aislado, espuesto á los vientos contrarios que pasiones enemigas contra él, fuertes y tenaces, desencadenaban. Y sigue de este modo en perpetuo vaiven, como frágil nido de alcion que arrastran las olas del mar y mecen sobre sus cumbres, hasta que cediendo al empuje de los vigorosos brazos de Bacon y de Descartes, se retira á habitar tranquilamente entre los profesores de las universidades, los discípulos de Loyola, los monjes benedictinos, los padres del Oratorio y de la Sorbona y los solitarios de Port-Royal.

No diremos nosotros que todos estos señores, y en particular los últimos, le recibiesen con respetuosa cortesía.

Eran pues dos los principios que, puestos ya en lucha, aspiraban á asentar sus reales en el campo de la ciencia: el antiguo, el de la autoridad y tradicion, y el nuevo, el del libre albedrío, el de la razon pura. Dos tambien debieron ser las escuelas que de estos surgierán: la filosófico-religiosa, y la filosófico-racionalista. Hoy diríamos la de Manuel Kaut y la de Javier de Maistre. O lo que es lo mismo, en la crítica literaria, la clásica y la romántica.

Nosotros, si atrevidos fuésemos en nuestras habituales concepciones, nos hubiésemos desde luego colocado, y dando una especie de *salto mortal* al través del tiempo y del espacio, en pleno siglo XVI, punto de orígen de la idea que estableciendo un cisma, una division en la primera, ocasiona y motiva la creacion de la segunda escuela literaria: haciendo tal, hubiésemos desde luego pronunciado las palabras de arte y escuela clásica ó *moderada*, y arte y escuela romántica ó progresista, y hoy dia *democrática*. Pero nosotros que no tenemos la talla de los dioses de Homero ni del coloso de Rodas, ni caminamos como el *Petit Poucet* de los cuentos de Perrault, seguimos la ancha via, la via trillada, y procuramos arribar al puerto, sin salvar distancias, sin transiciones bruscas, sin omisiones ni reticencias que perjudiquen á la natural claridad de las ideas.

Que estas dos escuelas, la clásica ó antigua y tradicional y la romántica ó moderna y libre, en sus mútuas relaciones, ora amistosas, ora enemigas, han dividido el campo de la literatura, y originado en el arte una revolucion, que al fin y al cabo ha redundado en beneficio suyo, es un hecho manifiesto, evidente, incuestionable, y que á nosotros solo toca consignar. Lo que debemos decir es, que roto en la escuela romántica el principio de autoridad, no ya en la literatura, sino tambien en las relaciones que esta, y por desgracia, suele tener con la política, los partidarios de la primera escuela han tomado el estribillo de ver al través del odioso prisma de la política, cosa en que como en todo lo inmoral sobresalió la escuela volteriana, cuantas cuestiones, ya puramente literarias, ya filosófico-literarias ó estéticas, vienen debatiéndose por los hombres competentes desde su aparicion hasta la hora presente.

De aquí, y entramos de lleno en materia, el cuidadoso afan de los libres pensadores literarios de no ver en el coro antiguo, en el motivo de su creacion, en sus tendencias y fin, otra cosa que el constante

perpétuo, uniforme y pesado desarrollo de una idea política, relacionada con el pueblo, y por lo tanto en estremo democrática: así que, cuando por dar mas variedad á su tema literario han abordado directa ó indirectamente cuestiones de este género, han dejado cándidamente entrever que para ellos el prototipo y supremo ideal del gobierno á quien cuadra el epíteto anterior, si gobierno puede por antonomasia llamarse á lo que la historia nos dice fué siempre desgobierno, son: las repúblicas de Esparta, de Atenas ó de Roma: y llevados de la poderosa influencia que sobre cabezas débiles ejercen siempre los espíritus soñadores, fantásticos, ó traviesos y malos, han soñado ellos tambien, y téngase muy en cuenta que siempre han hecho lucrosa especulacion de su sueño, con Platon, Aristóteles, Morus, Campanella, Volney, Saint-Simon, Fourrier, Cabet, Louis Blanc, Proudhon y comparsa democrática: y mirado todo lo terrestre al través de este prisma falaz, solo han visto en estas ciudades, en los diversos elementos de su existencia política, la realizacion y logro de su idea favorita, esto es, el pueblo, su gobierno y mando, la democracia. Cosa, que no gobierno, que nosotros nos atreveriamos á definir, en moderno estilo, *nueva sociedad industrial y mercantil para la esplotacion de la ignorancia y ambicion humanas.*

Sin negar nosotros ese tan decantado espíritu democrático, en cuanto al orígen y significacion del coro antiguo, en la tan decantada democracia de Atenas, diremos á los que de demócratas literarios se preciaren y de democracia literaria blasonaren, aquel axioma matemático que aprendimos en las aulas y con el cual estarán contestes á fuer de hombres entendidos en eso de *ajustar cuentas* á los poderes, sean cuales fueren: «que la parte no es el todo,» y que siendo esto cierto, se deducirá, y con razon, que ambas escuelas de crítica literaria han pecado al emitir sus opuestas opiniones sobre el coro antiguo. Y consiste esta equivocacion en verificarse lo de aquel antiguo adagio español:

El santero y la santera
Se fueron á los infiernos,
Uno por carta de mas
Y otro por carta de menos.

Nosotros, sin ladearnos á una ú otra parte, y procurando no incurrir en aquello de Boileau en su Poética:

Pour eviter un mal je tombe dans un pire,

tendremos nuestro *franco hablar*, y diremos lo que creamos justo sobre lo que forma el tema del presente artículo.

Segun hemos podido colegir de nuestras raras y siempre laconísimas lecturas, en el orígen ó motivo de aparicion del coro antiguo, en su desarrollo y causas de este, en sus tendencias, fin, y ulteriores resultados, se descubre al primer golpe de vista una triple idea; la idea artística, musical, eufónica, de buen gusto literario, de rectos principios de estética; la idea aristocrática que se encierra en hechos elevados, espuestos á la imitacion del vulgo, dotados de condiciones propias á escitar en él sorpresa, admiracion, entusiasmo, grandeza de ánimo, compasion, terror y otros afectos que agitan el corazon y la mente humana, elevándolos, arrastrándolos en los arreboles del fuego abrasador de las grandes pasiones, á la esfera de lo noble y digno, de lo generoso, magnánimo y sublime; y la idea democrática, la que ha establecido su ancha y vasta morada en el pueblo, en esa gran masa de individuos que se estienden á lo largo de las inmensas faldas de la montaña social, en que solo gravitan ciertos necesarios planetas que reciben de él su luz para reflejarla luego mas pura, mas bella y eficaz; de ese pueblo de donde todo nace y adonde todo refluye, y de quien sin sacrilegio puede decirse lo que dice Lamartine del Ser Supremo:

Tout l'univers subsiste á l'ombre de sa main:
L'etre á flots éternels découlant de son sein,
Comme un fleuve nourri par une source immense
S'en échappe et revient finir. où tout comence.

de ese pueblo en fin, elemento necesario de toda idea social, sin el cual nada es la idea aristocrática, la idea de belleza artística, científica, moral, religiosa, política, y del cual recibe fuerza de espresion y colorido de la vitalidad; pueblo que reviste todo lo que toca de grandes y majestuosas formas, despojándole de todo lo pequeño y mezquino de una individualidad pobre y aislada, y lo limpia, purifica y embellece, pasándolo al crisol de su sano juicio, de su recto sentido y severo raciocinio, é imprimiéndole todo el lleno de su robusta y siempre activa autoridad.

El primer elemento pues, y procurando penetrar con certero é incisivo golpe de vista en el fondo de esta importante cuestion literaria que se halla en el coro griego, es el elemento artístico ó estético; el canto no aislado, individual, estéril, infecundo, sino general, uniforme, activo, eficaz; el canto ó la manifestacion de una idea nacional, simpática, afectuosa, vaciada en el seno del amor, del placer, de la alegria; el canto en comun, modulado en la natural espansion del sentimiento religioso, que lleva envuelta una série de ideas en los ecos que se mecen vibrantes en los aires y se pierden sonoros en el espacio; el canto que es el principio de toda poesía, la idea dramática en gérmen, la espresion mas viva, mas animada y mas lata del arte de un pueblo. Este canto ó eufonía musical, que siendo aislado toma un carácter particular, individual, de limitada esfera, trueca este carácter en su opuesto general, al verificarse en comun, en reunion de muchos individuos, en un hecho de nacionalidad. Razon mas que se nos presenta ahora en apoyo de lo que dijimos en el artículo anterior sobre que el teatro, como un hecho de nacionalidad, como espresion natural, espontánea, necesaria, de las ideas y pasiones de un pueblo, no se cede, ni traspasa, ni enajena, bajo la garantía de la ley, ni se imita como el modo de vestir ó de andar, ni se copia como un dibujo de Julien ó de Carrière, ni se calca como un mapa geográfico. De manera que el canto, con carácter sagrado, verificado por un pueblo reunido bajo la inspiracion religiosa, pero con sujecion al elemento eufónico, musical, artístico, que domina en el pueblo que canta, que en unos es brioso, guerrero, marcial, y en otros armonioso, sentimental, dulce, espansivo, pero canto que siempre tiende á ser una espresion poética de los sentimientos que afectan al cantor, este canto que en Atenas, en su primera época, en las fiestas de Baco, tenia por objeto manifestar las hazañas y preclaros hechos de un personaje místico, sus beneficios á la humanidad bajo el triple concepto de conquistador ó guerrero, sacerdote y legislador, es el primer elemento de toda poesía, y lleva consigo el elemento dramático. De aquí nuestra opinion de que el teatro, como el arte, es coetáneo á la existencia misma de un pueblo, y nace, crece, se desarrolla, vive y muere con él.

Veamos ahora cómo estos cantos dramáticos, *ó sean recitados en forma de canto de una accion que interese y escite alegres ó graves emociones*, pasan desde la plaza pública de Atenas, desde el Agora, al teatro, y forman el coro en tiempo de Esquilo.

Llamábanse *ditirambos*. Significa este singular vocablo doble nacimiento, sin duda porque reune esta circunstancia el dios á quien se le consagran. Eran una especie de cortos poemas, himnos, odas, lo que nosotros llamaríamos anacreónticas y los franceses é italianos cantatas, á pesar de que tambien se hallan ditirambos en estas literaturas, compuesta de estancias desiguales, de infinita variedad de ritmos, cantados, bailados y tocados ó tañidos á un mismo tiempo; poemas que respiraban por todos los poros el entusiasmo poético mas subido de punto, entusiasmo que rayaba en el delirio y tiraba á reproducir el lírico desórden de una mente alegre: poemas en fin cuyo inimitable modelo nos ha dejado el gran poeta francés Delille en su ditirambo *sobre la inmortalidad del alma.*

Reconocen estos cantos, como toda clase de poesías, tres épocas; la infancia, la juventud y la virilidad: esto es, su orígen y primeros pasos, su gradual desarrollo, y su perfeccion definitiva. Compuestos y cantados en un principio al son de instrumentos pastoriles, de zampoña, caramillo, cítara, laud, flauta, tamboril etc., por poetas populares, juglares y trovadores de aquella época, no traspasaban sus humildes ecos el cercano horizonte de la aldea: su objeto, sus tendencias y fin, eran, como al pronto se deduce, los de divertir al pueblo, á la clase baja, contándole las hazañas del festivo dios ya citado, ó las de cualquier otro personaje ya real, ya ficticio. La primera época es pues eminentemente artística.

Los atenienses tenian tambien su *Carnaval*, tan bullicioso, festivo y descaradamente verde como el nuestro: verificábase este en las célebres fiestas de Baco, llamadas Dionisiacas, de Dioniso, primer nombre de este risueño dios. Estas, que en materias de públicos escándalos corrian parejas con las no menos célebres de la Gran Madre ó Ceres, eran las principales y mas importantes de aquel pueblo. El opaco sol de enero, febrero y marzo despedia sobre estas fiestas sus debilitados rayos. No se concibe un Carnaval compuesto esclusivamente de discípulos de Pitágoras ó de frailes de la Trapa, y sí un Carnaval tan animado como el que nos ofrece ahora el palacio del Espíritu Santo. Pero lo mas esencial, al menos para nosotros, de estas fiestas, en número de tres y en los meses dichos, se verificaba en las últimas, las del mes de marzo, en las llamadas grandes Dionisiacas. Hablamos de los concursos literarios ó certámenes poéticos. Los poetas, tomando por tema obligado de sus fáciles improvisaciones al aventurero dios de la vid, como en los tiempos medios los Cardos del Norte tomaron á Odin, á la vez guerrero, legislador y sacerdote, los españoles al Cid y á Fernan Gonzalez, los franceses á Carlo-Magno y sus doce Pares, los ingleses al rey Artús, el Pelayo de Inglaterra con los paladines de la Tabla ó Mesa Redonda, y los italianos al Orlando furioso, é inspirados por tan fecundos motivos, y conociendo de antemano el famoso dicho

de Rabelais: *in vino veritas*, componian multitud de pequeños y festivos poemas ó ditirambos, con objeto de ganar el premio ofrecido, y los hacian cantar, ó bien por el pueblo todo congregado para la fiesta y formando una misma é igual voz, ó bien por el pueblo dividido en dos distintos bandos, que respondiéndose alternativamente en las estrofas y anti-estrofas, con ciertas inflexiones en el canto, formaban un coro á manera de los de nuestros modernos conventos de frailes y monjas. Aquí tenemos ya, en la segunda época del arte lírico, que lo es igualmente del dramático, puesto que le hemos dado comun y coetáneo origen, el coro, en gérmen, en embrion, de un modo indeterminado, con formas vagas y poco precisas, es cierto, pero que ya existe con elementos de desarrollo. Y el trovador de aquellos tiempos cuyos cantos obtenian mayor número de sufragios, recibia, y pásmense nuestros lectores, en lugar de la sencilla violeta de oro, un enorme macho cabrio. ¡Cómo los tiempos varian! Ahora es ocasion de esclamar con el orador romano, ¡ó témpora! ¡ó mores! Si en nuestros dias fuese el digno galardon de los afanes literarios del poeta un animal, cuya moderna significacion simbólica tan poco nos agrada á nosotros hombres, ¿habria, y lo preguntamos de veras, quien quisiese ser poeta? Bien es verdad, y dicho sea esto de paso, que muchas de las composiciones de nuestros alumnos de las musas ni aun siquiera merecieran tal recompensa.

Este macho cabrio, cuyo horrísono nombre nos duele tanto pronunciar, dado en merced á los vates de Baco, y llamado *tragos* en griego, dió su nombre, como el tronado Américo Vespucio dió el suyo á la América, á la tragedia, de donde se llamó *Canto del macho cabrio*.

Procediendo en nuestros razonamientos á manera de los indios, diremos, que el que canta se fatiga, y el que se fatiga ha menester de descanso: consecuencia de esto es, que debió introducirse y se introdujo en efecto, en los intermedios del coro, para dar lugar á este descanso, un personaje que tomando por tema de su composicion á Baco y al alegre cortejo de Faunos, Silvanos, Sátiros y demas *calaverescos* personajes que le acompañaron en sus conquistas, espediciones, viajes y *otrosí* picarescas aventuras, recitaba pequeños poemas compuestos de intento *ad hoc*, por los poetas que cultivaban el ditirambo, y lo verificaban salpicándolo de *calembourgs*, de *quí pro quo*, de *quolibets*, de *rébus*, de *lazzi* y cosas análogas y en medio de gestos y ademanes mímico-grotescos, cosecha suya.

Como es natural destino de las humanas cosas caminar lenta pero seguramente á su perfeccion, sucedió que, andando el tiempo, se añadió un segundo personaje al primero, y este número plural ascendiendo en la escala de la numeracion se aumentó de tal modo, que ya el célebre poeta y actor Esquilo pudo formar una compañía de actores y construir un teatro. Esquilo fué pues el Lope de Rueda, el Molière y el Shakespeare de los griegos.

Principia pues la tragedia siendo *un poema lírico, bajo una forma dramática*.

Así por lo menos nos lo dan á conocer, entre otros, Virgilio, en sus *geórgicas*, y Horacio en su *Arte poética*: y el docto varon Ateneo, del siglo II de nuestra era, llamado con razon el Varron de los griegos, nos da sobre el particular formales detalles que nos es lícito poner en cuarentena. *(Continuará.)*

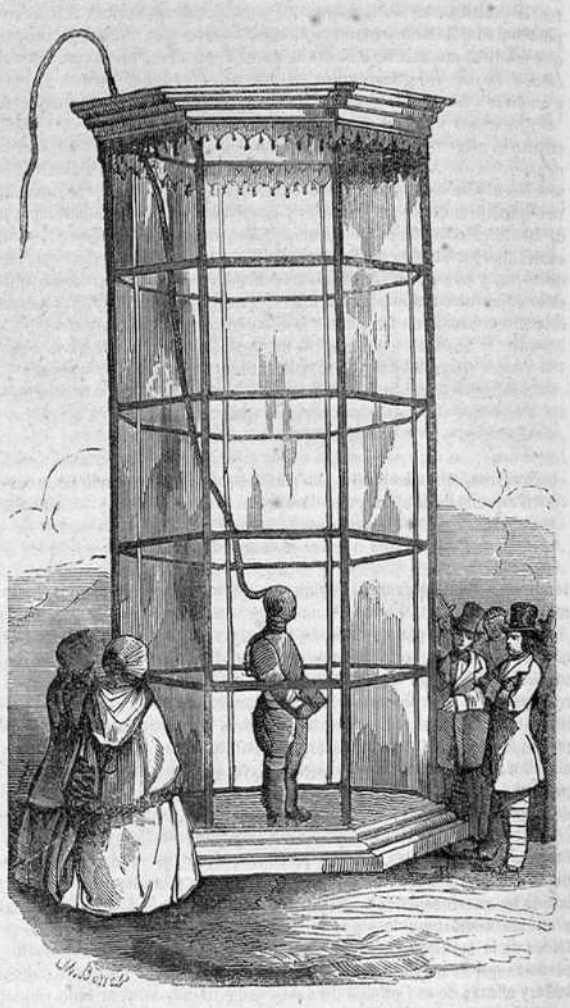
ANTONIO DE AQUINO.

LA CISTERNA DE CRISTAL.

La cisterna de cristal, colocada á la derecha, en la entrada á la rotonda, debe ser visitada con interés. Se ha construido principalmente para manifestar un aparato de bucear, y una cisterna subácuea, aparatos inventados por Mr. St. Simon Sicard, de París, por medio de los cuales se puede mantener la respiracion y la combustion debajo del agua sin comunicacion alguna con el esterior.

El aparato de bucear ensayado en abril último con éxito satisfactorio en el Sena, con autorizacion del ministerio de Marina francés, bajo la vigilancia de Víctor Grandehamp y á presencia de multitud de espectadores, consiste primeramente en un vestido y sombrero ordinario de buzo, pero hechos de las mayores dimensiones posibles atendida la corpulencia del buzo, de tal manera, que pueda contener la mayor cantidad posible de aire atmosférico, en el peto, sombrero, etc. Además, en este vestido lleva el buzo á la espalda una caja del tamaño de una mochila, en la que hay dos departamentos, lleno el uno de oxígeno puro, á la presion de seis atmósferas, y el otro conteniendo un compuesto químico que sirva para la absorcion del ácido carbónico espelido en el acto de la respiracion. El modo de operar es el siguiente:

El aire espelido pasa por medio de un tubo á este segundo departamento, en el que hay ademas del compuesto químico que hemos indicado, una multitud de telas metálicas destinadas á dividir el aire á fin de que haya mas mole en las de esta en contacto con las del compuesto químico. El ácido carbónico se combina aquí con este compuesto, y el azoe, quedando libre, pasa por medio de un tubo á encontrar con una corriente de oxígeno puro que sale del otro departamento de la caja, y se mezclan en las mismas proporciones en que lo estan en el aire atmosférico. Este cambio y circulacion se sostiene ínterin haya oxígeno en el departamento y sustancia que absorba el ácido carbónico: estas provisiones se pueden aumentar aumentando el volúmen de la caja ó encerrando el oxígeno á mayor presion. Por medio de un mecanismo ingenioso, la cantidad de oxígeno que ha de salir se regula con la mayor exactitud. El buzo tiene á su disposicion la válvula de salida, ínterin su pequeño indicador, barómetro colocado en el sombrero, le indica y le sirve para regular la cantidad de oxígeno comunicado, y un pequeño silvato colocado cerca de su oido le avisa oportunamente por la cesacion de su sonido, si el oxígeno está ó no próximo á concluirse.



La linterna subácuea es un precioso apéndice de este aparato, como que por su medio puede el buzo, aun en las noches mas oscuras, distinguir los objetos que se hallen á su derredor, aun cuando no esten muy próximos. Esta linterna es una modificacion de la que produce hoy por medio de una corriente de oxígeno é hidrógeno sobre cal, encerrada en otra linterna perfectamente cerrada á su vez: el oxígeno mezclado de antemano con el hidrógeno y contenidos los dos en una caja bien fuerte á la presion de seis atmósferas. Las disposiciones para la trasmision de los gases mezclados son análogas á los empleados en los microscopios iluminados por una corta influencia de oxígeno é hidrógeno.

El aparato, que se enseña en el Royal Panóptico, ha sido construido por M. E. C. Hinke.

CARTAS DE GONGORA.

Señor Don Francisco del Corral.

Mi señor y mi amo: No tuve la estafeta precedente carta de v. m. ayer si una de 26 de abril que sin duda fue la que faltó de entonces,

de suerte que anda cojeando ya de un pie nuestra correspondencia y no la sufriré, porque no es de perdonar una letra cuando mas una carta por la merced que recibo en saber de la salud de v. m. que sea muy larga como deseo.

He sentido la muerte del buen doctor Pizaño por lo que tengo de leño poco menos que un púlpito y consuelame la sucesion que se espera por lo que tengo de Argote, pero poco menos que nuestro don Alonso de Godoy. Mucho holgaria que esos señores cabildo de canónigos acudiesen unánimes á provision tan acertada, que el Señor don Gonzalo de Cordoba, es sujeto tan de codicia que Toledo está deseando ocasion de llamarlo, como lo hé sabido de lo mas autorizado de esta Santa Iglesia. No sé si he avisado de la provision que se hizo de los cuatro consejeros de Estado, Marqués de Aitona, de Montes-Claros, D. Diego de Ibarra y duque de Monteléon: hanla sentido los que la competian.

La vigilia y honras se hicieron lunes dia de la Cruz en la tarde, y martes por la mañana, solemnísimamente, á que asistieron los señores obispos D. Andres Pacheco, de Cuenca, D. Sancho de Avila de Siguenza, D. Alonso Marqués de Segovia, D. Juan Gamarra de Avila, D. Diego Carrillo de Badajoz, D. Francisco de Mendoza de Pamplona, D. Antonio de Trejo de Cartagena, D. Enrique Pimentel de Valladolid, un fraile francisco de Chile, y don fray Juan Bravo de Ujento en el reino de Napoles, que trajo el de Osuna consigo. El señor arzobispo de Burgos presidió á su consejo real, y el señor Patriarca por escusar preferencias á los obispos asistió, al consejo de la inquisicion que estaba sin superior. Concurrieron diez y siete grandes: Villena, don Duarte, Sesa, Olivares, Mondejar, Condestable, Cea, Almirante, Medinaceli, Velada, Villahermosa, Monteleon, Pastrana, Veraguas, Aguilar, Señarando y Santa Cruz. Faltaron Benaveate que por viejo y mayordomo mayor se fué á las Descalzas con su ama, y el del Infantado que por viejo tambien se estuvo en la tribuna con el infante Carlos, y el de Altamira que por medio espulso se estuvo en su casa. Háse dicho despues que el oficio de caballerizo mayor de la reina se da á su hijo el de Almansa, y aunque me lo ha asegurado el dicho marqués, no veo que haya jurado hasta ahora El domingo pasado fué la entrada de S. M. lucidísima, aunque no muy numerosa de acompañamiento, porque afectaria la calidad y no el número. Llovió casi desde que salió S. M. de San Gerónimo hasta Santa María. Salió hermoso y galan aunque de... el rey: aclamábanlo la gente que bendecianlo todos con el mayor afecto y ternura que jamás se vió. La órden del acompañamiento fué esta. Trompetas y atabales y guardia española y tudesca, títulos y caballeros, cuatro ballesteros de maza, mayordomos, grandes, cuatro reyes de armas. El palio, que llevaba el regimiento con ropones de brocado aforrado de tela encarnada: S. M. en un caballo blanco mediano, y veinte pasos antes el duque del Infantado con esto que bien grande al hombre descubierto, aun que por el agua que hacia le mandó S. M. cubrir sin querer el buen viejo obedecerle en esto. Al estribo Flores de Avila (1) y algo atrás D. Juan Manrique .. y D. Juan de Gaviria que son los que hasta ahora han jurado de los cuatro caballerizos: detras el señor D. Baltasar de Zuñiga, al lado de él el de Falces, que es capitan de Archeros, los del consejo de Estado, y últimamente la guardia borgoñona de á caballo, lucida de armas blancas y plumas negras. El jueves precedente á este llegó intempestivo á Alcalá Filiberto por la posta, escribió desde allí pidiendo licencia; alteró la nueva, y otro dia se hizo consejo de Estado, y á lo que dicen, se resolvió que S. M. volviese el sábado al Pardo donde habia estado el sobredicho... y allí esperase al primo y lo despachase, para lo cual fuesen dos del consejo y el Secretario Antonio de Arostegui. Hízose asi, y el Sabajano enfermó en Barajas donde está hoy visitado de D. Manuel Manrique de parte de S. M. Besará la mano, segun dicen, fuera de Madrid y volverase luego en teniendo salud. Ayer se hizo merced al conde Santisteban de una encomienda de la órden de Santiago que tenia el duque de Vceda con indulto del usufruto de veinte años, de los cuales restan los doce que habia de esperar el Conde. Hoy han derribado la tribuna que tenia el duque de Lerma en la capilla de palacio: *casi va il mondo*. A gaceta se vá su paso á paso esta carta: quedese aqui. Yo estoy sin un maravedí, y trasquilado: dichoso el que, aunque no tenga dineros, tiene lana. Sirvase v. m. de hacer con nuestro amigo que me socorra, que perezco. Tenga esta por suya y dejese besar las manos. A mi señora Doña Inés etc., Madrid y mayo 11 de 1621 años.

D. Luis de GONGORA.

(1) El marqués de Flores Dávila.

Al Licenciado Cristobal de Heredia (1).

No escribí á v. m. la estafeta pasada porque no tuve carta á que responder ni esta la han consentido escribir los Pinedas ó el Alamo, dele Dios á v. m. tan buena cosecha en ambos como yo deseo, que si fuesen tan agradecidos como yo, seguro estaba el ciento por uno. El señor Pedro Alonso de Baena primo de v. m. me hizo merced de escribirme, á quien responderé en esta besándole las manos por el poder que me envió para cobrar aquellos 500,000 maravedises que los gastos de Madrid no conocen rata por grande que sea. Yo no he tratado de la cobranza porque el señor patriarca, de aquí al domingo anda ocupado en la fiesta de San Isidro patron de esta villa, cuya canonizacion se está celebrando con mucha costa y poca sustancia ó lucimiento. Hablaréla á V. I. y veré lo que me responde. Vm. me trae arrastrado y de manera, que en cuanto por flaco no me despachaba en la carnicería: tomara ser buey de v. m. y no pupilo. Dios se lo perdone cuanto paso, y mas lo que sentí llegar á pedir 200 rs. á los dos hermanos Francisco y Juan de Arana, que aunque de su natural todos ellos son buenos cacareadores y malos ponedores de los huevos que les piden, esta vez me los negaron por no tratar con vm. Dios haga parte en la envidia que tienen de los prosperos sucesos y perdone el anima de Juan Perez de Armijo que tanto padeció con el terno fraternal. Llegaron sus mercedes á este lugar, hiciéronme merced de verme, servillos en paseallos y darles un estuche francés redondo y unas medias de seda parda para el señor Rodrigo de Arana; pediles que no debiera, contandoles los ahogos en que v. m. meteria los doscientos reales y al punto no me vieron mas, y huyeron de mí como si yo labrara en las Pinedas ó en Fuenreal: digales vm. con todo eso que les beso las manos, y que sean bien llegados á su casa; y que aunque hicieron aquella retirada de mí, he comido despues acá; porque en virtud de Cristoval de Heredia no falta quien me fie el pan que como con un torrezno de Rute. Por vida de v. m. que se lo diga de esta manera á ambos y que lo dé á entender á todos. Mas dejando estas civilidades (1) que es vergüenza hablar en ellas. . . . . .

. . . . . .

El señor D. Juan de Godoy nieto de mi señora Doña Beatriz Solier me hizo merced anoche de verme: vuelve gallardo de Milan y tan buen caballero como escribí siempre. Holguéme de verlo: creo que en pasando estos regocijos de el Santo se partirá para Cordoba. Dicenme que allá se andan concertando fiestas de plaza para el parto de mi señora Doña Ana de Cárcamo de que yo me huelgo mucho. Vm. se sirva de darle al señor D. Luis de Góngora el enorabuena del preñado, que tenga tan buen alumbramiento y logro como yo deseo, besándole las manos mientras no lo hago por carta. Buen abril deben de haber tenido, pues se animan esos caballeros á festejar lo que es tanta razon: huélguense un verano que es vergüenza llorar siempre duelos en lugar de tanta nobleza. A mi señora Doña María nuestra madre beso las manos, á mi gente toda se las beso muchas veces, aunque sus mercedes se olvidan de mi santo. A dios patron mio. Madrid y mayo... de 1620.

D. Luis de GONGORA.

(1) Mezquindades.

Señor Don Francisco del Corral.

Muy buenos años me prometo con solo haberme levantado temprano á responder á las cartas de vm. deseando que se los de Dios tan felices y muchos como vm. merece en compañia de mi señora doña Inés y esos caballeros cuyas manos beso. La carta de vm. me entregó el Sr. Fr. Plácido (2) otro dia despues de partida la estafeta: yo no respondí á ella por ser dia primero de pascua tan ocupado en palacio que madrugamos para comer á las cuatro. La culpa tuvo una gran ceremonia que fué el recibimiento del *estoque y rosa* que S. S. envió al príncipe N. S. y á su madama (3) prolija frialdad y muy ponderada de los italianos. Yo me cansé harto, por que asistí al señor Patriarca, y de manera que no volví á casa para sustentar una pluma en la mano.

Vm. tiene buen amigo con Flores y merece muy bien el regalo que me está diciendo el señor Fray Plácido que le ha llegado ahora. Es camino ese de negociar; todo lo demás es gastar polvora mojada que ni aun respuesta vale. Riose Flores conmigo antes de ayer de una queja que le dió por una carta suya el señor D. Antonio de Cordoba sobre el no haberle encomendado la diligencia de buscar caballeros de campo á S. M. ofreciéndole á Romerillo un caballo que tiene guardado para su señora: el buen marqués hizo donaire tanto del ofrecimiento como de la queja; yo no le perdoné todo el *et cum spiritu tuo* que merecia, por que me precio de buen monacillo de mis amigos. Pasado está todo esto de la caballería, y no me pesa para que haya lugar de solicitar al almirante aunque S. E. supone poco: atengome á Flores de Avila. El de Palma tiene la llave del príncipe: nuestro Don Diego

(1) Su administrador.

(2) D. Fr. Plácido Pacheco, monje benedictino, despues obispo de Cádiz en 1625 y de Placencia en 1632.

(3) Doña Isabel de Borbon hija de Enrique IV rey de Francia y de María de Medicis, casada con el príncipe D. Felipe, despues rey IV de este nombre.

de Zuñiga Baides y conde de Castillo los bastones de mayordomos de la princesa. D. Martin de Cordoba ha estado á *porta inferi*; bien que le han valido las indulgencias de la cruzada; pues ha vuelto aunque atropellada la memoria, que este juicio cuando dispara es mula que se suelta, que el cogella ha de costar riendas y falsas riendas.

Muy sentido estoy del descuido que ha tenido nuestro amigo de mis alimentos y sobre todo del lugar que ha dado el señor Pedro Alonso su tio á que escriba lo que ayer lei tan contra ambos. Pésame de quejarme de cosas que entendí corrian conforme al asiento que se tomó con vm. acerca de los mil reales del mes. Libraronse los de octubre y quedaron para los de noviembre dos desquites de á seiscientos reales de los mil docientos que libré allá y habia recibido para vestirme este invierno aquí en Madrid: de estos me habian de remitir cuatrocientos reales que sobraban de aquellos cada mes: de estos dos remitieronse los de noviembre: los de diciembre se han quedado con ser cuatrocientos y no mas, y en mes de pascuas, barajandomelos con el accidente de la diligencia de Roma, que fué todo á instancia y solicitud del amigo, ofreciendome para ello lo que tengo guardado en una carta suya y agradecido en otras mias. Es justo que se considere que estos sucesos son como parentesis que no impiden la construccion, cuanto mas el sentido del periodo. Mis alimentos es justo que no padezcan ni hablen con ellos ningun fracaso ó novedad. Pensé que quien tan fervorosamente me animaba á la pretension no me dejara en las garras de buscar acá el dinero y solicitar allá el credito, hállame dado por fallido segun la relacion de Pedro Alonso de Baena con mis amigos acá en Madrid, que esto es lo que mas siento, y ayunando cuando todos regüeldan de ahitos.

Señor mio Don Francisco vm. que tiene molino sabe que no come el molinero del ruido de la citola sino del trigo de la tolva. Meterme en la pretension de la Chantria para dejarme en las costas de la diligencia no es el mayor beneficio que esperaba, y sobre todo temo que arme la junta que no ha podido hacer Flores de Avila y D. Martin de Cordoba siendo ambos mayores amigos del señor Pedro Alonso que mios. Hacerme cargo que no he podido impetrar carta de Tomas de Angulo... siendo verdad que se la he pedido tres veces, una por villete del de Siete Iglesias, y dos por mi persona, y me la ha negado todas, será lo que el se sabe. Culparme asi mismo por no haber podido alcanzar facultad de coche que he pedido y se me ha negado por que está eso muy restringido de seis meses á esta parte y no quieren darla á clerigo ninguno que no sea beneficiado muy preeminente de iglesia catedral; habiendo yo replicado que es persona para quien yo la pido de 4,000 ducados de renta; esto me acumula nuestro Cristoval en nombre suyo y de su tio y quiere que los azotes que merezco por todas estas culpas se me den en la barriga: sea Dios loado por todo. Espero en su divina magestad que vendrá un dia destos la gracia de Roma y sedesahogarán los ofrecimientos que tan consideradamente se hicieron y de que tan consideradamente se han arrepentido. Vm. lea para sí esto, que no quiero dar pesadumbre á nuestro amigo y mas en tiempo de su convalecencia. Yo estoy sin un cuarto, y sin autoridad, que es lo peor, para buscarlo: consuelome con que soy servidor de vm. que me basta y á Dios, mi señor, que me voy á la capilla que es tarde. Madrid y Enero primero de 1619.

D. Luis de GONGORA.

UN NIDO DE TORTOLAS.

HISTORIA DE UNOS AMORES.

(*Conclusion.*)

III.

El amor es un rocio que baja del cielo á nuestro corazon... cuando Dios quiere.
Arsene Houssaye.

¿No habeis visto muchas veces el cielo azul que en toda la estension que alcanzan vuestros ojos no se veia una nube?

¿No habeis paseado muchas veces por un jardin lleno de flores y de árboles, en medio de una calma tan completa que no se movia una hoja, que no se oia un murmullo?

¿No habeis visto el agua de los arroyos tan serena y pura que parecia mas que agua un espejo donde hasta los mas pequeños detalles se dibujaban?

¿No os habeis acostado á orillas del mar, sin que el mas pequeño pliegue rizara su liquida y movible superficie?

Pues bien: recordad ahora cuánto han durado esas señales de tranquilidad y de calma.

¿Qué cielo hay tan azul que sin saber por qué no venga á empañarle una nube?

El arroyo mas cristalino pierde su limpidez por lo mas mínimo: una paloma que venga á beber de sus aguas, enturbia con sus rojas patitas el agua trasparente; una rama seca turba su limpidez; una piedra que arrastra la corriente, levanta negras ondas de cieno.

El mar sereno y tranquilo se agita sin saber por qué, revuelve sus olas, y desarrolla á la vista tétricos colores, sombrías aguas.

Tal le pasa al alma.

Tranquila y sosegada, en medio de una felicidad que parece imperturbable, lo mas mínimo deshace su dicha, la causa mas pequeña produce un cambio completo en su modo de ser, en su modo de sentir, en su manera de querer.

Y no os estrañe al penetrar en el cuarto de Margarita hallar á esta sola, sin su compañero, bordando con afan para ganarse la vida, como hacia allá cuando la conocimos hace dos meses; no tiene otro recurso, y cose.

No os choque ver la aplicacion con que sus ojos y sus dedos estan fijos en el bordado; ya sus oidos no estan pendientes de la campanilla; no llamará nadie á su puerta; no espera á nadie: por consiguiente puede poner toda su atencion en lo que borda.

¿Pero y Luis? me preguntareis.

Luis! ya no viene á ver á Margarita: ¿no os lo figurais? Mirad un ramo seco encima de la mesa: ese os dice bien claramente que hace ya tiempo que no viene: si él siguiera viniendo, el jarron de china que compró, estaria adornado: á Margarita le gustan tanto las flores...

Y además, ¿no veis encima de la mesa, colgando de la pared, un cuadrito vuelto del revés? Pues es aquel retrato al daguerreotipo que Luis regaló á Margarita para que no dejara de verle y contemplarle cuando él estuviera ausente; pero como la ausencia ha durado tanto tiempo, Margarita le ha vuelto del revés.

Ya veis si la niña tiene humos.

—¿Y quién tuvo la culpa?

—Lector, no has comprendido este capítulo cuando te atreves á dirigirme esa pregunta, y sin embargo bien claro está, no cabe duda.

—Pues no entiendo.

—Lee de nuevo, y te convencerás de que no lo saben ellos tampoco: es muy fácil; dos amantes y aun dos amigos suelen reñir para siempre sin què ninguno de los dos sepan por qué.

Y es claro.

¿Acaso sabe el cielo azul y trasparente por qué viene una nube que impele el viento á empañar su limpidez? ¿Sabe por qué amanece unos dias despejado y sereno y otros negro, nublado y sombrío?

¿Saben las flores por qué las deshoja el aire en medio de su frescura y lozanía?

¿Sabe el arroyo por qué se empañan sus aguas?

¿Ni el mar por qué se alborotan sus olas?

Pues entonces ¿por qué habia de saber Margarita la causa de su falta de amor?

¿Por qué la habia de saber Luis?

Una mañana se despertaron alegres como dos gilgueros, y se fueron á cantar sus amores al Retiro: volvieron juntos, y pasaron el dia formando sueños de ventura y grandes planes para el porvenir; por la tarde salió Luis y trajo á Margarita un ramo de flores: Margarita le puso en agua: Luis la hizo unos versos; la niña se los aprendió de memoria y se los recitó á Luis antes de que este se acostara.

Al otro dia al levantarse Margarita volvió á recitar los versos á Luis: á este le parecieron mejores que la víspera; dió muchos besos á su amada, y almorzaron juntos.

Luis salió despues. Margarita le estuvo esperando toda la noche.

Al dia siguiente á las diez Margarita almorzó y lloró.

Por la tarde comió sin verter una lágrima.

A los dos dias el ramo estaba seco, le sacó del agua, le puso encima de la mesa, y salió para buscar trabajo á casa de su antigua maestra. Cuando volvió halló el retrato de Luis que la miraba y se sonreia; le hizo un gesto, y le volvió del revés.

No volvió á acordarse de él, y siguió trabajando y cantando alegre como un gilguero.

—¿Y Luis?

—Mirale, lector, aquel que hace telégrafos á aquella niña, allí en el dintel del portal; ese es.

—Pobre Margarita!

—No lo creas: hoy ha recibido una carta de amor.

—¿Y qué ha contestado?

—Ha dado á su autor una cita.

—Entonces era digna del desprecio.

—No hay tal cosa: las tórtolas viven en el mismo nido, se quieren entrañablemente, y sin embargo, cuando sin saber por qué se separan, no se vuelven á ver y siguen viviendo tan felices.

—Pues yo he oido decir que en separando dos tórtolas se morian!

—Dispensad lector, yo las he tenido, las he separado, y no se han muerto.

—Será un fenómeno.

—¿Y quién te dice que Margarita y Luis no eran un fenómeno?

Noviembre 1854.

AGUSTIN BONNAT.

FRAY LUIS DE LEON.

El siglo XVI fué todo español, merced á las vencedoras armas del primer monarca de la casa de Austria en España, á la calculadora política de su hijo, y sobre todo á la superioridad de nuestra literatura. Nuestra lengua era europea, y el gusto, las modas y costumbres de los españoles preponderaban en la literatura, en los trajes y en los teatros y salones diplomáticos de todos los paises cultos: razon tenia Felipe II para llamar á la corte del vecino reino *mi bella ciudad de Paris*.

Tanta grandeza tiene su representacion: si el valor de los soldados españoles les reconquista un nombre universal y pone en mano de sus reyes el cetro de un imperio en que no se oculta el sol; si la política de estos les permite disponer de los destinos del mundo; el espíritu religioso erige un monasterio, alcázar á la par de reyes, recordando un triunfo militar en el símbolo mas grande del siglo de nuestras artes; y todos los estilos, todas las formas, todos los géneros literarios tienen por intérpretes á los que aun hoy son nuestros modelos.

Personaje de este magnífico drama y colaborador en la grande obra de la reaccion católica con sus inspiraciones celestiales, fué Fray Luis de Leon, á quien consideran muchos como el creador de la oda española, y que un escritor contemporáneo (1) califica del mas correcto y menos ambicioso poeta español. Su biografía, enriquecida últimamente con la publicacion de curiosos documentos inéditos (2), nos presenta el consorcio mas íntimo de las virtudes evangélicas con las dotes literarias, y un ejemplo mas de las desgracias acaso inseparables de los grandes genios, y de lo que pueden las pasiones humanas aguijonadas por la envidia y el fanatismo.

Hijo Fray Luis de Leon del licenciado D. Lope de Leon, oidor de la chancillería de Granada, nació en 1527 en la villa de Belmonte (Cuenca) (3), donde pasó los primeros años de su vida. Como Don Lope fué tambien abogado de la corte, hubo de seguirla á Madrid y Valladolid, y Luis iba en su compañía; contaba ya catorce años de edad, cuando su padre le envió á Salamanca para que estudiase cánones; pero como desconociera las caricias maternas, como se veia quizás postergado en el cariño de su padre á sus hermanos mayores, á los pocos meses tomó el hábito de San Agustin en el monasterio de esta órden que aquí existió, profesando en 29 de enero de 1544.

Discípulo en Bellas Artes de Fray Juan de Guevara, en Teología del inmortal Cano, del célebre Soto (Fray Domingo) y del maestro Mancio, y en Biblia del Maestro Cipriano, Fray Luis de Leon se dedicaba sin descanso á estos estudios, y sobre todos al de las lenguas sábias é italiana; estractaba las *lecturas* de los sábios que entonces hacian resonar su voz en las aulas de esta universidad, y tal reputacion habia logrado, cuando apenas contaba diez y ocho años, que sus maestros no se desdeñaban de sustentar con él y por escrito delicadas cuestiones, y sus condiscípulos le consultaban con respeto.

En 1560 se graduó Fray Luis de Licenciado y doctor en teología, presidiendo uno de estos actos Fray Domingo de Soto: en el siguiente año ganó por cincuenta y tres votos la cátedra de Santo Tomás en oposicion con otros siete teólogos, cuatro de ellos catedráticos, y diez años despues obtenia los mismos triunfos en oposicion á la de Durando. Una concurrencia numerosa asistia constantemente á la cátedra de Fray Luis, y sus interesantísimas *lecturas* eran buscadas con celo, no solo en España, sino en toda Europa, entonces el V. Suarez y Fray Pedro de Aragon adquirieron el gusto y saber que brillan en sus obras, y la universidad daba un justo tributo á la estension de conocimientos del agustino, encargándole con el Dr. Miguel Francés la reduccion del calendario, despues de celebrado el último concilio general (4).

Antes que en la universidad Fray Luis de Leon habia esplicado en su convento, y observaba hasta con rigidez las reglas de su órden, en cuanto se lo permitian sus continuas enfermedades y constante estudio: aun puede decirse que era jóven cuando en un Capítulo celebrado en Dueñas levantaba enérgicamente su voz contra el decaimiento de la disciplina, y se asociaba con los que querian inspirar en España la austeridad de los celebrados monjes de la Tebaida. Con el estudiante Rapun que tenia por criado dedicaba algun tiempo á copiar *lecturas* de los principales catedráticos de la Universidad y maestros de las órdenes, y la Inquisicion se halló entre sus manuscritos curiosas disertaciones originales sobre muchos puntos teológicos (1).

Era ya muy grande la reputacion de Fray Luis para que no escitase la envidia de los muchos á que hacia sombra: entre sus compañeros habia quien le juzgaba *desenvuelto y atrevido* en sus esplicaciones, y se creia obligado á oirlas lo menos posible, y ¡triste es confesarlo! poco despues habrá un catedrático de esta universidad que le acuse de ser *muy afecto á cosas nuevas*; añadiendo «que esto es lo principal que se debe remediar,» y aun quien se niegue á estudiar sus doctrinas «porque no quiere saber novedades que quitan el sueño.» Pero no solo estos errores de la época (2) produjeron la persecucion de Fray Luis; fueron otras causas que hoy ya se conocen.

Las órdenes de Santo Domingo y San Gerónimo estaban en constante pugna con la de San Agustin: aparte de que las separaba su diversa solucion á algunas cuestiones teológicas, como se disputaban las cátedras de la universidad, interesando en el triunfo la gloria de todo el instituto, no podian olvidar que Fray Luis habia vencido como opositor en cuantas competencias hubiera con dominicos y gerónimos, y que como juez siempre habia salido á sostener el prestigio de los agustinos. Dominicos eran, y objeto á la par de aquellos triunfos de Fray Luis los catedráticos Leon de Castro y Bartolomé de Medina, promovedores de la persecucion que le amenazaba; dominicos y vencidos por él en ejercicios literarios fueron los que con mas acrimonia le dirigieron acusaciones. Tres son los principales acontecimientos de que tan ruines enemigos recogieron armas contra el catedrático de Durando.

Habia sustentado Fray Luis sobre la autoridad de la version Vulgata proposiciones interesantes por el claro talento é inmensa erudicion con que fueron defendidas, y escrito tambien sobre aquella: nada importaba que en un acto mayor los maestros de teología de esta universidad se hubieran visto obligados á sostener las mismas doctrinas, que consultadas con los principales españoles que asistieron al Concilio de Trento do las hubieran desaprobado, que hubiesen interesado en Roma y en Lovaina, que en Alcalá y Valladolid, en Madrid y Sevilla, en casi todos los establecimientos literarios del reino hubieran recibido general aceptacion; tanto brillo cegó á sus enemigos; obra de aquel ilustre agustino no podia ser buena, porque era amigo de los maestros Grajal y Martinez *afectos á cosas nuevas*, y sostenedores de doctrinas que entonces se calificaron de contrarias á la fé.

Por los años de 1561, á instancias de Doña Isabel Osorio, religiosa de Sancti-Spiritus de esta ciudad, hizo Fray Luis de Leon una version y breves comentarios en lengua castellana de los Cantares de Salomon, sirviéndose al efecto de la que habia hecho Benito Arias Montano y que le pidió cuando este pasaba por Salamanca (3). Pronto volvió el original á poder de Fray Luis segun convenido estaba; pero un fraile que cuidaba de su celda abrió secretamente el escritorio donde aquel se hallaba, tomó de él una copia, y cuando el autor quiso recoger las que de esta se hubieren hecho, le fué imposible: se habian estendido por las principales ciudades de España, existian ya en muchas universidades y conventos del estranjero, y habian llegado hasta

(1) Cesar Cantú, Historia universal.

(2) Nos referimos á la preciosa *Coleccion de documentos inéditos para la historia de España*, debida á la laboriosidad é ilustrada eleccion de los eruditos académicos de la historia D. Miguel Salvá y D. Pedro Sainz de Baranda. Madrid, tomos 10 y 11; al proceso contenido en estos dos tomos hemos acudido para recoger datos exactos sobre la prision y persecuciones que sufrió Fr. Luis.

(3) Así lo declaró el mismo Fr. Luis en la primera audiencia que le concedió el Señor Inquisidor Dr. Guijano de Mercado, en Valladolid, á 15 de abril de 1572; á pesar de esto le han creido natural de Granada el Licenciado D. Francisco Bermudez de Pedraza, *Antigüedades y Escelencias de Granada*, 1608; el Licenciado Luis Muñoz, *vida del Maestro Fr. Luis de Granada*, 1639; Fr. Tomas de Herrera, *Historia del convento de San Agustin de Salamanca*, Madrid 1652; y los Redactores del *Parnaso Español*, Madrid, 1771: siguiendo despues esta misma opinion Mr. Sismondi de Sismondi, Mr. Viardot y la mayoría de los que se han ocupado de esto; Fr. Manuel Vidal, *Agustinos de Salamanca*, Salamanca, 1751, dice que «fué natural de Madrid, segun se presume.. ó acaso de Belmonte.»

(4) Apenas Fr. Luis se apartaba de la escuela: en 1565 fué á Valladolid con el objeto de denunciar ante el Santo Oficio un libro que le parecia herético; en 1570 á Madrid para desempeñar una comision universitaria, y como de vuelta hallara que empezaba á desarrollarse el *tabardete* en Salamanca, se ausentó como otros muchos catedráticos y marchó á su pueblo: dos años que estuvo en Soria y Alcalá los dedicó al estudio, y esplicaba tambien en los conventos que su órden tuvo en estas ciudades.

(1) Entre ellas una que pronunció en la oposicion á la cátedra de Santo Tomás y las siguientes: sobre la venida del Mesias, sobre la diferencia de la gracia del Viejo y del Nuevo Testamento, sobre la satisfaccion que ha de seguir á la penitencia, sobre las promesas de la ley vieja, *de gratia et justificatione*, sobre los Cantares de Salomon, acerca de si la Virgen pecó alguna vez venialmente, probando que Nuestra Señora tenia mas gracia que todos los santos juntos, dos cuadernos sobre la Epístola á los Hebreos tomados de las esplicaciones del Maestro Cipriano, catedrático de Alcalá, una cuestion *de molo* tomada de la lectura de Fr. Ambrosio de Salazar, un sermon pronunciado en la fiesta de la universidad á S. Agustin, una lectura *de fide*, y un tratado *de ratione, auctoritate et interpretatione Sacræ Scripturæ*.

(2) Tanto era su afan por aprender, que no le permitió salir incólume de aquellos, y á la verdad solo por los errores de su época puede esplicarse que Fr. Luis perdiese el tiempo en aprender *Segillos astrológicos* con un estudiante y licenciado en cánones, llamado Poza; pero al poco tiempo de inaugurados sus trabajos, se desarrolló en Salamanca la enfermedad de *puntos*, el estudiante huyó á Avila, y su célebre discípulo quemó el libro de que se servian.

(3) Hemos adquirido datos que nos confirman en la opinion de que supieron apreciarse mútuamente estos dos genios igualmente envidiados y perseguidos: la Inquisicion halló entre los papeles de Fr. Luis la esposicion ya dicha de los cantares de Salomon, que desde su monasterio de S. Marcos de Leon le envió Montano, y cartas y versos latinos del mismo; de Arias Montano se sirvió tambien Fr. Luis para consultar con los doctores de Lovaina sus lecciones acerca de la edicion Vulgata.

las ciudades de Cuzco, Quito y de los Reyes en el nuevo mundo. Nadie habia tachado la traduccion; antes bien habia sido justamente apreciada en España y fuera de ella: solo sus enfermedades impidieron á Fray Luis dar una edicion latina que oscureciese la memoria de la version castellana; pero era hecho consumado, y el Santo Oficio tenia prohibido que se publicáran en lengua vulgar los libros de las Sagradas Escrituras.

Por último, tratábase de imprimir la Esposicion de Vatablo sobre la Biblia, y el Santo Oficio queria que la calificase antes la Universidad de Salamanca: en el Hospital de las Escuelas, en casa del Decano Maestro Francisco Sancho, en reuniones privadas y hasta casuales tuvieron acaloradas disputas los Catedráticos de Teología; viéronse frente á frente los que figuraban como innovadores y sus adversarios, y por desgracia saciaron sus enemistades personales; «voceaban y no nos entendiamos,» dice el mismo Fray Luis, «y vióse en aquella ocasion á los graves teólogos de esta Universidad dirigirse repugnantes insultos (1). Con esto, y con haber contribuido el catedrático de Durando á que el Consejo prohibiese una obra del maestro Leon de Castro en cuya impresion habia gastado mucho, ¿no se esplica que al poco tiempo dirigieran inculpaciones mil, infundadas y hasta contradictorias, al que segun confesion de Gaspar de Portonariis (impresor), habia trabajado mas en la enmienda de la Biblia de Vatablo? Fray Luis de Leon habia aumentado su reputacion científica y literaria, y con razon decia: «porque sé que los padres sobredichos (dominicos) y otros no me »quieren bien, y cuanto crece la aficion pública de la escuela para »conmigo, tanto debe ser mayor su mala aficion.»

El maestro Fray Bartolomé de Medina habia prometido vengarse: sábese efectivamente que reunió estudiantes en su celda y recogió sus juramentos y firmas contra la reputacion de Fray Luis; y como el Santo Oficio era intolerante en materias teológicas, como perseguia con rigor todo lo que pudiera lastimar en lo mas mínimo al catolicismo tal como el monarca y los inquisidores de entonces lo entendian, nuestro agustino fué detenido en la posada del inquisidor que habia sido enviado á esta ciudad; en 26 de marzo de 1572 se despachó contra él mandamiento de prision con secuestro de bienes, y en el 27 estaba ya preso en las cárceles secretas de la Inquisicion de Valladolid, donde hacia algunos dias que habitaban otros catedráticos y amigos suyos (2).

«Es cosa ordinaria, decia Leon, que viendo á uno preso por este »Santo Oficio, decir el vulgo mil cosas sin piés ni cabeza,» en las universidades y conventos, en Salamanca y Valladolid, en Toledo y Cartagena, hasta en nuestras posesiones americanas se recogen deposiciones contra el virtuoso agustino. No hay heregía de que sus enemigos no le crean prosélito, sin reparar que Fray Luis puede contestar á todo con sus escritos, ó mejor con su conducta; y es sumamente instructivo recorrer las minuciosidades á que descienden, las ridiculeces á que dan importancia, porque revelan el espíritu de la época y las ideas que dominaban en el tribunal que entonces era, si no la cabeza, el brazo derecho del monarca español (3).

Parecia que la Inquisicion recordaba en el agustino de Salamanca al de Witemberg, y de seguro no olvidaba que en el siglo anterior Pedro de Osma habia defendido públicamente y en las mismas aulas doctrinas protestantes. El fiscal declara que habia incurrido en la pena de escomunion mayor el traductor de los *Cantares de Salomon*, y pide que sea puesto en el tormento: hasta el 7 de diciembre de 1576 no es absuelto, á pesar de que todo arguye en su favor, y admira la multitud de escritos de su propia letra (1) que presentó para su defensa, escritos en su mayor número muy instructivos, porque contienen cuestiones teológicas ventiladas con suma erudicion. Fray Luis enfermó en la prision, y enternecen, á la par que irritan, las vivas descripciones que hace á los jueces de lo aflictivo de su posicion, y las quejas que les dirige de la arbitrariedad con que procedian (2).

(Continuará.)

(1) El dominico Juan Gallo amenazó á otro catedrático en una de las juntas con cortarle las uñas hasta hacerle correr sangre; y cuando Fr. Luis dijo al Maestro Leon de Castro que le habia de hacer quemar el libro que imprimia, le contestó el autor que primero prenderia en sus orejas y linaje; despues fueron necesarios los ruegos de dos comisionados al efecto para que Fr. Luis de Leon volviese á las juntas. Esta division de ánimos databa desde el concilio provincial que se celebró en Salamanca despues del Tridentino (años 1565 y 1566), cumpliendo con un decreto de este.

(2) Entre los primeros objetos que desde su prision pidió Fr. Luis de Leon figuran: «una imagen de nuestra Señora ó un Crucifijo de pincel, las quincuagenas de San »Agustin, el tomo de sus obras donde estan los libros de doctrina cristiana, un »San Bernardo, un Fr. Luis de Granada, *de oracion*, unas disciplinas etc. y suplico á »sus mercedes, añade, sean servidos dar licencia para que se diga al dicho padre »prior que avise á Ana de Espinosa, monja en el monasterio de Madrigal, que envie »una caja de unos polvos que ella solia hacer y enviarme para mis melancolías y pasio»nes de corazon, que ella sola los sabe hacer, y nunca tuve dellos mas necesidad »que agora, y sobre todo que me encomiende á Dios sin cansarse.» Pidió tambien un cuchillo, y decia «que por la misericordia de Dios, seguramente se me pueda dar; »que jamas deseé la vida y las fuerzas tanto como agora, para pasar hasta el fin con »esta merced que Dios me ha hecho.»

(3) De la camara de la Inquisicion de Cuenca y Sigüenza fueron remitidos á la de Valladolid muchos documentos que esta agregó al proceso, reducidos á probar que varios ascendientes de Fr. Luis fueron encausados por judios, y contienen las pruebas mas minuciosas de que su cuarto abuelo habia leido libros hebreos, gesticulaba como los judios, comia en los sábados carne degollada y guisada por judios en la tarde del viernes, *faciendo su adafaina* como la hacian los judios y probando las mellas del cuchillo, no comia tocino etc.; por esto el Santo Oficio habia ordenado de desenterrar sus huesos y quemarlos públicamente en Cuenca. Algunos estudiantes dijeron del catedrático de Durando que cuando esplicaba alguna materia peligrosa, lo hacia aprisa, y si ellos pateaban para que la repitiese, contestaba que el Consejo les prohibia dictar. Hubo quien declaró que siempre decia misa de *requiem* y nunca se le entendia «porque hablaba tu tu tu y acababa presto;» y algunos dijeron que estando en un convite con otros Maestros, uno de ellos pidió vino y él contestó «que sea venido forzosamente lo hemos de creer y nos compelen á ello, aunque hasta duda hay.»

LA CAMA DE MATRIMONIO.

¿Adónde va el carpintero
Con tanta madera al hombro?
—Tengo que hacer un tablado
de cama de matrimonio.
—¿Quién se casa?—Florentina.
—Tú eres entonces el novio.
Mil enhorabuenas, Pedro.
—Mil gracias, amigo Alfonso.

—

¿Cómo te has hecho ese traje?
Madre mia, no sé cómo.
Feo salió para boda;
Para mortaja es el propio.
—Rásgale, niña, ó deshazle.
—No, madre, ya no le toco.
Mala me siento hace dias:
Puede que me sirva pronto.

—

¿Qué trabajas, Pedro amigo,
Tan afanado y lloroso?
—Labro una cama sin piés;
La postrera que usan todos.
—¿Quién ha muerto?—Florentina.
Por ella trabajo y lloro.
En ataud se ha trocado
La cama de matrimonio.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

CUESTIONES ANAGRAMATICAS

DE GEOGRAFÍA É HISTORIA.

Hallar en:

JRZNAAEU.—Una poblacion de España.
ENENGOCIS.—Un rey de los vándalos.
RFGXJ-OEO.—El fundador de la secta de los Goákeros.
VCILORSA.—Un monarca español.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

El genio poético no reconoce escuela.

(1) Puede recorrerse todo el proceso, y son muy pocos los escritos que se hallarán de letra de su abogado Ortiz de Funes; las fechas de estos generalmente coinciden con las enfermedades del preso.

(2) En una ocasion que ya le tenian muy debilitado las calenturas, dice una nota del proceso que se quejó de que «no le tuviesen en la cárcel quien le cure, sino »un muchachico que está allí preso, que es simple y para habelle de despertar pa»dece trabajo con él, que ha venido dia de quedarse desmayado de hambre por no »tener quien le dé comida, y suplica le den un fraile de su órden para que le sirva, »sino quieren permitir que muera entre cuatro paredes solo, y siquiera para que si se »muere le ayude á bien morir.» En un escrito decia el mismo preso: «porque la »prision que tantos dias he padecido y padezco, y los trabajos que he pasado en ella, »por el desacomodo en muchas cosas que he tenido y por mi natural flaqueza y en»fermedad, ha sido un tormento tan largo, y tan duro, y tan cruel, que bastará para »purgar todas las sospechas del mundo por mas fundadas que fueran;» y en otro: «agora todo se me hace dudoso y así lo declaro.... y yo tengo flaca memoria y des»pues que estoy en la cárcel he perdido gran parte de ella.» Así era la verdad: con frecuencia no recuerda las fechas, y olvida hasta la de su prision; pero no «el daño »que por razon de las dichas prisiones (aludia entre otras á la suya) ha resultado á »la Universidad que es la luz de España y de la cristiandad. Dios perdone, añadia, »á los que por sus particulares pasiones han hecho tan general daño y tan sin causa, »porque las naciones hereges dirán que toda aquella facultad de Teología es luterana.»

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra



IGLESIA DE LOS TEMPLARIOS EN EL VALLE DE BAREJES (PIRINEOS).

FRAY LUIS DE LEON.

(*Conclusion.*)

De este triste período de la vida de Leon son las primeras *poesías* que le conocemos, y en la cárcel escribió tambien los *Nombres de Cristo* y la preciosita obra titulada *in Psalmum vigesimun sextum Explanatio*. Desconsolador es en verdad que á los desastres, á las persecuciones y á las cárceles, deba la humanidad tan importantes elementos para su desarrollo: en la misma época, entre el torbellino de las batallas que matan todo sentimiento tierno, y del choque de las lanzas y de los escudos, salieron chispas de inspiracion para Jorge Manrique y Boscan, Mendoza y Garcilaso, Lope de Vega, Ercilla y Cervantes. Y no aparezca imposible que se desarrollase el genio tan comprimido entonces bajo el enorme peso del Santo Oficio: ya dijimos que solo era inexorable en materias teológicas, y pocos sabios que las trataron se librarian de su terrible poder. Mas por lo mismo el inofensivo campo de la poesía estaba libre para todos, y como dice un moderno historiador (1), complacia al monarca é inquisidores «que los poetas se entretuvieran en cantar los amores tiernos de los pastores y los dulces desdenes de las esquivas zagalas. No pudiendo España producir filósofos, se indemnizó en producir abundancia de poetas. El Parnaso era el campo mas libre, y refugiándose á él las inteligencias independientes de los españoles, hicieron de la poesía una especie de soberano de la literatura.»

Luego que Leon obtuvo su libertad, merced acaso á la influencia del gran protector de los agustinos, cardenal Quiroga, arzobispo de Toledo é Inquisidor general (2), dícese que de Salamanca salieron á recibirle en triunfo las personas mas distinguidas, y en Claustro pleno fué admitido á su cátedra y á todos los honores, á pesar de que insistiera en renunciarlos; entonces tambien la universidad agradecida le señaló una pension por esplicar públicamente Sagrada Escritura, y en el primer dia lectivo, ante la numerosa concurrencia que ansiaba oir su voz y admirar su saber, pronunció el tan celebrado como espresivo: *dicebamus hesterna die.*

Desde entonces Fray Luis de Leon pareció dedicarse con mas interés á continuar algunos y emprender los mas de sus inmortales escritos, y hubo de ceder, siquiera fuese con violencia, á las reconvenciones que le dirigió su Provincial, mandándole imprimir sus obras. En 1580 dedicaba al Eminentísimo cardenal Quiroga la *Esposicion del salmo XXVI*, que habia hecho en la prision, y al príncipe Alberto, archiduque de Austria y cardenal de la Santa Iglesia Romana, sus *Comentarios* en latin *á los Cantares de Salomon*, mas estensos que los que habia escrito en castellano, y en 1583 publicaba sus apreciadas obras, los *Nombres de Cristo* y la *Perfecta casada*, tan combatidas por los émulos de su siglo.

Al poco tiempo pasó Fray Luis á Madrid, y el Consejo Real le encargó la difícil cuanto honrosa obra de corregir los escritos de Santa Teresa, que ya tan corrompidos estaban, y la desempeñó con todo el acierto que prometian sus celebradas dotes, publicándolos en 1587 con un elegante y erudito prefacio. «El trabajo que he puesto en ellos, dice, no ha sido pequeño, porque no solamente he trabajado en verlos y examinarlos, que es lo que el Consejo me mandó, sino en cotejarlos con los originales mismos que estuvieron en mi poder muchos dias.» La comision no pudo ser mas oportuna: otro que el autor de los *Nombres de Cristo* difícilmente hubiera entonces comprendido el ascetismo de aquella mujer admirable, para quien el amor es la virtud que todo lo allana, que llora con los que lloran, hinche su corazon de gozo contemplando la faz de Dios, y ora con todos y por todos. «Seguidla, seguidla, decia Fray Luis de Leon, el Espíritu Santo habla por su boca.» Ni pudiéramos hallar testimonio mas recomendable de las bellas dotes literarias de la mujer mas grande de su siglo, que el que con su habitual sencillez nos dejó Fr. Luis en el prefacio citado: «si no la ví, dice, mientras estuvo en tierra, ahora la veo en sus libros y hijas... y en la forma de decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia

(1) D. Modesto Lafuente. Historia general de España, discurso preliminar.
(2) Vidal (ya citado). T. I, libro III, c. 12, pág. 378.

»desafectada que deleita en estremo, dudo que haya en nuestra len»gua escritura que con ella se iguale.»

La hermana de Felipe II encargó al corrector de las obras de santa Teresa que escribiese la biogr fia de aquella Santa, «persuadida, como »dijo Fr. Diego de Yepes, de que ninguno habia entonces en España »que mejor pudiera satisfacer á este argumento y á su deseo;» pero le sorprendió la muerte cuando apenas habia empezado. Tambien el segundo duque de Feria, D. José Gomez Suarez de Figueroa y Córdova, le habia pedido que escribiese un *tratado de las obligaciones de los Estados*, encargo que por la misma causa no pudo desempeñar.

Estando en Madrid tuvo ocasion de conocer Fr. Luis de Leon á la celebrada Madre Ana de Jesús, y á sus instancias escribió la *vida del Santo Job:* quizás por entonces habia ya escrito la *Esposicion* de su libro en nuestro idioma.

Es notorio en los anales de la órden de San Agustin la parte activa que tuvo el catedrático de Escritura en la reforma de los monasterios portugueses de su órden, la lucidez con que redactó unas *Constituciones* para los religiosos recoletos de San Agustin, por comision del capítulo celebrado en Toledo en 1588, y que siempre procuró el brillo de su convento en Salamanca.

En 1589 publicó Leon el primer tomo de la coleccion completa que pensaba dar de sus obras espositivas, y en él figuran con otras que ya conocemos: *in Abdiam Prophetam Explanatio* é *in Epistolam Pauli ad Galatas Explanatio;* en el año siguiente dió á la prensa el lindísimo escrito *de utriusque Agni typici atque veri immolationis legitimo tempore*, tan conocido hasta en el estranjero.

Sabemos por el Licenciado Luis Muñoz (1), con referencia á una carta dirigida por nuestro agustino á su amigo Arias Montano, que en este tiempo se dedicaba á leer las obras del inmortal Fr. Luis de Granada, en la isleta que hacia el Tormes junto á una casa de campo, propiedad de su convento (2), confesando el mismo Leon que habia aprendido mas de su lectura, que de cuanta Teología escolástica estudiara, y asegurando que en adelante serian su principal estudio. Si algo pudiera aumentar la gloria del orador mas elocuente del siglo XVI, del que con mas dignidad y alteza ha hablado de la Divinidad, serian sin duda aquellas palabras.

En 1591 era ya Fr. Luis de Leon vicario general de la provincia de Castilla, y justo premio de su celo por la pureza de la disciplina monástica fué que le nombráran Provincial en el Capítulo de 14 de agosto del mismo año, celebrado en Madrigal; pero á los nueve dias murió en el convento de la misma villa, siendo de 64 años de edad. La universidad de Salamanca perdió una de sus mas brillantes glorias, la disciplina monástica al entusiasta defensor de su primitiva pureza, la iglesia un mártir mas de su fé, y el siglo de oro de nuestra literatura uno de los grandes génios que inmortalizarán aquel renombre.

El cuerpo del Provincial agustino fué trasladado á su convento de esta ciudad, y depositado en un ángulo del claustro, que llamaban *de los Santos* por los eminentes hombres que allí tenian sus sepulcros, delante del altar de Nuestra Señora del Pópulo, y bajo una inscripcion latina que, ya deteriorada en época no muy lejana, fué sustituida por otra mas estensa (3). Este sepulcro ha sido destruido ya: los restos del inmortal cantor de la *vida del campo* estarán confundidos entre las ruinas de su monasterio, ó habrán sido esparcidos al viento al golpe de azadon de ignorante picapedrero. Triste es en verdad para el que siente latir su corazon al recuerdo de las glorias nacionales, que aun no haya podido tributar nuestro siglo al autor de la *Profecía del Tajo* todo lo que de grande, todo lo que de tierno y afectuoso tiene el universal sentimiento de la inmortalidad del alma humana. Si aun hay probabilidades de hallar tan rico tesoro, gloria seria para cualquiera de las autoridades constituidas poder anunciar al mundo científico y literario que en este nuestro siglo tachado de positivismo y de cálculo, aun habia quien poseyera esos sentimientos delicados que algunos seres parecen condenados á no comprender, pero con que han sido ricamente dotados los génios de todos tiempos y paises.

Gran número de los escritos de Fray Luis de Leon aun permanecen inéditos (1), muchos perecieron en el incendio que en 1744 devoró parte de su convento, y no pocos figurarán bajo otro nombre que el de su autor. Ya en su tiempo, dice á don Pedro Portocarrero, atribuyeron sus poesías á otra persona religiosa, que, siendo por esto maltratada de la opinion, hubo de rogarle que las publicase bajo su nombre; quiso hacerlo, pero confesaba que vencia con ello un gusto suyo particular, inspirado sin duda por su humildad evangélica, y aun escrita la dedicatoria, no vieron entonces la luz pública.

Notoria es la superioridad con que Leon trató toda clase de cuestiones; repetidas ediciones se han hecho de sus escritos en latin teológicos y lengüísticos (2), y no pocas existen de las obras morales ó filosóficas que publicó en el idioma nativo (3). Prescindiendo de la mucha filosofía, sublimes pensamientos y profundos racioninios que estas contienen, todas abundan, y *los Nombres de Cristo* con especialidad, en trozos verdaderamente oratorios. Dos escritores de aquel siglo adquirieron en la elocuencia renombre inmortal, Fr. Luis de Granada y Fr. Luis de Leon, que se conocen con la denominacion fraternal de *los dos Luises*; creen algunos que no es fácil decidir cual de los dos ganó la palma de la elocuencia sagrada; pero en medio de nuestro entusiasmo por el lírico español no dudamos concedérsela á Granada: su elocuencia es mas fácil y abundante, hay mas grandiosidad en sus imágenes, y la armonía y cadencia que con tanto afan buscaba Leon, son naturales en él; en cambio el vate de Belmonte es mas original; sus períodos mas rotundos, y su lenguaje grave y subido, con un sabor de antigüedad lleno de majestad y grandeza; nunca se vió la lengua castellana manejada con tan admirable perfeccion.

Sin duda que Leon fué el escritor del siglo XVI que mas esplendor dió á nuestro idioma: él mismo nos describe la constancia con que trabajó, el arrojo que necesitó para arrostrar la envidia de muchos y avergonzar la ignorancia de algunos contemporáneos suyos, y los progresos que el arte hiciera bajo su pluma. «Dicen que no hablo en »romance, se lee en la introduccion al libro III de los Nombres de »Cristo, porque no habló desatadamente y sin órden, y porque pon»go en las palabras concierto, y las escojo, y les doy su lugar; por»que piensan que hablar romance es hablar como se habla en el »vulgo, y no conocen que el bien hablar no es comun, sino ne»gocio de particular juicio, ansi en lo que se dice, como en la ma»nera como se dice, y negocio que de las palabras que todos ha»blan elige las que convienen, y mira el sonido de ellas, y aun »cuenta á veces las letras, y las pesa, y las mide, y las compone, para »que no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino »tambien con armonía y dulzura... Y si acaso dijeren que es novedad, »yo confieso que es nuevo y camino no usado por los que escriben en »esta lengua poner en ella número, levantándola del descaimiento or»dinario. El cual camino quise yo abrir, no por la presuncion que tengo »de mí, que sé bien la pequeñez de mis fuerzas, sino para que los que »las tienen se animen á tratar de aquí adelante su lengua como los sábios »y elocuentes pasados, cuyas obras por tantos siglos viven, trataron

(1) Vida y virtudes del maestro Fray Luis de Granada, lib. 3, c. 9, p. 508. citado por D. Gregorio Mayans y Siscar en su biografía de Fray Luis de Leon.

(2) En la introduccion al libro II de los nombres de Cristo la describe Fray Luis de Leon. Figura que tres amigos suyos y de su órden, dos de ellos hombres de grandes letras é ingenio, y á quienes da á conocer con los pseudónimos de Sabino, Marcelo y Juliano, tuvieron entre sí unos razonamientos acerca de los nombres con que Jesucristo es llamado en la Escritura, y los coloca en dicha granja; dice en el lugar citado: «porque fué así, que los tres, después de haber comido, y habiendo »tomado un pequeño reposo, ya que la fuerza del calor comenzaba á caer, saliendo »de la granja, y llegados al rio, que acerca de ella corria, en un barco, confor»mándose con el parecer de Sabino, se pasaron al soto que se hacia en medio del, »en una como isleta pequeña que apegada á la presa de unas acebas se descubria. »Era el soto aunque pequeño espeso y muy apacible, y en aquella sazon estaba muy »lleno de hoja, y entre las ramas que la tierra de suyo criaba, tenia tambien algu»nos árboles puestos por industria, y dividiale como en dos partes un no pequeño »arroyo que hacia el agua que por entre las piedras de la presa se hurtaba del rio, »y corria casi toda junta. Pues entrados en el Marcelo y sus compañeros y metidos »en lo mas espeso del y mas guardado de los rayos del sol, junto á un álamo alto »que estaba casi en el medio, teniéndole á las espaldas, y delante los ojos la otra »parte del soto, en la sombra y sobre la yerba verde, y casi juntando al agua los »pies se sentaron. Adonde diciendo entre sí del sol de aquel dia que aun se hacia »sentir, y de la frescura de aquel lugar que era mucha, y alabando á Sabino su buen consejo.» etc. Cualquiera que haya visitado la aceña inmediata á Salamanca, llamada la *Flecha*, verá descrito en aquellas palabras el pintoresco soto que está bajo su pesquera, y que aun ahora vemos convertido en isleta, á pesar de haber variado algo el cauce del rio.

(3) Véanse estas inscripciones al fin de la biografía.

(1) Ademas de los que pueden verse en la nota 3.ª de esta biografía hemos visto citados como escritos en prosa, varios tratados ó lecturas teológicas, la mayor parte espositivas, de que hablan Fr. Pedro de Aragon y otros discípulos del catedrático de Escritura, una oracion fúnebre pronunciada en las exequias que la Universidad hizo al célebre Fr. Domingo de Soto, otra en elogio de San Agustin, otra pronunciada en el Capítulo provincial de 1537, *commentarium super Apocalypsim*, y un tratado de *triplice conjunctione fidelium cum Christo*. Hablase tambien de un escrito con el título del *Perfecto predicador*, y de algun tratado *de los hechos y paciencia del Santo Job*. De las poesías de Leon sabese que existen algunas en la biblioteca magliabechc de M. S. en Florencia, y muchas, la mayor parte sobre asuntos místicos y sagrados, en la de San Felipe el Real de Madrid: andaban esparcidas entre varios códices, unas bajo el nombre de Leon, y sin él otras, y las recogió, ordenó y anotó Fr. Francisco Mendez, de la órden de San Agustin; de esta coleccion son las publicadas por los redactores del Parnaso español. Madrid 1774.

(2) *In Psalmum XXVI*, Salamanca 1580, 1582, 1589.—*In cantica canticorum Salomonis*. Salamanca 1580, 1582, 1589, Venecia 1604.—*Constitutiones fratrum ordinis ezalceatorum* 1588.—*In Abdiam Prophetam*. Salamanca 1589.—*In epistolam Pauli ad Galatas*. Salamanca 1589.—*De utriusque Agni typici atque veri immolationis legitimo tempore*. Salamanca, 1590, 1611, Madrid 1604; traducido al francés por el P. Daniel, 1695. En 1592 el convento de San Agustin de Salamanca dispuso que se fueran imprimiendo las obras inéditas del Maestro Leon, y en el siguiente año repitió la misma disposicion; no hemos visto que tan laudables deseos se realizaran entonces.

(3) La *Perfecta casada*. Salamanca 1583, 1586, 1587, 1603, traducida al italiano por el caballero religioso Julio Zanchini da Castiglioncho, Venecia 1595. Nápoles 1598.—Los *Nombres de Cristo*. Salamanca 1583, 1585, 1587, 1595, 1603. Barcelona, 1583, traducidos al italiano, Venecia, 1595.—*Traduccion y comentarios de los cantares de Salomon*. Salamanca 1798.—*Esposicion del libro de Job*, publicada tambien á fines del último siglo.—Sabemos que tambien ha visto la luz pública una *Apología donde se demuestra la utilidad que se sigue á la Iglesia de que los obras de Santa Teresa de Jesus y otras semejantes anden impresas en lengua vulgar*.

«las suyas, y para que la igualen en esta parte que le falta con las »lenguas mejores, á las cuales, segun mi juicio, vence ella en otras mu»chas virtudes.» Acaso este buen deseo, que tanto contribuyó á probar la riqueza de nuestra lengua, fué exagerado en Leon: por esto con frecuencia se resienten sus períodos de demasiado estudio y violencia en la colocacion, pero nunca pierde su estilo el carácter general de apacible dulzura, su diccion es siempre animada, limpia y armoniosa.

Erudito es Leon y gran conocedor de las lenguas sábias en su *traduccion y comentarios de los Cantares de Salomon*: esplica con evangélica piedad el amor divino, y describe con rasgos casi imperceptibles, pero siempre tiernos, la mas grande de las afecciones humanas: consulta las traducciones griegas y latinas, y se afana con fruto por hallar en nuestra lengua figuras y modismos hebraicos, porque «á »la verdad responde con la hebrea en muchas cosas.» El objeto de Leon en este escrito no fué esplicar, como habian ya hecho otros, la idea mística que envuelve el idilio mas tierno de todos los idiomas, sino «declarar la corteza de la letra asi llanamente... declarar el sonido della »y aquello en que está la fuerza de la comparacion y del requiebro.»

Hemos estudiado á Fray Luis de Leon como prosista, y vamos á admirarle como poeta; porque si merecidos elogios se tributan al autor de los *Nombres de Cristo*, mas dignos serán para el que osó dar á la poesía un carácter no conocido hasta su tiempo, con unas «*obrecillas »que entre las ocupaciones de sus estudios, en su mocedad y casi en »su niñez, se le cayeron como de entre las manos.*» (1)

Las traducciones de Leon forman la segunda y mas estensa parte de sus poesías, y en ellas se propuso «mostrar que nuestra lengua recibe »bien todo lo que se le encomienda, y que no es dura, ni pobre, como algunos dicen, sino de cera y abundante para los que la saben tratar.» Mucho de su gran mérito debió Leon á sus traducciones bíblicas: Job en su libro el mas sublime de poesía filosófica, el Rey Profeta en sus Salmos, raudal inmenso de poesía, y el discípulo de Natan, que en los Proverbios habia cantado *al que tuvo el viento entre las manos, al que recogió las aguas con su manto y levantó los límites de la tierra*, le hicieron gustar aquella grandiosa sencillez, aquel perfume de antigüedad lleno de majestad y dulzura, que hacia su mayor deleite, y que le señala entre todos los hablistas castellanos. Píndaro y Teócrito, el melancólico Tíbulo, el elegante Virgilio y sobre todos el culto Horacio fueron objeto de su constante estudio: así que entre no pocos hebraismos brillan mas sus poesías por las gratas reminiscencias del cantor de Mántua y del inmortal preceptor de los Pisones. «Luis de Leon, lleno de »Horacio, á quien constantemente estudiaba, dice el señor Quintana, »tomó de él la marcha, el entusiasmo y el fuego de la oda:» de él aprendió su elegante finura, su delicada gracia, la flexibilidad de su talento y la pureza de su gusto, y desterrando el epicureismo del tímido soldado de Filipos, vistió con el trage español á sus personajes, les atribuyó las ideas de su siglo, y pareció colocarlos ante los mismos lugares que le inspiraron. Tambien la bella Italia ofreció entonces á los genios españoles modelos que imitar; por eso la Italia de Leon X nos recuerda la Italia de Augusto: Fray Luis de Leon no podia permanecer indiferente ante aquellos renacientes génios, que daban vida y vigor á la mas clásica antigüedad tan grata para él, y Petrarca, y Juan de la Casa, y el cardenal Bembo le ofrecieron bellezas que imitar ó traducir; pero esta segunda vez como la primera nuestra poesía tomó pronto un carácter nacional.

El génio de Leon era esencialmente lírico, y su carácter y su profesion le hicieron preferir el género moral al heróico; su inspiracion como su vida esencialmente religiosa, el misterio le exalta y la soledad es su elemento espansivo: todas sus odas respiran una santa certidumbre de la vanidad de las cosas humanas, y el hijo de la religion que compadece al malvado y eleva al humilde, se recrea en contemplaciones morales, ó arrobado en dulce éstasis prorumpe en tiernas espansiones. Si pinta la naturaleza, al frente de los tranquilos goces de la vida pastoril, traza con vivos colores las venenosas borrascas del mundo; si habla de avaricia, pregunta:

«¿Qué vale el no tocado
Tesoro, si corrompe el dulce sueño?
¿Si estrecha el ñudo dado?
¿Si mas enturbia el ceño,
Y deja en la riqueza pobre al dueño?...
¿Qué vale cuanto veo,
Do nace, y do se pone el sol luciente,
Lo que el Indo posee,
Lo que da el claro Oriente,
Con todo lo que afana la vil gente?»

Su alma sencilla no podia dudar del triunfo de la virtud, y dice á Portocarrero:

«No pudo ser vencida,
Ni lo será jamás, ni la llaneza,
Ni la inocente vida,
Ni la fé sin error, ni la pureza,
Por mas que la fiereza
Del tigre ciña un lado,
Y el otro el basilisco emponzoñado.»

Pero sentimientos tan bellos peligran siempre en esta vida, y el preso de Valladolid esclama:

«Dichoso el que jamás ni ley, ni fuero,
Ni el alto tribunal, ni las ciudades,
Ni conoció del mundo el trato fiero,
Que por las inocentes soledades
Recoge el pobre cuerpo en vil cabaña,
Y el ánimo enriquece con verdades.»

Justifica la inquietud anhelante del que ama:

«No sufre larga ausencia,
No sufre, no, el amor que es verdadero.
La muerte y su inclemencia
Tiene por muy ligero
Médio, por ver al dulce compañero.»

Mas si le hablais de una pasion mundana, podrá en un momento decir á *una desdeñosa*:

«Mirad que ninguna cosa
Hay que á amor no esté sujeta.
El amor gobierna el cielo,
Con ley dulce eternamente.
¿Y quereis vos ser valiente
Contra él? Acá en el suelo
Da movimiento y viveza
A la belleza
El amor, y es dulce vida,
Y la suerte mas valida
Sin él es pobre tristeza.»

Pero su idea constante es:

«Quien de dos claros ojos
Y de un cabello de oro se enamora,
Compra con mil enojos
Una menguada hora,
Un gozo breve que sin fin se llora.»

La vida del campo, el retiro del monje, la tranquilidad del creyente son su ideal belleza:

«¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!»

Poeta de la religion, con un sentimiento esquisito de la armonía, reviste la razon humana con las brillantes galas de su genio, y todos sus versos revelan aquella tierna alma, nacida para las inspiraciones místicas. Ninguu español poseyó combinacion tan feliz de elegancia y sensibilidad; parece oirse la dulce armonía de los ángeles cuando la inspiracion celestial orna su frente y da curso al fuego que le anima; la ilusion es á sus ojos completa, si impelido por el calor del entusiasmo, con todo el arrojo que puede consentirse en un poeta lírico, quebranta en la apariencia las reglas, porque no es el arte quien le enseña, es el genio que le inspira.

Siguiendo Leon distinta senda que Herrera, es mas original é independiente, y educado con el estudio de los clásicos y de la poesía

(1) Solo se habia publicado la traduccion del *Miserere* seguida de una cancion á Cristo crucificado, Madrid 1648, reimpresa en 1727, y en Valencia, 1757, cuando D. Francisco de Quevedo y Villegas dió á luz por primera vez (Madrid, 1631) la coleccion de poesías de Fr. Luis de Leon, hallada en la biblioteca de D. Manuel Sarmiento de Mendoza, canónigo magistral de Sevilla. Sabemos de las siguientes ediciones. Milan, 1631, por mandado de D. José Gomez Suarez de Figueroa y Córdova, segundo duque de Feria.—Valencia, 1761 y 1785, y en el tomo 10 de la coleccion de D. Ramon Fernandez 1808. El P. Fr. Bautista Lisaca de Maza, á continuacion de los *Grados de amor de Dios*, Huesca, 1633, publicó el *Estímulo del Divino amor* que se cree de Leon, y Rengifo en su *arte poética*, pero sin nombre de autor. En el Parnaso español, Madrid, 1771, se publicaron algunas poesías inéditas escogidas de entre las muchas que habia en la biblioteca de San Felipe el Real de Madrid. El Tesoro del Parnaso español del señor Quintana y la coleccion de Bandri han dado á conocer á los literatos estranjeros las poesías selectas del agustino de Salamanca.

hebráica, despreció la afectada elegancia, distintivo de los imitadores de la toscana, y adoptó generalmente la *lira*, estrofa de cinco versos, de que tan gracioso modelo nos dejó Garcilaso en su *Flor de Gnido*. Su versificacion es casi siempre abundante, graciosa y dulce; no carece sin embargo de prosaismos; pero el descuido es de pocos momentos; y cuando desprecia la belleza de la forma, resaltan mas la fuerza y valentía de sus pensamientos; merced á esto, se le perdonan deslices que en otro serian severamente condenados. Fué tan constante en perfeccionar la cadencia de sus versos, que la hizo *imitativa:* en su célebre *Profecía del Tajo* ve la invasion de los árabes, y grita con precipitacion al rey D. Rodrigo, embelesado en los brazos de la Caba:

«Acude, acorre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano»...

«No solo es de notar, como dice bien el señor Martinez de la Rosa (1), la supresion de conjunciones que aumentan la celeridad de



(Estátua romana de Arce Miraperez.—Pág. 414.)

»los versos y el ímpetu con que se agolpan las ideas, sino la artificiosa colocacion de acentos y de pausas para llevar hasta lo sumo la »velocidad... Este ejemplo prueba lo que pudiera hacerse con nuestra »lengua esmerándose con la versificacion.» Leon trasladó al verso castellano todo el estudio que Horacio habia hecho en el *yámbico* puro, combinando cuidadosamente sílabas breves y largas, y haciendo suave el tránsito de una palabra á otra.

El principal mérito que todos reconocen en Leon es la facilidad con que concibe los pensamientos mas profundos, y la sencillez con que espresa las ideas mas grandes, las imágenes mas atrevidas. «¡Cuántas hipérboles y exageraciones, dice el autor de la Poética (2), »cuántos versos y figuras no hubiera malgastado un poeta comun para »espresar lo numeroso de la escuadra africana y la muchedumbre de »moros que vino á la conquista de España! Pues Fray Luis de Leon »solo emplea siete ú ocho palabras simples para presentar ambas ideas »de la manera mas grande que puede concebirlas la imaginacion humana:

«Cubre la gente el suelo,
Debajo de las velas desparece
La mar.». . . . . .

Muchos son los rasgos semejantes á este que adornan las obras poéticas del Maestro Leon; pero ninguna de ellas en verdad encierra tantas imágenes grandes, tantos pensamientos sublimes y espresados con tan singular belleza, como la oda que dedicó á Felipe Ruiz: pocas composiciones habrá que puedan comparársele en elevacion y sencillez.

Entre las odas morales, género predilecto de Leon, descuella la imitacion de Horacio, que le inspiró la *felicidad de la vida del campo*, superior al *Beatus ille* de aquel: «bellísima composicion llena de »agrado, de seso y de dulzura... todo en ella, prosigue el señor Quintana, es sencillo, sin ambicion ni aparato. ¡Pero qué raudal tan »puro, tan copioso y tan fácil! ¡Cómo se conoce que el poeta tiene »todo su placer en la medianía, en el estudio y en el retiro! ¡Cómo los »hace amar sin otro secreto que el de amarlos él, y concertar sus pensamientos, sus imágenes y su espresion con el sentimiento que le inspira, y con los objetos que canta! Nada de mas, nada de menos, y »todo en el modo propio y conveniente. Es una música suave y deliciosa que sale del corazon y va derecha al corazon sin esfuerzo y sin »estudio. La imitacion de esta poesía requiere un talento y un gusto »el mas esquisito: á nada que suba, ya no es ella; á nada que baje, ya »no es poesía.» Aun el defecto que tanto resalta en esta composicion, no carece de encanto empleado por Leon, y cuando imitando á Píndaro *(Olimpia y Pytia)* divide una palabra entre dos versos:

«Y mientras miserable-
mente se estan los otros abrasando»...

creemos ver un nuevo matiz del gracioso abandono que hace el principal encanto de esta composicion.

Noche serena y la oda dedicada á Felipe Ruiz son dos bellísimos modelos de aquella combinacion feliz de dignidad y sencillez, sorprendentes imágenes y versificacion fluida, que ningun español ha poseido como el humilde hijo de San Agustin: cuando en la segunda describe incidentalmente una tempestad de verano, solo deja escucharse la voz del genio:

«¿No ves cuando acontece
Turbarse el aire todo en el verano?
El dia se ennegrece,
Sopla el Gállego insano,
Y sube hasta el cielo el polvo vano:
Y entre las nubes mueve
Su carro Dios ligero y reluciente,
Horrible son conmueve,
Relumbra fuego ardiente,
Treme la tierra, humíllase la gente.
La lluvia baña el techo,
Envian largos rios los collados:
Su trabajo deshecho,
Los campos anegados
Miran los labradores espantados.»

La oda *á la Ascension* encierra mas poesía que otra alguna de Leon. Lástima es que en tan bello modelo de la *oda cristiana*, donde todo es original y grande, donde los pensamientos y las imágenes estan distribuidos con órden y economía, halle algun crítico poco esmero en la versificacion, languidez y falta de cadencia. El cuadro es sublime desde el principio; el poeta da todo por supuesto y nada describe, ve al maestro divino elevarse en los aires, desaparecer entre las nubes, y esclama cual desconsolado discípulo:

«¿Y dejas, Pastor Santo,
Tu grey en este valle hondo, escuro,
Con soledad y llanto,
Y tú, rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro?»

Aunque inferior á Horacio en el género heróico, Leon le imitó alguna vez con maestría, y en su celebrada *Profecía del Tajo*, pensamiento del Vaticinio de Nereo, probó que el cantor de *la vida del campo* podia elevar su vuelo á mayor altura. El ritmo en verdad no

(1) Anotacion tercera al canto III de su Poética.
(2) Anotacion segunda al canto II.

es tan robusto como el asunto lo exigiera; pero en cambio la grandeza de las imágenes, la osadía de los giros y la originalidad de la forma, el tino y buen gusto que brillan en todas sus partes, revelan la pluma ejercitada del poeta. La esposicion es sencilla y la personificacion del Tajo atrevidísima; el movimiento crece á medida que se aproxima el peligro. Grande es Leon cuando describe á Marte:

. . . . «que ya el sonido
Oyó ya, y las voces,
Las armas y el bramido
De Marte, de furor y ardor ceñido.»

y valiente y original en el modo de espresar este pensamiento:

«Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamientos, fieros males
Entre tus brazos cierras;». . . . .

«Esta reduplicacion de ideas, dice el señor Martinez de la Rosa (1), esta supresion de conjunciones, esta vehemencia y precipitacion cuando amenaza tan grave riesgo, son muy propias del asunto.»

Nadie pudiera pintar con mas rapidez los preparativos bélicos del árabe, el feroz entusiasmo de su ejército y la numerosa escuadra que vuela á la conquista de España; el cuadro es majestuoso:

«Oye, que al cielo toca
Con temeroso son la trompa fiera,
Que en Africa convoca
El moro á la bandera,
Que al aire desplegada va ligera.
La lanza ya blandea
El árabe cruel, y hiere el viento
Llamando á la pelea:
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.
Cubre la gente el suelo,
Debajo de las velas desparece
La mar; la voz al cielo
Confusa y varia crece,
El polvo roba el dia, y le oscurece.»

Seria tarea interminable notar tantas bellezas como encierra esta preciosa oda: cuantas veces la leemos nos parece hallar mas y mas que admirar en cada estrofa, en cada verso. De sentir es que su ritmo no sea tan robusto como pudiera prometerse de la lengua que Carlos V creia mas propia para hablar con Dios; así cuando profetiza Leon los *trabajos inmortales* que devastaron *á toda la espaciosa y triste España*, ó pinta la creacion, conservaria dignamente aquella entonacion bíblica, que, como Herrera, supo imitar con éxito brillante:

«Alaba, oh alma, á Dios. ¿Señor, tu alteza
Qué lengua hay que la cuente?
Vestido estás de gloria y de belleza
Y luz resplandeciente.
Encima de los cielos desplegados
Al agua diste asiento;
Las nubes son tus carros, tus alados
Caballos son el viento.
Son fuego abrasador tus mensajeros,
Y trueno y torbellino.
Las tierras sobre asientos duraderos
Mantienes de contino.
Los mares las cubrian de primero
Por cima los collados;
Mas visto de tu voz el trueno fiero
Huyeron espantados.
Y luego los subidos montes crecen,
Humíllanse los valles.» . . . . .

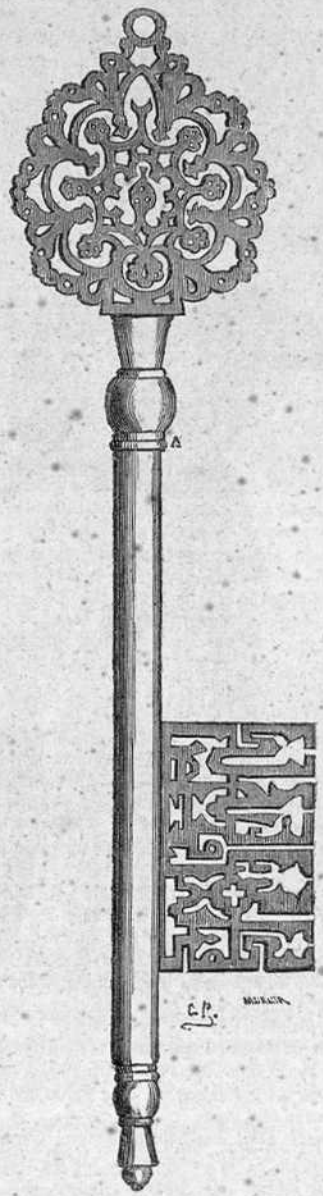
Esto es ser poeta: todo nos prueba en Leon la inmensa distancia que separa al imitador del copista, y cuán difícil es, como él mismo decia, «traducir poesías elegantes sin añadir ni quitar sentencia, y »con guardar cuanto es posible las figuras del original y su donaire, y »hacer que hablen en castellano, y no como estranjeras y advenedizas, sino como nacidas en él y naturales.»

FERMIN HERNANDEZ IGLESIAS.

(1) Anotacion 3 al canto VI de su Poética.

La primera inscripcion de las citadas en la nota 17 decia así:

MAG. FR. LUYSIO. LEGIONENSI.
DIVINARUM. HUMANARUMQUE.
ARTIUM.
ET. TRIUM. LINGUARUM. PERITISS.
SACRORUM. LIBRORUM. PRIMO. APUD. SALMANT.
INTERPRETI.
CASTELLAE PROVINCIALI.
NON AD. MEMORIAM. LIBRIS. IMMORTALEM.
SED. AD. TANTAE. JACTURAE.
SOLATUM.
HUNC. LAPIDEM. A. SE. HUMILEM. AB. OSSIBUS.
ILLUSTREM.
AUGUSTINIANI. SALMANT. P.
OBIIT. AN. M. D. XCI. XXIII. AUGUSTI.
AET. L. XIIII.



(Llave árabe de Valencia.—Pág. 414.)

Dice Fr. Manuel Vidal, hablando de la segunda inscripcion: «En »nuestros tiempos (1751) con ocasion de la obra del nuevo claustro, »estando ya gastada y quebrada la antigua losa de su sepultura, se »puso otra de nuevo con la inscripcion que pongo aquí....

Ven. Mag. Fr. Ludovicus Legionensis, omnigena eruditione ditissimus. Difficiliores linguas facile suas fecit græcam, chaldaicam,

kœbraicam, latinam loquitus cum paucis, hispanam ut nullus. Hispani di tus est maximus author eloquii. Humaniores Disciplinas politiore stilo didiceral; divinas vero quà in immensum patent, arte sublimiore docuit. His instructus, cunctis utilis, omnibus deservivil. Studiosis plura edidit volumina cedro dignam; Academiæ instructos rite discipulos, inter quos Suarius eminuit, qui eximius postea Doctor evasit; augustinianæ Familiæ strictiores videndi leges, sancte regendi artem, optimæ conversationis exempla, se ipsum; Ecclesiæ catholicæ aurea scripta Seraphicæ virginis Theresiæ, quorum censor extilit, propugnator, et vindex; cœlo pretiosam animam virtutibus ornatam, firmissima præsertim spe in Deum, et heroica in inimicos charitate: hùic denique almæ domui venerandas sui corporis exuvias. Cœlum petiit X. Kalendas Septembris M.D.XCI.

CONVENTO DE JERUSALEN EN ZARAGOZA.

Entre las varias mejoras que cada dia va adquiriendo la capital de Aragon, bien merece citarse la bonita al par que modesta fachada del convento de religiosas llamado de Jerusalen. Esta santa casa fué fundada por D. Juan Coloma, secretario de los Reyes Católicos, en 1484, mediante facultad que obtuvo del papa Inocencio VIII, erigiéndola en convento de la órden tercera de San Francisco: posteriormente, á instancia del mismo Coloma, y por intercesion de los mismos Reyes Católicos, logró del papa Alejandro VI, mediante su breve de 14 de julio de 1496, pudiera volver á erigirlo nuevamente como de la primera órden de Santa Clara á imitacion del de Gandia, por haber parecido demasiado holgado su primer instituto y ser el de esta última mas rígido y estrecho. Encuéntrase dicho convento en el espacio que media entre la calle del Coso y la puerta de Santa Engracia, punto de los mas hermosos dentro de los muros de Zaragoza: padeció mucho y fué por último derruido completamente, así como su iglesia, durante los sitios que sufrió la ciudad en la época de 1808 y 1809, reedificándose posteriormente una y otro.

Cuando en la acera de enfrente al convento se hallen construidas las casas que hoy dia están en proyecto, esta entrada de la ciudad de Augusto será muy hermosa, y la fachada del convento de Jerusalen constituirá indudablemente uno de los mas bellos ornamentos de la moderna calle de Santa Engracia.

J. A.

Riquezas de algunos personajes de la antigüedad.

Se dice que uno de los mas ricos del mundo fué Salomon, porque en maderas preciosísimas, en plata y oro tenia tanta abundancia como piedras de las calles.

De las riquezas de Midas rey de Frigia, hablaban todos, y añadian, para ponderarlas, que cuando Baco se aposentó en su casa le concedió el don de que cuanto tocase se convirtiese en oro.

Plutarco refiere maravillas de Creso, capitan romano, porque fué tan poderoso en haciendas y en cosas de plata y oro, que no cesaba de indicar que no podia llamarse rico el que no tuviese para sustentar con las sobras de cada año una legion. Su fortuna se calculaba en cien millones de pesos fuertes.

Narciso, privado del emperador Claudio, tuvo casi tantas riquezas como Creso.

Tiberio dejó al morir quinientos sesenta y siete millones, que fueron gastados por Calígula en menos de un año.

Pitio Vitinio fué tan rico que no se contentó con vasos de oro y otras joyas, sino que ademas tenía en su casa árboles del mismo metal, sabiéndose que dió á Dario un plátano y una cepa con los sarmientos, hojas y uvas, y que con dificultad podia apreciarse su numerario, segun los testimonios irrecusables de Plinio y Herodoto.

Léntulo el divino poseia 84.000,000, y el filósofo Séneca 63.

Scipion Africano cuando venció á los cartagineses colocó en el Erario 1,470 libras de oro, 400,000 de plata y 100,000 vasos dorados que cada uno pesaba una libra.

El célebre Apicio gastó desordenadamente el considerable capital de 12.600,000 francos, y viendo despues que solo le quedaban 2.110,000 tomó el partido de envenenarse creyendo que no tenia bastante para vivir.

Parece fabuloso lo que el pueblo romano tenia en su tesoro, porque siete años antes que empezasen las guerras de Africa se custodiaban en aquel 726,000 libras de oro, y 92,000 de plata, aparte de 350,000 que habia para el gasto ordinario.

Las deudas de Milton ascendieron á 14.700,000 francos; César antes de obtener empleos públicos debia 70.0000,000; y Marco Antonio en los idus de Marzo 1.400,000 francos que pagó religiosamente antes de las kalendas de abril, habiendo disipado además 147.000,000 del tesoro público.

Siendo cónsules Sexto Julio y Lucio Marcio pusieron en aquel 84,000 libras de oro puro.

Servilia, madre de Bruto, recibió una perla de manos de Julio César apreciada en 1 260,000 francos, y la hermosa Cleopatra en un banquete que dió á su amante Marco Antonio hizo disolver en vinagre otra perla valuada en 2.100,000 francos, bebiéndose por este medio un líquido de estraordinario valor.

Julio César la primera vez que entró en Roma, cuando las guerras civiles, tomó del Erario 26,000 ladrillos de oro y 300,000 libras del propio metal para emprender de nuevo la guerra.

Heliogábalo gastó en una cena 630,000 francos y Calígula 2.100,000 reales.

La comida diaria de Lúculo en la sala de Apolo, costaba 45,000 francos.

Y por último, del mismo emperador Heleogábalo se dice que pisaba desde su aposento hasta la carroza ó caballo donde subia, sobre limaduras de oro, que los anillos, los vasos y todo el demás servicio de la mesa se lo daba á los que estaban con él, y que cada vez que bebia lo hacia con un vaso distinto.

REMIGIO SALOMON.

ESTATUA ROMANA DE ARCE MIRAPEREZ.

Uno de los cuatro barrios de Miranda de Ebro, el mas distante, es Arce Miraperez, que se compone de seis medianas casas, y que tiene su asiento no lejos de las Conchas de Haro, en la misma carretera de Bilbao á la Rioja, al pié de un pequeño cerro, dando vista por O. á una dilatada llanura que fertilizan los rios Bayas y Ebro.

En lo antiguo se sabe que hubo un monasterio dedicado á Santa María, que se incorporó luego al de Premostratenses de Bugedo, del cual fué granja hasta la última esclaustracion.

En el suelo de Arce Miraperez debió de existir un pueblo numeroso en la época de los romanos, porque las tierras próximas se encuentran llenas de sepulcros, de fragmentos infinitos de barro saguntino, de grandes ladrillos redondos y cuadrados, de utensilios de hierro y cobre y de otras antiguallas curiosas, viéndose todos los años los colonos del barrio disgustadísimos, porque en una estension de cerca de media legua apenas pueden introducir los arados, los cuales se embotan en las piedras labradas con que tropiezan, y en los largos y espesos cimientos que hallan casi á la superficie, cuyos terrenos, impregnados además de partículas de cal, agostan y marchitan los frutos á poco que no acudan las lluvias en la primavera.

Nosotros, al visitar por primera vez las ruinas de Arce Miraperez, supimos con sentimiento que nadie habia tenido la curiosidad de fijar su atencion en ellas, y que el bronce, el hierro y las monedas que parecian se daban á los traperos, como cosas despreciables, por una ó dos libras de peras ó por un puñado de castañas.

Desde entonces procuramos adquirir todo lo que se nos proporciona, pagándolo por su justo precio, y formamos el proyecto de emprender á nuestra costa y espensas algunas escavaciones, aunque en pequeñísima escala, segun acabamos de realizarlo, habiéndolas suspendido por la sementera y las nieves, no sin que hayan dejado de darnos, en pocos dias, los resultados satisfactorios de descubrir entre restos de mosáico y de pavimentos de petrificada argamasa la estátua cuya copia exacta va al frente de este artículo.

Aquella es de cobre, su tamaño idéntico al del grabado, tiene el barniz que únicamente presta el tiempo, y la falta por desgracia casi todo el brazo izquierdo; pero sin embargo, por la ropa talar y por el casco, se conoce que debe representar á la diosa Palas; al menos tal es nuestra humildísima opinion, que, sin reparo, sometemos gustosos al exámen de los arqueólogos, puesto que podemos equivocarnos por no pasar de ser unos meros aficionados á las antigüedades.

Lástima que el estado de nuestra patria no permita al gobierno de S. M. destinar algunas sumas para atender al reconocimiento de los terrenos donde se sabe ó presume que se levantaron pueblos celebérrimos, y á la compra de los objetos curiosos que encierran, ó que si se encuentran por pura casualidad se destruyen, ó van á parar á los museos estranjeros, y los mas á los crisoles de los latoneros y plateros, y á las fraguas de los herreros de las aldeas.

REMIGIO SALOMON.

LLAVE ARABE DE VALENCIA.

Entre las preciosidades y riquezas arqueológicas y bibliográficas que dejó á su fallecimiento en Valencia D. Gregorio Mayans, descendiente del sábio canónigo D. Gregorio Mayans y Ciscar, preciosida-

des que componian parte del museo Mayansiano, hallóse una llave de hierro, de gran mérito artístico, la cual conserva señales de haber estado dorada, y cuyo origen se atribuye á los tiempos de la conquista de Valencia. Sostiénese por la tradicion, pero tradicion que no tiene apoyo alguno histórico, que la tal llave fué la que entregó el rey moro Yomail ben Zeian á D. Jaime I de Aragon, cuando en 1238 entró la ciudad por la entrega que hicieron sus habitantes, luego que no pudieron oponer resistencia á las fuerzas de aquel rey conquistador. Semejante tradicion se opone al hecho que consta en las actas capitulares de Valencia, de haber recibido su ayuntamiento en 1843, con una carta autógrafa de S. M. la reina Doña Isabel II, unas llaves de oro que se conservaban en el régio alcázar, y que se tenian como las entregadas por aquel rey moro, pertenecientes á las puertas de la ciudad. Por otra parte, un monumento histórico de tanta valía como las llaves de una ciudad conquistada, ciudad que fué cabeza de un reino, cuyos reyes y magnates fuéron siempre tan celosos de su historia y de sus fueros, que no perdonaron medio para conservar los archivos y recuerdos históricos de su antiguo poder, parece sumamente estraño que hubiese desaparecido de la corporacion popular que lo custodiaba, para confundirse, ó con los trofeos de la corona de Castilla, ó con las curiosidades arqueológicas de un particular. De cualquiera manera que fuera, el hecho indudable es que el ayuntamiento de Valencia no posee otra llave que simbolice la entrega ó conquista de la ciudad, sino la que recibió en 1843.

Nada tendria de estraño que la llave que ahora examinamos, se custodiára en el concejo de Valencia, y fuera á poder del erudito Mayans para su exámen y descripcion, como de gran mérito artístico é histórico, y que luego, como por desgracia ha ocurrido en mas de una ocasion, ni Mayans la devolviera por olvido, ni el concejo de Valencia la reclamara, viniendo á formar parte por esta razon del museo Mayansiano. De todos modos, podemos felicitarnos de que este precioso monumento arqueológico no haya pasado á manos de estranjeros, y que su actual poseedor D. José María Mayans, conde de Trigono, lo haya sacado del polvo en que lo tenia sumido D. Gregorio Mayans, como uno de los restos malditos de la dominacion árabe; y que por la ilustracion del conde se facilite á todo el curioso que desea examinarla. Nosotros tuvimos la fortuna de ser de los primeros que admiraron la preciosa llave árabe, que el malogrado D. Gregorio ocultaba á las miradas de los cristianos, y nos complacimos en hallar en el trabajo de sus guardas una inscripcion árabe-cúfica, que guarda completa armonía con el objeto á que se dedicaba el instrumento. Encontramos tambien otra inscripcion árabe del carácter de letra del tiempo de los almohades, que sirve para esplicar el lugar que iba á guardar la puerta que cerrara, y por ambas podemos creer que tal vez la tradicion valenciana no va tan desacertada.

La inscripcion cúfica de las guardas, trasladada á caractéres *nesji*, es la siguiente:

كالحمهاّ لله لله فتثبت ولا نصرا

Y la traduccion mas análoga.—Si (es) por la defensa de Dios, pelea—mas sé constante y no (tendrá) victoria (tu enemigo).

La otra inscripcion vulgar ocupa el borde que forma la labor de debajo del medallon ú ojo de la llave, borde que en el dibujo señalamos con la letra *A*; y los caractéres de que se compone son:

هاذا عمل احمد احسن تفعل الجدير

«Esto es obra de Ajmed Ajsan: cerrará la puerta de la muralla.»

Esta traduccion, que desde luego indica que habia de servir la llave para cerrar un lugar cercado por un muro, no una fortaleza, porque estas se designaban por los árabes con los nombres de *Jisn* ó Bordyé, y en la inscripcion se usa de la palabra *Iadir*, que significa punto amurallado, desde luego nos pone en el caso de poder asegurar que fué una llave de ciudad. Comparada su construccion y su trabajo artístico con las que conserva el ayuntamiento de Valencia, hallamos esta mas propia de los tiempos en que se construyera; y lo que mas nos inclina á acordarle la preferencia es la inscripcion de las guardas, de la cual carecen las de oro regaladas por S. M. Esta inscripcion está demostrando el espíritu religioso de los árabes, que confiados en Dios y en su profeta Mojamed, apellidando siempre guerra religiosa lo que sostenian en nuestras fronteras, se encomendaban esclusivamente al auxilio divino, en la completa seguridad de que con él y la perseverancia habian de alcanzar la victoria. Mas á pesar de que tales reflexiones nos convencen de que la llave valenciana fué llave de puerta de ciudad, no nos atreveremos á decir rotundamente si fué ó no la que recibiera el rey D. Jaime I, porque tal aseveracion, segun lo tenemos espuesto á la Academia de la Historia, hasta hoy se halla destituida de fundamento.

Considerando la llave como un monumento precioso por el mérito artístico de los calados que lleva en su ojo y guardas, como puede verse en el grabado que acompaña, y por la curiosidad de sus inscripciones, nos complacemos en darla al público, para que otros mas conocedores de la historia y de las tradiciones antiguas puedan fundar observaciones mas acertadas.

MANUEL MALO DE MOLINA.

CONGRESO DOMÉSTICO.

SESION DEL DIA 24 DE DICIEMBRE DE 1854.

A las nueve de la mañana.

Estoy casi decidido, lectores mios, á cantar la palinodia en política, y pasarme al contrario bando con armas, bagajes, y hasta con mi saco de noche debajo del brazo donde llevo lo poco que ya me queda, despues de haber atravesado por una época tan desastrosa para los escritores públicos.

Sí, lectores mios: voy á renegar de mis principios liberales, y casi casi me encuentro en disposicion de convertirme al absolutismo.

Yo no sé si esta causa ganaria algo ó no porque yo me afilie en ella; pero de esto no se me da un ardite, puesto que los muchos trásfugas que hemos conocido nosotros en esta patria de mercaderes políticos, no creo que al hacer sus cambios de casaca, hayan pensado en el servicio que podian prestar al partido á que se agregaban, sino en la utilidad que á ellos les reportaria semejante mudanza de decoracion en el teatro patriótico.

Nadie se estrañe de que haya escrito las anteriores líneas. Vea la fecha con que encabezo este artículo, y me escusará que en semejante dia me encuentre dispuesto hasta á marcharme con los rusos que defienden Sebastopol, siquiera por libertarme de costumbres bárbaras que todavia conservamos en este suelo de pascuas, aguinaldos, cumpleaños, y otras socaliñas que acaban con la paciencia del marido que mas tenga, y hasta con su dinero que es peor.

Desde que los pícaros revolucionarios han proclamado como principios sociales el derecho de peticion y el de discusion, no hay un mortal, si este mortal es casado, que tenga en su casa tres minutos de paz al dia. Afortunadamente los reaccionarios se han encargado en predicar que *resistir es gobernar*, máxima que debe tener tal séquito entre los cabezas de familia, que es muy probable que algunos de ellos abran una suscricion para elevar un monumento al inventor de tan saludable como económico axioma.

El parlamentarismo ha invadido las academias, los cafés, las tertulias, las calles, las plazas, y lo que peor es hasta las familias.

Hace un siglo todo el mundo era *ergos* y *distingos;* pero ahora á la forma silogística ha sucedido la parlamentaria, y no hay ya pollita de diez y seis abriles que al hablarse de saber cerrar ó no una calceta no pida al momento *la palabra para una alusion personal*, ni esposa que al principio de cada año no se ocupe con la mayor seriedad en la *confeccion del presupuesto de gastos* encabezándole con un gran *preámbulo* relativo á las *economías* que se propone hacer... en el siguiente.

Para que mis lectores no tengan por fábula cuanto dejo espuesto acerca del *parlamentarismo*, voy á referirles en confianza una escena ocurrida en mi casa el dia de Navidad de este año. Esto con la condicion de que no se lo han de decir á nadie, pues mi mujer me tiene ofrecido arañarme el dia que vuelva á sacar su nombre en letras de molde, y mi esposa cumple siempre lo que ofrece.

Ocupábame yo el dia dicho anteriormente en hacer una cuenta de lo que gasto en el año, y de mis escasas rentas, sacando siempre una muy notable suma en contra de mi bolsillo, cuando oí gran algazara en el comedor. Eran como las nueve de la mañana, y me pareció que debia de haber mas gente en casa que la de costumbre. Levantéme, y envuelto en mi bata, y despues de haberme puesto la peluca para precaverme de algun constipado, me encaminé de puntillas hácia una puerta que cubre un cortinon de bayeta doble. Coloquéme de manera que no pudiera ser visto de los que estaban dentro, y observé lo siguiente.

Todos los criados de mi casa, mis seis hijos, el aguador, el carbonero, el sereno, dos ó tres repartidores de periódicos, el portero, tres nodrizas cesantes, y una jubilada, el cartero, el médico, el comadron, el cirujano, los maestros de mis niños, el profesor de piano de mi Adela, y el preceptor de gramática de Alberto, se habian reunido en sesion estraordinaria, bajo la presidencia de mi mujer, para discutir la siguiente proposicion:

Pedimos al señor B. de I. que teniendo en cuenta una costumbre cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, se sirva acordar se nos dé á cada uno de los presentes un espléndido aguinaldo, y deseamos á dicho señor las mas felices Pascuas con entradas y salidas de año, etc....

En seguida comenzó la discusion sobre asunto tan importante del modo que sigue:

El aguador: Pido la palabra...

Mi mujer: ¿Para qué?

El aguador: Con objeto de espuner á este noble auditorio que yo me contento con cualquier cosa...

La cocinera (interrumpiendo): Eso de contentarse con cualquier cosa es muy de gallego; pero yo...

El carbonero: Pido la palabra para una alusion personal...

Mi mujer (agitando la campanilla): Orden, señores...

Las cuatro nodrizas (queriendo hablar á un tiempo): Señora, nosotras tenemos prestados los mayores servicios á la familia del señor, y somos acreedoras á...

El comadron (interrumpiendo): En el último parto de...

Mi hijo Alberto: Mamá, yo quiero el tambor mas grande que se encuentre en Madrid...

Otro de mis niños: Y yo un nacimiento que tenga muchas ovejas, pastores, reyes magos, y sobre todo portal de Belen.

El médico y el cirujano: Señora, los propagadores de las viruelas son los pavos, y es preciso declararlos guerra á muerte, y que...

La cocinera: Las economías que yo he introducido en la oficina que hace algunos años tengo la honra de dirigir, bien merecen...

El criado (dominando la asamblea): Pido que se tengan en cuenta los sacrificios que he hecho por dar lustre diariamente á las botas del señor, y especialmente que...

Todos (á grandes voces): Aguinaldo, señora, aguinaldo...

Mi muger (agitando la campanilla): Orden, señores, la mesa cuidará de que tan justas peticiones sean atendidas.

Todos: (entre murmullos): Eso no nos satisface... Es preciso que...

Yo no sé lo que pasaria despues, porque al ver el carácter que iba tomando la discusion eché á correr con ánimo de atrincherarme en mi despacho; pero no haria dos minutos que me hallaba en él, cuando la reunion en masa se encaminó en mi busca.

Venia capitaneada por mi esposa, que llevaba una gran bandera de papel blanco con la siguiente inscripcion en letras muy gordas:

MEETING DOMÉSTICO: DERECHO DE PETICION: AGUINALDO PARA TODOS.

Salí al encuentro de aquella turba de insurreccionados, y de buena gana les hubiera dirigido un discurso con ánimo de calmar aquella especie de *pronunciamiento casero*; mas ocurrióme al punto que cuando se trata de turron no hay peroratas que valgan, y adoptando el ademan que me pareció mas oportuno atendida mi situacion tan en minoría, les dije:

Señores, no es mi ánimo alterar costumbres establecidas por mas que mi bolsillo se resienta de tales adiciones al presupuesto: así pues, considerando que la peticion está fundada en un principio de justicia:

Considerando la manera *pacífica*, juiciosa y nada *tumultuaria* con que se hace:

Considerando que en asuntos de turron á cada cual le gusta relamerse de cuando en cuando con alguna barrita:

Considerando finalmente que no puedo menos de destinar alguna suma á satisfacer deseos tan *legítimos y pacíficamente* espresados, cedo á los peticionarios, con la mayor espontaneidad, los productos del presente artículo, pues como el abad de lo que canta yanta, yo no puedo, á fuer de escritor público, dar aguinaldos sino á costa del director del Semanario Pintoresco, que queda encargado desde ahora de dar turron, y por mi cuenta, á todo mi *congreso doméstico*. He dicho.

El Baron de ILLESCAS.

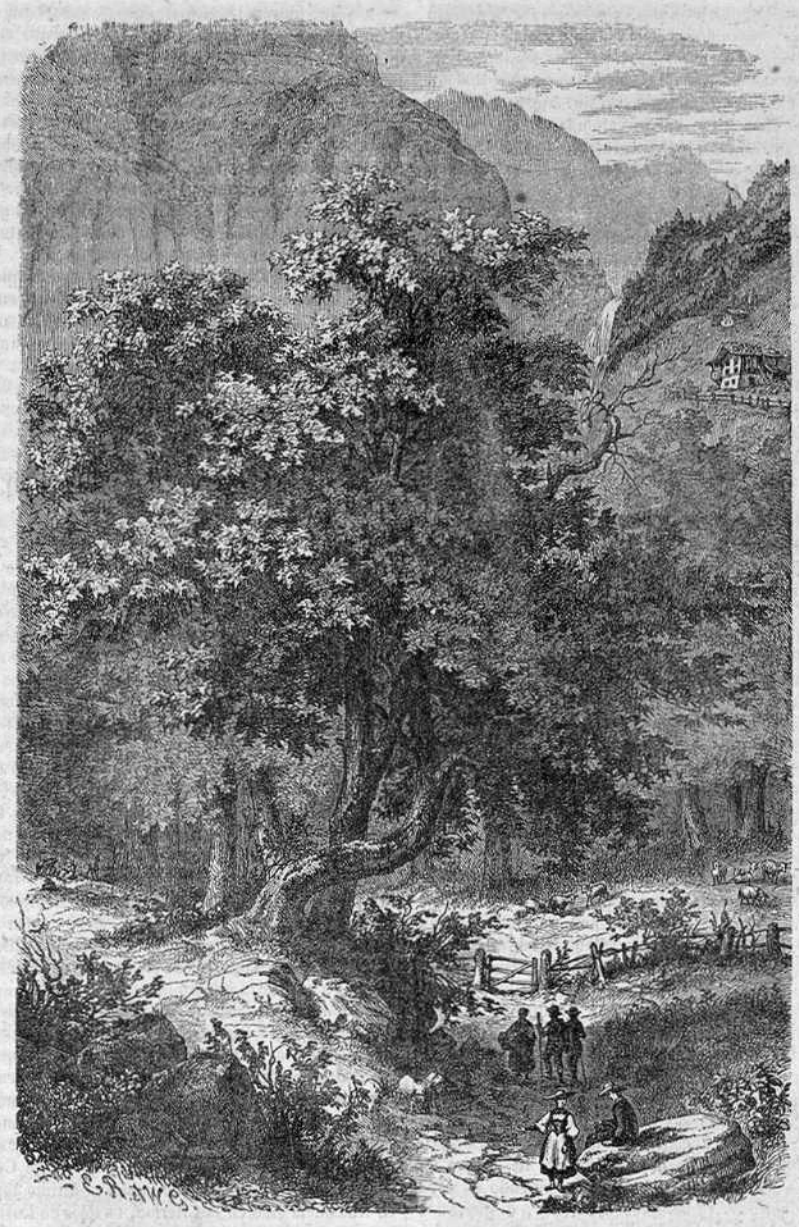
LOGOGRIFO.

Acertadme un logogrifo
que así, á la pata la llana,
improvisé esta mañana
con ayuda de Rengifo.
Entre otras mil (parad mientes,
que ya desfila el convoy)
con nueve letras os doy
las baratijas siguientes:
Un distintivo, una flor,
un suplicio y un insecto,
el abono mas selecto
y parte de un ruiseñor:
Una dama melindrosa
que á los gentiles fué númen,
y otra cosa que en resúmen
viene á ser la misma cosa:
En África una region,
en España una ciudad,
una ave de calidad
y un pez (no es el tiburon):
Parte esencial de una alberca,
parte de cualquiera triduo,
y parte del individuo,
y otra que le anda muy cerca:
Lo que entonan dos guitarras,
una fruta de Castilla,
y cierta flor amarilla
distinta de la de márras:
Lo que hay en toda comedia
de don Pedro Calderon;
lo que hay en el pantalon
que del frio me remedia:
Un problema que Alejandro
á su modo resolvió,
y lo que á Clelia salvó
y perdió al pobre Leandro:
Lo que aprieta el corvejon;
la mas horrible congoja;
una villa de la Rioja;
otra villa de Aragon:
Un como exordio de drama,
cierto trasporte marítimo,
mi pariente más legítimo,
y lo que ha de ser mi dama:
Un árbol que abunda en Cuenca,
y dos lugares muy gratos
á las ranas y á los patos,
á la anguila y á la tenca.
Lo que halaga al fiero Marte,
aunque el padre al hijo pierda,
y una ciudad que recuerda
laureles de Bonaparte.
Cierto periódico anual
que hace temblar al tesoro,
y un instrumento sonoro
y un pecadillo pascual.
La madre de mejor hija,
lo que diz que es el inglés
para el pueblo portugues;
¡y le explóta y le encanija!
Lo que es para Dios un hombre
respecto de los demas;
pero en el mundo, ¡jamas!
aunque á *Lamartine* asombre:
Dos adverbios, de los cuales
uno hace poco caudal,
y el otro un duro cabal...
rebajando veinte reales:
Un dictado sin sustancia;
¡tan prodigado lo ves!
lo que equivale á frances
y lo que equivale á Francia:
El suegro mas inhumano
de que hace mencion la historia,
y un juez de eterna memoria
en el suelo castellano:
En una palabra sola,
un papa os doy (¡cosa rara!)
y un músico y tela para
hacer una camisola:
Y cierto asiático emporio,
y lo que aquí y en Sahagun
nunca ha faltado en ningun
monástico refectorio:
Lo que hace cualquiera esquina;
que todos hacemos algo,
y la cama, no de un galgo,
sino de una golondrina;
Y en pascua de Navidad
el todo, lector amigo,
es un abuso... ¿Qué digo?
Es una calamidad.

Manuel BRETON de los HERREROS.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario é Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra.



UN VALLE DE SUIZA.

EL JAPON.

I.

El Japon (Japonia) tiene título de imperio, y ocupa un territorio inmenso en la parte mas oriental del Asia: compónese de varias islas, siendo la mas considerable Nifon. Los portugueses descubrieron aquel archipiélago por los años 1542 á consecuencia de una terrible tempestad que les arrojó sobre aquellas ignoradas costas. Divídese aquel imperio en siete principales *gokifizidos* (comarcas), que se subdividen en varias provincias, cuyo mando es compartido entre dos emperadores; uno secular, que llaman el *kubo*, y otro eclesiástico, el *dairo*: este antiguamente poseia la autoridad soberana, pero hoy dia goza de inmensos beneficios, doce mujeres y muchas concubinas; es el oráculo de la religion, y se le procuran todos los honores y los placeres imaginables.

Tocante al otro, el *kubo*, posee un poder absoluto y omnímodo sobre sus súbditos, cuyas únicas leyes estriban en la voluntad de aquel *kubo*.

Los japoneses son por lo regular pequeños de estatura, de color atezado, rechonchos y feos; por lo demás son atentos, de agudo ingenio, sóbrios, belicosos, y muy limpios; jamás han sido subyugados por ninguna otra nacion, y hablan un idioma muy singular, y peculiar de ellos.

El tiempo es muy vario en aquel clima, y las estaciones de calor y frio suelen ser rigurosas; el mar que circunda el Japon está lleno de sirtes y escollos y es muy agitado; los rayos y truenos son frecuentes, y los temblores de tierra; el terreno es en general montañoso, escabroso y estéril; solo que la industria y asidua laboriosidad de sus habitantes lo han vuelto fértil y en disposicion de no necesitar de sus vecinos.—Hay en gran número rios, lagos y fuentes, y minas de azufre, cobre, plata y oro; se hallan muchas piedras preciosas y ámbar gris. *La hermosa porcelana del Japon*, de que luego nos ocuparemos, es bien conocida de todos. La religion es la idólatra, poco mas ó menos como en China. Los jesuitas llevaron allá el Evangelio: San Francisco Javier abordó en aquellas islas en 1554, y se formó una iglesia numerosa hasta en 1639 que vino la persecucion que destruyó del todo el cristianismo. La antigua capital del Japon era *Meaco;* hoy es *Iedo*, ciudad no insignificante, en la isla de *Nifon*, con un bello palacio fortificado, donde el emperador hace su residencia: *Iedo* posee nada menos que 500,000 habitantes; hay un comercio considerable.

El gran rio *Toukow* divide la ciudad en dos, y se arroja en el puerto por seis embocaduras; han construido sobre el rio un magnífico puente. Las casas son pequeñas, bajas, y de madera, propensas á incendios. Hay numerosos templos, y muchos palacios construidos de piedras sin mezcla para que resistan mejor los temblores. En fin, *Iedo* está situado en una amena y fértil llanura, en una bahía abundantísima en pescado; además del rio que le atraviesa, hay varios canales. Dista *Iedo* sobre 2,800 leguas de Madrid.

II.

La Europa es deudora al Japon de dos artes útiles á la par que elegantes, á saber: las de *alfarero* y *esmaltador*; porque si bien no fueron desconocidas entre los antiguos, como nos lo comprueban los célebres vasos griegos y etruscos, nunca alcanzaron en mérito á los mas modernos jarros del Japon y de porcelana de la China, cuyos géneros conservan siempre el nombre del pais donde se elaboran.

Y al confesar que hemos adquirido dichas artes en aquellas regiones, donde las alcanzaron con perfeccion algunos centenares de años antes que nosotros, es menester que ellos conozcan que desde que se abrió un tráfico entre nosotros por mar con las costas occidentales de sus dilatadas tierras, hemos alcanzado en esmaltar, y en la fabricacion de la porcelana, si no toda la fineza y testura de la tierra de que ellos la elaboran, los hemos escedido quizá en finura, gusto y elegancia.—Hay la opinion generalmente admitida de que *Sevres*, *Meissen* y *Straffordskire*, fabricantes de loza europeos de gran fama, y que se han enriquecido con esa industria, han descubierto el secreto de la elaboracion de los chinos y japoneses.—Birmingham es otro fabricante inglés de reputacion tambien europea.

Hace siglos que importamos del Japon y de la China artes cuya perfeccion conocieron muchos centenares de años antes que nosotros; á pesar de esto nosotros hemos adelantado en las mismas mas que ellos, á juzgar por los trabajos de esmaltes y vajillas de porcelana que salen de nuestras fábricas, mientras que de aquellas regiones nos mandan las mismas cosas trabajadas del mismo modo que en 1550. Y esta observacion nos ha conducido á formar la equivocada idea de que aquellos imperios no han adelantado nada en 300 años, y que estan condenados á permanecer estacionarios. ¿Quién nos ha dicho que no entre en las medidas políticas de aquellos gobiernos el querer ocultar sus mismos adelantos? Avaros de sus *secretos* tan codiciados por la industria europea, conténtanse con enviarnos los objetos de inferior valor, á cuya esportacion les son retribuidos con mas lucro quizá que sus superiores géneros vendidos en el interior de su propia nacion, con las mas severas medidas prohibitivas para que puedan salir de allí.

Acontecimientos muy recientes en la China, la dispersion y progresos de los chinos á través del archipiélago Indico, la adquisicion y navegacion de barcos europeos para trasportar á sus mismos compatriotas á San Francisco (California) y á otros puntos de las playas del Pacífico, nos han demostrado que estábamos en un error respecto á los pocos adelantos de los chinos.

Además, no carecemos tampoco en Europa del ejemplo de algunos pueblos que han permanecido inertes y estacionarios durante ciertos determinados períodos, bien sea á consecuencia de ignorantes preocupaciones, ó de la opresion de gobiernos despóticos, hasta que un cambio de ideas ó un movimiento revolucionario, sacudiendo el yugo de ese maléfico ascendiente y vanas preocupaciones, despertando esos mismos pueblos de su inercia, han hecho en poco tiempo rápidos adelantos en la senda del progreso, cuyos beneficios son tanto mas fructíferos, cuanto mayor sea el número de personas en quienes ejerza su influencia; y sabido es que solo la China cuenta mas poblacion que todos los estados de Europa reunidos, pues pasan de 150 millones de habitantes.

III.

Como no deja de ser cuestion de general interés el averiguar si han permanecido ó no estacionarios los chinos y japoneses en el fomento de las artes y de la industria, hemos tratado de estudiarlas, y nos hemos convencido no ser así, y que por el contrario ambos imperios, mas ó menos rápidamente, han progresado.

Los españoles mandamos anualmente algun buque á China; pero ninguno al Japon (cosa que no dejaria de convenir); los ingleses á la presente poca ó ninguna comunicacion conservan con dicho imperio. Los anglo-americanos lo visitaron últimamente, y los holandeses continúan enviando una fragata todos los años, nave que aguardan los japoneses con sumo interés y por momentos su arribo. Devoran las noticias que tienen relacion con Europa, y son frenéticos por los periódicos en general, pero muy particularmente por aquellos que por sus grabados y dibujos hablan una lengua universal, tales como las *Ilustraciones*, *Semanarios*, *Museos*, *Panoramas* y *Almacenes pintorescos*, etc. Y al paso que ellos indagan, nosotros poco ó nada sabemos con referencia á los asuntos de aquel aislado pero magnífico imperio.

A principios del año pasado parece ser que un caballero inglés pudo lograr que del último buque holandés que vino del Japon le vendiesen una buena parte del cargamento, que consistia en vajillas de porcelana y otros objetos de lujo primorosamente trabajados, como son pupitres para señoras, biombos, mamparas, abanicos, pipas, etc., todo construido con esquisitísimo gusto, perfectos dibujos, y pintado con colores deslumbradores; cuyos objetos nos escribe un amigo que los vió espuestos al público en Londres, en un sitio concurrido de la ciudad que denominan *Pall-mall*; sitio conocido de nosotros mismos por cierto. Añade el testigo de aquella preciosa coleccion que ella hablaba por si sola elocuentemente en pró de los progresos en las artes por parte de los japoneses.

Semejantes exhibiciones no pueden menos que animar á los europeos en general, al verificar sus escursiones en todas las islas del Pacífico, á fijar su consideracion en aquella, menudeando nuestras relaciones (los españoles tambien), y fomentando nuestro comercio con el imperio del Japon.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

Valladolid 1.° de enero 1855.

TOROS DE GUISANDO.

Por el Sr. Juan Alonso Franco.

En el libro del señor Juan Alonso Franco de que habla el número 21 de este periódico, se halla la figura siguiente, que dice ser la de los famosos *toros de Guisando*, y por bajo dice esto:

En Castilla la Nueva, entre Cadalso y la venta de Tablada, cerca de un monasterio de Gerónimos, se encuentran cinco toros de piedra, de una pieza cada uno de ellos con la losa que los sostiene, de tal grandeza todos que mas parecen de talla de elefantes que de toros, y todos de la figura y en la actitud de este, y como él con un letrero en el anca. Como uno por su letrero se conoce que se dedicó á la victoria de César sobre los hijos de Pompeyo, y el sitio donde fue esta es Andalucía; como el mismo diga que allí donde está es el campo Bastetano; y como esprese que es dedicacion de los Bastetanos otra, y se sepa que este campo y este pueblo fuéron en Andalucía, por eso muchos han imaginado que estos toros se hicieron y estuvieron primeramente en dicha provincia, y que después un rey moro para mostrar su poder con máquinas y gran copia de gente los metió España dentro, y los colocó donde se hallan, siendo entre otros de este parecer Rasis en la historia que hizo de Andalucía, y D. Lorenzo de Padilla, curioso arcediano de Ronda. Mas Ambrosio de Morales, segun se advierte en una nota de su puño puesta aquí en este libro, dice que los *toros son tan valientes piedras que es cosa de burla pensar que se movieron tantas leguas como hay desde allí á Andalucía, y mas sin motivo alguno*; y Antonio de Nebrija afirma que *como hubo pueblos Bastetanos en la Bética, los hubo igualmente en la España Citerior, y que de ellos deb an hablar estos toros.* Además, aunque la principal victoria de César fuese en Andalucía en Munda, tambien por Orosio lib. VI, cap. XIV, sabemos que la guerra y el ejército pompeyano no se acabaron hasta que Cesonio, legado de César, venció no lejos de Lusitania; y de esto debe hablar el último toro, lo cual no sucedió en Andalucía sino en la Citerior, no lejos de Lusitania, como es donde se hallan los toros. Los letreros de estos dicen:

1.° *Caecillo-Metello-Consuli-II. victori.*
2.° *Exercitus victor-hostibus fusis.*
3.° *Longinus-Prisco-Caesonio-f. c.*
4.° *Lucio Portio-ob provinciam-optime admi-nistratam-Bastetani po-puli f. c.*
5.° *Bellum Caesaris-et patriæ mag-na ex parte con-fectum est-s. et Gn. magni-Pompey filijs-hic in Baste-tanorum agro-profligatis.*

El Metelo del primer toro fué de los principales de la faccion de César, y el tt. (vis ó dos veces) puede referirse á consuli, y mejor á victori. El prisco del tercero debe ser el que acabó de desbaratar á los pompeyanos en aquellos campos, y el Longino el pretor de España Longino Cásio, de quien habla César en sus Comentarios. Como quiera, son estos toros una de las mejores memorias que quedaron de los romanos á España. El nombre de *Guisando* lo deben al monasterio gerónimo inmediato.

F. L. G.

JOSÉ BALSAMO,

CONDE DE FÉNIX.

Precursor del gran cataclismo que debia en su esplosion incendiar la Europa al fin de su siglo, vino al mundo el dia 8 de junio de 1745 un hombre, á quien la iglesia adjudicó los nombres de José Estéfano

Alejandro, en la pila bautismal de una de las parroquias de Palermo, ciudad de su nacimiento.

Llamáronse sus padres Pedro Bálsamo y Felisa Bracconieri, comerciantes de profesion, á quienes una honradez sin tacha y la nobleza de su familia, oriunda de Sicilia, consoláran de las pérdidas y descalabros sufridos en su caudal, floreciente en otros tiempos, reducido y precario entonces. La probabilidad de una quiebra y otros disgustos aceleraron el fin de sus dias, y el tierno vástago quedó huérfano á la edad de ocho años.

El orgullo de familia podia únicamente salvar la situacion del pobre niño, cuando no la conmiseracion y el deber de parentesco tan tristemente olvidado de la opulencia hácia la miseria en todos los países y épocas; y en efecto, Bálsamo debió á unos tios, por parte de madre, el primer paso en la senda de la educacion, ingresando de alumno pensionista en el Real seminario de San Roque, cuando apenas contaba once años.

Presto una depravacion moral se traslució en él, una índole traviesa y rebelde escitó aquel poderoso genio, para quien los muros del claustro literario eran un círculo estrecho y mezquino, y comenzó á desarrollarse su profunda antipatía hácia todo lo que tuviera relacion con el método y el órden.

Fugado del seminario, sus tios trataron de ensayar el sistema represivo, enclaustrándole rigorosamente en el convento de los buenos hermanos *(Bon-fratelli)* en la ciudad de Caltagirona. Bálsamo acogió tan violenta disposicion con fingido entusiasmo, pues la relajacion moral de un siglo disoluto habia invadido la disciplina monástica; por manera que podia contar para sus travesuras amigos y cómplices entre los mismos individuos de la familia del monasterio.

Escitado por varias clases de estímulos bastante poderosos á exaltar una imaginacion de suyo predispuesta al mas desenfrenado libertinaje de la época, el niño mimado, ya adolescente, inventaba diabólicos pretestos para eludir con el velo de una modestia fingida las reprimendas y vapuleos á que cada momento hiciérase acreedor, hasta que conocido por los padres el espíritu disoluto que le dominara, fué necesario aplicar correctivos, á fin de dominar aquella naturaleza rebelde. En vano vistiéranle el hábito de la regla; en vano obligáranle á rezar las horas canónicas; inútilmente se le encargaba la lectura del refectorio; tanto en ella como en el rezo ordinario, Bálsamo sustituia á uno y otra una cábala de estravagancias y ridiculeces que escitaban la risa, provocando la distraccion de los religiosos: su vocacion no era aquella; tiempo há que una idea ambiciosa agitábase, revolviendo allá dentro su organizacion poderosa, y las mas absurdas maquinaciones desconcertaban con su misma ligereza planes las mas veces contradictorios, siempre mal concebidos, nunca desechados de la práctica.

Un dia en que la vigilancia que sobre él se ejercia le permitió un ligero descuido, hallándose la comunidad en una ceremonia de velamento, el novicio tuvo la estraña ocurrencia de rasgar el hábito, que hizo flotar en una caña sobre un chapitel de la iglesia, huyendo en seguida del monasterio en calzoncillos y descalzo. Al descolgar los pedazos del hábito, hállaron una tarjetilla prendida á ellos con estos dos versos enigmáticos:

O luz ú oscuridad. ¿Quién á quién vence?
Hé aquí el problema que resuelve el siglo.

Esta anécdota hizo ruido en Palermo, donde reapareció el fugitivo novicio con una buena dosis de picardías, sobre las que llevara al cláustro poco antes.

Hácia esta época afirman las escasas notas biográficas que de este personaje existen, que se operó en él una violenta revolucion, preparada acaso por las reglas de la naturaleza que acababan de desarrollar al hombre, el cual dejaba de ser niño por medio de su transicion física. Bálsamo giró en torno de sí la vista; todo le pareció raquítico y miserable en su derredor; el régimen político de las naciones tan imperfecto en sí y caduco; las reglas metafísicas tan desatendidas, el ingenio tan poco cultivado, las ciencias rebajadas hasta la abyeccion; el sistema despótico ahogando las luces intelectuales; la humanidad sumida en la reaccion; todo, todo en aquella sola ojeada le pareció ruin y miserable, envilecido é imcompatible con la dignidad del hombre, y á vista de la terrible lucha empeñada entre el oscurantismo despótico que dominara la época y la naciente turba de filósofos que clamaban como perros rabiosos ante la única bandera de la incredulidad y corrupcion de costumbres, revélase el genio, sacude su apatía, levanta la frente, y poseido de un orgullo insensato, henchido de soberbia, esclama: «Soy hombre y aun puedo ser mas.»

Desde aquel dia se lanza á inquirir los arcanos de la ciencia, empezando por la filosofía que es el escabel donde estriban todas; vacila en la eleccion de autores, y á nadie somete el consejo sino á sí mismo: ¡peligroso criterio!

Dedicado á su sistema de observacion, pudo notar por sí mismo los desvarios de Voltaire en su ruidosa polémica con el abate Guenee, resbalando siempre al abismo de la impiedad y sosteniéndose apenas en el hilo ténue é irónico de una duda equívoca, equivalente á una negativa mucho mas insultante, aunque maliciosamente tácita y burlesca: á Freret, sabio vacilante, poniendo á prueba y pesando descaradamente la autenticidad de los Evangelios; á Diderot, verdadero sinónimo de heregía, renegando del dogma y atacándole sin embozo; á Condillac, rebajando el vuelo de las ciencias y prostituyéndolas con innobles parodias entre risibles bacanales y orgías; á Raynal inconsecuente, viendo con su implacable sarcasmo quemar sus obras por mano del verdugo, y volviendo furioso á su tarea de combatir los tronos y el sacerdocio, hasta arrastrarles por el lodo; vió tambien á Santiago Rousseau reduciéndolo todo á notas de música é inoculando hábilmente en la sociedad una peligrosa gangrena; y entre otros muchos, á Montesquieu, escéptico, aunque no impío, si bien sus tendencias algo parecidas tal vez á los arranques incrédulos de Voltaire, marcaban al menos un principio de consecuencia menos insensata y tambien mas lógica é ingénua, en que se desterraba el sarcasmo incendiario de este y la hipocresía cínica del filósofo ginebrino.

En medio de aquel laberinto de ideas disolventes, en medio de aquella funesta depravacion moral, de aquel frenético delirio que marchaba á veces por vias contradictorias, á ciegas en su alucinamiento impío, Bálsamo detúvose sorprendido, porque lejos de ser para él la filosofía un vasto palenque donde se pelea á fuerza de errores, habia formado el concepto de la armonía divina con el órden normal de la naturaleza, que sondea la verdad en sus mismos preceptos. Asombrado á vista de tantas miserias, vuelve la vista á Dupuy, creyendo hallar su raciocinio la verdadera solucion del problema escandaloso que se ofrecia á su vista; pero no bien hubo leido el primer párrafo de aquel famoso impostor, cuando le escupe, le quema por su misma mano, y esclama: *Hé aquí el colmo de la impiedad; hasta aquí pudo llegar la miseria de la criatura.*

No hallando punto de apoyo en que fundamentar sus principios, suspende sus investigaciones literarias, colócase de mancebo en un establecimiento de farmacia, y fiel apreciador del tiempo, economiza los intervalos que le deja libre su obligacion, para dedicarse con bastante provecho al dibujo, esgrima y gimnasia.

En este período la tradicion ha arrojado sobre este personaje estraordinario un velo misterioso con todos los desvarios de la fábula, con mil suposiciones gratuitas y hasta ridículas que han desfigurado el verdadero carácter del sabio revolucionario, empañando el primo que pudiera presentar su tipo memorable. La novela tambien se ha apoderado del hombre, dándole el colorido de semi-dios en el terreno de las matemáticas, y creándole una situacion quimérica en la hipótesis de su fantástico genio: acaso pues estas líneas sean las primeras en fijar la existencia real de los hechos, por lo mismo que parece muy raro hallar en otra parte los preciosos apuntes que debemos á una feliz casualidad, y que en su mayor parte hasta hoy han permanecido inéditos.

Con objeto de instruirse, viajó por Egipto, Rodas y Malta, cuyo gran maestre anunció á la órden en pleno capítulo *que aquel estranjero tan risueño hacia ruido aun en el mundo.* Reunido casualmente en una travesía con un sabio musulman llamado Althotas, pudo iniciarse en esas prácticas ocultas de las sociedades secretas, y á la muerte de este quedó Bálsamo dueño de sus papeles, é instituido por el moribundo con la dignidad de Gran Coftó, fundador y Gran maestre de la Masonería egipciana en todas las partes orientales y occidentales del globo, dignidad que le hacia jefe invisible de todas las lógias del universo, y de consiguiente cabeza universal de todos los conspiradores.

No es propio ni cabe en una biografía el relato de lo mucho que Bálsamo obró en tal sentido; sus actos pertenecen á la historia privativa de este personaje, de la que tiempo há nos ocupamos; por lo pronto, daremos á conocer hoy al hombre, que tal es el carácter de biógrafo que nos imponemos.

En 1778 verificaba su tercer viaje á Roma, después de haber recorrido la Italia, y sobre todo Nápoles con su cielo encantador, la brisa perfumada de sus jardines y las majestuosas ondulaciones de sus montañas inflamadas con los penachos de fuego de sus volcanes.

Alojóse en la lonja del Sol á la Rotonda; pero habian empezado ya los dias de su persecucion á instancias de un clero fanático que estaba en oposicion abierta con todo hombre sabio, y que noticioso de su gran talento, miraba ya con cierta prevencion odiosa á aquel opulento filántropo que atraia á las masas instintivamente con la fama de sus prodigalidades y limosnas. Hábil por esperiencia y largo de vista, comprendió el peligro, y adoptando el título de conde de Fénix, se retiró á una modesta casa de la *Trattoria Lepri*, vistiendo peti-uniforme al estilo prusiano de acuerdo con el embajador de la corte de Federico II.

Antes de salir de Roma prendóse de una dama principal llamada

Lorenza Feliciani, que habitaba junto á la *Trinidad de los Peregrinos*. Este enlace le acarreó nuevas persecuciones de parte de un caballero romano que pretendió tambien á su esposa, y con quien hubo de mantener un duelo á sangre fria, cuya provocacion de parte del rival no pudo hacer constar Bálsamo, viéndose obligado á salir de Roma con direccion á España.

Pero tanto en esta nacion como en cualquier otra, la fama le precedia, una fama denigrada con mil absurdos propios del fanatismo religioso que veia en la mano poderosa de aquel hombre célebre y simpático agitarse la tea revolucionaria que debia mas tarde producir la conflagracion del universo.

Es ingenioso el disfraz que adoptaron ambos consortes á fin de adormecer la impaciencia con que se les aguardaba en varios puntos de España; en Barcelona, Alicante, Cádiz, Lisboa fué sin embargo reconocido por las turbas juramentadas que respetaron el incógnito del jefe de las lógias masónicas de todo el orbe; Madrid, centro de la monarquía castellana, presenció el punible escándalo de esos bailes obscenos titulados de la *bella union*, instituidos equivocadamente en obsequio de Bálsamo á su llegada, y que tenian efecto por personas corrompidas de ambos sexos, que después de bacanales impúdicas, entregábanse á todo género de goces sensuales, totalmente desnudos.

Hemos dicho que era ingenioso el disfraz que usaban, y se reducia á un saco de peregrino con bordon y muceta; traje que no tenia el tipo de originalidad en aquella época, pero que sin embargo contrastaba con las funciones tenebrosas de un conspirador. De Madrid regresó á Valencia, Denia y otros puntos bajo el nombre de D. Tischio napolitano, é iba además provisto de una patente de oficial mayor de ejército al servicio de Prusia, y que se reservaba para cualquier apuro.

De vuelta tornó á Londres, teatro de nuevas aventuras, y en donde empezó á hacer esperimentos químicos; esas peligrosas investigaciones de la ciencia, cuyo verdadero carácter nadie conoce, por mas que sus émulos las hayan aplicado maliciosamente al estudio de la piedra filosofal, á la confeccion de la panacea inmortal, al elixir de la vida, á la transustanciacion de los mas viles metales, y su conversion milagrosa en oro, con otras mil estravagancias ridículas propaladas por sus enemigos á fin de denigrar su conducta: ¿qué importa pues? todo hombre grande los tuvo.

Un periodista se atrevió á hacer públicas ciertas particularidades privadas del químico; pero este, bajo el nombre del *conde de Cagliostro* se vindicó hábilmente en su célebre *carta al pueblo inglés*.

Es un hecho que se aplicó desde entonces al magnetismo profético, á la alquimia, al cálculo cabalístico y á todas esas ramificaciones reservadas de las ciencias sobrenaturales, de que vemos hoy nuevos ensayos practicados por los doctrinarios modernos, celosos por sublimar el espíritu y volatilizar la materia de la criatura hasta un grado de fusion simultánea entre ambos principios. Preciosos delirios filosóficos, esfuerzos generosos de la voluntad que prueba responder á ese fondo consolador de la inmaterialidad de nuestro ser que germina en un mar de esperanzas, sin las que el hombre no podria existir.

Desde esta época puede decirse que se colocó Bálsamo en posicion directa de responder á los cargos, y no á todos, que la posteridad arroja sobre su nombre, calificado de hechicero. Para desvanecer ciertas dudas y eludir algunos compromisos de estafa, verificó un viaje por toda Europa, dándose priesa á volver á París, donde reclamaba su presencia el conde de Vergennes. Halló en esta ciudad los primeros elementos favorables para la próxima revolucion; pero todavia no era tiempo; era preciso herir y poner en público y afrentoso ludibrio la majestad real, víctima escogida y que debia inmolarse *por la salud* de un pueblo sedicioso.

Era la época en que el cardenal Luis de Rohan, arruinado por sus despilfarros y liviandades, ardia en deseos impuros de merecer ciertos favores de María Antonieta de Austria, reina actual de Francia: fruto de sus reiteradas instancias habia sido una tenaz negativa, que solo sirviera de mayor incentivo que inflamó mas y mas el delirio amoroso del disoluto prelado, el cual volvia de nuevo á intentar con mayor ahinco la imprudente conquista del honor de su soberana.

En medio de su vértigo halló en Bálsamo el instrumento confidencial y activo de su pasion. Fingió negociar el asunto, y significó al prelado que le exigia por precio de su exigencia un magnífico collar de diamantes que Bohömer habia construido para una de las queridas del difunto Luis XV y que apetecia María Antonieta, pero cuyo valor de 1 600,000 francos repugnaba por lo escesivo á Luis XVI. Bálsamo, por medio de una camarista llamada la condesa de la Mothe, hizo presentar al cardenal una carta suplantada bajo la firma idéntica de María Antonieta, en la que se le suplicaba la comprase el collar, cuyo valor le abonaría ella de sus ahorros en ciertos plazos, y en recompensa del adelanto se comprometia bajo *real palabra* á rendirse á sus deseos. Fácil es de creer que Rohan aceptó el partido, negociando con el diamantista el collar, que ofreció ir pagando á plazos convenidos contando con los de la reina, porque en realidad Su Eminencia no podia disponer aquel dia de un luis. Son sus mismas palabras.

Entre tanto no era aquella una prenda que podia remitirse á su destino con cualquiera. Pues bien: la prevision de Bálsamo supo ocurrir hábilmente á los temores del prelado, manifestándole que solo á la reina debia entregar el collar, y esto despues de haber obtenido el cumplimiento de su *palabra real*: mas ¿de qué suerte, cómo, sin provocar un escándalo? Bálsamo allanó las dificultades, é hizo de modo que una dama sumamente parecida á la reina le aguardase cierta noche en uno de los laberintos del jardin de Versalles, donde el prelado, seducido por la apariencia, pudo saciar su lascivia.

Bálsamo no tenia en toda esta intriga otro carácter que el de conspirador; en cuanto á la mancha de estafa con que han querido tildarle, es inexacta en este caso, pues el collar fué vendido en Londres por Mad. de la Mothe, quien compartió su valor con la supuesta reina, llamada Oliva.

Llegado el primer plazo del collar, el diamantista reclamó su importe á Rohan; pero este, arruinado y sin recursos para hacer frente al compromiso, tuvo la debilidad de confesar de plano y remitir al diamantista á que hablase á la reina. Descubrióse la intriga entonces; y Rohan, vestido de pontifical, pues se disponia entonces á celebrar la misa de la Asuncion, fué preso públicamente y conducido á la Bastilla con Mad. de la Mothe, que en sus deposiciones comprometió á Cagliostro, á quien no pudo haberse á mano. Rohan en su indagatorio solo habló de él en buen sentido.

Después de siete meses que duró el proceso, el parlamento condenó á la Mothe á ser azotada, marcada y aprisionada perpetuamente en la Salpetriere, después de haberse retractado de todo públicamente. Por lo que toca al cardenal, fué absuelto plenamente, y lo mismo José Bálsamo.

Habitaba este, bajo el pomposo título de Baron de Bálsamo, conde de Fénix y de Cagliostro, una casa magnífica en la calle de Saint-Honoré, y el timbre de sus armas era una serpiente enroscada que tenia una manzana en la boca atravesada con una flecha con este lema: *Ego sum qui sum*. Bajo de los cuarteles del escudo habia estas tres letras, que nadie pudo interpretar, y que encerraban sin embargo todo el formidable sentido de su terrible mision: L. P. D. esto es: *lilias pedibus destrue*. Y no obstante, los tronos, amenazados de muerte por aquella divisa, dormian tranquilos á la sombra de una indiferencia culpable, una vez conmovidos ya los fundamentos.

La revolucion marchaba, y Bálsamo supo darle su verdadera importancia por medio del funesto asunto del collar, que pudiendo haber quedado con el simple carácter de un escándalo doméstico, adquirió por medio de la publicidad imprudente que se le dió, formas denigrantes en desdoro de la majestad real, toda vez que no supo disipar la duda de la mente del pueblo, predispuesto ya de antemano, y quebrantados los vínculos morales por las utopias preconizadas de intento por una perniciosa filosofia.

Esta absolucion añadió un nuevo triunfo al conde, que huyendo su misma popularidad, se ocultó en una boardilla; pero el deseo que Luis XVI manifestó por conocerlo fué causa de que cayera en manos de la policía secreta, que le condujo á la presencia del monarca.

—Este hombre que me habeis traido, dijo este á sus inquisidores, es un idiota del que no se merece la pena de ocuparse mi majestad; no tengais duda que habeis equivocado la pista.

Y en efecto, Bálsamo supo dar á su fisonomía tal aire de candidez, que era bien natural la equivocacion del rey, porque efectivamente se equivocaba.

Retirado al parecer de la escena pública por simple capricho, y como demasiado débil para sustentar el peso del triunfo de sus doctrinas, se dedicó á ejercer la medicina gratuitamente; medio especioso de aproximarse todavia mas á las simpatías populares, si bien el grado increible á que llegaron estas ocasionaron su espulsion de los dominios de la Francia, verificándose la prediccion del cirujano Marat: *hareis de modo*, decia el conde, *que se quebrante el casco de la campana antes de la prueba de su sonido, y en verdad que es el colmo de la majaderia*.

Despidióse pues de París con su *carta al pueblo francés*, manifiesto incendiario en que se atacaba ya sin embozo, haciendo pública ostentacion de esa mina destructora, mónstruo que se revolvia rugiendo allá en los abismos del disimulo. Llegado á Londres dió á luz otro manifiesto que era la segunda edicion del anterior, y que le valió una formidable polémica con el editor del *Correo de Europa* Mr. Morand, polémica cuyo resultado fué un desafío á pistola, y su desenlace fué favorable al conde. La fecha de aquel memorable documento es 20 de junio de 1786, pocos meses antes que la del último.

De allí hubo de pasar á Strasburgo, donde habia establecido la gran lógia central de los *iluminados*, cuyos adscriptos le recibieron bajo la bóveda de acero. Organizada la sociedad, marchó á Basilea,

Saboya, Roveredo y Turin, donde el gobierno trató de prenderle, viéndose obligado á partir á Trento, donde no lo perdia de vista la guardia militar del príncipe, obispo de aquel estado. Allí, reducido á la pobreza, dicen que hubo de prostituir á su mujer y que vivió espléndidamente á costa de su honra; pero lo cierto es que mas de una vez esplotó en su provecho la credulidad de aquellos papanatas, con la esperanza de prolongar su vida á beneficio del famoso elixir de longevidad, cuyas gotas rubicundas entusiasmaban hasta el punto de disputárselas á peso triple de oro.

Hallábase un dia en su laboratorio confeccionando los ingredientes para preparar su pretendida *piedra filosofal*, cuando fué sorprendido por la policía: dícese que no tuvo tiempo aun de quitarse la mascarilla de vidrio que usaba, y además en el proceso formado por la Inquisicion, existe una reminiscencia que dice habérsele hallado tambien unos troqueles y un volante de acuñar moneda; pero esto es una impostura segun las mejores probabilidades. El hecho es que arrestado en un principal, recibió, merced á cierta influencia empleada por su esposa, órden de espulsion perpétua de los estados episcopales. En su virtud, el conde, escoltado por una guardia de caballería hasta la frontera, se estableció en Vicenza.



(Estátua de mármol por Gualtero, premiada en la esposicion de Berlin.)

Aquí el grande hombre echó una rápida ojeada á su agitada vida; el pasado le presentó en relieve todas las faces turbulentas de su carrera pública y privada, y el génio vigoroso hasta entonces é impasible ante los reveses de la suerte, empezó á declinar en lánguida postracion. El hombre cosmopolita que habia tenido por patria al universo y que habia surcado de Oriente á Occidente los mares de entrambos hemisferios, comprendió su verdadera situacion; corazon lacerado por la perfidia de esa misma humanidad doliente que él mismo se habia impuesto la saludable mision de curar, volvió rechazado por la cruel ingratitud de los hombres, convenciéndose de la importancia estéril de aquella lucha tenaz y gigantesca de treinta años que habia absorbido los resortes de su vida.

Perplejo é irresoluto, abandonóse al consejo de su mujer, quien fué de opinion volver á Roma, donde, segun ella, podrian habitar al abrigo de su familia. Así lo efectuaron, alojándose en la fonda de la plaza de España, bajo el incógnito de marqueses de *Pellegrini*.

A este tiempo el silbido de la revolucion francesa, previsto y aun casi creado por Bálsamo, cundió hasta el centro de Italia, que se conmovió como todas las naciones del orbe; á aquel choque eléctrico palpitó el corazon del revolucionario, y tomando una resolucion enérgica

púsose de nuevo de acuerdo con Marat acerca del modo en que debia dirigirse á la Asamblea de los Estados generales de la Francia á fin de obtener el competente permiso y salvaguardia de restituirse á aquel reino, *á coger el fruto del árbol á tanta costa por él plantado.* Marat rehusando entrar en connivencia *con un loco* (son sus palabras), se desentendió de la consulta, y este fué un nuevo desengaño que rasgó el pecho de Bálsamo. No obstante, persistió en su propósito, enviando á su destino su solicitud, á la que no se dió curso. Decididamente su astro se habia eclipsado, y empezaban para él los dias de amargura y de tinieblas.

Abandonado á sus propios esfuerzos, se resignó con su suerte, y no contándose seguro de aquella sombra siniestra que asaltaba sus sueños precarios y de agonía, tomó domicilio en un caseron olvidado de la plaza *Farnese.*

Y allí, reducido á la modesta profesion de medicina que volvió á ejercer para procurarse la subsistencia, habitó por algunos meses bajo el nombre de D. Tischio Falanjieri, napolitano, en cuyo idioma así como los de casi toda Europa estaba suficientemente versado. Pero los dias de persecucion no habian cesado para él; delatado al Santo Oficio romano como reo de conspiracion y malas artes, fué arrestado por una comision de la Inquisicion el dia 27 de diciembre de 1789 por la tarde, y conducido cautelosamente al castillo de San Angelo, en clase de prisionero de Estado.

Después de un voluminoso proceso de formas impertinentes y en cierto modo ridículas, Bálsamo, reo convicto *velis nolis de heregía, magia supersticiosa* y de franc-mason, fué condenado á la última pena, si bien mereció á la clemencia del Pontífice se le conmutara en prision perpetua *sub conditione rétractationis in judicio pleno.*

Hemos bosquejado á grandes rasgos y cual cumple al carácter de una biografía, los principales contornos de ese perfil misterioso conocido bajo abultadas formas en el campo histórico con tantos nombres como suposiciones gratuitas y perversidades sin número han acumulado sobre su fama escritores asalariados sin criterio propio ni raciocinio. Sobre sus actos maravillosos que tan bien se prestan á la novela con todos sus caprichos é invenciones, hemos echado un velo por corresponder á la historia documentada del personaje, y de la cual nos ocupamos tiempo há. En su discurso pueda acaso el lector precedernos en nuestras escursiones filosóficas á través del vasto campo de la fantasía. Por de pronto hemos dado una ligera idea del hombre, y sea este un simple preliminar de sus asombrosos actos en el borrascoso trayecto de su vida.

Seis años sobrevivió á su sentencia, y no podia ser mas tiempo, pues mal podia caber emparedado en un calabozo quien no habia cabido en todo el mundo. Tal fué pues el fin oscuro y miserable de este hombre. Durante su vida habia merecido la correspondencia privada de Catalina II emperatriz de Rusia, de Federico II rey de Prusia, del gran maestre Pinto, de Voltaire, Rousseau y otros hombres eminentes, sobre todo de un *imberbe mozalvete* corso, cuya mirada de águila dice el mismo Bálsamo que le fascinaba cada vez que se encontraba con la suya... y es que el genio habia encontrado su punto simpático de atraccion. Aquel jóven se llamó después Napoleon I Bonaparte.

Concluiremos ahora esta biografía, haciendo una declaracion oportuna. ¿La virtud de José Bálsamo, tan abatida y exagerada, es un problema ó un acontecimiento?

La revolucion de Europa y América resolverán la duda cuando ese gran suceso empeñado entre la libertad y el despotismo allá en el Norte decida la suerte de ambos sistemas. Por de pronto, si la civilizacion debe al cataclismo revolucionario algun paso, acaso la sonrisa de su gratitud se vuelva hácia el semblante profético y paternal de José Bálsamo, y le bendiga.

José PASTOR DE LA ROCA.

ACLIMATACION.

El hombre necesita cuanto produce la tierra y las aguas, tanto en en la superficie como en sus entrañas. Plantas, cuadrúpedos, aves, peces, reptiles, minerales, todo lo utiliza para sus necesidades, caprichos, comodidad y lujo; pero la tierra, concretándome á los productos de su superficie, no se los ofrece todos reunidos adonde quiera que aquel se encuentre, sino que en unas partes le da esquisitas uvas, en otras doradas naranjas, en estas elevados pinos, en aquellas frondosos plátanos, aquí subyuga una especie de cuadrúpedos, allí domestica otra de aves, y mas adelante se apodera de una oruga, porque los seres, tanto vegetales como animales, nacen, crecen y se reproducen espontáneamente en parajes determinados segun sus especies, adonde cada una tiene lo necesario para vivir. Pero el hombre, estudiando la vida de dichos seres, así como todas las cosas que sobre ellos tienen alguna influencia próxima ó remota, directa ó indirecta, roba sus hijos á un punto de la tierra, los coloca en otros mas ó menos distantes y análogos, obligándola á que los sostenga y multiplique.

Sin embargo, esta conquista del hombre sobre el reino orgánico, que lleva el nombre de aclimatacion, está sujeta á reglas, hijas de la esperiencia, de cuyo conocimiento y observancia pende el éxito de la empresa; porque inútil seria llevar el rengífo á Quito, Congo ó Borneo, así como el cocoteno, palma ó naranjo á Groelandia. Para llevar una planta ó un animal de un punto á otro, es necesario estudiar antes el clima bajo cuya influencia vive, y el adonde se quiere importar, á fin de que tengan la mayor analogía posible; y cuando así no sea, moderar la diferencia, si es muy notable, del segundo al primero por los medios artificiales que enseña la ciencia agrícola; y si es un animal lo que se quiere trasportar, se necesita observar tambien sus costumbres, género de vida y de alimentacion. El clima agronómico puede definirse todo espacio de terreno cuyas capas sean iguales, bajo una atmósfera que esperimente siempre las mismas variaciones, por la cual hay climas de estos que abrazan mucha estension, y otros sumamente pequeños.

La situacion geográfica de los terrenos y su esposicion, la elevacion de estos sobre el nivel del mar, rios, fuentes, lagos, pantanos, y su proximidad á bosques, poblaciones, caminos muy frecuentados, montañas y situacion de ellas, temperatura y luz, presion, estado idrométrico, eléctrico, y variaciones de la atmósfera, todo limita y determina los climas á que me refiero, y todo debe estudiarse y tenerse en cuenta cuando se trate de pasar de uno á otro, para que en él se perpetúe algun ser orgánico. Entre estos los hay mas ó menos delicados, y por lo tanto que sienten en grados diversos su espatriacion. En las zonas templadas son generalmente mas variados los climas que en la tórrida y la frígida, ya por hallarse colocadas entre estas participando de la influencia de la una y la otra, ya por las costas, estepas, cuencas, valles, montañas y cuanto dejamos dicho que los modifica y limita. Afortunadamente en España podemos aclimatar sin gran trabajo todos los vejetales y animales de la tierra, porque son tan multiplicados y diferentes nuestros climas, que no habria uno en el mundo sin que en nuestra nacion no podamos hallar otro que deje de tener con él alguna analogía, ó no pueda proporcionarse esta por medios artificiales sin grandes dispendios. Las conquistas de seres que nunca se sublevan y producen, son las que los gobiernos deben emprender y proteger con preferencia, y con todas las que España puede hacer de esta clase, unidas al desarrollo general de la agricultura, tendria para siempre abiertas las fuentes de riqueza que nadie la podria arrebatar. La palmera, el nopal y el naranjo viven espontáneamente en nuestro suelo; la yuca, la piña de América, el ersivimomo, el cedro y otras muchas plantas de Africa, Asia y América, hermosean sin grande esmero nuestros jardines; el líquen de las montañas de Leon es tan bueno como el de Islandia; la cochinilla de la costa de Málaga, escelente; la caña dulce del mismo punto, de un producto grande; el opio recogido en diversos puntos de la península no se diferencia del de Asia; los caballos de los ardientes arenales de la Arabia conservan las mismas cualidades ellos y sus hijos que tienen en su patria. Yo recogí lana de las productivas cabras de Angora en el país, y tengo tambien de otras de la misma raza, que sin cuidado alguno hace bastantes años que estan en España, y la diferencia en su longitud y finura es tan poca, que pudiera obtenerse igual. Es verdad que los climas graban con su sello á cuanto se somete á su influjo; que el hombre no puede vencer su influencia entre aquellos cuyas propiedades son diametralmente opuestas, y que tanto mas difícil es la aclimatacion de un ser, cuanta mayor sea la diferencia entre los climas, y cuanto menor sea esta, mas gradual y menos perceptible es el cambio ó modificacion que esperimenta la organizacion de los seres. Que el gobierno impulse para su desarrollo á la agricultura y ganadería, instruyendo, invitando y protegiendo la formacion de sociedades con este objeto, ó encargándose por sí hasta que los pueblos vean los resultados, y nuestra nacion, siendo agrícola y ganadera, será industrial y comercial.

J. QUIROGA.

HISTORIA DE UN PERIÓDICO.

¿Cómo se hace un periódico?

¡Estraña pregunta! Desde que la inmortal asamblea de 1789 consignó en nuestros códigos el principio de la libertad de la prensa, el periódico ha llegado á ser una necesidad de la vida pública y de la vida privada, de tal naturaleza, que parece imposible comprender actualmente la desaparicion completa de los órganos de la publicidad cuotidiana. Sea por ócio, sea por simpatía, ó bien por curiosidad, no hay persona que no lea al menos un periódico. Aun aquellos mismos que han acusado á la prensa de todos los males contemporáneos; los

que le han dirigido las mas graves y las mas injustas censuras; los que con mas entusiasmo han aplaudido durante todos los gobiernos los rigores de la legislacion, todos desean consultar un periódico, examinarle, saber por él los acontecimientos, las revoluciones que se verifican, aunque no sea mas que en el pacífico y efímero reino de la moda. Todos los dias se esparcen por el mundo, y á centenares de miles, las hojas cuotidianas de Paris y de los departamentos; y no solo los niños, sino los hombres mas barbados, mujeres instruidas, lanzan en los salones, en los círculos, esta inocente pregunta: ¿cómo se hace un periódico?

¡Periodistas! ¡no seamos tan modestos! El número de personas que comen pan es infinitamente mayor que el de las que leen periódicos, y sin embargo, gran parte de ellas ignora cómo se hace el pan.

¿Cómo se hace un periódico?

Hacer un periódico es hacer un esfuerzo trescientas sesenta veces cada año, comparado con el cual los esfuerzos mas prodigiosos no son otra cosa que juegos de niños. Cuanto mas severa es la legislacion de la prensa, mas difícil y peligroso es el esfuerzo, y el público no tiene en cuenta la dificultad vencida ni el peligro desafiado. No importa: cada mañana, á la misma hora, se verifica el prodigio, y el público recibe el periódico, y en vez de gritar «Bravo!»—¡tan ingrato es!—recorre negligentemente sus páginas húmedas todavía y le arroja con desden, sin hacerse cargo de los trabajos estraordinarios que necesita esta creacion cuotidiana.

No queremos hacer mencion de los esfuerzos de ingenio, de la facundia incesante, de la instruccion, de la memoria, del conocimiento profundo de los acontecimientos y de los hombres contemporáneos, que exige la redaccion de un periódico. Limitémonos á hablar de lo material de la empresa; sí, porque un periódico es una empresa industrial establecida sobre una idea, sobre una pasion, sobre un interés ó un fin político cualquiera, alrededor del cual se agrupa el capital, sin retroceder, esperando con heróico valor el resultado de la batalla, á pesar de los contratiempos á que se espone.

Antes de saber si habrá ó no suscritores, es necesario derramar oro á manos llenas, depositar 20,40 y hasta 50,000 francos, segun la voluntad del legislador, para pago de multas, etc. ¡agradable perspectiva!, buscar un local espacioso, oficinas, administradores, empleados, en una palabra, reunir un personal numeroso dispuesto á recibir al suscritor que acaso no venga; una gran sala para la redaccion, un gabinete para el director, un cuarto capaz para los cajistas, una máquina ó prensas y cajas para la impresion y tirada, almacenes para el papel, local para los plegadores... ¡Y el suscritor tal vez no acuda!

Sin embargo, este desembolso anticipado, por considerable que sea, aun no es nada. Es preciso contratar folletinista, reunir escritores, y encargar á cada cual la especialidad en que mas se distinga; uno escribirá de alta política interior, otro de política estranjera, este de hacienda, aquel de literatura, etc., etc.

Una vez tomadas las disposiciones que acabamos de citar, se lanza el primer número del periódico. Suponemos, lo cual rara vez sucede, que el éxito del diario está perfectamente asegurado; la suscricion ha venido, el capital tiene dividendos en perspectiva por premio de su heroicidad El abonado ha recibido temprano, arrimado á la chimenea ó al brasero, ó tendido en su cama, el número cotidiano. Mientras él le recorre cómodamente, otros trabajan para que reciba el ejemplar del dia siguiente á la misma hora y con la misma puntualidad, si no ha sido declarado género de contrabando en la aduana fiscal.

Desde por la mañana el tapete verde de la oficina de redaccion está cubierto de periódicos de todos los puntos del mundo; periódicos que es necesario leer y escoger con cuidado para no omitir nada de lo que pueda interesar al público, desde la gran noticia política hasta los sucesos mas insignificantes de la crónica escandalosa.

Cada redactor se dedica á la tarea que le está asignada, y en tanto los cajistas distribuyen el número de la víspera ó de la ante-víspera, esto es, echan una á una en las cajas de imprenta las letras de plomo, que reunidas han formado el periódico que el suscritor tiene en la mano. En seguida principia la composicion del nuevo número, habiendo revisado antes escrupulosamente el director todo lo que se escribe, porque una sola palabra imprudente puede comprometer y destruir la existencia del periódico. Haríamos interminable este artículo si descendiésemos á enumerar los infinitos detalles relativos á la confeccion, impresion y demás operaciones que exige un periódico: así pues, nos limitaremos á los mas importantes.

Compuesto el número y hechas las últimas correcciones, la máquina ó la prensa comienza á trabajar, estropeando generalmente algunos pliegos, hasta que por fin sale una hoja que puede leerse. Los dos primeros ejemplares, segun la ley, se llevan á la jefatura política y al fiscal de imprenta. En tanto continúa la tirada.

Una porcion de plegadores sentados alrededor de una gran mesa esperan los números, habiendo recibido cada uno de ellos de antemano algunas fajas con el nombre del suscritor. Una hora antes de salir el correo deben ya estar doblados todos los números con sus correspondientes fajas, en cuya disposicion se llevan al franqueo. Cuando la tirada es muy considerable, esta operacion se prolonga y la máquina no para. En las primeras horas de la mañana llegan los repartidores que, dividiéndose por barrios, se apoderan de los números, y mientras el suscritor duerme ó descansa cómodamente, los entregan al portero ó los echan por debajo de la puerta. Esta operacion se repite todos los dias; es, digámoslo así, el tonel de las Danaydes. Y Danao no tenia mas que cincuenta hijas; un diario alimenta veinte industrias y da de comer á miles de familias. La fabricacion del papel, por sí sola, constituye una de las riquezas industriales del país. Los fundidores, los fabricantes de tinta, los constructores de máquinas encuentran en la existencia de un periódico un alimento siempre nuevo. Aquí son grupos de cajistas; aquí treinta padres de familia que pasan gran parte del dia en el plegado; porteros que no viven mas que del periódico; redactores, empleados, cajeros, correctores, corresponsales en todas partes, etc. Y para dirigir este personal inmenso, esta grande empresa; para mantener el órden en este movimiento cuotidiano; para que la tirada principie y concluya á hora fija; para que los ejemplares lleguen al correo puntualmente, ¡qué de cuidados, qué de afanes por parte del director! ¡Cuánta abnegacion se necesita en todos!

Ahora viene la série de las grandes y pequeñas desgracias; ya es un molde que cae, y pone en dispersion ó reduce á pasta esa infinidad de pedacitos de plomo; ya es una de las cuerdas de la máquina que se rompe de repente é imposibilita la tirada; ya miles de accidentes inevitables en estas complicadas operaciones: ora un defecto tipográfico desapercibido que trastorna el sentido de una frase; ora un parte que llega por la noche é inutiliza un artículo escrito por la mañana, y que es preciso reemplazar inmediatamente con otra improvisacion; bien una palabra desgraciada, escrita en la precipitacion del trabajo, que mañana va á despertar las susceptibilidades de la administracion ó del fiscal, que dará por resultado un proceso, una multa, un encarcelamiento; bien, por último, el temor incesante de las severidades de la ley suspendidas siempre, como la espada de Damocles, sobre la cabeza de los desgraciados periodistas.

Aun hay mas. Hemos escrito un artículo con todo nuestro espíritu y nuestro corazon; hemos hecho esfuerzos sobrehumanos para dar á nuestro pensamiento una forma conveniente. Este artículo va á contentar á unos, á ofender á otros; entonces llueven cartas mas ó menos anónimas, amenazas, necedades. En seguida vienen las recomendaciones, los inventores desconocidos, los fundadores de sistemas, individuos que nos asaltan con absurdas elucubraciones y que se pican formalmente si no insertamos sus escritos en el periódico.

No vaya á creerse por lo dicho que nos quejamos. No; por ingrato, por penoso que sea nuestro estado, nos agrada; le amamos, le desempeñamos con gusto y hasta con entusiasmo, aun en medio de los rigores de la ley vigente, y á pesar de las trabas que se nos imponen. Nunca tomamos la pluma sin el convencimiento íntimo de que concurrimos á una obra útil, de que sembramos cada dia algunos granos de la verdad eterna, que el viento lleva en sus alas y que germinarán no sobemos dónde. ¡Tarea ingrata! hemos dicho; pero, ¿qué importa? Ha habido hombres que han abusado de la prensa, que la han convertido en oficio y mercancía, que se han pasado sin pudor de un campo á otro, que han vestido todos los colores, saludado todas las banderas, y la opinion injusta ha lanzado sobre todos la vergüenza de algunos, como si en todas las carreras, en todas las asociaciones de hombres, no hubiese tránsfugas y miserables!

No hay un nombre distinguido, y no esceptuamos de este número ni uno solo, que no haya debido á la prensa su fama, que no haya solicitado el favor de la publicidad; no hay una idea justa que no haya tenido en la prensa su vehículo y apoyo. ¡Vosotros, los que mas cruelmente acusais á la prensa por los males que ha producido, sed justos una vez siquiera, poniendo en el otro platillo los servicios que ha prestado: entonces veremos á qué lado se inclina la balanza.

MOROS.

Entre los diversos nombres que se da á los moros, los principales son los que siguen:

Unos les llaman *Caldeos*, por su primitivo suelo y orígen: otros *Ismaelitas*, *Agarenos* y *Sarracenos*, por el primero de su linaje: otros *Arabes*, por el primer reino que tuvieron en la Arabia: otros *Moros*, por la parte que habitaban en el Africa denominada Mauretania: otros, *Mahometanos*, por su secta de Mahoma: otros *Bárbaros*, por lo inculto de sus costumbres y falta de humanidad; y otros, en fin, *Africanos*, por el pais de donde vinieron á nuestra España, conocido por Africa.

REMIGIO SALOMON.

LA VENIDA DE LOS MAGOS.

Ciertos monarcas de Oriente,
que no sé cómo se nombran,
paisanos de aquellos magos
que nacimientos adornan,
oyeron decir á muchos
allá en sus tierras remotas
que en Madrid los esperaban
todos los años con pompa.
Quisieron verlo el presente,
y bien provistas sus bolsas,
sobre elegantes camellos
colocaron sus personas.
Vieron las Bálticas aguas,
y del Bósforo las ondas,
y á Abdul, y los Dardanelos,
y el Pruht y Constantinopla.
Con ingleses y franceses
tuvieron ratos de broma,
y comieron cuatro dias
con Menschicoff y sus tropas.
Dieron la razon á todos,
política que los honra,
mientras poquito á poquito
se internaban en Europa.
Los llevan ya sobre hierros
ardientes locomotoras,
ya en humeantes vapores
del mar las espumas cortan.
En fin: ya están en España.
¡Qué posadas y qué fondas!
¡qué tumbos, qué volatines!
del cupé que los aloja.
Molidos y magullados
entrar en Tembleque logran,
y en un *vagon* á Madrid
llegaron en pocas horas.
¡Con qué placer admiraron
las sencillísimas formas
y la elegancia y buen gusto
de la gran puerta de Atocha!
¡Cuál contemplan los palacios
que aquellos campos adornan,
y el inespugnable muro
que el paso del sol no estorba!
Aun encuentran por las calles
los restos de dulces glorias,
y oyen los ecos sonoros
de rabeles y zambombas.
Aun ven algun pavo errante
que escapó de la derrota,
y prueban los guijarrillos
de Alicante y de Jijona.
Ya de la noche del cinco
iban cayendo las sombras,
y el gas al sol reemplazaba
alumbrando. . las farolas,
cuando salieron los reyes
de incógnito y sin coronas
á ver cuál los esperaban
en la villa muy heróica.
¡Qué gritos! Por todas partes
aullan voces vinosas,
y cruzan manadas de hombres
alumbrados por antorchas.
Cuál una larga escalera
sobre sus hombros apoya
por un estremo adornada
con una espuerta indecora;
Cuál un inmenso cencerro
con rudos esfuerzos toca;
cuál con sus blandos chapines
saca chispas de las losas.
Son sus gaznates de bronce,
rotos harapos sus ropas,
y el viento agita encrespadas
las vedijas de sus chollas.
Ora en medio de las turbas
abre dos varas de boca
fornido infante, trasunto
de las crias de una osa;
ora otra turba conduce
una gallega mondoñga,
mas fea que seis cocheros,
mas robusta que diez rocas.
Y ven los reyes atónitos
en cien manchegas pagodas
que al néctar de Valdepeñas
en largos tragos adoran;
y en el centro de la calle
sobre montones de aromas
(municipales ornatos)
la escala fija colocan.
¿Visteis andar patiabiertas
las tortugas perezosas?
Tal se encarama por ella
un hijo de Covadonga.
«Ya llegan los reyes, grita,
por la puerta de Segovia,»
y baja y corre, y escapan
alzando á las piedras ronchas.
«¡Los reyes!!!» claman los idem,
¡oh democráticas hordas!
¡gritos, cencerros!... ¡oh *mores*!
huyamos, no nos conozcan.»
Y parten á escape á casa,
se esconden entre las colchas,
y al nacer el nuevo dia
huyeron juntos en posta.

José GONZALEZ DE TEJADA.

CUESTIONES ANAGRAMÁTICAS
DE GEOGRAFÍA É HISTORIA.

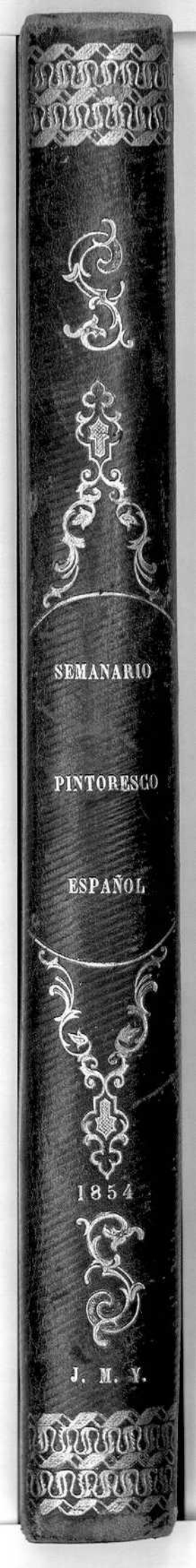
Solucion de la publicada en el número 51.

JRZNAAEU.	Aranjuez.
ENENGOCIS.	Gensernico.
RFGXJ-OEO.	Jorge-Fox.
VCILORSA.	Carlos IV.

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.

FIN DEL TOMO DEL AÑO DE 1854.


SEMANARIO
PINTORESCO
ESPAÑOL
1854
J. M. Y.